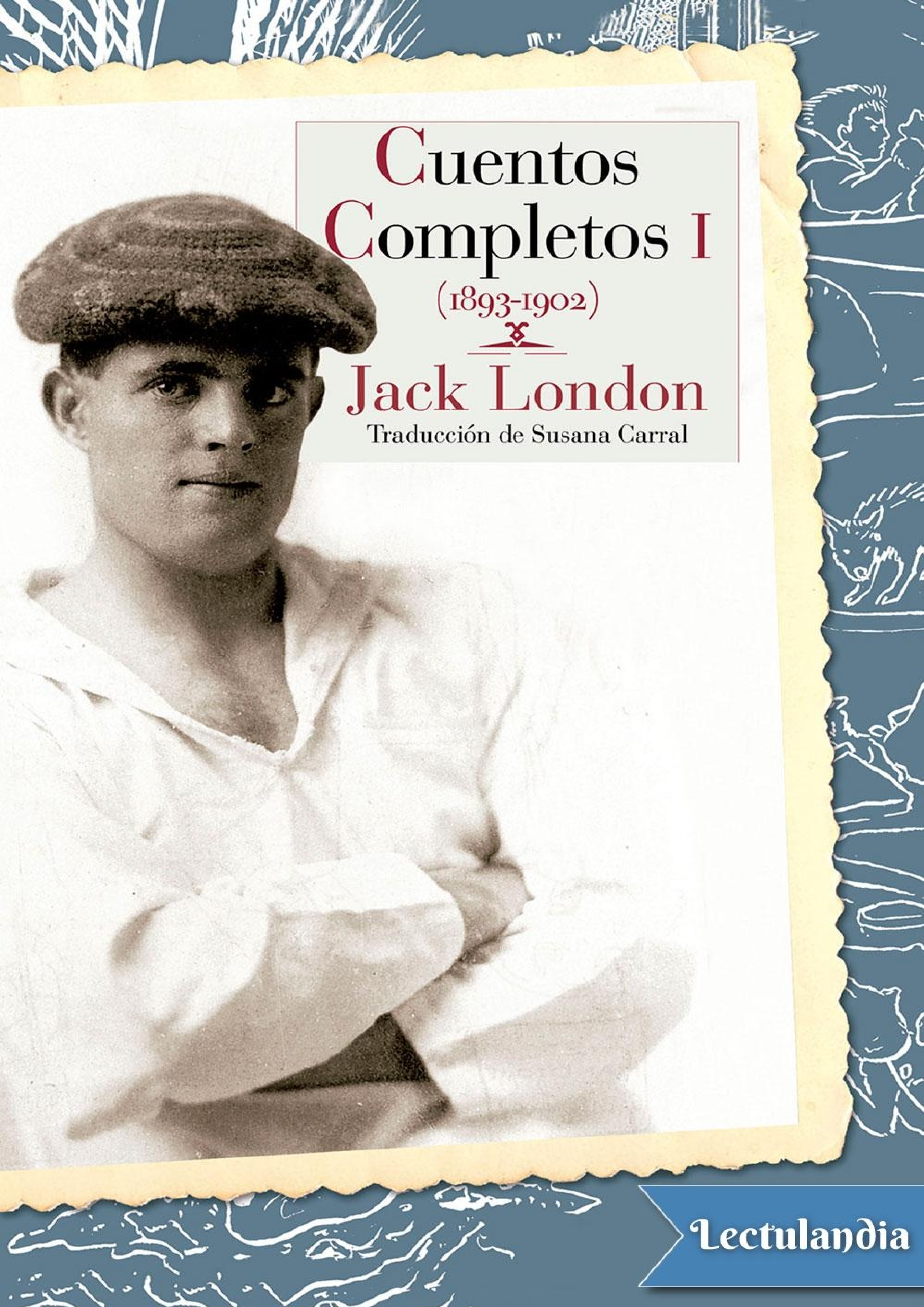

Cuentos
Completos I
(1893-1902)
Jack London
Traducción de Susana Carral
Lectulandia

Una investigación de la Universidad norteamericana de Standford ha recopilado cronológicamente, y por primera vez, los 197 relatos que Jack London escribió a lo largo de su vida, cinco de ellos inéditos hasta este momento y otros veintiocho aparecidos exclusivamente en revistas y nunca publicados anteriormente en libro. En total son casi 3.000 páginas divididas en tres tomos. El primero, que comprende los 87 cuentos escritos por el gran autor norteamericano entre 1893 y 1902, aparece ahora coincidiendo con el primer centenario de la muerte de London (1876-1916) en traducción de Susana Carral realizada expresamente para esta edición. En estos relatos de adolescencia y juventud, London da cuenta de su experiencia juvenil cuando, a los diecisiete años, se embarcó como marinero rumbo a Japón en la goleta Sophia Sutherland, aunque paulatinamente da paso a los gélidos paisajes helados del río Klondike, donde buscó oro junto a su cuñado James Shepard y contempló de cerca la muerte blanca escondida entre el hielo.

Jac London

Cuentos Completos I

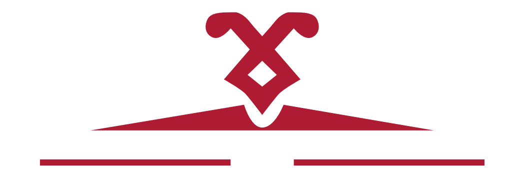
(1893-1902)

Cuentos Completos de Jack London - 1

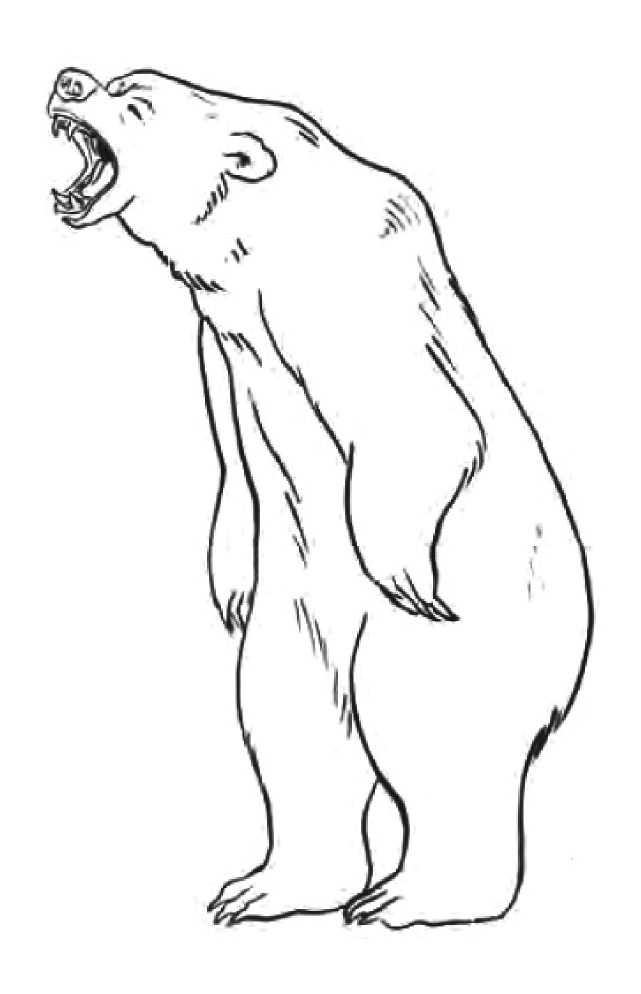
ePub r1.0
Titivillus 23.08.2020

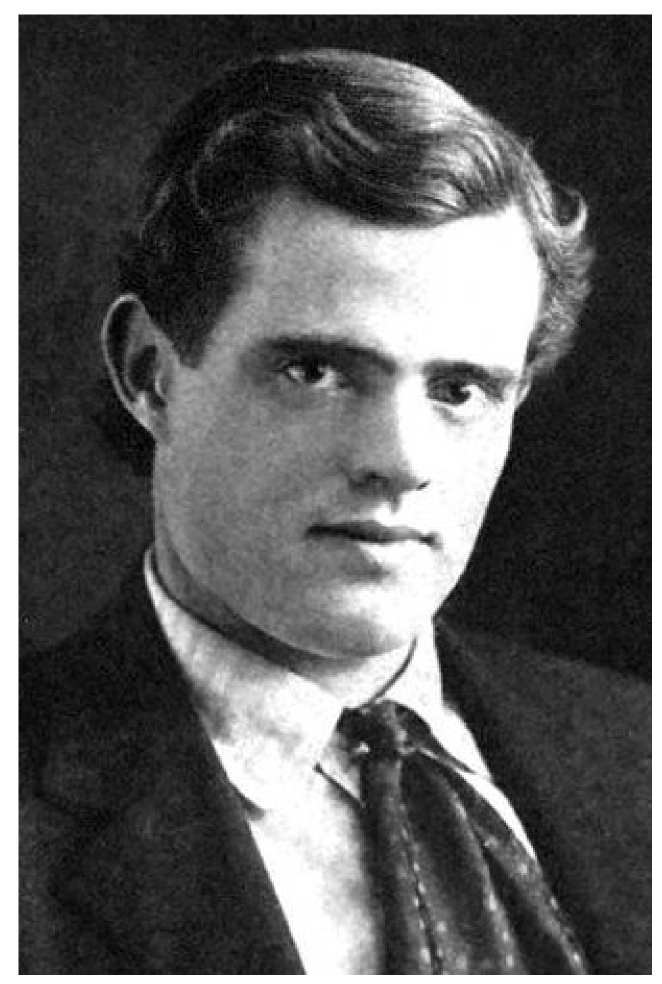
Título original: *The Complete Short Stories of Jack London, volume I*
Jac London, 1993
Traducción: Susana Carral Martínez
Ilustraciones: María Espejo

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido



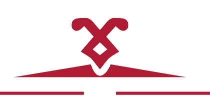


Jack London

Jack London (San Francisco, 1876 Glen Ellen, 1916), nacido probablemente como John Griffith Chaney, fue uno de los escritores norteamericanos más importantes de los comienzos del siglo XX. Autodidacta, su obra se nutre de sus experiencias de vagabundo y aventurero, que le permitieron recorrer medio mundo, ya fuera como marinero de primera en una goleta rumbo a Japón o buscando oro en las orillas del río Klondike, entre las perpetuas nieves de Alaska. Su carrera coincidió con el auge de las revistas literarias dirigidas al gran público, en las que colaboró asiduamente con sus relatos. En ellos fundió la aventura con su capacidad para indagar en la psicología humana y una fuerte carga épica que cambió el curso de la ficción norteamericana.

Influyó decisivamente en los autores de la Generación Perdida, como John Steinbeck, Ernest Hemingway o John Dos Passos, así como en otros muchos europeos: George Orwell. Aldous Auxley. William Somerset Maugham… Socialista desde los veinte años, siempre defendió el carácter utópico más que teórico de su ideología, lo que se reflejó nítidamente en su literatura. Entre sus obras, además de sus relatos, destacan novelas como *La llamada de lo salvaje* (1903), *El lobo de mar* (1904), *Colmillo blanco* (1906), *Martin Eden* (1909), *La peste escarlata* (1912) o *El vagabundo de las estrellas* (1915).

Cuentos Completos I
(1893-1902)





Cuentos Completos I
(1893-1902)



Jack London

Traducción de Susana Carral







A los 17 años, ataviado con el atuendo de marinero de la goleta *Sophia Sutherland* (1893).

▼

En la capitular de la página siguiente, London de niño



Prólogo

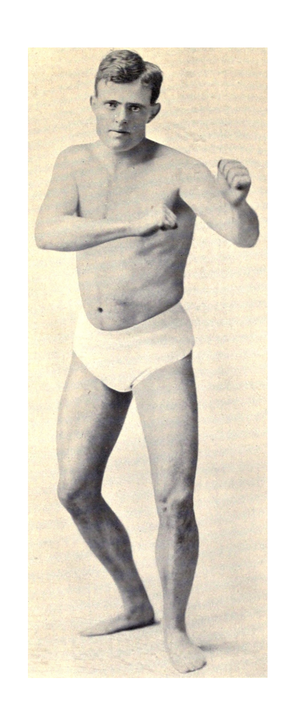
Si al niño que San Agustín se encontró en la playa le parecía igual de fácil vaciar de agua el mar con un cubo que comprender el misterio de la Santísima Trinidad, tampoco parece tarea sencilla ordenar cronológicamente, catalogar y editar los cuentos completos de Jack London (1876-1916) dispersos en archivos, multitud de revistas y una veintena de libros. El milagro de recuperar los 97 relatos escritos por este gigante de la narrativa breve —treinta y seis de ellos inéditos o nunca recogidos antes en libro— se debe a tres investigadores que recibieron el encargo de la Universidad californiana de Stanford. Para cumplir con tan ingente trabajo, Earle Labor, Robert C. Leitz III y I. Milo Shepard no necesitaron cubos, sino tres gruesos tomos —éste es el primero—, que aparecieron en Estados Unidos en 1993 y que ahora Susana Carral ha traducido por primera vez al español. Los dos restantes de la edición castellana, que ya están en fase de producción, saldrán a finales de 2018 y 2019.

De estos 197 cuentos, 161 proceden de los veinte volúmenes de narrativa corta publicados a lo largo de la vida de London y durante los seis años que siguieron a su muerte. Por tanto, la mayoría fueron corregidos por el propio London. En sus comienzos como escritor, cuando apenas era conocido y necesitaba imperiosamente el dinero que le pagaban las revistas por entregas, no pudo controlar ni revisar excesivamente la edición de su trabajo. Si los editores de las publicaciones cortaban los títulos o los relatos para hacerlos más ágiles o, simplemente, para ajustarse al espacio de papel disponible, London ponía mala cara y extendía la mano. Lo principal era cobrar; lo necesitaba para alimentar a su familia. Pero, a medida que su fama fue haciéndose mayor y el público comenzó a pedir que su firma apareciese con más frecuencia, los redactores jefes y directores de las publicaciones metían menos tijera en sus originales, aunque generalmente siempre lo impregnaban todo con el «estilo de la casa», que consistía generalmente en la supresión de algunas palabras, la puntuación y cierta manía de alterar el orden de los párrafos.

Si los cambios no afectaban radicalmente al número de palabras, lo que hubiera supuesto una merma en el precio del relato, London no solía quejarse o, al menos, no demasiado. Y cuando recopilaba los trabajos publicados en las revistas para componer un libro, devolvía los textos a su forma original, tal y como él los había escrito. En vez de facilitar a su editorial —casi siempre publicó con Macmillan— los recortes de las publicaciones, le daba copias mecanografiadas de sus originales, calcadas en la máquina de escribir con papel carbón. El editor componía las galeradas y se las entregaba al autor para que las corrigiera e hiciese las modificaciones que estimase oportunas. No revisaba segundas pruebas; sin duda se fiaba de su editor porque la experiencia le había mostrado que sus cambios eran escrupulosamente respetados.

De los cuentos que no aparecen en las colecciones supervisadas por London en vida, o por su última esposa, Charmian Kittredge, o por George Brett, su editor habitual en Macmillan, veintiocho sobrevivieron únicamente en las versiones impresas en revistas, y esas son las que han utilizado los editores de la Universidad de Stanford. Hay trece que se publican por primera vez en esta edición completa de los cuentos de London: «Relato de un viejo soldado», «En tiempos del príncipe Charley», «Una lección de heráldica», «Un rincón común», «Cómo desenmascarar a un canalla», «El rey de Mazy May», «El escarnio de Loren Ellery», «El amigo Baldy», «La chiquilla adecuada», «Final de capítulo», «Cuando el camino te persigue», «Un milagro del Norte» y «Pendiente arriba».

Para los restantes han podido utilizarse los manuscritos originales gracias a que en estos casos todavía se conservan. Cinco de ellos son completamente inéditos: «O Haru», «La broma del mathama», «La curiosa experiencia de un misógino», «El barco infestado» y «Ensoñación». Todos estos inéditos figuran en este primer tomo, que recoge la narrativa breve escrita por Jack London entre 1893 y 1902, lo que permite al lector comprobar cómo se forma un escritor, cómo va madurando desde sus primeros pinitos literarios, apenas crónicas o impresiones de sus viajes, hasta ir afilando su pluma con la madurez del oficio. En los comienzos era un escritor titubeante, que saltaba del pasado al presente con demasiado desorden sin lograr en ocasiones el objetivo propuesto, pero ya poseía ese poderoso músculo de narrador que caracteriza su estilo y su obra.



Los editores de Stanford están convencidos de que esta edición reúne toda la ficción corta que se conserva de London, por lo que no dudan en calificarla de «completa». El material que no esté aquí se debe exclusivamente a que muchos de los primeros manuscritos se han perdido o fueron destruidos por su autor. Los inéditos y algunos de los títulos que solo fueron publicados en revistas proceden de la Biblioteca Henry E. Huntington y de la Biblioteca Merrill de la Universidad estatal de Utah, a quienes los editores agradecen la ayuda. Para ordenar cronológicamente los relatos se ha utilizado el escrupuloso registro que London llevó a cabo de sus entregas de material a partir del otoño de 1898. Para los anteriores a esa fecha se han barajado suposiciones bien documentadas. En esta edición, los relatos sobre los que no hay constancia exacta del momento en el que fueron escritos se han fechado entre paréntesis, mientras que el resto va entre corchetes.

Jack London fue un escritor de éxito que hizo fortuna con la literatura. Una de las razones de su triunfo como escritor de cuentos se debió al vacío de grandes nombres que en aquel momento padecían las letras norteamericanas, lo que permitió que proliferaran autores populares que algunos críticos norteamericanos han definido como «elegantes e indescriptiblemente mediocres». Entre ellos, Gene Stratton-Porter, Virginia Frazer Boyle, James B. Hodgkin y Elizabeth Stuart Phelps, que hoy han sido olvidados. Frente a este grupo de escaso valor literario, London se impuso como un lobo solitario. La soledad creativa con la que se vio obligado a convivir se debía a varias causas: Stephen Crane y Frank Norris habían muerto prematuramente, la censura obligaba a Theodore Dreiser a retirar sus obras del mercado para evitar que su alto contenido sexual perturbase la moral de los lectores; Henry James vivía completamente distanciado en su retiro británico y los viejos Mark Twain y William Dean Howells estaban ya en tiempo de descuento.

La aparición de London en medio de aquel ambiente literario adocenado fue como una bofetada, como un huracán entrando por la rendija abierta en una ventana. Algunos estudiosos aseguran que, excepto cuando Mark Twain impuso su humor grueso, de «campamento minero», en la Norteamérica victoriana nunca antes la literatura de Estados Unidos había sufrido una perturbación similar que, para el profesor Kenneth S. Lynn, «cambió sin duda el curso de la ficción norteamericana».

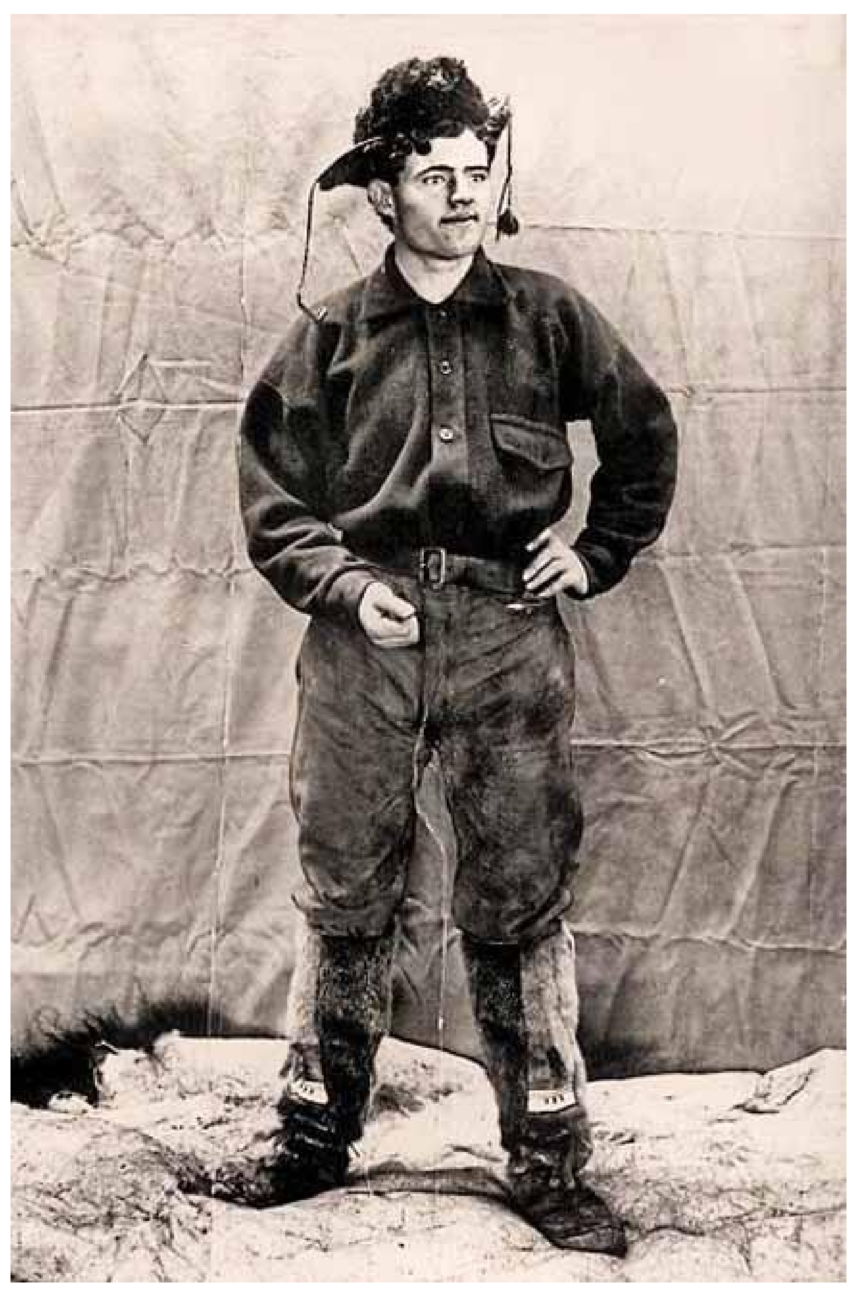


En los casi doscientos cuentos que London escribió durante sus veintitrés años de oficio, incluidos sus primeros pinitos adolescentes que también se recogen en esta edición, aborda una variedad de temas inusitada que jamás había tocado ningún otro escritor de su país: el alcoholismo, las consecuencias de la vejez, el boxeo, la tauromaquia, el trabajo infantil, la ecología, fantasías extraterrestres, el juego, el trabajo en las minas de oro, el amor (tanto el primitivo y atávico como el romántico e ideal), la discapacidad mental, los mitos, la corrupción política, la psicología (humana y animal), la explotación racial y sexual, la revolución, la experimentación científica, la vida de los marinos, el suicidio, la vida en los arrabales, el socialismo, la guerra, la naturaleza y la escritura… El escenario geográfico abarca desde el ominoso Silencio Blanco de las tierras del Norte a la sórdida e indigente avaricia de las ciudades modernas; los floridos valles de la Polinesia, las infernales junglas de la Melanesia, los cuadriláteros de Australia, las plazas de toros de Ecuador, las aldeas de pescadores de la costa del norte de Irlanda, el Valle de la Luna en California y, por último, el mundo de los sueños, el folclore y los mitos en Hawái. London no se limitó a cubrir un vacío literario, tendió un puente para reducir la enorme distancia existente entre las novelas románticas de la década de 1890, los nuevos cuentos de aventuras y la ficción naturalista y comprometida del siglo XX. Él puso los cimientos para que años más tarde Ernest Hemingway, John Dos Passos, William Faulkner, John Steinbeck o, entre otros, Erskine Caldwell crearan la Generación Perdida; aunque su influencia también se aprecia en multitud de autores europeos, como George Orwell, Aldous Huxley o William Somerset Maugham.

Completamente autodidacta, desde crío leyó en la biblioteca pública de San Francisco toda la literatura que aparecía en las revistas de la época; deseaba comprender qué le interesaba a los lectores. Sus primeros trabajos, «Relato de un tifón en la costa japonesa» y «Baño nocturno en la bahía de Edo», se basan en experiencias propias de cuando en 1893 se embarcó como marinero en la goleta Sophia Sutherland rumbo a la costa de Japón; solo tenía 17 años. Predominan en ellos las impresiones periodísticas de lo observado en la realidad y no alcanzan la calidad que él buscaba en su anhelo de hallar la «fórmula» perfecta para escribir cuentos comerciales de calidad. «El barco infestado» y «Ensoñación» nunca logró publicarlos, y otros que sí salieron en letra de imprenta, como «En tiempos del príncipe Charley» y «Un rincón común», nunca habían sido recogidos en libro hasta esta edición. Pese al relativo mérito literario de estos títulos, resultan indispensables para entender la evolución de London como narrador y muestran la realidad del mercado literario de aquella época, que demandaba casi agresivamente textos para cubrir el ocio de las clases populares.



Junto a los perros de un trineo



Posando en 1900 ataviado como un minero del Klondike para una entrevista en *Overland Monthly*.

El salto del siglo XIX al XX trajo avances tecnológicos capaces de abaratar el precio del papel y renovar las tecnologías de impresión con la aparición del fotograbado. El consumo se disparó y algunas marcas comerciales encontraron en las revistas literarias el canal ideal para publicitar sus productos entre el gran público. Las tarifas postales bajaron, facilitando la distribución de revistas, que dejaron de atender los intereses de un selecto grupo de personas de elevado poder adquisitivo y cultural, para convertirse en

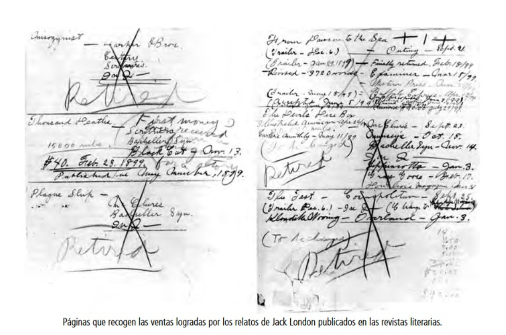
la principal herramienta de ocio de las clases populares, público que luego se repartirían el cine, la radio y la televisión.



Ilustraciones para «El apuesto grumete», publicado en *The Owl Magazine* en julio de 1899.

Revoluciones tecnológicas como el vapor, aplicado tanto a los barcos como al ferrocarril, redujeron las dimensiones del planeta. La vuelta al mundo ya se podía dar en ochenta días, como había demostrado Julio Verne en 1872 en la novela donde Phileas Fogg y su criado, Jean Passepartout, utilizan todos los medios de comunicación modernos para batir un récord impensable solo unas décadas antes. A finales del siglo XIX los ciudadanos abrieron el horizonte de su interés hacia los continentes más exóticos; deseaban saber cómo vivían en sus antípodas, que animales poblaban sus selvas, qué riquezas escondían sus montañas… La tecnología iluminaba las sombras de la magia y la curiosidad fomentaba el espectáculo. Exhibir un elefante o un rinoceronte en una gran ciudad era todo un acontecimiento y los hermanos Ringling y el

empresario P. T. Barnum —al que por cierto cita London en uno de los relatos de este libro— aprovecharon la nueva atracción por lo extraordinario, creando en 1871 el Ringling Brothers and Barnum & Bailey Circus, el mayor circo del mundo. El mundo se convirtió en un gran espectáculo apasionante. El público quería saber qué estaba sucediendo al lado de su casa, pero también en el otro extremo del planeta, y Stephen Crane o Richard Harding Davis partieron a las guerras como corresponsales, para escribir sobre el horror de las trincheras, el miedo a la muerte que atenaza el corazón de los soldados o las calurosas noches cubanas, donde los españoles peleaban contra los *rough riders* de otro cronista, Theodore Roosevelt. Los relatos tradicionales de Robert Louis Stevenson competían con el periodismo literario, y Jack London lo percibió claramente cuando en 1898 regresó del Klondike, al noroeste de Canadá, donde había acudido con su cuñado James Shepard atrapado por la fiebre del oro. La aventura a punto estuvo de costarle la vida, pero aquel año junto al Silencio Blanco, mirando respirar vaho a la muerte a menos de cuarenta grados centígrados bajo cero, había supuesto un filón de experiencias para contar a todo tipo de público con un estilo directo y accesible, técnica que había aprendido leyendo, sobre todo, a Rudyard Kipling. Los relatos de *El hándicap de la vida*, donde el premio Nobel británico narraba literariamente lo que le había sucedido cuando recorría la India en busca de reportajes para *The Lahore Civil and Military Gazette*, le enseñaron a conjugar la realidad con la ficción.



Páginas que recogen las ventas logradas por los relatos de Jack London publicados en las revistas literarias.

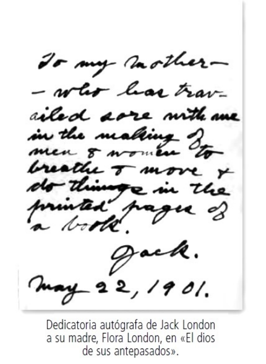
Tras los primeros escarceos de London como cuentista, que evidenciaban la ingenuidad del principiante, los lectores de la revista *Overland Monthly* en tan solo seis meses se rindieron ante su relato «Al hombre del camino», publicado en enero de 1898. Un año después, en enero de 1899, la prestigiosa *Atlantic Monthly* celebraba la publicación de «Una odisea en el Norte». Jack London comenzaba a ser una figura de las letras norteamericanas, había logrado moldear sus experiencias personales hasta dar con un naturalismo literario que atrapaba a los lectores. Pero reducir su éxito a la sencillez de su estilo sería injusto, porque su obra también refleja un lirismo y una profundidad psicológica que aportan enorme verosimilitud. Su conocimiento de la condición humana, de sus pasiones y sus odios está presente en unos personajes duros, generalmente inmersos en condiciones hostiles, que recrean un mundo literario propio y de enorme carga épica.

La fría saga del Norte que hizo famoso a London, muy presente en este primer volumen de sus *Cuentos completos,* no supone más de un tercio de sus relatos. Los otros dos tercios confirman su genio creativo y descubren su voluntad de ir siempre un paso por delante de las exigencias del público. La calidad de los cuentos habla por sí misma y los dispares resultados de sus ventas en las revistas evidencian aún más que se negó a limitarse a escribir a piñón fijo, de acuerdo a una fórmula comercial. «Semper Idem», por ejemplo, cuento muy moderno sobre la psicosis suicida, fue rechazado por más de media docena de revistas antes de que *The Black Cat,* una publicación de Boston especializada en ficción fantástica, lo comprara por cincuenta dólares. «Lo envié a todas partes —confesó London a su amigo Cloudesley Johns—. Lo habría vendido por un dólar». Por «Cara redonda», un clásico morbosamente divertido que recuerda a Poe, solo cobró quince dólares y le costó una acusación de plagio. «Y Él los creó», una desgarradora ficción sobre el alcoholismo, que podría haber escrito Scott Fitzgerald, fue rechazado por cinco revistas antes de que lo aceptara *The Pacific Monthly*. «Samuel», uno de sus mejores análisis sobre la indomable alma humana, exaltación de la Gran Madre como heroína, fue rechazado varias veces antes de que lo vendiese por cien dólares en una época en la que London ya cobraba setecientos cincuenta por relato. «Guerra», que algunos críticos y el propio London consideran uno de sus mejores cuentos, se lo regaló a una revista socialista después de obtener diez negativas a su publicación. «En el ala de los idiotas», pionero en la forma de tratar a los débiles mentales, comparado con *El ruido y la furia*, de Faulkner y *De hombres y ratones*, de Steinbeck, fue rechazado una docena de veces antes de que London lo colocase en *The Bookman* a cambio de cien dólares.



Leyendo en público en junio de 1901 en Forestville (California).

Cuentos tardíos como «La princesa» o «El ídolo rojo», por los que *Cosmopolitan* pagó sustanciosas cantidades, así como la media docena de relatos hawaianos que escribió al final de su vida, tras descubrir *La dinámica de lo inconsciente*, de C. G. Jung, no se parecen a ningún otro de los relatos que publicaban las revistas norteamericanas durante la segunda década del siglo XX. «La princesa» engarza la fantasía de los vagabundos, el naturalismo y el chiste interminable. Para algunos de sus estudiosos, se trata de «una de las aventuras más inusuales de London, un experimento que



To my mother — who has travailed sore with me in the making of men & women to breathe & move & do things in the printed pages of a book.
Jack.
May 22, 1901.

Dedicatoria autógrafa de Jack London a su madre, Flora London, en «El dios de sus antepasados».

satiriza intencionadamente los cuentos de aventuras y de vagabundos que hicieron famoso al autor». «El ídolo rojo», que en principio había titulado «El mensaje», ha sido considerado una versión temprana y más fascinante de *El centinela*, de Arthur C. Clarke (en la que se basó Stanley Kubrick para su *2001: Una odisea del espacio*) tal y como la habrían escrito a cuatro manos Joseph Conrad y Franz Kafka. Y «El hijo del agua», el último cuento que London escribió y uno de los que más significado mítico contiene, es prácticamente un diálogo sin apenas acción.



THE GOD OF HIS FATHERS
By Jack London

I.

ON every hand stretched the forest primeval—the home of noisy comedy and silent tragedy. Here the struggle for survival continued to wage with all its ancient brutality. Briton and Russian were still to overlap in the Land of the Rainbow's End—and this was the very heart of it—nor had Yankee gold yet purchased its vast domain. The wolf-pack still clung to the flank of the cariboo-herd, singling out the weak and the big with calf, and pulling them down as remorselessly as were it a thousand-thousand generations into the past. The sparse aborigines still acknowledged the rule of their chiefs and medicine men, drove out bad spirits, burned their witches, fought their neighbors, and ate their enemies with a relish which spoke well of their bellies. But it was at the moment when the stone age was drawing to a close. Already, over unknown trails and chartless wildernesses, were the harbingers of the steel arriving—fair-faced, blue-eyed, indomitable men, incarnations of the unrest of their race. By accident or design, single-handed and in twos and threes, they came from no one knew whence, and fought, or died, or passed on, no one knew whither. The priests raged against them, the chiefs called forth their fighting men, and stone clashed with steel; but to little purpose. Like water seeping from some mighty reservoir, they trickled through the dark forests and mountain passes, threading the highways in bark canoes, or with their moccasined feet breaking trail for the wolf-dogs. They came of a great breed, and their mothers were many; but the fur-clad denizens of the Northland had this yet to learn. So many an unsung wanderer fought his last and died under the cold fire of the aurora, as did his brothers in burning sands and reeking jungles, and as they shall continue to do till in the fullness of time the destiny of their race is achieved.

It was near twelve. Along the northern horizon a rosy glow,

Ilustraciones de Ernest L. Blumenschein para «El dios de sus antepasados», relato publicado en *McClure* en mayo de 1901.

Resulta evidente que London era conocedor de las repercusiones económicas de su esfuerzo innovador. Cuando el escritor Waldo Frank le pidió en 1916 cualquier relato breve que tuviera sin publicar para *The Seven Arts*, London respondió lacónicamente: «No existen esos relatos breves». Luego añadió: «No me importa decirle que si Estados Unidos hubiese sido tan amable con los escritores de cuentos como siempre lo ha sido Francia, desde el principio de mi carrera hubiera escrito bastantes relatos muy diferentes de los que han salido de mi pluma». Todo lo que escribía era para ser publicado, nunca se permitió almacenar inéditos e intentó satisfacer el gusto de los lectores.

Diez años antes había aconsejado a sus colegas del Pacific Short Story Club que no escribiesen obras maestras si querían tener éxito con los directores de las revistas. «No quieren obras maestras —les explicaba—. Las obras maestras afectan a su difusión, les hacen perder suscriptores y entonces el administrador se enfada y despide al director por el descenso en las cifras

de ventas. Tampoco os enfadéis con el pobre director. Él tiene que ganarse la vida, igual que vosotros y yo. Y sabe de sobra qué es lo que le conviene».

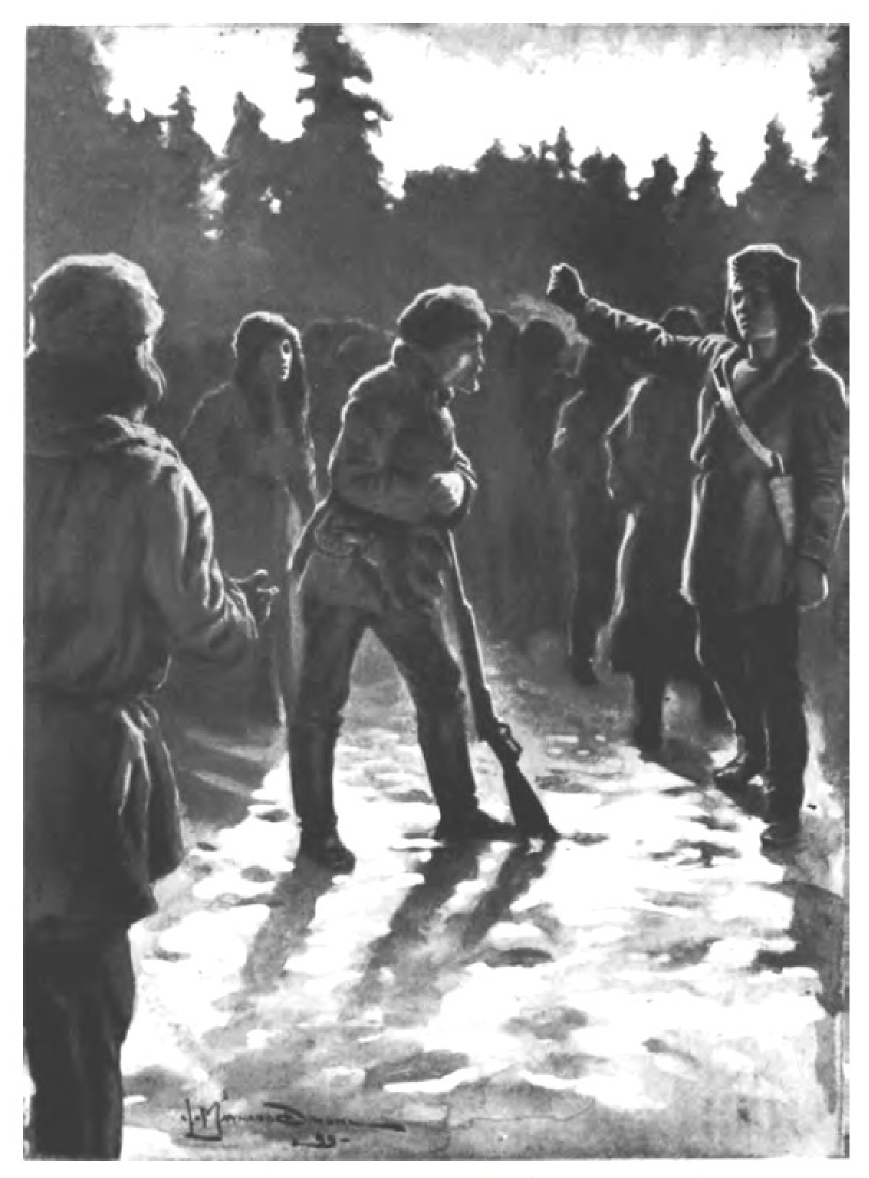


Ilustración de Maynard Dixon para «El Hijo del Lobo», publicado en *Overland Monthly* en abril de 1899.

Lo asombroso es que London nunca dejó de explorar nuevos territorios creativos mientras trataba de entregar el tipo de ficción de acción y aventuras que demandaba el mercado y que, según sabía de sobra, hacía crecer su fortuna y su fama. Tal vez por eso advirtió a los miembros del Pacific Short Story Club: «No hagáis lo que yo hago, haced lo que os digo». Excepto en los comienzos de su carrera, cuando trabajaba a destajo para lograr que las revistas le abrieran sus puertas, escribió un número relativamente pequeño de cuentos ajustándose a los cánones estrictamente comerciales. Y todos sus trabajos, incluso en los primeros, muestran su enorme talento literario.

¿Cómo explicar el extraordinario éxito de este escritor y su excepcional contribución al género de la narrativa breve? Tal vez, la razón habría que buscarla en su biografía. La historia personal de London es quizá más fascinante que cualquiera de sus ficciones. Comenzó casi en el último peldaño de la escala socioeconómica: nació fuera del matrimonio en una familia de clase obrera, pasó la mayor parte de su niñez inmerso en la pobreza, tuvo que dejar la escuela sin acabar los estudios, empezó a trabajar en una fábrica a los catorce años, a los quince pescaba furtivamente ostras, a los dieciocho lo condenaron a treinta días de prisión por vagabundo. Semejante currículum no auguraba el éxito social ni mucho menos la riqueza. Pero a los treinta años se había convertido en uno de los escritores más conocidos y mejor pagados de Norteamérica.

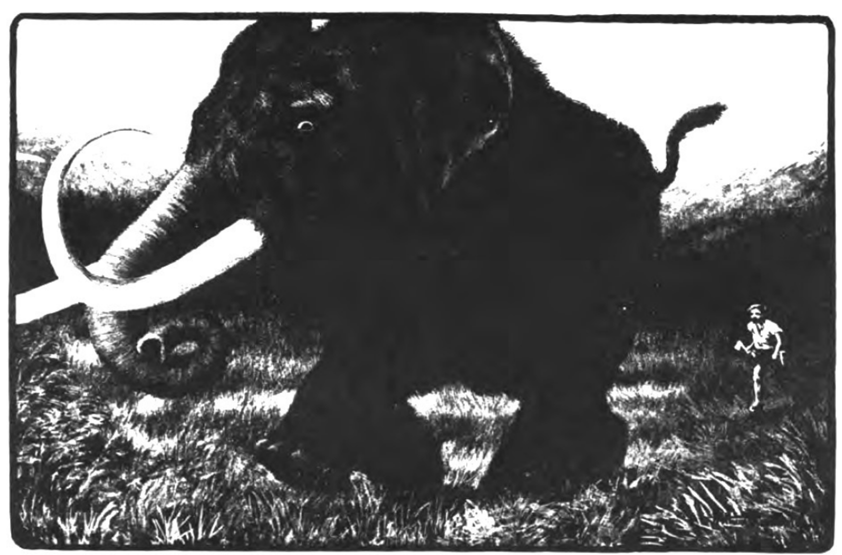


Ilustración de «Una reliquia del plioceno», cuento publicado en *Collier's Weekly* en enero de 1901.

La historia de su legendaria carrera se puede rastrear en la documentación que el propio London ha dejado sobre las ventas de las revistas cuando publicaban sus trabajos, así como en su correspondencia personal y en novelas autobiográficas como *Martin Eden* (1909) y *John Barleycorn* (1913). En 1915, a petición de J. Torrey Connor, director de *The Silhouette*, resumió en una lista los factores más importantes en su éxito literario:

- Una suerte impresionante.
- Buena salud.
- Buena cabeza.
- Buena correlación mental y muscular.
- Pobreza.
- Haber leído *Signa*, de Ouida, a los ocho años.

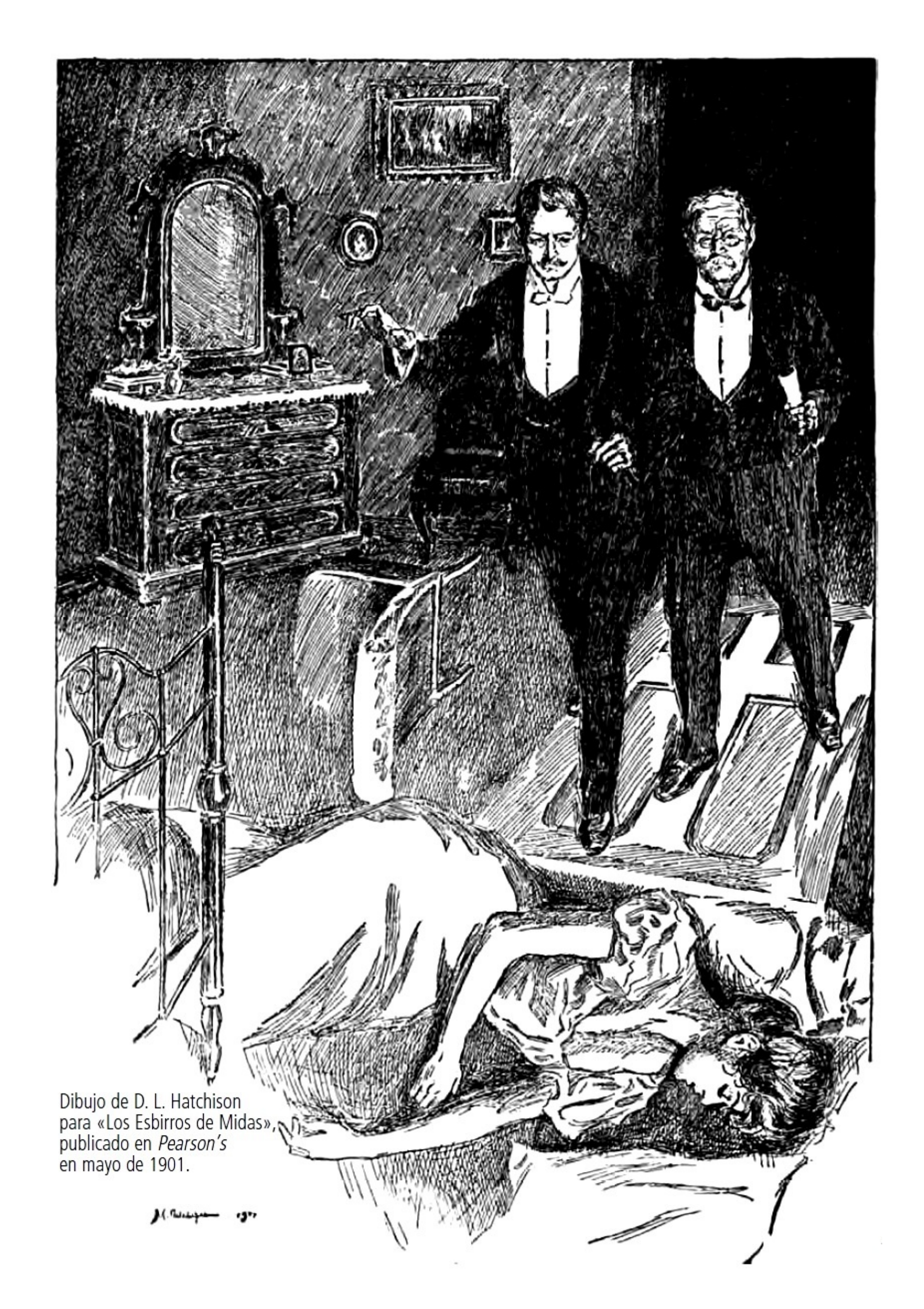
- La *Filosofía* del estilo de Herbert Spencer.
- Haber empezado veinte años antes de los que intentan empezar hoy.

Para ser exactos, London había comenzado a escribir veintidós años antes. Su aprendizaje literario evolucionó a lo largo de tres fases distintas. La inicial empezó unos meses después de que regresara de su viaje de ocho meses que hizo enrolado como marinero de primera en la goleta *Sophia Sutherland*. El viernes 27 de octubre de 1893, el *San Francisco Morning Call* anunció un concurso de artículos descriptivos de menos de doscientas palabras para menores de veintidós años. Animado por su madre, Flora Wellman, que lo mantuvo despierto dos noches enteras a base de café mientras de día trabajaba en una fábrica de yute en Oakland, escribió un relato basado en su reciente experiencia como marinero. El domingo 11 de noviembre de 1893, «Relato de un tifón en la costa japonesa» fue publicado en el *Call* por haber ganado el primer premio del concurso. El segundo fue para un alumno de la Universidad de Stanford y el tercero para otro de la de California. Los veinticinco dólares del galardón demostraban que era capaz de ganar en solo dos noches lo mismo que obtenía trabajando un mes entero en la factoría de yute. La novela *Signa*, de Ouida, en la que un joven campesino italiano sin estudios se convierte en un famoso compositor de ópera, no era solo una ficción, también podía convertirse en realidad. A él le había pasado lo mismo con un relato, lo que le abría un mundo donde el trabajo intelectual era mejor recompensado que el que exigía mayor esfuerzo físico. Trabajando como obrero no cualificado jamás obtendría tanto dinero como el que podría ganar escribiendo.

Intentó presentarse a nuevos concursos literarios, convertirse en un cazapremios profesional, pero no tuvo éxito. Comprendió que en el mundo de la Literatura no era más que un aficionado y que hasta que no adquiriese una técnica que le permitiera competir con los profesionales debería conseguir el dinero con el sudor de su frente, elaborando yute o empleándose en una central eléctrica.

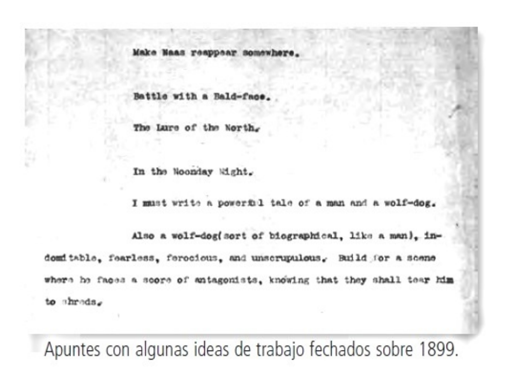
Y aunque es verdad que cuando publicó «Relato de un tifón en la costa japonesa», el primer relato de estas obras completas, aún era un aficionado, el cuento ha aguantado perfectamente al crítico más inflexible, el paso del tiempo. Es una historia fresca qué, aunque no ambiciona mayores pretensiones, suscita la emoción y el interés de los lectores. Ya apunta alguna de las cualidades del London maduro: un don natural para la sintaxis elegante, capacidad para evocar sensaciones, jugar con la simbología que, en este caso, sugieren los sonidos, y mantener la atención gracias a una estructura narrativa

de enorme eficacia. La capacidad para interrelacionar un fenómeno natural con el factor humano y el destino de la tripulación de una goleta supuso un logro relevante para un joven de diecisiete años, que solo había estudiado hasta primaria.


Dibujo de D. L. Hatchison para «Los Esbirros de Midas», publicado en *Pearson's* en mayo de 1901.

Después de su empleo en la central eléctrica, inició su vida de vagabundo sumándose en 1893 en una marcha que se dirigía a Washington para protestar contra la situación de los desempleados. Arranca ahí la segunda fase de su aprendizaje literario, porque después de seis meses de ir de un lado para otro, a los que en 1894 pusieron fin treinta días de cárcel en la penitenciaría de Erie County en Buffalo (Nueva York) acusado de vagabundear —lo contaría años más tarde en «El camino» (1907)—, London se matriculó en la Oakland High

School y encontró en la revista escolar de ese centro, *The Aegis*, el refugio ideal donde volcar su creatividad. Entre el 18 de enero y el 18 de diciembre de 1895 publicó allí diez textos: tres descripciones, un ensayo de carácter socialista y seis relatos cortos. El primero de ellos, «La historia de Frisco Kid», fue uno de los pocos que firmó como John London. Llama la atención el uso que hace en ese cuento del dialecto con el que se expresa el narrador/protagonista, una especie de Huckleberry Finn vagabundo, un pícaro sin maldad. El giro irónico al final del cuento (la persona a la que Frisco Kid le cuenta su triste historia resulta ser el padre de su amigo ahogado) recuerda al gran cuentista norteamericano Ambrose Bierce, desaparecido misteriosamente en México. Muy diferente en cuanto al marco y el modo de expresarse de los personajes, «Sakaicho, Hona Asi y Hakadaki», que apareció dos meses después en *The Aegis*, también termina con una nota de patetismo irónico cuando el narrador descubre que la esposa y el hijo del conductor de *rickshaw* del que se había hecho amigo la semana anterior, ambos encantadores, habían muerto en un incendio que destruyó su hogar. También es distinto el tono en «Baño nocturno en la bahía de Edo», donde cuenta cómo un valiente marinero estadounidense se niega a entregar su ropa a cambio de que le lleven en sampán desde el puerto hasta su barco y nada el kilómetro que le separa de su destino, lo que le vale el asombro y reconocimiento de los barqueros. Este cuento, debidamente revisado, fue publicado ocho años después en la revista *St. Nicholas* con un título más corto: «En la bahía de Edo». Ambos pueden leerse en este primer tomo de los *Cuentos completos*.



Make Naas reappear somewhere.

Battle with a Bald-face.

The Lure of the North.

In the Noonday Night.

I must write a powerful tale of a man and a wolf-dog.

Also a wolf-dog(sort of biographical, like a man), indomitable, fearless, ferocious, and unscrupulous. Build for a scene where he faces a score of antagonists, knowing that they shall tear him to shreds.

Apuntes con algunas ideas de trabajo fechados sobre 1899.

Sus colaboraciones en *The Aegis* eran inusuales en las revistas escolares, porque narraban experiencias como marinero y vagabundo, algo completamente extraño para los compañeros de colegio de Jack London, niños de clase media que como mucho habían trabajado repartiendo periódicos en vacaciones o ayudando a sus padres en los negocios familiares. El alumno London sorprendía a todos con pedazos de su propia vida redactados con toda la crudeza que le permitía su capacidad para jugar con las palabras; aunque su literatura todavía era pobre, resultaba de una eficacia innegable.

Pese a que todavía no se había dado cuenta de que ese tipo de historias directas y verosímiles eran mucho más interesantes que los relatos sentimentales y relamidos que llenaban las páginas de las revistas literarias

populares, sí advirtió cómo la educación lograba mejorar su pensamiento y su gramática. En el verano de 1896, solo año y medio después de haberse matriculado en el instituto de Oakland, se mató a estudiar y aprobó los exámenes de acceso a la Universidad de California en Berkeley, donde se inscribió en otoño en dos cursos de inglés y otros de matemáticas, física e historia. Completó el semestre con éxito y se matriculó en otra media docena de cursos (incluidos tres de inglés y dos de historia), pero en febrero se vio obligado a dejarlo por falta de dinero.



Jack London tumbado leyendo en 1900 en Oakland, California.

En la primavera de 1897 inició su tercera y última fase del aprendizaje literario. Imitando al protagonista de *Signa*, primero intentó dirigir su creatividad hacia la música, pero no tardó en darse cuenta de que carecía de talento para ello y se centró en la poesía, el ensayo y la ficción. Escribió sin parar todo tipo de historias, pero no lograba encontrar una voz propia, era incapaz de elaborar ese estilo duro y directo que comenzó a surgirle con naturalidad a su regreso de la aventura minera en Alaska.

Buscando recursos económicos, en 1899 comenzó a trabajar de doce a dieciocho horas diarias en la enlatadora Hickmott. Agotado por aquel trabajo pidió un préstamo a su madre adoptiva, Jennie Prentiss, y compró la goleta *Razzle-Dazzle* para convertirse en pescador furtivo de ostras. Demasiado riesgo; cuando el barco se fue a pique cambió de bando y se enroló en la Patrulla Pesquera de California.

El 25 de julio de 1897, London y su cuñado James Shepard zarparon para unirse a la fiebre del oro en la cuenca del río Klondike, escenario de sus primeras historias importantes. Allí, mientras buscaba sin éxito las pepitas de oro entre el agua helada que filtraba con la batea, enfermó de escorbuto. Con las encías hinchadas y sangrando, perdió sus cuatro dientes frontales, se cubrió de llagas y padeció constantes dolores de cadera y en los músculos de las piernas. Afortunadamente para él y todos los que caían enfermos en aquellos gélidos parajes canadienses, el padre William Judge, *el santo de Dawson*, lo recogió en su refugio y le proporcionó abrigo, comida y algunas medicinas.

Esa lucha contra la muerte entre el hielo en eternas noches oscuras como el carbón inspiró algunos de sus mejores relatos, como «El Silencio Blanco» y «Encender una hoguera», del que existen dos versiones, la famosa de 1907 y la primera y totalmente distinta de 1901. Cotejar ambas permite comprobar la enorme evolución que alcanzó su literatura en tan solo seis años. Regresó de las orillas del Klondike en 1898 convertido en un activo socialista utópico y plenamente convencido de que debía mejorar su educación para abandonar el trabajo físico y ganarse la vida con el intelectual. Escondía en su interior la llamada de la literatura. No fue fácil y en ocasiones, como confiesa en *Martin Eden*, a punto estuvo de abandonar.

«En el Klondike me encontré a mí mismo. Allí se ven las cosas con perspectiva», confesó London. Los relatos que empezó a escribir después de su aventura entre el Silencio Blanco del Norte se parecen muy poco temática y estructuralmente a los de sus años de aprendizaje. La experiencia adquirida en condiciones tan adversas, obligado siempre a mirar a la muerte de cara, le hicieron madurar; esa perspectiva que menciona se hace patente en su capacidad para empaparse del entorno, plasmar en sus relatos las ambiciones y los comportamientos de los hombres de Alaska, las manías y el temperamento ingenuo de los indios, sus brujerías y servidumbres a sus dioses, la dureza con la que es imprescindible tratar a los perros que tiran de las traíllas de los trineos… Y un elemento épico en el que la naturaleza se convierte en un protagonista más del argumento e incide poderosamente en el espíritu de los hombres, que siempre ambicionan el progreso, la mejora de sus condiciones de vida, aunque para ello deban someter sus cuerpos y sus mentes a esfuerzos agotadores. El ambiente propio de las tierras del Norte corría por las venas de London, otorgando autenticidad a sus mejores relatos sobre el Klondike, una verosimilitud superior a la de sus cuentos anteriores, donde el lector no llegaba a meterse totalmente en la piel de los personajes. Cuanto

más efectivo es el ambiente, mejor es la calidad de los cuentos. Su habilidad para fundir escenario y argumento, y su sensibilidad para transmitir la fuerza simbólica del entorno, se hace más que evidente en este período.

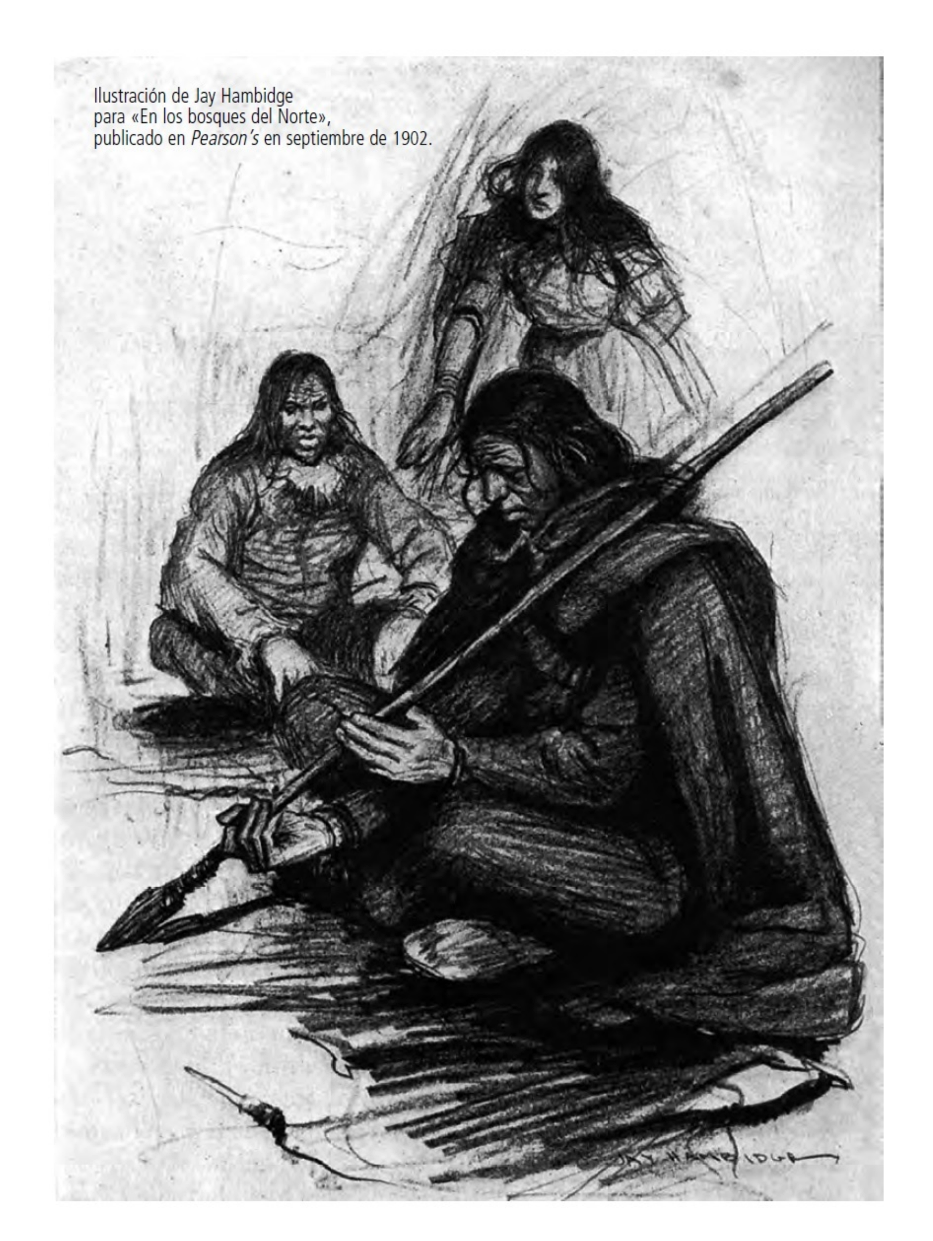


Ilustración de Jay Hambidge para «En los bosques del Norte», publicado en *Pearson's* en septiembre de 1902.

En otoño de 1898, Jack London recibió en el Klondike la noticia de la muerte de su padrastro, John London, y comprendió que desde ese momento pasaba a ser el cabeza de familia; implicaba que era el único soporte económico para mantenerla, algo difícil de lograr con los cinco dólares en polvo de oro que había obtenido buscándolo a temperaturas gélidas. Incapaz de encontrar un trabajo estable, aceptó todo tipo de empleos: jardinero, limpiador de alfombras, recadero… Aprobó con la nota más alta el examen para entrar a trabajar en Correos, pero en Oakland no había plazas de cartero.

El último recurso, la tabla de salvación que alguna vez le había sonreído antes, era la literatura; de manera desesperada se puso a escribir sin parar. Escribía y estudiaba gramática, analizaba a los escritores de éxito para descubrir su secreto y empeñó todo lo que tenía para comprar una máquina de escribir y sellos para enviar a las revistas todos los cuentos que era capaz de recopilar, los antiguos y los nuevos sobre su experiencia en Alaska. A finales de noviembre, con el otoño a punto de abrazarse al invierno, estaba sin un dólar pero plenamente convencido de que no debía rendirse.


Ilustración para «Valor y persistencia», publicada en *Youth's Companion* en enero 1900.

Había logrado despojar su estilo de oraciones complejas, cada vez sorteaba mejor las subordinadas, y ese «estilo sencillo», ideal para narrar las sensaciones que le provocaban los recuerdos del Norte, coincidía con lo que demandaban los directores y redactores jefes de las revistas literarias más populares: «Buenas lecturas fáciles de leer, sin florituras, sin finales felices, sin precisión ni excesiva exactitud en los detalles, pero con mucha acción, solo acción, acción y siempre acción».

La primera semana de diciembre el *Overland Monthly* le ofreció cinco dólares por publicar «Al hombre del camino». Poco dinero, pero al menos era lo mismo que había ganado buscando oro durante un año entero en Alaska, y le abría una puerta para colocar futuras colaboraciones; con el tiempo lograría venderles otros siete cuentos más, lo que supuso un fuelle impulso para la difusión de su obra y su carrera de escritor.

Poco después de la oferta del *Overland Monthly* tuvo un golpe de suerte decisivo: *The Black Cat* le pagó cuarenta dólares por «Mil muertes», un relato pseudocientífico que había rescatado entre los escritos de antes de su experiencia en el Klondike. Cuarenta dólares eran una fortuna para un joven sin oficio, beneficio y ni un duro en el bolsillo.



Portadas de números de *The Black Cat, Collier's* y *McClure's* Magazine con relatos de Jack London.

The Black Cat supuso la salvación económica y el *Atlantic Monthly* su confirmación como escritor profesional, capaz de expresar los diferentes estados de ánimo de los personajes. Lo había aprendido leyendo a Joseph Conrad, maestro del «factor humano», y a Rudyard Kipling, su admirado Kipling. Gracias a ellos ya podía eliminaren sus escritos la figura del narrador, permitiendo que los personajes se expresaran por sí mismos y que los lectores sacaran sus propias conclusiones sin que el autor tuviera que dirigirlos. El *Atlantic Monthly* ponía fin de este modo a una de las ambiciones más importantes de Jack London, la búsqueda de un estilo propio. Lo había encontrado.

Aunque a partir de entonces siempre fue fiel a su estilo, los argumentos de sus ficciones sí que cambiaron a medida que maduraba y se trasladaba de residencia. Cuando en la primavera de 1905 se mudó a Glen Ellen, en el valle de Sonoma, el *Valle de la Luna*, al norte de San Francisco, dejó de ser un hombre de ciudad y se convirtió en un auténtico defensor de la vida rural. «Lo principal del campo es el campo en sí mismo y el hecho de haberme librado de la presión que supone vivir en la ciudad —escribió a un amigo—. Hay que dejar de ser intelectual y disfrutar de las cosas pequeñas, de los bichos que se arrastran, de los pájaros, las hojas, etcétera, etcétera». Para entonces ya había roto su relación con su primera mujer, Bess Maddern, madre de sus dos hijas, con la que había contraído matrimonio en abril de 1900 y de la que se divorció en noviembre de 1905. El campo le dio libertad, lo alejó del estrés de la ciudad y comenzó a convertirse en un escenario recurrente de sus ficciones.

«El Cañón de Oro Puro», uno de sus relatos más importantes, destaca no solo por el lirismo de sus descripciones y su dramatismo argumental, también refleja la nueva conciencia ecológica de Jack London, apenas perceptible en sus relatos «naturalistas» del Klondike, donde centra el interés en hombres

que desafían al mismísimo demonio para enfrentarse a cara descubierta contra el corazón de hielo del ominoso Silencio Blanco. Los héroes del Norte que describe London, testarudos, amigos de sus amigos, toscos y nobles, observan la Naturaleza más como un enemigo que como un aliado, y quieren exprimirla al máximo para hacer fortuna antes de que ella acabe con ellos. En «El Cañón de Oro Puro», sin embargo, la Naturaleza es la víctima y el hombre pasa a convertirse en el despiadado depredador empeñado en destruida sin que existan demasiadas razones objetivas para ello.


Ilustración para «El desprecio de las mujeres», relato publicado en *Overland Monthly* en mayo 1900.

Casado ya con su segunda mujer, la escritora Charmain London, con la que contrajo matrimonio en noviembre de 1905, se compró en 1910 un rancho de más de cuatrocientas hectáreas que le costó veintiséis mil dólares, una auténtica fortuna para la época. En Rancho Hermoso, también en Glen Ellen, puso en práctica con escasa fortuna sus nuevos ideales a favor de la naturaleza.

Su biografía se refleja constantemente en su obra. Otro de sus descalabros, el velero *Snark*, que encargó construir en 1906 sin reparar en gastos con la pretensión de dar la vuelta al mundo, y con el que solo pudo alcanzar las islas Marquesas, las Salomón y Tahití, le proporcionó documentación para varios relatos publicados durante sus últimos años de vida. Y un ataque de psoriasis sufrido en aquellos paraísos, que al principio confundieron con lepra, fue suficiente para que las Salomón y la Melanesia se convirtieran en la ficción de Jack London en un infierno provocado por la civilización y el malvado hombre blanco. Con un naturalismo implacable, las selvas frondosas y salvajes acabaron reducidas a un vertedero podrido donde, a diferencia de lo que ocurría en los gélidos entornos del Klondike, el hombre carece de afán de superación para imponerse épicamente a las circunstancias y se limita a caer en un salvajismo despiadado.







Portadas de números de *The Saturday Evening Post*, *Overland Monthly* y *Boys' Life* con relatos de Jack London.

El *Snark* le había costado más de treinta y cinco mil dólares. Lo vendió por cuatro mil quinientos, un negocio ruinoso que afectó decisivamente a su obra, porque a partir de aquel fracaso se centró en escribir novelas y los relatos pasaron a un segundo plano. La mayoría de los críticos asegura que la calidad de sus cuentos disminuyó considerablemente durante este período, porque surgían con afán más crematístico que literario; se trataba de pagar facturas lo más deprisa posible sin que importara demasiado el precio que ello conllevara. Esta teoría es demasiado simple para ser cierta.

Eso sí, el alcohol, el cansancio y el trabajo a destajo estaban dejando a Jack London sin argumentos sobre lo que escribir. Seco de ideas, algo de lo que se quejó públicamente, en 1910 compró varias a Sinclair Lewis, nueve años más joven que él y futuro premio Nobel de Literatura. Su amigo el poeta George Sterling también le proporcionó varios argumentos y, a finales de ese mismo año, London firmó contrato con la revista *Cosmopolitan* para escribir una serie de cuentos por setecientos cincuenta dólares cada uno, de acuerdo a unas premisas impuestas por la publicación, que quería cuentos «viriles, con el mejor de los estilos, rezumantes de realismo pero sin que repeliesen por desagradables o por un exceso de naturalismo brutal». En la primavera siguiente fumó otro contrato similar con *The Saturday Evening Post* para crear otra serie, también a setecientos cincuenta dólares la pieza. De esos dos contratos surgieron diecinueve cuentos: los once recogidos posteriormente en el volumen *Smoke Bellew* (1912) y los ocho recopilados en Captain David Grief (1912), que aparecerán en el tercer y último volumen de esta edición de Cuentos completos.

La calidad de los que escribió basándose en los argumentos de Sinclair Lewis («En el origen del mundo», «Un chantaje alado» y «El padre pródigo») no es muy alta. «La lagarta», sobre una idea original de Sterling, tampoco está entre lo mejor de su producción, pero «El ídolo rojo», que también surgió de

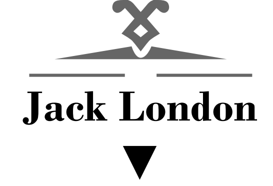
la imaginación de Sterling, es excelente, a la altura de la segunda versión de «Encender una hoguera» y de «El Silencio Blanco». De idéntica calidad son algunos otros fechados también después del penoso viaje en el Snark, como «Un trozo de carne» y «El mexicano», punto de referencia en la ficción deportiva, comparables a obras de ese mismo género escritas por Hemingway, Ring Lardner y Norman Mailer. «Samuel», «Guerra» y «En el ala de los idiotas» —obras maestras inigualables— sorprendieron tanto y eran tan diferentes a lo que se hacía en aquel momento que ni siquiera la firma de Jack London, por entonces una auténtica estrella literaria, fue capaz de captar el interés de las grandes revistas, renuentes a publicarlos.

Nunca se doblegó, jamás dejó de experimentar en busca de nuevas ficciones que contar, ajeno a las modas, siempre con un ojo puesto en las exigencias del mercado y otro en su firme voluntad de crear. A los 40 años, el 22 de noviembre de 1916, murió en Glen Ellen. Según algunas versiones se suicidó, aunque estudios más recientes lo cuestionan y atribuyen las causas de la muerte a un ataque de uremia en un cuerpo demasiado agotado por la intensidad de su vida y los vapores del alcohol. La uremia, además, le provocaba fuertes dolores que combatía con morfina, lo que pudo acelerar su final voluntaria o involuntariamente. Cuentista por excelencia, maestro del ritmo, dueño de un estilo directo, intenso y gran conocedor de los escenarios donde habitan sus personajes, su popularidad y éxito comercial empañaron en su país durante algún tiempo la enorme calidad de su obra.

La vieja Europa, sin embargo, el continente del que proceden muchos de los personajes que aparecen en sus libros, nunca ha dejado de considerarlo un maestro de la distancia corta, capaz de adentrarse en los más variados argumentos y, sin olvidar nunca la acción y la aventura, aportar una visión filosófica abierta y lúcida a la psicología humana. Gracias al inmenso trabajo de Susana Carral, el lector español tiene por primera vez la posibilidad de ver cómo se fue forjando, hasta hacerse gigante, uno de los grandes narradores de Literatura contemporánea.

El Editor
Septiembre de 2017

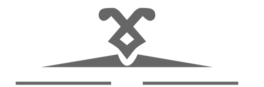
Cuentos Completos I
(1893-1902)



Jack London

▼





Relato de un tifón en la costa japonesa

LA CAMPANA SONÓ CUATRO VECES durante la guardia de la madrugada. Acabábamos de terminar el desayuno cuando llegó la orden de que la guardia debía permanecer preparada en cubierta para ponemos al pairo y toda la tripulación lista junto a los botes.

—¡A babor! ¡A babor todo! —gritó nuestro capitán—. ¡Cargad las gavias! ¡Arriad el petifoque! ¡Llevad el foque a barlovento y arriad el trinquete!

Así fue cómo nuestra goleta, la *Sophie Sutherland*, se puso al pairo frente a la costa de Japón, cerca del cabo Jerimo, el 10 de abril de 1893.Entonces se produjeron unos momentos de trajín y desconcierto. Había dieciocho hombres para tripular los seis botes. Algunos enganchaban los aparejos, otros soltaban amarras; los timoneles de los botes llevaban brújulas y barriles de agua, y los remeros tarteras. Los cazadores se tambaleaban bajo dos o tres escopetas, un rifle y una caja de munición pesada, todo lo cual se estibó enseguida en los botes, junto con sus trajes de aguas y sus guantes.

El capitán dio las últimas órdenes y allá zarpamos, manejando tres pares de remos para llegar a nuestros puestos. Nosotros íbamos en el bote de barlovento y por eso teníamos que remar más que los otros. Los tres primeros botes de sotavento enseguida desplegaron velas y pusieron rumbo al Sur y el Oeste con viento derrotero, mientras que la goleta permanecía a sotavento de ellos, de manera que en caso de accidente los botes tendrían viento favorable para volver.

Hacía una mañana espléndida, pero nuestro timonel movió la cabeza de una forma que no presagiaba nada bueno mientras observaba el sol naciente y, profético, murmuró: «Cuando el sol rojo despierta, el marino da la alerta». El sol parecía enfadado y las pocas nubes ligeras y aborregadas que había en esa cuarta parecían tímidas y asustadas, y pronto desaparecieron.

A lo lejos y hacia el norte el cabo Jerimo alzaba su cabeza negra y amenazadora como un monstruo enorme que surge de las profundidades. La nieve del invierno que el sol no había disipado del todo lo cubría con manchas de un blanco reluciente sobre las que soplaba el leve viento camino del mar. Unas gaviotas enormes alzaron el vuelo lentamente, batiendo las alas en

medio de la brisa suave y golpeando con las patas palmeadas la superficie del agua durante más de media milla antes de abandonarla por completo. Aún no se había apagado del todo su correteo cuando una bandada de vuelvepiedras alzó el vuelo y, entre el silbido de sus alas, se alejó hacia barlovento, donde los miembros de un grupo enorme de ballenas se divertían y sus resoplidos parecían el escape de una máquina de vapor. Los chillidos ásperos y disonantes de un frailecillo hacían daño al oído y alertaron a media docena de un pequeño grupo de focas que se encontraba delante de nosotros. Se marcharon saltando con todo el cuerpo fuera del agua. Una gaviota, con su vuelo lento y deliberado de curvas prolongadas y majestuosas, planeaba en círculos por encima de nosotros y, como recordatorio del hogar, un gorrión se posaba con descaro en el extremo de la proa y trinaba alegremente con la cabeza inclinada. Al poco los botes se introdujeron entre las focas y las detonaciones de las armas se oyeron a favor y en contra del viento.

La brisa se iba levantando poco a poco y sobre las tres de la tarde, con una docena de focas en el bote, deliberábamos si continuar o dar la vuelta cuando izaron la bandera de retirada en el palo de mesana de la goleta, lo que significaba que, al levantarse el viento, el barómetro bajaba y nuestro capitán se preocupaba por el bienestar de los botes.

Nos desplazábamos con viento a favor y un rizo en la vela. El timonel iba con los dientes apretados, sujetando firmemente el remo de dirección con ambas manos, los ojos inquietos y siempre alerta, pendientes de la goleta que teníamos delante cada vez que ascendíamos una ola, sin perder de vista la escota de la mayor y mirando hacia atrás, donde la oscura ondulación del viento sobre el agua le advertía que se acercaba una ráfaga o una ola espumosa enorme que amenazaba con envolvernos. Las olas celebraban el carnaval, realizando las payasadas más curiosas, como si se persiguieran las unas a las otras mientras bailaban locas de contento, arriba, abajo, aquí, allá y en todas partes, hasta que alguna ola enorme de líquido verde con su cresta de espuma blanca como la leche se elevaba desde el seno palpitante del mar e impedía ver al resto. Pero solo durante un instante porque enseguida reaparecían bajo nuevas formas. Vagaban tras la trayectoria del sol, donde cada ondulación grande o pequeña, cada salpicadura o loción parecía plata fundida, donde el agua perdía su color verde oscuro y se convertía en un aluvión argénteo y deslumbrante para luego desaparecer y transformarse en una inmensidad baldía y violenta de turbulencias amenazadoras, en la que cada ola oscura y ominosa se alzaba y rompía para luego volver a formarse. El romper de las olas, el destello y la luz plateada pronto desaparecieron con

el sol, al que oscurecieron las nubes negras que llegaban veloces desde el noroeste, acertados heraldos de la tormenta ya próxima.

Enseguida alcanzamos la goleta y vimos que éramos los últimos en subir a bordo. En pocos minutos las focas quedaron despellejadas, los botes y las cubiertas lavados y nosotros nos encontrábamos abajo, junto al fuego vivo que ardía en el castillo de proa, aseados, con ropa limpia y una cena caliente y abundante sobre la mesa. La goleta había desplegado velas, ya que nos quedaban setenta y cinco millas por recorrer rumbo al Sur antes de que amaneciera para volver a encontrarnos entre los grupos de focas, de los que nos habíamos apartado durante los dos últimos días de caza.

A nosotros nos tocó la primera guardia, desde las ocho de la tarde a la medianoche. Muy pronto el viento empezó a soplar con fuerza y nuestro capitán, mientras recorría la toldilla de un extremo al otro, supo que aquella noche no iba a dormir demasiado. Se cargaron las gavias y se hicieron firmes, luego se arrió el petifoque. Para entonces el mar estaba muy encrespado y a veces rompía en las cubiertas, inundándolas y amenazando con hacer pedazos los botes. Cuando la campana sonó seis veces recibimos la orden de dalles la vuelta y asegurarlos con cabos. Eso nos llevó hasta que la campana sonó ocho veces, momento en el que nos relevaron los de la guardia de la medianoche. Yo fui el último en bajar y lo hice en el momento justo en que los de cubierta arriaban la cangreja. Abajo todos dormían, excepto nuestro tripulante inexperto, el Albañil, que se moría de tisis. Los movimientos violentos y bamboleantes del farol proyectaban una luz pálida y parpadeante sobre el castillo de proa y convertían en miel dorada las gotas de agua sobre los trajes impermeables amarillos. Sombras oscuras iban y venían a todos los rincones y arriba, en los escobenes como ojos —tras las bitas con los cables del ancla, que descendían de cubierta en cubierta—, acechaban como un dragón en la entrada de una cueva y las tinieblas eran tan densas como Érebo. De vez en cuando la luz parecía infiltrarse un momento, cuando la goleta se balanceaba más de lo normal, pero solo para desvanecerse enseguida y dejar tras de sí una oscuridad más negra que antes. El rugido del viento entre las jarcias llegaba al oído amortiguado, como el estrépito lejano de un tren al cruzar un puente de caballete o los cachones al romper en la playa, mientras que el estruendo del mar contra la proa resonaba con tanta fuerza en el castillo que parecía partir en dos los baos y la tablazón. Los crujidos y chasquidos de las ligazones, puntales y mamparas, reveladores de la tensión que soportaba el buque, ahogaban los gemidos del moribundo que no paraba de dar vueltas en su litera. El esfuerzo del palo de trinquete contra los baos de cubierta hacía caer

una lluvia de polvillo y añadía un sonido más a los muchos que provocaba el ruidoso temporal. Pequeños torrentes de agua caían desde las bitas del extremo de la proa, se enfrentaban a los que fluían de los trajes impermeables mojados, recorrían el suelo y desaparecían a popa, en la bodega.

Había sonado dos veces la campana en la guardia de la medianoche —es decir que para los de tierra era la una de la madrugada— cuando desde el castillo de proa nos llegó la orden: «¡Toda la tripulación a cubierta, a reducir velas!».

Los marineros adormilados se bajaron de sus literas dando tumbos, se pusieron la ropa, los trajes y las botas de agua y subieron a cubierta. Cuando esa orden se oye en las noches frías y de viento, siempre hay algún lobo de mar que masculla severo: «¿Quién no iba a vender la granja para hacerse a la mar?».

En cubierta se apreciaba de verdad la fuerza del viento, sobre todo tras abandonar el asfixiante castillo de proa. Parecía enfrentarse a nosotros como un muro y la furia de sus ráfagas casi nos impedía respirar o movernos en la cubierta, que no paraba de subir y bajar. Pusimos al pairo la goleta con el foque, el trinquete y la mayor. Luego arriamos el trinquete y lo hicimos firme. La noche era oscura, lo que dificultaba nuestra labor. Pero, aunque ni una estrella ni la luna conseguían atravesar las masas negras de nubes de tormenta que oscurecían el cielo al deslizarse por delante de la borrasca, la naturaleza nos ayudaba en cierta medida. Una suave luz emanaba del movimiento del mar. Cada ola grandiosa, fosforescente y brillante debido a las luces diminutas de miríadas de microorganismos amenazaba con envolvernos en un diluvio de fuego. La cresta ascendía cada vez más y perdía espesor al empezar a curvarse y descollar justo antes de romper, hasta que en medio de un rugido caía sobre la borda, convertida en una masa de luz suave y toneladas de agua, que desperdigaba a los marineros en todas las direcciones y dejaba en cada recoveco pequeñas motas de luz que brillaban y temblaban hasta que la ola siguiente se las llevaba por delante y depositaba otras nuevas en su lugar. A veces, varias olas se seguían unas a otras con gran rapidez y caían con estrépito sobre nuestra cubierta, llenándola hasta la borda, aunque enseguida se iban por los imbornales de sotavento.

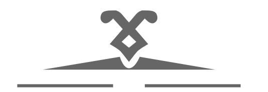
Para tomar un rizo en la mayor nos vimos obligados a correr delante del vendaval con el foque arrizado. Cuando terminamos, el viento había levantado semejante oleaje que resultaba imposible ponerse al pairo. Volamos en las alas del temporal entre los rociones de espuma sucia. Una racha nos desviaba a estribor y luego otra a babor, mientras las olas gigantescas

golpeaban la goleta en popa y casi la hacían zozobrar. Al despuntar el día amamos el foque y no dejamos ni una sola vela desplegada. Desde que habíamos empezado a deslizarnos rápidamente las olas ya no pasaban por encima de la proa, pero en medio del barco rompían a un ritmo vertiginoso. No llovía, era una tormenta seca, aunque la fuerza del viento llenaba el aire de un fino rocío de mar que llegaba hasta las crucetas, cortaba los rostros como un cuchillo e impedía ver más allá de cien metros. El mar era de un tono plomizo oscuro cuando el viento lo apilaba con balanceos lentos, prolongados y majestuosos para convertirlo en montañas líquidas de espuma. Mientras la goleta avanzaba, la violencia de sus cabriolas provocaba mareos. Casi se detenía, como si fuese a escalar una montaña, luego se balanceaba rápidamente a derecha e izquierda al llegar a la cima de una ola gigantesca, donde se estabilizaba y hacía una breve pausa, como si le diese miedo el precipicio que se abría ante ella. Cual avalancha, salía disparada hacia delante y hacia abajo mientras el mar la golpeaba en popa con la fuerza de mil arietes, enterrando la proa hasta las serviolas en la espuma lechosa del fondo que se extendía por cubierta en todas las direcciones: hacia delante. hacia atrás, derecha, izquierda, a través de los escobenes y sobre la barandilla.

El viento empezó a amainar y a las diez ya hablábamos de ponerla al pairo Pasamos junto a un navío, dos goletas y un bergantín-goleta de cuatro palos con el mínimo de vela y a las once izamos la cangreja y el foque, y viramos. Al cabo de otra hora volvíamos a enfrentarnos al mar de fondo a todo trapo para alcanzar de nuevo la zona donde se encontraban las focas, hacia el Oeste.

Abajo, un par de hombres cosían la lona en la que habían envuelto el cuerpo del Albañil antes de enterarlo en el mar. Así fue como al irse el temporal se llevó el alma del Albañil.

[1893]



La historia de Frisco Kid

¿QUE QUIÉN SOY? Pues soy Frisco Kid. ¿Y qué hago? Ando de viaje. Oiga, no tendrá usted nada en mi contra, ¿verdad, amigo? Porque si lo tiene, desaparezco, que lo mío es moverme a buen paso. No tiene nada en mi contra, ¿no? Entonces estamos en paz. Mire, creí que era un poli de paisano y a mí se me llevan los demonios cuando tropiezo con esa gente.

¡Cómo! ¿Un cuarto de dólar? ¡Anda que no es amable usted, amigo! Ahora ya tengo para la cama y un café por la mañana. ¿Que quiere hacerme unas preguntas? Pues adelante, que parece de los que acribillan.

¿Un crío de pelo rubio y rizado, piel clara y de mi altura? Creo que he visto de esos a patadas, aunque no me fijo en ellos, pero si veo alguno más, ya le aviso. ¿Cuándo se largó y cuál es su apodo? No, que cuál es su nombre. Verá, es que los ambulantes siempre tenemos apodos. Así que se llama Charley. ¡Alto ahí! ¿Llevaba el pelo largo como las niñas y tenía acento de San Francisco? Entonces creo que lo conocí. Oiga, si le cuento lo que sé no me la jugará, ¿verdad? ¿No usaba aro? Un aro pequeño. No, si ya veo que es usted un caballero y no habla como yo y la gente con la que ando. Digo un anillo… de oro y pequeños rubíes rojos, creo que se llaman así. Y un guardapelo. Sí, también conozco el guardapelo. Se abre y se cierra, y en un lado hay un retrato de una señora y en el otro hay pelo, rubio como el de él pero distinto. ¿Que si sé dónde están? ¡Ja que no! Aquí están. Los llevo al pescuezo desde que… ¡Eh! ¡Suelte! No me despachurre el brazo, que duele, ¡hombre! ¿Qué se cree que soy, un desgraciado?

¿Quiere saber dónde está? Pues calma y no se mosquee ni me agarre otra vez y se lo contaré todo.

Verá, las cosas pasaron así. El año pasado por estas épocas, yo y mi colega, Joe el Cauteloso, nos acercamos a Sacramento para trabajarnos la feria. Un día de calor, era un horno, Joe el Cauteloso se tomó lo que no debía y se quedó fuera de juego. Lo metí en la cama y como no sabía qué hacer me fui a dar una vuelta. Iba como alma en pena por la pista, digo por la calle mayor, cuando me di de morros con el chico del pelo amarillo. Iba con cuatro o cinco ambulantes y cuando vi los buenos trapos que llevaba, el aro y el

guardapelo de oro, me pregunté en qué andaría la pandilla esa. Decidí cazarlo yo y me acerqué y le dije, como si fuésemos viejos amigos: «¡Eh, chico!, ¿dónde te habías metido? Venga, vamos a bañarnos». Verá, yo también quería mi parte del pastel.

Creo que no le gustaban mucho las pintas de los otros y lo de bañarnos le privó, así que les dio esquinazo y se vino conmigo. Tenía que haber visto a los tipos. Tenían ganas de machacarme y marcarme la cara, pero no se atrevieron por miedo a mi colega, Joe el Cauteloso, que era el más peleón de las calles.

Así que fuimos a bañarnos. De camino me enteré de que el chico se había escapado de casa para echarse al camino y le pregunté si quería viajar conmigo y mi colega, Joe el Cauteloso, porque si quería, nosotros también, y dijo que sí. No sé por qué pero le cogí cariño al chico. Era tan guapo e inocente como una niña. Si yo maldecía, él se ponía rojo y no me miraba durante un rato. Entonces me di cuenta de que tenía buena familia y no estaba acostumbrado a las palabrotas. Me interrumpía porque no entendía todo lo que yo decía, como usted, y yo cortaba el rollo y se lo explicaba. Pero era listo, sí, con explicárselo una vez ya bastaba.

Pues cruzamos el puente del ferrocarril y nos desnudamos en un bajío donde se bañaban otros chicos vagabundos a los que yo conocía. ¡Anda! ¡Había que ver la ropa de aquel chico del pelo amarillo! Era fina hasta la que iba pegada a la piel y mucho mejor que cualquiera de las cosas que yo he llevado.

Al principio los chicos de la calle empezaron a reírse de él pero me puse chulo y entonces ellos pararon y fueron amables. Era divertido ver a aquel chaval. ¡Era tan gracioso y tan distinto a los demás! Tan inocente y confiado. ¡Si hasta me pidió que me pusiera yo el aro porque tenía miedo de que se le escurriera del dedo y perderlo en el agua! Cuando se quitó el guardapelo del cuello y lo guardó en el bolsillo, sentí curiosidad y lo cogí para verlo y comprobar si era falso. Pero era de dieciocho quilates y por eso me lo quedé yo, para que los otros no pudieran mangarlo.

Nos lo pasamos genial y el chico también, aunque no sabía nadar. Poco a poco fuimos saliendo y nos tumbamos al sol sobre la arena, menos él, que se quedó haciendo el tonto en las zonas menos profundas. Empecé a bromear con él y aún lo veo ahora, con las manos juntas detrás de la cabeza, la cara sonriente y alegre y el pelo amarillo flotando al aire como el de una chica. Caminaba de espaldas, alejándose del bajío.

De repente pisó un hoyo y se hundió. Todos nos echamos al agua corriendo, pero él ya no volvió a salir. Verá, la resaca se lo tragó. Los demás fuimos saliendo del agua y nos quedamos un rato en la arena, muy serios. Fue muy duro ver ahogarse a un pobre chico inocente como aquel, aunque no hacía mucho que lo conocía.

Después de un rato el Matón se levantó y cogió la máquina, digo el reloj, poniendo como excusa que el suyo no funcionaba. Pero no hacía falta porque el Enano cogió la chaqueta, el Duro la camisa y así todos hasta que solo quedaron los chanclos, digo las botas, que cogí yo porque las mías estaban mal. Dejamos nuestras ropas viejas en lugar de las suyas.

El Orador avisó al juez de instrucción y salió pitando de su oficina para que no lo pillaran. Cuando el juez llegó, tan bien vestido, y vio aquellos míseros harapos, dijo sin darle importancia: «No es más que un vagabundo».

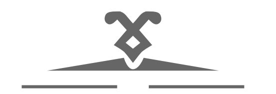
Pasaron tres días y encontraron al pobre chico río abajo y cuando estaba en el depósito fui a verlo.

¿Qué? ¿Pregunta por qué no lo identifiqué? Pues verá, el caso es que yo y Joe el Cauteloso nos íbamos al día siguiente y no quería que me obligasen a quedarme para declarar mientras investigaban la causa de la muerte. Además, ¿y si me hacían preguntas raras, como donde estaban sus ropas buenas y sus joyas?

¿Qué? No estará llorando, ¿verdad, amigo? Es el tipo más raro que he visto. ¡Anda ya entiendo! Usted era el viejo del chico. Lo siento por usted. Deme la mano.

¿Qué? ¡Vaya que es usted generoso! Se lo agradezco mucho, amigo, y creo que debería quedarse con el aro y el guardapelo, total son suyos. Bueno, yo ahora me despido porque ahí viene mi colega Joe el Cauteloso y nos largamos en ese mercancías de ahí que ya está pitando y tengo que irme. Venga, Joe, coge el segundo vagón que está limpio y así podremos echar una cabezada.

[1895]



Sakaicho, Hona Asi y Hakadaki



OCK, ¿DESEAR VER MI CASA? No lejos. Venir, ver mi mujer. Venir ñam, ñam. Muy buen comida.

¡Ah, la magia de esas palabras! («¡Ñam, ñam!»). ¡Comida! ¡Cena! Qué placer me produjeron, a mí, que estaba tan hambriento como cualquier turista que hubiese transitado los caminos secundarios y vías públicas de Yokohama. Me había pasado la mañana yendo de los salones de té a los templos, de los bazares a las tiendas de curiosidades, recorriéndolo todo, y ahora tenía tanta hambre como el más voraz de los tiburones que corta las aguas azules del mar tropical con su aleta siniestra mientras busca su desayuno. De hecho, me sentía como un auténtico devorador de hombres y aquella invitación inesperada del conductor de mi rickshaw me parecía de lo más oportuna. Por supuesto, acepté.

Aumentó la velocidad y fue dejando atrás las calles abarrotadas para adentrarse en la zona más pobre y sórdida del barrio nativo. Por fin, tras recorrer trescientos metros de un callejón estrecho, se detuvo frente a una casita insignificante que, según me dijo con un orgullo muy evidente, era su hogar.

La zona de la habitación principal que daba al callejón estaba abierta para que entrase el aire fresco del exterior. A mi ojo occidental le pareció pequeña y desnuda. Cubrían el suelo unas alfombrillas de paja de arroz, delgadas y sin acolchar sobre las que, junto a una mesita de veinte centímetros de altura, en la que se extendía un pañuelo de seda con vainicas, yacía una mujer profundamente dormida. Era su esposa.

Así dormida se apreciaba que no era bonita, ni siquiera desde un punto de vista japonés, aunque tampoco era fea. Pero las severas líneas de preocupación marcaban su rostro e incluso descansando parecía intranquila. Un espasmo de dolor o inquietud hizo que sus rasgos relajados se contrajesen un instante.

Sakaicho la despertó con una caricia leve y tierna. Al sentir su tacto, ella se despabiló y lo recibió con afecto, pero al verme se mostró avergonzada y se retiró al otro extremo de la habitación. Entonces se produjo una rápida

conversación durante la que muy probablemente Sakaicho le contó que yo era el norteamericano que tan magnánimo había sido con él durante toda la semana anterior.

Consciente de sus deberes como anfitriona y agradecida al cliente de su esposo, hizo una reverencia ante mí con el rostro sonrojado y con un rápido movimiento de la mano me invitó a sentarme en el suelo. Me descalcé en el umbral —esa es una de las reglas más estrictas de la etiqueta japonesa— y me senté con las piernas cruzadas en medio de la habitación, frente a Sakaicho.

Mientras su mujer nos acercaba el hibachi y el tabako-bon y luego se retiraba con modestia a un segundo plano, él me reveló su nombre, que era Hona Asi. Dijo que solo tenía veintisiete años, pero como mínimo aparentaba cuarenta. El trabajo y las preocupaciones habían dejado huella en su rostro bonito por naturaleza, llenándolo de arrugas y dándole un tono amarillento.

Me fijé en eso y medité al respecto mientras con destreza enrollaba las finas hebras de tabaco nativo, las insertaba en el extremo curvado de la esbelta pipa y luego as encendía con un rápido soplo a la brasa de carbón del hibachi. Con un par de caladas de esa hierba suave y de sabor dulce, exhaladas por la nariz al estilo japonés, se vacía la cazoleta tan pequeña como un dedal. Luego, con un golpecito rápido y seco sobre el hibachi, se expulsan las cenizas y se repite la operación de llenar y encender la pipa.

Fumamos en silencio durante cinco minutos y después Hona Asi retiro el hibachi y el tabako-bon y depositó frente a nosotros dos tazas de té verde poco cargado. En cuanto las vaciamos, se las llevó y las sustituyó por una mesa que medía algo más de diez centímetros de alto y poco más de un metro cuadrado, magníficamente lacada enrojo y negro.

Según la costumbre japonesa, Hona Asi no comió con nosotros, sino que sirvió la mesa como debe hacer cualquier esposa que se precie. Retiró la tapa de una caja de madera redonda y con una pala de madera sirvió dos cuencos de arroz cocido a vapor mientras Sakaicho descubría los distintos cuencos que ocupaban la mesa y dejaba a la vista una colación digna del sibarita más exigente. Los sabrosos aromas que despedían los distintos platos me abrieron el apetito y deseé empezar de inmediato. Había sopa de judías, pescado hervido, guiso de puerros, encurtidos y soja, pescado crudo cortado muy fino y acompañado de rábanos, kurage, que es una especie de medusa y té. Nos bebimos la sopa como si fuese agua; nos atiborramos de arroz, llenando las bocas a paladas como se llena de carbón un barco carbonero; los demás platos los fuimos probando con la ayuda de los palillos, que para entonces manejaba con bastante habilidad. En vanas ocasiones durante la comida los dejamos a

un lado el tiempo justo de beber a sorbos un sake caliente —o vino de arroz— servido en unos vasitos diminutos y lacados.

Para cuando terminamos Hona Asi había traído de la tienda de la esquina dos copas de helado que situó frente a nosotros con un tarro de porcelana lleno de claudias cubiertas de sal. Tras hacerle honor a todo eso, recurrimos de nuevo al inevitable hibachi y tabako-bon, cabe suponer que para ayudar a la digestión.

Por regla general los japoneses me parecían astutos y siempre en busca de dinero, pero cuando de forma rutinaria saqué el monedero para pagar la cuenta, Sakaicho se sintió insultado mientras, en un segundo plano, Hona Asi levantaba las manos al cielo para mostrar su desaprobación, se ponía colorada y estaba a punto de desmayarse de vergüenza. Con gran énfasis me hicieron comprender que ellos me invitaban y que yo estaba obligado a aceptar la invitación, aunque sabía bien que no podían permitirse semejante despilfarro.

Sakaicho pronto recuperó el buen humor y conseguí que hablase de sí mismo. Con su curiosa forma de chapurrear inglés me contó cosas de su juventud, sus luchas, sus esperanzas y ambiciones. Había pasado la niñez trabajando de campesino en los campos de las soleadas laderas del Fujiyama, y la juventud y primeros años de madurez como mozo de equipaje y conductor de rickshaws de alquiler en Tokio. Viviendo con gran moderación había conseguido ahorrar de sus escasos ingresos lo bastante como para —ahora que se había mudado a Yokohama— ser el dueño de su casita y de dos rickshaws, uno de los cuales alquilaba por quince centavos al día. Su esposa, una magnífica compañera, trabajaba con gran diligencia en casa haciendo el remate de vainica a los pañuelos de seda. A veces llegaba a ganar dieciocho centavos al día. Y tanto esfuerzo se debía a su hijo, su único hijo. Ahora lo enviaba al colegio y pronto, cuando poseyera y alquilara varios rickshaws, el niño recibiría la mejor de las instrucciones y acaso un día podría mandarlo a los Estados Unidos de América para completar su educación. Tal vez.

Mientras me contaba todo eso le brillaban los ojos y se sonrojó debido a un orgullo fácil de comprender: todo su ser parecía ennoblecerse con lo elevado de sus aspiraciones y la intensidad de su amor y su sacrificio.

Harto ya de hacer turismo, me quedé a pasar la tarde y a esperar que el niño llegase del colegio. Por fin apareció. Era un chaval de diez años resuelto y divertido al que le gustaba, según su padre, pescar en el canal de al lado, aunque los peces nunca picaban y el agua no era lo bastante profunda como para que se ahogase. Al igual que su madre, el crío se mostró muy tímido en mi presencia pero, tras mucho insistir, accedió a estrecharme la mano.

Mientras lo hacía, deslicé con disimulo un dólar mexicano de plata en su manita sudorosa. Se mostró encantado de poseerlo y me lo agradeció profusamente, sin dejar de hacer reverencias y de gritar «¡Arienti! ¡Arienti!» con la voz estridente y aguda propia de los niños.

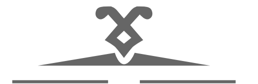
Una semana después, al regresar de un viaje de placer a Tokio y el Fujiyama, me di cuenta de que Sakaicho no se encontraba en su puesto de siempre y contraté a un conductor de rickshaw al que no conocía. Era mi último día en tierra y decidí aprovecharlo al máximo para visitar los lugares que aún no había visto.

A media tarde me dirigía con prisa hacia las afueras para echarle un vistazo al cementerio local. Al tomar una curva del camino vi que por delante de nosotros avanzaba un cortejo fúnebre. Le pedí a mi jadeante conductor que se apresurase y pronto lo adelanté. Me di cuenta de que se trataba de un entierro doble porque había dos pesados ataúdes de madera blanca que varios nativos robustos llevaban a hombros. Tras ellos iba un único deudo y por su cuerpo delgado y la forma de inclinar la cabeza reconocí a Sakaicho. ¡Pero qué cambiado estaba! Al ser consciente de mi presencia, levantó poco a poco la lánguida cabeza y me devolvió el saludo con una mirada apática y apagada.

Mientras caminábamos con respeto al final de la cola, mi conductor de rickshaw desconocido me contó que un incendio devastador había destruido el barrio de Sakaicho, quemando su casa y asfixiando a su esposa e hijo.

Por fin llegamos a la tumba y los sacerdotes de un templo budista próximo salmodiaron la misa de difuntos con el mayor de los respetos mientras un grupo de nativos ociosos se acercaba a curiosear. Sakaicho seguía los movimientos de los sacerdotes con mirada vidriosa y, cuando terminaron de arrojar la tierra sobre la tumba, el pobre hombre erigió una lápida conmemorativa en honor de sus seres queridos. Luego se dio la vuelta para depositar entre los recuerdos ofrecidos a sus lares dos tablillas de madera con el nombre, la fecha de nacimiento y la de la muerte de su esposa e hijo, mientras yo regresaba aprisa a mi barco. Y aunque nos separan cinco mil millas náuticas, jamás olvidaré a Sakaicho ni a Hona Asi, como tampoco el amor que ambos sentían por su hijo, Hakadaki.

[1895]



Baño nocturno en la bahía de Edo

S Sí, UNA PANDA ESTUPENDA de gente son los japoneses, aunque se diga que están a medio civilizar, cosa que yo niego y además afirmo que en inteligencia, empuje y energía, en conocimientos, honradez, cortesía y amabilidad general no hay quien les gane. Y si se trata de compararlos con los nuestros, en bondad moral y pureza no tenemos nada que hacer.

Quien así hablaba, un viejo marino mercante entrecano, apuró su vaso y lo dejó sobre la barra con un golpe, como si invitase a la crítica o la controversia. Pero nadie se atrevía a llevarle la contraria. Mirando de buen humor al pequeño grupo que lo escuchaba, pidió que sirvieran otra ronda de bebidas.

Son un pueblo emprendedor —continuó diciendo, apoyando la espalda cómodamente en la barra y adoptando una pose sin la que, como decía su viejo amigo Bill Nandts, no era capaz de contar sus batallitas—. Desean ser, según ellos mismos lo llaman, europeizados o americanizados. Enseguida desechan sus viejas costumbres y su forma de hacer las cosas por nuestras costumbres y métodos, más nuevos y mejorados. Por ejemplo, pensemos en un asunto tan sencillo como el vestido. Desde el pobre más pobre de las calles hasta el dignatario más importante del país desean vestirse como los europeos. Casi todos los que pueden permitírselo se visten como nosotros y a veces los que no pueden se someten a grandes sacrificios para conseguirlo.

»Los buques que zarpan de Yokohama lo hacen llevando a bordo muy poca ropa y siempre muy deteriorada, porque el resto se lo quedan los japoneses tras negociar astutamente y emplear sus triquiñuelas. Claro que los comerciantes en curiosidades que suben a bordo mientras el barco está en puerto se llevan una buena parte del botín, pero os hombres de los sampanes o barqueros manejan muy bien ese comercio.

»Que Dios se compadezca del marinero que se encuentre en el muelle sin los diez sen para pagar el trayecto hasta su navío. A menos que halle a un compañero de tripulación a quien pedir prestado el dinero, lo normal es que se quede sin camisa o camiseta o sin alguna otra prenda porque los voraces hombres de los sampanes se mueren por vestir como nosotros, aunque no

pueden hacerlo honradamente. A mí intentaron jugármela una vez, pero no lo consiguieron.

»Fue en mi primer viaje a Yokohama. Llevaba media noche en tierra comportándome como solo lo hace un joven temerario. Había estado en la Ciudad Sangrienta, que es como llaman los nativos al barrio bajo de los blancos debido a las muchas trifulcas y peleas de borrachos que allí se dan. Como a «donde fueres haz lo que vieres», yo me había visto mezclado en un par de broncas y riñas callejeras porque estaba como una cuba y todo me daba igual. Alrededor de la medianoche llegué como pude al pequeño muelle de piedra o espigón, lo único malo de Yokohama en comparación con la larga hilera de muelles que hay en cualquier otro puerto de mar. En Yokohama, como ya sabréis, los barcos permanecen fondeados en la bahía gracias a sus propias anclas o a unas boyas enormes, y el trabajo de carga y descarga se realiza con cientos de barcazas y miles de obreros japoneses de clase baja. Aunque he oído decir que el gobierno acaba de levantar un magnífico muelle de acero que ha costado un par de millones.

»Pero volvamos a mi historia. Me acerqué ocupando la calle entera de una forma que me recordó a esos marineros borrachos que hacen las eses más abiertas que cualquier hombre de tierra. Había perdido la gorra, el nudo marinero con el que atara el pañuelo de seda alrededor del cuello se había deslizado hasta aplastarme la tráquea y casi me ahogaba, llevaba la ropa sucia y retorcida porque había acabado en el suelo con dos valientes conductores de rickshaw y un policía. La verdad es que debía de tener un aspecto encantador al aparecer bajo las luces de la comisaría de Policía y la aduana.

»Unos cien pasos más adelante alcancé los escalones de piedra donde se apiñaban los sampanes mientras sus dueños abordaban a los clientes, como hacen nuestros taxistas y los mozos de los hoteles junto a los fe iris cuando llegan cargados de pasajeros.

»Enseguida contraté a un vejete que parecía una de esas armaduras abolladas que se ven en los museos y sitios parecidos. Debía de tener unos sesenta años, era muy alto, tan delgado como un esqueleto y su cuerpo parecía una masa de arrugas. Aquí y allá cuando la luz de un brasero en el que ardía carbón iluminaba su piel quemada por el sol, se apreciaban grandes cicatrices blancas y negras de todo tipo. No podía haber gigantón más maltratado, y su voz acompañaba al resto de su persona. Resultaba aguda, chillona y tan estridente como la de un niño, por lo que consiguió ponerme nervioso mientras inclinaba cuerpo y cabeza delante de mí.

»Lo seguí a bordo del sampán, donde conocí al resto de su tripulación. Nunca vi contraste más sorprendente. Se trataba de un niño diminuto, no mucho más grande que una buena porción de tabaco de mascar. Era un chaval precoz, de cuerpo bien formado y regordete, con el porte y la seguridad de un adulto. Fui a sentarme, pero debido a mi estado y a la inestabilidad de la barca caí como un saco, como si pretendiera atravesar el fondo de la desvencijada embarcación.

»Allí tumbado, despatarrado, vi que el chaval me miraba fijamente y luego le decía algo al viejo, quien a su vez me miró y se detuvo en el momento justo en que iba a alejar el sampán del muelle. Conseguí ponerme en pie y, molesto por el retraso y mi torpeza, les dije de malos modos que continuasen la marcha. Se negaron. Para entonces los escalones se habían llenado de rudos barqueros que se reían y se burlaban de mí.

»Empecé a enfadarme y estaba a punto de poner yo mismo en marcha el sampán cuando el chaval se acercó a mí y dijo lacónicamente mientras extendía la mano: “Pagar ahora”. Al principio no lo entendí porque pronunciaba las dos palabras unidas, como una sola, pero tras repetir varias veces su petición y para deleite de la multitud comprendí lo que decía. A mí me daba igual pagar antes o después, pero cuando metí la mano en el bolsillo me di cuenta de que estaba sin blanca. Entonces registré con cuidado todos y cada uno de mis bolsillos y fui consciente de que no me quedaba ni una mísera moneda.

»Cuando la situación quedó clara, la multitud de los escalones se desternilló de risa y se dedicó a dar toda clase de consejos y advertencias a la victoriosa tripulación de mi sampán.

»El crío, tras observarme fijamente con sus ojos negros y astutos, agarró mi camisa, que era nueva, recién salida del baúl donde el capitán guardaba las cosas que vendía a la tripulación, y dijo: Dar camisa—. La multitud mostró su aprobación a dicha solicitud aplaudiendo y riéndose ante el apuro en el que me veía.

»—Ni loco —respondí y, al ver que insistía, regresé al muelle, sintiéndome terriblemente humillado.

»Anduve un buen rato por ahí, pero ninguno de los barqueros quería llevarme sin cobrar por adelantado. Cada vez que lo intentaba me contestaban: “Dar chaquetón”, «dar camisa», o lo que fuese. Por aquel entonces yo era muy terco y no quería dar el brazo a torcer.

»Recuerdo que me subí a un gran bloque de granito tallado y pronuncié una apasionada arenga a aquel grupo variopinto que me vitoreaba y se burlaba

de mí alternativamente, sin comprender ni una sola palabra de mi discurso. Al final me caí de la piedra y aterricé sobre ellos, aplastando a dos o tres.

»Luego me acerqué como pude a la comisaría de Policía y le expliqué mi ridícula situación al teniente. Parecía un hombre afable y bondadoso que salió y se dirigió a los barqueros en un japonés de lo más correcto, pero ellos se negaron a llevarme si no me despedía de mi chaquetón, mi camisa o alguna otra prenda cuyo valor superase con creces el de la tarifa.

»Resumiendo, tras darle vueltas al asunto, decidí volver a nado. En un santiamén me desnudé, le pedí al teniente que se hiciese cargo de mi ropa y eché a correr muelle adelante, seguido por los barqueros, que parecían disfrutar enormemente de la imagen que daba. Empecé a bajar los escalones de piedra con ademán de héroe, pero la marea estaba baja, resbalé en el fango viscoso que los cubría, me caí patas arriba y bajé hasta el fondo a trompicones. Aterricé en el agua con fuerte ruido, al compás de los gritos ya roncos de la entusiasmada multitud.

»Sin embargo, al salir a la superficie, todos se mostraron dispuestos a aceptarme a bordo de sus barcas si regresaba. Pero yo era muy tozudo. Les dije adiós y me alejé a nado en la oscuridad. No tenía miedo porque nadaba como un pez y estábamos en verano, por lo que la temperatura del agua era buena. Además, el efecto refrescante del agua de mar despejaba a marchas forzadas el lío que tenía en la cabeza.

»A lo lejos brillaba la luz de nuestra ancla y seguí nadando con brazadas seguras y constantes. No era mucha la distancia, poco menos de una milla, y pronto llegué al barco. Subí a cubierta sin hacer ruido y sin que se diera cuenta quien estaba de guardia —que no era otro que mi colega aquí presente, Bill Nandts—, y me abrí camino hasta el castillo de proa. Me llevé las mantas al extremo de la proa, cerca de las serviolas, y allí me tumbé porque el ambiente del castillo de proa resultaba demasiado agobiante para dormir a gusto.

»Antes de cerrar los ojos oí que una barca atracaba a nuestro costado y llamaba al vigía. Conversaron y alguien ascendió por el costado y arrojó por encima de la borda algo que Bill Nandts examinó. Se puso en pie de repente y exclamó: «¡Por Dios, pero si es de Charley!».

»Se trataba de una de las lanchas de la Policía del puerto, que se había acercado para devolver mi ropa y preguntar por mi estado. Claro está que Bill no me había visto y, tras despertar a todos los del castillo de proa para buscarme, se convenció de que me había ahogado. El jaleo despertó al capitán

y lo hizo subir a cubierta. Tras escuchar lo ocurrido, ordenó que bajasen una lancha y salieran a buscarme.

»Las dos barcas se alejaron y oí a Bill Nandts gritar una y otra vez: «¡Charley! ¡Chai-ley! ¿Dónde estás?».

»Tras buscarme en el agua sin resultados, empezaron a preguntar en el resto de los barcos, por si había subido a bordo de uno de ellos en medio de la oscuridad. Al poco, el alboroto se adueñó del puerto: los gritos de los vigías despertaron a los perros que iban a bordo de la mayoría de los buques y enseguida todos los perros de la bahía aullaban con fuerza. El ruido se contagiaba y llegó hasta la orilla, donde los canes de tierra se unieron al coro. Los gallos empezaron a cacarear y las gallinas a cloquear como si hubiese llegado el día del juicio final, y un vigía nervioso dio la alarma general de fuego. Todo Yokohama se despertó pensando que la ciudad ardía.

»Los barqueros abarrotaban la bahía con sus sampanes mientras hacían aumentar el tumulto con sus gritos roncos. Las luces destellaban aquí y allá sobre el agua. El remolcador de la Policía, que ya iba a vapor, se acercó para ver a qué se debía tanto alboroto y solo consiguió incrementar la confusión general. Luego, a toda mecha en su lancha de seis remos, llegó el capitán del puerto, al que había despertado el exceso de celo de algún oficial que tachaba todo aquello de catástrofe. Pero el revuelo era de tal calibre que fue incapaz de encontrarle sentido a lo que ocurría.

»De repente, la lancha de la Policía lo abordó y lo lanzó al agua cuando perseguía a un pobre y desconcertado pescador al que, con una intuición sorprendente, habían culpado de todo el problema. El pescador asustado, al ver que el accidente lo salvaba, perdió la cabeza, chocó contra el bauprés de un bricbarca noruego y volcó. Entonces una flota de lanchas aduaneras, pensando que aquello era un plan preconcebido de los contrabandistas para aprovechar el jaleo y desembarcar mercancías prohibidas, cruzaron la bahía en todas las direcciones y a gran velocidad. ¡Había que ver con qué intensidad adelantaban a los asustados barqueros y pescadores en el heroico cumplimiento de su deber!

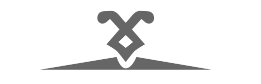
»Y para colmo, los ancianos guardas de los buques faro, cada uno situado a un lado de la estrecha entrada del enorme rompeolas, al ver las luces de un barco de vapor de la P&O creyeron que se trataba de una invasión china. Así que apagaron los faros y el buque de pasajeros encalló a oscuras.

»El barullo era impresionante, pero al cabo de una hora fue decreciendo y me dormí, encantado con la broma que les había gastado a todos.

»Lo siguiente que supe fue que alguien me despertaba bruscamente. Al abrir los ojos vi que el sol salía por el este. Bill Nandts me zarandeaba como un loco, tan feliz que no sabía si enfadarse conmigo o no. Por supuesto, tuve que dar explicaciones y pasó mucho tiempo antes de que me dejaran en paz con el asunto. En cuanto a los barqueros de los sampanes… quedé exento de pago. Después de aquello se negaron a aceptar mi dinero, aunque siempre que me veían aparecer me recibían entre risas y parloteos.

—Bueno, muchachos —dijo Bill Nandts cuando el otro terminó de hablar—, esta ronda la pago yo. Venga, bebamos a la salud de Charley *el Largo*, el mejor de los curtidos marinos que han zarpado de San Francisco.

[1895]



¡Quién va a creer en los fantasmas!

EXTRAORDINARIAMENTE BUENA… para ser tuya. Pero yo sé una que supera…

—No, no, Damon. Ya sé que siempre tienes una historia mejor que la anterior, pero mi franqueza ha sido absoluta y si dudas de que la historia sea cierta, al menos acepta mi sinceridad al contarla.

—¡George, no pretenderás decirme que crees en los fantasmas! La idea en sí ya resulta absurda, pero relacionar la creencia en esas cosas contigo es… es… —Van Buster, también conocido como Damon, se detuvo a falta de un improperio y terminó por decir—: ¡ridículo!

—Pues creo en ellos y no soy el único. Entre los míos puedo contar a las mejores mentes de cada era, desde los tiempos de la nigromancia caldea hasta la actualidad fría y científica. Párate a pensar, Damon, y Pythias, tú también, que veo un brillo escéptico en tus ojos. Recordad que en todas las edades, en todos los mundos y en todos los pueblos ha habido y sigue habiendo muchos que creen en el regreso del alma después de la muerte. Ante semejante cantidad de pruebas, ¿podéis afirmar que no es más que el fruto de mentes enfermas o imaginaciones fuera de lo normal?

Al ver que Damon y Pythias contestaban de forma afirmativa a su pregunta, concluyó diciendo que guardaba la vana ilusión de que algún día se viesen obligados a cambiar de idea tras una demostración muy poco agradable.

—¡Venga, Pythias, vamos! ¿Qué puedes decir en nuestra mutua defensa? Muéstrale a nuestro crédulo amigo los firmes cimientos en los que nos apoyamos. Saca a la palestra toda la solidez de tu lógica y tu sofistería, pues el caso lo exige. Demuéstrale que esa fuerza paranormal solo es fruto de una imaginación humana fértil en exceso; pruébale que esos espíritus incapaces de abandonar la tierra, cuerpos astrales y entidades incorpóreas no son más que quimeras.

—Damon —respondió Pythias con voz cansina e indolente—, no me apetece desperdiciar mis extraordinarios conocimientos y arduas investigaciones en asuntos tan insignificantes. Si la polémica tuviese relación

con las tierras, los aranceles o cuestiones financieras respondería de buen grado, pero esto me recuerda demasiado a los cuentos infantiles sobre el coco. ¡Espíritus incapaces de abandonar la tierra! ¡Sí, hombre! Al querido George solo puedo decirle que es tonto y que hasta que sea capaz de presentarme algún cuerpo astral, descarto el asunto.

En absoluto molesto por el sarcasmo de sus amigos, George dijo:

—Tengo ganas de cantar esa vieja cancioncilla que dice: «Acércate hasta Derby y allí verás lo que yo vi», porque he sido testigo de muchas pruebas, que a mí me parecen auténticas, de la existencia y actividad de dicha fuerza. Sé que cualquier tipo de argumentación resultará inútil si me enfrento a dos cerebros como los vuestros; aunque se han acomodado de tal forma en el anquilosamiento intelectual que no saben, y no saben que no saben. Todos miramos el mundo a través de cristales de colores, pero los vuestros son tan tan verdes que casi…

—Y debes aceptar que el cristal con el que tú miras está bastante empañado —interrumpió Damon—. Vamos, George, no discutamos por esto. Ya sabes la postura que asumo siempre cuando se trata de lo desconocido: ni afirmo ni niego y solo puedo decir que la credibilidad, ya que no la posibilidad, acompaña a tu convencimiento. Para ser justo contigo, conmigo y con el mundo, lo único que puedo decir es que no sé pero me gustaría saber. Y coincido con Pythias al pedirte que nos pongas en contacto con esas almas incorpóreas.

—¿Y la vieja mansión de los Birchall? —intervino Pythias—. Tal vez podamos conseguir que nos dejen entrar. Dicen que hay fantasmas.

—¡El lugar perfecto! —exclamó Damon—. ¿Crees que el fantasma que recorre esos oscuros pasillos en las noches aterradoras, etc., etc., tendría el detalle de hacerse visible para solaz espiritual de dos mortales incrédulos y desgraciados como nosotros? Es una gran oportunidad, solo son las diez y podríamos estar allí a las once. Pythias y yo nos armaremos con un par de docenas de velas, media docena de tragos de whisky de centeno y el Trilby de George du Maurier para leer en voz alta, esto último con el fin de afectar y preparar nuestra imaginación. ¿Qué dices, Pythias, te apuntas?

—Yo siempre me apunto —respondió—. Y ahora puedo robarle algo de tiempo a mis estudios, he terminado los ejercicios. Pero propongo retirar el Trilby e introducir el ajedrez. Y además, que llevemos un puñado de petardos para prenderles luego cuando aparezca el fantasma. Podría tratarse de un demonio chino. Por supuesto, nos acompañas, ¿verdad, George? ¿No? Pues entonces será mejor que te busques un compañero para hacer guardia en el

exterior por si se produce algún accidente y para comprobar que no salgamos huyendo.

—Eso es sencillo —contestó George—. Se lo diré a Fred. Seguramente tendrá que salir a cazar gatos.

—¡A cazar gatos! —exclamaron a coro Damon y Pythias.

—Sí, a cazar gatos. Está en pleno estudio de la Anatomía de Gray y le cuesta mucho encontrar ejemplares. Incluso eliminó al gato de su hermana y se sintió tan orgulloso tras montar el esqueleto que tuvo el valor de mostrárselo diciéndole que se trataba de un conejo.

—¡Qué animal!

—¿El gato?

—No, Fred. ¡Cómo ha debido de llorar Dora la desaparición de su atigrado!

—Habría que matarlo.

—Sí, para luego diseccionarlo, montar su esqueleto y mostrárselo a sus allegados y parientes como el eslabón perdido. Serían tan incapaces de reconocerlo como Dora a su gato.

—Si los gatos tuviesen alma y yo fuese Fred, me daría miedo salir de noche. ¿Tienen alma, George?

—No lo sé, pero si de verdad queremos llevar a cabo el proyecto, no perdamos más tiempo. Reunámonos a las once en punto delante de la casa.

Todos estuvieron de acuerdo, así que pagaron la cuenta y abandonaron el restaurante, George para buscar a Fred, y Damon y Pythias para invertir el dinero que les quedaba en velas, petardos y whisky.

A las once, los cuatro amigos se encontraban frente a la mansión Birchall. Todos estaban muy animados y, al separarse, George se dirigió a ellos de la siguiente manera:

—Damon, el agnóstico, y Pythias, el escéptico, prestad atención a mis últimas palabras. Os aventuráis al interior de un edificio en el que, según el vulgo, hay fantasmas, aunque nadie ha demostrado con pruebas la verdad de dicha afirmación. Pero recordad que no será tan fácil resistiros ante esa fuerza a la que vais a enfrentaros como lo es oponerse a cualquier fuerza terrenal de las que conocéis. Es misteriosa, muy poderosa e imponderable; es invisible y, sin embargo, con frecuencia se puede ver; también es capaz de imponerse de múltiples maneras. Las manifestaciones más corrientes de dicho fenómeno son la posibilidad de abrir puertas cerradas con llave, apagar luces, dejar caer piedras, producir sonidos extraños, gritos, maldiciones y gemidos. Además, igual que en esta vida existen hombres con tendencia al bien o al mal, en la

otra vida también hay espíritus buenos o malos. Pobre de vosotros si entráis en contacto con algún espíritu maligno. Podrían elevaros en el aire y dejaros caer con fuerza contra el suelo o las paredes, cual pelota de fútbol; podríais presenciar imágenes horripilantes que incluso superen la idea de lo mortal; y podríais sentir tanto miedo que vuestras mentes llegasen a perder el equilibrio, convirtiéndoos en perfectos idiotas o locos violentos. Por si fuera poco, esos espíritus malignos tienen el poder de privaros de uno, dos o todos vuestros sentidos, si así lo desean. Pueden romperos los tímpanos, abrasaros los ojos, destruir vuestra voz; dañar por completo vuestros sentidos del tacto y el olfato y paralizar todos o cualquiera de los nervios de vuestro cuerpo. Incluso, como en la época de Cristo, los espíritus malignos podrían habitar vuestros cuerpos y atormentaros hasta acabar en el manicomio, en una celda con las paredes acolchadas. No puedo daros consejo alguno para enfrentaros a este asunto misterioso porque soy un ignorante al respecto, pero mis palabras de despedida son: «No perdáis la calma. Os deseo suerte en vuestra misión y ¡tened mucho cuidado!».

Así se separaron, Damon y Pythias a la caza del fantasma y George y Fred a la caza del gato.

La primera pareja llegó a la puerta principal pero, al encontrarla cerrada con llave y descubrir que los espíritus no la abrían por mucho que utilizaron la enorme aldaba, probaron con las ventanas del porche. También estaban cerradas. Después de muchos esfuerzos, escalaron el porche y encontraron abierta una ventana del primer piso. Tan pronto entraron, encendieron un par de velas y se dispusieron a explorar.

Todo era anticuado, estaba lleno de polvo y olía a cerrado. Eso ya se lo espetaban. Empezaron por la segunda planta y revisaron la casa entera a conciencia, abriendo armarios, apartando las colgaduras deterioradas, buscando trampillas e incluso sondeando las paredes. Ese comportamiento se explica por el hecho de que los dos habían leído recientemente a Emile Gaboriau. Emulando a Monsieur Lecoq —su detective protagonista— llegaron a descender al sótano, pero registrarlo les pareció algo tan complejo que renunciaron a ello presos de la desesperación.

Volvieron a la primera planta con dos taburetes y una caja que habían encontrado, e intentaron ponerse cómodos en la habitación que les pareció más limpia. Aunque la estancia estaba iluminada por media docena de velas, parecía tan sombría y desolada que se les enfrió el entusiasmo hasta hallarse, tal y como dijo Damon, en el estado perfecto para jugar al ajedrez.

A la hora y media de estar en la casa habían terminado ya la primera partida, que además, había sido magnífica. Pythias consultó su reloj de bolsillo y comentó:

—Las doce y media y ni rastro del fantasma.

—Eso es porque en este cuarto hay tanto humo que los pobres fantasmas no pueden hacerse visibles —contestó Damon—. Abre la ventana y que se ventile un poco.

Tras cumplir esa tarea, prepararon el tablero para jugar otra partida. En el momento justo en que Damon alargaba, la mano para adelantar el peón situado delante del rey blanco, se detuvo de repente con una expresión de sobresalto en el rostro, igual que Pythias. En silencio, con mirada inquisitiva, se observaron el uno al otro y se hizo evidente su mutua, aunque incomprensible, consternación.

Una vez más intentó mover el peón y una vez más se detuvo. Volvieron a mirarse asustados. El silencio resultaba tan palpable que les pesaba como si fuera de plomo. La tensión ejercida sobre sus nervios era terrible y cada uno de ellos luchaba por librarse, pero en vano. Entonces recordaron la advertencia que George les había hecho. ¿Sería posible? ¿Les habría privado de su capacidad de hablar esa fuerza paranormal en la que ninguno de los dos creía? Como en una pesadilla, deseaban gritar, librarse de aquella influencia espantosa y paralizante. Pythias estaba pálido como un muerto y Damon tenía la frente cubierta de gotas de sudor que corrían por el puente de la nariz y caían sobre la corbata, de un blanco impecable, y la pechera satinada de la camisa.

Durante lo que a ellos les parecieron siglos, pero no fueron más que un par de minutos, permanecieron sentados y mirándose angustiados. Al fin, su intuición les advirtió de que el asunto iba a llegar a un punto crítico. Supieron que la tensión no duraría mucho más.

De pronto, fantasmagórico y estridente, en medio de la calma nocturna entró por la ventana abierta el maullido de un gato. Después se produjo un ruido como si alguien trepase por encima de una cerca, el sonido que hacen las piedras al caer sobre madera y el maullido triunfante del gato se convirtió en un aullido de dolor y pánico que enseguida se transformó en el borboteo de quien se ahoga; y oyeron la voz entusiasta de Fred gritar: «¡Va el primero!».

Como el buceador que asciende desde las profundidades del mar siente un placer indescriptible al expulsar el aire viciado de sus pulmones y volver a respirar la esencia de la vida, así se sintieron los dos, aunque solo un instante. No se había roto el hechizo. La consternación se apoderó de ellos otra vez,

pero multiplicada por mil. Ambos sentían un deseo histérico de reír, tan ridícula les parecía la situación. Pero aquella fuerza misteriosa incluso les negaba eso y sus rostros se distorsionaron en un galimatías incomprensible. Se sintieron tan horrorizados que enseguida recobraron el control y sus caras recuperaron la expresión de desconcierto.

Vieron la luz al mismo tiempo: les quedaba la capacidad de moverse, como demostraba la actividad de sus labios. Casi se habían levantado por completo —como dispuestos a huir—, cuando la cobardía del gesto les hizo avergonzarse y se sentaron otra vez. Pythias acercó un puñado de petardos a una de las velas y los lanzó al centro de la estancia.

Los petardos crepitaron y silbaron, restallaron y explotaron, llenando la habitación de una densa nube de humo que los rodeó como un paño mortuorio, extrañamente agobiante en el silencio aterrador que se hizo después.

Una curiosa sensación se apoderó de Damon. Le pareció que el miedo a lo sobrenatural lo abandonaba y era reemplazado por el deseo descontrolado, feroz y absorbente de comenzar la partida. De una manera imprecisa fue consciente de que experimentaba una reencarnación. Sintió que se convertía rápidamente en otra persona o que otro se convertía en él. Su personalidad desapareció y como en un sueño descubrió que otra personalidad más fuerte se había colado en su interior, venciendo a la suya… o tragándosela. lenta la sensación de haberse transformado en alguien viejo y débil, mientras se inclinaba bajo el peso de los años, aunque la carga le resultaba curiosamente ligera, como si la sostuviera la emoción entusiasta e irrefrenable que bullía, rebosaba y se agitaba en su interior. Le pareció que su destino se encontraba en el tablero que tenía delante, que su vida, su alma, todo su ser dependía de la partida que iba a jugar.

Luego un odio implacable y un horrible deseo de venganza empezaron a crecer dentro de él. Miles de agravios surgían ante sus ojos con intensa claridad, miles de demonios lo animaban a consumar su deseo. ¡Cómo odiaba a esa cosa, a ese hombre que era la reencarnación de Satán y se sentaba al otro lado del tablero de ajedrez! Lo miró desafiante y, con la rapidez con la que planea el águila, su odio aumentó al observar aquel rostro sonriente y traicionero y aquellos ojos medio velados y engañosos. No era Pythias. Él ya no estaba. Ni quiera se preguntó por qué ni cuándo había desaparecido.

Mientras a Damon le ocurrían esas cosas tan extrañas, a Pythias lo mismo le pasaba. Despreciaba a su oponente. Se sentía dotado de toda la astucia y las malas artes del mundo. El otro estaba en sus manos. Lo sabía y se alegraba,

mientras le sonreía con un entusiasmo exasperante. El júbilo por derrocarlo, por abatirlo lo dominaba. Él también deseaba empezar a jugar.

Dio comienzo la partida. Damon la abrió audazmente con un gambito. Pythias respondió pero jugó a la defensiva. El ataque de Damon resulto brillante y rápido, sin embargo, se vio enfrentado a combinaciones tan osadas y novedosas que en la jugada veintisiete se veía perdido y Pythias aún conservaba el peón del gambito.

Esforzándose como nunca, Damon, con un método de ataque más seguro y resistente, puso a Pythias en una situación en la que o perdía la reina o sufría jaque mate en cuatro jugadas. Pero con una impresionante serie de audaces movimientos Pythias se libró sacrificando dos peones y un caballo.

Eufórico por el éxito, Damon atacó con saña pero fue rechazado por el juego más cauto de su oponente, quien, creando una distracción en el flanco derecho y maniobrando con delicadeza, consiguió recuperarse y volvió a enfrentarse a su adversario en igualdad de condiciones. Así continuó la partida, una de las mejores jamás jugadas. Se trataba de un duelo grandioso cuyos participantes habían olvidado que el mundo aún giraba a su alrededor, y cuando el gris del amanecer asomó a la ventana encontró a Damon en un grave aprieto.

Comprendió que se vería obligado a doblar las torres para evitar el jaque mate. Entonces su oponente daría jaque a su reina a cubierto y capturaría a su alfil. No podría evitar el jaque mate. Sin embargo, inesperadamente se hizo la luz: se le ocurrió una jugada brillante. Gracias a una serie de movimientos que ejecutaría él por primera vez, podría forzar a la reina de su adversario y cambiar las tornas.

Intervino el destino. De repente se oyó el grito agudo de un gato que lo distrajo y desconcentró. Perdió el hilo de la jugada que estaba imaginando y el mate que lo amenazaba veló de tal forma su capacidad de razonar que dobló las torres y se enfrentó a un jaque mate inevitable en seis movimientos.

Le daba vueltas la cabeza. Todas las injusticias sufridas en su vida pedían venganza a gritos. Todos los engaños, las mentiras, las traiciones de su oponente se abrieron paso en su mente con una claridad asombrosa. Maldijo al demonio sonriente que se sentaba frente a él y se puso en pie tambaleándose. La idea del asesinato cruzó su cerebro como un diablo apremiante, se lanzó sobre Pythias con un grito espantoso y le agarró el cuello con ambas manos. Lo derribó sobre el tablero de ajedrez y, no con la ira de un demonio sino con una alegría sublime y prodigiosa, lo estranguló hasta que se puso morado y empezó a agonizar.

Pythias lo habría pasado muy mal si no se hubiesen oído unos pasos apresurados en la escalera y no hubieran entrado un par de policías que, junto con Frecl y George, lograron separarlos.

Luego Damon recobró el sentido, totalmente desconcertado, y ayudó a su amigo a recuperar las fuerzas.

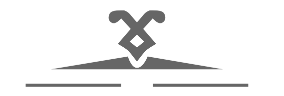
☘

—HA SIDO EL VIEJO asesinato Birchall-Duinsmore casi representado de nuevo —dijo el sargento mientras comentaban el caso, de pie en una esquina—. Duinsmore, el sobrino, había sido la pesadilla de su vida. Desde la niñez no dio más que problemas. Ya de adulto, le rompió el corazón a Birchall de mil formas diferentes y al final, con un uso astuto y furtivo de las finanzas, le robó todo lo que poseía, excepto esta mansión. Una noche convenció al anciano para que se la jugase a una partida de ajedrez. Era lo único que lo separaba de ser enterrado en la fosa común de los indigentes y cuando la perdió se volvió loco y estranguló al sobrino sobre el tablero de ajedrez en el que habían jugado la partida definitiva.

—¿Eran buenos jugadores?

—Dicen que el mundo no los ha visto mejores.

[1895]



El regreso de Frisco Kid

HOLA, VAGO, ¿tienes material? Necesito fumar urgentemente. Eh, estar contigo otra vez es mejor que un trabajo fijo.

¿Que qué ha sido de mi vida? ¿Y que dónde he mangado esta ropa tan buena? Pues fue de la siguiente forma. La suerte me dio la espalda. Me dejó tirado. Sin un centavo. Toqué tanto fondo que ya no podía caer más bajo y mi suerte cambió. Ni me habrías reconocido.

Y abracadabra, así fue como pasó. Paré en una ciudad de mala muerte de la ruta del ferrocarril del Medio Oeste y me gafaron. Llamé a una casa para pedir algo de desayuno y me encontré con una pelirroja. ¡Me quedé tan desconcertado que olvidé robar el jabón! En la siguiente casa a la que llamé había un tuerto y me olvidé de escupir en el sombrero. Eso acabó conmigo. Imposible estar más gafado.

Después de eso no podía ponerme manos a la obra con nada sin que me echaran. Todo me salía mal. En una de estas, mientras recoma la pista como alma en pena, le pedí limosna a un tipo que resultó ser un poli de paisano y me cayeron treinta días. Eso me remató. Tenía muy mala fama. Nadie quería saber de mí. Me había quedado fuera del circuito.

Cuando cumplí la condena pensaba largarme pitando del agujero aquel, pero no lo hice y así fue cómo me recuperé. Hasta la noche no iba a pasar por allí ningún mercancías, así que decidí ir a darme un baño. Birlé el sedal de un niño y me fui a pescar. No picaban. Ni se acercaban. No pillé nada, hasta que un viejo paleto que se había caído más arriba apareció arrastrado por la corriente y con tanta sed que se tragaba el río entero. Le lancé el sedal y lo cacé al vuelo. Cuando lo saqué a tierra me dijo:

—Eres mi salvador.

—Y usted que lo diga —contesté.

—Eres un ángel.

—Nos ha fastidiado, pues claro que lo soy.

—Te recompensaré.

—Ahora sí que empezamos a entendernos.

El viejo me llevó a su casa y después de darle a la lengua con la parienta…, puede que te parezca un cuento chino, pero que no vuelva a ganar una apuesta si miento…, decidieron adoptarme.

Les conté mis miserias. ¿Que qué les dije? Les hablé de como mi viejo le zurraba a mi vieja cuando iba cargado y les conté lo piadosa que era ella y que siempre me decía que fuese honrado y noble, y cómo estiró la pata de tanto disgusto y que el viejo me echo a patadas y siguió bebiendo como un pez hasta que también estiro la pata el muy cerdo. Solo les conté desgracias porque la verdad es que a mí nadie me crio, más bien me hicieron crecer a golpes. Les dije que por eso estaba allí, porque me habían echado a patadas.

Entonces la vieja me abrazó y dijo: «Pobre criatura», el viejo se sonó la nariz y yo rematé la función poniéndome a llorar. Fue la guinda: todos lloramos como Magdalenas.

La vieja, que era muy buena, dijo que nadie más me echaría a patadas y el viejo dijo que tenían suficiente para poder cuidar de mí. Así toqué fondo y cambio mi suerte.

¿Que por qué no me quedé? ¿Qué me daban? Espera a que te cuente el rollo. No era ninguna ganga. Eran demasiado buenos para mí. Todas las mañanas el viejo me leía un capítulo de la Biblia y cada vez que me ponía a pensar en la pandilla, el hombre preguntaba cuál era el último versículo y, como no lo sabía se sentía tan herido que yo me sentía mal. Nunca prestaba atención, solo cuando leía algo de Josué. ¡Era un luchador! También me gustaba Sansón. Los barberos estaban en huelga donde vivía y era más fuerte que una locomotora. Algunas partes eran tan buenas como las aventuras de Deadwood Dick y Nick Carter, y cuando llegaba a la parte en la que un viejo vivía más de novecientos años era increíble. Pero había muchas otras que me cansaban. Cuando leía cosas de los hijos, de los hijos de los hijos, de los hijos de los hijos de los hijos y los hijos que venían después, dejaba de escuchar y me dormía.

Además no podía dejar de soltar juramentos y palabrotas, y cada vez que se me escapaba una, la vieja ponía los ojos en blanco y decía: «¡Thomas!», con gesto solemne, como si me riñera.

Y siempre me olían el aliento para ver si había fumado. Tampoco me dejaban comer con el cuchillo en lugar del tenedor ni echar el café en el platillo. No me aprendía su estilo.

Siempre metía mi propio cuchillo en la mantequilla y me olvidaba de dejar la cucharilla del azúcar en el azucarero. Además hacía ruido al masticar y eso los poma de los nervios. Y me guardaba la servilleta en el bolsillo al

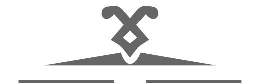
terminar. Me hacían n siempre erguido y con la cabeza alta y decían que movía demasiado los hombros al andan Siempre me metía en líos con los otros chicos de la manzana. ¡Es que no pasaba nada emocionante! Una vez me llevé a un grupo de ellos a la valla de atrás y los hice sentar en fila, cada uno con un puñado de tabaco de mascar. A mi orden todos debían mascar, y quien aguantase más tiempo recibiría de premio una cometa hecha por mí. ¡Tenías que haberlos visto! Cuando se acabó el tiempo no quedaba ni uno en la valla. Parecía que el cólera había llegado al pueblo, por lo enfermos que llegaron todos a casa. ¡Tenías que haber estado allí! Las madres empezaron a llegar en bandadas y pusieron a caldo a la vieja. Decían que yo corrompía a sus hijos y que era un peligro para sus vidas y propiedades.

Me metí en muchos líos como ese, pero siempre los engatusaba y arreglaba las cosas. Quisieron mandarme a la escuela pero me expulsaron el primer día. No se rendían, siempre querían mejorarme. Estaban empeñados en hacer de mí un buen chico y yo empeñado en que no lo consiguieran.

Al final empecé a echar de menos la carretera, la pandilla y los buenos tiempos. Me daba un vuelco el corazón cuando oía el silbato de una locomotora y pensaba en los mercancías, en los pasajeros y me acordaba de cómo viajaba tumbado en el techo de los vagones o escondido entre las mercancías. Y me moría por jugar a los dados y apostar Decidí que lo de la adopción no era buena idea. Un día me acordé del último guiso que había tomado con los colegas. Ya sabes, cuando Joe el de Pittsburg gorroneó las carnicerías, *el Fideo* de Chicago las panaderías, el Deportista de Montana las tiendas de comestibles, tú y yo afanamos pollos, el Moldeador negro se ocupó de la cerveza, Joe el Cauteloso preparó el fuego y Jack Sobrejuanete cocinó. ¡Se me hizo la boca agua! No lo soporté más, así que di esquinazo a mis padres adoptivos y me lancé al camino.

¡Pero si tienes ahí la vieja baraja, bien grasienta! No me importaría echar una, no. Solo una, para tentar la suerte. Yo corto y tú reparte, Jack el Alto.

[1895]



Siempre hay alguien más desdichado

¡AQUEL ERA EL FINAL de su arte! Ahora lo veía y le dolía el alma. La esperanza de toda su vida había muerto. Claramente, sin lugar a dudas, la vergüenza, la amargura de todo aquello se desplegó ante sus ojos. Había soñado su sueño y ahora llegaba el momento de despertar… ¡Y qué forma de despertar!

El telón del escenario sucio y mal iluminado se alzó de nuevo, y otra vez, con dedos temblorosos y cansados, pasó las páginas de la partitura y tocó el preludio de forma mecánica. El segundo violín era algo atroz, pero su maravillosa ejecución y su extraordinario compás le provocaron una sonrisa amarga. El trombón daba rienda suelta a una agonía intensa y el tambor insistía en reventar inesperadamente en los momentos más inoportunos, mientras el piano tocaba o no según le pareciese adecuado.

La música le ponía los nervios de punta, pero no menos que su entorno, ahora que el velo había caído. Terminó el preludio y tuvo tiempo de mirar a su alrededor. Era la última escena. Una mujer vestida de forma chabacana y nada comedida se había acercado a las candilejas y con voz cansada y quebrada intentaba cantar una canción popular que escapaba a su registro. La sala estaba llena de obreros, marineros, estibadores, tipos duros, la escoria de la metrópolis. Los camareros se apresuraban de mesa en mesa, repartiendo bebidas y abordando a la clientela. Las mujeres de los palcos miraban con osadía y sus rostros pintados a duras penas lograban ocultar la inquietud y preocupación que provocaba su dura lucha por la existencia. Los juramentos, las conversaciones y las risas cortaban el aire y a menudo ahogaban la voz de la cantante, lo que hacía asomar a su rostro una expresión de ansia porque de sobra sabía que, si no pedían un bis con bastante insistencia, prescindirían de sus servicios… no al final de la semana, sino de forma inmediata.

Un marinero borracho de la primera fila no paraba de despotricar y su parloteo ronco y sin sentido resultaba el acompañamiento perfecto a la estridente voz de tiple de la cantante. Un par de camareros fornidos lo echan a la calle, una pelea en la parte de atrás casi no llama la atención y la mujer

termina de cantar, recibe los aplausos de una mesa —evidentemente amigos de ella— y sale del escenario para enfrentarse al director furioso.

La música vuelve a sonar y el entusiasmo despertado por última vez aquella noche dirige su grotesca orquesta. No era más que una obra ignorada de un compositor poco conocido —tal vez uno como él, que había soñado su sueño para despertarse a la realidad—, pero su belleza avivó su percepción latente sin darse cuenta. Los sonidos discordantes de sus compañeros se volvieron inaudibles, el miserable entorno desapareció y el músico regresó a su niñez y volvió a vivir su vida.

Otra vez recorría los senderos conocidos de su hogar en la montaña, sus hermanos y hermanas lo rodeaban: la familia al completo. Su padre, un hombre amable y muy querido, de rostro curtido y arrugado, contaba historias sobre los indios, las llanuras y las guerras con su lenguaje sencillo y su gramática rudimentaria. Su madre, con los lujos más pequeños apiñados a su alrededor, escuchaba con interés materna los incidentes del día, se alegraba cuando ellos se alegraban y se entristecía si ellos lo hacían. Pero ahora él observaba con dolor las marcadas líneas que se dibujaban alrededor de sus ojos y su boca y que descubrían penas ocultas. ¡Ay! en aquellos tiempos no había comprendido su significado. La madre no se olvidaba de él: lo miraba con orgullo y algo c e aprensión cuando él se sentaba con la silla muy pegada a la mesa de la cocina y di lujaba música en un papel, como antaño había hecho Signa.[1]

La escena cambió rápidamente. Ahora se acercaba con sigilo a la iglesia del pueblo y la hija del pastor, una mujer soltera y muy amable, tocaba el órgano cerca de él. A continuación se alejaba de allí y su corazón latía extasiado mientras se dirigía al arroyo, el pequeño arroyo que descendía turbulento desde los picos nevados que se alzaban a lo lejos. Allí escuchaba su canción, oía al viento suspirar entre los pinos y con la música de toda la naturaleza animada sonando en sus oídos regresaba a su humilde hogar y era feliz. Luego, otra vez inmerso en la lectura de Signa, que tanto le gustaba, levantaba los ojos llenos de lágrimas y la ambición avanzaba hacia la fama con paso victorioso, mientras el futuro, pintado pon trazos ligeros, se revelaba entre alegres imágenes de éxito, y ante su imaginación infantil todo parecía real.

Después, tras dar vueltas en su pequeña cama, se levantaba y, en medio del silencio de la noche, de pie a la sombra de las montañas, escuchando la canción nocturna y apagada de la naturaleza, sentía que su don latía febrilmente en su interior y lo invadían unos anhelos y deseos muy profundos.

¿Qué había sido de aquel don? Desde luego que ya no lo tenía. ¿Dónde y cómo lo había perdido? Pero no había respuesta.

Ahora veía cómo su padre, en un momento de descanso, le hacía una flauta de madera de sauce. ¡Qué buenos compañeros habían sido aquella flauta y él! ¡Qué armonías chirriantes producían cuando tenía el día libre y en vez de jugar con los otros niños se perdía en el oscuro laberinto del bosque! A continuación la hija del pastor le daba las primeras clases. Luego era él quien tocaba en la iglesia del pueblo.

¡Qué tiempos tan felices! Se pasaba el día pegado al arado o entre los árboles maderables, deseando que llegase la noche porque entonces corría a la iglesia y tocaba para sí mismo y para la oscuridad. Después empezaba a improvisar y los lugareños se maravillaban de que pudiese componer una música tan hermosa, y un día —lo recordaba bien—, el turista que le decía que tenía un don, pero que allí lo desperdiciaba. «Debes ir a la ciudad», habían sido sus palabras.

¡La ciudad! ¡La ciudad! ¡Cómo sonaba aquello a sus oídos y lo obsesionaba, tanto dormido como despierto! ¡La ciudad! ¡La ciudad! Sí, tenía que ir a la ciudad. Allí encontraría profesores, allí podría satisfacer sus deseos, allí lo esperaban fama y fortuna.

Su alma gritaba: «¡Música!, ¡música!», y el eco respondía: «¡La ciudad!, ¡la ciudad!».

Pero la ciudad quedaba lejos. El tiempo transcurría y él continuaba trabajando, atesorando una pequeña cantidad de dinero que crecía poco a poco. Trajinaba, paciente y sin quejarse, mirando al futuro y haciendo planes. Pero a veces el anhelo se apoderaba de él con tanta fuerza que casi no podía guiar el arado y la reja penetrante y resplandeciente daba vueltas y bailaba ante sus ojos, e incluso el canto de la alondra le resultaba monótono.

Las jóvenes lo miraban con timidez, pero él no pensaba en casarse: eso significaría despedirse de la música. Por eso no se casó y la comarca entera se extrañó hasta que se acostumbró a él y las jóvenes se casaron con otros mozos más afortunados.

Por fin llegó el día decisivo. Se despidió de su hogar entre montañas y lleno de esperanzas puso rumbo a la ciudad. Pero las puertas del éxito no se abrieron cuando él l amo. Desconocido, deambulando de un sitio a otro, acabó formando parte de las listas de quienes no tenían ni talento ni dones ni poder.

No se rindió. Encontró profesores, aunque no podía pagar a los mejores, y se dedicó a estudiar. Fue aprendiendo cosas relacionadas con el mundo que deseaba conquistar y descubrió que la escalera que llevaba a la fama resultaba

colosal, que su sombra impresionaba y que contra su base se estrellaba el gentío que luchaba por ascenderla. La grandeza abrumaba a aquella alma sencilla y pueblerina, y la magnitud de la tarea a la que se enfrentaba le daba miedo. Pero sin desanimarse, se consagró a ella. Lo rechazaron muchas veces y eso le hizo daño, aunque continuó luchando, a pesar de que unos cuantos —bastantes— lo adelantasen en la carrera debido a su riqueza o a sus influencias y en ocasiones por mérito propio.

Sin embargo, su futuro mejoró. Se abrió camino entre los círculos más periféricos, donde su talento sin pretensiones pronto fue reconocido. Había tocado el violín en público en varias ocasiones y poco a poco empezaron a llamarlo para musicales y representaciones teatrales. Incluso lo había felicitado el gran Padronini.

Pero cada vez tenía menos dinero y empezó a economizar, por lo que no comía tanto como debiera. Luego, dedicado por completo a su música, se descuidó y no tomó suficientes precauciones contra el clima invernal. Un día se quedó en la cama. Le sobrevino una larga enfermedad, sele terminó el dinero y, cuando aún no se había recuperado por completo, se encontró en la calle. Era demasiado orgulloso para pedir ayuda a sus distinguidos amigos.

¡Cómo pasaban ante sus ojos escena tras escena! Extrañas pesadillas, horrendas visiones de frío, carencias y enfermedad. ¡Qué tristeza! Aquel vagabundeo por las calles frías e interminables, sin una mirada amiga o un saludo amable, con la ropa andrajosa y hecha jirones, siempre atormentado por su don febril y roto de añoranza por la música perdida. Aunque lo peor era que, como la madre impotente que acerca al hijo moribundo a su pecho ya seco, sentía que su arte se enfriaba en su interior. «¿Habría muerto entonces?», pensó mientras recordaba la terrible apatía en la que se había hundido.

Por fin, tras una temporada agotadora, la situación mejoró. Una noche en la que temblaba a la puerta de un teatro de variedades, al que se había acercado atraído por las luces, un empleado de la sala se dirigió a él. El segundo violín había enfermado de repente, ¿sabía tocar? ¡Aquello era como llegar a un puerto seguro! ¡Con qué ansia había aceptado! ¡Con qué alegría volvió a sentir el temblor del violín como respuesta a su roce! ¿Habría revivido entonces su arte? Se lo preguntó y se respondió que no. No. Era algo maquinal y no su alma lo que había tocado cada noche en aquel agujero mal iluminado, año tras año.

Y aquellos años no habían sido felices. Al principio, el anhelo de los viejos tiempos se apoderaba de él a menudo, pero con la misma frecuencia

contestaba: «Algún día». Aunque aquel día nunca llegó. Su meta bailaba ante sus ojos cada vez más tenue y se iba quedando a un lado del camino hasta que al fin la perdió de vista. Pero aquella noche se había despertado: ahora lo veía y comprendía todo. Era viejo. Había perdido la esperanza. El dolor y los remordimientos dominaban su corazón.

El segundo violín llegó al final de la partitura y se detuvo. El primero continuo. El tambor se despertó y golpeó intermitentemente en busca de su espacio. El piano añadió varios acordes y pasajes apresurados, para luego rendirse a la desesperación. Pero el primer violín continuó tocando. Tenía los ojos cerrados. El violín expresaba su angustia.

El murmullo de las conversaciones se desvaneció y se hizo el silencio. El director parecía sorprendido. Los camareros se detuvieron. Las mujeres estiraban el cuello hacia delante para ver mejor. Las copas permanecían intactas y llenas en las mesas y las pipas y los cigarrillos se extinguieron.

Las notas tristes y temblorosas se afligían, sollozaban y lloraban; los compases de agonía trémulos y eternos se lamentaban, suspiraban y gemían. El músico continuó tocando su elegía, su pena, su duelo, su tormento, y la sala guardó silencio como si el frío aliento de la muerte hubiese caído sobre ella.

Lágrimas de angustia y aflicción, suspiros de remordimiento, de arrepentimiento, sollozos de dolor y desesperación temblaban en el aire palpitante. Un mundo de sentimientos indescriptibles. Toda la amargura de las esperanzas socavadas y las alegrías marchitas. La desdicha de un don que expira. Violín y maestro en una sola persona. La tragedia y la desgracia de una vida desperdiciada que lloraba en voz alta su sufrimiento.

La música cambió y se hizo extraña y amarga: los compases trémulos se volvieron horribles y espantosos; las notas apasionantes, sonidos estridentes y gritos penetrantes. Agitándose, estremeciéndose, temblando, vibrando, el violín chillaba su miedo y consternación. Quejidos, gemidos, lamentos —un torbellino de emociones— espeluznantes, aterradores, sobrecogedores, asombrosos.

Se rompió una cuerda y la música cesó con una disonancia tintineante. El violín cayó de la mano sin fuerza del músico. En uno de los palcos, una mujer chilló y se desmayó, otras lloraban. Todo lo demás era silencio: un reconocimiento más elocuente que una salva de aplausos.

El músico salió tambaleándose, sin ver.

«Está viejo y se le va la cabeza», dijeron los camareros.

☘

EN EL MUELLE, poco antes de amanecer. Una silueta rodeada de penumbra permanece de pie sobre la turbia marea y murmura:

El mar profundo está en calma,
todo duerme en su seno;
un solo paso y todo habrá acabado;
una zambullida, un borboteo y adiós.[2]

[1895]



O Haru



—¿QUIÉN ES?

—Pero, amigo, ¿dónde ha estado usted metido? Es O Haru, de todas las geishas la mejor, la más pura; de todas las bailarinas, la inigualable, la más elegante; de todas las mujeres la más sublime y hermosa, la más atractiva. Es O Haru, el sueño del loto, la que iguala a Fugi, la gloria del hombre. Sin duda ha desperdiciado usted sus últimos años en Estados Unidos, de lo contrario la habría conocido, la habría visto en las procesiones de nuestras festividades, llevada en alto sobre inmensos dashi y bailando ante la multitud que la admiraba. Considérese afortunado y acepte que este salón de té será el santuario en el que rendirá culto a la geisha. Agradezca a su padre que le dio la vida el hecho de estar aquí. Bendiga al insigne señor Sousouchi, que lo ha bendecido a usted tres veces al traernos aquí. Porque esta es O Haru, la primavera, la magnífica bailarina, la belleza celestial, sin par entre las demás geishas y bailarinas.

Esto dicho entre los murmullos de admiración y la salva de aplausos que siguieron al baile de O Haru. El insigne e ilustre señor Sousouchi había invitado al noble británico a una cena con música, cantantes y bailarinas a fin de que se hiciera una idea de los placeres japoneses. Habían contratado para la ocasión a las geishas, los cantantes y los músicos más famosos, sin escatimar en nada que aportase encanto y esplendor. Tal vez llegasen a la docena quienes participaban de la hospitalidad de Sousouchi y que ahora rivalizaban por aplaudir a O Haru.

Las geishas o bailarinas son las mujeres japonesas más despiertas, inteligentes y dotadas. Son elegidas por su belleza y educadas desde niñas. No solo se las instruye en la elegancia seductora de la danza y el atractivo personal, sino también del canto, la música y el intrincado protocolo de servir y entretener. Todo eso sin descuidar sus mentes, pues se distinguen por su ingenio, inteligencia y su agudeza en la conversación. Resumiendo: el fin de su educación es que resulten artísticamente fascinantes. En cuanto a clase social, ocupan más o menos la misma que nuestras actrices y, aunque muchas

son las bellezas delicadas que adornan las fiestas de los salones de té, aquí y allá se encuentran joyas del lustre más puro.

O Haru, según la costumbre después de acabar su baile, se ocupaba de servir al señor Sousouchi, y su rápido ingenio, su belleza, su risa argentina y su fascinante personalidad tenían a los invitados encantados con el placer de su presencia. Atraía a los occidentales y para los japoneses representaba el ideal de belleza. Su figura esbelta de talle largo y caderas estrechas era una maravilla de elegancia y donaire que aún resultaba más cautivadora por la tranquilidad y el atractivo de su porte. Su busto era el de una joven doncella —nada sugería la presencia de encantos voluptuosos bajo el suave pliegue de su kimono—, con la casta delgadez de la virginidad. Alargado, esbelto, hermosamente curvado, el cuello resultaba el pedestal perfecto para la cabeza bien proporcionada que se apoyaba en él con delicadeza. El cabello largo, liso y de un negro lustroso iba peinado hacia atrás, dejando libre la frente despejada y amplia, cúpula exquisita para el óvalo del rostro. Por encima de los ojos estrechos y largos se arqueaban las cejas de líneas tan delicadas que parecían estarcidas. La nariz era aquilina, aunque no prominente, y la boca pequeña, de labios llenos y muy rojos. Tan blanca como el marfil, su tez se declaraba inocente del uso del colorete habitual, y en la mejilla solo se percibía la más ligera insinuación de color, un color que podía alcanzar el punto más alto de la pasión o descender a la imperceptibilidad de la placidez. La expresión —nunca la misma—, era el espejo cambiante de cada estado de ánimo, de cada pensamiento, a veces sensible a una alegría vivaz y desenfadada, otras a emociones más profundas y serias, y en ocasiones reflejo de la auténtica perspicacia femenina de su carácter. En verdad era «O Haru, el sueño del loto, la que iguala a Fugi, la gloria del hombre».

Los samisenes empiezan a sonar, los tambores callan. Un grupo de geishas vestidas con kimonos de color escarlata y amarillo bailan la hermosa danza de las hojas de arce que tiemblan y se agitan bajo el influjo de la brisa otoñal. Pero los ojos y las almas de los presentes se centran en O Haru, cuya belleza cautivadora e ingenio sin igual los esclaviza, e incluso la senilidad del insigne señor Sousouchi desaparece ante sus irresistibles encantos. Al poco los deja para que se explayen sobre su maravillosa persona mientras se retira a fin de vestirse para su siguiente baile, el último de la velada.

Estalla la música y ella aparece ataviada con la armadura completa del antiguo samurai, el samurai del Japón feudal, cuyo deber englobaba un solo término, el de lealtad. Una lealtad tan pura, tan verdadera, que la esposa, los hijos, la familia, cualquier vínculo humano e incluso sus dioses debían ser, en

caso necesario, sacrificados ante su señor, el daimio. Era una de sus obras maestras: la interpretación de Oishi, el cabecilla de los ronins leales, tramando la venganza de la muerte de su señor. Oishi, que se divorcia de su esposa y se aleja de sus hijos para que nada lo distraiga de su venganza.

Ella entendía su pasado a la perfección. Era de sangre samurai, hija de la favorita de un daimio que había pasado por la terrible experiencia del shogunato; que había visto al hijo del cielo abandonar varios siglos de retiro para arrojar a la tierra la orgullosa nobleza feudal del antiguo Japón; la embargaba, por herencia y tradición, todo el orgullo de su raza. Impulsada por la fuerza salvaje de la sangre paterna, su cuerpo esbelto parecía vibrar con la intensidad de la emoción de Oishi, parecía ahogarse con el calor abrasador de su pasión. Un silencio que expresaba asombro se apoderó del grupo mientras ella, con paso y gesto marcial, personificaba al héroe de antaño. Con una veneración supersticiosa y el alma en vilo seguían los movimientos de su elegante pantomima. Las luces se apagaron, desaparecieron el alegre salón de té y las geishas sonrientes mientras el público se adentraba con ella en la realidad del Japón antiguo. Los llevó a lo más hondo de la melancolía, la pena y la angustia, y a lo más alto de las pasiones tormentosas y la sed de venganza más avasalladora, sin detenerse un instante hasta que, con un arrebato extremo de movimientos rítmicos, el daimio queda vengado y se alcanza la consumación. Luego llega la última escena, el clímax dramático, el haraquiri. Se olvidan todas las esperanzas, todas las alegrías de la vida y Oishi sigue a su señor al inframundo. Un destello de acero, la simulada cuchillada mortal en el abdomen y se acaba el baile. No hay aplausos, pero sí ojos que brillan y geishas que lloran, y O Haru, jadeante y con los ojos encendidos, abrumada por el exceso de sentimiento, olvida mostrar el respeto debido al señor Sousouchi, omite el acostumbrado sayonara y se retira hecha un mar de lágrimas.

☘

POR FIN EN CASA. O Haru se sentaba bajo el tenue halo del andón, abstraída en sus ensoñaciones. Pero sus pensamientos se hallaban muy lejos de los placeres del salón de té y su alma vagabundeaba por tierras extrañas con la imagen de uno, de Toyotomi. Toyotomi el valiente, el audaz; el amor de su niñez, el deseo de su edad adulta.

Sus vidas se habían visto mezcladas de una forma muy extraña. Ambos pertenecían a la clase de los samurai, pero el padre de él había prosperado, mientras que el de ella había muerto, y ella, huérfana, había pasado a ser propiedad de Saisdashai, el dueño de un geisha ya. Allí pasó la niñez, dedicada a cultivar todas las artes y gracias de la geisha consumada; allí, en los primeros años de su madurez, se había encontrado con Toyotomi y allí, y en muchos de los salones de té que él solía frecuentar, había aprendido a amarlo.

Curioso había resultado su cortejo: contrario a todas las tradiciones y costumbres. Sin padres o madres que eligiesen en nombre de los hijos, pues el de él también había emprendido el viaje en busca del Nirvana silencioso. Saisdashai se opuso al matrimonio, según el derecho que la ley le otorgaba, pues ella era suya por contrato y podía alquilarla a los dueños de los salones de té, que le pagaban muy bien debido a sus maravillosos bailes. Pero Toyotomi estaba empeñado, y un día —qué bien lo recordaba ella— vendió todas sus posesiones y le pagó a Saisdashai hasta el último yen que pidió por ella y O Haru fue libre, libre para amar y casarse con su amor.

Pero Toyotomi era ambicioso. Sin un centavo, no quería vivir en la pobreza, así que se dieron palabra de matrimonio y ella continuó bailando mientras él cruzaba los mares para vivir entre los bárbaros blancos, tras prometer volver rico y poderoso y desposarla. Lila no sabía cómo lo había tratado la fortuna y, excepto por lo que contaba en sus cartas breves y muy poco frecuentes, no conocía sus andanzas. Ya hacía una década que lo esperaba, ahorrando todo cuanto ganaba y le daba igual que regresase rico o pobre. Ella era rica, no más que rica, porque, ¿acaso no se trataba de la geisha más popular, el ídolo de todos, la locura de los nobles? Y gracias a su amor no debía entregar sus ganancias al propietario de ningún geisha ya, pues era libre, independiente. Aunque su camino había resultado peligroso. ¿no lo había recorrido con una lealtad inquebrantable? Las tentaciones de su posición habían sido abundantes y a menudo muy fuertes; sí, y muchos eran honorables y rodeados de los mejores incentivos. Estaba Hakachio, el acaudalado comerciante de sedas, que le había rogado e implorado que se casara con él; y Honondo, el teniente; y Ueuado, el lujo del daimio; e incluso Ogushi, el formal profesor del Royal College al que había cautivado con sus encantos. Sin embargo, ella se había conservado para Toyotomi, su amor de niña, su pasión de mujer. Su emblema siempre había sido el loto, símbolo de pureza. Y, ¿qué más podía pedir?, por fin regresaba. Su vapor llegaba a puerto

al día siguiente. Al día siguiente O Haru tomaría el tren y viajaría hasta Yokohama para recibirlo.

Mientras las lágrimas de alegría nublaban su vista y humedecían sus mejillas, abrió el cofre de madera de alcanfor que estaba a su lado y sacó un paquete envuelto en vanas capas de algodón. Al abrirlo encontró un obi, un cinturón de la mejor seda. El símbolo del compromiso de la mujer; el símbolo que Toyotomi le había dado por su compromiso. Volvió a abrir el cofre y en esta ocasión retiró dos espadas: las espadas de su padre, el samurai. Con el intenso orgullo de su raza y el amor reverencial hacia los suyos, las miró con fervor durante un buen rato. ¡Cómo la acercaban a su padre, a quien a veces olvidaba por pensar en Toyotomi! Su padre, el adusto guerrero, el caballeroso capitán que tanto tiempo había defendido la casa de su daimio con su espada larga y que, cuando todo estaba perdido, había salvado la situación con la corta, para buscar luego el olvido a través de la muerte honorable del haraquiri. En el calor de la noche del tiempo del loto, se durmió frente a ellas, sus más preciadas reliquias, y por la mañana Hohna Asi, su peluquera, la encontró sonriendo de alegría en sueños.

☘

¡AY, TOYOTOMI! ¡Toyotomi el desenfrenado! ¡Toyotomi el cruel! Un año había transcurrido desde su regreso, desde su matrimonio, ¡y qué año! ¡Qué matrimonio! ¡Qué recompensa por tantos años de espera, por tantos años de aferrarse al emblema de la flor del loto!

Qué apuesto y noble parecía, ataviado con sus prendas bárbaras, cuando lo recibió en el muelle de Yokohama. O Haru creyó sin lugar a dudas que sus sueños más preciados se hacían realidad, que el mundo lo había convertido en un hombre, en el sentido más elevado de la palabra. ¡Pero, ay! ¡Cómo había cambiado! Entonces no había comprendido, no había entendido las costumbres de los «diablos extranjeros» entre los que él había vagado. Y había regresado con muchos de esos hábitos engendrados por el demonio aferrados a él.

¡Qué extravagancia! La espantaba tanta fastuosidad, tanta prodigalidad inusitada. Sabía que en aquellas tierras lejanas el dinero se ganaba con facilidad, pero hasta entonces no había comprendido la desenvoltura con la que se gastaba. Y Toyotomi había aprendido a gastarlo. Para el alma austera

de ella, investida con todas las cualidades ahorradoras orientales que eran su legado, semejante extravagancia resultaba repulsiva, humillante. Con la lealtad confiada y la obediencia propia de la esposa, O Haru le había entregado su fortuna. ¡La materialización de tantos años de trabajo! Y él la había malgastado permitiendo que se escurriese entre sus dedos como si fuese agua. Tras un año ya no quedaba nada.

Él había aprendido muchas artimañas en el país del «diablo blanco» y ahora era luchador profesional. Un luchador del que enorgullecerse y que a menudo ganaba mucho dinero, pero que se hacía acompañar de matones y joros que frecuentaba salones de té de la peor clase y que había renegado de su sake materno para darse a la bebida de esos caros licores extranjeros. Y ella debía volver a salir a bailar porque él no llevaba a casa ni un solo sen.

¡Ay, Toyotomi! Tanto lo amaba ella que le perdonó todo eso. Pero aún fue peor. Él había traído consigo el patrón de belleza extranjero y ella ya no le parecía hermosa. Ella, a más hermosa de las geishas, la más hermosa de todas las mujeres japonesas, el ideal personificado del patrón japonés, ya no era hermosa a ojos de Toyotomi, su amor de antaño. Llegaba a casa borracho y de mal humor, y criticaba su forma de andar, su porte, sus caderas estrechas, su pecho raso, su rostro delgado y sus ojos rasgados. Luego se deshacía en elogios sobre los encantos de las bellezas occidentales. ¡Buda! ¡Llegar a eso! Que su Toyotomi pudiese admirar a esas criaturas feroces y masculinas que andaban a zancadas, como los hombres, y que tenían unas caderas enormes y unas protuberancias que parecían malformaciones. Esas criaturas repulsivas de bocas grandes, narices grandes y ojos hundidos en unas cuencas espantosas, bajo unas cejas pobladas y de aspecto fiero. Esas criaturas tan terribles que cuando miraban a un niñito japonés lo hacían llorar de miedo. Esos animales tan detestables que se mordisqueaban asquerosamente a sí mismos y a sus hombres. Toyotomi lo llamaba besar y había intentado enseñarla. ¡Ay! ¿Cómo era posible?

Pero aún era peor: a veces le pegaba. Y todavía más: amaba a esa joro mestiza del Yoshiwara, el barrio del placer. Esa joven de madre japonesa y padre inglés que le resultaba tan cautivadora y a la que amaba por su parecido con la belleza del «diablo blanco».

Lo peor de todo era que ese mismo día le había dicho: «O Haru, sal a bailar esta noche o no solo te pegaré, sino que me divorciaré de ti».

«¡Oh, Jizo! ¡Jizo! —se quejaba ella—. ¡Verse en ese estado! ¡Tener que verse así!».

☘

La placentera calma de la tarde del tiempo del loto oprimía a O Haru mientras rezaba a sus dioses sintoístas. Pero los dioses no daban muestras de oírla. No encontraba la paz. El joven sacerdote, casi un niño, la observaba con curiosidad mientras ella se postraba en medio de sus oraciones. La conocía (¿quién no?), era la magnífica bailarina cuya vida parecía tan jubilosa. Aunque últimamente acudía mucho al templo y él se preguntaba qué podría preocuparla. Se acercó y cuando ella terminó de rezar, la bendijo y le ofreció palabras tranquilizadoras. ¿Estaba casada? Sí. ¿Y rezaba para pedir hijos? No. ¿Por sus antepasados? Sí, como siempre había hecho. Entonces, ¿por qué más rezaba? Pero ella rompió a llorar y no contestó.

El sacerdote se detuvo y su rostro sensible y sabio se entristeció mientras meditaba. Ella era más inteligente que la mayoría de los que rezaban allí con sus penas infantiles. Ella tenía problemas, sufría. ¿Por qué no? Sin duda sería capaz de comprender un tenue vislumbre de su conocimiento esotérico. El rostro del sacerdote se ilumino con la compasión divina de Sidarta Gautama. La ayudó a levantarse y la condujo ante la estatua del Buda sentado. Allí, con un lenguaje sencillo, le habló del nacimiento, la niñez y la madurez de Gautama, que luego sería Buda; de su dolor por las penas del mundo; de su descubrimiento de la gran verdad. El yo, el mero aferrarse a la vida, era el mal; el yo era la ilusión por la que el alma soportaba el dolor de innumerables encarnaciones; el yo debía ser aniquilado y, al quedar destruido, el alma pasaba al Nirvana. El Nirvana, la esfera más alta alcanzable, donde una paz, descanso y dicha indescriptibles calmaban el alma, cansada de sus muchas migraciones. Eso había hecho el divino Buda, eso podría hacer ella: aniquilar el yo y ganar el Nirvana. Luego la bendijo y la dejo confortada; confortada pero con un vislumbre demasiado tenue de su sabiduría secreta.

O Haru observó el rostro amable y misterioso de Buda, que se cernía sobre ella en medio de una calma indescriptible. ¡Qué paz, descanso y placidez transmitía su cara! Mientras lo miraba, repitió las palabras del sacerdote: «El yo, el mero aferrarse a la vida, era el mal. El Nirvana era la esfera más alta, donde solo había descanso y dicha indescriptibles».

Tres veces pasó a su lado el sacerdote y la vio aún arrodillada, aún contemplando el maravilloso rostro del Sagrado. Más de un devoto curioso la miraba y se emocionaba al ver la pacífica expresión de inocente alegría que iluminaba su rostro.

La fuente del patio salpicaba de una forma ensoñadora, las sombras se alargaron, el silencio sombrío del templo se hizo más profundo; O Haru se postró ante el valiente Buda y se levantó tranquila y en calma consigo misma y con el mundo. Se detuvo en los escalones del templo y con las últimas monedas que le quedaban compró todos los gorriones enjaulados que vendía una anciana. Fue dándoles la libertad uno a uno, diciendo una oración en voz baja; una oración para alcanzar el Nirvana.

☘

¡ACLAMAD TODOS a O Haru, la hija pródiga a la que habíamos perdido, porque ha regresado a los salones de té y vuelve a bailar! ¡Aclamad todos a O Haru, la belleza de la flor del loto la cautivadora elegante, el ideal de perfección! ¡Dichosos somos sus esclavos por poder verla! ¡Dichosos los que bebemos de su dulzura, de su belleza! ¡Dichosos nosotros, los más felices entre los mortales! ¡Pues O Haru, la bailarina maravillosa vuelve a estar entre nosotros, sus siervos! ¡Esta es O Haru, la alegría y el orgullo de la humanidad, la soberana de las bestias, la conquistadora de los hombres! ¡O Haru, el sueño de la belleza rítmica, del sentimiento ardiente, de la pasión desesperada! ¡O Haru, la fascinante, la regia, la resplandeciente, la más elegante, pura y dulce de las bailarinas. ¡Alegraos, amigos, porque ha regresado, vuelve a estar entre nosotros! ¡Regocijaos! ¡Regocijaos, porque esta es O Haru, la primavera, la espléndida bailarina, sin igual en el mundo de las geishas!

El entusiasmo no tenía límites. Se había extendido la noticia de que aquella noche iba a bailar y sus admiradores habían acudido a verla en mayor número que nunca. Su regreso era triunfal, pero ella recibía el homenaje con la dulce modestia que la caracterizaba, aunque impregnada de un leve orgullo triste. Para acomodar a la multitud habían convertido el salón de té en una única sala, como un pabellón, y aun así la aglomeración era tal que resultaba asfixiante. La actuación de O Haru era sencillamente soberbia y eclipsaba por completo sus funciones anteriores. Nunca había aparecido tan hermosa, tan feliz, tan graciosa. En los momentos de descanso los mantenía a todos desternillándose de risa con sus comentarios ingeniosos y chanzas simpáticas. Según avanzaba la velada, ella descubría nuevas gracias, encantos y esplendores. Y ahora, en el éxtasis de la adoración, un silencio expectante y

sobrecogido se apoderó de la audiencia. Iba a cerrar el espectáculo con su preferido, Oishi, el ronin leal.

Los samisenes suenan y los gons retumban para recibirla. Comienza el baile. Otra vez la sangre samurai, feroz y altiva, corre por sus venas como el fuego; otra vez los retiene a todos con el mágico dominio de su personalidad; otra vez los conduce a las realidades ilusorias del antiguo Japón. Se superó a sí misma en la fuerza, la intensidad y la emoción de su interpretación. Con una confianza audaz puso en práctica movimientos inimaginables, haciéndoles recorrer toda la gama de sus sentimientos con la intrepidez de su inspiración. Nunca antes la sensibilidad y la parte dramática de su personalidad se habían mostrado tan unidas, habían sido un todo tan armonioso.

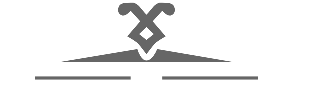
Continuó adentrándolos en un caos de emociones contradictorias, aunque dibujando claramente la imagen de la verdadera caballerosidad antigua. Más que nunca veían a Oishi viviendo el momento culminante de su hombría, dejando a un lado cualquier duda o temor y todo vínculo humano, caminando de verdad con los dioses. Olvidaron sus seres vulgares y se vieron elevados hasta lo sublime de los ideales hechos realidad. Se acerca el momento culminante, pero ¡silencio! Un zumbido de emoción, intuitivo, anticipatorio recorre con un sollozo audible a los angustiados observadores.

O Haru se transforma antes del haraquiri. Su rostro se ilumina con una belleza angelical, con una luminosidad casi demasiado resplandeciente para mirarla: parece un ser de otro mundo. Los samisenes gimen con un dolor desgarrador, el grave crescendo da paso al final: ella besa la espada de su padre y el público se estremece con expectación. Va a seguir a su señor al inframundo, al silencioso Nirvana. Su cuerpo se balancea en rítmicas ondulaciones, el gozo celestial ilumina su rostro. Se prepara para el golpe. Ahora. La música retumba y redobla. La diestra y veloz cuchillada hacia arriba. El rápido y potente chorro de sangre.

El dulce silencio de la noche del tiempo del loto se ve desganado por la sollozante angustia de muchas voces:

—¡Ay de mí! ¡Ay de mí! ¡Ay de mí! ¡O Haru, la divina O Haru ya no está!

[1897]



La broma del mahatma

A MÍ ME RESULTA EXTRAÑO que en esta era de la razón, cuando las mentes normales rechazan lo sobrenatural y la Iglesia se apresura a armonizar sus enseñanzas con las de la ciencia, una secta o camarilla de pensadores, brillantes además, intenten imponer al mundo unas infracciones tan fantásticas de la ley natural.

—Pero Charley, no lo hacen. Aunque los milagros de los expertos puedan parecer infracciones a ojos de los profanos, ellos no los promueven de esa forma. Al igual que las maravillas de hoy habrían sido milagros en una era del pasado, eso mismo parecen a la ciencia en su estado actual las maravillas que ellos producen. Se limitan a afirmar que sus supuestos milagros no son más que la manifestación de las leyes eternas, demasiado sutiles para que los físicos de hoy las comprendan, aunque gracias a la evolución algún día no solo las aceptarán, sino que también las demostrarán.

—Con el debido respeto a nuestro amigo, sigo manteniendo que sus propuestas resultan absurdas y que las posibilidades hipotéticas, como las tuyas, podrían llevarse más allá de los límites de la especulación científica legítima. Por ejemplo, tomemos el milagro del plato de *Madame* Blavatsky. La vajilla es especial y no hay forma de encontrar piezas iguales en toda la India. Se celebra una excursión y durante el almuerzo reciben una incorporación inesperada y les falta un plato. Ella pide la ayuda de los expertos, que en ese momento se encuentran en el Himalaya o el Tíbet. Proyectan una intensa tuerza paranormal que cruza mares y continentes hasta alcanzar Alemania, donde, en la fábrica, pueden encontrarse las únicas piezas iguales de la vajilla. Una vez allí, con un satisfactorio dominio de la mente sobre la materia, rompen la cohesión que mantiene unidas las moléculas de uno de los platos, desintegran las moléculas en átomos hasta que se convierte en una simple fuerza o en el perfeccionamiento más avanzado de la materia y envían esos elementos vaporosos del plato a la India. Durante todo ese tiempo, que no es más que un abrir y cenar de ojos, los manipuladores han permanecido en su fortaleza de la montaña. Cuando el plato inmaterial llega al punto donde se celebra la comida campestre se reintegra, cada una de sus

moléculas recupera su situación anterior en relación a las moléculas que la acompañan, y se deposita bajo los arbustos, donde al instante lo descubre uno de los miembros del grupo. Si esto no es una verdadera majadería, cedo la palabra a nuestro amigo, quien sin duda está lo bastante versado en conocimientos teosóficos como para corregirme.

La persona a la que se refería, un caballero de mediana edad cuyo rostro combinaba la pensativa sabiduría de la Esfinge y la misteriosa solemnidad del conde de Monte-cristo, respondió:

—Tiene razón y se equivoca. Tiene razón según el cristal a través del que usted mira los fenómenos del universo y se equivoca debido a la estrechez de las limitaciones inherentes a dicho cristal. ¿Reconoce el axioma filosófico según el cual lo finito no puede entender lo infinito? Entonces, como lo finito evoluciona e incrementa sus poderes de recepción y concepción, el campo de su contemplación se amplía, de lo que es testigo la ciencia actual, como usted ha mencionado. Ya que este territorio contemplativo o de la concepción del que el mundo disfruta en la actualidad es mayor que el del siglo anterior, ¿no podríamos encontrar la misma diferencia entre los individuos que existen durante la misma época? De esa forma, hace cien años el telégrafo quedaba fuera de la concepción practica y así mismo hoy en día la desintegración y reintegración de un cuerpo mediante impulsos paranormales queda fuera de la concepción popular y de la suya. Usted opina que es hipotéticamente irrazonable. Pero ¿es absoluto su decreto? ¿Cree que posee la inteligencia infinita necesaria para afirmar que eso resulta infinitamente imposible? No creo que sea usted tan egoísta. Por lo tanto, en este punto la única actitud congruente que podría mantener sería la del agnosticismo: no sabe pero le gustaría saber. ¿Me comprende?

—Sí —respondió Charley—, aunque una postura tan pasiva, si se mantiene mucho tiempo, no resulta compatible con mi temperamento positivo e inevitablemente me veo inmerso en las raciocinaciones ilógicas del escepticismo. Si de vez en cuando recibiera alguna prueba o demostración, no me ocurriría eso. Pero ese es el problema, ¿Cómo obtenerlas?

—Tal vez yo pueda ayudarle —contestó el misterioso personaje—. He estudiado en profundidad los postulados y la filosofía natural del budismo esotérico. No, aunque esto sea un secreto, no solo he cumplido mi período de formación en esa extraña hermandad, sino que he llegado a ser un mahatma hecho y derecho. Tengo el poder necesario para convencerlo y lo haré si usted así lo desea. ¿Quiere que separe su cuerpo astral de su morada sublunar y lo envíe jadeante a través del empíreo? Aunque al fin y al cabo esas

peregrinaciones celestiales no son más que sandeces aburridas, ¿no se le ocurre algo más original?

—Aunque debo confesar que nunca lo consideré un Heliobas[3], aceptaré su palabra al respecto. Nada me gustaría más que abandonar este ámbito prosaico y cambiarlo por el espacio, observar desde lejos ésta mi morada arcillosa, poder… ¡Ya sé, se me ha ocurrido algo mejor! Jack, ¿recuerdas el deseo que pronunciaste ayer, mientras volvíamos a casa?

—¿Qué deseo? Ya sabes que son legión. ¿Te refieres al de poseer un castillo? ¿0 al relativo a la duquesa, esa criatura a la que mi imaginación siempre vuelve?

—No, no. Pon los pies en el suelo. ¿No te acuerdas? Haydee y Dora, tú y yo.

—¡Oh, qué buena idea! —dijo, luego se dirigió al mahatma y añadió—: Será mejor que le contemos nuestro secretillo, tal vez pueda ayudarnos. Charley tiene una hermana adorable, mucho más hermosa que su bonito nombre, Haydee, y tan buena como hermosa. Yo también tengo una hermana, Dora, a la que Charley venera. Charley y yo nos llevamos bien pero amamos a la hermana del otro. No somos tímidos… ah… El caso es que no sabemos bien cómo… No conocemos el uno a la hermana del otro lo suficiente. Las conocemos bastante, pero no sabemos cómo deberíamos intentar… ya me entiende. Aunque si yo fuese Charley, es decir, si Charley tuviese que declararse a su hermana, la comprendería tan bien que sabría qué hacer en cada momento. Lo mismo ocurre conmigo y mi hermana. De manera que si Charley y yo pudiésemos cambiar de lugar un rato seríamos capaces de solucionar el asunto sin problemas, intercambiarnos de nuevo y aguardar al día de la boda.

—Comprendo —respondió el mahatma—. Lo que desean es declararse por poderes a la hermana del otro, siendo el apoderado el hermano de cada una de las jóvenes. Creo que puedo solucionarlo. Basta con separar sus cuerpos astrales de sus cuerpos físicos y luego devolverlos intercambiados, de esa forma la personalidad espiritual de Jack habitará y actuará en la personalidad material de Charley y viceversa. ¿Están preparados?

—¿Para qué? —se oyó a coro.

—Para ser trasladados.

Los amigos se miraron sorprendidos e inquietos a la vez y luego rompieron a reír a carcajadas, mientras el mahatma los observaba imperturbable y expectante. La risa se fue desvaneciendo y la solemnidad del

hombre acabó por contagiarlos. De nuevo es preguntó si estaban preparados y esa vez recibió como respuesta una afirmación escéptica.

El proceso era sencillo. Los situó uno al lado del otro en un diván. Los miró uno a uno hasta dejarlos literalmente desconcertados y luego inconscientes. Lo que hizo a continuación resulta demasiado esotérico para ser revelado a las mentes vulgares, pero evidentemente tuvo éxito poique, con una sonrisa de satisfacción en el rostro, se puso los guantes, cogió su sombrero y su bastón y se fue a pasear, dejándolos profundamente dormidos.

Las sombras se alargaron mientras cruzaban la sala y había transcurrido buena parte de la tarde antes de que cesara la respiración estentórea de los durmientes. Al despertar se miraron el uno al otro con asombro y fueron conscientes de que el cambio había tenido lugar.

—¡Quién iba a decir que podríamos intercambiar las almas con éxito! —exclamó Charley.

—Yo tengo una duda —contestó Jack, al sacar del bolsillo una cajetilla de cigarrillos y mirarla con inseguridad—. ¿Cuál es el factor dominante? ¿El cuerpo o el alma? Si es el alma, nos hemos limitado a cambiar los cuerpos y de paso las ropas. Por cierto, coge tus cigarrillos y registra mis bolsillos… Mejor dicho, los bolsillos de mi ropa, que cubre mi cuerpo pero que ahora habitas tú, y pásame mi purera. Jamás he soportado la porquería esa que fumas tú.

—Intercambiemos de inmediato el contenido de nuestros bolsillos.

—No. No lo había pensado, pero sería absurdo. Imagina que aparezco en mi casa, quiero decir en la tuya, donde todos me tomarán por ti, con todas mis cosas en tus bolsillos. Y viceversa: imagina que vas a mi casa, mi familia te toma por mí y tú tienes todas tus pertenencias en mis bolsillos. ¡Caramba! Esta mezcla de primera y segunda persona resulta demasiado desconcertante para lograr una dicción perspicua, pero espero que comprendas a qué me refiero.

—Oh, sí, como abstracción lo entiendo enseguida, pero me falta lucidez si intento realizar un análisis concreto. Es como el proceso de asignar las cantidades de X e Y al plantear una ecuación. A ver si conseguimos una fórmula que sea fácil de recordar:

X es el alma de Jack	A es el cuerpo de Jack
Y es el alma de Charley	B es el cuerpo de Charley

Por lo tanto XA es Jack e YB es Charley.

Pero ahora Jack es XA, AB o XB. Y Charley es YB, BA o YA. ¿Comprendes quién y qué eres, Jack?

—Oh, sí y no lo olvidaré. Yo soy XABA y tú eres YBAB.

—Pues ya que hemos resuelto nuestras identidades, vámonos a casa. ¡Oye, que ese es mi sombrero!

—No, no lo es. ¿No recuerdas que yo soy YA y este es el sombrero de A, o el sombrero de tu cuerpo, pero no es tu sombrero porque tú eres XB y debes usar el sombrero de B?

—¡Ah! Comprendo.

Incómodos, se intercambiaron los sombreros y también incómodos bajaron las escaleras, porque a principio les costaba manejar el cuerpo del otro. Los conocidos que se cruzaron con ellos en la calle tacharon de extraño su comportamiento. Por ejemplo Careleton, un amigo de Charley que no conocía a Jack, se quedó muy sorprendido cuando Charley pasó a su lado y ni se inmutó mientras que Jack le dedicaba un amable saludo con la cabeza.

[1897]



Dos genios de oro

LOS PESADOS CORTINONES se abrieron y un joven que rondaba los veintidós se coló en el apartamento para asombro evidente de su ocupante, quien se detuvo en pleno acto de encender un cigarrillo lo bastante como para quemarse los dedos con la cerilla.

—¡Que los dioses nos protejan de los locos por la moda! —exclamó mientras alzaba los brazos al cielo con teatralidad, como invocando la protección de sus divinos amigos, y luego se entregaba al cómodo abrazo del sillón más próximo.

Su público, tras recuperar la compostura a costa de soltar una maldición contenida sobre todos los amigos enamorados de las tablas, le acercó la mesita con los útiles de fumar. Durante un rato se rindieron a la caricia relajante del tabaco y luego empezaron a charlar.

—Bueno, Ollie, amigo mío, cuenta, ¿cuál es el problema? —preguntó el de los dedos quemados—. ¿Te apremia tu sastre para que le pagues? ¿Alguien te ha pedido alguno de tus rizos color caoba? ¿O intentan ganarse tus simpatías para la cruzada artística entre los antiestéticos moradores de las calles Mott y Mulberry?

—No. No es tan grave, pero ¿a qué crees que se han estado dedicando?

—¿Qué? ¿Cuál? ¿Quién? ¿Los estetas o los no estetas?

—Me refiero a la pandilla. A la otra pandilla, no a la nuestra.

—Oh, Archie y sus amigos. ¿Qué han estado haciendo? Espero que no sea nada serio, aunque siempre han sido una pandilla seria.

—No es serio. No, aunque está relacionado con un asunto muy serio. ¡Ja, ja, ja! ¡Ni te lo imaginas! ¡Je, je, je! Es que… ¡Jo, jo, jo!

—¡Malditos seáis tú y tus paradojas! No es serio pero está relacionado con un tema serio, una pandilla seria y tu risa de loco… Buen material para un epigrama. Creo que lo voy a intentar.

—¡Por Dios! ¡Te lo ruego, Damon! No me castigues con tus epigramas. Te suplico que no juzgues hasta que te lo explique todo.

—Continúa y tal vez sea indulgente.

—Ya sabes que pensaba ir a Cape Weola a cazar porrones americanos y lo tenía todo preparado para salir hoy. Hice el equipaje, envié las trampas por correo urgente y me despedí de todo el mundo para descubrir que el grupo de caza se había deshecho. Con mi gozo en un pozo, me volví virtuoso y realicé una visita largamente pospuesta a mi tía soltera y sufrida que vive en Brooklyn. ¡Un encanto! Intenté no aburrirme y conocí a sus dos gatos persas, por no hablar de la mujer angulosa que llegó de visita y se pasó la tarde opinando sobre el sufragio igualitario y sandeces similares. Entre eso y el té, volví con un dolor de cabeza terrible y la firme intención de acostarme temprano.

»Sin embargo, se me ocurrió pasar a ver a Archie, mi buen hermano Archie, e incitarlo a visitar a la tía soltera y sufrida a la que acabo de referirme. Archie no se encontraba en casa y, harto de esperar, me puse cómodo en su alcoba, que es de las de verdad, y me quedé dormido. No tengo ni idea de cuánto tiempo estuve allí, pero de repente me despertó el ruido de los corchos al salir disparados de las botellas y de las conversaciones mantenidas en su estudio. «Archie y un grupo de sus amigotes», pensé. «Resulta evidente que no saben que estoy aquí».

»Estaban tan serios como siempre. Allí se encontraba ese bribón melancólico de Le Blanche, cuyas obras El puente de los suspiros y La compensación recordarás haber visto en la exposición. También Schomberg, su hermano gemelo en la personificación de la amargura. Hablaban de la muerte de Willis 89, que solía andar con Archie y su pandilla. La conversación se centró en los monumentos, las lápidas y los epitafios, y te aseguro que se volvió de lo más interesante.

»El idiota de Fessler abrió el baile rechazando la incongruencia convencional con la que nuestros modernos recuerdan a los muertos con las inscripciones que graban en sus lápidas; Schomberg citó a Shakespeare corregido, “El bien que el hombre hace, etcétera”; mientras que Le Blanche les honró con los siguientes versos de Byron, que yo conozco bien:

> Cuando un orgulloso hijo del hombre a la tierra vuelve,
> sin haber conquistado la gloria pero de apellido célebre,
> el arte del escultor agota el boato de la pena
> y las elevadas urnas manifiestan quien yace bajo ellas;
> cuando todo termina, sobre la tumba se ve, resumido,
> no lo que el hombre fue, sino lo que debió haber sido.

»Por último, esa panda de pesimistas de mentes morbosas se pusieron a hablar de los sermones fúnebres y sin piedad alguna reconvinieron a nuestros píos eclesiásticos por su hipocresía a la hora de redactarlos. Decidieron que la costumbre estaba equivocada y suponía una mancha en la reputación de nuestra civilización tan culta. En primer lugar dictaminaron que, cuando se paga a alguien para que predique esa clase de sermones, resulta imposible obtener a cambio otra cosa que no sean halagos; en segundo lugar, que debería predicarlo alguien que estuviese familiarizado con toda la vida del fallecido, y en tercer lugar dijeron que, si se trataba de un enemigo, nada lo induciría a oficiarlo, y que si era amigo sin duda recurriría a los halagos. Por eso llegaron a la conclusión de que todos los sermones fúnebres resultaban falsos y engañosos, y ya que el único capaz de oficiarlo adecuadamente y contar la cruda y pura verdad era la persona a la que iban a enterrar, lo mejor sería abolir una costumbre tan horrible e inmoral.

»Aquí se habría acabado el asunto de no ser por ese hermano mío, que pensó que resultaría original al máximo que cada uno escribiese la oración de su propio funeral. Fue hábilmente complementado por Moore, quien gritó: “¿Por qué no?”, con el mayor entusiasmo.

»Todos pensaron en el fonógrafo. Allí mismo organizaron una sociedad tipo La Voz Del Más Allá o Que Cada Uno Se Ocupe De Sí Mismo. Le pusieron un nombre griego y esta es mi libre interpretación de la misma. Eligieron a sus directivos, prestaron juramentos inflexibles sobre contar todas las mezquindades y grandes maldades cometidas durante su vida y prometieron criticar sin escatimar esfuerzos los defectos y vicios de los demás. Se retiraron tras recaudar una cifra voluntaria para conseguir un fonógrafo y demás parafernalia necesaria. Esperan tener todos los sermones de hoy en una semana y Archie se encargará de guardarlos. Va a utilizar la pequeña caja fuerte que tiene en un rincón de su estudio.

»Mientras se iban, me escabullí por otra puerta y aquí estoy.

—Como el cotilla que eres, has venido corriendo a contarme el secreto mientras aún esté caliente. Pero Ollie, me parece que esto no se limita a lo que has contado. Tengo un plan.

—¿Un plan?

—Sí. Celebraremos una recepción en tus salones. Ya sabes que estamos viviendo muy por encima de nuestras posibilidades y desde luego yo ando muy mal de fondos. Lo de este trimestre ya estaba gastado antes incluso de recibirlo y no tengo ni idea de lo que haré hasta el próximo trimestre. Tú situación es igual de mala, así que celebraremos una recepción.

—¿Una recepción?

—Sí, y sacaremos mil dólares limpios por cabeza.

—¡Hala! ¡Mil dólares! Con eso saldaría cuentas y continuaría viento en popa. Pero Damon, ¿cómo piensas hacerlo?

—Celebrando una recepción.

—No me vengas con acertijos. Venga, explícate.

Y Damon se explicó mientras Ollie se deshacía en elogios. Esa noche Ollie se marchó tarde y durante los diez días siguientes consultó a Damon muchas veces en relación a su plan.

☘

DIEZ NOCHES DESPUÉS los salones de Ollie resplandecen y en ellos se reúnen alrededor de setenta invitados, todos hombres, pues es la noche de la recepción. Damon y Ollie se muestran animados y se sienten importantes. ¿Por qué no? ¿Acaso no han contratado por cien dólares al profesor Armstrong? ¿No ha venido desde Nueva Jersey uno de los ayudantes de Edison, con los gastos pagados y cobrando otros cien? ¿Y no está también el especialista en fonógrafos? Por no hablar de los tubos de Crookes, los equipos eléctricos, los kinetoscopios y los fonógrafos. ¿No se trata de un verdadero regalo para aquellos amantes de la ciencia popular que han recibido invitaciones?

Alrededor de las nueve Ollie presenta al profesor Armstrong, quien aplicó el descubrimiento de Roentgen en muchos experimentos curiosos e instructivos. Luego el hombre del kinetoscopio los entretuvo con emocionantes escenas de la vida, seguido del ayudante de Edison, que ofreció demostraciones ilustradas de varios de los inventos maravillosos del «Mago».

Mientras, Damon se llevó a Ollie a un lado y le preguntó:

—¿Están todos los amigos de Archie?

—Sí, excepto Staunton. Ha recibido el telegrama y en estos momentos craza Connecticut a toda velocidad.

—¡Bien! Aunque lamento que tuviésemos que librarnos de él. Se enfadará mucho cuando se entere.

—Y tanto.

Para concluir la agradable velada dedicada a la ciencia experimental se presentó al especialista en fonógrafos. Tras varios comentarios a modo de

introducción, entre los que se mencionó de pasada la posibilidad de que la voz de los muertos regresara del más allá, procedió a preparar su aparato. Escogió un cilindro de los vanos disponibles, lo insertó en el fonógrafo, aplicó la corriente eléctrica y la delicada maquinaria se puso en marcha.

Se oyó una voz —la de Staunton— predicar en tono solemne un sermón fúnebre. Los miembros de la sociedad La Voz Del Más Allá se miraron los unos a los otros de modo inquisitivo y luego perplejos, indignados y divertidos. La voz profunda y sonora de Staunton salía de la máquina con esfuerzo y moralizaba seriamente de una forma que desmoralizaba a la audiencia. ¡Cómo criticaba sus propios vicios y trivialidades! Se había examinado a sí mismo y había descubierto muchos defectos. Luego se centró en SUS amigos y les recriminó implacable sus locuras. ¡Qué divertido! Las risitas nerviosas y tontas se convirtieron en carcajadas continuas y cuando el fonógrafo se detuvo, tras el ofrecimiento de un consejo paternal y una solemne bendición para todos y de un requiescat in pace, el público se volvió loco de risa.

El especialista insertaba otro cilindro y los miembros de la sociedad La Voz Del Más Allá se concentraban en sus pensamientos. Repasaron a toda prisa los sermones recientemente predicados a los auriculares del fonógrafo y recordaron los muchos secretos revelados, secretos que solo debían compartirse tras la muerte. Se alarmaron. No sabían cuál iba a ser el siguiente y todos estaban seguros de que aquello era una vil artimaña.

Otra vez se puso en marcha el fonógrafo, pero cuando se oyó la voz de Archie alzarse en las frases elocuentes de su oración fúnebre, los miembros de la sociedad La Voz Del Más Allá se acercaron de un salto a la pequeña plataforma, detuvieron la maquinaria y tomaron posesión de los cilindros. Ollie discutió y Damon fingió indignación. Por fin, en medio de un gran desconcierto y muchas preguntas, Damon despidió a los presentes, que se marcharon enseguida a excepción de la sociedad La Voz Del Más Allá, cuyos miembros se quedaron para hablar del asunto y vengarse de inmediato.

Ollie se mostró sereno, resuelto y drástico: un canalla modélico. Exigió doscientos cincuenta dólares por la devolución de cada uno de los cilindros. Se negaron. ¿Por qué iban a pagar? ¿Acaso no habían recuperado ya los cilindros? Entonces Ollie habló distraídamente de unos duplicados que acabarían llegando a las máquinas que funcionaban con monedas; de unas oraciones fúnebres que se difundirían en cada calle y lugar público de Nueva York; de la posibilidad de repartir esos mismos duplicados entre los amigos

del difunto. Amenazadoramente insinuó varias posibilidades sin duda mucho peores.

☘

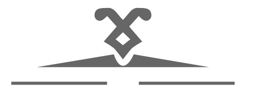
—OYE, DAMON, hemos superado con creces la fase de calma chicha, ¿no crees?

—Y que lo digas. Por cierto, Ollie, ¿Cuánto es doscientos cincuenta por diez, menos quinientos, dividido entre dos?¡Mil! ¡Caramba! Eres un genio haciendo planes, Damon.

—Y tú ejecutándolos, Ollie.

—Entonces los dos somos genios, pero de oro: valemos mil dólares por cabeza.

[1897]



La curiosa experiencia de un misógino

—¡MALDITA SEA! ¡Qué extraordinarias estructuras son nuestras mentes!

Me desperté y al recordar mi sueño había exclamado la frase anterior. El sueño era de lo más curioso, en apariencia sin do pero sorprendente desde un punto de vista psicológico debido a la intensidad de su realismo y la absurda yuxtaposición de ideas y escenas que acababa de experimentar. La primera parte era una mezcla de incoherencia y difusa imprecisión, demasiado tenue para recordarla, pero la conclusión se dibujaba en mi mente tan bien que aún me parecía tener ante mí el original: una niñita vestida a la antigua como los cuáqueros que cantaba de forma pintoresca una cancioncilla que yo había oído años antes. Sí, porque varios años antes había visto a esa niña cantar esa misma canción sobre el escenario de un vodevil de la ciudad. Estas eran las palabras que me cantaba en el sueño y que en apariencia resultaban importantes:

> Reuben, Reuben, he estado pensando en lo bueno que sería
> que a las mujeres se las llevasen más allá del Mar del Norte.

La cantaba una y otra vez —más como una fuga vocal— y en cada ocasión le sacaba nuevos encantos a la melodía, la expresaba con más florituras. Mientras cantaba, yo percibía sensaciones extrañas que me llenaban de desasosiego y su rostro pícaro, que sugería que eran ciertas, me exasperaba.

«¡Fuera de aquí! —le había gritado—. ¡Vete más allá del Mar del Norte y déjame en paz!»

Al oírme abjurar así de ella, su rostro adoptó un gesto triste y compasivo, alargó los brazos con aire de súplica y desapareció de mi sueño. Pero en su lugar estaba —¡Dios mío!— la personificación de uno de mis sueños más deseados, la única mujer que me ha interesado a lo largo de la historia. Grandiosa, majestuosa, amante de reyes, amiga de la filosofía y el arte, allí la tenía de pie, frente a mí, tan cerca que podría tocarla y tal y como siempre la había imaginado. Me sonrió con un abandono natural, luego su hermoso

rostro se tornó solemne y pensativo mientras murmuraba en tono extraordinariamente trágico, con infinita melancolía: «Después de mí, el diluvio».

Ella también desapareció y yo me desperté. Reflexioné sobre el incidente. Como miembro activo de nuestra sociedad psicológica, llevaba un escueto historial de mis sueños y los había estudiado hasta el punto de saber siempre qué los había provocado. Pero aquel me desconcertaba. Cierto, varios años antes había visto y oído a la cuáquera en un espectáculo de vodevil e igualmente, en mis tiempos de estudiante, había fantaseado con aquella maravillosa figura tan divinamente femenina cuya fuerte personalidad había dejado una huella tan profunda en las páginas de la historia. Pero no me había acordado de ninguna de las dos en muchos años, no me había desviado de mis hábitos habituales, me había acostado a la hora de siempre y no se me ocurría nada en lo que hubiese participado que se apartase de mi vida normal. Resumiendo: aquel suceso resultaba inexplicable.

Sin embargo, pronto otras sensaciones se apoderaron de mí mientras reconocía la futilidad de mis esfuerzos, apartaba las mantas y saltaba de la cama. Algo iba mal, estaba fuera de lugar; eso lo reconocía de forma inconsciente, pero ningún intento por razonarlo analíticamente podía confirmar el veredicto de mi intuición. Los alegres rayos del sol brillaban aquí y allá, el perfume de las flores me llegaba a través de la ventana entreabierta, el bullicio de la ciudad que se despertaba saludaba a mis oídos… «¡Ah! ¡Ya sé lo que es! ¿Dónde están los gorriones?», grité.

Guardaban silencio. No reñían en los paseos, no luchaban en el alféizar de mi ventaba, no se oían parloteos, regañinas ni ruidos incesantes, nada que me anunciase su presencia. Sin embargo, la primavera acababa de comenzar y la época de apareamiento se encontraba en pleno apogeo. ¡Cuán a menudo me habían despertado últimamente con sus guerras de imitación, sus contiendas marciales y su bulliciosa forma de cortejar a las hembras! Y cuán a menudo le había dedicado yo un cuarto de hora al estudio y observación de la etapa más importante de sus vidas. Pero ya no estaban. Aquella manida manifestación de las leyes de la selección natural y sexual al parecer había sido retirada de las vallas publicitarias de la naturaleza. Con una sensación de extrañeza a la que no estaba acostumbrado, terminé de vestirme pero solo para descubrir nuevas causas de reflexión, nuevas incógnitas. Había pedido que me despertaran a las seis y ya eran las seis y media. Resultaba evidente que había perdido el tren, por lo que la cita que tenía quedaba cancelada a pesar de lo mucho que me molestaba, así que utilicé el tubo acústico para pedir que me prepararan mi

habitual tetera de agua caliente. Nadie contestó. Escuché: en la casa reinaba un silencio sepulcral, como si nadie se moviera. En mi mente se agolparon unas ideas muy extrañas. Imaginé los horrores más espantosos relacionados con ladrones, matones, misterios ocultos, asesinato y muchas cosas más. Aquello era algo muy raro y sin precedentes. Decidí investigar.

Pero antes debo presentarme. Soy un joven de veintiocho o treinta años, suficientemente dotado —pero no más— de bienes materiales y solo en la faz de la tierra, a excepción de algunos parientes lejanos, muy lejanos. A fin de satisfacer mis gustos —moderados aunque algo caros—, dedico algún que otro rato a un trabajo literario y pesado que me permite ser dueño de mí mismo sin preocuparme por nada. Ya hace más de dos años que resido en mi alojamiento actual, de lo más satisfactorio por diversos motivos. La casa, una residencia acogedora de las afueras, es propiedad de una encantadora viuda que, con la ayuda de sus tres hijas solteras, consigue reunir lo necesario para llevar una vida cómoda, gracias a una pequeña renta y lo que yo les pago cada trimestre. Soy su único huésped y a pensión completa, aunque muy a menudo ceno en la ciudad o en el club. Mis amigas del género femenino me llaman el Soltero Gruñón y mis camaradas joviales y bohemios el Misógino. Comprendo por qué me han adjudicado ambos apelativos, aunque no concibo cómo me los he ganado. No odio a las mujeres, como es posible que a estas alturas estén ustedes imaginando, nada de eso. Aunque debo confesar que tampoco las adoro. Sin embargo, en este caso no veo por qué la ausencia del rasgo positivo debe implicar la presencia del negativo. Nunca he amado ni tampoco en vano, nunca he experimentado algo que me condicione en ser como soy… Tal vez haya nacido así. En pocas palabras: aunque no me gustan las mujeres, tampoco me disgustan; pero ante tal objeto de tintes neutrales no abandono mi camino ni para cultivarlo ni para evitarlo. ¡Maldita sea! ¡Cómo resuena en mis oídos esa pintoresca cancioncilla!

«Que a las mujeres se las llevasen más allá del mar del norte».

Empecé a bajar las escaleras mientras maldecía al compositor para mis adentros. Ni rastro de vida: la cocina estaba tal y como había quedado la noche anterior. Resultaba evidente que seguían en la cama. Dominado por el desasosiego, primero llamé y luego fui abriendo una a una las puertas de los tres dormitorios. Estaban desiertos. Las camas se encontraban deshechas pero me fijé sorprendido en que allí continuaban las ropas, zapatos, etc. que el día anterior se habían quitado al desvestirse. Conocía tan bien todos los vestidos de aquel hogar que revolví en los armarios, cómodas y arcones. No faltaba

nada y sonreí al imaginar la fuga, solo ataviadas con sus camisones. Imaginen mi consternación cuando descubrí en cada cama la ropa de dormir de sus respectivas ocupantes. «¡Qué vergüenza!», pensé, pero al mismo tiempo me di cuenta de que albergaba un deseo malicioso de haber sido testigo del acontecimiento, de haber visto a las tres solteronas delgadas y a su huesuda madre huyendo como auténticas Evas, aunque no imaginaba a dónde.

Se me ocurrieron miles de hipótesis pero no quise considerar ninguna de ellas. Jamás había sospechado que mi sosegada patrona o sus serias hijas fuesen capaces de locura alguna, por lo que aquel proceder tan poco convencional me tenía desconcertado. ¿Habría ocurrido algo grave? Lo mejor sería cerrar la casa e informar al jefe de Policía.

En los escalones de entrada encontré el periódico tal y como lo había dejado el repartidor. «¿Cómo? ¿Qué es esto?», pensé al ver los asombrosos titulares que ofrecía:

¡¡¡Catástrofe mundial!!!
¡¡¡El mundo científico atónito!!!
¡¡¡La femineidad desaparece del mundo!!!
¡¡¡Todos los pueblos han recibido tan espantoso golpe!!!
¡¡¡La refutación de todas las religiones, ciencia y filosofía!!!
¡¡¡Lamento universal!!!
¡¡¡Sesión especial en el Congreso!!!

Y más cosas que leí a toda prisa para llegar al meollo de la cuestión. Por muy imposible que parezca y muchas trazas de bulo que tenga, esto es en esencia lo que decía. En algún momento de la noche anterior —en general se creía que había sido a medianoche—, de alguna forma misteriosa e inexplicable, todas las mujeres del mundo habían desaparecido de repente. Sin advertencia previa, sin dejar rastro. La aniquilación o el traslado habían resultado completos. Muy gráfica era la descripción de un gran baile de Estado que se celebraba en Berlín. Mil parejas daban vueltas al son de un vals cuando dieron las doce. Se oyó una sacudida, como la de una vela de un navío glande al agitarse y mil hombres atónitos se quedaron clavados al suelo, sin habla, cada uno de ellos sujetando el vestido vacío de la que un instante antes había sido su pareja. Lo mismo había ocurrido en todas partes. Ninguna se había salvado, ni siquiera las bebés recién nacidas. Tampoco había sido menos severa la conmoción en el resto del reino animal. Quedaban los machos de todas las especies, pero las hembras habían desaparecido.

«Ah —cavilé—, eso explica lo de los gorriones».

Eché una ojeada rápida al resto del relato. Aquel pavoroso holocausto tenía pasmado al mundo. La ciencia y la filosofía se habían quedado sin habla. Aunque en general la religión estaba boquiabierta, algunas sectas murmuraban que se había cumplido una profecía. No había forma de explicarlo. La inmutabilidad del derecho natural, la imponente estructura de la especulación filosófica, la vertiginosa negación atea de todo lo sobrenatural, la división adamantina del agnosticismo entre lo conocible y lo incognoscible. Esto, todo esto, y cualquier otro sistema de pensamiento y modo de actuar habían sido derrocados, refutados por un único golpe. Un golpe tan ligero que quienes dormían no se habían despertado mientras se producía.

Casi no me fiaba de mis propios sentidos. ¿Estaría soñando? ¿Se habrían vuelto locos los redactores o los tipógrafos? ¿0 se trataría de un gigantesco camelo americano? Con la cabeza dándome vueltas sin parar, me preparaba para aceptar esa última opción cuando me detuve ante la verja, al recordar mi casa vacía y los gorriones. Corrí calle abajo sin atreverme a pensar. En la esquina me tropecé con un grupo muy nervioso que sin duda comentaba la situación.

Eran conocidos de la zona, así que no dude en unirme a ellos. Sin embargo, me hizo gracia su aspecto. Sus atuendos indicaban que se habían vestido con prisa y sin prestar atención. Los zapatos estaban sucios, los pañuelos o faltaban o se veían torcidos y nadie había cepillado la ropa. El rasgo más notable era un cierto aire desastrado. Y habría podido jurar que allí estaba el anciano Dottlyboy, el hombre más meticuloso y pulcro del barrio, sin la cara lavada.

—¡Esto es terrible! Incluso me cuesta concentrarme. ¿Qué va a ser de nosotros? La cocinera también se ha ido y no he desayunado. No veo por qué no podía quedarse. ¡Caramba! ¡Y a estas alturas de la vida! —se lamentaba el anciano caballero que vivía en la calle frente a la mía, entre dientes y mascando las palabras como si tuviese la boca llena de puré caliente: se había olvidado de ponerse la dentadura postiza.

—¿Es cierto que ya no hay mujeres? —pregunté.

—Es cierto —respondieron a coro.

—¡Hurra! ¡Hurra! —exclamé. Pero al no apreciar señales de júbilo, los miré y les pregunté—. ¿Por qué no se alegran? Vamos, únanse a mí y demos tres vivas a la situación. ¡Viva…!

Pero en ese momento recibí una patada tan violenta por detrás que otras emociones llamaron mi atención. Me giré con el propósito de plantar mi infalible derecha en la zona más vulnerable de la anatomía de mi agresor

cuando ¡zas!, el bastón del anciano Dottlyboy cayó sobre mi pericráneo con peligrosa energía. Tuve la confusa impresión de ahogarme en una catarata de improperios, sacudidas, patadas y golpes; de ser zarandeado en las entrañas de un torbellino gregario para acabar vomitado como una masa deshecha y sometida al desprecio de los insultos.

—Resulta evidente —murmuré de camino hacia casa para cambiarme de ropa— que lamentan profundamente la pérdida de las mujeres. Me pregunto a qué me recuerda esto en mayor medida: ¿a la precipitación del novato, a la aglomeración de quienes buscan una ganga o el *scrimmage* en un campo de fútbol americano?

Mientras me preparaba para volver a salir, reflexioné acerca de la perversidad de la naturaleza humana. Día tras día yo había acompañado en el viaje de ida o vuelta a la ciudad a uno o más de uno de aquel grupo que me había agredido con tanta saña; hora tías hora había escuchado las quejas de aquellos habitantes de las afueras contra las mujeres; y sin embargo aquí, aquí y aquí (me palpaba los golpes mientras pensaba) están las convincentes pruebas de su incongruencia. Decidido a ser más prudente en mi comportamiento y ocultar mi alegría tras una demostración de tristeza, enseguida me encontré a bordo de un tranvía en dirección al centro.

Tenía el hábito tan inculcado que cada vez que el tranvía se detenía para que subieran mujeres me descubría a mí mismo echando un vistazo con culpable aprensión. Luego volvía a mi periódico con un suspiro de alivio porque entre los pasajeros recién llegados no había señoras. Creo que era la primera vez que viajaba en un tranvía de horario tan tardío sin que mis sentimientos resultasen heridos al tener que ceder mi asiento para satisfacer la impersonal demanda que los convencionalismos me hacían y calificaban de cortesía. No había criaturas encantadoras conmovedoramente agarradas a las correas o mirándome suplicantes en un empeño, que solía tener éxito, por ablandar mi corazón de piedra.

Las calles estaban llenas de gente que hablaba de un único asunto y frente a las sedes de los periódicos más importantes se agolpaban miles de personas con el alma en vilo a la espera del siguiente boletín. Una cosa me sorprendió gratamente: sin excepción en todos los escaparates había carteles en los que se anunciaba la necesidad de contratar chicos u hombres. Por una vez se cotizaba al alza el trabajo y los puestos a la baja. Llamaba la atención los aires que se daban los obreros. No habían tardado en percatarse de lo que ocurría. Un desdén orgulloso y una fría indiferencia sustituían ahora a sus lamentos y peticiones. «¡Qué expansión de la moneda!», pensé.

Las agencias de empleo se encontraban especialmente abarrotadas y no por quienes buscaban trabajo sino por los potenciales patronos. La velocidad a la que aumentaban los salarios resultaba sorprendente, sobre todo en los tipos de trabajo que hasta entonces solo habían desempeñado las mujeres. A mediodía ya quedaba claro que era casi imposible conseguir hombres dispuestos a cocinar, hacer camas y fregar si no recibían a cambio magníficos salarios. Debido a ello, todo el mundo decidió recurrir a los restaurantes. La aglomeración general en los locales que servían comidas era de tal calibre que asustaba, por lo que decidí cocinar en casa. Aunque en cuestión de vanos días se recuperó el equilibrio porque muchos decidieron dedicarse a tan lucrativo negocio.

Enseguida transcurrió una semana durante la que los periódicos se llenaron de polémicas encarnizadas y el sistema industrial vibraba con una intensidad sin precedentes. Nunca se había producido un auge como aquel. La industria funcionaba a toda máquina. Que la población se redujese a la mitad equivalía a doblar la moneda. Sin embargo, en ese estímulo había una cuestión que el mundo parecía haber olvidado y era que, aunque las capacidades productivas se habían reactivado, las capacidades de consumo se reducían al cincuenta por ciento! De esa forma, el comercio experimentaría una actividad extraordinaria y, como la demanda de obreros era mayor que la oferta, los salarios subirían, aunque tras los salarios se produciría un aumento de los precios. Al principio los trabajadores, al comprobar su ascenso, comprarían sin escatimar todo cuanto necesitasen y una buena parte de los lujos que hasta entonces habían quedado lejos de su alcance, pero cuando los precios recuperasen la proporción con los salarios, los obreros no podrían adquirir más de lo que podían en los días previos a la gran catástrofe. El resultado era obvio para cualquier aficionado a la economía, aunque ni el mundo ni yo nos dábamos cuenta de las consecuencias que esto iba a acarrear.

Un día, alrededor de dos semanas después del asombroso acontecimiento, me acerqué a visitar a Charley Eggleston, un joven artista amigo mío. De camino me detuve en la barbería para afeitarme. ¡Imaginen mi sorpresa al encontrar el local lleno de clientes y una alarmante escasez de barberos! Mientras aguardaba a que llegasen, eché una ojeada a mis compañeros y me asombró el aspecto desgarbado que ofrecían en general. ¡Qué horror! Me miré al espejo y vi que tenía la camisa, el cuello y los puños sucios, que al chaleco le faltaban dos botones, llevaba la barba de cuatro días y un pañuelo sucio en la mano, los pantalones estaban cedidos en las rodillas y la raya brillaba por su ausencia, y el… pero ¿para qué entrar en tantos detalles? Mi aspecto era

tan desgarbado como el de los demás. En ese momento llegó el barbero. Siempre lo había considerado un hombre formal, trabajador y volcado en procurar el bienestar de su familia. Pero entró borracho como una cuba y nos ordenó a todos que abandonásemos el local. Me quejé aunque no sirvió de nada porque nos dijo que iba a cerrar el negocio. Sus ayudantes estaban borrachos o desaparecidos y él no podía hacer todo el trabajo.

—Además —concluyó—, ¿qué sentido tiene trabajar? ¿Qué puedo hacer con el dinero tras ganarlo?

Así fue cómo nos echó con cajas destempladas, olvidó cerrar con llave y se fue otra vez de parranda.

Aunque Charley era un tipo muy pulcro, cuidadoso de su aspecto y mujeriego, lo conocía demasiado como para avergonzarme de visitarlo con la pinta que llevaba. Al mismo tiempo decidí posponer las visitas planificadas a mi abogado y mi editor, pero durante el trayecto pasé por delante de la editorial. Estaba cerrada y había un cartel que informaba al público de que Walker & Sons ya no continuaba en el negocio. Miré con curiosidad a mi alrededor y me sorprendió la cantidad de carteles de «Se alquila» que se veían. En la calle de enfrente dos hombres cerraban las persianas de sus tiendas y al mirar calle abajo observé que había varios más ocupados del mismo modo. En esa coyuntura y de la forma más inesperada me tropecé con mi abogado. Iba con prisa pero se detuvo el tiempo suficiente para decirme que había cerrado el bufete y se iba de la ciudad, por lo que había dejado todos los documentos relacionados conmigo en una caja de seguridad de mi banco. Explicó su decisión informándome de que contaba con dinero suficiente para vivir y no tenía sentido continuar ganando más. Seguí camino y por m llegué al alojamiento de Eggleston, sorprendido por la cantidad de borrachos que había visto en la calle.

Al entrar en el vestíbulo me encontré con Charley. Presentaba un aspecto tan descuidado que sentí alivio por mi propia apariencia.

—¡Hola, amigo! —exclamó—. Cuánto tiempo sin verte. Iba a salir, pero…

«¡Iba a salir!». Me quedé petrificado. Charley Eggleston, el impecable, el mujeriego, el más elegante de la ciudad ¡pensaba salir de semejante guisa! Al comprender mi sorpresa, dijo:

—¡Qué importa! Ya no hay nadie que me vea. Pero pasa y charlemos un rato, que no era nada importante.

Sus habitaciones estaban tan mal como él: la confusión y el desoí den resultaban indescriptibles. También parecía evidente que había desatendido su

trabajo y, al reprenderlo por ello, me dijo:

—¿Y qué más da? No puedo seguir pintando. Primero me dejó mi modelo y luego mi musa. Además, ¿qué importa si…? Por cierto, ¿cómo te va con el poema que estabas escribiendo? Me leíste las cuatro primeras estrofas. ¿Ya lo has terminado?

—Yo… yo… es que… —Lo miré consternado. Esas cuatro estrofas continuaban sobre mi mesa sin más compañía y, como no eran capaces de reproducirse por sí solas, ni se habían multiplicado ni aportado ideas a mi cabeza—. Verás, Charley, debo reconocer que… que…

En ese punto los dos nos echamos a reír, confesamos nuestros pecados y admitimos que, por alguna razón inexplicable, habíamos perdido el estímulo. Tras reconocer nuestra situación se nos ocurrió la idea de visitar a nuestros amigos para comprobar cómo progresaban y eso nos llevó a pensar que nos esperaba una jornada de lo más agradable.

Al ver que resultaba imposible conseguir un taxi decidimos caminar. ¡Qué aspecto tan diferente tenían las calles al de unas pocas semanas atrás! Todo el mundo parecía desconsolado y decaído, casi todas las tiendas estaban cerradas y los teatros desiertos. Todo iba mal. Al observar los rostros de la gente me fijé en que todos sufrían de dispepsia. Empezaba a notarse la falta de una buena alimentación. No había ni risas m manifestaciones de bondad, aunque las disputas y las peleas estaban a la orden del día, debido al mal estado de los estómagos. Todas las clases sociales habían empezado a beber en exceso, pero el problema se hacía más evidente entre los obreros. Y eso no era todo, también había cambiado su conducta. La expresión que dominaba sus rostros era la insatisfacción y cada vez que se encontraban con miembros de clases más altas se daban aires de independencia y se comportaban de manera insolente e insultante. Tras pasear un lato me di cuenta de que la poca cortesía que antes encontrábamos en la vía pública había desaparecido por completo. La pasión que predominaba era el egoísmo. Al observar a fondo los rostros de aquellos con los que me cruzaba, me sorprendió la dureza y brutalidad de sus expresiones: los atributos más elevados y nobles parecían haber desaparee ido por completo. No solo los que vivían en la ciudad se aglomeraban en las aceras, sino que resultaba evidente que la población rural había abandonado el campo para ir a la urbe. Charlamos un rato con un granjero anciano que nos preguntó por dónde se iba a una dirección. Al parecer, por encima de todo lloraba la pérdida de María, que había trabajado hombro a hombro con él durante casi treinta años. Primero los hombres contratados dejaron de trabajar, luego sus hijos se fueron a la ciudad y, como no tenía a nadie a su

cargo, no comprendía por qué no iba a merecer también él unas vacaciones. Y allí estaba, dispuesto a pasar un buen rato y a gastarse los ahorros conseguidos durante muchos años de esfuerzo. Pero sobre todo, entre las multitudes que se movían a mi alrededor, la característica más destacada era la deplorable ausencia de botones.

Una hora después estábamos sentados en la hospitalaria casa de Trombley, el Entendido (aunque no en arte, sino en gastronomía), como lo llamaban sus amigos. Su chef, al que pagaba un salario extravagante, lo había abandonado, pero él era un erudito de la cocina y dominaba todos los misterios del hornillo para mantener la comida caliente en la mesa. Mucho se lamentó mientras nos servía y mucho se disculpó también. Para satisfacer nuestra petición había hecho algunos de sus famosos bizcochos de mantequilla y cuando nos lanzamos al ataque, perseguidos por el recuerdo de nuestras propias cocinas, nos miró con preocupación.

—¡Oye, oye, con calma! —exclamó de repente.

Charley se quedó helado. Se encontraba en pleno proceso de servirse una buena ración de miel cuando el otro lo reprendió. Trombley comprendió que nuestra sorpresa exigía una explicación y nos la dio.

—¿Sabéis que muy probablemente esa sea la última miel que probéis? Me ha costado exactamente veinte dólares y era el último medio litro del mercado. ¿No habéis oído que las abejas han dejado de hacer miel?

—¿Que han dejado de hacer miel? —repetimos a coro.

—¡Sí, por desgracia! Es verdad. En las colmenas, al faltar la reina, se impusieron la confusión y la anarquía. Primero se comieron toda la miel y luego los enjambres se separaron y sus miembros quedaron desperdigados. A falta de autoridad y guía, cada abeja se las apaña como puede y dicen que el campo resulta casi inhabitable, debido a lo feroces que se han vuelto. Ninguna de ellas sobrevivirá al invierno.

Luego visitamos a Prescott, un amigo de la universidad con el que no habíamos perdido el contacto y que siempre se había caracterizado por su abstinencia del alcohol. Tras llamar varias veces sin obtener respuesta y al oír que alguien cantaba en el interior nos decidimos a entrar. Guiándonos por la voz, llegamos a la cocina. Allí, rodeado por un impresionante surtido de botellas, cubierto por una bata harapienta y cantando con lacrimosa seriedad un himno a la abstinencia, estaba Prescott, completamente bebido. Evidentemente no nos reconocía, aunque nos dispensó un recibimiento de lo más calentito, porque nos disparó con una Smith & Wesson mientras tropezábamos uno con el otro en medio de las prisas por salir de allí.

Tras recuperar la compostura, decidimos visitar a George Curtis, un joven brillante con un futuro envidiable por delante. Como vivía algo lejos atajábamos cuanto podíamos y, en el momento justo en que íbamos a salir de una calle muy oscura, oímos una voz, tenue pero con una gran intensidad dramática, que monologaba:

—Ser o no ser, esa es la cuestión. Si… —Pero en ese momento quien hablaba oyó nuestros pasos, se dio la vuelta, nos apuntó con una pistola y gritó—: ¡Manos arriba!

Obedecimos de inmediato. Cuando el hombre se acercó para robarnos, Charley exclamó:

—¡Santo cielo! ¡Pero si es Haskins!

Haskins era un actor conocido y de éxito que había sido un compinche en nuestra época bohemia. Él también nos reconoció y nos dio una explicación. Haskins siempre se había gastado hasta el último centavo de lo que ganaba y cuando se produjo la gran catástrofe estaba actuando, pero sin blanca. Era especialista en comedia y grandes espectáculos cuya mayor atracción constituía el despliegue de los encantos femeninos, así que se había quedado sin empleo. Desde entonces no había hecho nada y ahora se moría de hambre. Aquella noche había decidido llenarse el estómago aunque fuese a la tuerza.

—¿Por qué no buscaste trabajo de otra clase? —pregunté.

—¿Tengo aspecto de obrero? —fue su respuesta de norteño.

—¡Pero, hombre! ¡Piensa en la deshonra!

—¿Ante quién? —contestó—. Mi padre ha muerto. Mi madre, hermanas y esposa han desaparecido. No me veré deshonrado a ojos de nadie que me importe. En cuanto a vosotros, estaréis tan mal como yo antes de que acabe el mes. Pero el negocio es el negocio y yo he decidido convertirme en un ejemplo señero dentro mi nueva profesión, así que manos arriba. Al principio es mejor practicar con los amigos.

Y lo hizo con tanto vigor que cuando se despidió de nosotros todo cuanto de valor teníamos había pasado a sus manos. Nos asaltaron varias veces antes de Ilegal a casa de Curtís. Era como si todo el mundo se dedicase a atracar para ganarse el sustento con facilidad. Como siguiésemos a ese ritmo pronto nos veríamos reducidos a las condiciones de vida de los habitantes de las Sorlingas, que vivían holgadamente haciéndose la colada los unos a los otros.

Si Curtis se encontraba en casa, debía de estar inconsciente por culpa de la bebida o de lo que fuese porque llamamos varias veces y no obtuvimos respuesta. Después de nuestra experiencia con Prescott, en esta ocasión tuvimos mucho cuidado, atentos a cualquier indicio de la existencia de

trampas para cazar hombres con armas de fuego. Revolvimos la planta baja y ya casi habíamos terminado con la de arriba cuando lo descubrimos. Sin que nos viera, a través de una puerta abierta observamos la peculiar escena que se desarrollaba ante nosotros. Impecablemente vestido de etiqueta, zapatos de charol, guantes, etc., ataviado como para asistir a una boda, permanecía de pie ante una mesa grande, mirando pensativo una curiosa variedad de objetos. Había una caja de champán, otra de oporto, una de bourbon, varias botellas de absenta, una jeringuilla hipodérmica, todo lo necesario para fumar opio y muchas otras drogas con la parafernalia imprescindible. George estaba muy cambiado. Su rostro, delgado y elegante por naturaleza, se veía escuálido y terriblemente pálido, tenía los ojos dilatados y muy brillantes, y bajo ellos se apreciaban unas enormes ojeras negras y moradas. Parecía perdido en unos pensamientos relacionados con los artículos que tenía frente a él. Nos alejamos en silencio y bajamos las escaleras, luego regresamos tropezando cada dos por tres, jurando como carreteros y haciendo el mayor ruido posible. Se volvió hacia nosotros para recibirnos, nos estrechó la mano cordialmente y con alegría se lanzó a la idea que ocupaba su cabeza.

—¡Justo a tiempo para mi boda! No —continuó al ver cómo mirábamos aquella miscelánea—, no penséis que voy a fundar un harén, me limito a deliberar sobre cuál será mi elección. Ya sabéis que soy monógamo. Pero ya que estáis aquí quiero que me acompañéis. Aunque había olvidado que debo indicar mi preferencia. Vamos, ayudadme a elegir. ¿Qué os parece esto? alzó una botella de bourbon y empezó a cantar—:

«¡Por el whisky brindo, bébetelo de un trago!
¡Por el whisky brindo, bébetelo de un trago!
Por el whisky quiero brindar,
te da ganas de cantar,
¡de un trago, de un trago, de un trago!».

—¡Un espanto! —exclamé.

—Es posible que no os guste. Pasaremos a la siguiente. Aquí tenemos absenta, el extrait d’absinthe original de la alegre Francia. Me han dicho que se compone de la flor del ajenjo, angélica, raíz de cálamo aromático, hojas de orégano de Creta, anís estrellado y otras plantas aromáticas maceradas en el alcohol más puro. ¡Qué encanto de novia! ¡Qué exquisitos destellos esmeralda surgen de sus profundidades traslúcidas! ¡Qué alegrías indescriptibles para el devoto novio que satisface el deseo y descubre la dicha al frecuentar a su querida! Imaginad el placer que…

—¡George! ¡Déjalo ya! ¡Inmediatamente! ¡Pórtate como un hombre! —ordené.

Pero él continuó parloteando.

—De verdad, compañero, estoy de acuerdo contigo. No se adapta por completo a mi gusto. Sin duda me aguarda una novia más encantadora. Tal vez sea esta: el hachís, la más sencilla y tentadora de las doncellas. Las hojas y las flores del cáñamo, mezcladas en la proporción adecuada con la grasa de la leche. ¡Qué simple y fascinante a la vez! Aunque se trata de una niña inmadura, si la comparamos con esta magnífica mujer. Un solo beso y llena tus venas de fuego líquido que hierve, bulle, crepita, espuma y burbujea a través de todo tu cuerpo, que entra en efervescencia con impresionantes latidos de un placer enloquecedor. Un beso, y te toma de la mano para llevarte a alturas inaccesibles, lejos del mundo y sus tristezas, arriba, más arriba, hasta que caminas entre los inmortales, hasta que bebes el néctar dorado de los cálices divinos, hasta que te hallas en los brazos de Morfeo, dulce hijo de Somnus, y sueñas, sueñas sin fin, ¡un éxtasis indescriptible! Sin embargo —se detuvo para reflexionar—, esos encantos me resultan demasiado intensos. Mi dueña ha de ser más pacífica y calmada, capaz de conducirme hasta las aguas del Leteo entre placeres sosegados, debilitantes y apacibles; capaz de arrebatarme los sentidos con pérfido sigilo; capaz de amarme hasta que pierda el conocimiento sin darme cuenta, de hacerme pasar con sus besos de un estado de inquietud deprimente y melancólico al más dulce olvido. Y aquí la veo: el alma de la amapola, el radiante espíritu de la compasión, el ángel al servicio del hombre. ¡Qué dulce tu suave abrazo! Dulce… ¡mucho más que dulce! ¡Divino resulta el inmenso placer de comulgar contigo! He cortejado a dos novias, las he ganado y las he perdido. Cortejando y ganando, sobre tu pecho acogedor dormitaré durante siglos, durante infinitos ciclos temporales, durante toda la eternidad. A pesar de ser virgen, ya tienes tres hijas, fruto divino de la inmaculada concepción. Así, mientras duermo olvidado de todo sobre tu casto pecho, esas tres gracias —Morfina, Codeína y Narcotina— nos vigilan; así, en la más profunda languidez somnolienta, guardarán nuestros sueños y nos sosegarán hasta llevarnos a una tenue melancolía; así, mientras descendemos las sombrías laderas del tiempo nos amortajarán en la sinuosa capa del olvido. Ven, querida doncella de Oriente, olvida tu hogar montañoso de Akhisar y, al hacerlo, contágiame tu capacidad de olvido. Una caricia y mis problemas desaparecen; un beso de tus labios rojo pálido, y mis sentidos se tambalean y me abandonan; una bendición, y gracias a ti dejo de existir; antes era yo, ahora ya no lo soy. ¡Oh, dioses! Ya no soy, no soy, no soy…

Su voz se fue desvaneciendo poco a poco. Guardamos silencio. ¿Qué podíamos hacer? Mientras permanecíamos impotentes a su lado, su humor cambió y volvió a ser el de siempre.

—Queridos amigos, tened paciencia conmigo. Como sabéis, mi aflicción es enorme. Lo que puede parecer el desvarío de un loco no es más que la triste monodia de un a nía que llora entre las cenizas de la alegría marchita, las esperanzas perdidas, los ideales consumidos. Como bien sabéis, he cortejado, ganado y perdido a dos mujeres, ¿por qué no a una tercera? La primera fue la hermosa hija de Mnemosina; mi éxito, aún imperfecto, alcanzó un amanecer glorioso con la segunda; la tercera, a la que desposare esta noche se convierte en el requiescat in pace de las otras dos. Recordaréis mi música, cómo me consagré a ella, lo bien que la dominé; mis éxitos, aunque fueran pequeños; los primeros reconocimientos y homenajes. Pero también recordaréis que faltaba algo; algo que conmoviese los corazones inflexibles, que despertase las emociones, que tocase la fibra sensible, que arrancase al alma agonizante de su morada de arcilla, que a hiciese atravesar la gloria de la dicha empírea. Mi técnica era soberbia, igualaba a la de los grandes maestros, pero no incluía la facultad de conmover las almas, de trasladarlas. De una forma vagamente consciente yo entendía ese vacío, esa ausencia de inspiración, y la esperaba, confiando en mi intuitiva previsión. Llegó la ocasión, era el momento adecuado: lo dominaba todo excepto eso y yo esperaba que eso me dominase a mí Se produjo el despertar; la mano de un ángel rozó con un toque de sensibilidad la armonía de mi don. Hasta entonces desconocidos, mi talento y mi don se encontraron Rompí a cantar y, ¿por qué no?, el vació se llenó. Yo amaba, ante lo más alto del cielo y lo más profundo del infierno, sí, amaba. El mundo me rodeaba con su abrazo y sus riquezas, su gloria y todos sus tesoros quedaron a mis pies. Pero aún más sublime, lo más sublime de todo, era que me amaban a mí. Entonces me elevé más que nunca mi poder se volvió absoluto y mi don extraordinario. Pero entre el vertiginoso estrépito del aplauso mundial, intenté volar cada vez más alto, con mayor ambición, siempre mirando con el alma en vilo a la luz que me guiaba, a mi estrella polar, a mi Alice. ¡Oh, Alice! ¡Todo era para ti, gracias a ti, por ti! Luego llegó el matrimonio, pero una noche se interpuso en mi camino, unas pocas horas antes de la gran consumación de mi vida. ¡Dios mío! ¡Ya nunca amaneció el día! ¡La noche fue infinita en un valle de lágrimas! Como un meteoro ardiente que cruza el cielo apresurado, hechizando durante un momento al durmiente antes de desaparecer, así cruzó ella por mi vida y al pasar arrancó a mi alma las sinfonías más grandiosas. Pero la mano no da la

talla, el cantante enmudece y las cuerdas se rompen. Pensadlo, conjuradlo, dad rienda suelta a la imaginación más fantasiosa: del erial más desconocido y espantoso del espacio, del universo, una fuerza suprema, una energía deliberada y en dirección al infierno se apoderó de mi Alice y la apartó de mí, ¡en verdad!, para saciar el capricho frívolo o el vano antojo de algún monstruo celestial. Dicen que así se perdieron todas las mujeres. Yo solo perdí a Alice, pero el mundo se ha quedado sin su incentivo. Ha desaparecido la mujer, la gran fuerza instigadora del hombre. Se ha ido la garantía de la moralidad del hombre, de su idealismo de su nobleza. ¡Llorad su pérdida, hijos de la tierra! ¡Gritad dominados por la desesperación más absoluta! El pasado ha muerto, no existe el futuro. Hundíos sin remedio en la bestialidad, la corrupción y la muerte; rendíos a vuestros lascivos deseos; saciad vuestras pasiones en la depravación más desenfrenada; olvidad que sois hombres. Esa es la única panacea que os librará de vuestros sufrimientos. ¡Pecad! ¡Pecad! ¡Pecad! ¡Pecad y que ni el mismo infierno os supere! ¡Prestadme atención, hijos de la mujer! La inspiración divina recae sobre mí. Impregnaos de la efímera somnolencia del vicio. Mañana ya no existiréis. No hay futuro: la mujer se ha ido. Vuestra tremenda civilización vuestro conocimiento, vuestra cultura de diez veces diez mil años se desmorona al borde de la desintegración, el caos primigenio la aguarda, como a vosotros, como a todos. Veo a una bestia luchando con otra y esas bestias son hombres. En lo más profundo del olvido de la noche contemplo cómo naufragan en un mar de sangre la imponente estructura de los logros humanos, las elevadas cumbres de su creación, las milagrosas obras de su voluntad finita. Efímero es el prestigio de su iniciativa. ¡Soltad a los perros de la guerra! ¡Desgarrad gargantas y despedazad la carne! ¡Matad! ¡Lisiad! ¡Destruid! Remarán el tumulto, la anarquía y el caos, y entre los horrores de dicho reinado desaparecerá la poca nobleza humana que quedaba, los restos de lo que se perdió al desvanecerse la mujer. Una época de conflictos intestinos, y todo se habrá terminado. La tierra cruzará los cielos como antaño; el sol, la luna, las estrellas y las constelaciones harán su recorrido habitual; el universo no parecerá sensible al cambio, ¡pero en la tierra, el hombre, el ave, la bestia y el insecto, toda vida sensible e insensible, toda superestructura y estructura orgánica dejará de existir!

Estábamos boquiabiertos, tan sobrecogidos que éramos incapaces de actuar. Sin ser consciente de nuestra presencia, encendió un mechero de alcohol diminuto y preparó el opio y la pipa. Cuando el humo repugnante hubo llenado la habitación salimos en silencio, invitados inoportunos al

banquete nupcial. Nos sentíamos malhumorados y abrumados no solo por el horror de lo que habíamos presenciado, sino también debido a lo que estaba por venir. Habíamos visto más que suficiente y nos despedimos al llegar a la esquina. Ya no había tranvías y me vi obligado a volver a casa andando, agotado y cruzando la ciudad silenciosa… silenciosa excepto por los muchos actos violentos que alcanzaban mis ojos y la cantidad de gritos de socorro que llegaban a mis oídos. El asesinato y el robo acechaban en las calles y me sentí agradecido cuando conseguí llegar a casa. Pero no fui capaz de dormirme: una extraña fantasmagoría de sucesos anticipatorios me asaltaba mientras daba vueltas en la cama. No era fácil olvidar la impresión que Curtis me había causado. Ya cerca del amanecer los ladrones invadieron la casa, pero yo me mostré indiferente y les dije que se llevaran cuanto quisieran. Empecé a sentir, aunque no claramente, que en cierto modo mi situación y la de todos los hombres era análoga a la de Curtis.

☘

EL SOL SE ESCONDÍA por el Oeste, el aire era templado y agradable, la naturaleza parecía en paz; pero en silencio, agotados y casi agonizando de hambre, mi compañero y yo recorríamos fatigosamente la carretera desierta.

¡Alto! Oímos un ruido de pezuñas y corrimos a ocultarnos entre los arbustos. Agarrando con fuerza nuestros garrotes, mientras la desesperación nos templaba los nervios para actuar, aguardamos a que el viajero se acercara. Se dejó ver tras dar una curva, guiando un caballo que iba muy cargado. Se trataba de un hombre mayor, con un flequillo canoso que coronaba el rostro antes ovalado y ahora esquelético, cuya nariz proclamaba su pertenencia a la estirpe semítica. Cada vez estaba más cerca, pero yo no sentía ni respeto ni compasión por sus canas.

Cuando llegó al lugar en el que nos escondíamos, saltamos sobre él de repente. Hizo ademán de desenfundar una pistola, pero le di un golpe en la cabeza y cayó cuan largo era. Descargamos el caballo. La carga pesaba y nuestros corazones se alegraron mientras sacamos las navajas y con dedos temblorosos cortamos las múltiples envolturas. Pero ¡qué gran decepción! Allá cayeron rubíes, perlas, diamantes, las gemas de mejor calidad y oro sin fin. La ira nos hizo patear a la figura postrada y pisotear el tesoro en el polvo del camino. Cuando recuperó la conciencia, el anciano se puso en pie como

pudo y al ver el derroche injustificado de su riqueza estalló en lamentos, invitando al padre de Israel a aniquilar a los gentiles y devolverle sus bienes. Al principio, con una jocosidad que tenía algo de enfermiza, me uní a él y recité a gritos esa parte de El mercader de Venecia en la que Shylock lamenta la pérdida de su dinero y de su hija. Pero los alaridos del viejo canalla superaban a los míos, así que le di un buen golpe en la boca y lo obligué a dejar de armar jaleo.

Le preguntamos si tenía algo de comer pero, tras jurar por todos los profetas que no, reanudó la (para él) grata tarea de mesarse los cabellos y desgarrarse el alma en medio de su angustia. Aun así teníamos hambre y no le hicimos caso. Tardamos unos minutos en encender una hoguera, matar al animal y disfrutar de una suculenta colación de asado de caballo. El judío, con el corazón destrozado, se negó a acompañarnos y se dedicó a rescatar sus tesoros desperdigados. Anochecía cuando profirió una exclamación de alegría y se acercó al fuego para examinar mejor un puñado de gemas que acababa de recuperar. Al inclinarse sobre la lumbre con los ojos brillantes debido a la feroz pasión de la avaricia, dirigí la vista hacia su mano y contemplé la causa de su regocijo. Entre unas veinte joyas de un valor muy superior a lo normal, descansaba un diamante de un brillo magnífico. ¡Agh! ¡Qué asco! Le di un golpe en la mano con torpeza y desperdigué los diamantes a los cuatro vientos. El resultado fue inesperado y sanguinario: prorrumpió en un grito espantoso que contenía indignación y pena, y se abalanzó sobre mí como dotado de una fuerza sobrenatural, pero lo contuve antes de que pudiera utilizar el revólver. Mi compañero acudió en mi ayuda y, mientras luchábamos los tres, una bala le atravesó el cerebro. Un minuto después, sin embargo, todo había terminado y, a pesar de que el judío también estaba muerto, continué pegándole con un placer de lo más inhumano. Pero en pleno regodeo sobre el cadáver se apoderó de mí un cambio repentino de sentimientos: me tambaleé, caí junto al fuego y me puse a pensar en las últimas semanas transcurridas.

¡Y qué semanas! Sin duda alguna se habían cumplido los vaticinios de Curtis. ¿Y por qué no? Aunque yo lo había descubierto demasiado tarde, ¡ay!, la mujer, que era el único incentivo, ya no estaba. Al principio el mundo no se había dado cuenta, pero ahora, agonizante, en las últimas fases de la extinción, la verdad resultaba evidente.

Tal y como he dicho, al principio el interés disminuyó y el hombre empezó a despertar su deseo con el alcohol, pero el ambiente se caldeó y todo fue de mal en peor. Tras una primera etapa de prosperidad, los obreros se

rebelaron al verse reducidos a su estado previo de supervivencia diaria. Ya no los ataban ni las mujeres ni los hijos, así que recurrieron a los insultos y al desenfreno para exigir mejores salarios y menos horas de trabajo. Los capitalistas que se esforzaban en trabajar, al darse cuenta de que tampoco tenían familias por las que desvivirse, se entregaron a la indiferencia y respondieron a las huelgas de sus empleados con cierres patronales. La vida y la propiedad dejaron de ser sagradas por lo que reinaron el pillaje y las matanzas. Para intensificar el horror de semejantes condiciones, los delincuentes degradados salieron de sus barrios bajos, cuevas y agújelos y se lanzaron al cuello de la sociedad que tan a menudo y de forma encarnizada se había cebado con ellos. Incluso se sublevaron los convictos en las cárceles y en muchas ocasiones lograron la libertad. La Policía primero se paralizó y luego fue disuelta. Sin embargo, durante una temporada, el ejército regular (hacía tiempo que la Guardia Nacional se había disuelto) contuvo el rumbo inevitable de los acontecimientos. Tras degenerar hasta volver a la brutalidad del hombre primitivo, la gente bebía y peleaba con el mismo encarnizamiento. Como consecuencia de ello los grandes centros comerciales e incluso las ciudades grandes y pequeñas se estancaron y el resto del país dejó de enviarles sus productos.

La inanición en las metrópolis provocó una desbandada general y el campo se vio inundado por hordas famélicas y desesperadas que saquearon y destruyeron a los agricultores. La producción cesó y llegó la anarquía. La compleja superestructura del gobierno se hizo pedazos y la manifestación gregaria del género humano se redujo a la unidad tribal, unidad en la que los lazos familiares no jugaban papel alguno. Los hombres elegían a sus compañeros más valientes, cuya gran brutalidad física y mental les permitía predominar. Esas bandas asolaron, desvalijaron y destruyeron el mundo. El arte, la ciencia, la cultura y la religión se tambalearon para acabar disolviéndose por completo. En resumen, quedó instituido el reinado del infierno en la tierra.

La marea humana me había arrastrado a los barrios periféricos, donde a duras penas llevaba una existencia miserable y peligrosa. Mis miedos y sufrimientos habían resultado espantosos: me daba cuenta de la rapidez con la que me animalizaba, pero en el entorno caótico en el que me hallaba no podía hacer nada por evitarlo. Mi forma de tratar al judío esa misma noche ilustra con claridad la plenitud con la que habían sido aniquilados mis atributos más nobles. No existía matiz alguno que me diferenciase de un león hambriento en

la sabana africana: ese era el inevitable resultado de haber perdido a las mujeres.

La muerte en sus formas más espantosas se había convertido en mi leal compañera y ¡qué extrañas eran las luchas de los espíritus que pasaban a mejor vida! Agotados por los sufrimientos y las penalidades, los hombres veían espejismos, pero no de banquetes, sino de mujeres. Recuerdo a un salvaje con el que me peleé por media medida de maíz y al que me vi obligado a matar. Mientras yo comía apresurado por miedo a ser descubierto y perder mi botín, se puso en pie gritando el nombre de su esposa. Con el sudor de la muerte en la frente y el estertor en la garganta creyó que la veía. Intentó asir al fantasma de su visión distorsionada, que lo esquivaba y se alejaba mientras él lo perseguía. Aunque ya agonizaba, aquella visión le dio fuerzas para ir detrás de ella entre los rastrojos, alzar los brazos y caer muerto en medio del campo.

Últimamente una alucinación parecida hacía flaquear mi cordura. Me asaltaba en los momentos y lugares más inesperados. Cruzaba mi línea de visión, bailaba en el camino delante de mí y en sueños me llenaba de caricias y aliviaba mi alma agotada con la calma indescriptible de una presencia femenina. En la batalla de Norfolk, donde diez mil Hombres hambrientos capturaron las ultimas provisiones del gobierno que ya expiraba, estuvo a punto de provocarme la muerte. La victoria era prácticamente nuestra poique los asediados, en su esfuerzo por salvarse, habían empezado a lanzar las provisiones entre los que atacábamos. En medio de una lucha salvaje me hice con un jamón grande y me interné en los bosques cercanos, donde me alcanzó un merodeador que quiso arrebatarme el botín y provocó una pelea a muerte. Cuando lo tenía a mi merced y estaba a punto de darle el golpe de gracia, intervino la aparición. Me detuve hechizado, desconcertado. Lo siguiente que recuerdo es que recobré la conciencia malherido para descubrir que habían desaparecido tanto el jamón como mi antagonista. Esa fue la primera vez que se manifestó, pero desde entonces se dejó ver con mayor frecuencia. ¡Ah, ahí está ahora! ¡Laura! ¡Mi Laura perdida! Ha vuelto a irse como un rayo. ¡Qué extraña resulta esta obsesión en mí, el Soltero Gruñón, el Misógino! En cuanto a Laura: antes de abandonar la tierra no significaba para mí más que mis compinches o amigos íntimos. Nos apreciábamos mutuamente, lo nuestro era una especie de amor platónico o eso pensaba yo. Pero ahora, demasiado tarde, descubro que la amaba. ¡Laura, deseo de mi corazón, llena este vacío que tanto duele! ¡Llámame, oblígame a ir contigo! ¡Libérame de estas

ataduras de arcilla para que pueda escapar a mi degradación y encontrar paz y alegría a tu lado! ¡Mata…!

¡Atención! Voces. Pisadas humanas. Una banda de bestias de presa hambrientas se acerca. Debo huir. Me hago con una pata del caballo sacrificado, el mayor tesoro posible, me interno entre los arbustos y huyo en medio de la oscuridad de la noche, seguido por los frenéticos gritos de alegría que anuncian el descubrimiento de mis provisiones.

☘

¡EN QUÉ DEPRIMENTE SOLEDAD me había internado! Hasta hace poco bullía con el barullo de la vida metropolitana y ahora estaba desierta. Dejando a un lado la ausencia de sus habitantes, la ciudad no era más que la sombra de lo que había sido. Los incendios la habían arrasado de tal manera que a veces durante varias manzanas lo único que veía eran chimeneas que surgían entre las ruinas ennegrecidas y se elevaban hacia el cielo como espantosos índices de la ira de Dios. Las calles estaban llenas de carretillas, carros, carruajes, equipajes, todos ellos restos de una huida universal provocada por el pánico. Por todas partes los cadáveres pútridos obstruían el camino, llenando el aire de un hedor nocivo y haciendo que mi avance resultara casi insoportable. Pero seguí adelante a pesar de encontrarme en la última fase del agotamiento físico y mental. Era tal mi debilidad que debía detenerme con frecuencia a descansar mientras mi mente se tambaleaba y lo percibía todo como si formase parte de un sueño. A veces hablaba entre dientes en voz alta como un loco y otras me daba cuenta del estado en que me encontraba y me esforzaba por controlar mis fugaces sentidos. No podía decir cómo o por qué había vagado hasta allí porque los últimos días no eran más que algo borroso y confuso, más similar a una pesadilla que a la realidad.

Por fin llegué a mi casa y, para mi sorpresa, se mantenía en pie y no había sufrido el azote del fuego. En la galería me encontré con un perro grande, el primer ser vivo que veía desde que entrara en la ciudad. ¡Cómo me sonaron las tripas al verlo! Mi instinto de cazador se despertó: había hallado mi cena. La tarea me pareció más sencilla porque evidentemente el animal había escapado por los pelos de convertirse en la cena de otro. Cuando me miró con el pelaje erizado y mostrando los dientes, me di cuenta de que tenía el lomo roto y arrastraba los cuartos traseros. Saqué la navaja y ataqué. Pero en el

momento justo de acercarme, mi debilidad se impuso y, a punto de desmayarme, me agarré a las columnas en busca de apoyo y en ese momento el perro retrocedió. Al realizar un vano esfuerzo por interceptarlo, caí escaleras abajo. Llorando mi decepción mientras veía mi cena desaparecer al doblar la esquina, entré en la casa y subí como pude a mi habitación. Me dejé caer en un sillón junto a la ventana y me dormí, acompañado por la beatífica visión de Laura.

☘

¡SILENCIO! ¿Qué era eso? Mientras abrazaba a mi ángel resplandeciente, me despertó un ruido frenético en la ventana. ¡Los gorriones! ¡Imposible! Miré a mi alrededor: ya no era de noche y allí, en el alféizar de mi ventana, se desarrollaba una batalla en miniatura por hacerse con una hembra que no paraba de piar. Excepto por el desconcierto que sentía, volvía a ser el de siempre. Tras un segundo de meditación comprendí toda la verdad. Decidido como nunca, cogí el sombrero, el bastón y los guantes y bajé las escaleras de tres en tres. En el vestíbulo inferior me tropecé con mi patrona. Una conducta tan inusitada en alguien tan solemne como yo la asombró de tal forma que hizo algo que nunca había hecho: preguntarme qué ocurría y a dónde iba.

—¿Que a dónde voy? —exclamé—. Voy a pedirle a Laura que se case conmigo.

Luego abracé a aquella buena mujer y le planté un beso en los labios.

[1897]



Mil muertes

LLEVABA ALREDEDOR de una hora en el agua y, helado, exhausto, con un calambre espantoso en la pantorrilla derecha, creía que mi fin se acercaba. Mientras luchaba infructuosamente contra el fuerte reflujo había visto cómo se alejaba la enloquecedora procesión de las luces del muelle, pero luego renuncié a encarar la corriente y me conformé con pensar, entregado a la amargura, en mi carrera desperdiciada que ahora llegaba a su fin.

Había tenido la suerte de proceder de una buena familia inglesa pero de padres cuya relación con los bancos superaba con mucho sus conocimientos sobre el carácter infantil y cómo criar hijos. A pesar de haber nacido entre algodones, desconocía por completo el ambiente feliz del hogar. Mi padre, gran erudito y célebre anticuario, no pensaba en la familia y continuamente se perdía en las abstracciones de sus estudios, mientras que mi madre, mucho más conocida por su hermosura que por su sentido común, se saciaba con la adulación de una vida social en la que se sumergía constantemente. Yo viví la rutina escolar propia de un chico de la burguesía británica y, cuando los años me aportaron intensidad y pasiones, mis padres fueron conscientes de golpe de que yo tenía un alma inmortal y se esforzaron por ponerme freno. Pero era demasiado tarde. Perpetré una locura descarada y desenfrenada en exceso y los míos me repudiaron, la sociedad a la que llevaba tanto tiempo ultrajando me condenó al ostracismo. Con las mil libras que me dio mi padre, mientras prometía que no volvería a verme ni me daría más, compré un pasaje de primera rumbo a Australia.

Desde entonces mi vida ha sido un largo peregrinar —de Oriente a Occidente, del Ártico al Antártico—, para encontrarme por fin, marinero competente de treinta años, en lo mejor de la edad adulta, ahogándome en la bahía de San Francisco debido a una tentativa de abandonar mi barco que, para mi desgracia, salió bien.

Tenía la pierna derecha paralizada por el calambre y el dolor no podía ser más intenso. Una ligera brisa picaba el mar, que me entraba en la boca y se colaba garganta abajo sin que pudiera evitarlo. Aunque me las arreglaba para mantenerme a flote, no era más que una reacción mecánica, porque empezaba

a perder la conciencia. Tengo un leve recuerdo de haber dejado atrás el rompeolas y ver fugazmente la luz de estribor de un vapor que iba río arriba. Luego todo fue oscuridad.

☘

OÍ EL SUAVE ZUMBIDO de los insectos y sentí la cálida brisa de una mañana primaveral acariciar mi mejilla. Poco a poco fue adquiriendo una fluidez rítmica a cuyas leves pulsaciones mi cuerpo parecía responder. Flotaba en el suave seno de un mar veraniego, subiendo y bajando con placer ensoñador cada ola susurrante. Pero las pulsaciones se hicieron más fuertes, el zumbido más ruidoso y las olas más grandes y violentas, me vi zarandeado por un mar tempestuoso. La angustia se apoderó de mí. Chispazos de luz intermitentes llegaban hasta lo más profundo de mi consciencia, y a mis oídos, el sonido de muchas olas. De repente sentí el chasquido de algo intangible y me desperté.

El escenario, en el que yo era el protagonista, resultaba de lo más curioso. Una mirada bastó para saber que yacía en el suelo del camarote del yate de algún caballero, en una postura terriblemente incómoda. A cada lado, agarrando mis brazos y moviéndolos arriba y abajo como si fueran la palanca de una bomba aspirante, había una criatura de piel oscura y ataviada de forma muy curiosa. Aunque estaba familiarizado con la mayoría de las razas aborígenes, no fui capaz de adivinar su nacionalidad. Me habían atado algún accesorio a la cabeza que conectaba mis órganos respiratorios con la máquina que describiré a continuación. Sin embargo, tenía la nariz tapada y me veía obligado a respirar por la boca. En escorzo por la oblicuidad de mi línea de visión, vi dos tubos parecidos a mangueras pequeñas pero de distinta composición que salían de mi boca y se separaban formando un ángulo agudo. El primero terminaba de forma abrupta y yacía en el suelo a mi lado, el segundo cruzaba el piso zigzagueando y estaba conectado al aparato que he prometido describir.

En los días previos a que mi vida se convirtiera en algo incidental había coqueteado lo mío con la ciencia y, conocedor de los artilugios y parafernalia general del laboratorio, supe valorar la máquina que tendí ante mis ojos. En su mayoría estaba hecha de cristal, con esa elaboración tosca que se emplea con fines experimentales. Rodeado por una cámara de aire a la que habían fijado un tubo vertical, coronado por una esfera, en cuyo centro había un medidor de

vacío, se encontraba un recipiente de agua. El agua subía y bajaba por el tubo produciendo una alternancia de inhalaciones y espiraciones que a su vez me llegaban a mí a través de la manguera. Con eso y la ayuda de los hombres que con tanta fuerza movían mis brazos se había mantenido de forma artificial el proceso dela respiración: mi pecho se elevaba y descendía, mis pulmones se expandían y contraían hasta que la naturaleza fuese capaz de dedicarse otra vez a su labor habitual.

Cuando abrí los ojos me retiraron el aparato que ocupaba mi cabeza, nariz y boca. Tras beberme de un trago una buena copa de brandy, me puse de pie como pude para dar las gracias a mi salvador y me encontré con mi padre. Pero los muchos años de camaradería con el peligro me habían enseñado a conservar el dominio de mí mismo y así pude esperar a ver si me reconocía. No. Solo veía en mí a un marinero fugitivo, y como tal me trataba.

Me dejó al cuidado de los negritos y se dedicó a revisar las notas que había tomado sobre mi resucitación. Mientras hacía los honores a la generosa ración de comida que me habían servido, se desató la confusión en cubierta y, por las salomas de los marineros y el ruido de las pastecas, me figuré que zarpábamos. ¡Vaya gracia! ¡De crucero polla inmensidad del Pacífico con mi solitario padre! Mientras me reía para mis adentros no era consciente de quién era en realidad el centro de aquella broma del destino. Sí, de haberlo sabido me habría arrojado por la borda para volver encantado al sucio castillo de proa del que acababa de escaparme.

No me permitieron salir a cubierta hasta haber dejado atrás los Farallones y la última lancha del práctico. Supe valorar esa previsión por parte de mi padre y decidí darle las gracias de corazón sin dejar de representar mi papel de falso marinero. No podía sospechar que tenía sus planes para mantener en secreto mi presencia a bordo ante todo el mundo, excepto su tripulación. En pocas palabras me relato cómo me habían rescatado sus marineros y me aseguró que quien estaba agradecido era él porque mi aparición resultaba de lo más oportuna. Había construido aquel aparato para demostrar una teoría relacionada con ciertos fenómenos biológicos y esperaba la ocasión de utilizarlo.

—Usted la ha demostrado más allá de toda duda —dijo y luego añadió con un suspiro—: Aunque solo en lo relativo al ahogamiento.

El caso es que me ofreció, para que navegase con él, un anticipo de dos libras sobre el salario que me iban a pagar en el otro barco, lo que me pareció otro detalle porque en realidad no me necesitaba. En contra de mis expectativas, no compartí ni el camarote ni el comedor de los marineros, sino

que se me asignó un camarote de lujo y me senté a la mesa del capitán. Se había dado cuenta de que yo no era un marinero corriente y decidí aprovechar esa oportunidad para recuperar sus favores. Urdí un pasado ficticio que explicase mi educación y situación actual, e hice lo posible por conectar con sus emociones. No tardé en revelar mi predilección por las actividades científicas ni él en valorar mi aptitud. Me convertí en su ayudante, con el correspondiente aumento de sueldo, y al poco tiempo, a medida que ganaba confianza conmigo y me exponía sus teorías, ya me mostraba tan entusiasta como él.

Los días volaban porque mis nuevos estudios me interesaban muchísimo y me pasaba todas las horas que no dormía en su bien surtida biblioteca o escuchando sus planes y ayudándolo en el laboratorio. Pero nos veíamos obligados a renunciar a muchos experimentos tentadores porque un barco que se balancea no es el lugar adecuado para trabajos delicados o complejos. Sin embargo, prometió que pasaríamos muchas horas entretenidos en el magnífico laboratorio hacia el que nos dirigíamos. Me dijo que había tomado posesión de una isla sin explorar de los Mares del Sur y la había convertido en un paraíso científico.

No llevábamos mucho tiempo en la isla cuando descubrí la horrible situación en la que me encontraba. Pero antes de describir las cosas tan extrañas que sucedieron, debo dar una idea aproximada de los motivos que culminaron en una de las experiencias más sorprendentes que nadie ha vivido jamás.

Mi padre había abandonado, ya mayor, los rancios encantos de las antigüedades y sucumbido a la fascinación que provocaban en él los reunidos bajo el encabezamiento general de biología. Durante su juventud había estudiado a fondo sus principios básicos, de manera que enseguida exploró las ramas más elevadas hasta las que el mundo científico había llegado y se encontró en la tierra de nadie de lo incognoscible. Tenía la intención de adelantarse para hacerse con ese territorio sin reclamar, y en esa fase de sus investigaciones nos había juntado el azar. Aunque no esté bien que lo diga yo, tengo muy buena cabeza y eso me permitió dominar sus especulaciones y métodos de razonamiento, por lo que casi me volví tan loco como él. Pero no es justo que diga eso porque los maravillosos resultados que obtuvimos demuestran su cordura. Solo puedo afirmar que era el espécimen más anómalo de crueldad a sangre fría que he visto jamás.

Tras penetrar los misterios de la fisiología y la psicología, sus ideas lo habían llevado a la linde de un campo enorme y para explorarlo mejor había

abordado estudios superiores de química orgánica, patología, toxicología y otras ciencias y subciencias que consideraba complementarias a sus hipótesis especulativas. Partiendo de la proposición de que la causa directa del cese temporal y permanente de la vitalidad se debía a la coagulación de ciertos elementos y compuestos del protoplasma, había aislado y sometido esas diversas sustancias a innumerables experimentos. Como el cese temporal de la vitalidad en un organismo provocaba el coma y el cese permanente causaba la muerte, él afirmaba que empleando medios artificiales esa coagulación del protoplasma podía retrasarse, evitarse e incluso vencerse en los estados de solidificación extremos. O, dejando a un lado la nomenclatura técnica, argumentaba que la muerte, si no era violenta y los órganos no sufrían daños, no era más que una suspensión de la vitalidad y que, en esos casos, utilizando los métodos adecuados resultaba posible inducir a la vida a reanudar sus funciones. Por lo tanto, su idea era la siguiente: descubrir el método —y con experimentación práctica demostrar la posibilidad de lograrlo— para renovar la vitalidad de una estructura que en apariencia la vida ha abandonado. Desde luego que reconocía la futilidad de semejante esfuerzo después de que diese comienzo la descomposición: debía contar con organismos en los que la vida habitase un momento antes, una hora antes o como mucho un día antes. Conmigo había demostrado su teoría de una forma tosca. Yo me había ahogado, estaba muerto de verdad cuando me recogieron en las aguas de la bahía de San Francisco, pero mi chispa vital se había renovado gracias a su aparato aéreo terapéutico, como él lo llamaba.

Y ahora vayamos a sus siniestras intenciones en lo concerniente a mí. Primero me hizo ver hasta qué punto estaba en sus manos. Había ordenado que el yate abandonara la isla y no regresase hasta un año después, conservando solo la compañía de sus dos negritos, que sentían auténtica devoción por él. Luego realizó un análisis exhaustivo de su teoría y expuso a grandes rasgos el método de prueba que había adoptado, para concluir con el sorprendente anuncio de que yo iba a ser su sujeto.

Me había enfrentado a la muerte y sopesado mis posibilidades en unas cuantas operaciones desesperadas, pero nunca en una de esta naturaleza. Juro que no soy un cobarde, sin embargo, esa propuesta de viajar de un lado al otro de la línea que separa la vida de la muerte me hizo temblar de miedo. Pedí tiempo y me lo concedió, aunque me aseguró que solo tenía una salida: someterme. Huir de la isla estaba descartado; tampoco quería escapar suicidándome, si bien parecía preferible a lo que me esperaba. Mi única esperanza era destruir a mis captores, pero mi padre tomó precauciones para

impedírmelo. estaba sometido a una vigilancia constante e incluso cuando dormía los negros se turnaban para custodiarme.

Tras suplicar en vano, le anuncié y demostré que era su hijo. Se trataba de mi última carta y había depositado en ella todas mis esperanzas. Pero se mostró inexorable: no era un padre, sino una máquina científica. Aún me pregunto cómo es posible que se casara con mi madre o me engendrara, porque en su carácter no había ni una pizca de sentimiento. Lo único que le importaba era la razón y no podía entender cosas como el amor o el aprecio, pues le parecían debilidades sin importancia que deberían superarse. Por eso me hizo saber que, como él me había dado la vida, ¿quién tenía más derecho a quitármela? Aunque no era eso lo que deseaba en realidad: solo quería tomarla prestada de vez en cuando y prometía devolvérmela con puntualidad en el momento acordado. Claro que existía la posibilidad de que surgieran contratiempos, pero no me quedaba otra que aceptar el riesgo, ya que era algo siempre presente en los asuntos de los hombres.

Para garantizar el éxito quería que me encontrase en el mejor estado posible, por lo que me sometió a las dietas y adiestramientos de los atletas antes de ponerme a prueba. ¿Qué podía hacer yo? Si tenía que correr peligro, mejor estar en buena forma. En los intervalos de relajación permitía que le ayudase en la organización del equipo y en los distintos experimentos adicionales. No resulta complicado imaginar el interés que me tomaba yo por todas esas operaciones: dominaba el trabajo casi tan bien como él y a veces tenía el honor de ver cómo se llevaban a la práctica algunas de mis sugerencias o cambios. En esos casos mi sonrisa resultaba forzada, pues era consciente de que estaba celebrando mi propio funeral.

Comenzó con una serie de experimentos en toxicología. Cuando todo estuvo preparado, me mató con una fuerte dosis de estricnina y me dejó muerto alrededor de veinte horas. Durante ese periodo mi cuerpo estuvo muerto, completamente muerto. Cesó toda respiración o circulación. Pero lo más espantoso fue que, mientras avanzaba la coagulación protoplasmática, yo mantuve la consciencia y pude estudiar hasta el último y desagradable detalle.

El aparato que me devolvería la vida era una cámara hermética preparada para recibir mi cuerpo. El mecanismo resultaba sencillo: unas pocas válvulas, un cigüeñal giratorio y un motor eléctrico. Al funcionar, la atmósfera interior resultaba condensada y enrarecida por turnos, lo que comunicaba a mis pulmones una respiración artificial sin que fuese necesaria la intervención de las mangueras empleadas antes. Aunque mi cuerpo permanecía inerte y, por lo que yo sabía, en las primeras etapas de la descomposición, tenía

conocimiento de todo lo que ocurría. Me enteré de cuándo me depositaron en la cámara y, a pesar de que todos mis sentidos se encontraban quiescentes, noté cómo afectaron las inyecciones hipodérmicas de cierto compuesto al proceso de coagulación. Luego cerraron la cámara y la maquinaria empezó a funcionar. El grado de mi ansiedad era elevadísimo, pero la circulación se fue restableciendo poco a poco, los distintos órganos empezaron a cumplir con sus respectivas funciones y en cuestión de una hora me encontraba disfrutando de una copiosa cena.

No puedo afirmar que participase en esta serie de experimentos, ni en las posteriores, con entusiasmo, pero tras dos intentos de huida infructuosos, empecé a mostrar interés. Además, ya me iba acostumbrando. Mi padre estaba encantado con su éxito y con el transcurso de los meses sus especulaciones se volvieron cada vez más descabelladas. Recorrimos las tres grandes clases de venenos —los neuróticos, los gaseosos y los irritantes—, pero con cuidado de evitar algunos de los irritantes minerales y sin entrar en el grupo de los corrosivos. Durante el régimen de los venenos me acostumbré a morir y solo sufrí un contratiempo que afectó a mi confianza cada vez mayor. Tras escarificar cierto número de venas menores de mi brazo, mi padre introdujo una cantidad diminuta de ese veneno tan aterrador, el veneno de las flechas o curare. Perdí la consciencia de inmediato y enseguida cesaron la respiración y la circulación: la solidificación del protoplasma había avanzado de tal forma que mi padre perdió las esperanzas. Pero en el último momento aplicó un hallazgo en el que había estado trabajando y cuyo resultado lo animó tanto que le hizo redoblar esfuerzos.

En un vacío de cristal, similar pero no exacto a un tubo de Crookes, situó un campo magnético. Cuando la luz polarizada penetraba en él, no se producía el fenómeno de la fosforescencia ni de la proyección rectilínea de átomos, sino que emitía rayos no luminosos similares a los rayos X. Mientras que los rayos X podían revelar la presencia de objetos opacos ocultos en medios densos, estos poseían una penetración más sutil, por lo que los utilizó para fotografiar mi cuerpo y descubrir el número infinito y negativo de sombras borrosas, debidas a los movimientos eléctricos y químicos que aún se producían. Eso constituía la prueba infalible de que el rigor mortis que me dominaba no era auténtico; es decir, que esas fuerzas misteriosas, esos delicados vínculos que mantenían mi alma unida a mi cuerpo aun funcionaban. Los resultantes de los demás venenos no eran evidentes, excepto los de compuestos mercúricos, que solían dejarme lánguido durante varios días.

Otra de las series de sus encantadores experimentos tenía que ver con la electricidad. Verificamos la afirmación de Tesla según la cual las corrientes de alta tensión eran totalmente inocuas haciendo pasar cien mil voltios a través de mi cuerpo. Como no me afectó, bajó la tensión a dos mil quinientos y enseguida me electrocuté. Entonces se arriesgó lo bastante como para dejarme muerto —o en un estado de vitalidad suspendida— durante tres días. Tardó cuatro horas en recuperarme.

En una ocasión sobreañadió el tétanos, pero la agonía de la muerte fue tanta que me negué en redondo a ser sometido a experimentos similares. Las muertes más sencillas eran las relacionadas con la asfixia —como el ahogamiento, la estrangulación y la asfixia por gas—, mientras que las provocadas por la morfina, el opio, la cocaína y el cloroformo no estaban nada mal.

Otra vez, tras ser asfixiado, me mantuvo almacenado en frío durante tres meses, sin permitir que me congelara o me descompusiera. Lo hizo sin mi conocimiento y me asusté mucho al descubrir el enorme lapso de tiempo transcurrido. Empecé a temer lo que podría hacer conmigo mientras yacía muerto y mi intranquilidad aumentó debido al interés que de repente mostraba por la vivisección. La última vez que me resucitó descubrí que había estado manipulando mi pecho. Aunque se había esforzado por coser y disimular las incisiones, eran tan severas que me obligaron a guardar cama un tiempo. Durante esa convalecencia desarrolle el plan que al final me permitió escapar.

A la vez que fingía un entusiasmo sin límites en el trabajo, solicité y recibí unas vacaciones de mi ocupación de moribundo. Durante ese período me dediqué al trabajo de laboratorio mientras él se entregaba con tanto interés a la vivisección de los muchos animales que los negros capturaban que ni siquiera se fijó en lo que yo hacía.

Construí mi teoría basándome en dos proposiciones: primera, la electrólisis o descomposición del agua en los gases que la constituyen por medio de la electricidad y, segunda, la existencia hipotética de una fuerza opuesta a la gravedad y que Astor ha llamado apergia. La atracción terrestre, por ejemplo, se limita a unir a los objetos sin combinarlos, de ahí que la apergia no sea más que repulsión. Pero la atracción atómica o molecular no solo une a los objetos, sino que también los integra, y precisamente lo contrario a eso —una fuerza desintegradora— era lo que yo deseaba no solo descubrir y producir, sino dirigir a mi gusto. Así, las moléculas de hidrógeno y oxígeno que reaccionan unas sobre otras se separan y crean nuevas moléculas que contienen ambos elementos y forman agua. La electrólisis hace

que esas moléculas se disgreguen y vuelvan a adoptar su condición original, produciendo ambos gases por separado. La fuerza que yo deseaba encontrar debía hacer eso pero no solo con dos sino con todos los elementos, sin tener en cuenta en qué compuestos pudiesen existir. Si después era capaz de atraer a mi padre a su radio de acción, quedaría desintegrado de inmediato y saldría volando en todas direcciones, convertido en una masa de elementos aislados.

Que nadie piense que esa fuerza —que por fin conseguí controlar— aniquilaba la materia: se limitaba a aniquilar la forma. Tampoco afectaba a la estructura inorgánica, como pronto descubrí. Pero resultaba absolutamente letal para cualquier forma orgánica. Eso me desconcertó al principio, aunque si me hubiera detenido a pensarlo lo habría comprendido. Como el número de átomos en las moléculas orgánicas es mucho mayor que en las moléculas minerales, más complejas, los compuestos orgánicos se caracterizan por su inestabilidad y la facilidad con la que las fuerzas físicas y los reactivos químicos pueden separarlos.

Por medio de dos baterías muy potentes, conectadas con imanes construidos especialmente para ese fin, conseguí proyectar dos fuerzas extraordinarias. Tomadas cada una por separado resultaban perfectamente inofensivas, pero lograban su objetivo enfocando hacia un punto invisible en el aire. Tras demostrar en la práctica que funcionaba —y de librarme por los pelos de acabar formando parte de la nada—, preparé mi trampa. Escondí los imanes de manera que su fuerza convirtiera todo el espacio de la puerta que daba acceso a mi cámara en un campo mortal y, tras situar junto a mi lecho un botón que me permitiría proyectar la corriente desde las baterías de almacenamiento, me subí a la cama.

Los negritos seguían haciendo guardia en las dependencias en las que yo dormía y uno relevaba al otro a medianoche. Encendí la corriente tan pronto llegó el primero de ellos. Empezaba a adormilarme cuando me despertó un tintineo metálico y agudo. Allí, en medio del vano de la puerta yacía el collar de Dan, el san bernardo de mi padre. Mi guardia corrió a recogerlo. Desapareció como una racha de viento y sus ropas cayeron al suelo formando un montón. En el aire había un leve olorcillo a ozono, pero como los principales componentes gaseosos de su cuerpo eran hidrógeno, oxígeno y nitrógeno, todos ellos incoloros e inodoros, no quedaba otro rastro de su partida. Sin embargo, cuando apagué la corriente y retiré la ropa, encontré un depósito de carbono en la forma de carbón animal, además de otros polvos: los elementos sólidos de su organismo, como azufre, potasio y hierro. De nuevo puse la trampa en funcionamiento y volví a la cama. A medianoche me

levanté para retirar los restos del segundo negrito y luego dormí profundamente hasta la mañana.

Me despertó la voz estridente de mi padre, que me llamaba desde el otro extremo del laboratorio. Me reí para mis adentros. Nadie lo había despertado y había dormido más de la cuenta. Oí cómo se acercaba a mi habitación con el propósito de despertarme y me senté en la cama para observar mejor su transformación, aunque quizás el término apoteosis sea más correcto. Se detuvo un momento en el umbral y luego dio el fatídico paso. ¡Aire! Como el viento al soplar entre los pinos. Desapareció. Su ropa formó un buen montón sobre el suelo. Además del olor a ozono, percibí un tenue olor a fósforo, parecido al ajo. Junto a sus prendas se formó un pequeño montículo de sólidos básicos. Eso fue todo. Tenía todo el mundo por delante. Mis captores ya no existían.

[1897]



El barco infestado

—¿QUÉ ES ESTO? Pero ¿qué es? ¿Acaso desea matarlo? Semejante tratamiento resulta excesivo. ¡Bah! Un emético de ipecacuana, quince granos[4] de cloruro mercurioso en polvo, la misma cantidad de quinina y luego aceite de ricino. Mi querida señora, ¡usted no sabe absolutamente nada de medicina!

Quien así hablaba se quedó mirando indignado a la mujer. Ella se sonrojó, entre herida y enfadada, pero se contuvo y respondió:

—¿Qué es lo que tenemos delante, según usted? ¿Un caso de tifus?

—No. Se trata de una simple fiebre biliosa, agudizada por este maldito… discúlpeme, por este condenado clima.

—¡Fiebre biliosa! ¡Ja, ja, ja!

Se habían alejado del enfermo y la mujer estalló en alegres carcajadas.

—Sí, señora, lo repito. Fiebre biliosa. ¡Fiebre biliosa! ¿Me oye? ¡Biliosa! ¡Biliosa! ¡Fiebre biliosa!

—Mi querido caballero, aunque no tengo el placer de conocerlo, voy a llamarle doctor debido a la impresionante cantidad de conocimientos que demuestra. Así que, doctor, permita que le pregunte si ha oído hablar del vómito negro o, por si ese nombre no se encuentra entre su nomenclatura técnica, de la fiebre amarilla.

—¿Qué síntomas presenta el hombre, señora sabelotodo?

—Señorita Sabelotodo, si no le importa. Languidez, frío, dolores musculares, dolor de cabeza, ros…

—Precursores de cualquier ataque de fiebre. Evidentemente usted ha…

—Rostro sonrojado, ojos primero acuosos y luego congestionados, nariz y labios rojos, lengua escarlata, temperatura de 40o C, pérdida…

—Pérdida de apetito, piel caliente, sed, náuseas, agitación y delirios, complementos habituales de toda fiebre elevada. Continúe, señorita…

—Señorita Sabelotodo. Pero todos esos síntomas agresivos se han interrumpido y ahora se encuentra en un estado de postración y colapso. Como sabrá, ese estado constituye la característica principal de la fiebre amarilla.' ¡Colapso! ¡Bah! Convalecencia. El hombre se recupera aunque está

débil y resulta que usted le ha dado ipecacuana, cloruro mercurioso, quinina y aceite de ricino. ¿Dónde está el médico de a bordo? ¡Haré que la echen de aquí!

—El médico de a bordo también está enfermo, con fiebre biliosa supongo. En cuanto a usted, ¿sería tan amable de decirme quién es? No se deje llevar por la alucinación de que se encuentra en su hospital, dondequiera que esté. Soy tan competente como usted. No, mejor dicho, poseo el mismo título que usted y, en lo relativo a este caso, tengo demasiada experiencia como para equivocarme.

—Señora, ah, señorita… creo que… iré de inmediato a ver al capitán. Es usted una… ¡No sabe de lo que está hablando!

Dominado por la ira, se alejó de ella en busca del oficial al mando.

☘

EL VAPOR *CASPAR* había zarpado de la Costa Oeste hacia San Francisco en perfecto estado de salud y sin problemas, pero la suerte le dio la espalda y su travesía se convirtió en un suplicio. Iba sobrecargado, tanto en número de pasajeros como de bultos y se hundía de tal forma en el agua que parecía un tronco y como tal se comportaba. Había perdido la flotabilidad y era como un objeto muerto que se sumergía en las grandes olas con las que se tropezaba, en lugar de remontarlas. En ese estado se vio inmerso en un temporal, rompió el eje de transmisión y el viento lo apartó de su curso cientos de millas, internándolo en el Pacífico. Los maquinistas habían trabajado día y noche, pero no lograban repararlo de forma permanente. Conseguían que el motor funcionara varias horas, al cabo de las cuales sus parches fallaban y se veían obligados a detenerse el doble de tiempo para volver a efectuar unas reparaciones que de nada iban a servir. Aún se encontraban muy alejados de su curso y ni siquiera el capitán sabía cuándo volverían a él. Para empeorar las cosas, el viento los había empujado hacia una parte del océano muy poco frecuentada y alejada del tráfico marino, por lo que no podían esperar ayuda externa.

Había 158 pasajeros de primera clase y literas para solo 95. Muchas de las damas se veían obligadas a dormir en los salones y sofás, mientras que los caballeros literalmente ocupaban los suelos y las paredes del salón de fumar cuando llegaba la hora de irse a la cama. Y aunque la situación resultaba

complicada para los pasajeros de primera, para los de segunda era mucho peor y en tercera daba miedo. Algunas de las literas de segunda clase quedaban justo encima de la hélice y tan cerca del alojamiento de los chinos que el humo del opio y otros hedores abominables las volvían casi inhabitables. La cubierta inferior de popa parecía la de un buque de transporte de ganado. En ese agujero se apiñaban ochenta chinos, una decena de negros y cuatro veces más blancos, la mayoría de los cuales estaban mareados. Se encontraba tan abajo que no recibía más ventilación que la de los ojos de buey, aunque casi todos aparecían atornillados.

Para colmo de tanto suplicio, en medio del abrasador calor tropical del verano había estallado una epidemia de fiebres. Aunque muchos se apresuraron en afirmar que se trataba de la fiebre amarilla, los más lúcidos —conscientes de su trágica situación—, lógicamente la atribuyeron a dicha enfermedad. El médico de a bordo, un hombre demasiado eficiente y demasiado mal pagado, había sido el primero en caer, dejando que los pasajeros y tripulantes se las apañaran por sí mismos. Sus esfuerzos habían resultado intermitentes e irregulares. Una quinta parte de la tripulación había enfermado y el resto se encontraba a punto de amotinarse y amenazaba con apoderarse de los botes. La situación entre los fogoneros era igual de mala y ya no se subordinaban a sus oficiales. Aunque los chinos no enfermaban, continuaban fumando opio y haciendo oídos sordos a las quejas de los pasajeros y a las órdenes del capitán, que nadie era capaz de hacerles cumplir. El primer oficial, desesperado, se había dado al whisky y habían tenido que encerrarlo bajo llave hasta que se le pasaran los desvaríos, mientras que los demás oficiales se habían vuelto casi locos de impotencia. Los pasajeros empezaban a percatarse del peligro que corrían pero de momento, a excepción de la pareja que discutía sobre el diagnóstico, no habían hecho nada.

El doctor Chandler, quien afirmaba que era fiebre biliosa, aún no había cumplido los treinta. Regresaba de una expedición a Perú que lo había mantenido un año ausente. Y lo cierto era que, más allá de las prácticas realizadas en el hospital, nunca había ejercido su profesión puesto que la misma mano que lo educara, al fallecer, lo había dotado de una gran fortuna. Obsesionado por su veneración científica de la buena higiene —era su afición—, a su ausencia atribuía, dándole nombres diferentes, la enfermedad que los acosaba.

La señorita Appleton, aunque poseía un diploma, no tenía demasiada experiencia en hospitales pero, al ser de origen sureño, había vivido una epidemia de fiebre amarilla en Nueva Orleans y estaba familiarizada con

todos sus síntomas. No pasaba de los veinticinco y era hermosa, aunque más debido a su personalidad agradable y muy atrayente que a sus encantos físicos. Viajaba con su tía pero, tan pronto la enfermedad se hizo patente, la dejó en manos de su doncella y se lanzó a llenar el vacío. Se enfrentaba a su primer caso cuando tropezó con el doctor Chandler, que también había tomado conciencia de la situación en la que se encontraban e iba en busca de su primer paciente.

☘

HABÍAN TRANSCURRIDO varios días y las cosas iban de mal en peor. Al final todo el mundo se había visto obligado a reconocer que la enfermedad era la fiebre amarilla, incluso el doctor Chandler, que se mostraba arrepentido y solía disculparse ante la señorita Appleton cada vez que se encontraban. A pesar de su precipitación y tozudez era un buen hombre y enseguida los dos empezaron a llevarse bien. Él derrochaba generosidad y sacrificio por lo que luchaba contra la enfermedad noche y día. Maud Appleton traspasó con facilidad su brusquedad exterior y acabó por comprenderlo y apreciarlo. Aun así de vez en cuando discutían debido a los métodos de tratamiento, si bien debemos confesar que no siempre tenía ella razón.

Mientras tanto el médico de a bordo, varios camareros y cocineros y un buen número de pasajeros y tripulantes fueron sucumbiendo y enseguida recibieron entierro en el mar. El capitán se había contagiado y yacía incapacitado en su camarote por lo que solo quedaban el segundo de a bordo y el tercer oficial para manejar a unos hombres que cada día se mostraban más rebeldes y alborotadores. Excepto los dos médicos y la docena larga de ayudantes voluntarios, todos los pasajeros habían caído en un estado de espanto aletargado. Al principio se dejaron llevar por el pánic0, pero remitió y se volvieron imperturbablemente indiferentes al curso de los acontecimientos. No reconocían más lazos que los de la sangre y luchaban con egoísmo por los pequeños placeres individuales de la vida, aunque obtenían muy pocos, pues a cada hora que pasaba la disciplina se relajaba más y sin una propina generosa en exceso no eran capaces de obtener nada de los camareros y ayudantes. Resumiendo: el barco infestado se había convertido en un infierno flotante en el que las bestias luchaban con los salvajes por sobrevivir.

Mareada y aturdida, la señorita Appleton había emergido del ambiente fétido que se respiraba en las cubiertas inferiores y se apoyaba en la barandilla, esforzándose en vano por recibir un soplo de brisa refrescante. El *Caspar* encontraba en el seno de la ola y se balanceaba indolente al ritmo que esta le marcaba y no respondía al gobierno. El piloto había abandonado el timón, los maquinistas se habían dado por vencidos y la desesperación reinaba en el barco. El calor resultaba sofocante y mientras Maud intentaba recuperar el aliento se le acercó el infatigable doctor Chandler, que tenía un nuevo motivo para discutir en relación al tratamiento de sus pacientes. Pero ahora discutían en tono amistoso y más bien se trataba de un intercambio de comentarios ingeniosos y divertido. Entre tanto sufrimiento, sus discusiones se habían convertido una fuente de placer, en una competición de perspicacia y agudeza en la que la personalidad se perdía en la intensidad del celo profesional. Aunque sus métodos eran muy distintos, él había perdido tantos pacientes como ella, pero en el número de recuperados la joven lo aventajaba por uno, y el paciente que los había llevado a discutir por primera vez se encontraba ya en la última fase de la convalecencia. Desde el punto de vista profesional, eso exasperaba al médico, sin disminuir en lo más mínimo su fe en sus tratamientos, por lo que atribuía el éxito de la joven a una racha de suerte fuera de lo normal que le asignaba a ella los pacientes que se habrían recuperado de cualquier forma.

Pero mientras ellos disfrutaban de sus debates, los acontecimientos se acercaban a su punto crítico. Hacía tiempo que la tripulación abandonó su sofocante castillo de proa para acampar en la cubierta, bajo las velas extendidas como toldos. Luego se les unieron los fogoneros y engrasadores, con sus mantas y petates. Allí, a plena vista de los aterrorizados pasajeros, jugaban a las cartas, peleaban, maldecían a Dios y al hombre y se negaban a cumplir con sus deberes. Demasiado poderosos para domarlos, los oficiales se veían obligados a enviarles alimentos y a rezar para que no huyeran en los botes. Sin embargo, a pesar del desgobierno, mantenían una tosca organización y hacían cumplir sus normas aplicando terribles castigos. Cuando uno caía enfermo lo llevaban al castillo de proa y lo atendían por turnos fijados con ese fin. Esa misma mañana el resto de los cocineros, camareros y ayudantes había desertado para unirse a ellos. Al ver al grupo que cruzaba la cubierta cargado con la parafernalia necesaria para improvisar un campamento lo recibieron con bastante frialdad.

—Eh, muchachos, ¿qué demonios vamos a hacer sin cocineros, sin ayudantes y sin manduca? —preguntó uno de los marineros.

Un instante bastó para que los amotinados fuesen conscientes de la situación. Con cabillas de amarre y cuchillos de monte consiguieron que los aspirantes a desertor, cargados con todo su equipaje, volvieran a cumplir con su deber, rompiendo de pasada algunas cabezas y sembrando un caos momentáneo. El incidente dio la entrada a los evasivos segundo y tercer oficial, con consecuencias desastrosas.

Los amotinados dejaron muy claro cuál iba a ser su siguiente paso: se apoderaron de los botes, comprobaron que estaban en condiciones de navegar y, tras saquear la bodega, los abastecieron. Los pasajeros abarrotaban las cubiertas de popa formando una masa aterrorizada, aunque unos pocos, los más lúcidos, se agruparon junto a los oficiales y se pusieron a su servicio. Según fue avanzando el día, aumentó el pánico: vieron caer en cubierta a varios de los amotinados, vencidos por el calor y la temida fiebre amarilla. Se los llevaron enseguida al hospital improvisado mientras sus camaradas se daban prisa en completar sus preparativos.

Pero no era ese el único problema. Sesenta chinos entre cubiertas —que hasta entonces no habían manifestado su descontento— se encontraban a punto de rebelarse. El proyecto de deserción de los cocineros y camareros los había dejado sin comer durante veinticuatro lloras y los oficiales se habían visto obligados a encerrarlos bajo llave. Abandonados a su suerte, sus alaridos y maldiciones se extendían por todo el barco y se esperaba que se liberasen en cualquier momento. Para ahondar en el miedo, los enfermos y moribundos, empujados por algún impulso sutil, habían empezado a gemir y gritar con todas sus fuerzas.

En ese momento los oficiales decidieron llevar a cabo el plan que habían concebido. ¿Por qué no hacer que esas dos fuerzas que los amenazaban se volviesen la una contra la otra? Los marineros tenían ganas de pelea y, como no apreciaban demasiado a sus hermanos asiáticos, no costaría mucho provocar una. El segundo oficial adujo que si abandonaban el barco los que se quedasen estarían a merced de los chinos y, ya que resultaba evidente que se llevarían los botes, sería mucho mejor y más seguro permanecer en el buque tras haber hecho una limpieza de chinos. Además, si el conflicto era lo bastante grave, las filas de los amotinados quedarían tan diezmadas que él podría conquistarlas con la ayuda de los pasajeros, los maquinistas, cocineros y camareros.

Maud y el doctor Chandler habían puesto fin a su discusión con la acostumbrada promesa de buena camaradería y un acuerdo: cada uno elegiría aun paciente de los que acababan de enfermar y lo controlaría en exclusiva,

sin consentir interferencias y aplicando su método a fondo. Totalmente al azar escogieron a una pareja recién contagiada: un joven de California y su hermana, que volvían de visitar a su padre, propietario de una gran extensión de minas en Perú. Ella seleccionó al joven y él a la hermana. Al abandonar la cubierta se abrieron camino entre los pasajeros a los que el segundo de a bordo había enviado abajo. En medio de la confusión ya existente se armó un lío impresionante en el momento justo en el que entraban en el salón.

La algarabía que los chinos habían mantenido de forma continua cesó un momento para resurgir con el doble de fuerza entre el estruendo provocado por los cuerpos pesados al caer y la madera al astillarse. Oyeron los disparos de los revólveres con los que habían armado a los dos maquinistas encargados de protegerlos, seguidos de terribles juramentos y gritos de agonía. Los pasajeros se apelotonaron y los diablos amarillos, exacerbados por la sangre, se les echaron encima. En esa coyuntura, se abrió de par en par la puerta del camarote del primer oficial y él salió de un salto, con un aspecto horrible. Evidentemente sufría la tortura del delirium tremens: tenía la mirada fija y la pupila dilatada, su cuerpo gigantesco convulsionaba con espasmos nerviosos y la boca era una masa de espuma y sangre. arrojó hacia la entrada armado con una enorme hacha de batalla (una de tantas curiosidades que coleccionaba) y mantuvo a raya a los diablos. Los pasajeros que huían bloqueaban la otra salida y los que se quedaron presenciaron una lucha impresionante. Entre los chinos se encontraban algunos de los más temibles rufianes y sicarios de la costa: mercenarios y luchadores bien entrenados a favor de las sociedades o bandas a las que debían lealtad. A diferencia del chino medio, no eran cobardes: el asesinato y el derramamiento de sangre constituían su profesión.

El hacha de batalla describía llameantes círculos de acero al volar de aquí para allá por todas partes, en su misión letal. Al principio los merodeadores se lanzaron hacia la muerte segura, pero enseguida se retiraron, dejando a varios de los suyos a los pies del hombretón. Sabían que no se adentraría en la estrechez del pasillo debido a la falta de espacio para blandir su enorme arma. Dirigiéndose a proa, el líder de los chinos se dispuso a finalizar la batalla. Parecía David enfrentándose a Goliat. Su aspecto enmascaraba la reputación del fabuloso Ah Sen, el más feroz de los sicarios: esbelto y de silueta afeminada, su rostro delicado más parecía el de un joven lampiño o una mujer que el de un famoso forajido. Se apoderó de los cuchillos que sus hombres le ofrecían y lanzó tres de ellos hacia su oponente. Salieron de su mano como rayos de luz sesgada, describieron medio giro en el aire y se enterraron en el

pecho del primer oficial. Sin embargo, él pareció no darse cuenta. Volvió a intentarlo el chino, pero esta vez apuntó al cuello, y el cuchillo pasó zumbando de largo y se hundió entre los hombros de una de las damas que se apelotonaba en la otra puerta. El rufián, sin mostrar la más mínima irritación por haber fallado, cambió el método de ataque y cogió una hacha pequeña, que siguió el camino de sus predecesores a la velocidad del rayo. Alcanzó en plena frente al gigante, que se balanceó, tambaleó y cayó de rodillas. Como un gato, Ah Sen fue tras su anua al encuentro de su destino. Durante un segundo el gigante recuperó todo el vigor de su fuerza y en ese segundo Ah Sen se enfrentó a él. No hubo lucha. Poniéndose de pie, sin tener en cuenta el cuchillo que el otro le había clavado en el costado, le agarró con ambas manos del celestial cuello fino por la cabeza, y una, dos veces hizo girar su cuerpo vertiginosamente alrededor de sí mismo. Se oyó el ruido de los huesos al romperse y de la carne al desgarrarse, y Ah Sen cayó al suelo con el pescuezo retorcido como un pollo. De inmediato se le unió su contrincante, que se hundió a su lado, descuartizado literalmente por una veintena de cuchillos y hachas pequeñas.

Mientras tanto, los oficiales se esforzaban por persuadir a los amotinados para que se mostrasen indulgentes antes de abandonar el barco. La celeridad con la que se propagaba la enfermedad y su malignidad los tenía tan asustados que costaba creerlo en hombres tan fuertes y arrojados. No querían hacer caso y proseguían tenazmente con el trabajo de echar al agua los botes, empeñados en partir, pero cuando el ruido del combate los alcanzó y comprendieron que los chinos estaban arriba, abandonaron sus tareas, se armaron apresurados con los alfanjes que había distribuido el primer oficial y se lanzaron al rescate.

Se dividieron en dos grupos y, tras matar a unos pocos rezagados a los que habían pillado asesinando y robando a los pasajeros, cercaron al resto en el gran salón. Allí, con la ayuda de las armas de fuego de los oficiales, se produjo un conflicto breve pero sanguinario que terminó con la completa aniquilación de los asiáticos.

Enardecidos por el éxito, sus pasiones más violentas despertadas por la pelea y la sangre, la brutalidad del hombre primitivo se apoderó de los marineros, capaces de cualquier salvajada. Manchados de sangre y jadeando, se agruparon alrededor del cabecilla, que reunía todos los atributos del marinero conflictivo y del demagogo popular y que se dirigió a ellos con un discurso breve pero muy manido:

—¡Oíd, muchachos! Hemos aplastado a los paganos y salvado la nave. Nunca hay quedarse por vencido, es lo que yo digo siempre. También hemos

salvado a los pasajeros, ¿o no? (Interrupciones de: «Sí, sí, los hemos salvado»). Y al salvarles el maldito cuello, hemos salvado también sus tesoros, ¿qué opináis? («¿Y a quién le pedimos el rescate?». «Sí, ¡eso es!»). Cierra el pico, Jack Gunderson, a eso mismo voy ahora. Sí, ¿a quién le cobramos el rescate? ¿A la compañía? («¡Ja, ja, ja! ¡Esos tacaños! ¡Antes de pagamos preferirían enviarnos al fondo del mar con Davy Jones!»). Sí, muchachos, aunque eso no es cierto del todo porque preferirían enviamos al infierno para que nos asemos como chuletas de cerdo a la parrilla. Pero esto es lo que yo os propongo: que los malditos pasajeros se queden con sus condenadas vidas y nosotros con sus tesoros. ¿Qué me decís, muchachos?

Una salva de aplausos y gritos de: «¡Al botín!, ¡al botín!», indicaron que la respuesta era afirmativa.

Caribdis había salvado a los pasajeros de Escila para acabar devorándolos el mismo. Sin embargo, no los destruyeron porque, tras vencer rápidamente a los oficiales y a quienes los ayudaban, convencieron a los pasajeros de sus buenas intenciones y su deseo de recibir la recompensa merecida, de la que no tardaron mucho en apropiarse.

Los marineros se dedicaron a lo suyo con ganas y en los momentos que siguieron lo ridículo se mezcló con lo trágico. Saquearon los camarotes, revolvieron los equipajes de todo tipo, se apropiaron de muchas prendas de vestir y no dudaron en expoliar personalmente a los pasajeros. La tía de Maud, una anciana aún vigorosa en cuerpo, mente e improperios, obligó a dos de los marineros, empeñados en quedarse con sus magníficos pendientes, a perseguirla sin descanso. Al final buscó refugio en el camarote del señor Morella, un patriota hondureño de aspecto marcial y con una pierna de madera, recuerdo de su última insurrección. Yacía moribundo en su litera con la extremidad artificial suelta pero cerca de él. La señora se hizo con un anua tan temible y la emprendió a golpes con tantas ganas y energía que derribó a los ladrones en cuanto asomaron la cabeza. Un buen número de ellos dejó de saquear para disfrutar del momento. Pero la Vieja Diablesa, como la llamaron encantados, defendía su terreno y no dejaba entrar a nadie más.

Como era de esperar, los hombres accedieron al pañol de los licores y mientras unos se mostraban alegres y amables? otros se volvieron aún más violentos. Temiendo que su tía resultase herida, Maud acudió veloz para intentar convencerla de que entregase sus joyas, por supuesto acompañada de Chandler, que la protegía. Enseguida lo dejaron sin su reloj de oro y sus gemelos de diamantes, incidentes menores de los que hizo caso omiso, tan volcado estaba en proteger a Maud. Sin embargo, ella no fue capaz de cumplir

con su misión y estuvo a punto de acabar descalabrada a manos de su pariente, be 1gerante y algo confusa. A pesar de su fracaso como pacificadora, sí consiguió causar más problemas a su protector y a sí misma. Uno de los marineros, un salvaje enorme y descomunal, cuyo abuso de cierto licor lo había vuelto apasionado, rodeó la cintura de la joven con sus brazos y la atrajo hacia él. Rápidamente le dio un buen beso en la boca.

En ese momento el doctor tuvo conocimiento de una sensación nueva, una sensación que era muy diferente —él lo sabía bien— a la que habría sentido de haberse tratado de otra mujer. Un rápido golpe con el hombro y el marinero se desplomó, aunque se puso en pie de inmediato, maldiciendo y mirando con furia al doctor, quien, en pleno ataque de ira parecía dispuesto a repetir la jugada. Para Maud los acontecimientos se sucedieron en un abrir y cenar de ojos: el alfanje del hombretón silbó al rasgar el aire, un camarada interpuso el suyo y amortiguó el golpe, pero aun así cayó sobre la cabeza de Chandler y, cuando la joven vio manar la sangre, sintió una preocupación extrañamente intensa y solícita por él.

«¡La brisa! ¡El viento! ¡Mis valientes! ¡Sopla el viento en dirección a México!», se oyó gritar desde arriba. En un segundo los amotinados se encontraron en cubierta y saltaron a los botes situados al costado del barco. El *Caspar* quedó desierto.

En el camarote manchado de sangre, entre los llantos y lamentos de las mujeres, los gemidos de los enfermos y las maldiciones y quejas de los combatientes que agonizaban, Chandler, en su bautizo de sangre, y Maud, ruborizada y a punto de desmayarse por lo ocurrido, se arrojaron o más bien se tambalearon y cayeron uno en los brazos del otro. Allí, en aquel momento de espanto, con lo atroz de su presente y el miedo al futuro que les aguardaba, se confesaron un amor mutuo y recién descubierto.

☘

TRANSCURRIERON MUCHOS DÍAS. Indefenso, el *Caspar* continuaba a la deriva con su cargamento de sufrimiento y muerte. No habían recibido ayuda alguna, aunque tampoco se esperaba porque solo podría llegarles si los desertores alcanzaban las costas de México y daban la voz de alarma, lo cual parecía bastante imposible. En ausencia de los indisciplinados, los supervivientes llevaban una vida metódica, tras sistematizarlo todo y aislar a los enfermos, y

se las arreglaban mejor de lo que podría esperarse dada su situación. Tal y como quien viaja por Yosemite pierde la capacidad de apreciar la altura y la distancia, ellos habían dejado de percibir lo horrible de su realidad. De tanto enfrentarse a la muerte, ya no les daba miedo, y para sacarlos de su placidez iba a hacer falta un suceso muy especial. La tensión no los había destrozado, sino que se habían habituado a ella. En realidad se apañaban muy bien, aunque los dos médicos, a pesar de amarse, continuaban discutiendo por los métodos empleados.

Maud y Chandler, sin abandonar los demás casos, se entregaban día y noche a cuidar de los hermanos. Ambos habían estado muy enfermos pero jamás, ni aun en las peores crisis, cuando casi nada separaba la vida de la muerte, había soñado alguno de los doctores con consultar al otro. Los dos habían puesto en práctica sus métodos favoritos y su rivalidad profesional era tan fuerte que esperaban los resultados con mucha más ansiedad de la que ningún paciente solía provocar en su médico. De hecho, habían llevado su contienda a tales extremos que dedicaban todo su tiempo libre al cuidado de esos pacientes y casi no se veían más que para discutir sobre los méritos de sus respectivas escuelas o para tomarse el pelo en caso de que surgiera algún indicio negativo. Pero parecía imposible ilustrar de esa forma la superioridad de ninguno de los dos porque los pacientes no habían muerto y ambos convalecían sin problemas. Aun así, cada uno de ellos se había sorprendido al comprobar el celo demostrado por el otro y ahora, superado el peligro y desaparecidas las dudas, la sorpresa resultaba incluso mayor al ver que dicho celo no decaía.

Los días siguieron su curso, transcurriendo en silencio e imperceptibles, ya que no surgía incidente o suceso alguno que variase la monotonía de su existencia. En verdad, los dioses les sonreían a pesar de la situación en la que se hallaban. El Gaspar no se tropezaba con ningún temporal y la intensidad de la epidemia comenzaba a remitir. Tal vez porque casi todo el mundo, con la milagrosa excepción de los dos médicos, había muerto o se había curado. Todo iba mejorando, lo único que temían era el mal tiempo y aun cuando llegaba el *Caspar* conseguía mantenerse a flote. Habían preparado velas pequeñas con las que ponerse al pairo y capear las tormentas que pudiesen sorprenderlos. Al haberse reducido el pasaje y gracias a sus enormes calderas, los maquinistas no tenían problemas para mantener la provisión de agua dulce y, como una parte de a carga que transportaban estaba compuesta por alimentos, no corrían peligro de pasar hambre. El verano se alargaba pero la

lista de enfermos se fue reduciendo hasta que, en medio de una gran alegría y regocijo, se anuló por completo y se fumigó el barco.

Sin embargo, en medio de tanta felicidad, unos extraños pensamientos atormentaban a Maud, que descubrió una incongruencia en su carácter con la que nunca había soñado. Una y otra vez intentaba juzgarse a sí misma, pero en vano porque, desesperada, casi siempre acababa por desestimar el caso. A veces recuperaba la cordura y se horrorizaba ante los pensamientos que se le ocurrían, ante las visiones que contemplaba sin querer. Su vida se convirtió en una maraña de cornos y porqués introspectivos, de peros y necesidades, de pros y contras. Cuanto más se esforzaba por razonar consigo misma, más confusa y liada se sentía. Los recuerdos de algún posible error pasado le provocaban escalofríos y la llevaban a evitar el presente y temer un futuro que quedaría moldeado por la huella de esa posible maldad. Con todo, no encontraba fuerzas para echarse la culpa: lo único que lograba hacer era no comprender nada.

Chandler corría la misma suerte. Él también se encontraba a la deriva en un mar de contradicciones, aunque se comportaba de forma distinta a Maud: ella era mujer, pero el carácter colérico y la masculinidad de él se imponían, por lo que no solo veía con claridad el error cometido en el pasado, sino que se enfurecía y se indignaba cada vez más contra sí mismo y a menudo maldecía al hijo de su padre con una abstracción tan sublime de sí mismo que resultaba asombrosa. Sin embargo, en la oscuridad de su visión mental era capaz de ver hasta ese punto pero no más allá. De haber podido ver más lejos, no se habría flagelado figurativamente tan a menudo ni su vida se habría teñido de la melancolía salvaje que ahora roía sin cesar su fibra sensible.

Atormentados por esos males secretos, el trato entre los dos no era el propio de un par de enamorados y la percepción de esa realidad incrementaba su desgracia. Tras sus muchos encuentros insatisfactorios se recriminaban a sí mismos por ser la causa, lo que no implicaba que resultasen menos severos, ya que cada uno, con generosidad e ignorante de la verdad, se echaba la culpa y consideraba que el otro era la víctima. En semejante situación él se mostraba irritable y decaído, mientras ella ocultaba su estado bajo una máscara de alegría y entusiasmo en todos los eventos sociales sin importancia celebrados a bordo. Naturalmente, esa diversidad de humores los separó aún más.

Así, mientras las perspectivas colectivas de la pequeña comunidad mejoraban, sus asuntos individuales iban de mal en peor. Por lógica, esa tensión tenía que llegar a su fin en algún momento y los dos, que se daban

cuenta por pura intuición, aguardaban expectantes el resultado. Para empeorar las cosas, ya ni siquiera discutían y mantenían esa nueva situación con la incomodidad que les provocaba la vergüenza que ambos sentían sin sospechar que el otro se encontraba en el mismo dilema. De esa forma alcanzaron un punto crítico y una noche, cuando la situación les resultó ya casi insoportable, el reflector eléctrico de un buque de guerra que había zarpado en su busca les anunció que había llegado el final de sus problemas.

Los pasajeros se apelotonaron en la barandilla del Gaspar para devorar con los ojos las luces del navío ya próximo a ellos y disfrutar de la imagen de su voluminosa silueta. Entre tanto alboroto y regocijo, Maud se sintió extrañamente fuera de lugar. Esa masa gregaria que se apiñaba como abejas le ponía los nervios de punta. Comprendió que deseaba estar a solas, cedió a ese deseo, se alejó de allí y subió al puente, que se encontraba desierto.

Similar había sido la sensación de Chandler y similar su reacción. Subió por un lado mientras ella lo hacía por el otro. Se encontraron cara a cara en medio del puente, con la luz del reflector iluminándolos de lleno. Al momento siguiente estaban a oscuras. Él cogió la mano de ella pero no hablaron mientras observaban las luces en movimiento, oían el alegre chirrido del silbato del contramaestre a bordo del buque de guerra y distinguían el contorno del bote que se aproximaba al ritmo de los remos. Cada vez estaba más cerca, pero lo miraban con una extraña apatía. Un minuto más y atracaría al costado. Al parecer los dos se decidieron al mismo tiempo y hablaron a la vez. Lo que cada uno dijo dejó asombrado al otro. En sus rostros se dibujaron por turno sorpresa, duda, seguridad, satisfacción y felicidad. Solo ellos supieron lo que habían dicho, pero regresaron junto a sus compañeros del barco infestado con paso ligero y gesto alegre, derrochando sonrisas.

Extracto de la noticia aparecida seis semanas después en el *San Francisco Daily Herald*:

> En el Hotel Palace está a punto de hacerse realidad la consumación de un feliz romance extrañamente relacionado con el desafortunado *Caspar*. La señorita Maud Appleton —que, por cierto, es licenciada en medicina—, de Nueva Orleans, y el doctor Chandler, de Boston, los dos que tan eficaz servicio prestaron a la hora de superar la plaga del *Caspar*, se casarán respectivamente con don Charles Waldworth, Stanford 93, Y su hermana, la encantadora señorita Waldworth, muy conocida en la vida social de la ciudad. Se rumorea que el señor y la señorita Waldworth se convirtieron durante su enfermedad en los casos

centrales de una competición profesional existente entre los dos médicos y que tan intensos fueron sus esfuerzos y tanto éxito tuvieron que dieron como resultado el feliz doble matrimonio que se celebrará en breve. Pronto ampliaremos la información.

[1897]



Ensoñación



EH, CUIDADO, apártese!

El repicar de cascos a su espalda la obligó a echarse al borde del camino mientras el turbulento grupo pasaba a su lado y, en medio de una anarquía de polvo y tumulto, se perdía tras la siguiente curva del camino. Pero le dio tiempo a fijarse en la belleza fiera y recia hombría de cada una de las figuras que la adelantaron. «Siempre igual, van como locos, como idiotas imprudentes», pensó mientras los oía girar a la izquierda en el cruce de caminos y tomar el vertiginoso sendero de los acantilados a un trote brutal. Luego se Recortaron claramente en la lejanía al ascender el peligroso promontorio de cabo Pedro y pudo contar seis jinetes antes de perderlos de vista por completo.

Sí, estaban todos y cada uno de los hijos fornidos y rebeldes del anciano Ralston que era tan afeminado como podía serlo un hombre. ¿De dónde saldría esa raza indómita? Y reflexiono sobre el enigma que preocupaba a la comarca desde hacía años. Cierto, la belleza la habían heredado de la madre, pero ella nunca había evidenciado ese anticonformismo salvaje que caracterizaba a los hijos desde la cuna. Helen estaba familiarizada con la historia de la familia. El anciano Ralston era un hombre hecho a sí mismo que, desde el trabajo duro y rutinario de chico de los recados y luego dependiente, llego a convertirse en un gran comerciante. Se retiró de los negocios a los cuarenta Y «neo años, se casó, adquirió una hermosa casa en el campo y allí se estableció para ser el progenitor de una estirpe tan especial. A menudo había ella especulado sobre los majes ancestrales e indómitos que habían renacido en aquella prole montaraz y sus pensamientos siempre vagaban hasta remontarse a un pintoresco bucanero del Caribe español. La fantasía era considerable, pero se trataba de la única que conseguía armonizar con aquel asunto.

Además, estaba la niñez de aquella prole incontrolable. La de los hijos mayores había transcurrido antes de que ella naciera, pero al igual que las leyendas la historia de sus actividades había pasado de boca en boca. Ella recordaba buena parte de la infancia de los hijos más jóvenes, sobre todo la

del más pequeño, el séptimo hijo. En ese mismo instante, con una sonrisa alegre, rememoró un incidente de su propia niñez: cómo ella, a los seis años, había quedado expuesta a las artimañas de aquel chiquillo de ocho. Tras encontrarse sin querer por primera y última vez en los bosques del padre de él, en los que ella se había internado desobedeciendo, el niño tomó al asalto su corazón con tanto valor que ella se rindió al instante. Allí se dieron palabra de matrimonio y pasaron la tarde jugando. Cuando la familia de ella los descubrió, encontraron a una doncellita recatada y coronada con flores silvestres y madreselvas, como una diosa, sonriendo ante el homenaje que el joven Guilbert le rendía. Luego vino la escena, cuando él la rodeó con un brazo y con el otro amenazó con utilizar su puño para defenderla, seguida del ataque, cuando golpeó a John y le dio patadas en las espinillas, sin importarle que el otro lo rechazara, llegando a dejar a su captor con la manga de su chaqueta vacía en la mano, para atacar al padre de Helen con tanta fuerza por la espalda que le desgarró la prenda de paño fino que llevaba. Después, cuando el cochero volvió a retenerlo, consiguió librarse del resto de su chaqueta y le dio semejante puñetazo que le dejó un ojo morado. Luego emprendió la retirada, moviéndose con sigilo de árbol en árbol mientras bramaba como un macho joven en época de celo. Tras eso les lanzó una incesante lluvia de terrones y piedras y los salpicó con barro cuando cruzaron el arroyo. A medida que se acercaban a la casa, sus ataques se volvieron tan osados que les obligó a refugiarse en los invernaderos. Allí rompió los cristales y se comportó de forma tan atroz que no les quedó más remedio que buscar refugio en el tejado mientras el cochero se ocupaba de darle un buen repaso. Pero nada parecía acobardar al pequeño salvaje porque durante la hora de la merienda se dedicó a dar vueltas alrededor de la casa, aullando su furia insaciable. No se retiró hasta haber retado infructuosamente a todos los hombres de la casa, desde su padre al ayudante del jardinero, y si lo hizo fue para huir de los criados de su padre, que unieron fuerzas y salieron tras él.

La niñez de cada uno de ellos había sido parecida. Tras aterrorizar a la comarca hasta los dieciséis o dieciocho años, cada uno había salido corriendo, siguiendo los pasos del anterior. Al principio esa característica había extrañado muchísimo al padre, pero pronto pasó a considerada un mal infantil, similar a las paperas o el sarampión y, cuando Guilbert, el último de sus hijos, llegó a los veinte años sin haber manifestado ninguno de sus síntomas, se sorprendió y se preocupó por el joven. Pero Guilbert cumplió con el rasgo familiar al desaparecer antes de alcanzar la mayoría de edad. Todos regresaron para refutar con su presencia las bromas e insinuaciones, y,

salvo por el refinamiento mundano y la amplitud de miras, no habían cambiado en absoluto. Eran como siempre: generosos, valientes, impulsivos; indómitos, salvajes y de lo más inconformistas. Pero al hogar solo acudían en busca de asilo, en su calidad de refugio agradable en el que descansar un tiempo de sus muchas aventuras, por lo que resultaba extraño que coincidieran los seis juntos en la casa de su padre. Aquella familia parecía lo contrario a un círculo de trotamundos hartos de vagar que buscaban retirarse de un exceso de actividad. Se entregaban a cualquier deporte exterior y se les veía continuamente en el campo, pero jamás hacían vida social. Sus establos y perreras eran la envidia de cualquier deportista, su gimnasio y salas de adiestramiento un duplicado en miniatura de las de los colegios más destacados, su caseta del embarcadero la mejor de toda la bahía de Arunda y en la ensenada de Ralston, junto a otras embarcaciones más pequeñas, descansaban seis veleros bien cuidados, los mejores botados en el astillero más famoso. No se trataba de barcos que solo pueden costear, sino de goletas para salir a alta mar, la suma de cuyas travesías abarcaba todos los rincones del mundo.

Pero los chismorreos, al igual que toda la comarca, se habían olvidado de Guilbert, el último en abandonar el nido. Más bien parecía el vago recuerdo de una ensoñación perdida en la oscuridad del pasado. Tanto había retrasado su regreso que, aunque el instinto les llevaba a creer que se produciría, esperaban su aparición tanto como la del propio Cristo para anunciar los mil años de su reino sobre la tierra antes del juicio final. Al principio habían llegado noticias espantosas de su desenfreno, pero se había quedado tan fuera del alcance de los rumores que en los últimos años no se había sabido nada de él; mejor dicho, la comarca no había sabido nada de él, porque lo que los aislados Ralston sabían se lo guardaban para ellos. Pero predominaba la impresión de que Guilbert era el peor, el más salvaje de toda la camada, que en él alcanzaban la madurez todos los rasgos que habían servido para dar fama al apellido Ralston. La impresión era poco precisa, aunque tan fuerte que jamás se lo mencionaba sin cierto temor indefinible, como el que se demuestra inconscientemente cuando se habla de algo sagrado o terriblemente maligno.

Mientras continuaba paseando, Helen pensó en todas esas cosas. Y al detenerse en el cruce para empaparse de la belleza de la bahía rompió a reír alegremente porque en ese momento se imaginó adentrándose en aquella cañada mágica con el Guilbert de ocho años. Guilbert —y se imaginó al hombre en el que se habría convertido— y ella, Helen Garthwaithe, máster en

humanidades y doctora en filosofía, la universitaria que había visto mundo y lo había comprendido. La idea de yuxtaponer al hombre que ahora sería con la clase de mujer por la que ella se tenía resultaba ridícula.

Sin embargo, dejó de pensar en la raza salvaje de los Ralston al concluir su paseo, cuando se vio en el concurrido muelle, disfrutando de la vida que bullía a su alrededor. Pero centró su interés en un velero que acababa de fondear en el extremo del canal. Ya habían bajado un bote y recorrido en él la mitad de la distancia, sin dejar de acercarse a cada golpe de los remos. Al llegar al embarcadero, dos hombres vestidos de franela saltan a tierra, la saludan y reciben su bienvenida. Uno de ellos, delgado e infantil, con el primer vello de la edad adulta asomando a sus sonrosadas mejillas, la estruja en un abrazo de oso: su hermano, que regresa de sus vacaciones de verano para pasar una semana en casa antes de comenzar el curso de nuevo. El otro, ancho de hombros, no excesivamente apuesto pero de rostro impactante, con la marca de un intelecto muy vivo y en cuyos ojos se apreciaba la mirada profunda de quien acostumbra a meditar, le estrechó la mano con una sutil expresión de admiración verdadera. Era amigo de su hermano; no compañero de juergas, sino más bien su ídolo, al que adoraba con el entusiasmo propio de la juventud. Se trataba de un gran erudito que tras su apellido podía enlazar una buena colección de siglas que indicaban títulos universitarios de los que cualquiera se enorgullecería, había sido primer remero en la universidad y batido más de un récord interuniversitario y, desde que empezara a ejercer, había sentado las bases de una brillante carrera literaria y científica. En resumen, era uno de esos hombres inteligentes y muy completos que las universidades norteamericanas se han especializado en producir. La mente analítica da cuenta sin problema de tales amistades, pero cuando el afecto infantil de uno es correspondido por el otro hasta el punto de que está dispuesto a desperdiciar sus vacaciones y tiempo libre para dedicárselos a él, e incluso visitar a su familia y soportar las imposiciones que semejante imprudencia suele llevar aparejadas, la mente analítica busca un motivo oculto, mientras que el animal lógico inconscientemente se pregunta: «¿Qué aspecto tendrá la hermana?».

Tras asegurarse de que le servirían una merienda tardía y le enviarían el carruaje en el plazo de una hora, Albert divisó a un grupo de amigos al fondo del muelle y, con la falta de diplomacia de todos los hermanos, se alejó de allí. No era la primera vez que demostraba su falta de tacto, de tal calibre que la situación podría haber resultado violenta, si no fuese porque los otros dos se rieron alegremente de su comportamiento y lo aceptaron sin problemas.

Recorrieron el muelle enfrascados en su conversación. Al llegar al final, el relato que el hombre estaba haciendo de su viaje se vio interrumpido por la aparición de un velero enorme que se adentraba en la bahía y cuya belleza ambos quisieron admirar. Con qué elegancia surcaba veloz el oleaje del canal. Cuando estuvo de través, el spinaker, el foque y la vela de agua surtieron efecto, el velero orzó y navegó de ceñida, dirigiéndose directamente hacia el muelle. Desde el malecón se elevó un murmullo de admiración por la habilidad para la navegación demostrada en la maniobra. La imponente pirámide de velas blancas sobre un casco negro como el ébano continuó avanzando. Cada vez más cerca, los navegantes empezaron a sorprenderse y Stanton comentó que ya iba siendo hora de que virara. Pero el velero continuaba acercándose, devorando la distancia a la velocidad de un caballo de carreras. Los lobos de mar empezaron a murmurar y, abandonándose al pánico, la multitud se alejó de la punta del muelle, dejando tras de sí a Stanton y Helen. Cada uno de ellos había aguardado expectante a que el velero cambiara el curso, pero su proximidad actual lo desmentía. La colisión parecía inevitable. Stanton rodeó a Helen por la cintura con el brazo para obligada a retroceder. Pero en ese instante, perfectamente audible y con la rápida agudeza de quien está acostumbrado al mando, se oyó la orden: «Todo a sotavento».

Entre crujidos y sacudidas, soltaron las tres escotas del foque, las drizas de la gavia se aflojaron y se cargaron con las candalizas y llevaron la mayor a barlovento con su aparejo. Vieron la proa desviar el curso, pero tan cerca que se agacharon para esquivar el bauprés, que describió un círculo en el aire por encima de sus cabezas, obedeciendo al timón.

Blanco de todas las miradas, el velero se deslizó en paralelo al muelle, a unos tres metros de distancia. Lo temerario de la proeza y la excelencia de su ejecución provocó que Stanton la elogiase mientras observaban la amplia extensión de la cubierta. A pesar de la belleza de aquella imagen, solo servía como fondo a lo verdaderamente importante. girando ligeramente el timón y mirando al muelle asombrado con una sonrisa pícara y exasperante, se erguía un hombre tan atractivo que todo el mundo clavaba la vista en él. Sacaba partido a su físico admirable gracias al cómodo atuendo de navegante. Pero lo que más llamaba la atención era el rostro. Calificarlo de guapo no bastaba, tampoco resultaba apropiado describirlo como hermoso: la belleza parecía el único símbolo adecuado. Aunque tampoco se trataba de belleza exactamente, porque si bien los rasgos eran pronunciados y regulares, se tenía la sensación de que lo que más atraía era la expresión, el reflejo del hombre que llevaba

dentro, el reflejo de una masculinidad tan intensa que casi resultaba animal. Pero eso a su vez quedaba compensado por algo indefinible, una especie de superioridad.

Helen lo observó con una sensación de familiaridad que la inquietó. Parecía el vago recuerdo de una ensoñación perdida en la oscuridad del pasado. Su situación destacada en el muelle desierto se hacía notar aún más por el hecho de que el brazo de Stanton continuaba rodeando su cintura. El navegante la miró a los ojos y nunca se había sentido tan afectada por la mirada de un hombre, ni tan consciente de la diferencia de sexos. Los audaces ojos de él se detuvieron en los de ella un minuto, luego se centraron en su cintura, volvieron a subir y, con un descaro travieso, se rio mirándola a la cara. Helen comprendió lo violento de su situación y apartó de sí el brazo de Stanton. Entre enfadada y herida, sintió que se ponía colorada y, al ver que él sacudía la cabeza simulando desaprobar lo ocurrido y le echaba una mirada interrogante y burlona, bajó los ojos sin darse cuenta. En un segundo él había pasado de largo, dejándola muy incómoda El velero continuó avanzando a lo largo del muelle, mientras el desconocido repasaba al público con su audaz mirada.

—¡Virad! —gritó mientras giraba el timón.

Cazaron el foque y las escotas de proa, y el velero cambió de bordada.

—Ahora sí que va a tener problemas ese desconocido tan teatral —comentó Stanton—. Dentro de un minuto encallará en el cieno. No creo que haya más de seis hombres capaces de adentrarse en las marismas con un velero de ese tamaño.

Helen no sintió lástima alguna al oír esa profecía: actuó como un bálsamo sobre su orgullo herido. Pero se quedó en nada. Un canal sinuoso cruzaba las marismas sin que lo indicasen boyas, delfines o señales de ningún tipo. Tres veces cambió de bordada para doblar los recodos más peligrosos. Luego continuó derecho hacia la caseta del embarcadero de los Ralston. Al acercarse, la caseta se convirtió en una fiesta de banderines y gritos de bienvenida, mientras que en el mástil del velero se izaba el gallardete de los Ralston.

«Es Guilbert. Por fin ha regresado Guilbert el Rebelde», era el murmullo de sorpresa que se extendía a lo largo y ancho del malecón.

☘

HELEN SE HABÍA ALEJADO del ruidoso grupo que se apiñaba alrededor del fuego de campamento porque esa noche no tenía ganas de nada más que de encontrarse a solas. Estaba cansada de mostrarse sociable y sufría un exceso de diversión. Las vacaciones de su hermano llegaban a su fin y desde hacía tres días recaía sobre ella el peso de ser la anfitriona y ocuparse de buscar alojamiento y entretener a los amigos del joven. Formaban una veintena de universitarios vigorosos: el coro de su facultad. Aquella noche habían salido a navegar a la luz de la luna, y la tosca hilaridad de todos ellos la molestaba, por eso, cuando el viento amainó, aceptó encantada la propuesta de bajar a tierra y encender un fuego de campamento.

Paseaba sobre la arena iluminada por la luna, en comunión consigo misma, concentrada en sueños extraños y dando rienda suelta a su ambición. En los albores de su intelecto creativo, con el mundo por delante y su campo de acción casi sin hollar, ¿podía resultar extraño que el talento latiese en su interior al ritmo de fuerzas desconocidas, de la fermentación de los deseos que la empujaban a mezclarse con la humanidad apresurada e investir con su propia individualidad algunas de sus escenas cambiantes, o a conceder la permanencia del absoluto terrestre a algunas de sus fórmulas pasajeras.

En medio del caos de sus pensamientos y anhelos, oyó elevarse el tono de las voces fuertes y juveniles al cantar «El coro de los peregrinos» de Tannhaüser. Se detuvo para escuchar y perderse en el abraco de sus deseos. Llevaba mucho tiempo abandonada a sus pensamientos cuando la voz sonora y plena de Stanton, investida con la dulce tristeza del «*Ah! Che la morte!*», envolvió la apacible noche con su magia.

Mientras escuchaba, para su sorpresa oyó, muy cerca, que un tenor seguía los compases en voz baja. Sobresaltada e interesada, rodeó el pequeño risco y allí, recortándose contra la franja de arena amarilla y bañado en la plata de la luna, distinguió a Guilbert Ralston el Rebelde. Se detuvo desconcertada y lo observó. Mientras cantaba, su rostro elevado hacia la luna parecía iluminado por un resplandor de espiritualidad que ella quiso analizar: no se trataba del reflejo de una divinidad pura como la de un santo o la de Cristo la mortalidad, con toda su fuerza y su debilidad, resultaba demasiado patente—, más bien parecía un alma, heredera de intensas pasiones y las ataduras de la carne, que se empapaba del esplendor de una nobleza latente. Era como si dijera en mayúsculas: «Soy: podría ser». Semejaba un espíritu rebelde ligado a la tierra por su orgullo y debilidad, y la frase: «Lucifer, hijo luminoso de la mañana» se coló sin quererlo en los pensamientos de Helen.

La canción llegó a su fin. El resplandor se fue apagando poco a poco y el alma del hombre descendió a la tierra y la miró. La mortalidad usurpó su divinidad: el dios había volado y el ser humano estaba de vuelta. En sus ojos brillaba la admiración natural y manifiesta del hombre.

Se acercó a ella, se quitó el sombrero y con gran seguridad dijo:

—Como usted ha observado clandestinamente la belleza de mi abstracción, permita que ahora yo mire la suya sin ocultarme, a la vista.

Y bien que la miró, hasta que los ojos de ella se humedecieron como declaración muda de la indignación que sentía.

—Ya nos hemos visto antes —continuó él—. El otro día, en el muelle, ya sabe. Claro que nadie nos ha presentado, pero da gusto ese matiz informal.

Sonrió con tanta ingenuidad y tal aire de camaradería que el resentimiento de ella desapareció casi por completo.

—Y esa no fue la primera vez —le respondió enigmática.

—Ah, supongo que desde lejos, sin que yo la viera.

—No.

—Entonces, ¿quién es usted? Debe tratarse de alguna amiga olvidada de la niñez.

—Era muy pequeño. Recordará, o al menos debería recordar, un caso en el que se comportó deplorablemente.

—Me temo que recuerdo demasiados, ¿en cuál se vio usted involucrada?

—¿No recuerda aquella vez que destrozó el invernadero y nuestro cochero le dio una paliza?

—¡Ah! Entonces es Helen Garthwaithe, a quien cortejé, gané y perdí con tanta celeridad. Me dejó al día siguiente.

—Debe confesar que se lo merecía.

—Sí, supongo que sí. Pero piense en cómo arruinó mi incipiente genio. Había empezado a escribirle un poema de versificación impresionante y ya no volví a tocarlo. Ayer lo encontré mientras revisaba mis recuerdos de niño. ¡Cómo pasa el tiempo! Parece que fue ayer cuando me tropecé con aquella niñita deambulando por los bosques de mi padre y hoy… He disfrutado mucho leyendo su Como el corazón desea.

—¿Y qué le ha parecido? Supongo que habrá llegado a la generosa conclusión masculina, según la cual es una pena que las mujeres insistamos en recibir una educación superior.

—No, eso ya lo he aceptado. Y el libro me pareció muy ameno, aunque no esté de acuerdo con varias de las conclusiones.

—Así que el pequeño Guilbert nos ha salido crítico. La crítica resulta mucho más sencilla que escribir poemas de versificación impresionante, ¿no cree? Pero espero que sea tan indulgente conmigo como en su día lo fueron los críticos.

—¡Ése es el problema! La trataron con miramientos porque es mujer. O puede que, no sé, la perspectiva de ellos sea diferente a la mía. En general me pareció admirable y bien tratado, pero como ya he dicho antes algunas de las conclusiones están equivocadas. Apropiándome de una frase que me encanta, le diré que aún no ha resuelto el misterio de la mujer y en cuanto al del hombre, lamentablemente, lo ignora por completo.

—Por supuesto, esa afirmación indica que usted sí lo ha hecho. Me temo que el egoísmo… Mejor dejémoslo para no discutir. Espero, señor Ralston, que seamos buenos amigos, aunque supongo que nos veremos poco.

—He vuelto para quedarme.

—Pero…—¿Se marcha usted?

—No, pero…

—¿Pero qué?

—No sé cómo expresarlo…

—Ya entiendo a qué se refiere: a nuestro aislamiento. Supongo que mis hermanos jamás han intentado cambiarlo. Aunque no me molesta. Quien siembra vientos…, ya se sabe. Pero en nombre del deseo yo sería capaz de atacar el Monte Olimpo y como deseo conocerla mejor, me dejaré ver en sociedad. No tema, me abrirán las puertas.

—Entonces ya nos… ¡vaya! Me llaman y si no voy yo, vendrán ellos. Me alegro mucho de haberle visto, señor Ralston. Adiós.

Él estrechó la mano que ella le tendía y mientras la observaba alejarse por la playa murmuró:

—¡Caramba, esa es una parte del misterio que a mí me encantaría resolver!

☘

FIEL A SU PALABRA, Guilbert se dejó ver en sociedad. No es que fuera algo nuevo para él, pero allí tuvo que enfrentarse a unos prejuicios muy arraigados y consolidados desde hacía mucho tiempo. Se trataba de una sociedad que había presenciado el nacimiento, la niñez y madurez del joven y sus hermanos

sin haberles abierto nunca las puertas. Es más, él y los suyos nunca habían intentado propiciar ser admitidos, sino que disfrutaban de la separación sin perder jamás la oportunidad de mostrar su indiferencia y menosprecio. Pero ahora las cosas habían cambiado y Guilbert se lanzó a la conquista con una sinceridad que no admitía la derrota. Gracias a su fuerte personalidad, su encanto y buenos modales, su refinamiento de persona viajada y su conocimiento de los hombres y las cosas, enseguida se hizo muy popular y al poco tiempo no había reunión social que no se considerase completa sin su presencia. A él le parecía un juego fascinante y la sociedad percibía el agradable escalofrío de peligro que provocaba el contacto con aquel paria social. De hecho, aunque las madres afectuosas lo miraban con recelo, se convirtió en una gran figura. Siendo un conversador tan ingenioso, instruido en temas muy diversos y poseedor de un conocimiento altamente intuitivo y bien cultivado de la naturaleza humana, no es de extrañar que agradase a todo el mundo y se convirtiera en uno de los preferidos.

Se encontraban a menudo y Helen observaba consternada el encanto cada vez mayor de su presencia. Se autoanalizó con severidad muchas veces, pero el problema continuaba resultando tan desconcertante como antes para ella. Al final desarrolló el viejo axioma según el que la naturaleza humana no es lógica, aunque no le proporcionó demasiada satisfacción. Pero un día se hizo la luz: reunió fuerzas para llevar su alma a juicio y confesó que era amor, un amor de los que no se encuentran dentro de los reducidos límites de la razón y —lo más extraño de todo— que quien sufría de aquel mal ilógico y absurdo era ella.

En vano intentó contener la oleada porque fue incapaz de lograr que su razón se impusiera otra vez. La audaz intrepidez de aquel hombre no admitía la defensa e insistió hasta haber asaltado su corazón con tanta valentía como en aquella hondonada mágica del pasado. La lucha fue breve pero intensa y, sobre las ruinas desmoronadas de su filosofía, Helen comprendió que le quedaba mucho por aprender del doble misterio de la mujer y el hombre.

Al rendirse, se deshizo su alianza de las emociones con las concisas partículas de la materia gris y, consciente de amar y ser amada, observó pensativa lo mucho que se ampliaba ante ella el alcance de la vida. Era como si la hubiesen trasladado a un nuevo ámbito, a un delicioso país de ensueño real. Se horrorizó ante lo absurdo, lo ridículo de los ideales que había construido o de los principios que había mantenido en su existencia previa. Jamás había idealizado una personalidad como la de Guilbert y siempre había fruncido el ceño al reconocer un criterio de doble moral. La lógica y la

filosofía, tan áridas, se habían dado a la fuga ante el glorioso frente del amor: Helen ya no pensaba, ahora sentía.

☘

EL LUMINOSO VERANO pasó y el otoño prolongado preparaba la severa llegada del invierno. Pero el sol latía cálido sobre el aire sin aliento y la tierra parecía olvidar que los días fríos y oscuros estaban ya muy cerca.

Helen puso a su caballo al paso y escuchó con distraído placer el leve susurro de las hojas caídas entre las que el animal pisaba al avanzar por el estrecho sendero. Se encontraba en buena forma física, y sesenta y cinco kilómetros a caballo no era nada para ella; además,' aunque sabía apreciar las ventajas de los métodos de viaje modernos, disfrutaba muchísimo desplazándose así. El día anterior había seguido el camino que rodea las estribaciones de Delarado y pasado la noche en Irving, en casa de una compañera de colegio, pero al regresar había elegido el accidentado camino de herradura que cruza la montaña.

Concentrada en sus ensoñaciones, olvidó los kilómetros que tenía por delante y dejó caer las riendas sobre el cuello de Dick. Guilbert y ella habían decidido que esa noche lo anunciarían; esa noche la suerte estaría echada; esa noche el anuncio de su propia felicidad llevaría la decepción y el dolor a otros. Stanton había escrito para decirle que llegaba justo ese día y no se quedaría mucho tiempo, que quizás regresaría de inmediato. Y su corazón de mujer sabía por qué.

De repente oyó una risa infantil y Dick se detuvo a medio camino, en una curva estrecha, para contemplar con toda la calma a un niñito que bloqueaba el paso. Llevaba las manos en los bolsillos con gesto masculino y su rostro reflejaba el asombro alegre de la niñez.

«¡Qué guapo!», pensó, porque adoraba la vida que empieza, incólume y preñada de los secretos del porvenir.

—Le deseo buenos días —dijo el crío, quitándose el sombrero con una elegancia singular y extraña—. ¿Le gusta montar a caballo? A mí, sí. Bueno, me gustaría montar, pero papá dice que no tengo edad. Aún no he cumplido seis años.

—Sí —respondió Helen distraída, mientras estudiaba su rostro y se esforzaba por encontrarle el parecido a esos rasgos levemente familiares.

—Sí y cuando cumpla seis me regalará un poni —dijo, irguiéndose al sentir el orgullo de su futura condición de propietario.

—Pero ¿no te da miedo adentrarte tanto en el bosque y además solo?

—Mi padre no le tiene miedo a nada y yo tampoco. Debería ver la de leones y tigres que ha matado… y elefantes. Dice que un hombre no puede tener miedo.

—Supongo que no eres de aquí, que eres un chico de ciudad.

—Oh, no, no soy un chico de ciudad —la corrigió—. Vivo en la ciudad pero voy mucho al campo. Nana me acompaña, aunque se ha quedado atrás. ¿Puedo montar con usted para ir a su encuentro?

Agarró los brazos que el niño le tendía y lo sentó a horcajadas sobre el cuello de Dick, de cara a ella. Le apartó de la frente el cabello ondulado, lo miró a los ojos negros y escrutó la belleza morena de su rostro. Mientras reflexionaba con una vaga sensación de desasosiego, él continuó parloteando, hablándole de sus juguetes y de sus mascotas, pero sobre todo de su padre, por el que sin duda sentía una gran admiración. No vivía con él, sino en la ciudad, y Nana a veces lo llevaba a verlo. Él aparecía a caballo, con su perro, que era muy grande.

—Mi padre es un hombre —terminó diciendo con orgullo—. El hombre que yo quiero ser.

«¡Pero que familiar me resulta esta cara!», pensó Helen. Parecía el vago recuerdo de una ensoñación perdida en la oscuridad del pasado.

—¡Guilbert! —se oyó gritar a una mujer—, ¡Guilbert! ¡Ven aquí, travieso! ¿Cómo quieres que Nana te encuentre?

¡Qué daño le hizo! ¡Una conjetura espantosa que se confirmaba! Pero se controló y dijo:

—¿Cómo te llamas, hombrecito?

—Guilbert. Guilbert Ralston.

Casi no era capaz de sostenerse en la silla, pero, al aparecer la madre, le entregó al niño, pronunció algunos convencionalismos y desapareció a galope tendido sendero abajo.

☘

LLEGABA LA CRISIS. Su filosofía había desaparecido ante la magnitud de su amor y, ahora que lo perdía, solo le quedaba un enorme vacío. No era capaz

de pensar, únicamente hacía conjeturas y se consumía de inquietud. Tras pasar el primer dolor, se había hundido en una indignación sin propósito, pasiva.

Su destino fue una noche de insomnio y dolor de cabeza, y ahora los acontecimientos del día anterior le parecían un sueño. Al regresar del paseo a caballo y entrar en su cuarto, un ruido de cascos en el camino de acceso le anunció la aparición de Guilbert. Había llegado tras irse ella, y la mujer y el niño le hablaron del encuentro, pero él no había podido alcanzarla a lo largo de los treinta kilómetros de viaje que quedaban, tanto había corrido ella. No quiso verlo.

Hoy él había vuelto, pero ella permaneció en su cuarto, alegando que estaba enferma. Además, segura de cuál era la intención de Stanton, tenía miedo de encontrarse con él. Como un animal herido, deseaba ocultarse y sufrir a solas.

Había transcurrido una buena parte de la tarde y la casa estaba tranquila: todo el mundo se había ido. En un intento por escapar de sí misma decidió acercarse a la caseta del embarcadero y salir un rato en su canoa. Cruzó la casa vacía en silencio, alcanzó su bicicleta y pedaleó por el camino de acceso, escapando por los pelos de un Stanton al acecho, tumbado en la hamaca con un libro. Recorrió el jardín, llegó a la carretera y corrió bajo las sombras cada vez más alargadas.

—¡Helen! —Guilbert surgió entre los arbustos del borde de la carretera—. ¡Helen! —suplicó, aunque ella ya se había alejado y no podía oírlo.

Pero aún no estaba a salvo. Transcurrieron pocos minutos antes de que llegase a sus oídos el inconfundible sonido del trote de un caballo. Al llegar a la cima de la colina y ver por primera vez a lo lejos la caseta del embarcadero, miró hacia la larga tira de carretera que había dejado atrás. Guilbert había montado uno de los caballos del potrero y, sin sombrero, sin bridas y sin silla, manejándolo con las rodillas, cabalgaba como un indio comanche.

«No hay duda de que en nombre de su deseo sería capaz de atacar el Monte Olimpo», pensó ella mientras descendía la pendiente a gran velocidad. Aunque no podía negar cierta sensación de placer ante semejante muestra de su ardor. Pero llegó al embarcadero y lo vio continuar hasta la playa.

El viento había empezado a soplar con mucha fuerza, como si se acercara una tempestad. Pronto llegó a los límites de la barra, enfrentándose a las tremendas olas y olvidándose de sí misma en medio de la intensa lucha. Durante una hora anduvo de un lado para otro en su frágil embarcación,

rozando apenas las olas espumosas que se habrían tragado más de un barco de mayor tamaño que el suyo.

—¡Helen!

El tono ahora era perentorio, en vez de suplicante. Había cogido la barca de algún pescador en la playa para continuar la persecución.

La barca pasó rauda a su lado, tan cerca que Guilbert soltó la caña del timón en un esfuerzo vano por agarrar la canoa. Como su cascarón necesitaba menos espacio para manejarse, Helen aflojó las dos velas diminutas y puso rumbo a la caseta del embarcadero. Pero él viró, se puso a la capa y le cortó la retirada.

Los dos pelearon con gran habilidad. Él le robó el viento dos veces y en la calma del momento le pidió que lo escuchara. Pero ella se negó. De nuevo dejó sin viento sus dos velas diminutas e intentó atrapar la canoa con un gancho, pero ella se libró gracias al remo y se alejó de él, esta vez a barlovento para evitar que él repitiera la maniobra. Con la certeza del destino, barloventeó tras ella, empujándola hacia la barra donde rompían las olas. Sin piedad, la obligó a acercarse más al peligro.

Entonces, el espíritu indomable de su linaje teutón se despertó dentro de ella, la persistencia tenaz, la valentía, la locura del amor al peligro. La barra era un tramo letal, pero ella pensaba jugársela. Tensó la funda de lona alrededor de su cuerpo para que el agua no entrase en la canoa, movió las velas a fin de aprovechar mejor el viento y se dispuso a cruzar. Quizás su antepasado bucanero, con su pasión por quemar buques y saquear ciudades en busca de oro y doncellas, animó a Guilbert, porque él también se lanzó hacia la destrucción que lo amenazaba.

Tres olas gigantes la adelantaron antes de romper, pero no logró escapar a la cuarta. Su cresta la envolvió y la lanzó dando vueltas como un corcho al gran vacío, bajo una capa asfixiante de espuma. Sin embargo, la canoa aguantó y se recuperó sin dificultad. La barca se encontró con una ola parecida y emergió con problemas para mantenerse a flote. Por fin los dos salieron de la última gran ola al oleaje más distendido del mar abierto.

Pero ella oía el batir de la zapata de proa, las quejas del grátil y las sacudidas de la escota del ruidoso viajero a medida que la barca se acercaba. Ya tenía la proa a su altura y tan cerca que podría tocarla con el remo. Salió disparada aprovechando el viento, pero la barca orzó, la siguió y le robó el viento en la siguiente bordada. Se situó por encima de ella sobre una gran ola porque había maniobrado con la intención de arrollarla. Se oyó el estruendo

de la madera al astillarse y del agua al entrar a raudales, luego un fuerte brazo la agarró y la depositó en la bañera de la barca.

☘

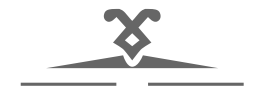
¡CÓMO HABÍAN PASADO volando los años entre tanta felicidad! Helen miró al fuego como si estuviera soñando y sus pensamientos regresaron a aquella noche de locura en el mar. A cómo, entre el aullido de los elementos, él la había abrazado con fuerza y la había obligado a escuchar, desnudando toda su vida ante ella, contándoselo todo, cada contratiempo, cada uno de sus errores. La madre del niño, su esposa, había muerto. Y el niño había encontrado una segunda madre en la hermana de ella, en su tía. Así disipó la oscuridad y por tercera vez, más tempestuosamente que nunca, la cortejó y la ganó para sí.

A pesar de que la comarca movió la cabeza con preocupación y murmuró profecías aterradoras, se casaron y, aunque pudiese parecer extraño, ella siempre había sido feliz. En cuanto a Guilbert, el «soy» se convirtió en «fui» y el «podría ser» en «soy».

—¡Helen!

Despertó de su fantasía para recibirlo y la ensoñación perdida en la oscuridad del pasado se esfumó y lo que quedó fue la materialización, la realidad.

[1898]



Relato de un viejo soldado

(Incidente real, ocurrido en tiempos del abuelo del autor)

AQUELLOS ERAN TIEMPOS curiosos y no solo se corrían aventuras en el frente. Alguno de los acontecimientos más emocionantes en los que tomé parte durante la guerra tuvieron lugar en casa. ¿Veis ese viejo Colt que cuelga junto a mi espada? Lo llevé durante los cinco años que pasé en e l Ejército y más de una vez me sacó de un buen lío.

En el 63 volví a casa con un permiso de treinta días para ver a los míos y reunir más reclutas. Tuve suerte y, para cuando mi permiso terminó, había encontrado entre veinticinco y treinta hombres dispuestos a alistarse. Hubo un joven que me interesaba mucho convencer, pero, aunque él quería acompañarme, su padre se negaba a dejarlo venir. El único motivo por el que se oponía era que la temporada de deshojar el maíz no había terminado y necesitaba la ayuda de su hijo Hiram. El único motivo por el que al final dio su consentimiento fue la recompensa. Ofrecían mil dólares por cada hombre que se uniera al Ejército y Hiram prometió entregar a su padre hasta el último centavo de dicha cifra. Así que el viejo Zack dijo que daría su permiso si yo accedía a ayudar con el deshojado.

Mi permiso de treinta días había terminado, pero entonces yo era joven e inconsciente y no lo tuve en cuenta. Sabía que los demás reclutas deseaban quedarse hasta terminar de deshojar el maíz y, además, creí que nadie me haría nada cuando llegase de vuelta a mi regimiento con treinta jóvenes robustos. Así que eché una mano y en dos semanas todo el maíz del viejo Zack estaba deshojado y yo listo para partir.

Compramos los billetes para, a la mañana siguiente, tomar el tren en Rock Island hacia Quincy. Allí los hombres jurarían su lealtad y recibirían la recompensa, mientras que nuestro municipio se enorgullecería de aportar tantos reclutas. Pero al quedarme más tiempo del permitido había olvidado un detalle: el capitán preboste. A esos capitanes se los despreciaba y ninguneaba más que a los laceros. Tenían el deber de arrestar a los desertores y, como cobraban veinticinco dólares por cada uno de los que capturaban, nunca

dejaban escapar una oportunidad. Si se hubiesen limitado a arrestar a los verdaderos desertores, la gente no les habría odiado tanto, pero no hacían más que crear problemas a los soldados honrados y buenos, cuyo único defecto consistía en haberse descuidado y permanecido demasiado tiempo en casa. El capitán preboste de nuestro condado era astuto y valiente como un león y el hombre más mezquino que uno podía encontrarse en todo un día de viaje. Poco tiempo antes, Tommy Jingles, de mi regimiento, había vuelto a casa y sobrepasado sus días de permiso sin darse ni cuenta. Al tercer día, en el momento justo en que subía al tren en Rock Island para regresar al Ejército, Davy McGregor lo capturó y lo envió de vuelta arrestado. Los veinticinco dólares de recompensa y los gastos se descontaron de la paga de Tommy, y eso que al pobre chico ni se le había ocurrido desertar. Y ese no fue el único ejemplo del mezquino comportamiento de Davy McGregor.

Pero volvamos a mi historia. Era la última noche que pasaba en casa y me encontraba soñando con la guerra y las batallas. Me habían enviado en vanguardia con un grupo de soldados avanzados. Los mosquetes disparaban sin descanso y nosotros asaltábamos el primer puesto cuando oí que alguien llamaba a la puerta con fuerza y me desperté de inmediato.

«Sal, Simón, quiero hablar contigo». Era la voz de Davy y yo sabía de sobra para qué quería hablar conmigo, pero no contesté y empecé a vestirme en silencio. Su forma de llamar enseguida despertó a toda la casa, y cuando terminé de vestirme mi hermana se coló sin hacer ruido en mi habitación. En susurros le expliqué lo que debía hacer.

Fue a la puerta y habló con Davy, pero sin abrirla. Él sospechó y le oí rodear la casa sigilosamente para vigilar la puerta de la cocina. Estaba seguro de que me encontraba en la casa y pensó que intentaría huir por detrás. Besé a mi padre, a mi madre y a mi hermana, les pedí que me despidieran de los chicos y abrí con cuidado la puerta principal. Brillaba la luna y Davy se encontraba, como yo había sospechado, vigilando la puerta de atrás. Con las botas en la mano, aprovechando las sombras y sin casi atreverme a respirar llegué hasta el establo. Ensillé el gran semental negro de mi padre y al acabar salí disparado del establo.

Davy corrió hasta el camino y me dio el alto cuando aparecí al galope, con el Colt amartillado en la mano. Me bloqueó el camino, ordenándome que me detuviera y blandiendo sus pistolas. Continué avanzando hacia él y seguramente lo habría arrollado si no se hubiese apartado, disparándome ininterrumpidamente mientras me alejaba. Sabía que lo iba a hacer, así que me oculté agachándome hacia el lado contrario del caballo, aunque no fui lo

bastante rápido porque una quemazón terrible me indicó el lugar del cuero cabelludo donde me había rozado la primera de sus balas.

Continué camino sin aflojar el paso porque aún me quedaban cuarenta y cinco kilómetros por delante hasta llegar a Rock Island. Davy, que siempre llevaba buenas monturas, me seguía de cerca. Sin embargo, nuestros caballos estaban muy igualados. Al principio me disparaba de vez en cuando al tomar las curvas, pero enseguida se cansó. Íbamos dejando atrás kilómetro tras kilómetro y, cuando empezaba a creer que me escaparía, sufrí un accidente. Amanecía en el momento en que me interné en una arboleda en la que aún reinaba la noche. El camino estaba embarrado y los cascos del caballo no hacían ruido. De repente, de la oscuridad y en dirección contraria surgió un caballo con su jinete. Demasiado tarde para evitar el impacto, nuestros caballos chocaron de frente. El corcel y su jinete desconocido cayeron al suelo y yo estuve a punto de verme derribado. Luego supe que era el sheriff y que no había resultado malherido. Pero el semental de mi padre era fuerte. Se sacudió entero, gimió y salió al galope.

Aunque estaba herido y me di cuenta de que perdía velocidad. Davy iba ganando terreno poco a poco. Pronto lo tuve a mi altura, intentado agarrar mis riendas. Había vaciado sus pistolas y no podía dispararme. Una y otra vez le apunté con mi Colt, que sí estaba cargado, pero era un hombre valiente y no se dejó asustar. Yo no quería dispararle, aunque creo que lo habría hecho antes de sufrir la deshonra de verme acusado de desertor. Porque lo cierto era que, en lugar de huir, lo que yo estaba haciendo era intentar regresar lo antes posible al ejército, una actitud de lo más curiosa para un desertor. Pero no disparé, solo usaría el revólver si no me quedaba más remedio.

Galopamos uno al lado del otro durante quince o veinte kilómetros. Poco a poco mi caballo se fue agotando y durante el último kilómetro que aguantó, Davy tuvo que frenar al suyo para que no me dejase atrás. Cada vez que intentaba hacerse con mi brida le golpeaba en la mano con el revólver y no tardó en desistir. Comprendí que el semental no aguantaría mucho más y que debía hacer algo para evitar aquella inmerecida deshonra. Soy y siempre seré un hombre afable, respetuoso con los animales indefensos, pero la necesidad me obligó a hacer lo que hice. Utilicé un truco que había aprendido en el Oeste. Se llama raspado y suele utilizarse con los caballos salvajes. Les disparan de manera que la bala roce levemente la parte superior del cuello. El caballo no resulta herido, solo se queda aturdido, como de piedra, y a los pocos minutos se encuentra tan bien como siempre.

Rápido como el rayo, me estiré por encima de la silla, situé la boca del revólver sobre la nuca del caballo de Davy y apreté el gatillo. Cayó con gran estrépito y lanzó a Davy por encima de su cabeza. Pero Davy se puso en pie de inmediato y mi pobre caballo casi no era capaz de dejarlo atrás mientras me perseguía corriendo a pie.

Miré el reloj. Estaba a tiempo de tomar el primer tren y solo quedaban ocho kilómetros para llegar a Rock Island, pero mi caballo no aguantaría y yo no sabía qué hacer. Sin embargo, fue Davy quien me dio la idea. Al tomar una curva del camino, evité por los pelos tropezarme con el carromato de un granjero que iba a la ciudad. A unos seis metros de distancia había otro que llevaba la misma dirección. Davy detuvo al primero y empezó a acortar los tirantes del caballo: de eso se trataba. Detuve al segundo, que iba conducido por una mujer, y le expliqué la situación mientras hacía lo mismo que él. Ella me dio su permiso porque conocía de sobra los métodos del capitán preboste. Terminamos y montamos al mismo tiempo, yo seis metros por delante de él. Sin embargo, la fortuna parecía favorecerlo porque su caballo era un poco mejor que el mío. Pero no había acortado los tirantes lo suficiente y el animal los pisó y se cayó.

Eso me proporcionó varias decenas de metros de ventaja y cuando entramos en Rock Island aún le llevaba varios cuerpos. ¡Cómo sobresaltamos a la ciudad! Cruzamos la calle principal a la velocidad del rayo mientras la gente, que odiaba al capitán preboste, me aclamaba. Evitamos colisionar por los pelos en una docena de ocasiones y galopamos hasta llegar a la estación de ferrocarril, donde el tren estaba a punto de emprender viaje. Cabalgué entre la multitud tan rápido como me atreví, luego desmonté y me precipité hacia las escaleras. Ya podéis imaginar de qué manera la gente le iba abriendo camino a un soldado descontrolado, sin sombrero y con un revólver enorme en la mano.

Davy el Perseverante me pisaba los talones y tuve que darme la vuelta y mantenerlo a raya con mi arma. No estaba cargada, pero él no lo sabía. Me aparté de él caminando de espaldas y amenazando con apretar el gatillo si me ponía las manos encima. La multitud empezó a ponerse de mi parte y a abuchear al capitán preboste y burlarse de él. «¡Viva el soldado!», gritaban, «¡Muera el capitán preboste!», «¡Dispárale, soldado, dispárale!», «¿Quién arrestó al pobre Tommy Jingles?», «Davy McGregor, el preboste sin corazón», «¡Viva el joven del uniforme azul!».

No paraban de gritar cosas por el estilo, al tiempo que le impedían el paso y lo empujaban. Se pusieron duros de verdad y, mientras yo subía de espaldas

las escaleras que llevaban al andén, se dedicaron a pisotearlo, tirarle de los faldones de la levita y empujarlo de un lado a otro como si fuese una pelota. El revisor dio la señal y el tren arrancó hacia Quincy, entre los gritos de entusiasmo de la gente. Más tarde, aquel mismo día, me reuní allí con mis reclutas. Y cuando conduje a mis robustos compañeros hasta el regimiento y conté la historia, el coronel me dijo: «Buen trabajo, Simón. Creo que bien te has ganado disfrutar de otro permiso».

[1898]



El cubilete del diablo

Rendimos culto en altares extraños; inclinamos la cabeza con delicia;
nuestra ley, el poder es lo más grandioso; nuestro credo, la impía codicia;
respetamos nuestra ley y nuestro credo y, aunque nos parezca incierto,
nuestra ley y nuestro credo nos llevaron a lo más profundo del infierno.

LOS DEVOTOS DE MAMMÓN

LO SÉ NO SOLO por haber encontrado el manuscrito, sino porque también ayudé a enterrar al Hombre que vino del este, conocí a los otros antes de que desaparecieran en dirección al este y también sé que nunca regresaron. Ocurrió en los viejos tiempos, antes de los grandes descubrimientos de Bonanza y Eldorado, cuando al Klondike lo llamábamos río Reindeer. Habría alrededor de cien hombres blancos dispersos por aquella enorme tierra virgen y quizás una veintena de ellos, debido a la gran fe que teníamos en las regiones altas, permanecíamos en nuestros cuarteles de invierno donde el río Stuart desemboca en el Yukón.

En abril, cuando escaseaba la comida, le seguí el rastro a un alce herido y tras él crucé muchos arroyos y líneas divisorias, acampando sin perder el rastro por las noches y pasando hambre a la espera de matarlo. Aquel día puso rumbo al noreste y luego se desvió hacia el río Stuart, para cruzarlo a unos ochenta kilómetros de su desembocadura. Encontré a una india muerta sobre el hielo, una mestiza que, a pesar de lo mucho que debió de haber sufrido, conservaba su belleza. Murió de hambre porque había arrancado tira tras tira de su parka de piel de ardilla y la parte superior de sus mocasines también evidenciaba la manera india de aplacar el hambre. La saqueé y continué tras

el alce —sufría horrores por la falta de comida—, dejando que el hielo al romperse arrastrase el cuerpo con la fuerza del río. En su morral encontré un pedazo de cuero mordisqueado, algo más de dos kilos de pepitas grandes y el manuscrito sobre corteza de abedul que copiaré a continuación. Oculto a propósito la situación del lugar porque algún día iré por allí y volveré siendo muy rico.

(AQUÍ EMPIEZA LA VERDADERA HISTORIA)

TODO RESULTA TAN EXTRAÑO y tan horrible que casi no soy consciente… no soy consciente de que me muero. Y lo peor es morir en posesión de una riqueza sin límites, morir en la cámara del tesoro del mundo. Pero la extraña fatalidad, ¿será tan solo una peculiar serie de acontecimientos o se tratará de una maldición impuesta por el Primer Hombre que vino del otro lado de las montañas? ¿Qué sentido tiene esta mezcla de derramamiento de sangre, asesinato y muerte? ¿Nadie puede escapar a la…? Será mejor que me calme y empiece por el principio. Esta india vivió en una de las misiones de la costa y escribe lo que yo le dicto. Quizás, tras mi muerte, ella sea capaz de alcanzar la civilización y entregarle mi relato al mundo.

Al principio éramos siete, ocho, contando a la india, instalados en la tercera isla por debajo de la desembocadura del Stuart. Éramos soldados de fortuna a los que el azar había unido y poco sabíamos los unos de los antecedentes de los otros. Todos llevábamos varios años en la cuenca del Yukón y nuestro cabecilla, Inuit Kid, llevaba no menos de siete y conocía el país como pocos hombres lo conocieron o lo conocerán jamás. Lucy, la mestiza, era su mujer, a la que había traído desde la misión de Haines, en la costa. También estaban los hermanos Randolf, que eran dos y afirmaban pertenecer a la famosa familia de Kentucky poseedora de su mismo apellido, dos marineros que habían recorrido juntos el mundo entero y un joven graduado universitario (de Yale, si no recuerdo mal) llamado Charley. Nunca supimos su apellido porque evidentemente había salido de casa huyendo de algún lío y deseaba ocultarlo. En lo que a mí concierne, cuanto menos cuente mejor. Baste decir que había perdido a mi compañero en una presa de hielo el otoño anterior y así terminé en compañía de este grupo.

La primera de las muchas cosas que ocurrieron tuvo lugar en los días coitos de diciembre. Acababa de anochecer y estábamos fumando, contando historias y cosiendo mocasines cuando los perros empezaron a armar jaleo.

Luego oímos que alguien maldecía y la intensa cuchillada de un látigo, seguida de un golpe en la puerta. Antes de que nos diese tiempo a abrirla, entró el Hombre que vino del Este. Sus primeras palabras fueron: «¡Por el amor de Dios, necesito fumar!». Charley le puso una pipa encendida en la mano y él se concentró en darle caladas entre largos suspiros de satisfacción. Alto, de ojos oscuros y bigote negro, con la delgadez muscular habitual en quien sigue el camino largo, no podía existir hombre más elegante y apuesto a ojos de una mujer. A menudo he pensado que esa fue la causa del problema que tuvo después. En respuesta a nuestras preguntas relativas a su procedencia, señaló al Este y continuó fumando y suspirando. Olfateamos el rastro del misterio. Nunca antes habíamos oído hablar de un hombre que llegase del este y ni en sueños se nos ocurriría pensar que pudiese hacerlo en invierno. Sin embargo, nos ocupamos de que estuviese cómodo y, como se quedó varios días a fin de comprar perros para llegar hasta Dyea, conseguimos hacemos una vaga idea de su historia.

En primer lugar, seguimos las huellas que había dejado al llegar y descubrimos que se alejaban siguiendo el río Stuart y, en segundo lugar, había traído en su trineo más de cuarenta y cinco kilos de oro, todo en pepitas grandes cuya pureza superaba los dieciocho quilates. Esos son los hechos, el resto salió de su boca y nosotros fuimos componiendo la historia. Dos años antes, durante el verano y en compañía de dos mestizos francocanadienses, viajó en canoa y por tierra desde el lago Athabasca hasta el Gran lago de los Esclavos y luego continuó por el río Mackenzie hasta los 65° de latitud norte y el Gran Lago del Oso. Allí esperaron a que cayeran las primeras nieves para abandonar el río y poner rumbo al oeste, hacia las Rocosas. Tras vagabundear un año por esa región desconocida, siempre en dirección oeste, había encontrado la cabecera del río Stuart y bajado hasta el Yukón. Mencionó de pasada la pérdida de sus dos compañeros y nunca se mostró tímido a la hora de enseñar su oro, además de decirnos con total sinceridad que solo era una pequeña muestra de lo que había descubierto. No conseguimos sacarle nada más, pues mantenía la boca sellada en lo relativo a su vida anterior. Pero, por mucho que lo ocultase, en él había cierto regusto a hombre de mundo que yo no podía dejar de percibir.

A pesar de nuestros ruegos, se preparó para partir el día de Navidad. Acababa de enganchar los perros y estaba a punto de salir cuando aparecieron varias traíllas recién llegadas de la costa. De inmediato nos sorprendió el parecido existente entre él y el cabecilla de los nuevos visitantes. La crisis se produjo incluso antes de que pudiésemos intercambiar saludos. El que

acababa de llegar se sobresaltó y apuntó a nuestro invitado con su rifle. Este demostró una *sang froid* increíble, porque sonrió con una mueca de burla en los labios y dijo: «Ah, querido hermano». Solo eso. No intercambiaron ni una palabra más. Se entendían demasiado bien y no les hacía falta.

La escena siguiente resultaría muy improbable entre gente normal, pero todo es posible para los hombres que se enfrentan a los peligros de la inhóspita región septentrional. Parecía una cita, acordada mucho tiempo atrás, a la que debían acudir en aquel momento y lugar. Rifle en mano y dándose la espalda, cada uno de ellos caminó cincuenta metros y se giró, mientras nosotros nos alejábamos de la línea de fuego.

Jamás se vio escena tan poco adecuada en Navidad. Era mediodía y el borde superior del sol, que a duras penas asomaba por encima del horizonte del sur, proyectaba un rayo rojo sangre a través del cielo. A cada lado brillaba un parhelio y el aire estaba lleno de centelleantes partículas de escarcha. Se imponía el silencio. La enorme extensión de nieve parecía un Sáhara de un blanco monótono solo interrumpido por las oscuras siluetas de los hermanos. Permanecieron mirándose un minuto y luego, cuando el recién llegado terminó de contar «un, dos, tres», se llevaron los rifles al hombro y los dejaron hablar. Nuestro invitado disparaba a tal velocidad que efectuó seis tiros de corrido y luego cayó al suelo con los pulmones perforados. Su oponente era más reflexivo y solo disparó tres veces. Pero no había salido ileso porque una bala le cortó el cordón de las manoplas, otra le machacó un par de costillas y el brazo derecho le colgaba inservible a causa de un tercer impacto.

Avanzó tambaleante sobre la nieve hacia su hermano y lo miró con gran satisfacción. Levantamos al caído hasta sentarlo y, como mostraba deseos de hablar, su hermano se inclinó sobre él. Nunca supimos lo que le susurró, pero su gesto de burla mientras entregaba el alma dio paso a la ira repentina del desconocido. Desenvainó su cuchillo de caza y habría apuñalado al moribundo si Inuit Kid no le hubiese dado un puñetazo en la cara que lo hizo caer de espaldas en la nieve. Los recién llegados se quitaron los guantes y amartillaron los rifles, y la pelea se habría generalizado de no ser porque el desconocido se levantó y se interpuso. En respuesta a sus órdenes, se desamarraron los trineos, se movieron las cargas y se vendaron sus heridas. Luego lo envolvieron en ropa y lo ataron a un trineo. Todo se hizo en menos de cinco minutos: el desconocido había llegado, matado a nuestro invitado y desaparecido. En las tierras del norte los hombres piensan y actúan con rapidez.

Subimos el cuerpo al tejado de la cabaña para que los perros no lo alcanzasen, entramos y celebramos una reunión de emergencia. Los marineros vaciaron sobre la mesa los dos sacos de veintidós kilos y medio llenos de pepitas y desde ese momento la Locura empezó a crecer. Incluso Lucy, a pesar de su carácter impasible propio de los indios, se dejó fascinar de tal modo por el montón de metal resplandeciente que le costó preparar la cena. Tras unos minutos de conversación y conjeturas, Inuit Kid regresó para informarnos de que los desconocidos se habían adentrado en el río Stuart. Se impuso la confusión. Hasta la mujer comprendió lo que aquello significaba. Charley agradeció a todos los dioses paganos que el hombre no pudiese ocultar su rastro en el Ártico, e Inuit Kid dio un puñetazo en la mesa y juró que él pensaba estar presente en el momento culminante.

Luego vino la planificación y la cuestión de quién debía quedarse en la cabaña. En ese momento se desató la Locura. Hombre tras hombre juró rotundamente que él no se quedaría, mientras que el temblor de las aletas de la nariz de Lucy y el hecho de que siempre seguía a su amo y señor dejaban clara su situación. Todos mirábamos el montón amarillo, pensando las cosas raras y soñando los sueños extraños que el hombre piensa y sueña cuando la fiebre de las fiebres se apodera de él.

Pronto lo solucionamos decidiendo que iríamos todos y nos pusimos manos a la obra para preparamos. Reforzamos los trineos, hicimos y reparamos arneses y mocasines y reunimos todos los perros y la comida para perros que habíamos conseguido debido al agradecimiento o al dinero de los blancos y los indios que habían pasado por allí. Tan mal estábamos que cuando nos fuimos a la mañana siguiente dejamos una nota para que el próximo en llegar enterrase al hombre del tejado. La Locura siguió creciendo, porque cuando alguien no entierra al muerto que yace en su umbral, sin duda merece la destrucción.

Componíamos una imagen impresionante, con nuestros ocho trineos y cien perros. Mientras que la traílla normal se compone de entre cinco y siete perros, nosotros llevábamos doce por cada trineo. Pero a pesar de que no teníamos que ir delante, abriendo camino para los perros, tardamos tres días en alcanzarlos. Quedaba claro que viajaban con prisa. Sin embargo y en contra de nuestras expectativas, no pusieron pegas cuando descubrieron que los perseguíamos. No, no mostraron sorpresa alguna cuando los alcanzamos. Eso no nos gustó y esa noche, y muchas noches más, montamos guardia. No fuimos los únicos porque, al realizar un reconocimiento de la zona donde

habían acampado, Abe Randolph descubrió que ellos habían tomado las mismas precauciones.

Aunque sabíamos que conocían la ubicación del tesoro, ellos no sabían que nosotros la ignorábamos. Cada grupo era consciente de que no podría darle esquinazo al otro, porque en una persecución ártica el perseguido siempre abre camino al perseguidor. Parecíamos dos corredores que avanzaban con comodidad a la espera del sprint final que resolvería la situación. A un espectador casual nuestra carrera sin duda le parecería ridícula porque cada día nos alternábamos para ir delante y abrir camino. Aunque ese era el único acuerdo, porque ambos grupos manteníamos un estricto silencio.

Semejante competición resultaría soportable en circunstancias normales, pero la comida era demasiado valiosa como para entretenernos en el camino. Cómo sufrían los perros: nos veíamos obligados a escatimarles el alimento y a la vez exigirles el máximo esfuerzo. Cuando llevábamos casi quinientos kilómetros recorridos, algunos empezaron a mostrarse exhaustos. A esos les pegábamos un tiro y los usábamos como alimento de los que aún se mantenían en pie. Los días de enero eran muy cortos y, como mucho, lográbamos avanzar treinta kilómetros, incluso a veces no llegábamos ni a quince. Pero el esfuerzo y lo duro del trabajo nos afectaban, y por la noche nos dejábamos caer sobre la nieve y dormíamos como muertos. No logro imaginar cómo lo soportaba el cabecilla del otro grupo. A menudo lo oíamos maldecir debido al dolor, cuando el trineo al que iba atado daba sacudidas en los tramos más accidentados. Pero se trataba de un ser indómito. No solo lo soportaba, sino que sus costillas se soldaron y se curaron hasta el punto de que, cuando llegó la época del frío intenso, empezó a dejar el trineo y caminar. Aunque no le quedaba otra, porque de lo contrario se habría congelado.

Todos estábamos agotados y uno de nuestro grupo empezó a dar síntomas de no soportar el esfuerzo. No era la mujer, bendita sea, porque ella había nacido en el camino y había sido criada para estar siempre en marcha, sino el hombre de Yale. Al final se debilitó tanto que no podía hacer nada. Entonces lo obligábamos a echarse al camino en cuanto desayunaba, mientras nosotros levantábamos el campamento, amarrábamos los trineos y enganchábamos a los perros. Siempre lo alcanzábamos y lo adelantábamos en un par de horas, y mucho después de que hubiésemos montado el campamento y cenado, llegaba él tambaleándose, casi muerto. Aunque también estaban muy cansados, los miembros del otro grupo aguantaban mejor y, al comprender la difícil situación en la que nos encontrábamos, decidieron sacarle ventaja, algo cruel

pero justo. Aumentaron las horas de viaje y, aunque nosotros lo sobrellevamos, fue demasiado para Charley. Ya no esperaban a que nos llegase el turno de abrir camino y poco a poco empezaron a alejarse de nosotros. ¿Qué podíamos hacer? Habíamos perdido tantos perros que nos vimos obligados a abandonar cuatro de los trineos y cualquier artículo excedente que llevásemos. Incluso ahora cada uno cargaba con sus rifles y sus municiones, cuando antes habían ido en los trineos.

Poco a poco la cuestión fue tomando forma, aunque no hablábamos de ella ni la insinuábamos. ¿Debíamos abandonar a Charley o al tesoro? Durante tres días más lo obligamos a mantener el paso, pero el último día dejó de sufrir. A pesar de que continuaba a trompicones sobre sus raquetas de nieve, había perdido la cabeza y se reía, floraba y parloteaba sobre los suyos, su casa y su niñez. En una ocasión recuperó la razón el tiempo suficiente para darse cuenta de lo cerca que se encontraba de la muerte y pedirnos que le pegásemos un tiro. Esa noche el otro grupo viajó cuatro horas después de oscurecer y Abe y John Randolph se agotaron arrastrándolo hasta el campamento. No fue capaz de comer y durmió como un tronco en el mismo lugar donde había caído, con los mocasines chamuscándose en la hoguera. A la mañana siguiente los otros levantaron el campamento dos horas antes de lo normal y a nosotros nos resultó imposible levantar a Charley. Su cerebro se despertaba, pero su cuerpo no respondía. No estaba enfermo, solo exhausto. El único remedio que necesitaba era el descanso y nosotros no podíamos dárselo. Descubrimos que cuatro perros más no se encontraban en condiciones de continuar viaje y tuvimos que rematarlos, si no lo habríamos atado a un trineo.

Con los trineos cargados y los perros enganchados esperamos y lo intentamos una y otra vez, en vano. Cuando el sol marcó el mediodía en el horizonte nos pusimos de pie. Había llegado el momento. Nos miramos a los ojos fríamente y sin emoción. El rostro de Lucy expresaba una súplica de lo más elocuente, aunque su garganta guardaba silencio. La Locura se apoderó de nosotros; no podíamos rendirnos. El ruido de los látigos y las quejas de los perros lo despertaron y, por la expresión de su rostro, supimos que había comprendido. Era una expresión de pena, como la de una cierva herida o la de una foca en el momento de matarla. Lo dejamos atrás por culpa de la Locura y no resulta extraño que nuestros dioses nos traicionaran como nosotros traicionamos a nuestro compañero.

Continuamos camino en silencio y la primera en romperlo fue Lucy, que ocupó la retaguardia al lado de Inuit Kid y le suplicó en voz baja. El de mala

gana consintió que ella retrocediese. A los pocos minutos había vuelto, pero nos fijamos en que la pistolera que llevaba sobre la cadera estaba vacía. Luego se oyó un disparo y supimos que Charley se había librado del esfuerzo de los campamentos y el camino.

Estaban tan dispuestos a dejarnos atrás que viajaron hasta bien entrada la noche y adelantaron tanto que no logramos alcanzarlos. El día siguiente terminó de forma parecida y no llegamos a su campamento hasta el anochecer del tercer día. Como antes, no mostraron sorpresa alguna, aunque nos observaron detenidamente y notaron la ausencia de Charley. Nosotros también la notábamos y sentíamos vergüenza, pero no lo dejamos entrever ni con gestos ni con palabras.

El trabajo nos ponía a prueba de una forma terrible, junto al mañana inexorable que constantemente parecía huir de nosotros entre la nieve. Por muy duro que resultase seguir adelante, aun lo era más resistirse al deseo de descansar. Lo que yo hubiera dado por no hacer nada durante todo un día. Cómo envidiaba los días prosaicos de mi niñez… sí, incluso envidiaba a Charley. A menudo pensé en volarme la tapa de los sesos para lograr la paz que tanto ansiaba. Por primera vez comprendí el terrible significado de los versos de Longfellow:

El mar profundo está en calma,
todo duerme en su seno;
un solo paso y todo habrá acabado;
una zambullida, un borboteo y adiós.

Y no me los quité de la cabeza durante las largas horas de esfuerzo, con el monótono chirriar del acero de los trineos y el movimiento perpetuo de levantar las raquetas de nieve. Pero la gran fiebre, la Locura, me mantenía en pie y evitó que utilizara el revólver. Además no sufría solo: todos perdíamos la cabeza, farfullábamos y nos tambaleábamos como si estuviésemos borrachos. Todos excepto Inuit Kid y Lucy: su valor era sobrehumano. No solo aguantaban el dolor sin una queja, sino que hacían doble turno de cocina y al montar y levantar el campamento.

El intenso frío empeoraba la situación. Durante dos semanas los termómetros habían registrado -45 °C; durante ocho días, -51 °C y ahora pasaban de -58 °C. A esa temperatura, nuestro «quitapenas» (nuestro único botiquín) se había congelado por completo. No sabemos cuánto más bajaron las temperaturas. Se nos congeló el rostro —se volvió de un color entre morado y negro y se cubrió de costras— y los pies nos causaban una agonía

continua. El uso constante de las raquetas de nieve nos había provocado unas enormes llagas supurantes en las plantas. Los perros caían sin parar. Ya solo quedaban veinte de los cien con los que habíamos salido. Pero aquello no podía durar eternamente y una mañana nuestra presa salió del río, siguiendo un pequeño afluente que se abría a la izquierda. La caza llegaba a su fin.

Tras viajar un día entero cauce arriba llegamos a un punto en el que se bifurcaba y allí acampamos, sin dejar de vigilar para que no nos diesen esquinazo durante la noche. Al alba ya estábamos de camino. Nos habíamos internado en las Rocosas y el arroyo ahora era un desfiladero. Tuvimos la seguridad de que ya faltaba poco, comprobamos nuestras armas y nos preparamos para el sprint final. Durante todo el día luchamos por abrirnos camino entre el frío y la nieve, y cuando llegaron la noche y el final del desfiladero, nos sentimos terriblemente decepcionados. Pero imaginen nuestro asombro cuando la presa se lanzó en grupo hacia la divisoria y con las hachas empezaron a tallar escalones en la nieve endurecida para ellos y sus perros. No mostraban intención de montar el campamento, así que imaginamos que nuestra meta debía quedar muy cerca.

Alcanzamos la cima a la vez que la luna naciente bañaba de plata la nieve, y nos encontramos sobre una gran meseta, rodeada de cumbres elevadas cuyo blanco esplendor las volvía lúgubres y desagradables. Hasta entonces el rumbo había estado claro, pero cuando el otro grupo comenzó a utilizar la brújula, sacamos la nuestra y fingimos dedicarle todo nuestro interés. Tan bien lo hicimos que nuestros contrincantes nunca se enteraron de que ignorábamos por completo la localización del tesoro. La noche era hermosa y el silencio fantasmagórico del Ártico nos envolvía como un sudario. Hacía un frío cortante, cada inspiración nos hería los pulmones como cuchillos y el hielo se nos acumulaba en el rostro. Mientras sufríamos de esa manera, las estrellas nos observaban sin compasión, mejor dicho exultantes, a la vez que bailaban y brincaban como siempre hacen en el Frío Profundo.

De repente, en pleno centro de la meseta, obligaron a sus perros a salir al galope. Se produjo un movimiento general para desenfundar cuchillos y pistolas mientras luchábamos por mantenernos a la misma altura que ellos. Aquella última etapa de tan impresionante carrera estaba resultando muy extraña: dos grupos de hombres, ávidos de oro, a más de mil quinientos kilómetros de los últimos confines de la civilización, en el corazón de las vastas extensiones de terreno nevado del Norte, corriendo a la par sin saber hacia dónde. Sin previo aviso, los perros frenaron. Nos encontrábamos en el borde de un agujero gigantesco que parecía prolongarse hasta el núcleo de la

meseta. Redondo, de unos noventa metros de diámetro, la caída hasta el fondo sería de trescientos. Las paredes eran perpendiculares por todas partes, excepto en un punto del extremo opuesto, donde la erosión y los sucesivos desprendimientos habían deshecho la empinada formación. Parecía un cubilete gigantesco y, para completar la ilusión, en el fondo descansaban cinco enormes dados de piedra.

Entre maldiciones, latigazos y gritos de ánimo a los perros, rodeamos al galope el vertiginoso borde y, sin detenernos, tomamos el camino de descenso como locos. Al frente iban Inuit Kid y el cabecilla desconocido, uno al lado del otro, seguidos de los suyos, hombres y perros, mezclados de cualquier manera. Los trineos volcaron y cayeron de lado, hacia atrás y del revés, arrastrando con ellos a los perros, que arremetían unos contra otros. Intentamos escapar del lío, pero perdimos pie y salimos volando con ellos. Fue una auténtica avalancha de vida. En nuestro desordenado avance desplazamos grandes cantidades de nieve, en cuyo seno nos llevaba como a un bañista en la cresta de una ola. Alcanzamos a los dos cabecillas y los envolvimos en la ruina común; no se oía nada por encima del estruendo de nuestro paso, excepto una mezcla confusa de gruñidos y juramentos.

Ni siquiera ahora comprendo cómo escapamos a la destrucción total, pero lo hicimos y fuimos a parar entre los grandes dados de piedra del fondo. Quejándonos por las heridas, nos ayudamos unos a otros a salir de aquel lío, desenredamos a los perros e hicimos recuento de las bajas. Dos de sus hombres quedaron aplastados, en muy mal estado, uno de nuestros marineros se rompió las dos piernas y media docena de perros se destrozaron entre ellos durante la pelea.

La luna había avanzado y dejado atrás el borde del pozo por lo que nos rodeaba la oscuridad. Nos tropezamos con una cabaña pequeña de una sola habitación en la que ambos grupos nos metimos como pudimos. Tras esperar un poco a que se derritiera la grasa, encendimos una lámpara que quemaba grasa de beicon y miramos a nuestro alrededor. Se trataba de una cabaña normal que tenía una chimenea de piedra con musgo en las grietas. Pero sobre una tosca mesa alguien había apilado un montón de pepitas valorado en unos cuarenta o cincuenta mil dólares. Como no era más que un anticipo, no le hicimos mucho caso. Bajo la mesa había fragmentos de un esqueleto humano, quizás el del primer descubridor. Sobre el oro encontramos varios pedazos de corteza de abedul cubiertos de palabras escritas en francés. Uno de los del otro grupo lo tradujo en voz alta.

Así nos enteramos de que más de veinte años antes el escritor, «enfermo de muerte y abandonado por su compañero», se había tumbado para morir. Había llegado hasta allí desde las factorías que la Compañía de la Bahía de Hudson tenía por encima de Athabasca y descubierto el tesoro. Contaba su teoría sobre cómo se habría formado el depósito y se explayaba hablando sobre la cobardía y la traición de su socio, para terminar invocando una maldición sobre el oro en nombre de todo lo más sagrado y diabólico. (Aún me estremezco ahora, cuando pienso en esas palabras terribles, y si ha habido una maldición eficaz, sin duda ha sido esa). Bajo sus palabras, alguien con letra distinta había fechado diez años después lo siguiente:

> ¡Ja, ja! Aunque su socio murió, yo estoy aquí y por todos los santos que conmigo no va a funcionar.
>
> DONALD ROSS.

Otra persona recuperaba el hilo de la historia, sin duda nuestro desafortunado huésped de diciembre, ya que su texto estaba fechado tres meses atrás. Decía:

> ¡Pobre infeliz! Se rio antes de lograr salir del bosque. Pero quien ríe el último ríe mejor. ¡Ja, ja, ja!
>
> GRIFFITH BENSON.

Todos nos reímos cuando terminó la lectura. Admito que en parte era una risa histérica, pero con un matiz de burla, satisfacción y egoísmo ciego. Claro que los otros habían sucumbido a la fuerza de la maldición del Primer Hombre, pero sabíamos que con nosotros todo sería diferente. Estábamos locos.

La chimenea enseguida empezó a crepitar, hicimos la cena y nos la comimos, acomodamos a los heridos y los demás nos fuimos a dormir. Habíamos dividido la cabaña entre los dos grupos y cada uno estableció una guardia por miedo a verse traicionado.

La mañana trajo consigo el descubrimiento de la mina, porque todo el fondo de aquel pozo era la mina. Se habían hecho catas en el lecho rocoso en intervenciones anteriores y todas eran abundantes, mucho más de lo que cualquiera de nosotros podría haber soñado. Oro fino, oro grueso y pepitas: bastaba con sacarlo a paladas. No era necesario cribar ni lavar, solo había que

recogerlo. Evidentemente, durante los ciclos de un pasado lejano, una enorme veta de cuarzo se había levantado cientos de metros por encima del actual agujero y, debido a la erosión, la acción del hielo durante la glaciación o algún otro fenómeno de la naturaleza, se había desintegrado y depositado su escombro de oro. Ninguno fue capaz de imaginar cómo se formó el pozo o qué había pasado con los detritos, aunque estábamos seguros de que existiría alguna salida subterránea, de lo contrario se habría llenado de agua.

Había oro y a montones para todos, y creo que enseguida habríamos alcanzado un reparto amistoso si el destino no jugase en nuestra contra. Los dos grupos estaban casi sin comida. Fuimos matando a nuestros perros uno a uno, redujimos las raciones y registramos en busca de caza todo el territorio que nos rodeaba. Un alce o un caribú habría solucionado el problema, pero los grupos de caza solo conseguían matar alguna que otra perdiz o liebre. Aquella zona parecía totalmente yerma e incluso esos pocos ejemplares de caza menor también acabaron por desaparecer.

Ya solo contábamos con los perros, pero estaban delgados y los hombres tenían hambre, así que no duraron mucho. A nosotros aún nos quedaban cuatro cuando el otro grupo acabó los suyos. Durante dos días sus cazadores regresaron con las manos vacías y no pudieron comer. Por supuesto, nosotros no podíamos compartir y ellos no podían morirse de hambre sin más. La perspectiva era muy negra y, aunque nadie habló, intercambiamos muchas miradas asesinas.

La situación llegó a su punto crítico la noche del tercer día. Tras un buen rato de consultas en un rincón, su cabecilla abandonó la cabaña. Se oyó gruñir a los perros que quedaban y al momento siguiente el hombre entró tambaleándose y arrastrando a uno de ellos por el cogote. Todo ocurrió a la velocidad del rayo. Lucy se levantó de un salto para apoderarse del perro, pero Inuit Kid la agarró del brazo y la envió al rincón. Al mismo tiempo el francés lanzó su cuchillo de caza. Mientras Inuit Kid le soltaba un puñetazo al desconocido, el cuchillo silbó en el aire y fue a enterrarse en el hombro de nuestro hombre. No había espacio para utilizar los rifles, pero los revólveres y los cuchillos entraron en juego. La mesa del oro y la lámpara de grasa se hicieron pedazos, así que luchamos como demonios a la luz engañosa de la lumbre. Era un toma y daca sin compasión ni cuartel. Si la oportunidad lo permitía, se remataba al adversario herido. Incluso los caídos y pisoteados apuñalaban hacia arriba a los que seguían de pie, o se liquidaban entre ellos. Dos hombres se enzarzaron y rodaron hasta la chimenea, desde donde se

elevó un repugnante olor a carne quemada. Yo tampoco me crucé de brazos, hasta que caí y se apoderó de mí la oscuridad.

He oído hablar de las luchas más encarnizadas, a muerte, pero nunca creí que participaría en una. Ha pasado una semana desde la pelea y solo quedo yo. De hecho, solo yo seguía con vida cuando Lucy empezó a rebuscar en aquel caos. Qué dura es la ironía del destino: al poco de la pelea, Lucy mató dos alces, por lo que no corre peligro de morirse de hambre, pero está preparando reservas de carne y sé que se marchará de aquí en cuanto yo muera. Que el cielo la ayude, pues se enfrentará a lo que pocos hombres osan enfrentarse. Si lo logra, pido a quienquiera que lea esto que la trate bien y que, si de alguna forma consigue recuperar el tesoro, le proporcione a ella una parte justa. Sin embargo, mi consejo es que evite este lugar, porque sin ninguna duda se trata de la boca del infierno, si bien sé que no servirá de nada. ¿Quién podrá pedirle que se detenga si la fiebre de las fiebres lo posee?

Llega mi hora. Aunque desvaríe, veo las señales. A menudo oigo el retumbar de los dados y veo jugar a mis camaradas. Pronto me uniré a ellos en la partida. Firmaré con mi nombre porque si esto llegase a manos de los míos, así sabrán de mi muerte y que me entrego a ella arrepentido del mal que les hice.

James Ralington

[1898]



La prueba: Un cortejo del Klondike

EL AIRE VIBRABA con el confuso alboroto de muchos sonidos: animada música de vals, el golpeteo de las fichas, el nítido repiqueteo de la bola de la ruleta, las decisiones inequívocas de quienes vigilaban el juego, la alegría ruidosa y las risas y, por encima, por debajo y alrededor de todo eso, el intenso murmullo de las conversaciones. Las velas y las lámparas de queroseno observaban la escena desde arriba. El suelo parecía tener vida gracias al movimiento de los pies enfundados en mocasines de quienes bailaban, mientras que en las mesas se apiñaban los jugadores, concentrados en la persecución del oro. En grupos, los hombres de los arroyos, campamentos y caminos hablaban de hazañas pasadas y planeaban nuevas aventuras. De aspecto descuidado, envueltos en chaquetones, pieles y *muclucs*[5], con los rostros cansados y acabados de quienes conocen el trabajo duro y el sufrimiento, relajaban sus lenguas rígidas y charlaban, reviviendo una y otra vez los viejos tiempos antes de que al día siguiente les tocase volver al camino con sus perros. La alargada barba estaba atestada de quienes querían aplacar la sed u olvidar temporalmente lo fatigoso de su esfuerzo para tanta precariedad.

La música atacó un baile alegre que muy pocos presentes conocían y solo una pareja se atrevió a bailar. Durante un minuto fueron el blanco de todas las miradas. Se produjo una pausa en las conversaciones y luego volvió a oírse un murmullo sordo. Los habían reconocido: eran Lucille y Jack Harrington, el rey de Mastadon. Hacían una pareja estupenda. En ningún campamento minero había mujer más hermosa y encantadora que Lucille, y Jack Harrington, fuerte y apuesto, poseía la concesión más rica de Mastadon. Ella… bueno, ella era Lucille, y en cuanto a su pasado, en Dawson esas cosas se olvidan y se perdonan. Él, como decía todo el mundo, era un muchacho excelente que tenía más suerte y tocaba el violín mejor que cualquier hombre del país.

Mientras bailaban hablaron de muchas cosas: de las regalías, los comisarios del oro[6], el precio de los perros y la comida, de las minas y los

mineros, porque no se conocían y eso era lo que tenían en común. Pero cuando dos seres saludables con tiempo libre para las relaciones sociales se encuentran, la casualidad hará que descubran algo que los una o mejor dicho algo que tengan en común y que no sea muy normal. Antes de que la música callara, ya estaba sembrada la semilla.

—Entonces, ¿toca usted el violín? —preguntó ella—. ¡Oh, enséñeme! Es lo que más me gusta. Prométame que me enseñará.

Y así empezó todo.

☘

TRES SEMANAS DESPUÉS:

Pasada la medianoche, en el punto álgido del baile y los juegos, entran Lucille y Jack, terminando una conversación que había comenzado bajo la fría aurora boreal.

—¿Estás segura? —pregunta él.

—Oh, Jack, te quiero por ti mismo, y me da igual si estás arruinado o tienes miles de onzas de oro. Sé bien lo que siento.

—Eso es fácil decirlo, como es fácil confundir los sentimientos ¿Puedes demostrármelo?

—¿Demostrártelo? ¿Cómo? Ojalá pudiera, pero es imposible.

—No lo es.

—¿No?

—Ven.

En ese momento un cometa cruzó el cielo de Dawson. Se retiró el límite de las apuestas y los mineros abarrotaron las mesas para presenciar el juego. El último turno en la mesa de faro y él apuesta mil dólares a que gana la reina, otros mil por el dos como carta de la banca y mil más a la carta más alta. El dos sigue a la reina y él pierde las tres apuestas. Los testigos guardan un silencio de asombro. En quince minutos toda la ciudad sabe que Jack Harringtort, *el Afortunado*, la está armando y se acercan a ver. La prueba ha comenzado.

Cada vez que arriesga un pagaré, repite la pregunta y ella reitera su respuesta. Al cabo de una hora él pierde quince mil dólares, pero el juego no le parece lo bastante rápido. Manda llamar al presidente del comité formado

por los mineros para ayudar a varias decenas de desafortunados que lo habían perdido todo en el gran incendio. La conversación resulta lacónica:

—Le doy diez mil bajo mano con una condición.

—¿Cuál?

—Que pese el oro y se lo lleve de inmediato.

—Hecho.

Llama al padre B. y repite la jugada, pero esta vez entrega veinticinco mil para el hospital. Y la ciudad entera llega a una conclusión: o Jack Harrington, *el Afortunado,* está borracho o se ha vuelto loco.

—He vendido la mina y esto es lo último que me queda —le dice a Lucille mientras esparce un último puñado de polvo de oro bajo los pies de los bailarines—. ¿Qué opinas ahora de mí?

—¡Jack! ¡Jack! ¡Qué prueba tan dura! Había pensando que haríamos tantas cosas, que nos marcharíamos de aquí y nos olvidaríamos de todo esto, ¡que odio con todo mi corazón! Pero deberías saber que yo no cambio. Que haría cualquier cosa y soportaría lo que fuera por ti. ¡Gracias a Dios! Porque peor no te podría ir y yo ni me he alterado.

—¿Te unirás a mí y me seguirás a los confines de la tierra en medio de la pobreza, el trabajo duro y las privaciones?

—¿Para qué jugar con las palabras? ¿Puede hacer algo más una mujer? Ya te lo he dicho: me has puesto a prueba. ¿Hay algo bajo el sol que una mujer se niegue a hacer cuando ama de verdad?

—Pero ¿lo harías tú?

—Si tú lo quieres, sí. Como las indias, tengo el deber de seguir a mi amo y señor. Sí, y también el placer.

☘

EL VIEJO SOL, acompañado de dos parhelios, acaba de levantarse sobre el horizonte del sur al mediodía y se detiene para observar Eldorado de la región septentrional. Antes de que pueda ocultarse tras la montaña sobre la que se alzó, consigue vislumbrar una escena que todo Dawson se ha detenido para contemplar. Dos trineos muy cargados y un guía de perros indio esperan donde el gentío es más denso, ante el salón de baile. Se abre un camino a la fuerza entre los curiosos y hasta él llegan Jack y Lucille.

La mañana es fría, la escena inhóspita, el entorno duro; sin embargo, la imagen resulta magnífica. Cargado de chispeantes partículas de escarcha, el aire tiene un lustre plateado y centelleante, como la gasa del vestido de un hada. El poderoso Yukón, las impresionantes cumbres y el bosque interminable, monótonamente blancos y transmitiendo la calma inquietante de una esfinge, duermen en el seno del imponente silencio ártico. Arropados con resistentes prendas de cuero y piel gastadas por el uso, los ojos soñolientos de acción y fuerza latente, los buscadores de oro se agrupan como héroes de otros tiempos. Y en medio de todos ellos se encuentra el verdadero rey de las tierras del Norte, Jack Harrington, *el Afortunado*. Desde su gorro de piel de glotón hasta sus *muclucs* inuits, era el hombre entre los hombres. Y ella, cubierta de piel de ciervo, pieles y mocasines adornados con abalorios, con las mejillas sonrosadas y los ojos sonrientes, era una delicia, una auténtica princesa del Ártico.

El aire se llena de adioses y buenos deseos. Los látigos restallan con rencor, los perros lobo embisten el camino con el gemido rápido e impaciente de sus progenitores salvajes y los trineos de acerados patines se dirigen al cauce del río. Entre la multitud alguien canta:

Pero Rut se abrazó a ella[7]…

Todo Dawson se asombró ante la última locura de Jack Harrington, *el Afortunado*, y seguiría asombrándose si esa misma noche no se hubiese olvidado de lo ocurrido, al salir de estampida hacia el arroyo Swede.

☘

YA LLEVABAN UN MES viviendo totalmente aislados en la cabecera del Klondike, en una tosca cabaña levantada por Jack. Exigua había sido su ración de alimentos: beicon, alubias y harina, con algún que otro filete de alce. Para una mujer inteligente, con talento y que ha conocido situaciones mucho mejores, adaptarse a la rutina inhóspita y tosca del ama de casa en semejante hogar, sin ventanas, triste, con su cama de hojalata y ramas de pino y su parpadeante lámpara de grasa, resultaba terriblemente duro. Sin embargo, Lucille lo soportó porque estaba con el hombre al que había elegido, aunque

lo veía poco, ya que él se pasaba el día entero en los bosques o al otro lado de las montañas.

Pero era de esas mujeres para las que las emociones constituyen un factor importante de su existencia y cuando subían al trono de su razón, gobernaban con mano de hierro. Equilibrada, sensible, delicada, con el alma sensual del artista, admiradora de rítmico latir de la armonía y capaz de responder a sus deseos más elevados, no es de extrañar que disfrutara del violín durante las repetidas ausencias del marido. Menos aún que, durante los prolongados anocheceres en los que lo convencía para que tocara, ella se mostrara cautivada. ^ lo que la hacía disfrutar no era el placer instintivo del animal ignorante, porque en el mundo feliz al que renunció había conocido lo mejor de lo mejor. Más bien era como un alma sedienta que se ha internado en el desierto y recuerda las fuentes y manantiales de su niñez.

Sin embargo, Jack empezó a pensar cosas raras del amor que ella mostraba por la música y una especie de celos inconscientes distorsionaron y tergiversaron sus conclusiones. De manera que una noche tocó como si estuviese poseído. Se superó a sí mismo, atreviéndose con los pasajes más difíciles, entre la amargura y el placer nacido de la seguridad de que pronto lo sabría. Ingenioso en las improvisaciones, por fin se atrevió con una que se remontó a lo más alto y descendió a lo más profundo, hasta la fecha inalcanzable. Con aquella armonía voluptuosa la sedujo y la perdió no solo a ella, sino también a sí mismo.

Los compases trémulos y sostenidos se entristecían ante un menor armónico de sutiles carrerillas y acordes melancólicos, dulces. Durante un tiempo, el aire se estremeció con el dramatismo del tema. Luego dio comienzo el *finale*. El *adagio* pasó a *allegrett*o, expresando un reproche apasionado y una recriminación airada, adoptó los primeros indicios del *crescendo* al hacerse más fuerte y luego pasó apresuradamente de *allegretto* a *allegro* y de *allegro* a *velocissimo*. Agitándose, estremeciéndose, temblando y vibrando el violín aullaba su pasión, reventando en un torbellino final de emociones.

Se rompió una cuerda. Se desvaneció el tintineo de un sonido discordante. Se miraron por encima del instrumento amado. En el exterior un perro lobo aullaba desconsolado. La lámpara de grasa parpadeaba triste. El resto era silencio. Él la miró a los ojos como si quisiera desnudarle el alma.

—¿Por mí mismo o por la música? —preguntó.

Con un golpe devastador hizo pedazos el violín.

☘

UNA MAÑANA de principios de abril. En el aire se siente el leve zumbido de la vida, el murmullo apagado del agua que corre, la imprecisa sensación de que comienzan los preparativos. La primavera, que estalla en el milagro instantáneo de las flores, la vida y el movimiento, se ha presentado de manera larvada y sin avisar. Ayer nos dominaba el horrible silencio del invierno, hoy tenemos una extraña sensación de inquietud, de expectación inconsciente, y mañana se oirá el crujir de las ataduras al romperse y la primavera en todo su esplendor nos rodeará como una visión maravillosa.

Todo Dawson se despertó y bebió el tónico vivificante del aire, sintió la premonición de lo que estaba por venir y paseó de un lado al otro de la calle principal para disfrutar de la alegría de vivir. No menos importante era su interés en las traíllas de perros, dispuestas a comenzar su largo viaje al «agua salada», al Exterior. De nuevo los cordiales abrazos, las bendiciones y deseos de buena suerte, de nuevo el restallar de los látigos, el aullido de los perros y el ruido de los trineos al adentrarse en el camino del río. Por última vez, Jack y Lucille le dieron a la espalda a la ciudad dorada.

Como siempre, todo Dawson se emocionó y varios de sus ciudadanos más respetados se dejaron llevar hasta el extremo de bautizar a los viajeros que partían con arroz, un arroz que costaba dos dólares el kilo y solo podía adquirirse en pequeñas cantidades.

Se hicieron varios comentarios.

—Jack Harrington, *el Afortunado*, no necesita cambiar cartas —comentó uno de la fraternidad de los jugadores.

—¿Y por qué iba a necesitarlo? —dijo otro—. Siempre ha tenido buena mano en el juego. ¿Quién iba a pensar que todo este tiempo había poseído más de un kilómetro y medio de concesión en Dominion, tan rica como Eldorado?

—Y dicen que la compró por nada cuando no valía ni la tasa de registro.

—Pues mirad lo que os digo, quizás tenga un Eldorado en Dominion, pero lo que sí tiene es un Bonanza en Lucille.

—¡Os apuesto a que se rompe el hielo antes de que lleguen a Chilkoot!

—¡Yo apuesto a que no!

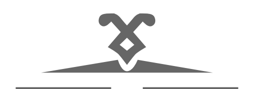
—¿Quién más se apunta?

—¡Dos contra uno a que se rompe!

Y así, todo Dawson se dispuso a jugársela en la carrera que Jack

Harrington, *el Afortunado*, corría con la primavera.

[1898]



Los hombres de Forty Mile

CUANDO JIM BELDEN, el Grande, se aventuró a realizar el —en apariencia— inocuo comentario de que el hielo roto era «bastante raro», no imaginaba a lo que llevaría. Tampoco Lon McFane, cuando afirmó que el hielo anclado aún lo era más. Ni Bettles, al mostrar su desacuerdo de inmediato y decir que la mera existencia de esa clase de hielo era como el hombre del saco.

—¡Y eso lo dices después de los años que hemos pasado en la zona! —exclamó Lon—. ¡Con la de cosas que hemos compartido!

—Pero no tiene sentido —insistió Bettles—. Mira, el agua tiene más temperatura que el hielo y…

—Con poca diferencia, una vez que se abre camino.

—Pero está más caliente porque no se ha congelado. ¿Y tú dices que se congela por el fondo?

—Solo en el caso del hielo anclado, David, solo ocurre con el hielo anclado. ¿Es que nunca te has dejado llevar por un agua clara y transparente como el cristal cuando de pronto, como una nube que cubre el sol, un hielo pastoso empieza a subir sin parar hasta que de orilla a orilla y por todos lados cubre el río como una primera nevada?

—Sí, más de una vez, cuando me he quedado dormido al timón. Pero siempre salía del canal lateral más próximo y no subía sin parar.

—¿Y sin quedarte dormido al timón?

—No. Ni tú. Es pura lógica. Cualquiera me daría la razón.

Bettles recurrió a los que rodeaban la estufa, pero la discusión era entre él y Lon McFane.

—Con lógica o sin ella, lo que yo te digo es verdad. Hace un año, en otoño pasado, Charley *el de Sitka* y yo lo vimos, bajando los rápidos por debajo de Fort Rebanee. El clima era el normal en otoño, el sol destellaba sobre el dorado de los alerces y los álamos temblones, y la luz bollaba en cada ondulación; a lo lejos se veía el invierno y la neblina azul del norte, que bajaban juntos. Eso lo has visto tú también, el hielo formándose en los bordes del río y en los remolinos, mientras el aire brilla y corta, y se siente en la

sangre: cada aspiración te devuelve el ánimo y las ganas de vivir. Entonces es cuando el mundo se queda pequeño y el espíritu viajero se apodera de nosotros.

»Pero me estoy desviando del asunto. Como te decía, remábamos sin un solo rastro de hielo, excepto el de los remolinos, cuando el indio levanta su remo y anuncia: «¡Lon McFane! ¡Mira debajo! Lo había oído contar, pero no esperaba verlo». Ya sabes que Charley *el de Sitka*, como yo, no nacimos en la zona, así que aquello era nuevo para nosotros. Nos dejamos llevar, cada uno echando la cabeza por una de las bordas y mirando hacia abajo, a través del agua cristalina. Como cuando vivía entre los pescadores de perlas, viendo crecer los bancos de coral que parecían jardines bajo el mar. Pues allí estaba, el hielo anclado, concentrado y pegado a cada piedra como si fuera coral blanco.

»Pero lo mejor estaba aún por verse. Al pasar la cola de los rápidos, el agua se vuelve enseguida del color de la leche y la parte de arriba se mueve en círculos pequeñitos, como cuando los peces suben a la superficie en primavera o cae una gotita de agua del cielo. Era el hielo anclado al subir. A derecha e izquierda, hasta donde alcanzaba la vista, el agua estaba igualmente cubierta. Era como unas gachas, resbaladizas a lo largo de la corteza de la canoa y adheridas como pegamento en los remos. Muchas otras veces pasé esos rápidos, antes y después de aquel día, pero jamás volví a ver algo parecido. Es de esas cosas que solo se ven una vez en la vida.

—¡Y que lo digas! —comentó Bettles secamente—. ¿Crees que me trago semejante batallita? Más bien diría que el brillo de la luz te afectó a la vista y el efecto cortante del aire te perjudicó la lengua.

—Lo vi con mis propios ojos y si Charley *el de Sitka* estuviese aquí me daría la razón.

—Pero los hechos son los hechos y no hay forma de cambiarlos. Lo normal no es que el agua que está más alejada del aire se congele primero.

—Pero lo he visto con mis propios ojos…

—No te calientes, hombre —aconsejó Bettles, al ver que la ira celta empezaba a aumentar con rapidez.

—Entonces, ¿no quieres creerme?

—Pues ya que insistes, no. Prefiero creer a la naturaleza y a los hechos.

—¿Así que me llamas mentiroso? —atronó Lon—. Pues deberías preguntarle a esa mujer india que tienes. Que decida ella, porque yo he dicho la verdad.

Bettles lo miró enfadado. El irlandés le había hecho daño sin querer, porque su mujer era la hija mestiza de un comerciante de pieles ruso y se había casado con él en la misión griega de Nulato, a más de mil quinientos kilómetros Yukón abajo, por lo que era de una casta muy superior a la de la esposa india o nativa normal y corriente. Se trataba de un matiz propio de la región septentrional que solo comprendían los aventureros del Norte.

—Supongo que lo puedes interpretar así —contestó a propósito.

En un segundo Lon McFane lo había tirado al suelo, el círculo se había roto y media docena de hombres se interponía entre ellos.

Bettles se puso en pie mientras se limpiaba la sangre de la boca.

—No es la primera vez que me pegan, y no te creas que no me tomaré la revancha.

—Pues yo jamás he permitido que un hombre me llame mentiroso —fue la réplica cortes—. Puedes contar con que estaré dispuesto a colaborar cuando quieras que ajustemos cuentas.

—¿Sigues teniendo ese rifle del calibre 38-55?

Lon asintió con la cabeza.

—Pero será mejor que busques un calibre más apropiado. El mío te abrirá unos agujeros del tamaño de las nueces.

—No te preocupes. Mis balas tienen olfato para saber dónde meterse y se extenderán como las tortitas antes de salir por detrás. ¿Y cuándo tendré el placer de esperarte? El abrevadero no es mal lugar.

—No, no lo es. Pásate por allí dentro de una hora y no tardaré en aparecer.

Ambos se pusieron sus manoplas y abandonaron la factoría, sin hacer caso de las protestas de sus compañeros. Se trataba de una menudencia, pero con hombres como aquellos las cosas sin importancia, nutridas por un carácter brusco tendente a la terquedad, enseguida se convertían en algo gordo. Además, el arte de arder hasta los cimientos permanece agazapado en la matriz del futuro, y los hombres de Forty Mile, atrapados en el interminable invierno ártico, llevaban muy mal el exceso de calor y la inactividad forzosa y se volvían tan irritables como las abejas en otoño, cuando las colmenas tienen exceso de miel.

En aquella tierra no había leyes. La Policía Montada también pertenecía al futuro. Cada hombre medía la ofensa e imponía el castigo según le afectase. Pocas veces había sido necesario intervenir y nunca, en la aburrida historia del campamento, se había violado el octavo mandamiento de la Ley de Dios.

Jim Belden, el Grande, convocó una reunión improvisada. Se escogió a Mackenzie *el Zarrapastroso* como presidente provisional y se envió un

mensajero para solicitar los buenos oficios del padre Roubeau. Su situación era paradójica y lo sabían. Podían intervenir y evitar el duelo por el derecho de la fuerza, sin embargo, semejante actuación iba en contra de sus opiniones, a pesar de corresponderse con sus deseos. Aunque su ética obsoleta y tosca reconocía su prerrogativa individual a saldar golpe con golpe, no soportaban la idea de que dos buenos camaradas, como Bettles y McFane, se enfrentasen a muerte. Tachaban de mal nacido al que no luchase tras sufrir una provocación, pero llegado el momento les parecía mal que lo hiciera.

Un correteo de mocasines y unos gritos, seguidos de un disparo, interrumpieron la discusión. Se abrieron las contrapuertas y entró Malamute Kid, con un Colt humeante en la mano y un brillo de alegría en la mirada.

—Le he dado —dijo. Cambió el cartucho vacío y añadió—: A tu perro, Zarrapastroso.

—¿A Colmillo Amarillo? —preguntó Mackenzie.

—No. Al de las orejas caídas.

—¡Diablos! A ese no le pasaba nada.

—Sal y echa una ojeada.

—Bueno, no importa. Supongo que se habrá contagiado. Colmillo Amarillo volvió esta mañana, le pegó un buen bocado y a mí estuvo a punto de dejarme viudo. Se lanzó hacia Zarinska, pero ella le sacudió las faldas en la cara y salió del lío sin faldas y con un buen revolcón en la nieve. Luego el condenado se internó de nuevo en el bosque. Espero que no vuelva. ¿Has perdido tú alguno de tus perros?

—Uno. El mejor de la jauría, Shookum. Se volvió loco esta mañana, pero no llegó muy lejos. Se metió con la traílla de Charley *el de Sitka* y ellos lo hicieron pedazos y los dispersaron por toda la calle. Ahora dos andan por ahí como locos, así que aún le dio tiempo a contagiarlos. Si no hacemos algo, el censo de perros llegará muy reducido a la primavera.

—Y el de hombres también.

—¿Y eso? ¿Quién tiene problemas?

—Bettles y Lon McFane discutieron y dentro de unos minutos se encontrarán junto al abrevadero para solucionarlo.

Le contaron lo ocurrido y Malamute Kid, acostumbrado a la obediencia que sus congéneres siempre le rendían, se hizo cargo del asunto. Les explicó el plan que enseguida se le ocurrió y todos prometieron seguirle la comente por completo.

—Así no les arrebatamos el privilegio de luchar —concluyó—, pero no creo que lo hagan cuando comprendan la belleza del asunto. La vida es un

juego de azar y los hombres los jugadores. Apostarán todo lo que tienen a una oportunidad entre mil. Si esa oportunidad no existe… no jugarán. —Se dirigió al factor—. Tendero, mide tres brazas de tu mejor manila de un centímetro y medio de grosor. Sentaremos un precedente que marcará a los hombres de Forty Mile hasta el fin de los tiempos profetizó. Luego se enrolló la soga en el brazo y encabezó a sus seguidores a la calle, en el momento justo de tropezarse con los protagonistas.

—¿Qué derecho tenía a meter en esto a mi mujer? —vociferaba Bettles ante el interés de un amigo por tranquilizarlo—. No venía a cuento —concluyó con decisión—. No venía a cuento —repitió mientras paseaba de un lado al otro y esperaba a Lon McFane.

Y Lon McFane, con el rostro ardiente y la lengua rápida, se rebelaba ante la mirada atenta de la Iglesia.

—Mire, padre —gritaba—, pues me dejaré envolver por las llamas con la conciencia tranquila y dormiré en un lecho de brasas. Jamás dirán que a Lon McFane le llamaron mentiroso sin que levantara la mano para defenderse. Y no pido su bendición. Estos años han sido duros, pero el corazón responde como debe.

—No se trata del corazón, Lon —contestó el padre Roubeau—. Lo que te impulsa a matar a otro hombre es el orgullo.

—Usted es francés respondió Lon. Se dio la vuelta para alejarse de él y añadió—: ¿Dirá una misa si la suerte me es contraria?

Pero el sacerdote sonrió, impulsó hacia delante los pies calzados con mocasines y se dirigió hacia el blanco seno del río silencioso. Un sendero abarrotado, del ancho de un trineo de cuarenta centímetros, llevaba hasta el abrevadero. A cada lado, la nieve blanda. Los hombres avanzaban en fila india, sin conversar, y el sacerdote, en medio de ellos y con la estola negra, aportaba al acto el aspecto solemne de un funeral. Era un cálido día de invierno, tratándose de Forty Mile, uno de esos días en los que el cielo, cargado de pesadumbre, se acercaba más a la tierra y el mercurio buscaba la marca insólita de los 30o C bajo cero. Pero aquel calor no producía alegría. Había poco aire en los estratos superiores y las nubes permanecían inmóviles, amenazando con una nevada temprana. La tierra, indiferente, no hacía preparativos, satisfecha de hibernar.

Cuando llegaron al abrevadero, Bettles, que evidentemente había aprovechado el paseo en silencio para rememorar la discusión, soltó un «no venía a cuento» convencido, mientras que Lon McFane guardaba un silencio desalentador. Se sentía tan indignado que no podía ni hablar.

Sin embargo, en el fondo, cuando no anteponían sus propios errores, ambos hombres se asombraban de la actitud de sus compañeros. Habían esperado que se opusieran y aquel tácito consentimiento les dolía. Les parecía que merecían algo más por parte de esos hombres con los que tanto habían intimado y sentían que algo iba mal, molestos por el hecho de que tantos de sus hermanos acudieran —como si se tratara de una ocasión especial, sin pronunciar una sola palabra de protesta— a verlos dispararse el uno al otro. Era como si su valor hubiese disminuido a ojos de la comunidad. Las diligencias los tenían perplejos.

—Espalda contra espalda, David. ¿Serán cincuenta pasos por hombre o el doble?

—Cincuenta —fue la sanguinaria respuesta, gruñida pero sin dejar lugar a dudas.

Sin embargo, la soga recién cortada, a pesar de no estar visiblemente expuesta sino enrollada en el brazo de Malamute Kid, llamó la atención del irlandés y lo hizo estremecer de miedo.

—¿Qué haces con esa soga?

—¡Daos prisa! —dijo Malamute Kid mientras consultaba su reloj—. Tengo una hornada de pan en la cabaña y no quiero que se me baje. Además, empiezo a sentir frío en los pies.

Los demás hombres manifestaron su impaciencia de distintas y sugerentes maneras.

—Pero ¿y la soga, Kid? Es nueva y no creo que tu pan sea tan duro como para que quieras usarla para subirlo, en lugar de la levadura.

Para entonces Bettles se había dado la vuelta. El padre Roubeau, comprendiendo la gracia de la situación, ocultó una sonrisa tras la mano protegida por una manopla.

—No, Lon. Esta soga es para un hombre.

Malamute Kid podía resultar imponente cuando quería.

—¿Qué hombre? —Bettles empezaba a comprender que aquello le interesaba.

—El otro hombre.

—¿A quién te refieres?

—¡Escucha, Lon! ¡Y tú, Bettles! Hemos estado hablando de vuestro problemilla y hemos llegado a una conclusión. Sabemos que no tenemos derecho a evitar que os enfrentéis…

—¡Eso es cierto!

—Y no pensamos hacerlo. Pero hay una cosa que podemos hacer y que haremos: conseguir que este sea el único duelo en la historia de Forty Mile, dai ejemplo a cualquier *chechaquo*[8], venga de donde venga. El hombre que se libre de morir será colgado del árbol más próximo. ¡Vamos! ¡Adelante!

Lon sonrió inseguro y luego su rostro se iluminó.

—Midamos los pasos, David. Cincuenta pasos, media vuelta y no paramos de disparar hasta que uno caiga muerto. Sus corazones no les permitirán hacer eso que dicen, no es más que uno de esos faroles tan propios de los yanquis.

Empezó a andar con una sonrisa de oreja a oreja en la cara, pero Malamute Kid le dio el alto.

—¡Lon! ¿Hace mucho que me conoces?

—Mucho.

—¿Y tú, Bettles?

—Hará cinco años en la crecida de junio.

—Y en todo ese tiempo, ¿alguna vez os han contado que haya roto mi palabra? ¿0 me habéis oído romperla?

Ambos negaron con la cabeza, esforzándose por desentrañar lo que vendría a continuación.

—Entonces, ¿qué opinión tendríais de una de mis promesas?

—Jamás dudaría de ella —respondió Bettles.

—Ojalá tuviésemos el cielo tan seguro —enseguida corroboró Lon McFane.

—¡Pues escuchad! Yo, Malamute Kid, os doy mi palabra, y ya sabéis lo que eso significa, de que el hombre que no muera debido a los disparos lo hará ahorcado con esta soga a los diez minutos del duelo.

Luego dio un paso atrás como lo habría hecho Pilatos tras lavarse las manos.

El silencio se apoderó de los hombres de Forty Mile. El cielo descendió aún más al dejar caer una descarga cristalina de escarcha: pequeños dibujos geométricos perfectos, evanescentes como el aliento, aunque destinados a existir hasta que el sol hubiese cubierto la mitad de su viaje hacia el norte. Los dos hombres mantenían muy pocas esperanzas, pero las mantenían, medio en broma medio en serio, y sus almas una fe inquebrantable en el dios del azar. Ahora esa deidad clemente había sido apartada de aquel asunto. Observaron con atención el rostro de Malamute Kid, pero con el mismo resultado que si fuera el de la esfinge. A medida que transcurrían los minutos, empezaron a sentir que les incumbía a ellos hablar. Por fin, el aullido de un

perro lobo procedente de Forty Mile rompió el silencio. El fantasmagórico sonido creció con el rasgo conmovedor de un corazón roto y luego se desvaneció en un sollozo interminable.

—¡Al diablo!

Bettles se subió el cuello del chaquetón y miró a su alrededor con impotencia.

—Vaya partida que diriges, Kid —gritó Lon McFane—. Todas las ventajas para la casa y ninguna para quien se la juega. Ni el propio diablo se enfrentaría a algo así. Yo tampoco.

Las risas entre dientes quedaron disimuladas por los carraspeos, y los guiños por el gesto de limpiarse la escarcha que bordeaba las pestañas, mientras los hombres ascendían la orilla mellada por el hielo y ponían rumbo a la factoría, cruzando la calle. Pero el prolongado aullido se oía más cerca y en él se apreciaba un nuevo matiz amenazador. Una mujer chilló a la vuelta de la esquina y se oyó gritar a alguien: «¡Ahí viene!». Entonces un chico indio, a la cabeza de media docena de perros asustados, compitiendo con la muerte, irrumpió entre la multitud. Detrás venía Colmillo Amarillo, un destello gris de pelo erizado. Todo el mundo huyó menos el yanqui. El chico indio había tropezado y caído. Bettles se detuvo lo suficiente para agarrarlo por la ropa y luego se dirigió hacia una pila de troncos que algunos de sus colegas ya habían ocupado. Colmillo Amarillo se concentró en perseguir a uno de los perros y pegó un salto. El animal que huía, libre de la rabia pero loco de miedo, hizo caer a Bettles y huyó calle arriba. Malamute Kid disparó en dirección a Colmillo Amarillo. El perro pegó media voltereta en el aire, cayó de espaldas y luego, de un solo salto, cubrió la mitad de la distancia que lo separaba de Bettles.

Pero el salto fatal fue interceptado. Lon McFane se abalanzó desde los troncos apilados y atrapó al perro en el aire. Rodaron juntos por el suelo, Lon sujetándolo por el cuello e intentando alejarlo de sí, mientras la baba fétida que le rociaba el rostro lo hacía parpadear. Bettles esperó su oportunidad sin perder la serenidad, revólver en mano, y puso fin al combate.

—Éste sí que ha sido un juego justo, Kid —comentó Lon mientras se ponía en pie y se sacudía la nieve de las mangas—, con una ventaja adecuada para mí, que me la jugaba.

Esa noche, mientras Lon McFane buscaba el perdón de la Iglesia en la dirección de la cabaña del padre Roubeau, Malamute Kid y Mackenzie *el Zarrapastroso* hablaron largo y tendido con pocos resultados.

Pero ¿lo habrías hecho, si hubiesen peleado? —insistió Mackenzie.

—¿He faltado alguna vez a mi palabra?
—No, pero no te pregunto eso. Contéstame: ¿lo habrías hecho?
Malamute Kid se enderezó.
—Zarrapastroso, no paro de hacerme esa pregunta desde entonces y…
—¿Qué?
—Que de momento no he encontrado la respuesta.

[1898]



El Silencio Blanco



—CARMEN NO DURARA más de un par de días.

Mason escupió un pedazo de hielo y miró apesadumbrado al pobre animal, luego se llevó su pata a la boca y se dedicó a arrancar a mordiscos el hielo que se apiñaba cruelmente entre los dedos.

—Nunca he visto un perro de nombre pretencioso que valiese para algo —dijo mientras concluía su tarea y echaba a un lado al bicho—. Se debilitan y mueren bajo la responsabilidad del nombre. ¿Alguna vez viste malograrse alguno de nombre normal, como Cassiar, Siwash o Husky? ¡No, señor! Mira, por ejemplo, a Shookum. Es…

¡Un mordisco al aire! El delgado animal dio un salto y sus dientes estuvieron a punto de clavarse en el cuello de Mason.

—Así que esas tenemos, ¿no?

Un astuto golpe detrás de la oreja con la empuñadura del látigo dejó al animal tumbado en la nieve, temblando suavemente, con una baba amarillenta goteando de los colmillos.

—Como iba diciendo, mira, por ejemplo, a Shookum. Tiene lo que hay que tener. Te apuesto a que se come a Carmen antes de que termine la semana.

—Pues yo te apuesto otra cosa —contestó Malamute Kid, mientras le daba la vuelta al pan situado frente al fuego para derretirlo—. Nosotros nos comeremos a Shookum antes de que acabe el viaje. ¿Tú qué dices, Ruth?

La india aclaró el café con un trozo de hielo, pasó la mirada de Malamute Kid a su marido y luego a los perros, pero no se dignó a contestar. Se trataba de algo tan evidente que no era necesario. La perspectiva de los más de trescientos kilómetros abriendo camino que les quedaban, con comida para seis días escasos para ellos y ninguna para los perros, no admitía otra alternativa. Los dos hombres y la mujer se agruparon alrededor del fuego y empezaron a dar cuenta de su exiguo almuerzo. Los perros continuaban enganchados —solo era una parada de mediodía— y observaban cada bocado con envidia.

—A partir de hoy ya no pararemos a almorzar —dijo Malamute Kid—. Tendremos que vigilar de cerca a los perros. Empiezan a volverse agresivos. Si tienen la oportunidad, no dudarán en matar a un hombre.

—Y yo que fui presidente de un hogar infantil y di clases de catequesis. —Tras haber compartido esa información irrelevante, Mason se dedicó a contemplar ensimismado sus mocasines humeantes, pero Ruth lo despertó al llenarle la taza—. ¡Gracias a dios que tenemos té de sobra! Lo he visto crecer, en Tennessee. ¡Lo que daría por tener ahora mismo un pan de maíz caliente! No te preocupes, Ruth, no pasarás hambre mucho tiempo más, ni llevarás mocasines.

Al oírlo, la mujer se libró de su tristeza y a su mirada asomó el amor que sentía por su amo blanco, el primer hombre blanco que había visto, el primer hombre que ella había visto tratar a una mujer como si fuera algo mejor que un simple animal o una bestia de carga.

—Sí, Ruth —continuó su esposo, recurriendo a la jerga macarrónica gracias a la que se comprendían—, espera a que nos forremos y vayamos al Exterior. Tomaremos la canoa del hombre blanco e iremos al agua salada. Sí, son malas aguas, bravas, con montañas enormes que no paran de subir y bajar. Y es tan grande, todo está tan lejos…, viajas diez sueños, veinte sueños, cuarenta sueños (iba enumerando los días con los dedos) y siempre ves agua, agua mala. Luego llegas a una aldea grande, mucha gente, como los mosquitos del próximo verano. Con tipis muy altos, como diez, veinte pinos. ¡Sí, es verdad!

Se detuvo impotente, miró suplicante a Malamute Kid y luego, con gran esfuerzo, situó los veinte pinos, uno sobre el otro, por medio del lenguaje de signos. Malamute Kid sonreía con alegre cinismo, pero los ojos de Ruth se abrían asombrados y felices, porque en el fondo creía que él bromeaba y semejante condescendencia complacía su pobre corazón de mujer.

—Luego entras en un… una caja y ¡puf! Subes. —Lanzó su taza vacía al aire a modo de ejemplo y, al cogerla, exclamó—: Y ¡pumba! bajas. ¡Oh, y hay grandes hechiceros! Tú vas a Lort Yukón, yo voy a Arctic City, a veinticinco sueños de distancia, y hay una cuerda muy larga. Yo cojo la cuerda y digo: «¡Hola, Ruth! ¿Cómo estás?» y tú dices: «¿Este ser mi buen esposo?», Yo digo: «Sí», y tú: «No poder hacer buen pan. No tener más bicarbonato», y yo: «Mira en la despensa escondida, bajo la harina. Adiós». Tú miras y coges el bicarbonato. Todo el tiempo has estado en Fort Yukón y yo en Arctic City. ¡Muy buenos hechiceros!

Ruth sonrió de forma tan ingenua al oír ese cuento de hadas que los dos hombres se rieron. Una pelea entre los perros puso fin a las maravillas del Exterior y para cuando lograron separar a los combatientes, que no paraban de gruñir, ella ya había cargado los trineos y estaba lista para salir al camino.

☘

—¡ANDANDO! ¡Vamos! ¡Adelante!

Masón sabía utilizar el látigo y, mientras los perros gemían en voz baja, sujetos a los tirantes, ayudó a arrancar el trineo impulsándolo con la vara. Ruth lo seguía con la segunda ti afila, dejando a Malamute Kid, que la había ayudado a arrancar, en la retaguardia. Era un hombre fuerte y muy bruto, capaz de cargarse un buey de un solo golpe, pero no soportaba golpear a los pobres animales y los consentía como pocos guías de perros hacen. Es más, casi lloraba sus sufrimientos con ellos.

—¡Vamos, adelante, mis pobres animales de patas doloridas! —murmuró tras varios intentos infructuosos para que arrancasen.

Al final su paciencia se vio recompensada y, aunque gimoteaban de dolor, se dieron prisa por alcanzar a sus compañeros.

De momento se acababan las conversaciones: el terrible esfuerzo que exige el camino no permite semejante extravagancia. Entre todos los trabajos de mala muerte, el del camino de las tierras del Norte es el peor. Afortunado quien puede capear un día de viaje al único precio de guardar silencio, y eso cuando el camino ya está abierto.

Entre todos los desoladores esfuerzos, el peor es el de abrir camino. A cada paso la raqueta se hunde y el nivel de nieve llega hasta la rodilla. Luego hay que levantarla, pero sin desviarse ni un milímetro porque la más mínima desviación suele llevar aparejado el desastre. Se levanta la raqueta hasta que la superficie queda despejada y luego se lleva adelante y se baja, mientras el otro pie se eleva perpendicularmente cosa de medio metro. Quien lo intenta por primera vez, si tiene la suerte de evitar acercar peligrosamente las raquetas y consigue no perder el equilibrio, acabará por rendirse exhausto al cabo de cien metros. Quien consigue que los perros no le alcancen durante un día entero puede arrastrarse al interior de su saco de dormir con la conciencia tranquila y más orgulloso que nadie. Y quien viaja veinte sueños en el camino largo es un hombre al que los dioses podrían envidiar.

La tarde avanzaba y, sobrecogidos por el Silencio Blanco, los callados viajeros se concentraban en el trabajo. La naturaleza tiene muchos trucos con los que convence al hombre de su carácter finito —el flujo incesante de las mareas, la furia de las tormentas, el temblor de los terremotos, el prolongado retumbar de la artillería celeste—, pero el más impresionante, el más asombroso de todos es la fase pasiva del Silencio Blanco. Todo movimiento cesa, el cielo clarea y parece de metal, el más ligero susurro semeja un sacrilegio y el hombre se vuelve tímido y se asusta del sonido de su propia voz. Única mota de vida que viaja a través de las vastas y fantasmales extensiones de terreno nevado de un mundo muerto, su propia audacia le hace temblar y comprende que su vida es como la de un gusano, nada más. Cuando menos lo espera, surgen pensamientos extraños y el misterio de todas las cosas lucha por manifestarse. Se apodera de él el miedo a la muerte, a Dios, al universo, la esperanza de la Resurrección y la Vida, la necesidad de ser inmortal, la lucha vana de la esencia aprisionada. Es entonces, o nunca, cuando el hombre camina a solas con Dios.

Así transcurrió el día. El río describía una curva enorme y Mason dirigió su traílla hacia el atajo que cruzaba el estrecho istmo. Pero los perros retrocedían ante el elevado terraplén de la orilla. Una y otra vez, aunque Ruth y Malamute Kid empujaban el trineo, acababan resbalando hacia abajo. Luego se produjo el esfuerzo conjunto. Las pobres criaturas, debilitadas por el hambre, tomaron impulso por última vez. Arriba, arriba, el trineo se acomodó en la cima del terraplén, pero el perro guía Hizo girar hacia la derecha a la traílla que lo seguía, enredando las raquetas de Mason. El resultado fue terrible: Mason perdió el equilibrio, uno de los perros cayó sobre los tirantes y el trineo se vino abajo, arrastrándolo todo al fondo otra vez.

Se oyó el ruido del látigo al golpear violentamente a los perros, en especial al que se había caído.

—No, Mason —suplicó Malamute Kid—. El pobre bicho está en las últimas. Espera, engancharemos a mi traílla.

Mason retuvo deliberadamente el látigo hasta que se oyó la última palabra y entonces lanzó un latigazo prolongado que se enroscó alrededor del cuerpo de la criatura causante del conflicto. Carmen —porque era Carmen— se encogió sobre la nieve, lloró lastimera y luego se dejó caer de lado.

Se trataba de un momento trágico, de un incidente deplorable en pleno camino: un perro moribundo y dos amigos enfadados. Ruth los miraba con interés, pero Malamute Kid se dominó a pesar del reproche que había en su mirada, se agachó sobre el perro y cortó los tirantes. Nadie dijo una palabra.

Doblaron las traíllas y superaron el problema, los trineos avanzaron otra vez al tiempo que la perra moribunda se arrastraba como podía en la retaguardia. Mientras un animal es capaz de viajar no se le sacrifica y esa última oportunidad se le concede —si es capaz de llegar arrastrándose al campamento— con la esperanza de matar ese día algún alce.

Arrepentido de su comportamiento pero demasiado cabezota para pedir disculpas, Mason avanzaba con dificultad al frente de la cabalgata sin imaginar que el peligro se cernía sobre ellos. Los árboles se apiñaban en la resguardada vega y ellos avanzaban sorteándolos. A unos cincuenta metros del camino se alzaba un pino altísimo. Llevaba allí muchas generaciones, durante las que el destino le había preparado aquel fin; quizás quiso lo mismo para Mason.

Se detuvo para atarse la correa del mocasín que se le había soltado. Los trineos pararon también y los perros se tumbaron en la nieve sin rechistar. La quietud resultaba extraña: ni la más mínima brisa rozaba aquel bosque cubierto de escarcha; el frío y el silencio del espacio exterior habían congelado el corazón y golpeado los labios temblorosos de la naturaleza. Un suspiro vibró en el aire; en realidad ellos no lo oyeron, sino que lo sintieron como se siente la premonición del movimiento en un mundo inmóvil. Entonces el árbol gigante, superado por el peso de los años y la nieve, represento su último papel en la tragedia de la vida. Mason oyó el crujido de advertencia e intentó incorporarse de un salto, pero, ya casi erguido, recibió el golpe directamente en el hombro.

El peligro repentino, la muerte inmediata, ¡cuántas veces lo había presenciado Malamute Kid! Las agujas del pino aún temblaban cuando él ya daba órdenes y actuaba. La joven india tampoco dio muestras de debilidad ni alzó la voz para lamentarse en vano como harían muchas de sus hermanas blancas. A la orden de Malamute Kid, dejó caer todo su peso sobre el extremo de una palanca rápidamente improvisada para aliviar la presión, mientras oía gemir a su marido y Malamute Kid atacaba el árbol con el hacha. El acero sonaba alegre al adentrarse en el tronco congelado, cada golpe acompañado de la respiración audible y forzada del leñador.

Por fin Malamute depositó sobre la nieve esa cosa miserable que había sido un hombre. Pero peor que el dolor de su amigo era la angustia muda que reflejaba el rostro de la mujer, ese gesto de duda lleno de esperanza y desesperanza a la vez. Casi no hablaron; los de la región septentrional enseguida aprenden la futilidad de las palabras y el valor incalculable de los hechos. Cuando el termómetro ronda los 55 °C bajo cero, el hombre no puede

yacer muchos minutos sobre la nieve sin morir. Así que desataron los trineos, envolvieron en pieles al herido y lo tumbaron sobre un lecho de ramas. Ante él crepitaba una hoguera para la que habían utilizado la madera causante del contratiempo. Por detrás y en parte sobre él habían situado un rudimentario toldo. Se trataba de un trozo de lona que atrapaba el calor irradiado y lo hacía volver a caer sobre Mason, truco que conocen quienes han estudiado física en su propia fuente.

Y quienes han compartido lecho con la muerte saben cuándo la llamada va en serio. Mason estaba muy malherido, bastaba con un examen superficial para comprenderlo. Tenía lotos el brazo, la pierna y la parte derecha de la espalda, las piernas paralizadas y muy probablemente también habría heridas internas. No daba más señales de vida que los quejidos que dejaba escapar de vez en cuando.

No había esperanzas, nada que hacer. La despiadada noche fue cayendo lentamente sobre el destino de Ruth y el estoicismo desesperado de su raza, añadiendo más líneas de expresión al rostro color bronce de Malamute Kid. En realidad, quien menos sufría era Mason, porque él se encontraba en el Este de Tennessee, en las Grandes Montañas Humeantes, reviviendo escenas de su niñez. Dramática resultaba la melodía de su jerga sureña, tanto tiempo olvidada, mientras desvariaba y hablaba de charcas en las que nadar, la caza del mapache y el robo de sandías. Para Ruth era chino, pero Malamute Kid entendía y sentía lo que solo puede sentir quien lleva años apartado de todo lo que significa la civilización.

Con la mañana, el herido recuperó la consciencia y Malamute se inclinó sobre él para escuchar sus susurros.

—¿Recuerdas cuándo nos encontramos con los tanana, hará cuatro años en el próximo deshielo? Entonces ella no me importaba tanto. Aunque era bonita y creo que la situación me resultaba emocionante. Pero no he parado de pensar en ella. Ha sido una buena esposa, siempre a mi lado y ayudando en los peores momentos Y ya sabes que a la hora de comerciar no hay quien la supere. ¿Recuerdas cuando salvó los Rápidos de Moosehorn para sacarnos a ti y a mí de aquella roca, mientras las balas rompían el agua como granizos?; Y cuando hubo hambruna en Nuklukyeto? ¿0 cuando como contra el deshielo para avisarnos? Sí, ha sido una buena esposa, mejor que la otra. ¿No lo sabías? Nunca te lo conté, ¿eh? Pues hice la prueba, sí, en Estados Unidos, por eso estoy aquí. Nos habíamos criado juntos. Me vine para darle a ella la oportunidad de divorciarse. Y la aprovechó.

»Pero eso no tiene nada que ver con Ruth. Había pensado recoger beneficios y dirigirnos al Exterior el año que viene, ella y yo, pero ya es tarde. No la envíes de vuelta con los suyos, Kid. Para una mujer eso es algo terrible. ¡Piénsalo! Casi cuatro años viviendo de nuestro beicon, alubias, harina y frutos secos para tener que volver al pescado y el caribú de ellos. Para ella no es bueno haber probado nuestras costumbres, reconocer que son mejores que las de su gente y luego verse obligada a volver a ellas. Cuida de ella, Kid ¿Por qué no…? No, siempre has huido de ellas y nunca me has contado por qué viniste a este país. Sé amable con ella y envíala a Estados Unidos en cuanto puedas, pero de forma que pueda regresar si quiere, porque podría echar de menos todo esto.

»Y el cachorro nos ha unido aún más, Kid. Solo espero que sea niño. ¡Imagínatelo! Carne de mi carne, Kid. No debe quedarse aquí. Y si es niña… no puede quedarse, imposible. Vende mis pieles, como poco te darán cinco mil dólares y con la compañía tengo otro tanto o incluso más. Ocúpate de mis intereses junto con los tuyos. Creo que nuestra concesión dará resultados. Ocúpate de que reciba una buena formación. Y Kid, por encima de todo, no permitas que vuelva aquí. Este país no es para el hombre blanco.

»Me muero, Kid. Como mucho duraré tres o cuatro sueños. Tenéis que seguir adelante. ¡Tenéis que seguir! No olvides que son mi mujer y mi hijo. ¡Dios mío, espero que sea niño! No podéis quedaros conmigo. Yo, un hombre moribundo, te pido que sigáis camino.

—Dame tres días —rogó Malamute Kid—. Podrías mejorar. Quizás surja algo.

—No.

—Solo tres días.

—Debéis seguir camino.

—Dos días.

—Son mi mujer y mi hijo, Kid. No me lo pidas.

—Un día.

—¡No, no! Te encargo que…

—Solo un día. Nos las apañaremos con la comida y tal vez mate un alce.

—No. De acuerdo, un día, pero ni un minuto más. Oye, Kid, no me dejes pasarlo solo. Un disparo, basta con apretar el gatillo una vez. Me entiendes. ¡Piénsalo! ¡Piénsalo! ¡Es carne de mi carne y nunca lo veré!

»Dile a Ruth que venga. Quiero despedirme y decirle que debe pensar en el niño y no esperar hasta que yo muera. Si no lo hago, podría negarse a ir contigo. Adiós, amigo. Adiós.

»Kid, oye, cava un agujero por encima de la tienda pequeña, junto al terraplén. Allí extraje una buena muestra con la pala.

»—¡Kid! —Tuvo que inclinarse aún más para oír las últimas palabras, con las que el moribundo rendía su orgullo—. Siento mucho lo de… ya sabes, lo de Carmen.

Malamute Kid dejó a la joven llorando en silencio sobre su hombre, se puso la parka y las raquetas de nieve, se encajó el rifle bajo el brazo y se internó en el bosque. No era un principiante en lo relativo a la severidad de las penas que se viven en las tierras del Norte, pero nunca se había enfrentado a un problema tan terrible como aquel. En términos abstractos se trataba de un asunto matemático muy claro: tres vidas que podían salvarse contra una que ya estaba condenada. Pero ahora las dudas lo atenazaban. Durante cinco años los dos habían labrado los lazos de su amistad hombro con hombro, en los ríos y caminos, en los campamentos y las minas, enfrentándose a la muerte en el hielo las riadas y las hambrunas. Tan unidos estaban que, desde que Ruth se había inmiscuido entre ellos, se daba cuenta de que a veces sentía por ella algo parecido a los celos, aunque era un sentimiento muy leve. Y ahora tenía que encargarse él de romper aquellos lazos.

Aunque rezó para encontrarse con un alce, un solo alce, la caza parecía haber abandonado por completo aquella zona y la noche sorprendió al hombre regresando exhausto al campamento, con las manos vacías y el corazón lleno de penas. Se apresuró al oír el alboroto de los perros y los gritos de Ruth.

Al irrumpir en el campamento vio a la joven en medio de la camada que no paraba de gruñir, intentando defenderse con un hacha. Los perros habían roto la disciplina férrea de sus amos y atacaban la comida. Se unió a la defensa con la culata del rifle y el viejo juego de la selección natural se jugó con toda la crueldad de su entorno primigenio. El rifle y el hacha subieron y bajaron, acertando o fallando el golpe, con monótona regularidad; los ágiles cuerpos se movían a la velocidad del rayo, con los colmillos goteando baba y los ojos de animal salvaje; hombre y bestia lucharon por la supremacía hasta el más cruento final. Luego los animales derrotados se arrastraron hasta el punto más alejado al que llegaba la luz de la hoguera para lamerse las heridas y compartir sus sufrimientos con las estrellas.

Habían devorado todas las provisiones de salmón desecado y solo quedaban poco más de dos kilos de harina para cubrir más de trescientos kilómetros de tierras salvajes. Ruth volvió junto a su marido mientras Malamute Kid troceaba el cuerpo caliente de uno de los perros, cuyo cráneo había quedado aplastado por un golpe de hacha. Guardó con gran cuidado

hasta el último pedazo, excepto la piel y las vísceras, que lanzó a los que habían sido sus compañeros hasta unos minutos antes.

El alba trajo consigo nuevos problemas. Los animales se volvían unos contra otros. Carmen, que aún se agarraba a la poca vida que le quedaba, sufrió el ataque de la manada. El látigo cayó sobre ellos sin efecto alguno: se encogían y lloraban bajo sus golpes, pero se negaron a dispersarse hasta que no quedó ni un solo resto; ni huesos, ni piel, ni nada de nada.

Malamute Kid se concentró en su trabajo mientras escuchaba a Mason, que había regresado a Tennessee y pronunciaba enmarañados discursos y exhortaciones descabelladas a sus hermanos de otros tiempos.

Aprovechando la cercanía de los pinos, trabajaba con rapidez y Ruth lo vio construir una despensa similar a las que usan a veces los cazadores para proteger la carne de los glotones y los perros. Dobló las copas de dos pinos pequeños, uno en dirección al otro y casi hasta el suelo, y los sujetó firmemente con correas hechas de piel de alce. Luego golpeó a los perros hasta dominarlos y los enganchó a dos de los trineos, que cargó con todo excepto las pieles que envolvían a Mason. Después lo arropó bien, ató con fuerza las mantas alrededor de su cuerpo y sujetó cada extremo del paquete humano a los pinos doblados. Un simple movimiento de su cuchillo de cazador bastaría para cortar las correas y dejar el cuerpo en alto.

Ruth había escuchado las últimas voluntades de su esposo y no opuso resistencia. Pobrecilla, había aprendido bien la lección de la obediencia. Desde niña inclinaba la cabeza —y había visto hacer lo mismo a todas las mujeres— ante los señores de la creación y no encajaba en la naturaleza de las cosas que una mujer se resistiera. Malamute Kid le permitió dar rienda suelta a su dolor mientras besaba a su esposo —su propia gente no tenía esa costumbre—, luego la guio hasta el trineo que iba delante y la ayudó a ponerse las raquetas de nieve. Sin ver, por puro instinto, ella cogió el látigo y la vara para impulsar el trineo y ponerlo en marcha, y ordenó a los perros que saliesen al camino. Malamute Kid regresó junto a Mason, que había entrado en coma, y mucho después de que ella se hubiese perdido de vista, se agachó junto a la hoguera, esperando, anhelando, rezando para que su compañero muriera.

No resulta agradable quedarse solo con pensamientos dolorosos en el Silencio Blanco. El silencio de la tristeza es como una liberación y nos envuelve para protegernos, exhalando mil pésames intangibles, pero el luminoso Silencio Blanco, despejado y frío bajo un cielo duro como el acero, resulta despiadado.

Transcurrió una hora, dos, pero el hombre no se murió. Al mediodía el sol, sin superar el horizonte del Sur, sugirió que un incendio se extendía en el cielo, pero enseguida lo apagó. Malamute Kid se levantó y se acercó a su amigo. Lo miró. El Silencio Blanco parecía burlarse y el miedo se apoderó del hombre. Se oyó un disparo, Mason se balanceó hasta ocupar su sepulcro aéreo y Malamute Kid obligó a los perros a galopar desaforados, en su huida entre la nieve.

[1898]



Navidad en el Klondike

DESEMBOCADURA DEL RÍO STUART,
TERRITORIO NOROESTE,
25 DE DICIEMBRE DE 1897



QUERIDA MADRE:

Aquí estamos, sanos y salvos y cómodamente instalados para pasar el invierno. Aún no hemos recibido ninguna carta, así que imaginará lo mucho que deseamos tener noticias de casa. Estos son los días más cortos del año y el sol ya no sale, ni siquiera a las doce.

El tío Hiram y el señor Carter han ido a Dawson para registrar la concesión de varios placeres y recoger el correo, si hay. Se han llevado el trineo y los perros porque debían viajar sobre el hielo. Esperábamos que volvieran para la comida de Navidad, pero supongo que George y yo tendremos que comer solos.

Cocino yo, así que puede estar segura de que será un festín estupendo. Primero empezaremos por lo más básico. Tendremos panceta, porotos, pan de masa fermentada y…

PARECÍA PERPLEJO y, tras rascarse indeciso la cabeza un par de veces, dejó la pluma. Intentó continuar en una o dos ocasiones, pero acabó por abandonar con una expresión indignada en el rostro. Era un joven robusto de dieciocho o diecinueve años y el alegre brillo que acechaba en sus ojos desmentía su falso descontento.

Estaba sentado en una cabaña pequeña, calentita y confortable. Construida con troncos sin descortezar, cuyo interior no medía más de tres metros por

tres y medio, y calentada por una crepitante cocina portátil del Yukón[9], a él le parecía más acogedora que cualquiera de las casas en las que había vivido, excepto una, por supuesto: la que era su hogar de verdad.

Los dos catres, la mesa y la cocina ocupaban dos tercios de la habitación, pero se aprovechaba hasta el último centímetro del espacio. Los revólveres, rifles, cuchillos de caza, cinturones y ropas colgaban de tres de las paredes, en una mezcla confusa de lo más pintoresca, y la que quedaba estaba oculta por unas baldas que contenían todos sus utensilios de cocina. Aunque ya eran las once de la mañana, afuera predominaba una especie de crepúsculo y dentro la oscuridad habría sido total de no estar encendida la lámpara de grasa, que no era más que una taza de hojalata poco profunda llena de grasa de beicon. Un trozo de algodón para sellar hacía de mecha y el calor de la llama derretía la grasa a la velocidad necesaria.

Se acodó en la mesa y se dedicó a observar la lámpara. En realidad no le interesaba y ni siquiera era consciente de mirarla, tan concentrado estaba en intentar descubrir qué más podría añadir a la comida.

En ese momento alguien abrió la puerta y un joven fornido entro con una ráfaga de aire frío, quitándose las raquetas a patadas en el umbral.

—Ya va siendo hora de comer, ¿no? —preguntó en tono brusco al despojarse de las manoplas.

Pero su hermano Clarence acababa de descubrir que panceta, porotos y pan empezaban por «p» y no le contestó. George traía el rostro cubierto de hielo y se contentó con mantenerlo sobre la cocina para que se derritiera. El golpeteo de los pedacitos de hielo sobre la plancha de hierro empezaba a resultar monótono cuando Clarence decidió responder haciendo una pregunta.

—¿A qué representa la «p»?

—A porquería, por supuesto —fue la rápida respuesta que obtuvo.

—Estoy de acuerdo —dijo y suspiró con solemnidad.

—Pero ¿y la comida? Cocinas tú. Ya es hora de empezar. ¿Qué has estado haciendo? ¡Oh, estabas escribiendo! Déjame ver.

Se quedó boquiabierto al llegar a lo de «panceta, porotos y pan» y dijo:

—No es buena idea escribir a casa y decirles que solo comeremos eso en Navidad. Se preocuparían mucho. Oye, ¿no tenemos manzanas deshidratadas?

—Media taza. No basta para una tarta.

—Aumentarán, tonto. Siéntate y añade tarta de manzana a esa lista. Y ya de paso incorpora también unos bollos rellenos de manzana. Podemos intentarlo. metemos dos pedazos de manzana en dos trocitos de masa y los

cocemos. No te des por vencido. Cuando lean esa carta creerán que vivimos como príncipes.

Clarence hizo lo que le decían y luego se sentó con semejante gesto de duda en el rostro que George se puso nervioso y se sintió indeciso.

—No es gran cosa, la verdad —murmuró—. A ver si encontramos algo más… pan, tortitas y… y… salsa espesa de harina, claro.

—Los porotos podemos hornearlos, cocerlos y freírlos —sugirió Clarence —, pero ¿qué se puede hacer con la panceta, si no es freiría?

Pues sancocharla y eso cuenta como otro plato. Ya van nueve. ¿Cuántos más quieres? —dijo su hermano y, para cambiar de tema, añadió—: ¿Cuánto frío crees que hará?

Clarence le echó una ojeada crítica al hielo que se había formado en las rendijas de la puerta y luego dio su veredicto:

—Menos de 35 °C bajo cero.

—El termómetro de alcohol marca 55 °C bajo cero y sigue bajando.

George no pudo evitar que a su voz asomase un tonillo exultante, aunque si le hubiesen preguntado a qué se debía no habría sabido responder.

—Y el agua se congela a 0 °C dijo Clarence y empezó a calcular—. Imagínate la cara de sorpresa que pondrían en casa si supieran que estamos a tantos grados bajo cero.

Y así, como en el fondo eran unos críos, olvidaron temporalmente su monótona dieta mientras discutían animados sobre el cómo y el porqué del frío. Pero cuando uno padece de un apetito saludable no puede huir de él durante mucho tiempo y a las doce empezaron a cocinar su frugal almuerzo.

George acudió a la despensa escondida en busca de la panceta y empezó a rebuscar en los sitios más raros para ver si encontraba algo. La despensa —el lugar donde almacenaban la comida para mantenerla apartada de los perros nativos, perpetuamente hambrientos— había sido construida sobre la parte de atrás de la cabaña. Clarence oyó el jaleo que estaba montando y cuando empezó a gritar: «¡Eureka! ¡Eureka!», salió corriendo para ver qué ocurría.

—¡Maná, hermano mío! ¡Es el maná que cayó del cielo para los hambrientos hijos de Israel! gritó al agitar una lata grande por encima de su cabeza—. Sopa de tortuga falsa. La encontré en la caja de herramientas — continuó diciendo mientras entraban en la cabaña.

Cierto, se trataba de una lata de un litro de una sopa de tortuga muy rica y especialmente preparada. Cantaron, bailaron y se mostraron tan alegres como si hubiesen encontrado una mina de oro. Clarence añadió el artículo al menú de su carta mientras George se esforzaba por convertirlo en dos platos

distintos o incluso más. Parecía tener un don especial para esa clase de trabajo, pero nunca sabremos cuántos platos tentadores habría sido capaz de inventar con ella porque en ese momento oyeron que una traílla de perros ascendía la orilla del río frente a la cabaña.

Enseguida se abrió la puerta y entraron dos desconocidos. Ofrecían una imagen grotesca. Sus cabezas eran dos enormes bolas de hielo con pequeños agujeros donde deberían haber estado las bocas, a través de los que respiraban. Incapaces de abrir la boca o de hablar, estrecharon las manos de los chicos y se acercaron a la cocina. Clarence y George se miraron y observaron con curiosidad a sus extraños visitantes.

—Bueno, la cosa va como sigue —empezó a decir uno de ellos tras quitarse los últimos pedazos de hielo del bigote—: Mi amigo y yo hemos estado dos meses en el Mazy May sin nada que comer excepto carne. Ni harina, ni alubias, ni beicon. Llegó un momento en que nos sentamos para hablarlo y yo le dije: «Oye, Jim, ¿qué te parece si cruzamos la divisoria, nos acercamos a algún campamento del Yukón y volvemos a comer de forma civilizada? ¿No te apetece una comida de Navidad como es debido?», y él contestó: «Estoy de acuerdo, vámonos ahora mismo». Y aquí estamos. ¿Cómo andáis de carne? Afuera, en el trineo, tendremos entre cuarenta y cinco y cincuenta kilos.

En el momento en que Clarence y George le aseguraban que era muy bien recibido, el otro hombre se libró de la última traba para hablar y dijo:

—Eh, muchachos, ¿no tendréis por ahí un poco de pan que os sobre? No sabéis las ganas que tengo de comer pan.

—¡Oye, Jim, cállate! —exclamó indignado su amigo—. Estos chicos van a pensar que te mueres de hambre. ¿Acaso no has comido cuanto has querido?

—Sí —fue la triste respuesta—. Pero solo carne y nada más que carne.

Clarence acabó con la discusión poniendo la mesa con pan de masa fermentada y beicon frío, tras hacerles prometer que eso no les quitaría el apetito para la comida. Los pobres hombres trataron el pan con reverencia y se deshicieron en elogios a su calidad. Luego salieron, desengancharon a los perros y volvieron a entrar llevando consigo unas magníficas piezas de carne de alce. Al verlas, a los chicos se les hizo la boca agua, ya que echaban tanto de menos la carne como los otros el pan.

—Chuletón de alce —susurró George—, filete, solomillo y lomo. Hígado y beicon, asado de costilla, estofado de alce y mollejas fritas. Corre, Clarence, y añádelos al menú.

—No me vuelvas loco. Cocino yo y yo mando, así que tu obedeces. Coge un pedazo de esa carne y vete a la cabaña que hay en la otra isla. A cambio te darán de todo, así que ocúpate de hacer un buen negocio.

Los desconocidos hambrientos se sentaron en el catre y observaron los preparativos con gesto satisfecho, mientras Clarence mezclaba y amasaba la masa para hacer más pan. Al poco regresó George con una taza de manzanas deshidratadas y cinco de ciruelas pasas, aunque todos se sintieron decepcionados al ver que no había podido obtener azúcar. Pero la comida ya prometía ser tan especial que renunciaron encantados a algo tan insignificante como el dulce.

Cuando Clarence se dedicaba a agregar grasa de beicon a la masa de la tarta, un segundo trineo se detuvo ante la puerta y entró otro desconocido. Su figura se recortó vívida unos instantes en el umbral. Aunque llevaba las cejas y las pestañas apelmazadas por el hielo, tenía el rostro perfectamente afeitado y, por tanto, libre de él. Desde los mocasines adornados con abalorios a sus enormes manoplas y gorro de piel de lobo siberiano, todas las prendas que llevaba revelaban que era uno de los reyes de Eldorado, como se llamaba a los millonarios propietarios de minas de Dawson.

Aunque su mandíbula cuadrada y sus ojos de un azul acerado indicaban una fuerza de voluntad indomable y firme, era un hombre de aspecto agradable. Llevaba un cinturón de cuero en la cintura, del que colgaban dos enormes revólveres Colt y un cuchillo de cazador, y en la mano, además del látigo para guiar a los perros, portaba un rifle de pólvora sin humo, del calibre más grande y último modelo. Eso les llamó la atención porque los hombres del Klondike casi nunca van armados y cuando van es por pura necesidad.

Enseguida contó su historia. Su traílla de siete perros, la mejor de la región y por la que hacía poco tiempo había rechazado cinco mil dólares, había sido robada unos días antes. Encontró la pista y descubrió que los ladrones intentaban salir de la zona sobre el hielo, así que pidió prestada una traílla de perros y fue tras ellos.

Se quedaron asombrados por su velocidad, ya que había salido de Dawson a medianoche y recorrido los ciento veinte kilómetros de distancia en doce horas. Quería que los animales descansaran y dormir unas horas él también antes de continuar con la persecución. Dijo que estaba seguro de que los alcanzaría porque habían cometido la imprudencia de partir con un trineo de cuarenta y cinco centímetros de ancho, cuando los trineos normales para los caminos del Yukón solo median cuarenta centímetros, por eso se veían

obligados a abrir camino constantemente para uno de los patines, mientras que él ya se lo encontraba abierto.

Reconocieron al grupo en cuya persecución iba y le aseguraron que sin duda los alcanzaría tras otras doce horas de camino. Luego le dieron la bienvenida y lo invitaron a comer. Para su sorpresa, cuando volvió a entrar tras desenganchar y dar de comer a los perros, trajo consigo varios kilos de azúcar y dos latas de leche condensada.

—Imagino que los que vivís río arriba no contaréis con demasiados lujos —dijo mientras lo depositaba todo sobre la mesa—, y como quería viajar ligero he traído estas cosas para cambiarlas por alubias y harina cuando me surgiera la oportunidad. No, no me deis las gracias. Voy a comer con vosotros. Avisadme cuando esté todo listo.

Se subió a uno de los catres y se durmió al instante.

—Oye, Jim, eso sí que es viajar, ¿no crees? —dijo el hombre del Mazy May con tanto orgullo en la voz como si se hubiese tratado de él mismo—. Ciento veinte kilómetros en doce horas y con tanto frío que no habrá podido viajar más de la mitad del tiempo. Si hubieses hecho una cosa así habrías desaparecido del mapa.

—A ver si te crees que no sé viajar —contestó su amigo.

Pero antes de que pudiera explicar lo buen viajero que era, sus perros y los del recién llegado empezaron a pelearse y hubo que separarlos.

Por fin estuvo lista la comida y en el momento en que despertaban al rey de Eldorado llegaron el tío Hiram y el señor Carter.

—En Dawson no había ni un kilo de azúcar ni una lata de leche a la venta —dijo y se quedó boquiabierto al ver el azúcar y la leche sobre la mesa. Luego, con timidez, contribuyó con un litro de miel espesa.

Ese añadido hizo necesario un cambio en el menú, de manera que, cuando por fin se sentaron a comer, al primer plato de sopa de tortuga falsa le siguieron tortitas calientes con miel. A medida que las exquisiteces de la comida civilizada —como ellos las llamaban— iban apareciendo una tras otra, los ojos de los hombres del Mazy May se fueron abriendo más y más y se quedaron sin habla.

Pero aún les esperaba una sorpresa más. Oyeron el tintineo de unos cascabeles y entró otro viajero cubierto de hielo que solicitaba su hospitalidad. El recién llegado era un periodista de Associated Press que iba camino de Dawson desde Estados Unidos. Lo primero que preguntó fue por el paradero de un tal don Hiram Donaldson, que al parecer acampaba en el Yukón, cerca de la desembocadura del río Stuart. Cuando le señalaron al tío

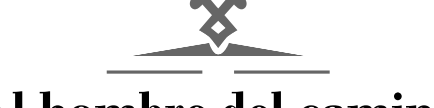
Hiram, el periodista le entregó una carta de presentación del sindicato minero al que él, el señor Donaldson, representaba. Pero eso no fue todo. También le dio un espeso fajo de cartas: las ansiadas cartas de casa.

—¡Caramba! ¡Esto lo supera todo! —dijo el hombre del Mazy May después de haber hecho un hueco en la mesa para el último en llegar. Pero su compañero tenía la boca tan llena de bollo de manzana que solo pudo poner los ojos en blanco para mostrar su acuerdo.

—Ya sé qué significa la «p» —susurró George sobre la mesa en dirección a Clarence.

—Y yo. Significa portentoso. Con p mayúscula.

[1898]



Al hombre del camino

ÑÁDELO.

—Pero, oye, Kid, ¿no crees que va a estar un poco fuerte? Mezclar whisky con otro tipo de alcohol ya es bastante malo, pero si se trata de brandy, salsa a la pimienta y…

—Añádelo. ¿Quién hace el ponche? ¿Eh?

—Malamute Kid sonrió benévolo entre las nubes de vapor—. Hijo, cuando lleves en esta legión tanto tiempo como yo, cazando conejos y pescando salmones, aprenderás que la Navidad solo llega una vez al año. Y una Navidad sin ponche es como agujerear un lecho rocoso sin encontrar ni una sola veta.

—Échale más, sí —dio su aprobación Jim Belden, *el Grande*, que había llegado desde su concesión en el Mazy May para pasar la Navidad y que, como todo el mundo sabía, llevaba dos meses tomando solo carne de alce—. No habrás olvidado el aguardiente que destilamos para los tanana, ¿verdad?

—Ya, es verdad. Chicos, os habría encantado ver a toda la tribu pelear borracha, por culpa de una magnífica reacción de azúcar y masa fermentada. Eso fue antes de que tú llégalas —dijo Malamute Kid dirigiéndose a Stanley Prince, un joven experto en minas que llevaba dos años en la zona—. Entonces no había mujeres blancas en la región y Mason quería casarse. El padre de Ruth era el jefe de los tanana y se opuso, igual que el resto de la tribu. ¿Como una cuba? Bueno, utilicé el último medio kilo de azúcar que me quedaba y fue el mejor trabajo de esa clase que he hecho en mi vida. Teníais que haber visto la persecución río abajo y luego por tierra.

—Pero ¿y la india? —preguntó Louis Savoy, el alto francocanadiense, muy interesado porque había oído contar la hazaña el invierno anterior en Forty Mile.

Y Malamute Kid, gran contador de anécdotas, les ofreció el relato desnudo del Lochinvar[10] de la región septentrional. Más de un tosco aventurero del Norte sintió que le tocaba la fibra sensible y experimentó una vaga añoranza de los pastos soleados del Sur, donde la vida prometía algo más que una lucha estéril con el frío y la muerte.

—Llegamos al Yukón justo después del primer deshielo, de la primera fragmentación rápida del hielo —elijo al concluir el relato—, con la tribu a solo un cuarto de hora por detrás de nosotros. Pero eso nos salvó porque la segunda fragmentación quebró la barrera de hielo que quedaba por encima de nosotros y les bloqueó el paso. Cuando por fin pudieron llegar a Nuklukyeto, toda la factoría los esperaba más que preparada para recibirlos. En cuanto a la reunión, preguntadle al padre Roubeau, aquí presente, él celebró la ceremonia.

El jesuita se sacó la pipa de la boca, pero solo expresó su satisfacción con varias sonrisas patriarcales, mientras protestantes y católicos aplaudían con fuerza.

—¡Caramba! —exclamó Louis Savoy, que parecía superado por la parte romántica del relato—. *La petite* india. ¡Qué valiente Mason!

Luego, cuando empezaron a circular las primeras tazas de hojalata llenas de ponche, Bettles, el Insaciable, se puso de pie y atacó su canción de taberna preferida:

Henry Ward Beecher, el Santurrón
y sus profesores de religión
son prudentes y beben cerveza;
pero por más que se empeñen,
y por mucho que lo nieguen,
se les sube igual a la cabeza.
¡Oh, se les sube igual a la cabeza!

Y el coro de bacanales vociferaba:

¡Oh, se les sube igual a la cabeza!
Pero por más que se empeñen,
y por mucho que lo nieguen,
se les sube igual a la cabeza.

El espantoso brebaje de Malamute Kid hizo efecto. Los hombres que vivían en los campamentos y recorrían los caminos se relajaron bajo la amable sensación que aportaba y compartieron las bromas, canciones y relatos de aventuras pasadas. Como procedían de distintas tierras extranjeras, brindaron por todas y cada una de ellas. Fue Prince, el inglés, quien brindó por el tío Sam, el niño precoz del nuevo mundo; Bettles, el yanqui, quien

bebió a la salud de la reina, «que Dios la bendiga»; y Savoy y Mayers, el comerciante alemán, hicieron tintinear sus tazas por Alsacia y Lorena.

Luego se levantó Malamute Kid, taza en mano, y miró hacia la ventana cubierta con papel engrasado, donde la capa de escarcha medía casi diez centímetros de espesor.

—A la salud del hombre que esté en camino esta noche. Que le dure el alimento, que sus perros conserven las fuerzas y que sus cerillas nunca dejen de encender.

☘

¡ZAS! ¡ZAS!, oyeron la música familiar del látigo, el aullido lastimero de los malamutes y el crujido del trineo al acercarse a la cabaña. La conversación languideció en espera del resultado.

—Un veterano. Primero se ocupa de los perros y luego de sí mismo —le susurró Malamute Kid a Prince mientras oían el mido de las mandíbulas al cerrarse con fuerza, los feroces gruñidos y los aullidos de dolor que, a sus oídos entrenados, indicaban que el desconocido golpeaba a los perros de ellos mientras daba de comer a los suyos.

Luego se produjo la esperada llamada a la puerta, un golpe seco y lleno de seguridad, y el desconocido entró. Deslumbrado por la luz, dudó un momento en el umbral, proporcionando a los demás la oportunidad de observarlo. Se trataba de un personaje sorprendente, de lo más pintoresco, con su vestimenta de lana y pieles propia del Ártico. Medía alrededor de un metro noventa, con la anchura de hombros y la profundidad de pecho proporcionadas, llevaba el rostro bien afeitado, de un rosa reluciente debido al frío, con las largas pestañas y las cejas blancas por el hielo, y las orejeras y el protector de cuello de su enorme gorro de piel de lobo levantados y sin apretar, parecía la personificación perfecta del rey Escarcha llegando en plena noche. Por encima de su chaquetón, un cinto adornado con abalorios servía de soporte a dos Colts grandes y un cuchillo de cazador, mientras que en la mano llevaba, además del inevitable látigo, un rifle de pólvora sin humo, del calibre más grande y último modelo. Al entrar, aunque caminaba con pasos ágiles y decididos, todos comprendieron que la fatiga había hecho mella en él.

Se había producido un silencio incómodo, pero su jovial «¿Cómo estáis, amigos?», los tranquilizó enseguida y Malamute Kid y él se dieron la mano.

Aunque nunca se habían visto, uno había oído hablar del otro y ambos se reconocieron. Tuvo que aceptar una presentación en general y una taza de ponche antes de poder explicar su misión.

—¿Cuánto hace que pasó ese trineo de mimbre con tres hombres y ocho perros? —preguntó.

—Dos días. ¿Vas tras ellos?

—Sí. Es mi traílla. Se la llevaron delante de mis narices, los muy condenados. Yales he recortado dos días. Los cogeré en la próxima jornada.

—Pues ya le han echado agallas —comentó Belden para seguir con la conversación porque Malamute Kid ya había puesto la cafetera al fuego y estaba ocupado friendo beicon y carne de alce.

El desconocido dio unos golpecitos significativos en sus revólveres.

—¿Cuándo saliste de Dawson?

—A las doce.

—¿Ayer por la noche? —preguntó en un tono que lo daba por sentado.

—Hoy.

Un murmullo de sorpresa recorrió el círculo. Normal, porque era medianoche y ciento veinte kilómetros de camino accidentado por el río no se cubrían así como así en una jornada de doce horas.

Sin embargo, la charla pronto se generalizó y empezaron a recordar anécdotas de la niñez. Mientras el joven desconocido comía la rudimentaria cena, Malamute Kid se entretuvo en estudiar su rostro. No tardó en decidir que le parecía agradable, sincero y franco, y que le gustaba. A pesar de conservar la juventud, los sacrificios y el trabajo duro habían dejado su huella en él. Aunque amables durante la conversación y apacibles en reposo, sus ojos azules prometían ese brillo acerado y duro que aparece cuando hay que entrar en acción, sobre todo si surgen dificultades. La mandíbula cuadrada y la firme barbilla denotaban una persistencia y una tenacidad fuera de lo normal. Además, si bien se percibían los atributos del león, no carecía de cierta suavidad, ese atisbo de feminidad que revela una personalidad sensible.

—Así fue cómo mi mujer y yo nos casamos —dijo Belden, al concluir el emocionante relato de su cortejo—. «Aquí estamos, papá», dijo ella. «Y mal rayo os parta», le contestó su padre. Luego a mí me dijo: «Jim, quítate esa ropa de vestir que quiero ver arada una buena parte de esos cuarenta acres antes de la cena». Después se dirigió a su hija y le ordenó: «Y tú, Sal, ocúpate de los cacharros». Luego sorbió y le dio un beso. Me puse muy contento, pero él me vio y me gritó: «¡Eh, Jim!», y salí pitando hacia el granero.

—¿Tienes hijos esperándote en Estados Unidos? —preguntó el desconocido.

—No. Sal murió antes de tenerlos. Por eso estoy aquí. —Belden se concentró en encender su pipa, que no quería tirar, y de repente se le ocurrió inquirir—: ¿Y tú, forastero, estás casado?

Como respuesta, abrió el reloj, lo soltó de la correa que servía de cadena y se lo pasó. Belden levantó la lámpara de grasa, observó el interior de la carcasa con ojo crítico, soltó una palabrota de admiración para sus adentros y le pasó el reloj a Louis Savoy. Tras unos cuantos ¡carambas!, este se lo entregó por fin a Prince, cuyas manos empezaron a temblar y sus ojos se ablandaron de forma elocuente. Así fue pasando de mano callosa en mano callosa la fotografía de una mujer, de aspecto dulce y fiel, como les gusta a esa clase de hombres, y un bebé en brazos. Quienes no habían visto aún la maravilla se morían de curiosidad y quienes ya la habían visto guardaban silencio y se concentraban en sus recuerdos. Podían enfrentarse a las estrecheces y el hambre, a ser presas del escorbuto o a la rápida muerte en el hielo o las riadas, pero la imagen cíe una mujer y un niño desconocidos los convertían a todos ellos en mujeres y niños.

—Aún no he visto al crío. Ella dice que es niño y ya tiene más de dos años —dijo el desconocido mientras recuperaba su tesoro.

Se detuvo un momento para observarlo, luego cerró la tapa y se dio la vuelta. Pero no lo bastante lapido como para ocultarles las lágrimas reprimidas hasta entonces.

Malamute Kid lo acompañó a uno de los catres y le dijo que se acostara.

—Despiértame a las cuatro en punto. No me falles —fueron sus últimas palabras. Un minuto después su respiración ya era la del sueño profundo.

—Desde luego que es un tipo valiente —comentó Prince—. Tres horas de sueño después de ciento veinte kilómetros con los perros y luego otra vez al camino. ¿Quién es, Kid?

—Jack Westondale. Lleva tres años por aquí y solo tiene fama de trabajar como un animal y tener muy mala suerte. No lo conocía, pero Charley *el de Sitka* me habló de él.

—Es duro que un hombre con una esposa tan joven y dulce como la suya permanezca durante años en este agujero olvidado de Dios, donde cada año cuenta como dos en el exterior.

—Su problema es que tiene demasiado coraje y es muy terco. Hizo mucho dinero dos veces con una concesión, pero las dos veces lo perdió.

La conversación se vio interrumpida en este punto por el alboroto que armaba Bettles, ya que el efecto empezaba a diluirse y enseguida los desoladores años de comer siempre lo mismo y trabajar sin descanso se vieron olvidados para entregarse a la diversión. Solo Malamute Kid parecía incapaz de soltarse y no dejaba de mirar con ansia el reloj. Hubo un momento en el que se puso las manoplas y el gorro de piel de castor, salió de la cabaña y se dedicó a rebuscar en la despensa escondida de los alimentos.

Tampoco fue capaz de aguardar a la hora acordada y despertó a su invitado quince minutos antes. El joven gigante tenía todo el cuerpo dolorido y fue necesario darle un buen masaje vigorizante para que pudiera ponerse en pie. Salió de la cabaña tambaleándose de dolor y se encontró con sus perros ya enganchados y todo listo para partir. Los hombres le desearon buena suerte y que la persecución resultase breve. El padre Roubeau lo bendijo a toda prisa y encabezó la estampida hacia el interior de la cabaña, lo que no era de extrañar porque enfrentarse a 59 °C bajo cero con las manos y las orejas sin cubrir nunca resulta buena idea.

Malamute Kid lo acompañó hasta el camino principal y allí, estrechando su mano con efusión, le dio un consejo.

—En el trineo encontrarás cuarenta y cinco kilos de huevas de salmón —le dijo—. Los perros aguantarán con eso tanto como con setenta kilos de pescado, y no podrás conseguir comida para perros en Pelly, como probablemente esperabas. —El hombre se sobresaltó y lo miró sorprendido, pero no lo interrumpió—. No conseguirás ni medio gramo de comida para perros o para personas hasta que llegues a Five Fingers, y eso queda a trescientos veinte kilómetros. Ten cuidado con las aguas abiertas en el río Thirty Mile y no te olvides de seguir el gran atajo por encima de Le Barge.

—¿Cómo lo has sabido? No es posible que la noticia vaya ya por delante de mí.

—No lo sé y lo que es más: no quiero saberlo. Pero tú nunca has sido el dueño de esa traílla a la que persigues. Charley *el de Sitka* se la vendió a ellos la primavera pasada. Sin embargo, en una ocasión me dijo que tú eras un tipo honrado y yo le creo. He visto tu rostro y me gusta. Y he visto… Bueno, maldita sea, busca las zonas altas hasta llegar al mar y a tu mujer y… —Malamute Kid se quitó las manoplas y saco su bolsa.

—No, no lo necesito —dijo y las lágrimas se le congelaron en las mejillas mientras estrechaba con fuerza la mano de Malamute Kid.

—Pues entonces no ahorres en perros; córtales los tirantes en cuanto caigan; compra más y piensa que son baratos a veinte dólares el kilo. Podrás

encontrarlos en Five Fingers, Little Salmón y en Hootalinqua. Y cuidado con los pies mojados —fue su último consejo—. Continúa viajando hasta los 4 °C bajo cero, pero si baja aún más, enciende una hoguera y cámbiate los calcetines.

☘

NO HABÍAN TRANSCURRIDO ni quince minutos cuando el tintineo de unos cascabeles anunció una nueva llegada. Se abrió la puerta y entro un miembro de la Policía Montada del Territorio Noroeste, seguido de dos mestizos expertos en perros. Al igual que Westondale, iban armados y mostraban señales de fatiga. Los mestizos habían nacido en el camino y lo llevaban mejor, pero el joven policía estaba agotado. Sin embargo, la perseverante terquedad de su raza lo llevaba a conservar el ritmo que se había impuesto y lo mantendría en pie hasta caer desmayado.

—¿Cuándo salió Westondale? —inquirió—. Se detuvo aquí, ¿no es cierto?

Eso no era necesario preguntarlo porque las huellas hablaban por sí solas.

Malamute Kid miró a Beldén y este, oliéndose algo, respondió con evasivas:

—Hace ya un buen rato.

—Vamos, amigo, no tenga miedo de hablar —aconsejó el policía.

—Parece que está muy interesado en atraparlo. ¿La ha armado en la zona de Dawson?

—Le robó cuarenta mil a Harry McFarland. Lo cambió en el almacén por un cheque a cobrar en Seattle, ¿y quién evitará que lo cobre si no lo detenemos? ¿Cuándo salió de aquí?

Todos controlaron su entusiasmo porque Malamute Kid así lo había hecho y el joven policía se vio rodeado de rostros imperturbables.

Se acercó a Prince a grandes zancadas y le repitió la pregunta. Aunque al otro le dolió mirar a su compatriota a la cara y comprobar su honradez y seriedad, le dio una respuesta de lo más intrascendente sobre el estado del camino.

Luego el policía se fijó en el padre Roubeau, que no podía mentir.

—Hace un cuarto de hora —respondió el sacerdote—. Pero tanto él como sus perros descansaron cuatro horas.

—Nos lleva quince minutos de ventaja y está descansado, ¡santo cielo!

El pobre hombre retrocedió tambaleándose, a punto de desplomarse de agotamiento y decepción, mientras murmuraba algo sobre recorrer la distancia desde Dawson en diez horas y que los perros no podían más.

Malamute Kid le obligó a tomarse una taza de ponche y luego se dirigió a la puerta para ordenar a los guías que hiciesen lo mismo. Aunque el calor y la tentación de descansar eran demasiado fuertes, se negaron tajantemente. Kid estaba familiarizado con su dialecto francés y escuchaba con ansia todo lo que decían.

Juraban que los perros estaban exhaustos, que tendrían que sacrificar a Siwash y Babette antes de recorrer un kilómetro más, que los otros estaban casi igual de mal y que para todos sería mucho mejor descansar.

—¿Me presta cinco perros? —preguntó el policía a Malamute Kid.

Pero Kid negó con la cabeza.

—Firmaré un cheque a pagar por el capitán Constantine por cinco mil dólares. Aquí tiene los documentos. Estoy autorizado a disponer del dinero según mi criterio.

Otra negativa silenciosa.

—Entonces los requisaré en nombre de la reina.

Con una sonrisa incrédula, Kid miró hacia su bien surtido arsenal, y el inglés, al comprender su impotencia, se giró hacia la puerta. Cuando los guías continuaron poniendo objeciones, se volvió contra ellos como un loco y les dijo que eran débiles como las mujeres y unos cobardes. El rostro moreno del mestizo de más edad se puso colorado de ira, se levantó y le prometió con total claridad que obligaría al jefe de su traílla a avanzar hasta caer muerto y que luego estaría encantado de dejarlo plantado en la nieve.

El joven policía caminó con paso firme hacia la puerta —para lo que tuvo que hacer un esfuerzo de voluntad enorme—, presumiendo de una fuerza que no poseía. Todos reconocieron y valoraron su digno empeño, aunque no logró ocultar las punzadas de dolor que asomaban a su rostro. Cubiertos de escarcha, los perros se acurrucaban sobre la nieve y casi les resultó imposible hacer que se levantaran. Las pobres bestias aullaban bajo el escozor de los latigazos, porque los guías mestizos estaban enfadados y eran crueles. No consiguieron arrancar el trineo y ponerse en marcha hasta que desengancharon a Babette, el jefe de la traílla.

—¡Un sinvergüenza y un mentiroso!

—¡Caramba, mala gente!

—¡Un ladrón!

—¡Peor que un indio!

Resultaba evidente que estaban enfadados, primero por la forma en que los habían engañado y segundo por el ultraje ejercido contra la ética de la región septentrional, donde lo que más se valoraba era la honradez.

—Y ayudamos a ese cobarde, aun sabiendo lo que había hecho.

Todas las miradas se volvieron acusadoras hacia Malamute Kid, que se levantó del rincón donde había acomodado a Babette y en silencio empezó a vaciar el barreño para repartir una última ronda de ponche.

—Hace frío, muchachos. Esta noche es terriblemente fría. —Con ese comentario irrelevante dio comienzo a su defensa—. Todos habéis salido al camino y sabéis lo que eso supone. No hagáis leña del árbol caído. Solo habéis oído una versión del asunto. Jamás habéis compartido comida o manta, ni vosotros ni yo, con un hombre más honrado que Jack Westondale. El pasado otoño le entregó todo su oro, cuarenta mil dólares, a Joe Castrell para que adquiriese una concesión en Dominion. Hoy sería millonario. Pero mientras él se queda en Circle City cuidando a su compañero, enfermo de escorbuto, ¿qué hace Castrell? Se va al garito de McFarland, pide que retiren el límite de las apuestas y pone sobre la mesa la bolsa entera. Al día siguiente apareció muerto en la nieve. Y el pobre Jack haciendo planes para volver este invierno con su mujer y el hijo al que no conoce. Os habréis fijado en que se llevó exactamente la misma cantidad que perdió su socio: cuarenta mil dólares. Bueno, pues ya se ha ido. ¿Qué pensáis hacer al respecto?

Kid paseó la mirada sobre el círculo de jueces, se fijó en cómo se habían suavizado sus rostros y luego levantó su taza.

—A la salud del hombre que está en camino esta noche. Que le dure el alimento, que sus, perros conserven las fuerzas y que sus cerillas nunca dejen de encender. Que Dios le ayude, que tenga buena suerte y…

—¡Que desoriente a la Policía Montada! —exclamó Bettles mientras entrechocaban las tazas ya vacías.

[1898]



El apuesto grumete



Y EL JOVEN atildado era…

—No otro que la mujer con velo.

—¡Oh, no! —exclamé—. Eso está bien para un relato de los que publican los domingos en la prensa, pero en la vida real no resulta tan sencillo engañar a la gente.

—Pues hay muchos ejemplos auténticos: mujeres que sirven como soldados, marineros, exploradores…

—¡Tonterías!

—Te aseguro que Bob, mi hermano pequeño, es un imitador tan bueno que…

—¡Tonterías!

—Todos los días se engaña a alguien y…

—¡Bobadas! —insistí—. Cualquiera que no sea tonto se daría cuenta a la primera ojeada. Un tipo incapaz de distinguir a un hombre de una mujer no me ofrece muchas garantías. A mí en eso nunca me pillarían desprevenido.

—Yo te pillaré —exclamó Jack.

—Ya me gustaría verlo —respondí yo.

—Apuesto a que te engaño en el plazo de seis meses.

—¡Hecho! ¿Cuánto?

—Quien pierda pagará una cena y quien gane escogerá el lugar donde celebrarla, el contenido y los invitados.

—¡Acepto!

Nos dimos la mano y los demás nos rodearon repartiendo toda clase de consejos y bromas. Así se plantó la semilla de la que iba a surgir el inolvidable «romance del apuesto grumete».

Quince días después me encontraba disfrutando en solitario a bordo de mi goleta, Falcon, con rumbo a Honolulú. Acabábamos de dejar atrás el faro de Farralone cuando empecé a sospechar. Desde el cocinero hasta el capitán comenzaron a quejarse del nuevo grumete. Afirmaban que tenía voluntad pero no valía para nada. Billy, el anterior grumete, nos había dejado en la estacada

y mi agente, a quien confiaba todos esos asuntos, enseguida nos consiguió al que ahora lo sustituía.

Tal y como me habían dicho, tenía voluntad, pero… en resumidas cuentas, no conocía sus deberes y no estaba capacitado para ocupar el puesto. Sin embargo, se esforzaba tanto que todos se sentían atraídos por él. Además, era un muchacho muy apuesto. Tenía los ojos negros, las mejillas sonrosadas, la tez levemente aceitunada y un óvalo facial exquisito, por lo que no es de extrañar que me recordase la apuesta hecha con Jack Haliday. Por si fuera poco, teniendo en cuenta que se trataba de un muchacho delgado de quince o dieciséis años, en su figura había una tenue insinuación de plenitud que no hacía más que corroborar mis sospechas.

Pero guardé silencio y esperé a confirmarlas, lo que ocurrió antes de lo que esperaba. Un mediodía me encontraba con el capitán en la toldilla, concentrados en tomar la altura del sol con los sextantes, cuando el chico subió por la escalerilla con un recipiente lleno de hollín y cenizas: acababa de limpiar la estufa del camarote. En lugar de dirigirse a sotavento, se acercó a la barandilla y allí vació la basura, que echo a volar, pero hacia nosotros, por supuesto.

Tras limpiarse los ojos, el capitán agarró al jovencito por un brazo. Nelson era un lobo de mar hecho y derecho, con un dominio absoluto de la jerga callejera que caracteriza a los hombres como él. Lo zarandeó de un lado al otro y lo maldijo con una mezcla de juramentos ingleses y escandinavos que yo nunca había tenido la suerte de oír hasta entonces.

El chico perdió la cabeza y se echó a llorar. Recogió el recipiente y se dirigió hacia el camarote, pero al llegar a mi altura se tambaleó y se vino abajo. Lo cogí antes de que se cayese y… bueno, mi brazo había rozado antes demasiados lugares prohibidos como para que me quedasen dudas al respecto.

—¡Pero si eres una chica! —grité.

El timonel empezó a reírse y me la llevé abajo enseguida para evitar avergonzada delante de los hombres. Allí lloró y sollozó cuanto quiso, mientras yo me esforzaba por consolarla. Por fin se tranquilizó.

—Oh, señor —empezó a decir—, espero que no se enfade conmigo. Yo… él… el señor…

—Ha sido cosa de Jack Haliday, ¿verdad? —interrumpí.

—Sí, señor.

—Entonces ya sabe lo de la apuesta y tendrá que testificar que descubrí su identidad.

—Sí, señor. Y él se enfadará porque perdí —dijo y rompió a llorar otra vez.

—Pues lo hizo usted muy bien.

—Me pareció que debía animarla un poco—. El cocinero jamás lo habría descubierto. Pero, ¡qué caramba!, tendrá usted que cambiarse de…

La situación resultaba violenta para los dos. ¡Y el torpe del cocinero sin enterarse! Lo convoqué al camarote.

—Dígale al grumete de cubierta alemán que pase a ser su ayudante —ordené—. Y vaya a su camarote y recoja el equipaje de la señorita…

—Eastman —sollozó la desconsolada joven.

Recoja el equipaje de la señorita Eastman. Llévelo al camarote de invitados y prepárelo para ella. Cobrará usted una paga extra por este viaje. ¡Venga, váyase no se quede ahí todo el día!

No pude evitar reírme al ver su cara de sorpresa.

—No sé cómo proporcionarle la ropa adecuada —le dije a la joven cuando entró en su nuevo camarote tras su pequeño baúl de marinero.

—No se preocupe, señor —me contestó hecha un mar de lágrimas—. He traído algunos vestidos.

—¡Mal rayo me parta! —exclamó el cocinero al cerrarse la puerta—. Le pido disculpas, señor, pero ¿pretende decirme que el chico es una chica? ¡Quién lo iba a pensar! ¡Y yo compartiendo camarote con ella, un hombre casado! ¿Qué dirá mi mujer?

Aunque intenté explicarle que no era necesario que su mujer se enterase, se marchó hacia la cocina más desconsolado, si cabe, que la pobre criatura que había provocado su aflicción. Sin embargo, lo comprendía bien porque mi situación tampoco era la más adecuada y sabía que los marineros estarían bromeando entre ellos.

Le enviamos la cena al camarote y no salió de él hasta el día siguiente. Quien hizo acto de presencia entonces fue una jovencita recatada, vestida de mujer. Una jovencita muy hermosa, a pesar de lo corto que llevaba el cabello. Me pareció una pena que se lo hubieran cortado para ganar una miserable apuesta.

—¿Qué dirá su familia? —pregunté mientras le pedía explicaciones—. ¿Lo saben?

—Mi hermano, sí. He venido con su permiso.

Su hermano es un canalla y merece que lo azoten. Es una vergüenza, y me quedo corto.

—¿Por qué?

¡Qué pregunta tan difícil! ¿Por qué? Empecé a comprender el lío en el que me había metido Jack Haliday. ¿Por qué? ¡Cuánta inocencia!

—Ni que la hubieran criado a usted en un convento —respondí sin delicadeza alguna.

—Sí, señor. Estuve en el Sagrado Corazón hasta hace un año.

Aquello empeoraba. Vaya responsabilidad me había caído encima. Por fin logré arrancarle toda la historia. Había perdido a su madre durante la infancia y su padre, tendel o, la había enviado al convento del Sagrado Corazón para que la educaran. Las cosas le habían ido de mal en peor y, al morir, su hermano y ella quedaron en la ruina. Por esas vueltas que da la vida acabaron siendo protegidos de Haliday. Ella había mostrado aptitudes para el teatro y Haliday la animó, diciéndole que algún día el vodevil metropolitano recibiría con los brazos abiertos a una *soubrette* con una voz como la suya.

—Y cuando me pidió este favor —concluyó la joven—, ¿qué podía hacer? ¿Negarme, con todo lo que había hecho por mí?

El caso es que el ambiente del velero cambió por completo. ¡Con qué facilidad aquella chica, aquella jovencita de dieciséis años nos llenaba de alegría! Se convirtió en la heroína de todos e incluso Nelson le pidió disculpas. Doy fe de que esa era la primera vez que aquel cabezota hacía algo así. Tocaba el piano bastante bien y, aunque su voz aún no tenía demasiada fuerza y carecía de registro, cantaba con mucha dulzura.

Cuando llegamos a Honolulú, yo quise enviarla de vuelta en un vapor, pero la cándida criatura se negó en redondo y se mostraba tan triste cada vez que yo insistía que al final me rendí. La pobre no tenía ni la menor idea de que aquello pudiese ser perjudicial y, por más que lo intenté, no fui capaz de desengañarla. Le proporcioné fondos y pronto se hizo con un asombroso surtido de vestidos y demás fruslerías femeninas. Asistimos a los conciertos de varios grupos hawaianos, realizamos largas excursiones al interior de la isla y visitamos muchos lugares de interés y esparcimiento. Disfrutamos muchísimo, pero todo lo bueno se acaba y un mes más tarde nos encontrábamos ya cerca del estrecho Golden Gate. Al día siguiente entraríamos en San Francisco.

Yo pensaba en ese día y suspiraba mientras encendía un cigarrillo y miraba la puerta de su camarote. Me preguntaba cuáles serían sus sueños. Luego pensé en mis largas travesías, siempre en solitario. ¡Con lo alegre que esta había resultado! La vida me ofrecía nuevas posibilidades porque empezaba a reconocer algunos de sus encantos, hasta la fecha desconocidos para mí y sobre los que mis amigos no dejaban de explayarse. ¡Cómo había

cambiado las cosas para mí aquella joven! Un tobillo perfectamente torneado en la escalerilla, el paso rápido de un zapatito sobre la cubierta, una risa juvenil, una canción al atardecer… En resumen, ese algo indescriptible de una presencia femenina. Me sobresalté al pensarlo. A ver: dieciséis, veintiséis; diecinueve, veintinueve. No, eso sería mucho esperar. Dieciocho, veintiocho. Eso sí. No era tanta la diferencia. ¡Dos años de espera! ¿Qué pasaría en esos dos años? Ella cambiaría, desarrollaría sus opiniones, sí, y su cuerpo, que tanto prometía. Dos años y entonces…

—¡Ocho campanadas!

El jaleo del cambio de guardia se llevó por delante mi cuento de hadas, así que tiré el cigarrillo y me fui a la cama.

Jack Haliday y toda la pandilla nos esperaban en el muelle del club náutico. Evidentemente, el vigía del Merchants’ Exchange había telegrafiado la noche anterior anunciando nuestra proximidad. Subieron a bordo todos juntos y yo temblé de miedo polla señorita Eastman. Sin embargo, Clara, como había empezado a llamarla, se enfrentó al calvario con valor. La disimulada expectación y las risas ahogadas me hicieron enfadar. Jack Haliday se ocupó de abrir el baile enseguida.

—Oye, por cierto, lo de la cena…

—¿Qué pasa? —pregunté en tono seco.

—Pues que ya lo tengo todo planeado, pero creo que es mejor comentártelo antes. Por si quieres hacer alguna sugerencia.

—¿Que ya lo has planeado todo? —grité—. A mí me parece que la planificación de esa cena me corresponde a mí.

—¡Ja, ja, ja! —empezaron a reírse todos.

—Espero que haya disfrutado de la travesía, señorita Eastman —dijo Jack, dirigiéndose a ella.

—Oh, sí —le respondió la joven, aunque me di cuenta de que le temblaban los labios.

—¿Cómo lo descubriste? —me preguntó a mí.

—Se desmayó en mis brazos y…

—¡Jo, jo, jo! ¡Je, je, je! —Las carcajadas aumentaron y yo le dediqué una sonrisa triunfal a mi desconcertado oponente.

—¿Se enfadó? —continuó preguntando Haliday, imperturbable.

—No —respondió Clara—. Fue muy amable. Cuando llegamos a Honolulú quiso enviarme de vuelta a casa en el vapor, pero yo no se lo permití. Luego nos lo pasamos de maravilla. Me compró bombones y guantes, me llevó a pasear en coche y…

Al oírlo, el grupo se volvió loco. Empezaron a darle golpecitos a Jack en el hombro y en las costillas y luego se abrazaron los unos a los otros sin poder parar de reírse.

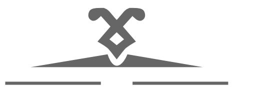
—¡Mira que eres tonto! —exclamó Jack—. ¡Si es mi hermano Bob!

—Imposible —respondí—. Pero si cuando se desmayó en mis brazos, yo…

En ese momento me quedé sin habla porque la recatada señorita Eastman dio un par de volteretas hacia atrás, luego se acercó sonriendo, metió una mano en su seno de doncella y sacó, ¡cielo santo!, un par de almohadillas hinchables como las que usan los jugadores de fútbol americano.

No es necesario que cuente cómo salí pitando en dirección a la casa club, cómo se desarrolló la cena, con Bob Haliday presidiendo la mesa y cómo, hasta la fecha, la simple mención del «apuesto grumete» me provoca cierto enfado que jamás podré superar por completo.

[1898]



En tiempos del príncipe Charley[11]



ECÍS QUE ME AMÁIS más que a vuestra vida. No os creo.

Resulta imposible reflejar en el papel el leve, muy leve, acento de las Tierras Altas de Escocia, un acento que me encantaba y que mucho tiempo después aún me empujaba a despertarme de repente, porque tocaba la fibra sensible de mis recuerdos como los compases apagados de una vieja canción.

—¿Más que a la vida? No, no. No puede ser.

—Ojalá hubiese una prueba que os lo demostrase —respondí, acercándola más a mí, hasta que, dejándose llevar por un impulso repentino, sus labios rozaron mi cuello—. Solo tendríais que pedírmelo y yo os complacería.

—Entonces suponed, solo suponedlo, que os pido que faltéis a vuestro deber.

—Eso sería pedir más que la vida, sería pedir el honor.

—Pero ¿lo haríais? —insistió. Su cálido aliento se apartó de mi cuello cuando alzó la cabeza para mirarme a los ojos.

—El amor no haría nunca semejante petición.

—¿Y si él fuese mi padre?

¡El príncipe Charley, su padre! Sonreí ante semejante suposición mientras respondía:

—Pero vos no tenéis padre. Aun así, no lo haría, no podría. Ahora haré yo las suposiciones. Suponed que fueseis yo, yo fuese vos y él mi padre. (No me atrevía a mencionar el nombre del prisionero, porque ella seguía creyendo que se trataba de Rodenck Mackenzie, el desafortunado comerciante de Edimburgo). Suponed todo eso y que yo os solicitase el mismo favor.

—Os diría: «Vos pedís y yo os satisfago». ¡Hombres! ¡Derrochadores de promesas y dulces palabras! Ayer susurraríais las mismas frases bonitas al oído de otra joven y mañana, sí, mañana, seguramente las consideréis adecuadas para la primera doncella sin redecilla que os encontréis.

Tenía las mejillas rojas y los ojos encendidos cuando se alejó de mí y me miró fijamente. Los años pasados en Inglaterra y el Continente habían desaparecido de golpe y la sangre rebelde de sus antepasados de las Tierras

Altas se lanzaba al ataque. Casi podía ver el destello de los letales claymores —esos mandobles de los escoceses— sobre los tartanes y oír las consignas de los clanes que gritaban los siervos al atacar junto a sus señores, como había visto y oído en la batalla de Prestonpans. Aline permaneció así un momento y luego su pasión se disipó hasta convertirse en una dulzura radiante. ¡Qué abandono tan seductor! Me dominó de tal manera que no temí adentrarme en el abismo del infierno. Había pasado tanto tiempo en el campo de batalla, entre camorristas borrachos, ajeno a las mejores facetas de hombres y mujeres que aquella joven pura y honesta estuvo a punto ele convencerme. Pero me habían adiestrado bien, era un hombre íntegro y, aunque la amaba con toda mi alma, no podía mancillar mi honor, ni siquiera en medio de una desenfrenada charla entre enamorados, porque no era más que eso.

—¡Hombres! —continuó diciendo—. Respetáis la pasión y el honor, pero el amor… ¡ah, el amor! El amor queda reservado para nosotras. La pasión y el honor, nuestras mayores esperanzas, nuestros sueños más prometedores, se pierden, se pierden por completo cuando amamos. No, no se pierden, se doblegan a las órdenes del amor. Cuando amamos lo damos todo, cuerpo y alma, todo cuanto poseemos o esperamos poseer. Como Raleigh extendió su capa sobre el fango al paso de la rema, así extendería yo mi cuerpo para que aquel por quien mi corazón late lo pisara sin mojarse los pies. ¡Oh, Griffith! Vos… yo…

Aquella criatura nerviosa se derrumbó y rompió a llorar sobre mi hombro. Así continuó sollozando hasta que un golpe en la puerta de la cámara interior nos interrumpió. Como había dado permiso a Jeannie para ausentarse durante la noche, debía ocuparme yo de atender al príncipe, así que me apresuré a secar sus lágrimas con mis besos y me acerqué a la puerta. Justo a tiempo, porque ya se oían las pisadas de mi teniente en las escaleras.

Ahora conviene que ponga por escrito cómo yo, Griffith Risingham, capitán de nuestro buen rey Jorge II, llegué a protagonizar (como diría mi anciano tutor) la escena que acabo de describir, pasando del éxtasis amoroso al deber carcelario; cortejando primero a la hija de un señor de las Tierras Altas y atendiendo después a los deseos de mi noble prisionero.

☘

DE 1742 A 1745 SERVÍ en el Continente, en los ejércitos aliados, ya fuesen los de Alemania e Inglaterra, o los de Holanda, Austria e Inglaterra. Nuestra campaña en Flandes terminó con la derrota en la batalla de Fontenoy, porque, debido a la amenaza de una invasión francesa y al levantamiento jacobita de Escocia, el rey Jorge ordenó que todos sus soldados volviesen a casa.

Sin duda, tres años de cruentas batallas me hacían merecedor de un buen descanso, pero enseguida se me envió a Escocia con mi escuadrón, porque los ánimos en las Tierras Altas estaban muy exaltados y el príncipe Charley marchaba sobre Edimburgo. El mismo día en que me uní a Sir John Cope, sufrimos la lamentable derrota de Prestonpans y mis fatigados soldados de caballería se dispersaron como la paja ante los cuatro vientos del cielo. Solo conseguí reunir a cien de ellos y no sé qué habrá sido del resto.

Luego llegó la retirada, seguida de otro avance y el sol brilló sobre nuestras armas en Culloden. Nuestros soldados lucharon como demonios y cuando la línea de batalla escocesa flaqueó y se rompió, no dieron cuartel y dejaron los caminos cubiertos de cadáveres hasta Inverness. Tras la masacre me enviaron en persecución del Pretendiente y demás residuos del territorio rebelde. Seguimos los pasos del príncipe Charley a fuego y espada, comprobando cualquier pista, incluso las falsas que nos daban los pérfidos habitantes de las montañas. Teniendo en cuenta la recompensa de treinta mil libras que pesaba sobre su cabeza, no era de extrañar que no perdiésemos el tiempo.

A mediados de julio, aunque mis hombres pedían a gritos un descanso, me apresuré a reunirme con Campbell y Scot, de quienes se rumoreaba que, junto con mil hombres, habían rodeado al príncipe. Al mismo tiempo se produjo un incidente sin importancia que enseguida se difundió fuera del país. Una decena de mis soldados de caballería, mientras batían la desolada extensión de tierra que recibe el nombre de Braes of Glenmoriston, se tropezaron con un acechador al que tomaron por el príncipe. En un santiamén corrían hacia Fort Augustus con su cabeza, dispuestos a recibir las treinta mil libras. La verdad es que el pobre diablo no era otro que Roderick Mackenzie, un jacobita importante que esperaba la oportunidad de escapar al extranjero. Debido a esa información, la búsqueda decayó y quienes creían tener rodeado al Pretendiente, al suponerlo ya detenido, omitieron perseguirlo. Debido a eso y a su buena suerte, consiguió dejar atrás los campamentos ingleses y dirigirse a Braes of Glenmoriston, con la esperanza de encontrarse con el Lochiel, el jefe del clan Cameron.

Así fue cómo me lo tropecé una tarde de llovizna. No resultaba un espectáculo grato teniendo en cuenta su soberbio linaje. Poco se parecía aquel renegado descalzo y sin afeitar, con la camisa sucia y la banda escocesa hecha jirones, a Carlos Eduardo, príncipe heredero de la corona sin valor alguno de Jacobo II. Iba fuertemente armado —un fusil en la mano y un puñal y una pistola al cinto—, pero los sufrimientos y las privaciones le habían quebrantado el espíritu y no nos dio problemas. Además, por motivos personales se comportó de tal forma que mis soldados no se enteraron de su verdadera identidad y creyeron que se trataba de Roderick Mackenzie. A mí no me interesaba que descubrieran la verdad, pues no había olvidado la traición de los villanos que en lugar de acudir a mí habían corrido hacia Fort Augustus con su trofeo infructuoso.

Permitiendo que la búsqueda continuase libremente, me retiré con mi real prisionero a Colin na Gaugh, una deprimente aldea de pescadores con unos pocos cientos de habitantes situada en el continente, frente a la isla de Skye. Tenía la intención de esperar allí la llegada del *Balmoral*, el barco del rey, que podría producirse en cualquier momento, porque en las Tierras Altas aún quedaban rescoldos de la rebelión y me parecía más sencillo llevar a mi prisionero a Inglaterra de aquella forma.

Los pescadores observaron imperturbables nuestra llegada y nos recibieron entre gestos hoscos y maldiciones en voz baja. Aunque no conocían al príncipe, imaginaron que se trataría de algún refugiado jacobita y se pusieron de su lado. Pero al mirar a mis fornidos muchachos, bien curtidos y marcados por unas cuantas campañas continentales, supe que pocos problemas podían causarnos. Además, perdonaba en parte a aquellos pobres diablos, porque nuestra bandera nunca había aparecido entre ellos si no era seguida de armas de fuego, espadas y el saqueo de una soldadesca licenciosa. En verdad tenían motivos para el rencor.

A pesar de sus míseras casuchas, la aldea comerciaba regularmente a lo largo de la costa y, según supe más tarde, también en el extranjero. Como resultado de ello contaba con un mesón que no estaba nada mal, y donde yo pretendía alojarme tras distribuir a mis hombres entre los aldeanos.

Allí conocí a Aline. Al acercarnos, la multitud que se agolpaba a la puerta de la posada y el griterío que producía nos dejó claro que ocurría algo fuera de lo normal. El rostro del posadero estaba rojo de ira y la voz aguda de su esposa subía de tono cada vez más, pero no eran capaces de acallar la intensa voz de una mujer de las Tierras Bajas, que devolvía sin demora cualquier ataque recibido. Luchaban con la lengua sin descanso, lanzando estocadas y

clavando su filo con un vigor pocas veces visto. Roja de vergüenza, Aline intentaba en vano apartar de allí a su aya, aquella mujer de las Tierras Bajas y lengua mordaz. Comprendí que eran forasteras y tenían problemas, así que hice señas a un lugareño para que se acercara a mi estribo y me contase qué ocurría. Con la ayuda del príncipe, más versado en aquella jerga estrafalaria, supe que habían llegado a la zona poco tiempo antes, que no tenían dinero, nadie las conocía y el posadero las estaba echando a la calle.

Salté del caballo. Aline era una dama —eso podía verlo hasta el más zopenco— y tenía problemas. Mis soldados despejaron la calle mientras yo negociaba de tal forma con el bribón del posadero que, cuando por fin lo dejé marchar, las rodillas le temblaban con fuerza. Aline y su aya, una tal señora Saunders, volvieron a instalarse de inmediato y yo tuve el privilegio de contar con la presencia de la muchacha en mi mesa. Se trataba de una joven franca y encantadora que se entregó por completo a mi honor y me contó las circunstancias en las que se hallaba y los problemas que la acuciaban.

Su padre era un tal Lord Kilmarnock, muerto al otro lado del mar, en el exilio, debido al papel que su clan había jugado en un levantamiento anterior. Ella había pasado los últimos años de su niñez en Inglaterra para luego reunirse con su padre. Resultaba evidente que sus peregrinaciones a diferentes cortes extranjeras habían completado su formación y pulido sus modales, lo que le proporcionaba un aire anticuado y encantador: yo nunca había visto una joven como ella.

Su hermano, un niño criado por completo en el extranjero, había desenvainado la espada a favor de los Estuardo y cruzado junto al príncipe Chai-ley al principio de la rebelión. Desgarrada por la incertidumbre de su estado y la seguridad de que debía encontrarse huyendo para salvar la vida en algún punto de aquellas tierras desoladas, la joven se decidió a buscarlo y así dieron comienzo sus aventuras. Primero había recorrido todos los presidios militares, luego, convencida de que continuaba en libertad y probablemente cerca de donde se hallase el príncipe, había cruzado a la costa este de la isla de Skye en un lugre. Sin haberlo encontrado, volvió a cruzar en un barco de pesca para adentrarse en lo más intricado del territorio del Lochiel. Se había encontrado con el jefe del clan, quien la trató con la mayor de las cortesías y le aconsejó que probase en la zona de Colin na Gaugh. Él también se ocultaba y no podía hacer nada más por ayudarla.

Al cruzar el paso de Glen Moidart, una banda de villanos cuya descripción parecía concordar con la de mis soldados huidos con la cabeza de Roderick Mackenzie mataron a su criado y a ella se lo robaron todo, incluso el broche

de su padre. Había logrado llegar a Colin na Gaugh y yo mismo había sido testigo de sus problemas con el posadero. La fiel señora Saunders la acompañó durante todas esas vicisitudes y aquella locuaz mujer la había protegido en más de una ocasión. Aline decía tener parientes en Inglaterra que la ayudarían y yo prometí llevarla junto a ellos, mientras agradecía a los dioses semejante privilegio. La joven se había resignado a no encontrar a su hermano, quien sin duda ya había cruzado los mares o se hallaba escondido con el príncipe. Resultaba evidente que nunca había visto al príncipe durante sus años en el extranjero o, si lo había visto, desde luego había olvidado su rostro.

Así fue cómo el príncipe Charley, Aline, la señora Saunders, mi teniente y yo llegamos a alojarnos en la misma posada, circunstancia que estaba destinada a causar curiosas complicaciones.

Pero ahora debo hablar de Julián Ramsay, mi teniente. Llevábamos ya casi un año trabajando hombro con hombro, pero no había llegado a conocerlo bien. Era de buena familia, un caballero, buen soldado y valiente, aunque… bueno, parecía haberse equivocado de profesión. Resultaba demasiado estirado, bondadoso y pesimista para la vida de campamento. La Iglesia habría encontrado en él un magnífico servidor. Sin embargo, se trataba de un espadachín extraordinario y apuesto, de los que suelen romper los corazones femeninos, a pesar de que en su caso su taciturnidad y frialdad habituales parecían desmentirlo. Resumiendo: que mientras hacíamos planes y discutíamos los pasos a seguir no éramos lo que suele llamarse compañeros de armas.

Al principio sentí miedo de Aline y no supe cómo tratarla. Su actitud se componía de una mezcla extraña y pintoresca de inocencia infantil y el dominio propio de la mujer que conoce mundo. Pero pronto nos habituamos el uno al otro y nuestra relación se vio caracterizada por una ternura encantadora. Nos apreciábamos mucho, vivíamos el presente y rehuíamos cualquier pensamiento de futuro.

Los dioses nos fueron propicios. De forma inesperada, la señora Saunders no nos causó problemas, dedicada al estudio reflexivo del Nuevo Testamento, del que pocas veces prescindía, excepto para estremecer nuestra sangre con sus diatribas calvinistas sobre los pecados de la carne y las aflicciones del alma. En cuanto al príncipe, era un tipo estupendo que simpatizaba con nosotros de manera paternal y representaba a la perfección su papel de mercader con mala suerte. Solo en una ocasión nos enfrentamos, cuando me habló de su buen amigo Luis XIV[12], de las ventajas que un soldado tan

capaz como yo obtendría a su servicio y la posibilidad de recibir cincuenta mil libras si actuaba con discreción. Me temo que lo hice callar con brusquedad, aunque a la mañana siguiente se comportó de forma más afable que nunca y no dio muestras de guardarme rencor.

Pero Julián Ramsay me preocupaba bastante. Se volvió huraño, incrementó su austeridad y su mirada destilaba furia cada vez que nos veía a Aline y a mí juntos. En una ocasión lo vi, por casualidad, luchando consigo mismo, y la imagen de aquel soldado tan fuerte, en el suelo, gimiendo, lamentándose y elevando sus quejas al cielo provocó en mí un miedo distinto a todo lo que hasta entonces había sentido. No es bueno que un caballero y soldado del rey se arrogue el trabajo del sacerdote. En otro momento discutimos porqué él llevaba muy mal nuestra falta de acción y estaba a favor de guiar las tropas a través de las Tierras Altas hasta Inglaterra en lugar de aguardar la llegada del *Balmoral*.

Aún debo mencionar otro asunto que aconteció antes de la primera escena que he descrito. Una noche, al regresar tras realizar una visita al lugar donde, según los rumores, se ocultaba el Lochiel —el jefe del clan—, encontré a Aline conversando con un montañés con aspecto de jacobita. Logré vislumbrar un rostro barbudo de ojos negros y feroces. Antes de que pudiera ponerle las manos encima se escabulló en la oscuridad y, aunque mis soldados batieron el páramo con gran cuidado, no encontraron ni rastro del villano.

No sabía qué pensar. Al principio creí que era traición, pero Aline confesó con total franqueza y me contó que a aquel hombre lo había enviado el Lochiel para darle noticias de su hermano y que nuestra aparición lo había asustado. Al oírlo, le prometí que, si podía ponerse en contacto con su hermano y lograba que se uniese a ella, yo haría lo posible por conseguir su perdón. No me jugaba nada con la promesa porque sabía que uno de mis parientes estaría al mando y me concedería lo que le pidiese en cuanto entregara a mi real prisionero en Inglaterra.

A mediados de septiembre un pescador trajo la noticia de que se habían avistado dos buques franceses en la costa de Moidart, sin duda a la espera de embarcar al príncipe. Pero habíamos ocultado tan bien su identidad que yo no temía problemas y unos días después el *Balmoral* llegó a puerto.

Desde su arrebato, Aline se había vuelto más cariñosa. Creo que también estaba más triste, aunque para mí siempre tenía una sonrisa dulce y una palabra tierna. En una ocasión la encontré llorando y otra vez lloró sobre mi hombro como si tuviese roto el corazón. Sin embargo, yo lo atribuí a un

sentimiento algo infantil, lo cual resultaba lógico porque su aspecto pensativo me parecía de lo más encantador.

El día en que debíamos embarcar llegó la noticia de que el Lochiel se acercaba a la costa en un intento por huir a bordo de uno de los buques franceses. Se decía que llevaba muchos seguidores con él, por lo que envié a Ramsay con casi todo el escuadrón para que lo interceptase y reservé solo media docena de hombres para la guardia del príncipe.

Entonces Aline empezó a rogarme que aguardase a la mañana siguiente para subir a bordo y resultó tan convincente en su petición de unas pocas horas más juntos y tranquilos que consentí, tras haber recibido el informe del capitán del *Balmoral*, según el cual la marea no nos resultaría favorable hasta el mediodía.

A última hora de la tarde el posadero me entregó un mensaje verbal que acababa de darle un sirviente del clan del Lochiel. Dijo que el mensajero era un joven ignorante e imprudente, tan temeroso de que se lo llevaran en el barco del rey que había salido huyendo. El mensaje decía que el hermano de Aline, tras recibir las palabras de su hermana y tomar la decisión de unirse a ella, había caído enfermo a unos doce kilómetros de distancia y se encontraba en la cabaña de un tal Dougald, pescador. Se puso contentísima con la noticia y yo envíe a cuatro de mis hombres a buscarlo.

Tras unas partidas de whist, el príncipe se retiró y nos dejó solos. Durante un buen rato permanecimos sentados en silencio, disfrutando del simple contacto de nuestras manos. Nunca antes había experimentado la dulce dicha que proporciona un silencio así y creo que nunca volveré a disfrutarlo. Oímos sonar las campanas del barco una y otra vez, pero al poco de sonar seis veces, uno de los hombres que se habían quedado conmigo subió las escaleras trastabillando y llamó a la puerta. Habían encendido una hoguera en el gran acantilado de Colin na Gaugh y venía a llamar mi atención al respecto. Se trataba de algún tipo de señal. Como aquellos tiempos revueltos favorecían que los contrabandistas dominasen la costa, no era necesario preocuparse.

Más o menos media hora después oí pasos en las escaleras. Pensé que no podían haber regresado tan pronto, pero antes de que me diese tiempo a levantarme, Aline se arrojó a mis brazos asustada, casi como si adivinara lo que iba a ocurrir. Intenté apartarla de mí, sin embargo ella continuó agarrada a mi cuello. Ni siquiera entonces comprendí. Se oían las pisadas de muchos hombres. La puerta se abrió en el momento en que conseguía levantarme y vislumbré al montañés de la barba morena, uniformes franceses y el brillo de la luz de las velas al incidir en los claymores y alfanjes. Intenté apartar a

Aline de mí, pero ella se agarraba con más fuerza, pegando sus extremidades a las mías e impidiendo que desenvainara la pistola.

—¡No le hagáis daño! —gritó—. ¡Por favor, no le hagáis daño!

Pero yo lancé un juramento, la arrojé contra la mesa mientras continuaba pidiendo que no me hicieran daño y me situé de espaldas a la puerta del príncipe, para protegerla. El círculo de acero se acercaba y, a pesar de no tener escapatoria, rechazaba con valor las estocadas. Sin duda habría dejado mi cuerpo en aquel umbral si el príncipe no hubiese abierto la puerta para hacerme caer desde atrás. Luego todos pasaron por encima de mí.

—¡Por favor, no! ¡No le hagáis daño! —volvió a gritar Aline.

Entonces alguien me dio un golpe en la cabeza con la parte plana de un alfanje y me arrastraron a un lado.

No debí perder del todo el sentido porque cuando abrí los ojos el príncipe se marchaba, flanqueado por un oficial francés y un jefe de clan. Yo estaba tan mareado que no podía ponerme de pie. Motivos para estarlo tenía porque Aline se acurrucaba en los brazos del tipo de la barba morena y lo besaba. Fue solo un segundo, luego él la dejó en el suelo otra vez. Ella hizo ademán de acercarse a mí, pero él la sujetó por la cintura y se la llevó de allí.

La aldea estaba alborotada y oí que a bordo del *Balmoral* se llamaba a todo el mundo a sus puestos de combate. A continuación llegó el mido de los cascos de los caballos al recorrer la calle pedregosa, el tintineo de las armas pequeñas y el entrechocar de los aceros. Julián Ramsay había regresado.

Bajé como pude las escaleras hasta el patio interior. A la luz de la luna vi cómo zarpaba de la playa el último de los botes mientras los que estaban en la orilla disparaban sin cesar. El *Balmoral* empezó a descargar sus cañones de seis libras y a arriar los botes, pero en lo que a nosotros respectaba, la batalla había terminado. ¡Había terminado y estaba perdida!

—¡Por todos los santos, sí que la habéis hecho buena! ¿Dónde está Aline?

Ramsay se había acercado a mí y los soldados empezaban a rodearnos. Me limpié la sangre que se empeñaba en nublarme la visión y me reí. Sí, me reí con fuerza, con ganas y con mucha rabia. En otro momento le habría golpeado esa cara de cura que tenía con la parte plana de mi espada por su insolencia hacia ella, pero ahora bien podría él haberse limpiado la sangre de las manos en las enaguas de ella que yo continuaría riéndome.

Trajeron ante mí a unos diez prisioneros, marineros franceses y soldados del Lochiel.

—Soltadlos —ordené.

—Pero… —protestó Ramsay.

—Soltadlos —repetí.

—Os arrepentiréis de esto si…

—¡Santo Dios! ¿Tendré que recordaros que yo soy el capitán? —estallé y luego dije—; ¡Pamplinas! —y me eché a reír.

Los soldados estaban perplejos y algunos de las filas posteriores empezaron a hacer coro a mis risas. Luego dos de ellos trajeron a Aline. Evidentemente, su amante la había perdido en medio de la pelea.

—¡Soltadla! —ordené.

Me saludaron y retrocedieron, dejándola sola en medio del círculo, junto a Ramsay y a mí. Recuerdo la escena a la perfección: ella pálida, Ramsay rojo de ira, el círculo de soldados y en especial uno de ellos, que se ocupaba en hacerse un torniquete por encima de un buen tajo que tenía en la muñeca. Se había detenido con el nudo a medio apretar, con un extremo del pañuelo entre los dientes y los ojos clavados en mí con una mirada divertida y expectante. La sangre caía sobre su silla de montar y goteaba encima de la tierra empapada entre los cascos de su caballo.

Yo estaba tranquilo. Ahora ya veía clara toda la historia, desde que el posadero la había echado de su casa, pasando por el montañés barbudo y la huida del príncipe Charley. ¿Qué iba a decir mi pariente al mando? Treinta mil libras, una oportunidad única para ascender, mi amada, honores… ¡Me lo habían arrebatado todo! Sin embargo, conservaba la calma e incluso sentía curiosidad por ver cómo acababa aquello.

Ella dio un paso hacia mí, pero le hice un gesto para que se apartara.

—Griffith… yo… si permitís que os lo explique…

—¡Si permito que me lo expliquéis! —grité—. Llegará el día en el que Judas Iscariote explique lo de sus treinta monedas de plata. Ese mismo día podréis explicar vos lo de vuestros besos. En una ocasión me contasteis lo que seríais capaz de hacer por un hombre. Fui un necio. Creí que yo era ese hombre porque os entregabais a mis abrazos y me colmabais de atenciones y mentiras. ¡Pero no! ¡Sois una libertina!

Se lo tomó con calma, pero cuando mis dientes rasgaron esa última palabra, tan severa, exclamó:

—¡No! ¡No! ¡Eso no! —y se tambaleó ligeramente, como si estuviera a punto de caer.

Sin darme cuenta, alargué el brazo para sujetarla, pero Ramsay me dio un golpe en el pecho y me hizo retroceder.

—¡Canalla! —dijo mientras la atraía hacia él—. Como le pongáis la mano encima, lo olvidaré todo, excepto que vos…

—Soy vuestro capitán y un canalla. —Estaba decidido a hacérselas pagar, pero antes quería decir lo que tenía que decir—. Calma, calmaos, por favor. ¿Así que, otro enamorado? No creo que os dedicara demasiadas horas. Aunque quizás también se esmerase con mis soldados. ¡Hildgart! Venid aquí.

El gigantón bajó del caballo, caminó hacia nosotros y saludó con una sonrisa tonta en la cara.

—¿Conocéis a esta mujer? ¿Habéis escuchado sus cantos de sirena? ¿Habéis recibido los besos ligeros de sus labios? ¿O despeinado su hermosa cabellera con esa zarpa de oso que tenéis por mano? Mirad con atención, es posible que lo recordéis. ¿No? Qué extraño, resulta muy extraño. Tal vez os haya pasado por alto entre tantos muchachos buenos. ¡Podéis marchaos, ya que no la conocéis!

Yo tenía en mente decir muchas cosas desagradables para herirla porque me dolía el alma, pero Ramsay se abalanzó sobre mí y me obligó a desenvainar.

—Como que hay un Dios en los cielos, voy a mataros, Griffith Risingham.

Eso dijo Ramsay y eso creía. Yo también. Luché con cuidado, disfrutando al prolongar el final. Ya no me quedaba nada por lo que vivir. La muerte parecía lo mejor. Y él era un buen espadachín, formado en la escuela italiana. No tenía esperanzas, sabía que no podría ni tocarlo.

El círculo se amplió. Por más que lo intenté, no logré romperle la guardia. Entonces fui obligándolo a girar poco a poco hasta que la luz de la luna le dio de lleno en los ojos, pero no pareció importarle, como si estuviese seguro de cuál sería el resultado. Yo observa sus ojos con gran atención porque temía que utilizase alguno de sus trucos italianos y, de repente, ¡zas!, su mano no siguió al ojo y yo, engañado, sentí que mis costillas desviaban el acero. Supe que me había llegado la hora. Solo el demonio puede disociar la mano del ojo.

Dos veces me hirió y empecé a debilitarme debido a la sangre que perdía. Luego me llevó de cara a la luz de la luna. Mi final se acercaba: una finta, un cruce rápido, un giro y la hoja cayó de mi mano. Alzó la espada para el último pase. Vislumbré a Aline por encima de su hombro. Rezaba. Me fijé en el soldado, que continuaba con el nudo a medio apretar y el pañuelo entre los dientes.

Pero los dioses me apreciaban. Su brazo cayó a un lado sin soltar el golpe, un chorro de sangre manó de su boca y él se fue derrumbando despacio, muy despacio. Luego el círculo empezó a desvanecerse, a hacerse borroso. El

soldado apretó el nudo y lo hizo doble. Se había acabado el espectáculo y los actores abandonaron el escenario.

☘

UN AÑO DESPUÉS me encontraba en Francia realizando una misión secreta. La verdadera historia de la huida del príncipe Charley no se había hecho pública y todos suponían que los días que pasó retenido por mí en Colin na Gaugh en realidad estuvo refugiado en una cueva natural de la montaña. Me han contado que incluso hoy en día los guías escoceses la muestran como tal. Que así sea. Mi pariente al mando nunca se enteró y una vez más la historia fue responsable del error. Cuando regresé, el rey decidió recompensarme por mis servicios.

Julián Ramsay continúa enterrado en la deprimente aldea de pescadores. Como supe más adelante, su muerte se debió a una bala que se le había alojado en los pulmones, recibida durante la lucha en la playa previa a nuestro duelo. ¡Pobre hombre! Aquella noche fui muy duro e injusto con él y con ella. Si él la amaba, había guardado muy bien el secreto. Pero un corazón resentido dice cosas terribles. En cuanto a ella, no había vuelto a verla. Mi cirujano la apartó de mí y los soldados se la llevaron de la posada.

¡Ay, si pudiera olvidarla! ¿Y perdonarla? Se lo había perdonado todo, excepto una cosa. Como yo anteponía mi lealtad hacia el rey Jorge al amor y a cualquier otra cosa, de la misma forma había sido ella leal a su padre, a la causa por la que el hombre había muerto y al príncipe Charley. Eso podía comprenderlo y perdonarlo, pero ¡ese amante montañés de la barba morena! Ah, ¿por qué no la olvidaba? ¿Por qué continuaba soñando con ella, oía su voz y la veía como en los viejos tiempos?

Así me abría paso por la calle oscura, olvidado de mi misión, meditando sobre el pasado. Empezaba a anochecer y París aún bullía de actividad.

Por delante de mí avanzaba otro peatón, caballero y soldado, si su porte no me engañaba. Caminaba sin prisa y pronto lo alcancé. Una mirada bastó para reconocernos. Era el montañés, aunque sin barba.

—¡Hola, camarada! —exclamó con alegría en inglés mientras alargaba su mano para estrechar la mía.

—¿Camarada? No, os debo demasiado —respondí acaloradamente, porque estaba furioso con aquel hombre por haber permitido que Aline,

siendo su prometida, se tomase tantas libertades conmigo, aunque fuese por su príncipe.

—No es cierto —respondió—. Yo os debo a vos la cantidad de treinta mil libras. Es lo que perdisteis, ¿no? Pero así es la guerra. Aunque habrías ganado el deseo de vuestro corazón, de haberlo querido.

—¡Qué valor! ¡Vuestro juguete de oropel abandonado! —exclamé—. ¡El deseo de vuestro corazón! En mi país no nos los pasamos de hombre en hombre. (Como pretendía, eso le hizo daño porque se sobresaltó y me miró muy serio). En mi país tratamos mejor a nuestros juguetes, pero vos…. ¡Si sois un hombre, desenvainad!

—Es curioso, sí. Eso no se me había ocurrido —reflexionó en voz alta.

—Vamos —me burlé—, ¿o acaso debo consideraros un cobarde?

—Calma, calma. Existe un nuevo edicto tocante a los duelos y el rey no es partidario de los aventureros extranjeros. Sin embargo, os daré satisfacción, aunque antes he de ocuparme de un asunto. Por mi honor os aseguro que no busco haceros mal. Venid conmigo para que pueda despedirme de un familiar muy querido. Luego os guiaré a un lugar tranquilo donde podremos resolver nuestras diferencias.

Asentí con la cabeza y emprendimos la marcha. Aquel montañés que no tenía acento de montañés no era un cobarde. Y Aline… ¿me estaría conduciendo hasta ella para poder decirle adiós? Por fin llegamos a una zona de calles más anchas y entramos en un edificio antiguo, de piedra.

Tras detenernos ante una puerta en el descansillo de la segunda planta, me dijo:

—Debo hablar con mi criado. Mi hermana se ocupará de usted mientras tanto.

Me empujó al interior de una sala y cerró la puerta. Allí estaba Aline, inclinada sobre un bastidor de bordar, con el rostro algo más delgado y triste. Miré a mi alrededor en busca de otra persona, pero no había nadie.

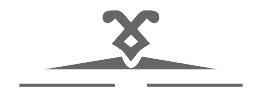
¡Qué idiota había sido! ¿Podría perdonarme ella alguna vez?

El hermano regresó una hora después.

—Disculpad el retraso —dijo, mientras se acercaba a mí—. Ahora ya podemos pasar al patio de atrás. Os aseguro que se trata de un lugar muy tranquilo y…

Pero la desavenencia entre la Casa de Estuardo y la Casa de Hanover quedó olvidada en un abrazo, como el que a veces resulta apropiado entre hombres.

[1899]



Prerrogativa sacerdotal

ESTA ES LA HISTORIA de un hombre que no apreciaba a su esposa y de una mujer que lo honró en exceso al entregarse a él. Por casualidad concierne también a un jesuita del que se sabía que no mentía y que constituía un elemento de lo más necesario en la región del Yukón, pero la presencia de los otros dos fue algo totalmente accidental. Eran especímenes de los muchos y extraños tipos de desamparados que ocupan la vanguardia de las fiebres del oro o aparecen a la cola de los primeros.

Edwin y Grace Bentham eran desamparados; también eran de los que van a la cola, porque hacía mucho tiempo que el gran río había arrastrado con sus aguas la fiebre del oro del Klondike de 1897, cuyos restos se apagaban en la ciudad de Dawson, afectada por la hambruna. Cuando el Yukón cerró el negocio y se fue a dormir bajo una capa de hielo de un metro, esta pareja itinerante se encontraba en los rápidos de Five Fingers, con la ciudad del oro a muchos sueños de viaje en dirección norte.

En otoño y en aquel lugar se había sacrificado una buena cantidad de ganado y sus vísceras formaban un montón considerable. Los tres *voyageurs*[13] de Edwin Bentham y su esposa observaron aquel depósito, realizaron un pequeño cálculo, creyeron vislumbrar un buen filón y decidieron quedarse. Durante todo el invierno vendieron sacos de huesos y pieles congeladas a las traíllas de perros muertos de hambre. Pedían un precio moderado, dos dólares el kilo. Seis meses más tarde, cuando regresó el sol y el Yukón se despertó, se abrocharon los pesados cinturones donde guardaban el dinero y regresaron al sur, donde viven y mienten sin descanso al hablar de un Klondike que nunca vieron.

Pero Edwin Bentham era un tipo indolente y, de no haber poseído una esposa, se habría apuntado feliz a la especulación con la comida para los perros. Lo cierto es que ella lo aduló, le dijo lo fuerte e impresionante que era e insistió en que un hombre como él sin duda superaría cualquier obstáculo y obtendría el Vellocino de Oro. Él apretó los dientes, vendió su parte del negocio de huesos y pieles a cambio de un trineo y un perro y puso sus raquetas de nieve rumbo al norte. No hará falta decir que las raquetas de

Grace Bentham no permitieron que el rastro de él se enfriara. No. No llevaban ni tres días de tribulaciones y ya era él quien iba en retaguardia y ella en vanguardia, abriendo camino. Eso sí, si aparecía alguien a la vista, enseguida intercambiaban posiciones. Así su hombría permaneció intacta entre los viajeros que pasaban como fantasmas por el camino silencioso. Hay hombres así en el mundo.

Cómo semejante hombre y semejante mujer decidieron unirse en lo bueno y en lo malo no resulta importante para esta narración. Todos estamos familiarizados con esas cosas y quienes las hacen o las cuestionan demasiado son propensos a perder una fe preciosa que se conoce como Conveniencia Eterna.

Edwin Bentham era un crío encerrado por desgracia en el cuerpo de un hombre, un crío capaz de arrancar una a una las alas de una mariposa o amilanarse muerto de miedo ante un tipo delgado y valiente que no abultaba ni la mitad que él. Era un llorica egoísta escondido tras el bigote y la estatura de un hombre recubierto con un barniz superficial de cultura y convencionalidad. Sí, era de esos a los que les va la vida social y la pertenencia a un club, de los que honran los actos sociales y sandeces similares con un encanto y una untuosidad indescriptibles, de los que alardean y luego lloran por un dolor de muelas, de los que dan peor vida a una mujer al casarse con ella que el libertino más grosero dedicado a frecuentar lugares prohibidos. Continuamente nos tropezamos con esa clase de hombres, pero pocas veces nos damos cuenta de lo que son. La mejor forma de hacerlo es casarse con ellos, seguida de compartir comida y manta con ellos durante una semana, porque no es necesario más tiempo.

Grace Bentham era una criatura delgada y con aspecto aniñado, poseedora de una energía que dejaba pequeña la de los demás, aunque conservaba todos los elementos del eterno femenino. Ella fue quien instó y animó a su esposo a adentrarse en la región septentrional, quien abría camino en su lugar cuando nadie los veía y quien lloraba en secreto la debilidad de su cuerpo de mujer.

Así viajó esa pareja tan extraña hasta Fort Selkirk y luego se adentró en los ciento sesenta kilómetros de deprimentes tierras salvajes que llevaban al río Stuart. Cuando el breve día llegó a su fin y el hombre se dejó caer en la nieve lloriqueando, fue la mujer quien lo ató al trineo, se mordió los labios debido a lo mucho que le dolían las extremidades y ayudó al perro a tirar de él hasta la cabaña de Malamute Kid. Malamute Kid no estaba en casa, pero Meyers, el comerciante alemán, les cocinó unos enormes filetes de alce y les preparó una cama de ramas de pino recién recogidas.

☘

LAKE, LANGHAM Y PARKER se emocionaron, aunque sin excederse, cuando lo supieron.

—¡Eh, Sandy! Oye, ¿sabes diferenciar entre un chuletón y un lomo? De todos modos ven aquí y échame una mano.

El llamamiento provenía de la despensa escondida de alimentos, donde Langham luchaba en vano con diversos cuartos de alce congelado.

—¡Ni se te ocurra dejar esos platos! —ordenó Parker.

—Oye, Sandy, sé bueno y acércate al campamento Missouri a pedir un poco de canela —rogó Lake.

—Eh, date prisa, ¿por qué no…?

Pero el estruendo de la carne y las cajas al caer en la despensa apagaron de repente las exigencias y peticiones.

—Venga, Sandy, no te llevará ni un minuto acercarte al campamento y…

—Déjalo en paz —interrumpió Parker—. ¿Cómo voy a preparar las galletas si no recoge la mesa?

Sandy se detuvo indeciso hasta que de repente cayó en la cuenta de que era el ayudante de Langham. Entonces dejó el trapo grasiento sobre la mesa y se fue a rescatar a su jefe.

Aquellos prometedores vástagos de padres pudientes habían llegado al Norte en busca de laureles, con dinero de sobra para quemar y un ayudante por cabeza. Por suerte para ellos, los otros dos ayudantes se habían adentrado en el río White en busca de una mítica veta de cuarzo, de manera que Sandy tenía que poner buena cara a la responsabilidad de atender a tres jefes saludables, cada uno de ellos con sus propias ideas a la hora de cocinar. Aquella mañana el campamento había sufrido dos alteraciones graves que lograron superar gracias a que uno u otro de aquellos caballeros del puchero había cedido, pero por fin completaron su creación común, una comida verdaderamente exquisita. Luego se sentaron a jugar a las cartas, procedimiento que eliminó cualquier *casus belli* de futuras hostilidades y permitió que el ganador partiese a ejecutar una misión de lo más importante.

La suerte recayó en Parker, quien se peinó con la raya al medio, se puso las manoplas y el gorro de piel de oso y se acercó a la cabaña de Malamute Kid. Cuando regresó lo hizo en compañía de Grace Bentham y de Malamute Kid, la mujer lamentando que su mando no pudiese acompañarla para

disfrutar de su hospitalidad porque se había acercado a echar un vistazo a las minas del arroyo Henderson, y el hombre aún un poco agarrotado debido al esfuerzo de abrir camino desde el río Stuart. También se lo habían dicho a Meyers, pero había rechazado la invitación porque se encontraba inmerso en un experimento por el que intentaba hacer subir el pan con lúpulo.

Podían pasar sin el marido, pero la mujer… No habían visto una mujer en todo el invierno y la presencia de aquella prometía una nueva hégira en sus vidas. Aquellos tres jóvenes eran caballeros universitarios que añoraban los antros de lujuria y perdición de los que llevaban apartados tanto tiempo. Probablemente Grace Bentham añoraba algo parecido; al menos aquello significaba mucho para ella: se trataba del primer momento alegre y luminoso en muchas semanas de oscuridad.

Aquel maravilloso primer plato, cuya paternidad se apuntaba el versátil Lake, acababa de servirse cuando se oyó un fuerte golpe en la puerta.

—¡Oh! ¡Ah! Por favor, pase usted, señor Bentham —invitó Parker, que había salido para ver de quién se trataba.

—¿Está aquí mi mujer? —fue la brusca respuesta del ilustre personaje.

—Pues sí. Le dejamos recado al señor Meyers. —Parker utilizaba su voz más dulce mientras se preguntaba a qué demonios venía aquello—. ¿No quiere pasar? Esperábamos su llegada en cualquier momento. Le hemos guardado el sitio. Llega usted a tiempo para el primer plato.

—Pasa Edwin, querido —trinó Grace Bentham desde su lugar en la mesa.

—Quiero que venga mi mujer —insistió Bentham con la voz ronca y una entonación que traslucía el tono desagradable de quien se sabe propietario de algo.

Parker jadeó, tuvo que hacer un esfuerzo para no enterrar el puño en la cara de aquel visitante tan grosero, pero lo logró. Todos se pusieron en pie. Lake perdió la cabeza y estuvo a punto de decir: «¿Pero de verdad tiene que irse?».

Luego tuvo lugar el lío de la despedida: «Han sido tan amables …», «es una pena…», «¡Caramba!, con lo animados que estábamos…», «de verdad que…», «muchísimas gracias», «buen viaje hasta Dawson», etc.

De esa forma ayudaron al cordero a ponerse el abrigo y dirigirse al matadero. Luego se cerró la puerta y todos miraron con tristeza hacia la mesa abandonada.

—¡Maldición! —Los primeros años de formación de Langham no habían sido tan buenos como deberían, por lo que juraba de forma monótona y sin

fuerza—. ¡Maldición! —repitió, consciente de su falta de expresividad y luchando por encontrar un término más viril.

☘

UNA MUJER ASTUTA sabe reforzar los puntos débiles de un hombre ineficiente, reafirma con su propio espíritu indomable el carácter titubeante de él, le infunde ambición y lo espolea a alcanzar grandes logros. La mujer que consigue hacer todo eso es lista y discreta como pocas, sobre todo si además lo hace de manera tan sutil que el hombre recibe todo el mérito y cree en lo más profundo de su corazón que todo es gracias a él y solo a él.

Eso fue lo que procedió a hacer Grace Bentham. Tras llegar a Dawson con unos pocos kilos de harina y varias cartas de presentación, enseguida se dedicó a la tarea de empujar a su bebé grande para que pasara a primer plano. Fue ella quien ablandó el corazón de piedra del bruto que presidía el destino de la compañía P.C., sin embargo fue a Edwin a quien se le concedió aparentemente la concesión. Fue ella quien arrastró a su niño de arroyo en arroyo, cruzando desniveles y divisorias, en más de una docena de estampidas, pero todos incidían en lo lleno de energías que estaba Bentham. Era ella quien estudiaba los mapas, interrogaba a los mineros y gravaba a golpes la geografía y las ubicaciones en la cabeza hueca del marido, hasta el punto de que todo el mundo se maravillaba de su impresionante comprensión del país y conocimiento de sus condiciones. Por supuesto, todos decían que la mujer era dura de entendederas y solo unos pocos, más sensatos, la valoraban y compadecían.

Ella hacía el trabajo y él se llevaba el mérito y la recompensa. En el Territorio Noroeste una mujer casada no puede delimitar con estacas o registrar una concesión en un arroyo, un terreno de aluvión o de cuarzo, por lo que Edwin Bentham acudió a ver al comisario del oro y registró la concesión en terreno de aluvión número 23, segundo nivel, del monte French. Cuando llegó abril ya lavaban mil dólares diarios de oro y les quedaban muchos días de esos en perspectiva.

Al pie del monte French coma el arroyo Eldorado y en una concesión del arroyo se levantaba la cabaña de Clyde Wharton. Entonces no sacaba mil dólares diarios, pero sus depósitos aumentaban, tumo a turno, y llegaría un momento en el que esos depósitos pasarían por sus cajas de lavado y

depositarían en las ranuras —en cuestión de más o menos seis días— varios cientos de miles de dólares. Él solía sentarse en su cabaña a fumarse una pipa y soñar cosas bonitas que no tenían nada que ver con los depósitos ni con la media tonelada de polvo de oro guardada en la enorme caja fuerte de la compañía P.C.

Grace Bentham, mientras lavaba los platos de hojalata en su cabaña de la ladera, solía mirar hacia abajo, en dirección al arroyo Eldorado y soñaba, aunque no con depósitos ni polvo de oro. Solían encontrarse porque el camino a una de las concesiones cruzaba la otra y en la primavera del norte hay mucho de lo que hablar, pero ni una sola vez se dijeron lo que de verdad sentían, ni con la mirada ni debido a un lapsus.

Así seguían las cosas. Sin embargo, un día Edwin Bentham se portó como una bestia. Todos los niños lo hacen. Además, como ahora era un rey del monte French, empezó a creerse más importante de lo que en realidad era y a olvidar todo lo que le debía a su mujer. En aquella ocasión Wharton se enteró, abordó a Grace Bentham y le habló con vehemencia. Eso la hizo muy feliz, aunque prefirió no seguir su consejo y le obligó a prometer que no volvería a decir las cosas que había dicho. Aún no había llegado su momento.

El sol continuó viaje hacia el norte, el negro de la medianoche se convirtió en el color acerado del amanecer, la nieve desapareció, el agua volvió a correr por encima de los derrubios depositados por los glaciares y comenzó el lavado. Día y noche la arcilla amarilla y los pedazos de roca pasaban por las cajas de lavado, recompensando a los hombres fuertes venidos del sur. Y en esa época tan agitada llegó el momento de Grace Bentham.

A todos nos llega nuestro momento en alguna ocasión, bueno, a todos los que no somos demasiado flemáticos. Algunos son buenos no por su amor inherente a la virtud, sino por pura vagancia. Los que tenemos momentos de debilidad, comprenderemos a Grace.

Edwin Bentham se encontraba pesando su oro en la barra del bar de Grand Forks —en total una cantidad demasiado elevada de su polvo de oro se quedaba en aquella barra— cuando su esposa bajó la ladera y entró en la cabaña de Clyde Wharton. Wharton no la esperaba, pero eso no cambió las cosas. Y se habrían evitado mucha infelicidad posterior y espera en vano si el padre Roubeau no la hubiese visto y se hubiera desviado del camino principal.

—Hijo mío…

—¡Un momento, padre Roubeau! Aunque no pertenezco a su fe, le respeto, pero no puede entrometerse entre esta mujer y yo.

—¿Sabes lo que estás haciendo?

—¡Que si lo sé! Aunque fuese usted Dios Todopoderoso dispuesto a arrojarme al fuego eterno, me opondría a usted en este asunto.

Wharton había sentado a Grace en una banqueta y permanecía de pie delante de ella, en actitud beligerante.

—Siéntese en esa silla y guarde silencio —continuó dirigiéndose al jesuita—. Este es mi turno. Luego le tocará a usted.

El padre Roubeau asintió con la cabeza y obedeció. Era un hombre tranquilo y había aprendido a esperar. Wharton situó una banqueta junto a la de la mujer y cubrió por completo su mano con la de él.

—Entonces, ¿sientes algo por mí y me sacarás de aquí?

El rostro de ella reflejaba la paz de aquel hombre, al que había acudido en busca de refugio.

—Querida, ¿no recuerdas lo que te dije hace tiempo? Pues claro que…

—Pero no puedes. ¿Y el lavado del oro?

—¿Crees que eso me preocupa? Además, dejaré encargado al padre Roubeau. Puedo confiar en que él ponga el polvo de oro a buen recaudo en manos de la compañía.

—¡Pensar que no volveré a verlo!

—¡Una bendición!

—E irme… ¡Oh, Clyde! ¡No puedo! ¡No puedo!

—Vamos, tranquila, claro que puedes. Deja que yo me ocupe de todo. En cuanto reunamos unas pocas cosas nos pondremos en marcha y…

—¿Y si vuelve?

—Le romperé todos los…

—¡No, no! ¡Nada de peleas, Clyde! Prométemelo.

—De acuerdo. Pues les diré a los hombres que lo echen de la concesión. Ellos han visto cómo te trata y no lo aprecian demasiado.

—No puedes hacer eso. No debes perjudicarlo.

—¿Entonces, qué hago? ¿Le dejo entrar aquí y llevarte con él delante de mis propias narices?

—No.

Lo dijo en un susurro, mientras acariciaba despacio la mano de él.

—Pues deja que yo me encargue de todo y tú no te preocupes. Me ocuparé de que no le pase nada. ¡Aunque poco le importaba a él que a ti te pasara algo o no! No iremos a Dawson. Enviaré recado para que un par de hombres equipen e impulsen una barca Yukón arriba. Cruzaremos la divisoria y bajaremos en balsa el río Indian para encontrarnos con ellos. Luego…

—¿Luego?

Ella había apoyado la cabeza en el hombro de él. La cadencia de sus voces se había suavizado hasta el punto de que cada palabra era una caricia. El jesuíta se movió nervioso.

—¿Luego? —repitió ella.

—Continuaremos Yukón arriba y pasaremos por tierra los rápidos de White Horse y el Cañón Box.

—¿Y?

—El río Sixty Mile. Después los lagos, Chilkoot, Dyea y llegaremos al mar.

—Pero, querido, yo no puedo impulsar una barca con una pértiga.

—¡No seas boba! Contrataré a Charley *el de Sitka*. Conoce los tramos buenos de los ríos y los mejores campamentos y es el mejor viajero que conozco, aunque sea indio. Tú solo tendrás que sentarte en el medio de la chalana, cantar canciones, hacer de Cleopatra y pelearte con… no, tenemos suerte, es demasiado pronto para los mosquitos.

—¿Y después de eso, Antonio mío?

—Después subiremos a bordo de un vapor que nos llevará a San Francisco y al mundo entero. Jamás volveremos a este agujero maldito. ¡Piénsalo! Podremos elegir cualquier lugar del mundo al que deseemos ir. Liquidaré todo esto. ¡Somos ricos! El gremio de Waldworth me dará medio millón por lo que queda en la tierra y yo tengo el doble en los depósitos y en la compañía P.C. Iremos a la Exposición Universal de París de 1900. Iremos a Jerusalén, si tú quieres. Nos compraremos un palacio italiano y podrás hacer de Cleopatra tanto como desees. No, mejor serás Lucrecia, Actea o quien tú quieras ser. Pero no debes, nunca debes…

—La mujer del César no solo debe ser honesta, sino parecerlo.

—Por supuesto, pero…

—Pero yo nunca seré tu esposa, ¿verdad, querido?

—No iba a decir eso.

—Aunque tú me querrás siempre y jamás pensarás que… ¡Oh! Sé que serás como el resto de los hombres. Te acabarás cansando y… y…

—¿Cómo puedes decir eso? Yo…

—Prométemelo.

—Sí, sí. Te lo prometo.

—Lo dices con tanta facilidad, pero ¿cómo lo sabes? ¿O cómo lo sé yo? Tengo tan poco que dar, y a la vez es tanto. ¡Oh, Clyde! Prométeme que no te cansarás.

—¡Calma! Tranquilízate. No debes empezar a dudar ya. Estaremos juntos hasta que la muerte nos separe.

—¡Piénsalo! Una vez le dije eso mismo a… a él, y ahora…

—Y ahora, querida mía, no quiero que te preocupes nunca más por esas cosas. Por supuesto que yo nunca, jamás me cansaré de ti y…

Y por primera vez los labios temblorosos de los dos se unieron. El padre Roubeau se había entretenido mirando el camino principal por la ventana, pero ya no soportó más la tensión. Carraspeó y se dio la vuelta.

—¡Su turno, padre!

El calor del primer abrazo había sonrojado el rostro de Wharton. En su voz se apreciaba un matiz exultante al pasarle la vez al otro. No tenía dudas acerca de cuál sería el resultado. Tampoco Grace, porque no dejaba de sonreír mientras miraba al cura.

—Hija mía —empezó a decir—, mi corazón llora por ti. Es un sueño precioso pero no puede hacerse realidad.

—¿Por qué, padre? Ya he dicho que sí.

—No sabías lo que hacías. No pensaste en el juramento que hiciste, ante tu Dios, a un hombre que es tu esposo. A mí me toca lograr que comprendas lo sagrado de tu promesa.

—¿Y si lo comprendo y lo rechazo de todos modos?

—Entonces Dios…

—¿Qué Dios? Mi esposo tiene un Dios al que yo no quiero adorar. Debe de haber muchos.

—¡Hija mía! ¡No hables así! Ah, no lo dices en serio. Lo comprendo. Yo también he pasado por momentos así.

Por un instante regresó a su Francia natal y el recuerdo de un rostro melancólico, de ojos tristes, se interpuso entre Grace y él.

—Entonces, padre, ¿me ha abandonado mi Dios? No soy peor que otras mujeres. Mucho he sufrido ya con mi esposo, ¿por qué habría de continuar sufriendo? ¿Por qué no puedo buscar la felicidad? No puedo, no quiero volver con él.

—Más bien eres tú quien ha abandonado a tu Dios. Vuelve. Deja que Él lleve tu carga y la oscuridad se disipará. Hija mía…

—No. Es inútil. He tomado una decisión y me atendré a ella. Seguiré adelante. Y si Dios me castiga, encontraré la forma de soportarlo. No lo comprende. Usted no es mujer.

—Mi madre era mujer.

—Pero…

—Y Cristo nació de mujer.

Grace no respondió. Se hizo el silencio. Wharton se tocaba el bigote con impaciencia y vigilaba el camino. Ella apoyó el codo en la mesa, sujetando el rostro decidido. Ya no sonreía. El padre Ronbeau cambió la línea de argumentación.

—¿Tienes hijos?

—Hubo un tiempo en que lo deseé, pero ahora, ya no. Y me alegro.

—¿Y madre?

—Sí.

—¿Te quiere?

—Sí. —Sus respuestas no eran más que susurros

—¿Y hermano? No importa es hombre. Pero ¿tienes una hermana?

La cabeza de Grace se marchitó y dejó escapar un sí tembloroso.

—¿Es joven? ¿Muy pequeña?

—Tiene siete años.

—¿Y has meditado bien todo este asunto? ¿Has pensando en ellas? ¿En tu madre? ¿En tu hermana? Aún no ha cruzado el umbral de su vida de mujer y tu comportamiento podría significar mucho para ella. ¿Serías capaz de acudir a ella, mirar su carita joven y cogerle la mano o acariciarle la mejilla?

Esas palabras formaron imágenes tan vívidas en su cabeza que acabó gritando «¡no! ¡no!» y se echó hacia atrás encogida, como los perros al huir del látigo.

—Pues debes enfrentarte a todo eso y será mejor si lo haces ahora.

A los ojos del padre Roubeau, que ella no podía ver, asomaba la mucha compasión que sentía, pero su rostro, tenso y tembloroso, no mostraba indicios de ceder. Grace levantó la cabeza de la mesa, contuvo las lágrimas y luchó por recuperar el control.

—Me iré. No volverán a verme y acabarán por olvidarme. Para ellas será como si me hubiese muerto. Me iré con Clyde hoy mismo.

Parecía definitivo. Wharton dio un paso al frente, pero el sacerdote le hizo un gesto para que se alejara.

—¿Has deseado tener hijos?

Un sí silencioso.

—¿Y has rezado pidiendo tenerlos?

—Muchas veces.

—¿Y has pensando en lo que ocurriría si los tuvieras?

Los ojos del padre Roubeau se detuvieron un instante sobre el hombre el hombre que estaba junto a la ventana.

El rostro de Grace se iluminó un segundo y luego comprendió el verdadero significado de lo que le decía. Levantó la mano, suplicante, pero él continuó.

—¿Te imaginas con un bebé inocente en los brazos? ¿Un niño? El mundo no es tan duro con las niñas. ¡Te dominaría el rencor, la amargura! ¿Podrías sentirte feliz y orgullosa de tu hijo al mirar a otros niños?

—¡Oh, tenga compasión! ¡Cállese ya!

—El chivo expiatorio…

—¡No! ¡No! ¡Volveré con él! —Grace estaba a sus pies.

—Un hijo que crecería sin pensar en nada malo, hasta que un día el mundo le arrojase a la cara un apelativo terrible.

—¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío!

Grace se arrastraba ante él. El sacerdote suspiró y la ayudó a levantarse. Wharton quiso acercarse pero ella se lo impidió.

—¡No te acerques a mí, Clyde! ¡Voy a volver con él!

Las lágrimas caían por sus mejillas pero ella no hizo ni ademán de limpiárselas.

—¿Después de todo esto? ¡No puedes! ¡No te lo permitiré!

—¡No me toques! —exclamó temblando y se apartó de él.

—¡Lo haré! ¡Eres mía! ¿Me oyes? ¡Eres mía! —Luego se giró en dirección al cura—. Fui un idiota al permitir que le diese a la lengua. Dé gracias a su Dios por no ser un hombre normal, porque… Pero la prerrogativa sacerdotal debe ejercerse siempre, ¿no es así? Pues usted ya la ha ejercido, así que ahora salga de mi casa o me olvidaré de quien es y de lo que es.

El padre Roubeau asintió con la cabeza, tomó a Grace de la mano y se dirigió hacia la puerta. Pero Wharton les cerró el paso.

—¡Grace! Dijiste que me querías.

—Sí.

—¿Sigues queriéndome?

—Sí.

—Dímelo.

—Te quiero, Clyde. Te quiero.

—¿Lo oye, sacerdote? —gritó—. Ya lo ha oído. Tras oírlo, ¿es capaz de enviarla a vivir una vida de mentiras, a vivir un infierno junto a ese hombre?

Pero el padre Roubeau introdujo a la mujer a toda prisa en la habitación interior y cerró la puerta.

—¡Ni una palabra! —le susurró a Wharton mientras adoptaba una postura despreocupada en una de las banquetas—. Recuérdalo. Es por el bien de ella

añadió.

La habitación entera retumbó con el golpe de la puerta. Luego se abrió y entró Edwin Bentham.

—¿Han visto a mi mujer? —preguntó en cuanto intercambiaron los saludos de rigor.

Dos cabezas negaron a la vez.

—He visto que sus huellas bajaban desde la cabaña —continuó diciendo entre titubeos— y se interrumpían justo aquí enfrente, en el camino principal.

Los otros parecían escucharle aburridos.

—Y… y pensé que… que…

—¡Que estaba aquí! —vociferó Wharton.

El sacerdote lo hizo callar con una mirada.

—¿Has visto sus huellas dirigirse a esta cabaña, hijo mío? —preguntó con astucia el padre Roubeau. Se había ocupado de borrarlas al recorrer el mismo camino una hora antes.

—No me paré a mirar, porque…

Sus ojos se detuvieron, con mirada sospechosa, sobre la puerta de la otra habitación y luego interrogaron al sacerdote, quien negó con la cabeza. Pero la duda parecía perdurar.

El padre Roubeau rezó en silencio una rápida oración y se puso en pie.

—Pero si dudas de mí, pues…

E hizo ademán de ir a abrir la puerta.

Un sacerdote no podía mentir. Edwin Bentham lo había oído decir a menudo y lo creía.

—Por supuesto que no, padre —respondió enseguida—. Solo me preguntaba a dónde habría ido mi mujer y pensé que quizás… Supongo que habrá ido a casa de la señora Stanton, en la quebrada. Qué buen tiempo hace, ¿verdad? ¿Ya se han enterado? La harina ha bajado a cuarenta dólares los cuarenta y cinco kilos y parece que los *chechaquos* vienen en manada río abajo. Pero he de irme. Adiós.

La puerta se cerró de golpe y desde la ventana lo vieron poner rumbo al barranco.

☘

VARIAS SEMANAS DESPUÉS, tras la crecida de junio, dos hombres llevaban una canoa al centro del cauce y la aseguraban a un pino decrépito. Eso tensaba la amarra y hacía avanzar la frágil embarcación como lo haría un remolcador. El padre Roubeau había recibido instrucciones de abandonar las regiones altas y regresar con sus hijos morenos de Minook. El hombre blanco había llegado hasta ellos y ya le dedicaban demasiado poco tiempo a la pesca y mucho a cierta deidad que residía temporalmente en innumerables botellas negras. Malamute Kid también tenía negocios que atender en las regiones bajas, así que viajaban juntos.

En todo el Norte solo había una persona que conocía a Paul Roubeau, el hombre, y ese era Malamute Kid. Únicamente ante él se despojaba el cura de su hábito sacerdotal y se mostraba tal como era. ¿Por qué no? Los dos se conocían bien. ¿Acaso no habían compartido el último bocado de pescado, la última pizca de tabaco y los pensamientos más íntimos en las extensiones yermas y vacías del mar de Bering, en los desoladores laberintos del Gran Delta, durante el terrible viaje invernal desde Punta Barrow al arroyo Porcupine?

El padre Roubeau tiraba con fuerza de su vieja pipa y observaba el disco rojo del sol, lúgubremente acomodado sobre el borde del horizonte norte. Malamute Kid le daba cuerda a su reloj. Era medianoche.

—¡Anímate, amigo! —Malamute recuperaba una conversación anterior—. Dios sin duda te perdonará la mentira. Compartiré contigo las palabras de un hombre que dice la verdad:

> Aunque ella haya dicho algo, recuerda que tus labios debes cerrar,
> y el hierro del perro caerá sobre aquel que ose el secreto revelar,
> si ella corriese peligro y una mentira la pudiese ayudar,
> miente, mientras tus labios se muevan o haya alguien para escuchar.

El padre Roubeau apartó la pipa de la boca y reflexionó.

—El hombre dice la verdad, aunque mi alma no se disgusta por eso. La mentira y la penitencia son cosa de Dios. Pero… pero…

—¿Qué pasa entonces? Tienes las manos limpias.

—No. Kid, lo he pensado mucho y no puedo verlo de otra manera. Yo lo sabía y aun así la hice volver con él.

El trino nítido de un petirrojo les llegó desde el bosque de la orilla, la llamada de una perdiz resonó a lo lejos y un alce se metió en el agua haciendo mucho ruido, pero los dos continuaron fumando en silencio.

[1899]



El Hijo del Lobo

EL HOMBRE pocas veces valora como es debido a la mujer, al menos no hasta que se ve privado de ella. No es consciente de la sutil atmósfera que espira el sexo femenino mientras se empapa de ella, pero en cuanto se la retiran, en su existencia empieza a manifestarse un vacío cada vez mayor y siente ansias de algo tan indefinido que no es capaz de describirlo. Si sus amigos no tienen más experiencia que él, moverán la cabeza preocupados y dudosos y le recetarán una dosis de un medicamento fuerte. Pero el ansia perdurará y será cada vez más resistente, perderá el interés en lo cotidiano y se volverá apático, hasta que un día, cuando el vacío resulte ya insoportable, verá la luz y comprenderá.

En la región del Yukón, cuando esto ocurre, el hombre suele aprovisionar una chalana si es verano y si es invierno engancha sus perros al trineo y pone rumbo al Sur. Unos meses después, siempre y cuando posea una gran fe en la región, volverá con una esposa con la que compartir su fe y de paso sus penalidades. Lo cual nos sirve para ilustrar el egoísmo innato del hombre. También nos acerca al problema de Mackenzie *el Zarrapastroso*, que ocurrió en los viejos tiempos, antes de que la región sufriera las estampidas de una avalancha de *chechaquos* y acabara delimitada con estacas, cuando el Klondike solo era conocido por los salmones que se pescaban en él.

Mackenzie *el Zarrapastroso* llevaba las marcas de quien ha nacido en la frontera y ha vivido siempre allí. Tenía grabados en el rostro sus veinticinco años de lucha incesante con la naturaleza en sus peores momentos, los dos últimos, que fueron los más duros y peores, los pasó buscando a tientas el oro que se oculta bajo las sombras del Círculo Ártico. Cuando la enfermedad del ansia se apoderó de él no se sorprendió, porque era un hombre práctico y había visto a otros sufrir sus efectos. Pero no dio señales de lo que le ocurría, salvo que trabajó aún más. Durante todo el verano luchó contra los mosquitos y lavó los bancos de arena del río Stuart —sabiendo que eran una apuesta segura— hasta sacarles un buen rendimiento. Luego hizo que le enviasen una balsa de troncos Yukón abajo hasta Forty Mile y con ellos levantó una cabaña tan cómoda como cualquiera de las que allí había. En realidad, parecía tan

acogedora que unos cuantos hombres decidieron convertirse en sus socios e irse a vivir con él. Pero echó por tierra sus aspiraciones con un discurso tosco, caracterizado por su fuerza y su brevedad, y adquirió doble provisión de alimentos en la factoría.

Como ya se habrá deducido, Mackenzie *el Zarrapastroso* era un hombre práctico. Si quería algo solía conseguirlo, aunque para ello no se apartaba de su camino más de lo necesario. A pesar de que era hijo del esfuerzo y las privaciones, se mostraba reacio a viajar casi mil kilómetros sobre el hielo, luego otras dos mil millas por mar y después mil quinientos kilómetros más por tierra hasta su último territorio, y todo eso solo para buscar esposa. La vida era demasiado corta. De manera que reunió a sus perros, ató una carga muy curiosa a su trineo y se dispuso a cruzar la divisoria cuyas pendientes del oeste desembocaban en la cabecera del río Tanana.

Era un viajero resistente y sus perros podían trabajar más y llegar más lejos con menos comida que cualquier otra traílla del Yukón. Tres semanas después entraba en un campamento de caza de los indios stick que habitan el Alto Tanana. Se maravillaron de su temeridad porque tenían mala fama y se sabía que mataban al hombre blanco por algo tan insignificante como un hacha afilada o un rifle estropeado. Pero él se adentró entre ellos en solitario, comportándose con una mezcla de humildad, familiaridad, *sang froid* e insolencia. Manejar con eficacia armas tan distintas requería gran habilidad y un profundo conocimiento de la mente salvaje, pero él era un maestro de semejante arte y sabía cuándo debía mostrarse conciliador y cuándo convenía amenazar con la ira de Júpiter.

Primero mostró respeto al jefe Thling-Tinneh, regalándole un kilo de té negro y tabaco, con lo que se ganó su más cordial admiración. Luego se mezcló con los hombres y las mujeres jóvenes, y esa noche celebró un *potlatch*[14] Pisotearon un tramo rectangular de nieve de más—.o menos treinta metros de largo por unos siete de ancho. En el centro se levantó una hoguera alargada y los laterales se cubrieron con ramas de pícea. Se abandonaron las tiendas y la centena de miembros de la tribu interpretó sus cánticos en honor de su invitado.

Durante los dos años anteriores Mackenzie *el Zarrapastroso* había aprendido los pocos cientos de palabras que componían el vocabulario de aquellos indios, además de dominar sus sonidos guturales, sus construcciones y modismos japoneses, y sus partículas singulares y aglutinantes. Así que oró a la manera de ellos, satisfaciendo su instintivo amor por la poesía con primitivos arrebatos de elocuencia y contorsiones metafóricas. Después de

que Thling-Tinneh y el chamán hubiesen respondido en consecuencia, empezó a repartir regalos sin importancia entre los hombres, los acompañó en sus cánticos y demostró ser un experto en el juego de los cincuenta y dos palitos.

Fumaron su tabaco y se sintieron complacidos. Pero entre los hombres más jóvenes reinaba una actitud desafiante, un ánimo jactancioso que se comprendía fácilmente debido a las insinuaciones evidentes de las indias desdentadas y las risitas de las doncellas. Habían conocido a pocos hombres blancos —«Hijos del Lobo»— pero de ellos habían recibido lecciones muy curiosas.

A pesar de su aparente despreocupación, Mackenzie *el Zarrapastroso* se había fijado en el fenómeno. Envuelto en sus pieles para dormir, meditó a fondo en todo aquello, le dio vueltas y vació muchas pipas mientras planeaba su campaña. Solo una doncella había llamado su atención, pero se trataba de Zarinska, la hija del jefe. Por sus rasgos, silueta y compostura se acercaba más al tipo de belleza del hombre blanco y resultaba casi una anomalía entre sus hermanas de la tribu. La poseería, la haría su esposa y la llamaría… ¡La llamaría Gertrude! Tras decidirlo así, se puso de lado y se quedó dormido, como digno hijo de su raza siempre victoriosa.

Fue un trabajo lento y complicado, pero Mackenzie maniobró con astucia y con una tranquilidad que tenía desconcertados a los indios. Se molestó en convencer a los hombres de lo bien que disparaba y lo buen cazador que era, y el campamento se deshizo en alabanzas cuando abatió un alce a seiscientos metros de distancia. Por la noche visitaba al jefe Thling-Tinneh en su tienda de pieles de alce y caribú, alardeando y repartiendo tabaco con generosidad. No olvidó honrar al chamán de la misma forma, porque se dio cuenta de la influencia que el hechicero tenía sobre su gente y estaba ansioso por convertirlo en su aliado. Pero el personaje se mostraba poco accesible y se negaba a dejarse ganar, por lo que acabó siendo considerado un enemigo en potencia.

Aunque no se le había presentado la oportunidad de hablar con Zarinska, Mackenzie le dedicaba muchas miradas furtivas para advertirla de sus intenciones. Ella sabía de sobra lo que había, pero mostraba la coquetería de rodearse de mujeres siempre que los hombres se alejaban y él podía aprovechar para hablarle. Sin embargo, Mackenzie no tenía prisa; además, sabía que ella no podía evitar pensar en él y unos días así resultarían beneficiosos para su cortejo.

Por fin una noche, cuando consideró que había llegado el momento, abandonó de repente la tienda llena de humo del jefe y se apresuró hacia una de las tiendas vecinas. Como siempre, ella estaba sentada entre otras indias mayores y doncellas que se ocupaban en coser mocasines y bordar con abalorios. Se rieron al verlo entrar y empezaron a bromear sobre su relación con Zarinska. Pero él las echó fuera a empujones, una a una, y ellas corrieron a propagar lo ocurrido por todo el campamento.

Expuso bien su causa, en la lengua de ella porque ella no sabía la de él, y al cabo de dos horas se levantó para irse.

—Entonces, ¿Zarinska vendrá a la tienda del hombre blanco? Bien. Ahora voy a hablar con su padre, por si él no está de acuerdo. Y le daré muchos regalos como muestra de respeto, pero que no me pida demasiado. ¿Y si dice que no? ¡Bien! Zarinska vendrá igual a la tienda del hombre blanco.

Ya se había arropado con la piel de su atuendo para salir cuando una exclamación en voz baja lo hizo volver junto a la chica. Ella, con el rostro encendido, se puso de rodillas sobre la alfombra de piel de oso y con gran timidez desabrochó el pesado cinturón de él. Mackenzie bajó la mirada, perplejo, receloso y alerta ante cualquier sonido que pudiese producirse en el exterior. Pero lo que ella hizo a continuación despejó sus dudas y lo llevó a sonreír encantado: la joven buscó en su bolsa de la costura y sacó una funda de piel de alce, maravillosamente bordada con abalorios de colores. Desenfundó el enorme cuchillo de caza del hombre, miró con respeto el cortante filo, casi tentada a probarlo con el pulgar, y lo guardó en su nueva funda. Después añadió la funda al cinturón y la situó en el lugar que solía ocupar, encima de la cadera.

Parecía una escena antigua protagonizada por una dama y su caballero. Mackenzie la ayudó a levantarse y rozó los labios rojos de ella con su bigote, en lo que para ella era la caricia extranjera del Lobo. Así se encontraron la edad de piedra y la de acero.

El aire se estremeció cuando Mackenzie *el Zarrapastroso*, con un voluminoso paquete bajo el brazo, abrió la puerta de la tienda de Thling-Tinneh. Los niños corrían de un lado a otro, acarreando madera seca al escenario del *potlatch*, la intensidad del parloteo de las mujeres iba en aumento, los hombres jóvenes se reunían en grupos huraños y desde la tienda del chamán llegaban los sobrecogedores sonidos de un conjuro.

El jefe se encontraba a solas con su esposa, que tenía ojos de sueño, pero una sola mirada bastó para que Mackenzie supiera que ya conocía la noticia.

Así que fue directo al grano, empujando hacia delante para que se viera bien la funda bordada del cuchillo, como anuncio de su compromiso.

—Oh, Thling-Tinneh, poderoso jefe de los stick y de la tierra del Tanana, señor del salmón y el oso, del alce y el caribú. El hombre blanco acude a ti con un gran propósito. Muchas lunas lleva vacía su tienda y él está solo. Su corazón se ha consumido en silencio y anhela que una mujer se siente a su lado en su tienda, que lo reciba con un buen fuego y un buen plato de comida cuando regrese de cazar. Ha oído cosas extrañas: el correteo de unos mocasines de niño y el sonido de voces infantiles. Y una noche tuvo una visión en la que contempló al Cuervo, que es tu padre, el gran Cuervo, que es el padre de todos los stick. El Cuervo habló al hombre blanco solitario y le dijo: «Ata tus mocasines, ponte las raquetas de nieve y carga tu trineo con comida para muchos sueños y buenos regalos para el jefe Thling-Tinneh. Porque te dirigirás hacia donde el sol de mediados de primavera acostumbra hundirse en la tierra y viajarás hasta los terrenos de caza de ese gran jefe. Allí harás grandes regalos y Thling-Tinneh, que es mi hijo, será un padre para ti. En su tienda hay una doncella a la que he dado el aliento de la vida para ti. A esa doncella tomarás por esposa». Oh, jefe, así habló el gran Cuervo. Por eso pongo muchos regalos a tus pies. Por eso vengo para llevarme a tu hija.

El anciano se rodeó de sus pieles, consciente de su calidad de rey, pero evitó responder mientras un joven entraba, le entregaba un rápido mensaje según el que debía presentarse ante el consejo, y se marchaba.

—Hombre blanco al que llamamos Matador de Alces, también conocido como Lobo e Hijo del Lobo, sabemos que perteneces a una raza poderosa y nos enorgullecemos de invitarte a nuestro *potlatch*, pero el salmón rey no se aparea con el salmón perro, ni el Cuervo se aparea con el Lobo.

—¡No es así! —exclamó Mackenzie—. He visto varias hijas del Cuervo en los campamentos del Lobo. La india de Mortimer, la de Tregidgo, la de Barnaby, que llegaron hace dos deshielos. Y he oído hablar de otras indias, aunque no las he visto con mis propios ojos.

—Hijo, tus palabras son verdad, pero sería una unión mala, como la del agua con la arena, o la del copo de nieve con el sol. ¿Conoces a un tal Mason y a su india? ¿No? Vino hace diez deshielos, fue el primero de los Lobos. Y con él vino un hombre grande, erguido como un vástago de sauce y muy alto; fuerte como un oso y un corazón como la luna llena del verano y…

—¡Oh! —interrumpió al reconocer al famoso personaje de las tierras del Norte—. ¡Malamute Kid!

—El mismo. Un hombre poderoso. Pero ¿viste a la india? Era hermana de Zarinska.

—No, jefe, aunque sé de ellos. Mason… muy al Norte, muy lejos… una pícea muy vieja lo aplastó y lo dejó sin vida al caer. Pero él la amaba mucho y tenía mucho oro. Con el oro y su hijo, ella viajó muchas noches hacia el sol de mediodía del invierno y allí vive aún, sin hielo, nieve, sol de medianoche ni noche perpetua de invierno.

Un segundo mensajero los interrumpió con la llamada acuciante del consejo. Mackenzie lo empujó a la nieve y al hacerlo vio las siluetas que oscilaban frente a la hoguera del consejo, oyó los tonos graves y rítmicos de los cánticos y supo que el chamán avivaba la ira de su gente. Tenía poco tiempo. Se volvió hacia el jefe.

—¡Vamos! Quiero a tu hija y la quiero ya. ¡Mira! Aquí hay tabaco, té, muchas tazas de azúcar, mantas de calidad, pañuelos buenos y grandes. Y aquí hay un rifle de verdad con muchas balas y mucha pólvora.

—No —respondió el anciano, luchando contra las grandes riquezas extendidas frente a él—. Mi gente se ha puesto de acuerdo. No aceptarán este matrimonio.

—Pero tú eres el jefe.

—Sin embargo, mis hombres jóvenes se enfadan porque los Lobos se han llevado a sus doncellas y ya no pueden casarse.

—¡Escucha, Thling-Tinneh! Antes de que la noche se convierta en día, el Lobo dirigirá sus perros hacia las montañas del este y viajará hacia el país del Yukón. Y Zarinska abrirá camino a sus perros.

—Y antes de que la noche llegué a la mitad, puede que mis jóvenes echen la carne del Lobo a sus perros y esparzan sus huesos entre la nieve, hasta que la primavera los deje al descubierto.

Era amenaza contra amenaza. El rostro bronceado de Mackenzie se oscureció al sonrojarse. Alzó la voz. La anciana india, que hasta entonces había permanecido sentada como un espectador impasible, se dirigió hacia la puerta intentando pasar inadvertida. Los cánticos se interrumpieron de inmediato, pero enseguida se oyó un griterío de voces, cuando él obligó de malas maneras a la mujer a ocupar su sitio sobre las pieles.

—¡Vuelvo a gritar para que me escuches, Thling-Tinneh! El Lobo muere matando y con él dormirán diez de tus mejores hombres, hombres a los que necesitas porque la caza acaba de empezar y no faltan muchas lunas para la pesca. Además, ¿qué ganas si muero? Conozco las costumbres de tu gente. Tu parte de mi riqueza será muy pequeña. Dame a tu hija y todo será tuyo. Piensa

también que vendrán mis hermanos, que son muchos y sus fauces nunca se llenan. Las hijas del Cuervo parirán hijos en las tiendas del Lobo. Mi pueblo es más grande que el tuyo. Es el destino. Reconócelo y toda esta riqueza es tuya.

Afuera la nieve crujía bajo los mocasines. Mackenzie amartilló el rifle y desató los Colt gemelos del cinto.

—Acepta, jefe.

—Aunque lo haga, mi gente dirá que no.

—Acepta, y la riqueza es tuya. Después yo me ocuparé de tu gente.

—El Lobo tendrá lo que quiere. Yo acepto sus ofrendas, pero lo he avisado.

Mackenzie le entregó los bienes tras bloquear el expulsor del rifle y añadió al total un pañuelo de seda tornasolada. Entraron el chamán y media docena de jóvenes guerreros, pero él se abrió camino con audacia entre ellos y salió de la tienda.

—¡Recoge!

Fue el lacónico saludo que dirigió a Zarinska al pasar junto a su tienda, camino de su trineo y sus perros para engancharlos sin perder tiempo. Unos minutos después se acercó al consejo con la mujer a su lado y al frente de su traílla. Ocupó su lugar en una de las cabeceras del rectángulo, al lado del jefe. A su izquierda, un paso atrás, situó a Zarinska, en el lugar que le correspondía. Además, alguien podría intentar crearle problemas y necesitaba guardarse las espaldas.

A cada lado, los hombres se agachaban junto al fuego mientras se entregaban a sus cánticos de un pasado ya olvidado. Estaban llenos de cadencias extrañas y vacilantes, de repeticiones que hechizaban. No eran bonitos. Tampoco resultaba apropiado decir que daban miedo. En la otra cabecera, bajo la atenta mirada del chamán, bailaba una decena de mujeres. El hechicero reprobaba con severidad a quienes no se abandonaban por completo al éxtasis del rito. Medio ocultas entre sus tupidas cabelleras negras como ala de cuervo que les llegaban a la cintura, se balanceaban despacio hacia delante y hacia atrás y el movimiento de sus siluetas formaba un ritmo en constante cambio.

La escena resultaba rara, parecía un anacronismo. Al sur, el siglo XIX soltaba de un tirón los pocos años que quedaban de su última década; aquí prosperaba el hombre primitivo, la sombra de los cavernícolas prehistóricos, fragmento olvidado del mundo antiguo. Los perros lobo de color leonado se sentaban entre sus amos cubiertos de pieles o luchaban por hacerse un hueco,

mientras la luz del fuego iluminaba sus ojos rojos y sus colmillos babeantes. El bosque, envuelto en su fantasmal sudario, continuaba durmiendo sin hacer caso. El Silencio Blanco, de momento reducido a los límites del bosque, parecía agazaparse a la espera en su interior; las estrellas bailaban dando grandes saltos, como tienen por costumbre en la época del Frío Profundo; los espíritus del Polo arrastraban sus esplendorosos mantos a través del cielo.

Mackenzie *el Zarrapastroso* reconoció la grandeza salvaje de aquella escena mientras sus ojos recorrían los laterales bordeados de pieles para comprobar si faltaba algún rostro. Se detuvieron un momento en un bebé recién nacido que mamaba del pecho desnudo de su madre. Había 40o C bajo cero. Pensó en las delicadas mujeres de su propia raza y sonrió decidido. Aunque de las entrañas de una de esas mujeres delicadas había salido él con una herencia propia de un rey, una herencia que garantizaba su preponderancia en tierra y mar, sobre los animales y las gentes de cualquier zona. Solo ante cien guerreros, rodeado por el viento del Ártico, lejos de los suyos, sintió la llamada de su herencia, el deseo de poseer, el salvaje amor al peligro, la emoción de la batalla, el poder de conquistar o morir.

Cesaron los cánticos y los bailes y el chamán estalló en una elocuencia rudimentaria. Aprovechando las sinuosidades de su vasta mitología, manipuló con astucia la credulidad de su gente. Tenía buenos argumentos a favor. Contrapuso los principios creativos que representaban la Corneja y el Cuervo para estigmatizar a Mackenzie en su calidad de Lobo, el principio de la lucha y la destrucción. El combate de dichas fuerzas no era solo espiritual, sino que también luchaban los hombres, cada uno por su tótem. Ellos eran los hijos de Jelchs, el Cuervo, el portador del fuego prometeano; Mackenzie era el hijo del Lobo o, en otras palabras, del demonio. Para ellos, facilitar una tregua a esa guerra perpetua y casar a sus hijas con su archienemigo constituía una traición y una blasfemia de primer orden. Ninguna frase parecía lo bastante dura ni lo bastante vil cada comparación para tildar a Mackenzie de intruso furtivo y emisario de Satán. De lo más profundo de las gargantas de quienes lo escuchaban surgió un clamor salvaje y contenido a la vez cuando llegó al punto álgido de su perorata.

—Sí, hermanos, ¡Jelchs es todopoderoso! ¿Acaso no nos trajo el fuego que nace en el cielo para que nos calentásemos? ¿No hizo salir al sol, la luna y las estrellas de sus agujeros para que pudiésemos ver? ¿No nos enseñó que podíamos luchar contra los espíritus del Hambre y el Frío? Pero ahora Jelchs está enfadado con sus hijos, que ya son pocos, y no los ayuda. Porque se han olvidado de él y han hecho cosas malas, han seguido el mal camino y dejado

entrar a sus enemigos en sus tiendas, para que se sienten a su lado junto al fuego. El Cuervo está apenado por la maldad de sus hijos, pero cuando se levanten y demuestren que vuelven a ser los de antes, él saldrá de la oscuridad para ayudarlos. ¡Hermanos! El portador del fuego ha hablado con vuestro chamán y este es el mensaje que os envía: Que los hombres jóvenes lleven a las mujeres jóvenes a sus tiendas, que se lancen luego al cuello del Lobo y nunca permitan que su enemistad muera. Entonces sus mujeres serán fructíferas y se multiplicarán hasta crear un pueblo poderoso. El Cuervo guiará a las grandes tribus de sus padres y de los padres de sus padres más allá del Norte para vencer a los Lobos hasta dejarlos tan extinguidos como las hogueras de los campamentos del año pasado; así volverán a gobernar en toda la tierra. Este es el mensaje de Jelchs, el Cuervo.

Ese anuncio de la llegada del Mesías arrancó un ronco aullido a los indios y los llevó a ponerse en pie de un salto. Mackenzie sacó los pulgares de las manoplas y esperó. El clamor que exigía la presencia del Zorro no se acalló hasta que uno de los jóvenes dio un paso adelante para hablar.

—¡Hermanos! El chamán ha hablado con sensatez. Los Lobos se han llevado a nuestras mujeres y nuestros hombres no tienen hijos. Somos pocos. Los Lobos se han llevado nuestras pieles y nos han dado a cambio esos espíritus malignos que viven en las botellas y ropas que no vienen del castor o el lince, sino que se hacen con hierbas y no dan calor. Nuestros hombres mueren de enfermedades extrañas. Yo, el Zorro, no he tomado mujer alguna como esposa. ¿Por qué? Dos veces las doncellas que me agradaban se fueron a los campamentos del Lobo. Incluso ahora he reservado pieles de castor, de alce y de caribú para ganarme el favor de Thling-Tinneh y poder casarme con Zarinska, su hija. Pero ella se ha calzado las raquetas de nieve, dispuesta a abrir camino para los perros del Lobo. Y no hablo solo por mí. Lo mismo que hice yo lo ha hecho también el Oso. También él sería de buen grado el padre de sus hijos y con ese fin ha curtido muchas pieles. Hablo por todos los jóvenes que están sin esposa. Los Lobos siempre tienen hambre. Siempre se llevan la mejor carne de cada pieza y a los Cuervos nos dejan las sobras. ¡Ahí tenéis a Gugkla! —exclamó mientras señalaba con crueldad a una de las mujeres, que estaba lisiada—. Tiene las piernas arqueadas como las cuadernas de una canoa de abedul. No puede recoger madera ni acarrear la carne de los cazadores. ¿La han elegido a ella los Lobos?

—¡Eso es! ¡Es verdad! —vociferaron sus iguales.

—Y Moyri, a quien el espíritu del mal quiso que se le cruzasen los ojos. Incluso los recién nacidos tienen miedo cuando los mira y se dice que el oso

más fiero se aparta de su camino si la ve acercarse. ¿La han elegido a ella?

Otra vez resonó la cruel respuesta.

—Allí se sienta Pischet. No puede oír mis palabras. Nunca ha oído las chácharas de los demás, la voz de su marido o el balbuceo de su hijo. Vive en medio del Silencio Blanco. ¿Se han preocupado por ella los Lobos? ¡No! Ellos eligen lo mejor. A nosotros nos dejan las sobras. ¡Hermanos, no puede ser! Los Lobos no pueden seguir entrando y saliendo de nuestros campamentos con sus andares provocativos. Ha llegado el momento.

Una enorme serpentina de fuego, la aurora boreal —morada, verde y amarilla—, cruzó el cénit, uniendo un horizonte con el otro. Con la cabeza echada hacia atrás y los brazos abiertos, el indio empezó a balancearse y luego exclamó:

—¡Mirad! ¡Los espíritus de nuestros padres se han levantado y esta noche será testigo de grandes hazañas!

Retrocedió y otro joven, ligeramente retraído, dio un paso al frente, empujado por sus camaradas. Les superaba en altura por una cabeza y llevaba el pecho, más ancho de lo normal, desnudo a pesar del frío. Pasaba el peso del cuerpo de un pie al otro, como si titubease. No le salían las palabras y estaba incómodo. Daba miedo mirarle a la cara porque, en algún momento del pasado, un golpe terrible le había arrancado la mitad. Por fin se golpeó el pecho con el puño cerrado, arrancándole el mismo ruido que a un tambor, y su voz retumbó como el oleaje en una caverna costera.

—Yo soy el Oso, Punta de Plata e hijo de Punta de Plata. Cuando mi voz aún era la de una niña maté al lince, al alce y al caribú. Cuando silbaba como la de los glotones bajo una despensa escondida, crucé las montañas del Sur y di muerte a tres de los del río White. Cuando se convirtió en el rugido del viento chinook, me encontré con el peor de los osos, el *grizzly* osado, y le hice frente. —En ese momento se detuvo y pasó la mano por sus espantosas cicatrices—. No soy como el Zorro. Mi lengua está helada como el río. No sé hacer grandes discursos. Mis palabras son pocas. El Zorro dice que esta noche será testigo de grandes hazañas. ¡Bien! Las palabras fluyen de su boca como los torrentes en la primavera, pero es reacio a los hechos. Esta noche yo lucharé con el Lobo. Le daré muerte y Zarinska se sentará junto a mi hoguera. El Oso ha hablado.

Aunque a su alrededor de desató la locura, Mackenzie *el Zarrapastroso* se mantuvo firme. Consciente de la poca utilidad del rifle en distancias cortas, llevó hacia delante las dos pistoleras del cinturón, preparado para usarlas, y retiró las manoplas hasta que las manos quedaron apenas protegidas por los

guanteletes de cuero interiores que llegaban al codo. Sabía que si lo atacaban en masa no tenía esperanzas pero, tal y como había alardeado, estaba dispuesto a morir matando. Sin embargo, el Oso contuvo a sus camaradas e hizo uso de su tremendo puño para obligar a retroceder a los más impetuosos. Cuando el tumulto empezó a remitir, Mackenzie echó una ojeada en dirección a Zarinska. Qué imagen tan soberbia: aguardaba con el cuerpo echado hacia delante sobre las raquetas de nieve, los labios ligeramente separados y las aletas de la nariz temblorosas, como una tigresa a punto de saltar. Sus enormes ojos negros observaban a los hombres de su tribu con miedo y desafío a la vez. Tanta era la tensión que había olvidado respirar. Con una mano presionando el pecho y la otra agarrando con fuerza el látigo parecía haberse vuelto de piedra. En el momento en que él la miró, la joven se sintió aliviada: relajó los músculos, dejó escapar un suspiro, se echó hacía atrás y le dedicó una mirada que trascendía el amor.

Thling-Tinneh intentaba hablar, pero su gente ahogaba su voz. Mackenzie dio un paso hacia delante. El Zorro abrió la boca para lanzar un grito penetrante, sin embargo Mackenzie se abalanzó sobre él tan rápidamente que retrocedió, con la laringe borboteando sonidos reprimidos. Su desconcierto fue recibido a carcajadas y sirvió para que sus compañeros se tranquilizaran y fuesen capaces de escuchar.

—¡Hermanos! El hombre blanco al que habéis decidido llamar el Lobo ha llegado a vosotros con buenas palabras. No hizo como el inuit, no contó mentiras. Tino como amigo, como quien quiere ser hermano. Pero vuestros hombres han hablado y el tiempo de las palabras bonitas ha pasado ya. Primero os diré que el chamán tiene una lengua malvada y es un falso profeta porque los mensajes que os dio no son los del portador del fuego. Sus oídos están sordos a la voz del Cuervo y en su cabeza teje ingeniosas fantasías con las que os engaña. No tiene poder. Cuando matasteis a los perros para coméroslos y os dolía el estómago por culpa de tanta piel sin curtir y tiras de mocasines; cuando murieron los ancianos y los bebés, al secarse la leche de sus madres; cuando la tierra estaba a oscuras y perecisteis como el salmón en otoño; sí, cuando la hambruna os dominó, ¿proporcionó el chamán alguna recompensa a vuestros cazadores? ¿Os llenó el chamán la barriga de carne? Os lo repito, el chamán no tiene poder, ¡por eso yo le escupo a la cara!

Aunque el sacrilegio los desconcertó, no se produjo un griterío. Algunas de las mujeres incluso se asustaron, pero entre los hombres se propagó una sensación edificante, como si se prepararan para el milagro o lo anticiparan. Todas las miradas confluían en las dos figuras centrales. El sacerdote

comprendió la importancia de aquel momento, se dio cuenta de que su poder se tambaleaba, abrió la boca para condenar, pero retrocedió apresurado ante el avance agresivo de Mackenzie, con el puño en alto y echando chispas por los ojos, quien, al verlo, hizo una mueca desdeñosa y continuó diciendo:

—¿He caído fulminado? ¿Me ha quemado el rayo? ¿Han caído las estrellas del cielo para aplastarme? ¡No! Ya he terminado con este perro. Ahora os hablaré de mi pueblo, que es el más poderoso de todos los pueblos y gobierna en todas las tierras. Al principio cazamos como cazo yo: en solitario. Después cazamos en grupos. Y por último, como cuando el caribú huye en desbandada, barremos toda la tierra. Aquellos a quienes dejamos entrar en nuestras tiendas viven; los que no quieren entrar mueren. Zarinska es una joven hermosa, fuerte y resistente, adecuada para ser madre de Lobos. Aunque yo muera, eso es lo que ella será, porque mis hermanos son muchos y seguirán el rastro de mis perros. Escuchad la ley del Lobo: «Aquel que arrebate la vida de un Lobo, pagará con diez de los suyos como castigo». En muchas tierras han pagado ese precio y en muchas otras aún habrá de pagarse.

»Ahora me ocuparé del Zorro y el Oso. Parece que se han fijado en la joven, ¿y qué? ¡Mirad! Yo la he comprado. Thling-Tinneh se apoya en el rifle y el resto de los bienes descansan junto a su hoguera. Sin embargo, quiero ser justo con ellos. Al Zorro, cuya lengua se seca con tantas palabras, daré cinco rollos largos de tabaco de mascar, así tendrá la boca húmeda y podrá armar jaleo en los consejos. Al Oso, del que me enorgullezco, le daré dos mantas, veinte tazas de harina y doble cantidad de tabaco que al Zorro. Y si viaja conmigo más allá de las montañas del Este, le daré un rifle como el de Thling-Tinneh. ¿Y si no? No importa. El Lobo está cansado de hablar. Sin embargo, una vez más repetirá su ley: «Aquel que arrebate la vida de un Lobo, pagará con diez de los suyos como castigo».

Mackenzie sonrió al dar un paso atrás y recuperar su posición, pero en el fondo se sentía muy preocupado. La noche seguía siendo oscura. La joven se acercó más y él le prestó atención mientras le explicaba los trucos del Oso con el cuchillo cuando luchaba.

Se decidió ir a la guerra. En un santiamén, decenas de mocasines ampliaban el espacio de nieve pisada junto a la hoguera. Todos hablaban de la aparente derrota del chamán: algunos aseveraban que se había limitado a contener su poder, mientras que otros recordaban acontecimientos del pasado y estaban de acuerdo con el Lobo. El Oso se situó en el centro del campo de batalla con un cuchillo ruso y largo en la mano. El Zorro llamó la atención hacia los revólveres de Mackenzie, así que este se quitó el cinto y se lo puso a

Zarinska en la cintura, en cuyas manos depositó también su rifle. Ella hizo un gesto con la cabeza para indicarle que no sabía disparar; pocas veces una mujer tenía la oportunidad de manipular un objeto tan valioso.

—Entonces, si me acecha el peligro por la espalda, grita en alto: «¡Esposo!». No, así: «¡Esposo!».

Se rio al oír como lo repetía ella, le pellizcó la mejilla y volvió al interior del círculo. El Oso no solo lo aventajaba en alcance y estatura, sino que la hoja de su cuchillo era cinco centímetros más larga que la suya. Mackenzie *el Zarrapastroso* sabía mirar a los ojos de sus oponentes y fue consciente de que iba a enfrentarse a un hombre de verdad, sin embargo se sintió estimulado por el destello de la luz en el acero y se dejó llevar por el impulso dominante de su raza.

Una vez tras otra se vio empujado al borde del fuego o a la nieve sin pisar y una vez tras otra, con el movimiento de pies del púgil, regresó al centro. Ni una sola voz se alzó para animarlo, mientras que a su antagonista lo arropaban con aplausos, sugerencias y advertencias. Pero apretaba cada vez más los dientes cuando los cuchillos entrechocaban y atacaba o eludía el ataque con una frialdad nacida de una fuerza consciente. Al principio sintió compasión por su enemigo, pero el sentimiento desapareció ante el instinto primigenio de la vida, que a su vez dio paso al ansia de matar. Sus diez mil años de cultura lo abandonaron y se convirtió en un cavernícola que luchaba por su hembra.

En dos ocasiones pinchó al Oso y salió indemne, pero la tercera vez lo atrapó y, para salvarse, tuvo que luchar mano a mano, cuerpo a cuerpo. Entonces comprendió la tremenda fuerza de su oponente. Sentía los músculos agarrotados y doloridos, mientras los tendones amenazaban con romperse debido a la tensión y, sin embargo, el acero ruso estaba cada vez más cerca. Intentó apartarse de él pero solo consiguió debilitarse. El círculo de hombres cubiertos de pieles se cerró más, seguros de que se acercaba el golpe final y ansiosos por verlo. Pero usando un truco de luchador, se giró en parte hacia un lado y golpeó a su adversario con la cabeza. Sin quererlo, el Oso se echó hacia atrás y perturbó su centro de gravedad. Al mismo tiempo Mackenzie afianzó el paso e impulsó todo su peso hacia delante, con lo que arrojó al otro a la nieve blanda. El Oso salió de allí como pudo y volvió al círculo a toda velocidad.

—¡Esposo! —se oyó la voz de Zarinska, llena de peligro.

La vibración de la cuerda de un arco hizo que Mackenzie se echara al suelo y que una flecha de hueso muy afilada cruzara por encima de él y se clavase en el pecho del Oso, cuyo impulso lo llevó a pasar sobre su enemigo

agachado. Al instante siguiente Mackenzie estaba de nuevo en pie. El Oso yacía inmóvil, pero al otro lado de la hoguera se encontraba el chamán, sacando una segunda flecha.

El cuchillo de Mackenzie dio un salto en el aire. Agarró la pesada hoja por la punta. Se produjo un destello de luz cuando el arma atravesó el fuego. Luego el chamán, con el cuchillo —del que solo se veía el mango— clavado en la garganta, se balanceó un momento y cayó hacia delante, entre las brasas de la hoguera.

¡Clic! ¡Clic! El Zorro se había apropiado del rifle de Thling-Tinneh y en vano intentaba cargarlo. Pero lo soltó al oír la risa de Mackenzie.

—Así que el Zorro no ha aprendido cómo se usa el juguete. Aún es una mujer. ¡Vamos! ¡Tráelo aquí, que te enseño!

El Zorro dudó.

—¡Te he dicho que vengas!

Se acercó encorvado como un chucho al que le han dado una paliza.

—Así y así. Así es cómo se hace.

La bala ocupó su posición y el gatillo quedó amartillado mientras Mackenzie se llevaba el rifle al hombro.

—El Zorro dijo que esta noche sería testigo de grandes hazañas y dijo la verdad. Se han visto grandes hazañas, aunque las más pequeñas han sido las del Zorro. ¿Aún pretende llevar a Zarinska a su tienda? ¿Tiene intención de seguir el camino que ya han abandonado el chamán y el Oso? ¿No? ¡Mejor!

Mackenzie se dio la vuelta con desprecio y arrancó el cuchillo del cuello del chamán.

—¿Alguno de los jóvenes quiere probar? Porque el Lobo se enfrentará a ellos en grupos de dos o tres hasta que no quede ninguno. ¿No? ¡Mejor! Thling-Tinneh, te entrego este rifle por segunda vez. Si en los días por venir viajas al país del Yukón, siempre habrá un lugar y mucha comida para ti junto al fuego del Lobo. La noche empieza a hacerse día. Me voy, pero podría volver. Por última vez os digo que no olvidéis la ley del Lobo.

Cuando volvió al lado de Zarinska, todos lo miraban como a un ser sobrenatural. Ella ocupó su puesto a la cabeza de la traílla y los perros echaron a andar. Unos minutos después el bosque fantasmal se los había tragado. Mackenzie aguardó hasta ese momento. Entonces se puso las raquetas de nieve para ir tras ellos.

—¿Ha olvidado el Lobo los cinco rollos largos de tabaco?

Mackenzie se giró enfadado hacia el Zorro. En ese momento comprendió lo cómico de la situación.

—Te daré un rollo corto.

—Como el Lobo prefiera —respondió el Zorro dócilmente, mientras estiraba la mano.

[1899]



En una región lejana

CUANDO UN HOMBRE viaja a una región lejana debe estar dispuesto a olvidar muchas de las cosas que ha aprendido y a adquirir las costumbres inherentes a la existencia en esa nueva tierra, debe abandonar los viejos ideales y sus dioses, y a veces debe invertir los códigos por los que se ha regido hasta entonces. Para quienes tienen la facultad proteica de la adaptabilidad, la novedad de dichos cambios puede incluso constituir una fuente de placer, pero para los que se encuentran estancados en la rutina de siempre, la presión del entorno alterado resulta insoportable y sufren, en cuerpo y mente, bajo el peso de unas nuevas restricciones que no comprenden. Ese sufrimiento provoca reacciones que a su vez desencadenan males diversos y desgracias variadas. Mejor haría el hombre incapaz de adaptarse a las nuevas costumbres en regresar a su propio país. Si se demora demasiado, sin duda morirá.

Quien da la espalda a las comodidades de una civilización más antigua para enfrentarse a la juventud salvaje, a la simplicidad primordial del Norte, puede calcular el éxito en proporción inversa a la cantidad y calidad de sus costumbres fijas e inmutables. Pronto descubrirá —si se trata del candidato adecuado— que los hábitos materiales son los menos importantes. Al fin y al cabo, cambiar un suculento menú por la tosca comida sin elaborar, o un zapato de cuero bien hecho por el mocasín blando y sin forma, o un colchón de plumas por otro de ramas en la nieve resulta muy sencillo. Lo complicado será aprender a adecuar su actitud hacia todas las cosas, en especial hacia el prójimo. Debe sustituir las cortesías de la vida normal por generosidad, paciencia y tolerancia. Así y solo así podrá alcanzar el mejor de los premios: la verdadera camaradería. No debe decir «gracias», sino transmitirlo sin abrir la boca y demostrarlo respondiendo con la misma moneda. Es decir, que debe cambiar la palabra por el hecho, el significado literal por la intención.

Cuando en el mundo resonó la historia del oro del Ártico y el atractivo del Norte hizo presa en los corazones de los hombres, Carter Weatherbee renunció a su cómodo empleo de dependiente, entregó la mitad de sus ahorros a su esposa y con el resto adquirió el equipo necesario. No era de naturaleza

romántica —la esclavitud del comercio se había ocupado de acallar cualquier rasgo de ese tipo—, pero estaba harto de aquel trabajo rutinario y constante y deseaba arriesgarse a correr grandes peligros para recibir la recompensa correspondiente. Como muchos otros necios, desdeñando los viejos caminos que los pioneros del Norte llevaban usando más de veinte años, se apresuró a llegar a Edmonton en primavera. Y allí, para desgracia de su alma, se alió con un grupo de hombres.

En aquel grupo no había nada raro, excepto sus planes. Su meta, como la de los demás, era el Klondike. Pero la ruta que habían proyectado para cumplir sus objetivos dejaba sin aliento al nativo más curtido, nacido y criado en las vicisitudes del Territorio Noroeste. Incluso Jacques Baptiste, hijo de una mujer chipewyan y un *voyageur* renegado (había nacido en una tienda de piel de ciervo al norte del paralelo 65 y para acallar su llanto le dieron de mamar un trozo de sebo crudo), se quedó sorprendido. A pesar de venderles sus servicios y aceptar viajar incluso hasta el hielo que nunca se abre, negaba con la cabeza de manera inquietante cada vez que le pedían consejo.

La mala estrella de Percy Cuthfert debía de estar en ascenso porque también se unió a ese grupo de argonautas. Se trataba de un hombre extraordinario, con una cuenta bancaria tan vasta como su cultura, que ya es decir. No tenía motivos para embarcarse en semejante aventura. No tenía motivo alguno, excepto que sufría un desarrollo excesivo del sentimentalismo y lo confundió con el verdadero espíritu romántico y de aventura. Muchos otros hombres han hecho lo mismo y cometieron un error igual de nefasto.

La primera ruptura de la primavera pilló al grupo siguiendo el deshielo del río Elk. Se trataba de una flota imponente porque llevaban mucho equipo e iban acompañados por un contingente poco respetable de *voyageurs* mestizos con sus hijos y mujeres. Día tras día se afanaban con los *bateaux*[15] y las canoas, luchaban contra los mosquitos y plagas similares o sudaban y juraban en los trechos en que debían abandonar el río y continuar a pie con todo a cuestas. Tanto esfuerzo y trabajo desnuda por completo el alma de cualquier hombre, por lo que antes de que el lago Athabasca se hubiese perdido de vista al Sur cada miembro del grupo había dejado bien clara su verdadera personalidad.

Los dos holgazanes y gruñones crónicos eran Carter Weatherbee y Percy Cuthfert. El resto del grupo se quejaba menos de todos sus dolores y malestares que cada uno de1 ellos dos por separado. Ni una sola vez se ofrecían voluntarios para ocuparse de las mil y una tareas insignificantes del campamento. Si había que ir a buscar un cubo de agua, cortar una brazada

extra de leña, fregar y secar los cacharros, buscar entre los bultos del equipo algún artículo que de repente resultaba indispensable, aquellos dos vástagos refinados de la civilización descubrían algún esguince o ampolla que requiriesen una atención inmediata. Eran los primeros en acostarse por la noche, dejando una buena cantidad de tareas sin hacer, y los últimos en levantarse por la mañana, cuando ya casi estaban listos para irse y justo antes de empezar a desayunar. Eran los primeros en aparecer a la hora de las comidas y los últimos en ayudar a cocinar; los primeros en lanzarse en picado a por una exquisitez, siempre escasas, y los últimos en darse cuenta de que se habían comido también la ración correspondiente a otro hombre. Si les tocaba remar, tenían la malicia de cortar el agua a cada golpe y permitir que el impulso del bote ayudase a flotar la pala del remo. Creían que nadie se daba cuenta, pero sus compañeros juraban para sus adentros y los odiaban cada vez más, mientras que Jacques Baptiste los miraba con desprecio y sin disimulo y los maldecía sin descanso desde la mañana hasta la noche. Pero Jacques Baptiste no era un caballero.

En el Gran Lago de los Esclavos compraron perros de la Bahía de Hudson y la flota se hundió hasta las defensas con el peso añadido del pescado seco y el *pemmican*[16]. Luego las canoas y los *bateaux* respondieron a la rápida corriente del Mackenzie y llegaron a las Grandes Llanuras heladas. Hicieron prospecciones en cada posible afluente, pero la búsqueda del filón escurridizo los llevaba cada vez más al Norte. En el Gran Lago del Oso, abrumados por el miedo común a las Tierras Desconocidas, sus *voyageurs* empezaron a desertar y Fort Good Hope vio el último y valiente intento de utilizar las cuerdas de remolque mientras se resistían a la corriente que los arrastraba con tanto peligro. Solo quedó Jacques Baptiste. ¿No había jurado viajar incluso hasta el hielo que nunca se abre?

Empezaron a consultar constantemente los mapas llenos de mentiras, en su mayoría elaborados basándose en rumores. Sentían que debían darse prisa, porque el sol ya había pasado su solsticio del Norte y volvía a llevar el invierno hacia el Sur. Bordeando las orillas de la bahía en la que el Mackenzie desemboca en el océano Ártico, se adentraron en la desembocadura del río Little Peel. Entonces empezó el arduo viaje cauce arriba y los dos inútiles se sintieron peor que nunca. Las cuerdas de remolque y las pértigas, los remos y mecapales, los rápidos y los tramos de acarreo…, semejantes torturas sirvieron para hacer que uno odiase los grandes peligros y al otro le diese la tempestuosa impresión de lo que era el verdadero encanto de la aventura. Un día se pusieron rebeldes y, tras ser terriblemente insultados por Jacques

Baptiste, se revolvieron como hacen a veces los gusanos. Pero el mestizo les dio una paliza y los envió, heridos y sangrando, a hacer su trabajo. Era la primera vez que alguien los maltrataba.

Tras abandonar su embarcación en la cabecera del Little Peel, invirtieron el resto del verano en el largo tramo de acarreo que cruza la divisoria del Mackenzie hasta el West Rat. Aquel pequeño arroyo alimentaba el Porcupine, que a su vez se unía al Yukón donde esa poderosa ruta del norte contramarcha. Pero habían perdido la carrera contra el invierno y un día ataron sus balsas a un espeso disco de hielo y se apresuraron a llevar sus cosas a la orilla. Esa noche el río se atascó y se volvió a abrir varias veces. A la mañana siguiente se había dormido por completo.

☘

NO PODEMOS ESTAR a más de seiscientos cincuenta kilómetros del Yukón —concluyó Sloper, mientras multiplicaba la uña del pulgar según la escala del mapa. La reunión, en la que los dos inútiles se habían quejado y puesto toda clase de impedimentos, llegaba a su fin.

—Hace mucho tiempo había una factoría de la Compañía de la Bahía de Hudson. Ya no la usan.

El padre de Jacques Baptiste había hecho el viaje para la compañía en los viejos tiempos, dejándose en el camino y por congelación un par de dedos de los pies.

—¡Vaya sufrimiento va a ser! —exclamó otro miembro del grupo—. ¿Y no hay blancos?

—Ni un solo blanco —afirmó Sloper en tono sentencioso—, pero luego solo quedan ochocientos kilómetros más Yukón arriba hasta Dawson. Redondeando, desde aquí nos faltan mil seiscientos kilómetros complicados.

Weatherbee y Cuthfert se quejaron a coro.

—¿Cuánto tardaremos, Baptiste?

El mestizo se lo pensó un momento.

—Trabajando como locos y todos colaborando, diez, veinte, treinta, cuarenta, cincuenta días. Si vienen los niños —dijo señalando a los inútiles—, imposible saberlo. Puede que cuando las ranas críen pelo o ni siquiera entonces.

Dejaron de fabricar raquetas y mocasines. Alguien llamó a uno de los miembros, que se había ausentado y que salió de una cabaña vieja situada al borde del campamento y se unió al grupo. Aquella cabaña era uno de los muchos misterios que se ocultan en los inmensos recovecos del Norte. Nadie sabía quién la había construido, ni cuándo. Posiblemente, dos tumbas al aire libre, cubiertas de piedras apiladas, contenían el secreto de aquellos primeros viajeros. Pero ¿quién había apilado las piedras?

Llegó el momento. Jacques Baptiste hizo una pausa en su lucha por adaptar un arnés e inmovilizó al perro en la nieve. El cocinero decidió no quejarse por el retraso, añadió un puñado de beicon en una cacerola en la que chisporroteaban las alubias y luego prestó atención. Sloper se puso de pie. Su cuerpo contrastaba de forma ridícula con los físicos saludables de los inútiles. Débil y amarillo, huyendo de un lugar azotado por la fiebre en Sudamérica, no se había detenido en ningún momento y aún era capaz de trabajar tanto y tan fuerte como cualquiera. Pesaría poco más de cuarenta kilos —incluyendo su pesado cuchillo de caza— y su cabello canoso indicaba que ya no estaba en la flor de la vida. Los músculos jóvenes y descansados de Weatherbee y Cuthfert podían esforzarse diez veces más que los de él, sin embargo era capaz de recorrer más del doble de camino que ellos en un día de viaje. Y durante toda aquella jornada había fustigado a sus compañeros más fuertes para que se aventuraran a recorrer mil seiscientos kilómetros de las más duras penalidades que el hombre pueda concebir. Era la personificación de la inquietud de su raza, y la testarudez teutónica, unida a la rapidez de pensamiento y acción del yanqui, mantenían a la carne esclava del espíritu.

—Todos los que estén de acuerdo en continuar con los perros tan pronto el hielo se asiente, que digan «sí».

—¡Sí! —respondieron ocho voces destinadas a jurar sin descanso durante muchos cientos de kilómetros de penuria.

—¿Alguien se opone?

—¡Yo!

Por primera vez los inútiles se mostraban unidos sin comprometer sus intereses personales.

—¿Y qué vas a hacer al respecto? —añadió Weatherbee en tono beligerante.

—Decide la mayoría. Decide la mayoría —exclamaron los demás miembros del grupo.

—Sé que la expedición podría fracasar si no venís —contestó Sloper de buenos modos—, pero supongo que si nos esforzamos de verdad podremos

arreglárnoslas sin vosotros. ¿Qué decís, muchachos?

Los otros le dieron la razón.

—Pero, a ver —se arriesgó a decir Cuthfert con recelo—, ¿qué puede hacer alguien como yo?

—¿No vienes con nosotros?

—No.

—Entonces haz lo que te dé la gana. No tenemos nada más que decir.

—Imagino que podrías quedarte con tu querido compañero —sugirió un tipo muy pesado de Dakota mientras señalaba a Weatherbee—. Seguro que él te preguntará qué vas a hacer cuando llegue el momento de cocinar y de recoger leña.

—Entonces queda decidido —concluyó Sloper—. Saldremos mañana y acamparemos a menos de diez kilómetros de aquí para organizamos como es debido y por si se nos olvida algo.

☘

LOS PATINES DE ACERO de los trineos crujían mientras los perros tiraban despacio de los arneses a los que estaban destinados de por vida. Jacques Baptiste se detuvo junto a Sloper para echarle una última ojeada a la cabaña. El humo salía en volutas del tubo de la cocina portátil. Los dos inútiles los observaban desde el umbral.

Sloper apoyó la mano en el hombro del otro.

—Jacques Baptiste, ¿has oído hablar de los gatos de Kilkenny?

El mestizo negó con la cabeza.

—Pues, amigo y buen compañero, los gatos de Kilkenny se pelearon hasta que no quedó ni la piel, ni el pelo ni los aullidos de ninguno de los dos. ¿Comprendes? Hasta que no quedó nada. Bien. A esos dos hombres no les gusta trabajar y no trabajarán. Eso lo sabemos. Estarán solos en esa cabaña todo el invierno, un invierno muy largo y muy oscuro. Acabarán como los gatos de Kilkenny.

La parte francesa de Baptiste se encogió de hombros, pero la parte india guardó silencio. Sin embargo, el gesto de los hombros resultó bastante elocuente y profético.

☘

AL PRINCIPIO las cosas marcharon bien en la pequeña cabaña. Las chanzas de sus compañeros habían logrado que Weatherbee y Cuthfert fuesen conscientes de la responsabilidad mutua que recaía en ellos. Además, no había mucho trabajo que hacer para dos hombres saludables. Y el hecho de verse libres de aquel látigo cruel o, en otras palabras, del mestizo que los presionaba, provocó en ellos una reacción de alegría. Al principio cada uno se esforzaba por superar al otro y se ocupaban de las tareas con un celo fingido que habría dejado con la boca abierta a sus compañeros, afanados ahora en cuerpo y alma por recorrer el largo camino.

Dejaron a un lado las preocupaciones. El bosque, que los cercaba por tres lados, constituía un almacén de leña inagotable. A pocos metros de su puerta dormía el Porcupine y un agujero en su capa de invierno les proporcionaba un manantial de agua burbujeante, transparente y tremendamente fría. Pero pronto le pusieron pegas incluso a eso: el agujero no dejaba de congelarse y se veían obligados a afanarse en romper el hielo. Los desconocidos constructores de la cabaña habían ampliado los troncos laterales para que soportaran una despensa en la parte de atrás a fin de proteger los alimentos. Allí almacenaron la mayor parte de las provisiones del grupo. Tenían más del triple de la comida que necesitaban, pero la mayor parte era de la que aporta fuerza y resistencia sin resultar apetecible al paladar. Cierto, había azúcar de sobra para dos hombres normales, sin embargo aquellos dos eran como niños. No tardaron en descubrir las virtudes del agua caliente juiciosamente saturada con azúcar y se dedicaron a bañar las tortitas y a empapar el pan en aquel almíbar blanco y empalagoso. También atacaron con resultados desastrosos el café, el té y los frutos secos. La primera vez que discutieron fue por el azúcar. Cuando dos hombres que dependen por completo uno del otro empiezan a pelearse, la situación se complica mucho.

A Weatherbee le encantaba disertar abiertamente sobre política, mientras Cuthfert, que había sido propenso a recortar sus cupones y dejar que los demás se arreglaran como pudieran, o bien ignoraba el asunto o se dedicaba a declamar epigramas sorprendentes. Pero el dependiente era demasiado obtuso para apreciar el ingenio con el que estructuraba sus ideas y el desperdicio de tanta munición irritaba a Cuthfert. Estaba acostumbrado a deslumbrar a la gente con su genialidad y esa pérdida de audiencia le provocaba un

sufrimiento enorme. Se sentía ofendido e inconscientemente consideraba responsable a su compañero, que era un pedazo de animal.

Salvo la existencia, nada tenían en común; no coincidían en nada. Weatherbee era un dependiente que no sabía de ninguna otra cosa y solo se había dedicado a eso. Cuthfert era experto en Humanidades, aficionado a la pintura y había escrito lo suyo. El primero era un hombre de clase baja que se tenía por un caballero y el segundo era un caballero que sabía que lo era. A esto debemos añadir que un hombre puede ser un caballero sin poseer el instinto primordial de la verdadera camaradería. El dependiente era tan sensual como el otro estético, y sus aventuras amorosas, contadas extensamente y en su mayoría fruto de su imaginación, afectaban al experto en Humanidades, sensible en exceso, como lo haría el tufo de una alcantarilla. Tenía al dependiente por una bestia inculta y asquerosa que debería vivir entre el estiércol, con los cerdos, y se lo dijo. A su vez fue informado de que era un blandengue insulso y un canalla. Weatherbee no habría sido capaz de definir «canalla» ni aunque le fuera la vida en ello, pero la palabra cumplió su propósito, que en definitiva parece ser lo más importante.

Weatherbee desafinaba como un serrucho y se pasaba horas enteras cantando El ladrón de Boston y El apuesto grumete, mientras Cuthfert lloraba de rabia hasta que no lo soportaba más y salía al exterior. Pero no había escapatoria. El frío era tan intenso que no podía aguantar fuera mucho tiempo y la pequeña cabaña los encerraba, junto con las camas, la cocina, la mesa y todo lo demás, en un espacio de tres metros por tres y medio. La presencia de uno se convirtió en una afrenta personal para el otro y ambos caían en períodos de un silencio amenazante que fueron aumentando en longitud e intensidad a medida que pasaban los días. A veces los delataba una mirada o un gesto de desprecio, aunque casi siempre conseguían ignorarse por completo durante esas etapas de mutismo. Ambos se preguntaban cómo era posible que Dios hubiese creado al otro.

Como tenían poco que hacer, el tiempo se convirtió en una carga intolerable para los dos. Lógicamente, eso los llevó a ser aún más vagos que antes. Se hundieron en un letargo físico del que no había escapatoria y que los llevaba a rebelarse ante la necesidad de realizar el más mínimo esfuerzo. Una mañana, cuando le tocaba preparar el desayuno de los dos, Weatherbee salió de entre las mantas y, al oír roncar a su compañero, encendió primero la lámpara de grasa y después el fuego. Los hervidores estaban congelados y no había agua en la cabaña para lavarse, pero no le importó. Mientras esperaba a que se derritiera, cortó el beicon y se concentró en la odiosa tarea de hacer el

pan. Cuthfert lo había observado todo con los ojos medio cerrados, así que discutieron, se pusieron de vuelta y media y después acordaron que cada uno cocinaría sus propios alimentos. Una semana más tarde, fue Cuthfert quien incumplió con sus abluciones, pero no le importó comerse lo que él mismo había cocinado. Weatherbee sonrió. Después de eso, la ridícula costumbre de lavarse desapareció de sus vidas.

A medida que la provisión de azúcar y otros pequeños lujos fueron disminuyendo, empezaron a temer quedarse sin su ración correspondiente y, para evitar robos, comenzaron a atiborrarse. Los artículos de lujo se vieron afectados por la contienda entre glotones, y los hombres también. Al faltarles las verduras frescas y el ejercicio, su sangre se empobreció y un sarpullido violáceo y repugnante se apoderó de sus cuerpos. Pero se negaron a hacer caso de la advertencia. Luego empezaron a hinchárseles los músculos y las articulaciones, la carne se ennegreció y las bocas, encías y labios adoptaron el color de una crema sustanciosa. Mientras el escorbuto seguía su curso, cada uno se regodeaba ante los síntomas del otro, en lugar de sentirse más unidos y compadecerse de los sufrimientos compartidos.

Dejaron de preocuparse por su aspecto personal y, de paso, por el más mínimo decoro. La cabaña se convirtió en una pocilga y nunca más volvieron a hacer las camas ni a cambiar las ramas de pino sobre las que yacían. Aunque no pudieron quedarse entre las mantas tanto como les hubiese gustado, porque el frío resultaba implacable y el quemador consumía mucha leña. Tenían el pelo y la barba largos y descuidados, mientras que las ropas habrían repugnado más pobre de los traperos. Pero no les importaba. Estaban enfermos y no había nadie que los viera. Además, moverse les resultaba demasiado doloroso.

A todo esto se añadió un nuevo problema: el Miedo al Norte. Este miedo era hijo compartido del Frío Profundo y el Silencio Impenetrable, y nacía en la oscuridad de diciembre, cuando el sol se oculta para siempre tras el horizonte del sur. Les afectó según sus formas de ser. Weatherbee cayó presa de las supersticiones más burdas e hizo lo posible por resucitar a los espíritus que dormían en las tumbas olvidadas. Lo tenían fascinando y, en sueños, acudían a él desde el frío, se acurrucaban entre sus mantas y le contaban los problemas y dificultades que habían sufrido antes de morir. Él se encogía de miedo e intentaba alejarse de la humedad y el frío que despedían al acercarse y rodearlo con sus extremidades heladas y, cuando le susurraban al oído las cosas que iban a pasar, la cabaña se llenaba con sus gritos de terror. Cuthfert no lo entendía, porque ya no se hablaban, y cuando lo despertaba de esa

forma siempre echaba mano del revólver. Luego se sentaba en la cama, temblando nervioso, con el arma dirigida hacia el otro, que continuaba durmiendo y soñando. Cuthfert pensaba que se estaba volviendo loco y empezó a temer por su vida.

En él, el mal se manifestó de una forma menos concreta. El misterioso artesano que había construido la cabaña, tronco a tronco, había fijado una veleta a la cumbrera del tejado. Cuthfert reparó en que siempre señalaba al Sur y un día, irritado por su falta de movimiento, la giró hacia el Este. La observó con ansia pero no se levantó ni una brisa que la moviera. Luego giró la veleta hacia el Norte y juró que no volvería a tocarla hasta que soplase el viento. Pero la calma sobrenatural del aire lo asustaba y a menudo se levantaba en plena noche para ver si la veleta se había movido. Diez grados lo habrían dejado satisfecho. Pero no: se mantenía quieta por encima de él, tan inalterable como el destino. Su imaginación se desbocó y la veleta se convirtió en su obsesión. A veces seguía el camino que ella le marcaba entre sus deprimentes dominios y permitía que su alma se saturase de miedo. Deambulaba entre lo invisible y lo desconocido hasta que le parecía que el peso de la eternidad lo aplastaba. En la región septentrional todo tenía ese efecto demoledor: la ausencia de vida y movimiento, la oscuridad, la paz infinita de la tierra desasosegante, el silencio insoportable que convertía en sacrilegio el eco de cada latido, el bosque solemne que parecía ocultar algo espantoso e indescriptible, imposible de abarcar por la palabra o el pensamiento.

El mundo que acababa de abandonar, con sus ajetreadas naciones y grandes empresas, le parecía algo muy lejano. A veces se imponían los recuerdos —recuerdos de tiendas y galerías y vías públicas llenas de gente, de vestidos de gala y actos sociales, de hombres buenos y mujeres queridas a los que conocía—, pero solo eran recuerdos muy atenuados de una vida que había llevado siglos atrás, en otro planeta. Aquel espectro era la Realidad. De pie bajo la veleta, con la vista clavada en el cielo polar, no era capaz de comprender que el Sur existía de verdad, que en aquel mismo momento bullía de vida y acción. No había Sur, ni hombres que nacieran de mujeres, ni matrimonios capaces de compartir. Más allá de aquel horizonte desolado se extendía una soledad sin fin y, tras ella, más soledad. No había tierras en las que brillase el sol y se percibiese el aroma de las flores. Esas cosas no eran más que el paraíso soñado. Las tierras soleadas del Sur, las de las especias de Oriente, la sonriente Arcadia y las maravillosas Islas de los Bienaventurados. ¡Ja! ¡Ja! Su risa quebró el vacío y su inusitado sonido lo asustó. No había sol.

Aquel era el Universo, muerto, frío y oscuro, y él era su único habitante. ¿Weatherbee? En momentos como aquel Weatherbee no contaba. Era un Calibán[17], un fantasma monstruoso, encadenado a él eternamente como castigo de algún crimen olvidado.

Vivía con la Muerte entre los muertos, emasculado por la sensación de su propia insignificancia, aplastado por el dominio pasivo de siglos de inactividad. La magnitud de todas las cosas lo consternaba. Todo participaba de lo superlativo, excepto él: el cese perfecto del viento y el movimiento, la inmensidad de aquellas tierras cubiertas de nieve, la altura del cielo y la profundidad del silencio. ¡Si al menos la veleta se moviera! Si cayese un rayo o el bosque estallara en llamas. Si el cielo se plegase como un pergamino, si llegase el Juicio Final… ¡Cualquier cosa! ¡Lo que fuera! Pero no, nada se movía. El Silencio se agolpaba a su alrededor y el Miedo le atenazaba el corazón con sus dedos de hielo.

En una ocasión, como un nuevo Crusoe, descubrió un rastro junto al borde del río: la leve filigrana de una liebre sobre la fina capa de nieve recién caída. Fue una revelación. Había vida en las tierras del Norte. La seguiría, la observaría, se recrearía. Olvidó sus músculos hinchados y se internó entre la nieve espesa, lleno de ilusión. El bosque se lo tragó y el breve crepúsculo de mediodía se apagó por completo, pero él continuó con su búsqueda hasta que el agotamiento se impuso y lo dejó tumbado en la nieve, impotente. Se quejó, maldijo su locura y supo que el rastro había sido un delirio de su imaginación. Llegó a la cabaña ya muy avanzada la noche, arrastrándose a cuatro patas, con las mejillas congeladas y los pies entumecidos. Weatherbee sonrió con malevolencia, pero no se ofreció a ayudarle. Cuthfert se pinchó los dedos de los pies con una aguja y los descongeló junto a la cocina. Una semana después apareció la gangrena.

Pero el dependiente tenía sus propios problemas. Los muertos salían de sus tumbas con mayor frecuencia y ya casi nunca se apartaban de él, ni en sueños ni despierto. Se acostumbró a esperar y temer su llegada, y nunca pasaba junto a los túmulos gemelos sin estremecerse. Una noche se le aparecieron en sueños y lo guiaron para que cumpliera con una tarea que le encomendaron. Asustado hasta el punto de no poder articular su miedo, se despertó entre los montones de piedras y corrió como un loco al interior de la cabaña. Pero había yacido fuera un buen rato, porque también tenía congelados los pies y las mejillas.

A veces, la insistente presencia de los muertos lo ponía frenético y bailaba por toda la cabaña, cortando el aire vacío con un hacha y destrozando todo lo

que quedaba a su alcance. Durante esos encuentros fantasmales, Cuthfert se acurrucaba entre las mantas y seguía los movimientos del loco, apuntándolo con un revólver amartillado, dispuesto a disparar si se acercaba demasiado. Pero, al recuperarse de uno de esos episodios, el dependiente se fijó en el arma que lo encañonaba. Empezó a desconfiar y desde entonces él también temió por su vida. Después de aquello, se vigilaban el uno al otro constantemente y se miraban con miedo cuando uno de los dos pasaba por detrás del otro. Esa inquietud se convirtió en una manía que los dominaba incluso dormidos. Debido al miedo que ambos sentían, tácitamente dejaban la lámpara de grasa encendida toda la noche y, antes de acostarse, comprobaban que hubiese grasa de sobra para que no se apagara. El más ligero movimiento por parte de uno bastaba para que el otro se despertase y pasaban muchas horas observándose en silencio, mientras temblaban bajo las mantas con el dedo en el gatillo.

Entre el Miedo al Norte, la tensión mental y los estragos de la enfermedad perdieron toda apariencia humana y parecían bestias salvajes, angustiadas y desesperadas. Tenían la nariz y las mejillas negras como consecuencia de la congelación. Los dedos congelados habían empezado a caerse a la altura de la primera y segunda articulación. Cada movimiento les provocaba dolor, pero el quemador de la cocina era insaciable y exigía una elevada cuota de tortura a sus cuerpos destrozados. Día tras día reclamaba su alimento —una auténtica libra de carne— y ellos se arrastraban de rodillas hasta el bosque para cortar leña. En una ocasión, mientras buscaban ramas secas, ambos se adentraron en un matorral desde extremos opuestos y sin ser conscientes de ello. De repente, sin advertencia previa, dos calaveras se encontraron mirándose fijamente. El sufrimiento los había transformado de tal forma que les resultó imposible reconocerse. Se pusieron de pie de un salto, gritando de miedo, y salieron corriendo sobre sus muñones mutilados, se cayeron frente a la puerta de la cabaña y se arañaron e hirieron como demonios hasta que descubrieron su error.

De vez en cuando recuperaban la normalidad y durante uno de esos intervalos de cordura habían dividido a partes iguales la principal manzana de la discordia: el azúcar. Guardaban sus sacos por separado en la despensa protegida y los vigilaban con recelo porque solo quedaban unas pocas tazas y ninguno se fiaba del otro. Pero un día Cuthfert cometió un error. Casi sin poder moverse, enfermo de dolor, con la cabeza dándole vueltas y los ojos cegados, se adentró como pudo en la despensa con la lata del azúcar en la mano y confundió el saco de Weatherbee con el suyo.

Cuando eso ocurrió enero solo tenía unos días de vida. Ya hacía un tiempo que el sol había pasado su declinación más baja en el Sur y en el meridiano lanzaba algún que otro rayo de luz amarilla sobre el cielo del Norte. Al día siguiente de su error con el saco del azúcar, Cuthfert se encontró mejor, tanto física como anímicamente. Ya cerca del mediodía, con aquel asomo de luz, se arrastró al exterior para recrearse con el resplandor evanescente que para él era una garantía de las futuras intenciones del sol. Weatherbee también se encontraba algo mejor y salió. Se apuntalaron en la nieve bajo la veleta inmóvil y esperaron.

Los rodeaba la quietud de la muerte. En otros climas, cuando la naturaleza entra en esa fase, se respira una expectación reprimida, una sensación de espera a que se recupere el ritmo de vida anterior. No ocurre así en el Norte. A los dos les parecía que llevaban siglos viviendo en medio de aquella paz fantasmal y no recordaban canción alguna del pasado ni podían conjurar una canción del futuro. Aquella calma sobrenatural siempre había sido el silencio tranquilo de la eternidad.

Miraban fijamente hacia el Norte. Invisible, a sus espaldas, tras las altísimas montañas del Sur, el sol se desplazaba hacia el cénit de otro cielo que no era el suyo. Únicos espectadores de aquel lienzo grandioso, vieron crecer poco a poco aquel falso albor. Una llama sin fuerza empezó a brillar y arder con rescoldo. Aumentó en intensidad desde un rojo amarillento, al púrpura y al azafrán. Tanto brilló que Cuthfert creyó que el sol estaba sin duda detrás: ¡Un milagro, que el sol saliese por el Norte! De repente, sin advertencia alguna y sin desvanecerse poco a poco, el lienzo se quedó en blanco. No había color en el cielo. La luz había abandonado el día. Les costó un gran esfuerzo no sollozar. Pero en el aire destellaban las partículas de hielo relumbrante y allí, al Norte, la veleta se perfilaba vagamente sobre la nieve. ¡Una sombra! ¡Una sombra! Era exactamente mediodía. Se dieron prisa en volver la cabeza al Sur: un borde dorado asomó por encima del lomo nevado de la montaña, les sonrió un instante y se ocultó de nuevo.

Al mirarse, se dieron cuenta de que ambos tenían lágrimas en los ojos. Se sintieron más relajados y atraídos el uno por el otro. El sol regresaba. Mañana volvería a acompañarlos, y al día siguiente y al otro. Y en cada visita se quedaría más tiempo. Incluso llegaría un momento en el que recorrería su cielo día y noche, sin ponerse ni una vez tras el horizonte. No habría noche. El invierno encerrado en hielo llegaría a su fin, soplaría el viento y los bosques responderían, la tierra se dejaría inundar por el bendito sol y la vida surgiría de nuevo. Juntos dejarían atrás aquella espantosa pesadilla y

regresarían al Sur. Avanzaron a ciegas y sus manos se tocaron, aquellas pobres manos lisiadas, hinchadas y deformadas bajo las manoplas.

Pero la promesa quedaría sin cumplir. El Norte es el Norte y los hombres se guían por extrañas reglas que jamás podrán entender quienes no se han adentrado en las regiones lejanas.

Una hora más tarde Cuthfert metió en el horno un molde con pan y empezó a especular sobre lo que podrían hacer los cirujanos con sus pies tras el regreso. Ahora el hogar ya no le parecía tan lejano. Weatherbee estaba rebuscando en la despensa. De repente empezó a blasfemar como un poseso y, con la misma brusquedad, guardó silencio. El otro hombre le había robado el azúcar. Aun así, las cosas podrían haber sido de otra manera si los dos muertos no hubiesen salido de sus tumbas para obligarle a decir lo que dijo. Lo guiaron con cuidado para que saliera de la despensa, que se olvidó de cerrar. Había llegado el momento de consumar aquello que le habían estado susurrando en sueños desde hacía mucho tiempo. Por fin iba a ocurrir. Lo guiaron con cuidado, con mucho cuidado, hasta el montón de leña, donde le pusieron el hacha en las manos. Luego le ayudaron a abrir la puerta de la cabaña y creyó que la habían cerrado tras él, al menos oyó el portazo y el mido del cerrojo al caer y encajar en su sitio. Sabía que aguardaban fuera, muy cerca, a que él cumpliera con la tarea encomendada.

—¡Carter! ¡Oye, Carter!

Percy Cuthfert se asustó al ver la mirada del dependiente y se apresuró a situarse tras la mesa, de manera que quedara en medio de los dos.

Carter Weatherbee continuó avanzado, sin prisa y sin entusiasmo. En su rostro no había ni piedad ni pasión, sino el gesto paciente e imperturbable de quien tiene un trabajo que hacer y se pone a ello de forma metódica.

—Oye, ¿qué ocurre?

El dependiente se apartó bruscamente hacia atrás, cortándole la retirada hacia la puerta, pero sin abrir la boca.

—Oye, Carter, mira, vamos a hablar. Sé bueno, anda.

El experto en Humanidades pensaba con rapidez y realizó un hábil movimiento de costado sobre la cama donde yacía su Smith & Wesson. Sin apartar la mirada del loco, rodó sobre el catre al tiempo que agarraba la pistola.

—¡Carter!

La pólvora provocó un fogonazo que dio de lleno en el rostro de Weatherbee, pero éste balanceó su arma y saltó hacia delante. El hacha se clavó con fuerza en la base de la columna vertebral y Percy Cuthfert dejó de

sentir las extremidades inferiores. Luego el dependiente cayó sobre él con todo su peso y lo agarró por el cuello con unos dedos ya sin vigor. La mordedura afilada del hacha había hecho que Cuthfert soltara la pistola y, mientras resollaba intentando respirar, la buscaba tanteando entre las mantas. Entonces lo pensó mejor. Deslizó una mano por el cinturón del dependiente hasta la funda del cuchillo y en ese último abrazo se acercaron más que nunca.

Percy Cuthfert sentía que las fuerzas lo abandonaban. La parte inferior de su cuerpo no respondía. El peso inerte de Weatherbee lo aplastaba: lo aplastaba y le impedía moverse, como un oso que ha caído en una trampa. La cabaña se llenó de un olor familiar y supo que el pan se quemaba. Sin embargo, ¿qué más daba eso? Ya no iba a necesitarlo. Y aún quedaban seis tazas completas de azúcar en la despensa: de haberlo previsto, no se habría contenido tanto aquellos últimos días. ¿Se movería alguna vez la veleta? ¿Por qué no? ¿Acaso no acababa de ver el sol? Iría a mirar. No. Imposible moverse. Quién iba a imaginar que el dependiente pesaba tanto.

¡Con qué rapidez se enfriaba la cabaña! Se habría apagado el fuego. El frío se imponía. El termómetro ya debía marcar varias decenas de grados bajo cero y el hielo empezaría a ascender por el interior de la puerta. No lo veía, pero la experiencia le permitía calcular su avance por la temperatura de la cabaña. En poco tiempo la bisagra inferior estaría blanca. ¿Se enteraría el mundo alguna vez de lo ocurrido? ¿Cómo se lo tomarían sus amigos? Seguramente lo leerían en la prensa mientras bebían café y lo comentarían en sus clubes. Los veía con total claridad. «¡Pobre Cuthfert!», murmurarían, «al fin y al cabo no era tan mal tipo». Sonrió al pensar en sus panegíricos y continuó adelante en dirección a los baños turcos. La misma gente de siempre llenaba las calles. ¡Qué curioso que no se fijaran en sus mocasines de piel de alce y los andrajosos calcetines de lana! Tomaría un taxi. Tras el baño no le vendría mal afeitarse. No, primero comería algo. Un filete, patatas y verduras, ¡qué aspecto tan fresco tenía todo! ¿Y eso qué era? ¡Litros de miel, de ese líquido ambarino! Pero ¿por qué le llevaban tanta cantidad? ¡Ja! ¡Ja! Jamás podría comérsela toda. Un limpiabotas. Sí, desde luego. Apoyó el pie en la caja. El hombre lo miró con curiosidad, él recordó que iba calzado con mocasines y se alejó de allí con prisa.

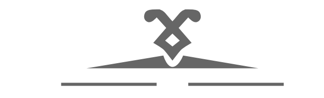
¡Atención! La veleta estaba girando. No, era que le pitaban los oídos. Solo eso: un simple zumbido. El hielo ya habría llegado a la altura del cerrojo. Seguramente la bisagra de arriba ya estaría congelada. Entre los troncos de rendijas cubiertas por el musgo empezaron a aparecer puntos de hielo. ¡Qué

despacio aumentaban! No, no tan despacio. Ahí había uno nuevo. Y otro ahí. Dos, tres, cuatro. Ya no le daba tiempo a contarlos y empezaban a unirse entre ellos. Ahora no quedaban más puntos: se habían fusionado para formar una capa de hielo.

Bueno, iba a tener compañía. Si Gabriel era capaz de romper el silencio del Norte, comparecerían, cogidos de la mano, ante el Trono Blanco. Y Dios los juzgaría. ¡Dios los juzgaría!

Luego Percy Cuthfert cerró los ojos y se quedó dormido.

[1899]



Una lección de heráldica

ERA UNA CRIATURITA muy recatada. La seriedad se había adueñado de ella desde siempre y sus ojos, de un azul cristalino, eran fuentes gemelas de sinceridad. Parecía tan frágil. En la calle, quien se cruzaba con ella se giraba para mirarla otra vez y la comparaba con un angelito perdido o una santa Cecilia en estado embrionario, lo cual no resultaba extraño por lo evanescente que parecía, como una delicada gota de rocío a punto de desaparecer bajo el primer rayo de sol. En el colegio era un ejemplo para todos y asombraba a sus profesores con su insaciable sed de conocimiento. Sus compañeros la miraban un tanto sobrecogidos y suspendían los juegos más rudimentarios cuando ella se les acercaba e incluso el chico más alborotador, tras cinco minutos en presencia de ella, acababa por guardar silencio y casi parecía reducido a un estado de inmóvil idiotez.

Además, resultaba muy madura porque, años antes de lo que le correspondía, había abandonado el cuarto de juegos para ocupar un sitio en la mesa de té de su madre. Allí charlaba de convencionalidades estereotipadas y naderías empalagosas hasta que las visitas femeninas de su madre se quedaban petrificadas ante su precocidad. Los cotilleos normales y escándalos insignificantes que suelen tratarse en dichos círculos quedaban a un lado al aparecer ella, la conversación pasaba al otro extremo y la personalidad que irradiaba ejercía un efecto más llamativo sobre las posibles visitas del género masculino. El anciano general Wetherbee solía temblar visiblemente cada vez que cogía sus manos entre las suyas y se agachaba para mirar aquellos ojos angelicales. La gente malintencionada sugería que buscaba algo próximo a la intimidad, pero no debemos creerlo porque, ¿no se había rendido él a los discretos esfuerzos misioneros de ella, renunciando y abjurando para siempre del consuelo que le producían sus Habanos? ¿Y no mantenía su palabra aunque sufriera tanto como los condenados al infierno?

Resumiendo: todos los que conocían a Mabel Armitage, a pesar de sus doce años, la tomaban en serio y se sentían interesados por ella. Parecía demasiado delicada, buena y angelical para ser de este mundo. Constituía la apoteosis de todo lo mejor, una criatura radiante y celestial, tanto que de

haber seguido los pasos de Elías y ocupado su legítimo lugar entre los elegidos, nadie se habría sorprendido. Incluso Cap Drake, que la conocía desde que la joven había nacido, lo creía así: eso ilustra el poco conocimiento del prójimo que puede penetrar nuestra comprensión.

Su padre poseía numerosas arrugas diminutas en el rabillo de cada ojo. Tal vez fuese p0r eso —o por la perversidad innata de las cosas—, pero el caso es que en el fondo del corazón de aquella niña inocente vivía un diablo. Un diablo que en ocasiones surgía y que, bajo diversas apariencias, perturbaba terriblemente las almas de los hombres.

Cap Drake era uno de sus súbditos más fervientes y, de forma extraoficial, hacía las veces de su primer ministro. Poseía una vasta erudición, por lo que ella también lo consideraba su tribunal de apelación inapelable y le remitía las miles de cuestiones susceptibles de debate que surgían constantemente en su búsqueda del conocimiento. Su hermano Bobbie, que había comparecido varias veces ante dicho tribunal, declaraba con rebeldía y abiertamente que entre la reina y su principal magistrado existía connivencia, otros sostenían que él se doblegaba al ucase imperial de ella por lealtad; pero, sea como fuere, una cosa era cierta: Cap Drake jamás había emitido un veredicto que no reforzase doblemente la posición de ella o no arrojase al más completo desconcierto a quienes la atacaban. Al contribuir de esa forma a las muchas victorias de ella, a menudo se veía en un aprieto y entonces recurría a los sofismas más asombrosos y tejía una red de audaces falacias que paralizaba de tal manera la capacidad de comprensión de los demás que siempre capitulaban de inmediato.

Pero ese abandono perdonable del camino recto y estrecho acabó por provocar debilidad en Cap Drake. Se volvió capaz de contar las trolas más impresionantes sin que le temblase la voz, con una mirada que irradiaba la sinceridad más cordial. Todo iba bien hasta que un día, cediendo a un impulso traidor, le confió a la reina ciertas maravillas zoológicas, aún desconocidas para la ciencia, que tenían por hábitat las selvas inexploradas de África. Y todo continuaría yendo bien si la confiada Mabel no hubiese procedido a electrizar tanto a su clase como a su profesora con el escabroso cuento. Su sinceridad y simplicidad, propias del barón de Munchausen, los dejó desconcertados e imploraron más información. Mabel presintió que dudaban de lo que les decía y dio fe de su autoridad, aunque ocultó por lealtad el nombre de su experto, pues empezaba a temer que su fiel primer ministro había abusado de ella. Esa tarde volvió a casa más triste y prudente, con la

loable intención de provocar, en cierto modo, el desconcierto de su desleal servidor.

Cap Drake llegó temprano para tomar el té, sintiéndose en paz consigo mismo y con el mundo en general. Al echar una ojeada en la biblioteca, encontró a Mabel concentrada en su cuaderno de redacciones y se abstuvo de interrogarla, como siempre hacía, sobre los sucesos del día. Más tarde, ya en la mesa, la conversación giró en torno a las banderas nacionales y acabó, para variar, ejerciendo el papel de tribunal de apelación inapelable.

—Pero Mabel —soltó Bobbie—, te equivocas. Estás muy equivocada. Solo existe una Unión, la Unión Americana, por eso la Union Jack es la bandera americana.

—¿No es la Union Jack la bandera de los ingleses, Cappy? —apeló Mabel.

—Pues sí, Mabel, así es. Representa al Reino Unido, que es la Unión, como dice Bobbie, de Inglaterra, Irlanda y Escocia. Sí, Mabel, tienes razón.

—¿Y qué significan las barras? —preguntó Mabel.

—¿Las barras? Vamos a ver… Las estrellas representan el número de Estados, ¿no es así?

Era su maniobra en busca de tiempo, mientras se preguntaba a sí mismo qué representaban las barras. Mabel asintió en silencio.

—Y por cada Estado que se suma, se añade otra estrella sobre el fondo azul.

Mabel volvió a asentir

—¿Cuántos estados hay?

—Cuarenta y cuatro —respondió ella.

—No. Cuarenta y cinco —afirmó Bobbie—. Mira, hermanita, están Maine, New Hampshire, Vermont…

Cap Drake se apartó apresurado de la controversia, felicitándose a sí mismo por la inteligencia de su maniobra y durante el resto de la tarde habló de política diligentemente con el señor Armitage. Por supuesto, resultaba imposible interrumpirlos, pero Mabel sabía lo que debía hacer y, una hora más tarde, lo capturó en la galería, donde él estaba fumando.

—¿Qué significan las barras, Cappy?

—¿Las barras? Oh, sí, estábamos hablando de las banderas, ¿no es verdad? Lo que me recuerda a la bandera que capturamos en la batalla de Little Round Top. Fue muy gracioso y…

Continuó contando sus recuerdos de la guerra hasta que se puso el sol y ambos entraron en la casa. Sin embargo, Mabel no tenía prisa, mientras que él

se olvidó de todo aquello jugando varias partidas de cartas. Pero las arrugas en el rabillo de los ojos del señor Armitage se habían hecho más profundas y, aunque Mabel no lo sabía, se sentía muy interesado por aquel pleito. Además, no podían jugar eternamente a las cartas.

—Cappy, ¿qué significan las barras?

¡Qué diantre, otra vez la preguntita! Semejante nadería… sin duda la había aprendido y olvidado varios años atrás. ¡Qué fastidio! Mabel era una criatura tan sensible, con un apetito tan insaciable por los hechos que incluso podría enfermar de preocupación. Sin embargo, debía librarse de aquello de alguna forma. Lanzó una mirada de impotencia en dirección al señor Armitage, pero el caballero se mostraba profundamente concentrado en lo que sin duda era un artículo de revista muy divertido. La señora Armitage estaba ocupada en resucitar sus viejas melodías preferidas entre un montón de partituras.

—¿Las barras?

Cap Drake la miró de forma tan distraída y durante tanto tiempo que Mabel se vio obligada a repetir la pregunta.

—¡Oh, ya lo recuerdo! —exclamó, con el rostro hipócritamente animado —. Hablábamos de banderas, ¿no? Siéntate conmigo en el sofá y te lo contaré todo. Es un tema muy serio, un tema muy profundo —dijo y movió la cabeza con gravedad—. En la antigua república romana, antes de Cristo, los soldados solían llevar un puñado de heno sujeto al extremo de un palo. Antes de eso, el soldado que dio muerte a Ciro II el Grande, rey de Persia, recibió el gran honor de que sus camaradas le permitieran llevar un gallo de oro a la cabeza del ejército. Así que ya ves, en esos tiempos no existían las banderas como tal, pero…

Y Cap Drake continuó hablando de esa forma mientras se enjugaba el sudor de la frente y se estrujaba el cerebro en busca de más datos sobre aquel odioso tema. Mabel no lo interrumpía, pero él veía sus ojos azul celeste clavados en él, transmitiendo un reproche mudo, y podría haber jurado que se encontraba al borde de las lágrimas.

—Pero, Cappy, ¿y las barras?

Solo una vez lo interrumpió con suavidad y él se lanzó a describir las banderas que portaban los caballeros de Guillermo el Conquistador, según refleja el tapiz de Bayeux. Tras agotar el tema, se ocupó de la oriflama de Francia, luego pasó a la flor de lis y recuperó su ingenio disperso relatando la larga leyenda de los tiempos de caballería. Mientras describía el estandarte

imperial azul, con su águila amarilla y sus abejas de oro, consiguió ponerse en pie y, ya con la tricolor de la Revolución, alcanzó la puerta.

—¿Tan temprano? —preguntó la señora Armitage—. Si se queda cantaré El jardín del sueño, y sabe que renunciaría a cualquier cosa por oírlo.

—No, hoy no, gracias. Esta noche tengo un ligero dolor de cabeza y…

Se detuvo, casi aterrado, al mirar a Mabel y ver que sus labios empezaban a articular: «¿Las barras, Cappy?». Se despidió bruscamente y se apresuró a salir al pasillo. En lugar de irse a su cuarto, se coló en la biblioteca sin que lo vieran, donde pasó una hora rebuscando a escondidas y logró que la cabeza le doliese de verdad. Descubrió dos atlas que contenían la sinfonía de Colores de las banderas de todos los países, pero no halló ni una sola línea sobre el asunto que lo ocupaba. Una referencia a la enciclopedia lo llevó a descubrir que el único volumen que sin duda contenía el secreto —Apa-Bra—, no estaba allí. Entonces se fue a la cama.

☘

—¡CAPPY! ¡CAPPY!

Mabel se arrodillaba ante su puerta, tras haber recorrido el pasillo como si flotase, parecía más que nunca un ángel con su camisón blanco y su rostro delicado enmarcado por la aureola del cabello dorado y sin recoger. El señor Armitage se había acomodado en el mirador con cortinas de la parte superior de la escalera.

Llamó a la puerta con timidez y en su voz había un temblor lastimoso. Cap Drake dejó escapar un gemido y se sentó en la cama.

—¿No vas a decirme lo que significan las barras, Cappy? ¿No vas a decírmelo, Cappy? Lo he intentado, pero no seré capaz de dormirme hasta que lo sepa.

—¿Las barras? —Las silabas apagadas llegaron a sus oídos desde el otro lado de la puerta—. ¿No sería mejor que volvieras a acostarte?

—Dímelo, Cappy, y me dormiré. Me intriga tanto que no podré dormirme hasta que me lo digas.

—Pues… la verdad, Mabel, no lo sé.

Tras haber agarrado, por fin, el toro por los cuernos, se sentía aliviado. Por lo menos ya no necesitaba echar mano de más circunloquios.

—No me lo creo, Cappy. ¡No, imposible!

—Tal vez no signifiquen nada.

—Significan algo. Yo lo sé y tú también. Pero no quieres decírmelo y creo que eres malo. ¡Queda dicho!

—Pero, Mabel, te aseguro que no lo sé. Si lo supiera te lo diría. Lo haría, pero de verdad que no lo sé. Mañana me entero y te lo cuento. Ahora baja a tu cuarto, sé buena.

—Cappy, no seas cruel. Voy a llorar.

Cap Drake reveló su agonía con varios adjetivos intensos, inmencionables y escandalosos, excepto pronunciados por algún teólogo piadoso. Pero los ahogó en lo más hondo de su laringe y cerró los labios con decisión. El denso silencio de la noche cayó sobre ellos, roto por los sollozos desconsolados y entrecortados del lado de la puerta en el que se encontraba Mabel. También por las risas reprimidas en el mirador, aunque Cap Drake no las oyó.

Silencio.

Cap Drake se pregunta si la niña se habrá ido y se arriesga a decir:

—Buenas noches, Mabel.

Ella responde con un lamento quejumbroso.

Él recurre a más adjetivos intensos, enciende la luz y empieza a vestirse.

Abrió la puerta con cuidado y a sus pies encontró a la desconsolada criaturita, echa un bulto blanco y arrugado, sollozando de forma convulsiva. Cap Drake guardaba en su interior cierta sensibilidad hacia lo femenino y, aunque había dejado transcurrir la vida soltero y feliz, la madurez no la había contenido ni anulado, como ocurre con la mayoría de los hombres en iguales circunstancias. Así que la cogió en brazos, del mismo modo que un día memorable doce años atrás, y se la llevó abajo, al cuarto de los niños. Allí la consoló y retuvo sus manos en las de él hasta que el reloj dio las doce y el sueño veló sus sinceros ojos azules. Luego rozó con un beso la frente angelical y volvió arriba, sintiéndose aliviado y a la vez pensando de sí mismo que era un animal.

Al día siguiente, cuando el señor Lennon, el contable jefe, entró en la oficina interior en respuesta a la llamada de Cap Drake, esperaba como mínimo que la consulta a realizar tratase sobre un importante negocio del que se estaban ocupando.

—Señor Lennon, por casualidad sabrá usted…

El señor Lennon revistió sus austeros rasgos con la mejor expresión crítica posible. Aquello debía de ser muy importante.

—Señor Lennon, usted sabe… Dígame, ¿qué significan las barras?

A favor del contable debemos decir que no movió ni un músculo de la cara, aunque como luego le confiaría a su copista: «Me quedé de piedra».

—¿Las barras, señor? No comprendo.

Al mismo tiempo empezó a sospechar que podría tratarse de una de esas ideas de las modernas escuelas de comercio que quería introducir el más joven de sus ayudantes.

—Las barras de la bandera norteamericana.

—¡Ah! Pues las estrellas…

—¡Olvídese de las estrellas! ¡Las barras, hombre, las barras!

Pero cualquier recuerdo que pudiese haber tenido, si llegó a tener alguno, se perdió ante el tono morado que había adquirido la frente de su patrono, y el hombre respiró aliviado cuando se encontró de nuevo en el ambiente más relajado de la sala de contabilidad. Luego entró el primer ayudante, y al final, cuando todos los empleados habían pasado ya por el despacho del jefe, enviaron al botones a las oficinas del juez Parker y al copista se le encargó que invirtiera la mañana —o todo el día, si era necesario— en la sala de consultas de la biblioteca más próxima.

Cap Drake tomó el tren de vuelta a casa mucho antes de lo que solía hacerlo los sábados por la tarde, cargado con un ramo enorme de violetas y la solución a aquel problema tan trascendental: el significado de las barras en la bandera norteamericana. No vio a Mabel, pero al parecer acababa de llegar porque sus libros del colegio descansaban sobre el atril de la biblioteca. Entre otras cosas, había decidido por su cuenta ser su mentor literario, por eso se detuvo ante su cuaderno de redacciones y se sobresaltó al ver el escrito más reciente. Era muy interesante. Le echó un vistazo a la página sin percatarse de que la niña había entrado y, cuando el ramo de violetas cayó al suelo, continuó leyendo sin siquiera darse cuenta.

Dejó escapar un grito de furia al pasar la página y leer: «La bandera de Estados Unidos tiene estrellas plateadas sobre campo azul y bandas rojas sobre campo blanco. Se añade una estrella por cada Estado. El número de barras no varía nunca. Hay trece barras, contando también las blancas, como trece fueron los Estados originales…».

Alzó la mirada y la vio.

—¿Cuándo lo escribiste? —preguntó.

Los ojos azules, con su habitual expresión de inocencia sorprendida, no flaquearon.

—Ayer. ¿Recuerdas cuando entraste en la biblioteca y viste que estaba tan ocupada? A la señorita Storrs le ha parecido excelente. Me pidió que la leyera

ante toda la clase y…

Pero Cap Drake ya no la oía. Estaba al teléfono intentando contactar con el teatro.

—¿Pensabas ir a algún sitio esta noche? —le preguntó a ella mientras esperaba a que la centralita se dignase funcionar.

Mabel negó con la cabeza, cada vez más sorprendida y con los ojos más abiertos.

—Pues vas a venir conmigo. No te preocupes —añadió—. Yo me ocuparé de tu madre.

—Sí, oiga. Sí. ¿Quedan butacas libres en los palcos? Sí. Dos. Sí. D-o-s, dos. De acuerdo. Gracias.

[1899]



Una odisea en el Norte

I

LOS TRINEOS CANTABAN su eterno lamento al son del crujido de los arneses y las campanillas de los perros, pero hombres y perros estaban cansados y no hacían ruido alguno. Resultaba difícil avanzar debido a la nieve recién caída, habían recorrido un gran trecho y los patines, cargados con pedazos como piedras de alce congelado, se agarraban tenazmente a la superficie virgen y se frenaban con una obstinación casi humana. Empezaba a oscurecer, sin embargo aquella noche no había que montar el campamento. La nieve caía despacio en un aire sin latido, pero no lo hacía en copos, sino en cristales helados y diminutos de diseños delicados. Se estaba bien, la temperatura solo rondaba los -20 °C y a los hombres no les molestaba. Meyers y Bettles se habían levantado las orejeras y Malamute Kid incluso se había quitado las manoplas.

Los perros estaban agotados desde primera hora de la tarde, pero ahora empezaban a mostrar nuevas fuerzas. Entre los más astutos se adivinaba cierta inquietud: una impaciencia ante la limitación de los tirantes, una rapidez de movimientos indecisa, los morros olfateando y las orejas levantadas. Se indignaron con sus hermanos más flemáticos y los obligaron a avanzar propinándoles mordiscos a hurtadillas en los cuartos traseros. Estos, al verse así reprendidos, también se tensaron y ayudaron a propagar el contagio. Por último, el guía del primer trineo soltó un agudo gemido de satisfacción, se agazapó más sobre la nieve y se lanzó hacia delante. Los demás lo siguieron. Las tiras traseras se recogieron, los tirantes se tensaron, los trineos avanzaron de un salto y los hombres se agarraron a las varas para levantar más rápido los pies y así evitar que acabasen bajo los patines. Se libraron del cansancio del día y gritaron para animar a los perros. Los animales respondieron con aullidos de alegría. Cantaban, en medio de la oscuridad creciente, a gran velocidad.

—¡Arre! ¡Arre! —gritaban por turnos los hombres mientras los trineos abandonaban de repente el camino principal y se escoraban sobre un patín como lugres al viento.

Enseguida recorrieron los cien metros hasta la ventana de pergamino iluminada de la cabaña que era su hogar, que les hizo pensar en la cocina portátil encendida y en humeantes tazones de té. Pero la cabaña había sido invadida. Unos sesenta *huskies* los desafiaron a coro y el mismo número de siluetas peludas se precipitaron sobre los perros que guiaban el primer trineo. La puerta se abrió de par en par y un hombre, con la guerrera escarlata de la Policía del Territorio Noroeste, se hundió en la nieve hasta la rodilla para adentrarse en aquella maraña de animales furiosos y, con calma y de manera imparcial, repartir una justicia tranquilizadora con el mango del látigo. Tras eso, los hombres se estrecharon las manos. De esa manera fue recibido Malamute Kid en su propia cabaña por un desconocido.

Stanley Prince, que debía haberlo recibido y era responsable de la cocina portátil y del té caliente antes mencionados, se afanaba en atender a sus invitados. Sumaban alrededor de una docena, un grupo tan anodino como los que suelen servir a la reina para hacer cumplir sus leyes o repartir su correo. Los había de muchas razas, pero la vida común que llevaban los convertía en un tipo concreto: eran delgados y fibrosos, de músculos endurecidos por el camino, rostros morenos por el sol y almas despreocupadas que miraban siempre adelante con franqueza y sinceridad, imperturbables. Guiaban a los perros de la reina, sembraban el miedo en los corazones de sus enemigos, subsistían gracias a sus magras raciones y eran felices. Tenían experiencia, realizaban hazañas y vivían verdaderas aventuras, pero no lo sabían.

Y estaban como en su casa. Dos se habían tumbado en el catre de Malamute Kid y entonaban las canciones que cantaban sus antepasados franceses cuando llegaron al Territorio Noroeste y se emparejaron con las indias. El catre de Bettles había sufrido una invasión similar y tres o cuatro *voyageurs* vigorosos se masajeaban los dedos de los pies entre sus mantas mientras escuchaban la historia de uno que había servido en la brigada de barcas con Wolseley cuando se abrió camino hacia Jartum. En cuanto se cansó, un vaquero habló de las cortes, reyes, lores y ladies que había visto cuando Buffalo Bill recorrió las capitales de Europa. En un rincón, dos mestizos, antiguos camaradas de alguna campaña perdida, arreglaban los arneses y charlaban de los tiempos en los que en el Noroeste prendía la sublevación y Louis Riel[18] mandaba.

Aquí y allá se hacían bromas, se contaban chistes y se relataban grandes peligros vividos en el camino y los ríos como si fueran cosas normales, solo para hacer resaltar algún detalle gracioso o suceso ridículo. Prince se dejaba llevar por aquellos héroes sin corona que habían sido testigos de cómo se hacía la historia y que consideraban lo grandioso y la aventura como algo corriente e incidental de la rutina diaria. Les ofrecía su preciado tabaco con generosa indiferencia y ellos aflojaban las cadenas oxidadas que atenazaban sus recuerdos y recuperaban odiseas ya olvidadas en atención a él.

Cuando la conversación empezó a decaer y los viajeros llenaron por última vez sus pipas y desenrollaron sus mantas de dormir, Prince recurrió a su camarada en busca de más información.

—Bueno, ya sabes lo que es el vaquero —respondió Malamute Kid mientras empezaba a desatarse los mocasines—, y no resulta difícil detectar sangre inglesa en su compañero de cama. En cuanto al resto, todos son hijos de los *coureurs des bois*[19], mezclados con sabe dios cuántas sangres más. Los dos que van a dormir junto a la puerta son indios reglamentarios o *bois brûlés*[20]. Ese muchacho de la bufanda de estambre, fíjate en cómo son sus cejas y en la forma de la mandíbula, es un escocés que lloró sus primeras lágrimas en el tipi lleno de humo de su madre. Y ese tipo apuesto que está colocando el capote bajo la cabeza es un mestizo francés, ya le has oído hablar. No le gusta que los dos indios se acuesten junto a él. Verás, cuando los indios se sublevaron con Riel, los de pura raza mantuvieron la paz y desde entonces no se tienen demasiado aprecio.

—Pero, dime, ¿y ese tipo que parece triste y está junto a la cocina, qué es? Juraría que no habla inglés. No ha abierto la boca en toda la noche.

—Te equivocas. Sabe inglés de sobra. ¿No te has fijado en sus ojos cuando escuchaba? Yo sí. Pero no tiene nada que ver con los otros. Cuando hablaron en su dialecto quedó claro que no lo entendía. Yo también me he preguntado qué será. Vamos a enterarnos. ¡Añade un par de leños a la cocina! —ordenó Malamute Kid, alzando la voz y mirando directamente al hombre en cuestión.

Obedeció de inmediato.

—En algún lugar le han enseñado disciplina —comentó Prince en voz baja.

Malamute Kid asintió, se quitó los calcetines y se abrió camino entre los hombres acostados hasta la cocina. Allí colgó sus calcetines húmedos entre otros veinte pares.

—¿Cuándo tenéis pensando llegar a Dawson? —preguntó para tantearlo.

El hombre lo observó durante un minuto antes de contestar.

—Dicen que hay ciento veinte kilómetros. ¿No? Puede que dos días.

Lo dijo con un acento muy leve, sin pararse en buscar las palabras adecuadas.

—¿Habías estado antes en la región?

—No.

—¿Y en el Territorio Noroeste?

—Sí.

—¿Naciste allí?

—No.

—¿Y dónde diablos naciste? No eres como ninguno de esos. —Malamute Kid hizo un gesto con la mano que abarcaba a los guías de perros, incluidos los dos policías que dormían en el catre de Prince—. ¿De dónde procedes? He visto rostros como el tuyo, pero no recuerdo dónde.

—Yo te conozco —respondió el otro sin venir al caso y desviando el rumbo de las preguntas de Malamute Kid.

—¿Nos hemos visto? ¿Dónde?

—No. Tu amigo, el sacerdote, en Pastilik, hace mucho, me preguntó si te había visto, Malamute Kid. Él me dio comida. No paré mucho. ¿No te habló de mí?

—¡Ah! ¿Eres el tipo que cambió las pieles de nutria por los perros?

El hombre asintió, vació su pipa e indicó su poca disposición a conversar arropándose en sus pieles. Malamute Kid apagó la lámpara de grasa y se metió bajo las mantas con Prince.

—Bueno, ¿qué es?

—No sé. Desvió mis preguntas y luego cerró el pico. Pero es de los que despiertan la curiosidad. He oído hablar de él. Hace ocho años todo el mundo en la costa andaba con la mosca detrás de la oreja. Es un tipo misterioso. Llegó del Norte en pleno invierno, tras recorrer muchos miles de kilómetros, bordeando el mar de Bering y viajando como si el diablo le pisara los talones. Nadie supo de dónde procedía, pero debe de ser de muy lejos. Estaba agotado de tanto viajar cuando el misionero sueco de la Bahía Golovin le dio de comer y le dijo cómo se iba al sur. De eso nos enteramos después. Luego abandonó la costa y cruzó el estrecho de Norton. Hacía muy mal tiempo, con terribles tormentas de nieve y viento, pero él salió adelante en una situación en la que cualquier otro hombre habría muerto, dejó atrás St. Michael sin darse cuenta y pisó tierra de nuevo en Pastilik. Solo le quedaban dos perros y estaba casi muerto de inanición.

»Se mostraba tan ansioso por continuar que el padre Roubeau le proporcionó alimentos, pero no podía cederle los perros porque me esperaba a mí y, en cuanto yo llegase, él se iría. Nuestro Ulises, sabía de sobra que no podía partir sin animales y pasó varios días muy inquieto. En el trineo llevaba un fardo de pieles de nutria marina maravillosamente curtidas que valían su peso en oro. En Pastilik también había un comerciante ruso, con tan pocos escrúpulos como Shylock, que tenía perros para sacrificar. No regatearon mucho tiempo, pero cuando el Desconocido puso rumbo al sur lo hizo tirado por una traílla completa de perros. El señor Shylock se quedó con las pieles. Yo las vi y eran magníficas. Echamos cálculos y decidimos que, como poco, los perros le habían hecho ganar quinientos dólares por cabeza. Y no porque el Desconocido no conociera el valor de la nutria marina: pertenecía a alguna raza india y lo poco que había dicho demostraba que ya había estado antes entre hombres blancos.

»Cuando el hielo despejó el mar, desde la isla Nunivak nos llegó la noticia de que había ido hasta allí en busca de comida. Luego se perdió de vista y esta es la primera vez que se sabe de él en ocho años. ¿De dónde procede? ¿Qué hace aquí? ¿Por qué vino? Es indígena, ha estado sabe Dios dónde y ha aprendido disciplina, algo poco común en un indio. Otro misterio del Norte que deberás resolver, Prince.

—Muchas gracias, pero ya tengo demasiados entre manos —contestó su amigo.

La respiración de Malamute Kid se había vuelto pesada, sin embargo, el joven ingeniero de minas miraba hacia arriba, a la densa oscuridad, a la espera de que se desvaneciera la extraña sensación que lo mantenía despierto. Cuando por fin se durmió, su cerebro continuó trabajando y se encontró recorriendo las tierras blancas desconocidas, luchó con los perros en caminos interminables y vio a los hombres vivir, trabajar y morir como hombres.

A la mañana siguiente, varias horas antes del amanecer, los guías y los policías partieron hacia Dawson. Pero los poderes que se ocupaban de los intereses de Su Majestad y que gobernaban los destinos de sus criaturas más simples daban poco descanso a los encargados de repartir el correo, porque una semana más tarde aparecieron otra vez en el río Stuart, cargados con cartas para la costa. Sin embargo, habían renovado las traíllas de perros. Aunque los perros, perros son.

Los hombres contaban con poder hacer una especie de parada larga para descansar. Además, aquella zona del Klondike era una parte nueva de la región septentrional y les apetecía haber conocido con calma la ciudad dorada

donde el polvo de oro fluía como el agua y en los salones de baile siempre había jolgorio. Pero pusieron a secar sus calcetines y fumaron en pipa con el mismo entusiasmo que en su visita anterior, aunque uno o dos espíritus osados especularon con desertar y cruzar las Rocosas, inexploradas, hacia el este y desde allí, por el valle del Mackenzie, llegar a sus viejos territorios del país chipewyan. Dos o tres incluso decidieron regresar a sus hogares siguiendo esa ruta cuando hubiesen cumplido con su período de servicio y empezaron a hacer planes, con la misma ilusión por lanzarse a tan peligrosa aventura como mostraría un hombre de ciudad ante la idea de pasar un día en el bosque.

El de las pieles de nutria parecía inquieto, aunque mostró poco interés en la conversación y al final se llevó a Malamute Kid a un lado y habló con él un buen rato en voz baja. Prince lanzaba miradas de curiosidad en su dirección y el misterio se hizo mayor cuando se ajustaron gorros y manoplas y salieron. Al volver, Malamute Kid puso sobre la mesa su balanza para pesar el oro, pesó el equivalente a sesenta onzas y las guardó en la bolsa del Desconocido. Luego el jefe de los guías de perros se unió al cónclave y trataron con él ciertos asuntos. Al día siguiente el grupo se fue río arriba, pero el de las pieles de nutria reunió varios kilos de comida y volvió sobre sus pasos rumbo a Dawson.

☘

—NO SABÍA QUÉ PENSAR —dijo Malamute Kid en respuesta a las preguntas de Prince—, pero el pobre diablo quería dejar el servicio por algún motivo. Al menos a él le parecía muy importante, aunque no quiso decirme de qué se trataba. Verás, es como en el ejército; él firmó por dos años y la única forma de verse libre era pagando. No podía desertar y quedarse aquí, pero necesitaba permanecer en esta zona como fuese. Dijo que lo había decidido al llegar a Dawson, pero nadie lo conocía, no tenía un centavo y yo era el único con el que había intercambiado dos palabras. Así que lo habló con el vicegobernador en Dawson y lo preparó todo por si conseguía que yo le prestase el dinero. Dijo que me lo pagaría en el plazo de un año y que, si yo quería, me pondría en la pista de algo muy valioso. Que no lo ha visto pero sabe que hay mucho oro.

»¡En fin! Cuando me llevó afuera estaba a punto de llorar. Rogó y suplicó, se arrodilló ante mí en la nieve y tuve que obligarlo a levantarse. Hablaba como un loco. Me juró que llevaba muchos años trabajando para conseguir ese fin y que no soportaría perder la oportunidad. Le pregunté de qué fin hablaba, pero no me lo quiso contar. Dijo que lo mantendrían ocupado en el otro extremo de la región y podría tardar dos años en volver a Dawson, y que entonces ya sería demasiado tarde. Jamás en mi vida había visto a un hombre ponerse como él. Al decirle que le prestaba el dinero, tuve que volver a levantarlo de la nieve. Le dije que lo considerase como una participación en las ganancias. ¿Crees que lo aceptó? ¡No, señor! Juró que me daría todo lo que encontrase, que me haría rico de tal forma que superaría los sueños del más avaricioso y cosas por el estilo. Pero a cualquier hombre que invierte su vida y su tiempo y tiene que aceptar un adelanto como participación ya le resulta bastante duro entregar la mitad de lo que encuentra, así que creo que detrás de todo esto hay algo más, Prince. Tenlo en cuenta. Volveremos a saber de él si se queda en la región.

—¿Y si no se queda?

—Me llevaré una decepción y habré perdido sesenta onzas de oro.

☘

EL FRÍO HABÍA LLEGADO acompañando a las noches más largas y el sol había empezado a jugar al «cucú» a lo largo del horizonte nevado del sur sin que hubiesen tenido noticias de la participación de Malamute Kid. Entonces, una mañana desapacible de principios de enero, una traílla de perros muy cargada se detuvo frente a su cabaña junto al río Stuart. Allí estaba el de las pieles de nutria y con él iba un hombre de esos que los dioses ya casi han olvidado moldear. Nadie hablaba de suerte, valor y vetas de quinientos dólares sin que saliera a relucir el nombre de Axel Gunderson; tampoco en los campamentos se contaban historias de sangre fría, fuerza y arrojo sin citarlo. Y cuando la conversación decaía, se recuperaba al mencionar a la mujer que compartía su fortuna.

Como ya se ha dicho, al moldear a Axel Gunderson los dioses habían recordado su arte de antaño y lo habían hecho a imagen de aquellos que nacían cuando el mundo era joven. Era una torre de dos metros y diez centímetros cubierta por el pintoresco atuendo propio de un rey de Eldorado.

Su pecho, cuello y extremidades eran los de un gigante. Para soportar sus más de ciento treinta kilos de peso llevaba unas raquetas de nieve que medían un metro y pico más que las de los otros hombres. De rasgos toscos, con una frente muy ancha, una mandíbula enorme y unos ojos azul pálido de mirada inquebrantable, su rostro era el de quien solo conoce la ley de la fuerza. Su cabello del amarillo de las barbas del maíz maduro, incrustado de hielo, rozaba la noche como un rayo de día y caía sobre su abrigo de piel de oso. Su oscilación al caminar precediendo a los perros recordaba vagamente a la de los marineros; golpeó la puerta de Malamute Kid con el mango de su látigo como aporrearía un marino nórdico errante la puerta de un castillo para que le dejasen entrar.

Prince se remangó y se dispuso a amasar el pan mientras lanzaba una mirada tras otra a los tres invitados; tres invitados que la mayor parte de la gente no llega a albergar nunca bajo su techo. El Desconocido, al que Malamute Kid había bautizado como Ulises, aún lo fascinaba, pero su interés gravitaba sobre todo entre Axel Gunderson y su mujer. Ella acusaba el día de viaje, porque se había acostumbrado a las cómodas cabañas que habitaba desde que su esposo dominaba la riqueza de sus muchos yacimientos, y estaba cansada. Se apoyaba en el enorme pecho de él como una flor esbelta contra una pared, mientras contestaba despacio a los amables comentarios de Malamute Kid, conmoviendo de una forma extraña a Prince cuando recorría la estancia con sus ojos negros y de mirada profunda. Porque Prince era un hombre, un hombre sano, que había visto muy pocas mujeres en muchos meses. Era mayor que él y, además, india, pero también diferente a las otras esposas nativas que había conocido. De la conversación dedujo que la mujer había viajado, había estado en el país de él entre los suyos, sabía la mayor parte de las cosas que sabían las mujeres de su propia raza y muchas más a las que ellas jamás tendrían acceso. Era capaz de hacer una comida con pescado secado al sol y de preparar una cama en la nieve, sin embargo los hacía rabiar contando sugerentes detalles de cenas compuestas por muchos platos diferentes y hacía surgir desavenencias internas al mencionar viandas que habían olvidado mucho tiempo atrás. Conocía las costumbres del alce, el oso, el zorro polar y los anfibios salvajes del Mar del Norte. Dominaba las leyendas del bosque y los arroyos, y las historias que los hombres, las aves y las bestias escribían sobre la delicada corteza de nieve eran para ella como un libro abierto. Sin embargo, Prince se fijó en el parpadeo de comprensión de sus ojos al leer las Normas del Campamento. Esas normas las había escrito Bettles, el Insaciable en un momento en el que andaba desbocado y se

caracterizaban por la brusca simplicidad de su humor. Prince siempre les daba la vuelta antes de que llegase alguna señora, pero ¿quién iba a imaginar que aquella mujer nativa…? Bueno, ahora ya era demasiado tarde.

Pues así era la esposa de Axel Gunderson, una mujer cuyo nombre y fama habían viajado con los de su marido, mano a mano, por toda la región septentrional. Ya en la mesa, Malamute Kid la provocó con la soltura de un viejo amigo y Prince acabó por librarse de la timidez del primer encuentro y unirse a él. Pero ella se defendió perfectamente en la desigual contienda mientras que su marido, más falto de ingenio, solo se atrevía a aplaudir. Estaba muy orgulloso de ella: todas sus miradas y gestos revelaban la magnitud del lugar que la mujer ocupaba en su vida. El de las pieles de nutria comía en silencio, olvidado en medio de tan alegre batalla y, mucho antes de que los demás acabasen, se levantó de la mesa y salió a ocuparse de los perros. Aunque sus compañeros de viaje no tardaron en ponerse manoplas y parkas y salir tras él.

Hacía días que no nevaba y los trineos se deslizaban sobre la nieve dura del camino del Yukón tan fácilmente como si fuese hielo. Ulises guiaba el primer trineo, con el segundo iban Prince y la mujer de Axel Gunderson, mientras que Malamute Kid y el gigante de pelo amarillo se ocupaban del tercero.

—No es más que una corazonada, Kid —le dijo—, aunque creo que es buena. Nunca ha estado allí, pero la historia que cuenta convence y tiene un mapa del que oí hablar hace años, cuando estuve en la región de Kootenay. Me gustaría que nos acompañaras, pero es un tipo raro y ha jurado que se echaría atrás si se nos unía más gente. Aunque cuando volvamos, tú serás el primero en saberlo todo, delimitaré una concesión para ti al lado de la mía y además te daré la mitad de la ciudad que levantemos.

»¡No! ¡No! —exclamó al ver que el otro intentaba interrumpir—. Yo estoy al frente de esto y antes de que termine voy a necesitar ayuda. Si sale bien, será un segundo Cripple Creek, ¿me oyes? ¡Un segundo Cripple Creek! Es una veta de cuarzo, no un depósito aluvial, y si lo hacemos bien nos forraremos. Ganaremos millones, muchos millones. Yo ya había oído hablar del sitio, y tú también. Levantaremos una ciudad con miles de obreros, buenas vías fluviales, compañías navieras, transporte de mercancías, vapores de poco calado para acceder a las cabeceras de los ríos, quizás un estudio topográfico para el ferrocarril, aserraderos, una central de energía eléctrica, banco propio, compañías comerciales, sindicatos… ¡Lo dicho! ¡Guarda el secreto hasta que yo vuelva!

Los trineos se detuvieron donde el camino cruzaba la desembocadura del Stuart. Su amplia extensión —como un mar de hielo sin fisuras— se alejaba hacia el este desconocido. Sacaron las raquetas de nieve de las ataduras de los trineos. Axel Gunderson se despidió con un apretón de manos y se situó al frente. Sus enormes raquetas se hundían medio metro en la vaporosa superficie y apisonaban la nieve para que los perros no holgazanearan. Su mujer iba tras el último trineo y en sus movimientos se apreciaba su larga práctica en el arte de manejar un calzado tan incómodo. Las alegres frases de despedida rompieron la calma, los perros aullaron y el de las pieles de nutria utilizó el látigo para hablar con un perro rueda terco.

Una hora después, la caravana parecía un lápiz negro que se arrastraba sobre una línea larga y recta intentando cruzar un folio interminable.

II

UNA NOCHE, muchas semanas después, Malamute Kid y Prince se dedicaban a resolver problemas de ajedrez que aparecían en la página arrancada de una revista. Kid acababa de regresar de sus propiedades en Bonanza y descansaba unos días antes de embarcarse en una larga cacería de alces. Prince también había pasado buena parte del invierno entre el camino y los arroyos, y estaba deseando disfrutar de una semana de vida en la cabaña.

—Interponer el caballo negro y obligar al rey. No, no servirá de nada. Porque el siguiente movimiento…

—¿Por qué avanzar el peón dos escaques? Seguro que lo captura de camino y con el alfil fuera de juego…

—¡Pero espera! Eso deja un hueco y…

—No. Está protegido. ¡Vamos! Ya verás cómo funciona.

Resultaba muy interesante. Alguien tuvo que llamar a la puerta por segunda vez antes de que Malamute Kid dijera: «¡Adelante!». La puerta se abrió. Algo entró tambaleándose. Prince lo tenía de frente y se puso en pie de un salto. El horror que asomó a sus ojos hizo que Malamute Kid se diese la vuelta. Él también se quedó conmocionado, a pesar de que había visto muchas cosas horribles. Aquello avanzó a ciegas hacia ellos, con pasos vacilantes. Prince se escabulló hasta el clavo del que colgaba su Smith & Wesson.

—¡Dios mío! ¿Qué es? —le susurró a Malamute Kid.

—No lo sé. Parece un caso de congelación e inanición extremas —contestó Kid, mientras se movía en la dirección opuesta—. ¡Cuidado! ¡Puede

estar loco! —advirtió tras cerrar la puerta.

La cosa se acercó a la mesa. La luminosa llama de la lámpara de grasa llamó su atención. Le hizo gracia y dejó escapar una risa espeluznante que pretendía indicar su regocijo. De repente el hombre —porque era un hombre — se balanceó hacia atrás, mientras se subía de un tirón los pantalones de piel, y empezó a cantar una saloma como las que entonan los marineros cuando hacen girar el cabrestante y el mar resopla en sus oídos:

> Un barco yanqui viene río abajo,
> ¡tirad, muchachos, tirad!
> ¿Queréis saber quién es su capitán?
> ¡Tirad, muchachos, tirad!
> Es Jonathan Jones de Carolina del Sur.
> ¡Tirad, muchachos…!

Se interrumpió de repente, se acercó tambaleante y gruñendo como un lobo al estante de la carne y, antes de que pudieran interceptarlo, desgarraba con los dientes un pedazo de beicon crudo. La lucha entre Malamute Kid y él fue feroz, pero su fuerza de loco lo abandonó tan de repente como había llegado y enseguida renunció al botín. Entre los dos lo sentaron en una banqueta, desde la que despatarró medio cuerpo sobre la mesa. Una pequeña dosis de whisky le dio fuerzas suficientes para poder meter la cuchara en el azucarero que Malamute Kid le puso delante. Tras haber saciado un poco su apetito de esa forma, Prince, sin poder evitar temblar mientras lo hacía, le pasó una taza de consomé.

Los ojos de la criatura se iluminaron con un lúgubre delirio que se encendía y apagaba a cada sorbo. En el rostro casi no quedaba piel y por eso la cara, hundida y esquelética, se parecía muy poco a un semblante humano. Congelación tías congelación, el hielo había penetrado mucho y cada helamiento había dejado su estrato de costras sobre la cicatriz a medio curar del anterior. Esa superficie dura y reseca era de un color negro sanguinolento, en la que se abrían grietas que parecían muy graves y por las que asomaba la carne roja y viva. Su ropa estaba sucia y en jirones, y la piel de uno de los lados aparecía quemada y chamuscada, lo que indicaba que se había tumbado sobre una hoguera.

Malamute Kid señaló la zona en la que el cuero bronceado había ido desapareciendo tira a tira: la macabra firma de la hambruna.

—¿Quién eres? —preguntó despacio y muy claramente.

El hombre no hizo caso.

—¿De dónde vienes?

—Un barco yanqui viene río abajo… —fue la trémula respuesta.

—No dudo de que viniera río abajo —dijo Kid mientras lo sacudía en un intento por provocar una conversación más fluida y lúcida.

Pero el hombre chilló al sentir el contacto y se llevó una mano al costado presa del dolor. Se puso de pie despacio, apoyándose en la mesa.

—Ella se rio de mí, sí, con odio en la mirada. Y ella… no quiso… venir.

Su voz se desvaneció y ya volvía a acomodarse cuando Malamute Kid lo agarró por la muñeca y le gritó:

—¿Quién? ¿Quién no quiso venir?

—Ella, Unga. Se rio y me atacó. Luego…

—¿Sí?

—Luego…

—¿Luego, qué?

—Él se quedó muy quieto en la nieve, mucho tiempo. Él… aún está… en la nieve.

Los otros dos se miraron impotentes.

—¿Quién está en la nieve?

—Ella, Unga. Ella me miró con odio en los ojos y luego…

—Sí, sí.

—Y luego sacó el cuchillo. Y una, dos… estaba débil. Yo viajé muy despacio. Y hay mucho oro en ese sitio, mucho, mucho oro.

—¿Dónde está Unga?

Por lo que Malamute Kid sabía, podría estar agonizando a un kilómetro de distancia. Sacudió al hombre una y otra vez sin dejar de repetir:

—¿Dónde está Unga? ¿Quién es Unga?

—Ella… está… en la nieve.

—¡Sigue! —Kid le retorcía la muñeca con crueldad.

—Yo… también… estaría… en la nieve. Pero… tenía… una deuda… por pagar. Muy… grande. Tenía… una deuda… por pagar. Una deuda… por pagar. Tenía… —El discurso entrecortado cesó mientras revolvía en su morral y sacaba una bolsa de piel—. …una deuda… por pagar. Cinco libras… de oro… Participación… Malamute… Kid Yo…

La cabeza, agotada, cayó sobre la mesa y Malamute Kid ya no logró que la levantara otra vez.

—Es Ulises —dijo con calma mientras dejaba la bolsa del oro sobre la mesa—. Supongo que se acabó la historia para Axel Gunderson y la mujer.

Vamos, ayúdame a meterlo entre las mantas. Es indio. Se recuperará y además nos contará un buen relato.

III

—CONTARÉ A MI MANERA lo que pasó, pero entenderás. Empezaré por el principio y hablaré de mí, de la mujer y luego del hombre.

El de las pieles de nutria se acercó a la cocina como hacen los hombres que se han visto privados del fuego y temen que el regalo de Prometeo se desvanezca en cualquier momento. Malamute Kid elevó la lámpara de grasa y la situó de manera que la luz iluminase el rostro del narrador. Prince se bajó del catre y se unió a ellos.

—Soy Naas, jefe e hijo de jefe, nacido entre el ocaso y el alba, en el mar oscuro, en el *umiak*[21] de mi padre. Durante toda la noche los hombres se esforzaron a los remos y las mujeres expulsaban las olas que se arrojaban sobre nosotros al luchar con la tormenta. El agua salada se congeló sobre el pecho de mi madre hasta que su aliento se fue con la marea. Pero yo, yo uní mi voz a la del viento y la tormenta y viví. Vivíamos en Akutan…

—¿Dónde? —preguntó Malamute Kid.

—En Akutan, que está en las Aleutianas. Akutan, más allá de Chignik, más allá de Kardalak, más allá de Unimak. Como decía, vivíamos en Akutan, que se encuentra en medio del mar, al borde del mundo. El agua salada nos daba peces, focas y nutrias, y nuestras casas se apiñaban en la franja rocosa entre el límite del bosque y la playa amarilla donde dejábamos los kayaks. No éramos muchos y el mundo era muy pequeño. Al Este había tierras desconocidas, islas como Akutan, por eso pensábamos que todo el mundo estaba formado por islas y no nos preocupaba.

»Yo era distinto a mi gente. En la arena de la playa se encontraban las maderas torcidas y los tablones combados por el mar de una barca diferente a las que construían los míos. Y recuerdo que en el cabo de la isla que dominaba tres caras del mar se alzaba un pino que no crecía allí, era el único, alto, delgado y liso. Se contaba que dos hombres llegaron a ese punto, dieron la vuelta a la isla, que les llevó muchos días, y observaron hasta que desapareció la luz. Esos dos hombres vinieron de más allá del mar en la barca de la que quedaban restos en la playa. Y eran blancos como vosotros y débiles como los niños cuando las focas se marchan y los cazadores vuelven a casa con las manos vacías. Esas cosas las sé por los ancianos, que las oyeron de

sus padres. Esos hombres blancos y extraños no se adaptaron bien a nuestras costumbres, al principio, pero recuperaron las fuerzas con el pescado y el aceite. Cada uno se construyó su casa y eligió una de nuestras mujeres y, con el tiempo, llegaron los hijos. Así nació quien iba a ser el padre del padre de mi padre.

»Como dije, yo era distinto a los míos, porque llevaba la sangre fuerte y extraña de uno de aquellos hombres blancos que vinieron del mar. Se dice que teníamos otras leyes en los tiempos anteriores a que llegaran, pero eran fieros y peleones y lucharon con los nuestros hasta que no quedó nadie dispuesto a luchar. Entonces ellos fueron los jefes, nos quitaron nuestras leyes y nos dieron otras nuevas, como que el hombre era hijo de su padre y no de su madre, según nosotros creíamos. También decidieron que el primer hijo nacido tendría todas las cosas que eran de su padre y que los hermanos y hermanas se arreglasen como pudieran. Nos dieron más leyes. Nos enseñaron nuevas formas de pescar y a matar osos, que abundaban en los bosques, y a guardar reservas más grandes de alimento para las hambrunas. Esas cosas fueron buenas.

»Pero cuando fueron jefes y no había hombres que se enfrentaran a su ira, esos hombres blancos y extraños empezaron a luchar el uno con el otro. El que me dio su sangre hundió su arpón para cazar focas en el cuerpo del otro. Sus hijos heredaron la pelea. Y los hijos de sus hijos. El odio y la maldad entre ellos llegaron hasta mi tiempo, de manera que en cada familia solo sobrevivía uno para transmitir la sangre de sus antepasados. Yo era el único de mi sangre. De la del otro hombre quedaba una niña, Unga, que vivía con su madre. Su padre y el mío no regresaron de pescar una noche, pero después las mareas los llevaron a la playa y estaban uno agarrado al otro.

»La gente se asombró de que el odio entre las dos casas fuese tanto y los ancianos dijeron que la pelea continuaría cuando ella tuviese hijos y yo también. Eso me lo dijeron de niño, tantas veces que acabé por mirar a Unga como la enemiga que iba a ser la madre de unos hijos que lucharían con los míos. Día a día pensaba en esas cosas y, cuando crecí y ya era un jovencito, empecé a preguntar por qué tenía que ser así. Me contestaron: «No lo sabemos, pero eso hicieron tus antepasados». Me asombró que quienes iban a nacer tuvieran que luchar las guerras de quienes ya no estaban y no me pareció bien. Pero la gente decía que así debía ser y yo solo era un muchacho.

»También me decían que me diese prisa, para que mis hijos naciesen y fueran fuertes antes que los suyos. Eso era fácil, porque yo era el jefe y los demás me admiraban por las hazañas y las leyes de mis antepasados y por la

riqueza que era mía. Cualquier mujer vendría conmigo, pero yo no encontraba ninguna de mi gusto. Los ancianos y las madres de las jóvenes insistían porque ya había cazadores que hacían buenas ofertas a la madre de Unga. Si sus hijos crecían antes que los míos, los míos morirían.

»No encontré una joven para mí hasta una noche al volver de pescar. El sol se ponía y nos daba en los ojos, el viento soplaba y los kayaks competían con las olas. De repente, el kayak de Unga me adelantó y ella me miró, con el cabello negro al viento como una nube de tinieblas y las mejillas húmedas de rocío de mar. Ya dije que el sol me daba en los ojos y yo era un jovencito, pero lo vi muy claro y supe que era la llamada de mi igual. Mientras avanzaba veloz, echo la vista atrás entre palada y palada, me miró como solo Unga podía mirar, y supe otra vez que era la llamada de mi igual. La gente gritó cuando adelantamos a los lentos *umiaks* y los dejamos muy atrás. Pero ella era rápida con el remo, mi corazón se hinchaba como el seno de una vela y no la alcanzaba. El viento se enfrió, el mar blanqueó y, saltando como las focas con el viento a favor, continuamos avanzando tras la estela dorada del sol.

Naas se había adelantado encogido en la banqueta, como si manejase un remo, reviviendo de nuevo la carrera. En algún punto, más allá de la cocina, divisaba el kayak sacudido por las olas y el cabello ondeante de Unga. La voz del viento resonaba en sus oídos y a su nariz llegaba el aroma a sal.

—Pero ella alcanzó la orilla y corrió por la arena, riéndose, hasta la casa de su madre. Esa noche se apoderó de mí una idea: una idea digna de quien era el jefe de todas las gentes de Akutan. Así, cuando salió la luna, fui a casa de su madre a ver los bienes de Yash-Noosh, que estaban apilados junto a la puerta, los bienes de Yash-Noosh, un cazador fuerte que quería ser el padre de los hijos de Unga. Otros jóvenes habían apilado sus bienes junto a esa casa y los habían retirado después. Y cada montón era más grande que el anterior.

»Me reí bajo la luna y las estrellas y volví a mi casa, donde se apilaba mi riqueza. Hice muchos viajes, hasta que mi montón sobrepasaba en una mano al de Yash-Noosh. Había pescado, secado al sol y ahumado; cuarenta cueros de foca entera y veinte pieles con pelo, cada cuero con la boca atada y lleno de aceite; diez pieles de oso que había matado en los bosques, cuando salían en primavera. También tenía abalorios, mantas y paños escarlata que había intercambiado con las gentes que vivían al este y que habían comerciado con quienes vivían aún más al este. Miré el montón de Yash-Noosh y me reí, porque yo era el jefe de Akutan y mi riqueza era mayor que la de cualquier otro joven, mis antepasados habían acometido hazañas y creado leyes, y sus nombres siempre estarían en boca de la gente.

»Cuando llegó la mañana bajé a la playa, mirando por el rabillo del ojo hacia la casa de la madre de Unga. Mi ofrenda continuaba intacta. Las mujeres sonreían y comentaban entre ellas. Me quedé sorprendido porque nunca nadie había ofrecido un precio así y esa noche añadí más cosas al montón y junto a él dejé un kayak de pieles bien curtidas que nunca había salido al mar. Pero al día siguiente continuaba allí, para que todos los hombres pudieran reírse. La madre de Unga era astuta y yo me enfadé porque eso me avergonzaba ante mi gente. Por la noche llevé más cosas hasta que el montón fue enorme y añadí mi propio *umiak*, que valía como veinte kayaks. Por la mañana ya no había montón.

»Entonces preparé la boda y vinieron incluso las gentes del este, por la comida, la 1 fiesta y los regalos del *potlatch*. Unga era cuatro soles mayor que yo, según contamos nosotros los años. Yo solo era un muchacho, aunque también era el jefe, e hijo de jefe, así que no importaba.

»Pero sobre la superficie del mar aparecieron las velas de un barco que crecieron con el empuje del viento. Por los imbornales salía mucha agua y los hombres se esforzaban por achicarla. En la proa se erguía un hombre muy fuerte, que observaba la profundidad del agua y daba órdenes con voz de trueno. Tenía los ojos del azul pálido de 1 las aguas profundas y una melena como la del león marino. Su cabello era amarillo, como la paja de una cosecha del sur o el cáñamo que tejen los marineros para hacer maromas.

»Desde hacía varios años veíamos barcos a lo lejos, pero aquel fue el primero que llegó a la playa de Akutan. La fiesta se acabó y las mujeres y los niños corrieron a las casas, mientras los hombres preparábamos los arcos y esperábamos con los arpones a mano. Peí o cuando el barco encallo en la arena, los hombres no nos hicieron caso y continuaron con su labor. Al bajar la marea escoraron la goleta y repararon un agujero enorme en el casco. Así que las mujeres regresaron y continuó la fiesta.

»Cuando subió la marea, los viajeros del mar fondearon la goleta en aguas profundas y regresaron entre nosotros. Trajeron regalos y fueron amables, así que les hice sitio y con generosidad les entregué los mismos presentes que a los demás invitados, porque era el día de mi boda y yo era el jefe de Akutan. El de la melena de león marino se encontraba entre ellos, tan alto y fuerte que casi esperábamos que la tierra temblase con cada una de sus pisadas. Miraba mucho y fijamente a Unga, con los brazos cruzados, y se quedó hasta que se puso el sol y salieron las estrellas. Luego se fue a su barco. Después tomé a Unga de la mano y la llevé a mi casa. Los demás cantaron, se rieron y las

mujeres dijeron cosas picantes, como suelen hacer en tales ocasiones. Pero no nos importó. Luego nos dejaron en paz y se fueron a sus casas.

»Aún no reinaba el silencio cuando el jefe de los viajeros del mar apareció en mi puerta. Traía con él unas botellas negras, de las que bebimos y festejamos. Yo solo era un muchacho y había pasado todos mis días en el borde del mundo. Mi sangre se volvió fuego y mi corazón tan ligero como la espuma que vuela de las olas al acantilado. Unga guardaba silencio entre las mantas, en un rincón, con los ojos muy abiertos porque parecía asustada. Y el de la melena como el león marino la miraba fijamente, sin descanso. Luego entraron sus hombres con montones de bienes y apiló frente a mí una riqueza nunca vista en Akutan. Había armas de fuego, grandes y pequeñas, pólvora, balas y cartuchos, hachas brillantes y cuchillos de acero, herramientas curiosas y cosas extrañas que yo nunca había visto. Cuando por señas me indicó que todo era mío, lo consideré un gran hombre por ser tan generoso, pero también me indicó que Unga debía irse con él, en su barco. ¿Comprendes? Que Unga debía irse con él en su barco. La sangre de mis padres se encendió de repente e intenté echarlo con mi arpón. Pero el espíritu de las botellas había robado la vida de mi brazo y él me agarró por el cuello y golpeó mi cabeza contra la pared de la casa. Me sentía débil como un recién nacido y las piernas no me sostenían. Unga gritó y se agarró con fuerza a las cosas de mi casa, pero ellos cayeron sobre nosotros y la arrastraron hasta la puerta. Entonces él la cogió en sus enormes brazos y, cuando ella tiro con fuerza de su pelo amarillo, se rio como un enorme elefante marino en celo.

»Me arrastré hasta la playa y llamé a mi gente, pero tuvieron miedo. Solo Yash-Noosh se portó como un hombre y ellos le golpearon la cabeza con un remo hasta que cayó boca abajo en la arena y ya no se movió. Izaron las velas al ritmo de sus canciones y el barco se alejó empujado por el viento.

»Todos dijeron que era algo bueno, porque ya no habría más guerras de sangre en Akutan. Pero yo no dije una palabra y esperé hasta la luna llena. Entonces cargué mi kayak con pescado y aceite y puse rumbo al este. Vi muchas islas y muchos pueblos y yo, que había vivido en el borde, vi que el mundo era muy grande. Hablaba por señas, pero no habían visto una goleta, ni un hombre con la melena de un león marino y siempre señalaban al este. Dormí en sitios muy raros, comí cosas extrañas y conocí rostros muy distintos. Muchos se rieron porque creían que había perdido la cabeza, pero a veces los ancianos me observaban y me bendecían, y los ojos de las jóvenes se ablandaban cuando me preguntaban por el barco desconocido, por Unga y los hombres del mar.

»De esta forma, entre olas enormes y grandes tormentas, llegué a Unalaska. Allí había dos goletas, pero ninguna era la que yo buscaba. Continué rumbo al Este, mientras el mundo se hacía cada vez más grande, y en la isla de Unimak nadie sabía del barco, ni en Kadiak, ni en Afognak. Un día llegué a una tierra rocosa donde los hombres hacían grandes agujeros en la montaña. Había una goleta, pero no era la mía, y los hombres cargaban en ella las piedras que excavaban. Me pareció una tontería porque el mundo estaba hecho de piedras, pero ellos me dieron comida y me pusieron a trabajar. Cuando la goleta estuvo llena, el capitán me dio dinero y se despidió de mí, pero le pregunté a dónde iba y me señaló al sur. Por señas le dije que iba con él y al principio se rio, pero luego, como le faltaban hombres, me aceptó para que ayudase en el barco. Aprendí a hablar como ellos, a tirar de los cabos, a arrizar las velas en medio de las borrascas repentinas y a manejar el timón. Pero no era raro porque la sangre de mis antepasados era la de los hombres del mar.

»Creí que sería fácil dar con el hombre al que buscaba cuando me encontrase entre su gente y un día, tras volver a ver tierra y poner rumbo a un puerto que estaba junto a una entrada del mar, yo esperaba descubrir quizás tantas goletas como dedos tengo en las manos, pero allí había miles de barcos, todos juntos, como bancos de peces. Cuando empecé a preguntar por el hombre con la melena de león marino, se rieron y me contestaron en las lenguas de muchos pueblos. Así supe que venían de los lugares más apartados de la tierra.

»Fui a la ciudad para mirar las caras de todos los hombres. Pero eran tantos como el bacalao cuando se mueve en bancos y no podía contarlos. El ruido me aplastaba y dejé de oír, y la cabeza me daba vueltas con tanto movimiento. Continué viajando y cruzando tierras bañadas por el sol, donde las cosechas abundaban en los valles y donde las ciudades estaban llenas de hombres que vivían como mujeres, con palabras falsas en la boca y los corazones negros por el ansia del oro. Todo ese tiempo, mis gentes de Akutan cazaban, pescaban y vivían felices creyendo que el mundo era pequeño.

»Pero la mirada de Unga al volver a casa de la pesca me acompañaba siempre y sabía que la encontraría cuando llegase el momento. La veía recorrer caminos tranquilos a la luz del anochecer o me llevaba a buscarla cruzando campos húmedos de rocío, y sus ojos prometían lo que solo Unga podía darme.

»Así atravesé mil ciudades. En algunas eran amables y me daban comida, en otras se reían e incluso en otras me maldecían, pero yo me mordía la

lengua y continuaba recorriendo caminos desconocidos y viendo paisajes extraños. A veces, yo que era jefe e hijo de jefe, trabajaba para otros hombres, hombres de palabras bruscas y duros como el hierro que sacaban oro del sudor y el dolor de sus iguales. Pero sin avanzar en mi búsqueda hasta que volví al mar, como vuelve la foca a su colonia. Aunque fue en otro puerto, de otro país que quedaba al norte. Allí oí algunas historias del viajero del mar, el del pelo amarillo, y supe que era cazador de focas y que estaba navegando.

»Así que me embarqué en una goleta llena de indios perezosos y seguí su rastro invisible hacia el norte, donde se cazaba en aquel momento. Estuvimos fuera varios meses y hablé con muchos de los barcos de la flota. Oí contar las hazañas de aquel a quien buscaba, pero ni una sola vez lo divisamos. Fuimos al norte, llegamos incluso a las islas Pribilof y matamos manadas de focas en la playa, luego llevamos a bordo sus cuerpos aún calientes hasta que la grasa y la sangre fluyeron por los imbornales y nadie se mantenía de pie en la cubierta. Después nos persiguió un barco de vapor, aunque lento, que nos disparó con cañones. Pero soltamos trapo hasta que el mar barrió nuestras cubiertas y las dejó limpias, y nos perdimos en la niebla.

»Cuentan que entonces, mientras nosotros huíamos con el miedo en el corazón, el viajero del pelo amarillo desembarcó en las Pribilof, llegó hasta la factoría y, mientras una parte de sus hombres retenía a los empleados de la compañía, el resto se llevó diez mil pieles recién desolladas de los saladeros. Digo que se cuenta, pero yo lo creo, porque en las travesías que hice a la costa sin encontrarme con él, en los mares del norte se hacían eco de su desenfreno y su osadía, hasta el punto de que las tres naciones que ciaban allí lo buscaban con sus barcos. Y oí hablar de Unga, porque los capitanes la alababan y siempre iba con él. Decían que había aprendido las costumbres de ellos y era feliz. Pero yo sabía que no era así. Sabía que su corazón recordaba a su gente y quería volver a la playa amarilla de Akutan.

»Después de mucho tiempo regresé al puerto que está junto a una entrada del mar y allí supe que había costeado hasta salir al océano grande para cazar focas al este de las tierras templadas que se extienden hacia el sur desde los mares de Rusia. Y yo, que ya era un buen marinero, me embarqué con hombres de su propia raza y fui tras él a cazar focas. En las aguas de esa tierra nueva había pocos barcos, pero nos mantuvimos a un costado de la manada de focas y las hostigamos hacia el norte durante toda la primavera. Cuando las hembras estaban preñadas y cruzaron la frontera rusa, nuestros hombres se quejaron y tuvieron miedo. Porque había mucha niebla y todos los días se perdía alguien en los botes. Se negaron a trabajar y el capitán mandó virar

para volver por donde habíamos ido. Pero yo sabía que el viajero del pelo amarillo no tenía miedo y continuaría pegado a la manada, incluso hasta llegar a las islas rusas, a donde muy pocos hombres van. Así que, en plena noche, cuando el centinela dormitaba en el castillo de proa, cogí un bote y me fui solo hasta esa tierra cálida y alargada. Viajé hacia el sur y me encontré con los hombres de la bahía de Edo, que son rebeldes y no tienen miedo. Las jóvenes del barrio de Yoshiwara eran pequeñas, muy alegres y me gustaba mirarlas, pero no pude pararme allí porque sabía que Unga surcaba el mar junto a las colonias de focas del norte.

»Los hombres de la bahía de Edo habían llegado de todos los rincones de la tierra, no tenían ni dioses ni hogar y navegaban bajo bandera japonesa. Con ellos fui a las ricas playas de la isla Medni o isla del Cobre, donde nuestros saladeros se llenaron de pieles. En aquel mar silencioso no vimos a nadie hasta que estuvimos listos para marcharnos. Entonces sopló un fuerte viento que levantó la niebla y sobre nosotros se abalanzó una goleta, perseguida por las chimeneas de un buque de guerra ruso. Huimos aprovechando el viento, con la goleta cada vez más cerca y a más velocidad que nosotros. En la toldilla iba el hombre con la melena de león marino, dando órdenes y riéndose con su voz de trueno. También estaba Unga, la reconocí de inmediato, pero la envió abajo cuando los cañones empezaron a hablar. Como dije, iban a más velocidad que nosotros y estaban a punto de adelantarnos, yo iba al timón virando y maldiciendo, de espaldas a los disparos de los rusos. Porque sabíamos que tenía en mente correr por delante de nosotros y cortarnos el paso, para huir mientras nos apresaban. Nos robó el viento y nos dejó como una gaviota herida, mientras él se alejaba hacia el horizonte… Él y Unga.

»¿Qué podíamos hacer? Las pieles recién desolladas hablaban por sí mismas. Nos llevaron a un puerto ruso y después a una región solitaria, donde nos pusieron a trabajar en las minas de sal. Algunos murieron y… y otros no murieron.

Naas se apartó la manta de los hombros y dejó a la vista la carne nudosa y retorcida, con las marcas y estrías inconfundibles del knut, ese látigo que los rusos utilizan para torturar al hombre. Prince se apresuró a taparlo porque la imagen no resultaba nada agradable.

Fue una época horrible. A veces algunos hombres se escapaban hacia el sur, pero siempre volvían. Por eso, cuando los que procedíamos de la bahía de Edo nos rebelamos y les quitamos las armas a los guardias, nos dirigimos hacia el norte. La región era enorme, con llanuras empapadas de agua y bosques gigantescos. Llegó el frío, el suelo se cubrió de nieve y nadie sabía el

camino. Vagamos por los bosques infinitos durante varios meses agotadores, no recuerdo cuántos porque teníamos poca comida y a menudo nos tumbábamos para dejarnos morir. Pero por fin llegamos al mar helado. Solo quedábamos tres. Uno de ellos había salido de Edo en el puesto de capitán y llevaba en la cabeza el mapa de aquellas tierras interminables y del lugar por el que los hombres pueden cruzar de un extremo al otro sobre el hielo. Nos guio, no sé durante cuánto tiempo pero fue mucho, hasta que solo quedamos dos. Cuando llegamos allí, encontramos a cinco miembros de ese pueblo tan raro que habita la región. Ellos tenían perros y pieles y nosotros éramos muy pobres. Luchamos en la nieve hasta que murieron. El capitán también murió. Los perros y las pieles eran míos. Crucé sobre el hielo, que estaba roto, y fui a la deriva hasta que un vendaval que soplaba desde el oeste me llevo a la orilla. Después la Bahía Golovin, Pastilik, y el cura. Luego al sur y más al sur, a las tierras cálidas por las que viajé al principio.

»Pero el mar ya no era rentable y los que zarpaban tras las focas obtenían pocos beneficios y corrían muchos riesgos. Las flotas se dispersaron y los capitanes y marineas no tenían noticias de aquellos a los que yo buscaba. Así que me alejé del mar que nunca descansa y me interné en tierra, donde los árboles, las casas y las montañas ocupan siempre el mismo sitio y no se mueven. Viajé hasta muy lejos y aprendí muchas cosas, incluso a leer y a escribir. Me parecía que debía hacerlo porque se me ocurrió que Unga habría aprendido y que algún día, cuando llegase el momento… nosotros…, ¿comprendes? Cuando llegase el momento.

»Fui de un lado a otro, como esos pececillos que izan una vela al viento pero no pueden manejada y elegir rumbo. Siempre con los ojos y los oídos bien abiertos, me mezclaba con los viajeros porque sabía que, si habían visto a los que yo buscaba, se acordarían. Por fin encontré un hombre, recién llegado de las montañas, con trozos de piedra en los que el oro alcanzaba el tamaño de un guisante. Él había oído hablar de ellos, los había visto y los conocía. Dijo que eran ricos y vivían en el lugar en el que sacaban el oro de la tierra.

»Se encontraba en una región sin explorar y muy lejos, pero con el tiempo llegué a su campamento, oculto entre las montañas y en el que los hombres trabajaban noche y día sin ver el sol. Pero no había llegado el momento. Escuché lo que decía la gente. Decían que él se había ido a Inglaterra para reunir hombres con mucho dinero y formar compañías. Vi la casa en la que habían vivido. Parecía un palacio, como los que se ven en las regiones antiguas. De noche me colé por una ventana para ver cómo la trataba. Fui de

habitación en habitación y pensé que así debían de vivir los reyes, de lo bueno que era todo. La gente me dijo que él la trataba como una reina y muchos se preguntaban qué clase de mujer era, porque por sus venas corría una sangre diferente y era distinta a las otras mujeres de Akutan, pero nadie sabía de qué raza era. Sí, ella era una reina, pero yo era jefe e hijo de jefe y había pagado por ella un precio incalculable en pieles, barcas y abalorios.

»Pero ¿para qué seguir hablando de eso? Yo era marinero y sabía cómo se desplazan los barcos por los mares. Los seguí a Inglaterra y luego a otros países. A veces oía hablar de ellos directamente, otras leía lo que decían los periódicos, aunque nunca los a caneé, porque tenían mucho dinero y viajaban veloces, mientras que yo era pobre. Pero un día tuvieron problemas y su riqueza se esfumó de repente, como una voluta de humo. Todos los periódicos hablaron de ello en el momento, pero después ya no dijeron más y supe que habían vuelto a donde podían sacar más oro de la tierra.

»Como eran pobres, habían desaparecido del mundo y tuve que ir de campamento en campamento, hasta llegar al Norte, a la región de Kootenay, donde de nuevo encontré su rastro. Iban y venían, algunos decían que hacia un lado y otros al contrario, incluso algunos afirmaban que habían ido a la región del Yukón. Yo fui aquí y allá, siempre de un lado a otro, hasta que me pareció que el mundo era tan grande que podía cansarme de él. Pero en Kootenay seguí un camino muy largo y muy malo con un indio del Territorio Noroeste que se murió cuando apretó la hambruna. Había ido a la región del Yukón por un camino desconocido que cruzaba las montañas y cuando supo que iba a morir me dio el mapa y me contó el secreto de un lugar en el que me juró por sus dioses que había mucho oro.

»Después de eso todo el mundo empezó a llegar al norte. Yo era pobre y me vendí para ser guía de perros. El resto ya lo sabéis. Los encontré en Dawson. Ella no me conoció porque yo solo era un muchacho, su vida había sido larga y no tuvo tiempo de acordarse de quien había pagado un precio incalculable por ella.

»Tú me diste el dinero para librarme del servicio. Volví para hacer las cosas a mi manera porque había esperado mucho y ahora que le había echado mano a ese hombre ya no tenía prisa. Repito que quería hacerlo a mi manera, porque recordé mi vida, todo lo que había visto y sufrido, el frío y el hambre de los bosques infinitos junto a los mares de Rusia. Como sabes, lo guié hacia el este. A él y a Unga. Al este, al que muchos han ido y muy pocos regresado. Los llevé al lugar donde los huesos y las maldiciones de los hombres yacen junto al oro que no tendrán.

»Quedaba muy lejos y el camino estaba sin apisonar. Llevábamos muchos perros que comían demasiado y no podrían tirar de los trineos hasta la llegada de la primavera. Debíamos regresar antes de que el río volviese a correr en libertad. Así que fuimos ocultando provisiones aquí y allá, para aligerar los trineos y para no pasar hambre en el viaje de vuelta. En el río McQuesten había tres hombres y construimos una despensa cerca de ellos. Lo mismo hicimos en el río Mayo, donde había un campamento de caza formado por una docena de indios pelly que habían cruzado la divisoria desde el Sur. Después de eso, al continuar viaje hacia el este, no vimos más hombres; solo el río dormido, el bosque inmóvil y el Silencio Blanco del Norte. Como dije, quedaba muy lejos y el camino estaba sin apisonar. A veces, en todo un día de trabajo, no recorríamos más de doce o quince kilómetros y por la noche dormíamos como muertos. Ni una sola vez imaginaron que yo fuese Naas, jefe de Akutan, reparador de agravios.

»Ahora hacíamos despensas más pequeñas y por la noche no era difícil volver al camino que habíamos abierto y cambiarlas de sitio de tal forma que los glotones pareciesen culpables de su desaparición. Encontrábamos sitios con cataratas, de aguas rebeldes, donde el hielo se forma arriba y abajo se corroe. En un lugar así el trineo que yo llevaba se hundió junto con los perros. El hombre y Unga dijeron que era mala suerte, pero nada más. En ese trineo había mucha comida y los perros eran los más fuertes. Pero él se rio porque estaba lleno de vida y a los perros que quedaban les recortó raciones hasta que fuimos liberándolos de la traílla uno a uno y dándoselos a sus compañeros como alimento. Dijo que volveríamos a casa más rápido, viajando ligeros y alimentándonos con lo de las despensas en las que habíamos escondido las provisiones, sin perros ni trineos. En eso tenía razón, porque nos quedaba muy poca comida y el último perro murió aún sujeto a los tirantes la noche que llegamos al oro, los huesos y las maldiciones de los hombres.

»Para llegar a ese lugar, sobre el que el mapa decía la verdad y que estaba situado en el centro de las gigantescas montañas, excavamos escalones de hielo contra la pared de una divisoria. Buscamos un valle a lo lejos, pero no lo había. La nieve se extendía a la misma altura, como en las grandes llanuras y, aquí y allá, a nuestro alrededor, las enormes montañas dejaban ver sus blancas cabezas entre las estrellas. En el medio de una llanura tan extraña que debía haber sido un valle, descendían la tierra y la nieve hacia el centro del mundo. De no haber sido marinos, la cabeza nos habría dado vueltas al ver aquello, pero conseguimos permanecer en el borde buscando la forma de poder bajar. A un lado, y solo allí, la pared se había derrumbado hasta formar una especie

de rampa como la inclinación de una cubierta cuando hay viento fuerte. No sé por qué era así, pero así era. “Es la boca del infierno —dijo él—. Vamos a bajar”. Y bajamos.

»En el fondo había una cabaña de troncos que algún hombre construiría tirándolos desde arriba. Era vieja. En ella y en épocas diferentes habían muerto varios hombres solitarios. En unas cortezas de abedul que habían dejado pudimos leer sus últimas palabras y maldiciones. Uno murió de escorbuto; a otro su compañero le robó lo que quedaba de comida y de pólvora y lo abandonó allí; un oso hirió gravemente a otro; el cuarto intentó cazar pero acabó muriéndose de hambre… y así alguno más. Todos se negaron a dejar el oro y murieron junto a él de una forma u otra. Y el oro que recogieron y que no les sirvió de nada volvía amarillo el suelo de la cabaña como en un sueño.

»Pero el hombre al que yo había llevado hasta tan lejos tenía la cabeza despejada y el alma tranquila. “No tenemos nada que comer —dijo—, así que nos limitaremos a examinar el oro, ver de dónde proviene y cuánto puede haber. Luego nos iremos enseguida, antes de que se nos meta en la cabeza y nos haga perder la razón. De ese modo podremos volver con muchas más provisiones y quedarnos con todo”. Así que estudiamos la enorme veta, que cortaba la pared del pozo como un nervio, la medimos y delineamos desde arriba y desde abajo, delimitamos con estacas las concesiones y marcamos los árboles como señal de nuestros derechos. Luego, con las rodillas temblando por la falta de alimentos, el estómago mareado y los corazones casi en la boca, escalamos aquella pared impresionante por última vez y emprendimos el viaje de vuelta.

»Durante el último trecho tuvimos que arrastrar a Unga entre los dos y nos caíamos a menudo, pero al final llegamos a la despensa escondida. Sin embargo, no quedaba ni rastro de las provisiones. Lo había hecho bien, porque el hombre creyó que era obra de los glotones, a los que maldijo, junto con sus dioses, aunque casi no le quedaba aliento. Pero Unga era valiente. Sonrió, lo tomó de la mano de una forma que me obligó a mirar hacia otro lado para contenerme, y le dijo: “Descansaremos junto al fuego hasta la mañana y reuniremos fuerzas gracias a los mocasines”. Así que cortamos en tiras la parte superior de los mocasines y las dejamos hervir durante casi toda la noche para poder masticarlas y tragarlas. Por la mañana hablamos de las posibilidades que teníamos: la siguiente despensa oculta se encontraba a cinco días de distancia. No llegaríamos. Debíamos intentar cazar algo.

»—Iremos de caza —dijo él.

»—Sí —estuve de acuerdo—, iremos de caza.

»Él decidió que Unga se quedase junto a la hoguera para recuperar fuerzas. Nosotros partimos: él en busca de un alce y yo hacía la despensa que había cambiado de sitio. Pero no comí demasiado para que no notasen en mí un exceso de fuerza. Por la noche, al volver al campamento, él se cayó varias veces. Yo hice como que estaba muy débil, tropezando con las raquetas de nieve como si cada paso pudiese ser el último. Sacamos fuerzas de los mocasines.

»Era un gran hombre. Conservó el ánimo hasta el final y no se quejó jamás, excepto por Unga. El segundo día fui tras él para no perderme su fin. A menudo se veía obligado a tumbarse para descansar. Esa noche estuvo a punto de morir, pero por la mañana lanzó un débil juramento y salió a cazar otra vez. Caminaba como un borracho e imaginé que se rendiría, pero tenía la resistencia de los fuertes y el alma de los gigantes, porque arrastró su cuerpo durante todo el día agotador. Mató dos perdices nivales, aunque no se las comió. No necesitaba hoguera y le darían la vida, pero él pensaba en Unga y puso rumbo al campamento. Ya no caminaba, se arrastraba a cuatro patas entre la nieve. Me acerqué a él y a sus ojos asomaba la muerte. Aún podría haberse salvado comiéndose las perdices, pero abandonó su rifle y llevó las perdices en la boca, como un perro. Yo caminaba a su lado, erguido. Durante los momentos en que se detenía a descansar me miraba y se asombraba de que fuese tan fuerte. Yo me daba cuenta, aunque él ya no hablaba. Si sus labios se movían no salían sonidos. Como dije, era un gran hombre y mi corazón se compadecía de él. Pero eché la vista atrás y recordé el frío y el hambre que había pasado en los bosques infinitos junto a los mares de Rusia. Además, Unga era mía y había pagado por ella un precio incalculable en pieles, barcas y abalorios.

»De esta forma cruzamos el bosque blanco, envueltos en un silencio denso como la bruma, rodeados de los fantasmas del pasado. Vi la playa amarilla de Akutan, os kayaks compitiendo por llegar a casa después de pescar y las casas al borde del bosque. Allí estaban los hombres que habían sido jefes, los que nos dieron leyes nuevas, los que tenían la sangre que yo llevaba y que llevaba Unga, con quien me había casado, Sí, y Yash-Noosh caminaba también conmigo, con arena húmeda en el pelo y el arpón, que se había roto al caer sobre él, aún en la mano. Supe qué había llegado el momento y vi promesa en los ojos de Unga.

»Como digo, cruzamos el bosque hasta que llegó a nosotros el olor de la hoguera campamento. Me incliné sobre él y le arranqué las perdices que

llevaba entre los dientes. Él se tumbó de lado, con la sorpresa en los ojos y la mano que quedaba debajo moviéndose despacio hacia el cuchillo que llevaba en la cadera. Pero se lo arrebaté mientras sonreía muy cerca de su rostro, para que me viera bien. Ni aun así comprendió. Por señas hice como que bebía de las botellas negras y que levantaba un buen montón de objetos sobre la nieve; representé todas las cosas que ocurrieron la noche de mi boda. No pronuncié ni una palabra, pero él me entendió por fin. Sin embargo, no tuvo miedo. En sus labios se dibujó una sonrisa de desprecio e ira, y sacó fuerzas de flaqueza. No estábamos lejos, pero la capa de nieve era profunda y se arrastraba muy despacio. En una ocasión se quedó tumbado tanto tiempo que le di la vuelta y lo miré a los ojos. A veces continuaba y otras parecía muerto. Cada vez que lo soltaba, él volvía a luchar. Así llegamos hasta la hoguera. Unga se acercó a él de inmediato. Sus labios se movieron pero no se oyó nada. Luego me señaló para que Unga comprendiera. Después se quedó muy quieto en la nieve, durante mucho tiempo. Ahora sigue allí, en la nieve.

»No dije una palabra hasta que terminé de cocinar las perdices. Luego le hablé en su propia lengua, que no oía desde hacía muchos años. Se puso rígida, abrió mucho los ojos, sorprendida, y me preguntó quién era y dónde había aprendido aquel idioma.

»—Soy Naas —dije.

»—¿Tú? —preguntó—. ¿Tú? —Y se acercó más para examinarme.

»—Sí —respondí—. Soy Naas, jefe de Akutan, el último de mi sangre. Y tú la última de la tuya.

»Se rio. A pesar de todo lo que he visto y todo lo que he hecho, espero no volver a oír nunca una risa como esa. Se me heló hasta el alma, allí sentado, en medio del Silencio Blanco, a solas con la muerte y aquella mujer que se reía.

»—¡Vamos! —dije, porque creí que desvariaba—. Come y nos iremos. Queda mucho camino hasta Akutan.

»Pero ella hundió el rostro en la melena amarilla del hombre y se rio hasta que me pareció que el cielo se hundiría sobre nuestras cabezas. Había creído que se alegraría al verme y estaría encantada de volver a los recuerdos de los viejos tiempos, aunque aquella forma de reaccionar me parecía muy extraña.

»—¡Vamos! —grité mientras la agarraba con fuerza de la mano—. Queda mucho camino y mucha oscuridad por recorrer hasta llegar. ¡Date prisa!

»—¿A dónde? —preguntó, tras enderezarse y dejar de reírse.

»—A Akutan —respondí, convencido de que la idea devolvería la luz a su rostro. Pero a sus labios asomó una sonrisa de desprecio y de ira.

»—Sí —dijo—. Volveremos cogidos de la mano, tú y yo, a Akutan. Y viviremos en aquellas cabañas sucias, comeremos pescado y aceite y tendremos hijos. Unos hijos que se sentirán orgullosos de todos los días de nuestras vidas. Olvidaremos el mundo y seremos felices, muy felices. Es bueno, muy bueno. ¡Vamos! Démonos prisa. Volvamos a Akutan.

»Acarició la melena amarilla de él y sonrió de una forma que no me gustó. En sus ojos no había promesa alguna.

»Permanecí sentado, en silencio, asombrado por la rareza de aquella mujer. Recordé la noche en que él la había apartado de mí y ella gritó y le tiró del pelo, ese pelo que ahora acariciaba y no quería abandonar. Luego recordé el precio pagado y los muchos años de espera. La acerqué a mí y quise llevármela como había hecho él. Ella se resistió, igual que aquella noche, y luchó como una gata que defiende a su cachorro. Cuando la hoguera quedó por fin entre nosotros y el hombre, la solté y ella se sentó para escucharme. Le conté todo lo que había ocurrido, lo que había pasado en mares desconocidos, lo que había hecho en tierras extrañas. Le relaté mi búsqueda agotadora, los años de hambre y la promesa que me pertenecía desde el principio. Sí, se lo conté todo, incluso lo ocurrido aquel día entre el hombre y yo, todo, desde el principio. Mientras hablaba vi que la promesa crecía en sus ojos, llenos y enormes como el alba. En ellos leí compasión, ternura de mujer, el amor, el corazón y el alma de Unga. Volví a ser un muchacho, porque me miraba como cuando corría por la playa, riéndose, hacia la casa de su madre. Desaparecieron el malestar, el hambre y la agotadora espera. Había llegado el momento. Sentí la llamada de su pecho y me pareció que allí debía descansar mi cabeza y olvidarme de todo. Ella me abrió los brazos y yo me entregué. De repente, el odio brilló en sus ojos, llevó la mano a mi cadera, cogió mi cuchillo y me lo clavó una, dos veces.

»—¡Perro! —dijo con desprecio mientras me dejaba caer en la nieve—. ¡Canalla!

»Luego se rio hasta hacer añicos el silencio y regresó junto a su muerto.

»Me clavó el cuchillo dos veces, pero estaba débil por el hambre y no me mató. Sin embargo, decidí quedarme allí con los ojos cerrados para dormir el último sueño de aquellos cuyas vidas se habían cruzado conmigo y recorrer caminos desconocidos. Pero tenía una deuda pendiente que no me permitía descansar.

»El regreso fue largo, el frío muy intenso y casi no tenía provisiones. Los indios pellys no habían encontrado alces y robaron mi despensa. Lo mismo habían hecho los tres hombres blancos, pero al pasar junto a su cabaña los

encontré muertos en el interior. Después ya no recuerdo nada, hasta llegar aquí, donde había comida y fuego, mucho fuego.

Al terminar se acercó mucho a la cocina, casi como si quisiera el calor solo para él. Durante un buen rato, las sombras de la lámpara de sebo representaron tragedias en la pared.

—¡Pero Unga! —gritó Prince, con la imagen de ella grabada en la mente.

—¿Unga? No quiso comer las perdices. Se tumbó junto a él, le rodeó el cuello con los brazos y hundió el rostro en su pelo amarillo. Desplacé la hoguera hacia ella, para que no tuviera frío, pero se cambió de lado. Encendí otra hoguera de ese lado, pero de poco sirvió porque no quiso comer. Así siguen los dos, allí tumbados sobre la nieve.

—¿Y tú? —preguntó Malamute Kid.

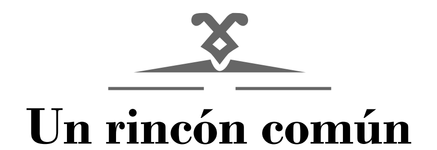
—No sé. Pero Akutan es pequeño y ya no deseo volver para vivir en el borde del mundo. Sin embargo, ¿de qué me sirve vivir? Puedo entregarme al capitán Constantine. Él me encerrará y un día me hará colgar de una soga, así podré dormir por fin. Aunque… no. No sé.

—¡Pero, Kid! —protestó Prince-, ¡Es un asesino!

—¡Calla! —ordenó Malamute Kid—. Hay cosas que superan nuestro saber, que van más allá de nuestra justicia. No podemos decir si esto está bien o mal y no somos quiénes para juzgarlo.

Naas se acercó más al fuego. Se hizo el silencio y a los ojos de cada hombre asomaron imágenes que iban y venían sin cesar.

[1899]



Un rincón común

ARRUGÓ CADA UNA de las delicadas notas con una rotundidad que lo sorprendió. No creyó que fuera a resultarle tan sencillo. Incluso sintió una especie de júbilo pasivo mientras las depositaba con cuidado en la chimenea. Empezó a dedicarse a la tarea con un placer de lo más curioso y su pulcritud habitual se impuso hasta que el montón asumió proporciones arquitectónicas. Pensó que parecía un pedestal. Lo miró con gesto serio. Una carta breve —la última que ella le había enviado— protestaba con el vigoroso ímpetu de la juventud ante una incineración tan prematura. Sobresalía dolorosamente y estropeaba las líneas del paralelogramo. Unos golpecitos suaves con el atizador y se sosegó entre sus compañeras.

Parecía un santuario, un altar; y él, apóstata de los dulces esponsales, oficiaba de sumo sacerdote. La fantasía le gustó, tenía un toque poético. Al fin y al cabo, aquello era lo mejor. Se alegraba de que ella hubiese sido tan sensata. ¡Qué horror sería tener que devolverse los regalos y baratijas! ¿Qué derecho tenía ella a recuperar sus cartas, o él las suyas? Era una costumbre sin sentido. ¡Con qué rapidez lo había aceptado ella cuando se lo propuso! Aunque debía confesar que su actitud le provocó una tristeza momentánea: había esperado que dejase entrever sus sentimientos, que le diera una muestra de debilidad femenina, pero no, se limitó a asentir con la cabeza y sonreír. Estaba claro que se había cansado de él. Aunque no le había dicho nada de eso, pero resultaba evidente, incluso más ahora que todo había terminado. Era justo admitir que él se había comportado magníficamente; incluso ella debía reconocerlo. Si alguien comentaba algo, debía ser él quien lo asumiese. ¡Cómo se iban a burlar de él sus amigos! Y en las reuniones femeninas habría murmullos maliciosos, risitas y gestos significativos… pero era un hombre y podría soportarlo.

Se alegraba de haberlo hecho porque nadie podría reprocharle nada, al contrario, su conducta era merecedora de admiración. Con el paso de los años ella lo apreciaría y 10 recordaría con cariño. Sin duda ella acabaría casándose y tal vez un día rememorase todo aquello y comprendería lo que había perdido. Él se entregaría a su trabajo con renovado vigor y en la madurez su

nombre sería respetado, admirado y se hablaría de él a menudo; entonces volvería a acercarse a ella y serían amigos, solo amigos. Ella vería todo lo bueno que había en él —esas excelentes cualidades que ahora no apreciaba, como bien sabía él— y tal vez lamentaría que las cosas no hubiesen sido de otro modo. Imaginar la tristeza de ella al ver el hombre en el que se había convertido con el paso del tiempo y sus propios esfuerzos le produjo una dulce satisfacción. Pero al contemplarse a sí mismo en el futuro, cuando el tiempo hubiese blanqueado su cabello y le hubiera aportado fama, mirándola desde arriba y hablándole con calma, supo que así era como quería que fuese su vida. Con todo, le gustaba pensar que tal vez los años que a ella le darían otro marido también la llevarían a arrepentirse.

Hizo breves viajes entre la chimenea y distintas zonas de la habitación. ¡Qué vacía parecía la pared! Pensó que debía buscar algo que ocupase su sitio, mienta as se arrodillaba ante el altar que había levantado y colocaba encima una fotografía, la de ella. Delante puso un guante, que había sido blanco pero ahora estaba manchado de tanto llevarlo en el bolsillo del abrigo que quedaba sobre el corazón. ¡Qué necio había sido! Luego añadió al sacrificio un mechón de pelo castaño y ondulado, y a su lado un ramillete de violetas marchitas. En el pasado había depositado sus esperanzas de alcanzar el cielo en todos esos frágiles recuerdos, pero ahora… ahora acercó un fósforo a la base del altar, canturreando mientras lo hacía: «Un amor como el nuestro jamás morirá».

Acercó su butaca reclinable y se acomodó en ella. Sintió una curiosidad infantil por el comportamiento de los distintos artículos y por saber cuál sucumbiría antes al efecto del fuego destructor. La diminuta llama fue creciendo y extendiéndose hasta que a sus pies rugió un incendio en miniatura. Las violetas estallaron en una evanescencia radiante y los tallos resistieron como filamentos de acero, tensos y estremecidos por el calor. La oscura silueta del guante destacó con fuerza sobre el resplandeciente fondo de papeles en llamas y la fotografía, como la torre de un castillo señorial, dejó escapar columnas de humo negro y luego se tambaleó, se balanceó indecisa durante un momento y se derrumbó sobre las brasas-ardientes. Poco a poco el brillo de la vida fue abandonando la pira caída como la luz abandona al ojo que se seca. Pronto aquellas naderías que ayer lo habían sido todo, que para él eran promesas de una felicidad futura, no fueron más que un montón muerto de cenizas negras y grises que se estremecían en la chimenea.

Todo había terminado. Era libre. Libre como el viento. Menos de un mes atrás le habría parecido imposible romper sus cadenas con tanta facilidad.

Pero la emancipación —entonces la habría llamado destierro— había llegado sin esfuerzo, sin esa extraña revolución de la sangre, sin ese abrasador tumulto de los sentimientos que sería lógico esperar.

Podía sentarse junto a las cadenas carbonizadas y pensar en ella con calma, sin que su pulso se acelerase lo más mínimo. Se sentía perfectamente normal. Bueno, eso demostraba lo transitorio que había sido el capricho.

Porque se trataba de un capricho, un simple capricho. Ésa era la palabra. No podía haber sido amor verdadero porque el hecho de seguir caminos distintos le habría provocado una única emoción: el más atroz de los vacíos. Pero no se sentía vacío, ni tenía la sensación de haber perdido algo. Estaba tan tranquilo ahora que ella había desaparecido de su vida como antes de que hubiese llegado a ella. Y era libre. Libre de recuperar su vida de antes, sus viejas costumbres. Aún era temprano. Se había ocupado de los preparativos previos a la partida y el tren no salía hasta la medianoche. Cenaría en el centro y visitaría a alguno de sus amigos, para recordar los viejos tiempos.

Libre. ¡Libre como el viento! La frase transmitía euforia. Se imponía entre sus ideas como un refrán agradable. Nunca había sentido simpatía hacia esa palabra, pensó mientras bajaba las escaleras, nunca había comprendido la fuerza que encerraba. ¿Y ella? Sin duda estaría encantada con la ruptura y sería capaz de analizar aquel incidente de manera cordial. Porque no era más que eso, un simple incidente. No tardaría en casarse y ser feliz para siempre.

Se preguntó cómo sería el marido e intentó escogerlo entre los que, en su opinión, podían reunir los requisitos. Pero no consiguió evocar ninguna unión armoniosa. O fallaban los gustos o los temperamentos. Quizás el afortunado aún no había aparecido. Sí, ¡el afortunado! No podía negar que la joven era un encanto, aunque la palabra «encanto» no transmitía por completo su calidad. No contaba ni la mitad. Desde luego, la lengua de la calle tenía mucho que mejorar.

Continuó desarrollando su fantasía de múltiples facetas mientras caminaba sin percatarse de adónde iba y, cuando se quiso dar cuenta, se encontraba frente a la entrada del Grotto. Sacó el reloj. Resultaba absurdo cenar a semejante hora, pero tenía hambre y entró. Empezó a planificar su nueva vida, pero el camarero, al tomar nota de su pedido, le recordó aquella vez que habían comido allí juntos, el día en que los voluntarios marcharon por todas las calles y la ciudad entera se volvió loca de patriotismo y entusiasmo. Se sobresaltó al comprender por dónde iban sus ideas. Tenía que dejarla a un lado. Aquello formaba parte del pasado. Había terminado. No era más que un incidente. Debía limitarse a pensar en los días futuros y en esos ella no tenía

cabida. Pero una risa femenina llegó hasta el desde el otro extremo y le recordó a la de ella. ¡Qué felices habían sido aquel día! No habían parado de hablar de tonterías con una seriedad paródica, ¡y cómo se habían reído de las cosas serias, de las austeridades de la vida! ¡Qué criatura tan sana y honesta, capaz de adaptarse al estado de ánimo ajeno de una forma que pocas mujeres dominaban!

Recordó mil y un incidentes sin importancia, cosas triviales que entonces habían sido insignificantes y ahora se convertían en acontecimientos agradables de rememorar, empezó a comprender que ella había ocupado mucho espacio en su vida. Hasta el momento había vivido sus días en los de ella, ¿y ahora? ¿Y mañana? El futuro se cernía sobre él como una pared en blanco y no deseaba contemplarla. Tenía a sus amigos, pero sus amigos no lo entenderían. Las cosas entre ellos nunca volverían a ser como antes. Se sentía mucho más abierto que todos ellos y con un criterio más sólido. Ella lo había guiado por caminos con los que sus amigos ni se atrevían a soñar y, a través de ella, la vida había alcanzado un significado que quizás ellos nunca conocerían. ¡El secreto de las mujeres! Lo había atisbado fugazmente y sabía que le quedaba mucho por aprender. Pero sus amigos… se encontraban en medio de las tinieblas más absolutas. ¿Podía volver con ellos y olvidarse de todo eso? ¿Qué iba a hacer mañana y pasado y al día siguiente? El vacío del futuro inmediato lo agobió. Tenía que remodelar su vida, mirar a su alrededor, encontrar nuevos intereses.

Al final no quiso cenar. Era demasiado temprano. Callejeó sin fijarse por dónde iba. Empezó a sentir aversión por sus amigos. No iría a verlos. Ojalá fuese ya la hora del tren para entregarse al embotamiento que la noche prometía. Se sintió terriblemente solo entre la gente que había salido de compras y volvía corriendo a casa. Cualquier otra tarde habría ido a verla. ¿Qué estaría haciendo? Vio con total claridad su mesita de té, y su dulce rostro, y el de su madre, y las rosas que colgaban, por encima de la cabeza de ella, frente al sitio que él solía ocupar. Recordaba hasta el más mínimo detalle. Incluso los servilleteros estaban grabados en su mente con tanta exactitud como si los hubiera diseñado él. ¡Y ya no habría más tardes como esa! Pero él era un hombre y le demostraría que podía soportarlo. Levantó la mirada hacia el reloj de la biblioteca. Si, era la hora del té. No, no era un sentimental. Dejó de pensar en esas tonterías y agradeció a sus dioses por haberse librado de semejante sensibilidad y exquisitez fingidas. Aquello le ocurría porque se marchaba y se dejó atraer por el ambiente familiar de los libros. Entró en la biblioteca. A aquella hora se encontraba desierta, excepto

por los ruidosos encargados y algunas criaturas extrañas que infestan lugares como ese. Pasó junto a las estanterías, cuyos ocupantes transitorios iban y venían sin cesar. Los de las galenas superiores pocas veces abandonaban su pacífica morada porque los consultaba muy e tarde en tarde algún anticuario rancio o coleccionista entusiasta y ansioso de datos sin valor. En aquellos rincones solían cultivarse los pálidos estudiantes y, debemos confesarlo, a veces también se dormían sobre el texto.

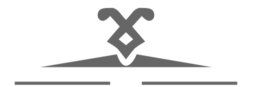
Ascendió con calma la escalera de caracol finamente estriada, de acero, como un sacacorchos gigantesco. Por fin llegó a su rincón común, al que ambos compartían, y acercó un taburete al extremo más alejado. Aún no habían encendido las luces y el día empezaba a oscurecer. Sí, ¡aquél era su rincón común! Recordó los días en los que la había instruido en el período isabelino, allí mismo, y el tiempo que habían perdido entre las sutilezas metafísicas de Alastor. Su rincón. Sí, los habituales de la biblioteca reconocían que les pertenecía a ellos dos. Sonrió al recordar al joven estudiante que un día encontraron allí, lo abochornado que se sintió, consciente de haberse colado donde no debía, y su forma de disculparse al escabullirse. También era su oficina de correos especial. ¡El lugar donde intercambiaban las cartas! Dirigió una mirada cómplice a un tomo pequeño y grueso que se encontraba encajado entre dos volúmenes pesados en uno de los estantes superiores. Pensándolo bien, la carta, la última carta, aún debía de estar allí. Él la había dejado allí la mañana previa a… a que todo ocurriese. Claro que ella ahora ya no iría a buscarla. ¿Debería cogerla él? Tenía sus propias ideas al respecto de esa clase de cosas, pero se trataba de una contingencia imprevista. ¿La carta era de él o de ella? ¿Debería permanecer ahí hasta que la resucitase algún ayudante, un día de limpieza, que quizás recordaría el romanticismo que se respiraba en aquel rincón cuando era de ellos? Debatió el asunto muy serio. No, no era un sentimental.

Alguien se detuvo en la galería —una mujer— y luego entró. Se sintió irritado por la intrusión. A duras penas se fijó en ella. Esperaba que se fuera pronto y lo dejara solo. La mujer alargó la mano vacilante hacia el tomo pequeño y grueso. Aquello era una profanación, pensó él, y ¿cómo era posible que otros conociesen el secreto de su rincón? Ella se dio la vuelta hacia él mientras besaba la carta que había cogido. A pesar de la falta de luz, vio sus ojos húmedos como nunca antes los había visto. Dijo su nombre en voz alta, con voz suave, y dio un salto hacia ella.

El encargado, cuyas pisadas no oyeron, olvidó encender la luz de su rincón. Más tarde, cuando un anciano de cabello largo le pidió El espejo de la

alquimia de Mechan, le dijo que estaba prestado. El espejo de la alquimia era el tomo pequeño y grueso.

[1899]



Cómo desenmascarar a un canalla

HAY CABALLEROS y caballeros y, además, hay caballeros. En algún punto de esta categoría tan incoherente, había encontrado su lugar Percy Hilborn. Como muchos otros, poseía cierta pátina de buenos modales y conducta convencional que pasaba por auténtica entre quienes mejor lo conocían. Pero quienes mejor lo conocían eran los que lo conocían menos, lo cual es una paradoja, sí, pero no por ello menos cierta. Esa pátina resultaba tan impenetrable como una armadura de veinte centímetros de espesor para tales amigos, a los que deseaba retener por su dinero o su posición. Pero ante quienes no lo conocían —ya fuese por capricho o firme convencimiento—, no le molestaba mostrar otra faceta de su personalidad que definiremos, para no excedernos, como su faceta poco caballerosa.

Esto se explica porque las características adquiridas no reciben el sello de la herencia en una sola generación. Su padre era un hombre hecho a sí mismo y había aprendido a ser cortés de una forma rígida, quizás debido a que su madre había impreso en su mente juvenil el código de la buena educación de manera tal que más parecía un deber desagradable, una máscara muy molesta que por fuerza debía enfundarse en determinadas condiciones. Sea como fuere, Percy Hilborn era un canalla, un sinvergüenza auténtico y total, pero nadie lo sabía.

Procedía de buena familia, tenía un aspecto estupendo y se le consideraba uno de los miembros más encantadores del círculo juvenil. Así mismo, estaba comprometido con una joven deliciosa, cuya urbanidad no era superficial. Maud Brammane resultaba dulcemente femenina y todo eso, pero en ella también había una actitud sana, una profunda normalidad que se añadía a los muchos encantos con los que la naturaleza la había investido. Por un lado había aprendido a no quejarse sin piedad de cualquier falta leve y, por el otro, a perdonar las graves. También sabía distinguir entre infracciones sin importancia y absolutas atrocidades. Además, se mantenía firme en sus ideales. En una ocasión le había dicho a él: «Un caballero se halla por encima del resto de los hombres y está hecho de tal manera que nunca, sin importar dónde se encuentre o lo que pueda surgir, olvida su hombría». Al oírlo, él

había enderezado la espalda y adelantado el torso de forma perfectible, porque se tenía a sí mismo por un destacado ejemplo de tan particular clase.

En otra ocasión ella le dijo: «No comprendo ni puedo apreciar a quien hiere intencionadamente la sensibilidad de aquél cuya única ofensa es resultar inofensivo». Él se hizo eco de su opinión de una forma tan noble que ella lo consideró un joven muy superior a los demás. Ella continuó conversando y le habló de su hermano, Hallam. Era un caballero de la vieja escuela, de los que tanto se habla pero tan pocos se ven. Recordó la visita que ella le había hecho el invierno anterior y la cortesía constante que él empleaba siempre, ya tratase con los miembros de su consejo de administración o con el más humilde de sus obreros. Sí, era un hermano del que sentirse orgullosa. Le dijo que tenía pensado viajar al norte para verlos y que estaba segura de que los dos se llevarían muy bien. ¡Eran tan parecidos y tenían tanto en común! Percy Hilborn se mostró adecuadamente interesado en su futuro cuñado y convino en que se llevarían de maravilla.

—En serio, Hay, a veces creo que es demasiado buena para mí le dijo a su mejor amigo una noche, al entrar en uno de los cafés de moda de la ciudad.

El último cóctel prestaba a su lengua la lucidez necesaria para que se impusiera su franqueza más básica y provocaba que los distintos aspectos contradictorios de su personalidad tuviesen ganas de defender su existencia.

Al tratarse de una de esas noches veraniegas y tentadoras en las que quedarse en casa es como experimentar un anticipo de la tumba, el café estaba abarrotado. Media ciudad había salido a la calle y, al parecer, el paseo les había abierto a todos el apetito. Los encargados, a pesar de su vista de lince, tenían problemas para encontrar huecos en los que acomodar a tanta gente, y eso que aún no habían salido los que estaban en los teatros.

—Sí —añadió Percy Hilborn, muy satisfecho—. Creo que soy un tipo con suerte. Además, no es de esas chicas corrientes, irreflexivamente buenas, sensatas y prácticas.

Hay le dedicó una sonrisa alegre y cínica. Bien podía burlarse, desde su libertad, del estado previo al matrimonio de su amigo.

—¡Vamos, hombre! —exclamó—. Todas acaban así. Unas frases dulces, un mechón de cabello, un par de ojitos, un montón de sombreros y se vuelven tontas. No lo comprendo. ¡Mírame a mí! Jamás me veré en esa situación. Dentro de un año vendrás a contarme que fuiste un idiota y lo mucho que me envidias. Quizás creas que no tengo ni idea, pero sé muy bien que se trata de una especie de fiebre primaveral.

Tras lo cual Percy Hilborn disertó con fluidez sobre la excelsa conveniencia de que un joven diese semejante paso, sobre la sensatez de su conducta y, por último pero no por ello menos importante, el acierto de su elección y las infinitas virtudes de Maud Brammane.

En medio de semejante disertación, uno de los encargados sentó a otro caballero y a una dama, desconocidos, a su mesa. Hay dejó escapar un suspiro de alivio por la interrupción. Pero Percy Hilborn dedicó una mirada enfurecida al molesto encargado. No se detuvo a pensar si estaba bien o mal. Sencillamente no le gustaba que su conversación se viese interrumpida de esa manera. No podía tolerar semejante intrusión. Como ya se ha dicho, habían aflorado su franqueza más básica y su auténtica personalidad, por lo que enseguida decidió librarse de aquellos que de forma tan inocente habían invadido su intimidad.

El encargado ya se había alejado, así que concentró su enfado en la pareja. Sin embargo, ellos no le prestaron atención porque se ocupaban de sus propios asuntos. En realidad podemos decir que ni siquiera se habían fijado en él, mucho menos en sus torvas miradas. Pero no iba a ser tan fácil conquistar su grosería. No podía pedirles que se fueran, aunque sí podía hablar y en su interior se ocultaba un demonio que haría las veces de apuntador.

Escogió un tema inaceptable y lo adornó con expresiones soeces y la jerga necesaria. ¡Oh, no! No blasfemó ni nada parecido. Se limitó a rebasar los límites del buen gusto. Pero elevó la voz a propósito, para pregonar sus intenciones, aunque evitó mirarlos.

Al principio sus víctimas no se dieron cuenta, sin embargo llegó un momento en que se vieron obligados a comprender. Él ya no tenía pelos en la lengua, ahora que su desvergüenza había aflorado. Aunque la dama se sentía muy inquieta, no dio muestras de ello y prefirió elevar un poco el tono de la conversación que mantenía con su acompañante. El caballero siguió su ejemplo porque no deseaba provocar una pelea en un lugar público. Ya les habían servido y se dieron prisa en acabar, porque para entonces empezaban a llegar los que salían del teatro y no podían cambiarse de mesa. Hablaban de prisa y pidieron la cuenta mucho antes de haber terminado.

Percy Hilborn miró exultante a Hay. Sus víctimas se preparaban para irse, aunque en apariencia sus modales no indicaban una premura inadecuada, ni en sus ojos había sorpresa o desagrado, ni rubor de indignación en sus mejillas. Sus rostros reflejaban una plácida satisfacción, como si su experiencia en aquella mesa hubiese sido de lo más agradable. Se limitaron a

ignorar la grosería del joven que los obligaba a marcharse. Salieron victoriosos a pesar de la derrota.

En ese momento, cuando se levantaban para irse y el triunfo se decantaba por el bando de Percy Hilborn, entró otro grupo de los que veían del teatro. La señorita Brammane, su hermana y su madre, además de varios amigos mutuos, componían el grupo que se acercaba a su mesa. Dieron comienzo los saludos. Percy Hilborn creyó marearse de repente. Hablaba la señorita Brammane. ¿Qué decía? ¡No! ¡Imposible!

Pero éstas fueron las palabras de la señorita Brammane:

—Hallam, éste es el señor Hilborn, ya sabes, Percy, y…

Con esto podría representarse un *tableau vivant* verdaderamente interesante.

[1899]



Valor y persistencia

Se dice que fue P. T. Barnum quien acuñó la expresión «perseverancia indomable» como sinónimo contundente de persistencia. Quien posee persistencia debe tener también valor, otro elemento importante para lograr el éxito. El hombre que carezca de él no puede ser persistente porque su determinación se diluye al enfrentarse a obstáculos cuya superación exija valor.

Este relato de férrea resolución, a pesar de los peligros y las durísimas condiciones en las que se desarrolló, es verdadero, porque algunos de los hechos presentados los presencié yo mismo. Sin embargo, otros me los contó un cirujano que viajó al interior de la región del Yukón con un destacamento de la Policía Montada del Territorio Noroeste, además de los que me relató el hombre blanco a cargo de la factoría de Sixty Mile. Se trata de la historia de un hombre que prácticamente logró lo imposible en su peligroso viaje sobre el hielo, en lo peor del invierno ártico. Por suerte, coronó su esfuerzo con éxito.

En otoño de 1897, la famélica ciudad de Dawson se rindió a la hambruna. Los apocados mineros dieron la espalda a la fiebre del oro. Los compañeros que solo tenían comida para uno se jugaron a suertes quién se quedaba y quién se iba. Los ciudadanos canadienses y los extranjeros norteamericanos solicitaron la ayuda de sus respectivos gobiernos.

En octubre, con las últimas aguas a punto ya de convertirse en hielo, un éxodo hambriento se lanzó río abajo hacia Fort Yukón. Entonces el precio de los perros alcanzó trescientos dólares y el kilo de comida para ellos, dos. No se obtenía harina por menos de ciento cincuenta dólares el quintal. En noviembre, con los primeros hielos, otra multitud salió en estampida, río arriba, en dirección a la civilización y la seguridad.

Esa alarma, que redujo enormemente el número de bocas vacías, fue lo que salvó a Dawson de un invierno muy duro. Gracias a ello, los buscadores de oro consiguieron apañárselas, pero los que salieron huyendo debido al pánico contaron una historia terrible al llegar a la costa. Después, el invierno se adueñó de la región y cesaron las comunicaciones.

Por los muchos rostros que miraban hacia el sur durante los ochocientos kilómetros de camino deprimente, uno se dirigía indefectiblemente al norte. Pertenecía a un alemán que sabía poco inglés y que hablaba incluso menos. Su equipo era más exiguo que los de aquellos con los que se cruzaba, a pesar de que él se dirigía al centro de la hambruna y los otros se alejaban. A duras penas tenía alimentos suficientes para llegar con su perro a Dawson. Tenía un solo perro, un bulldog, cuyo pelaje corto lo convertía en la peor elección para tirar de un trineo en aquella región helada.

Los refugiados miraban su equipo y se reían. Por medio de unas señas muy elocuentes —porque la miseria habla un idioma común— le explicaron que le faltaban provisiones. Al ver que eso no lo asustaba, le describieron un cuadro de hambruna y muerte. Pero él permaneció imperturbable, hasta que los otros dejaron a un lado las sonrisas y le rogaron y suplicaron que se diese la vuelta. Continuó adelante.

¿Por qué no? Se había puesto en marcha para ir al Klondike y allí pensaba llegar. Cierto era que ya lo había intentado por la ruta del Stikine, en cuyas aguas traicioneras había perdido su equipo y tres compañeros; cierto era que luego había ido a St. Michael y que llegó cuando el Yukón ya se había congelado y pudo escapar en el último navío antes de que el mar de Bering quedase cerrado a la navegación; cierto era que se había quedado sin dinero y solo tenía comida para unas pocas semanas más. Sí, todo eso era cierto, pero también que había dejado mujer e hijos en Estados Unidos y que debía enviarles polvo amarillo del norte antes de que transcurriese un año.

Además —y eso era lo que de verdad lo definía—, se había puesto en marcha para ir al Klondike y allí pensaba ir. Era la tercera vez que lo intentaba, en esta ocasión a través del temible paso Chilkoot en pleno invierno.

Después de sufrir las peores penalidades llegó al río Big Salmón, a cuatrocientos kilómetros del Chilkoot y a la misma distancia de Dawson. En ese lugar se encontró con una brigada de la Policía Montada del Territorio Noroeste. Tenían órdenes estrictas de no permitir el paso a quien no llevase quinientos kilos de provisiones. Como él no llevaba ni veinticinco, tuvo que dar la vuelta. Uno de los policías, que hablaba su idioma, le explicó lo mal que estaban las cosas.

Todos a los que habían ordenado volver sobre sus pasos habían obedecido encantados. Pero el temple de este" hombre era distinto. En dos ocasiones la naturaleza había conspirado para frustrar sus intentos y ahora, cuando ya casi estaba a mitad de camino, era el hombre quien se lo impedía. Sin embargo,

obedeció y se dio la vuelta. Pero aquella noche se abrió camino entre la nieve sin apisonar, cruzó el río y salió al camino general, dejando atrás el campamento de la Policía.

Se volvió a saber de él en el río Little Salmón, donde otra brigada de la Policía divisó a un hombre agotado y un bulldog que cojeaba, avanzando a duras penas río abajo. Pensaron que los del otro campamento lo habían dejado pasar y, sin sospechar, lo invitaron amablemente a compartir su hoguera para que descansara y entrase en calor, pero él tuvo miedo y continuó adelante.

El termómetro había bajado y se mantenía entre 45 y 50 °C bajo cero. El alemán tenía un pie congelado, pero siguió avanzando. Se cruzó con muchos hombres que huían, hombres jóvenes con extremidades congeladas o la carne putrefacta por el escorbuto, verdaderos despojos de aquella región; pero día tras día, con una resolución férrea, continuó cojeando hacia el norte.

En Fort Selkirk se vio obligado a detenerse porque tenía el pie congelado tan mal que no le permitía seguir viaje. Solo llevaba allí dos días cuando llegó el cirujano desde el río Big Salmón. Había recorrido ciento sesenta kilómetros en trineo, río abajo, con una traílla de perros del Gobierno, para amputar los miembros congelados de un pobre joven que intentaba huir de la región. Después el cirujano continuó hasta Fort Selkirk, donde pensaba esperar hasta que la Policía fuese a recogerlo.

Reconoció al alemán y le vendó el pie, cuya carne había empezado a caerse, dejando un agujero infectado en la planta, casi del tamaño de un puño. Por casualidad, y por señas, le contó que esperaba la llegada de la Policía.

Al enfermo le bastó con eso. Llegaría la Policía y lo obligaría a regresar. Cortó en pedazos una manta y se hizo un mocasín gigantesco, doblando capa tras capa hasta que alcanzó el tamaño de un cubo de agua. Esa noche, su bulldog y él se marcharon río abajo en dirección a Dawson, que quedaba a doscientos ochenta kilómetros de distancia.

Solo podemos imaginar el terrible dolor que debió soportar aquel hombre, por el frío, el esfuerzo, la falta de alimentos y el pie herido. Además, no tenía compañeros y sufría en soledad, corriendo los peligros de viajar por el hielo sin esperanza de ayuda en caso de accidente.

En el lío Stuart estuvo a punto de morir, pero su persistencia y su negativa a rendirse parecían no tener límite. El miedo a que la Policía lo capturase y obligase a retroceder lo impulsaba a continuar. Era de esos hombres que no conocen el significado de la palabra «fracaso». De hecho, la Policía, bien equipada con trineos y perros, nunca consiguió darle alcance.

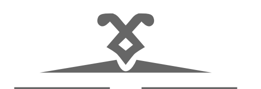
En Sixty Mile pareció que al fin había llegado su hora, porque el perro estaba completamente agotado, al igual que sus provisiones. Pero el factor le compró el perro por doscientos dólares y comida suficiente para llegar a Dawson, que ya solo quedaba a ochenta kilómetros.

Al poco de llegar a su meta ya estaba serrando madera por quince dólares al día, mientras dejaba que el pie se fuese curando despacio, hasta que le permitiera salir en busca de oro. No resulta sencillo trabajar todo el día al aire libre en un clima tan frío como aquel. Pero él lo hizo durante todo el invierno, mientras otros holgazaneaban en sus cabañas y maldecían su mala suerte y a la región en general. No solo logró ganarse el sustento, sino que reunió un equipo de minero y envió una parte de sus ganancias a la mujer y los hijos que lo aguardaban en Estados Unidos.

En primavera, mientras la mayoría de los buscadores de oro se preparaban para empezar a trabajar, él formó parte de la estampida hacia los aluviones del monte French. Poco después, quienes pasaron junto a su concesión debieron ver a un hombre satisfecho y ocupado en lavar una buena cantidad de oro al día.

No hay mejor forma de terminar este relato de férrea y pertinaz resolución que contando que una de las primeras cosas que hizo fue buscar al factor de Sixty Mile y comprarle otra vez el bulldog que había sido su compañero de penalidades y sufrimientos.

[1899]



El rejuvenecimiento del comandante Rathbone

La alquimia fue un sueño magnífico, fascinante, imposible; pero antes de que se desvaneciera de sus entrañas salió un hijo aún más maravilloso, que no es otro que la química. Y digo que es más maravilloso porque sustituyó la fantasía por el hecho y amplió enormemente la capacidad de éxito del hombre. Ha convertido la probabilidad en posibilidad y de lo ideal ha dado forma a lo real. ¿Me sigues?

Dover buscó una cerilla, distraído, mientras me observaba con una seriedad que al instante me recordó al anciano Doc Frawley, que había sido nuestro profesor en la Universidad vanos años antes. Asentí y él, tras envolverse en una nube de humo, continuó disertando.

—La alquimia nos ha enseñado muchas cosas y en los últimos tiempos hemos hecho realidad algunas de sus visiones. El elixir de la vida era algo absurdo, la juventud perpetua no es más que la negación total del principio básico de la vida. Pero…Dover se detuvo con una solemnidad exasperante.

—Pero la prolongación de la vida ya es un incidente tan común que nadie la cuestiona. No hace mucho, una generación representaba treinta y tres años, la duración media de la existencia humana. Hoy, debido al veloz avance de la medicina, la salubridad, la distribución, etcétera, una generación supone treinta y cuatro años. Es posible que en la época de nuestros bisnietos alcance los cuarenta años. *¿Quién sabe?*[22] Porque incluso nosotros podríamos llegar a ver cómo se dobla esa cifra. ¡Ah! —exclamó al ver que me sobresaltaba—. ¿Comprendes a dónde quiero llegar?

—Sí —respondí—, pero…

—Déjate de peros —interrumpió despóticamente—. Los conservadores anquilosados siempre habéis querido impedir el avance de la ciencia…

—Evitando que se rompiera el cuello por correr demasiado —contraataqué.

— Para el carro y déjame continuar. ¿Qué es la vida? Schopenhauer la ha definido como la afirmación de la voluntad de vivir, lo que por cierto

constituye un absurdo filosófico, pero que no nos incumbe. ¿Y qué es la muerte? Sencillamente, el desgaste, el agotamiento, la descomposición de las células, tejidos, nervios, huesos y músculos del organismo humano. A los médicos les cuesta mucho soldar los huesos de los ancianos. ¿Por qué? Porque el hueso debilitado, próximo a la etapa de disolución, ya no es capaz de librarse de los depósitos minerales que le imponen las funciones naturales del cuerpo. ¡Y con qué facilidad se rompe un hueso así! Sin embargo, si fuese posible retirar los grandes depósitos de fosfato, carbonato de sodio, etcétera, el hueso recuperaría la elasticidad y flexibilidad que poseía en la juventud.

»Basta con aplicar este proceso, en distintas medidas, al resto de la anatomía y ¿qué tenemos? El retraso de la desintegración del sistema, la evasión de la vejez, el destierro de la senilidad y la recuperación del frenesí juvenil. Si la ciencia ha prolongado en un año la vida de la generación, ¿no resulta también posible que prolongue muchos más la del individuo?

Atrasar el reloj de la vida, invertir la ampolleta del tiempo y lograr que su arena dorada corriese otra vez… Me fascinaba la audacia de aquella idea. ¿Qué lo impedía? Si se podía retrasar un año, ¿por qué no veinte? ¿O cuarenta?

¡Pamplinas! Empezaba a sonreír ante mi credulidad cuando Dover abrió el cajón de su lado y sacó un vial con la tapa metalizada. Confieso que me sentí decepcionado al ver el líquido normal y corriente que contenía, un fluido denso y casi incoloro, sin la brillante iridiscencia que parecería lógica en un compuesto tan mágico. Lo agitó con cuidado, casi con mimo, pero sus propiedades ocultas no se manifestaron de forma alguna. Luego abrió un estuche de cuero negro y señaló la jeringa hipodérmica que descansaba entre el terciopelo rojo del interior. Recordé el elixir de Brown-Séquard y los experimentos de Koch. Le dediqué una sonrisa indecisa, pero él adivinó mis pensamientos y se apresuró a decir:

—No. Ellos iban por buen camino, aunque se desviaron. —Luego abrió una de las puertas del laboratorio y llamó—: ¡Hector! ¡Ven aquí, anda!

Hector era un terranova muy viejo que desde hacía años solo servía para tumbarse y entorpecer el paso de la gente. En eso era un experto. Imaginen mi asombro cuando vi aparecer un animal pesado y corpulento que se movía a la velocidad de un torbellino y lo revolvió todo hasta que su amo consiguió calmarlo. Dover me miró de manera elocuente, sin hablar.

—¡Pero ese… ése no es Hector! —exclamé sin poder creérmelo.

Levantó una de las orejas del animal y vi dos cortes cicatrizados, reminiscencia de sus días de peleas juveniles, cuando su dueño y yo también

éramos unos críos. Recordaba a la perfección aquellas heridas.

—Tiene dieciséis años y es tan juguetón como un cachorro. —Dover sonreía con orgullo—. Llevo dos meses experimentando con él. Aún no lo sabe nadie, pero ¡imagina cómo abrirán los ojos cuando Hector vuelva a correr por ahí! El hecho es que le he insuflado una nueva vida con la inyección linfática, la misma linfa que utilizaron otros investigadores antes que yo, pero ellos fracasaron al clarificar sus compuestos y yo lo he conseguido. ¿Qué es? Un derivado animal que suspende y elimina los efectos de la senectud, actuando sobre las células estancadas de cualquier organismo animal. Analicemos los cambios anatómicos de Hector, producidos por la infusión del compuesto linfático: en general se caracterizan por la expulsión de los depósitos minerales presentes en los huesos y la infiltración de los tejidos musculares. Por supuesto que hay otros factores menores, pero también los he superado, aunque no sin el triste fallecimiento de varios animales con los que experimenté al principio. No fui capaz de utilizar a Hector hasta que logré despejar el fracaso de la ecuación. Y ahora… —Se puso de pie y empezó a caminar de un lado a otro con pasos nerviosos, por lo que tardó un rato en completar la frase—: Y ahora estoy preparado para administrar el rejuvenecedor a los humanos. Tengo la intención de trabajar primero con alguien que me resulta muy querido…

—¿No… no con…? —tartamudeé.

—Sí, con el tío Max. Por eso necesito tu ayuda. He ido realizando un descubrimiento tías otro, hasta que ahora el proceso de rejuvenecimiento se ha acelerado de tal forma que me temo a mí mismo. Y el tío Max es tan viejo que necesitamos manejarlo con la mayor de las discreciones. Las cruciales transformaciones en todo el organismo de un cuerpo tan avejentado solo podrán producirse utilizando los métodos más drásticos y debemos ser muy cuidadosos. Como ya he dicho, me temo a mí mismo y necesito que alguien me ponga freno y me controle. ¿Comprendes? ¿Me ayudarás?

☘

HE INCLUIDO ESTA CONVERSACIÓN mantenida con mi amigo, Dover Wallingford, para mostrar cómo me involucré en uno de los experimentos científicos más extraños de mi vida. Nuestra villa aún no ha dejado de hablar con asombro de los insólitos acontecimientos que tuvieron lugar después. Y

como sus habitantes no conocen los hechos reales del caso, lo sucedido los ha conmovido hasta lo más profundo de su ser. El revuelo provocado fue tremendo; se organizaron tres campamentos espirituales al mismo tiempo y todos tuvieron éxito; se ha hablado mucho de señales y portentos, y no pocos de los miembros considerados normales de la comunidad han proclamado el advenimiento de tos milagros modernos, aunque siguen pendientes de oír las trompetas del Juicio Final y elevan los ojos para ver plegarse los cielos como un pergamino. En cuanto al comandante Rathbone —el tío Max de Dover—, cierta parte de la villa lo considera un segundo Lázaro, resucitado de entre los muertos, alguien que casi ha visto a Dios, mientras que la otra parte está convencida de que se ha compinchado con Lucifer y un día desaparecerá en medio de un remolino de azufre y fuego del infierno.

Pero en cualquier caso, yo expondré los hechos tal y como son, aunque no pretendo explicar los detalles del caso, excepto en lo relativo a los resultados que conciernen al comandante Rathbone. Han surgido varias contingencias que debemos solucionar antes de entusiasmar al viejo mundo con la fórmula exacta de nuestro maravilloso descubrimiento.

Entonces convocaremos un sínodo de naciones y el rejuvenecimiento de la humanidad pasará a manos de comisiones de expertos competentes nombradas por los distintos gobiernos. Y desde ahora mismo prometemos que será tan gratis como el aire que respiramos o el agua que bebemos. Además, en vista de nuestros motivos puramente altruistas, solicitamos que nuestra confidencialidad actual sea respetada y no se convierta en objeto de reflexiones envidiosas por parte del mundo al que tenemos intención de beneficiar.

Y ahora, al grano. De inmediato ordené que me trajeran mis cosas y me establecí en una de las suites que lindaban con el laboratorio de Dover. El comandante Rathbone, deslumbrado por la rutilante promesa de la juventud, se prestó encantado a nuestros requerimientos: Para el resto del mundo yacía enfermo, a punto de morir, pero en realidad cada día que empleábamos en él le reportaba salud y fuerzas renovadas. Durante ti es meses nos dedicamos por entero a la tarea, una tarea plagada de peligros pero tan absorbente que no éramos conscientes del paso del tiempo. La pálida piel del comandante recuperó el color, los músculos se llenaron y una parte de las arrugas desapareció. En su juventud había sido muy deportista y, al no tener defectos orgánicos, recuperó fuerzas de una manera casi milagrosa. El brío y la energía que mostraba resultaban sorprendentes y, hacia el final, el vigor de la juventud dominaba su sangre de tal forma que nos costaba contenerlo.

Habíamos empezado esforzándonos por resucitar a un anciano débil y ahora nos las veíamos con un gigante joven e impetuoso. Lo más sorprendente era que conservaba el cabello y la barba tan blancos como al principio. Por más que lo intentamos, se resistieron a todos nuestros esfuerzos. Tampoco desapareció la irascibilidad que había ido dominándolo con el paso de los años. Eso, junto con la testarudez y la agresividad propias de su carácter, se convirtió en una carga muy pesada para nosotros.

A principios de abril tanto Dover como yo nos vimos obligados a ausentarnos debido a un problema burocrático en relación con un cargamento de productos químicos. Habíamos dado a Michael, el hombre de confianza de Dover, las instrucciones necesarias y no esperábamos que surgieran problemas. Pero cuando regresamos, nos recibió avergonzado en la entrada de la propiedad.

—¡Se ha ido! —exclamó—. ¡Se ha ido! —repetía una y otra vez, muy preocupado. U brazo derecho le colgaba sin fuerza y nos hizo falta una buena dosis de paciencia para entender lo que había ocurrido—. Le dije que tenía órdenes de que no saliera. Pero se puso como un toro de lidia y quiso saber quién había dado las órdenes. Cuando se lo dije me contestó que ya iba siendo hora de que supiera que él no aceptaba órdenes de nadie. Quise impedirle el paso, me agarró del brazo y me lo retorció con fuerza. Me temo que está roto, señor. Luego llamó a Hector y se fueron campo a través en dirección a la villa.

—Por suerte el brazo no está roto —le dijo Dover tras examinarlo—. El bíceps está un tanto afectado y no podrá moverlo demasiado durante un par de días. Le dolerá, pero nada más. —Luego se dirigió a mí—: Vamos, tenemos que encontrarlo.

Según lo hasta la villa no resultó complicado. Al llegar a la calle principal, llamó nuestra atención un grupo de gente que se agolpaba frente a la oficina de Correos y, aunque llegamos en el momento culminante, no nos costó adivinar lo que había ocurrido antes. Un bulldog que pertenecía a tres obreros se había peleado con Hector y, como había sido imposible equilibrar la segunda juventud de Hector con una dentadura nueva, el pobre perro se encontró en franca desventaja. Quedaba claro que el comandante Rathbone había intervenido en un esfuerzo por separar a los animales y que a los otros tres nos les había hecho gracia. Además, parecía un anciano tan inofensivo, con su cabello y su barba blancos y su aspecto de patriarca, que debieron imaginar que iban a poder divertirse un rato con él.

—¡Vamos, largo! —oímos decir a uno de los matones, al tiempo que empujaba al comandante como si fuese un niño pequeño.

Él protestó con educación diciendo que el perro era suyo, pero ellos se lo tomaron a broma y se negaron a hacerle caso. El grupo estaba compuesto por hombres de baja estofa y se apretujaban de tal forma para ver el espectáculo que nos costó abrirnos camino.

—Oye, señorito —intervino el obrero que había empujado al comandante Rathbone—, ¿no crees que deberías volver a casa con tu mamá? Éste no es lugar para los niños como tú.

No hacía falta mucho para que el comandante se lanzase a pelear. No se lo pensó. Y antes de que nos diésemos cuenta, la pelea había terminado. Un golpe bajo la oreja del primer rufián, un buen puñetazo en la barbilla del segundo y un rápido gancho a la yugular del tercero hicieron morder el polvo de la calle a los tres brutos. La gente retrocedió asombrada ante aquel prodigio y más de uno juró no creer lo que habían visto sus ojos.

Tras separar a los perros, el comandante Rathbone se incorporó y en su mirada había un brillo alegre que nos dejó preocupados. Nos habíamos acercado a él con la actitud de dos cuidadores que van a rescatar a su paciente, pero su sensatez y perfecta compostura nos dejaron de piedra.

—Oíd —nos dijo en tono jovial—, a la vuelta de la esquina hay un sitio donde sirven el mejor whisky de centeno.

Nos guiñó el ojo al cogernos del brazo como camaradas. Así pasamos entre los demás, que aún no habían reaccionado.

Desde ese momento ya no pudimos controlarlo. Siempre había sido un hombre imponente y entonces decidió demostrarnos que era capaz de cuidarse solo. Su misterioso rejuvenecimiento se convirtió en un prodigio que nunca dejó de serlo, porque iba aumentando de día en día. Todas las mañanas se le veía volver a casa para desayunar, con un morral bien lleno y la escopeta de Dover. De joven había sido buen jinete y una tarde, al volver de un viaje a la ciudad, nos encontramos media villa colgada de la valla del potrero. Nos paramos a mirar y descubrimos al comandante Rathbone domando uno de los potros que hasta ese momento había desafiado a los mozos de cuadra. Era un espectáculo edificante el que componían aquel cabello canoso y la barba venerable agitados por el viento mientras él pasaba de un lado a otro como una flecha, sobre el lomo del animal. Pero consiguió domarlo. Al final uno de los mozos de cuadra se lo llevó tembloroso y sumiso como un gatito. En otra ocasión, mientras daba su paseo a caballo de primera hora de la tarde, que ya se había convertido en costumbre, su espíritu indómito se vio avivado por un

grupo de jóvenes con buenas monturas, se lanzó al galope con su enorme semental y los dejó atrás durante todo el camino hasta la calle principal de la villa amodorrada.

Resumiendo, que volvió a tomar las riendas de su vida donde las había dejado muchos años antes. En política era un conservador convencido y el estado de cosas peculiarmente deplorable que entonces prevalecía lo animó a salir de nuevo al ruedo. Se presentía una crisis entre los dueños de las fábricas y los obreros, por lo que entre nosotros había surgido una turbulenta clase de agitadores. El comandante no solo se oponía a ellos abiertamente, sino que vapuleó a varios de sus cabecillas más ofensivos, acabó con la huelga casi antes de que empezara y, tras una campaña de lo más emocionante, se hizo con la alcaldía. Lo ajustado del recuento resalta lo encarnizada que había sido la lucha. Al mismo tiempo presidía mítines en los que se mostraba indignado y consiguió que toda la comunidad gritase «¡Cuba libre!» y se mostrase casi dispuesta a marchar para liberarla.

Lo cierto es que se movía por toda la región como un Nemrod joven y administraba los asuntos de la villa con la sabiduría de un Solón. Ante la oposición resoplaba como un viejo caballo de guerra y ¡pobre de quien osase contradecirlo! El éxito lo estimulaba a llevar una actividad mayor pero, si bien esa actividad resultaría recomendable en un joven, en alguien de su edad parecía tan incongruente e inapropiada que sus amigos y parientes se mostraban terriblemente sorprendidos. Dover y yo no podíamos más que cruzar los dedos y observar las excentricidades de nuestra maravilla con canas.

Su fama o, como nosotros preferíamos llamarla, su notoriedad se extendió hasta que en la región se empezó a hablar de presentarlo al Congreso en las siguientes elecciones. La prensa sensacionalista llenó las columnas de sus ediciones dominicales con el relato tergiversado de sus hazañas y su tremenda vitalidad. Esos entrevistadores de la prensa amarilla nos habrían sacado de quicio con sus insistentes demandas si el propio comandante no se hubiese ocupado del asunto. Se acostumbró a echar al menos a uno de ellos de la casa antes de desayunar y siempre, al volver por la tarde, atendía de la misma manera a tres o cuatro más. Una plaga de curiosos y eruditos cayó sobre nuestra tranquila vecindad. Caballeros con gafas, generalmente calvos y siempre muy bien educados, llegaban solos, en parejas, en comités y delegaciones para tomar nota de los hechos y prodigios de aquel asombroso caso. Entusiastas de lo místico, de pelo largo y ojos alocados, y los devotos de innumerables sistemas ocultos se cernían sobre nuestras puertas principal y

trasera, pisoteando las flores hasta el punto de que nuestro jardinero, desesperado, amenazó con abandonar su puesto. Estoy convencido de que podríamos haber ahorrado un diez por ciento en la factura del carbón solo con quemar la correspondencia no solicitada.

Y para colmo, cuando los Estados Unidos declararon la guerra a España, el comandante Rathbone dimitió de la alcaldía y solicitó un nombramiento en el Ministerio de Defensa. En vista de su historial en la Guerra de Secesión y su magnífica salud, parecía muy probable que su petición fuese escuchada.

—Creo que antes de que podamos endosarle este rejuvenecedor al mundo, vamos a tener que encontrar un antídoto, una especie de debilitador que reduzca la vivacidad que conlleva la vuelta a la juventud.

Nos habíamos sentado, abatidos y desesperados, para discutir el problema y buscar una solución.

—Verás —continuó Dover—, tras revivificar a una persona anciana, esa persona se escapa a nuestro control. No podemos frenarla ni moderar cualquier exceso de espontaneidad juvenil que le hayamos provocado. Ahora comprendo que debemos administrar nuestra linfa con el mayor de los cuidados si queremos evitar que la conducta del paciente se vuelva disparatada. Aunque ahora no se trata de eso. ¿Qué hacemos con el tío Max? Confieso que no se me ocurre nada más que intentar retrasar la respuesta del Ministerio.

Vi a Dover tan perdido que me sentí eufórico al desvelarle el plan que llevaba tiempo madurando.

—Has hablado de un antídoto —empecé a decir con precaución—. Como sabemos, hay antídotos de muchos tipos que sirven para remediar un mal u otro. Si un niño pequeño se bebiera medio litro de queroseno, ¿qué antídoto sugerirías? —Dover negó con la cabeza—. Y ya que no existe antídoto alguno para semejante caso, ¿debemos dejar que el niño se muera? Por supuesto que no. Le administramos un emético. Claro que en el caso que nos ocupa el emético no sirve de nada. Pero, a quien sufre de un excesivo sometimiento a su esposa, o a un hipocondríaco, ¿qué remedio debemos aplicarle? Desde luego que ninguno de los dos que ya he mencionado. ¿Qué le prescribirías a un deprimido?

—Un cambio respondió al instante—. Algo que lo aparte de sí mismo y de sus pensamientos enfermizos, algo que le dé un nuevo interés en la vida, que le aporte un motivo para existir.

—Muy bien —continué encantado—. Convendrás conmigo en que le has administrado un antídoto, cierto, pero que en lugar de ser algo físico o

medicinal es intangible y abstracto. ¿Podrías darme un remedio similar para el exceso de ánimo o de fuerzas?

Dover me miró perplejo y esperó a que siguiese hablando.

—¿Recuerdas a un hombre muy fuerte que se llamaba Sansón? ¿Y a Dalila, la hermosa filistea? ¿Te has parado a pensar en el significado de La bella y la bestia? ¿Sabes que hasta el más fuerte ha flaqueado, se han creado o derribado dinastías e incontables naciones han sido dominadas o rescatadas de conflictos civiles y todo por el amor de alguna mujer? Pues ahí tienes tu antídoto —añadí con modestia, como si se me hubiese ocurrido en ese momento.

—¡Sí! —Se le iluminó la mirada un instante, aunque enseguida negó con la cabeza, triste y consternado, y dijo—: Pero ¿y las candidatas? No hay ninguna.

—¿Recuerdas una novia que tuvo el comandante cuando era joven, antes de la guerra?

—¿Te refieres a la señorita Deborah Furbush, tu tía Debby?

—Sí, mi tía Debby. Ya sabes que se pelearon y nunca hicieron las paces.

—Ni se han vuelto a hablar.

—Sí que se hablan. Desde su rejuvenecimiento, él la visita con regularidad para interesarse por su salud. Alardea ante ella. La tía Debby lleva un año postrada en la cama. No sube ni baja sola las escaleras. Y lo único que tiene es un exceso de años.

—Si es lo bastante fuerte… —aventuró Dover.

—¡Pues claro que sí! —exclamé—. Te aseguro que lo suyo es pura senilidad. No hay nada que pueda preocuparnos, excepto una leve, muy leve, insuficiencia cardiaca. ¿Qué me dices? Podemos retrasar un par de meses el nombramiento del Ministerio y empezar de inmediato a tratar a la tía Debby. ¿Qué me dices, amigo? ¡Dime algo!

Estaba emocionado con la solución a nuestro problema y conseguí emocionarlo a él también. Conscientes de que debíamos darnos prisa, fuimos al laboratorio, reunimos todo cuanto necesitábamos y nos establecimos en mi casa, que quedaba frente a la de la tía Debby.

Para entonces manejábamos con soltura todo el procedimiento, así que empezamos a trabajar sin desviarnos de nuestro fin. Lo hacíamos a hurtadillas y el comandante Rathbone no se enteró de a qué nos dedicábamos. Una semana después, el hogar de los Furbush se asombró al ver que la tía Debby abandonaba sola el lecho para estrechar la mano del comandante cuando fue a visitarla. A los quince días, desde una esquina de la casa que nos permitía ver

sin ser vistos, los observamos pasear por el jardín y percibimos cierta galantería en el comportamiento del comandante. La rapidez con la que la tía Debby arrostraba los cambios resultaba vertiginosa. Visiblemente rejuvenecida, sus mejillas recuperaron el color y su tez se iluminó.

Unos diez días más tarde, el comandante fue a buscarla en un automóvil, que él mismo conducía, y se la llevó de excursión. ¡Cómo hablaron en la villa! Aunque fue mucho más lo que dijeron cuando, un mes después, el interés del comandante por la guerra remitió hasta el punto de rechazar el nombramiento. Pero cuando los ancianos recorrieron el camino hasta el altar y luego se fueron de luna de miel, las lenguas se desataron de tal forma que parecía imposible hacerlas callar.

Ya he dicho que esta linfa es un descubrimiento maravilloso.

[1899]



La esposa de un rey

I

EN OTRO TIEMPO, cuando la región septentrional era muy joven, las virtudes sociales y cívicas sorprendían tanto por su escasez como por su simplicidad. Cuando la carga de las tareas domésticas se tornaba demasiado pesada y el estado de ánimo junto al fuego se convertía en una protesta constante por su deprimente soledad, los aventureros llegados del Sur, a falta de algo mejor, pagaban los precios estipulados y se hacían con una esposa india. Para la mujer era un anticipo del Paraíso, porque hemos de confesar que los viajeros blancos las cuidaban más y trataban mejor que sus compañeros indios. Tales tratos satisfacían a los hombres blancos tanto como a los indios. Tras vender a sus hijas y hermanas por mantas de algodón y rifles obsoletos, y cambiar sus cálidas pieles por percales ligeros y whisky del malo, los hijos de la tierra no tardaban en sucumbir, encantados, a la tisis y otras enfermedades relacionadas con las bondades de una civilización superior.

En esos tiempos de sencillez arcádica, Cal Galbraith viajaba por la región y cayó enfermo en el cauce bajo del río. Supuso una aparición reconfortante en las vidas de las bondadosas hermanas de la Santa Cruz, que le dieron cobijo y medicinas, aunque poco imaginaban el cálido elixir que el roce de sus manos suaves y sus amables atenciones hizo correr por las venas del joven. Cal Galbraith empezó a tener pensamientos extraños que lo volvían loco hasta que lograba ver a Madeline, una de las jóvenes de la misión. Sin embargo, no dio muestras de ello y esperó con paciencia el momento adecuado. Mejoró con la llegada de la primavera y, cuando el círculo dorado del sol ascendió a los cielos y la vida palpitaba alegre en toda la tierra, obligó a su cuerpo aún débil a ponerse en marcha y partió.

Madeline, la joven de la misión, era huérfana. Un día, su padre blanco se había tropezado con un *grizzly* osado, no le cedió el paso y murió enseguida. Su madre india, sin un hombre que llenase su despensa para el invierno,

intentó el peligroso experimento de aguardar la subida del salmón con poco más de veinte kilos de harina y la mitad de beicon. Después de eso, el bebé, Chook-ra, se fue a vivir con las bondadosas hermanas y desde entonces recibió otro nombre.

Pero Madeline aún tenía familia y el pariente más cercano era un tío disoluto que ultrajaba su cuerpo con cantidades desmesuradas del whisky del hombre blanco. Todos los días se esforzaba por caminar con los dioses y de paso acortaba el camino hacia la tumba. Cuando estaba sobrio sufría una intensa tortura. No tenía conciencia. Ante ese anciano vagabundo se presentó Cal Galbraith, como corresponde, y en la conversación que mantuvieron intercambiaron muchas palabras y gran cantidad de tabaco. Se hicieron promesas y al final el viejo pagano cogió unos pocos kilos de salmón desecado y su canoa de corteza de abedul, y se fue remando hasta la misión de la Santa Cruz.

No podemos saber qué promesas hizo o qué mentiras contó —las hermanas nunca cotillean—, pero cuando regresó llevaba en el pecho moreno un crucifijo de latón y en la canoa a su sobrina Madeline. Esa noche se celebró una gran boda y un *potlatch*, y durante dos días nadie salió a pescar en la aldea. Pero a la mañana siguiente, Madeline se sacudió de los mocasines el polvo del cauce bajo del río, se subió a una barca con su esposo y se fue a vivir al cauce alto, a una zona conocida como regiones bajas. Durante los años siguientes fue una buena esposa, compartió penalidades con su marido y le hizo la comida. Además, lo mantuvo en el buen camino hasta que él aprendió a ahorrar el polvo de oro y a trabajar sin descanso. Al final se hizo rico y construyó una cabaña en Circle City. era tan feliz que quienes iban a visitarlo a su hogar se sentían inquietos al verlo y lo envidiaban.

Pero la región septentrional empezó a madurar y llegaron las complicaciones sociales. Hasta entonces, el Sur había enviado a sus hijos; sin embargo ahora escupía un nuevo éxodo, esta vez compuesto por sus hijas. No eran ni hermanas m esposas, aunque ' consiguieron meter nuevas ideas en las cabezas de los hombres y elevar el tono de las; cosas de esa forma suya tan peculiar. Las indias ya no acudían a los bailes m daban vueltas al son de las tonadas más alegres, ni cantaban canciones populares. Se refugiaron en su estoicismo nativo y, sin quejarse, vieron desde sus cabañas como sus hermanas blancas las superaban.

Después, otro éxodo cruzó las montañas desde el prolífico Sur. Esta vez se componía de mujeres que alcanzaron poder en la nueva tierra. Su palabra era ley y su ley era de acero. Miraron con malos ojos a las esposas indias y las

otras mujeres bajaron los humos y se volvieron humildes. Hubo cobardes que se avergonzaron de sus pactos con las hijas de la tierra y mostraron un desagrado nuevo hacia sus hijos de piel oscura, pero también hubo hombres que mantuvieron su palabra y defendieron sus votos indígenas con orgullo. Cuando se puso de moda divorciarse de las esposas nativas, Cal Galbraith demostró su hombría y por ello cayó sobre él la pesada mano de las mujeres que habían llegado en último lugar y sabían menos que nadie, pero gobernaban aquella región.

Un día se extendió la noticia de que en las regiones altas, que quedaban muy por encima de Circle City, había oro. Las traíllas de perros llevaron la información hasta la c0Sta, los mercantes cruzaron con ella el Pacífico Norte, los telégrafos cantaron la buena nueva y el mundo oyó hablar por primera vez del río Klondike y de la región del Yukón.

Cal Galbraith había vivido tranquilo muchos años. Había sido un buen esposo y Madeline le correspondía. Pero por algún motivo, el descontento se apoderó de él. Echaba de menos a los suyos, la vida de la que se había visto excluido y sentía una especie de deseo —algo que a veces les ocurre a los hombres— de romper con todo y probar lo mejor de la vida. Además, el río traía rumores de la maravilla de Eldorado: descripciones de la ciudad de cabañas y tiendas y de los ridículos comportamientos de los *chechaquos* que habían corrido a la zona y se dedicaban a provocar estampidas por toda la región. Circle City era una ciudad muerta. El mundo se había mudado río arriba para convertirse en algo nuevo y fascinante.

Cal Galbraith se sentía inquieto y quería verlo con sus propios ojos. Así que, cuando terminó de lavar el oro, peso doscientas libras de polvo de oro en las enormes balanzas de la Compañía y aceptó una letra de cambio por la misma cantidad para cobrar en Dawson. Luego puso a Tom Dixon al frente de sus minas, se despidió de Madeline con un beso, prometió regresar antes de que el hielo blando volviese al río y compró un pasaje en un vapor que zarpaba río arriba.

Madeline esperó y esperó durante los tres meses de luz. Daba de comer a los perros, le dedicaba buena parte de su tiempo al pequeño Cal y así vio cómo el breve verano se desvanecía y el sol daba comienzo a su largo viaje hacia el sur. Y rezaba mucho, como le habían enseñado las hermanas de la Santa Cruz. Llegó el otoño y con él volvió el hielo blando al Yukón y los reyes de Circle City a trabajar en sus minas durante el invierno, pero Cal Galbraith no regresó. Sin embargo, Tom Dixon recibió una carta para que sus hombres se encargasen de facilitar a Madeline madera de pino seco para el

invierno. La Compañía recibió otra carta para que llenasen su despensa con las mejores provisiones y Je dijeran que contaba con crédito ilimitado.

Desde siempre, el hombre ha sido el mayor instigador de las desdichas femeninas, pero en este caso los hombres mantuvieron la boca cerrada y solo la abrieron para maleen con dureza al que se había ido; las mujeres no supieron emularlos. Así, sin más dilación, Madeline oyó contar relatos extraños sobre las actividades de Cal Galbraith y e cierta bailarina griega que jugaba con los hombres como juegan los niños con las pompas de jabón. Madeline era india y no tenía amigas a las que pedir consejo. Rezó mientras hacía planes y esa misma noche se decidió, enganchó los perros y, con el pequeño Cal bien atado al trineo, se marchó en silencio.

Aunque el Yukón aún fluía en parte, los discos de hielo que iban apareciendo eran cada vez mayores y cada día que pasaba el caudal disminuía. Excepto quien haya hecho lo mismo, nadie sabe lo que ella tuvo que soportar en su recorrido de ciento sesenta kilómetros sobre hielo escarchado, ni puede entender el trabajo y esfuerzo que supuso para ella abrirse camino durante trescientos veinte kilómetros entre la masa compacta de hielo que quedó al congelarse el río por completo. Pero Madeline era india y, por 10 tanto, capaz de hacer esas cosas, así que una noche llamó a la puerta de la cabaña de Malamute Kid, quien dio de comer a un puñado de perros hambrientos, acostó a un niño saludable y bien cuidado, y prestó atención a una mujer agotada. Le quitó los mocasines envueltos en hielo mientras escuchaba su relato y clavó la punta de su cuchillo en los pies de la mujer para ver hasta qué punto se habían congelado.

A pesar de su virilidad extraordinaria, Malamute Kid poseía un componente femenino y tierno que le permitía ganarse la confianza del perro lobo más fiero o provocar la confesión de quienes más valoraban su intimidad. Aunque no fuese su intención, los demás le abrían sus corazones de forma tan espontánea como se abren las flores al sol. Se sabía que incluso el padre Roubeau le hacía confidencias y los hombres y mujeres de la región septentrional no paraban de llamar a su puerta, que siempre estaba abierta. Para Madeline, él era incapaz de hacer daño o cometer errores. Lo conocía desde que se había establecido entre los hombres de la raza de su padre y, en su opinión de india a medio civilizar, aquel hombre encerraba en su interior toda la sabiduría del mundo, por lo que estaba capacitado para interpretar el futuro.

En aquella tierra existían ideales falsos. Las restricciones sociales de Dawson no eran análogas de las de la época anterior y la rápida madurez de la

región septentrional llevaba incorporado mucho mal. Malamute Kid era consciente de ello y tenía bien calado a Cal Galbraith. Sabía que la precipitación al hablar podía ser la fuente de muchos males. Además, estaba decidido a darle una buena lección al hombre, a avergonzarlo. Así que, la noche siguiente invitó a Stanley Prince, el joven experto en minas, a una reunión para tratar el asunto, a la que también se sumó Jack Harrington, *el Afortunado*, con su violín. Esa misma noche Bettles, que tenía una gran deuda pendiente con Malamute Kid, enganchó los perros de Cal Galbraith, ató a Cal Galbraith hijo al trineo y se alejó en la oscuridad hacía el río Stuart.

II

—VALE. UN, DOS, TRES. Un, dos, tres. ¡Vuelta! ¡No! ¡No! Empieza otra vez, Jack. Mira, así. —Prince ejecutó el movimiento con la seguridad del encargado de abrir el cotillón—. A ver. Un, dos, tres. Un, dos, tres. ¡Vuelta! Mucho mejor. Otra vez. Oye, una cosa, no te mires a los pies. Un, dos, tres. Un, dos, tres. ¡Pasos más cortos, que no estás manejando la vara del trineo! Prueba otra vez. ¡Eso es! ¡Así! Un, dos, tres. Un, dos tres.

Prince y Madeline daban vueltas sin parar en un vals interminable. Habían pegado la mesa y las banquetas a la pared para hacer más sitio. Malamute Kid se sentaba en el catre, con la barbilla apoyada en las rodillas, muy interesado. Jack Harrington tocaba el violín junto a él, siguiendo a los bailarines.

El compromiso de aquellos tres hombres con la mujer componía una situación única. Quizá la parte más conmovedora fuese el tono formal que empleaban. Ningún atleta fue entrenado de forma más inflexible para una competición, ni un perro lobo para llevar un trineo, que ella. Pero contaban con buen material porque Madeline, a diferencia de la mayoría de las mujeres de su raza, de niña se había librado de llevar cargas pesadas y de bregar en el camino. Además, era una criatura alta y esbelta con una elegancia natural a la que nunca nadie le había sacado partido. Esa elegancia era lo que los hombres querían realzar y moldear.

—El problema es que aprendió a bailar mal —comentó Prince a los del catre, después de depositar a su alumna, agotada, sobre la mesa—. Aprende con rapidez, pero me sería más fácil si nunca hubiese bailado. Por cierto, Kid, hay una cosa que no entiendo.

Prince imitó un movimiento peculiar de los hombros y la cabeza, una debilidad que Madeline sufría al caminar.

—Por suerte la criaron en la misión —respondió Malamute Kid—. Es de cargar pesos, de la faja que sujeta el mecapal a la cabeza. Otras mujeres indias lo tienen mucho más exagerado, pero ella no cargó pesos de esa forma hasta que se casó y aun así solo al principio. Las ha pasado moradas con su marido. Sobrevivieron juntos a la hambruna de Forty Mile.

—Pero ¿podremos conseguir que deje de hacerlo?

—No lo sé. Quizás seamos capaces de lograrlo si la obligamos a dar largos paseos mientras controlamos su forma de andar. En cualquier caso, algo se disimulará, ¿verdad, Madeline?

—La mujer asintió con la cabeza. Si lo decía Malamute Kid, que lo sabía todo, así sería. No había más que hablar.

Se había acercado a ellos, ansiosa por volver a empezar. Harrington la observó en busca de sus puntos buenos, de forma parecida a como se hace con los caballos. No debió de parecerle mal porque de repente preguntó con interés:

—Por cierto, ¿qué fue lo que recibió el granuja de tu tío?

—Un rifle, una manta y veinte botellas de alcohol casero. El rifle, roto. —La última frase la dijo en tono de desprecio, como si la molestase que se hubiese pagado tan poco por ella.

Hablaba bien en inglés, con muchas peculiaridades de la forma de expresarse de su mando, pero aún persistía un leve acento indio: la tradicional búsqueda de extraños sonidos guturales. Sin embargo, sus preparadores también se estaban ocupando de eso, con muy buenos resultados.

Durante el siguiente descanso, Prince descubrió que tenían un nuevo problema.

—Oye, Kid dijo—, lo estamos haciendo mal. Muy mal. No puede aprender calzada con mocasines. Cuando le pongamos unas chinelas y la hagamos moverse sobre un suelo encerado… ¡Uf!

Madeline levantó un pie y echó una mirada dubitativa a sus informes mocasines de interior. Durante otros inviernos, tanto en Circle City como en Forty Mile, había bailado muchas noches con un calzado similar y nunca había ocurrido nada. Pero ahora… bueno, si algo iba mal, Malamute Kid era quien podría saberlo, no ella.

Malamute Kid supo lo que debía hacer. Tenía buen ojo para calcular las medidas, así que se puso el gorro y las manoplas y se fue a visitar a la señora Eppingwell. Su marido Clove Eppingwell, destacaba en la comunidad por ser uno de los representantes del Gobierno más importantes. Una noche, en el baile del gobernador, Kid se había fijado en el pie pequeño y fino de ella.

Como también sabía que su sensatez igualaba su belleza, no le costó ir a pedirle un pequeño favor.

Al volver, Madeline se retiró un momento a la habitación interior. Cuando reapareció, Prince se quedó maravillado.

—¡Demonios! —exclamó—. ¡¿Quién lo iba a pensar?! ¡Caramba con la jovencita!

—Pero si mi hermana…

—Tu hermana es inglesa —interrumpió Malamute Kid— y tiene un pie inglés. Esta mujer proviene de una raza de pies pequeños. Los mocasines se han limitado a darle una anchura saludable a sus pies y, al no verse obligada a correr con los perros durante su infancia, no se los ha deformado.

Pero esa explicación no consiguió hacer disminuir el asombro de Prince. El instinto comercial de Harrington se despertó y, mientras miraba aquellos pies y tobillos exquisitamente moldeados, no dejaba de pensar en la despreciable lista: «Un rifle, una manta y veinte botellas de alcohol casero».

Madeline era la esposa de un rey, de un rey cuyo tesoro amarillo podía comprar una buena cantidad de accesorios y caprichos, pero en toda su vida sus pies no habían conocido más calzado que el hecho con cuero de alce curtido. Al principio miro con asombro aquellas chinelas diminutas de raso blanco, pero enseguida comprendió la admiración que brillaba en los ojos de los hombres. Se sonrojó de orgullo. Durante un momento, su encanto femenino la embriagó, pero luego, aún con más desprecio, murmuró: «¡un rifle roto!».

Continuaron adiestrándola. Todos los días, Malamute Kid la acompañaba a dar largos paseos destinados a corregir su porte y a reducir su zancada. No era probable que nadie la reconociera, porque Cal Galbraith y los demás veteranos eran como niños perdidos entre la enorme cantidad de desconocidos que habían llegado a la región. Además, la escarcha del Norte hacía estragos y las delicadas mujeres del Sur utilizaban máscaras de lona para proteger las mejillas de su penetrante caricia. Con los rostros tapados y los cuerpos cubiertos con parkas de piel de ardilla, una madre y una hija podían cruzarse en el camino sin reconocerse.

El entrenamiento progresaba con rapidez. Al principio había sido más lento, pero luego empezó a aumentar el ritmo de las mejoras. Eso ocurrió después de que Madeline se probase las chinelas de raso, porque al hacerlo se descubrió a sí misma. En ese instante se manifestó en ella el orgullo de su padre renegado, además de su propia autoestima. Hasta entonces se había tenido por una mujer de una raza diferente, inferior, a la que su dueño y señor

le había hecho el favor de comprarla. Para ella, su marido era un dios que la había ascendido a su nivel divino sin que ella contase con las virtudes esenciales necesarias. Pero nunca había olvidado, incluso cuando nació el pequeño Cal que no pertenecía a su misma raza. Y del mismo modo que él era un dios, las mujeres de su raza eran diosas. Puede que hubiese sido consciente del contraste que existía pero jamás se había comparado con ellas. Tal vez la familiaridad llevase al menosprecio. Sin embargo, fuera como fuese, últimamente había aprendido a comprender a esos viajeros blancos y a sopesarlos. Cierto, su mente no sabía lo que era un análisis deliberado, pero poseía la claridad de la visión femenina para esos asuntos. La noche de las chinelas ella había evaluado la admiración manifiesta y marcada de sus tres amigos, y por primera vez había surgido la comparación. Solo se trataba de un pie y un tobillo sí, pero la comparación nunca se detiene en ese punto. Se juzgó a sí misma según el criterio de ellos y la divinidad de sus hermanas blancas se hizo añicos. Al fin y al cabo, solo eran mujeres, ¿por qué no podía ella ascender por méritos propios y ocupar su lugar? Al hacerlo fue consciente de sus carencias y, al reconocer dichas carencias, se hizo más fuerte. Empezó a esforzarse de tal manera que sus tres profesores solían tardar en dormirse por las noches, concentrados en meditar sobre el eterno misterio femenino.

Así se fue acercando la noche de Acción de Gracias. A intervalos irregulares Bettles enviaba recado desde el río Stuart sobre el estado de salud del joven Cal. Se acercaba el momento de desquitarse. En más de una ocasión, alguien que pasaba, al oír música de baile y la rítmica vibración de los pies, entraba pero solo veía a Harrington arañando el violín y a los otros dos llevando el compás o discutiendo sobre algún paso determinado. Nunca se veía a Madeline porque había entrado corriendo a la habitación interior.

Una de esas noches fue Cal Galbraith quien entró. Acababan de recibir buenas noticias desde el río Stuart y Madeline se había superado a sí misma, no solo por su forma de caminar, por su porte y su elegancia, sino por su picardía femenina. Se habían dedicado a intercambiar comentarios ingeniosos y ella se defendió con un talento sorprendente. Después, cediendo a la ebriedad del momento y por iniciativa propia, los había manejado, dominado, adulado y tratado con condescendencia de la forma más impresionante. Por instinto, sin ser conscientes de ello, los tres se habían rendido, no ante su belleza, sabiduría e ingenio, sino ante ese algo indefinible que posee la mujer y que el hombre es incapaz de nombrar. En el cuarto se respiraba alegría y satisfacción mientras ella y Prince giraban al ritmo del último baile de la tarde. Harrington se entregaba a florituras inconcebibles y Malamute Kid,

desenfrenado, se había apoderado de la escoba y ejecutaba por su cuenta unos giros de lo más vertiginosos.

En ese momento sonó un fuerte golpe en la puerta y vieron que enseguida empezaba a abrirse. Pero ya antes habían salido airosos de circunstancias similares. Harrington ni se inmutó y continuó tocando. Madeline se escondió a la carrera en la habitación interior, cuya puerta siempre dejaban abierta por si acaso. La escoba pasó zumbando y acabó bajo el catre y, para cuando Cal Galbraith y Louis Savoy metieron dentro la cabeza, Malamute Kid y Prince estaban uno en brazos del otro, bailando como locos por toda la habitación.

Por regla general, las indias no tienen costumbre de desmayarse, pero Madeline estuvo a punto de hacerlo por primera vez en su vida. Permaneció una hora encogida sobre el suelo, escuchando el tronar de las graves voces masculinas. Como los acordes familiares de las melodías de la infancia, cada entonación, cada matiz de la voz de su marido inundó su alma e hizo aletear su corazón y que le fallasen las piernas hasta que acabó medio desmayada junto a la puerta. Por suerte, no lo pudo ver ni oír en el momento de la partida.

—¿Cuándo tienes pensando volver a Circle City? —se limitó a preguntar Malamute Kid.

—No lo he pensado demasiado —contestó él—. No creo que vuelva hasta que se rompa el hielo.

—¿Y Madeline?

Se puso colorado al oír la pregunta y a sus ojos asomó el desánimo. Malamute Kid podría haberlo despreciado solo por eso, si no hubiese conocido mejor a los hombres. Debido a eso, lo que le revolvía el estómago eran las esposas y las hijas que habían llegado a aquella región y, no satisfechas con usurpar el lugar de las nativas, les habían metido ideas impuras a los hombres en la cabeza y habían logrado que se sintieran avergonzados.

—Supongo que estará bien —se apresuró a responder el rey de Circle City, en un tono de disculpa—. Tom Dixon se ha quedado al cargo de mis intereses y también se ocupa de que ella tenga todo cuanto quiera.

Malamute Kid apoyó la mano en su brazo y lo hizo callar. Habían salido al exterior. Por encima de sus cabezas la aurora, en un desenfreno magnífico, hacía ostentación de unos colores milagrosos; por debajo se extendía la ciudad dormida. Más abajo aun, se oyó la voz de un perro solitario. El rey empezó a hablar de nuevo, pero Kid le apretó el brazo para que guardara silencio. El sonido se multiplicó. Perro tras perro siguieron los compases hasta que el coro dominó la noche a pleno pulmón. Quien oye por primera vez

tan extraña canción, escucha el mayor secreto de la región septentrional; para quien la oye a menudo, es el toque de difuntos de un esfuerzo inútil. Se trata del plañido de las almas atormentadas, porque encierra la herencia del Norte, el sufrimiento de incontables generaciones, la advertencia y el réquiem de los solitarios y perdidos de este mundo.

Cal Galbraith se estremeció ligeramente mientras el sonido se desvanecía en sollozos casi contenidos. Kid supo lo que estaba pensando y también recordó los días agotadores de hambruna y enfermedad. A su lado se encontraba la paciente Madeline, compartiendo dolores y peligros, sin dudar jamás, sin quejarse. La retina de su mente vibró ante varias imágenes duras, inequívocas, y la mano del Pasado apretó su corazón con fuerza. Era un momento psicológico. Malamute Kid sintió la tentación de jugar la carta que guardaba en la manga y ganar la partida, pero entonces la lección no sería la adecuada, por lo que se contuvo. Luego se estrecharon la mano y los mocasines adornados con abalorios del rey hicieron protestar a la nieve ultrajada mientras descendía la colina.

La Madeline víctima del colapso era una mujer distinta a la criatura traviesa de una hora antes, la de la risa contagiosa y cuyos colores intensificados y ojos brillantes habían hecho que sus profesores se olvidasen de todo durante un rato. Débil, sin ánimo, se sentaba en la silla como si Prince y Harrington la hubiesen dejado caer allí de cualquier modo. Malamute Kid frunció el ceño. Eso no era bueno. Cuando llegase el momento de encontrarse con su marido, ella debía comportarse con autoridad despótica. Resultaba necesario que procediese como las mujeres blancas, de lo contrario la victoria se esfumaría. Habló con ella muy serio, con palabras sencillas y la inició en la debilidad de su propio sexo, hasta que ella comprendió lo simplones que eran los hombres y por qué la palabra de sus mujeres era ley para ellos.

Unos días antes de la noche de Acción de Gracias, Malamute Kid visitó de nuevo a la señora Eppingwell. Ella realizó un repaso exhaustivo de sus aderezos femeninos, hizo una visita prolongada al departamento de tejidos de la compañía P. C. y regresó junto a Kid para conocer a Madeline. Tras eso la cabaña vivió una nueva etapa y, entre cortar, probar, hilvanar, coser y muchas otras cosas asombrosas y desconocidas, los hombres debían abandonar la casa cada dos por tres. En esas ocasiones se refugiaban en el salón de baile. Tan a menudo juntaban las cabezas para hablar y con tanta intensidad brindaban por cosas desconocidas que los parroquianos intuían el descubrimiento de algún arroyo de riqueza incalculable y se sabe que varios *chechaquos* y al menos un

veterano guardaron sus equipos de estampida tras la barra, listos para echarse al camino en cualquier momento.

La señora Eppingwell era una mujer muy capaz, de manera que cuando la noche de Acción de Gracias entregó a Madeline a sus adiestradores, la india estaba tan cambiada que casi les dio miedo. Prince la envolvió con una manta de la bahía de Hudson y le hizo una reverencia más real que fingida y a Malamute Kid, a cuyo brazo ella se agarraba, le costó lo suyo asumir de nuevo su papel de mentor. Harrington, que aún le daba vueltas a la lista de cosas con la que su marido la había comprado, cerraba la comitiva y no abrió la boca ni una sola vez en el camino a la ciudad. Cuando llegaron a la puerta trasera de la sala de baile, retiraron la manta de los hombros de Madeline y la tendieron sobre la nieve. Ella se quitó los mocasines de Prince y caminó sobre la manta con sus chinelas nuevas de raso. El baile de máscaras alcanzaba su momento álgido. Ella dudó, pero los otros abrieron la puerta y la obligaron a entrar. Luego dieron la vuelta corriendo para acceder por la puerta principal.

III

«¿DÓNDE ESTÁ FREDA?», preguntaban los veteranos, mientras los *chechaquos* insistían con igual empeño en inquirir quién era Freda. Su nombre no dejaba de sonar en la sala de baile. Estaba en todas las bocas. Los *sourdoughs* entrecanos, trabajadores de las minas pero orgullosos de su rango, se dedicaban a tratar con condescendencia a los novatos de aspecto elegante y a mentirles de manera elocuente —los *sourdoughs* eran expertos en jugar con la verdad— o a lanzarles miradas de indignación por su ignorancia. En la sala podría haber unos cuarenta reyes de las regiones altas y bajas, y cada uno se consideraba a sí mismo el mejor y más resistente al camino, y reforzaba su idea de forma categórica con el polvo de oro de su reino. Fue necesario adjudicarle un ayudante al hombre que se ocupaba de la balanza, sobre el que recaía la misión de pesar los saquitos, mientras varios jugadores, creyendo dominar las reglas del azar, realizaban seductoras apuestas sobre las favoritas.

¿Cuál era Freda? Una y otra vez creían haber descubierto a la bailarina griega, perol cada descubrimiento hacía nacer el pánico entre el grupo de apostadores y quienes deseaban compensar riesgos aumentaban el número de apuestas. Malamute Kid mostró interés por la caza y los juerguistas lo recibieron a carcajadas porque lo conocían bien. Tenía buen ojo para los andares y buen oído para la entonación de las voces y eligió a una criatura

maravillosa que centelleaba en su papel de Aurora Boreal. Pero ni siquiera él era capaz de descubrir a la bailarina griega. La mayoría de los apostadores parecía haber concentrado su veredicto en la Princesa Rusa, que resultaba la más elegante de la sala, por lo que no podía ser más que Freda Moloof.

Durante uno de los bailes se oyó un rugido de satisfacción. La habían descubierto. En una de las reuniones anteriores y al realizar una de las figuras, Freda había demostrado un estilo inimitable y utilizado una variación que solo ella usaba. Cuando liego e turno de dicha figura, la Princesa Rusa imprimió ese ritmo único a su cuerpo y extremidades. Un coro de «te lo dije» hacía temblar las vigas del techo cuando, de repente, la Aurora Boreal y otra máscara, el Espíritu del Polo, realizaron el mismo truco con la misma habilidad. Cuando dos Parhelios y una Reina del Hielo hicieron lo mismo, al hombre de la balanza se le asignó un segundo ayudante.

Bettles llegó de viaje en medio del revuelo y se les unió como un huracán helado. Sus cejas escarchadas se convirtieron en cataratas mientras se movía de un lado a otro y el bigote, aún congelado, parecía cubierto de diamantes y reflejaba la luz en rayos de colores, mientras los pies de los bailarines resbalaban sobre los pedazos de hielo que desprendían sus mocasines y calcetines de lana gruesa. Un baile de las tierras del Norte es un acontecimiento informal —los hombres que frecuentan arroyos y caminos pierden cualquier tipo de exigencia que pudieran haber albergado— y solo en los círculos oficiales se respetan los convencionalismos. En el norte la casta no tiene importancia. Pobres y millonarios, guías de perros y policías montados se daban la mano y bailaban en círculo, con las damas en el centro, sin parar de brincar. De placeres primitivos, alborotadores y brutos, no mostraban ordinariez alguna, sino una tosca caballerosidad tan legítima como la cortesía más refinada.

En su búsqueda de la bailarina griega, Cal Galbraith se unió al grupo de los de la Princesa Rusa, de la que todos sospechaban. Pero para cuando pudo bailar con ella, no solo estaba dispuesto a jugarse sus millones apostando a que no era Freda sino también a que su brazo ya había rodeado antes la cintura de aquella mujer. No sabía cuándo o dónde, pero la desconcertante sensación de familiaridad se apoderó de él de tal forma que centró su atención en descubrir quién era. Malamute Kid podía haberlo ayudado, en lugar de llevarse a la Princesa unas cuantas veces y hablar muy seriamente con ella en voz baja. Sin embargo, era Jack Harrington quien más insistía en hacerle la corte a la Princesa Rusa. Hubo un momento en el que se llevó a Cal Galbraith a un lado, aventuró toda clase de conjeturas sobre la identidad de la dama y le

aseguró que él iba a ganar. Eso irritó al rey de Circle City, porque el hombre no es monógamo por naturaleza, y lo llevó a olvidarse de Madeline y de Freda, concentrado en su nueva presa.

Pronto todo el mundo comentaba que la Princesa Rusa no era Freda Moloof. El interés aumentó. Un nuevo enigma se presentaba ante ellos. Conocían a Freda pero no la encontraban y allí tenían a alguien a quien sí habían encontrado pero no conocían. Ni siquiera las mujeres lograban situarla, a pesar de distinguir a todas las buenas bailarinas del campamento. Muchos la tomaron por un miembro del círculo oficial que disfrutaba de una escapada. Unos cuantos afirmaron que desaparecería antes de que llegase el momento de quitarse la máscara. Otros estaban seguros de que se trataba de la reportera del Star de Kansas City, que había ido a escribir sobre ellos a noventa dólares la columna. Y los hombres de la báscula no paraban de trabajar.

A la una de la madrugada todas las parejas salieron a la pista de baile. Comenzó la retirada de las máscaras entre risas y bromas casi infantiles. A medida que se iban levantando las máscaras, se oían exclamaciones sin fin. La Aurora Boreal centelleante se convirtió en la negra musculosa que ganaba unos quinientos dólares al mes lavando la ropa de la comunidad. Los Parhelios gemelos tenían bigote y resultaron ser unos hermanos de Eldorado que aún no habían alcanzado la categoría de reyes. Una de las parejas más destacadas la formaban Cal Galbraith con el Espíritu del Polo. Enfrente estaban Jack Harrington y la Princesa Rusa. Las demás ya se habían descubierto, pero la bailarina griega seguía sin aparecer. Todos miraban a aquel grupo. Cal Galbraith, en respuesta a los gritos, levantó la máscara de su pareja. El hermoso rostro de Freda y sus ojos llenos de luz relampaguearon sobre ellos. Se oyó un clamor que se desvaneció enseguida, a la espera de resolver el interesante misterio de la Princesa Rusa. Su rostro continuaba oculto y Jack Harrington luchaba con ella. La expectación provocó la risa nerviosa de los bailarines. Jack le arrancó la delicada máscara y entonces… los juerguistas estallaron. Se habían reído de ellos. Habían bailado toda la noche con una india.

Pero los que sabían —y eran muchos— guardaron silencio de repente e hicieron callar a los demás. Cal Galbraith, enfadado, se acercó a grandes zancadas y se dirigió a Madeline en la jerga de los indios. Sin embargo, ella conservó la compostura, en apariencia ajena al hecho de que todas las miradas se centraban en ella, y le respondió en un inglés perfecto. No mostró ni miedo ni ira, y Malamute Kid sonrió ante la serenidad y la clase que demostraba. El

rey se quedó atónito. Se sentía vencido, su esposa india, tan normal y corriente, lo había superado.

—¡Venga, vamos! —exclamó por fin—. ¡Vamos a casa!

—Deberás disculparme —respondió ella—, pero he aceptado cenar con el señor Harrington. Además, aún quedan muchos bailes por delante.

Harrington le ofreció el brazo para llevársela. No evidenció el más mínimo rechazo a darle la espalda al marido porque Malamute Kid ya se encontraba a su lado. El rey de Circle City se había quedado de piedra. Dos veces se llevó la mano al cinto y dos veces se dispuso Malamute Kid a intervenir, pero la pareja logró cruzar sin problemas la puerta del comedor, donde se vendían ostras enlatadas a cinco dólares el plato. La multitud dejó escapar un suspiro bien audible, se disolvió en parejas y fue tras ellos. Freda frunció los labios con aire seductor y entró con Cal Galbraith, pero la joven tenía buen corazón y hablaba con seguridad, por lo que no le dejó disfrutar de las ostras. Lo que le dijo no tiene importancia, pero él se sonrojaba y palidecía a intervalos regulares, mientras juraba y se insultaba a sí mismo.

Un caos de voces llenaba el comedor, aunque se hizo el silencio de inmediato cuando Cal Galbraith se acercó a la mesa de su esposa. Desde la retirada de las máscaras se habían apostado grandes cantidades de oro en relación a cómo acabaría aquel asunto. Todos miraban con un interés emocionado. Los ojos azules de Harrington reflejaban calma, pero bajo el mantel y sobre la rodilla tenía preparado su Smith & Wesson. Madeline levantó la mirada sin demostrar interés, despreocupada.

—¿Me… me concedes el próximo baile? —balbuceó el rey.

La esposa del rey miró su carné de baile e inclinó la cabeza.

[1899]



Hasta la muerte

PUDO DEBERSE a una simple coincidencia, pudo haber sido porque existen vínculos inimaginables entre quienes obran con prontitud y los muertos, y pudo ocurrir que Bat Morganston sintiera una ciega percepción del futuro cuando se giró de repente hacia Frona Payne y le preguntó:

—¿Incluso hasta la muerte?

Frona Payne se sobresaltó. Su forma de ser superficial no le permitía comprender la solidez del amor de un hombre fuerte, esas cosas no tenían cabida en sus caprichosos principios. Sin embargo, conocía lo bastante a los hombres como para reprimir su tendencia a la sonrisa, así que lo miró con sus ojos de niña seria, apoyó las manos en cada uno de sus hombros musculosos y respondió:

—Hasta la muerte, querido Bat.

Mientras se dejaba abrazar, aún dudosa, él exclamó con voz apasionada:

—Si así ocurriera, incluso en la muerte te reclamaría, y ningún mortal se interpondrá entre nosotros.

«¡Qué cosa tan absurda!», pensó ella mientras se libraba de sus brazos y lo observaba desenredar a sus perros. Le pareció un joven apuesto, caminando entre los fieros animales, tirando aquí y soltando allá, golpeando a derecha e izquierda y arrastrándolos por encima y por debajo de los tirantes hasta que el equipo quedó libre. Su rostro afeitado, de un rosa suave debido al mordisco del intenso frío, transmitía una historia de fuerza y resistencia. El cabello, que caía sobre los hombros en mechones espesos de seda castaña probablemente era más responsable del afecto que le demostraban las mujeres que la suma del resto de su persona. Pero cuando los hombres observaban de un extremo al otro sus casi dos metros de músculo, afirmaban que ahí había un hombre de verdad, desde la gorra de piel de lobo a los mocasines adornados con abalorios. Aunque claro, eran hombres.

Ella lo besó una, dos y hasta tres veces, a su manera tímida y confiada. Luego él arrancó el trineo ayudándose de la vara, azuzó a los perros como solo sabe hacerlo un buen guía y se lanzó colina abajo hacia el camino principal del río. El sol meridiano, que asomaba sobre las cumbres nevadas

del Sur, convertía las diminutas partículas de hielo en joyas centelleantes y Bat Morganston se alejó entre esa gasa deslumbrante camino de Forty Mile, Yukón abajo. Allí lo consideraban un rey debido a la cantidad de oro que poseía tras los deprimentes años que había pasado en la oscuridad del Círculo Ártico. Dawson no importaba para él. No poseía ni un metro de gravilla en la zona y tampoco le encantaban sus habitantes, esos *chechaquos* que habían llegado como chacales, acabando con los viejos tiempos en los que los hombres eran hombres y todos hermanos. En realidad el único motivo —un tanto voluble de su presencia allí era Frona. Había enganchado los perros y corrido sobre hielo para renovar el compromiso del verano anterior y solicitar un adelanto de la fecha. Así que iban a casarse en jumo y ahora él regresaba a ocuparse de sus minas con el corazón alegre. ¡Junio! La recogida de oro prometía ser de las buenas. Luego vendería la mina y se irían a Estados Unidos, París y el mundo. Claro que tenía sus dudas —como casi cualquier hombre cuando deja atrás a una mujer hermosa—, pero antes de llegar a Forty Mile ya no desconfiaba y un mes después, para cuando se le congelaron los pulmones mientras cazaba alces y se murió, había alcanzado un estado de feliz optimismo.

Frona se despidió de él con la mano y, también con el corazón alegre, regreso a la c abaña de su padre. Entonces no tenía dudas. Iban a casarse en jumo. Eso estaba decidido y no le parecía una perspectiva desagradable. Lo cierto es que creía que iba a estar encantada. Los hombres le tenían mucho aprecio a su futuro esposo y no estaba nada mal. Además, era rico. Los entendidos decían que amasaba ya medio millón y que, si los intereses que poseía en el arroyo American producían lo que se esperaba de ellos, se convertiría en un segundo MacDonald. Y eso era mucho decir porque MacDonald era el minero más rico del Norte y los más conservadores, al tasar su riqueza, diferían en varios millones.

Ha de saberse que el pecado que Frona cometió era de obra y no de omisión. No había traíllas de correo entre Forty Miles y Dawson y, como las minas de Bat Morganston quedaban a más de ciento sesenta kilómetros al interior de Forty Mile, las noticias de su muerte no llegaron al río. Y como él había acordado escribir solo si se daba la muy improbable coincidencia de que un viajero perdido pasara por su zona, ella no se alarmó ante su silencio. A todos los efectos, en lo que a ella concernía, él seguía vivo. Por eso su pecado fue, sin duda alguna, de obra.

No hay método que permita analizar el alma de una mujer ni balanza capaz de pesar sus motivos, por eso no sabemos qué razones tuvo Frona

Payne para entregarle corazón y mano a Jack Crellin a los tres meses de haberse despedido de Bat Morganston. Cierto, Jack Crellin era un rey de Circle City que poseía algunas de las mejores concesiones del arroyo Birch, pero los hombres que conocían la región no le tenían demasiado aprecio y solo contaba admiradores entre los novatos cobistas que muy generosamente le ayudaban a dispersar su polvo de oro. Tal vez fuese por su forma de comportarse o por la afinidad impulsiva de dos almas superficiales, pero el caso es que acordaron casarse en junio, viajar hasta Circle City y establecer su hogar al estilo primitivo de la región septentrional.

El hielo del Yukón se abrió temprano y el vapor fluvial *Cassiar*, que capitaneaba el hermano de ella, debía zarpar poco después de tan importante acontecimiento. El *Cassiar* tenía el honor y la desgracia de ser a la vez el barco del tesoro y hospital flotante. En sus cajas fuertes transportaba cinco millones en oro y en sus camarotes unos doscientos enfermos e inválidos. También había comerciantes y reyes de las tierras bajas que regresaban tras dedicarse en Dawson a sus trabajos de invierno o al placer. Entre ellos —anticipándose un poco al acontecimiento— se encontraban don Jack Crellin y esposa. Pero cuando los enfermos y los descorazonados pusieron el grito en el cielo debido al cruel retraso y los que enviaban el oro protestaron a voz en cuello, el *Cassiar* se vio obligado a zarpar antes de tiempo y el señor y la señora Crellin aún no eran marido y mujer.

—No te preocupes, Frona dijo su hermano—, sube a bordo y yo me haré cargo de ti. El padre Mahan embarca en Forty Mile y todo estará solucionado antes de que nos despidamos en Circle City.

Como las líneas de máxima carga, los inspectores de calderas y las comisiones aseguradoras aún no se habían extendido por los deprimentes dominios del Norte, el *Cassiar* soltó amarras con los pasajeros, la carga y los enseres apretujados igual que sardinas en lata. Los perros lobo, cuyo trabajo comenzaba y terminaba con la nieve y a los que la ociosidad del verano volvía insoportables, se desmandaban de un extremo al otro del vapor o se mataban entre ellos a la mínima provocación. Los incondicionales indios sticks que habitan las regiones del cauce alto del río aligeraban sus pesadas faltriqueras en sus valientes esfuerzos por superar al hombre blanco en sus juegos de azar o ultrajaban sus cuerpos con el whisky que les vendían a treinta dólares la botella. Había trotamundos inuit y malamute de rasgos mongoles y achaparrados que procedían del Gran Delta, a más de tres mil doscientos kilómetros de distancia, pero entre los blancos no era menor la variedad de nacionalidades. Todas las naciones del mundo habían enviado a

sus hijos hacia el Norte y las lenguas que hablaban eran diversas y muy distintas. Resumiendo, que el hermano de Frona Payne mandaba una Babel flotante. La mandaba y la guiaba de manera infalible a través de un territorio inexplorado sobre el seno de una crecida clamorosa, porque el grandioso Yukón había alzado su voz amenazadora y gritaba su ira de orilla en orilla. Nueve meses de nieve pasaban entre sus riberas en tan solo nueve días y el viaje hacia el mar era largo.

En Forty Mile subieron a bordo más pasajeros y más carga. Entre los peregrinos se encontraba el padre Mahan y entre el equipaje, una caja de pino sin pintar que en tamaño se correspondía con la última morada convencional del hombre. La prisa de la vida presta poca atención a la muerte, por lo que la caja había sido apilada en equilibrio precario sobre una pirámide de mercancías en la cubierta del *Cassiar*. Pero a Bat Morganston, que hasta el momento de embarcar había yacido en una cómoda cueva de hielo, no le importaba. A nadie le importaba. No había dolientes, a excepción de un perro lobo que echaba de menos los latigazos de su amo. Subió a bordo sin que se fijaran en él y antes de que soltaran amarras ocupaba su habitual puesto de vigía junto a su amo, sobre el montón de mercancías. Era una bestia tan feroz y tenía una manera tan aterradora de enseñar los dientes que los demás pasajeros caninos lo evitaron y prefirieron dejarlo a solas con su muerto.

Los camarotes estaban llenos de enfermos, así que la boda iba a celebrarse en la opresiva cubierta. Casi era medianoche pero el sol, un disco rojo y lúgubre, despedía sus rayos oblicuos por encima del horizonte del norte. Frona Payne y Jack Crellin aguardaban uno al lado del otro. El padre Mahan comenzó la misa. De popa llegaba el sonido de una reyerta entre media docena de jugadores borrachos, pero en su mayoría la carga humana se había reunido alrededor del centro de interés. También los perros.

Todo habría salido bien si un labrador no hubiese buscado una atalaya entre las mercancías. Había realizado incontables viajes, era veterano de una decena de hambrunas y mil peleas y no tenía miedo. El gesto agresivo del perro que guardaba la caja de pino le llamó la atención. Se acercó con los colmillos brillando como joyas de marfil. Se enzarzaron a mordiscos y gruñidos mientras la carga mal apilada se tambaleaba bajo su peso.

En ese momento el padre Mahan bendecía a la pareja a la que ya había unido y Jack Crellin añadía en tono solemne:

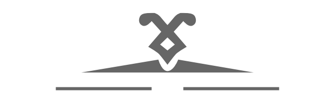
—Hasta que la muerte nos separe.

—Hasta que la muerte nos separe —repitió Frona Payne y recordó al otro hombre que había dicho esas mismas palabras. Durante un instante sintió

verdadera pena y remordimientos por lo que había hecho. Y en ese mismo instante los perros cerraron las mandíbulas a muerte y la larga caja de pino se mantuvo en equilibrio al borde de la pirámide. Su marido la apartó de un tirón del lugar donde cayó de pie. La madera se hizo astillas y la tapa se soltó. Bat Morganston, de pie, erguido, como si estuviera vivo, con el sol haciendo brillar sus mechones de cabello sedoso y castaño, dio un paso al frente.

Todo ocurrió muy rápido. Algunos dicen que sus labios se abrieron para formar una sonrisa espeluznante, que rodeó a Frona Payne con sus brazos y la sostuvo hasta que ambos cayeron al suelo. Resulta imposible porque el hombre estaba muerto, pero hay quien jura que eso fue lo que ocurrió. Sin embargo, Frona Payne gritaba como una loca cuando la rescataron de debajo del cuerpo del novio al que había dejado plantado y no dejó de gritar hasta que llegó a tierra, a Circle City. Las palabras de Bat Morganston eran ciertas porque aun hoy, si alguien se molesta en cruzar las montañas que se alzan por detrás de Circle City verá una cabaña y una tumba, la una junto a la otra. En una vive Frona Payne y en la otra Bat Morganston. Aguardan el uno por el otro, hasta que se desprendan de sus cadenas y las trompetas del Juicio Final rompan el silencio del Norte.

[1899]



La sabiduría del camino

CHARLEY *EL DE SITKA* había logrado lo imposible. Otros indios podían poseer tanta sabiduría del camino como él, pero solo él conocía la sabiduría del hombre blanco, el honor del camino y la ley. Aunque esas cosas no las había aprendido en un solo día. La mente aborigen es lenta a la hora de generalizar y para conseguir que comprenda hace falta repetir a menudo los hechos. Charley *el de Sitka* solía compartir su tiempo con los hombres blancos desde niño y, ya de mayor, había elegido jugarse su suerte entre ellos, expatriándose para siempre de los suyos. Incluso entonces, a pesar de respetar, de casi venerar su poder y de meditar acerca de él, le faltaba descubrir su esencia secreta: el honor y la ley. Solo gracias a la acumulación de pruebas con el paso de los años logró comprenderlo por fin. Para ser un extraño, cuando sabía algo lo sabía mejor que el hombre blanco; para ser indio, había logrado lo imposible.

Debido a ello, había acumulado cierto desprecio hacia su propio pueblo, desprecio que acostumbraba a ocultar pero que ahora había estallado en un torbellino de maldiciones sobre las cabezas de Kah-Chucte y Gowhee, que se encogían a sus pies como una traílla de perros lobos que gruñen, demasiado cobardes para atacar y demasiado lobos para ocultar los dientes. No eran criaturas agraciadas. Tampoco Charley *el de Sitka*. Daba miedo verlos, a los tres. No tenían carne en el rostro, los pómulos estaban cubiertos de costras enormes que se habían agrietado y congelado por turnos bajo el intenso río y es ardían los ojos de una forma espeluznante con la luz que nace de la desesperación y el hambre. No se puede confiar en los hombres que se encuentran en una situación así, que sobrepasa cualquier concepción de honor o ley. Charley *el de Sitka* lo sabía y por eso los había obligado a abandonar sus rifles, diez días antes, con el resto del equipo de campamento. Solo quedaban su rifle y el del capitán Eppingwell.

—Vamos, encended una hoguera —les ordenó mientras sacaba la preciada caja de cerillas junto con las tiras de corteza seca de abedul.

Los dos indios se dedicaron hoscamente a la tarea de recoger ramas muertas y maleza. Estaban débiles y se detenían a menudo para ayudarse el

uno al otro al agacharse, como si se marearan, o para acercarse tambaleantes al centro de operaciones con las rodillas temblorosas como castañuelas. Después de cada viaje descansaban un minuto: parecían enfermos y a punto de morir de agotamiento. A veces a sus ojos asomaba el estoicismo paciente del sufrimiento mudo, pero otras el ego parecía hacerse oír con su grito salvaje: «¡Yo quiero existir!», la nota dominante en todo el universo vivo.

Desde el sur soplaba una brisa muy ligera que mordía las partes expuestas de sus cuerpos y lograba que la escarcha, convertida en agujas de fuego, atravesara la piel de los abrigos y la carne hasta llegar a los huesos. De manera que cuando la hoguera alcanzó fuerza y derritió un círculo de humedad en la nieve a su alrededor, Charley *el de Sitka* obligó a sus reticentes compañeros a que lo ayudasen a montar un toldo. Se trataba de un dispositivo rudimentario compuesto por una manta que se estiraba en paralelo a la hoguera, a barlovento y en un ángulo de más o menos cuarenta y cinco grados. Así impedía el paso del viento helado y devolvía el calor hacia abajo, sobre los que se acurrucaban a su amparo. Luego extendieron una capa de ramas verdes de pícea para evitar que los cuerpos quedasen en contacto con la nieve. Tras completar la tarea, Kah-Chucte y Gowhee se ocuparon de sus pies. Los mocasines recubiertos de hielo estaban muy gastados debido a los muchos viajes y el hielo afilado de las barreras del río los había hecho jirones. Sus calcetines indios se encontraban en un estado similar y, tras derretirlos y sacárselos, las puntas de los dedos, blancas como un muerto y en distintas etapas de gangrena, contaron la historia del camino.

Charley *el de Sitka* los dejó allí, dedicados a secar su calzado, y empezó a desandar camino. También estaba deseando sentarse junto al fuego y ocuparse de su carne maltrecha, pero el honor y la ley se lo impedían. Avanzó a duras penas sobre el camino helado, cada paso convertido en una queja y los músculos a punto de rebelarse. Varias veces, cuando el agua abierta entre las barreras se había cubierto de una corteza de hielo superficial, se vio obligado a acelerar sus movimientos, con el dolor que eso conllevaba, porque la fragilidad de la capa amenazaba con romperse a su paso. En esos lugares la muerte era rápida y sencilla, pero él no deseaba dejar de existir.

Su preocupación desapareció al divisar a dos indios tras una curva del río. Se tambaleaban y jadeaban como si llevasen cargas muy pesadas, aunque sus mochilas pesarían uno o dos kilos como mucho. Los interrogó impaciente y sus respuestas parecieron aliviarlo. Apretó el paso. A continuación venían dos hombres blancos y, entre ellos, una mujer. También se comportaban como si estuviesen borrachos y sus extremidades temblaban de debilidad. Pero la

mujer se apoyaba poco en ellos, decidida a avanzar por su propia fuerza. Al verla, un destello de alegría iluminó el rostro de Charley *el de Sitka*. Apreciaba mucho a la señora Eppingwell. Había visto muchas mujeres blancas, pero aquella era la primera que viajaba con él. Cuando el capitán Eppingwell propuso realizar aquel peligroso proyecto y le hizo una oferta por sus servicios, él hizo un gesto de preocupación con la cabeza, porque se trataba de un viaje desconocido a través de la lúgubre inmensidad de la región septentrional, de esos que ponen a prueba el alma humana. Pero cuando supo que la esposa del capitán los iba a acompañar se negó en redondo a tener nada que ver con aquello. Si hubiese sido una mujer de su raza, no habría puesto pegas, pero esas mujeres del Sur… no, no; eran demasiado débiles y delicadas para semejante aventura.

Charley *el de Sitka* no conocía mujeres como aquella. Cinco minutos antes se había negado en redondo a ocuparse de la expedición, pero cuando ella acudió a verlo, con su sonrisa maravillosa y su inglés sencillo y directo, y le habló sin rodeos, sin ruegos y sin intentar convencerlo, él no pudo evitar rendirse. De haber detectado dulzura y solicitud de clemencia en los ojos, un temblor en la voz, un intento de sacar partido de su sexo, se habría vuelto tan duro como el acero, pero la sinceridad que vio y oyó en los ojos y en la voz de ella, su franqueza absoluta y su asunción tácita de igualdad lo habían dejado sin razones. Le pareció que aquella era una raza distinta de mujer, y a los pocos días de viaje Charley comprendió por qué los hijos de aquellas mujeres dominaban la tierra y el mar y por qué los hijos de las mujeres de su propia raza no podían contenerlos. ¡Débiles y delicadas! Día tras día la observaba, con los músculos fatigados, agotada, indomable y las palabras volvían a él como una cantinela. ¡Débiles y delicadas! Sabía que los pies de aquella mujer habían sido hechos para recorrer senderos cómodos y tierras soleadas, que no estaban acostumbrados a sufrir en los mocasines del norte y que nunca habían recibido el beso de los labios helados de la escarcha, por eso los miraba asombrado avanzar siempre, por muy largo que fuese el día.

La sonrisa y las palabras de ánimo nunca faltaban en su boca y se las dedicaba hasta al último de los porteadores. A medida que el camino se tornaba más oscuro, ella parecía endurecerse y ganar fuerzas y cuando Kah-Chucte y Gowhee —que habían presumido de conocer hasta el último punto de referencia del camino como los niños conocen los lardos de pieles de su tipi— admitieron que no sabían dónde se encontraban, fue ella quien pidió perdón para ellos en medio de las maldiciones de los demás. Aquella noche cantó para todos hasta que sintieron que el agotamiento los abandonaba y

estaban dispuestos a afrontar el futuro con esperanza. Cuando la comida empezó a escasear y las raciones se medían con enorme cuidado, ella se rebeló contra las maquinaciones de su esposo y Charley *el de Sitka*, y exigió —y recibió— una ración ni mayor ni menor que la de los demás.

Charley *el de Sitka* estaba orgulloso de haber conocido a esa mujer. Su presencia Había aportado a su vida una riqueza y amplitud de miras nuevas para él. Hasta entonces él había sido siempre su propio mentor e iba de un lado al otro sin depender de nadie, se había moldeado a sí mismo según sus propios dictados, comportándose sin preocuparse de la opinión ajena, solo de la propia. Por primera vez sentía que algo fuera de él le pedía que sacase lo mejor que llevaba dentro. Una sola mirada de agradecimiento de aquellos ojos sinceros, una palabra de gratitud de aquella voz franca, la más ligera sonrisa de sus labios, y él caminaba entre los dioses durante horas. Suponía un estímulo nuevo: por primera vez se sentía orgulloso de su propia sabiduría del camino. Y entre los dos levantaban el ánimo de sus decaídos compañeros.

Los rostros de los dos hombres y de la mujer se iluminaron al verlo, al fin y al cabo era el cayado en el que todos se apoyaban. Pero Charley *el de Sitka*, tan estricto como siempre, acostumbrado a ocultar tanto el dolor como el placer bajo una capa de hierro, les preguntó por los demás, les dijo a qué distancia quedaba la hoguera y continuó retrocediendo. A continuación se encontró con un indio que iba solo, sin carga, cojeando, con los labios apretados y en los ojos el dolor de un pie en el que la rapidez luchaba una batalla contra la muerte que ya había perdido. Se le habían administrado todos los cuidados posibles, pero en las condiciones más extremas los débiles y desafortunados deben perecer y Charley *el de Sitka* sabía que a aquel hombre le quedaban pocos días y que no aguantaría mucho más, así que lo animó cuanto pudo. Tras él venían dos indios más, a los que había encargado la tarea de ayudar a Joe, el tercer hombre blanco del grupo. Lo habían abandonado. Con una sola mirada, Charley *el de Sitka* detectó la amenaza oculta en su forma de moverse y supo que habían decidido no obedecerle más. Por eso, cuando les ordenó regresar en busca de su carga abandonada, no lo pilló desprevenido el brillo de sus cuchillos de caza al desenvainarlos. Lamentable espectáculo el de tres hombres débiles que exhiben sus pocas fuerzas ante la todopoderosa inmensidad, pero los dos retrocedieron ante los golpes que el otro les asestó con el rifle y regresaron como los perros apaleados regresan a la traílla. Dos horas después llegaban ante la hoguera, con Joe tambaleante entre ellos y Charley *el de Sitka* cerrando el grupo, donde el resto de la expedición se apiñaba al amparo del toldo.

—Unas palabras, compañeros, antes de dormir —dijo Charley *el de Sitka* cuando ya todos habían devorado sus escasas raciones de pan ácimo. Se dirigía a los indios en su propia lengua tras haber dicho lo mismo a los blancos—. Unas palabras, compañeros, por vuestro propio bien, para que tal vez logréis sobrevivir. Os voy a dar la ley y quien la desobedezca será el único responsable de su propia muerte. Hemos pasado las montañas del silencio y ahora viajamos por el curso alto del Stuart. Puede ser dentro de un sueño, de varios o de muchos, pero acabaremos por encontrar a los hombres del Yukón, que tienen comida de sobra. Es necesario que respetemos la ley. Hoy Kah-Chucte y Gowhee, a quienes ordené abrir camino, olvidaron que eran hombres y huyeron como niños asustados. Cierto, lo olvidaron y nosotros lo olvidaremos también. Pero que a partir de ahora lo recuerden. No permitiré que lo olviden. —Rozó su rifle con aire despreocupado y una sonrisa decidida—. Mañana llevarán la harina y se ocuparán de que el hombre blanco, Joe, no se tumbe en el camino. Las tazas de harina están contadas y si al caer la noche falta la más mínima cantidad…, ¿comprendéis? Hoy hubo otros que olvidaron. Cabeza de Alce y Tres Salmones permitieron que el hombre blanco, Joe, se tumbase en la nieve. Que no lo olviden más. Al alba saldrán a abrir camino. Ya habéis oído la ley. Tened mucho cuidado de no desobedecerla.

A Charley *el de Sitka* le resultó imposible mantener al grupo unido. Desde Cabeza de Alce y Tres Salmones, que iban por delante abriendo camino, hasta Kah-Chucte, Gowhee y Joe, sus miembros se diseminaban a lo largo de casi dos kilómetros. Cada uno se tambaleaba, se caía o descansaba según le pareciera. La línea de marcha era una progresión a lo largo de una cadena de paradas irregulares. Cada uno reunía los últimos restos de sus fuerzas y avanzaba a trompicones hasta que se agotaban, pero de alguna forma milagrosa siempre encontraba un mínimo excedente. Cada vez que alguien caía lo hacía convencido de que no volvería a levantarse, aunque se levantaba, trance tras trance. La carne se rendía, la voluntad vencía, pero cada triunfo era una tragedia. El indio del pie congelado ya no podía caminar erecto y lo hacía a cuatro patas. Casi nunca descansaba porque sabía la sanción que le impondría el frío gélido. Incluso los labios de la señora Eppingwell se habían congelado en una sonrisa de piedra y sus ojos, a pesar de ver, ya no veían. Se detenía a menudo y apretaba la mano enguantada contra el corazón, jadeante y mareada.

Joe, el blanco, había superado la etapa del sufrimiento. Ya no suplicaba que lo dejaran solo ni rezaba para morir, sino que se mostraba calmado y

resignado bajo el efecto analgésico del delirio. Kah-Chucte y Gowhee tiraban de él a las bravas y le dedicaban unas cuantas miradas de furia y bastantes golpes. Para ellos era el colmo de la injusticia. El odio amargaba sus corazones y el miedo los volvía pesados. ¿Por qué tenían que sobrecargar sus fuerzas con la debilidad de aquel hombre? Hacerlo significaba morir; no hacerlo…, pero no habían olvidado la ley de Charley *el de Sitka*, ni su rifle.

A medida que el día menguaba, Joe se caía con mayor frecuencia y les costaba tanto levantarlo que cada vez se iban quedando más atrás. A veces caían los tres en medio de la nieve, hasta tal punto se habían debilitado los indios. Sin embargo, a la espalda llevaban la vida, la fuerza, el calor. En los sacos de harina estaba todo el potencial de la existencia. No podían dejar de pensar en eso, por lo que no es de extrañar lo que ocurrió. Cayeron junto a un bosque enorme donde había leña de sobra a la espera de que alguien le acercase una cerilla. Además, allí cerca se veía un respiradero en el hielo. Kah-Chucte miró la madera y el agua y Gowhee hizo lo mismo. Luego se miraron el uno al otro. No dijeron ni una palabra. Gowhee encendió una hoguera. Kah-Chucte llenó de agua una taza de hojalata y la calentó. Joe parloteaba sobre cosas de otras tierras en una lengua que ellos no entendían. Mezclaron la harina con el agua caliente hasta formar una pasta ligera, de la que bebieron muchas tazas. A Joe no le ofrecieron, pero a él no le importó. Ya nada le preocupaba, ni siquiera sus mocasines, que se quemaron entre los carbones y echaban humo.

Una neblina transparente de nieve empezó a caer sobre ellos, suavemente, como una caricia, y los cubrió de blanco. Sus pies habrían recorrido aún muchos caminos si el destino no hubiese despejado las nubes y limpiado el aire. No, diez minutos más habrían supuesto su salvación. Charley *el de Sitka* miró hacia atrás, vio la columna de humo y supo lo que ocurría. Luego miró hacia delante, hacia los que eran fíeles y hacia la señora Eppingwell.

—Así que, compañeros, otra vez habéis olvidado que erais hombres. Bien. Muy bien. Tendremos menos bocas que alimentar.

Charley *el de Sitka* ató el saco de harina mientras hablaba y luego lo añadió a la carga que ya llevaba a la espalda. Dio patadas a Joe hasta que el dolor atravesó el éxtasis que sentía aquel pobre diablo y lo ayudó a ponerse de pie, renqueante. Luego lo empujó hacia el camino y lo puso a andar. Los dos indios intentaron marcharse.

—¡Alto, Gowhee! ¡Y tú, Kah-Chucte! ¿Ha dado la harina tanta fuerza a vuestras piernas que vais a ser capaces de correr más que las balas? No penséis que podréis engañar a la ley. Sed hombres por última vez y

contentaos con saber que vais a morir con el estómago lleno. Venga, moveos, de espaldas al bosque, hombro con hombro. ¡Vamos!

Los dos obedecieron en silencio, sin miedo, porque es el futuro el que presiona al hombre, no el presente.

—Tú, Gowhee, tienes mujer e hijos y un tipi de piel de ciervo con los chipewyanes. ¿Cuál es tu voluntad?

—Dale a ella los bienes que son míos según palabra del capitán, las mantas, los abalorios, el tabaco, la caja que hace sonidos raros como los hacen los hombres blancos. Dile que morí en el camino, pero no cómo.

—¿Y tú, Kah-Chucte, que no tienes esposa ni hijos?

—Tengo una hermana, la mujer del factor de Koshim. Le pega y ella no es feliz. Dale los bienes que me corresponden por contrato y dile que sería bueno que volviese con su gente. Si te encuentras con el hombre y quieres hacerlo, no sería malo que muriese. Le pega y ella tiene miedo.

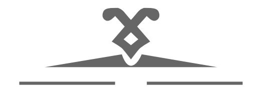
—¿Os contentáis con morir según la ley?

—Sí.

—Entonces adiós, compañeros. Ojalá ocupéis un lugar junto a una olla bien llena, en una tienda donde haga calor, antes de que acabe el día.

Mientras hablaba, alzó el rifle y muchos ecos rompieron el silencio. Nada más apagarse, otros rifles hablaron en la distancia. Charley *el de Sitka* se sobresaltó. Había disparado más de una persona, sin embargo en el grupo solo tenían un rifle. Echó una rápida ojeada a los hombres que yacían inmóviles, sonrió con malicia ante la sabiduría del camino y echó a andar con prisa para reunirse con los hombres del Yukón.

[1899]



El hombre de la cara cortada

JACOB KENT HABÍA SUFRIDO de codicia todos los días de su vida. Eso a su vez engendraba una desconfianza crónica y su mente y forma de ser se habían vuelto tan retorcidas que resultaba muy desagradable tratar con él. También tenía cierta propensión al sonambulismo y era de ideas fijas. Había sido tejedor desde la cuna hasta que la fiebre del Klondike se apoderó de él y lo apartó de su telar. Su cabaña se encontraba a medio camino entre la factoría de Sixty Mile y el río Stuart, y los hombres que tenían por costumbre recorrer el camino a Dawson lo comparaban con un señor feudal de los que asaltaban a los viajeros que cruzaban sus dominios, encaramado en su fortaleza y exigiendo peaje a toda cuanta caravana utilizaba sus caminos mal conservados. Como para construir semejante figura resultaba necesario saber de historia, los caminantes menos cultos que salían del río Stuart solían describirlo de una forma mucho más primitiva, caracterizada por el uso de adjetivos fuertes.

Por cierto: la cabaña no era de él. La habían construido varios años antes dos mineros que habían logrado llevar una balsa de troncos hasta ese punto a cambio de una participación en sus ganancias. Siempre eran de lo más hospitalarios y, cuando la abandonaron, los viajeros que conocían la ruta procuraban pasar allí la noche. Les resultaba muy cómodo porque se ahorraban el tiempo y el trabajo de montar el campamento. Una regla no escrita decía que él último en usarla debía dejar un buen montón de leña listo para el siguiente. Rara era la noche que no la ocupaban entre media docena y veinte hombres. Jacob Kent se fijó en esas cosas, ejerció la soberanía del ocupante ilegal y se quedó a vivir allí. Desde ese momento, los agotados viajeros debían pagar una multa de un dólar por cabeza a cambio del privilegio de dormir en el suelo. Jacob Kent se ocupaba de pesar el polvo de oro y siempre robaba algo. Además, obligaba a sus invitados transitorios a cortar la leña para él y a llevarle el agua. Eso era pura piratería, pero sus víctimas eran buenas gentes que, aunque lo detestaban, le permitían desarrollar sus pecados.

Una tarde de abril estaba sentado junto a su puerta —igualito que una araña depredadora—, asombrado por el calor del sol que regresaba, con un ojo siempre en el camino por si aparecía alguna posible mosca. El Yukón se extendía a sus pies, un mar de hielo, y desaparecía tras dos curvas enormes, una al norte y la otra al sur, alcanzando un ancho de dos kilómetros y medio entre orilla y orilla. Sobre su accidentado repecho corría la senda de trineos, una línea delgada y hundida que medía cuarenta y cinco centímetros de ancho por tres mil doscientos kilómetros de largo, y que provocaba más maldiciones por metro lineal que cualquier otro camino o ruta de la cristiandad o fuera de ella.

Aquella tarde Jacob Kent se sentía particularmente a gusto. La noche anterior había superado su propio récord y vendido su hospitalidad a no menos de veintiocho visitantes. Cierto, había resultado terriblemente incómodo y cuatro de ellos se pasaron la noche roncando bajo su catre, pero había aumentado considerablemente el peso del saco en el que guardaba su oro en polvo. Ese saco, con su tesoro amarillo y resplandeciente, constituía a la vez el mayor placer y la peor cruz de su existencia. En su interior guardaba tanto el cielo como el infierno. Lógicamente, al no existir privacidad alguna en su domicilio de una sola habitación, lo torturaba el miedo constante a sufrir un robo. A esos desconocidos barbudos y de aspecto desesperado les resultaría muy sencillo largarse con su oro. Soñaba muchas veces con eso y se despertaba en medio de la pesadilla. En sueños se cernía sobre él un buen número de ladrones y llegó a conocerlos bien, sobre todo al líder bronceado que tenía un buen tajo en la mejilla derecha. Ese era el que más lo visitaba en sueños y por su culpa, en las horas que pasaba despierto, había construido varias decenas de escondites por todos los rincones de la cabaña. Tras ocultar el saco en un sitio nuevo respiraba tranquilo durante varias noches, pero enseguida volvía a pescar al hombre de la cara cortada en el momento justo de hacerse con el saco. Entonces, tras despertarse en medio de la pelea, se levantaba apresurado y trasladaba el saco a un refugio nuevo y más ingenioso. No es que fuese víctima directa de esos fantasmas, pero creía en los presagios y en la transmisión de pensamientos, por lo que consideraba que esos ladrones de sus sueños eran proyecciones astrales de personajes verdaderos que en esos momentos, sin importar donde pudieran encontrarse, se dedicaban en espíritu a hacer planes relativos a su riqueza. Así que continuaba sangrando a los desgraciados que cruzaban su umbral y al mismo tiempo, con cada onza de oro que añadía al saco, hacía aumentar sus problemas.

Mientras disfrutaba del sol, a Jacob Kent se le ocurrió una idea que lo llevó a ponerse de pie de un salto. Para él no había mayor placer en la vida que pesar y volver a pesar su oro en polvo, pero tan agradable pasatiempo se había visto empañado por una sombra que aún no había logrado despejar. Su balanza para pesar el oro era demasiado pequeña. Como máximo pesaba una libra y media —dieciocho onzas—, mientras que su reserva sumaba el triple y un tercio más, según calculaba él. Nunca había podido pesarlo todo en una sola operación y le parecía que eso le impedía disfrutar de una perspectiva nueva y más edificante. Al verse privado de ello perdía la mitad del placer de la posesión. Más aún, le parecía que un obstáculo tan lamentable llegaba a minimizar el hecho, al igual que la solidez de la posesión. Lo que lo llevaba a levantarse de un salto era la solución a ese problema. Escudriñó el camino en ambas direcciones y como no vio a nadie entró en la cabaña.

En unos segundos había despejado la mesa y preparado la balanza. A un lado situó los discos con el sello oficial que equivalían a quince onzas y la equilibró con el mismo peso en oro en polvo. Al sustituir las pesas con oro, fue capaz de pesar con precisión treinta onzas que apartó y volvió a equilibrar la balanza con otra tanda de oro. Para entonces ya no le quedaba oro en polvo sin pesar y él sudaba en abundancia. Temblaba de emoción y se sentía deslumbrado. Nunca antes había podido pesar el saco por completo, hasta el último grano, sin que la balanza se viera superada y uno de los platillos acabara inclinado sobre la mesa. Sin embargo, restablecía el equilibrio añadiendo veintinueve granos al platillo opuesto. Ahora permanecía paralizado, con la cabeza echada hacia atrás. El saco estaba vacío, pero el potencial de la balanza se había vuelto inconmensurable. Con ella podía medir cualquier cantidad, desde el grano más pequeño a libra tras libra de oro. La avaricia se apoderó con fuerza de su corazón. El sol continuó avanzando hacia el oeste hasta que asomó por la puerta abierta e iluminó los platillos llenos de oro. Los valiosos montones, como los senos dorados de una Cleopatra de bronce, reflejaron la luz en un amarillo tenue. El tiempo y el espacio dejaron de existir.

—¡Por Dios bendito! Pero si ahí tienes unas cuantas libras en oro, ¿no?

Jacob Kent se dio la vuelta a la vez que se apoderaba de su arma de fuego de dos cañones, que siempre estaba a mano. Pero cuando sus ojos se centraron en el rostro del intruso, retrocedió mareado. ¡Aquél era el hombre de la cara cortada!

El recién llegado lo miró con curiosidad.

—No te preocupes —le dijo mientras hacía un gesto despectivo con la mano—. No pienses que podría hacerte daño para quitarte el oro. Mira que eres raro —añadió al ver el sudor que bañaba el rostro de Kent y cómo le temblaban las piernas—. ¿Por qué no dices algo? —insistió mientras el otro intentaba recuperarse—. ¿Qué te pasa?

—¿Cómo te la hiciste? —consiguió preguntar Kent por fin, señalando con un índice tembloroso la horrible cicatriz que cruzaba la cara del otro.

—Un compañero de tripulación me hizo bajar del palo mayor con el pico de un marlín. Y ahora que por fin has empezado a hablar me gustaría saber qué más te da eso. Dime, ¿qué más te da? ¡Demonios! ¿Te molesta? ¿Te parece poca cosa? ¡Eso me gustaría saber a mí!

—No, no —respondió Kent mientras se dejaba caer en una banqueta y sonreía de forma enfermiza—. Solo era curiosidad.

—¿Has visto otra igual? —continuó el otro en tono agresivo.

—No.

—¿A que es una maravilla?

—Sí.

Kent asintió con la cabeza, deseando contentar a aquel extraño visitante pero sin esperar el estallido que provocó su intento por ser amable.

—¡Serás condenado, maldito hijo de un lampazo! ¿Cómo se te ocurre decir que la cosa más espantosa que Dios Todopoderoso ha puesto jamás en la cara de un hombre es una maravilla? ¿Qué pretendes? Serás…

Y aquel fiero hijo del mar empezó a soltar una serie de blasfemias orientales en las que mezclaba dioses y demonios, linajes y hombres, metáforas y monstruos con un énfasis tan salvaje que Jacob Kent se quedó paralizado. Retrocedió con los brazos en alto como si quisiera evitar ser víctima de violencia física. Tan desconcertado se mostraba que el otro se detuvo en plena perorata y lanzó una carcajada atronadora.

—El sol ha reventado el fondo del camino —dijo el hombre de la cara cortada entre ataques de risa—. Espero que valores la oportunidad de relacionarte con un hombre con mi cara. Échale leña a esa cocina. Voy a desatar a los perros y darles de comer. Y no seas tímido con la leña, amigo, que hay más donde cogiste esta y tú tienes tiempo para echarte el hacha a la espalda. Ya de paso, tráete un cubo de agua. ¡Date prisa! 0 iré yo a buscarte, te lo aseguro.

Semejante cosa era inconcebible. Jacob Kent preparando el fuego, cortando leña y llevando agua, ¡haciendo esas tareas ingratas para contentar a un huésped! Cuando Jim Cardegee salió de Dawson lo hizo con la cabeza

llena de las iniquidades de aquel Shylock del camino y durante el viaje sus numerosas víctimas fueron aumentando la lista de sus faltas. Jim Cardegee, con el gusto por las bromas propio de un marinero, había decidido al entrar en la cabaña que le bajaría un tanto los humos a su ocupante. Reconocía haber tenido mucho más éxito del que esperaba, aunque no tenía ni idea del importante papel que había jugado la cicatriz de la mejilla. Pero a pesar de no comprenderlo, veía el terror que provocaba y decidió explotarlo con tan poco remordimiento como un comerciante moderno se aprovecha de la calidad de algunas mercancías.

—Pero si eres un trabajador incansable —le dijo lleno de admiración, con la cabeza inclinada hacia un lado mientras su anfitrión trajinaba—. No sé cómo se te ocurrió probar suerte en el Klondike. Tú has nacido para llevar un pub. Mira que he oído a los muchachos hablar de ti río abajo, pero no tenía ni idea de que fueses tan amable.

Jacob Kent sintió una necesidad imperiosa de dispararle con su arma, pero el tajo de la cara ejercía sobre él una fascinación demasiado fuerte. Aquél era el auténtico hombre de la cara cortada, el hombre que tantas veces le había robado en espíritu. Por lo tanto, aquella era la entidad encarnada del ser cuyo cuerpo astral se había proyectado en sus sueños, el hombre que con tanta frecuencia albergaba planes para hacerse con su tesoro. Por eso —no podía alcanzar otra conclusión— aquel hombre de la cara cortada había llegado en carne y hueso a robarle. ¡Esa cicatriz! No podía apartar los ojos de ella, como no podía evitar que le latiese el corazón. Por más que lo intentaba, su mirada volvía a ella una y otra vez, igual que la brújula vuelve siempre al Norte.

—¿Te molesta? —atronó Jim Cardegee de repente, al levantar la vista de las mantas que estaba estirando y encontrarse con la mirada fija del otro—. Me parece que deberías cerrar la boca, soplar la vela e irte a dormir, viendo lo mucho que te molesta. Limítate a eso, lampazo, o conseguirás que me quede con tu tesoro.

Kent se puso tan nervioso que tuvo que soplar tres veces para apagar la lámpara de grasa y se metió entre las mantas sin siquiera quitarse los mocasines. El marinero enseguida empezó a roncar con fuerza desde su dura cama en el suelo, pero Kent permaneció con la vista fija en la oscuridad y una mano en la escopeta, decidido a no cerrar los ojos en toda la noche. No había tenido oportunidad de ocultar sus cinco libras de oro, que permanecían en la caja de la munición, en la cabecera de su catre. Pero, por más que quiso evitarlo, al final se durmió, con el peso de su oro aplastándole el alma. De no haberse dormido sin darse cuenta y en semejante estado mental, el demonio

del sonambulismo no se habría despertado y al día siguiente Jim Cardegee no habría recogido oro con una batea.

El fuego luchó una batalla perdida y acabó por apagarse mientras el hielo se colaba por las grietas cubiertas de musgo entre los troncos y enfriaba la temperatura del interior. Afuera los perros dejaron de aullar y se acurrucaron en la nieve para soñar con un paraíso lleno de salmones donde no había ni guías de perros ni dueños igual de exigentes. Dentro, el marinero dormía como un tronco mientras su anfitrión daba vueltas inquieto, víctima de extrañas fantasías. Ya cerca de la medianoche se despojó de repente de las mantas y se puso de pie. Resultaba increíble que pudiese hacer lo que entonces hizo sin siquiera encender una cerilla. Tal vez mantenía los ojos cerrados debido a la oscuridad o puede que fuese por miedo a ver la horrible cicatriz en la mejilla de su visitante, pero en cualquier caso lo cierto es que, sin ver, abrió la caja de la munición, introdujo una carga muy pesada en la boca del arma sin derramar ni una sola partícula y la compactó con papel, después lo guardó todo y volvió a la cama.

Jacob Kent se despertó cuando el alba posó sus dedos grises como el acero en la ventana de pergamino. Se puso de lado, abrió la tapa y miró en la caja de la munición. Lo que vio —o lo que no vio— provocó en él un efecto muy peculiar, teniendo en cuenta su temperamento neurótico. Miró al hombre que dormía en el suelo, cerró la tapa despacio y se puso boca arriba. Su rostro reflejaba una calma inusitada. Ni un solo músculo temblaba. No existía el menor rastro de emoción o inquietud. Permaneció tumbado mucho tiempo, pensando, y cuando se levantó y empezó a moverse de un lado a otro lo hizo con frialdad y serenidad, sin ruido y sin prisa.

Había un colgador de madera, muy resistente, en la cumbrera de la cabaña, sobre la cabeza de Jim Cardegee. Jacob Kent, trabajando despacio, pasó un pedazo de manila de un centímetro y medio de grosor y dejó que ambos extremos llegasen al suelo. Uno lo ató a su cintura y en el otro hizo un nudo corredizo. Luego amartilló el arma y la dejó a mano, junto a varias tiras de piel de alce. Logró soportar la visión de la cicatriz haciendo un esfuerzo sobrehumano, colocó la soga alrededor del cuello del durmiente y la apretó con su propio peso al retroceder mientras cogía de nuevo el arma y apuntaba.

Jim Cardegee se despertó ahogándose, desconcertado, y con los pozos de acero gemelos ante su rostro.

—¿Dónde está? —preguntó Kent mientras relajaba un poco la cuerda.

—¡Maldito…! Ag…

Kent se limitó a desplazar su propio peso hacia atrás y dejó al otro sin aire.

—¡Qué demonios…! Ah…

—¿Dónde está? —repitió Kent.

—¿El qué? —preguntó Cardegee en cuanto recuperó el aliento.

—El oro en polvo.

—¿Qué oro en polvo? —quiso saber el marinero, perplejo.

—Lo sabes de sobra. El mío.

—No lo he visto. ¿Qué te crees que soy? ¿Una caja fuerte? ¿Qué tengo yo que ver con eso?

—Puede que lo sepas o puede que no, pero te dejaré sin aire hasta que lo sepas. Y si mueves una sola mano, te vuelo la cabeza.

—¡Alto, no leves anclas! —atronó Cardegee mientras la cuerda se tensaba.

Kent disminuyó un poco la tensión y el marinero, meneando el cuello como si fuese debido a la presión, consiguió aflojar un poco el nudo y desplazarlo hasta lograr que el punto de contacto quedase bajo la barbilla.

—¿Y bien? —preguntó Kent, a la espera de una confesión.

Pero Cardegee sonrió.

—¡A ver si puedes colgarme, mesonero de baja estofa!

Entonces, tal y como el marinero esperaba, la tragedia se convirtió en una farsa. Cardegee pesaba más y Kent, aunque tiraba hacia atrás de su cuerpo, no conseguía levantar al otro del suelo por completo. Estirándose y esforzándose al máximo, los pies del marinero aún tocaban el suelo y sostenían parte de su peso. El resto lo soportaba el punto de contacto bajo la barbilla. A pesar de no lograr que se balanceara en el aire, Kent continuó tirando, dispuesto a estrangularlo lentamente u obligarlo a decir qué había hecho con su tesoro. Pero el hombre de la cara cortada no se ahogaba. Pasaron cinco, diez minutos y al cabo de ese tiempo, desesperado, Kent permitió que el cuerpo del prisionero descendiera.

—Bueno —dijo mientras se secaba el sudor—, si no puedo colgarte, te pegaré un tiro. Hay quien no nace para morir ahorcado

—Pues vas a dejar la cabaña hecha un asco —respondió Cardegee, en un intento por ganar tiempo—. Escucha, esto es lo que haremos: vamos a intentar razonar. Tú has perdido oro en polvo y dices que yo sé dónde está, pero te aseguro que no lo sé. Podemos buscarlo y establecer un rumbo…

—¡Levo anclas! —exclamó Kent, imitando con malicia el lenguaje náutico del otro—. Aquí los rumbos los establezco yo y nadie más. Tú te

limitas a observar. Y si haces otra cosa que no sea eso, te pego un tiro como hay Dios.

—Por el bien de mi madre…

—De la que Dios se apiade, si te quiere. ¡Ah, para ya! —Impidió un movimiento hostil por parte del otro al apretarle el frío cañón del arma contra la frente—. ¡Quédate quieto! Si mueves un solo pelo, te mato.

Fue una tarea complicada, manteniendo el gatillo del arma siempre a la distancia mínima para poder disparar, pero Kent era tejedor y en pocos minutos había conseguido atar de pies y manos al marinero. Luego lo arrastró al exterior y lo dejó junto a la cabaña, desde donde podía divisar el río y observar el ascenso del sol hacia el meridiano.

—Te doy hasta el mediodía. Después…

—¿Qué?

—Tomarás el camino del infierno. Pero si hablas, te mantendré con vida hasta que pase por aquí la Policía Montada.

—¡Que me parta un rayo si esto no es el colmo! Aquí estoy yo, inocente como un corderillo, y ahí estás tú, que has perdido la cabeza y el control, me has engañado y pretendes mandarme al infierno. ¡Serás pirata! ¡Eres…!

Jim Cardegee se entregó a decir blasfemias y groserías y se superó a sí mismo. Jacob Kent sacó una banqueta para disfrutar de la situación con comodidad. Tras agotar todas las combinaciones posibles de su vocabulario, el marinero se calmó y se concentró en pensar, pendiente del avance del sol, que ascendía la ladera Oeste de los cielos con una prisa innecesaria. Sus perros, sorprendidos porque no los hubiese enganchado al trineo hacía ya rato, lo rodeaban. Los animales percibían su impotencia. Se daban cuenta de que algo iba mal, aunque no sabían qué era, y permanecían a su lado, aullando como muestra de su compasión.

—¡Silencio! ¡Que os calléis! —gritó.

Empezó a moverse como un gusano en su intento por darles patadas y descubrió que se tambaleaba en el borde de un declive. En cuanto los animales se dispersaron, se concentró en encontrar el significado de aquel declive, que sentía pero no podía ver. No tardó en llegar a la conclusión acertada. Pensó que el hombre es vago por naturaleza y que no hace más de lo necesario. Cuando construye una cabaña debe poner tierra sobre el tejado. Partiendo de esas premisas, lo lógico era suponer que recogería la tierra lo más cerca posible. Por lo tanto, yacía sobre el borde del agujero del que habían sacado la tierra para cubrir el tejado de la cabaña de Jacob Kent. Pensó que ese conocimiento, bien utilizado, podría prolongar las cosas y luego

centró su atención en las tiras de piel de alce que lo sujetaban. Tenía las manos atadas a la espalda, sobre la nieve, y estaban húmedas debido al contacto con ella. Sabía que la piel sin curtir al humedecerse tendía a estirarse y, sin realizar ningún esfuerzo aparente, se las arregló para conseguir que fuese cediendo cada vez más.

Miraba hacia el camino con hambre y cuando, en la dirección de Sixty Mile, un punto oscuro se recortó durante un momento contra el fondo blanco de una presa de hielo, le echó una mirada ansiosa al sol. Casi había llegado al cénit. De vez en cuando distinguía el punto negro atravesando las colinas de hielo y desapareciendo temporalmente en las depresiones intermedias, pero no se permitía dedicarle más que algunas miradas superficiales por miedo a despertar las sospechas de su enemigo. En una ocasión, cuando Jacob Kent se puso de pie y observó con atención el camino, Cardegee tuvo miedo, pero el trineo se encontraba en una parte de la senda que discurría paralela a una de las presas y permaneció oculto a la vista hasta que pasó el peligro.

—Haré que pagues por esto —amenazó Cardegee para llamar la atención del otro—. Te pudrirás en la cárcel. Sí, ya lo verás.

—Oye —exclamó tras otra pausa—, ¿crees en los fantasmas? —El respingo de Kent le indicó que iba por buen camino y continuó—: Un fantasma tiene derecho a aparecérsele a quien no cumpla su palabra. Y no puedes deshacerte de mí antes de las ocho campanadas, me refiero a las doce, ¿verdad que no? Porque si lo haces, no te dejaré en paz y me apareceré ante ti. ¿Me oyes? Un minuto, un segundo antes de tiempo y te perseguiré.

Jacob Kent no parecía muy convencido pero no dijo nada.

—¿Qué tal funciona tu cronómetro? ¿Cuál es tu longitud? ¿Cómo sabes que tienes bien la hora? —Cardegee insistió, con la esperanza de robarle unos minutos a su verdugo—. ¿La hora que sigues es la del acuartelamiento o la de la compañía? Porque si lo haces antes de tiempo, no te daré descanso. Te lo advierto, regresaré. Y si no tienes bien la hora, ¿cómo podrás estar seguro de que no te adelantas? Eso es lo que quiero saber, ¿cómo estarás seguro?

—Te despacharé sin problemas —contestó Kent—. Tengo un reloj de sol.

—No sirve. La variación de la aguja es de treinta y dos grados.

—Lo he delimitado con estacas.

—¿Y cómo hiciste los cálculos? ¿Con la brújula?

—No. Las alineé con la estrella polar.

—¿Seguro?

—Seguro.

Cardegee gruñó y luego echó una ojeada al camino. El trineo acababa de superar una cuesta, a un kilómetro y medio de distancia como mucho, y los perros corrían y avanzaban a buen ritmo.

—¿A qué distancia está la sombra de la línea?

Kent se acercó al primitivo reloj y lo observó.

—A siete centímetros —contestó después de estudiarlo con atención.

—Oye, antes de apretar el gatillo, di en alto: «Ocho campanadas», por favor.

Kent aceptó y ambos guardaron silencio. La tira de piel que rodeaba las muñecas de Cardegee iba cediendo y había empezado a arrastrarla por encima de las manos.

—¿A cuánto está la sombra?

—A poco más de dos centímetros.

El marinero se retorció ligeramente para asegurarse de que iba a poder lanzarse al agujero en el momento adecuado y se libró de la primera vuelta de la tira de piel.

—¿A cuánto?

—A un centímetro.

En ese momento Kent oyó el ruido estridente de los patines y dirigió la vista al camino. El guía iba tumbado en el trineo y los perros recorrían ya el tramo recto que llevaba a la cabaña. Kent retrocedió y se llevó el arma al hombro.

—¡Aún no son las ocho campanadas! —argumentó Cardegee—. ¡Te perseguiré sin descanso!

Jacob Kent vaciló. Estaba de pie junto al reloj de sol, a unos diez pasos de su víctima. Seguramente el hombre del trineo se había dado cuenta de que ocurría algo raro porque se puso de rodillas y castigaba sin descanso a los perros con el látigo.

La sombra llegó a la línea. Kent acercó el ojo al punto de mira.

—¡Prepárate! —ordenó con voz solemne—. Ocho c…

Pero Cardegee se dejó caer hacia atrás en el agujero una fracción de segundo antes de tiempo. Kent contuvo el disparo y corrió hacia el borde. ¡Bang! Disparó en pleno rostro del marinero en el momento en que se levantaba. Pero de la boca del arma no salió humo, sino que, cerca de la culata, de un lado del cañón, se produjo una llamarada y Jacob Kent cayó al suelo. Los perros subieron corriendo el terraplén y arrastraron el trineo por encima de su cuerpo. El guía saltó en el momento justo en que Jim Cardegee conseguía liberar las manos por completo y salía del agujero.

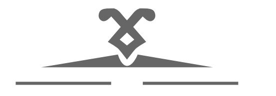
—¡Jim! —El recién llegado lo reconoció—. ¿Qué pasa?

—¿Qué pasa? Oh, nada de nada. Estas cosas las hago porque son buenas para la salud. ¿Que qué pasa, condenado idiota? ¿Qué pasa? Desátame los pies o te enteras de lo que pasa por las malas. ¡Date prisa o te utilizaré para pulir las cubiertas! Sí, hombre —continuó mientras el otro cortaba las ataduras de los pies con su cuchillo de monte—, ¿qué pasa? Ya me gustaría a mí saberlo. Dímelo tú, anda, ¿tú qué crees que pasa?

Kent estaba muerto cuando le dieron la vuelta. El arma, un modelo antiguo de los que se cargan por la boca y muy pesado, yacía junto a él. El metal y la madera se habían separado. Cerca de la culata del cañón derecho se abría hacia fuera una fisura de varios centímetros de longitud. El marinero sintió curiosidad y cogió el arma. Una nube de polvo dorado fluyó a través de la grieta. Jim Cardegee se dio cuenta de lo que había ocurrido.

—¡Mal rayo me parta! —rugió—. ¡Aquí está! ¡Aquí está el maldito oro en polvo! Que Dios me castigue, y a ti también, Charley, si no corres a coger la batea.

[1899]



El rey del Mazy May:
Una historia del Klondike

WALT MASTERS no es un chico muy grande, pero en su comportamiento hay hombría y, aunque no tiene ni idea de muchas de las cosas que saben los otros niños, conoce muchas más que el resto no domina. En su vida nunca ha visto un tren ni un ascensor, ni un maizal, un arado, una vaca o siquiera una gallina. Jamás se ha calzado unos zapatos ni ha ido de excusión o a una fiesta, ni ha hablado con una chica. Pero ha visto el sol a medianoche, las barreras de hielo en uno de los ríos más imponentes y ha jugado bajo la aurora boreal; el único niño blanco en miles de kilómetros cuadrados de desierto helado.

Durante los catorce años de su vida, Walt ha caminado siempre protegido por mocasines de piel de alce curtida al sol y puede ir a los campamentos indios, alardear ante los hombres y darles percal y abalorios a cambio de sus valiosas pieles. Sabe hacer pan sin bicarbonato, levadura o lúpulo, matar a un alce a trescientos metros de distancia y lograr que los perros lobo recorran ochenta kilómetros al día de camino apisonado.

Además, tiene buen corazón y no teme a la oscuridad ni a la soledad, ni a hombre, bestia o cosa alguna. Su padre es un buen hombre, fuerte y valiente, y Walt se parece a él.

Walt nació a más de mil quinientos kilómetros Yukón abajo, en una factoría situada pasados los montes Rampart. Cuando su madre murió, su padre y él empezaron a viajar río arriba, etapa a etapa, de campamento en campamento, y ahora están asentados en el arroyo Mazy May, en la región del Klondike. El año pasado, ellos y algunos más le dedicaron mucho esfuerzo y tiempo al Mazy May y soportaron grandes penurias. El arroyo, a cambio, empezaba ahora a mostrarles sus riquezas y a recompensarles tanto trabajo. Pero la noticia de sus descubrimientos atrajo a hombres desconocidos que se dedicaron a ir y venir en los días cortos y las noches largas y cometieron grandes injusticias con quienes llevaban tanto tiempo trabajando en el arroyo.

Si Hartman salió a cazar alces y al regresar se encontró con que alguien había marcado su concesión con estacas nuevas y se había apoderado de ella.

George Lukens y su hermano perdieron sus concesiones de una forma parecida, al tardar demasiado en llegar a Dawson para registrarlas. Resumiendo, la historia de siempre. Un buen número de buscadores formales y muy trabajadores sufrieron pérdidas similares.

Pero el padre de Walt Masters había registrado su concesión al principio, de manera que Walt no tenía nada que temer aunque su padre hubiese partido en un breve viaje río White arriba en busca de cuarzo. Walt era muy capaz de quedarse solo en la cabaña, cocinarse tres comidas diarias y cuidar de todo. No solo se ocupaba de la concesión de su padre, sino que también había aceptado echarle un ojo a la de al lado, la de Loren Hall, que había salido camino de Dawson para registrarla.

Loren Hall era un hombre mayor y no tenía perros, por lo que viajaba muy despacio. Cuando ya había pasado cierto tiempo desde su partida llegó la noticia de que se había hundido en el hielo del arroyo Rosebud y los pies se le congelaron hasta el punto de no poder viajar en un par de semanas. Luego Walt Masters recibió la noticia de que Loren ya casi estaba bien y a punto de volver a salir hacia Dawson, a pie y tan rápido como le era posible a un hombre debilitado y mayor.

Sin embargo, Walt estaba preocupado. Cualquiera podría apropiarse de su concesión en cualquier momento, debido al retraso en registrarla, y en el Mazy May se había producido una nueva estampida. Al chico no le gustaba el aspecto de los recién llegados. Un día, cuando cinco de ellos se acercaron equipados con traíllas de perros de primera y el mínimo equipo de campamento posible, se dio cuenta de que estaban preparados para ser más veloces que nadie y decidió no perderlos de vista. Cerró con llave su cabaña y los siguió con cuidado de que no lo vieran.

No llevaba mucho tiempo vigilándolos y ya estaba seguro de que eran corredores de estampidas profesionales, decididos a apropiarse de toda cuanta concesión encontrasen. Walt se arrastró sobre la nieve que bordeaba el arroyo y los vio cambiar muchas estacas, destruir las viejas y colocar las nuevas.

Por la tarde, con Walt siempre pisándoles los talones, reemprendieron el camino de vuelta arroyo abajo, desataron a los perros y montaron el campamento a dos concesiones de su cabaña. Cuando vio que se disponían a cocinar, corrió a su casa para comer algo él también y luego volvió junto a ellos. Estaba tan cerca que los oía hablar y, cuando apartaba un poco la maleza, también podía verlos. Habían terminado de cenar y fumaban junto a la hoguera.

—Este arroyo es bueno; muchachos —dijo un tipo grande, de barba oscura, que parecía el cabecilla—. Creo que lo mejor sería salir esta noche. Los perros podrán seguir el camino. Además, hoy saldrá la luna. ¿Qué decís?

—Pero va a hacer un frío bestial —objetó otro—. Ahora ya hay 40 °C bajo cero.

—¿No puedes conservar el calor saltando del trineo y corriendo detrás de los perros? —preguntó un irlandés—. ¿Cómo negarse? Este arroyo vale un dineral, pero de los buenos. Ya sé que no resulta muy elegante correr para ganar dinero, pero es que si no corremos a lo mejor nos quedamos sin nada.

—Es verdad —dijo el cabecilla—. Si conseguimos llegar a Dawson y registrar las concesiones, seremos ricos. Sabe Dios cuántos nos han seguido la pista, nos han vigilado y quizás ya hayan salido a dar la voz de alarma. Lo que tenemos que hacer es dejar descansar un poco a los perros y luego lanzarnos al camino con todas nuestras fuerzas. ¿Qué os parece?

Sin duda los hombres estaban de acuerdo con su cabecilla porque Walt Masters no oyó más que el tintineo de los platos de hojalata al lavarlos. Se asomó a mirar con cuidado y vio al líder estudiando un pedazo de papel. Walt supo enseguida de qué se trataba. Era una lista de las concesiones sin registrar del Mazy May. Cualquiera podía conseguirlas: bastaba con solicitarlas en la oficina del comisario del oro en Dawson.

—Treinta y dos —dijo el cabecilla, levantando la cabeza para mirar a sus hombres—. Hay treinta y dos sin registrar. Y esta es la treinta y tres. Venga, vamos a verla. Esta mañana al pasar me fijé en que alguien había estado trabajando en ella.

Lo acompañaron tres de los hombres y el otro se quedó en el campamento. Walt los siguió con mucho cuidado hasta que llegaron al pozo de Loren Hall. Uno bajó y encendió una hoguera en el fondo para derretir la grava congelada, mientras los otros encendían un segundo fuego en el depósito y derretían agua en un par de bateas que luego vertieron sobre un pedazo de lona extendido entre dos troncos y que Loren Hall utilizaba para lavar su oro.

El hombre del pozo enseguida les envió un par de cubos de tierra y Walt vio a los otros acercarse ansiosos a su líder mientras él se dedicaba a lavarla. Cuando terminó se quedaron mirando fijamente la ancha franja de arena negra y granos de oro depositados en el fondo de la batea y uno de ellos llamó, muy nervioso, al hombre que se había quedado en el campamento. Loren Hall había encontrado un yacimiento millonario y su concesión permanecía sin registrar. Estaba claro que pensaban apoderarse de ella.

Walt permaneció tumbado en la nieve, reflexionando con rapidez. No era más que un crío, pero en vista de la terrible injusticia que amenazaba a Loren Hall, un hombre mayor y cojo, pensó que debía hacer algo. Aguardó y los observó, con la decisión ya tomada, hasta que vio que empezaban a alinear nuevas estacas. Luego se alejó de allí arrastrándose y, cuando estuvo seguro de que ya no podían oírle, se dirigió veloz hacia el campamento de los corredores de estampidas. El padre de Walt se había llevado sus perros en su viaje de exploración y el chico sabía que, sin la ayuda de los perros, sería incapaz de cubrir los más de ciento diez kilómetros que lo separaban de Dawson.

Al llegar al campamento, con ojo experto escogió el trineo más ligero y empezó a enganchar a los perros de los corredores de estampidas. Había tres traíllas de seis perros cada una y de entre todos eligió a los diez mejores. Conocedor de lo importante que era contar con un buen perro guía, se esforzó por descubrir cuál podía ser el líder, pero tenía poco tiempo porque ya empezaba a oír las voces de los hombres que regresaban. Para cuando tuvo el equipo listo y estaba dispuesto a partir, los corredores de estampidas aparecieron en un espacio abierto a menos de cien metros del camino, que discurría por el lecho del arroyo. Le gritaron, pero no hizo caso, cogió una de las mantas para dormir que estaba tirada sobre la nieve y saltó al trineo.

—¡Corred! ¡Vamos! ¡En marcha! —gritó a los animales mientras hacía restallar el látigo entre ellos.

Los perros arrancaron con tanta fuerza que el chico estuvo a punto de caerse. Al tomar la curva para adentrarse en el arroyo, el trineo perdió el equilibrio y se balanceó sobre un solo patín. Walt aguantó la respiración, nervioso, pero el trineo recuperó la estabilidad y se lanzó camino adelante. La orilla del arroyo era alta y no le permitía ver aunque oía los gritos de los hombres y supo que corrían para intentar cortarle el paso.

No quería ni pensar lo que ocurriría si lo lograban: se agarró con fuerza al trineo mientras el corazón latía desbocado y observó el borde de nieve de la orilla, que quedaba por encima de su cabeza.

De repente, sobre ese borde vio volar el cuerpo del irlandés, que había saltado hacia el trineo en un desesperado intento por capturarlo, aunque lo hizo un segundo tarde. Aterrizó sobre la cola, perdió el equilibrio y cayó hacia atrás sobre la nieve, pero, con la rapidez de un felino, se agarró al trineo con una mano, se dio la vuelta y se dejó arrastrar por el hielo sobre el pecho, mientras maldecía al muchacho y lo amenazaba con cosas espantosas si no

detenía a los perros. Pero Walt le golpeó con fuerza los nudillos con el mango del látigo hasta que se soltó.

Desde la concesión de Walt hasta el Yukón había doce kilómetros; doce kilómetros muy tortuosos porque el arroyo zigzagueaba como una serpiente, «haciéndose nudos a sí mismo», como decía George Lukens. Debido a lo sinuoso del camino, los perros no podían alcanzar su velocidad máxima y el trineo se atascaba en cada curva, unas veces a la derecha y otras a la izquierda.

Los viajeros que subían y bajaban por el cauce del Mazy May a pie, con mochilas a la espalda, se negaban a tomar todas las curvas y acortaban, abriendo atajos que cruzaban las estrechas franjas de tierra entre meandros. Dos de sus perseguidores habían retrocedido para enganchar al resto de los perros, pero los otros aprovecharon esos atajos, corriendo a pie, y cuando quiso darse cuenta casi lo habían alcanzado.

—¡Alto! —le gritaron—. ¡Detente o disparamos!

Pero Walt azuzó más a loé perros y tomó la curva con un par de balas de revolver silbando tras él. En la siguiente curva habían acortado aún más la distancia que los separaba y las balas cayeron incómodamente cerca, pero en ese punto el Mazy May se enderezó y durante casi un kilómetro discurrió como vuela el cuervo. Los perros pudieron correr con su zancada larga de lobo y los hombres, agotados, bajaron el ritmo y esperaron a que llegase su trineo.

Walt miró por encima del hombro y dedujo que no habían renunciado a perseguirlo que no tardarían en volver a acosarlo, así que se envolvió bien con la manta de pieles para protegerse del mordisco del aire y se tumbó sobre el trineo vacío, sin dejar de animar a los perros como bien sabía hacer.

Por fin, de repente y entre dos islas, llegó al impresionante Yukón, que se extendía grandioso hacia el Norte. Desde una orilla no alcanzaba a ver la otra y, a la luz del crepúsculo, parecía un mar gigantesco de quietud congelada. No se oía sonido alguno, excepto la respiración de los perros y el ruido de los patines del trineo al rozar el hielo.

Hacía varias semanas que no nevaba y el tráfico había apisonado la ruta del río hasta dejarla dura y cristalina como el hielo reflectante: el trineo volaba y los perros mantenían bien la dirección, aunque Walt enseguida descubrió que había cometido un error al elegir al guía. Como avanzaban en fila india, sin riendas, debía guiarlos con la voz y resultaba evidente que el perro que iba en cabeza no diferenciaba entre «¡arre!» e «¡izquierda!». Se

cerraba demasiado en las curvas y a veces obligaba a sus compañeros a pisar la nieve blanda, por lo que hizo volcar el trineo en varias ocasiones.

No soplaba el viento, pero la velocidad a la que viajaba provocaba ráfagas cortantes que, con el termómetro a 40 °C bajo cero, traspasaban pieles y carne y llegaban hasta los huesos. Consciente de que si permanecía siempre sobre el trineo moriría congelado y conocedor de las costumbres de quienes viajan por el Ártico, Walt acortó una de las correas que llevan los trineos para atar el equipo y, cuando sentía que se congelaba, se agarraba a ella, saltaba del trineo y corría tras él hasta que recuperaba el calor. Luego se subía otra vez y descansaba hasta que se veía en la necesidad de repetir el proceso.

Si miraba atrás veía el trineo de sus perseguidores tirado por ocho perros que subía y bajaba los montículos de hielo como un barco en una ruta marina. Con él iban el irlandés y el de la barba negra, turnándose a correr y a dirigirlo.

Cayó la noche y en la oscuridad de la primera hora Walt, desesperado, se esforzó por gobernar a sus perros. Debido a la falta de un buen perro guía, los demás se hundían constantemente en la nieve en polvo y el trineo también se desviaba del camino. La tensión y el trabajo de más para enderezarlo y ganar terreno lo agotaban. Si no tuviese tanta prisa, los habría dejado a su aire, pero temía que los corredores de estampidas se acercasen demasiado en la oscuridad y lograsen alcanzarlo. Sin embargo, de vez en cuando los oía gritar a sus perros y por los ruidos sabía que se aproximaban muy despacio.

Cuando salió la luna ya había pasado Sixty Mile y Dawson quedaba a ochenta kilómetros. Estaba casi exhausto y dejó escapar un suspiro de alivio al subirse de nuevo al trineo. Miró atrás y vio que sus enemigos se habían acercado hasta encontrarse a menos de cuatrocientos metros, distancia a la que permanecían como un punto negro en movimiento sobre el blanco lecho del río. Por más que se esforzaban no conseguían acortar ese espacio y, por más que se esforzaba él, no lograba ampliarlo.

Ya había descubierto cuál era el perro más apropiado para hacer de guía y sabía que podría dejarlos atrás si lograba cambiar un perro por el otro. Pero eso resultaba imposible porque un solo minuto de retraso a la velocidad que llevaban permitiría que se le echaran encima.

Cuando dejó atrás la desembocadura del arroyo Rosebud y llegaba a la cima de un montículo, el sonido metálico de una bala al clavarse en el hielo a su lado y el ruido del disparo le indicaron que en esa ocasión utilizaban un rifle. A partir de entonces, cada vez que alcanzaba la cima de una barrera de hielo, se tumbaba sobre el trineo que no paraba de dar saltos hasta que el

ruido de los disparos le indicaba que estaba seguro mientras no llegase a la barrera siguiente.

Resulta muy difícil permanecer tumbado en un trineo que no para de moverse, dando saltos, cayendo en picado y haciendo guiñadas como un barco con viento a favor y disparar a la engañosa luz de la luna a un objeto que se encuentra a cuatrocientos metros de distancia sobre otro trineo en movimiento que realiza las mismas excentricidades. Por eso no es de extrañar que el cabecilla de la barba morena no diese en el blanco.

Tras varias horas de lo mismo durante las que quizás unas veinte balas cayeron cerca de él, empezaron a quedarse sin munición y a disparar a un ritmo inferior. Tenían más cuidado y solo tiraban para aprovechar las mejores oportunidades. Además, empezaba a dejarlos atrás porque la distancia entre ellos ya era de seiscientos metros.

Al llegar a la cima de una barrera de hielo enorme, pasado el río Indian, Walt Masters sufrió el primer accidente. Una de las balas pasó muy cerca de él y le dio al perro guía.

El pobre animal cayó de repente, con el resto de la traílla apelotonada encima de él.

Como un rayo, Walt llegó junto al guía, cortó los tirantes con su cuchillo de caza, apartó del camino al animal moribundo y empezó a ordenar al resto.

Miró hacia atrás. El otro trineo se acercaba como un tren expreso. Con la mitad de los perros aún sin organizar gritó: «¡En marcha!», y saltó al trineo en el momento en el que el otro se situaba a su altura.

El irlandés se preparaba para lanzarse sobre él —estaban tan seguros de que ya lo tenían que no dispararon— cuando Walt los atacó con el látigo y todas sus fuerzas.

Los golpeó en la cara y el hombre debe utilizar las manos para protegerse el rostro, por eso tampoco dispararon entonces. Antes de que pudiesen recuperarse del chaparrón de golpes, Walt extendió los brazos desde su trineo, agarró al perro guía de ellos por las patas delanteras en la mitad de un salto y tiró de él con fuerza. Eso provocó que la traílla entera se enredase, hiciera volcar el trineo y dejase a sus enemigos metidos en un buen lío.

Walt se alejó volando mientras los patines de su trineo chirriaban sobre la superficie congelada. Lo que había parecido un accidente al final resultaba una bendición. Ahora llevaba delante al perro guía adecuado, que se ceñía sin problemas al camino y aullaba de placer al hacer avanzar a sus compañeros.

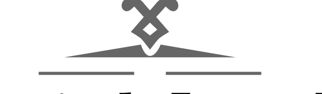
Para cuando alcanzó el arroyo de Ainslie, a veintisiete kilómetros de Dawson, Walt había dejado muy atrás a sus perseguidores, que no eran más

que un punto diminuto en la lejanía. En la isla Monte Cristo dejó de verlos. Y en el arroyo Swede, cuando el alba plateaba los pinos, se tropezó con el campamento del pobre Loren Hall.

Casi en el mismo tiempo que lleva contarlo, Loren enrolló sus pieles para dormir y se subió al trineo de Walt. Permitieron que los perros viajasen más despacio ya que no había ni rastro de sus perseguidores y, en el momento justo en que se detuvieron a la puerta de la oficina del comisario del oro, en Dawson, Walt, que había mantenido los ojos abiertos hasta el último instante, se quedó dormido.

Debido a lo que Walt Masters hizo aquella noche, los hombres del Yukón se sienten muy orgullosos de él y desde entonces lo llaman el rey del Mazy May.

[1899]



El escarnio de Loren Ellery



L BUEN DIOS, en Su inescrutable sabiduría, había decidido incluir dos almas de mujer en dos cuerpos muy hermosos y hacer que se amaran profundamente la una a la otra. Además consideró prudente crearlas hermanas para que dicho afecto pudiese florecer al máximo sin caer presa de los gérmenes letales que suelen sembrarse en el curso de la existencia femenina. Tras hacer todo eso, resulta evidente que descansó de Sus tareas y dejó a las dos criaturas al antojo del azar.

El azar se portó con sensatez durante mucho tiempo, pero, tras permitirles llegar a la edad adulta una en compañía de la otra, las separó por la mitad del ancho de uno de los estados del Oeste y las obligó a vivir en lugares diferentes: una en una metrópolis llena de humo de la costa y la otra en un gran valle donde se veían tantas estrellas como guijarros en una gravera. El azar también provocó situaciones extrañas en sus vidas y les envió un hombre. Ese hombre llegó bien recomendado por su decencia moral, integridad profesional, cuentas bancarias boyantes, cartas de crédito y de presentación incondicionales y su buen aspecto. Se hizo muy amigo de Ernestine, que vivía en la ciudad de la costa, y creyó que pensaba mucho en ella. Cuando ya se conocían bien, Lute —a quien un antepasado imbécil había clasificado como Luella y que vivía en el valle— fue a visitar a su hermana Ernestine. Así fue como el hombre, llamado Loren Ellery, la conoció también a ella.

—¿Qué le parece Lute? —preguntó un día Ernestine, que era la mayor, después de que la visita de su hermana llegase a su fin en un cúmulo de amor fraternal, besos, advertencias y promesas.

—Mire, Erna —respondió Ellery, que desde hacía tiempo ejercía la prerrogativa de llamarla así—, sinceramente, Lute es una buena chica. No cabe duda. Es inteligente, hermosa, llena de vitalidad y tiene muy buen color. Pero su inteligencia es diferente a la de usted, al igual que su belleza, su vivacidad y su tez. Compréndame, es una jovencita muy mona, sí, pero… —Al llegar a este punto, asomó a sus ojos la expresión adecuada y observó a su interlocutora el número correcto de segundos para que hiciese efecto, luego

continuó diciendo—: Pero nunca podrá ser para mí lo que es usted. Me gusta, pero de una forma diferente a como me gusta usted. La admiro, pero no igual que a usted. Puedo respetarla e incluso podría haberla amado si usted y yo no nos hubiésemos conocido. Pero, tal y como son las cosas…

Ernestine exclamó: «¡Oh!», y ambos se sintieron muy satisfechos de sí mismos, del otro y de las cosas en general y en particular.

Al cabo de un tiempo el azar, con su manipulación traviesa y acostumbrada de los dados humanos, hizo que un hombre con una mina se cruzase en el camino de Loren Ellery. Según la afinidad existente entre los hombres que poseen capital económico y capital industrial, estos dos se reunieron para explotar los recursos de manera conjunta y beneficiarse mutuamente. Debido a ello Loren Ellery, que no deseaba verse estafado por el gentil del oeste, contrató a un experto en minas y fue a investigar el alcance del pozo practicado en la tierra. Resultó que la mina se encontraba entre las estribaciones de los montes que rodeaban al valle en el que Lute vivía y se movía.

Como la vida social era limitada y los viajeros escaseaban, la joven y Ellery se encontraron y se vieron muchas veces. La compañía de Lute le parecía tan agradable que día a día se demoraba e iba retrasando la fecha de su regreso. Con el tiempo se tomó sus libertades —y su lengua con él—, hasta que le dijo a Lute cosas que no debía haberle dicho y que ya había dicho antes.

—Sinceramente, Lute —confeso un día mientras tomaban té con hielo en el porche alargado y sombreado de ella, buscando adaptarse más cómodamente al ambiente tórrido que los rodeaba—, el asunto es que su hermana es una buena chica, muy lista y todo eso. No cabe la menor duda. Es hermosa, está llena de vitalidad, tiene una tez perfecta y todo lo demás, ya me entiende, es de esas jóvenes que encandilan a los hombres y consiguen que se enamoren de ellas a la primera, pero… —A ese «pero» le dio una entonación suave y más efectiva aún por la práctica, y luego continuó diciendo—: Pero nunca podrá ser para mí lo que es usted. Es guapa, pero usted también y además de una forma diferente. Puede atraer a la mayoría de los hombres, pero a mí no me atrae como lo hace usted. Resumiendo, que su hermana me gusta pero no existe similitud alguna entre eso y mi afecto por usted. Puedo admirarla y respetarla e incluso podría haberla amado si no la hubiese conocido a usted. Tal y como son las cosas… Querida Lute, dígame que me comprende.

Debido a que esta repetición de cumplidos estereotipados es una debilidad de la que sufre el género masculino en mayor o menor medida y que, de igual forma, agrada a todo el género femenino, no debemos considerarla un mal mayor. Y de ella no se habría derivado mal alguno si el buen Dios no hubiese adjudicado a Lute una personalidad dada a las confidencias y el azar la hubiese hecho visitar de nuevo la ciudad costera.

Mientras, Ellery poco pocha hacer para cambiar el curso de los acontecimientos porque se había dejado contagiar por la fiebre de la minería y se encontraba en las estribaciones de los montes próximos al valle con el fin de explorar más pozos hallados en la zona.

Por muy ligera y cuidadosamente que algunas mujeres abran sus corazones en confianza, como la caja de Pandora, su contenido acaba por salir al completo. Lute era una de esas criaturas y Ernestine había adquirido últimamente cierta habilidad necesaria para arrancarle sus secretos de jovencita.

La noche que se quedaron de charla hasta muy tarde, Lute tenía intención de contar una parte mínima del caso, pero poco a poco y sin darse cuenta, fue explayándose y revelando más y más hasta que los oídos de Ernestine reconocieron la concatenación de frases familiares y su «¿cómo has dicho?» precipitó los acontecimientos. Entonces, a esas confidencias añadieron, cada una el suyo, un relato más completo, y sopesaron y calcularon sus méritos y deméritos respectivos según los interpretaba el proteico Loren Ellery. Después, tras superar la sensación inmediata de disgusto y ofensa personal, se rieron y se durmieron la una en brazos de la otra, como hacen las hermanas.

Mientras, Loren Ellery, sin inquietarse, se organizaba y escalaba montañas, descendía al interior de pozos profundos y se arrastraba por túneles maquiavélicamente excavados por el hombre, aprendía las costumbres de los hombres del Oeste, se adaptaba a su hábitat y añadía a su vocabulario la nomenclatura de las minas y el idioma de la frontera. En otoño, cuando regresó a la ciudad y se presentó en determinada residencia, se había vuelto como ellos y se sentía orgulloso de sus logros y sus propiedades mineras. Había solicitado ver a Ernestine, pero resultó que su hermana Lute también se encontraba allí para recibirlo.

La conversación se centró en las empalagosas naderías e inanidades corteses de la charla impersonal, mientras Ellery se las arreglaba de forma sutil para transmitir a cada una de ellas que su interés no había disminuido. Todo iba bien. Las palabras fluían con facilidad, sin que nada desentonase o presagiase discordancias.

—¡Ah, qué joven tan impresionante! —murmuró Ellery en medio de una pausa, mientras miraba con admiración hacia un retrato que colgaba en la pared, frente a él—. ¿Puedo preguntar quién es?

—Mi primo George—respondió Ernestine—. El que está en la Armada. Creo que ya le hablé de él.

—¿No le parece un tipo atractivo? —continuó Ellery.

—No cabe duda —estuvo de acuerdo Ernestine.

—No.

—Pero no como su hermano Herman —intervino Lute.

—Un joven bueno y encantador —continuó diciendo Ernestine—, lleno de vitalidad, energía y virilidad.

—Sí, eso parece —respondió Ellery, perplejo ante la leve familiaridad de las frases.

—Pero es tan distinto a su hermano —afirmó la parte del dueto que correspondía a Lute.

—Sinceramente —ahora hablaba Ernestine—, es de esos jóvenes que encandilan a las chicas, pero…

—Nunca podría amarlo como a Herman —interpoló Lute, asumiendo su papel.

«¡Qué raro!», pensó Ellery, que empezaba a sospechar.

—Es un joven estimable…

—Que podría gustarme…

—Pero no como su hermano…

—Al que podría admirar…

—Pero no como a Herman…

Ellery comprendió que estaban haciendo escarnio de él y sonrió como un idiota.

—A quien podría respetar…

—Y podría haber amado…

—De no haber conocido…

—A su hermano Herman…

—Y al que… Pero, señor Ellery —se interrumpió Ernestine con tanta inocencia como premura—, ¿no pensará irse? ¿Tan pronto?

—He disfrutado muchísimo, se lo aseguro. —Ellery se había puesto en pie tras mirar el reloj, con cierto rubor en las mejillas, pero sin perder el dominio de sí mismo—. Me alegro mucho de haberlas vuelto a ver, desde luego, pero ahora he de irme.

—¿Y no se queda un ratito más para tomar el té? —dijo Ernestine e hizo ademán de llamar al servicio.

—Me encantaría, sinceramente. —Mientras hablaba se iba acercando a la puerta—. No tenía ni idea de que fuese tan tarde. El tiempo ha pasado volando. Pero debo ver a un hombre para hablar de un proyecto. La mina me roba tanto tiempo.

—Entonces adiós, señor Ellery. —La laringe de Ernestine vibraba delicadamente debido a la decepción, cuando le tendió la mano—. Espero que vuelva pronto…

—Para ver a nuestro primo George…

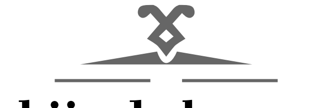
—Y a su hermano Herman…

—Es igual que en el retrato y sé que le gustará…

—Aunque de una forma diferente a cómo le gustará su hermano Herm…

Pero Loren Ellery, temeroso de sufrir un ataque de pasión primigenia, se había lanzado escaleras abajo sin poder contenerse.

[1899]



La hija de la aurora

TÚ, ¿CÓMO LLAMARTE…? Hombre vago. Tú, hombre vago, deseas tenerme de esposa. Pero no. Nunca, no, nunca, será hombre vago mi esposo.

Así expresaba su opinión Joy Molineau a Jack Harrington, igual que se la había expresado, aunque de una forma menos original y en su propia lengua, a Louis Savoy la noche anterior.

—Escucha, Joy…

—No, no. ¿Por qué escuchar a hombre vago? Es muy malo, anda por ahí, visita mi cabaña y no hacer nada. ¿Cómo conseguir comida para familia? ¿Por qué no tener oro? Otros hombres tener mucho.

—Pero si trabajo duro, Joy. No hay ni un solo día en que me quede sin salir al camino o ir al arroyo. Ahora vengo de allí. Mis perros aún no han descansado. Otros hombres tienen suerte y encuentran mucho oro, pero yo… yo no tengo suerte.

—Ah, pero cuando el hombre de esposa que es india, el hombre McCormack, cuando él descubridor del Klondike, tú no fue. Otros hombres sí, otros hombres ahora ricos.

—Sabes que estaba haciendo prospecciones en la cabecera del Tanana —protestó Harrington— y no supe lo de Eldorado o Bonanza hasta que fue demasiado tarde.

—Eso es distinto. Pero tú…, cómo decís…, andar despistado.

—¿Qué?

—Despistado. Sí, no enteras. Nunca tarde. En el arroyo Eldorado haber una mina muy rica. El hombre puso estacas y marchó. Nadie sabe qué pasarle. El hombre de estacas no vuelta. Sesenta días y ningún hombre registrar concesión, entonces otros, muchos otros, cómo decir, poder apropiar concesión. Correr como viento para presentar papel. Ganador muy rico y tener comida para familia.

Harrington consiguió ocultar una buena parte del interés que esas palabras habían despertado.

—¿Cuándo termina el plazo? —preguntó—. ¿De qué concesión se trata?

—Mismo conté Louis Savoy ayer noche —continuó diciendo ella sin hacerle caso—. Creo que él poder ganar.

—¡Que le den a Louis Savoy!

—Louis Savoy decir así en mi cabaña ayer: «Joy, yo ser hombre fuerte. Tener perros buenos. Tener aguante. Yo ganar. ¿Entonces tú casar conmigo?». Y yo decir, yo decir…

—¿Qué le dijiste?

—Yo decir: «Si Louis Savoy ganador, tendrá a mí por esposa».

—¿Y si no gana?

—Entonces Louis Savoy no ser…, cómo decir…, padre de mis hijos.

—¿Y si gano yo?

—¿Ganar tú? ¡Ja, ja! ¡Nunca!

Por muy exasperante que resultara, era una delicia oír la risa de Joy Molineau. A Harrington no le importó, ya hacía mucho tiempo que lo había domado. Además, aquello no era una excepción: había obligado a todos sus pretendientes a sufrir de la misma manera. En aquel momento estaba tan atractiva, con los labios ligeramente abiertos, el rubor realzado por el mordiente beso del frío, los ojos brillantes con ese encanto que es el mayor de los reclamos y que solo se encuentra en la mirada femenina. Sus perros la rodeaban como una masa hirsuta y el guía, Colmillo Lobo, apoyaba el morro con suavidad sobre su regazo.

—¿Y si gano yo? —insistió Harrington.

Ella pasó la mirada del perro al pretendiente y viceversa.

—¿Qué decir tú, Colmillo Lobo? Si él fuerte y tener papel, ¿ser esposa de él? ¿Eh? ¿Qué decir?

Colmillo Lobo levantó las orejas y le dedicó un gruñido a Harrington.

—Hay mucho frío —añadió de repente con esa irrelevancia tan femenina, se puso de pie y organizó a su traílla.

Su pretendiente la observó, imperturbable. Lo tenía a la espera desde que se conocieron, de manera que ahora la paciencia había pasado a formar parte de sus virtudes.

—¡Adelante, Colmillo Lobo! —gritó la joven, subiéndose al trineo de un salto en el momento en que arrancaba—. ¡Vamos! ¡Adelante!

Harrington la observó de reojo seguir el camino de Forty Mile. Donde la senda se bifurcaba y cruzaba el río hacia Fort Cudahy, ella detuvo a los perros y se dio la vuelta.

—¡Eh, hombre vago! —gritó—. Colmillo Lobo dice sí, si ganador.

Pero de alguna forma, como ocurre siempre, el asunto se filtró y todo Forty Mile, que hasta entonces había especulado sobre a quién elegiría Joy Molineau de entre sus dos últimos pretendientes, ahora empezó a intercambiar apuestas y suposiciones sobre quién ganaría la próxima carrera. El campamento se dividió en dos facciones, que se esforzaron al máximo por lograr que sus respectivos favoritos llegasen primero a la meta. Lucharon por conseguir los mejores perros de la región, porque la calidad de los perros era algo esencial para vencer, y el vencedor se llevaba un buen trofeo: además de lograr una esposa sin igual, se haría con una mina que como poco valía un millón.

Aquel otoño, cuando llegó la noticia del descubrimiento de McCormack en Bonanza, todos los habitantes de las regiones altas —incluidos los de Circle City y Forty Mile— habían salido en estampida Yukón arriba. Bueno, todos menos los que, como Jack Harrington y Louis Savoy, se encontraban de viaje, haciendo prospecciones en el Oeste. Plantaron estacas en los arroyos y en los terrenos de pasto para los alces de forma indiscriminada y promiscua, lo que los llevó, por casualidad, hasta el menos prometedor de los arroyos, Eldorado. Olaf Nelson había delimitado con estacas ciento cincuenta metros lineales de terreno, puesto el aviso de propiedad y desaparecido sin dejar rastro. Por entonces la oficina de registro más próxima se encontraba en el cuartel de la Policía de Fort Cudahy, al otro lado del río, frente a Forty Mile, pero cuando corrió el rumor de que el arroyo Eldorado ocultaba los mayores tesoros, enseguida se descubrió que Olaf Nelson no había realizado el viaje Yukón abajo para registrar su propiedad. Los hombres miraban ansiosos aquella concesión que no tenía dueño y en la que sabían que cientos de miles de dólares esperaban a que los sacasen a paladas y los lavasen. Pero no se atrevían a tocarla, ya que la ley permitía que transcurriesen sesenta días entre la delimitación con estacas y el registro, tiempo durante el cual la concesión era inmune. Toda la región sabía que Olaf Nelson había desaparecido y muchos hombres se preparaban para apropiarse de su concesión y para la consiguiente carrera hasta Fort Cudahy.

Pero en Forty Mile la competición se vio limitada. Al repartir el campamento sus energías para equipar a Jack Harrington o a Louis Savoy, ningún hombre fue lo bastante necio como para presentarse sin ayuda. Hasta la oficina de registros había una tirada de ciento sesenta kilómetros y había quedado decidido que los dos favoritos contarían con cuatro relevos de perros situados a lo largo del camino. Lógicamente, el último grupo de perros iba a ser crucial y para esos cuarenta kilómetros sus respectivos partidarios se

esforzaban por conseguir los animales más fuertes. Hasta tal punto se volcaron las dos facciones y tanto pujaron que en los anales de la región los perros nunca alcanzaron precios tan altos. Precisamente esa lucha por los perros hizo que todo el mundo se fijase aún más en Joy Molineau. No solo era la causa de todo aquello, sino que poseía la mejor traílla de perros desde Chilkoot al mar de Bering. Colmillo Lobo no tenía precio, ya ocupase el puesto de perro guía o de rueda. Ganaría el hombre cuyo trineo guiase en el último tramo. De eso no había duda. Pero la comunidad sabía cómo debían hacerse las cosas y nadie molestó a Joy para pedirle su perro. Ambas facciones se consolaban pensando que, si uno no se beneficiaba, el otro tampoco.

Sin embargo, debido a que el hombre, ya sea como individuo o en grupo, ha sido creado de forma que pasa por la vida alegremente, sin percatarse de las sutilezas más ocultas en la mujer, los hombres de Forty Mile no fueron capaces de adivinar la perversidad que Joy Molineau escondía en su interior. Después confesaron que no habían sido capaces de valorar a aquella hija de la aurora, de ojos negros, cuyo padre había comerciado con pieles en la región antes de que ellos soñasen con invadirla y que, al nacer, lo primero que vio fue el centelleo de la aurora boreal. No, su nacimiento no la volvía menos mujer ni limitaba su conocimiento de los hombres. Sabían que jugaba con ellos, pero no eran conscientes de la inteligencia, la intensidad y la destreza que dicho juego llevaba implícito. No fueron capaces de ver más que la carta a la vista, de manera que hasta el último momento Forty Mile vivió en un estado de agradable ignorancia y, hasta que ella no mostró su triunfo final, no pudieron calcular el resultado. A principios de semana, el campamento se dispuso a acompañar a Jack Harrington y a Louis Savoy hasta el lugar de partida. Habían decidido contar con un buen margen de tiempo ya que preferían llegar a la concesión de Olaf Nelson vanos días antes de que expirase su inmunidad, de manera que pudiesen descansar y sus perros recuperasen fuerzas para la primera etapa. De camino vieron que los hombres de Dawson situaban traíllas de perros de repuesto a lo largo del camino y que no escatimaban en gastos, porque había millones en juego.

Un par de días después de que partieran sus campeones, Forty Mile empezó a enviar los relevos, primero al puesto de ciento veinte kilómetros, luego al de ochenta y por último al de cuarenta. Las traíllas para la última etapa eran magníficas y estaban tan igualadas que los del campamento discutieron sus méritos relativos durante una hora entera a 45 °C bajo cero antes de permitirles arrancar. En el último momento apareció Joy Molineau

sobre su trineo. Se llevó a Lon McFane, encargado de la traílla de Hanington, a un lado y casi no había empezado a hablar con él cuando todos vieron que el hombre hacía un gesto de sorpresa tan enfático y veloz que prometía grandes cosas. McFane desenganchó a Colmillo Lobo del trineo de Joy, lo situó como guía de la traílla de Harrington y dirigió a los animales hacia el camino del Yukón.

«¡Pobre Louis Savoy!», dijeron los hombres. Pero Joy Molineau los desafió con una mirada de sus ojos negros y regresó a la cabaña de su padre.

☘

EN LA CONCESIÓN de Olaf Nelson ya casi era medianoche. Unos pocos cientos de hombres envueltos en pieles habían preferido los 50 °C bajo cero y la posibilidad de apropiarse de aquel terreno a los alicientes de una cabaña caliente y la comodidad de un catre. Varias decenas tenían ya preparados sus avisos y los perros a mano. Un grupo de agentes de la Policía Montada del capitán Constantine se ocupaba de que todos jugasen limpio. Tenían órdenes de no permitir que nadie clavase una estaca hasta que el último segundo del día formase parte del pasado. En la región septentrional ese tipo de órdenes tienen tanta fuerza como las de Jehová y su transmisión es tan rápida y efectiva como el rayo. Era una noche despejada y muy fría. La aurora boreal pintaba ornamentos de colores palpitantes en el cielo. Oleadas rosadas de helado resplandor recorrían el cénit y enormes franjas destellantes de un blanco verdoso ocultaban las estrellas o una mano de Titán levantaba arcos gigantescos por encima del Polo. Ante semejante exhibición los perros lobo aullaban igual que sus antepasados de otras eras.

Un policía cubierto con un abrigo de piel de oso dio un paso al frente con el reloj en la mano. Los hombres se apresuraron entre los perros, obligándolos a levantarse, desenredando los tirantes y poniéndolos en su sitio. Los participantes se acercaron a las marcas de salida, sujetando con fuerza las estacas y los avisos. Habían estudiado los límites de la concesión tan a fondo que incluso podrían demarcarla con los ojos cerrados. El policía levantó la mano. Los hombres se despojaron de las mantas y pieles superfluas, se colocaron bien los cinturones y aguardaron.

—¡Listos!

Sesenta pares de manos se quitaron las manoplas. El mismo número de pares de mocasines pisaron la nieve con fuerza.

—¡Ya!

Cruzaron la enorme extensión disparados y empezaron a rodearla, colocando los avisos en cada rincón y en el medio, donde debían clavar las dos estacas centrales. Luego corrieron hacia los trineos, situados sobre el lecho helado del arroyo. Estalló una anarquía de ruidos y movimientos. Los trineos chocaban entre sí y los perros se echaban los unos sobre los otros con el pelo erizado y los colmillos rechinando. La masa forcejeante saturó el estrecho arroyo. Los golpes dados tanto con el mango como con la correa del látigo se repartían por igual entre los perros y los hombres. Y para complicar aún más las cosas, cada participante contaba con un grupo de amigos que intentaba sacarlo del atasco. Pero uno a uno y por pura fuerza los trineos fueron liberándose y desaparecieron en la oscuridad de las orillas que sobresalían como aleros.

Jack Harrington había anticipado el atasco y aguardaba junto a su trineo a que se despejase. Louis Savoy, consciente de la mayor sabiduría de su rival en lo relativo a guiar perros, había decidido copiarlo y también aguardaba. Ya no se oía al pelotón cuando ambos salieron al camino y hasta que no cubrieron los quince kilómetros aproximados que los separaban de Bonanza no se encontraron con sus miembros, que avanzaban en fila india pero muy pegados los unos a los otros. Había poco ruido y menos posibilidades de adelantar en esa etapa. Los trineos, de patín a patín, medían cuarenta centímetros y la senda cuarenta y cinco, pero el tráfico la había apisonado tanto que quedaba treinta centímetros por debajo del resto. A cada lado se extendía un manto de blandos cristales de nieve. Si alguien se metía allí para adelantar, sus perros se hundirían hasta el vientre y avanzarían a paso de caracol. Por eso todos se mantenían pegados a sus trineos. Las posiciones no variaron durante los casi veinticinco kilómetros recorridos por el Bonanza y el Klondike hasta Dawson, donde salieron al Yukón. Allí esperaban los primeros relevos, pero, dispuestos a sacrificar a sus primeras traíllas si era necesario, tanto Harrington como Savoy habían ordenado situar sus relevos tres kilómetros más allá de los de sus contrincantes. En medio de la confusión del cambio de trineos, adelantaron a la mitad del pelotón. Quizá llevaban por delante a unos treinta hombres cuando salieron al ancho cauce del Yukón. Allí podían luchar. Cuando el río se congeló en otoño, había quedado un kilómetro y medio de agua abierta entre dos barreras gigantescas. Como la corriente era muy fuerte, hacía poco que una capa de hielo la había cubierto por lo que ahora estaba tan

lisa, dura y resbaladiza como una pista de baile. En cuanto llegaron a ese hielo reflectante, Harrington se puso de rodillas, se agarró como pudo con una sola mano e hizo restallar el látigo sobre sus perros, sin dejar de gritarles. Las traíllas se desplegaron sobre la suave superficie, cada una esforzándose al máximo, pero pocos hombres en el Norte podían hacer volar a sus perros como Jack Harrington. Enseguida empezó a dejarlos atrás, aunque Louis Savoy luchó por seguirle el ritmo, hasta el punto de que sus guías corrían pegados a la cola del trineo de su rival.

Cuando se encontraban en la mitad del trecho resbaladizo, sus relevos aparecieron en la orilla, pero Harrington no aflojó la marcha. Esperó su oportunidad cuando el nuevo trineo llegó junto a él y saltó mientras gritaba para acelerar el ritmo de sus perros de refresco. El otro conductor saltó en ese momento. Savoy hizo lo mismo con su relevo y las traíllas abandonadas, girando bruscamente a derecha e izquierda, colisionaron con las demás y provocaron la confusión. Harrington salió disparado. Savoy pegado a él. Al acercarse al final del tramo de hielo reflectante consiguieron adelantar al trineo que iba en cabeza. Cuando se adentraron en la estrecha senda entre las paredes de nieve blanda, ya eran los primeros. Dawson, que observaba a la luz de la aurora, juró que lo habían hecho a la perfección.

A 50 °C bajo cero y si el frío se intensifica, el hombre no sobrevive mucho tiempo sin una buena hoguera o sin hacer mucho ejercicio. Por eso Harrington y Savoy se entregaron a la vieja costumbre de «montar y correr». Saltaban de sus trineos, agarrados a las correas de sujeción, y corrían tras ellos hasta que la sangre recuperaba el ritmo apropiado y expulsaba el frío, luego volvían a los trineos hasta que el calor menguaba otra vez. Así, montando y corriendo, cubrieron la segunda y tercera etapas. En varias ocasiones, sobre hielo liso, Savoy hizo acelerar a sus perros, pero no consiguió adelantar. El resto de los participantes —que se extendían a lo largo de ocho kilómetros— lucharon en vano por alcanzarlos, pues solo Louis Savoy era capaz de mantener el ritmo endemoniado de Jack Harrington.

Al llegar al punto de los ciento veinte kilómetros, Lon McFane se acercó, Harrington vio que Colmillo Lobo guiaba a la traílla y supo que la carrera era suya. Ningún equipo del Norte podría adelantarlo en los últimos cuarenta kilómetros. Cuando Savoy vio a Colmillo Lobo al frente del equipo de su rival, supo que había perdido la carrera y maldijo en voz baja, tal y como se suele maldecir a las mujeres. Pero continuó pegado al rastro del otro, sin rendirse y confiando en el azar. Mientras avanzaban entre traqueteos y el alba

despuntaba por el sureste, ambos se asombraron, con alegría y tristeza, de lo que había hecho Joy Molineau.

Todo Forty Mile se había levantado muy temprano y se apiñaba junto al borde del camino. Desde allí se veía el curso del Yukón hasta la primera curva, situada a varios kilómetros de distancia. También se apreciaba Fort Cudahy, en la orilla de enfrente y meta de la carrera, donde el registrador aguardaba nervioso. Joy Molineau se había situado a varias varas del camino y, dadas las circunstancias, el resto de Forty Mile se abstuvo de interponerse, por lo que el espacio entre ella y la delgada línea del camino quedó despejado. Alrededor de las hogueras los hombres apostaban oro y perros, y las cantidades más altas favorecían a Colmillo Lobo.

—¡Ya llegan! —exclamó un niño indio desde lo alto de un pino.

En el extremo del curso alto del Yukón, un punto negro se recortó sobre la nieve, seguido de cerca por otro punto negro. A medida que el tamaño de esos dos aumentaba, otros puntos negros fueron apareciendo, aunque a mucha distancia. Poco a poco se convirtieron en perros, trineos y hombres tumbados sobre ellos.

—Colmillo Lobo va en cabeza —susurró al oído de Joy un teniente de la Policía. Ella le devolvió una sonrisa.

—¡Diez a uno a favor de Harrington! —gritó un rey del arroyo Birch mientras sacaba la faltriquera.

—La reina no paga mucho, ¿verdad? —preguntó Joy.

El teniente le dio la razón con un gesto.

—Pero oro en polvo tienes. ¿Cuánto? —insistió ella.

Él le mostró el saco. Joy hizo un cálculo rápido.

—Unos doscientos, ¿no? Bien. Yo doy…, cómo decir…, pronóstico. Cubre apuesta.

Joy le dedicó una sonrisa inescrutable. El teniente se lo pensó. Miró al camino. Los dos hombres se habían puesto de rodillas y azotaban con fuerza a sus perros, con Harrington a la cabeza.

—¡Diez a uno a favor de Harrington! —vociferó el rey del arroyo Birch mientras blandía el saco del oro en la cara del teniente.

—Cubre apuesta —insistió Joy.

El teniente obedeció, encogiéndose de hombros para indicar que no lo hacía porque se lo dictase la razón, sino porque se había rendido a los encantos de la joven. Con un gesto, Joy insistió en que todo iba bien.

Se hizo el silencio. Los hombres dejaron de apostar.

Haciendo guiñadas, tambaleándose y zambulléndose, como lugres con el viento a favor, los trineos avanzaban veloces hacia ellos. Aunque su perro guía continuaba pegado al trineo de Harrington, en el rostro de Louis Savoy no había esperanza. Harrington apretaba las mandíbulas con fuerza. No miraba ni a derecha ni a izquierda. Sus perros saltaban a un ritmo perfecto, con paso firme, sin salirse de la ruta, y Colmillo Lobo, con la cabeza baja, sin ver, gimiendo suavemente, guiaba a sus compañeros con maestría.

Todo Forty Mile contuvo el aliento. Solo se oía el estruendo de los patines y el silbido de los látigos.

Entonces la voz cristalina de Joy Molineau cruzó el aire:

—¡Eh! ¡Aquí! ¡Colmillo Lobo! ¡Colmillo Lobo!

Colmillo Lobo la oyó. Abandonó el camino de inmediato y se dirigió hacia donde se encontraba su dueña. El equipo al completo lo siguió, el trineo se balanceó un segundo sobre un solo patín y lanzó a Harrington al suelo. Savoy pasó como un rayo. Harrington se levantó y observó cómo el otro cruzaba el río y llegaba a la oficina del registro. No pudo evitar oír lo que se dijo.

—Ah, él hizo muy bien —explicaba Joy Molineau al teniente—. Él…, cómo decir…, marcar paso. Sí, él marcar paso muy bien.

[1899]



El amigo Baldy

¡CARAMBA! Así que el diácono va a intentar meter al amigo Baldy en cintura. —Jim Wheeler se rio de la noticia mientras se frotaba las manos—. Bueno, a lo mejor lo consigue y a lo mejor no, pero a mí no me sorprendería que el amigo Baldy saliese ganando.

—El diácono tiene una fuerza de voluntad impresionante — intervino Sim Grimes sin tenerlas todas consigo—. Baldy también. Tiene la mayor fuerza de voluntad de la región. Pero un bicho es un bicho y… —Grimes se preparaba para explayarse en ciertas ideas relacionadas con la primacía del hombre en el mundo físico cuando el otro lo interrumpió.

—¡Óyeme bien, Sim Grimes! ¿Has oído hablar alguna vez de algún hombre capaz de hacer que el amigo Baldy se mueva cuando él no quiere moverse? Ahí están Tucker, Smith, Johnson, Olsen, Ordway y Wellman, ¿acaso no intentaron todos ellos domar a Baldy y acabaron por rendirse? Dime una cosa, Sim Grimes, ¿en los días de tu vida has conocido a un hombre, o grupo de hombres, capaz de hacer levantar al amigo Baldy si él se empeña en quedarse acostado?

—Puede que tengas razón —asintió Sim Grimes, aunque enseguida recuperó su fe en el diácono Barnes—. Pero el diácono tiene mucha fuerza de voluntad.

—El diácono Barnes pertenece a una de esas sociedades protectoras de animales, ¿no? —Grimes asintió—. Y no cree adecuado usar el látigo con las bestias.

—No.

—Entonces, ¿cómo rayos va a conseguir que el amigo Baldy se levante si no le da la gana?

—Eso no lo sé —respondió Grimes mientras hacía arrancar a sus caballos. Sin embargo, antes de alejarse demasiado se giró y gritó—: Pero el diácono Barnes tiene mucha fuerza de voluntad.

Los granjeros de Selbyville no sabían qué hacer con el amigo Baldy y poco les importaba, aunque era uno de los mejores bueyes de la región y quizás el más grande del estado. Buen trabajador y magnífico animal de tiro,

cualquier forastero se asombraría ante la celeridad con la que sus distintos propietarios se libraban de él tras haberse dejado engatusar para comprarlo. El mismo forastero intentaría trabajar con él una semana antes de descubrir el motivo, aunque con una sola hora podría bastar para destapar el secreto. El amigo Baldy tenía un único fallo: era terco. Y manifestaba su terquedad de una sola manera. Cuando algo no le convenía, se tumbaba allí donde estuviese, sin tener en cuenta su propia conveniencia o la de su amo. Y allí se quedaba. Nada lo movía. La fuerza no servía, ni la persuasión. Ya podía el cielo plegarse como un pergamino o las estrellas caer desde las alturas que el amigo Baldy seguía en sus trece hasta que él decidiese moverse. Nunca, desde la primera vez que le pusieron el yugo, había el hombre logrado que hiciera algo contra su voluntad. Se decía que los granjeros de Selbyville tenían más canas por su culpa que por todas las hipotecas de las tres últimas generaciones. Siempre se vendía a un precio absurdamente barato y hombre tras hombre lo habían comprado con la esperanza de vencerlo y lograr así no solo la aprobación de sus colegas sino también un negocio redondo. Y hombre tras hombre lo habían vendido por muy poco o casi nada, locos de alegría al verse libres de semejante molestia.

«Tan terco como el amigo Baldy», se convirtió en una frase hecha que utilizaba toda la comunidad. Los padres la usaban para conminar a sus hijos a la obediencia, el maestro la empleaba con sus pupilos más tenaces e incluso el pastor, al pedir el arrepentimiento de los pecadores, la aprovechaba para poner colorados a los más incorregibles. El único que no se servía de ella era el diácono Barnes. Acostumbraba a sonreír, e incluso se reía entre dientes, siempre que alguien la decía, hasta que la gente empezó a comentar que no le vendría mal enfrentarse al buey por una vez. Y ahora que el amigo Baldy se mantenía más firme que nunca en su comportamiento, el diácono se lo había comprado, casi regalado, a Joe Westfield. Todo Selbyville esperaba el enfrentamiento con gran interés y cada vez que alguien mencionaba el asunto provocaba sonrisas maliciosas y el escepticismo general. Sabían que el diácono tenía una voluntad de hierro, pero también conocían al amigo Baldy y opinaban que el diácono, como todos los que lo habían intentado antes, saldría perdiendo.

El diácono Barnes y el amigo Baldy casi habían terminado el último surco de la parcela de diez acres situada a un extremo de los pastos. Cinco varas más y quedaría lista para empezar a gradarla. Baldy se había portado de maravilla y el diácono estaba encantado. Además, Bob, su prometedor

primogénito, acababa de gritarle desde el centro del pastizal que la cena estaba lista y lo esperaban.

—¡Ya voy! —exclamó, imaginando tan imposible la idea de no terminar el surco como que la llamada a cenar pudiese anunciar la llegada del Juicio Final. En ese momento el amigo Baldy se tumbó. El diácono lo miró asombrado. Baldy suspiró satisfecho—. ¡Levántate! —gritó el hombre y Baldy, con expresión herida en su semblante bovino, continuó sin moverse.

El diácono Barnes se situó frente a él, para verle la cara, y le habló de buenas maneras, mezclando persuasión y tristeza, porque le preocupaba mucho el bienestar del amigo Baldy. No pretendía utilizar el látigo ni nada parecido, pero… bueno, él era el diácono Barnes y su voluntad aunaba las de los Barnes que lo habían precedido, por lo que no albergaba la más mínima intención de permitir que un buey terco pudiese con él. Así que se miraron a los ojos, él hablando con suavidad y Baldy escuchando con interés autocomplaciente, hasta que Bob volvió a gritar desde el pastizal que ya estaba lista la cena.

—Óyeme, Baldy —dijo el diácono mientras se ponía de pie—, si tantas ganas tienes de quedarte ahí, yo no te lo impediré. Pero te lo advierto, la vida dulce empalaga y puedes llegar a cansarte de ella. El surco no está hecho para tumbarse en él y te vas a hartar antes de que acabemos con esto.

Baldy lo miró imperturbable, insolente, como si le dijera: «¿Y qué piensas hacer al respecto?». Pero el diácono no perdió la calma.

—Me voy a comer algo —continuó diciendo mientras se alejaba—, y cuando vuelva te daré otra oportunidad. Pero tenlo en cuenta, Baldy, será la última.

En la mesa, en lugar de mostrarse irritado, el diácono Barnes estuvo más cordial que nunca, a pesar de que la señora Barnes se había enfadado debido a la espera. Después, al salir al porche, vio que Jim Wheeler había acercado sus caballos a la valla para observar mejor al buey victorioso. Cuando pasó por delante de la casa, saludó con la mano, le dedicó al diácono una sonrisa cómplice, y siguió camino para dar la noticia de que el diácono y el amigo Baldy estaban «en ello».

Pero en el rostro y los movimientos del diácono se advertía una euforia poco común cuando se dirigió al establo acompañado de Bob. Allí entregó a su primogénito varias estacas de hierro y madera y distintas medidas de cadenas viejas y cuerdas. Luego, con el hacha en la mano, cruzó los pastos hacia el escenario del motín.

—¡Vamos! ¡Arriba, Baldy! —ordenó—. Ya es hora de terminar este surco.

Baldy lo miró pasivamente, con ojos perezosos y medio velados por el sueño.

—Crees que estarás mejor ahí, ¿eh? Prefieres tomártelo con calma, ¿no? Muy bien. Pues no podrás decir que el diácono Barnes es un mal amo. —Mientras hablaba iba clavando las estacas alrededor del terco animal. Después sujetó a ellas las cuerdas y las cadenas y las pasó por encima de Baldy hasta que el buey quedó anclado a la tierra. Tanto, que habría hecho falta una grúa para ponerlo en pie—. Disfruta, Baldy —dijo el diácono, dispuesto a irse—. Mañana, después del desayuno, vendré a ver cómo estás.

Tal y como había prometido, el diácono volvió por la mañana. Pero Baldy se mantenía firme en sus trece y se mostró huraño, como bien saben hacer los animales. Incluso intentó hacerle creer que estaba feliz allí tumbado sin hacer nada y que el diácono lo molestaba con su charla, por lo que sería mejor que se marchase. Pero el diácono Barnes se quedó durante un cuarto de hora, hablando encantado, con un timbre animado y sincero en la voz que molestó mucho a Baldy.

Al anochecer, después de cenar, le hizo otra visita y vio que el amigo Baldy se sentía agarrotado y dolorido por haber permanecido todo el día bajo el sol en la misma postura. Incluso demostró ansiedad e interés cuando oyó acercarse las pisadas de su amo y a sus ojos asomó cierta moderación y una leve súplica. Pero el diácono hizo como que no se daba cuenta y, tras charlar con él amablemente unos minutos, regresó a su casa. Por la mañana Baldy recibió otra visita. Para entonces no solo se sentía dolorido, sino que también tenía hambre y sed. Ya no se mostraba indiferente a la presencia de su dueño y lo miraba de manera tan elocuente e implorante que el diácono se conmovió, pero endureció su corazón y regresó a casa. Estaba decidido a lograr aquello en lo que todo Selbyville había fracasado y, ya que había puesto en marcha su plan, pensaba llevarlo hasta el fin.

Cuando volvió a salir después de la cena, la humildad de Baldy rozaba la sumisión más extrema. Sus ojos suplicantes seguían a su amo de un lado al otro, constantemente, y en el momento en que el diácono se dio la vuelta para marcharse, Baldy dejó escapar un gemido.

—La vida dulce empalaga, ¿verdad? —dijo el diácono Barnes, volviendo a su lado—. Incluso yacer tumbado en el surco es vanidad y aflicción de espíritu[23], ¿no? Bueno, yo creo que ahora deberíamos terminar este surco,

¿qué opinas tú, Baldy? Luego te daré algo de comer y un par de cubos de agua, ¿qué te parece?

Jamás podremos saber con seguridad si Baldy entendió o no las palabras de su amo, pero, después de que el diácono aflojara y retirara las cadenas y las cuerdas, con sus actos demostró que así había sido.

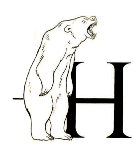
—Estarás acalambrado, ¿no? —comentó el diácono mientras lo ayudaba a ponerse en pie—. Bueno, venga, vamos a terminar el surco.

Baldy terminó aquel surco y después de aquello jamás volvió a dejar un surco a medias. En cuanto a lo de tumbarse… mostró un nuevo tipo de terquedad. No había forma de persuadirlo u obligarlo a tumbarse. No, señor, por ahí no pasaba. Antes terminaba el surco y todos los surcos del día. Se volvió muy terco en lo referente a tumbarse. Aunque eso al diácono le daba igual. Todo Selbyville se quedó maravillado y un año después más de un granjero, incluido Jim Wheeler, ofrecía por el amigo Baldy al diácono mucho más de lo que había pagado. Pero el diácono Barnes sabía cuándo había hecho un buen negocio y mostró tanta terquedad a la hora de negarse a vender como el amigo Baldy a la de negarse a tumbarse.

[1899]



El osado



HABLANDO DE OSOS…

El rey del Klondike se detuvo, pensativo, y el grupo que ocupaba el porche del hotel acercó aún más las sillas.

—Hablando de osos —continuó—, en la región septentrional existen varias clases. Por ejemplo, al Little Pelly bajan tantos en verano para alimentarse de los salmones que es imposible que un indio o un hombre blanco se acerquen a menos de un día de distancia. Y en los montes Rampart existe un tipo muy curioso al que llaman *grizzly* de la ladera porque vive y se mueve por las laderas desde la época del Diluvio y las dos patas de fuera son el doble de largas que las de dentro. Cuando se empeña es capaz de correr más que una liebre. ¿Peligroso? ¿Si puede atraparte? Pues claro que no. Basta con cambiar de dirección y echar a correr. Eso lo dejaría con las patas largas en el interior y las cortas hacia fuera. Sí, se trata de una criatura muy peculiar, pero no era eso lo que pretendía contaros.

»En el curso alto del Yukón existe otra clase de oso de patas normales. Se llama *grizzly* osado y es tan grande como malo. Solo al hombre blanco, en su necedad, se le ocurre cazarlo. El indio es demasiado sensato. Pero hay una cosa que todo hombre debe aprender acerca del *grizzly* osado: jamás cede el paso a ninguna criatura mortal. Si lo veis venir y valoráis en algo la vida, sacaos del medio. Si no lo hacéis, tendréis problemas. Aunque el osado se encontrase con el mismísimo Jehová, no cedería ni un centímetro. Es el peor de los egoístas, creedme. Yo tuve que aprenderlo por las malas. Cuando me adentré en la región no sabía nada sobre los osos, excepto que de joven había visto unos cuantos osos negros, mucho más pequeños, y algunos de pelaje canela. Pero a esos no había por qué temerlos.

»Pues después de establecernos en la concesión, me adentré colina arriba en busca de un buen pedazo de abedul con el que fabricar el mango de un hacha. Pero me costaba encontrar el más adecuado y continué avanzando sin parar durante cerca de dos horas. No tenía prisa en elegir porque me dirigía hacia Grand Forks, donde el bueno de Joe Gee me iba a prestar algunas herramientas. Al salir había metido en el bolsillo un par de galletas de masa

fermentada y un pedazo de cerdo salado por si tenía hambre. Os aseguro que aquel almuerzo me vino mucho mejor de lo que imaginaba.

»Por fin me tropecé con un abedul joven y de lo más apropiado, en medio de un grupo de pinos. En el momento en que levantaba el hacha de mano, miré por casualidad colina abajo. Un oso enorme venía subiendo, a toda velocidad y a cuatro patas, directo hacia mí. Era un *grizzly* osado, pero entonces yo no sabía nada de esa raza de osos.

»“Bueno, pues lo asusto y listo”, me dije a mí mismo y me oculté entre los árboles.

»Aguardé hasta que estaba a unos cien metros de distancia y entonces salí de repente a campo abierto.

»“¡Fuera! ¡Fuera!”, le grité, convencido de que se daría la vuelta a la velocidad del rayo.

»¿Darse la vuelta? Levantó un poco la cabeza para ver mejor y continuó avanzando.

»“¡Fuera! ¡Fuera!”, grité mucho más alto. Pero él siguió acercándose.

»“¡Condenado bicho!”, me dije a mí mismo, muy enfadado. «Ya verás cómo hago que te esfumes».

»Me quité el gorro y me lancé camino abajo, agitándolo y chillando como un loco. Un vendaval había derribado un enorme pino de azúcar que me llegaba a la altura del pecho. Me detuve tras él, pero el *grizzly* osado no dejó de correr. Entonces sentí miedo. Aullé como un indio comanche cuando lo vi erguirse para pasar por encima del tronco y le lancé el gorro a la cara. Salí por patas.

»Rodeé el tronco por un extremo y corrí colina abajo como alma que lleva el diablo, mientras el osado se acercaba cada vez más a mí. En el fondo había unos cuatrocientos metros de terreno abierto y ancho hasta alcanzar el refugio de los árboles que, por si fuera poco, estaba plagado de pedruscos. Sabía que con que resbalase una sola vez estaría perdido, pero conseguí pisar siempre en los que más sobresalían, sin perder el equilibrio ni disminuir la velocidad. Y el condenado continuaba persiguiéndome sin descanso. En la mitad del claro alargó la zarpa para agarrarme y me rozó el talón del mocasín. Yo no dejaba de pensar en busca de alguna solución. Sabía que a resistencia no podía ganarle, así que saqué el almuerzo del bolsillo y se lo lancé.

»No miré atrás hasta que llegué al bosque y entonces vi que masticaba las galletas de una forma muy desagradable, teniendo en cuenta lo cerca que había estado de ser yo. No bajé el ritmo. ¡No, señor! Continué corriendo como un loco. Pero al tomar una curva a la velocidad del rayo, ¿qué es lo que

veo en medio del camino, frente a mí y avanzando en mi dirección? ¡Otro *grizzly* osado!

»—¡Grr! —exclamó al verme y se lanzó a la carrera.

»Al instante me di la vuelta y empecé a correr en la dirección opuesta el doble de rápido que antes. La forma en que aquel me perseguía había logrado que me olvidase del primer *grizzly* osado. Enseguida lo vi dando un paseo con calma, sin duda preguntándose dónde me habría metido y si estaría tan sabroso como mi almuerzo. ¡Cuando me vio se puso muy contento! Y echó a correr hacia mí.

»—¡Grr! —dijo.

»—¡Grr! —dijo el que venía detrás de mí.

»En ese momento me desvíe hacia un lado y abandoné el camino, internándome en la maleza como un loco. Para entonces había perdido la cabeza y pensaba que toda la región estaba plagada de osados. Cuando me quise dar cuenta me tropecé con algo en una maraña de moras silvestres. Ese algo me lanzó un zarpazo y me cercó. ¡Otro *grizzly* osado! Supe que había llegado mi hora, pero decidí que vendería caro el pellejo y me concentré en destrozar, gritar, desgarrar y rasgar.

»—¡Por Dios! ¡Mi pobre esposa! —dijo. Lo miré bien y aquello a lo que yo golpeaba con toda mi alma era un hombre.

»—Creí que eras un oso —le dije.

»Él contuvo la respiración y me miró. Luego me dijo:

»—Lo mismo pensé yo de ti.

»Al parecer a él también le había perseguido un osado, por eso se ocultó entre las moras. Y así fue cómo ambos nos equivocamos.

»Pero para entonces, el jaleo que se oía en el camino era algo terrible y no perdimos el tiempo en explicaciones. Esa tarde fuimos a buscar a Joe Gee, cogimos unos rifles y volvimos a la zona, con munición adecuada para cazar osos. Tal vez no me creáis, pero al llegar hallamos a los dos osados muertos en el camino. Cuando me desvié, ellos dos se encontraron y ninguno quiso cederle el paso al otro. Así que lucharon hasta ver quién ganaba.

»Y hablando de osos. Como iba diciendo…

[1899]



Al final del arco iris

I

MONTANA KID se desembarazó de sus zahones y sus espuelas y se sacudió el polvo de las cordilleras de Idaho por dos motivos. En primer lugar, la intrusión de una civilización severamente ética, sobria y formal había destruido el estado primitivo de los pastos para ganado del oeste y la sociedad refinada no veía con buenos ojos a los hombres como él. En segundo lugar, en uno de sus momentos ciclópeos, los suyos habían ampliado la frontera en varios miles de kilómetros. De esa forma, haciendo gala de una previsión instintiva, la sociedad madura buscó sitio a sus miembros adolescentes. Cierto, el nuevo territorio era en su mayoría un páramo vacío y yermo, pero sus varios cientos de miles de kilómetros cuadrados de frialdad al menos permitían respirar a quienes en casa se habrían ahogado.

Montana Kid era uno de ellos. Se dirigió a la costa con una prisa que podría deberse a la persecución de varias cuadrillas de la ley y, con más valor que recursos económicos, consiguió zarpar desde un puerto del estrecho de Puget, tras lo que se las arregló para sobrevivir a los sufrimientos impuestos por los mareos y la comida del viaje en tercera clase. Cuando, un día de principios de año, desembarcó en la playa de Dyea, estaba muy desmejorado y tenía mal color, pero seguía siendo tan indómito como siempre. Entre el precio de los perros, la comida, el equipo y las exacciones aduaneras de los dos gobiernos enfrentados, enseguida comprendió que la región septentrional distaba mucho de ser la meca del pobre. Así que miró a su alrededor en busca de alguna forma de lograr un provecho rápido. Entre la playa y los pasos de montaña se dispersaban muchos miles de vehementes peregrinos, a los que Montana Kid decidió trabajarse. Empezó por repartir las cartas para jugar al faro en una casucha de pino dedicada al juego, pero la desagradable necesidad lo obligó a poner un repentino punto final a esa etapa y echarse al camino. Luego acaparó el mercado de los clavos para herraduras, que llegaron a circular como moneda legal con un valor de cuatro clavos por dólar hasta que

una inesperada remesa de cien barriles hundió el mercado y lo obligó a deshacerse de sus existencias con pérdidas. Después se instaló en Sheep Camp, organizó a los porteadores y en un solo día hizo aumentar el precio de la carga en veinte centavos. Como muestra de su gratitud, los porteadores empezaron a frecuentar sus garitos de faro y ruleta, donde con sumo gusto se veían privados de sus ganancias. Pero el negocio crecía tanto que no podía durar mucho tiempo, de manera que una noche arremetieron contra él, quemaron su casucha, se repartieron la banca y lo obligaron a echarse al camino con los bolsillos vacíos.

La mala suerte lo acompañaba. Se comprometió con personas responsables para pasar por la frontera whisky de contrabando utilizando rutas desconocidas y peligrosas, perdió a sus guías indios y la Policía Montada le confiscó la primera remesa. Un buen número de desgracias similares lo convirtieron en un hombre amargado y fuera de control, por lo que celebró su llegada al lago Bennett aterrorizando al campamento durante veinte horas seguidas. Después, la asamblea de mineros[24] lo metió en cintura y le ordenó que se esfumara. El sentía un gran respeto por dichas asambleas y se dio tanta prisa en obedecer que, sin darse cuenta, desapareció guiando la traílla de perros de otro hombre. En un clima más benigno, aquello equivalía a robar caballos, por lo que solo se acercó a los lugares más alejados mientras cruzaba el lago Bennett y luego el Tagish, y montó su primer campamento a más de ciento sesenta kilómetros al norte.

Resultó que, como ya se acercaba la primavera, muchos de los ciudadanos más importantes de Dawson viajaban hacia el sur antes del deshielo. Se encontró y charló con ellos, tomó nota de sus nombres y posesiones y continuó camino. Tenía buena memoria, mucha imaginación y la veracidad no se encontraba entre sus virtudes.

II

DAWSON, SIEMPRE ÁVIDO de noticias, contempló el trineo de Montana Kid acercarse Yukón abajo y salió al hielo a recibirlo. No, no traía periódicos; no sabía si ya habían colgado a Durrant ni quién había ganado los juegos de Acción de Gracias; no se había enterado de si Estados Unidos y España estaban en guerra; no tenía idea de quién era Dreyfus, pero ¿O’Brien? ¿No estaban enterados? O’Brien se había ahogado en los rápidos de White Horse y Charley *el de Sitka* era el único miembro del grupo que se había salvado. ¿Joe

Ladue? Las dos piernas congeladas y amputadas en Five Fingers. ¿Y Jack Dalton? Saltó por los aires en el *Sea Lion* con el resto del personal. ¿Y Bettles? Víctima del naufragio del *Carthagina* en el estrecho de Seymour: solo veinte supervivientes de trescientos. ¿Bill Aguasbravas? Se coló a través del hielo corrompido del lago Le Barge junto con seis mujeres integrantes de la compañía de baile a la que escoltaba. ¿El gobernador Walsh? Perdido con todos sus hombres y ocho trineos en el Thirty Mile. ¿Devereaux? ¿Quién era Devereaux? ¡Ah, el correo! Lo mataron los indios en el lago Marsh.

Y así continuó. Empezó a circular la noticia. Los hombres se abrían paso a empujones para preguntar por sus amigos y socios y luego eran empujados a su vez, demasiado aturdidos para quejarse. Cuando Montana Kid llegó al banco lo rodeaban varios cientos de mineros envueltos en pieles. Cuando pasó por delante del cuartel, ya era el centro de una procesión. En el salón de baile se había convertido en el núcleo de una turba alborotada cuyos miembros se peleaban para tener la oportunidad de preguntar por algún compañero ausente. En todas partes lo invitaban a beber. Nunca antes el Klondike había abierto sus brazos a un *chechaquo* de aquella manera. Todo Dawson murmuraba. Semejante serie de catástrofes no se había dado nunca en su historia. Todos los hombres destacados que habían viajado al sur en primavera ya no estaban, habían desaparecido. Las cabañas vomitaban a sus ocupantes. Hombres de ojos desorbitados bajaban desde los arroyos y las gargantas para ver al sujeto que contaba semejantes desastres. La esposa medio rusa de Bettles se acercó a la chimenea, inconsolable, meciendo su cuerpo hacia delante y hacia atrás, mientras arrojaba las cenizas blancas sobre su cabello como ala de cuervo. La bandera del cuartel de la Policía ondeaba triste a media asta. Dawson lloraba la muerte de los suyos.

Es imposible saber por qué Montana Kid hizo lo que hizo. Tampoco se puede aventurar una explicación, más allá de que en su interior no albergaba la verdad. Pero durante cinco días enteros los mantuvo a todos hundidos en el dolor y los lamentos, y durante cinco días fue el único hombre del Klondike. La región entera le ofreció su mejor alojamiento y comida. Los bares le otorgaron acceso gratis a sus barras. Los hombres lo buscaban sin descanso. Los funcionarios más importantes se doblegaban ante él para obtener más información y el capitán Constantine y sus hombres le ofrecieron un banquete en el cuartel. Hasta que un día, Devereaux, el correo del Gobierno, detuvo sus agotados perros delante de la oficina del comisario del oro. ¿Muerto? ¿Quién dijo eso? Que le diesen un filete de alce y ya verían lo muerto que estaba. ¡Pero si el gobernador Walsh se encontraba acampado en el Little Salmón y

O'Brien llegaría en cuanto se derritiese por completo el hielo! ¿Muerto? Que le diesen un filete de alce, que ya verían.

Dawson alzó el tono de sus murmullos. La bandera del cuartel recuperó su lugar en lo más alto del mástil y la mujer de Bettles se lavó y se puso ropa limpia. La comunidad indicó con sutileza su deseo de que Montana Kid se borrase por completo del paisaje. Montana Kid, como siempre, desapareció guiando los perros de otro hombre. Dawson se alegró al verlo alejarse Yukón abajo y le deseó feliz viaje hasta el destino final del pecador insensible. Después el dueño de los perros puso manos a la obra, presentó una queja ante Constantine y este le prestó un policía para que lo acompañase.

III

CON LA IDEA DE LLEGAR hasta Circle City y el último hielo desmenuzándose bajo sus patines, Montana Kid aprovechó que los días eran más largos y amplió las jornadas de viaje de sus perros. Además, estaba seguro de que el dueño de los susodichos lo seguía, por lo que deseaba llegar a territorio norteamericano antes de que el río se deshelase. Pero la tarde del tercer día le dejó claro que había perdido la carrera contra la primavera. El Yukón rugía e intentaba liberarse de sus cadenas. Era necesario dar grandes rodeos porque el camino había empezado a deshacerse y caer sobre la veloz corriente que fluía por debajo, mientras que el hielo, ya imparable, retumbaba al romperse en grietas enormes. A través de ellas y de los incontables respiraderos, el agua ascendía y cubría la superficie del hielo. Para cuando se metió en la cabaña de un leñador situada en la punta de una isla, los perros ya casi nadaban más que corrían. Los dos residentes lo recibieron con acritud, pero el desató a los perros y se dedicó a cocinar.

Donald y Davy eran buenos especímenes del inútil fronterizo. Nacidos en Canadá, de origen escocés y criados en ciudad, en un momento de insensatez habían dimitido do su puesto en una contaduría, retirado sus ahorros del banco y puesto rumbo hacia el Klondike. Ahora sufrían lo peor de la región. Sin comida, sin ánimo y deseando volver a casa, la compañía P. C. los obligaba a quedarse para cortar leña a fin de aprovisionar sus vapores, con la promesa de regalarles al final un pasaje de vuelta al hogar. Sin tener en cuenta la posibilidad del deshielo, habían demostrado adecuadamente su inutilidad al elegir la isla en la que se establecieron. Montana Kid, aunque poco sabía de cómo se fracturaba y descomponía un río tan grande, miró a su alrededor sin

tenerlas todas consigo y observó con anhelo la lejana orilla donde los elevados riscos prometían inmunidad frente a todo el hielo de la región septentrional.

Tras alimentar a los perros y comer él también, encendió la pipa y se fue a dar un paseo para hacerse una idea mejor de la situación. La isla, como todas sus hermanas del río, se elevaba más en la punta que daba al cauce alto, y allí era donde Donald y Davy habían construido su cabaña y apilado muchas cuerdas de leña. La orilla más alejada se encontraba a casi dos kilómetros de distancia, mientras que entre la isla y la ribera más próxima se abría un remanso que podía medir cien metros de ancho. En cuanto lo vio, Montana Kid sintió la tentación de coger sus perros y huir a tierra firme, pero al observarlo mejor descubrió que una corriente rápida empezaba a inundarlo desde la zona alta. Por abajo, el río giraba hacia el oeste de forma abrupta y en la curva un laberinto de islas diminutas tachonaba su seno.

«Ahí se formará la barrera», se dijo a sí mismo.

Media docena de trineos que evidentemente se dirigían curso arriba hacia Dawson atravesaban el agua helada salpicando en dirección a la cola de la isla. Viajar por el río pasaba de resultar precario a imposible y todos fueron muy igualados hasta que llegaron a la isla y siguieron el sendero hecho por los leñadores hasta la cabaña. Uno de ellos, cegado por el reflejo de la nieve, se dejaba remolcar indefenso en uno de los trineos. Eran tipos jóvenes y fornidos, con vestimentas toscas y gastadas por el uso en el camino; sin embargo, Montana Kid se había tropezado antes con hombres como aquellos y enseguida supo que no eran como él.

—Hola, ¿cómo está el camino a Dawson? —preguntó el líder, paseando la mirada sobre Donald y Davy para detenerla en Montana Kid.

Un primer encuentro en medio de la nada no suele caracterizarse por su formalidad. Enseguida empezaron a charlar y a intercambiar noticias sobre las regiones altas y bajas. Pero los recién llegados tenían poco que contar porque habían pasado el invierno en Minook, mil seiscientos kilómetros cauce abajo, donde no ocurría nada. Sin embargo, Montana Kid había llegado hacía poco desde la costa y se lo anexionaron mientras montaban el campamento, preguntándole toda clase de cosas sobre el exterior, del que llevaban un año aislados.

El ruido de algo al partirse se elevó sobre el rugido del río y los atrajo a todos a la orilla. La cantidad de agua que había en la superficie era mucho mayor y el hielo, asediado desde arriba y desde abajo, luchaba por librarse de la opresión de las orillas. Las grietas reverberaron y cobraron vida ante sus

ojos, mientras el aire se llenaba de una infinidad de crujidos secos e intensos, como el sonido que asciende desde la línea de fuego en un día claro.

Desde el cauce alto del río, dos hombres dirigían una traílla de perros hacia ellos, sobre un trecho de hielo al que las aguas no habían cubierto aún. Pero en ese momento, mientras miraban, los dos empezaron a chapotear. Tras ellos, donde un minuto antes habían pisado, el hielo se rompió y volcó. El río ascendió por el agujero abierto y les cubrió hasta la cintura, enterrando el trineo y arrastrando a los perros en una maraña que se ahogaba. Pero los hombres detuvieron su huida para dar una oportunidad a los animales y se lanzaron a tientas en medio de la fría confusión, cortando los tirantes que os retenían con sus cuchillos de monte. Luego se abrieron camino como pudieron hasta la orilla entre los remolinos de agua y las placas de hielo, donde Kid fue el primero en saltar al rescate sorteando los fragmentos rechinantes.

—¡El cielo me valga, pero si es Montana Kid! —exclamó uno de los hombres al que Kid ayudaba a alcanzar la parte alta de la orilla. Llevaba la casaca escarlata de la Policía Montada y levantó la mano derecha a modo de saludo jocoso—. Tengo una orden de captura contra ti, Kid —añadió mientras sacaba un papel empapado del bolsillo del pecho—. Espero que nos acompañes sin oponer resistencia.

Montana Kid miró hacia el caos que era el río y se encogió de hombros. El policía siguió su mirada y sonrió.

—¿Dónde están los perros? —preguntó su compañero.

—Caballeros —interrumpió el policía—, el hombre que me acompaña es Jack Sutherland, propietario de Eldorado Veintidós…

—¿No serás el Sutherland del 92? —interrumpió el hombre de Minook cegado por la nieve, mientras tanteaba sin fuerza en su dirección.

—El mismo. —Sutherland le estrechó la mano—. ¿Y tú eres?

—Oh, yo llegué más tarde, pero te recuerdo de mi año de novato. Tú ya estabas con el postgrado. Muchachos —exclamó, girándose hacia los otros—. Éste es Sutherland, Jack Sutherland, *fullback* del equipo de la universidad. Venid, buscadores de oro, y lanzaos sobre él. Sutherland, este es Greenwich, que jugó de *quarterback* hace dos temporadas.

—Sí, leí la crónica del partido —dijo Sutherland mientras le estrechaba la mano—. Y recuerdo la impresionante carrera que hiciste en el primer touchdown.

Greenwich se puso colorado bajo el moreno de la piel y le costó dejar paso a otro.

—Y éste es Matthews, hombre de Berkeley. También tenemos ejemplares de primera llegados del Este. Venid aquí, los de Princeton. Vamos, este es Sutherland, ¡Jack Sutherland!

Entre todos lo rodearon, se lo llevaron al campamento y le proporcionaron ropa seca y varias tazas de té negro.

Donald y Davy, al ver que nadie les hacía caso, se habían retirado a jugar a las cartas como todas las noches. Montana Kid siguió sus pasos, junto con el policía.

—Tenga, póngase algo seco —le dijo, sacando la ropa de su exiguo equipo—. Creo que también le va a tocar dormir conmigo.

—Te lo agradezco —dijo el policía mientras se ponía los calcetines del otro—. Siento tener que llevarte de vuelta a Dawson, pero espero que no sean muy estrictos contigo.

—No se dé tanta prisa. —Kid sonreía de una forma extraña—. Aún no estamos en camino. Cuando me marche, lo haré río abajo y me parece que es muy probable que usted venga conmigo.

—No, si no me equivoco de…

—Acompáñeme afuera y se lo explicaré. Estos inútiles —dijo mientras señalaba a los dos escoceses por encima del hombro— metieron la pata hasta el fondo al establecerse aquí. Pero antes llene su pipa, que no está nada mal este tabaco, y disfrute mientras pueda. No le quedan por delante muchas oportunidades de fumar.

El policía se fue con él lleno de curiosidad, mientras Donald y Davy dejaban las cartas y los seguían. Los hombres de Minook, al ver que Montana Kid señalaba primero al cauce alto del río y luego al bajo, se acercaron también.

—¿Qué pasa? —quiso saber Sutherland.

—Poca cosa. —Kid sabía mostrarse indiferente—. Algo tan imposible de evitar como que haga calor en el infierno. ¿Veis esa curva de allí? Pues es donde millones de toneladas de hielo van a formar una barrera. También se formarán barreras en las curvas del cauce alto. Millones de toneladas de hielo se acumularán. Si la barrera de arriba se rompe antes y la de abajo aguanta, ¡zas! —Con la mano, barrió la isla del mapa—. Millones de toneladas —repitió con voz reflexiva.

—¿Y toda la madera que hemos apilado? —preguntó Davy.

Kid repitió el gesto que arrasaba la isla y Davy se lamentó:

—¡Varios meses de trabajo! No puede ser. No, no, amigo, no puede ser. Es una broma. Sí eso, una broma —insistió.

Pero cuando Kid soltó una carcajada severa y se dio la vuelta para irse, Davy se lanzó hacia la madera apilada y, frenético, empezó a apartar los troncos de la orilla.

—¡Échame una mano, Donald! —gritó—. ¿Es que no me vas a ayudar? ¡Es el trabajo de varios meses y nuestro billete de vuelta a casa!

Donald lo agarró del brazo y lo sacudió, pero él se soltó.

—¿No lo has oído? —preguntó Donald—. De nada servirá.

Sin embargo, Davy volvió a ocuparse de las cuerdas de madera. Donald regresó a la cabaña, se puso su cinturón del dinero y el de Davy, y se fue al extremo de la isla donde la tierra se elevaba más y donde un pino muy alto sobresalía por encima de sus compañeros.

Los hombres que se encontraban delante de la cabaña oyeron el ruido de su hacha y sonrieron. Greenwich regresó del otro extremo de la isla y les dijo que estaban acorralados. Era imposible cruzar el remanso. El ciego de Minook empezó a cantar y los demás lo acompañaron:

¿Será verdad?
¿O una falsedad?
¿Qué opinas tú?
Oh, ¿será verdad?

—No tiene gracia —se quejó Davy, levantando la cabeza para verlos bailar a la luz de los rayos ya inclinados del sol—. Qué desperdicio de madera.

Oh, ¿será verdad?

Fue la única respuesta que obtuvo.

El ruido del río cesó de repente. Una calma extraña los envolvió. El hielo se había desgarrado de las orillas y flotaba por encima de la superficie del río, cuyo cauce aumentaba cada vez más. Continuó subiendo, veloz y en silencio, durante seis metros, hasta que los enormes bloques rozaron suavemente la parte más alta de la orilla. La cola de la isla, al encontrarse a un nivel más bajo, quedó sobrepasada. Luego, sin esfuerzo alguno, la blanca inundación empezó a moverse cauce abajo. El ruido iba aumentando junto con el impulso y pronto la isla entera se estremecía y temblaba por las sacudidas de los icebergs que chirriaban. Debido a la presión, los bloques gigantescos, que pesaban cientos de toneladas, salían despedidos y saltaban como si fuesen guisantes. La fría anarquía se desbocaba cada vez más y los hombres tenían

que gritarse al oído para poder oírse. A veces el estruendo del remanso se percibía por encima del tumulto. La isla vibró debido al impacto de un bloque gigantesco que se clavó directamente en la punta. Arrancó de raíz una veintena de pinos, se balanceó con fuerza de un lado al otro y hacia arriba, levantó su base embarrada del lecho del río y se abalanzó sobre la zona de la cabaña, cortando la orilla y los árboles como un cuchillo gigantesco. Solo rozó una esquina de la casucha, pero los troncos apilados se ladearon como si fueran cerillas y la estructura, cual casita de juguete, se derrumbó por completo.

—¡El trabajo de varios meses! ¡El trabajo de varios meses y nuestro billete de vuelta a casa! —se quejó Davy, mientras Montana Kid y el policía lo apartaban a rastras de los montones de leña.

—En su momento tendrás más oportunidades de volver a casa —gritó el policía, dándole un tortazo que lo hizo volar por los aires y lo puso a salvo.

Donald, desde lo alto del pino, vio el devastador iceberg llevarse a su paso las cuerdas de madera y desaparecer cauce abajo. Como si el daño hecho le hubiese bastado, la riada de hielo recuperó su nivel anterior y empezó a aflojar el paso. El ruido también disminuyó y los otros pudieron oír a Donald gritar desde su nido de águila para que mirasen río abajo. Como Montana Kid había pronosticado, se formó una barrera entre las islas de la curva y el hielo se apilaba en la gran presa que se extendía de orilla a orilla. El río se detuvo y el agua, al no encontrar salida, empezó a subir. Ascendió con fuerza hasta inundar la isla, mientras los hombres chapoteaban con el agua hasta las rodillas y los perros nadaban hacia las ruinas de la cabaña. En ese punto se inmovilizó, sin subidas o bajadas perceptibles del cauce.

Montana Kid movió la cabeza, preocupado.

—Se ha formado una presa arriba y ya no baja más.

—El riesgo está en ver qué barrera se rompe primero —añadió Sutherland.

—Exacto —afirmó Kid—. Si se rompe antes la presa de arriba, no tendremos ni la más mínima oportunidad. Lo arrastrará todo a su paso.

Los hombres de Minook se alejaron en silencio, pero pronto las notas de *Rumsky Ho* se apoderaron del aire tranquilo, seguidas de *Naranja y negro*, una de las canciones más cantadas en Princeton. Hicieron sitio en su círculo para Montana Kid y el policía, que enseguida se adaptaron al ritmo de los coros mientras pasaban de una melodía a otra.

—Donald, ¿no me vas a echar una mano? —gimoteaba Davy al pie del árbol al que su compañero se había subido—. Donald, amigo, ¿es que no me

vas a ayudar? —repitió quejumbroso, con las manos sangrando debido a su vano intento de escalar el tronco resbaladizo.

Pero Donald miraba fijamente a la parte alta del río. De repente, se oyó su voz llena de miedo decir:

—¡Dios Todopoderoso, ahí viene!

De pie, con el agua helada hasta las rodillas, los hombres de Minook, con Montana Kid y el policía, se agarraron de las manos y elevaron las voces para cantar el funesto *Himno de batalla de la República*. Pero el estruendo en movimiento ahogó la letra.

A Donald se le concedió contemplar una imagen que ningún hombre puede ver y seguir con vida. Una pared gigantesca de blancura se abatió sobre la isla. Árboles, perros y hombres desaparecieron, como si la mano de Dios hubiese limpiado por completo la faz de la naturaleza. Eso fue lo que vio, después se balanceó un instante más en su atalaya y se precipitó al infierno de hielo.

[1899]



La chiquilla adecuada

PARA RALPH AINSLIE «chiquilla» siempre había sido una palabra cariñosa. Y debemos confesar que la había aplicado con gran sabiduría y discreción, desde la criaturita que dominaba su destino cuando era alumno de secundaria hasta Maud. La lista de favorecidas era larga, de eso no hay duda, pero los corazones jóvenes suelen albergar amores itinerantes. Así son las cosas y ¿quién va a cambiarlas? Sin embargo, cuando la dulce locura de cortejar a Maud se apoderó de él, la palabra había madurado y alcanzado un significado más completo y en ese momento él había pensado que ya nunca más se trasladaría. A su vez, Maud lo llamaba «niño». Nunca palabras tan dulces se emparejaron con mayor precisión. ¡Chiquilla y niño! Pues se habían casado y…

Ainslie desmenuzó su tostada, despreocupado, y miró a Maud, sentada frente a él en la mesa de desayuno, con sus ojos azules y su aspecto de matrona, pero el rostro de mujer grabado en aquel momento en la retina de su mente tenía los ojos negros y rebeldes. En él no se percibía el sosiego de la esposa, ni la calma del control firme, sino el capricho de los deseos mudables, un autoritarismo aplastante y extraños cambios de humor. Una criatura de corazón ligero para la lealtad, pero de alma generosa para el amor. Bien que la conocía él.

Tal vez fuese la irradiación inconsciente de la actitud mental de él en aquel momento —o de la suma de las actitudes de muchos días— lo que hacía que Maud se sintiera sola en su lado de la mesa. Al menos se sentía deprimida y aislada, como si los vínculos que tanto los habían unido de alguna forma empezaran a deshacerse. Ella había esperado que los fervientes besos que con tanta dulzura salpicaran el período de su compromiso terminarían por convertirse en el formal homenaje del afecto probado, pero no que acabaran por ser solo un deber sin sentido, el simple comportamiento mecánico de quien representa un papel. La conducta de su esposo carecía de esa sutil seriedad y entusiasmo cuya ausencia la mujer detecta enseguida.

—¿Qué ocurre, Maud? —preguntó él en un momento dado, al observar por primera vez lo mal que había transcurrido el desayuno, movido por el

deseo de compensarla—. ¿Qué ocurre? —repitió, consciente de que ella conservaba su mirada soñadora— ¿Hay algún problema?

—Ralph —respondió ella con esa intrascendencia tan femenina—, ya no me llamas chiquilla—. Luego añadió quejumbrosa—: Ahora soy Maud a secas.

—Y hace siglos que tú no me llamas niño —replicó él.

No fue consciente del rubor dolido que tiñó sus mejillas. Tampoco sabía lo mucho que había luchado ella por abandonar su apelativo cariñoso después de que él dejara de llamarla chiquilla. Y es que la mitad de las tragedias del mundo se elaboran en el silencio de los corazones femeninos, tragedias que los hombres, con su torpeza, pueden no entender o llegar a conocer jamás.

A Maud se le empañaron los ojos y continuó callada. Ainslie se levantó y acudió a su lado.

—¡Oh, Ralph, no sé, pero todo va mal, muy mal! —sollozó ella en el hombro de él.

El aroma del cabello femenino era como una caricia, sin embargo no evocó los recuerdos agradables de otros tiempos que debería haber evocado, porque él frunció el ceño sin que ella se percatase y le dio una palmadita en el hombro para calmarla.

—Me he esforzado tanto por ser buena y leal, por ser la esposa de Ralph —dijo ella y levantó la cabeza con valentía para mirarlo a los ojos—, pero todo va mal. Nos ha ocurrido algo, algo se ha interpuesto entre nosotros. Imaginaba que las cosas serían muy distintas tras casarnos, pero ahora… no sé, no lo comprendo.

—Calma, tranquila —murmuró él, el rostro convertido en un ejemplo de amabilidad masculina superficial—. Me temo que estás enferma, un tanto pachucha. No eres la de siempre. Debes de tener algunas décimas, un resfriado o algo así. Cuando llegue al centro le diré al doctor Jermyn que venga a verte. Quizás —añadió con premeditación mientras le daba un beso de despedida en la puerta—, quizá necesites un cambio de aires o algo parecido. Creo que te vendría bien pasar una semanita con tu madre.

Pero ella negó con la cabeza.

☘

«YA EMPIEZAN LAS ESCENITAS —pensó mientras subía al coche—. Hoy ha sido la primera, mañana habrá otra y continuarán aumentando, tanto en cantidad como en calidad, hasta que ni el hombre más paciente podrá soportarlas. Será mejor cortar el problema por lo sano ahora, en lugar de permitir que vaya a más. Le escribiré a Bertha de inmediato y resolveré el asunto de una vez».

Con esa loable intención se sentó ante su escritorio e invocó al demonio epistolar. Una perentoria llamada de teléfono lo interrumpió. Se trataba de una transacción importante y el amor ocupa un segundo plano cuando hay negocios.

—¡Pobre Maud! —murmuró mientras guardaba la carta sin terminar en un cajón—. No es más que una mezcla extraña de locura veraniega y de egoísmo inconsciente por mi parte. Y ha sido Bertha quien me ha contagiado.

Mientras bajaba en el ascensor decidió volver a subir para destruir la carta y acabar con aquello, pero al llegar abajo los negocios se antepusieron al amor y se apresuró a reunirse con los directivos de la compañía proyectada.

☘

A LAS TRES, EL CONTABLE se extrañó debido a la prolongada ausencia de Ralph Ainslie. A las tres y media, la señora Ainslie se pasó por el despacho de su marido. Había estado meditando —de esa manera tan encantadora propia de las mujeres— y llegado a la conclusión de que sabía muy poco sobre los hombres y que, fuera lo que fuese lo ocurrido, se debía a su enfermiza costumbre de dar vueltas a las cosas, por eso estaba allí, para ser amable con su pobre esposo y recibir su perdón. Abrió la puerta de su despacho con suavidad, se enfrentó al rotundo vacío de la habitación y decidió esperar.

Recordó los maravillosos días de su primera época de casados, cuando ella acudía por las tardes a su despacho tan a menudo que Ralph decía que era una molestia deliciosa y ocultaba caramelos y bombones en su escritorio para animarla a volver de visita. Poseída por un afecto sentimental y una ligera sensación de dolor, cruzó la habitación de puntillas y abrió un cajón. La hoja vuelta hacia arriba y el encabezado «Querida chiquilla» llamaron su atención. Enseguida observó la esquina superior derecha, creyendo que se trataba de alguna carta para ella, escrita tiempo atrás, y al ver la fecha se sintió felizmente sorprendida. Estaba tan contenta que no se fijó en el sobre, con el destinatario, medio escondido bajo la carta. Empezó a leer:

> Querida chiquilla:
>
> A veces creo que últimamente no nos entendemos como deberíamos. Sé que yo, al menos, puedo haberte parecido frío en ocasiones cuando, en realidad, me encontraba confuso por otros motivos. He estado algo preocupado y no he sido el de siempre, por todo lo cual pienso compensarte como es debido. Muy pronto te lo explicaré todo.
>
> Créeme, chiquilla, que el amor que te ofrezco es verdadero y conlleva todo mi corazón. Estoy haciendo planes para que podamos…

—¡Todo es por culpa de sus negocios! —exclamó Maud, con los ojos humedecidos brillando de alegría—. Seguro que dejó de escribir también por culpa de algún asunto profesional. ¡Y es una carta para mí, en la que me llama chiquilla!

Se llevó la hoja de papel perfumado a los labios en el momento en que Ralph Ainslie entraba en la habitación.

—¡Niño! —exclamó, mientras corría hacia él y lo abrazaba—. ¡Mi querido compañero! Y yo portándome como una caprichosa, mientras tú te preocupabas por los negocios sin quejarte ni una sola vez. No, no —protestó al ver que él hacía un gesto involuntario de queja—. Es verdad, niño, todo es verdad. Me he portado muy mal contigo.

Los ojos llorosos de ella y la pechera de la camisa de él habían alcanzado una proximidad tan peligrosa que Ralph pudo hacer un gesto de perplejidad por encima de la cabeza de ella sin ser visto. El aroma del cabello femenino se mezcló con sus pensamientos y lo llevó a recordar los buenos tiempos que casi había olvidado por completo. ¡Su querida, paciente y fiel Maud, tan confiada como la primera vez que se besaron! ¡Había creído que la carta sin terminar era para ella! Su error lo conmovió hasta el punto de ayudarlo a sepultar en el olvido a la otra mujer.

—Vamos, vamos, chiquilla. Nadie tiene la culpa de todo esto excepto yo. Me he volcado demasiado en el trabajo y…

—Es culpa mía. ¡Insisto! —protestó ella.

—Entonces debo castigarte con… ¡ejem!

—¿Algo bueno? —Recordó la carta y añadió—: ¿Qué íbamos a hacer cuando acabases con tus planes?

—Ir a Europa —mintió él sin inmutarse—. Oye, chiquilla —añadió apresurado al ver que el cajón continuaba abierto, encabezando la retirada hacia la puerta—, ¿qué te parece si en vez de ir a casa cenamos en el centro?

—¡Y luego vamos al teatro! —exclamó ella—. ¡Como hacíamos antes!

—Espera un momento, chiquilla —le dijo en la puerta del ascensor—. He olvidado una cosa.

Regresó corriendo al despacho y cerró la puerta con cuidado. Luego acercó una cerilla al sobre dirigido a una tal Bertha Noséquémás, arrojó las cenizas a la parrilla de la chimenea y juró varias veces en voz baja, pero mientras lo hacía quien ocupaba sus pensamientos era la mujer de ojos negros.

[1899]



Final de capítulo

TE HAS PORTADO FATAL. No te has interesado por nada, no has ido a ninguna parte ni has hecho nada, como un ermitaño. ¿Qué es lo que te pasa? La reclusión, amigo, es sinónimo de infierno.

—¿Por qué te complicas tanto? —Jack Lennon dirigió una mirada apática a su interlocutor—. El mundo cumple mejor con los requisitos. El mundo, querido joven, es el único sinónimo auténtico para «infierno».

—No si contiene un solo hombre honrado, o una mujer.

—Continúa hablando —lo animó Lennon—. Escucharte resulta de lo más estimulante. El entusiasmo de la juventud, su ideal inmaculado, siempre me han proporcionado placer. Son como la brisa fresca del mar que se difunde con el viento general de la sabiduría ingenua.

—Y que con su sal mata el hongo sombrío que pudre la sabiduría mundana.

—¡Cierto! Es un hongo sombrío, podrido, nocivo. Conserva tus vigorosas ilusiones. Al igual que la castidad de la mujer, o como la juventud de sus mejillas, no pueden renovarse. Cuando las dejas de lado, te amargan con los recuerdos: la memoria se convierte en una lápida pesada y maldita de las propias iniquidades. Ah, Joven de Oro, tres veces de oro, sigue la pista de tu excelencia en otro lugar. Yo me voy a casa.

—Oye, no tengas prisa. Démonos una vuelta por la ciudad y pasemos un buen rato. Venga, ya verás cómo te animas.

—Evita el camino del flirteo, Joven de Oro, porque con cada flor que recojas, una a una, así mismo, una a una, se esfumarán tus prometedoras ilusiones. No puedes estar en misa y repicando a la vez. Me voy a casa. Buenas noches.

«Está deprimido. Lo ve todo negro como la boca del infierno —pensó el Joven de Oro mientras veía la espalda de Jack Lennon desaparecer tras las puertas de vaivén—. Diez mil al año y sin interés alguno en la vida. Y no le pasa nada, sin motivos. —Se sintió un poco ofendido al pensarlo—. Cuando quiera darme cuenta, me levantarán de la cama para ir a identificar un cadáver espantoso al depósito. Seguro. Titulares sensacionales en los periódicos.

Acontecimiento impactante. Socio prominente de un club de caballeros. El bohemio feliz de otros tiempos. ¡Caramba!».

Joven de Oro se estremeció y buscó refugio de su imaginación en el ruido y repiqueteo de la sala de billar.

☘

¡EL HOGAR! Jack Lennon pronunció la palabra con gran resentimiento y aversión. ¡El hogar! Aquella especie de hotel, aquel llamativo palacio…, su hogar. Se abrió paso entre su gregaria especie y tomó el ascensor para cruzar aquella colmena llena de pisos y habitaciones hasta sus aposentos.

—Pídame un whisky con soda —le dijo a su criado, tieso como una figura de metal—. Luego puede irse.

—¿Irme?

—¡Sí, váyase! A la cama, adonde quiera. No lo voy a necesitar. Por la mañana, antes de hacer cualquier otra cosa, encontrará un par de cartas sobre mi escritorio. Envíelas. ¿Entendido? Antes de hacer cualquier otra cosa.

—Sí, señor.

Cuando se quedó a solas permaneció un rato de pie, ausente, frente a la ventana, mirando las luces de la calle. Luego, como si hubiese recordado una cita, procedió a asearse y vestirse de forma impecable, con más cuidado del normal. Al afeitarse, pasó la navaja por segunda vez con la mayor circunspección. «Incluso en la corrupción de la muerte hay intensidad», pensó y la imagen de la mujer de cabello cobrizo en su sepulcro secreto, descrita por Hawthorne, lo asaltó con una intensidad desagradable.

Tras hacerse la manicura con un detenimiento meticuloso y prender una flor en la solapa de la chaqueta, escribió un par de notas breves en su escritorio, les puso la dirección, las lacró y selló con la precisión profesional de un oficinista. Muchos detalles pequeños parecían reclamar su atención y se ocupó de todos con un cuidado exquisito. Interrumpió el momento de sacar un estuche de cuero negro del cajón de su escritorio para encender un puro. Lo anodino del tabaco dibujó un gesto de placer en sus ojos. Luego cogió el último número de una revista que descansaba sobre el atril de lectura y, en compañía de la purera de cuero negro, se tumbó en el sofá, dejando escapar un suspiro de satisfacción.

Leyó durante un rato, concentrado y receptivo, tanto que permitió que el puro se apagase. Dejó a un lado la revista para encenderlo de nuevo.

—Final de capítulo —murmuró mientras observaba las inmensas espirales de humo ascender hacia el techo cubierto de frescos.

¿Y por qué no? ¿No se trataba de la única prerrogativa que se le concedía a él y se ¡e negaba a Dios? Ya que se le concedía, ¿por qué no iba a ejercerla? Había llegado sin quererlo él y se iría sin que nadie lo emplazase. ¿Quién se lo iba a negar? Recordó que alguien había dicho que era un experimento, una pregunta que el hombre hace a la naturaleza, el intento de arrancarle el fecundo misterio o la yerma falsedad de la existencia. En cualquier caso, él pensaba que había poco que perder y mucho que ganar.

Sus sutilezas dialécticas lo hicieron sonreír y se dedicó a observar la ceniza, cada vez mayor, de su habano. Luego sus pensamientos volaron al terror y pánico de Claudio[25] y a sus espantosas especulaciones sobre el período posterior a la muerte: «0 peor aún que aquellos a quienes el pensamiento rebelde e inseguro imagina aullando».

Se rio suavemente ante los caprichos sin sentido de su mente y volvió a concentrarse en las espirales de humo. El estado de ánimo de su imaginación se apoderó de él y se dejó llevar, siguiendo sus fantasías a través de las cortinas arremolinadas como un niño que hace pompas. Jugar tan al límite le daba emoción al juego. Le agradaba esa sensación.

Pero de repente, tan rápido que no logró seguir el paso de sus abigarradas fantasías, el humo se convirtió en la espuma blanca de las olas que rompían contra la costa. El sofá se transformó en una playa de arena dorada. El círculo amarillo del sol conservaba el equilibrio en su cénit y a lo lejos, entre la neblina de un mar en calma, fundiéndose en la bruma del horizonte, pudo distinguir el velamen atenuado de un mercante.

Sintió interés. Su curiosidad se despertó. Abandonó su yo subjetivo durante un momento para intentar identificar la escena. En algún lugar, en algún momento, se había grabado en su cerebro, convirtiéndose en uno de los innumerables factores que habían acentuado las circunvoluciones de su accidentada materia gris. ¿Cuándo? ¿Dónde? ¡Ah, el día en que había retado a Kitty a volver a portarse como una niña y caminar por el agua! ¿Lo había hecho ella? Sí, porque recordaba sus apuros después y cómo la arena mojada se pegaba a sus pies cuando volvieron a los bártulos de lana y cuero de la civilización; cómo enterraron los pies en la arena caliente hasta que las diminutas partículas se secaron y pudieron limpiarlas; cómo se reían, carentes de malicia o convencionalismos. ¡Caramba! ¡Qué día para los dioses!

¿Dónde estaba Kitty? Regresó al estruendo de las olas al romper y a la playa amarilla. Conteniendo el aliento, sacudió la arena en busca de un pie rosado. ¡Qué pequeño era! ¡Y qué suave! Cuando quiso darse cuenta, lo comparaba a escondidas con el suyo. Sonrió al ver el serio engaño con el que sin necesidad prolongó la tarea. Y la inspección final —por si quedase algún granito brillante— del esbelto tobillo, discretamente velado por la falda de pana, pasando por el empeine arqueado y blanco hasta el último dedito rosado. ¡Caramba!

El puro se había apagado. Muy afectado aún por la visión, abrió el estuche de cuero negro y sacó el áspid del mundo moderno, el que iba a poner punto final al capítulo. Extrajo el cilindro con un diestro giro de muñeca, se aseguró de que el contenido estaba bien y volvió a ponerlo en su sitio. Pero allí arriba, entre las nubes de humo que desaparecía, palpitaba un pie rosado, con el arco muy blanco. Depositó el revólver sobre su pecho y cerró los ojos. Allí seguía, brillando trémulo a través de sus párpados, como si fueran de gasa. Un pie lleno de recuerdos tiernos y cautivadores. Un pie que había cruzado con sus leves pisadas el pergamino de su vida sin dejar rastro. Sí, pero ¡qué bonito era el condenado! Esperaría a que desapareciera. Su sentido de la estética se rebelaba contra hacer lo que pensaba hacer en presencia de algo tan hermoso. Sí, esperaría hasta que la imagen del pie se dignase desaparecer.

Una hora más tarde se puso de pie muy decidido y se miró en el espejo. Una sonrisa guasona jugueteaba en sus labios.

—Jack Lennon —dijo—, has sido un necio, un auténtico idiota, y ahora te irás a la cama para evitar convertirte en un imbécil aún mayor.

Una mano retiró la flor de la solapa de la chaqueta y la otra ayudó a las dos notas a efectuar un precipitado descenso desde el escritorio a la papelera.

Al taparse hasta la barbilla y sentir el frío contacto de las sábanas, musitó:

—¿El mundo? No mientras un solo pie de mujer centellee sobre la tierra. Pues cada pie merece un capítulo y pies como esos puede haber muchos.

[1899]



La esposa india

Si yo fuese hombre… —Las palabras de la mujer no eran concluyentes en sí mismas, pero los destellos de mordaz desprecio que lanzaban sus ojos negros no pasaron inadvertidos entre los hombres que ocupaban la tienda.

Tommy, el marinero inglés, y el avergonzado pero caballeroso Dick Humphries, pescador de Cornualles y excapitalista del salmón norteamericano, le sonrieron con tanta benevolencia como siempre. Este último entregaba a las mujeres una parte demasiado grande de su tosco corazón como para hacerles caso cuando —como él decía— estaban de capa caída o cuando su visión limitada no les permitía ver todos los aspectos de una situación. Así que no dijeron nada esos dos hombres que habían dado refugio en su tienda tres días antes a aquella mujer medio congelada, que la hicieron entrar en calor, le dieron de comer y rescataron sus bienes de manos de los porteadores indios. Esa última acción había implicado el pago de muchos dólares, por no hablar de la demostración de fuerza: Dick Humphries entrecerró los ojos para mirar por encima del cañón de un Winchester mientras Tommy repartía el salario entre ellos según su propio criterio. No había sido para tanto, pero significaba mucho para una mujer que se lo jugaba todo a una mano desesperada en la también desesperada fiebre del Klondike de 1897. Los hombres debían ocuparse de sus propias necesidades apremiantes y además no les parecía bien que una mujer sola se la jugase de esa forma en el invierno del Ártico.

—Si fuese hombre, sé lo que haría —insistió Molly, la de los ojos llameantes, y por su boca habló el valor acumulado en cinco generaciones nacidas en Norteamérica.

En el silencio subsiguiente, Tommy metió una bandeja de galletas en el horno de la cocina portátil y echó más leña al fuego. Bajo su tez bronceada se apreciaba un tono rojizo y, al agacharse, la piel de la nuca era de color escarlata. Dick hizo desaparecer una aguja para coser velas triangulares en un grupo de correas de carga rotas, sin permitir que su buen carácter se viese

afectado por el cataclismo femenino que amenazaba con estallar en la tienda golpeada por la tormenta.

—¿Y si fueses hombre? —preguntó con la voz rebosando amabilidad. La aguja se atascó en el cuero húmedo y dejó de trabajar por un momento.

—Si fuese hombre, me echaría la carga a la espalda y me iría. No me quedaría en el campamento, con el Yukón congelándose más a cada día que pasa y los bienes a medio camino. Vosotros sois hombres, pero os quedáis sentados aquí, de brazos cruzados, con miedo a mojaros y a soportar un poco de viento. Os lo digo directamente: los yanquis están hechos de otra pasta. Se echarían al camino de Dawson aunque tuvieran que atravesar el fuego del infierno. Y vosotros… vosotros… ¡Ojalá fuese hombre!

—Pues yo me alegro de que no lo seas, querida. —Dick Humphries hizo un lazo de bramante sobre la punta de la aguja y la pasó por el medio con un par de movimientos diestros y un buen tirón.

Un resoplido del vendaval abofeteó la tienda con ganas al pasar zumbando y el aguanieve golpeteó la delgada lona con enérgico resentimiento. El humo, al impedírsele la salida, volvió a entrar por la puerta de ventilación del fogón, arrastrando el aroma acre de las píceas verdes.

—¡Dios santo! ¿Por qué las mujeres no atienden a razones? —Tommy alzó la cabeza de las profundidades más hondas y la miró con unos ojos ultrajados por el humo.

—¿Y por qué no pueden los hombres demostrar su virilidad?

Tommy se puso de pie de un salto y lanzó un juramento que habría conmocionado a una mujer menos atrevida, deshizo los resistentes nudos de rizos y echó hacia atrás las puertas de la tienda.

Los tres miraron afuera. El espectáculo no resultaba nada alentador. Unas pocas tiendas empapadas formaban el deprimente primer plano, a partir del que el terreno mojado ascendía hasta un desfiladero espumeante, por el que bajaba un torrente de montaña. Aquí y allá, píceas enanas, que habían enraizado de cualquier manera en el aluvión poco profundo, marcaban la proximidad del bosque. A lo lejos, en la ladera opuesta, la silueta borrosa de un glaciar se cernía, blanca como un muerto, entre la lluvia torrencial. Mientras miraban, su enorme frente se desmoronó sobre el valle, en el seno de algún reguero subterráneo, y su ronco estruendo superó a los aullidos de la tormenta. Molly retrocedió de forma involuntaria.

—¡Mira, mujer! ¡Fíjate bien y no pierdas detalle! Hasta el lago Cráter hay casi cinco kilómetros, cruzando dos glaciares y siguiendo un resbaladizo pretil, hundidos hasta las rodillas en el más violento de los ríos. ¡Mira bien,

mujer yanqui! ¡Mira! ¡Ahí tienes a tus hombres yanquis! —Tommy hizo un gesto apasionado en dirección a las tiendas que luchaban por resistir—. Esos son yanquis de pura cepa. ¿Están en camino? ¿Ves que alguno se haya echado la carga a la espalda? ¿Aun así pretendes decirnos cómo debemos hacer nuestro trabajo? ¡Mira bien, te digo!

Otro trozo enorme del glaciar se derrumbó entre rugidos. El viento se coló por la puerta abierta, abombando los laterales de la tienda hasta que se balanceó como una vejiga gigantesca, atrapada entre las cuerdas que la sujetaban. El humo se arremolinaba alrededor de ellos y el aguanieve se les clavaba en la carne. Tommy cerró de nuevo la hoja de lona que hacía las veces de puerta y volvió a ocuparse de su tarea lacrimógena junto a la cocina. Dick Humphries apiló las correas arregladas en un rincón y encendió su pipa. Incluso Molly se convenció durante un momento.

—Mi ropa —dijo medio lloriqueando, permitiendo que predominase su parte femenina—. Está en la parte de arriba de la despensa oculta y se va a estropear. ¡Me quedaré sin nada!

—Calma, tranquila —intervino Dick cuando la última sílaba temblorosa se apagó—. No te preocupes por eso, mujercita. Tengo edad suficiente para ser el hermano de tu padre, además tengo una hija mayor que tú, y te cubriré de perifollos cuando lleguemos a Dawson, aunque eso suponga gastarme hasta el último dólar.

—¡Cuando lleguemos a Dawson! —Había recuperado el tono de desprecio con más fuerza aún—. Antes os pudriréis en el camino. Os ahogaréis en el barro. ¡Sois… sois… británicos!

La última palabra, como una explosión intensa, había superado los límites de su capacidad de vituperación. Si eso no los ponía en marcha, nada lo haría. La nuca de Tommy recuperó su color rojo, pero contuvo la lengua. Los ojos de Dick se suavizaron aún más. Aventajaba a Tommy porque había tenido una esposa blanca.

En determinadas circunstancias, la sangre de cinco generaciones nacidas en Norteamérica constituye una herencia muy incómoda y entre dichas circunstancias podría enumerarse la de alojarse con familiares cercanos. Aquellos hombres eran británicos. Por tierra y mar, los antepasados de ella y las generaciones posteriores los habían vapuleado y habían recibido lo suyo. Por tierra y mar continuarían haciéndolo. Las tradiciones de su raza clamaban justificación. Ella era una mujer del presente, pero en su interior burbujeaba todo el pasado grandioso. No solo era Molly Travis quien se puso las botas de goma, el chubasquero y las correas de carga, porque las manos fantasmales de

diez mil antepasados se ocuparon de ceñir las hebillas, tanto como de llevarla a apretar la mandíbula y fijar la mirada con determinación. Ella, Molly Travis, pretendía avergonzar a aquellos británicos. Ellos, las innumerables sombras, imponían el dominio de la raza común.

Los hombres no interfirieron. En una ocasión Dick sugirió que ella usase la ropa de agua de él, porque su chubasquero sería como cubrirse con papel en medio de semejante tormenta. Pero ella mostró su independencia con tanto desprecio que él se concentró en su pipa hasta que Molly desató los nudos de la puerta y se marchó por el camino inundado.

—¿Crees que lo logrará? —El rostro de Dick contradecía la indiferencia que reflejaba su voz.

—¿Lograrlo? Si aguanta la presión hasta llegar a la despensa oculta, con tanto frío y sufrimiento, se volverá loca de atar. ¿Aguantará? Acabará como una cabra. Tú lo sabes bien, Dick, has pasado el cabo de Hornos en velero. Sabes lo que es agarrarse a una gavia en lo peor de la tormenta, soportando el aguanieve, la nieve y las velas heladas hasta que estás a punto de rendirte y llorar como un niño. ¿La ropa? No será capaz de diferenciar un puñado de faldas de una batea para el oro o una tetera.

—Entonces, ¿crees que nos hemos equivocado al dejar que se fuera?

—En absoluto. Perdona, Dick, pero de lo contrario habría convertido esta tienda en un infierno hasta el final del viaje. El problema de esa mujer es que tiene demasiada energía. Esto la atemperará un poco.

—Sí —admitió Dick—, es demasiado ambiciosa. Aunque no está mal. Es una necia por enfrentarse a un viaje como este, pero tiene mucho más valor que esas mujeres que prefieren depender de los hombres para todo. Pertenece a la raza que nos ha parido a ti y a mí, Tommy, por eso debemos soportar su exceso de energía. Para criar a un hombre hay que ser muy mujer. Es imposible obtener virilidad de las entrañas de una criatura que solo se preocupa de sus enaguas. Para parir un tigre hace falta una tigresa, no una vaca.

—Y cuando se comportan de forma irracional, debemos aguantarnos, ¿no es eso?

—Es una opción. Un cuchillo de monte afilado, en caso de accidente, corta más que otro romo, pero no por eso vamos a embotar el filo en la barra del cabrestante.

—Está bien, si tú lo dices, pero en lo que se refiere a las mujeres, yo las prefiero con un poco menos de filo.

—¿Qué sabrás tú al respecto? —quiso saber Dick.

—Sé lo mío.

Tommy alargó la mano para coger un par de medias mojadas de Molly y las estiró sobre su regazo a fin de que se secaran.

Dick, que lo miraba lastimero, metió la mano en la bolsa de ella y se acercó a la parte delantera de la cocina con varias prendas húmedas que también puso a secar.

—¿No habías dicho que no estabas casado? —preguntó.

—¿Lo dije? No más que… bueno… sí. ¡Por Dios! Sí. Estuve casado y nunca ha habido mujer mejor que la mía.

—¿Soltó amarras? —Dick simbolizó el infinito con un gesto de la mano.

—Sí. En el parto —añadió tras un momento de pausa.

Las alubias borbollabais alborotadoras en la parte delantera de la cocina y empujó la cacerola hacia atrás, hacia una zona más fría de la plancha. Después comprobó cómo iban las galletas, las pinchó con una astilla de madera y las apartó, cubiertas con un paño húmedo. Dick, siguiendo la costumbre de los suyos, contuvo su interés y aguardó en silencio.

—Era una mujer distinta a Molly. Era india.

Dick demostró su comprensión asintiendo con la cabeza.

—No era tan orgullosa y obstinada, pero sabía permanecer fiel a su hombre contra viento y marea. Remaba tan bien como cualquiera y pasaba hambre tan satisfecha como Job. Iba delante cuando la proa del balandro pasaba más tiempo hundida que al aire y sabía navegar como un hombre. Una vez nos fuimos de prospección más allá de Teslin, pasado el lago Surprise y el Little Yellow-Head. Nos quedamos sin comida y nos comimos a los perros. Se acabaron los perros y nos comimos los arneses, los mocasines y las pieles. Ni una queja, ni una muestra de debilidad. Antes de partir dijo que podríamos tener problemas con la comida, pero cuando ocurrió no hubo ni un solo «te lo dije». «No te preocupes, Tommy —exclamaba día tras día—, no importa. Prefiero tener un hueco de hambre en el estómago y ser tu mujer, Tommy, que tener un *potlatch* todos los días y ser la india del jefe George». George era el jefe de los chilkoot y la quería como fuese.

»Fueron buenos tiempos. Yo era un chaval cuando llegué a la costa. Salté de un ballenero, el *Pole Star*, en Unalaska y llegué hasta Sitka trabajando en la caza de nutrias. Allí me junté con Jack *el Feliz*, ¿lo conoces?

—Se ocupaba de mis trampas en el Columbia —respondió Dick—. Era un poco salvaje, con debilidad por las mujeres y el whisky.

—El mismo. Fui a comerciar con él un par de temporadas: alcohol, mantas y cosas de esas. Luego conseguí mi propio balandro y, para no hacerle

la competencia, bajé hacia Juneau. Allí conocí a Killisnoo. La llamaba Tilly para abreviar. La conocí en un baile en la playa. El jefe George había terminado de comerciar por aquel año con los sticks, más allá de los pasos, y había bajado desde Dyea con la mitad de su tribu. Aquel baile estaba lleno de indios. Yo era el único blanco. Nadie me conocía, excepto algunos de los hombres con los que había coincidido camino de Sitka, pero Jack *el Feliz* me había contado las historias de casi todos.

»Todos hablaban chinook sin imaginar que yo lo dominaba mejor que muchos, en especial dos chicas que habían huido de la misión de Flaines, subiendo por el canal de Lynn. Eran criaturas esbeltas, daba gusto verlas, y pensé lanzar la caña, pero me parecieron demasiado frescas, como el bacalao recién pescado. Tenían mucho filo. Como yo acababa de llegar, empezaron a tomarme el pelo, sin saber que entendía todas y cada una de las palabras en chinook que decían.

»Guardé silencio y me puse a bailar con Tilly. Cuanto más bailábamos, más cariño sentíamos el uno por el oro.

»—Éste anda buscando mujer —dijo una de las chicas, y la otra sacudió la cabeza y dijo:

»—Pues no creo que tenga muchas posibilidades de encontrarla, porque las mujeres quieren hombres.

»Los indios, hombres y mujeres, que estaban cerca empezaron a reírse y a repetir lo que ellas habían dicho.

»—Es guapo, el niño —comentó la primera.

»No negaré que era bastante lampiño y tenía cara de jovencito, pero hacía tiempo que era tan hombre como los demás y oír aquello me dolió.

»—Pues está bailando con la chica del jefe George —dijo la segunda—. Cuando se despiste, George le dará un buen golpe de remo y lo mandará a ocuparse de sus asuntos.

»El jefe George nos había estado lanzando miradas muy feas hasta ese momento, pero al oírla se rio y se dio palmadas en las rodillas. Era un tipo robusto, muy capaz de usar el remo.

»—¿Quiénes son esas chicas? —le pregunté a Tilly, mientras bailábamos.

»En cuanto me dijo sus nombres recordé todo lo que de ellas me había contado Jack *el Feliz*. Tenían buen pedigrí, pero él me había confiado algunas cosas que ni siquiera su tribu sabía. Sin embargo, guardé silencio y continué cortejando a Tilly, mientras ellas hacían comentarios desagradables y los demás se reían. “Espera el momento oportuno, Tommy”, me decía yo a mí mismo. “Tú espera”.

»Y esperé hasta que el baile estuvo a punto de terminar y el jefe George tuvo el remo preparado para darme con él. Cuando nos detuvimos, todos esperaban que surgieran problemas, pero yo caminé entre ellos tan tranquilo, como si nada. Las chicas de la misión me soltaron una fresca y, a pesar de lo enfadado que estaba, tuve que esforzarme por no reírme. De repente me dirigí a ellas y les pregunté:

»—¿Habéis terminado ya?

»Tenías que haberles visto la cara cuando me oyeron hablar chinook. Entonces me solté. Conté todo lo que sabía de ellas, delante de los suyos. Padres, madres, hermanas, hermanos, todos, todo. Las jugarretas que habían gastado, los líos en los que se habían metido, las deshonras sufridas. Las quemé sin miedo y sin piedad. Todos nos rodearon: nunca habían oído a un blanco hablar su lengua como yo. Todos se reían, excepto las chicas de la misión. Incluso el jefe George se olvidó del remo, o a lo mejor sentía demasiado respeto para atreverse a usarlo.

»Las chicas me rogaban, mientras las lágrimas corrían por sus mejillas:

»—No, Tommy, por favor, no. Seremos buenas. De verdad, Tommy, de verdad.

»Pero yo las conocía bien y metí el dedo en todas las llagas. No me callé hasta que cayeron de rodillas, pidiendo perdón y rogándome que guardase silencio. Entonces miré al jefe George, pero dudaba si atacarme o no y dejó pasar el momento soltando una risa que sonaba a falsa.

»Total que, cuando esa noche me despedí de Tilly, le dije que iba a estar por allí una semana y que quería verla más veces. Los suyos no se ponen tontos a la hora de mostrar agrado o desagrado, y ella dejó ver su alegría porque era una chica honrada. Sí, era una mujer fuera de lo común. No me extraña que el jefe George estuviese tan interesado.

»Yo llevaba las de ganar. Le robé el viento a la primera de cambio. Quería subirla a bordo y zarpar rumbo a la isla de Wrangell hasta que al otro se le pasara el enfado, pero no fue tan sencillo. Al parecer ella vivía con un tío suyo que debía cuidar de ella y que estaba a punto de morir de tisis o algún otro problema pulmonar. A veces se recuperaba y otras recaía, y ella no quería dejarlo hasta que llegase su fin. Antes de irme, me acerqué hasta su tipi para intentar hacer un cálculo de cuánto tardaría en morirse, pero el muy condenado se la había prometido al jefe George y, cuando me vio, se enfadó tanto que le sobrevino una hemorragia.

»—Ven a buscarme, Tommy —me dijo Tilly cuando nos despedimos en la playa.

»—Sí —respondí yo—, en cuanto me mandes aviso.

»Le di un beso al estilo del hombre blanco, tan enamorado que la dejé temblando como un álamo. Perdí el control de tal forma que estuve a punto de ir a ver al tío y ayudarlo a cruzar la divisoria.

»Así que bajé hacia Wrangell, pasé por St. Mary's y llegué incluso hasta el archipiélago de la reina Carlota, comerciando y traficando con whisky, sacándole partido al balandro. El invierno estaba ya encima, duro y frío, y yo había regresado a Juneau cuando me llegó el aviso. El tipo que me trajo la noticia me dijo:

»—Ven, Killisnoo dice que tú ir.

»—¿Qué pasa? —pregunté.

»—El jefe George. *Potlatch*. Killisnoo ser esposa.

»Sí, fue muy duro. El taku aullaba desde el norte, el agua salada se congelaba en cuanto tocaba la cubierta y el viejo balandro y yo nos adentramos en lo peor durante cien millas náuticas hasta Dyea. Al zarpar llevaba conmigo un tripulante de la isla Douglas, pero a medio camino las olas lo arrancaron de la proa. Viré y crucé la zona tres veces, aunque no vi ni rastro de él.

—Lo más probable es que el frío lo bloquease y lo enviase al fondo como si fuese de plomo —sugirió Dick, haciendo una pausa en la narrativa mientras colgaba a secar una de las faldas de Molly.

—Eso mismo pensé yo. Así que terminé la travesía solo y llegué medio muerto a Dyea un anochecer. La marea era favorable y pude llevar el balandro hasta la orilla, al abrigo del río, pero no fui capaz de avanzar ni un centímetro más porque el agua dulce se había congelado. Las drizas y las pastecas estaban tan heladas que no me atreví a arriar ni la mayor ni el foque. Primero espité una pinta de la carga sin refinar y luego, tras dejarlo todo en su sitio, listo para zarpar, me envolví con una manta y crucé la superficie helada hasta el campamento. Sin duda se trataba de un gran acontecimiento. Habían acudido todos los chilkats —con sus perros, bebés y canoas—, por no hablar de los indios dog-ear, los del Little Salmón y los de las misiones. Eran más de quinientos los que habían acudido para celebrar la boda de Tilly y no había ni un solo hombre blanco en muchos kilómetros a la redonda.

»Nadie se fijó en mí porque llevaba la manta por encima de la cabeza de forma que me ocultase el rostro y avancé, cubierto hasta las rodillas, entre perros y niños hasta llegar a primera fila. Estaban despejando más nieve en un espacio abierto enorme entre los árboles, donde ardían varias hogueras y habían apisonado tanto la nieve con los mocasines que parecía cemento. A mi

lado se encontraba Tilly, cubierta de abalorios y tejido escarlata, y frente a ella el jefe George y sus principales. El chamán recibía la ayuda de los hechiceros de las otras tribus y las perversidades que inventaban me provocaron escalofríos. Pensé que ojalá los de Liverpool pudiesen verme en aquel momento y me acordé de Gussie, la rubia, a cuyo hermano le di una soberana paliza porque no quería que un marinero cortejase a su hermana. Y con la imagen de Gussie en la retina, miré a Tilly. «¡Qué raro es el mundo!, pensé, que lleva a los hombres a seguir caminos cuyas madres jamás imaginarían al parirlos».

»Tenía que jugármela. Cuando el ruido no podía ser mayor, entre el estruendo de las pieles de morsa y los cánticos de los sacerdotes, le dije:

»—¿Preparada?

»¡Dios! Ni un respingo, ni la más mínima desviación de la mirada hacia mí, ni la contracción de un solo músculo.

»—Sabía que vendrías —me respondió despacio, tranquila como la marea en calma de la primavera—. ¿Dónde?

»—La orilla alta, donde acaba el hielo —contesté en un susurro—. Sal corriendo cuando te avise.

»¿Te había dicho que allí había miles de perros? Pues los había. Aquí, allí, los *huskies* estaban por todas partes: verdaderos lobos domesticados. Cuando la raza flaquea, los crían en estado salvaje y no sueltan su presa jamás. Justo delante de mis mocasines había tumbado uno de esos, muy grande, y otro detrás. Doblé la cola del primero rápidamente hasta que se rompió y, mientras sus mandíbulas se cerraban donde mi mano debería haber estado, agarré al segundo por el cogote y lo arrojé a la boca del otro.

»—¡Corre! —le grité a Tilly.

»Ya sabes cómo pelean. En menos que canta un gallo allí había más de cien, arriba y abajo, mordiéndose y haciéndose pedazos, mientras los niños y las mujeres tropezaban y caían al suelo. El campamento entero era una locura. Tilly ya se había marchado y yo la seguí. Pero cuando miré por encima del hombro a la multitud que dejaba atrás, el diablo se apoderó de mi corazón, dejé caer la manta y retrocedí.

»Para entonces habían separado a los perros y la gente empezaba a organizarse. Nadie ocupaba aún de nuevo su lugar, por lo que no se habían dado cuenta de que Tilly ya no estaba.

»—Hola —dije mientras estrechaba la mano del jefe George—, que el humo de tu *potlatch* ascienda muchas veces y los sticks te traigan muchas pieles en primavera.

»Aunque no lo creas, Dick, él se alegró de verme. Era el jefe y se casaba con Tilly. Tenía la oportunidad de pisotearme. La historia de que ella me gustaba mucho se había extendido por los campamentos y mi presencia lo enorgullecía. Ya sin la manta, todos me habían reconocido y empezaban a reírse y a sonreír de oreja a oreja. Estaban encantados, pero me ocupé de que se divirtieran todavía más al hacer como que no sabía nada.

»—¿A qué viene tanto lío? —pregunté—. ¿Quién se va a casar?

»—El jefe George —respondió el chamán, haciendo una reverencia en dirección al jefe.

»—Creí que tenía dos esposas.

»—Quiere otra. Tres —dijo y repitió la reverencia.

»—Ah comenté y me alejé de allí, como si aquello no me interesara.

»Pero ellos querían divertirse más y todos empezaron a cantar a coro: «¡Killisnoo! ¡Killisnoo!

»—¿Qué pasa con Killisnoo? —pregunté.

»—Killisnoo mujer jefe George —parlotearon—. Killisnoo esposa.

»Me sobresalté y miré al jefe George. Él asintió con la cabeza y sacó pecho.

»—No será tu esposa —dije solemnemente—. No será tu mujer —repetí, mientras se ponía pálido y su mano descendía en busca de su cuchillo de caza —. ¡Mirad! —grité para llamar la atención—. ¡Yo sé hacer magia! Vais a ver.

»Me quité las manoplas, me arremangué y realicé media docena de pases al aire.

»—¡Killisnoo! —grité—. ¡Killisnoo! ¡Killisnoo!

»Yo hacía magia y ellos empezaron a asustarse. Todos me miraban, sin tiempo para darse cuenta de que Tilly no estaba allí. Volví a llamar a Killisnoo otras tres veces y esperé. Luego la llamé tres veces más. Todo para crear misterio y ponerlos nerviosos. El jefe George no imaginaba lo que yo tramaba y quiso acabar con aquella historia, pero los chamanes le dijeron que esperara, que ellos se encargarían de hacer mejor magia que yo o algo parecido. Además, era un condenado supersticioso y creo que la magia del hombre blanco le daba miedo.

»Después llamé a Killisnoo con suavidad y alargando el sonido, como el aullido de un lobo, hasta que las mujeres empezaron a temblar y los hombres se pusieron muy serios.

»—¡Mirad! —exclamé y di un salto adelante, señalando a un grupo de indias. Es más fácil engañar a la mujer que al hombre—. ¡Mirad! —repetí y alcé el dedo, como si siguiera el vuelo de un pájaro. Arriba y más arriba, por

encima de mi cabeza, siguiéndolo con la vista hasta que desapareció en el cielo.

»—Killisnoo —dije, mirando primero al jefe George y luego otra vez hacia las alturas—. Killisnoo.

»Te aseguro, Dick, que el engaño funcionó. Al menos la mitad de ellos vieron a Tilly desaparecer en el aire. Aunque también es cierto que antes habían bebido de mi whisky en Juneau y visto cosas más extrañas. Así que, ¿por qué no iba yo a ser capaz de hacer aquello? Yo, que vendía espíritus malignos encerrados en botellas. Algunas mujeres pillaron. Todos murmuraban en grupos. Me crucé de brazos y mantuve la cabeza muy alta, mientras ellos se alejaban cada vez más de mí. Había llegado el momento de marcharme.

»—Agarradlo —gritó el jefe George.

»Tres o cuatro hombres vinieron a por mí, pero los esquivé, hice un par de pases como para enviarlos al mismo sitio que a Tilly y señalé al cielo. ¿Quién iba a tocarme? Nadie, ni por todos los reinos de la tierra. El jefe George los arengó, pero no consiguió que moviesen ni un dedo. Entonces hizo ademán de atraparme él: me limité a repetir la mímica de antes y todo su valor se esfumó.

»—Que vuestros chamanes aprendan a hacer maravillas como las que yo he hecho esta noche —dije—. Que llamen a Killisnoo para que baje del cielo, adonde la he enviado—. Pero los hechiceros conocían sus límites—. Que vuestras mujeres os den tantos hijos como desova el salmón —dije, dándome la vuelta para irme—. Y que vuestro tótem permanezca mucho tiempo en la tierra y el humo de vuestro campamento se eleve por siempre a los cielos.

»Pero si aquellos condenados me hubiesen visto salir pitando en busca del balandro en cuanto los perdí de vista, habrían pensado que mi propia magia se había vuelto contra mí. Tilly había conservado el calor cortando el hielo a hachazos y todo estaba listo para soltar amarras. ¡Dios mío! ¡Qué velocidad alcanzamos, con el taku soplando y aullando a popa y el mar helado barriendo la cubierta a cada bordada! Con todo atrancado y asegurado, yo al timón y Tilly cortando hielo, seguimos avanzando media noche, hasta que llevé el balandro a la orilla en la isla Porcupine y nos quedamos tiritando en la playa, con las mantas mojadas y Tilly secando las cerillas en su pecho.

»Así que creo que algo sé al respecto. Pasamos juntos siete años, Dick, siete años de travesías buenas y malas. Y luego se murió, en pleno invierno, al dar a luz allá arriba, en la factoría de Chilkat. Me dio la mano hasta el final, mientras el hielo trepaba por el interior de la puerta y una capa espesa se expandía en la repisa de la ventana. Afuera, el aullido del lobo y el Silencio.

Dentro, la muerte y el Silencio. Tú nunca has oído aún el Silencio, Dick, y que Dios te libre de oírlo mientras estés sentado junto a la muerte. ¿Que si se oye? Sí, hasta que el aliento silba como una sirena y el corazón late como las olas al romper en la orilla.

»Era india, Dick, pero era una mujer. Blanca, Dick, blanca por completo. Hacia el final me dijo:

»—Que alguien ocupe mi lugar, Tommy, mantenlo siempre ocupado.

»Le dije que sí. Entonces abrió los ojos, llenos de dolor.

»—Siempre he sido una buena esposa para ti, Tommy, y por eso quiero que me prometas, que me prometas… —era como si las palabras se le atascaran en la garganta—, que cuando te cases, la mujer será blanca. No más indias, Tommy. Sé que ahora hay muchas mujeres blancas en Juneau. Lo sé. Los tuyos te llaman «el esposo de la india», tus mujeres tuercen el rostro en la calle y tú no vas a sus cabañas, como hacen los demás. ¿Por qué? Porque tu esposa es india. ¿No es verdad? Y no es bueno. Por eso me muero. Prométemelo. Bésame como muestra de tu promesa.

»La besé y se quedó traspuesta mientras murmuraba:

»—Así está bien.

»Al final, cuando yo ya tenía que pegar la oreja a su boca para oírla, volvió a hablar y dijo:

»—No lo olvides, Tommy, que alguien ocupe mi lugar.

»Luego se murió, al dar a luz allá arriba, en la factoría de Chilkat.

El viento hizo escorar la tienda y estuvo a punto de aplastarla. Dick rellenó la pipa mientras Tommy dejaba reposar el té, a la espera de que Molly regresara.

¿Y dónde andaba la de los ojos llameantes y la sangre yanqui? Pues se dirigía de vuelta a la tienda, cegada, cayéndose, avanzando a cuatro patas, medio ahogada porque el viento le impedía respirar bien. Sobre su espalda, una mochila abultada recibía toda la furia de la tormenta. Intentó desatar, ya sin fuerzas, los nudos que cerraban la tienda, pero fueron Tommy y Dick quienes se ocuparon de deshacerlos. Entonces ella se exigió el último esfuerzo, entró a trompicones y cayó al suelo, completamente exhausta.

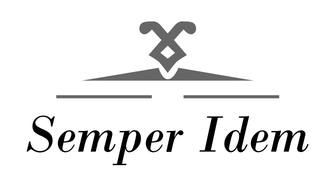
Tommy desabrochó las correas que sujetaban el bulto de la espalda. Al alzarlo se oyó el ruido metálico que hacen las cacerolas y las bateas. Dick, que estaba sirviendo whisky en una taza, se detuvo el tiempo suficiente para guiñar un ojo por encima del cuerpo de ella. Tommy le devolvió el guiño. Sus labios dibujaron la palabra «ropa», pero Dick negó con la cabeza.

—Toma, mujercita —dijo, después de que ella se bebiera el whisky y se recuperara un poco—. Aquí tienes ropa seca. Póntela. Nosotros saldremos para sujetar mejor la tienda. Cuando acabes, nos avisas, entramos y cenamos. Grita cuando estés lista.

—Caramba, Dick, esto le ha embotado el filo para lo que queda de viaje —farfulló Tommy mientras se agachaba a sotavento de la tienda.

—Pero es precisamente ese filo lo que la salva —respondió Dick, agachando la cabeza ante una ráfaga de aguanieve que surgió por detrás de una esquina de la lona—. El filo que tú y yo tenemos, Tommy, y el que, antes que nosotros, tuvieron nuestras madres.

[1899]



Semper Idem

El doctor Bicknell se encontraba de un humor insólitamente magnánimo. Debido a un incidente menor —un ligero descuido, nada más—, la noche anterior había muerto un hombre que podría haberse salvado. Aunque no se trataba más que de un marinero, uno de los innumerables miembros del populacho, el farmacéutico del hospital llevaba preocupado toda la mañana. No lo incomodaba la muerte del hombre, sino el hecho de que la operación había salido muy bien. Se trataba de una cirugía muy delicada, realizada con grandes muestras de audacia e inteligencia, que había tenido éxito. Luego todo había dependido del tratamiento, las enfermeras y el farmacéutico. Y el hombre había muerto. No era gran cosa, un pequeño descuido, sin embargo bastaba para que la ira profesional del doctor Bicknell alcanzase niveles muy elevados y perturbara el trabajo de la plantilla y las enfermeras durante las siguientes cuarenta y ocho horas.

Pero, como ya hemos dicho, el médico se encontraba de un humor insólitamente magnánimo. Cuando el farmacéutico, temblando de miedo, le informó de la inesperada partida del hombre, sus labios no pronunciaron ni una sílaba de censura. No, de ellos solo salían retazos de una canción que únicamente interrumpió para preguntar, con amabilidad, por la salud del hijo mayor del farmacéutico. Este, convencido de que el médico no había captado la esencia del caso, se lo repitió.

—Sí, sí —dijo impaciente el doctor Bicknell—, lo comprendo. Y ¿qué hay de *Semper Idem*? ¿Está listo para marcharse?

—Sí. Lo están ayudando a vestirse —respondió el farmacéutico, concentrándose de nuevo en sus deberes, contento de que la paz aún reinase entre aquellas paredes saturadas de yodo.

La recuperación de *Semper Idem* era lo que compensaba por completo al doctor Bicknell de la pérdida del marinero. Para él las muertes no eran más que incidentes desagradables, a la vez que inevitables, de su profesión, pero los casos… los casos 10 eran todo. Sus conocidos eran propensos a calificarlo de carnicero, sin embargo sus colegas opinaban que no había cirujano más osado y capaz que él. No se trataba de un hombre imaginativo. No mostraba

emociones, por lo que tampoco las toleraba. Era de naturaleza exacta, precisa, científica. Para él los hombres no eran más que peones, sin individualidad o valor personal. Pero cuando se trataba de casos todo cambiaba. Cuanto peor estaba un hombre, cuanto más precario era su agarre a la vida, mayor resultaba su importancia a ojos del doctor Bicknell. Era capaz de traicionar a un poeta laureado que hubiese sufrido un accidente normal, para ocuparse de un mendigo anónimo y mutilado que desafiase todas las leyes de la vida negándose a morir, igual que un niño preferiría ir al circo en lugar de ver una representación de títeres de la comedia del arte.

Eso ocurría con el caso de *Semper Idem*. No lo atraía el misterio del hombre, como tampoco su silencio ni el velado romance que los reporteros de la prensa amarilla habían explotado de forma sensacionalista e infructuosa en diversas ediciones dominicales. Pero *Semper Idem* se había cortado el cuello. De eso se trataba. Ahí se había centrado su interés. Se lo había cortado de oreja a oreja y ningún cirujano entre miles habría podido hacer nada por su recuperación. Sin embargo, gracias a la rapidez del servicio municipal de ambulancias y al doctor Bicknell, se encontraba de vuelta en el mundo que había querido abandonar. Cuando llegó el caso, los colegas del médico se mostraron escépticos. Dijeron que era imposible. Estaban afectados garganta, tráquea y yugular, y la pérdida de sangre resultaba aterradora. Como el resultado ya se conocía de antemano, el doctor Bicknell había empleado métodos y recurrido a soluciones estremecedoras incluso para ellos, profesionales de la medicina. Pero el hombre se recuperó.

Por eso, aquella mañana en la que *Semper Idem* iba a abandonar el hospital, sano y fuerte, el informe del farmacéutico no afectó a la cordialidad del doctor Bicknell, que procedió a poner orden en el caos que era el cuerpo de un niño al que las ruedas de un tranvía eléctrico habían derribado y aplastado.

Como muchos recordarán, el caso de *Semper Idem* provocó una buena cantidad de curiosidad inapropiada, aunque muy lógica. Lo habían encontrado en un tugurio, con la garganta cortada según lo dicho y la sangre goteando sobre los inquilinos del cuarto inferior, estropeándoles la fiesta. Resultaba evidente que había cometido su hazaña estando de pie, con la cabeza inclinada hacia delante para poder mirar hasta el final una foto dispuesta sobre la mesa, apoyada en una palmatoria. Eso fue lo que permitió que el doctor Bicknell lo salvase. La envergadura del corte había sido de tal calibre que, de haber echado la cabeza hacia atrás, como debería haber hecho para

llevar a buen término sus intenciones, con el cuello estirado y las elásticas paredes vasculares distendidas, sin duda habría estado a punto de decapitarse.

En el hospital, durante todo el tiempo que le llevó recorrer el repugnante camino de vuelta a la vida, no había pronunciado ni una sola palabra. Los detectives que el jefe de la policía puso a investigar tampoco encontraron información alguna sobre él. Nadie lo conocía ni lo había visto u oído hablar de él. Pertenecía, estricta y exclusivamente, al presente. Su ropa y pertenencias eran las del más inferior de los obreros, pero tenía manos de caballero. Sin embargo, no descubrieron ni un solo documento, nada, que pudiese indicar su pasado o la posición que ocupaba en la vida, excepto una cosa.

Y esa cosa era la fotografía. Si se trataba de un retrato, la mujer que miraba con franqueza al espectador tenía que ser una criatura fuera de lo común. Sin duda era obra de un aficionado, porque los detectives no encontraron en ella la firma del fotógrafo ni el sello del estudio. En una esquina de la misma, con delicada caligrafía femenina, alguien había escrito: «*Semper Idem*; Semper fidelis». Y lo parecía. Como muchos recuerdan, era un rostro imposible de olvidar. En los periódicos más importantes se publicaron copias de la foto, pero dicho procedimiento solo sirvió para alimentar la curiosidad del público y ofrecer material de trabajo a los gacetilleros.

A falta de otro nombre, el personal del hospital —y el resto del mundo— se refería al suicida rescatado como *Semper Idem*. Y así se quedó. Los periodistas, los detectives y las enfermeras se rindieron: nadie lograba que emitiera ni una sola palabra, aunque la luz consciente que aleteaba en sus ojos demostraba que era capaz de oír y que su cerebro comprendía todas las preguntas que se le hacían.

Pero tanto misterio y el posible romance que lo envolvían no afectaban para nada al doctor Bicknell cuando se detuvo en su consulta para despedirse de su paciente. El médico había realizado un prodigio con aquel hombre: su obra no tenía precedentes en los anales de la cirugía. No le importaba quién o qué fuera su paciente y resultaba muy poco probable que volviera a verlo, pero, como el artista que observa su creación terminada, deseaba mirar por última vez la obra realizada por sus manos y su cerebro.

Semper Idem guardaba silencio. Parecía ansioso por irse. El médico no logró arrancarle ni una sola palabra, aunque le daba igual. Examinó con atención la garganta del convaleciente, deteniéndose en la horrenda cicatriz con el afecto entregado de un padre. Una línea inflamada rodeaba la garganta

—como si el hombre se hubiese librado por los pelos de morir en la horca— y desaparecía a cada lado detrás de las orejas, insinuando que el círculo enrojecido se completaba en la nuca.

Manteniendo su tenaz silencio y prestándose al examen del otro como un león encadenado, *Semper Idem* solo dejaba entrever su deseo de librarse de la mirada del ojo público.

—Bueno, no lo entretendré más —dijo por fin el doctor Bicknell, posando una mano en el hombro de su paciente y dirigiendo una última mirada furtiva a su obra—. Pero permita que le dé un consejo: la próxima vez que lo intente, levante la barbilla. Así. No baje la cabeza y se sacrifique como si fuera una vaca. Se necesita habilidad y celeridad. Habilidad y celeridad.

Los ojos de *Semper Idem* destellaron, indicando que lo había oído. Unos minutos después, las puertas del hospital se cerraron a su espalda.

El doctor Bicknell estuvo muy ocupado durante toda la mañana y había trascurrido una buena parte de la tarde cuando encendió un puro, antes de apartarse de la mesa de operaciones que los enfermos casi parecía que clamaban por ocupar. Pero ya había terminado con el último, un viejo trapero con el omóplato roto, y las primeras columnas de humo fragante empezaban a envolverlo cuando, desde la calle y a través de la ventana abierta, oyó la sirena apresurada de una ambulancia, seguida de la inevitable entrada de la camilla con su funesta carga.

—Déjenlo sobre la mesa de operaciones —dijo el médico, dándose la vuelta para poner su puro a buen recaudo—. ¿De qué se trata?

—Suicidio. Se ha cortado la garganta —respondió uno de los camilleros —. En Morgan Alley. Creo que no hay mucho que hacer, señor. Ya está casi muerto.

—¿Eh? Bueno, le echaré un vistazo.

Se inclinó sobre el hombre en el momento en que este se agitó levemente por última vez y falleció.

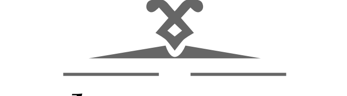
—Es *Semper Idem*, que ha regresado —dijo el farmacéutico.

—Sí —respondió el médico—, y se ha ido de nuevo. Esta vez sin chapuzas. Lo ha hecho bien, no hay duda alguna, lo ha hecho muy bien. Siguió mi consejo al pie de la letra. Aquí ya no tengo nada que hacer. Llévenselo al depósito.

El doctor Bicknell recuperó su puro y volvió a encenderlo.

—Éste —dijo entre caladas, mirando al farmacéutico— …este equilibra las cuentas por el que usted perdió ayer. Estamos igualados.

[1899]



El dios de sus antepasados

I

A CADA LADO se extendía el bosque primigenio, hogar de la ruidosa comedia y la tragedia silenciosa. Allí la lucha por la supervivencia continuaba librando una guerra con toda su brutalidad ancestral. Los británicos y los rusos aún no habían coincidido en la tierra del final del arcoíris —y aquel era su centro—, ni el oro yanqui había adquirido todavía sus vastos dominios. Las manadas de lobos continuaban flanqueando las manadas de caribús para distinguir a los débiles y las hembras preñadas y derribarlos tan implacablemente como habían hecho muchos miles de generaciones anteriores. Los dispersos indígenas aún reconocían el dominio de sus jefes y hechiceros, alejaban a los malos espíritus, quemaban a las brujas, luchaban con sus vecinos y se comían a sus enemigos con un deleite que hablaba bien de sus estómagos. Pero eso era cuando la edad de piedra llegaba a su fin. Por sendas desconocidas y regiones ignotas empezaron a llegar los heraldos del metal: hombres indómitos de ojos azules y rostros pálidos que encarnaban la inquietud de su raza. Por casualidad o por decisión propia, solos o de dos en dos o tres en tres, llegaron desde nadie sabía qué lugar y luchaban o morían o se iban sin que nadie supiese adonde. Los sacerdotes protestaron furiosos contra ellos, los jefes convocaron a sus guerreros y la piedra se enfrentó al metal, pero de poco sirvió. Como el agua que se filtra desde un pantano enorme, en regueros cruzaban los bosques oscuros y los pasos de montaña, creando rutas con sus canoas de corteza o abriendo camino para los perros lobo con sus pies calzados con mocasines. Provenían de una gran raza y sus madres eran muchas, pero eso no lo sabían aún los moradores cubiertos de pieles de la región septentrional. Muchos trotamundos olvidados lucharon hasta el final y murieron bajo el fuego helado de la aurora, como sus hermanos en arenas ardientes y junglas hediondas, y continuarán haciéndolo hasta que, en su momento, se complete el destino de su raza.

Eran casi las doce. A lo largo del horizonte del norte un resplandor rosado, que se apagaba al oeste y se intensificaba al Este, indicaba el descenso oculto del sol de medianoche. El crepúsculo y el alba se mezclaban de tal manera que no había noche, solo el casamiento de un día con otro, una combinación escasamente perceptible de dos círculos del sol. Un chorlitejo colirrojo trinó un tímido buenas noches; la garganta sonora y potente del mirlo primavera dio los buenos días. Desde una isla en el seno del Yukón, una colonia de aves silvestres expresaba sus interminables quejas, mientras un colimbo se reía burlón en un remanso del río.

En primer plano, contra la orilla de una corriente perezosa, las canoas de corteza de abedul formaban filas de dos y tres en fondo. Lanzas con hojas de marfil, flechas con puntas de hueso, arcos con cuerdas de piel de alce y trampas sencillas hechas de mimbre revelaban el hecho de que en la turbia corriente del río había dado comienzo la carrera del salmón. Al fondo, entre la maraña de tiendas de piel y armazones para secar la pesca, se oían las voces de los pescadores. Los hombres se divertían entre ellos o flirteaban con las jóvenes, mientras que las mujeres mayores, excluidas de ese ambiente por haber llegado al final de su etapa reproductiva, cotilleaban a la vez que trenzaban cuerdas con las raíces verdes de las plantas trepadoras. Junto a ellas, su prole desnuda jugaba, se peleaba o se revolcaba en la mugre con los perros lobo de pelo leonado.

A un lado del campamento y visiblemente apartado de él se alzaba un segundo refugio compuesto por dos tiendas. Pero pertenecía al hombre blanco. Lo demostraba, sin lugar a dudas, la elección del lugar. En caso de tener que atacar, dominaba al campamento indio a cien metros de distancia; si necesitaban defenderse, contaban con una elevación del terreno y el espacio intermedio y despejado; por último, si eran derrotados, una rápida inclinación de veinte metros los llevaba hasta las canoas. De una de las tiendas surgía el llanto caprichoso de un niño enfermo y el canturreo de su madre. Afuera, junto a las brasas humeantes de una hoguera, charlaban dos hombres.

—¿Eh? Yo quiero a la Iglesia como un buen hijo. Bien! Tanto que he pasado los días huyendo de ella y las noches soñando con el día del juicio final. ¡Oye! —La voz del mestizo elevó el tono y se convirtió en un gruñido enfadado—. Nací en el río Red. Mi padre era blanco, tan blanco como tú. Pero tú eres yanqui y él era británico, hijo de un caballero. Mi madre era hija de un jefe y yo, un hombre de provecho. Sí, había que fijarse mucho para saber qué sangre corría por mis venas, porque viví entre los blancos, fui uno de ellos y el corazón de mi padre latía en mí. Resultó que una joven blanca

me miró con buenos ojos. Su padre tenía mucha tierra y muchos caballos. Además, era importante entre los suyos y su sangre era francesa. Dijo que la joven no sabía lo que quería, habló mucho con ella y se enfureció por cómo estaban las cosas.

»Pero la joven sabía lo que quería porque nos dimos prisa en ir a ver al sacerdote. Resultó que su padre se había adelantado con mentiras, falsas promesas y no sé qué más, de manera que el sacerdote se puso tenso y no quiso casarnos para que pudiésemos vivir juntos. Como al principio, cuando la Iglesia no quiso bendecir mi nacimiento, se negaba ahora a casarme y manchaba mis manos de sangre. Bien! Ya ves cuántos motivos tengo para amar a la Iglesia. Golpeé al sacerdote, nos apoderamos de los caballos más rápidos, la joven y yo, y huimos a Fort Pierre, donde había un ministro que tenía buen corazón. Peí o tías nosotros salieron el padre y los hermanos de ella, junto con otros hombres a los que habían pedido ayuda. Luchamos mientras huíamos a caballo y dejé tres sillas vacías, pero los demás se escaparon y continuaron camino hacia Fort Pierre. Entonces la joven y yo nos dirigimos al este, a las montañas y bosques, y vivimos juntos, pero sin casarnos, por obra de la buena Iglesia a la que amo como un hijo.

»Pero escucha, porque las mujeres tienen rarezas que los hombres no entendemos. Una de las sillas que yo había dejado vacías era la de su padre y los cascos de los caballos que iban detrás le pasaron por encima y lo destrozaron. La joven y yo lo vimos, aunque yo lo habría olvidado si ella no lo recordarse. En la calma del anochecer, tras la jornada de caza, se interponía entre nosotros, también en el silencio de la noche, cuando yacíamos bajo las estrellas y deberíamos ser uno. Siempre estaba entre los dos. Ella nunca decía nada, pero aquello se sentaba ante nuestra hoguera y nos mantenía apartados. A veces ella intentaba dejarlo a un lado, pero entonces se hacía aún más fuerte, hasta que podía leerlo en sus ojos y en su forma de respirar.

»Al final me dio un hijo, una niña, y se murió. Entonces acudí al pueblo de mi madre, para que un pecho caliente alimentase a la niña y pudiese sobrevivir. Pero mis manos estaban manchadas de sangre por culpa de la Iglesia, manchadas de sangre. Los jinetes del Norte fueron a buscarme, pero el hermano de mi madre, que era el jefe por derecho propio, me protegió y me dio caballos y comida. Entonces mi hija y yo nos marchamos y llegamos hasta la región de la bahía de Hudson, donde había pocos hombres blancos y no hacían muchas preguntas. Trabajé para la compañía como cazador, explorador y guía de perros, y lo hice hasta que mi hija se convirtió en una mujer alta, esbelta y hermosa.

»Ya sabes que el invierno, largo y solitario, provoca malos pensamientos y peores actos. El jefe de la factoría era un hombre duro y enérgico, de los que las mujeres no miran con buenos ojos. Pero se fijó en mi hija, que ya era una mujer. ¡Cielo santo! Me envió a realizar un viaje muy largo con los perros, para poder… ya me entiendes, era un hombre duro, sin corazón. Mi hija era casi blanca, tenía el alma blanca y era una buena mujer y… se murió.

»La noche de mi regreso hacía mucho frío, yo llevaba fuera muchos meses y los perros cojeaban cuando llegué al fuerte. Los indios y los mestizos me miraron en silencio y sentí miedo, aunque no sabía la causa, pero no dije nada hasta dar de comer a los Perros y haber cenado yo, como hace cualquiera que tiene trabajo por delante. Entonces hablé y exigí que me hablaran, pero se alejaron de mí, temerosos de mi ira y de lo que pudiera hacer. Al final me contaron la historia, la triste historia, palabra tras palabra y acto tras acto, asombrados de mi calma.

»Cuando terminaron fui a casa del factor, más tranquilo que ahora, mientras te lo cuento. Él tenía miedo y había recurrido a los suyos para que lo ayudasen, pero a ellos no les gustaba lo que había hecho y lo dejaron para que recogiese lo que él solo había sembrado. Así que huyó a casa del sacerdote. Allí lo seguí. Pero al llegar, el sacerdote se interpuso, me habló con elocuencia y me dijo que un hombre enfadado no debería ir ni a derecha ni a izquierda, sino directo a Dios. Le pedí que me dejara pasar porque un padre tiene derecho a sentir ira, pero me respondió que eso sería por encima de su cadáver y me rogó que rezase con él. Ya lo ves, otra vez la Iglesia, siempre la Iglesia, porque pasé por encima de su cadáver y envié al factor a encontrarse con mi hija frente a su dios, que es un dios malo y el dios de los blancos.

»Se armó un gran revuelo porque mandaron aviso a la factoría que quedaba por debajo de la nuestra, así que me marché. Crucé la región del Gran Lago de los Esclavos y recorrí el valle del Mackenzie hasta el hielo que nunca se abre, pasé las Rocosas Blancas y llegué más allá de la gran curva del Yukón. Desde entonces hasta hoy, el tuyo es el primer rostro de la gente de mi padre que veo. ¡Ojalá sea el último! Esta tribu, que es mi pueblo, son gentes sencillas y he conseguido que me honren. Mi palabra es su ley y sus sacerdotes cumplen mis órdenes, de lo contrario no los soportaría. Cuando hablo por ellos, hablo por mí mismo. Pedimos que se nos deje en paz. No queremos a los tuyos. Si permitimos que os sentéis junto a nuestras hogueras, detrás de vosotros llegarán vuestra Iglesia, vuestros sacerdotes y vuestros dioses. Y no lo dudes: obligaré a cada hombre blanco que llegue a mi aldea a

renegar de su dios. Tú eres el primero y por eso te perdono. Así que deberías irte y rápido, además.

—Yo no soy responsable de mis hermanos —dijo el otro hombre, mientras llenaba su pipa con gesto reflexivo. A veces Hay Stockard era tan considerado al hablar como excesivo al actuar; aunque solo a veces.

—Pero conozco a tus hermanos —respondió el mestizo—. Son muchos, y sois tú y otros como tú los que abrís camino para ellos. Con el tiempo llegarán para apoderarse de estas tierras, pero no mientras yo viva. He oído que ya están en la cabecera del Gran Río y que aún más lejos están los rusos.

Hay Stockard levantó la cabeza, sorprendido. Esa era una información geográfica que no esperaba recibir. En la factoría que la Compañía de la Bahía de Hudson tenía en Fort Yukón las ideas relativas al curso del río eran muy distintas, porque creían que desembocaba en el océano Ártico.

—Entonces, ¿el Yukón desemboca en el Mar de Bering? —preguntó.

—No lo sé, pero por allí hay rusos, muchos rusos. Y eso no pasa ni aquí ni al a. Puedes continuar camino y comprobarlo, o puedes volver con tus hermanos, pero no ascenderás por el Koyukuk mientras los sacerdotes y los guerreros cumplan mis órdenes. Eso te ordeno, yo, Baptiste *el Rojo*, cuya palabra es ley y es el jefe de este pueblo.

—¿Y si no voy con los rusos o no vuelvo con mis hermanos?

—Comparecerás ante tu dios, que es un dios malo y el dios de los blancos.

El sol brilló rojo sobre el horizonte del norte, cargado de sangre. Baptiste *el Rojo* se puso de pie, se despidió con un gesto seco y regresó a su campamento, entre las sombras carmesíes y el canto de los mirlos.

Hay Stockard terminó de fumar su pipa junto a la hoguera, imaginando, entre el humo y las brasas, cómo sería el curso alto del Koyukuk, ese afluente desconocido que terminaba allí su viaje ártico y mezclaba sus aguas con la turbia corriente del Yukón. Allí arriba, en algún lugar, si daba crédito a las últimas palabras de un marinero que había naufragado y realizado el inhumano viaje por tierra, y si el frasco con granos de oro que llevaba en el morral daba fe de algo, en algún lugar de allí arriba, en el hogar del invierno, se encontraba la Gran Mina del Norte. Pero Baptiste *el Rojo*, mestizo con sangre inglesa y renegado, custodiaba la entrada y le impedía el paso.

—¡Bah!

Le dio una patada a las brasas, se puso de pie y estiró los brazos indolentemente, mientras miraba el resplandor del norte con gesto despreocupado.

II

HAY STOCKARD DESPOTRICÓ con severidad, utilizando los toscos monosílabos de su lengua materna. Su mujer levantó la mirada de las cacerolas y siguió la de él, que observaba detenidamente el río. Ella procedía de la región del Teslin y conocía la jerga del marido cuando lo movía la pasión. La mujer era capaz de discernir una amplia gama de desastres —desde la rotura de la correa que sujetaba sus raquetas hasta la posibilidad de una muerte repentina — según el tono y el volumen de sus blasfemias. Por eso supo que debía prestar atención. Una canoa alargada, cuyos remos reflejaban los rayos del sol poniente, cruzaba la corriente desde la zona alta del río y se dirigía hacia ellos. Hay Stockard no le quitaba ojo. Tres hombres se inclinaban hacia delante y hacia atrás con rítmica precisión, pero el pañuelo rojo que uno de ellos llevaba atado a la cabeza llamó su atención.

—¡Bill! —gritó—. ¡Eh, Bill!

Un gigante desgarbado, que arrastraba los pies al andar, salió de una de las tiendas, bostezando y frotándose los ojos para vencer al sueño. Al ver la canoa desconocida se despertó al instante.

—¡Por los clavos de Cristo! ¡Pero si es el condenado capellán!

Hay Stockard meneó la cabeza con amargura, hizo ademán de agarrar el rifle y luego se encogió de hombros.

—Pégale un tiro —sugirió Bill— y arregla las cosas de una vez. Si no, lo echará todo a perder.

Pero el otro declinó tan drástica medida y se dio la vuelta, mientras, desde la ribera, ordenaba a su mujer que volviese a sus quehaceres y a Bill que entrase de nuevo en la tienda. Los dos indios que iban en la canoa atracaron al borde del agua y el ocupante blanco, visible por su alegre pañuelo, ascendió la orilla.

—Como Pablo de Tarso, te saludo. Que la paz y la gracia del Señor sean contigo.

Sus cumplidos fueron recibidos hoscamente, en silencio.

—Saludos a ti, Hay Stockard, blasfemo y filisteo. En tu corazón anida la liebre del oro, en tu mente un demonio astuto y en tu tienda esa mujer con la que vives en adulterio, pero de tus múltiples pecados, incluso aquí, en medio de la nada, yo, Sturges Owen, apóstol del Señor, ordeno que te arrepientas y abandones tus iniquidades.

—¡Pero no puedes! ¡Pero no puedes! —exclamó Hay Stockard de forma exasperante—. Necesitarás todas tus fuerzas y muchas más para tratar con

Baptiste *el Rojo*, que está ahí.

Hizo un gesto con la mano hacia el campamento indio, desde donde el mestizo los observaba, intentando distinguir quienes eran los recién llegados. Sturges Owen, propagador de la luz y apóstol del Señor, se acercó a la parte alta de la orilla y ordenó a sus hombres que subieran el equipo para acampar. Stockard fue tras él.

—Escucha —exigió, agarrando al misionero del hombro y obligándolo a darse la vuelta—. ¿Valoras en algo tu pellejo?

—Mi vida está en manos del Señor y yo me limito a trabajar en Su viña —respondió, solemne.

—¡Déjate de historias! ¿Acaso quieres convertirte en mártir?

—Si Él así lo desea.

—Pues este es el lugar adecuado, pero antes voy a darte un consejo y ya verás tú lo que haces. Si te quedas aquí, no podrás terminar tu labor. Y no serás tú solo, lo mismo ocurrirá con tus hombres, con Bill, con mi mujer…

—Que es hija de Belial y no escucha el verdadero Evangelio.

—…Y conmigo. No solo te causarás problemas a ti mismo, sino también a nosotros. El invierno pasado el hielo me dejó aislado contigo, como bien recordarás, y sé que eres un buen hombre y un necio. Si crees que tu deber es esforzarte con los paganos, allá tú, pero hazlo con inteligencia. Ese hombre, Baptiste *el Rojo*, no es indio. Es de los nuestros, tan cabezota y luchador como yo, y tan fanático y extremo como tú, pero con otras ideas. Cuando os juntéis, se armará una buena y yo no quiero verme en el medio. ¿Me entiendes? Así que sigue mi consejo y vete. Si continúas cauce abajo, encontrarás a los rusos. Seguramente entre ellos habrá sacerdotes griegos que te ayudarán a llegar al mar de Bering, porque ahí es donde desemboca el Yukón, y desde allí no te costará volver a la civilización. Hazme caso y lárgate de aquí tan rápido como tu Dios te lo permita.

—Aquél que lleva al Señor en su corazón y los Evangelios en la mano no teme las maquinaciones del hombre o del demonio —respondió el misionero con firmeza—. Veré a ese hombre y me enfrentaré a él. Un reincidente que regresa al rebaño es mayor victoria que mil paganos. Aquel que es fuerte en el mal puede ser igual de fuerte en el bien, como atestigua Saulo cuando viajó a Damasco para llevar a Jerusalén a los cristianos cautivos. Entonces oyó la voz del Salvador que le gritaba: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?». Eso hizo que Pablo se pusiera del lado del Señor y después dedicara sus fuerzas a salvar almas. Como tú, Pablo de Tarso, yo trabajo en la viña del Señor,

soportando pruebas y tribulaciones, burlas y desprecios, azotes y castigos, por Él.

Al cabo de un minuto llamó a sus barqueros y les dijo:

—Traed la bolsa del té y una tetera con agua. Y no olvidéis la pierna de caribú y la cacerola.

Cuando sus hombres, a los que él mismo había convertido, llegaron a la orilla, los tres se arrodillaron, cargados con el equipo de acampada, y dieron las gracias por haber cruzado aquel territorio virgen y llegado a salvo. Hay Stockard presenció la función con desagrado y desprecio: su alma pragmática no apreciaba el misterio y la solemnidad de aquel gesto. Baptiste *el Rojo*, que continuaba mirando, reconoció las familiares posturas y recordó a la joven que había compartido su lecho bajo las estrellas en las montañas y bosques, y a la niña que yacía en algún lugar próximo a la desoladora bahía de Hudson.

III

—MALDITA SEA, BAPTISTE, no puedo ni pensarlo. Ni por un momento. Reconozco que ese hombre es un loco que no vale para nada, pero aun así, no puedo abandonarlo.

Hay Stockard se detuvo, luchando por expresar con palabras la tosca ética de su corazón.

Me ha molestado, Baptiste, en el pasado y ahora, y me ha causado toda clase de problemas, pero ¿no lo ves? Es de los míos, es blanco, y… y… sería incapaz de comprar mi vida con la suya, aunque fuese negro.

—Sea respondió Baptiste *el Rojo*—. Te he dado la oportunidad de elegir. Volveré con mis sacerdotes y mis guerreros, y una de dos: u os mato o negáis a vuestro dios. Entrégame al sacerdote y podrás partir en paz. De lo contrario, tu camino termina aquí. Todo mi pueblo está en contra de vosotros. Incluso los niños os han robado las canoas.

Señaló al río. Unos niños desnudos habían buceado desde un punto más alto del cauce, soltado las amarras de las canoas y en aquel momento las empujaban hacia la corriente. Cuando se encontraron fuera del alcance de los rifles, subieron a bordo y remaron hacia la orilla de la aldea india.

—Entrégame al sacerdote y las recuperarás. ¡Vamos! Dame una respuesta, pero no tengas prisa.

Stockard negó con la cabeza. Su mirada se detuvo en la mujer de la región del Teslin, con el niño al pecho, y habría flaqueado de no haber levantado los

ojos en dirección a los hombres que tenía delante.

— No tengo miedo —afirmó Sturges Owen—. El Señor me lleva de la mano y estoy dispuesto a ir solo al campamento del infiel. No es tarde. La fe mueve montañas. En el último instante podría ganar su alma para la fe verdadera.

—Ponle la zancadilla al condenado y acaba con él —susurró Bill, con voz ronca, al oído del líder, mientras el misionero continuaba hablando y discutiendo con el pagano—. Tómalo como rehén y mátalo si la cosa se pone fea.

—No —respondió Stockard—. Le di mi palabra de que podría hablar con nosotros sin que le pasara nada. Son las reglas de la guerra, Bill, las reglas de la guerra. Él ha sido justo advirtiéndonos de la situación y… y… ¡demonios, no puedo faltar a mi palabra!

—Él mantendrá la suya, no temas.

—No lo dudo, pero no permitiré que un mestizo me supere en honradez al negociar. ¿Y si hacemos lo que nos pide? Le damos al misionero y fin de la historia.

—N-no —respondió Bill, sin demasiada convicción.

—No quieres que pese sobre ti la decisión, ¿eh?

Bill se puso colorado y se calló. Baptiste *el Rojo* aguardaba la respuesta definitiva. Stockard se acercó a él.

—Así están las cosas, Baptiste. Llegué a tu aldea con la intensión de subir por el Koyukuk. No quería hacer mal a nadie. Mi corazón no albergaba mal alguno y sigue sin albergarlo. Llegó el sacerdote, como tú lo llamas, pero yo no lo traje ni lo hice venir. Habría venido igual, aunque yo no estuviese aquí. Sin embargo, ahora que ha llegado, como es de los míos, debo protegerlo. Eso es lo que voy a hacer. Pero te advierto que no será un juego de niños: cuando hayas terminado, tu aldea estará silenciosa y vacía, tu pueblo agotado como después de la hambruna. Cierto, nosotros ya no estaremos, como tampoco estarán tus mejores guerreros…

—Pero los que sobrevivan permanecerán en paz, sin que las palabras de dioses desconocidos y las lenguas de sacerdotes extraños les hagan zumbar los oídos.

Ambos se encogieron de hombros y se dieron la vuelta, el mestizo camino de su aldea. El misionero llamó a sus ayudantes y los tres se pusieron a rezar. Stockard y Bill atacaron con sus hachas los pocos pinos que había en pie para convertirlos en parapetos. El niño se durmió, así que la mujer lo depositó sobre un montón de pieles y ayudó a fortificar el campamento. De esa forma

defendieron tres lados, porque el elevado declive de atlas impedía que los atacasen desde aquella dirección. Cuando terminaron, los dos hombres salieron al claro y retiraron, aquí y allá, la maleza dispersa. Desde el campamento de enfrente les llegaba el ruido de los tambores de guerra y las voces de los sacerdotes que despertaban la ira de los suyos.

—Lo peor es que atacarán en oleadas —se quejó Bill mientras regresaban con las hachas al hombro.

—Y esperarán a la medianoche, cuando la poca luz no nos permita disparar.

—Pues entonces, cuanto antes empiece el baile, mejor —dijo Bill, cambió el hacha por el rifle y se acomodó con cuidado. Uno de los hechiceros, que sobresalía por encima del resto de su tribu, destacaba claramente. Bill apuntó.

—¿Todo listo? —preguntó.

Stockard abrió la caja de las municiones, situó a la mujer donde pudiera volver a cargar sin correr peligro y dio aviso. El hechicero cayó. Durante un momento se hizo el silencio; luego se oyó un aullido salvaje y una andanada de flechas de hueso se quedó corta.

—Me gustaría ver al condenado —comentó Bill mientras cargaba el rifle —. Juraría que le he dado entre los ojos.

—No ha funcionado —dijo Stockard, moviendo la cabeza con tristeza.

Baptiste había logrado retener a sus seguidores más belicosos, sin duda, y en lugar de precipitar el ataque a plena luz del día, el disparo había provocado un éxodo apresurado y los indios se retiraban de la aldea para alejarse de la zona de fuego.

En el punto álgido de su fervor por el proselitismo, guiado por la mano de Dios, Sturges Owen se habría atrevido a entrar solo en la aldea del infiel, tan preparado para el milagro como para el martillo; pero en la espera que siguió, el frenesí de la creencia se fue apagando poco a poco, a medida que el hombre lógico se imponía. El miedo físico reemplazó a la esperanza espiritual; el amor por la vida al amor por Dios. No se trataba de una experiencia nueva. Sentía que su debilidad se acercaba y la conocía de mucho tiempo atrás. Había luchado contra ella y no era la primera vez que lo abrumaba. Recordaba aquella ocasión en que los otros hombres remaban como locos en la vanguardia de una rugiente avenida de hielo y cómo, en un momento de pánico terrenal, él dejó su remo para implorar clemencia a Dios, totalmente fuera de control. Hubo otros momentos. No le agradaba recordarlos. Le avergonzaba que su espíritu fuese tan débil y su carne tan fuerte. ¡Pero el amor a la vida! ¡El amor a la vida! De eso no conseguía librarse. Por eso sus

antepasados habían perpetuado el linaje; por eso él estaba destinado a perpetuarlo. Su valor, si podía llamarse así, nacía del fanatismo. El valor de Stockard y Bill iba unido a unos ideales profundamente enraizados. No porque amasen menos la vida, sino porque amaban más las tradiciones de su raza; no porque no tuviesen miedo a morir, sino porque eran lo bastante valientes como para no vivir si el precio a pagar era la vergüenza.

El misionero se puso en pie, momentáneamente decidido al sacrificio. Casi se había arrastrado por encima de la barricada para continuar hacia el otro campamento cuando se dejó caer hacia atrás, tembloroso y gimiendo:

—¡Cuando sienta la revelación divina! ¡Cuando sienta la revelación divina! ¿Quién soy yo para desestimar el parecer de Dios? Antes de los cimientos del mundo todo se escribía en el libro de la vida. Siendo un gusano como soy, ¿puedo borrar una página o un solo párrafo? ¡La revelación divina llegara cuando dios quiera!

Bill se acercó, tiró de él para ponerlo de pie y lo zarandeó violentamente y en silencio. Luego soltó aquel manojo de nervios temblorosos y dirigió su atención hacia los dos conversos. Pero no mostraban miedo y sí una alegre diligencia al prepararse para la lucha.

Stockard, que había estado hablando en voz baja con la mujer del Teslin, se volvió para mirar al misionero.

—Tráelo aquí —le dijo a Bill.

—Y ahora —ordenó tan pronto Sturges Owen fue llevado ante él— haznos marido y mujer. Y date prisa—. Luego le dijo a Bill, con aire de disculpa—: No sabemos cómo acabará esto, así que he pensado que será mejor arreglar mis asuntos.

La mujer obedeció el mandato de su hombre blanco. Para ella la ceremonia no tenía significado alguno porque se consideraba su esposa desde el primer día que estuvieron juntos. Los conversos hicieron de testigos. Bill permaneció al lado del misionero, ayudándolo a seguir cuando el otro se bloqueaba. Stockard se ocupó de que la mujer respondiese como era debido y cuando llegó el momento, a falta de algo mejor, le puso un anillo simbólico formado con su pulgar y su índice.

—¡Besa a la novia! —exclamó Bill y Sturges Owen no tuvo fuerzas para desobedecer.

—Y ahora, bautiza al niño.

—Como es debido —comentó Bill.

—Se trata de reunir el equipo adecuado para enfrentarse a un nuevo camino —explicó el padre mientras cogía al niño de brazos de su madre—.

En una ocasión fui a la zona de las Cascadas y llevaba de todo, excepto sal. Jamás lo olvidaré. Y si la mujer y el niño cruzan la divisoria esta noche, quiero que vayan bien preparados. Entre tú y yo, Bill, no creo que sobrevivamos, pero si lo conseguimos, tampoco se pierde nada por hacer bien las cosas.

Bautizaron al niño con una taza de agua y luego lo depositaron en un rincón seguro de la barricada. Los hombres encendieron una hoguera y prepararon la cena.

El sol continuó su ruta hacia el norte y se fue acercando al horizonte, donde el cielo se tornó rojo y sangriento. Las sombras se alargaron, la luz disminuyó y en los recovecos sombríos del bosque la vida se desvaneció poco a poco. Incluso las aves silvestres del río suavizaron su estridente parloteo y simularon la farsa nocturna de irse a la cama. Solo los miembros de la tribu incrementaron su clamor, elevando el ruido de los tambores y sus cánticos salvajes. Pero en cuanto el sol se puso, también ellos se callaron. El silencio de la medianoche fue total. Stockard se puso de rodillas para atisbar por encima de los troncos. En un momento dado, el niño se quejó y lo distrajo, pero la madre se ocupó de él y consiguió que se durmiera de nuevo. El silencio era interminable, profundo. Entonces, de repente, los mirlos empezaron a cantar. La noche había pasado.

Una nada de figuras oscuras cruzo el claro. Las flechas silbaron y los arcos cantaron. Los rifles de voz estridente respondieron. Una lanza arrojada con fuerza atravesó a la mujer del Teslin en el momento en que se cernía sobre el niño. Una flecha sin fuerza se coló entre los troncos y se clavó en el brazo del misionero.

No había forma de acabar con la avalancha. A media distancia, el claro estaba lleno de cuerpos, pero los demás pasaban por encima de ellos en tropel, rompiendo contra la barricada y superándola como olas encrespadas. Sturges Owen huyó a la tienda, mientras los demás hombres eran derribados y quedaban bajo la marea humana. Solo Hay Stockard logro saín a la superficie, apartando a los indios como si fuesen perros. Consiguió coger un hacha. Una mano oscura agarró al niño por un pie desnudo y lo sacó de debajo de su madre, luego dio varias vueltas en el aire al cuerpo diminuto y lo lanzó contra los troncos, donde encontró la muerte. Stockard le clavó el hacha al hombre en la barbilla e intentó despejar el camino. El corro de salvajes se acercó y sobre él empezaron a llover lanzas y flechas. El sol se elevó con rapidez y los indios se alejaban y volvían a acercarse entre las sombras carmesíes. Dos veces se lanzaron contra él, aprovechando que el hacha se había bloqueado al

dar un golpe demasiado profundo, pero en ambas ocasiones consiguió rechazarlos. La sangre los hacía resbalar y él pisoteaba muertos y moribundos, pero el día continuaba aclarándose y los mirlos cantaban. Entonces retrocedieron, alejándose de él sobrecogidos por el miedo, y él se apoyó en el hacha, exhausto.

—¡Sangre de mi sangre! gritó Baptiste *el Rojo*—. Hay pocos hombres como tú. Reniega de tu dios y vivirás.

Stockard se negó con un juramento, débil pero muy claro.

—¡Mirad! ¡Una mujer!

Habían llevado a Sturges Owen ante el mestizo.

No tenía más heridas que un rasguño en el brazo, pero miraba a su alrededor con el terror asomado a los ojos. La heroica figura del blasfemo, cubierto de heridas y flechas, apoyado desafiante en el hacha, indiferente, indomable, soberbio, captó su mirada indecisa. Sintió una gran envidia de aquel hombre que era capaz de cruzar las negras puertas de la muerte sin perder la serenidad. Sin duda Cristo, y no él, Sturges Owen, había sido moldeado de esa forma. ¿Y por qué no él? Vagamente percibió la maldición de su linaje, la debilidad de espíritu que le llegaba desde el pasado y sintió ira ante la fuerza creadora —cualquiera que fuese su representación— que lo había creado a él, su siervo, con tan poca firmeza. Incluso para un hombre más fuerte que él, aquella ira y el estrés de la situación bastaban para provocar la apostasía, algo que para Sturges Owen resultaba inevitable. Por miedo a la furia humana estaba dispuesto a afrontar la cólera de Dios. Había sido criado para servir a Dios por costumbre. Le habían dado la fe sin la fuerza de la fe; le habían dado el espíritu sin el poder del espíritu. No era justo.

—¿Dónde está ahora tu dios? —preguntó el mestizo.

—No lo sé. —Se mantenía recto, rígido, como un niño que repite el catecismo.

—Entonces, ¿tienes dios?

—Lo tenía.

—¿Y ahora?

—Ya no.

Hay Stockard se limpió la sangre de los ojos y se rio. El misionero lo miró con curiosidad, como en un sueño. Una sensación de distancia infinita se apoderó de él y le pareció que experimentaba aquello indirectamente. El no formaba parte de lo que había ocurrido ni de lo que iba a pasar. Solo era un espectador… desde lejos, sí, desde lejos. Oyó las palabras de Baptiste con total claridad:

—Muy bien. Dejad en libertad a este hombre y ocupaos de que no le ocurra nada malo. Que marche en paz. Dadle una canoa y alimentos. Que ponga rumbo a los rusos y les hable a sus sacerdotes de Baptiste *el Rojo*, en cuya región no existe el bien.

Lo acompañaron hasta lo más alto de la orilla, donde se detuvieron para presenciar la tragedia final. El mestizo se volvió hacia Hay Stockard.

—No existe el bien —dijo éste, para ayudarlo a seguir.

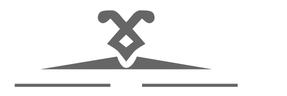
El otro respondió con una carcajada. Un guerrero joven se dispuso a arrojar su lanza.

—¿Tienes dios?

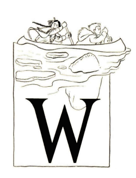
—Sí, el dios de mis antepasados.

Movió el hacha para agarrarla mejor. Baptiste *el Rojo* dio la señal y la lanza atravesó el pecho de Stockard. Sturges Owen vio la hoja de marfil asomar por la espalda del hombre, lo vio tambalearse, reír y partir la vara al caer sobre ella. Luego descendió hacia el río para llevar a los rusos el mensaje de Baptiste *el Rojo*, en cuya región no existía el bien.

[1899]



Cuando el camino te persigue



ALT VIO POR PRIMERA VEZ la luz del día en una factoría del río Yukón. Masters, su padre, era uno de esos misioneros del mundo a los que se conoce como «pioneros» y que dedican su vida a ampliar los muros de la civilización y sembrar las zonas yermas y desconocidas. Había escogido Alaska como campo de labranza y su esposa lo había acompañado a esa tierra fría y helada.

Nacer con los mocasines puestos y la carga a la espalda es una forma muy dura de llegar al mundo, pero mucho más duro es perder a la madre siendo niño. Esa fue la desgracia de Walt a los catorce años.

Había realizado hazañas que pocos niños tienen la posibilidad de hacer y había aprendido a sentirse orgulloso de sí mismo y a no tener miedo. Para la mayoría de la gente, el orgullo provoca la caída, pero eso no le ocurría a Walt. Confiaba en su propia fuerza y aptitud de una forma sana y, como conocía sus limitaciones, nunca se mostraba arrogante o presuntuoso. Había aprendido a afrontar los reveses con el estoicismo propio de los indios. Para él, no era una vergüenza fracasar en lograr algo, sino el hecho de no esforzarse. Por eso, cuando intentó cruzar el Yukón entre dos deshielos y el camino lo persiguió, no se dejó abatir por su posible derrota.

Así fue como ocurrió. Tras pasar el invierno en la concesión de su padre, en Mazy May, bajó hasta una de las islas del Yukón y montó el campamento. La primavera llegaba a su fin y los días eran cada vez más largos. La noche anterior, mientras charlaba con Jim *el de Chilkoot*, la luz no se había atenuado para enviarlo a la cama hasta las diez. Incluso Jim *el de Chilkoot*, un niño indio de la edad de Walt, estaba sorprendido por la rapidez con la que llegaba el verano. La nieve se había derretido en las laderas del sur y en las superficies llanas de los valles y las islas; por todas partes se oía el goteo del agua y el canto de los arroyuelos ocultos; pero por algún motivo, bajo su plancha de hielo de un metro de espesor, el Yukón retrasaba el momento de recuperar su enorme extensión de casi cinco mil kilómetros y librarse de las cadenas heladas que lo retenían.

Sin embargo, resultaba evidente que el momento en que volvería a ser libre se acercaba con rapidez. Grandes grietas rajaban el hielo en todas

direcciones y el agua empezaba a desbordarse por ellas. Aquella mañana, un ruido sordo y aterrador arrancó a los niños de las mantas. De pie en la orilla, no tardaron en descubrir la causa. El río Stewart se había liberado y levantaba una enorme barrera de hielo en el punto en que se adentraba en el Yukón, a un kilómetro y medio de su isla. Aunque la mayor parte del hielo del Stewart se había apilado de esa forma, el resto flotaba bajo el hielo del Yukón, golpeando y chocando contra la superficie sólida de arriba al pasar camino del mar.

—Hoy romper —dijo Jim *el de Chilkoot*, asintiendo con la cabeza—. ¡Seguro!

—Luego puede que el hielo tarde dos días en pasar —añadió Walt— y tú y yo saldremos hacia Dawson. Solo está a ciento diez kilómetros y si la corriente va a ocho kilómetros por hora y nosotros remamos a cuatro, deberíamos llegar en menos de diez horas. ¿Qué dices tú?

—¡Seguro!

Jim *el de Chilkoot* no sabía mucho inglés y esa era una de sus palabras preferidas porque podía utilizarla en muchas ocasiones.

Después de desayunar los niños sacaron su canoa Peterborough del refugio donde había pasado el invierno. Se trataba de un admirable ejemplo de la destreza de su constructor y era un artículo importado del hogar natural de la canoa: Canadá. Dos años antes había cruzado el paso Chilkoot sobre la espalda de un hombre, para luego llevar al Klondike el primer correo que recibían en seis meses. Walt, que en aquel momento se encontraba en Dawson, la compró por trescientos dólares de oro en polvo que él mismo había recogido en Mazy May.

Tanto para él como para Jim *el de Chilkoot* había sido una revelación, porque hasta su llegada no habían usado más que las endebles canoas indias de corteza de abedul y los rudimentarios botes de remos de los blancos. Jim incluso pasaba muchos ratos felices admirando en silencio su silueta de líneas perfectas.

—Muy buena. ¡Seguro! —Jim levantó la vista de la delicada embarcación, expresando su placer en los mismos términos por enésima vez. Pero al mirar por encima del hombro de Walt, vio algo en el río que lo asustó —. ¡Mira! ¡Mira! —gritó.

Un hombre hacía correr una traílla de perros sobre la superficie medio derretida hacia la orilla, pero la riada, que iba en aumento, lo había dejado aislado. Mientras Walt se giraba para mirar, el hielo por detrás del hombre

reventó, provocando un violento tumulto, y se hizo pedazos que subían, bajaban, se giraban y volcaban como si fueran corchos.

Luego empezó a manar el agua, que cubrió el trineo e hizo perder pie a los perros. Con los arneses enredados y fuertemente sujetos al pesado trineo, se ahogarían en unos minutos si el hombre no los rescataba. Su humanidad respondió con valentía.

Debatiéndose entre los animales que se ahogaban, sumergido casi hasta la cadera en la corriente helada, cortó los tirantes con su cuchillo de monte. Uno a uno los perros salieron disparados hacia la orilla y el primero llegó a la vez que el hombre liberaba al último. Luego el amo abandonó el trineo y los siguió. Era una lucha en la que poco podían ayudar, pero Walt y Jim *el de Chilkoot* por fin pudieron agarrarlo de las manos y arrastrarlo, medio desfallecido, terraplén arriba.

Primero se sentó hasta recuperar el aliento, después se sacó el agua de los oídos como un niño que ha estado nadando y después silbó para que sus perros se reunieran con él y comprobar que todos se habían salvado. Hecho eso, dirigió su atención a los chavales.

—Soy Muso —les dijo—. Pete Muso y busco a Charley Drake. Su compañero se está muriendo en Dawson y quieren que vaya de inmediato, en cuanto el río se libere. Tiene una cabaña en esta isla, ¿no es así?

—Sí —respondió Walt—, pero está al otro lado del río con un par de hombres, preparando una balsa de troncos por encargo.

El desconocido mostró su decepción. Exhausto por el agotador viaje, habiéndose librado por los pelos de la muerte, superado por todo lo que había soportado para entregar un mensaje que ahora no servía de nada, parecía aturdido. Se le llenaron los ojos de lágrimas y los sollozos ahogaron su voz mientras repetía, al tuntún:

—Pero su compañero se muere. Es su socio y quiere verlo antes de morir.

Walt y Jim sabían que no podían hacer nada y se quedaron mirando al río, sin solución. Era imposible intentar cruzarlo y sobrevivir. En la orilla de enfrente, a varios kilómetros cauce arriba, una delgada columna de humo oscilaba hacia el cielo. Allí era donde Charley Drake estaba cocinando y, ciento diez kilómetros más abajo, su socio yacía moribundo. Pero no podían avisarlo.

Mientras miraban, se produjo un cambio en el río. Se oyó un desgarro amortiguado y, como por arte de magia, el agua desapareció de la superficie, mientras la enorme capa de hielo, que se extendía de orilla a orilla y se había roto formando bloques de muchas clases y tamaños, se elevaba en silencio

hacia ellos. Evidentemente, el hielo que la golpeaba desde abajo había encallado en algún punto inferior y retenía el agua, obligándola a retroceder, como un dique. Eso había separado la capa de hielo de su sujeción a tierra y la elevaba por encima del nivel de agua ascendente.

—Romper muy rápido —dijo Jim *el de Chilkoot*.

—¡Pues yo me voy! —exclamó Muso, mientras empezaba a despojarse de la ropa empapada.

El niño indio se rio.

—Poder pillarte en medio, 0 no. Pero la corriente llevar camino río abajo. Y llevarte a ti. ¡Seguro! —dijo y miró a Walt para que le ayudase a evitar aquella tentativa tan descabellada.

—¿No pretenderás intentar cruzar? —preguntó Walt.

Muso asintió con la cabeza, se sentó y empezó a desatarse los mocasines.

—¡Pero no debes! —protestó Walt—. Es ir de cabeza a la muerte. El río se romperá antes de que llegues a la mitad y entonces, ¿de qué habrá servido tu esfuerzo?

El desconocido continuó desvistiéndose, mientras murmuraba en voz baja:

—¡Tengo que ver a Charley Drake! ¿No lo entiendes? Su socio se muere.

—Enfermo. Sí. —El indio se llevó un dedo a la sien y lo movió en círculos para indicar que el otro deliraba—. Mucho trabajo y mucho pensar. Pensar siempre en el enfermo de Dawson. Pronto su cabeza perder… así—. Y simuló el vahído corporal que provocan los trastornos mentales.

Para entonces, desnudo como si fuera a bañarse, Muso se puso en pie y se dirigió a la orilla. Walt le cortó el paso. Miró a su compañero. Jim asintió para indicarle que había comprendido y lo ayudaría.

—¡Déjame pasar, chico! —ordenó Muso, enfadado e intentando apartarlo.

Walt se acercó más a él y, con la ayuda de Jim, consiguió derribarlo boca arriba. Luchó débilmente durante unos minutos, pero el largo viaje lo había agotado demasiado para vencer a los dos niños, de músculos sanos y acostumbrados al camino.

—Llevar al campamento, envolver en muchas mantas y dejar sin mover —aconsejó Jim.

Se pusieron manos a la obra y acomodaron al enfermo lo mejor posible. Tras atenderlo con los conocimientos tradicionales de medicina aprendidos por Jim en las aldeas de su tribu, alimentaron a los perros del desconocido y prepararon la comida. Hablaron poco entre ellos porque no paraban de pensar y cuando, unos minutos después, salieron a la luz del sol, sus cabezas daban vueltas al mismo plan.

El río se había elevado ya seis metros y el hielo rozaba suavemente la parte más alta de la orilla. Ya no había ruido. Incontables millones de toneladas de hielo y agua aguardaban en silencio el momento supremo, cuando todos los grilletes se romperían y comenzase la alocada carrera hacia el mar. De repente, en apariencia sin esfuerzo alguno, todo empezó a moverse río abajo. La presa se había roto.

Despacio al principio, pero cada vez a mayor velocidad, el mar de hielo pasaba de largo. Volvió el ruido y el aire se llenó de movimiento y chirridos. La presión lanzaba al aire una parte de los enormes bloques de hielo, mientras otros embestían la orilla con violencia y algunos, girando y oscilando, se adentraban en tierra y se llevaban por delante varias hileras de pinos como si fuesen cerillas.

Los niños observaban el magnífico espectáculo sobrecogidos, en silencio, pero cuando el hielo redujo velocidad y recuperó el nivel de antes, Walt exclamó:

—¡Mira, Jim! ¡Mira cómo se lleva el camino a su paso!

Era verdad que el río se llevaba el camino, aquel camino junto al que habían acampado y por el que habían viajado durante todo el invierno anterior. El próximo invierno viajarían con sus perros y trineos por el mismo sitio, pero no por el mismo camino. El camino, el viejo camino, pasaba de largo frente a ellos.

Al mirar cauce arriba vieron el agua despejada. Ya no bajaba más hielo, aunque en los tramos superiores quedaban grandes cantidades, apresadas entre el laberinto de islas que cubrían el seno del Yukón. La verdad era que aún faltaban varias barreras por romperse, una tras otra, lo que enviaría cauce abajo muchas avenidas de hielo. La siguiente podría llegar en cuestión de minutos o demorarse horas. Tal vez tendrían tiempo de cruzar en la canoa, a remo. Walt miró inquisitivamente a su amigo.

—¡Seguro! —exclamó Jim.

Sin decir más, llevaron la canoa hasta la orilla. Ambos sabían lo peligroso que era lo que iban a intentar, pero no perdieron tiempo en comentarlo. La vida en aquellas tierras inexploradas les había enseñado que la necesidad exigía esfuerzo y acción, y que la lengua reclamaba su momento junto a la hoguera, una vez hecho el trabajo de la jornada.

Con la destreza que les proporcionaba la práctica, botaron la canoa y la hicieron avanzar veloz a cada golpe de remo, mientras cortaban la turbia corriente. En la superficie vagaba a la deriva una constante procesión de bloques de hielo, cada uno de ellos capaz de aplastar la canoa como si fuera la

cáscara de un huevo, y esquivarlos exigía a los niños un esfuerzo supremo de atención y habilidad.

Observaban ansiosos la enorme curva del cauce superior, por la que en cualquier momento podría aparecer otra avenida de hielo. Con la misma preocupación vigilaban el hielo varado en la orilla, que se elevaba varios metros por encima de sus cabezas. Los bloques se apilaban unos sobre otros en precaria confusión, pero los niños debían mantenerse cerca de la ribera para evitar la rápida corriente del centro del río. De vez en cuando grandes pedazos de ese hielo se tambaleaban y caían al agua, retumbando como truenos lejanos y provocando olas de tamaño considerable.

Estuvieron a punto de hundirse en varias ocasiones, pero se salvaron gracias a su rapidez con los remos. La columna de humo del campamento de Charley Drake cada vez se hallaba más cerca y se percibía con mayor claridad. Pero aún se encontraba en la orilla opuesta y ellos sabían que debían subir más antes de intentar cruzar el cauce.

Al entrar en el río Stewart, remaron corriente arriba varios cientos de metros, luego cruzaron y después continuaron subiendo por la orilla derecha del Yukón. Al poco llegaron a los riscos de Bald-Face, unas enormes paredes de roca que ascendían perpendiculares desde el río. Allí la corriente era más fuerte junto a la orilla, formando el primer obstáculo importante que los niños encontraban. Se detuvieron para recuperar fuerzas en un remanso anterior a los riscos y luego, remando con toda su energía, lucharon por pasar.

Al principio lo consiguieron, pero en el punto en que la fuerza de la corriente era mayor, esta los superó. Durante sesenta segundos permanecieron sin moverse, sin avanzar o retroceder, con la sombría base del acantilado casi al alcance de la mano, mientras movían los remos al unísono y el agua revuelta pasaba veloz junto a ellos. Para evitar la destrucción inminente, hicieron fuerza con los remos contra las rocas, volvieron a la corriente y esta se los llevó. Al alcanzar de nuevo el remanso, se detuvieron a descansar. Intentaron pasar por segunda vez, pero casi al final, un bloque de hielo amenazador, arrastrado por la violencia de las aguas, se acercó a ellos girando vertiginosamente y se vieron obligados a huir.

—Por pelos, creo, sí —dijo Jim *el de Chilkoot*, limpiándose el sudor del rostro mientras descansaban otra vez en el remanso—. Próxima vez conseguir, seguro.

—No nos queda otra. No hay más salida —respondió Walt, con los dientes apretados y los labios tensos, porque Pete Muso les había dado un mal ejemplo y él estaba a punto de llorar de agotamiento y debido al fracaso.

Por tercera vez abandonaron el remanso, salieron al torbellino de la corriente y avanzaron a paso de caracol. A veces permanecían quietos, a pesar de remar con la misma fuerza, pero sin perder terreno, y al final salieron a aguas más tranquilas, por encima de los riscos. Pero no podían perder ni un segundo. Era imposible saber cuándo el Yukón volvería a convertirse en escenario de la más violenta anarquía, en el que ni el hombre ni ninguna de sus obras podría sobrevivir. Así que continuaron adelante hasta pasar el campamento de Charley Drake y dejarlo a medio kilómetro a sus espaldas. En aquel punto el río medía kilómetro y medio de ancho y debían contar con que, al cruzarlo, la rápida corriente los arrastraría hacia abajo y desviaría su rumbo.

Walt giró la cabeza desde proa. Jim asintió. Sin más preámbulos, alejaron la canoa de la orilla en un ángulo de cuarenta y cinco grados contracorriente. Aquel era el último esfuerzo y su meta estaba a la vista. Al mirar hacia allí para comprobar su progreso, vieron que Charley y sus dos compañeros se acercaban a la ribera para observarlos.

Quinientos metros; cuatrocientos metros; la canoa cortaba el agua como una hoja de acero: los remos se movían a un ritmo veloz… y entonces, un grito de advertencia desde la orilla les heló el corazón. Por la enorme curva, encima de ellos, asomaba un muro gigantesco de un blanco cegador. Tras él, empujándolo a la velocidad de la luz, un millón de toneladas de agua retenida durante mucho tiempo.

El flanco derecho de la avenida de hielo, incapaz de superar la curva limpiamente, chocó contra la orilla opuesta y al instante vieron varias montañas de hielo elevarse hacia el cielo, desplomarse y elevarse otra vez en medio de convulsiones resplandecientes. El estruendo lo llenó todo y Walt no podía hacerse oír, pero se detuvo lo justo para señalar con el remo en dirección a Dawson. Tal vez Charley Drake, al verlo, comprendiera lo que quería decir.

Con dos rápidas paladas viraron la canoa para correr curso abajo. Debían mantenerse por delante de la avalancha. En aquel momento era imposible alcanzar ninguna de las orillas. Concentraron todas sus fuerzas en los remos y con cada golpe la frágil canoa saltaba y casi volaba en su huida. No hablaban. Ambos sabían lo que había y confiaban el uno en el otro. Además, tenían demasiada experiencia para malgastar energías. La ribera —árboles, islas y el río Stewart— pasaba volando junto a ellos a una velocidad sorprendente, pero no la miraban.

De vez en cuando Jim *el de Chilkoot* echaba furtivamente la vista atrás, al camino que los perseguía, y se aseguraba de que no perdían terreno. En una ocasión quiso doblar abruptamente hacia la orilla, pero comprobó que el camino se acercaba más a ellos y renunció al plan.

Continuaron aproximándose a tierra poco a poco. Sus fuerzas debilitadas les advertían que o llegaban pronto o no lo harían nunca. Por fin, cuando pudieron acercarse a la ribera, se encontraron con la inhóspita barrera que formaba el hielo encallado. No había ni un solo punto en el que saltar a tierra y, con la salvación al alcance de la mano, se vieron obligados a continuar volando río abajo. Pasaron por varios puntos, en cada uno de los cuales, de haber contado con tiempo suficiente, podrían haber trepado para salir del agua, pero el inexorable camino los perseguía y no les daba respiro.

Tras más de medio kilómetro de semejante esfuerzo, las fuerzas les fallaban y el camino ganaba terreno. Su chirrido amenazador les envolvía y sus colisiones contra la orilla formaban una sucesión constante de aterradores estruendos. Walt sentía el esfuerzo de su corazón al latir y cada vez que respiraba le dolía, pero lo peor de todo era el sacrificio continuado que debía exigir a sus brazos.

Pensaba que, si pudiese descansar un solo segundo, la tortura se aliviaría un poco; pero no, continuó hundiendo el remo y levantándolo otra vez, hasta que le pareció que con cada golpe le llegaría la muerte. Sabía que Jim *el de Chilkoot* sufría tanto como él, que dependían el uno del otro y que, si dejaba de dar una sola palada, su reputación quedaría manchada.

Estaban agotados, pero conservaban la fe y si alguno de ellos tenía miedo no era del otro, sino de sí mismo.

Al tomar una curva cerrada, ante ellos surgió la última oportunidad de salvarse. Una isla se alzaba muy cerca de la orilla y, en la punta delantera, el hielo se apilaba formando una ladera pronunciada. Dirigieron la canoa hacia el primero de los bloques, subieron media embarcación por la pendiente y saltaron. Después arrastraron la canoa hacia arriba, resbalando, tropezando y cayendo, pero sin dejar de ascender, siempre luchando por llegar.

Al sortear la cima y dejarse caer al amparo de los pinos, un impresionante estruendo anunció la llegada del camino. Un bloque gigantesco se abrió paso hasta la parte alta del hielo apilado, se balanceó amenazador por encima de ellos y luego se vino abajo y continuó su marcha.

Realizando un último esfuerzo, se apartaron de allí, sin olvidar la canoa, y se dejaron caer, agotados por completo, ya sin resuello. El estrépito de la avenida al pasar les llegaba claramente, pero no les importaba. Ya no les

interesaba en absoluto. Solo querían permanecer allí tumbados, tal como habían caído, y disfrutar de la inactividad del descanso.

Dos horas después, cuando el río volvió a correr sin trabas, bajaron la canoa al agua. Pero cuando iban a botarla, llegaron Charley Drake y uno de sus compañeros a bordo de otra embarcación.

—Tal y como os habéis portado, chicos, no merecéis que la gente decente se preocupe por vosotros —fue su forma de saludarlos—. ¿Por qué demonios se os ocurrió abandonar vuestra tienda y permitir que el camino os persiguiera de esa forma? ¿Eh? Ya me gustaría saberlo.

Tardaron un minuto en explicarle la situación y, al instante, Charley Drake corría ya hacia Dawson, donde esperaba su compañero enfermo.

—Nos hemos salvado por los pelos —comentó Walt Masters mientras se disponían a subir a bordo y regresar al campamento.

—¡Seguro! —contestó Jim *el de Chilkoot*, frotándose los bíceps anquilosados con gesto meditabundo.

[1900]



El furtivo que se perdió

PERO NO ACEPTARÁN EXCUSAS. Hemos cruzado la línea y eso basta. Nos detendrán. Nos enviarán a Siberia, a las minas de sal. En cuanto al Tío Sam, ¿de qué se va a enterar? A Estados Unidos no llegará ni palabra. Los periódicos dirán: «La *Mary Thomas* se ha perdido con toda su tripulación. Probablemente debido a un tifón en aguas japonesas». Eso es lo que dirán los periódicos, y también lo dirá la gente. Nos llevarán a Siberia, a las minas de sal. Estaremos muertos para el mundo, nuestros amigos y nuestras familias, aunque vivamos cincuenta años.

Así, sin más trámite, resumió el asunto John Lewis, por todos conocido como *el Leguleyo*.

En el castillo de proa de la *Mary Thomas* se vivía un momento crítico. En cuanto la guardia de la cubierta inferior empezó a hablar del problema, los de la guardia de arriba bajaron y se unieron a ellos. Como no había viento, nadie hacía falta, excepto el hombre que iba al timón, que se quedó por el bien de la disciplina. Incluso Chico Russell, el grumete, se había acercado para oír lo que decían.

La situación era crítica, como atestiguaban los rostros serios de los marineros. Durante los tres meses anteriores, la goleta *Mary Thomas* se había dedicado a cazar focas a lo largo de la costa japonesa, hacia el norte y el Mar de Bering. Allí, en el lado asiático de dicho mar, se vio obligada a abandonar la caza o, mejor dicho, a no seguir adelante. Porque más allá, los patrulleros rusos vigilaban la zona prohibida, donde las focas podían criar en paz.

Una semana antes se había adentrado en un denso banco de niebla acompañada de calma. Desde entonces, la niebla no se había levantado y solo había soplado alguna que otra brisa ligera y ventolina. Eso, en sí mismo, no era malo, porque las goletas dedicadas a la caza de focas nunca tienen prisa mientras se encuentren en medio de alguna manada, pero el problema radicaba en el hecho de que las corrientes de la zona los arrastraban con fuerza hacia el norte. De esa manera, la *Mary Thomas* había cruzado la línea sin querer y cada hora que pasaba la adentraba más en las peligrosas aguas vigiladas por los rusos.

Nadie sabía hasta dónde había llegado ya. Hacía una semana que no veían el sol ni las estrellas y el capitán no conseguía determinar su posición. En cualquier momento podía aparecer un patrullero y llevarse a toda la tripulación a rastras hasta Siberia. Los hombres de la *Mary Thomas* conocían bien el destino de otros cazadores de focas furtivos, por eso estaban tan serios.

—Amigos —dijo un timonel de bote alemán—, mal asunto que, con la bodega llena de forma honrada, los rusos nos pillen, se queden con nuestras pieles y nuestra goleta, y nos envíen con los anarquistas a Siberia. ¡Sí, muy mal asunto!

—Sí, ahí le duele —intervino *el Leguleyo*—. Mil quinientas pieles en los saladeros, obtenidas respetando la ley, una buena paga pendiente para cada uno de nosotros, ¡y que nos capturen y lo perdamos todo! Sería distinto si las hubiésemos cazado furtivamente, pero ha sido de forma legal y en aguas permitidas.

—Pero si no hemos hecho nada malo, no podrán hacernos nada, ¿no es así? —preguntó Chico.

—Me parece que no está bien que un muchacho de tu edad interrumpa cuando hablan los mayores —protestó un marinero inglés desde su litera.

—Déjalo, Jack —respondió *el Leguleyo*—. Tiene derecho. ¿Acaso no corre el mismo peligro de perder su paga que nosotros?

—¡Y a mí eso qué me importa! —dijo Jack con un gesto de desprecio. Había pensado volver a casa, a Chelsea, en cuanto cobrase, para ver a su familia y ahora estaba enfadado debido a la muy posible pérdida no solo de su paga, sino también de su libertad.

—¿Cómo van a saberlo ellos? —contestó *el Leguleyo* en respuesta a la pregunta de Chico—. Ahora nos encontramos en aguas prohibidas. ¿Cómo saben que no hemos venido a propósito? Aquí estamos, con mil quinientas pieles en la bodega. ¿Cómo van a saber si las cazamos en aguas permitidas o en las prohibidas? ¿No lo ves, Chico? Las pruebas hablan en nuestra contra. Si pillas a un hombre con los bolsillos llenos de manzanas como las que crecen en tu árbol y si, además, lo pillas en tu árbol, ¿qué pensarías si te dice que no pudo editarlo, que el viento lo había llevado hasta allí y que, por si fuera poco, las manzanas son de otro árbol? ¿Qué pensarías? ¿Eh?

Así explicado, Chico lo entendió enseguida y negó con la cabeza, desanimado.

—Es mejor morir que ir a Siberia —dijo uno de los remeros—. Te mandan a las minas de sal y allí trabajas hasta que te mueres. No vuelves a ver la luz del día. He oído la historia de un tipo al que encadenaron a su

colega y el colega murió. ¡Encadenados juntos! Y si te mandan a las minas de mercurio, salivas. Yo prefiero que me cuelguen a salivar.

—¿Qué es eso de salivar? —preguntó Jack, sentándose de repente en la litera al presentir nuevas desgracias.

—El mercurio se te mete en la sangre, creo que pasa por eso. Se te hinchan las encías como con el escorbuto, pero peor, y los dientes se te aflojan en la mandíbula. Se forman grandes úlceras y luego te mueres de una forma horrible. Ni el hombre más fuerte dura demasiado en las minas de mercurio.

—Mal asunto —repitió el timonel de bote, con pena, en el silencio que se produjo—. Mal asunto. Ojalá estuviese en Yokohama. ¿Eh? ¿Qué ha sido eso?

El navío se había escorado de repente. Las cubiertas estaban en posición oblicua. Una cacerola pequeña de hojalata rodó por el plano inclinado, entre tintineos y golpes. Desde arriba les llegó el ruido seco de las velas y el tembloroso golpeteo del grátil suelto del trinquete. Luego la voz del segundo de a bordo cantó en la escotilla:

—¡Todos a cubierta! ¡Desplegad velas!

Nunca nadie respondió a esas órdenes con mayor entusiasmo. La calma había terminado. Por fin llegaba el viento que los llevaría al sur y los pondría a salvo. En medio de una ovación clamorosa todos subieron a cubierta. Trabajando a velocidad desenfrenada, desplegaron las gavias, los petifoques y los estays. Mientras trajinaban, la niebla se disipó y la negra bóveda celeste, salpicada de las estrellas que todos conocían, quedó a la vista. Cuando todo estuvo en perfecto orden, la *Mary Thomas* se inclinaba ligera y elegantemente con viento derrotero y avanzaba rumbo al sur.

—¡Luces de un vapor al frente, a babor, señor! —gritó el vigía desde su puesto en el extremo del castillo de proa. En la voz del hombre había nerviosismo.

El capitán ordenó a Chico que bajara a buscar sus prismáticos de visión nocturna. Todos se apiñaron en la barandilla de sotavento para ver al sospechoso desconocido, cuya silueta se acercaba imprecisa. En esas aguas poco transitadas tenían una posibilidad entre mil de que no se tratase de un patrullero ruso. El capitán continuaba mirando preocupado con sus prismáticos, cuando surgió una llamarada del flanco del desconocido, seguida del estruendo de un cañón. Sus peores miedos se confirmaban: era un patrullero ruso que disparaba a la *Mary Thomas* con la intención de detenerla.

—¡Todo a sotavento! —ordenó el capitán al timonel, sin energía en la voz. Y a la tripulación—: ¡Atrás el foque y el trinquete! ¡Arriad el petifoque! ¡Cargad la monterilla! ¡Moved a popa la escota de la mayor!

La *Mary Thomas* se encontró en el ojo del viento, perdió empuje y se inclinó hacia las olas que llegaban del oeste.

El patrullero se acercó un poco más y echó un bote al agua. Los cazadores de focas observaban en medio de un silencio abatido. Vieron el casco blanco del bote descender despacio y a sus tripulantes subir a bordo. Oyeron el chirrido de los pescantes y las órdenes de los oficiales. Luego el bote comenzó la marcha, impulsado por los remos, y puso rumbo hacia la goleta. El viento soplaba cada vez más fuerte y el mar estaba demasiado picado para permitir que la frágil embarcación se arrimara al costado de la *Mary Thomas*, que no paraba de dar bandazos, pero, tras aguardar una oportunidad y aprovechando los cabos de abordaje que les echaron, un oficial y un par de hombres consiguieron trepar a la cubierta. Luego el bote se desvió hacia lugar seguro y se puso a la capa, al mando de un joven guardiamarina que se sentaba a popa y sujetaba los cabos.

El oficial, cuyo uniforme lo distinguía como subteniente de navío de la Armada rusa, acompañó al capitán de la *Mary Thomas* a fin de examinar la documentación de la goleta. Salió a los pocos minutos y, después de que sus marineros abriesen las escotillas, bajó a la bodega con una linterna para inspeccionar los saladeros. Se tropezó con un montón considerable: mil quinientas pieles sin curtir, la captura de toda la temporada. Y, dadas las circunstancias, solo pudo llegar a una conclusión.

—Lo siento mucho —chapurreó en inglés, dirigiéndose al capitán, ya de vuelta en cubierta—, pero tengo el deber, en nombre del zar, de incautarme de su navío bajo el cargo de caza furtiva, al haber sido detenido en la zona prohibida con la bodega llena de pieles sin curtir. Como ya sabrá, esto se castiga con la confiscación y la cárcel.

El capitán de la *Mary Thomas* se encogió de hombros con aparente indiferencia y le dio la espalda. Aunque deben reprimir toda manifestación externa de sus sentimientos, a veces los hombres fuertes, cuando los golpea una desgracia inmerecida, tienen ganas de llorar. En ese momento, lo asaltó el recuerdo de su hogar en California, de su esposa y sus dos hijos, y la extraña sensación de ahogo que notó en la garganta lo llevó a temer que, si intentaba hablar, acabaría sollozando.

Además, tenía un deber que cumplir para con sus hombres. Ante ellos no debía mostrar señal de debilidad alguna, pues su fuerza les serviría de apoyo

en medio de su infortunio. Ya le había explicado la situación al subteniente de navío y era consciente de que no tenía nada que hacer. Como había dicho *el Leguleyo*, las pruebas hablaban en su contra. Así que puso rumbo a popa y se dedicó a recorrer de un extremo al otro la toldilla de aquel navío que ya no estaba a sus órdenes.

El oficial ruso tomó el mando de forma temporal. Llamó a bordo a un buen número de sus hombres y ordenó cargar y recoger todas las velas. Mientras lo hacían, el bote navegó de un navío al otro para pasar entre ellos una gruesa estacha, que se aseguró a las bitas de remolque situadas en el extremo del castillo de proa de la goleta. Durante todas esas maniobras, los cazadores de focas se mantuvieron apartados en grupos, con gesto huraño. Pensar en resistirse era una locura, con los cañones de un buque de guerra a tiro de piedra, pero se negaban a ayudar y preferían mantener un silencio cargado de tristeza.

Tras completar su tarea, el subteniente ordenó que todos sus hombres, salvo cuatro, regresaran al bote. Luego el guardiamarina —un muchacho de dieciséis años y aspecto curiosamente maduro y digno, que le aportaban el uniforme y el sable— subió a bordo para tomar el mando de la goleta capturada. Cuando el subteniente se disponía a partir, se fijó en Chico. Sin una palabra de advertencia, lo agarró del brazo y lo lanzó por encima de la barandilla, al bote que aguardaba. Luego se despidió con un movimiento de la mano y se fue tras él.

Era lógico que Chico sintiera miedo ante aquel suceso inesperado. Recordó de repente las terribles historias que había oído contar sobre los rusos y se dejó invadir por el terror. Ser detenido por ellos ya le parecía grave, pero que se lo llevaran y lo separaran de sus compañeros, era un destino con el que ni se había atrevido a soñar.

—Pórtate bien, Chico —le gritó el capitán mientras el bote abandonaba el costado de la *Mary Thomas*— y cuenta la verdad.

—¡Sí, señor! —respondió el muchacho, en apariencia conservando el valor. Sentía cierto orgullo de raza y le daba vergüenza portarse como un cobarde ante aquellos enemigos desconocidos, aquellos rusos como osos salvajes.

—¡Y sé amable! —añadió el timonel de bote alemán. Su vozarrón surcó las aguas como una sirena de niebla.

Chico se despidió con un gesto de la mano y sus compañeros se apiñaron en la barandilla para responderle con un grito de ánimo. Se acomodó en el hueco de popa, desde donde se concentró en observar al subteniente. Chico

llegó a la conclusión de que no parecía un oso, ni un salvaje, más bien se trataba de un hombre normal; y los marineros eran como los tripulantes de cualquier otro buque de guerra. Sin embargo, cuando pisó la cubierta metálica del patrullero, sintió que cruzaba las puertas de una prisión.

Durante unos minutos nadie le hizo caso. Los marineros izaron el bote y lo sujetaron a los pescantes. A continuación, las chimeneas escupieron un humo negro y pusieron rumbo… a Siberia. Eso fue lo que pensó Chico. Vio a la *Mary Thomas* balancearse bajo la presión de la estacha y sus luces de posición, una roja y otra verde, cabecear mientras la remolcaban.

Los ojos de Chico se llenaron de lágrimas al contemplar aquella imagen melancólica, pero en ese momento se le acercó el subteniente para llevarlo ante el capitán de fragata, por lo que se enderezó y apretó los dientes con fuerza, como si aquella situación le resultase normal y estuviera acostumbrado a que lo enviasen a Siberia. El camarote en el que se sentaba el capitán parecía un palacio, comparado con las humildes estancias de la *Mary Thomas*, y el capitán, muy digno y lleno de dorados, resultaba un personaje augusto, muy distinto a los hombres sencillos que navegaban en su goleta siguiendo las manadas de focas.

Chico comprendió para qué lo habían llevado a bordo y, durante el prolongado interrogatorio al que lo sometieron, no dijo nada más que la verdad. La verdad era inofensiva, solo la mentira podría perjudicarlo. No sabía gran cosa, excepto que habían estado cazando focas mucho más al sur, en aguas permitidas, y que cuando la niebla y la calma se cernieron sobre ellos habían cruzado la línea sin querer, a la deriva, porque se encontraban cerca de ella. Una y otra vez insistió en que no habían echado ni un solo bote al agua, como tampoco habían cazado foca alguna, durante la semana que fueron a la deriva por las aguas prohibidas; pero el comandante prefirió creer que todo lo que decía era mentira y adoptó un tono intimidatorio para intentar asustar al muchacho. Pasaba de amenazarlo a engatusarlo y viceversa, pero no consiguió que Chico cambiara su declaración. Al final ordenó que se lo llevaran de allí.

Por descuido, no lo pusieron al cuidado de nadie y Chico pudo pasear por la cubierta a su aire. A veces los marineros le lanzaban miradas curiosas, pero lo dejaban tranquilo. Además, no llamaba demasiado la atención, porque era menudo, la noche estaba oscura y los hombres que hacían la guardia en cubierta se ocupaban de sus asuntos. Tras tropezar varias veces en aquellas cubiertas desconocidas, consiguió llegar a popa, desde donde podía ver las luces de posición de la *Mary Thomas*, que los seguía a ritmo constante.

La observó durante un buen rato y luego se tumbó en la oscuridad, cerca del lugar donde la estacha cruzaba la popa hacia la goleta capturada. En un momento dado, un oficial se acercó para comprobar la tensión del cabo y evitar rozaduras, pero Chico se encogió al amparo de las sombras y no lo descubrió. Sin embargo, aquello le dio una idea que afectaba a las vidas y libertades de veintidós hombres, y que impediría que una pena devastadora se adueñase de más de un hogar feliz, a muchos miles de millas de distancia.

En primer lugar —razonó—, la tripulación era inocente de cualquier delito y, sin embargo, los arrastraban a todos al encierro en Siberia, a sufrir una muerte en vida, según había oído contar, y no tenía motivos para dudar de aquellas historias. En segundo lugar, a él lo habían apresado, sin posibilidad alguna de escapar. Y tercero, los veintidós hombres de la *Mary Thomas* sí podían huir. Lo único que lo impedía era una estacha de diez centímetros de grosor. Ellos no podrían cortarla desde su extremo, porque sin duda los captores rusos la mantendrían vigilada; pero desde aquel extremo, desde donde él se encontraba…

Chico no se lo pensó dos veces. Se acercó con cuidado a la estacha, abrió su navaja y se puso manos a la obra. La hoja no estaba bien afilada y tuvo que serrar hilaza tras hilaza, mientras, con cada movimiento, la espantosa visión de su exilio solitario en Siberia se adueñaba de su mente. Ya era bastante duro soportar ese destino rodeado de compañeros, pero enfrentarse a él en solitario le parecía aterrador. Además, el acto que estaba a punto de cometer sin duda le acarrearía un castigo peor.

Inmerso en tan sombríos pensamientos, oyó unas pisadas que se acercaban. Se ocultó entre las sombras. Un oficial se detuvo donde él había estado trabajando, empezó a inclinarse para comprobar el estado de la estacha, pero cambió de idea y se incorporó. Permaneció allí unos minutos, observando las luces de la goleta capturada, y luego se marchó.

¡Tenía que aprovechar el momento! Chico se apartó de las sombras y continuó serrando. Ya había cortado dos hilazas de la estacha. Ahora eran tres. Pero aún faltaba una. La tensión que soportaba era tanta que cedió enseguida. ¡Zas! El extremo libre saltó por la borda. Se quedó inmóvil, con el corazón en un puño, escuchando. Nadie lo había oído, solo él.

Vio cómo se atenuaban las luces de la *Mary Thomas*. Oyó a lo lejos el aviso de los tripulantes rusos, desde la goleta, pero nadie más se enteró. Las chimeneas del patrullero continuaron escupiendo humo y las hélices zumbaban con la misma potencia de antes.

¿Qué ocurría en la *Mary Thomas*? Chico solo podía hacer conjeturas, pero de una cosa estaba seguro: sus compañeros se impondrían, doblegando a los cuatro marineros y al guardiamarina. Unos minutos después percibió un tenue destello y, haciendo un esfuerzo, oyó el disparo, apenas perceptible, de una pistola. Entonces, ¡qué alegría!, las luces —roja y verde— se apagaron de repente. ¡Habían recuperado el mando de la *Mary Thomas*!

En ese momento oyó que un oficial se acercaba a popa. Chico retrocedió sin hacer ruido y se escondió en uno de los botes. Justo a tiempo. Dieron la alarma. Se gritaron las órdenes. El patrullero cambió su rumbo. Un reflector eléctrico lanzó su haz de luz blanca sobre la superficie del mar, aquí, allá, por todas partes; pero en su trayectoria no descubrió goleta alguna.

Poco después Chico se quedó dormido y no se despertó hasta que rayó la luz gris del amanecer. Los motores vibraban a un ritmo monótono y las ruidosas salpicaduras del agua le indicaron que estaban limpiando las cubiertas. Echó un vistazo a su alrededor y vio que se encontraban solos en la inmensidad del mar. La *Mary Thomas* había escapado. Al levantar la cabeza fue recibido por las carcajadas de los marineros. Ni siquiera el oficial, quien ordenó que lo llevasen abajo y lo encerraran, pudo ocultar su mirada risueña. En los días de confinamiento posteriores, Chico pensó muchas veces que no estaban demasiado enfadados con él por lo que había hecho.

No iba muy desencaminado. Existe cierta nobleza innata oculta en los corazones de todos los hombres que los lleva a admirar cualquier acto valeroso, aunque sea el enemigo quien lo realice. Los rusos no eran distintos a los demás. Cierto, un muchacho los había burlado, pero comprendían su decisión y se rompían la cabeza pensando qué hacer con él. No podían entregar a semejante criaturita en representación del furtivo que habían perdido.

Y así, dos semanas después, un patrullero ruso hizo señales a un buque de guerra de los Estados Unidos que zarpaba del puerto de Vladivostok. Un bote cruzó de un navío al otro y un muchacho subió a bordo de la embarcación norteamericana. Una semana más tarde lo dejaron en Hakodate y, tras el envío de un telegrama, pudo pagarse el billete de tren a Yokohama.

Desde la estación cruzó corriendo las pintorescas calles japonesas que daban al puerto y contrató un sampán para que lo llevase a bordo de un navío, la familiaridad de cuyos aparejos enseguida había llamado su atención. Tenía los tomadores sueltos y las velas desplegadas, a punto de regresar a Estados Unidos. Mientras se acercaba, un grupo de marineros se abalanzó hacia el

extremo del castillo de proa y la palanca del molinete empezó a subir y bajar, arrancando el ancla del lecho lleno de fango.

—«Un barco yanqui viene río abajo…» —se oyó la voz del *Leguleyo* entonar el viejo himno de los marineros para levar anclas.

—«¡Tirad, muchachos, tirad!» —respondió el conocido coro, mientras los cuerpos de los hombres se inclinaban y se incorporaban al ritmo de la canción.

Chico Russell pagó al barquero y subió a bordo. Todos se olvidaron del ancla. Los hombres le dedicaron una entusiasta ovación y, casi antes de que pudiera recobrar el aliento, el capitán lo llevaba a hombros y todos sus compañeros lo rodeaban, pidiéndole que contestara veinte preguntas por segundo.

Al día siguiente una goleta se puso al pairo frente a una aldea de pescadores japonesa, envió a tierra a cuatro marineros y un joven guardiamarina, y zarpó. Aquellos hombres no hablaban inglés, sin embargo tenían dinero y pronto llegaron a Yokohama. Los habitantes de la aldea japonesa no volvieron a saber de ellos, pero aún siguen hablando de aquel misterio. Como el gobierno ruso nunca comentó el incidente, Estados Unidos todavía ignora el paradero del furtivo al que perdieron, tampoco tiene noticias —oficialmente— de la forma en que algunos de sus ciudadanos «secuestraron» a cinco súbditos del zar. A veces, incluso las naciones guardan secretos.

[1900]



El desprecio de las mujeres

I

Freda y la señora Eppingwell se enfrentaron en una ocasión. Freda era una joven bailarina griega. Al menos ella afirmaba ser griega, pero muchos lo dudaban porque su rostro clásico tenía fuerza en exceso y, en determinados momentos, los fuegos del infierno que se encendían en sus ojos hacían que su etnología resultase aún más dudosa. Esa visión se le había concedido a muy pocos hombres y, por muchos años que hayan transcurrido, no la han olvidado ni la olvidarán jamás. Nunca hablaba de sí misma, por eso será bueno dejar caer que, cuando se hallaba en reposo, expurgada, sin duda alguna era griega. Sus pieles eran las mejores de la región, desde Chilkoot a St. Michael, y su nombre solía oírse en boca de los hombres. Pero la señora Eppingwell era la esposa de un capitán, además de una constelación social de primera magnitud, en cuya órbita se reunía la camarilla más selecta de Dawson, una camarilla en la que tenía cabida tanto el círculo oficial como el profano. Charley *el de Sitka* había salido al camino con ella en una ocasión, cuando la hambruna apretaba y la vida de un hombre valía menos que una taza de harina, y el concepto que tenía de ella la situaba por encima de las demás mujeres. Charlie *el de Sitka* era indio: sus criterios resultaban primitivos, pero su palabra tenía el valor de un decreto y su veredicto era garantía en todos los campamentos de la región.

Esas dos mujeres eran máquinas de conquistar y subyugar a los hombres, cada una a su manera y de formas muy diferentes. La señora Eppingwell mandaba en su casa y en el cuartel, donde había hombres jóvenes en cantidad, por no hablar de los jefes de la Policía, el poder ejecutivo y el judicial. Freda controlaba la ciudad, pero los hombres sobre los que reinaba eran los mismos que acudían a los actos sociales del cuartel y tomaban el té y conservas enlatadas de mano de la señora Eppingwell, en la cabaña de troncos toscamente labrados que tenía en la ladera. Cada una conocía la existencia de la otra, pero sus vidas estaban tan separadas como los Polos y, aunque sin

duda habían oído noticias y comentarios la una de la otra y sentían curiosidad, ninguna de ellas había preguntado jamás por la otra. No habrían surgido problemas de no haber sido por una casualidad personificada en una modelo que llegó a la zona con los primeros hielos, una traílla de perros que corría como pocas y reputación de cosmopolita. Loraine Lisznayi —aliterativa, espectacular y húngara— precipitó el conflicto y por su culpa la señora Eppingwell abandonó su ladera e invadió el dominio de Freda, a la vez que Freda ascendió desde la ciudad para difundir confusión y vergüenza en el baile del gobernador.

Todo lo cual puede considerarse historia antigua en lo que al Klondike se refiere, pero muy pocos, incluso en Dawson, conocen la verdad del asunto, y nadie, a excepción de esos pocos, tiene la capacidad de valorar como es debido a la mujer del capitán o a la bailarina griega. Eso podemos comprenderlo ahora si creemos en el honor de Charley *el de Sitka*, porque de sus labios han salido los hechos de la historia que aquí presentamos. No es probable que Freda hubiese compartido sus confidencias con un simple escritor ni que la señora Eppingwell hubiese hecho mención de lo ocurrido. Quizás habrían hablado, pero no es probable.

II

FLOYD VANDERLIP era un hombre fuerte, o lo parecía. No le asustaban ni el trabajo duro ni la mala comida, según atestiguaba su trayectoria en la región. Ante el peligro se portaba como un jabato y cuando tuvo que mantener a raya a medio millar de hombres hambrientos —como hizo en una ocasión— no hubo ojo más impasible que soportase el reflejo del sol a través de la mira de su rifle. Solo tenía una debilidad, pero ni siquiera eso —que nacía de su fuerza— podía considerarse algo negativo. Estaba hecho de partes fuertes, pero le faltaba coordinación. Al parecer, aunque era un hombre muy apasionado, esa característica había permanecido atenuada y pasiva durante los muchos años que se alimentó de alce y salmón y persiguió rebosantes minas de oro en las heladas divisorias. Pero cuando por fin delimitó con estacas una de las concesiones más ricas del Klondike, empezó a despertarse; y cuando ocupó el sitio que le correspondía en sociedad, el de un rey del Bonanza hecho y derecho, se avivó por completo y se apoderó de él. De repente se acordó de una joven de Estados Unidos y no solo pensó que podría estar esperándolo, sino también que una esposa sería una adquisición muy

agradable para un hombre que vivía varios grados al norte del paralelo 53. De manera que escribió una nota en consecuencia, adjuntó una carta de crédito lo bastante generosa para cubrir todos los gastos —incluidos ajuar y acompañante— y la dirigió a una tal Flossie. ¿Flossie? El resto era fácil de imaginar. Sin embargo, tras eso construyó una cómoda cabaña en su concesión, adquirió otra en Dawson y dio la noticia a sus amigos.

En ese momento entró en juego su falta de coordinación. La espera resultaba tediosa y, tras tanto tiempo de privaciones, su componente amatorio no admitía más demoras. Flossie venía de camino, pero Loraine Lisznayi estaba allí. Y no solo estaba allí Loraine Lisznayi, sino que su reputación de cosmopolita parecía haber sufrido desgaste, y no era tan joven como cuando posaba en los estudios de los artistas y recibía invitaciones de cardenales y príncipes. Además, no andaba muy boyante. Tras haber hecho de todo en su momento, ahora no miraba con malos ojos poner fin a sus correrías con un rey del Bonanza cuya riqueza superase cifras de seis dígitos. Como el soldado sensato que busca un acantonamiento cómodo tras muchos años de servicio, ella había llegado a la región septentrional para casarse. Así las cosas, un día se fijó en Floyd Vanderlip mientras él compraba manteles para Flossie en el almacén de la compañía P.C. y se decidió de inmediato.

Cuando un hombre es libre nadie cuestiona asuntos que, si decide sobrecargarse con vínculos domésticos., la sociedad enseguida pondrá en duda. Eso fue lo que ocurrió con Floyd Vanderlip. Flossie venía de camino y los rumores empezaron a crecer al ver que Loraine Lisznayi recorría la calle principal subida al trineo de él. Además, fue ella quien acompañó a la reportera del Kansas City Star cuando fotografió las propiedades que Floyd tenía en Bonanza, y vigiló atentamente la redacción de un artículo a seis columnas, motivo por el cual ambas cenaron como reinas en la cabaña de Flossie, sobre el mantel de Flossie. Por si fuera poco, hubo idas y venidas, además de fiestas y celebraciones —todo muy correcto, por cierto—, que provocaron comentarios mordaces en los hombres y desprecio en las mujeres. La única que no hizo caso fue la señora Eppingwell. El murmullo lejano de las bromas y los rumores se hacía cada vez más nítido, pero ella tendía a pensar bien de los demás y no quiso oírlo. No prestó atención.

No ocurrió lo mismo con Freda. No tenía motivos para apreciar a los hombres, pero, debido a un rasgo curioso de su personalidad, era capaz de compadecer a las mujeres, aunque tuviera menos motivos para apreciarlas. Y se compadeció de Flossie, que recorría el largo camino y afrontaba las dificultades del Norte para encontrarse con un hombre que podría no esperar a

que llegase. Freda la imaginaba retraída y dependiente, de boca débil y labios hermosos, cabello rubio y suave, y ojos risueños que reflejaban las alegrías sencillas de la vida. Pero también imaginaba a Flossie con el rostro tapado hasta la nariz y cubierto de escarcha, avanzando agotada tras los perros. Por eso una noche de baile se acercó sonriente a Floyd Vanderlip.

Pocos hombres hay capaces de recibir la sonrisa de Freda sin inmutarse y Floyd Vanderlip no era uno de ellos. Las cortesías que le dedicaba la modelo habían cambiado el concepto que tenía de sí mismo y los favores que ahora recibía de la bailarina griega lo hacían sentirse más hombre que nunca. Evidentemente, en su interior guardaba cualidades ocultas que ellas habían percibido. Él no tenía ni idea de qué podría tratarse, pero en algún sitio tenían que estar y eso lo llevó a sentirse orgulloso de sí mismo. Cualquier hombre capaz de lograr que dos mujeres como aquellas lo mirasen más de una vez, sin duda debía de ser especial. Un día, cuando tuviese tiempo, se sentaría a analizar de dónde procedía su fuerza, pero ahora, en aquel momento, pensaba limitarse a disfrutar del don que le ofrecían los dioses. Una sutil idea empezó a formarse en su mente y lo llevó a preguntarse qué habría visto él en Flossie y a lamentar haberla llamado. Claro, Freda quedaba descartada. Él poseía los depósitos más ricos del Bonanza —y eso que eran muchos—, pero además tenía responsabilidades y una posición que mantener. Pero Loraine Lisznayi era la mujer adecuada. Había vivido lo suyo, por lo que sabría hacer los honores en sus dominios y aportaría elegancia a sus dólares.

Sin embargo, Freda le sonreía, y continuó sonriendo hasta que él empezó a dedicarle más tiempo. Cuando también ella se paseó por las calles sobre el trineo de él, la modelo se preocupó y, cuando volvieron a encontrarse, lo encandiló con sus príncipes, sus cardenales y sus anécdotas sobre cortes y reyes. También le mostró delicadas misivas que empezaban con un «Mi querida Loraine», terminaban con «el mayor de los afectos» y cuya firma coincidía con el nombre de pila de alguna que otra reina. En el fondo, Floyd se asombraba de que una mujer tan importante se dignase a perder un solo momento con él. Pero ella lo manejó con habilidad e hizo comparaciones halagadoras, resaltando los contrastes existentes entre él y las nobles fantasías que, en su mayor parte, nacían de su imaginación, hasta que él se marchó mareado de placer y apenado por no haber disfrutado antes de todo aquello. Freda era una mujer más diestra: si adulaba, nadie lo sabía. Si se rebajaba, nadie se daba cuenta. Si un hombre creía que lo miraba con buenos ojos, transmitía la sensación con semejante sutileza que él no era capaz de explicar

cómo o por qué lo creía. Así que intensificó su control sobre Floyd Vanderlip y paseaba a diario con su trineo.

En ese momento se produjo el error. Los comentarios aumentaron. El nombre de la bailarina acabó en boca de todos, y la señora Eppingwell por fin prestó oídos. También ella pensó en Flossie, que viajaría arrastrando los pies envueltos en mocasines durante jornadas interminables, e invitó a Floyd Vanderlip a tomar el té en su ladera. Lo invitó a menudo. Eso lo dejó boquiabierto y ebrio de orgullo. Nunca un hombre fue tan maltratado. Su alma se había convertido en algo por lo que tres mujeres luchaban, mientras la cuarta venía de camino para reclamarla. ¡Y qué tres mujeres!

Pero centrémonos en la señora Eppingwell y en el error que cometió. Tímidamente, comentó el asunto con Charley *el de Sitka*, que le había vendido sus perros a la joven griega. Pero sin mencionar nombres. Cuando más cerca estuvo de hacerlo fue cuando exclamó: «Esa… esa mujer espantosa», y Charley *el de Sitka*, pensando en la modelo, repitió como un eco: «Esa… esa mujer espantosa». Le dio la razón en que había que ser mala para interferir entre un hombre y la joven con la que iba a casarse. «Estoy segura de que no es más que una niña, Charley —dijo ella—. Estoy segura. Que viaja hacia un país extraño y en el que no tendrá amigos cuando llegue. Tenemos que hacer algo». Charley *el de Sitka* prometió ayudarla y se marchó pensando en lo malvada que debía ser esa Loraine Lisznayi y en lo buenas que eran la señora Eppingwell y Freda, al preocuparse por el bienestar de Flossie, una desconocida.

La señora Eppingwell era clara como el agua. A Charley *el de Sitka*, que en una ocasión la ayudó a cruzar las Montañas del Silencio, corresponde el mérito de evocar sus ojos observadores, su voz nítida y su total franqueza. Tenía una forma especial de tensar los labios para dar órdenes y estaba acostumbrada a ir al grano. Tras haber sopesado el carácter de Floyd Vanderlip, no se atrevió a hacerlo con él, pero no temía bajar a la ciudad para ver a Freda. Por eso a plena luz del día se encaminó a casa de la bailarina. No le importaban las habladurías; tampoco a su marido, el capitán. Deseaba ver a la mujer y hablar con ella, y no se le ocurría motivo alguno por el que no debiera hacerlo. Debido a ello permaneció en la puerta de la joven griega, sobre la nieve y a 50o C bajo cero, negociando con la criada durante cinco minutos. Tuvo el gusto de verse rechazada y tener que volver a su ladera, furiosa por la humillación que aquello suponía.

¿Quién era esa mujer para negarse a recibirla?, se preguntaba. Aquello era como el mundo al revés, como si ella fuese la bailarina a la que la esposa del

capitán negase la entrada. Pero sabía que, si Freda hubiese ascendido la ladera para verla, cualquiera que fuese el motivo, ella la habría recibido junto a la chimenea y se habrían sentado juntas, como dos mujeres corrientes, para charlar como tales. Se había saltado las convenciones y se había rebajado otras veces con las mujeres de la ciudad, pero no lo había visto así. Ahora se avergonzaba de haberse sometido a semejante humillación en público y empezó a pensar mal de Freda.

Sin embargo, Freda no lo merecía. La señora Eppingwell había descendido de sus alturas para encontrarse con una joven sin casta que, respetuosa de las tradiciones que dominaban en un mundo del que ella había formado parte, no había querido permitirlo. Freda sentía devoción por las mujeres como la señora Eppingwell y no imaginaba mayor alegría que recibirla en su cabaña y sentarse con ella —solo eso— durante una hora. Pero el respeto que sentía por ella —y por sí misma, a quien nadie respetaba—, le había impedido hacer aquello que más deseaba. Aunque no se había recuperado por completo de la reciente visita de la señora McFee, la esposa del pastor, que se había arrojado sobre ella como un torbellino de exhortaciones y fuego del infierno, Freda no imaginaba qué podría haber motivado esta otra visita. No era consciente de haber hecho daño alguno y, sin duda, a la mujer que ahora aguardaba en su puerta no le preocupaba el bienestar de su alma. ¿Por qué había ido? A pesar de la curiosidad que sentía, se mantuvo firme con el amor propio de quienes no tienen orgullo, y permaneció en su cuarto, temblando como una doncella al sentir la primera caricia de su enamorado. Si la señora Eppingwell sufría mientras ascendía de nuevo su ladera, ella también sufrió, tumbada boca abajo en la cama, con los ojos secos, la boca seca, sin palabras.

La señora Eppingwell conocía bien la naturaleza humana. Aspiraba a la universalidad. Le había resultado sencillo abandonar la civilización y contemplar las cosas desde un punto de vista bárbaro. Era capaz de comprender ciertas características primarias y análogas en un perro lobo famélico o un hombre hambriento, y aconsejar las líneas de acción a seguir por cualquiera en condiciones similares. Para ella, una mujer era una mujer, ya estuviese envuelta en regios ropajes púrpuras o en los harapos más míseros, y Freda era una mujer. No se habría sorprendido si le hubiesen dejado entrar en la cabaña de la bailarina para hablarle de tú a tú, como tampoco la habría asombrado que, una vez dentro, la otra hiciese ostentación de su arrogancia. Pero no esperaba que la tratara como la había tratado y se sentía decepcionada. De lo que se deduce que no había sabido comprender el

punto de vista de Freda. Eso era bueno. Hay ciertos puntos de vista que solo se entienden después de sufrir muchas penalidades y desprecios, y, si la señora Eppingwell no alcanzaba la universalidad en determinados aspectos, el mundo salía ganando. No se puede comprender la deshonra sin cubrirse de inmundicia, cuyo olor cuesta luego ocultar, aunque haya muchos dispuestos a poner en práctica el experimento. Pero de todo esto lo único que nos incumbe es que dio motivos de queja a la señora Eppingwell e hizo nacer, en el corazón de la joven griega, un afecto aún mayor hacia ella.

III

DE ESA FORMA TRANSCURRIÓ un mes, mientras la señora Eppingwell se esforzaba por apartar al hombre de los halagos de la bailarina griega hasta que llegase Flossie, Flossie rebajando cada día los kilómetros restantes de su deprimente viaje, Freda enfrentándose a la modelo, la modelo luchando a brazo partido por hacerse con el premio y el hombre en medio de todo, yendo de un lado a otro, muy orgulloso de sí mismo y convencido de ser un donjuán.

Solo él tuvo la culpa de que Loraine Lisznayi lo pescase al final. El comportamiento de un hombre con una doncella puede resultar demasiado sorprendente para entenderlo, pero el de una mujer con un hombre supera cualquier idea, por eso el profeta que se arriesgase a predecir con veinticuatro horas de antelación qué curso iba a seguir Floyd Vanderlip no sería más que un necio. Quizás el atractivo de la modelo radicase en que era un animal muy bello o puede que lo fascinase con sus cuentos del viejo mundo lleno de palacios y príncipes; el caso es que acabó por encandilar al hombre cuya vida había transcurrido en un entorno duro e inculto y que este aceptó salir corriendo río abajo para casarse en Forty Mile. Como muestra de su buena intención fue a comprarle perros a Charley *el de Sitka* —cuando una mujer como Loraine Lisznayi sale al camino, es necesario más de un trineo— y luego se internó arroyo arriba para organizar la supervisión de sus minas durante su ausencia.

Vagamente había dejado entrever que necesitaba los perros para transportar madera desde el aserradero a sus zonas de lavado, y ahí fue donde Charley *el de Sitka* demostró su aptitud. Aceptó suministrar los perros en una fecha determinada, pero en cuanto Floyd Vanderlip dirigió sus pasos arroyo arriba él se fue corriendo a mostrarle su inquietud a Loraine Lisznayi. ¿Sabía ella a dónde había ido el señor Vanderlip? Había quedado en proporcionar al

caballero una enorme traílla de perros en una fecha determinada, pero ese desvergonzado de Meyers, el comerciante alemán, se había dedicado a acaparar bichos y a limitar el mercado. Necesitaba ver al señor Vanderlip porque, por culpa de ese desvergonzado, iba a tardar una semana más en cumplir con el contrato. ¿Sabía ella a dónde había ido? ¿Arroyo arriba? ¡Bien! Saldría de inmediato tras sus pasos para informarle del desafortunado retraso. ¿La había entendido bien? ¿Le estaba diciendo que el señor Vanderlip necesitaba los perros el viernes por la noche? ¿Que debía tenerlos para entonces? Una pena, pero la culpa era del desvergonzado que había hecho subir los precios. Ahora costaban cincuenta dólares más por cabeza y si los compraba estando el mercado tan alto, perdería dinero según el contrato acordado. Se preguntaba si el señor Vanderlip estaría dispuesto a cubrir la diferencia. ¿Ella sabía que sí? Ah, y como era amiga del señor Vanderlip, ¿ella misma se ocuparía de cubrirla? ¿Así que no quería que le dijera nada de eso al señor Vanderlip? Qué amable era, al ocuparse así de sus intereses. El viernes por la noche, ¿no? ¡Bien! Los perros estarían listos.

Una hora más tarde, Freda sabía que la fuga tendría lugar el viernes por la noche y que Floyd Vanderlip se había ido arroyo arriba, por lo que ella tenía las manos atadas. El viernes por la mañana llegó Devereaux, el correo oficial, cargado con los despachos del gobernador. Además de los despachos, traía noticias de Flossie. Dijo que había pasado junto al campamento de ella en Sixty Mile, que las personas y los perros se hallaban en buenas condiciones y que, sin duda, la joven llegaría a la mañana siguiente. La señora Eppingwell sintió un alivio enorme al oírlo: Floyd Vanderlip se encontraba a salvo arroyo arriba y la novia aparecería en escena antes de que la griega pudiese ponerle las manos encima otra vez. Pero aquella tarde, a primera hora, su enorme San Bernardo, mientras defendía valientemente el porche delantero de la cabaña, fue derribado por un grupo de malamutes hambrientos que buscaban comida. Llevaba treinta segundos enterrado bajo la masa hirsuta antes de ser rescatado por un par de hachas y el mismo número de hombres corpulentos. En total, había estado dos minutos en el suelo, por lo que tenía todas las papeletas de haber sido hecho pedazos y acabar en los estómagos de cada miembro del grupo atacante, pero en realidad salió del paso con unas cuantas heridas y mordiscos. Charley *el de Sitka* fue a reparar los daños, sobre todo el de la pata delantera derecha, que había permanecido una décima de segundo más de lo debido en la boca de otro perro. Mientras se ponía las manoplas para irse, la charla se centró en Flossie y, como consecuencia lógica, pasó a «esa mujer espantosa». Charley *el de Sitka* comentó, como si nada, que ella pretendía

huir río abajo aquella noche con Floyd Vanderlip y, para justificar lo dicho, añadió la información de que, en aquella época del año, solían producirse más accidentes.

Así que la señora Eppingwell tuvo incluso peor concepto de Freda. Redactó una nota, la dirigió al hombre en cuestión y se la entregó a un mensajero que aguardaba en la desembocadura del arroyo Bonanza. Otro hombre, que llevaba una nota de Freda, esperaba también en aquel punto estratégico. Por eso Floyd Vanderlip, que guiaba su trineo arroyo abajo, feliz y aprovechando la última luz del día, recibió ambas notas a la vez. Rompió la de Freda. No, no iría a verla. Aquella noche lo esperaban cosas mucho mejores. Además, ella ya no tenía nada que hacer. ¡Pero la señora Eppingwell! Acataría su último deseo —mejor dicho, el último deseo que a él le resultaría posible acatar— y se encontraría con ella en el baile del gobernador a fin de ver qué quería decirle. Por el tono de la nota debía de ser algo importante, quizá… Sonrió encantado pero no terminó de dar forma a su idea. ¡Demonios! ¡Qué afortunado era con las mujeres! Arrojó a la escarcha los pedazos de la nota y azuzó a los perros para que corriesen hacia su cabaña. El baile era de disfraces y tenía que buscar el que había llevado al salón de baile un par de meses antes. Además, necesitaba afeitarse y comer algo. De esa manera, de todos los interesados, él fue el único que ignoró lo cerca que se encontraba Flossie.

—Llévalos al pozo que está más allá del hospital a medianoche en punto. No me falles —le pidió a Charley *el de Sitka*, que se acercó para decirle que solo le faltaba un perro para cumplir y que lo tendría al cabo de una hora, más o menos—. Aquí tienes mi saco y allí la balanza. Pesa tú mismo el oro y no me molestes más. Tengo que prepararme para el baile.

Charley *el de Sitka* pesó su paga y se marchó, llevándose una carta dirigida a Loraine Lisznayi, cuyo contenido, según imaginó correctamente, hacía referencia a un encuentro junto al pozo más allá del hospital a medianoche en punto.

IV

EN DOS OCASIONES Freda envió mensajeros al Cuartel, donde el baile estaba en su apogeo, y ambas veces volvieron sin respuesta. Entonces hizo lo que solo Freda podía hacer: se puso sus pieles, se cubrió el rostro con una máscara y se fue al baile del gobernador. Al parecer existía una costumbre —nada original,

por cierto— que el círculo oficial respetaba desde hacía tiempo. Se trataba de una costumbre muy sensata porque ofrecía protección a las mujeres de los oficiales y aportaba un toque más selecto a sus farras. Cuando se celebraba un baile de máscaras, se escogía un comité, cuya única función consistía en permanecer junto a la puerta y echar una ojeada a los rostros ocultos tras las máscaras. La mayoría de los hombres no quería formar parte de dicho comité y aquellos que menos lo deseaban acababan siendo siempre los encargados. El capellán no estaba lo bastante familiarizado con las caras y los puestos que ocupaban los ciudadanos para saber a quién debía admitir y a quién rechazar. En las mismas condiciones se encontraban los demás caballeros virtuosos que habrían deseado cumplir con esa función. Por ocupar tan codiciado puesto, la señora McFee habría arriesgado su alma, y una noche lo hizo, pero cierto trío se coló bajo sus narices y armó un buen lío antes de que se descubrieran sus identidades. Tras eso, solo se escogía a los más aptos, que reaccionaban con displicencia.

Aquella noche en concreto Prince se encontraba en la puerta. Lo habían presionado en exceso y aún no estaba recuperado del asombro que le producía haber consentido realizar una tarea que le supondría perder a la mitad de sus amigos por el hecho de contentar a la otra mitad. Tres o cuatro de los tipos a los que había impedido la entrada eran hombres a los que conocía del arroyo y el camino, buenos compañeros, pero que no reunían los requisitos para un acontecimiento tan selecto. Se encontraba sopesando la conveniencia de renunciar a su puesto cuando una mujer se acercó a paso ligero y quedó expuesta a la luz. ¡Freda! Lo habría adivinado por las pieles, si no hubiese conocido tan bien la elegancia de sus movimientos. La última persona a la que esperaría ver allí. Le sorprendió su falta de sensatez para arriesgarse de aquel modo a la vergüenza de ser rechazada o, si lograba pasar, al desprecio de las otras mujeres. Negó con la cabeza sin más examen: la conocía demasiado bien para equivocarse. Pero ella se acercó más, levantó la máscara de seda negra y volvió a bajarla enseguida. Durante un segundo eterno y parpadeante, Prince vio su rostro. Con motivo existía un dicho en la región según el que Freda jugaba con los hombres como los niños con las pompas de jabón. No cruzaron ni una palabra. Prince se hizo a un lado y unos minutos después dimitió, entre incoherencias, del puesto al que había sido infiel.

☘

UNA MUJER de silueta flexible y esbelta, que transmitía decisión con cada uno de sus rítmicos movimientos y que se detenía con un grupo mientras echaba una ojeada a otro, se fue abriendo camino poco a poco entre los juerguistas. Los hombres reconocieron las pieles y se asombraron. Eran hombres que debían haber formado parte del comité situado en la puerta pero que no tendían a hablar. No ocurrió lo mismo con las mujeres. Tenían más vista para distinguir las figuras y los portes y sabían que aquel cuerpo no pertenecía a nadie con quien estuviesen familiarizadas. Tampoco las pieles. La señora McFee, al salir del comedor, donde todo estaba dispuesto, se fijó en los ojos preocupados e indagadores que asomaban tras las hendiduras de la máscara de seda y se sobresaltó. Intentó recordar dónde los había visto antes y le vino a la memoria la imagen vivida de cierta pecadora rebelde y orgullosa a la que había intentado, en vano, devolver al rebaño del Señor.

La buena mujer echó a andar dominada por una ira justa y abrasadora y su camino la llevó hacia donde se encontraban la señora Eppingwell y Floyd Vanderlip. La señora Eppingwell acababa de encontrar la oportunidad de hablar con el hombre. Estaba decidida, ahora que Flossie se hallaba tan cerca, a ir directa al grano y tenía ya en la punta de la lengua un discurso ético e incisivo cuando la pareja se convirtió en un trío. Detectó con agrado el ligero acento extranjero del «disculpe» con el que la mujer envuelta en pieles prologó su inmediata apropiación de Floyd Vanderlip, y ella, cortésmente, inclinó la cabeza para permitir que se apartasen un poco.

En ese momento, la recta mano de la señora McFee descendió y, acompañándola en su descenso, cayó la máscara negra arrancada al rostro de una mujer sorprendida. Un semblante magnífico y unos ojos brillantes quedaron expuestos a la silenciosa curiosidad de quienes miraban hacia allí, que era todo el mundo. Floyd Vanderlip parecía confuso. La situación exigía la reacción inmediata de un hombre que no se sintiera superado, pero él se encontraba totalmente perdido. Miró a su alrededor, presa de la impotencia. La señora Eppingwell estaba perpleja. No entendía nada. Alguien debía dar una explicación y la señora McFee se decidió.

—Señora Eppingwell —dijo y su voz céltica se elevó, estridente—, tengo el gran placer de presentarle a Freda Moloof, a la señorita Freda Moloof, según tengo entendido.

Freda se dio la vuelta sin querer. Con el rostro descubierto se sentía como en un sueño, desnuda, concentrados en ella los rasgos cubiertos y los ojos relucientes del círculo enmascarado. Era como si la rodease una manada de lobos hambrientos, dispuestos a derribarla. Pensó que tal vez alguno se

compadecería de ella y esa idea la hizo más fuerte. Prefería su desprecio. Era una mujer de corazón valiente y, aunque había perseguido a su presa hasta el centro de la manada, con la señora Eppingwell o sin ella, no podía renunciar a cobrársela.

Pero entonces la señora Eppingwell hizo algo curioso. Así que aquella era Freda, pensó, la bailarina que destrozaba a los hombres, la mujer de cuya puerta la habían echado. También ella sintió la desnudez de aquella arrogante criatura como si estuviese en su lugar. Quizá fue por eso —por su aversión sajona a enfrentarse a un enemigo en desventaja o tal vez, en efecto, por miedo a animarla en su lucha para conquistar a aquel hombre, o debido a las dos cosas—, quizá por eso hizo lo que hizo. Cuando la voz apagada de la señora McFee se elevó llena de malicia y Freda se dio la vuelta sin querer, la señora Eppingwell se giró también, se quitó la máscara e inclinó la cabeza a modo de saludo.

Las dos mujeres se miraron durante otro segundo eterno y parpadeante. Una con ojos ardientes y meteóricos, molesta y sufriendo por adelantado el desprecio, el ridículo y los insultos a los que ella misma se había expuesto, convertida en un hermoso y abrasador volcán de carne y espíritu. Y la otra con ojos en calma, sosegada, serena; fuerte en su integridad, con fe en sí misma, totalmente relajada; impasible, imperturbable; una figura cincelada en un frío bloque de mármol. Si existía un abismo entre las dos, ella no lo reconocía. Ni tendía puentes ni descendía: su actitud reflejaba una igualdad perfecta. Mantuvo la calma sobre el terreno de su condición de mujer, común a las dos. Y eso enfureció a Freda. No tanto como si hubiese pertenecido a una casta inferior, pero la plomada de su alma no conocía lo insondable y era capaz de seguir a la otra a lo más profundo de su mente y leer sus pensamientos. «¿Por qué no vuelve a cubrirse con su prenda?», le habría gritado de buena gana durante aquel segundo parpadeante y eterno. «Escúpame, denígreme, ¡así demostraría más compasión que de esta forma!». Tembló. Las aletas de su nariz se hincharon y se estremecieron. Pero logró controlarse, devolvió la inclinación de cabeza y se dirigió al hombre.

—Acompáñame, Floyd —se limitó a decir—. Tengo que hablar contigo.

—¡Pero ¿qué…?! —explotó él, aunque se calló de repente, lo bastante discreto como para no terminar la frase. ¿Dónde rayos estaba su sentido común? ¿Podía hacerse aún más el ridículo? Se tragó las palabras, hizo un ruido sordo, echó hacia delante los hombros y la indecisión, y miró suplicante a las dos mujeres.

—Disculpe un momento, pero ¿podría hablar yo antes con el señor Vanderlip? —La voz de la señora Eppingwell, aunque discreta, afirmaba su voluntad en cada cadencia.

El hombre la miró con gratitud. Al menos él estaba dispuesto a complacerla.

—Lo siento mucho —dijo Freda—. No hay tiempo. Debe venir enseguida.

Las frases convencionales salieron de sus labios con facilidad, pero no pudo evitar sonreír por dentro ante lo inadecuadas y lo pobres que le parecieron. Habría preferido gritar.

—Pero, señorita Moloof, ¿quién es usted para apoderarse del señor Vanderlip y disponer de sus actos?

Tras decir eso, el alivio iluminó su rostro y el hombre sonrió como muestra de aprobación. Podía confiar en la señora Eppingwell para que lo salvara. Freda había dado con la horma de su zapato.

—Yo… yo… —Freda dudó, pero su mente femenina no tardó en ponerse al mando—. ¿Y quién es usted para hacer esa pregunta?

—¿Yo? Soy la señora Eppingwell y…—¡Eso mismo! —interrumpió la otra enseguida—. Es la esposa de un capitán que, por lo tanto, es su marido. Yo no soy más que una bailarina. ¿Qué tiene usted que ver con este hombre?

—¡Qué comportamiento tan inaudito!

La señora McFee perdió la calma y se dispuso a entrar en acción, pero la señora Eppingwell la hizo callar con una mirada y desarrolló un nuevo ataque.

—Ya que la señorita Moloof parece atribuirse derechos sobre usted, señor Vanderlip, y tiene demasiada prisa para concederme unos segundos de su tiempo, me veo obligada a acudir directamente a usted. ¿Puedo hablar con usted, a solas y ahora mismo?

Las mandíbulas de la señora McFee se cerraron de golpe, mordiendo el aire. Aquello resolvía una situación tan vergonzosa.

—Pues, yo… eh… desde luego —tartamudeó el hombre—. Por supuesto, por supuesto —más efusivo ahora, al ver cerca su liberación.

El hombre no es más que un simple vertebrado gregario, domesticado y evolucionado, y es muy probable que la joven griega se las hubiese visto antes con bestias masculinas más salvajes del género humano, porque se volvió hacia el hombre con las llamas del infierno ardiendo en sus ojos, como una dama cubierta de joyas miraría a un león que, de repente, se ha creído la perniciosa teoría de que es un agente libre. La bestia que había en él acusó el latigazo.

—Es decir… eh… después. Mañana, señora Eppingwell. Sí, mañana. Eso quería decir.

Se consoló pensando que, si permanecía allí, la vergüenza sería mayor. Además, tenía una cita a la que debía presentarse en poco tiempo, junto al pozo más allá del hospital. ¡Caramba! ¡No había valorado a Freda como se merecía! ¡Era magnífica!

—Le agradecería que me devolviese mi máscara, señora McFee.

La señora, por el momento sin habla, entregó el artículo en cuestión.

—Buenas noches, señorita Moloof. —La señora Eppingwell resultaba regia hasta en la derrota.

Freda le devolvió el saludo, controlando a duras penas el impulso de agarrarse a las rodillas de la otra y pedir perdón. No, no, perdón no, pero algo, no sabía qué, aunque era algo que deseaba enormemente.

El hombre le ofrecía el brazo, pero ella se había cobrado la pieza en medio de la manada y eso que empuja a los reyes a arrastrar tras sus cuadrigas a sus vencidos, la empujó a ella a caminar sola hacia la puerta, con Floyd Vanderlip pisándole los talones e intentando recuperar su equilibrio mental.

V

HACÍA MUCHO FRÍO. Como el camino serpenteaba, recorrieron cuatrocientos metros antes de llegar a la cabaña de la bailarina. Para entonces el aliento húmedo de ella había cubierto su rostro de escarcha y el de él se acumulaba en su pesado bigote, lo que dificultaba la conversación. A la luz verdosa de la aurora boreal, el mercurio aparecía totalmente congelado en el bulbo del termómetro que colgaba en el exterior de la puerta. Mil perros formaban un coro lastimoso que aullaba agravios remotos y clamaba piedad a las sordas estrellas. No había ni un soplo de brisa. No tenían donde refugiarse del frío, para ellos no existían rincones acogedores a sotavento. El frío lo llenaba todo y ellos yacían al aire libre, estirando de vez en cuando sus músculos agarrotados por el esfuerzo del camino y aullando como lobos.

El hombre y la mujer no hablaron al principio. Mientras la criada ayudaba a Freda a quitarse los chales que la envolvían, Floyd Vanderlip avivó el fuego y, cuando la criada se retiró a uno de los cuartos, él se encontraba con la cabeza sobre la cocina, ocupado en derretir el hielo del labio superior. Después lio un cigarrillo y observó a Freda entre las fragantes espirales de humo. Ella miró el reloj con disimulo. Faltaba media hora para la

medianoche. ¿Cómo iba a retenerlo? ¿Estaría enfadado por lo que ella había hecho? ¿De qué humor se encontraba? ¿Qué podía hacer para satisfacerlo? No es que dudase de sí misma. No. No. Podía retenerlo, claro que sí, aunque fuese a punta de pistola, hasta que Charley *el de Sitka* hubiese cumplido con su parte y Devereaux con la suya.

Había muchas formas de lograrlo y, al comprenderlo, aumentó el desprecio que sentía por aquel hombre. Apoyó la cabeza en la mano y revivió una imagen fugaz de su propia niñez, con su triste momento crítico y su trágica caída, y en ese instante estuvo a punto de darle una lección contándoselo. ¡Dios! Había que ser peor que un animal para no contenerse tras oír semejante relato, contado como ella podía contarlo, pero… ¡No! Él no se merecía oírlo, ni merecía el dolor que a ella le causaría relatarlo. La vela estaba situada a la derecha y, mientras ella pensaba en esas cosas que tanto la avergonzaban, él se deleitaba en observar el rosa transparente de su oreja. Freda presintió la mirada, aprovechó la situación y giró la cabeza hasta que el claro perfil del rostro quedó a la vista. Ese perfil no era la menor de sus virtudes. La habían creado con una silueta y unos rasgos envidiables, a los que ella había aprendido a sacar partido, aunque no necesitara hacer gran cosa. La vela empezó a parpadear. Todo lo que hacía resultaba elegante, pero aun así se esforzó por moverse con gracia cuando se estiró para quitar la pavesa del pabilo rojo en medio de la llama amarilla. Volvió a apoyar la cabeza en la mano, pero ahora miraba al hombre, pensativa, y no hay hombre que no se sienta satisfecho cuando una mujer hermosa lo mira de esa manera.

No tenía prisa por empezar. Si a él le gustaba aquel flirteo, a ella también. Él estaba encantado, llenándose los pulmones de nicotina mientras la miraba. La estancia era acogedora y hacía calor, mientras que junto al pozo comenzaba un camino que pronto recorrería durante las horas del frío más intenso. Pensaba que debía enfadarse con Freda por la escena que había montado, pero no se sentía colérico. Además, de no ser por esa McFee no habría habido escena alguna. Si fuese el gobernador, impondría un impuesto de cien onzas por cabeza a ella, a los que eran como ella, a los buitres del evangelio y a los capellanes. Desde luego, Freda se había comportado como una dama… y había mantenido el tipo ante la señora Eppingwell. Nunca imaginó que la joven tuviese tanto valor. La miraba detenidamente, volviendo de vez en cuando a los ojos, bajo cuya profunda sinceridad se ocultaba un desprecio aún más profundo y que él ni siquiera sospechaba. ¡Caramba! ¡Qué bien hecha estaba! ¿Por qué lo miraría de esa forma? ¿También quería casarse con él? Seguramente, pero no era la única. Su belleza jugaba a su favor. Y era

joven. Más joven que Loraine Lisznayi. No tendría más de veintitrés o veinticuatro años. Veinticinco como mucho. Y nunca engordaría, eso ya se veía con solo mirarla. No podía decir lo mismo de Loraine. Desde luego, ya había engordado desde la época en que trabajaba de modelo. ¡Ja! En cuanto salieran al camino le haría perder esos kilos. La obligaría a ponerse las raquetas de nieve y a abrir camino para los perros. Eso nunca fallaba. En ese momento pensó en el palacio junto al ocioso cielo del mediterráneo… ¿qué sería entonces de Loraine? Sin hielo, sin camino, sin hambruna de vez en cuando que animase la monotonía, mientras ella envejecía y engordaba con cada amanecer. Pero Freda… con un suspiró expresó la tristeza de lo que se perdía por no haber nacido bajo la bandera del turco y regresó a Alaska.

—¿Y bien? —Las manecillas del reloj formaban un ángulo recto con las doce y ya iba siendo hora de salir hacia el pozo.

—¡Oh! —exclamó Freda de una forma encantadora que lo llenó de placer. Cuando a un hombre se le hace creer que una joven que lo mira con aire meditabundo se ensimisma de esa forma porque está pensando en él, ya puede ser un individuo extremadamente frío para conservar el tipo, no bajar la guardia y evitar problemas.

—Me gustaría saber por qué querías verme —explicó él, acercando su silla a la de ella.

—Floyd —dijo y lo miró directamente a los ojos—, estoy harta de todo esto. Quiero irme. No soportaré quedarme aquí hasta que el hielo se rompa. Si lo intento, moriré. Estoy segura. Quiero dejarlo todo y marcharme, y quiero hacerlo ya.

A modo de súplica silenciosa, posó la mano sobre el dorso de la de él, que se dio la vuelta y se convirtió en una cárcel. Otra que se arrojaba a sus brazos. Pensó que a Loraine no le iría mal que sus pies se enfriasen un poco más mientras aguardaba junto al pozo.

—¿Y bien? —ahora era Freda quien preguntaba, aunque en voz baja y rebosante de ansiedad.

—No sé qué decir —se apresuró a responder él, mientras pensaba que aquello iba más rápido de lo que él esperaba—. Nada me gustaría más, Freda. Eso lo sabes muy bien —Le apretó la mano, palma contra palma. Ella asintió con la cabeza. ¡Cómo no despreciar a aquella clase de hombre!—. Pero, verás, estoy comprometido. Aunque, por supuesto, tú eso ya lo sabes. Esa chica cruza el país para casarse conmigo. No sé qué se me pasó por la cabeza cuando se lo pedí, pero fue hace mucho tiempo y yo era un joven apasionado.

—Quiero irme. Quiero abandonar estas tierras. No me importa a donde —continuó ella, indiferente al obstáculo que él había levantado entre ellos y que le servía de disculpa—. He estado repasando la lista de hombres a los que conozco y he llegado a la conclusión de que… de que…

—¿Yo era el más adecuado de todos?

Le sonrió en agradecimiento por haberla librado de la vergüenza que le producía esa confesión. Él acercó la cabeza de ella a su hombro con la mano que le quedaba libre y el aroma del cabello de Freda le entró por la nariz. Luego descubrió que un pulso común latía, latía donde sus palmas se tocaban. Ese fenómeno es fácil de explicar desde un punto de vista fisiológico, pero para el hombre que lo descubre por primera vez resulta algo maravilloso. Floyd Vanderlip había acariciado más mangos de palas que manos femeninas y, para él, aquella era una experiencia nueva y deliciosamente curiosa. Cuando Freda giró la cabeza contra su hombro y su cabello rozó las mejillas de él hasta que sus ojos se encontraron, tan cerca, tan suavemente luminosos y tiernos… ¿Quién tuvo la culpa de que él perdiese el control por completo? Si le había sido infiel a Flossie, ¿por qué no también a Loraine? Que las mujeres no pararan de darle la lata no era motivo para verse obligado a escoger con prisas. Él tenía montañas de dinero y Freda era la joven adecuada para aportarle clase. La convertiría en una esposa que otros hombres envidiarían. Pero despacio. Debía andarse con cautela.

—No te interesarán los palacios, ¿verdad?

Ella negó con la cabeza.

—Yo tenía ganas de vivir en uno, hasta que, ya hace un tiempo, empecé a pensar que quien vive en un palacio engorda y se vuelve perezoso y blando.

—Sí, resulta agradable una temporada, pero supongo que enseguida te cansarás —se apresuró a tranquilizarlo—. El mundo es bueno, pero la vida debería tener múltiples caras. Pelear y trabajar duro durante un tiempo y luego descansar en algún sitio. Ir a los mares del sur en un yate, luego dejarse caer por París, pasar un invierno en Sudamérica y un verano en Noruega, unos meses en Inglaterra…

—¿En sociedad?

Desde luego, entre la alta sociedad. Y luego ¡vaya! De vuelta a los perros, los trineos y la región de la bahía de Hudson. Para variar. Un hombre fuerte como tú, lleno de vitalidad y energía no soportaría vivir un año entero en un palacio. Eso está muy bien para hombres afeminados, pero tú no estás hecho para llevar esa vida. Tú eres masculino, intensamente masculino.

—¿Eso piensas?

—No es cuestión de pensarlo. Es que lo sé. ¿Nunca te has fijado en lo fácil que resulta que las mujeres se preocupen por ti?

La insegura inocencia de Floyd resultó soberbia.

—Es muy fácil. ¿Por qué? Porque eres masculino. Consigues calar muy hondo en el corazón femenino. Eres algo a lo que agarrarse: musculoso, fuerte y valiente. Resumiendo: porque eres un hombre.

Freda echó una ojeada al reloj. Eran las doce y media. Le había concedido un margen de media hora a Charley *el de Sitka*, y ya no importaba cuándo iba a llegar Devereaux. Ella había cumplido con su parte. Levantó la cabeza, se rio con verdadera alegría, liberó su mano, se puso de pie y llamó a la criada.

—Alice, ayuda al señor Vanderlip a ponerse la parka. Sus manoplas están en el alféizar, junto a la cocina.

El hombre no entendía nada.

—Quiero darte las gracias por tu amabilidad, Floyd. Tu tiempo era de gran valor para mí y ha sido un detalle por tu parte concedérmelo. Si al salir de la cabaña tomas la primera desviación a la izquierda llegarás antes al pozo. Buenas noches, yo me voy a la cama.

Floyd Vanderlip empleó palabras intensas para expresar su perplejidad y decepción. A Alice no le gustaba oír las palabrotas de los hombres, así que dejó caer su parka al suelo y abandonó las manoplas sobre ella. Entonces él intentó alcanzar a Freda, que no pudo encerrarse en su habitación porque tropezó con la parka y estuvo a punto de caerse. La puso de pie con un fuerte tirón de muñeca, pero ella se rio. No tenía miedo de los hombres. ¿No había salido adelante a pesar de lo mal que la habían tratado?

—No seas brusco —dijo por fin—. Mejor pensado —continuó mientras miraba la mano que la retenía—, he decidido no acostarme aún. Siéntate y ponte cómodo, en vez de hacer el ridículo, ¿alguna pregunta?

—Sí, señora, unas cuantas. —Pero no la soltaba—. ¿Qué sabes tú del pozo? ¿Qué has querido decir con…? No, déjalo, las preguntas de una en una.

—No sé mucho. Charley *el de Sitka* había quedado allí con alguien a quien seguramente conoces y, como no le apetecía que un hombre de tu encanto apareciera, me pidió ayuda. Eso es todo. Ya se habrán ido hace más de media hora.

—¿A dónde? ¿Río abajo sin mí? ¡Pero si es indio!

—Para gustos, colores, ya sabes, sobre todo cuando se trata de una mujer.

—Pero ¿cómo salgo yo de este negocio? He perdido cuatrocientos dólares en perros y una mujer que no está mal. Me he quedado sin nada. Excepto tú —añadió tras meditarlo—, y muy barata sales a ese precio—. Freda se

encogió de hombros—. Será mejor que te prepares. Voy a pedir prestadas un par de traíllas de perros y saldremos en dos horas.

—Lo siento mucho, pero yo me voy a la cama.

—Harás el equipaje si sabes lo que te conviene. Te vayas a la cama o no, cuando tenga los perros afuera, subirás al trineo, te lo garantizo. Puede que me hayas tomado el pelo, pero yo veo tu farol y me lo tomo en serio, ¿me oyes?

Le apretó la muñeca hasta hacerle daño, pero a sus labios asomaba una sonrisa y Jaba la impresión de que escuchaba atentamente algún sonido procedente del exterior, ge oyó el cascabeleo de unos perros, una voz de hombre gritó: «¡Izquierda!», y un trineo tomó la curva y se detuvo frente a la cabaña.

—¿Ahora permitirás que me acueste?

Mientras hablaba, Freda abrió la puerta. El frío se coló en la estancia caldeada y, en el umbral, envuelta en pieles gastadas por el largo viaje, hundida hasta las rodillas en el vapor que se arremolinaba sobre ella, recortándose sobre un fondo dominado por las llamaradas de la aurora boreal, una mujer dudó. Se quitó el protector de la nariz y parpadeó varias veces a la blanca luz de la vela. Floyd Vanderlip se acercó tambaleante.

—¡Floyd! —gritó la joven, aliviada y contenta, mientras daba un salto cansado para llegar hasta él.

¿Qué podía hacer él, excepto besar aquel montón de pieles? Un montón muy hermoso, eso sí, que se acurrucaba en sus brazos, fatigado pero feliz.

—Ha sido un detalle por tu parte —dijo el montón de pieles— enviar al señor Devereaux a buscarme con perros descansados, de lo contrario no habría llegado hasta mañana por la mañana.

El hombre miró a Freda sin comprender, hasta que de repente se hizo la luz.

—Y Devereaux tuvo la amabilidad de aceptar ir.

—Estabas deseando verme, ¿verdad, querido? —Flossie se acurrucó aún más.

—Bueno, empezaba a impacientarme —confesó él recuperando su labia y, al mismo tiempo, levantándola hasta que sus pies se despegaron del suelo y pudo salir con ella de la cabaña.

Esa misma noche le ocurrió una cosa inexplicable al reverendo James Brown, misionero, que vivía entre los nativos a varios kilómetros Yukón abajo y se ocupaba de que los caminos que frecuentasen los llevaran al paraíso del hombre blanco. Lo despertó un indio desconocido que dejó a su

cargo no solo el alma, sino también el cuerpo de una mujer, tras lo cual se marchó enseguida. La mujer pesaba lo suyo, era hermosa, estaba enfadada y, debido a su cólera, de sus labios salían palabras muy feas. Eso conmocionó al buen hombre, pero aún era joven y la presencia de ella podría haber resultado perniciosa (a ojos de su inocente rebaño) si la mujer no se hubiese marchado a pie por su cuenta en dirección a Dawson tan pronto empezó a clarear el día.

Dawson se quedó conmocionado muchos días después, cuando ya había llegado el verano y su población honraba a cierta dama de la realeza que vivía en Windsor, ocupando las orillas del Yukón y viendo aparecer a Charley *el de Sitka*, remando como el rayo y cruzando la línea de meta en primer lugar. Aquel día de las carreras, la señora Eppingwell —que desde entonces había aprendido muchas cosas y olvidado otras muchas— vio a Freda por primera vez desde la noche del baile. «En público, no lo olvidemos —así lo expresó la señora McFee—, sin consideración o respeto hacia los valores morales de la comunidad», se acercó a la bailarina y le estrechó la mano. Al principio, según recuerdan quienes lo vieron, la joven retrocedió, luego hablaron y Freda la gran Freda, se desmoronó y lloró sobre el hombro de la esposa del capitán. Dawson se quedó sin saber por qué la señora Eppingwell necesitaba implorar el perdón de una bailarina griega, aunque lo hizo en público y les pareció inapropiado.

Pero no nos olvidemos de la señora McFee. Reservó un camarote en el primer vapor que salía de allí. Se llevó con ella una teoría que había forjado durante sus silenciosas guardias de aquellas noches largas y oscuras: su convicción de que la región septentrional resulta incorregible debido al frío que hace. No se puede provocar el miedo al fuego del infierno en una nevera. Tal vez parezca dogmático, pero es la teoría de la señora McFee.

[1900]



Los Esbirros de Midas[26]

WADE ATSHELER HA MUERTO… ha muerto por su propia mano. Decir que eso resultaba totalmente inesperado para la pequeña camarilla que lo conocía sería faltar a la verdad; sin embargo, ni una sola vez sus íntimos habíamos comentado esa idea. Más bien nos habíamos preparado para ella de una forma subconsciente. Antes de que perpetrase dicho acto, su posibilidad no tenía cabida en nuestros pensamientos, pero cuando supimos que había muerto, de alguna forma nos pareció que siempre lo habíamos sabido y que esperábamos a que ocurriera. Realizando un análisis retrospectivo, podríamos explicarlo por el grave problema que tenía. Lo califico de «grave problema» deliberadamente. Joven, atractivo, asegurado su puesto de mano derecha de Eben Hale, el gran magnate de los tranvías, no tenía motivos para quejarse de su suerte. Sin embargo, habíamos observado que su frente se surcaba de arrugas como si lo acosase alguna preocupación inquietante o pena devoradora. Habíamos visto cómo su cabello negro y espeso clareaba y se volvía canoso como el grano verde bajo un cielo abrasador y una sequía agostadora. ¿Quién puede olvidar, en medio de las escenas divertidísimas que hacia el final buscaba con una avidez cada vez mayor, quién puede olvidar, digo, los momentos de abstracción concentrada y humor sombrío en los que caía? En esas ocasiones, cuando la diversión se extendía en oleadas e iba de pico en pico, de repente, sin venir a cuento, sus ojos se apagaban y fruncía el ceño como si, con las manos apretadas y el rostro echado hacia adelante entre espasmos de sufrimiento mental, luchase al borde del abismo con algún peligro desconocido.

Nunca habló de su problema y nosotros no fuimos lo bastante indiscretos para preguntar. Pero eso no importaba porque, aunque lo hubiésemos hecho y él hablado, nuestra ayuda y nuestra fuerza no habrían servido de nada. Cuando falleció Eben Hale, de quien era secretario de confianza —no, prácticamente era su hijo adoptivo y socio en sus negocios—, dejó de venir con nosotros. Pero no, que yo sepa, porque nuestra compañía le resultase desagradable, sino porque su problema era de tal calibre que no podía

corresponder a nuestra felicidad ni encontrar la forma de superar su dolor entre nosotros. En aquel momento no entendíamos por qué era así, ya que cuando se legalizó el testamento de Eben Hale, el mundo se enteró de que él era el único heredero de los muchos millones de su jefe; además, se estipulaba expresamente que tan enorme fortuna se le entregase sin reservas, contratiempos o trabas. A los parientes del fallecido no se les legaba ni una sola acción, ni un solo céntimo. En cuanto a su familia directa, una cláusula asombrosa indicaba expresamente que Wade Atsheler debía entregar a la esposa e hijos de Eben Hale cualquier cantidad que su buen juicio le dictase en aquellas ocasiones en que él considerase oportunas. De haberse producido algún escándalo en el seno de la familia del fallecido o si sus hijos hubiesen sido rebeldes e irresponsables, aquella medida tan inusual podría tener su explicación; pero la felicidad doméstica de Eben Hale había sido proverbial dentro de la comunidad y era necesario viajar mucho y muy lejos para encontrar una prole más saludable, sana y pura. Mientras que su esposa…, quienes mejor la conocían la llamaban, con cariño, «la madre de los Gracos». No es necesario decir que aquel inexplicable testamento acaparó la atención de todo el mundo, pero el público expectante se llevó una decepción porque nadie lo impugnó.

No hace mucho que sepultaron a Eben Hale en su imponente mausoleo de mármol. Y ahora Wade Atsheler está muerto. Esta mañana los periódicos publicaron la noticia. Yo acabo de recibir una carta suya por correo, franqueada, evidentemente, menos de una hora antes de arrojarse a la eternidad. Esta carta, que tengo delante ahora mismo, es un relato de su puño y letra al que se adjuntan numerosos recortes de artículos periodísticos y copias de cartas. Me dice que la correspondencia original está en manos de la Policía. Además me ruega, como advertencia a la sociedad del grave y diabólico peligro que amenaza su existencia, que haga pública la espantosa serie de tragedias en las que se vio involucrado sin quererlo. A continuación transcribo el texto en su totalidad:

☘

FUE EN AGOSTO de 1899, tras volver de mis vacaciones estivales, cuando recibimos el golpe. Entonces no lo sabíamos, aún no habíamos adiestrado nuestras mentes para aceptar posibilidades tan espantosas. El señor Hale abrió

la carta, la leyó y la arrojó sobre la mesa, riéndose. Tras mirarla, también me reí y dije: «Qué broma tan horrible, señor Hale, del peor gusto». Adjunto encontrarás, querido John, un duplicado exacto de la carta en cuestión.

Oficina de los E. de M.
17 de agosto de 1899

Señor Don Eben Hale, magnate de las finanzas

Estimado señor:

Deseamos que genere, de cualquier parte de su vasto patrimonio que considere adecuado, la cantidad, en efectivo, de veinte millones de dólares. Exigimos que esa suma se nos abone a nosotros o a nuestros agentes. Advertirá que no especificamos una fecha concreta, ya que no deseamos apremiarle en lo relativo a este asunto. Incluso podría, si así le resulta más sencillo, pagarnos en diez, quince o veinte plazos; pero no aceptaremos ni un solo plazo inferior a un millón.

Créanos, estimado señor Hale, si le decimos que emprendemos esta acción sin animosidad alguna. Pertenecemos a ese proletariado intelectual, cuyo creciente número de miembros convierte en memorables los últimos días del siglo diecinueve. Tras realizar un profundo estudio financiero, hemos decidido embarcarnos en Este negocio. Sus méritos son muchos, uno de los mayores es que podemos afrontar operaciones importantes y lucrativas sin capital. Hasta el momento hemos tenido mucho éxito y esperamos que nuestra relación con usted resulte agradable y satisfactoria.

Ahora procederemos a explicar en profundidad nuestros puntos de vista. En la base de nuestro actual sistema social se encuentra el derecho a la propiedad. Y ese derecho del individuo a poseer propiedades a fin de cuentas depende, única y exclusivamente, del poder. Los caballeros de Guillermo el Conquistador dividieron Inglaterra y se la repartieron entre ellos por el poder de sus espadas. Esto puede aplicarse —estamos seguros de que así lo reconocerá— a todas las posesiones feudales. Con la invención del vapor y la Revolución Industrial surgió la clase capitalista, en el sentido moderno del mundo. Esos capitalistas muy pronto destacaron por encima de la

antigua nobleza. Los magnates de la industria han desposeído a los descendientes de los señores de la guerra. La mente, en lugar de la fuerza, sale vencedora en la lucha por la existencia de hoy en día. Pero esta situación no depende menos del poder. El cambio ha sido cualitativo. La nobleza feudal de antaño asolaba el mundo a fuego y espada; los magnates financieros de ahora explotan el mundo controlando y poniendo en práctica las fuerzas económicas mundiales. Perdura la inteligencia, en lugar de la fuerza física; y los más aptos para sobrevivir son aquellos que tienen poder intelectual y empresarial.

Nosotros, los E. de M., no nos contentamos con convertirnos en esclavos de un salario. La combinación de grandes compañías y negocios (en la que usted desempeña un puesto) nos impiden ascender al lugar entre ustedes que nuestros intelectos nos capacitan para ocupar. ¿Por qué? Porque no tenemos capital. Pertenecemos a la plebe, pero con esta diferencia: nuestros cerebros se encuentran entre los mejores y no tenemos ridículos escrúpulos éticos o sociales. Como esclavos de un salario, trabajando desde muy temprano hasta muy tarde y viviendo con frugalidad, no podríamos ahorrar en sesenta años —ni en veinte veces sesenta— una suma de dinero que bastase para hacer frente a las enormes agrupaciones de capital que ahora existen. Sin embargo, hemos saltado a la palestra. Y lanzamos el guante al capital mundial. Ya desee éste luchar o no, tendrá que hacerlo.

Señor Hale, nuestros intereses nos llevan a exigirle veinte millones de dólares. Aunque somos lo bastante considerados para concederle un plazo de tiempo razonable a fin de efectuar su parte de la transacción, por favor, no se retrase demasiado. Cuando haya aceptado nuestras condiciones, inserte un aviso en el consultorio sentimental del Morning Blazer. Entonces le pondremos al corriente de nuestro plan para transferir la suma mencionada. Será mejor que lo haga antes del i de octubre. De lo contrario, para demostrarle que hablamos en serio, en dicha fecha mataremos a un hombre en la calle 39 Este. Será un obrero. Usted no lo conoce; nosotros tampoco. Usted representa una fuerza de la sociedad moderna; nosotros también: una fuerza nueva. Sin ira o rencor nos lanzamos a la batalla. Como

fácilmente comprenderá, la nuestra es una propuesta comercial. Usted es la piedra de molino superior y nosotros la inferior; la vida de ese hombre quedará aplastada en el medio. Usted puede salvarlo si acepta nuestras condiciones y actúa a tiempo.

Dicen que existió un rey sobre el que pesaba la maldición de convertir en oro todo cuanto tocaba. Hemos decidido adoptar su nombre como sello oficial. Algún día, para protegernos de la competencia, lo registraremos como propiedad intelectual.

Queremos seguir siendo,

LOS ESBIRROS DE MIDAS

Dime tú, estimado John, ¡cómo no íbamos a reírnos de un comunicado tan absurdo! Sin duda la idea estaba bien concebida, pero resultaba demasiado grotesca para tomársela en serio. El señor Hale dijo que la conservaría como curiosidad literaria y la guardó en uno de sus casilleros. Enseguida nos olvidamos de ella. Pero después, el 1 de octubre, al abrir el correo de la mañana, leímos lo siguiente:

Oficina de los E. de M.
1 de octubre de 1899

Señor Don Eben Hale, magnate de las finanzas

Estimado señor:

Su víctima se ha enfrentado a su destino. Hace una hora, en la calle 39 Este, un obrero recibió una puñalada en el corazón. Antes de que usted lea esta carta, su cuerpo yacerá en el depósito de cadáveres. Vaya a ver su obra. El 14 de octubre, como muestra de nuestra seriedad y en caso de que usted no ceda, mataremos a un policía en los alrededores o en la propia esquina de la calle Polk y la avenida Clermont.

Un cordial saludo de,

LOS ESBIRROS DE MIDAS

El señor Hale volvió a reírse. Se hallaba inmerso en una potencial operación con una corporación de Chicago por la que iba a vender todos los tranvías que poseía en dicha ciudad, así que continuó dictando a su taquígrafa, sin dedicarle un minuto más a aquella carta. Pero no sé por qué, yo empecé a

preocuparme de verdad. ¿Y si no era una broma?, me pregunté a mí mismo. Sin darme ni cuenta, me puse a leer el periódico. Allí estaba. Como correspondía a un miembro desconocido de las clases bajas, le dedicaban media docena de líneas ocultas en un rincón, junto al anuncio de una patente médica:

> Esta mañana, poco después de las cinco, en la calle 39 Este, un obrero llamado Pete Lascalle, camino del trabajo, recibió una puñalada en el corazón, asestada por un desconocido que huyó a la carrera. La Policía no ha logrado descubrir el motivo de este crimen.

«¡Imposible!», exclamó el señor Hale cuando le leí el artículo. Pero el incidente lo dejó preocupado, porque esa misma tarde, entre varios epítetos que condenaban su necedad, me pidió que pusiera a la Policía al corriente del asunto. Tuve el placer de soportar que se mofaran de mí en el despacho del inspector, aunque me aseguraron que investigarían y que, la noche en cuestión, patrullarían sin descanso el entorno de Polk y Clermont. Así quedó la cosa hasta que transcurrieron dos semanas. Entonces, por correo, recibimos la siguiente nota:

> Oficina de los E. de M.
> 15 de octubre de 1899
>
> Señor Don Eben Hale, magnate de las finanzas
>
> Estimado señor:
>
> Su segunda víctima ha caído en la fecha prevista. No tenemos prisa. Pero para incrementar la presión, a partir de ahora mataremos semanalmente. Para protegernos de la injerencia policial, le informaremos del acontecimiento poco antes o de manera simultánea al hecho. Deseando que goce usted de buena salud, se despiden:
>
> LOS ESBIRROS DE MIDAS

El señor Hale cogió el periódico y, tras una breve búsqueda, me leyó lo siguiente:

UN CRIMEN ABYECTO

Joseph Donahue, asignado anoche a una misión especial de vigilancia en el distrito once, recibió un disparo en la cabeza a medianoche que lo mató en el acto. La tragedia tuvo lugar a la luz de las farolas de la esquina de la calle Polk y la avenida Clermont. Nuestra sociedad debe encontrarse en una situación muy precaria cuando los guardianes de su paz son abatidos tan abiertamente y sin justificación alguna. De momento, la Policía no tiene pistas.

Nada más terminar de leer, llegó la Policía: el inspector y dos de sus detectives más sagaces. Sus rostros reflejaban inquietud y se les veía muy afectados. Aunque los hechos estaban claros, hablamos durante un buen rato, repasando la situación una y otra vez. Al marcharse, el inspector nos aseguró que pronto lo solucionarían y darían con los asesinos. Mientras, nos asignarían protección al señor Hale y a mí, además de garantizar una vigilancia constante de la casa y sus alrededores. Tras una semana, a la una de la tarde, recibimos el siguiente telegrama:

Oficina de los E. de M.
21 de octubre de 1899

Señor Don Eben Hale, magnate de las finanzas

Estimado señor:

Lamentamos confirmar lo mal que ha interpretado nuestras palabras. Ha creído oportuno rodearse —usted y los suyos— de guardias armados como si fuésemos delincuentes comunes, dispuestos a asaltarle y arrebatarle por la fuerza los veinte millones. Créanos, nada más lejos de nuestra intención.

Enseguida comprenderá, si se detiene a pensarlo, que tenemos su vida en gran estima. No tema. Jamás le haríamos daño. Nuestro sistema consiste en cuidar de usted y protegerlo de todo mal. Su muerte no nos beneficia. Si así fuera, tenga por seguro que no dudaríamos un segundo en destruirlo. Piénselo, señor Hale. Cuando nos haya pagado, se verá en la obligación de reducir gastos. Despida a sus guardias de inmediato y empiece a ahorrar.

A los diez minutos de recibir esta nota, una joven enfermera será estrangulada en el parque Brentwood. Hallarán el cuerpo

entre los arbustos que bordean el sendero de salida, a la izquierda desde el quiosco de la música.

Un cordial saludo de,

LOS ESBIRROS DE MIDAS

Al instante, el señor Hale hablaba por teléfono e informaba al inspector del inminente asesinato. El inspector colgó enseguida para llamar a la comisaría de la zona y enviar efectivos al lugar. Quince minutos después nos telefoneó para informarnos de que habían hallado el cuerpo, aún caliente, en el punto indicado. Esa noche los periódicos rebosaban de titulares sobre Jack el Estrangulador que denunciaban la brutalidad del crimen y se quejaban de la negligencia policial. Volvimos a reunirnos con el inspector, quien nos rogó que guardásemos el secreto. Dijo que el éxito de la operación dependía de nuestro silencio.

Como bien sabes, John, el señor Hale era un hombre de hierro. Se negó a rendirse. Pero, John, aquello… aquella fuerza ciega en la oscuridad era algo terrible, no, espantoso. No podíamos luchar, ni hacer planes, nada, excepto cruzarnos de brazos y esperar. Semana tras semana, a ciencia cierta, nos llegaba el aviso y alguien moría, hombre o mujer, inocente o culpable, pero su muerte recaía sobre nuestras conciencias como si lo hubiésemos matado con nuestras propias manos. La carnicería habría terminado con un solo gesto del señor Hale. Pero él se mantenía duro y esperaba, las arrugas del rostro cada vez más profundas, los ojos severos y firmes, avejentado a marchas forzadas. No es necesario que hable de mi propio sufrimiento durante aquel terrible período. Adjunto también las cartas y telegramas de los E. de M. y los artículos de prensa sobre los distintos asesinatos.

Además, podrás ver las cartas que advertían al señor Hale de ciertas maquinaciones de sus enemigos en los negocios y de las manipulaciones secretas de acciones. Al parecer, los E. de M. le habían tomado el pulso al mundo financiero y empresarial. Conseguían información —y nos la enviaban— que nuestros agentes no lograban obtener. Una nota muy oportuna de ellos, en un momento crítico de cierto negocio, permitió que el señor Hale se ahorrase cinco millones. En otra ocasión nos mandaron un telegrama que probablemente fue lo que evitó el éxito de una maniobra anarquista para acabar con la vida de mi jefe. Capturamos al hombre en cuanto llegó y lo entregamos a la Policía. Llevaba encima tal cantidad de un nuevo explosivo, muy potente, que habría podido hundir un acorazado.

Perseveramos. El señor Hale estaba empeñado en aguantar. Desembolsaba cien mil dólares a la semana para pagar una investigación privada. Se solicitó la ayuda de los agentes de Pinkerton y otras agencias privadas de detectives. Por si fuera poco, sumamos a nuestra nómina varios miles más de nombres. Nuestros agentes pululaban por todas partes y, ocultos bajo todo tipo de apariencia, se infiltraron en todas las clases sociales. Siguieron miles de pistas, encarcelaron a cientos de sospechosos y, en varias ocasiones, se mantuvo bajo vigilancia a miles de personas susceptibles de ser culpables, pero nada tangible salió a la luz. Los E. de M. cambiaban continuamente la forma de entregarnos sus comunicados. De inmediato se arrestaba a todos sus mensajeros. Pero siempre se trataba de individuos inocentes y las descripciones que hacían de la persona que los había contratado nunca concordaban. El último día de diciembre recibimos el siguiente aviso:

Oficina de los E. de M.
31 de diciembre de 1899

Señor Don Eben Hale, magnate de las finanzas

Estimado señor:

De conformidad con nuestra política, con la cual a estas alturas lo suponemos más que familiarizado, deseamos manifestar que despediremos de Este valle de lágrimas al inspector Bying, con el que, gracias a nuestras atenciones, mantiene usted tan buena relación. A esta hora acostumbra estar en su despacho. Mientras usted lee la presente, él expira su último aliento.

Un cordial saludo de,

LOS ESBIRROS DE MIDAS

Solté la carta y corrí al teléfono. Sentí un alivio enorme al oír la voz jovial del inspector. Pero, mientras hablaba, su voz se convirtió en un sollozo balbuceante y percibí el golpe de un cuerpo al caer. Luego una voz extraña me saludó, me envió recuerdos de los E. de M. y colgó. Enseguida llamé al teléfono público de la comisaría y les dije que acudieran de inmediato al despacho del inspector y lo ayudasen. Aguardé al teléfono y unos minutos después me informaron de que lo habían hallado bañado en su propia sangre, expirando su último aliento. No había testigos y no encontraron ni rastro del asesino.

A partir de ese momento, el señor Hale aumentó su ejército de detectives hasta desembolsar un cuarto de millón a la semana. Estaba decidido a vencer. El total de sus pagos escalonados superaba ya los diez millones. Tú tienes idea de cuáles eran sus recursos y ya ves de qué forma recurría a ellos. Decía que luchaba por sus principios, no por su oro. Y debemos admitir que su táctica demostraba la nobleza de sus motivos. Los departamentos de Policía de todas las grandes ciudades cooperaban e incluso el Gobierno de Estados Unidos se sumó a la lucha, por lo que el asunto se convirtió en una de las cuestiones de Estado más importantes. Ciertos fondos para imprevistos de la nación se asignaron al esfuerzo por descubrir a los E. de M. y todos los agentes gubernamentales estaban sobre aviso. Pero todo en vano. Los Esbirros de Midas prosiguieron con su detestable tarea sin obstáculos. Sabían lo que hacían y sus golpes siempre eran certeros.

Pero, aunque luchó hasta el final, el señor Hale no pudo lavarse las manos de la sangre que las manchaba. A pesar de que técnicamente no era un asesino, aunque ningún jurado lo habría condenado, la muerte de cada individuo pesaba sobre él. Como ya he dicho, la carnicería habría terminado con un solo gesto suyo. Pero se negaba a hacerlo. Insistió en que se trataba de un asalto a la integridad de la sociedad, que no era lo bastante cobarde para desertar de su puesto y que resultaba manifiestamente justo que unos pocos sufrieran martirio por el bien último de la mayoría. Sin embargo, se sentía responsable de aquella sangre derramada y la tristeza se iba apoderando de él. Sobre mí pesaba la culpa del cómplice. Mataban despiadadamente a bebés, niños y ancianos, y los asesinatos no solo se producían en nuestra ciudad, sino que se distribuyeron por todo el país. Una noche de febrero, cuando estábamos sentados en la biblioteca, alguien llamó a la puerta insistentemente. Al ir a abrir, encontré la siguiente misiva sobre la alfombra del vestíbulo,

Oficina de los E. de M.
15 de febrero de 1900

Señor Don Eben Hale, magnate de las finanzas

Estimado señor:

¿Acaso su alma no llora por la cosecha de sangre que está recogiendo? Tal vez hayamos sido demasiado abstractos en nuestra forma de dirigir este negocio. Concretemos. La señorita Adelaide Laidlaw es una joven de gran talento, del que posee tanto como belleza, según tenemos entendido. Es hija de su

viejo amigo, el juez Laidlaw, y sabemos que usted la llevó en sus brazos cuando era niña. Es la mejor amiga de su hija y, en estos momentos, se encuentra visitándola. Cuando sus ojos hayan leído estas líneas, su visita habrá llegado a su fin.

Un cordial saludo de,

LOS ESBIRROS DE MIDAS

¡Dios mío! Enseguida comprendimos lo que aquello significaba. Cruzamos corriendo todos los salones, allí no estaba, hasta llegar a las habitaciones que ocupaba. La puerta estaba cerrada con llave, pero la derribamos arrojándonos contra ella. Allí yacía, con el atuendo que acababa de ponerse para ir a la ópera, asfixiada bajo los cojines del sofá, con el rubor de la vida aún presente en su rostro y el cuerpo flexible y cálido. Permite que me ahorre describir aquel horror. Sin duda recordarás, John, los informes de la prensa.

Más tarde, esa misma noche, el señor Hale me pidió que fuera a verlo y me hizo prometerle ante Dios que lo apoyaría, sin transigir, aunque todos sus parientes y amigos desaparecieran.

Al día siguiente me sorprendió su alegría. Había supuesto que se sentiría profundamente conmocionado por aquella última tragedia: pronto comprobaría hasta qué punto. Durante toda la jornada se mostró alegre y contento, como si por fin hubiese encontrado la forma de librarse de aquel problema aterrador. A la mañana siguiente lo hallamos muerto en su cama, con una sosegada sonrisa en el rostro preocupado. Asfixia. Con la complicidad de la Policía y demás autoridades, dijimos que había sufrido un infarto Nos pareció más sensato ocultar la verdad. Pero de poco nos sirvió, como el resto de nuestros esfuerzos.

Acababa de abandonar el aposento del fallecido cuando —aunque llegaba tarde— recibí la extraña carta que sigue:

Oficina de los E. de M
17 de febrero de 1900

Señor Don Eben Hale, magnate de las finanzas

Estimado señor:

Esperamos que perdone nuestra intromisión, cuando acaba de sufrir una pérdida tan grande como la de anteayer, pero lo que deseamos decirle puede resultar muy importante para usted.

Hemos pensado que tal vez intentaría huir de nosotros. Al parecer, existe una forma de hacerlo, como sin duda ya habrá usted descubierto. Pero deseamos informarle de que esa salida también le está vedada. Usted puede morir, pero morirá fracasando y reconociendo su fracaso. Recuerde: Formamos parte integral de sus posesiones. Pasaremos a manos de sus herederos y sucesores junto con sus millones.

Somos lo inevitable. Somos la culminación de los males sociales e industriales. Nos enfrentamos a la sociedad que nos ha creado. Somos los fracasos victoriosos de la era, el azote de una civilización degradada.

Somos hijos de una perversa selección social. Respondemos a la fuerza con fuerza. Solo los fuertes resistirán. Creemos en la supervivencia de los mejores, en la ley del más fuerte. Usted ha aplastado a sus esclavos del salario y ha sobrevivido. Los señores de la guerra, a sus órdenes, han matado a tiros, como perros, a sus empleados en una veintena de huelgas sangrientas. Utilizando esos medios, usted ha sobrevivido. No nos quejamos del resultado porque reconocemos la misma ley de la Naturaleza y por ella existimos. Todo esto plantea una pregunta: En el entorno social actual, ¿quién sobrevivirá? Nosotros creemos que somos los más fuertes. Usted cree que es el más fuerte. Dejaremos que lo decidan el tiempo y la ley.

Un cordial saludo de,

LOS ESBIRROS DE MIDAS

John, ¿te extraña ahora que rehuyese el placer y evitase a los amigos? Pero ¿para qué explicarlo? Sin duda, esta carta te lo aclarará todo. Hace tres semanas que falleció la señorita Adelaide Laidlaw. Desde entonces he esperado entre el miedo y la esperanza. Ayer se validó el testamento y se hizo público. Hoy me notificaron que asesinarían a una mujer de clase media en el parque del Golden Gate, en la lejana ciudad de San Francisco. Las ediciones vespertinas de los periódicos ya ofrecen los detalles del brutal suceso; detalles que se corresponden con los que me proporcionaron por adelantado.

Es inútil. No puedo luchar contra lo inevitable. Siempre he sido fiel al señor Hale y he trabajado muy duro. No comprendo por qué recompensa de esta forma mi lealtad hacia él. Sin embargo, tampoco puedo traicionar su confianza, ni faltar a mi palabra transigiendo. Con todo, he decidido que no

pesarán más muertes sobre mi cabeza. He legado todos los millones que acabo de recibir a sus legítimos propietarios. Que los hijos fieles y leales de Eben Hale luchen por su propia salvación. Cuando leas esta carta yo ya me habré ido. Los Esbirros de Midas son todopoderosos. La Policía, impotente. Ellos mismos me han dicho que otros millonarios han sido multados o perseguidos de la misma forma. No se sabe cuántos, porque cuando uno se rinde ante los E. de M., guarda silencio para siempre. Los que no se han rendido aún, recogen sus cosechas de sangre. El lúgubre juego sigue en marcha. El gobierno federal no puede hacer nada. Tengo entendido que en Europa también han surgido organizaciones similares. Los pilares de la sociedad se tambalean. Las potencias y autoridades son como teas preparadas para arder. En lugar de las masas contra las clases, es una clase la que lucha contra las demás. A nosotros, los guardianes del progreso humano, nos señalan y nos abaten. La ley y el orden han fracasado.

Los responsables de este asunto me han pedido que guarde el secreto. Así lo he hecho, pero ya no puedo continuar. Se ha convertido en una cuestión de importancia pública, plagada de nefastas consecuencias, y cumpliré con mi deber antes de abandonar esta vida informando al mundo del peligro que corre. Mi última petición, John, es que hagas pública esta carta. No temas. El destino de la humanidad está en tus manos. Que la prensa reparta millones de copias, que el telégrafo le haga dar la vuelta al mundo. Dondequiera que los hombres se encuentren para charlar, que hablen de este asunto y tiemblen de miedo. Entonces, cuando se haya despertado por completo, que la sociedad se alce en todo su poderío y destierre esta abominación.

Se despide de ti, para siempre,

WADE ATSHELER

[1900]



Ley de vida

EL ANCIANO KOSKOOSH escuchó con atención. Aunque su vista hacía tiempo que se había apagado, conservaba un oído muy fino y el sonido más leve penetraba hasta el cerebro que todavía moraba tras la frente marchita, aunque no pudiese ver lo que lo rodeaba. ¡Ah! Era Sit-cum-to-ha, que vituperaba con acritud a los perros mientras luchaba por engancharlos a los tirantes. Sit-cum-to-ha era la hija de su hija, pero estaba demasiado ocupaba para pensar en su inservible abuelo. Había que levantar el campamento. El largo camino aguardaba y el breve día no duraría mucho. La vida la llamaba, y las tareas de la vida, no de la muerte. Él ya estaba a las puertas de la muerte.

Esa idea hizo que el pánico se apoderase de él por un momento y extendió una mano temblorosa que tanteó sin fuerza la pequeña pila de madera junto a él. Tras asegurarse de que allí continuaba, su mano regresó al abrigo de las pieles raídas y otra vez se concentró en escuchar. El crujido malhumorado del cuero medio congelado le indicó que la tienda de piel de alce del jefe había caído ya y la estaban reduciendo a un tamaño que les permitiera transportarla. El jefe era su hijo, fornido y fuerte, gran cazador que gobernaba a su tribu. Mientras las mujeres trajinaban con los útiles del campamento, el hijo alzó la voz para regañarlas por su lentitud. El anciano Koskoosh se esforzó por oír mejor. Era la última vez que oiría esa voz. ¡Ahora caía la tienda de Geehow! ¡Y la de Tusken! Siete, ocho, nueve, solo quedaba en pie la del chamán. ¡Ya no! Ahora se ocupaban de ella. Oyó el gruñido del chamán al apilarla sobre el trineo. Un niño gimoteó y una mujer lo tranquilizó con sus canturreos guturales y tiernos. Como Koo-tee, pensó el anciano, un niño inquieto y no muy fuerte. Quizás muriese pronto y entonces abrirían un agujero con fuego en la tundra helada y lo cubrirían con piedras para alejar a los glotones. ¿Y qué más daba? Como mucho viviría unos años, varios de hambruna por cada uno de hartazgo. Al final, esperaba la muerte, siempre hambrienta, más que todos ellos.

¿Qué era eso? ¡Ah! Los hombres amarrando los trineos y ajustando las correas Aquel que iba a dejar de escuchar, escuchó. Los látigos silbaron entre

los perros. ¡Cómo aullaban! ¡Qué poco les gustaba el trabajo y el camino! ¡Se iban! Trineo tras trineo se fueron alejando, adentrándose en el silencio. Se habían ido. Habían desaparecido de su vida y él debía enfrentarse solo a su amargo final. No. La nieve crujía bajo el peso de un mocasín. Había un hombre a su lado. Una mano se posó con ternura sobre su cabeza. Su hijo era bueno por hacer una cosa así. Sabía de otros ancianos cuyos hijos no se rezagaban, dejando marchar a la tribu. Pero su hijo sí. Se distrajo pensando en el pasado, hasta que la voz del hombre lo hizo regresar.

—¿Está todo bien? —preguntó.

Y el anciano dijo:

—Está bien.

—Hay madera a tu lado —continuó diciendo el hombre más joven— y el fuego arde bien. La mañana está gris y el frío no es tan profundo. Pronto nevará. Ya está empezando a nevar.

—Sí, ya está empezando a nevar.

—La tribu tiene prisa. Los fardos pesan y las barrigas están vacías por falta de banquetes. El camino es largo y viajan rápido. Me voy. ¿Está bien?

—Está bien. Soy como una hoja del año anterior, a punto de desprenderse de la rama. En cuanto sople la brisa, caeré. Mi voz es como la de una anciana. Mis ojos ya no me enseñan dónde he de poner los pies y los pies me pesan, estoy cansado. Está bien.

Inclinó la cabeza para mostrar su conformidad hasta que el último quejido de la nieve se desvaneció y supo que su hijo ya no lo oiría, aunque lo llamase. Entonces su mano se arrastró al exterior en dirección a la madera. Era lo único que se interponía entre él y la eternidad que abría sus fauces para admitirlo. Al final, la medida de su vida era un puñado de haces de leña. Uno a uno desaparecerían para alimentar la hoguera y así, paso a paso, la muerte se iría acercando. Cuando la última rama hubiese entregado su calor, la helada empezaría a ganar fuerzas. Primero se rendirían los pies, luego las manos, y el entumecimiento viajaría despacio desde las extremidades al resto del cuerpo. Se le caería la cabeza hacia delante, hasta apoyarse en las rodillas, y descansaría. Era fácil. Todos debemos morir.

No se quejaba. Así era la vida. Y era justo. Había nacido en contacto con la tierra, había vivido en contacto con la tierra y su ley no le resultaba desconocida. Era la misma ley para todos los seres vivos. La Naturaleza no era amable con los seres vivos. No se preocupaba por eso tan concreto que se llama individuo. A ella le interesaban las especies, la raza. Esa era la abstracción más profunda a la que la mente bárbara del anciano Koskoosh

podía llegar, pero la retuvo con fuerza. La vio ejemplificada en toda vida. El ascenso de la savia, el verdor absoluto del brote del sauce, la caída de la hoja amarilla: solo con eso se contaba la historia. La Naturaleza únicamente encomendaba una tarea al individuo. Si este no la realizaba, moría. Si la realizaba, moría también. A la Naturaleza le daba igual. Había muchos que obedecían y lo que vivía —vivía para siempre— era la obediencia, no el obediente. La tribu de Koskoosh era muy vieja. Los ancianos a los que él conoció de niño habían conocido a su vez otros ancianos. Por tanto, era cierto que la tribu vivía, que aguantaba por la obediencia de todos sus miembros —remontándose hasta un pasado olvidado—, cuyos lugares de descanso ya nadie recordaba. Pero ellos no importaban, solo eran episodios. Habían desaparecido como las nubes en el cielo de verano. Él también era un episodio y desaparecería. A la Naturaleza le daba igual. Encomendaba una tarea a la vida y le daba una sola ley. La tarea de la vida era perpetuarse y la ley era la muerte. Una doncella era una criatura a la que daba gusto mirar, fuerte y de pechos llenos, paso ágil y luz en la mirada. Pero aún tenía que cumplir con su tarea. La luz de sus ojos se avivaba, su paso se aceleraba, en ocasiones se mostraba atrevida con los jóvenes y otras veces tímida, y los contagiaba con su propia inquietud. Cada vez daba más gusto mirarla, hasta que algún cazador, incapaz de contenerse por más tiempo, se la llevaba a su tienda para que cocinara y trabajara para él, y fuera la madre de sus hijos. Al llegar la descendencia, perdía su buen aspecto. Andaba arrastrando los pies, los ojos se debilitaban y nublaban y solo los niños pequeños se alegraban de rozar la mejilla marchita de la vieja india sentada junto a la hoguera. Había cumplido con su tarea. En poco tiempo, al primer asomo de hambruna o al primer viaje largo, la dejarían atrás, como lo habían dejado él, en la nieve, con una pequeña pila de leña. Así era la ley.

Añadió con cuidado una rama al fuego y continuó meditando. Ocurría lo mismo en todas partes, con todas las cosas. Los mosquitos desaparecen con las primeras heladas. Las ardillas se alejan arrastrándose para morir. Cuando el conejo acusa la edad, se vuelve lento y pesado y ya no puede correr más que sus enemigos. Incluso los enormes *grizzlies* osados se tornan más torpes, se quedan ciegos y se ponen peleones, para acabar derribados por un puñado de *huskies*. Recordó cómo había abandonado a su propio padre en el curso alto del Yukón, un invierno, el invierno previo a que llegase el misionero con sus libros que hablaban y su caja de los remedios. Koskoosh había chasqueado la lengua muchas veces al recordar aquella caja, aunque ahora su boca se negaba a hacerse agua. Aquel «quitapenas» había sido especialmente

bueno. Aunque el misionero no dejaba de ser un problema, porque no aportaba carne al campamento, comía con ganas y los cazadores se quejaban. Pero se le congelaron los pulmones en la divisoria del Mayo y luego los perros apartaron las piedras con el morro y se pelearon por sus huesos.

Koskoosh echó otra rama al fuego y retrocedió aún más en el pasado. Recordó la época de la gran hambruna, cuando los ancianos se agachaban junto a la hoguera con la barriga vacía y de sus labios salían tradiciones casi olvidadas ahora, de aquel tiempo cuando el Yukón corrió sin trabas durante tres inviernos y luego permaneció congelado durante tres veranos. Él había perdido a su madre en aquella hambruna. En verano les había fallado la carrera del salmón y la tribu estaba deseando que fuese invierno y volvieran los caribúes. Llegó el invierno, pero ni rastro de los caribúes. Nunca había pasado nada igual, ni siquiera durante las vidas de los ancianos. Pero el caribú no llegó y ya era el séptimo año, los conejos casi estaban esquilmados y los perros no eran más que sacos de huesos. Durante la prolongada tiniebla los niños lloraban y morían, y las mujeres y los ancianos. Menos de uno de cada diez miembros de la tribu sobrevivieron para recibir al sol cuando regresó en primavera. ¡Aquello sí que había sido una hambruna!

Aunque también había visto épocas de abundancia, cuando se les estropeaba la carne y los perros estaban gordos, inservibles de tanto comer en exceso; épocas en las que dejaban pasar a los animales sin cazarlos, en las que las mujeres eran fértiles y las tiendas se llenaban de niños y niñas. Entonces era cuando los hombres se volvían quisquillosos, revivían antiguas rencillas y cruzaban las divisorias hacia el sur para matar a los indios pellys y hacia el oeste para sentarse junto a las hogueras apagadas de los tananas. Recordó una vez que, siendo niño, vio a los lobos derribar un alce. Zing-ha yacía a su lado sobre la nieve y observaba. Zing-ha, que luego se convertiría en el mejor de los cazadores y que acabó colándose por un respiradero del Yukón. Lo encontraron un mes más tarde, tal y como se había quedado: con medio cuerpo fuera y totalmente congelado.

Pero, volviendo al alce. Zing-ha y él habían salido aquel día a jugar que eran cazadores como sus padres. Descubrieron la pista fresca del alce en el lecho del arroyo y, con ella, las huellas de muchos lobos. «Es viejo —había dicho Zing-ha, que era más rápido leyendo las señales—. Es un viejo que no puede mantener el ritmo de la manada. Los lobos lo han aislado de sus hermanos y ya no lo dejarán». Así fue. Así eran. Día y noche, sin descanso, gruñendo tras él, intentando morderle el morro, permanecieron a su lado hasta

el final. ¡Cómo se había despertado la sed de sangre en Zing-ha y en él! ¡El final sería digno de verse!

Rastrearon la pista con ansia. Era tan evidente que incluso él, Koskoosh, de visión lenta y rastreador poco hábil, podría haberles ido detrás con los ojos tapados. Los seguían de cerca, interpretando a cada paso la desoladora tragedia. Por fin llegaron al punto donde el alce había presentado batalla. Una extensión de nieve tres veces superior al cuerpo de un hombre adulto, en todas las direcciones, había sido pisoteada y aplastada. En el medio se apreciaban las huellas profundas de las pezuñas del alce, mientras que, a su alrededor, por todas partes, se veían las pisadas más ligeras de los lobos. Algunos, mientras sus hermanos hostigaban a la presa, se habían tumbado a descansar. La marca de sus cuerpos estirados sobre la nieve era tan perfecta como si acabaran de crearla en aquel mismo momento. Uno de los lobos había sufrido la envestida desenfrenada de la víctima enloquecida y había muerto pisoteado. Unos pocos huesos, muy limpios, daban testimonio de lo ocurrido.

De nuevo se detuvieron al encontrar un segundo enfrentamiento. Allí el enorme animal había luchado a la desesperada. Dos veces lo habían derribado, tal y como atestiguaba la nieve, y dos veces se había librado de sus atacantes y logrado ponerse en pie de nuevo. Hacía mucho que había cumplido con su tarea, pero aun así valoraba su vida. Zing-ha comentó que era muy raro que un alce, cuando ha caído, logre librarse. Pero aquel lo había hecho. El chamán vería señales de todo tipo en aquello cuando ellos se lo contasen.

Llegaron al punto en el que el alce había conseguido ascender el terraplén de la orilla y adentrarse en el bosque. Pero sus enemigos atacaron desde atrás, hasta que se encabritó y cayó encima de ellos, aplastando a dos sobre la nieve. Quedaba claro que estaban a punto de cobrarse la pieza, porque sus hermanos no los habían tocado. Dejaron atrás otros dos lugares de lucha, muy cerca el uno del otro. El camino estaba rojo y la zancada del animal se había vuelto más pequeña e irregular. Entonces oyeron las primeras señales de la batalla: no el coro a pleno pulmón de la caza, sino el ladrido breve y enérgico de cuando ya están muy cerca y han clavado los dientes en la carne. Arrastrándose con el viento de cara, Zing-ha avanzó sobre la nieve y con él lo hizo Koskoosh, que en años posteriores sería el jefe de la tribu. Entre los dos apartaron las ramas inferiores de una pícea joven y miraron. Lo que vieron fue el final.

La imagen, igual que todas las impresiones de la juventud, permanecía grabada en su cerebro y sus ojos nublados vieron repetirse el final tan vívidamente como lo había presenciado aquel día. Koskoosh se asombró, porque en los días posteriores, cuando era líder de hombres y jefe de gobernantes, había realizado grandes hazañas y logrado que los pellys utilizasen su nombre como una maldición, por no hablar del blanco desconocido al que había matado en una lucha justa, cuerpo a cuerpo.

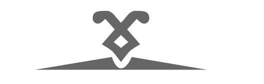
Continuó recordando su juventud durante un buen rato, hasta que la hoguera empezó a apagarse y la helada se hizo sentir. Esta vez la alimentó con dos ramas y calculó lo que le restaba de vida según la leña que quedaba. Si Sit-cum-to-ha se hubiese acordado de su abuelo y recogido una brazada mayor, él habría dispuesto de más horas. Habría sido sencillo. Pero siempre había sido una despreocupada y no hacía honor a sus antepasados desde que el Castor, hijo del hijo de Zing-ha, se había fijado en ella. ¿Y qué importaba? ¿Acaso no había hecho él lo mismo en su efímera juventud? Escuchó el silencio durante un tiempo. Tal vez el corazón de su hijo se ablandase y regresara con los perros para llevarse a su anciano padre con la tribu, a las tierras donde abunda el caribú, cada ejemplar protegido por una buena capa de grasa.

Se esforzó por oír mientras su inquieto cerebro se tranquilizaba. Nada, ni el más mínimo movimiento. Únicamente él respiraba en medio de aquel enorme silencio. Se sentía muy solo. ¡Alto! ¿Qué era eso? Un escalofrío recorrió su cuerpo. El aullido interminable y familiar llenó el vacío. Había sonado cerca. Sobre la pantalla de sus ojos ciegos se proyectó la imagen del alce, de aquel viejo alce, con los costados desgarrados y cubiertos de sangre, la crin carcomida y la enorme cuerna ramificada inclinada hacia abajo y golpeando hasta el final. Vio las rápidas siluetas grises, los ojos relucientes, las lenguas colgando, los colmillos babeantes. Y vio al círculo inexorable cerrarse cada vez más, hasta convertirse en un punto oscuro en el centro de la nieve pisoteada.

Un hocico húmedo le rozó la mejilla y, al sentirlo, su alma regresó al presente. Metió la mano en la hoguera y sacó una madera ardiendo. Vencida, de momento, por su miedo hereditario al hombre, la bestia se retiró, lanzando una llamada infinita a sus hermanos, quienes contestaron, voraces, hasta formar un círculo gris, agazapado y babeante. El anciano oía cómo aquella rueda lo iba cercando. Movió la tea ardiente con vehemencia y los olfateos se convirtieron en gruñidos, pero las bestias jadeantes se negaron a dispersarse. Ahora uno se atrevía a adelantar poco a poco el pecho, seguido luego de los

cuartos traseros. Ya eran dos. Tres. Ninguno retrocedía. ¿Por qué se agarraba a la vida de aquella forma?, pensó y dejó caer el palo en llamas sobre la nieve. Crepitó y se apagó. El círculo gruñó inquieto, pero no cedió terreno. Koskoosh volvió a ver la última batalla del viejo alce y dejó caer la cabeza hacia delante, sobre las rodillas, cansado. Al fin y al cabo, ¿qué más daba? ¿No era ley de vida?

[1900]



La valentía que da el alcohol

—¡ALDITA SUERTE!

Gus Lafee terminó de limpiarse las manos y arrojó la toalla con resentimiento sobre las rocas. Se mostraba muy abatido. El día parecía haber perdido su luz y el sol dorado su esplendor. Ya ni el aire cortante de la montaña provocaba placer y el alba no contagiaba entusiasmo.

—¡Maldita suerte! —repitió Gus, esta vez para instruir a otro joven que se esmeraba en empaparse la cabeza con el agua del lago.

—¿Por qué te quejas ahora? —Hazard van Dorn levantó inquisitivamente un rostro cubierto de jabón. Tenía los ojos cerrados—. ¿Qué le pasa a nuestra suerte?

—¡Mira eso! —Gus lanzó una mirada enfadada hacia el cielo—. Algún zoquete se nos ha adelantado. Nos hemos quedado sin primicia.

Hazard abrió los ojos y captó el fugaz destello de una bandera blanca que ondeaba arrogante al borde de una pared de piedra, kilómetro y medio por encima de su cabeza. Luego sus ojos se cerraron de golpe y su rostro se arrugó espasmódicamente. Gus le arrojó la toalla y, sin compadecerse, lo observó quitarse el fastidioso jabón. Se sentía demasiado deprimido para ocuparse de trivialidades.

Hazard gruñó.

—¿Te duele mucho? —preguntó Gus con voz fría, sin interés, como si solo se preocupara por el bienestar de su compañero porque tenía el deber de hacerlo.

—Imagínatelo —respondió el dolorido.

—El jabón es muy fuerte, ¿no? Yo también lo he notado.

—No es el jabón. ¡Es por eso! —Abrió los ojos enrojecidos y señaló la banderita inocente—. Eso es lo que me duele.

Gus Lafee no respondió y se dio la vuelta para encender la hoguera y empezar a preparar el desayuno. Se sentía demasiado triste y decepcionado para hablar, prefería el silencio, y Hazard, que se sentía igual, tampoco abrió la boca mientras daba de comer a los caballos, sin apoyar ni una sola vez la cabeza contra sus cuellos arqueados ni introducir los dedos en sus crines, a

modo de caricia. Asimismo, los dos chicos permanecían ciegos al esplendor del Mirror Lake, que reposaba a sus pies. Si hubiesen recorrido la breve distancia de cien metros siguiendo su orilla habrían visto al sol nacer dos veces además de contemplar el orbe grandioso elevar su cerco abrasador por detrás de muchos picos en sucesión y, si hubiesen mirado hacia las aguas del lago, habrían visto el fenómeno reflejado en ellas con la claridad de un espejo. Pero ellos no apreciaron la grandeza titánica de aquella imagen. Les habían robado el mayor placer que su viaje al valle de Yosemite les iba a proporcionar. Les habían echado a perder su plan, tanto tiempo albergado, sobre el Half Dome —la media cúpula de granito—, por eso se sentían desconsolados y ciegos a la belleza y las maravillas del lugar.

El Half Dome levanta su cabeza marcada por el hielo mil quinientos metros por encima del nivel del suelo del valle de Yosemite. El propio nombre que recibe esa enorme roca —media cúpula—, la describe con exactitud. Se trata, nada más y nada menos, de una cúpula redondeada y ciclópea, partida a la mitad tan limpiamente como una manzana dividida por un cuchillo. Quizá no sea necesario comentar que solo queda una parte, de ahí su nombre, ya que la otra mitad se la llevó el enorme río de hielo en la tempestuosa era del período glacial. En aquel remoto pasado, uno de esos ríos glaciales abrió un enorme canal en la roca maciza. Ese canal es hoy el valle de Yosemite. Pero volvamos al Half Dome. Por su cara noreste, siguiendo sinuosos senderos y tramos de escalada muy complicados, se puede llegar al Collado. Apoyado contra la ladera de la cúpula, el Collado se inclina como una losa gigantesca y, desde la parte más alta de dicha losa, empieza a curvarse el enorme círculo —trescientos metros de largo— que lleva a la cima de la cúpula. Esos trescientos metros —demasiado inclinados para escalarlos sin ayuda— desafiaron durante años a los espíritus aventureros que posaban sus anhelantes ojos sobre la cima que los coronaba.

Un día, un par de lúcidos montañeros habían empezado a insertar pernos de argolla hechos de hierro en los agujeros que iban perforando en la roca a varios metros de distancia. Pero cuando se encontraron a noventa metros por encima del Collado, agarrados como moscas a la precaria pared, con un abismo enorme a cada lado, los nervios les fallaron y abandonaron la aventura. Así permaneció hasta que un escocés indomable, un tal George Anderson, por fin completó la hazaña. A partir de donde ellos lo habían dejado, perforando y escalando durante una semana, al final logró pisar aquella cima espantosa y mirar hacia las profundidades donde descansaba el Mirror Lake, kilómetro y medio más abajo.

En años posteriores muchos hombres audaces aprovecharon la enorme escalera de cuerda que él había instalado, pero durante un invierno, la nieve y el hielo se llevaron por delante la escalera, los cables y toda la parafernalia. Cierto era que la mayoría de los pernos, retorcidos y doblados, permanecieron en su sitio. Pero desde entonces pocos hombres habían intentado la peligrosa empresa, de los que más de uno se había dejado la vida en aquellas traicioneras alturas y ninguno lo logró.

Sin embargo, Gus Lafee y Hazard van Dorn habían abandonado los sonrientes valles de California para adentrarse en las altas sierras, empeñados en correr tan gran aventura. Por eso su decepción era tan profunda y grave al levantarse aquella mañana y recibir el frustrante mensaje que les enviaba la banderita blanca.

—Anoche acampó al pie del Collado y subió al rayar el día —aventuró Hazard, mucho después de haber terminado el silencioso desayuno y lavado los platos.

Gus asintió. No era lo normal que el ánimo de un joven permaneciera mucho tiempo en horas bajas, por lo que su lengua empezaba a soltarse.

—Seguro que ya ha bajado y descansa en su campamento, sintiéndose más importante que Alejandro Magno —continuó el otro—. Y no lo culpo, aunque me gustaría que estuviésemos en su lugar.

—Y tanto que habrá bajado —dijo Gus por fin—. En esa roca desnuda hace mucho calor, con el sol cayendo a plomo en esta época del año. Ese era nuestro plan: subir temprano y bajar temprano. Cualquiera que sea lo bastante sensato para subir a la cima debe tener cabeza suficiente para hacerlo antes de que la piedra se caliente y le suden las manos.

—Además, no se habrá llevado los zapatos. —Hazard se dio la vuelta hasta quedar boca arriba y se entretuvo en observar el punto ondulante de la bandera sobre el borde del precipicio—. ¡Oye! —Se sentó sobresaltado—. ¿Qué es eso?

Un rayo de luz metálico destelló en la cima del Half Dome. Luego otro… y otro. Al instante, los chicos echaron las cabezas hacia atrás, impacientes y nerviosos.

—¡Vaya zoquete! —exclamó Gus—. ¿Por qué no bajó mientras hacía fresco?

Hazard negó despacio con la cabeza, como si la pregunta resultase demasiado profunda para responderla y lo adecuado fuese aplazar el veredicto.

Los destellos continuaron y, tal y como los chicos comprendieron enseguida, se producían a intervalos irregulares. En un momento dado eran largos y luego cortos, para después ir y venir a gran velocidad o detenerse por completo durante varios minutos.

—¡Ya sé! —El rostro de Hazard se iluminó al comprender—. ¡Ya sé! Ese tipo de ahí arriba intenta hablar con nosotros. Refleja los rayos de sol en un espejo de bolsillo. Punto, raya; punto, raya, ¿no lo ves?

El rostro de Gus también se iluminó.

—¡Ah, ya sé! Es lo que hacen en tiempos de guerra: señalizar. Se llama heliografiar, ¿no? Es como telegrafiar, pero sin cables. También usan los puntos y las rayas.

—Sí, el alfabeto Morse. Ojalá lo conociera.

—Lo mismo digo. Seguramente tendrá algo importante que decirnos, o no armaría semejante jaleo.

Los destellos continuaron yendo y viniendo con insistencia hasta que Gus exclamó:

—¡Ese tipo tiene problemas, eso es lo que le pasa! Seguro que se ha hecho daño o algo parecido.

—¡Venga, hombre! —dudó Hazard.

Gus sacó la escopeta y vació los dos cañones tres veces en rápida sucesión. Como respuesta obtuvo una serie perfecta de destellos antes de que el eco hubiese dejado de jugar. Tan inconfundible resultó el mensaje que incluso el incrédulo Hazard se convenció de que el hombre que se les había adelantado corría un grave peligro.

—Rápido, Gus —exclamó—, recoge. Yo me ocupo de los caballos. Al final resulta que nuestro viaje va a servir para algo. Tenemos que ascender el Half Dome y rescatarlo. ¿Dónde está el mapa? ¿Cómo subimos el Collado?

—Siguiendo la senda para caballos que discurre bajo la cascada Vernal —leyó Gus en la guía—, un kilómetro y medio de brusco recorrido lleva al turista a la mundialmente famosa cascada Nevada. Cerca, en todo su esplendor, hace guardia el Liberty Cap…

—¡Sáltate eso! —interrumpió Hazard, impaciente—. Lo que nos importa es el camino.

—¡Aquí está! Siguiendo el sendero que asciende al costado de la cascada se llega a una bifurcación. El camino de la izquierda lleva al pequeño valle de Yosemite, el monte Clouds Rest y otros lugares.

—Espera. Ya lo tengo. Lo veo en el mapa —volvió a interrumpir Hazard—. Desde el sendero del monte Clouds Rest una línea de puntos lleva al Half

Dome. Eso indica que la senda está abandonada. Nos va a costar encontrarla. Es un trayecto de un día.

—¡Tener que dar tanta vuelta, cuando ahora mismo nos encontramos al pie del Half Dome! —se quejó Gus mientras miraba con nostalgia hacia su meta.

—Eso es porque estamos en Yosemite. Razón de más para que nos demos prisa. ¡Venga! ¡En marcha!

Acostumbrados como estaban a esa clase de viajes, tardaron muy poco en acomodar los útiles de acampada a lomos de sus caballos de carga y ocupar ellos las sillas. Con la última luz de aquella tarde, dirigieron a sus agotadas monturas al interior de un pequeño prado de montaña y prepararon café y beicon al pie del Collado. Allí, antes de meterse entre sus mantas, descubrieron el campamento del infortunado desconocido que debía pasar la noche sobre la cima desnuda de la media cúpula.

El día empezaba a rayar cuando los jadeantes muchachos se dejaron caer al suelo en lo más alto del Collado para descalzarse. Al mirar hacia abajo desde semejante altura les pareció que estaban colgados sobre la cumbrera del mundo e incluso tuvieron la sensación de superar los picos cubiertos de nieve de la sierra. Justo por debajo de ellos se extendía, a un lado y a ochocientos metros de profundidad, el pequeño valle de Yosemite y, al otro y a kilómetro y medio, el gran Yosemite. Los rayos del sol ya caían con fuerza sobre los aventureros, pero la oscuridad de la noche continuaba envolviendo los dos abismos gigantescos hacia los que miraban. Por encima de ellos, a pleno día, solo se alzaba la majestuosa curva de la cúpula.

—¿Para qué es eso? —preguntó Gus, señalando una petaca forrada de cuero que Hazard se ocupaba de asegurar bien en el bolsillo de su camisa.

—Por si nos falta valor —fue la respuesta—. Esto nos va a exigir todo nuestro coraje y un poco más. Y —dio un golpecito lleno de significado a la petaca— aquí está esa dosis de más.

—Buena idea —comentó Gus.

Difícil será saber de dónde sacaron una idea tan equivocada, pero eran jóvenes y aún les quedaba mucho por aprender. Convencidos de la eficacia del whisky como remedio para la mordedura de serpiente, se habían llevado una buena provisión de aquella bebida alcohólica medicinal. Aún no la habían tocado.

—¿Le damos un sorbo antes de empezar? —preguntó Hazard.

Gus miró al abismo y negó con la cabeza.

—Será mejor esperar hasta que estemos más arriba y la escalada resulte más peliaguda.

A unos veinte metros por encima de ellos asomaba el primer perno de argolla. La acumulación de hielo de muchos inviernos lo había retorcido e inclinado hacia abajo, de manera que no sobresalía de la roca más de cinco centímetros: un objeto muy difícil de enlazar a semejante distancia. Una y otra vez Hazard enroscó su lazo al estilo vaquero y lo lanzó, y una y otra vez el escurridizo perno le dio calabazas. Gus no tuvo más éxito. Aprovechando las desigualdades de la superficie, se arrastraron seis metros cúpula arriba y descubrieron que podían descansar en una grieta poco profunda. Estaban tan cerca del lado hendido de la cúpula que, desde la grieta, podían mirar sobre el borde y apreciar la pared vertical y lisa que descendía durante seiscientos metros. Aún había demasiada oscuridad para ver más allá.

Ahora se encontraban a catorce metros del perno, pero el camino hasta él era demasiado liso y tenía una inclinación de casi cincuenta grados. Además, parecía imposible encontrar un solo lugar de descanso. El alpinista debía continuar subiendo o deslizarse hacia abajo: detenerse resultaba imposible. Precisamente ahí estaba el peligro. La cúpula era esférica y, si quien la subía empezaba a deslizarse hacia abajo, su curso no lo llevaría al punto del que había partido y donde el Collado lo recogería, sino que lo desviaría al Sur, hacia el pequeño Yosemite. Lo cual implicaba una caída de ochocientos metros.

—Lo intentaré —dijo Gus, sin más.

Unieron dos lazos con un nudo para contar con más de treinta metros de cuerda entre los dos y cada muchacho ató uno de los extremos a su cintura.

—Si me resbalo —advirtió Gus—, suelta la cuerda de golpe y agárrate bien. De lo contrario, caerás conmigo.

—¡Sí, sí! —fue la respuesta llena de seguridad—. ¿Quieres un sorbito antes de empezar?

Gus observó la petaca que el otro le brindaba. Se conocía bien y sabía de lo que era capaz.

—Espera a que llegue al perno y tú te reúnas conmigo. ¿Listo?

—Sí.

Partió como un gato, a cuatro patas, agarrándose con fuerza mientras ascendía y su compañero iba soltando la cuerda poco a poco. Al principio avanzaba a buen ritmo, pero se fue ralentizando. Ya se encontraba a cuatro metros del perno, luego a tres, después a dos… ¡pero se movía tan despacio! Hazard, mirando hacia arriba desde la grieta, sintió decepción y desprecio por

él. Parecía sencillo. Gus ya estaba a metro y medio y, tras un terrible esfuerzo, a un metro diez centímetros. Pero cuando solo quedaba un metro, se paralizó. No permaneció exactamente paralizado porque, igual que una ardilla en una rueda, mantenía su posición sobre la superficie de la cúpula arañándola y agarrándose como un desesperado.

Había fracasado, eso era evidente. La cuestión ahora era cómo salvarse. Con un movimiento repentino, gatuno, se giró para ponerse de espaldas, encajó el talón en un hueco diminuto, con forma de plato, y se incorporó. Entonces perdió el valor. El día había llegado por fin a lo más hondo del valle y la impresionante distancia lo dejó horrorizado.

—¡Continúa! ¡Vamos! —ordenó Hazard. Pero Gus negó con la cabeza.

—Pues entonces, baja.

Gus volvió a negar con la cabeza. Aquel era su calvario: permanecer sentado, sin fuerzas e inseguro, al borde del precipicio. Pero ahora le tocaba a Hazard, tumbado y a salvo en la grieta, enfrentarse a su propio calvario, aunque fuese de distinto tipo. Cuando Gus empezara a resbalar —pronto lo haría—, ¿sería él, Hazard, capaz de soportar el tirón de la cuerda y la caída del otro? Lo dudaba. Allí tumbado parecía encontrarse a salvo, cuando en realidad se hallaba atado a la muerte. Entonces surgió la tentación. ¿Por qué no soltar la cuerda que le rodeaba la cintura? Así se salvaría. Parecía una forma sencilla de resolver el problema. No era necesario que muriesen los dos. Pero resultaba imposible que semejante tentación superase el orgullo de su raza, el que sentía por sí mismo y por su honor. Por eso la cuerda permaneció atada a él.

—¡Baja! —ordenó. Pero Gus parecía petrificado—. ¡Baja o te arrastro! —amenazó y tiró ligeramente de la cuerda para demostrar que hablaba en serio.

—¡Ni se te ocurra! —consiguió articular Gus con los dientes apretados.

—¡Te digo que lo haré si no bajas!

Volvió a tirar de la cuerda. Gus se puso en marcha con un murmullo de desesperación, haciendo lo posible por apartarse del abismo. Hazard, en estado de máxima alerta, casi exultante en su serenidad, soltó cuerda con destreza y rapidez. Luego, cuando el lazo empezó a tensarse, se agarró con fuerza. El tirón lo sacó a medias de la grieta, pero se mantuvo firme e hizo las veces de centro del círculo, mientras Gus, con la cuerda como radio, describía la circunferencia y terminaba en el saliente sur del Collado. Unos minutos después, Hazard le ofrecía la petaca.

—Bebe tú —dijo Gus.

—No, tú. Yo no lo necesito.

—Yo ya he superado esa fase.

Evidentemente Gus dudaba de la petaca y su contenido. Hazard se la guardó en el bolsillo.

—¿Te animas o piensas rendirte? —preguntó.

—¡Eso jamás! —protestó Gus—. Claro que me animo. Nunca ha habido un Lafee cobarde. Y si perdí el valor ahí arriba, solo fue algo momentáneo, como una especie de mareo. Pero ya estoy bien y pienso llegar a la cima.

—¡Bien! —lo animó Hazard—. Pues esta vez quédate tú en la grieta, que voy a demostrarte lo sencillo que es.

Pero Gus se negó. Mantuvo que resultaría más seguro y sencillo si él lo intentaba de nuevo, porque sus cincuenta y dos kilos y medio se agarrarían mejor a la piedra lisa que los setenta y cinco kilos de Hazard, y que setenta y cinco kilos soportarían mejor el resbalón de cincuenta y dos kilos y medio que al revés. Además, él podía beneficiarse de su experiencia anterior. Hazard comprendió que tenía razón y por eso cedió, aunque a disgusto.

El éxito justificó los argumentos de Gus. La segunda vez, en el momento en que parecía que iba a volver a resbalar, realizó un último esfuerzo y agarró el codiciado perno. Gracias a la cuerda, Hazard se reunió con él enseguida. El siguiente perno se encontraba a dieciocho metros, pero durante casi la mitad de esa distancia la base de un glaciar del pasado más lejano había abierto un surco poco profundo. Aprovechando esa ventaja, Gus no tuvo problemas para lazar el perno de argolla. Parecía —y así era en realidad— que habían superado lo peor. Cierto, la curva se empinaba hasta los casi sesenta grados por encima de ellos, pero una hilera relativamente intacta de pernos, separados unos de otros por solo dos metros, esperaba a los chavales. Ni siquiera tuvieron que volver a usar el lazo. De pie en uno de los pernos era casi un juego de niños enganchar el siguiente con la cuerda y ascender.

Un hombre bronceado y con barba los esperaba en la cima y les estrechó la mano con efusividad y camaradería.

—¡Ya pueden hablar cuanto quieran del Mont Blanc! —exclamó, deteniéndose en pleno recibimiento para contemplar el impresionante panorama—. Pero no hay nada en la tierra, ni encima o debajo de ella, que pueda compararse a esto.

Luego recobró la compostura y les dio las gracias por acudir en su ayuda. No, no estaba herido ni se había hecho daño. Pero debido a su negligencia, al llegar a la cima el día anterior, había dejado caer la cuerda de escalada. Desde luego que resultaba imposible descender sin ella. ¿Entendían la heliografía? ¿No? ¡Qué curioso! ¿Y cómo supieron…?

—Oh, supimos que ocurría algo —interrumpió Gus— por la forma en que utilizó los destellos cuando disparamos la escopeta.

—¿Pasó mucho frío anoche sin mantas? —preguntó Hazard.

—Desde luego. Aún no he entrado en calor.

—Beba un poco. —Hazard le pasó la petaca.

El desconocido lo miró muy serio durante un minuto y luego dijo:

—Mi querido amigo, ¿ves esa hilera de pernos? Como tengo la más sincera intención de descender por ella dentro de muy poco, me veo obligado a rehusar. No, creo que prefiero no beber, aunque te lo agradezco.

Hazard miró a Gus y luego se guardó la petaca en el bolsillo. Pero cuando pasaron la cuerda doble por el último perno y volvieron a pisar el Collado, él sacó de nuevo la petaca.

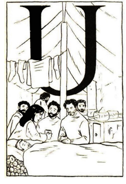
—Ahora que ya estamos abajo, no nos hace falta —comentó con pena—. Y he llegado a la conclusión de que la valentía que da el alcohol no sirve para gran cosa. —Levantó la vista hacia la enorme curva de la cúpula—. ¡Mirad todo lo que hemos hecho sin ella!

Varios segundos después, un grupo de turistas, que se encontraban en la orilla del Mirror Lake, se quedaron con la boca abierta al presenciar el inusitado fenómeno de ver caer del cielo una petaca de whisky como si fuera un cometa. Durante todo el camino de vuelta al hotel comentaron sorprendidos las maravillas de la naturaleza, sobre todo los meteoritos.

[1900]



El valor de las mujeres



NA CABEZA LOBUNA de ojos nostálgicos y cubierta de escarcha apartó la puerta de la tienda.

—¡Eh, Chook! ¡Condenado! ¡Chook, hijo de Satanás! —se quejaron los que la ocupaban.

Bettles le dio un golpe al perro con un plato de hojalata y el bicho se retiró enseguida. Louis Savoy volvió a atar la puerta, aseguró el extremo contra el suelo pisándolo con una sartén y luego se calentó las manos. Afuera hacía mucho frío. Cuarenta y ocho horas atrás, el termómetro de alcohol había estallado a -65 °C y, desde entonces, la temperatura había continuado bajando. Imposible saber cuándo acabaría aquella ola de frío. En esas circunstancias no resulta buena idea, a menos que los dioses así lo dispongan, alejarse de la estufa o aumentar la cantidad de aire frío que se deba respirar. Los hombres a veces lo hacen y por eso se les congelan los pulmones. Eso provoca una tos seca, perruna, claramente molesta cuando se fríe beicon. Después, en algún momento de la primavera o el verano, se quema un agujero en la tierra helada, en el que se meten los restos de un hombre, se cubren con musgo y se abandonan con la seguridad de que volverá a levantarse el día del Juicio Final, total y frígidamente intacto. A quienes tengan poca fe y la integración material en tan decisiva fecha les produzca escepticismo, no se les puede recomendar región más adecuada en la que morirse que la del Klondike. Aunque de ello no debemos inferir que se trate de una región adecuada para vivir.

Afuera hacía mucho frío, pero dentro el calor no resultaba excesivo. El único objeto al que podría llamarse mueble era la cocina-estufa, por la que los hombres mostraban su preferencia sin disimulos. La mitad del suelo estaba cubierto con ramas de pino, sobre las que se extendían las pieles para dormir y bajo las que se encontraba la nevada del invierno. El resto del suelo era de nieve apisonada con los mocasines, llena de cacerolas, sartenes y utensilios propios de un campamento en el Ártico. La cocina estaba al rojo vivo y ardía de calor, pero a menos de un metro de distancia había un bloque de hielo que conservaba los mismos ángulos y permanecía tan seco como cuando lo habían

recogido en el lecho del arroyo. La presión del frío exterior forzaba al calor de dentro a subir. por encima de la cocina, donde el tubo atravesaba el techo, había un pequeño círculo de lona seca; a continuación, con el tubo siempre en el centro, un círculo de lona humeante; luego un círculo húmedo que rezumaba condensación; y por último el resto de la tienda, laterales y techo, cubierto por un centímetro de hielo cristalizado, seco y blanco.

—¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!

Un joven que yacía dormido entre las pieles, barbudo, macilento y agotado dejó escapar un quejido de dolor y, sin despertarse, incrementó el tono y la intensidad de su angustia. Su cuerpo casi se incorporó entre las mantas, se estremeció y se encogió entre espasmos, como si quisiera alejarse de un lecho de ortigas.

—¡Dadle la vuelta! —ordenó Bettles—. Tienes calambres.

En ese momento, con despiadada buena intención, media docena de compañeros bien dispuestos lo inclinaron, le dieron la vuelta, lo golpearon y machacaron.

—Maldito camino —murmuró en voz baja, mientras apartaba las mantas y se sentaba—. He corrido campo a través, he jugado de *quarterback* tres temporadas consecutivas y me he curtido de todas las maneras posibles; pero cuando llego a esta tierra olvidada de Dios, resulta que no soy más que un ateniense afeminado sin los más mínimos rudimentos de virilidad. —Se acercó al fuego y lio un cigarrillo—. Oh, no me quejo. Puedo aceptar las consecuencias sin rechistar, pero me avergüenzo de mí mismo, eso es todo. Aquí me tenéis, después de cincuenta horribles kilómetros, tan reventado, anquilosado y dolorido como un habitante de ciudad que solo acude a fiestas tras un paseo de ocho kilómetros por una carretera bien asfaltada. ¡Bah! ¡Me pone enfermo! ¿Tenéis una cerilla?

—No te agarres una rabieta, joven —Bettles le pasó la cerilla y se mostró patriarcal—. Antes de amoldarse hay que humillarse un poco. ¡Yo soy experto en sufrimiento! Aún recuerdo la primera vez que salí al camino. ¿Anquilosado? Hubo momentos en los que tardaba diez minutos en apartar la boca del bebedero y ponerme en pie, con todas las articulaciones crujiendo y doliéndome mortalmente. ¿Calambres? Tenía semejantes nudos que tardaba medio día de campamento en deshacerlos. Para ser un novato no vas mal: tienes lo que hace falta: Dentro de un año nos dejarás atrás a todos sin siquiera inmutarte. A tu favor, además, que no tienes esa capa de grasa que ha enviado a muchos hombres fornidos al seno de Abraham antes de tiempo.

—¿Capa de grasa?

—Sí. Va con la corpulencia. En lo que respecta al camino, los mejores hombres no son los más grandes.

—Eso nunca lo había oído decir.

—Así que no lo habías oído decir, ¿eh? Pues es un hecho claro, demostrado y sin vuelta. La corpulencia está bien para cuando hay que realizar un esfuerzo enorme, pero cuando se trata de resistir no vale para nada. La resistencia y la corpulencia no hacen buena pareja. para seguir adelante y aguantar como un jabato hace falta ser pequeño y fibroso. Los hombres grandes no arden en el fuego del infierno.

—¡Hombre! —intervino Louis Savoy—, no siempre es así. Aunque yo conozco a un hombre tan grande como un búfalo. A la estampida del arroyo Sulphur fue con él un hombre pequeño, Lon McFane. Tú conoces a Lon McFane, ese irlandés pequeño, de pelo rojo y mucho valor. Caminaron y caminaron sin parar, durante el día y la noche. El hombre glande se cansaba mucho y se tumbaba en la nieve, y el pequeño le daba patadas y le gritaba. El pequeño no dejaba de darle patadas al grande y así, poco a poco y tras mucho tiempo, consiguió llevar al grande hasta mi cabaña. Tardó tres días en salir de entre las mantas. Ni siquiera he visto a una mujer india comportarse de esa forma. No, nunca. Sin duda tenía lo que tú llamas la capa de grasa.

Pero también estaba Axel Gunderson —dijo Prince. El enorme escandinavo, junto con los trágicos acontecimientos que oscurecían su muerte, había dejado una profunda huella en el ingeniero de minas—. Yace por ahí, en algún lugar. —Hizo un gesto con la mano en dirección al misterioso este.

—El hombre más grande que puso rumbo a mar abierto o cazó alces sin rendirse —añadió Bettles—. Pero es la excepción que confirma la regla. Pensad en su esposa, Unga. No llegaba a los cincuenta kilos, era delgada y no le sobraba ni un gramo de carne. Tenía tanto valor y aguante como él, si no tenía más. Incluso lo mejoraba, si eso era posible. No había nada en el mundo, o encima o debajo de él, que ella no se hubiese atrevido a hacer.

—Pero lo amaba —objetó el ingeniero.

—No se trata de eso. Es…

—Oíd, hermanos —interrumpió Charley *el de Sitka*, que estaba sentado sobre la caja de la comida—. Habéis hablado de la capa de grasa que cubre los músculos de los hombres grandes, del valor de las mujeres y del amor, y habéis hablado bien. Pero yo recuerdo cosas que ocurrieron cuando la región era joven y las hogueras de los hombres se hallaban tan distantes como las estrellas. Fue entonces cuando tuve tratos con un hombre grande, una capa de

grasa y una mujer. La mujer era pequeña, pero su corazón era más grande que el corazón de res del hombre, y tenía valor. Recorrimos un camino muy difícil, hasta el agua salada, con un frío cortante, una capa de nieve muy profunda y mucha hambre. El amor de la mujer era de los fuertes, no se puede decir más.

Se detuvo y con el hacha arrancó pedazos de hielo al trozo grande que tenía a su lado, luego los arrojó a la cacerola sobre la cocina, donde el agua para beber se fue derritiendo. Los hombres se acercaron y el de los calambres intentó acomodar mejor su cuerpo, aunque en vano.

—Hermanos, mi sangre es india, pero tengo el corazón blanco. Una la debo a los errores de mis padres y el otro a las virtudes de mis amigos. Aprendí una gran verdad cuando aún era un niño: aprendí que la tierra os fue dada a vosotros y a los vuestros, que los indios no pueden superaros y, como el caribú y el oso, deben perecer al frío. Por eso me acerqué al calor y me senté entre vosotros, junto a vuestras hogueras y, mirad, me convertí en uno de los vuestros. He visto mucho. He conocido cosas extrañas y trabajado mucho, en los grandes caminos, junto a hombres de todas las razas. Debido a eso, valoro los actos a vuestra manera, juzgo y pienso igual. Por eso, cuando hablo con dureza de uno de los vuestros, sé que no os lo tomaréis a mal, y cuando hablo bien de uno de los míos, sé que no diréis: «Charley *el de Sitka* es indio y en sus ojos hay maldad y poco honor en su lengua». ¿No es así?

A coro, el círculo entero asintió.

—La mujer era Passuk. La obtuve a un precio justo de manos de su propia tribu, que vivía en la costa y alzaba su tótem chilkat en la punta de un brazo de mar. Mi corazón no se compadecía de la mujer y no me fijé en su aspecto, porque pocas veces levantaba la vista del suelo y era tímida y estaba asustada, como cualquier joven a la que arrojan a los brazos de un desconocido al que no ha visto en su vida. Como digo, en mi corazón no había sitio para ella porque estaba planeando un gran viaje y necesitaba que alguien alimentase a mis perros y remase conmigo durante los muchos días de río que me esperaban. Una manta nos cubriría a los dos. Así elegí a Passuk.

»¿He dicho ya que entonces yo servía al gobierno? Si no, es bueno que lo sepáis. Pues subí a un barco de guerra, con mis trineos, mis perros, mi comida evaporada, y conmigo vino Passuk. Pusimos rumbo al Norte, a la orilla helada e invernal del mar de Bering, donde bajamos a tierra, yo, Passuk y los perros. También recibí dinero del Gobierno, porque lo servía, y mapas de regiones que nadie había visto antes y mensajes. Los mensajes estaban sellados y bien protegidos del clima, y yo debía entregarlos a los balleneros del Ártico,

atrapados en el hielo del gran Mackenzie. Jamás ha existido un río tan impresionante, con la excepción de nuestro Yukón, que es el más grande de todos los ríos.

»Todo eso da igual, porque mi relato no tiene que ver con los balleneros ni con el invierno lleno de icebergs que pasé junto al Mackenzie. Después, en primavera, cuando los días se hicieron más largos y la nieve crujía, Passuk y yo nos fuimos al sur, a la región del Yukón. Un viaje agotador, pero el sol nos indicaba el camino a seguir. Entonces era una tierra desnuda, como ya he dicho, y nos esforzamos corriente arriba, con remos y pértigas, hasta llegar a Forty Mile. Me alegré de volver a ver rostros blancos y nos acercamos a la orilla. Aquel fue un invierno duro. La oscuridad y el frío nos envolvían y con ellos la hambruna. El factor de la compañía había entregado a cada hombre veinte kilos de harina y diez de beicon. No había alubias. Los perros no paraban de aullar, las barrigas estaban vacías y los rostros hundidos. Los hombres fuertes se volvieron débiles y los débiles murieron. También hubo mucho escorbuto.

»Una noche entramos todos en el almacén y los estantes vacíos nos hicieron sentir mucho más nuestro propio vacío. Hablamos en voz baja, a la luz de la lumbre, porque habíamos guardado las velas para quienes llegasen con vida a la primavera. Discutimos y se dijo que un hombre debería ir hasta el agua salada y contarle al mundo nuestro sufrimiento. Entonces todos los ojos me miraron porque me tenían por un gran viajero. “La misión de Haines, junto al mar, está a mil ciento veinticinco kilómetros y hay que abrir camino con las raquetas de nieve —dije—. Dejadme escoger los perros, dadme vuestra mejor comida e iré. Conmigo vendrá Passuk”.

»Lo aceptaron. Pero uno se puso de pie. Jeff *el Largo*, un yanqui de huesos grandes y músculos enormes. Dijo que él también era un gran viajero, nacido para llevar las raquetas de nieve y criado con leche de búfalo. Que vendría conmigo por si yo caía en el camino, así él llevaría el mensaje a la misión. Yo era joven y no conocía a los yanquis. ¿Cómo iba a saber que la palabrería indicaba la existencia de la capa de grasa o que los yanquis que hacen grandes cosas siempre mantienen la boca cerrada? Así que escogimos los perros y la comida, y los tres nos echamos al camino, Passuk, Jeff *el Largo* y yo.

»Bueno, todos habéis avanzado en nieve virgen, os habéis peleado con la vara para impulsar el trineo y estáis acostumbrados a las barreras de hielo que se forman en los ríos, por eso hablaré poco del esfuerzo que hicimos, excepto para decir que algunos días recorríamos quince kilómetros y otros cincuenta,

pero lo más normal era que fueran quince. La mejor comida no resultaba buena y tuvimos que restringirla desde el principio. Del mismo modo, los perros escogidos no tenían calidad y nos costaba mantenerlos en camino. En el río White nuestros tres trineos se convirtieron en dos y solo habíamos recorrido trescientos veinte kilómetros. Pero nada se desperdiciaba: los perros que abandonaban el camino pasaban a las barrigas de los que continuaban avanzando.

»Ni un saludo, ni una voluta de humo hasta llegar a Pelly. Allí contaba con conseguir comida y dejar a Jeff *el Largo*, que no paraba de gimotear y estaba agotado. Pero los pulmones del factor resollaban, le brillaban los ojos y tenía la despensa casi vacía. También nos enseñó la despensa vacía del misionero, además de su tumba, cubierta de piedras para protegerlo de los perros. Había allí un puñado de indios, aunque entre ellos no se veían bebés ni ancianos, y estaba claro que pocos llegarían a la primavera.

»Así que seguimos camino, con el estómago ligero y el corazón afligido, con ochocientos kilómetros de nieve y silencio entre nosotros y la misión de Haines, junto al mar. La oscuridad se hallaba en su peor época y al mediodía el sol no era capaz de levantarse del horizonte hacia el sur. Pero las barreras de hielo eran más pequeñas y avanzábamos mejor, así que exigí más esfuerzo a los perros y cada día partíamos antes y nos recogíamos más tarde. Como había dicho en Forty Mile, continuamente había que abrir camino con las raquetas, que nos hacían heridas en los pies que se agrietaban y formaban costra, pero nunca se curaban. Día a día las heridas empeoraban, hasta el punto de que por las mañanas, cuando nos calzábamos, Jeff *el Largo* lloraba como un niño. Lo puse al frente del trineo más ligero para abrir camino, pero él se quitaba las raquetas para estar más cómodo, no apisonaba el camino, sus mocasines creaban agujeros y en esos agujeros los perros tropezaban. Los huesos de los perros se adivinaban perfectamente bajo la piel, por lo que aquello no era bueno para ellos. Fui duro con el hombre, él prometió comportarse y rompió su promesa. Lo azoté con el látigo de los perros y los perros no volvieron a tropezarse. Era como un niño, a pesar del dolor y la capa de grasa.

»Pero Passuk… mientras el hombre se tumbaba junto al fuego y lloraba, ella cocinaba, y por la mañana ayudaba a atar los trineos y por la noche a desatarlos. Ella salvó a los perros. Siempre iba delante, levantando sin descanso las raquetas y abriendo camino. Passuk, ¿cómo decirlo?, di por sentado que ella debía hacer esas cosas y no me detuve a pensar en ello. Tenía

la cabeza llena con otros asuntos y, además, era joven y conocía poco a las mujeres. Solo comprendí cuando había pasado el tiempo.

»El hombre no servía para nada. Los perros tenían pocas fuerzas, pero él se subía al trineo para que lo llevaran cuando se quedaba atrás. Passuk dijo que ella se ocuparía del trineo para que el hombre no tuviese nada que hacer. Por la mañana le daba la ración que le correspondía y lo mandaba salir al camino solo. Luego la mujer y yo levantábamos el campamento, cargábamos los trineos y enganchábamos a los perros. A mediodía, cuando el sol se burlaba de nosotros, solíamos alcanzar al hombre, con las lágrimas congeladas en las mejillas, y lo dejábamos atrás. Por la noche montábamos el campamento, apartábamos su ración de comida y extendíamos sus pieles. Además, encendíamos una hoguera grande, para que la viera. Horas después llegaba cojeando, comía entre quejidos y gemidos, y dormía. No estaba enfermo. Solo estaba cansado, agotado por el esfuerzo del camino y débil por el hambre. Pero Passuk y yo también estábamos cansados, agotados y débiles, sin embargo, hacíamos todo el trabajo y él ninguno. Aunque tenía la capa de grasa de la que ha hablado nuestro hermano Bettles. Además, siempre le dábamos la ración que le correspondía.

»Un día encontramos a dos apariciones que cruzaban el Silencio. Eran un hombre y un chico, los dos blancos. El hielo se había abierto en el lago Le Barge y se había tragado casi todo su equipo. Cada uno llevaba una manta sobre los hombros. Por la noche encendían una hoguera y se acurrucaban hasta la mañana siguiente. Les quedaba un poco de harina. La mezclaban con agua caliente y se la bebían. El hombre me mostró ocho tazas de harina. No tenían más y Pelly, golpeado por la hambruna, se encontraba a trescientos veinte kilómetros de distancia. También nos dijeron que tras ellos venía un indio, que habían repartido de forma justa las provisiones pero que el indio no era capaz de mantener el ritmo. No creí eso de que habían sido justos al repartir, de lo contrario el indio habría mantenido el ritmo. En cualquier caso, no pude darles comida. Quisieron robarnos un perro, el más gordo, que estaba muy delgado, pero los apunte con la pistola y les ordené que se fueran. Se marcharon, como borrachos, cruzando el Silencio hacia Pelly.

»Me quedaban tres perros y un trineo, y los perros no eran más que piel y huesos. Cuando la leña escasea, el fuego arde mal y la cabaña se enfría. Lo mismo nos ocurría a nosotros. Al comer poco, el frío penetra más, por eso nuestros rostros estaban negros y congelados, hasta el punto de que ni nuestras madres nos habrían reconocido. Nos dolían mucho los pies. Por la mañana, al salir al camino, hacía verdaderos esfuerzos para evitar llorar

cuando el dolor que me causaban las raquetas se apoderaba de mí. Passuk jamás abría la boca, pero me adelantaba para abrir camino. El hombre aullaba.

»El Thirty Mile bajaba rápido y la corriente erosionaba el hielo inferior, por lo que había muchos respiraderos y grietas, además de varios tramos de agua abierta. Un día nos encontramos al hombre descansando, porque había salido antes como tenía por costumbre. Pero entre él y nosotros había un tramo de agua. Él lo había pasado aprovechando el borde de hielo donde era demasiado estrecho para un trineo, así que nosotros buscamos un puente de hielo. Passuk pesaba poco y cruzó primero, con un palo largo en diagonal entre las manos por si el hielo se abría bajo sus pies. Pero ella era ligera y sus raquetas grandes, así que cruzó sin problema. Luego llamó a los perros, que no tenían ni palos ni raquetas, por lo que el hielo se rompió y el agua se los tragó. Yo tiré con fuerza del trineo desde atrás, hasta que los tirantes se rompieron y los perros quedaron bajo el hielo. Tenían poca carne, sin embargo, yo contaba con que nos alimentasen durante una semana, pero los habíamos perdido.

»A la mañana siguiente repartí todas las provisiones, que eran pocas, en tres raciones. Le dije a Jeff *el Largo* que podía continuar con nosotros o no, como prefiriera, porque pensábamos viajar ligeros y sin perder ni un segundo. Pero él alzó la voz y empezó a quejarse de lo mucho que le dolían los pies, de sus problemas, y dijo cosas muy duras sobre la camaradería. A Passuk le dolían los pies. A mí me dolían los pies. Sí, más que a él, porque nosotros habíamos trabajado con los perros y, además, íbamos pendientes de todo. Jeff *el Largo* juró que moriría antes de salir otra vez al camino, así que Passuk cogió una manta y yo una cacerola y un hacha, y nos preparamos para irnos. Pero ella miró la ración del hombre y dijo: “Está mal desperdiciar la comida con un bebé. Estará mejor muerto”. Yo negué con la cabeza y le dije que no, que quien había sido compañero lo sería siempre. Entonces ella habló de los hombres de Forty Mile y dijo que eran muchos y todos buenos, y que dependían de mí para recibir provisiones en primavera. Pero cuando volví a decir que no, ella me robó la pistola que llevaba al cinto y, como nuestro hermano Bettles dijo antes, Jeff *el Largo* se fue al seno de Abraham antes de tiempo. Regañé a Passuk, pero no mostró arrepentimiento ni puso cara de pena. En el fondo yo sabía que ella tenía razón.

Charley *el de Sitka* hizo una pausa y arrojó pedazos de hielo a la cacerola de la cocina. Los hombres guardaban silencio y se estremecían al oír el llanto y los sollozos de los perros, su forma de expresar el sufrimiento que les producía el frío exterior.

—Día a día, Passuk y yo íbamos dejando atrás los lugares donde habían dormido las dos apariciones y sabíamos que, antes de llegar al agua salada, agradeceríamos poder aprovecharlos. Luego nos encontramos al indio, otra aparición, que iba en dirección a Pelly. Dijo que el hombre y el chico no habían repartido justamente y que ya llevaba tres días sin harina. Cada noche hervía un pedazo de sus mocasines en una taza y se lo comía. Ya no le quedaba mucho más. Era un indio de la costa y esas cosas nos las contó a través de Passuk, que hablaba su lengua. Era extranjero en el Yukón y no conocía el camino, pero iba en dirección a Pelly. ¿Cuánto faltaba? ¿Dos sueños? ¿Diez? ¿Cien? No lo sabía, pero iba a ir a Pelly. Ya era tarde para regresar, solo podía seguir adelante.

»No nos pidió comida porque se dio cuenta de que nosotros también pasábamos hambre. Passuk lo miró y me miró a mí, como si no supiera qué hacer, como una mamá perdiz cuyos polluelos corren peligro. Así que le dije: “Este hombre ha sido tratado injustamente, ¿quieres que le dé una parte de nuestras provisiones?”. Vi cómo se le iluminaba la mirada de placer, pero volvió a mirar al hombre y luego a mí. Su boca se endureció y dijo: “No. El agua salada queda muy lejos y la Muerte está al acecho. Mejor será que se lleve a este desconocido y deje pasar a Charley, que es mi hombre”. Así que el hombre continuó hacia Pelly, cruzando el Silencio. Esa noche Passuk lloró. Nunca la había visto llorar. Y sus lágrimas no se debían al humo de la hoguera, porque la leña estaba seca. Me maravilló su dolor y pensé que su corazón de mujer se había ablandado debido a la oscuridad y lo difícil del camino.

»La vida es algo extraño. Lo he pensado muchas veces, sin embargo, su extrañeza no disminuye día a día, sino que aumenta. ¿Por qué deseamos tanto la vida? Es un juego al que ningún hombre gana. Vivir es luchar y sufrir hasta que la vejez se nos echa encima y palpamos las cenizas frías de una hoguera apagada. Vivir es muy duro. El bebé respira por primera vez entre dolores y al viejo también le duele el último aliento, y todos los días de su vida están llenos de problemas y pesares; sin embargo, acude a los brazos abiertos de la Muerte a trompicones, cayéndose, mirando hacia atrás, luchando hasta el final. Y la Muerte es amable. Solo hace daño la vida, y las cosas de la vida. Sin embargo, amamos la vida y odiamos la Muerte. Es muy extraño.

»Hablamos poco, Passuk y yo, en los días que siguieron. De noche nos acostábamos sobre la nieve, como muertos, y por la mañana continuábamos camino, también como muertos. Todo estaba muerto. No había perdices nivales, ni ardillas, ni liebres. Nada. El río no hacía ruido bajo su ropaje

blanco. En el bosque la savia estaba congelada. Y el frío se hizo más profundo, como ahora. De noche las estrellas parecían más cercanas y más grandes, y saltaban y bailaban. De día los parhelios se burlaban de nosotros y nos hacían ver muchos soles, mientras el aire destellaba, centelleaba, y la nieve era polvo de diamante. No había ni calor ni ruido, solo un frío profundo y el Silencio. Na he dicho que caminábamos como muertos, como en un sueño, y no llevábamos cuenta del tiempo. Nuestros rostros miraban hacia el agua salada, nuestras almas se esforzaban por llegar al agua salada y nuestros pies nos llevaban en dirección al agua salada. Acampamos junto al río Takhini y no nos enteramos. Nuestros ojos miraron los rápidos de White Horse, pero no los vieron. Nuestros pies cruzaron el cañón y ni se dieron cuenta. No sentíamos nada. A menudo nos caíamos, pero siempre con los rostros en dirección al agua salada.

»Nos quedamos sin comida. Passuk y yo habíamos repartido justamente, pero ella se caía más veces que yo y en Caribou Crossing la abandonaron las fuerzas. Por la mañana permanecimos bajo la manta, sin salir al camino. Yo había decidido quedarme a esperar la Muerte, mano a mano con Passuk, porque había madurado y aprendido a amar a la mujer. Además, la misión de Haines aún estaba a ciento treinta kilómetros, y el gran Chilkoot, que asomaba su enorme cabeza muy por encima de los árboles, quedaba en el medio. Pero Passuk me habló en voz tan baja que tuve que pegar la oreja a sus labios para oírla. Como ya no temía enfadarme, fue sincera y me habló de su amor y de muchas cosas que yo no entendía.

»Me dijo: “Eres mi hombre, Charley, y he sido una buena mujer para ti. Durante todos los días que encendí tu hoguera, cociné para ti, di de comer a tus perros, remé y abrí camino, nunca me quejé. Tampoco dije que hacía más calor en la cabaña de mi padre, ni que había más comida en la región chilkat. Cuando tú has hablado, yo he escuchado. Cuando tú has ordenado, yo he obedecido, ¿no es así, Charley?”.

»Y yo respondí: “Sí, así es”.

»Ella continuó hablando: “Cuando llegaste entre los chilkats y ni siquiera me miraste, me compraste como se compra un perro, y me llevaste lejos, mi corazón se resintió y se llenó de amargura y miedo hacia ti. Pero eso fue hace mucho. Porque fuiste amable conmigo, Charley, como un buen hombre es amable con su perro. Tu corazón era frío y en él no había sitio para mí, pero me trataste bien y fuiste justo. Yo estaba a tu lado cuando realizaste grandes hazañas y corriste aventuras, pude compararte con los hombres de otras razas y vi que resaltabas entre ellos por tu honor, que tu palabra era sabia y tu

lengua decía la verdad. Empecé a sentirme orgullosa de ti, hasta que llegó un momento en que llenaste mi corazón y solo pensaba en ti. Eras como el sol de mediados de verano, cuando su senda dorada dibuja un círculo que nunca abandona el cielo y, mirase hacia donde mirase, yo siempre veía el sol. Pero tu corazón seguía siendo frío, Charley y en él no había sitio para mí”.

»Le dije: “Es verdad. Era frío y no había sitio para ti. Pero eso ha pasado. Ahora mi corazón es como la nieve en primavera, cuando vuelve el sol. Se derrite y cede, se oye el agua correr y las plantas empiezan a brotar. Se oye el golpeteo de las perdices, el canto de los mirlos y todo es música, porque el invierno se ha ido, Passuk, y yo he aprendido a amar a la mujer”.

»Sonrió y se acercó más a mí. Luego dijo: “Me alegro”. Después permaneció inmóvil un buen rato, respirando suavemente, con la cabeza sobre mi pecho. Al poco me susurró: “El camino termina aquí y yo estoy cansada. Pero antes quiero hablar de otras cosas. Hace mucho, cuando era niña entre los chilkats, yo jugaba sola entre los fardos de pieles de la tienda de mi padre, porque los hombres habían salido a cazar y las mujeres y los niños se ocupaban de la carne. Era primavera y yo estaba sola. Un oso muy grande que acababa de despertarse de su sueño invernal, hambriento, con la piel colgando de los huesos, metió la cabeza en la tienda y dijo: ‘Grr’. Mi hermano llegó corriendo con el primer trineo cargado de carne y se enfrentó al oso con las teas ardientes de la hoguera. Los perros, sujetos a los tirantes, con el trineo a la espalda, se lanzaron contra el oso. Hubo una gran batalla y mucho jaleo. Rodaron sobre la hoguera, los fardos de pieles se desparramaron y la tienda cayó al suelo. Pero al final el oso estaba muerto, con los dedos de mi hermano en la boca y la marca de sus garras sobre el rostro de mi hermano. ¿Te fijaste en el indio que iba camino de Pelly? ¿En su manopla sin pulgar? ¿En la mano que calentó en nuestra hoguera? Era mi hermano. Y yo no quise darle comida. Él se adentró en el Silencio sin comida”.

»Así, hermanos, era el amor de Passuk, que murió en la nieve, junto a Caribou Crossing. Era un amor profundo, pues renegó de su hermano por el hombre que la condujo, por un camino agotador, a una muerte muy dura. Pero tal era su amor que también renunció a sí misma. Antes de que sus ojos se cerraran por última vez, tomó mi mano y la introdujo, bajo la parka de piel de ardilla, hasta su cintura. Allí tanteé un morral repleto de comida y comprendí por qué había perdido las fuerzas de aquella manera. Día tras día habíamos repartido las provisiones de forma justa y día tras día ella solo se había comido la mitad de lo que le correspondía. La otra mitad la había guardado en aquel morral.

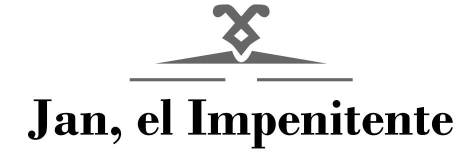
»Me dijo: “Este es el final del camino para Passuk. Pero tu camino, Charley, sigue adelante, cruza el gran Chilkoot y llega a la misión de Haines y al mar. Y continúa adelante, durante muchos soles, por tierras desconocidas y aguas extrañas, lleno de años, honores y grandes hazañas. Te lleva a las tiendas de muchas mujeres, buenas mujeres, pero jamás te llevará a un amor más grande que el amor de Passuk”.

»Yo sabía que aquella mujer decía la verdad. Pero se apoderó de mí la locura, arrojé lejos el morral y juré que mi camino había llegado también a su fin, hasta que sus ojos cansados se llenaron de lágrimas y dijo: “Charley *el de Sitka* siempre ha caminado entre los hombres con honor, sin faltar nunca a su palabra. ¿Olvida ahora ese honor y pronuncia palabras vanas junto a Caribou Crossing? ¿Ya no se acuerda de los hombres de Forty Mile, que le dieron sus mejores provisiones y le dejaron escoger sus perros? Passuk siempre se ha sentido orgullosa de su hombre. Que él se levante, se calce las raquetas de nieve y se marche, para que ella pueda conservar ese orgullo”.

»Cuando ella se enfrió en mis brazos, me levanté, busqué el morral, me calcé las raquetas y salí al camino, tambaleante, porque las rodillas se me doblaban, la cabeza me daba vueltas, los oídos me zumbaban y a mis ojos asomaba el fulgor del fuego. Los caminos olvidados de la niñez regresaron a mí. Me vi sentado junto a las cacerolas repletas de los festines de los *potlatchs*, alcé la voz para cantar y bailé al ritmo de los cánticos de hombres y doncellas, y del estruendo de los tambores hechos con piel de morsa. Passuk me cogía de la mano y caminaba junto a mí. Cuando me tumbaba para dormir, ella me despertaba. Cuando tropezaba y caía, ella me levantaba. Cuando me adentraba en la nieve virgen, ella me hacía volver al camino. De esa forma, como un hombre que ha perdido la razón, ve cosas extrañas y cuyos pensamientos el vino aligera, llegué a la misión de Haines, junto al mar.

Charley *el de Sitka* apartó la puerta de la tienda. Era mediodía. Hacia el sur, iluminando la desolada divisoria del arroyo Henderson, se acomodaba el frío disco solar. A ambos lados brillaban los parhelios. El aire parecía una gasa de escarcha resplandeciente. En primer plano, junto al camino, un perro lobo cubierto de hielo alzó el morro afilado hacia el cielo y dejó oír su lamento.

[1900]



Jan, el Impenitente

«Porque ninguna ley, ni de Dios ni del hombre,
Sirve al norte del paralelo 53».[27]



JAN RODÓ, arañando y dando patadas. Ahora peleaba con manos y pies, y lo hacía con determinación, en silencio. Dos de los tres hombres que estaban encima de él se gritaban instrucciones el uno al otro y se esforzaban por contener al demonio bajito y peludo que no quería contenerse. El tercer hombre aulló. Su dedo estaba entre los dientes de Jan.

—Déjate de rabietas, Jan, y cálmate —jadeaba Bill *el Rojo*, sujetando el cuello de Jan en posición de estrangulamiento—. ¿Por qué demonios no puedes dejarte colgar en paz, como un hombre decente?

Pero Jan no soltó el dedo del tercer hombre y se retorció sobre el suelo de la tienda, entre las cacerolas y las bateas.

—Usted no es un caballero, señor mío —recriminó el señor Taylor, mientras su Jan—. Usted ha matado al señor Gordon, uno de los caballeros más valientes y honrados que ha visto el camino tras los perros. Es usted un asesino sin honra.

—Y no eres un buen compañero —intervino Bill *el Rojo*—. Si lo fueras, te dejarías colgar sin armar más jaleo. Vamos, Jan, pórtate bien. No nos causes más problemas. Para ya, te colgaremos enseguida y acabaremos con todo esto de una vez.

—¡Calma! —vociferó Lawson, el marino—. Metedle la cabeza en la cacerola de las alubias y luego cerrad la tapa.

—Pero ¿y mi dedo, señor? —protestó el señor Taylor.

—¡Libera el dedo de una vez, hombre! ¡Siempre en el medio!

—Es que no puedo, señor Lawson. Está en el esófago del bicho y casi me lo ha arrancado.

—¡Preparados para maniobrar!

En el momento en que Lawson daba el aviso, Jan medio se incorporó y el cuarteto en apuros se debatió por la tienda entre pieles y mantas. De camino

arrastró el cuerpo de un hombre que yacía inmóvil, sangrando por una herida de bala en el cuello.

Todo aquello ocurría debido a la locura que se había apoderado de Jan, la locura que se apodera de un hombre que ha rascado la piel salvaje de la tierra y se ha arrastrado durante mucho tiempo sobre su desnudez primitiva, ante cuyos ojos surgen los valles opulentos de su país natal y a cuya nariz llega el aroma del heno, la hierba, las flores y la tierra recién removida. Jan había sembrado durante cinco años glaciales. El río Stuart, Forty Mile, Circle City, Koyokuk y Kotzebue habían sido el blanco de su agotadora agricultura, y ahora era Nome la que daba su cosecha, pero no la Nome de playas doradas y arenas rojizas, sino la Nome del 97, antes de llamarse Anvil City y de que se organizase la región de Eldorado. John Gordon era yanqui y tenía que haber sido más prudente. Pero contó lo que no tenía que haber contado en un momento en el que los ojos inyectados en sangre de Jan brillaban más que nunca y sus dientes chirriaban con fuerza a causa del tormento que sufría. Debido a ello, en la tienda olía a nitrato de potasio y uno yacía inmóvil mientras el otro luchaba como una rata arrinconada y se negaba a dejarse colgar de manera pacífica y decente, tal y como sugerían sus compañeros.

—Si me lo permite, señor Lawson, antes de continuar con este jaleo, le diré que sería buena idea hacer palanca entre los dientes de Este gusano. Ni muerde del todo ni quiere soltar. Es como una serpiente, señor, una verdadera serpiente.

—¡Dejadme que pruebe con el hacha! —vociferó el marino—. ¡Pasadme el hacha! —acercó el borde de acero al dedo del señor Taylor y utilizó los dientes del otro como punto de apoyo. Jan aguantó y respiró por la nariz, resoplando como una orea.

—¡Preparados! ¡Allá va!

—Gracias, señor. Es un alivio. —El señor Taylor procedió a rodear con los brazos las piernas de la víctima, que se movían sin control alguno.

Pero Jan aumentó su ira de loco: sangrando, echando espuma por la boca, maldiciendo, cinco años de hielo derritiéndose en aquel infierno repentino. Los otros se movían hacia delante, hacia atrás, jadeaban, sudaban, como un monstruo ciclópeo de muchos tentáculos surgido de las más hondas profundidades. Volcaron la lámpara de grasa, que se ahogó en su propio sebo, mientras el crepúsculo de mediodía a duras penas se filtraba a través de la sucia lona de la tienda.

—Por el amor de Dios, Jan, ¡entra en razón! —rogó Bill *el Rojo*—. No te haremos daño ni te asesinaremos ni nada parecido. Solo queremos colgarte,

nada más, pero tú te lo has tomado a la tremenda. ¡Pensar en todos los caminos que hemos recorrido juntos y que ahora me trates así! ¡Me parece increíble en ti, Jan!

—A éste lo que le pasa es que ha viajado siempre en tercera. Agárrale las piernas, Taylor, y tira de él.

—Sí, señor Lawson. Cuando le avise déjese caer sobre él con todas sus fuerzas. —El de Kentucky tanteó en la oscuridad—. ¡Ahora señor! ¡Ahora!

El otro se abalanzó y un cuarto de tonelada de carne humana se tambaleó y cayó contra el lateral. Saltaron las estacas, se partieron los vientos y la tienda, al derrumbarse, envolvió la batalla con sus pliegues grasientos.

—Así solo empeoras las cosas —continuó Bill *el Rojo*, mientras clavaba los pulgares en un cuello peludo, a cuyo dueño tenía atrapado—. Ya has armado bastante lío; cuando te hayamos colgado, tardaremos medio día en ordenarlo todo.

—Le agradecería que me soltara, señor —farfulló el señor Taylor.

Bill *el Rojo* gruñó, dejó de apretar y los dos se arrastraron como pudieron hasta el exterior. En ese momento, Jan se libró a patadas del marino y echó a correr por la nieve.

—¡Eh, holgazanes! ¡Buck! ¡Bright! ¡Id tras él! ¡Derribadlo! —gritó Lawson, avanzando entre la nieve detrás del hombre que huía. Buck y Bright, seguidos de los demás perros, lo adelantaron y enseguida alcanzaron al asesino.

No había motivos para que aquellos hombres hicieran lo que hacían; no había motivos para que Jan huyese; ni para que los otros intentaran detenerlo. A un lado se abría una amplia extensión de terreno yermo y nevado, y al otro el mar congelado. Sin comida ni refugio, no podría llegar muy lejos. Les bastaba con aguardar a que volviera a la tienda, como acabaría por hacer cuando el frío y el hambre lo vencieran. Pero aquellos hombres no se paraban a pensar. Un ramalazo de locura los había envenenado. Además, la sangre derramada pesaba sobre ellos, espesa y caliente. «A mí la venganza», dijo el Señor, y lo dijo en climas templados, donde el calor del sol roba las energías de los hombres. Pero en la región septentrional han descubierto que la oración solo resulta eficaz cuando la respalda la fuerza física y están acostumbrados a hacer las cosas por sí mismos. Han oído decir que Dios está en todas partes, pero llena de sombras la tierra durante medio año para que no lo encuentren, por eso no es de extrañar que duden a menudo y piensen que los Diez Mandamientos les falla.

Jan corría a ciegas, sin mirar dónde pisaba porque lo dominaba el verbo «vivir». ¡Vivir! ¡Existir! La sombra gris de Buck se lanzó sobre él, pero erró. El hombre lo golpeó con fuerza y tropezó. Entonces los blancos colmillos de Bright se cerraron sobre su chaquetón y eso lo hizo caer sobre la nieve. ¡Vivir! ¡Existir! Luchó sin rendirse, convertido en el centro de un amasijo de perros y hombres. Su mano izquierda agarró el cogote de un perro lobo, a la vez que pasaba el brazo alrededor del cuello de Lawson. Cada forcejeo del perro servía para estrangular al desventurado marino. La mano derecha de Jan quedaba enterrada entre la maraña rizada que era la peluda cabeza de Bill *el Rojo* y debajo de todo eso yacía el señor Taylor, atrapado e incapaz de moverse. Habían llegado a un punto muerto, porque la fuerza de su locura resultaba prodigiosa, pero de súbito, sin motivo aparente, Jan soltó sus distintas presas y rodó hacia un lado, para quedarse inmóvil, boca arriba. Sus adversarios se apartaron un poco, desconcertados, sin tenerlas todas consigo. Jan sonreía con saña.

—Amigos —dijo sin dejar de sonreír—, me habéis pedido que fuera amable y soy amable. ¿Qué queréis hacer conmigo?

—Eso es, Jan, cálmate —lo tranquilizó Bill *el Rojo*—. Sabía que acabarías por entrar en razón. Cálmate y lo haremos pronto y bien.

—¿Pero qué es lo que vais a hacer?

—Colgarte. Y deberías dar gracias por contar con alguien que sepa hacerlo. Ya lo he hecho antes, más de una vez, en Estados Unidos, y domino la técnica.

—¿A quién vais a colgar? ¿A mí?

—Sí.

—¡Ja, ja! ¿Habéis oído lo que dice este hombre? Dame la mano, Bill, para que me levante y me cuelgues—. Se puso de pie con gran esfuerzo y miró a su alrededor—. ¡Santo Dios! ¿Lo habéis oído? ¡Quiere colgarme! ¡Jo, jo, jo! Pues yo lo dudo. Sí, ¡lo dudo mucho!

—¡Y yo creo que tiene razón, lampazo! —exclamó Lawson en tono burlón, mientras cortaba uno de los tirantes del trineo y lo enroscaba con un cuidado amenazador—. Hoy vamos a aplicar la ley del linchamiento.

—Un momento. —Jan se alejó de la soga—. Tengo que hacer varias preguntas y una propuesta. Kentucky, ¿tú sabes qué es eso de la ley del linchamiento?

—Sí, señor. Es una institución de hombres libres y caballeros, muy antigua y tradicional. La corrupción puede ocultarse tras la toga de los magistrados, pero la ley del linchamiento siempre hace justicia sin cobrar.

Repito, sin cobrar. La ley puede comprarse y venderse, pero en esta tierra de progreso la justicia es tan gratis como el aire que respiramos, tan fuerte como el licor que bebemos, tan rápida como…

—¡Menos labia! Deja que explique qué es lo que quiere —interrumpió Lawson, arruinando la perorata.

—A ver, Kentucky, dime una cosa: si un hombre mata a otro, ¿la ley del linchamiento lo cuelga?

—Si las pruebas son lo bastante sólidas, sí, señor.

—Y en este caso las pruebas son lo bastante sólidas como para colgar a una docena de hombres, Jan —intervino Bill *el Rojo*.

—Espera un momento, Bill, ahora hablaré contigo. Quiero preguntarle una cosa más a Kentucky. Y si la ley del linchamiento no lo cuelga, ¿qué pasa?

—Si la ley del linchamiento no lo cuelga, el hombre queda libre y sus manos limpias de sangre. Además, señor, nuestra magnífica y grandiosa constitución dice, a saber, que ningún hombre debe correr peligro de perder la vida por segunda vez debido al mismo crimen, o algo parecido.

—Así que no pueden pegarle un tiro, ni darle un golpe en la cabeza con un palo, ni nada de eso.

—No, señor.

—¡Bien! ¿Habéis oído lo que ha dicho Kentucky, zoquetes? Ahora hablaré con Bill. Tú sabes cómo se hace, Bill, y dices que tienes experiencia, ¿no? Responde.

—Puedes estar bien seguro, Jan. Si no causas más problemas, te sentirás orgulloso de mi trabajo. Soy un entendido.

—Eres muy listo, Bill, y sabes muchas cosas. También sabes que dos más uno son tres, ¿no?

Bill asintió.

—Y cuando se tienen dos cosas, no siempre se tienen tres, ¿verdad? Ahora préstame atención y te lo demostraré. Para colgar a un hombre hacen falta tres cosas. Primero, el hombre. ¡Bien! Yo soy el hombre. Segundo, la soga. Lawson tiene la soga. ¡Bien! Y tercero, necesitas algo a lo que atar la soga. Pasea la mirada por el paisaje y encuentra algo a lo que atar la soga. ¿Eh? ¿Qué me dices?

Mecánicamente barrieron el hielo y la nieve con la mirada. Se trataba de un paisaje homogéneo, carente de contrastes o contornos acentuados, uniforme, inhóspito y monótono: el mar congelado, el ligero desnivel de la playa, un fondo de colinas bajas y, sobre todo ello, un infinito manto de nieve.

—Ni árboles, ni acantilados, ni cabañas, ni postes de telégrafo ni nada —se quejó Bill *el Rojo*—. Nada lo bastante grande o decente para colgar a un hombre que mide metro y medio sin que los pies le lleguen al suelo. Me rindo. —Dedicó una mirada anhelante a esa parte de la anotomía de Jan que une la cabeza con los hombros—. Me rindo —repitió con tristeza, dirigiéndose a Lawson—. Deja la soga. Dios no hizo esta tierra para que el hombre viviese en ella, eso está más que claro.

Jan sonrió victorioso

—Creo que me iré a la tienda a fumar un rato.

—Aparentemente tienes razón, Bill, hijo mío —dijo Lawson—, pero eres tonto y eso también está más que claro. Hace falta un marino para enseñar a los campesinos. ¿No sabes lo que es una cabria? Pues mira y verás.

El marino trabajaba a buen ritmo. Del montón de maderos de estibar sobre el que habían asegurado la barca el otoño anterior, desenterró un par de remos largos. Los ató formando un ángulo casi recto, cerca del extremo de las palas. En los puntos donde caían los mangos, hizo dos agujeros en la nieve hasta llegar a la arena. En el punto de intersección sujetó dos vientos y ató el extremo de uno a un bloque de hielo de la playa. El otro viento se lo entregó a Bill *el Rojo*.

—Aquí tienes, hijo, sujeta y tira con fuerza.

Para su espanto, Jan vio cómo se alzaba su horca.

—¡No! ¡No! —gritó, retrocediendo y levantando los puños—. ¡No vale! ¡No me colgaréis! ¡Que no, zoquetes! ¡Acabaré con todos vosotros, uno detrás de otro! ¡Os las haré pasar canutas! ¡Haré lo que sea! ¡Moriré antes de permitir que me colguéis!

El marino dejó que los otros dos se ocuparan de la criatura enloquecida. Rodaron por el suelo de un lado al otro, levantando pedazos de nieve y tundra, mientras su feroz pelea escribía una tragedia de pasión humana sobre la hoja blanca de la naturaleza. De vez en cuando una mano o un pie de Jan surgían de la maraña, que Lawson agarraba y ataba con cuerdas. A zarpazos, arañazos y blasfemias lo conquistaron y lo ataron, centímetro a centímetro, para luego arrastrarlo hasta donde aguardaba la inexorable cabria, como un compás gigantesco de pie sobre la nieve. Bill *el Rojo* ajustó la soga, situando el nudo bajo la oreja izquierda. El señor Taylor y Lawson se hicieron cargo del viento, dispuestos a elevar la horca en cuanto recibieran la orden.

—¡Santo Dios! ¡Mirad eso!

El horror presente en la voz de Jan los llevó a desistir. La tienda caída se había levantado y, en medio de la creciente penumbra, agitaba unos brazos

fantasmales y se acercaba hacia ellos titubeando como un borracho. Al cabo de un instante, John Gordon encontró el hueco de la puerta y se libró de la lona.

—Pero ¿qué demonios…? —Se quedó sin voz un momento, mientras observaba aquel cuadro viviente—. ¡Alto! ¡No estoy muerto! —exclamó, acercándose al grupo con cara de enfado.

—Permita que le felicite, señor Gordon, por haberse salvado —se atrevió a decir el señor Taylor—. Por los pelos. Ha sido por los pelos.

—¿Que me felicita? ¡Y un cuerno! Podría estar muerto y podrido, si fuera por vosotros, que sois… —Y John Gordon desembalsó una rotunda riada seca, intensa, acusadora y solo compuesta de adjetivos y palabrotas.

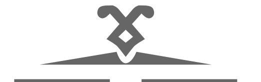
—Solo me raspó —continuó diciendo tras relajarse un poco—. ¿Has esquilado ganado alguna vez, Taylor?

—Sí, señor, muchas veces, en mi tierra.

—Pues eso es lo que me pasó. La bala me rozó la base del cráneo y me dejó sin sentido, pero no me hizo daño —dijo y luego se dirigió al hombre atado—. Levanta, Jan. Como no te disculpes te doy la paliza de tu vida. Y vosotros no os metáis.

—¡Lo dudo mucho! Desátame y ya verás —contestó Jan el Impenitente, aún invicto el demonio que albergaba en su interior—. Y después de arrearte a ti, le voy a dar una buena tunda al resto de estos zoquetes, uno detrás de otro, ¡ya lo veréis!

[1900]



Lo que hace recordar a los hombres

FORTUNE LA PEARLE aplastaba la nieve para abrirse camino, sollozando, esforzándose, maldiciendo su suerte, Alaska, Nome, las cartas y al hombre que había probado su cuchillo. La sangre caliente se helaba en sus manos y la escena aún permanecía, vívida, en su cabeza: el hombre agarrado a la mesa y resbalando despacio hacia el suelo, las fichas rodando y las cartas desperdigadas, el escalofrío que recorrió la estancia y la pausa, las voces de los crupieres y el ruido de las fichas desvaneciéndose, los rostros sobresaltados, el instante infinito de silencio y luego los gritos de sangre y venganza que lo hicieron salir huyendo, y a toda la ciudad como loca detrás de él.

«Se ha armado una buena», dijo en voz baja con desprecio mientras se desviaba en la oscuridad para dirigirse hacia la playa. Las luces brillaban a través de las puertas abiertas y las tiendas, las cabañas y el salón de baile dejaban salir a sus moradores para unirse a la persecución. El clamor de los hombres y el aullar de los perros castigaba sus oídos y aceleraba sus pies. No paraba de correr. Los sonidos se fueron atenuando y la caza se disipó hasta quedar convertida en ira inútil y tanteos sin sentido en la penumbra. Pero una sombra continuaba pegada a él. Al mirar por encima del hombro la veía fugazmente y, sobre la nieve, adoptaba una forma borrosa que luego se fundía de nuevo con las sombras más profundas de alguna cabaña sin luz o de las embarcaciones al abrigo de la playa.

Fortune La Pearle juró como una mujer, con un hilo de voz y ese deje a lágrimas que provoca el agotamiento, y se internó aún más en el laberinto de hielo apilado, tiendas y pozos de prospección. Tropezó con las estachas tirantes y los maderos de estibar, trastabilló con los vientos y las estacas de las tiendas y se cayó, una y otra vez, sobre los depósitos helados y los montículos de madera de deriva. A veces, cuando consideraba que la había dejado atrás, la cabeza dándole vueltas al ritmo desbocado de sus latidos y medio ahogado por el esfuerzo, aflojaba el paso, pero la sombra volvía a salir de la oscuridad y lo obligaba a continuar huyendo. Su intuición le dio una rápida idea que le produjo un escalofrío supersticioso. Adornó la insistencia de la sombra con su

simbolismo de jugador. En silencio, inexorable, imposible de dejar atrás, aceptó que era el destino que aguarda tras la última curva, cuando se cambian las fichas por efectivo y se hace la cuenta de lo perdido y lo ganado. Fortune La Pearle creía en esos momentos escasos y reveladores en los que el intelecto abandona su tiempo y espacio para adentrarse desnudo en la eternidad y leer la realidad en el libro abierto del azar. No tenía dudas de que aquel fuese uno de esos momentos. Por eso, cuando giró hacia tierra adentro y cruzó corriendo la tundra cubierta de nieve, no le extrañó que la sombra adoptase una mayor definición y recortase distancias. Agobiado por su propia impotencia, se detuvo en medio de la llanura blanca y se dio la vuelta. La mano derecha se libró de su manopla y un revólver brilló a la pálida luz de las estrellas.

—No dispares. No voy armado.

La sombra había adquirido una forma tangible y, al oír su voz humana, las rodillas de Fortune La Pearle empezaron a temblar y su estómago acusó las náuseas del alivio repentino que sentía.

Quizás las cosas ocurrieron de otra forma porque Uri Bram no llevaba pistola aquella noche, cuando se sentó en los duros bancos del salón Eldorado y vio cometer un asesinato. También puede atribuirse a ello el viaje que posteriormente haría, siguiendo el largo camino, con un compañero de lo más extraño. Pero, sea como fuere, el caso es que repitió:

—No dispares. ¿No ves que no voy armado?

—Entonces, ¿por qué demonios me sigues? —quiso saber el jugador, bajando el revólver.

Uri Bram se encogió de hombros.

—Eso da igual. Quiero que me acompañes.

—¿A dónde?

—A mi cabaña. Está allí, a las afueras del campamento.

Pero Fortune La Pearle clavó el talón de su mocasín en la nieve y dio testimonio, ante varias deidades, de la locura de Uri Bram.

—¿Quién eres? —inquirió—. ¿Y quién crees que soy yo, para que ponga mi cuello en la horca porque tú me lo pidas?

—Yo soy Uri Bram —respondió el otro, sin inmutarse—, y mi cabaña está allí, a las afueras del campamento. No sé quién eres tú, pero le has arrebatado el alma a un hombre, tu manga está teñida de sangre, y, como ocurrió con Caín, la mano de la humanidad se alza contra ti y no hay lugar donde puedas esconderte. Pero yo tengo una cabaña…

—Por el amor de tu madre, no sigas, amigo —interrumpió Fortune La Pearle—, o te convertiré en Abel sin pensármelo dos veces. ¡Te lo aseguro! Con mil hombres pisándome los talones y buscándome por todas partes, ¿por qué iba a querer acompañarte a tu cabaña? Lo que quiero es irme de aquí… ¡lejos! ¡Muy lejos! ¡Malditos sean! Me dan ganas de volver, armarla buena y llevarme por delante a unos cuantos de esos cerdos. ¡Poner fin a esta historia con una pelea grandiosa, irrepetible! La vida es un timo y yo ya estoy harto.

Se detuvo, horrorizado, destrozado por su desolación y Uri Bram aprovechó el momento. No era un hombre dado a hablar y aquel fue el discurso más largo de su vida, excepto otro que tendría lugar mucho después, en otro sitio.

—Por eso te he hablado de mi cabaña. Puedo ocultarte en ella para que no te encuentren. Tengo comida de sobra. Por lo demás, no puedes marcharte. No tienes perros ni nada, el mar no es navegable, el puesto más cercano es el de St. Michael y los mensajeros se adelantarán a ti con la noticia. Lo mismo ocurrirá con el paso de Anvik. ¡No tienes la más mínima oportunidad! Espera conmigo hasta que la situación se tranquilice. Se olvidarán de ti en un mes o incluso en menos, entre estampidas a York y otros asuntos. Entonces podrás echarte al camino delante de sus narices sin que se inmuten. Yo tengo mi propia opinión de la justicia. Cuando corrí detrás de ti, al salir de Eldorado y a lo largo de la playa, no era para atraparte y entregarte. Tengo mis ideas y esa no es una de ellas.

Se calló al ver que el asesino sacaba un devocionario del bolsillo. Con la aurora boreal iluminando al Noreste el cielo de amarillo, la cabeza descubierta al frío y las manos desnudas sujetando el libro sagrado, Fortune La Pearle le hizo jurar lo que acababa de decir, juramento al que Uri Bram nunca tuvo intención de faltar y al que nunca faltó.

El jugador se detuvo un instante en el umbral de la cabaña, asombrado por la rareza de aquel hombre que lo protegía, aún incrédulo. Pero a la luz de la vela comprobó que la choza era cómoda y no había más inquilinos, por lo que enseguida se dispuso a liar un cigarrillo mientras el otro hacía café. Sus músculos se relajaron al calor y se tumbó de espaldas, casi despreocupado, mientras observaba con atención el rostro de Uri entre las volutas de humo. Era un semblante enérgico, aunque de facciones inconexas. Las líneas de expresión aparecían muy marcadas, casi como cicatrices, y no había indicios de simpatía o buen humor que suavizasen la seriedad de los rasgos. Los ojos brillaban fríos y grises bajo unas cejas prominentes, espesas. Los pómulos, altos y amenazadores, quedaban minados por los huecos profundos de las

mejillas. La barbilla y la mandíbula manifestaban una firmeza que la estrecha frente calificaba de única y, llegado el caso, despiadada. Todo era severo: la nariz, los labios, la voz, las líneas que enmarcaban la boca. Era el rostro de alguien acostumbrado a estar solo, que no solía buscar consejo ajeno; el semblante de quien, por las noches, suele luchar con los ángeles y se despierta para enfrentarse al día con los labios sellados, a fin de que nadie se entere. Era un hombre de miras estrechas y profundas, y Fortune —abierto y superficial— no sabía qué pensar de él. Lo habría entendido si Uri cantase al sentirse alegre y suspira-se al sentirse triste, pero no era capaz de descifrar aquellos rasgos enigmáticos; no podía valorar el alma que se ocultaba bajo ellos.

—Échame una mano, como te llames —ordenó Uri cuando terminaron de tomarse el café—. Tenemos que prepararnos para recibir visitas.

Fortune le dijo cómo se llamaba e hizo un gesto de comprensión. El catre se apoyaba contra uno de los extremos de la cabaña. Era de construcción tosca y la base estaba hecha con madera de deriva cubierta de musgo. A los pies, los extremos sin desbastar de los troncos sobresalían, formando una hilera irregular. Uri arrancó el musgo de la parte que quedaba pegada a la pared y retiró tres de los troncos. Serró los bordes dentados y volvió a ponerlos en su sitio, con cuidado de que la hilera irregular sobresaliese como antes. Fortune fue acarreando los sacos de harina de la despensa exterior y los depositó en el hueco que había quedado. Uri los cubrió con un par de petates alargados y sobre ellos extendió varias capas de musgo y mantas. Aún quedaba espacio para que Fortune pudiese dormir encima, bajo las pieles que tapaban el catre por completo, y cualquiera que lo mirase juraría que estaba vacío.

Durante las semanas siguientes recibieron varias visitas, de las que no se libró ninguna cabaña o tienda de Nome, pero Fortune yacía en su rendija sin que nadie lo molestase. En realidad, los otros no prestaron mucha atención a la cabaña de Uri porque era el último lugar de la tierra donde esperaban encontrar al asesino de John Randolph. Excepto durante esas interrupciones, Fortune holgazaneaba por la cabaña, jugando largas partidas de solitario y fumando un número infinito de cigarrillos. Aunque su carácter voluble apreciaba la cordialidad, los juegos de palabras y la risa, enseguida se acomodó a la taciturnidad de Uri. Más allá de comentar los planes y los actos de sus perseguidores, el estado de los caminos y el precio de los perros, nunca hablaban, y de lo dicho solo lo hacían brevemente y en contadas ocasiones. Pero Fortune se dedicó a elaborar un sistema y, hora tras hora, día tras día, barajaba y repartía las cartas, anotaba las combinaciones en largas columnas y

volvía a barajar y repartir. Hacia el final, ni eso lo entretenía y, con la cabeza inclinada sobre la mesa, imaginaba las animadas casas de juego de Nome, abiertas toda la noche, donde los crupieres y los vigilantes se turnaban y el repiqueteo de la bola de la ruleta nunca dormía. Entonces su soledad y su ruina lo aturdían de tal forma que pasaba horas enteras sentado en la misma postura, inmóvil, impasible. Otras veces su rabia, tanto tiempo contenida, estallaba en apasionados arrebatos, porque había probado la parte más amarga del mundo y no le gustaba.

—¡La vida es un timo! —le gustaba repetir, aunque a veces variaba—. Nunca he tenido ni media oportunidad —se quejaba—. Me engañaron al nacer y la leche de mi madre me traicionó. Los dados estaban trucados cuando ella los lanzó y yo nací como resultado de su pérdida. Pero no por eso tenía derecho a echarme la culpa y a tratarme como si fuese una baraja marcada. Pero lo hizo. Sí, lo hizo. ¿Por qué me arruiné en Seattle? ¿Por qué viajé en tercera y viví como un cerdo para llegar a Nome? ¿Por qué fui a Eldorado? Me dirigía al salón de Pete el Grande y solo entré a comprar cerillas. ¿Por qué no tenía cerillas? ¿Por qué quise fumar? ¿No lo ves? Todo estaba decidido, todo estaba hecho, todo encajaba. Desde antes de nacer. Lucho por cosas que nunca conseguiré, desde antes de nacer. ¡Por eso! ¡Por eso John Randolp avisó con gestos y palabras al mismo tiempo! ¡Maldito sea! ¡Se lo merecía! ¿Por qué no cerró el pico y me dio una oportunidad? Sabía que estaba arruinado. ¿Por qué no me contuve? ¿Por qué? ¿Por qué?

Fortune La Pearle caminaba de un lado al otro de la estancia, preguntándose en vano por el sentido de las cosas. Cuando estallaba de esa forma, Uri no hablaba ni hacía gesto alguno, aunque sus ojos grises se apagaban, se velaban como si aquello no le interesara. Aquellos dos hombres no tenían nada en común y Fortune era lo bastante consciente de ello como para preguntarse, en ocasiones, por qué Uri lo apoyaba.

Pero el tiempo de espera llegó a su fin. La sed de sangre de una comunidad nunca puede rivalizar con su sed de oro. El asesinato de John Randolph ya había pasado a formar parte de los anales del campamento y allí permaneció. Si hubiese aparecido el asesino, sin duda los hombres de Nome habrían detenido la estampida el tiempo suficiente para hacer justicia, pero el paradero de Fortune La Pearle ya no era un problema apremiante. Había oro en el cauce del arroyo y en las playas rojizas y, cuando el mar volviera a ser navegable, los hombres que hubiesen llenado sus sacos zarparían a lugares donde las cosas buenas de la vida se vendían a un precio absurdamente bajo.

Así, una noche, Fortune ayudó a Uri Bram a enganchar a los perros y cargar el trineo, y ambos tomaron el camino de invierno que lleva al sur, sobre el hielo. Pero no siempre fueron en dirección sur, porque se alejaron del mar al este de St. Michael, cruzaron la divisoria y alcanzaron el Yukón en Anvik, a más de mil kilómetros de su desembocadura. Luego continuaron hacia el noreste, pasaron Koyokuk, Tanana y Minook, hasta rodear la gran curva y llegar a Fort Yukón, cruzaron y volvieron a cruzar el Círculo Ártico y pusieron rumbo al Sura través de las llanuras. Fue un viaje agotador y Fortune se habría preguntado por qué aquel hombre lo acompañaba si Uri no le hubiese dicho que poseía concesiones en Eagle, donde tenía a otros hombres trabajando para él. Eagle se encontraba junto a la frontera. A varios kilómetros ondeaba la bandera británica en el cuartel de Fort Cudahy. Luego venían Dawson, Pelly, los rápidos de Five Fingers, Windy Arm, Caribou Crossing, Lindeman, Chilkoot y Dyea.

La mañana siguiente a pasar Eagle, se levantaron temprano. Era la última vez que acampaban juntos y debían despedirse. Fortune estaba contento. La tierra prometía la llegada de la primavera y los días eran cada vez más largos. El camino lo llevaba a territorio canadiense. La libertad estaba a su alcance, el sol regresaba y cada día lo acercaba más al Exterior. El mundo era grande y, una vez más, él podía mirar al futuro con optimismo. Durante el desayuno silbó y tarareó melodías alegres mientras Uri enganchaba a los perros y recogía. Pero cuando todo estaba hecho y los pies de Fortune ardían por partir, Uri echó al fuego una buena tanda de leña y se sentó.

—¿Has oído hablar de la Senda de los Caballos Muertos?

Lo miró, meditabundo, y Fortune negó con la cabeza, irritado por el retraso.

—A veces se producen encuentros en circunstancias que hacen recordar a los hombres —continuó Uri, hablando en voz baja y muy despacio—, y yo conocí a un hombre en una de esas situaciones, en la Senda de los Caballos Muertos. En el 97, transportar el equipo al otro lado del paso White destrozó el corazón de muchos hombres, por eso esa senda lleva un sobrenombre tan apropiado. Los caballos morían como mosquitos al caer las primeras heladas y desde Skagway a Bennett se descomponían, apilados en montones Morían entre las rocas, envenenados en la cima y de hambre en los lagos; se despeñaban en la senda, donde la había, o las pasaban canutas; en el río se ahogaban bajo el peso de la carga, o la fuerza del agua los despedazaba contra las rocas; se partían las patas en las grietas y se rompían los lomos al caer hacia atrás con la carga; en los lodazales se hundían por completo o se

ahogaban en el cieno, y acababan destripados en las ciénagas, donde los troncos que habían usado para hacer los caminos, al pisarlos, surgían entre el barro con las puntas hacia arriba; los hombres les disparaban, los hacían trabajar hasta la extenuación y la muerte y, cuando se quedaban sin ellos, volvían a la playa y compraban más. Algunos ni se molestaban en rematarlos de un tiro: les quitaban las sillas y las herraduras y los dejaban donde habían caído. A los que no se les rompía el corazón, se les volvía de piedra. Los hombres de la Senda de los Caballos Muertos eran animales.

»Allí fue donde conocí a un hombre que tenía el corazón y la paciencia de un santo. Y era honrado. Cuando descansaba a mediodía, liberaba a los caballos de sus cargas para que también ellos pudiesen descansar. Pagaba el quintal de forraje a cincuenta dólares o más. Utilizaba las mantas sobre las que él dormía para proteger sus lomos cuando las rozaduras los hacían sufrir. Otros hombres permitían que las sillas les produjesen heridas por rozadura del diámetro de un cubo para llevar agua. Otros hombres, cuando las herraduras se erosionaban, permitían que se les desgastasen los cascos hasta que no eran más que muñones sanguinolentos. Él se gastó hasta el último dólar en clavos para herrar. Lo sé porque dormíamos en la misma cama y comíamos de la misma cacerola, y nos hicimos hermanos de sangre donde el hombre pierde el control de las cosas y muere blasfemando. Él nunca estaba demasiado cansado para aflojar una correa o apretar una cincha, y a menudo, al ver tal exceso de sufrimiento, se le llenaban los ojos de lágrimas. En uno de los trayectos entre rocas, donde los caballos se erguían sobre las patas traseras y estiraban las delanteras hacia arriba como gatos para poder salvar la pared, había montones de animales muertos, apilados en el mismo lugar donde habían caído hacia atrás. Allí permanecía él de pie, en medio de aquel hedor infernal, con una palabra de ánimo y una palmada en los cuartos traseros en el momento justo, hasta que la reata conseguía pasar. Cuando uno se atascaba en los pantanos, él bloqueaba el camino hasta que el bicho conseguía salir. En esos momentos no había hombre que se atreviera a meterle prisa.

»Al final de la senda, un hombre que había matado cincuenta caballos quiso comprar los nuestros. Lo miramos y miramos a nuestros animales, que eran mustangs de montaña del este de Oregón. Nos ofreció cinco mil dólares. Nosotros estábamos arruinados, pero recordamos la hierba venenosa que crecía en la cima y el paso de las rocas, y el hombre que era mi hermano no dijo ni una palabra, pero dividió los mustangs en dos lotes, sus caballos en uno y los míos en el otro, me miró y nos comprendimos. Él se llevó los míos a un lado y yo los suyos al otro, cada uno con su rifle, y los matamos a todos,

mientras el hombre que había dejado morir a cincuenta caballos nos maldecía hasta quedarse sin voz. Pero ese hombre, que se convirtió en mi hermano de sangre en la Senda de los Caballos Muertos…

—Ese hombre era John Randolph —Fortune, que había escuchado con una mueca desdeñosa, terminó la frase por él.

Uri asintió y dijo:

—Me alegro de que lo comprendas.

—Estoy preparado —respondió Fortune, y a su rostro asomaba de nuevo el cansancio y la amargura de siempre—. Adelante, date prisa.

Uri Bram se puso de pie.

—He tenido fe en Dios todos los días de mi vida. Creo que ama la justicia. Creo que ahora nos mira y elige entre los dos. Creo que espera obrar Su voluntad a través de mi brazo derecho. Y creo que debemos tener las mismas oportunidades y permitir que Él decida.

El corazón de Fortune dio un vuelco al oír esas palabras. No sabía gran cosa sobre el Dios de Uri, pero él creía en la Suerte y la Suerte le sonreía desde la noche que huyó por la playa y entre la nieve.

—Pero solo tenemos un arma —objetó.

—Dispararemos por turnos —respondió Uri mientras sacaba el cilindro del Colt del otro hombre y lo examinaba.

—¡Y las cartas decidirán! ¡Una mano de *seven up*!

Fortune se animó al pensar en el juego y sacó la baraja del bolsillo mientras Uri asentía. ¡La Suerte no podía abandonarlo ahora! Pensó en el regreso del sol a la vez que cortaba para ver quién repartía y se entusiasmó al ver que le tocaba a él. Barajó y repartió las cartas y Uri le cortó la jota de picas. Extendieron sus manos sobre el tapete. En la de Uri no había triunfos, mientras que él tenía un as, un dos. Le pareció que el Exterior ya estaba muy cerca, mientras contaban los cincuenta pasos que los separarían.

—Si Dios contiene Su mano y me derribas, los perros y el equipo son tuyos. En mi bolsillo encontrarás una escritura de compraventa ya firmada —explicó Uri, enfrentándose a la trayectoria de la bala erguido, demostrando valor.

Fortune alejó de sí la imagen del sol brillando sobre el mar y apuntó. Lo hizo con mucho cuidado. Dos veces bajó el arma al ver que la brisa primaveral agitaba los pinos. La tercera vez, echó una rodilla al suelo, agarró el revólver con las dos manos y disparó. Uri describió un medio giro, levantó los brazos y se hundió en la nieve. Pero Fortune sabía que el disparo se había desviado a un lado o el hombre no se habría movido de aquella forma.

Cuando Uri, tras dominar su cuerpo y lograr ponerse en pie, le pidió el arma, Fortune estuvo a punto de volver a disparar. Pero desechó la idea. La Suerte se había portado muy bien con él y, si ahora hacía trampas, tendría que pagar el precio más adelante. No, respetaría las reglas. Además, Uri estaba herido y seguramente no podría sujetar el pesado Colt el tiempo necesario para apuntar bien.

—¿Dónde está tu dios ahora? —se mofó al entregarle el revólver al herido.

Y Uri respondió:

—Dios aún no ha hablado. Prepárate porque lo va a hacer ahora.

Fortune se situó frente a él, aunque con el pecho ladeado para presentar menos superficie de blanco. Uri se tambaleaba como un borracho, pero también esperó a que la calma reinase entre los árboles. El revólver pesaba mucho y eso le hizo dudar, como antes a Fortune. Pero lo sostuvo, con el brazo extendido, por encima de su cabeza, y luego lo fue bajando despacio. En el instante en que el pecho de Fortune y la mira se alinearon con su ojo, apretó el gatillo. Fortune no describió un medio círculo, pero la imagen de la alegre San Francisco se fue atenuando hasta desaparecer y, mientras la nieve destellante al sol se volvía cada vez más negra, maldijo por última vez a la Suerte que no había sabido aprovechar.

[1900]



Una reliquia del plioceno

Me lavo las manos desde el principio en relación a él. No puedo avalar sus cuentos ni quiero ser responsable de ellos. Comprendan que realizo estas aclaraciones preliminares como protección de mi propia integridad. Ocupo cierta posición entre los míos y tengo esposa; así que por el buen nombre de la comunidad que honra mi existencia dándome su aprobación y por el bien de la posteridad de mi mujer, además de la mía, no puedo arriesgarme como hacía antes, ni favorecer las probabilidades con la temeraria imprevisión de la juventud. Por eso repito: me lavo las manos en relación con él, con este Nemrod, este cazador poderoso, este afable pecoso de ojos azules, Thomas Stevens.

Tras haber sido sincero conmigo mismo, y con cualquier rama de olivo futura que mi esposa tenga el placer de tenderme, ahora puedo permitirme el lujo de ser generoso. No criticaré los cuentos que Thomas Stevens me contó y, además, no revelaré mi opinión. Si se me pregunta por qué, solo puedo añadir que porque no la tengo. Durante mucho tiempo lo he reflexionado, ponderado y sopesado, pero mis conclusiones nunca han sido las mismas, ¡eso es!, porque Thomas Stevens es mucho más hombre que yo. Si ha contado la verdad, muy bien; si han sido falsedades, también bien. Porque, ¿quién puede demostrarlo? ¿O refutarlo? Yo me elimino de la proposición, mientras que quienes tienen poca fe pueden hacer lo que yo he hecho: ir a buscar al mencionado Thomas Stevens y analizar con él los distintos asuntos que relataré si la suerte me lo permite. En cuanto a dónde se le puede encontrar, las indicaciones son muy sencillas: en cualquier lugar entre los 53° de latitud Norte y el Polo, por un lado y por el otro, en los terrenos de caza que se extienden entre la costa este de Siberia y la más lejana península de Labrador. Doy mi palabra de hombre honorable cuyas expectativas conllevan decir la verdad y vivir correctamente de que allí se encuentra, en algún lugar de ese territorio claramente definido.

Thomas Stevens puede haber jugado prodigiosamente con la verdad, pero cuando nos encontramos por primera vez (es necesario incidir en esto), él llegó deambulando a mi campamento cuando yo creía que me hallaba a mil

quinientos kilómetros del puesto civilizado más alejado. Al ver su rostro humano, el primero en muchos meses agotadores, sentí la necesidad de levantarme de un brinco y darle un abrazo (aunque no soy un hombre efusivo); pero él se comportó como si aquella visita fuese lo más normal del mundo. Se acercó paseando a la luz de mi campamento —como suelen hacer los hombres que recorren los caminos ya trazados—, apartó a un lado mis raquetas de nieve y al otro un par de perros y así hizo sitio para sentarse junto a mi hoguera. Dijo que venía a pedirme prestada una pizca de bicarbonato y a ver si tenía tabaco decente. Sacó una pipa vieja, la llenó con esmero y, sin siquiera pedir permiso, birló la mitad del tabaco de mi petaca y lo pasó a la suya. Sí, era de buena calidad. Suspiró con la satisfacción de los justos y literalmente absorbió el humo de las hebras amarillas e incandescentes: mi corazón de fumador disfrutó al contemplarlo.

¿Cazador? ¿Trampero? ¿Buscador de oro? Se encogió de hombros. No, andaba dando vueltas por ahí, sin más. Había subido ya hacía tiempo desde el Gran Lago de los Esclavos y estaba pensando en acercarse hasta el territorio del Yukón. El factor de Koshim le había hablado de los descubrimientos del Klondike y se le había ocurrido ir a echar una ojeada. Me fijé en que se refería al Klondike en lengua vernácula y lo llamaba río Reindeer, una costumbre fatua que los veteranos despliegan contra los *chechaquos* y toda clase de novatos. Pero lo hizo de una forma tan ingenua y natural que no me molestó y no se lo tuve en cuenta. Dijo que, antes de cruzar la divisoria del Yukón, también quería hacer una escapada en dirección a Fort Good Hope.

Fort Good Hope queda muy al norte, pasado el Círculo, y se encuentra en un lugar que pocos hombres han hollado; por eso, cuando un granuja anodino surge de la nada en medio de la noche sin venir de ningún sitio en concreto para sentarse junto a tu hoguera y hablar empleando expresiones como «dar vueltas por ahí» y «hacer una escapada», ha llegado el momento de despertarse y sacudirse el sueño de encima. Por eso miré a mi alrededor; vi el toldo y, por debajo, las ramas de pino preparadas para extender sobre ellas las pieles de dormir; vi los sacos con la comida, la cámara, el aliento helado de los perros rodeando el límite del terreno cubierto por la luz y, por encima, la enorme serpentina de la aurora que unía el cénit de sureste a noroeste. Me estremecí. En la noche de la región septentrional hay una magia que nos acecha furtivamente como la fiebre de malaria en los pantanos. Antes de que te des cuenta, se ha apoderado de ti y no te suelta. Luego miré las raquetas de nieve, que yacían boca abajo y cruzadas, tal y como él las había dejado. También le eché un ojo a mi petaca. Se había esfumado la mitad de su

abultada provisión. Ya no tenía duda: la imaginación no me había jugado una mala pasada.

Se ha vuelto loco de tanto pasarlo mal, pensé mientras lo miraba fijamente. Es uno de esos corredores de estampidas chiflados que ha perdido el rumbo y vaga como un alma en pena por inmensidades sin fin y profundidades desconocidas. Bueno, pues dejemos que recupere el humor y así es posible que recobre la cordura. ¿Quién sabe? Tal vez el sonido de otra voz humana consiga que vuelva a ser el que era.

Así que le seguí la corriente y pronto me sentí maravillado porque me habló de la caza y los caminos de aquellas zonas lejanas. Había matado al lobo siberiano de la región más occidental de Alaska y al rebeco en las Rocosas secretas. Aseveraba conocer los lugares donde aún vagaban los últimos bisontes, haber corrido a los flancos de los caribúes cuando estos se desplazaban en manadas de cientos de miles de ejemplares y dormido en las grandes llanuras heladas, siguiendo el camino invernal del buey almizclero.

Cambié de opinión en consecuencia (ésa fue la primera revisión, pero desde luego no la última) y lo consideré la efigie monumental de la verdad. No sé por qué, pero la situación me llevó a repetir un relato que me había contado un hombre que llevaba demasiado tiempo en la región como para saber por dónde andaba. Hablaba del oso enorme que nunca se aleja de las empinadas laderas del monte San Elías y jamás desciende a zonas más llanas. Dios creó a esa criatura para su hábitat de pendientes acusadas, de forma que las patas de un costado miden treinta centímetros más que las del otro. Eso le resulta muy conveniente, como cualquiera puede comprender. Así que decidí ser yo quien cazara a una bestia tan extraña y conté la historia en primera persona, en presente, describí el lugar, proporcioné los adornos y toques de verosimilitud necesarios y me dispuse a ver cómo mi cuento lo dejaba con la boca abierta.

Pero no. Si hubiese dudado, podría haberlo perdonado. Si hubiese puesto objeciones, negando los peligros de semejante caza debido a que el animal no podía girarse para cambiar de dirección, si lo hubiese hecho, podría haber estrechado su mano y reconocido que era un verdadero cazador. Pero no. Aspiró con fuerza, me miró, volvió a aspirar, alabó mi tabaco, apoyó uno de sus pies en mi regazo y me pidió que examinase su calzado. Se trataba de un *mucluc* de patrón indio, cosido con tendones y desprovisto de abalorios u otros adornos. Lo admirable era la propia piel. Su grosor de algo más de un centímetro me recordó la piel de morsa, pero allí se acababa el parecido, porque las morsas no tenían un pelo tan largo y maravilloso. En los laterales y

tobillos, ese pelo estaba casi desgastado por completo, debido a los roces con la maleza y la nieve, pero por arriba y la zona más protegida de la parte de atrás se veía grueso, de un negro sucio y muy denso. Lo aparté con dificultad y miré debajo, en busca de la piel más fina que es común entre los animales del Norte, pero en este caso no la hallé. Sin embargo, esa falta quedaba compensada por el largo del pelo. De hecho, los mechones que habían resistido al desgaste y uso del camino medían entre quince y veinte centímetros.

Levanté la vista para mirar al hombre. Él bajó el pie y me preguntó:

—¿Tu oso del monte San Elías tenía una piel como esta?

Negué con la cabeza.

—Ni la he visto en ninguna otra criatura de tierra o mar —respondí con sinceridad. Su espesor y el largo del pelo me tenían perplejo.

—Esta —dijo sin el menor indicio de ganas de impresionar— es piel de mamut.

—¡Tonterías! —exclamé porque no pude contener mi descreimiento—. El mamut, mi querido amigo, hace mucho que se extinguió de la tierra. Sabemos que existió gracias a los restos fósiles que hemos desenterrado y por el cuerpo congelado que el sol siberiano tuvo a bien derretir y separar del seno de un glaciar, pero también sabemos que no existen especímenes vivos. Nuestros exploradores…Al oír esa palabra, me interrumpió, impaciente.

—¿Vuestros exploradores? ¡Bah! Una raza débil. No hablemos más de ellos. Pero cuéntame qué sabes tú de los mamuts y sus costumbres.

Sin duda, de aquella forma allanaba el camino para una de sus batallitas, así que cebé mi anzuelo rebuscando en mi memoria cualquier dato que pudiese poseer sobre el asunto en cuestión. Para empezar, hice énfasis en que se trataba de un animal prehistórico y organicé todos los hechos apoyándome en eso. Mencioné los bajíos siberianos, llenos de antiguos huesos de mamut; hablé de las enormes cantidades de marfil fósil que la compañía comercial de Alaska compraba a los inuits; y reconocí que yo mismo había desenterrado colmillos de algo más de dos metros de entre la grava y la arena de los arroyos de la zona del Klondike.

—Todos fósiles —concluí—, hallados entre los escombros depositados a lo largo de innumerables años.

—Recuerdo que, cuando era niño —Thomas Stevens aspiró (tenía una forma de aspirar desconcertante)—, vi una sandía petrificada[28]. Así que, aunque hay personas equivocadas que se convencen de que en realidad pueden cultivarse y comerse, no existen las sandías extinguidas.

—Y está la cuestión de la comida —objeté sin hacer caso a su razonamiento, que resultaba pueril y sin sentido—. El suelo debe producir vida vegetal en pródiga abundancia para mantener criaturas tan gigantescas. En el Norte no hay tierras tan prolíficas, ergo el mamut no puede existir.

—No tendré en cuenta tu ignorancia relativa a muchos aspectos de la región septentrional porque eres joven y has viajado poco, pero al mismo tiempo me siento inclinado a darte la razón en una cosa. El mamut ya no existe. ¿Cómo lo sé? Porque maté al último con mis propias manos.

Así habló Nemrod, el cazador poderoso. Lancé un trozo de leña ardiendo a los perros para que dejaran de aullar y aguardé. Sin duda aquel mentiroso de singular acierto abriría la boca para vengarse de mi oso del San Elías.

—Ocurrió así —comenzó por fin, tras dejar transcurrir la cantidad adecuada de silencio—. Un día estaba yo acampado…

—¿Dónde? —interrumpí.

Hizo un gesto distraído con la mano en dirección noreste, donde se extendía una terra incógnita en cuya inmensidad pocos hombres se han internado y de la que aún menos han regresado.

—Un día estaba acampado con Klooch. Klooch era la *hamooks* más guapa que jamás haya aullado entre los tirantes o metido el hocico en la cacerola del campamento. Su padre era un malamute pura sangre de la Pastilik rusa, en el Mar de Bering, al que crucé, sabiendo lo que hacía, con una perra de patas largas y fornida, de la raza de la bahía de Hudson. Te aseguro que resultó una mezcla buenísima. Aquel día del que te hablo, acababa de parir tras dejarla preñada un lobo salvaje de los bosques, gris, de patas largas, impresionantes pulmones y una resistencia infinita. ¿Alguna vez viste cosa igual? Había creado una nueva raza de perro y esperaba obtener grandes resultados.

»Como he dicho, la perra acababa de parir sin problemas. Yo me había agachado junto a la camada, formada por siete cachorrillos ciegos, pero fornidos, cuando a mi espalda oí una especie de barrito y un estruendo impresionante. Se levantó una ráfaga de aire, como el ventarrón que pisa los talones a la lluvia, y me estaba incorporando cuando caí boca abajo. Al mismo tiempo oí a Klooch suspirar como hace un hombre cuando otro le clava el puño en el estómago. Puedes apostar lo que quieras a que me quedé quieto, aunque giré la cabeza y vi una mole gigantesca balanceándose por encima de mí. Luego volví a ver el azul del cielo y me levanté. Una montaña de carne cubierta de pelo desaparecía entre la maleza que rodeaba el claro. Pude ver sus cuartos traseros, en los que destacaba una cola rígida de contorno tan grande como mi cuerpo. Al instante siguiente ya solo se veía un

agujero enorme en el matorral, aunque aún se percibía el mismo ruido que hace un tornado al alejarse: matorrales arrancados y rasgados y árboles partiéndose y cayendo.

»Busqué mi rifle. Lo había dejado en el suelo, con la boca apoyada en un tronco, pero la culata estaba aplastada, el cañón desalineado y el mecanismo roto en mil pedazos. Entonces busqué a la perra y… y ¿qué imaginas?

Yo negué con la cabeza.

—¡Que mi alma arda en mil infiernos si quedaba algún rastro de ella! Klooch y los siete cachorros ciegos y robustos habían desaparecido por completo. En la tierra blanda donde ella había yacido quedaba un hoyo sanguinolento y viscoso de un metro de diámetro y en los bordes algunos pelos dispersos.

Di dos zancadas sobre la nieve, dibujé un círculo alrededor y miré a Nemrod.

»La bestia medía nueve metros de largo por seis de alto —respondió—, y los colmillos superaban los cinco metros. No me podía creer lo que estaba pasando. Pero si dudaba de mis sentidos, allí tenía el rifle roto y el agujero en la maleza. También estaban, mejor dicho, ya no estaban, Klooch y los cachorros. Aún ahora, al recordarlo, me hierve la sangre. ¡Klooch! ¡Otra Eva! ¡La madre de una nueva raza! Y un viejo mamut desmandado y arrasándolo todo, como un segundo diluvio, se los lleva por delante y los borra de la faz de la tierra. ¿Te extraña si te digo que la tierra empapada de sangre clamaba a Dios? ¿0 que agarré el hacha de mano y me fui tras la pista del animal?

—¿El hacha de mano? —exclamé, totalmente asombrado al imaginarme la escena— Un hacha de mano contra un mamut enorme de nueve metros de largo y seis de alto.

Nemrod compartió mi diversión y se rio entre dientes.

—¿A que es para morirse de risa? —exclamó—. ¿No te parece una locura? Muchas veces me he reído después, pero en aquel momento no me hizo ninguna gracia, ¡estaba tan enfadado por lo del rifle y lo de Klooch! ¡Piénsalo! Una raza totalmente nueva, sin clasificar, sin registrar, aniquilada antes de poder abrir los ojos o darse cuenta de que ya formaba parte del mundo. Bueno, así ha de ser. La vida está llena de decepciones y con razón. La carne sabe mejor después de una hambruna y el lecho parece más blando tras un viaje duro.

»Como te decía, salí tras la bestia con el hacha y le seguí los pasos hasta el extremo inferior del valle. Pero cuando se dio la vuelta para dirigirse a la cabeza del mismo, yo me quedé sin aliento en la zona más baja. En cuanto a

la comida, antes de seguir debería explicarte un par de cosas. Allí arriba, en medio de las montañas, existe una formación de lo más curiosa. Está lleno de pequeños valles que se parecen como gotas de agua, todos ellos bien escondidos entre paredes rocosas y empinadas que surgen por todas partes. En las zonas bajas siempre hay pequeñas aberturas creadas por la presión del drenaje o de los glaciares. La única forma de entrar es a través de esas bocas, todas pequeñas, algunas más que otras. En cuanto a la comida…, supongo que habrás chapoteado por las islas siempre pasadas por agua de la costa de Alaska hacia Sitka, teniendo en cuenta que eres un viajero. Así que sabrás cómo crecen allí las cosas: enormes, sabrosas y frondosas. Pues lo mismo ocurría en esos valles. La tierra era espesa y muy rica y aquello estaba lleno de helechos, hierbas y demás plantas más altas que yo. Durante los meses de verano llovía tres días de cada cuatro y había comida de sobra para mil mamuts, por no hablar de caza adecuada para el hombre.

»Pero, a lo que iba: en el extremo inferior del valle me quedé sin aliento y me rendí. Empecé a especular, porque al quedarme sin aliento mi cólera aumentó y supe que no descansaría tranquilo hasta que cenara asado de pata de mamut. También supe que eso implicaba *skookum mamook puka-puk*, disculpa mi chinook, quiero decir que la lucha iba a ser de las buenas. La boca de mi valle era muy estrecha y las paredes empinadas. En un lado, a lo alto, había una de esas grandes piedras vacilantes o movedizas, como las llaman algunos, que pesaría un par de toneladas. Lo que necesitaba. Regresé al campamento sin perder de vista al bicho para que no se me escapase y cogí la munición. No valía para nada con el rifle destrozado, así que vacié los cartuchos, coloqué la pólvora bajo la piedra y desencadené una explosión con una mecha larga. No era gran cosa, pero la vieja piedra se inclinó despacio y cayó donde tenía que caer, dejando espacio suficiente para que el arroyo drenase sin problemas. Ya lo tenía.

—Pero ¿cómo que lo tenías? —pregunté—. ¿Quién ha oído hablar de un hombre capaz de matar a un mamut con un hacha de mano? 0, ya puestos, con cualquier otra cosa.

—¿Es que no te he dicho que estaba como loco? —contestó Nemrod, demostrando una ligera susceptibilidad—. Me había vuelto loco por lo de Klooch y el rifle. Además, ¿no era un cazador? Y aquel tipo de caza, ¿no era algo nuevo y de lo más inusual? ¿El hacha de mano? Bah. No la necesitaba. Escucha y oirás el relato de una forma de cazar como la que debió usarse cuando el mundo era joven y los hombres de las cavernas mataban con hachas de mano hechas de piedra. Una de esas también me habría servido. ¿No es

cierto que el hombre puede superar al perro o al caballo? ¿Que puede agotarlos con la inteligencia de su resistencia?

Asentí.

—¿Y bien?

Me picaba la curiosidad y quería que continuase.

—Mi valle tendría unos ocho kilómetros de circunferencia. La boca estaba cerrada. No había forma de salir. Aquel mamut era un animal tímido y estaba a mi merced. Volví a pillarle el rastro, grité como un demonio, le lancé piedras y le obligué a correr alrededor del valle tres veces antes de hacer un alto para cenar. ¿No lo ves? Era un circuito para hombre y mamut. Un hipódromo en el que arbitraban el sol, la luna y las estrellas.

»Me llevó dos meses hacerlo, pero lo hice. Y no fue nada sencillo. Le obligué a correr una y otra vez, ocupando yo siempre la parte interior del círculo, comiendo tasajo y bayas a la carrera, y echando de vez en cuando una cabezada. Por supuesto que a veces se desesperaba y se daba la vuelta para enfrentarse a mí. Entonces yo me dirigía a terreno blando, donde el arroyo se ensanchaba, lo ponía verde a él y toda su familia y lo retaba a ir a por mí. Pero era demasiado listo para quedarse atascado en el barro. En una ocasión me acorraló contra la pared, yo retrocedí arrastrándome al interior de una grieta profunda y esperé. Cuando tanteaba con la trompa para encontrarme, le golpeaba con el hacha hasta que se retiraba, tan enfadado que creí que me dejaría sordo con sus gritos y alaridos. Sabía que me tenía atrapado pero que no me tenía del todo y eso lo volvía loco. Pero no era tonto. Sabía que estaría a salvo mientras yo permaneciese en la grieta y decidió que me obligaría a permanecer allí. Iba bien encaminado, pero no había pensado en la intendencia. En aquella zona no tenía ni comida ni agua, así que no podría mantener el asedio demasiado tiempo. Se quedó durante horas frente a la grieta, vigilándome y espantando a los mosquitos con sus enormes orejas. Luego la sed lo dominó, se enfadó y bramó hasta hacer temblar la tierra y me llamó todo cuanto insulto se le ocurrió. Eso lo hacía para asustarme, claro, y cuando creía que me había impresionado lo bastante, retrocedía despacio e intentaba escabullirse hacia el arroyo. A veces lo dejaba llegar casi hasta el agua, a solo un par de cientos de metros, entonces salía y él regresaba corriendo moviéndose con pesadez. Tras repetir la jugada unas cuantas veces, él se dio cuenta y cambió de táctica. Comprendió el factor tiempo. Sin la más mínima advertencia se largaba hacia el agua como un loco, con la intención de ir y volver antes de que yo pudiera huir. Por fin, tras maldecirme de una

forma impresionante, levantó el sitio y se marchó despacio hacia el bebedero, sin dejar de vigilarme.

»Ésa fue la única vez que me acorraló él a mí, durante tres días, pero después de eso ya no se libró del hipódromo. Vueltas y más vueltas, como en una de esas carreras de resistencia, sin que él quisiera ceder y rendirse. Mi ropa se hizo jirones, pero no me detuve a arreglarla, hasta que al final corría desnudo como un hijo de la tierra, solo con el hacha en una mano y una piedra en la otra. Nunca me detenía, excepto para echar alguna cabezada mínima entre las rendijas y los salientes de los precipicios. En cuanto al mamut, fue adelgazando perceptiblemente, yo creo que perdió varias toneladas de peso, y se convirtió en un manojo de nervios. Cuando me encontraba con él y le gritaba o cuando le lanzaba una piedra desde lejos, saltaba como un potro asustadizo y temblaba de la cabeza a los pies. Luego se lanzaba a correr, agitando la trompa y la cola, muy estiradas, embistiendo con la cabeza, echando chispas por los malvados ojos e insultándome y maldiciéndome de una forma espantosa. Era una bestia muy inmoral, un asesino, un blasfemo.

»Pero hacia el final renunció a todo eso y se dedicó a gimotear y llorar como un bebé. Le había minado la moral y se convirtió en una montaña temblorosa de sufrimiento. A veces le daban palpitaciones y se tambaleaba como un borracho, se caía y se desollaba las espinillas. Después lloraba, pero sin dejar de correr. Incluso los dioses habrían llorado con él, y tú mismo y cualquier otro hombre. Daba pena, mucha pena, pero a mí solo me endurecía más el corazón y me llevaba a apretar el paso. Al final logré agotarlo y cayó sin aliento, con el corazón destrozado, hambriento y muerto de sed. Cuando me aseguré de que no se movía lo desjarreté y me pasé casi todo el día arremetiendo contra él con el hacha, mientras él lloraba y sollozaba, hasta que logré abrirme camino en su cuerpo lo bastante como para rematarlo. Medía nueve metros de largo y seis de alto, y era posible extender una hamaca entre sus colmillos y dormir plácidamente. Excepto porque lo había dejado seco de tanto esfuerzo, su carne era bastante buena y solo las patas, bien asadas, podían alimentar durante un año a un hombre. Yo pasé allí todo el invierno.

—¿Y dónde está ese valle? —pregunté.

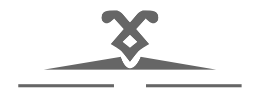
Hizo un gesto con la mano en dirección al noreste y dijo:

—Tu tabaco es muy bueno. Ahora me llevo una buena ración de él en la petaca, pero su recuerdo me acompañará hasta que muera. Como muestra de mi agradecimiento y a cambio de los mocasines que tú calzas, te regalaré estos *muclucs*. Conmemoran a Klooch y a los siete cachorrillos ciegos. También constituyen el recuerdo de un hecho sin precedentes en la historia: la

destrucción de la raza animal más antigua de la tierra y de la más joven. Su mayor virtud consiste en que nunca se gastarán.

Tras efectuar el intercambio, vació las cenizas de la pipa, me estrechó la mano me deseo buenas noches y se alejó deambulando entre la nieve. En relación con este relato, sobre el que ya he declinado cualquier responsabilidad, recomendaría a quienes tienen poca fe que visiten el Instituto Smithsonian. Si llevan las credenciales adecuadas y no acuden en época de vacaciones, sin duda conseguirán que los reciba el profesor Dolvidson. Los *muclucs* están ahora en sus manos y él verificará, no la forma en que se obtuvieron, sino el material del que están hechos. Si él afirma que están hechos en piel de mamut, el mundo científico acepta su veredicto. ¿Qué más necesitan ustedes»

[1900]



Un brebaje hiperbóreo

La historia de un blanco intrigante entre el extraño pueblo que habita la orilla del océano Ártico

LA VERACIDAD de Thomas Stevens puede haber sido tan indeterminada como X, su imaginación, la imaginación de los hombres corrientes elevada a la enésima potencia, pero al menos podemos decir lo siguiente: jamás pronunció palabra o hecho que pudiese calificarse de mentira evidente… Puede que jugase con la probabilidad y se situase al límite más extremo de lo posible, pero en sus relatos la maquinaria nunca chirrió. Nadie puede negar que conocía la región septentrional como la palma de su mano. Que era un gran viajero y había recorrido incontables caminos desconocidos lo confirman infinidad de pruebas. Además de mi propia experiencia, conocí otros hombres que se lo habían encontrado por todas partes, pero sobre todo en los confines de la nada. Estaba Johnson, el exfactor de la compañía de la bahía de Hudson, que lo había albergado en una factoría de Labrador hasta que sus perros descansaron un poco y pudo partir de nuevo. Estaba McMahon, agente de la Compañía Comercial de Alaska, que se lo había tropezado en Dutch Harbor[29] y más adelante entre las islas exteriores de las Aleutianas. Nadie discutía que había guiado uno de los primeros estudios topográficos realizados por Estados Unidos y la historia establece sin duda alguna que sirvió del mismo modo a la Western Union cuando quiso llevar a Europa su telégrafo cruzando Alaska y Siberia. Además, también estaba Joe Lamson, el capitán ballenero que, mientras se encontraba retenido por el hielo en la desembocadura del Mackenzie, lo vio subir a bordo en busca de tabaco.

Este último detalle demuestra sin lugar a dudas la identidad de Thomas Stevens. Su búsqueda de tabaco era eterna e incansable. Ya antes de conocernos bien aprendí a recibirlo estrechándole una mano y, con la otra, pasarle la petaca del tabaco. Pero la noche que me lo encontré en el salón que John O’Brien tenía en Dawson, su cabeza estaba envuelta en un halo de humo de cigarros de cincuenta centavos y en lugar de la petaca me pidió el saco del oro. Nos hallábamos de pie junto a una mesa donde se jugaba al faro y en el acto lo depositó sobre la carta más alta. «Cincuenta», dijo y el crupier asintió

con la cabeza. La carta más alta cumplió, él me devolvió el saco, pidió una ficha y me arrastró a la balanza, donde el encargado le entregó, como si nada, cincuenta dólares en polvo de oro.

—Ahora vamos a beber —me dijo. Después, ya en la barra, tras depositar el vaso, continuó—: Me recuerda a una destilería que tuve en la zona de Tattarat. No, no conoces el lugar, ni siquiera lo reflejan los mapas, pero se encuentra en la orilla del océano Ártico, a varios cientos de kilómetros de la frontera norteamericana, y allí viven medio millar de almas olvidadas de Dios, que dan y toman en las bodas y en los períodos intermedios pasan hambre y mueren. Los exploradores no los han tenido en cuenta y no los encontrarás en el censo de 1890. En una ocasión un ballenero se quedó atrapado allí, pero los tripulantes, que alcanzaron la orilla caminando sobre el hielo, pusieron rumbo al sur y no se volvió a saber de ellos.

—Aunque menudo alambique que montamos Moosu y yo —añadió un minuto después, con el más mínimo asomo de suspiro.

Yo sabía que tras aquel suspiro se ocultaban grandes hazañas y locuras, así que lo arrinconé en una esquina, entre una mesa de ruleta y otra de póker, y aguardé a que se le soltara la lengua.

—Moosu solo tenía una pega —empezó, inclinando la cabeza, pensativo—. Una pega. Solo una. Era indio, de más allá del límite de la región Chipewyan, pero el problema era que tenía nociones de las Sagradas Escrituras. Había acampado una temporada con un francocanadiense renegado que había estudiado para cura. Moosu nunca había visto el cristianismo aplicado y tenía la cabeza llena de milagros, batallas, dispensas y demás cosas que no comprendía. Por lo demás era un buen tipo y muy útil en el camino o en la hoguera.

»Las habíamos pasado canutas y estábamos deshechos cuando nos dejamos caer en Tattarat. Habíamos perdido el equipo y los perros al cruzar una divisoria en medio de una ventisca otoñal y al entrar en la aldea llevábamos la ropa hecha jirones y el estómago pegado a la espalda. No se sorprendieron demasiado al vernos, debido a los balleneros, y nos dieron la casucha más miserable de la aldea y lo peor de sus sobras. Lo que en ese momento me pareció extraño fue que nos dejasen solos. Pero Moosu me lo explicó.

»—El chamán está enfermo de la barriga —me dijo, refiriéndose a que el chamán o hechicero estaba celoso y había aconsejado a su pueblo que no tuviese nada que ver con nosotros. Lo poco que había visto de los balleneros le bastó para comprender que la mía era una raza más fuerte y más sabia, por

lo que se comportaba como se han portado siempre los chamanes en todo el mundo. Antes de que termine, comprenderás cuánta razón tenía el hombre.

»—Esta gente tiene una ley —dijo Moosu—. Quien come carne debe cazar. A ti y a mí, amo, nos resultaría difícil manejar las armas de la zona; tampoco sabemos disparar con arco ni usar las lanzas a la manera que ellos aprueban. Por eso el chamán y Tummasook, que es el jefe, se han puesto a pensar y han decretado que trabajemos con las mujeres y los niños acarreando la carne hasta la aldea y cubriendo las necesidades de los cazadores.

»—Lo cual es un error —respondí—, porque somos mejores que ellos, Moosu, somos mejores que estas gentes que avanzan en la oscuridad. Además, deberíamos descansar y reponer fuerzas para afrontar la larga senda que lleva al sur, porque el débil no prospera en el camino.

»—Pero no tenemos nada —objetó, mirando a su alrededor, a las maderas podridas del iglú, mientras el hedor de la carne de morsa ya pasada que había sido nuestra cena continuaba ofendiendo su olfato—. Y con esta comida no podemos recuperarnos. Solo tenemos la botella del «quitapenas», que no llenará el vacío de nuestros estómagos, así que tendremos que sometemos al yugo de los no creyentes y dedicarnos a cortar madera y transportar agua. En este lugar hay cosas buenas que nosotros no disfrutaremos. Amo, nunca me ha fallado el olfato y me ha llevado hasta las despensas secretas y entre los fardos de pieles de los iglús. Esta gente obtuvo buenas provisiones de los pobres balleneros, provisiones que han llegado a muy pocas manos. Ipsukuk, la mujer que vive en el extremo más alejado de la aldea, junto al iglú del jefe, posee mucha harina y mucho azúcar, y en su cara he visto manchas de melaza. En el iglú de Tummasook, el jefe, hay té. He visto cómo se lo traga el viejo asqueroso. Y el chamán tiene una lata de tabaco de mascar y dos cubos del mejor tabaco de pipa. ¿Qué tenemos nosotros? ¡Nada! ¡Nada! ¡Nada!

»Pero yo me había quedado atónito al oírle hablar del tabaco y no fui capaz de responder.

»Moosu acabó rompiendo el silencio por su propia cuenta:

»—Y está Tukeliketa, hija de un gran cazador y hombre rico. Una buena candidata. Sí, muy buena.

»Por la noche, mientras Moosu roncaba, yo me estrujé el cerebro porque no soportaba saber que había tabaco tan cerca de mí y no me lo podía fumar. También era verdad, como él había dicho, que nosotros no teníamos nada. Pero pronto tuve claro cómo conseguirlo y por la mañana le dije:

»—Sal de la aldea sin que nadie se entere, como tú sabes hacerlo, y consígueme algún hueso que tenga la forma del cuello de un cisne y que esté

hueco. Además, muévete con humildad pero fíjate bien dónde tienen las cacerolas, las fuentes y todo lo necesario para cocinar. No olvides que poseo la sabiduría del hombre blanco y haz lo que te he pedido con aplomo y celeridad.

»Durante su ausencia, situé la lámpara de aceite de ballena para cocinar en medio del iglú y aparté las raídas pieles de dormir a fin de tener más espacio. Luego desmonté su rifle y me quedé con el cañón. Tras eso trencé muchos pabilos con el algodón silvestre que las mujeres recogen en verano. Cuando Moosu regresó, traía el hueso que le había pedido y me dijo que en el iglú de Tummasook había una lata de cinco galones de queroseno y un gran hervidor de cobre. Le dije que lo había hecho muy bien y que debíamos dejar pasar el día. Ya cerca de la medianoche, le dediqué una arenga.

»—Este jefe, este Tummasook, tiene un hervidor de cobre y una lata de queroseno. —Deposité una piedra redondeada y pulida por el mar en la mano de Moosu—. El campamento está en silencio y titilan las estrellas. Vete, cuélate con cuidado en el iglú del jefe y golpéale en el vientre con dureza. Que la carne y los buenos alimentos que nos esperan en los próximos días le den más fuerza a tu brazo. Se armará un gran alboroto, habrá gritos y la aldea acudirá al completo. Pero no temas. Oculta tus movimientos y camufla tu silueta en la oscuridad de la noche y la confusión de los hombres. Cuando Ipsukuk, la mujer, esté cerca de ti, esa que se mancha el rostro al comer melaza, golpéala de la misma forma. Haz lo mismo con cualquiera que posea harina y se te ponga a tiro. Luego alza la voz mientras te quejas y te doblas, agarrándote el vientre con las manos, y grita para dejar bien claro que tú también has recibido la visita de la noche. De esta forma alcanzaremos honor y grandes posesiones, y la lata de tabaco de mascar, el tabaco de pipa y tu Tukeliketa, tu buena candidata.

»Cuando partió para cumplir con mi encargo, aguardé con paciencia en nuestra casucha. Me parecía que el tabaco ya estaba muy cerca. Luego se oyó un grito asustado en la noche, que se convirtió en un alboroto que llegó hasta el cielo. Yo cogí el «quitapenas» y salí corriendo. Había mucho ruido, las mujeres lloraban y el miedo los dominaba a todos. Tummasook y la mujer Ipsukuk se revolcaban de dolor en el suelo, junto con algún que otro más y Moosu. Aparté a los que me impedían el paso y acerqué la boca de la botella a los labios de Moosu. De inmediato se recuperó y dejó de quejarse. Al verlo, los otros heridos empezaron a pedir a gritos la botella. Pero les dirigí una arenga y antes de que probaran su contenido y se recuperaran había conseguido que Tummasook me diese su hervidor de cobre y su lata de

queroseno, la mujer Ipsukuk su azúcar y su melaza, y los otros enfermos considerables cantidades de harina. El chamán miraba con furia y malicia a la gente que me rodeaba, aunque no podía ocultar el asombro que en el fondo sentía. Pero yo mantuve la cabeza bien alta y Moosu acabó refunfuñando por el peso del botín mientras me seguía de vuelta a nuestra casucha.

»Allí me puse a trabajar. En el hervidor de cobre de Tummasook mezclé tres partes de harina de trigo con cinco de melaza, a lo que añadí veinte partes de agua. Luego situé el hervidor cerca de la lámpara para que fermentara con el calor y se fortaleciera. Moosu comprendió y dijo que mi sabiduría sobrepasaba a la de Salomón, de quien había oído decir que era un sabio de la antigüedad. Situé la lata de queroseno sobre la lámpara y a su pico ajusté un pitorro, en el que introduje el hueso con forma de cuello de cisne. Envié a Moosu afuera a picar hielo mientras yo conectaba el cañón de su rifle con el cuello de cisne. Hacia la mitad, sobre el cañón, apilé el hielo que él había picado. En el extremo más alejado del cañón, pasada la cazuela con el hielo, coloqué una pequeña cacerola de hierro. Cuando el brebaje fue lo bastante fuerte (¡dos días más y hubiese echado a andar por sí solo!), llené con él la lata de queroseno y encendí las mechas que había trenzado.

»Como ya estaba todo listo, le dije a Moosu:

»—Ve a ver a los hombres principales de la aldea, salúdalos e invítalos a acudir a mi iglú para dormir conmigo y con los dioses.

»El alambique cantaba alegremente cuando empezaron a apartar la puerta de piel y a arrastrarse para entrar, mientras yo apilaba hielo picado sobre el cañón del rifle. Por el agujero del extremo más alejado el licor empezó a gotear sobre el hierro, puro matarratas. Pero ellos nunca habían visto nada igual y dejaron escapar una risa nerviosa cuando les conté sus virtudes. Mientras hablaba fui consciente de los celos que asomaban a los ojos del chamán, así que, al terminar, lo situé entre Tummasook y la mujer Ipsukuk. Les ofrecí el brebaje: se les llenaron los ojos de lágrimas y sus estómagos entraron en calor. Quisieron más. Cuando ya los tenía bien colmados, me volví a los demás. Tummasook empezó a alardear de que una vez había matado a un oso polar y, en medio del vigor con el que contaba su hazaña, estuvo a punto de acabar con el hermano de su madre. Pero nadie se inmutó. La mujer Ipsukuk se puso a llorar por un hijo al que había perdido muchos años antes en el hielo y el chamán se dedicó a hacer conjuros y profecías. Así continuó la cosa y antes de amanecer todos dormían con los dioses sobre el suelo.

»La historia se cuenta sola, ¿no te parece? Se extendió la noticia de que existía una poción mágica. Era demasiado maravillosa para expresarlo. La lengua solo lograba contar una mínima parte de los milagros que realizaba. Aliviaba el dolor, suspendía la tristeza, recuperaba viejos recuerdos, rostros muertos y sueños olvidados. Era un fuego que devoraba la sangre y que, aunque quemaba, no ardía. Transmitía valor, enderezaba la espalda y convertía al hombre en algo más que un hombre. Revelaba el futuro y daba visiones y profecías. Rebosaba sabiduría y revelaba secretos. Las cosas que podía hacer eran infinitas y pronto todo el mundo empezó a querer dormir con los dioses. Llevaron las pieles que más abrigaban, sus perros más fuertes, su mejor carne. Pero yo vendía el brebaje con discreción y favorecía solo a los que traían harina, melaza y azúcar. Reunimos semejante cantidad que envié a Moosu a construir una despensa secreta para guardarlos porque ya no había sitio en el iglú. Antes de tres días Tummasook se había arruinado. El chamán, que tras la primera noche no volvió a emborracharse por completo, me observaba con atención y no se despegó de mí en casi toda una semana. Pero antes de que transcurrieran diez días la mujer Ipsukuk se quedó sin provisiones y se fue a casa débil y tambaleándose.

»Sin embargo, Moosu se quejó.

»—Amo —me dijo—, hemos acumulado una gran riqueza en melaza, azúcar y harina, pero nuestra casucha sigue siendo la peor, nuestra ropa abriga poco y nuestras pieles de dormir están raídas. El estómago nos pide carne cuyo hedor no ofenda a las estrellas y té del que bebe Tummasook, además de anhelar el tabaco de Neewak, el chamán que planea destruirnos. Tengo harina para ponerme enfermo y azúcar y melaza sin restricciones, pero el corazón de Moosu está dolorido y su lecho vacío.

»—¡Paz! —respondí—. Eres débil de entendimiento y necio. Permanece tranquilo y aprende a esperar, así nos quedaremos con todo. Pero si echamos mano ahora agarraremos poca cosa, que al final se quedará en nada. En comparación con la sabiduría del hombre blanco, eres un niño. Mantón la boca cerrada y observa y te mostraré cómo actúan mis hermanos del exterior para reunir las mayores riquezas de la tierra. Es lo que se llama «hacer negocios», ¿qué sabes tú de los negocios?

»Pero al día siguiente llegó sin aliento.»—Amo, una cosa extraña ha ocurrido en el iglú de Neewak, el chamán. Estamos perdidos y no hemos vestido las pieles que dan calor ni probado el tabaco bueno, por culpa de nuestra locura por la melaza y la harina. Vete tú a verlo mientras yo me ocupo del alambique.

»Así que fui al iglú de Neewak. Resulta que había construido su propio alambique, tras haber copiado el mío astutamente. Al mirarme no pudo ocultar su triunfo. Porque era un hombre de muchas facetas y cuando había dormido con los dioses en mi iglú, su sueño no había sido profundo.

»Pero no me preocupé porque yo sabía lo que sabía. Cuando regresé a mi propio iglú le dije a Moosu:

»—Por suerte, el derecho a la propiedad impera entre estas gentes que, por lo demás, no cuentan con muchas instituciones propias del hombre. Debido a ese respeto por la propiedad, tú y yo engordaremos. Además, introduciremos entre ellos nuevas instituciones que otros pueblos han comprendido después de mucho esfuerzo y trabajo.

»Moosu no entendió bien lo que quise decir, hasta que apareció el chamán, con los ojos llameantes y una nota de amenaza en la voz, y exigió negociar conmigo.

»—Porque —gritó— no queda harina ni melaza en toda la aldea. Con tus astucias tú se la has arrebatado a mi pueblo, que ha dormido con tus dioses y que ahora solo tiene la cabeza hueca, las rodillas débiles y una sed de agua fría que no consiguen calmar. Eso no es bueno y mi voz tiene poder entre ellos, por eso debemos comerciar, tú y yo, con la melaza y la harina, como tú has comerciado con ellos.

»—Hablas bien y la sabiduría habita en tu boca —respondí—. Comerciaremos. Por esta cantidad de harina y melaza me darás la lata de tabaco de mascar y los dos cubos del tabaco de pipa.

»Moosu dejó escapar un gemido y, cuando intercambiamos la mercancía y el chamán se marchó, me recriminó:

»—¡Ahora sí que estamos perdidos, por culpa de tu locura! Neewak hará su propio alcohol y cuando llegue el momento ordenará a su gente que no beba más brebaje que el suyo. Así estaremos acabados, nuestros bienes no servirán de nada, nuestro iglú seguirá siendo pobre y el lecho de Moosu continuará frío y vacío.

»—Por todos los lobos, te digo que eres un necio —contesté—, como tus antepasados antes que tú y tus descendientes hasta la última generación. Lo poco que sabes es peor que no saber nada y tus ojos están ciegos al negocio del que te he hablado y del que lo desconoces todo. Vete, hijo de mil necios, bebe el brebaje que Neewak destila en su iglú y da gracias a los dioses por tener la sabiduría del hombre blanco para facilitarte la vida. ¡Vete! Y cuando hayas bebido, vuelve con el sabor aún en los labios, para que me des tu opinión.

»Dos días después, Neewak nos invitó a acudir a su iglú. Moosu fue, pero yo me quedé solo, con la melodía del alambique en los oídos y el aire espeso por el humo del tabaco del chamán. Aquella noche hubo poca actividad y solo vino Angeit, un joven cazador que tenía fe en mí. Más tarde llegó Moosu, con la lengua derramando carcajadas y los ojos fruncidos de risa.

»—Eres un gran hombre —me dijo—. Eres un gran hombre, amo, y por tu grandeza no condenarás a Moosu, tu servidor, aunque a veces dude y no comprenda.

»—¿Qué ha pasado? —quise saber—. ¿Has bebido mucho? ¿Duermen todos profundamente en el iglú de Neewak, el chamán?

»—No, están enfadados y doloridos y el jefe Tummasook ha agarrado a Neewak por el cuello y jurado por los huesos de sus antepasados que no volvería a mirarlo a la cara. Verás, llegué al iglú y el brebaje cocía a fuego lento y burbujeaba, mientras el vapor circulaba por el cuello de cisne, como en tu alambique, y como en el tuyo se convertía en agua al contacto del hielo y caía gota a gota en la cacerola del extremo. Neewak nos lo dio para que lo bebiéramos, pero no era como el tuyo porque no picaba en la lengua ni hacía estremecer los ojos. La verdad es que era como el agua. Bebimos. Bebimos mucho, pero permanecimos sentados con el corazón frío y solemne. Neewak estaba perplejo y con el ceño fruncido. Apartó a Tummasook y a Ipsukuk de los demás, los sentó en un extremo y les pidió que bebieran y bebieran sin parar. Ellos bebieron y bebieron sin parar, pero permanecieron sentados, fríos y solemnes, hasta que Tummasook se levantó enfadado y exigió que le devolviera las pieles y el té que había pagado. Ipsukuk elevó la voz, aguda e indignada. Los demás pidieron que les devolvieran lo que habían dado y se produjo un gran alboroto. “¿Acaso el hijo del perro me toma por una ballena? —quiso saber Tummasook, mientras apartaba la piel de la entrada, rígido, muy serio y el ceño fruncido—. Porque estoy lleno como la vejiga de un pez a punto de estallar y casi no puedo andar, ¿de qué sirve el peso que llevo en mi interior? ¡De nada! He bebido como nunca antes, pero mis ojos continúan despejados, las rodillas me sostienen y las manos no tiemblan”.

»Entonces empezaron a llegar los demás, para unirse a nosotros, y se quejaban diciendo: “El chamán no es capaz de hacernos dormir con los dioses. Solo en tu iglú podemos hacerlo”.

»Yo me puse muy contento, les pasé el alcohol y ellos bebieron y se alegraron. Porque con la harina que le di a Neewak había mezclado un bicarbonato que antes me había dado Ipsukuk. ¿Cómo iba a fermentar su

brebaje si la soda lo mantenía dulce? ¿0 cómo podía ser alcohol de verdad si no era amargo?

»Después de eso nuestra riqueza aumentó sin más impedimentos. Teníamos mantas a montones, cosas bonitas hechas por las mujeres, todo el té del jefe y carne sin fin. Un día Moosu me contó la historia de José en Egipto, aunque la tergiversó a su manera, pero me dio una idea y pronto tuve a la mitad de la tribu trabajando para mí y construyéndome grandes despensas de carne. De todo lo que cazaban yo recibía la mejor parte y la guardaba. Moosu tampoco permaneció inactivo. Se hizo una baraja de corteza de abedul y enseñó a Neewak a jugar al *seven up*. También indujo a jugar al padre de Tukeliketa. Un día se casó con la joven y al siguiente se mudó al iglú del chamán, que era el mejor de la aldea. Neewak estaba acabado: había perdido todas sus posesiones, sus tambores de piel de morsa, sus instrumentos para los conjuros…, todo. Al final se dedicaba a cortar madera y acarrear agua a las órdenes de Moosu. Moosu se estableció como chamán o sumo sacerdote y, basándose en las ideas tergiversadas que tenía de las Escrituras, creó dioses nuevos y realizaba conjuros ante altares desconocidos.

»Yo estaba contento porque me parecía bien que la Iglesia y el Estado fueran de la mano, y tenía mis propios planes en relación al Estado. Todo transcurría como había previsto. El buen humor y las sonrisas habían desaparecido de la aldea. La gente se mostraba hosca y huraña. Discutían, se peleaban y alborotaban día y noche. Duplicaron la baraja de Moosu y los cazadores empezaron a jugar entre ellos. Tummasook le dio una paliza terrible a su esposa, el hermano de su madre se opuso y le atizó con un colmillo de morsa hasta hacerlo gritar en medio de la noche y deshonrarlo ante su pueblo. Debido a todo eso, ya nadie cazaba y la hambruna cayó sobre la aldea. Las noches eran largas y oscuras, sin carne no podían comprar alcohol, y empezaron a murmurar contra su jefe. Yo ya me lo esperaba, por eso, cuando estaban muertos de hambre, reuní a todo el pueblo, les hablé, me presenté ante ellos como un patriarca y alimenté a los hambrientos. Moosu también les habló y, debido a eso y a lo que yo había hecho, me nombraron jefe. Moosu, que se comunicaba con Dios y transmitía sus veredictos, me ungió con grasa de ballena, sin comprender la ceremonia, y me engrasó de pies a cabeza. Entre los dos explicamos al pueblo la nueva teoría del derecho divino de los reyes. Repartimos alcohol a montones, además de carne y otros alimentos, y ellos aceptaron el nuevo orden de las cosas sin rechistar.

»Ya ves, amigo, que he ocupado tronos, vestido el púrpura de los reyes y gobernado pueblos. Y podría haber seguido siendo rey si el tabaco no se

hubiese acabado, o si Moosu hubiese sido más necio y menos granuja. Porque se fijó en Esanetuk, la hija mayor de Tummasook, y yo me opuse.

»—Hermano —me explicó—, tú has querido introducir nuevas instituciones entre estas gentes y yo he escuchado tus palabras y ganado en sabiduría. Tú gobiernas según el derecho divino y, por ese derecho divino, yo me caso.

»Me fijé en que me llamaba hermano, me enfadé y se lo demostré. Pero él se refugió entre el pueblo y se dedicó a hacer conjuros durante tres días, a los que todos se unieron. Luego, hablando por boca de Dios, instauró la poligamia por decreto divino. Pero era astuto, pues limitó el número de esposas según el número de propiedades, y debido a eso él salía ganando, favorecido por su riqueza. No pude dejar de admirarlo, aunque quedaba claro que el poder le había hecho perder el juicio y no se sentiría satisfecho hasta hacerse con todo el poder y todas las riquezas. El orgullo se le subió a la cabeza, olvidó que yo lo había puesto donde estaba y se preparó para destruirme.

»Pero resultaba interesante, porque el condenado, a su manera, se estaba encargando de evolucionar una sociedad primitiva. El caso es que yo, gracias al monopolio del alcohol, percibía unos ingresos que dejé de compartir con él. Así que meditó al respecto y creó un sistema de impuestos religiosos. Impuso diezmos al pueblo, les habló de los primogénitos y cosas similares, y tergiversó aún más los textos ya tergiversados que había oído para adaptarlos a su propósito. Yo guardé silencio, pero cuando instituyó algo similar a un impuesto sobre la renta progresivo me rebelé, sin pensarlo, porque eso era lo que él pretendía. Entonces apeló al pueblo y ellos, envidiosos de mi gran riqueza y sufriendo también sus impuestos, se pusieron de su parte. «¿Por qué tenemos que pagar nosotros y tú no? —preguntaban—. ¿Acaso la voz de Dios no sale de la boca de Moosu, el chamán?». Cedí. Pero al mismo tiempo elevé el precio del alcohol. Él no tardó ni un segundo en aumentar los impuestos.

»Estábamos en guerra. Me acerqué a Neewak y Tummasook por los derechos que les concedía la tradición, pero Moosu me ganó porque instituyó el clero y les dio los puestos más altos. Se le presentó el problema de la autoridad y lo solucionó como se ha solucionado siempre. Ese fue mi error. Yo tenía que haber sido el chamán y él el jefe, pero lo vi demasiado tarde y, al enfrentarse el poder espiritual con el temporal, yo iba a salir perdiendo. La disputa fue en aumento, aunque enseguida todos tomaron parte. El pueblo recordó que él me había ungido, por lo que tenían muy claro que la fuente de mi autoridad no estaba en mí, sino en Moosu. Solo unos pocos leales, cuyo

jefe era Angeit, permanecieron conmigo mientras Moosu encabezaba el grupo más popular y difundió el rumor de que yo pretendía derrocarlo y establecer mis propios dioses, que eran perversos. Ahí se me anticipó el muy truhán, porque eso era precisamente lo que yo quería: renunciar a mi condición de rey y enfrentar lo espiritual con lo espiritual. Así que asustó al pueblo con las iniquidades de mis dioses, en especial con las de uno al que él llamaba "Nek-gocio", y cortó mis planes de raíz.

»Resultó que Kluktu, la hija pequeña de Tummasook, me gustaba y yo a ella. Solicité su mano, pero el exjefe se negó en redondo, tras haber pagado yo el precio de compra, y me dijo que estaba reservada para Moosu. Eso fue la gota que colmó el vaso y poco me faltó para ir a su iglú y matarlo con mis propias manos, pero recordé que ya casi no quedaba tabaco y volví a mi casa riéndome. Al día siguiente hizo un conjuro y deformó el milagro de los panes y los peces hasta convertirlo en una profecía. Yo leí entre líneas y supe que apuntaba a la carne almacenada en mis despensas. El pueblo también leyó entre líneas y, como él no insistió para que salieran a cazar, se quedaron en casa y trajeron pocos osos o caribúes.

»Pero yo hice mis planes, al comprobar que no solo el tabaco sino también la harina y la melaza estaban a punto de terminarse. Además, me creía en el deber de demostrar la sabiduría del hombre blanco y hacer sufrir a Moosu, que había mejorado su posición gracias al poder que yo le había dado. Así que esa noche me dirigí a mis despensas y trabajé sin descanso. Al día siguiente la gente se fijó en que todos los perros de la aldea se mostraban perezosos y relajados. Nadie sospechó, yo trabajé de la misma forma cada noche, los perros estaban cada vez más gordos y las personas más delgadas. Se quejaban y exigían el cumplimiento de la profecía, pero Moosu les daba largas, a la espera de que se mostrasen todavía más hambrientos. No se imaginó, hasta el último momento, mi artimaña con las despensas.

»Cuando todo estuvo listo, envié a Angeit y a mis fieles, a los que había alimentado a escondidas, por todo el pueblo para convocar una asamblea. La tribu se reunió sobre un gran espacio de nieve pisoteada delante de mi puerta, por detrás de la que asomaban las despensas de carne, construidas en alto. También acudió Moosu, que se situó en el interior del círculo, frente a mí, seguro de que yo habría preparado algún plan y dispuesto a aniquilarme a la primera de cambio. Pero me puse en pie y lo saludé antes que a los demás.

»—Oh, Moosu, bendecido por Dios —empecé diciendo—, seguramente te preguntas por qué he convocado esta asamblea y, sin duda, debido a mis muchas necedades, vendrás dispuesto a escuchar palabras imprudentes y

presenciar actos impulsivos. Pero no. Se dice que quienes primero enloquecen son aquellos a los que los dioses destruirán. Y yo he enloquecido. Me he opuesto a tu voluntad, me he burlado de tu autoridad y cometido muchas maldades y actos sin sentido. Por lo tanto, anoche se me concedió una visión y he comprendido la crueldad de mi comportamiento. Tú permanecías de pie, brillando como una estrella, con las cejas en llamas, y en lo más profundo de mi corazón reconocí tu grandeza. Lo vi todo claramente. Supe que tú te comunicabas con Dios y que cuando tú hablabas, él escuchaba. Y recordé que todos los actos buenos que yo había cometido tenían su origen en la gracia de Dios y en la gracia de Moosu.

»—Sí, hijos míos —grité, dirigiéndome al pueblo—, todos mis actos justos, todas mis obras buenas, se han debido al consejo de Moosu. Cuando le escuchaba, las cosas marchaban bien; cuando dejé de hacerle caso y actué según mi locura, las cosas se torcieron. El me aconsejó que almacenase la carne, así en los peores momentos pude alimentar a los hambrientos. Por su gracia fui nombrado jefe. ¿Y qué he hecho con mi jefatura? Os lo diré: no he hecho nada. El poder me llevó a perder la cabeza y me creí más grande que Moosu, por eso ahora he de lamentarme. No he sabido gobernar y los dioses están enfadados. Mirad, entre vosotros aprieta el hambre, las madres ya no tienen leche y los bebés lloran toda la noche. Aunque yo, que he endurecido mi corazón contra Moosu, no sé qué podemos hacer ni de qué manera conseguiremos alimento.

»Empezaron a asentir con la cabeza y a reírse, luego se acercaron los unos a los otros y supe que hablaban de los panes y los peces. Por eso me di prisa en continuar:

»—Así tomé conciencia de mi necedad y de la sabiduría de Moosu; de mi ineptitud y la aptitud de Moosu. Debido a ello y como he recuperado la cordura lo reconozco y rectifico el mal hecho. Me fijé en Kluktu sin tener derecho y ella fue reservada para Moosu. Sin embargo, es mía porque ¿acaso no pagué a Tummasook el precio de compra? Pero no la merezco y ella saldrá del iglú de su padre al de Moosu. ¿Puede brillar la luna cuando brilla el sol? Además, Tummasook conservará los bienes que le pagué y ella será mi regalo a Moosu, a quien Dios considera su legítimo amo y señor.

»—Digo más, como he usado mi riqueza neciamente y para oprimiros, hijos míos, regalo la lata de queroseno a Moosu, junto con el cuello de cisne, el cañón del rifle y el hervidor de cobre. De esta forma no podré acumular más posesiones y cuando tengáis sed de alcohol, él la saciará sin robaros. Porque es un gran hombre y Dios habla por su boca.

»—Y eso no es todo: mi corazón se ha ablandado y me arrepiento de mi locura. Yo, que soy un necio e hijo de necios; yo, que soy esclavo del malvado dios Nek-gocio; yo, que veo vuestros estómagos vacíos y no sé cómo llenarlos, ¿por qué he de ser jefe, sentarme por encima de vosotros y gobernar para llevaros a la destrucción? ¿Por qué he de hacerlo si no es bueno? Pero Moosu, que es chamán y más sabio que cualquier otro hombre, está hecho para gobernar con mano suave y de forma justa. Por todas las cosas que he relatado, abdico y entrego mi cargo a Moosu, que es el único que sabe cómo alimentaros hoy, cuando no hay carne en toda la tierra.

»Entonces todos empezaron a aplaudir y a gritar “¡Kloshe! ¡Kloshe!”, que significa «¡Bien!». Había visto preocupación y asombro en los ojos de Moosu porque no entendía nada y temía mi sabiduría de hombre blanco. Había accedido a todos sus deseos, anticipándome incluso a alguno de ellos, y él sabía que conmigo allí de pie, desprovisto de todo mi poder, no era el momento para azuzar al pueblo en mi contra.

»Antes de que se dispersaran, anuncié que, aunque el alambique era para Moosu, el alcohol que aún me quedaba era para el pueblo. Moosu intentó protestar al oírlo, porque nunca habíamos permitido que bebieran sin límite y sin control, pero ellos gritaron: “¡Kloshe! ¡Kloshe!” y organizaron una fiesta frente a mi puerta. Mientras en el exterior empezaban a alborotar, a medida que el alcohol se les subía a la cabeza, dentro yo me reuní con Angeit y mis fieles. Les asigné tareas y les indiqué lo que debían decir. Luego me escabullí a un lugar del bosque en el que guardaba dos trineos bien cargados y varios perros a los que no había alimentado en exceso. La primavera se acercaba y una fina capa de hielo cubría la nieve, así que era el mejor momento para poner rumbo al sur. Además, ya no quedaba tabaco. Allí esperé porque no tenía nada que temer. Aunque decidieran seguir mi rastro, sus perros estaban demasiado gordos y ellos demasiado delgados para alcanzarme. Además, creía que preferirían dedicarse a otra cosa para la que yo había realizado toda clase de preparativos.

»Primero llegó corriendo uno de los fieles y luego otro.

»—Amo —gritó el primero, sin aliento—, hay mucha confusión en la aldea, nadie sabe lo que quiere y todos cambian de opinión. Todos han bebido demasiado, algunos preparan los arcos y otros luchan entre sí. Nunca habíamos tenido tantos problemas.

»—Hice lo que ordenaste, amo —dijo el segundo—, y susurré palabras astutas al oído de quien quería oírlas y les hice recordar cómo eran antes las

cosas. Ipsukuk lamenta su miseria y la riqueza perdida. Tummasook se cree que vuelve a ser el jefe y la gente está enfadada y no para de quejarse.

»—Neewak ha derribado los altares de Moosu y realizado conjuros ante los dioses de siempre —explicó un tercero—. Todo el mundo recuerda la riqueza que penetraba por sus gargantas y que ya no poseen. Primero Esanetuk, celosa, discutió con Kluktu. Y luego, al ser las dos hijas de la misma madre, pelearon con Tukeliketa. Después las tres se lanzaron contra Moosu como ventarrones, desde todas partes, hasta que lo obligaron a salir del iglú y la gente empezó a burlarse de él, porque el hombre que no sabe controlar a sus mujeres es un necio.

»A continuación llegó Angeit.

»—Moosu tiene graves problemas, amo, porque he murmurado a nuestro favor hasta que la gente se acercó a Moosu y todos dijeron que tenían hambre y querían que hiciese cumplir su profecía. Gritaban en alto: “¡Itlwillie! ¡Itlwillie!” (carne). Así que chilló a sus mujeres, superadas por la ira y por el alcohol, que mantuviesen la paz y guio a la tribu hasta tus despensas de carne. Ordenó a los hombres que las abriesen y se alimentaran. Pero las despensas estaban vacías. No había carne. Todos se callaron, la gente tenía miedo. Y en medio del silencio, yo levanté la voz: “Oh, Moosu, ¿dónde está la carne? Sabemos que había carne. ¿Acaso no la cazamos y la acarreamos hasta la aldea? Sería una mentira decir que Un solo hombre se la ha comido, pero nosotros no hemos visto ni la piel ni un solo pelo. ¿Dónde está la carne, Moosu? Tú te comunicas con Dios. ¿Dónde está la carne?”. Y la gente gritó: “Tú te comunicas con Dios, ¿dónde está la carne?”. Se acercaron más los unos a los otros porque estaban asustados. Me colé entre ellos, hablando con miedo de las cosas desconocidas, de los muertos que van y vienen como sombras y hacen cosas malas, hasta que todos gritaron de pánico y se juntaron más los unos con los otros, como niños pequeños que temen a la oscuridad. Neewak les habló y echó la culpa del mal que los acosaba a Moosu. Cuando terminó se produjo una terrible conmoción, se armaron con lanzas, colmillos de morsa, palos y piedras de la playa. Pero Moosu echó a correr hacia su casa y, como no había bebido, no pudieron atraparlo porque se caían los unos encima de los otros y avanzaban muy despacio. Aún ahora siguen gritando a la puerta de su iglú, mientras sus mujeres gritan dentro. Con tanto ruido, Moosu no consigue hacerse oír.

»—Angeit, lo has hecho muy bien —lo elogié—. Ahora vete, con este trineo vacío y los perros delgados y corre al iglú de Moosu. Delante de la

gente, que aunque esté pendiente también está borracha, oblígalo a subir enseguida al trineo y tráemelo.

»Esperé y di buenos consejos a los fieles hasta que Angeit regresó. Moosu venía en el trineo y vi que sus mujeres se habían ocupado bien de él. Se apeó tambaleante y se arrojó al suelo, llorando:

»—Oh, amo, perdona a Moosu, tu sirviente, por todo el mal que ha hecho. ¡Eres un gran hombre! ¡Tienes que perdonarme!

»—Llámame hermano, Moosu, llámame hermano —le regañé mientras le indicaba que se levantase con un gesto de mi mocasín—. ¿Me obedecerás siempre?

»—Sí, amo —lloriqueó—. Siempre.

»—Entonces sitúa tu cuerpo así, a lo ancho del trineo. —Pasé el látigo de los perros a la mano derecha—. Mira hacia abajo, hacia la nieve. —Cuando estuvo bien colocado, empecé a darle con el látigo, recitando a cada golpe los males que me había causado—. Éste por tu desobediencia en general, ¡zas! Éste por tu desobediencia en particular, ¡zas! ¡zas! Éste por Esanetuk. Éste por el bien de tu alma. Éste por la gracia de tu autoridad. Éste por Kluktu. Éste por tus derechos divinos. Éste por tus historias de primogénitos. Éste y éste por tus impuestos y tus panes y tus peces. Éste por toda tu desobediencia. Y por último, éste para que desde ahora camines tranquilo y comprendiéndolo todo. ¡Ahora deja de lloriquear y ponte de pie! Cálzate las raquetas de nieve y vete delante para abrir camino a los perros. ¡Venga! ¡Date prisa! ¡En marcha!

Thomas Stevens sonrió ensimismado mientras encendía su quinto puro y enviaba al techo las volutas de humo.

[1900]



Donde se bifurca el camino

> «¿Debo, entonces, debo, entonces, abandonar la ciudad
> mientras tú, mi amor, te quedas aquí?».
>
> CANCIÓN TRADICIONAL SUABA

EL JOVEN QUE CANTABA, de rostro sano y ojos alegres, se inclinó y añadió agua a la cacerola de alubias que cocían a fuego lento. Luego, tras incorporarse con un palo ardiendo en la mano, hizo apartarse a los perros que lo rodeaban de la caja de la comida y los utensilios para cocinar. Tenía los ojos azules, el pelo largo y rubio y era un placer observar su vigorosa frescura. La luna nueva hincaba un lejano cuerno sobre la blanca hilera de pinos muy juntos y cubiertos de nieve que circundaba el campamento y lo aislaba del resto del mundo. El cielo estaba tan despejado y hacía tanto frío que las estrellas bailaban con movimientos veloces e intermitentes. Hacia el sureste un brillo verdoso y evanescente anunciaba los primeros juegos de la aurora boreal. En primer plano, dos hombres yacían sobre la piel de oso que les servía de cama. Entre la piel y la nieve se extendía una capa de ramas de pino de quince centímetros de espesor. Las mantas estaban apartadas. A sus espaldas contaban con la protección de un toldo extendido entre dos árboles, en un ángulo de cuarenta y cinco grados. Atrapaba el calor que irradiaba la hoguera y lo empujaba hacia abajo, sobre la piel de oso. Había otro hombre sentado en un trineo, junto al fuego, arreglando mocasines. A la derecha, un montón de grava helada y un torno rudimentario sugerían que cada día se dedicaban a buscar sin descanso el hallazgo que pudiera hacerlos ricos. A la izquierda, cuatro pares de raquetas de nieve clavadas en vertical indicaban la forma en que viajaban cuando dejaban atrás la nieve pisoteada del campamento.

La canción tradicional suaba resultaba extrañamente conmovedora bajo las frías estrellas del Norte y no beneficiaba a los hombres que holgazaneaban

junto al fuego tras el trabajo del día. Dejaba un ansia triste en sus corazones y un anhelo similar al hambre que enviaba a sus almas en busca del Sur, cruzando las divisorias hacia las tierras bañadas por el sol.

—Por el amor de Dios, Sigmund, ¡cállate! —exclamó uno de los hombres. Apretaba las manos debido al dolor, pero las escondía entre los pliegues de la piel de oso sobre la que yacía.

—¿Por qué, Dave Wertz? —quiso saber Sigmund—. ¿Por qué no he de cantar si tengo el corazón contento?

—Porque no tienes motivos, por eso. Mira a tu alrededor, hombre, y piensa en la comida con la que llevamos un año contaminado nuestros cuerpos y en cómo hemos vivido y trabajado como bestias.

Tras ese comentario, Sigmund, el rubio, miró a su alrededor, incluidos los perros lobo cubiertos de escarcha y el aliento que expulsaban los hombres al respirar.

—¿Y por qué no iba a estar contento? —se rio—. Está bien, todo esto es bueno. En cuanto a la comida… —Dobló el brazo hacia arriba y se acarició el bíceps prominente—. Y si hemos vivido y trabajado como bestias, ¿no nos han recompensado como a reyes? Vamos a sacar veinte dólares por batea y sabemos que la veta tiene más de dos metros de espesor. Es otro Klondike y lo sabemos. Jim Hawes, que está junto a tu hombro, lo sabe y no se queja. ¡Y mira a Hitchcok! Se dedica a coser mocasines como una anciana mientras espera. Tú eres el único que no sabe esperar y trabajar hasta que llegue el momento del lavado en primavera. Entonces todos seremos ricos, ricos como reyes, pero tú no puedes esperar. Quieres volver a Estados Unidos. Yo también, allí nací, pero puedo esperar, sobre todo si a diario el oro de las bateas brilla amarillo como la mantequilla al batirse. Pero tú quieres divertirte y, como un niño, lloras y quieres hacerlo ya. ¡Bah! ¿Por qué no voy a cantar?:

Dentro de un año, cuando las uvas maduren,
yo ya lejos no estaré.
Y si me sigues queriendo, amor,
contigo me casaré.
Dentro de un año, cuando la separación no dure,
en tu amor para siempre viviré.
Y si me sigues queriendo, amor,
contigo me casaré.

Los perros, con el pelo erizado y gruñendo, se acercaron más a la hoguera. Se oyó el monótono crujido de las raquetas de nieve y, entre cada pisada, el

arrastrar de un talón, como el ruido que hace el azúcar cuando se tamiza. Sigmund interrumpió su canción para arrojar insultos y leña a los perros. Una figura envuelta en pieles partió en dos la luz y una joven india se quitó las raquetas, echó hacia atrás la capucha de su parka de piel de ardilla y se quedó de pie en medio de los hombres. Sigmund y los dos de la piel de oso la saludaron con un «hola, Sipsu», pero Hitchcock le hizo sitio en el trineo para que se sentara a su lado.

—¿Cómo va todo, Sipsu? —le preguntó, utilizando una mezcla de inglés de la zona con chinook—. ¿Seguís pasando hambre en el campamento? ¿Ha descubierto el hechicero la causa de que escasee la caza y no haya alces en la región?

—Sí, seguimos igual. Hay poca caza y tendremos que comernos a los perros. El hechicero ha descubierto la causa del mal y mañana hará un sacrificio para purificar el campamento.

—¿Y qué va a sacrificar? ¿Algún recién nacido o alguna anciana débil y temblorosa que dé trabajo a la tribu y de la que sea mejor librarse?

—No ha decidido eso, porque la necesidad es mucha y ha elegido sacrificar a la hija del jefe, que soy yo, Sipsu.

—¡Demonios!

La palabra abandonó despacio los labios de Hitchcock y se mantuvo en el aire grave y densa, de una forma que revelaba asombro y preocupación.

—Por lo que nuestros caminos se bifurcan —continuó ella con calma—, y he venido para vernos una vez más. Solo una vez más.

Sipsu pertenecía a una raza primitiva, como primitivas eran sus tradiciones y costumbres, por lo que se enfrentaba a la vida con estoicismo y para ella el sacrificio humano formaba parte del orden natural. Los poderes que regían el día y la noche, las crecidas y la helada, que brotasen las flores y se marchitasen las hojas estaban enfadados y era necesario ganarse su favor. Imponían la muerte de muchas formas: entre las aguas turbulentas, al romperse la traicionera capa de hielo de un río, entre las garras de un oso o por alguna enfermedad debilitadora que atacaba al hombre en su propio hogar hasta que tosía y la vida de sus pulmones salía por la boca y la nariz. Además, esos poderes recibían sacrificios. Formaba parte de su universo. Y el hechicero sabía bien lo que pensaban esos poderes y elegía sin equivocarse. Se trataba de algo natural. La muerte llegaba de muchas maneras, pero al final era lo mismo: una manifestación de lo todopoderoso e inescrutable.

Sin embargo, Hitchcock descendía de una raza posterior y mundana. Sus tradiciones eran menos concretas y no contemplaban la sumisión, por eso

dijo:

—No, Sipsu. Eres joven y tienes toda la vida por delante. El hechicero es un necio y ha elegido mal. Esto no puede ser.

Ella respondió con una sonrisa:

—La vida no es amable por muchos motivos. Primero, a ti y a mí nos ha dado al uno la piel blanca y a la otra roja, lo que es malo. Luego cruzó nuestros caminos y ahora vuelve a separarlos. No podemos hacer nada. Ya antes, otra vez que los dioses se enfadaron, tus hermanos vinieron al campamento. Eran tres hombres blancos y grandes, y dijeron que eso no podía ser. Pero murieron enseguida y pudo ser.

Hitchcock asintió con la cabeza para demostrar que la había oído, se giró y alzó la voz:

—¡Oíd, amigos! En el campamento se han vuelto locos y han decidido matar a Sipsu. ¿Qué decís?

Wertz miró a Hawes y Hawes le devolvió la mirada, pero ninguno habló. Sigmund bajó la cabeza y acarició al perro pastor que se había acomodado entre sus rodillas. Se había traído a Shep con él desde el exterior y le tenía mucho cariño a aquel animal. De hecho, cierta joven, en la que pensaba mucho y cuyo retrato, oculto en un guardapelo sobre su pecho, solía inspirarlo cuando cantaba, le había dado su bendición y al perro cuando se despidieron con un beso y él partió hacia la región septentrional.

—¿Qué decís? —repitió Hitchcock.

—Tal vez no sea para tanto —respondió Hawes tras una pausa—. Seguro que solo es una de esas historias que cuentan las chicas.

—¡No se trata de eso! —Hitchcock sintió que la ira se derramaba en su interior ante la evidente reticencia de los otros—. La cuestión es, si es verdad, ¿vamos a permitirlo? ¿Qué vamos a hacer?

—No creo que debamos interferir —dijo Wertz—. Si es verdad, así será, y no hay más que hablar. Es la costumbre entre estas gentes. Se trata de su religión y no es asunto nuestro. Nosotros debemos centrarnos en reunir el oro y largarnos de esta tierra olvidada de Dios. Aquí solo pueden vivir los animales. ¿Y qué son esos demonios, más que animales? Además, no sería una buena táctica.

—Eso mismo digo yo —intervino Hawes—. Somos cuatro y estamos a casi quinientos kilómetros del Yukón y de otros hombres blancos. ¿Qué podemos hacer contra media centena de indios? Si discutimos con ellos, tendremos que irnos. Si peleamos, nos aniquilarán. Además, hemos

descubierto oro y te aseguro que yo, por lo menos, pienso quedarme hasta reunirlo.

—Y yo —remató Wertz.

Hitchcock se volvió impaciente hacia Sigmund, quien cantaba en voz baja:

> Dentro de un año, cuando las uvas maduren,
> yo ya lejos no estaré.

—Verás, Hitchcock —dijo por fin—, estoy de acuerdo con ellos. Si sesenta indios han decidido matar a la chica, nosotros no podremos evitarlo. En cuanto arremetamos contra ellos, nos borran del mapa. ¿Y de qué servirá? Tendrán a la chica en sus manos. No sirve de nada ir contra las costumbres de un pueblo si no los superamos para imponernos.

—¡Pero podemos imponernos! —exclamó Hitchcock—. Cuatro blancos pueden imponerse a cien veces más indios. ¡Piensa en la chica!

Sigmund acarició al perro pensativamente.

—Es que ya pienso en la chica. Tiene los ojos azules como el cielo de verano, se ríe como el mar en agosto y su cabello es rubio, como el mío, peinado en trenzas tan gruesas como los brazos de un hombre. Me espera allí, en una tierra mejor. Ya ha esperado mucho y ahora que tengo a la vista una fortuna no pienso renunciar a ella.

—Vergüenza sentiría yo al mirar los ojos azules de esa chica y recordar los ojos negros de aquella cuya sangre mancha tus manos —dijo Hitchcock con desprecio, que había nacido para defender y honrar, y para hacer las cosas porque sí, sin pararse a sopesarlas o medirlas.

Sigmund negó con la cabeza.

—No conseguirás que me enfade, Hitchcock, ni que cometa locuras empujado por tu insensatez. Esto es una fría propuesta comercial, es una simple cuestión de hechos. No he venido a este país para desperdiciar esfuerzos y no puedes esperar que nos ofrezcamos voluntarios. Si ha de ser así, lo siento por la chica, pero nada más. Es costumbre entre los suyos y, en esta ocasión, nos encontramos en la zona por casualidad. Llevan miles de años haciendo lo mismo, lo harán ahora y lo volverán a hacer en el futuro. Además, no son de los nuestros. Tampoco la chica. No, estoy de acuerdo con Wertz y Hawes, y…

Pero los perros gruñeron y él se interrumpió para escuchar el crujido de muchas raquetas de nieve al avanzar. Un indio tras otro fueron acercándose al círculo dibujado por la luz de la hoguera, altos y adustos, cubiertos de pieles y

en silencio, sus sombras bailando de forma grotesca sobre la nieve. Uno de ellos, el hechicero, se dirigió a Sipsu en su lengua gutural. Llevaba el rostro embadurnado con primitivas manchas de pintura y sobre los hombros una piel de lobo, cuyo morro cruel y dientes luminosos asomaban por encima de su cabeza. Nadie dijo nada más. Los buscadores de oro guardaron silencio. Sipsu se levantó y se puso las raquetas de nieve.

—Adiós, hombre mío —le dijo a Hitchcock.

Pero el hombre que se había sentado junto a ella en el trineo no dio señales de haberla oído ni levantó la cabeza cuando se internaron en la blancura del bosque.

A diferencia de muchos hombres, su capacidad de adaptación, a pesar de ser grande, nunca le había sugerido la conveniencia de una alianza con las mujeres de la región septentrional. Su amplio cosmopolitismo nunca lo había empujado a comprometerse en matrimonio con las hijas de aquella tierra. Si así hubiese sido, su filosofía de la vida no se habría interpuesto. Pero no había sido así. ¿Sipsu? Había disfrutado charlando con ella junto al fuego, pero no como un hombre consciente de que habla con una mujer, sino como si estuviese con una niña y como haría cualquier hombre de su condición, aunque solo fuera para huir del tedio de una existencia desoladora. Eso era todo. Pero en su interior albergaba una leve y caballerosa exaltación de sangre caliente, a pesar de sus antepasados yanquis y su educación de Nueva Inglaterra, y estaba hecho de tal forma que la faceta comercial de la vida a menudo le parecía que no tenía sentido y contradecía sus impulsos más profundos.

Por eso permaneció sentado en silencio, con la cabeza echada hacia delante e inclinada y una fuerza orgánica más grande que él mismo, tan grande como su raza, trabajando en su interior. Wertz y Hawes lo miraban recelosos de vez en cuando, con una inquietud leve pero perceptible. Sigmund sentía lo mismo. Hitchcock era fuerte y ellos habían sido testigos de dicha fuerza en el curso de muchas ocasiones de la vida precaria que llevaban. Por eso sentían curiosidad y cierto temor por ver cuál sería su conducta cuando decidiese actuar.

El silencio había durado mucho y la hoguera casi se había extinguido cuando Wertz se estiró, bostezó y decidió irse a dormir. Entonces fue cuando Hitchcock se puso de pie.

—¡Que Dios maldiga vuestras almas y las envíe a lo más profundo del infierno, cobardes! ¡No quiero saber más de vosotros! —Lo dijo con calma, pero su fuerza hablaba en cada sílaba y su entonación anunciaba sus

intenciones—. Venga —continuó—, vamos a repartir como más os convenga. Poseo un cuarto de las concesiones, según consta en los contratos. En el saco hay veinticinco o treinta onzas de oro, procedentes de las bateas de prueba. Sacad la balanza, lo repartiremos ahora mismo. Tú, Sigmund, calcula mi cuarta parte de la comida y apártala. Cuatro de los perros son míos y quiero cuatro más. Os cambio mi parte del equipo de campamento y de minería por los perros. Y añado las seis o siete onzas de oro que me correspondan y el rifle que sobra con la munición.

Los tres hombres se apartaron para conferenciar. Al regresar, Sigmund hizo de portavoz:

—Repartiremos con justicia, Hitchcock. Recibirás la cuarta parte que te corresponde en todo, ni más ni menos. Lo tomas o lo dejas. Pero necesitamos los perros tanto como tú, así que te llevarás tus cuatro animales, nada más. Si no quieres llevarte tu parte del equipo, allá tú. Si la quieres, es tuya, si no, déjala.

—Todo al pie de letra —se burló Hitchcock—. Pero adelante, lo acepto. Y daos prisa. Estoy deseando largarme de este campamento y alejarme de los gusanos que lo habitan.

Realizaron el reparto sin más comentarios. Hitchcock aseguró con correas sus pocas pertenencias a uno de los trineos, reunió a sus cuatro perros y los enganchó. No tocó su parte correspondiente del equipo y los utensilios, aunque añadió al trineo media docena de tirantes para perros mientras, con la mirada, retaba a los otros a interferir. Pero ellos se encogieron de hombros y lo vieron internarse en el bosque.

☘

UN HOMBRE se arrastraba boca abajo sobre la nieve. A cada lado emergían las tiendas de piel de alce que formaban el campamento. Aquí y allá un perro aullaba, triste, o gruñía para amedrentar a su vecino. En un momento dado, uno de ellos se aproximó al hombre que se arrastraba, quien permaneció totalmente inmóvil. El perro se acercó más, olfateó y se arrimó todavía más, hasta tocar con el morro el extraño objeto que no estaba allí al caer la noche. Entonces Hitchcock —porque era Hitchcock— se irguió de repente y agarró con la mano desnuda el pescuezo peludo del perro. El perro supo que en aquella mano se escondía su muerte y, cuando el hombre avanzó de nuevo, su

cuerpo quedaba tendido bajo las estrellas. Así llegó Hitchcock a la tienda del jefe. Permaneció un buen rato sobre la nieve, escuchando las voces de sus ocupantes y procurando localizar a Sipsu. Sin duda había mucha gente dentro de la tienda y todos estaban muy alterados.

Por fin oyó la voz de la chica y se arrastró hasta situarse tras ella, donde solo los separaba la piel de alce. Luego hizo un agujero en la nieve y poco a poco fue introduciendo cabeza y hombros en él. Cuando el aire del interior, más cálido, le golpeó el rostro, se detuvo y aguardó con las piernas y la mayor parte del cuerpo aún en el exterior. No veía nada y no se atrevió a levantar la cabeza. A un lado tenía un fardo de pieles. Percibía su olor, aunque tanteó con cuidado para asegurarse. Al otro lado su rostro rozaba ligeramente una prenda peluda que albergaba un cuerpo, eso lo sabía de sobra. Tenía que ser Sipsu. Aunque hubiese sido mejor esperar a que la joven hablase de nuevo, decidió arriesgarse.

Oía al jefe y al hechicero hablando en voz alta, mientras en un rincón alejado un niño hambriento gimoteaba intentando dormirse. Retorciéndose hacia un lado, levantó con cuidado la cabeza, rozando apenas la prenda de piel. Escuchó la respiración. Era la de una mujer. Se arriesgaría.

Presionó su costado con suavidad y firmeza a la vez, y sintió que ella se sobresaltaba al notar el contacto. Aguardó hasta que una mano curiosa descendió sobre su cabeza y se entretuvo entre sus rizos. Al instante, la mano lo obligó a girar la cabeza del todo hacia arriba y se encontró mirando a los ojos de Sipsu.

Permanecía serena. Cambiando de postura con naturalidad, apoyó un codo sobre el fardo de pieles y luego descansó el cuerpo sobre él y se colocó bien la parka. De esa forma él quedó completamente oculto. Después, también de forma natural, se reclinó sobre él, de manera que podía respirar entre el hueco de su brazo y su pecho, y cuando Sipsu bajó la cabeza, su oído rozó ligeramente los labios de él.

—Cuando puedas —susurró Hitchcock—, sal de la tienda y cruza la nieve con el viento de cara hasta el grupo de pinos de Banks que crecen en la curva del arroyo. Allí encontrarás mi trineo y mis perros. Esta noche partiremos hacia el Yukón y, como iremos rápido, échale mano a todo cuanto perro se te acerque. Los coges por el cogote y los arrastras hasta el trineo, en la curva del arroyo.

Sipsu negó con la cabeza para expresar su disconformidad, pero sus ojos brillaron de alegría, orgullosa de que aquel hombre la honrase de aquel modo. No obstante ella, como todas las mujeres de su raza, había nacido para

obedecer la voluntad masculina y cuando Hitchcock ordenó: «¡Hazlo!», lo hizo con gran autoridad. Aunque Sipsu no respondió, él supo que su voluntad era ley para ella.

—No te molestes en buscar tirantes para los perros —añadió, preparándose para irse—. Te esperaré, pero no pierdas tiempo. El día persigue a la noche sin tener en cuenta las necesidades del hombre.

Media hora después, mientras se entretenía moviendo los brazos y pisando con fuerza para protegerse del frío junto al trineo, la vio venir con un perro arisco en cada mano. Al aproximarse estos, sus propios animales se mostraron agresivos y les dedicó el mango de su látigo hasta que se calmaron. Se había acercado al campamento a favor del viento y el ruido podía delatar su presencia allí.

—Engánchalos al trineo, en el medio —le ordenó cuando ella terminó de ponerles los tirantes—. Quiero que mis guías vayan delante.

Pero una vez hecho, los animales desplazados atacaron a los intrusos. Aunque Hitchcock se metió entre ellos con la culata del rifle, el ruido del motín se elevó y se desplazó en dirección al campamento dormido.

—Ahora tendremos perros de sobra —comentó decidido mientras cogía un hacha del trineo—. Tú ocúpate de enganchar a todos los que yo te arroje y procura proteger a los nuestros.

Dio un paso adelante y aguardó entre dos pinos. El tintineo de los perros del campamento alteraba el silencio de la noche y aguzó la vista para verlos llegar. Una mancha oscura que crecía veloz se recortó sobre la blanca extensión de nieve mal iluminada. Era el que precedía a la manada, saltando limpiamente y, como hacían los lobos, indicando la dirección a sus hermanos. Hitchcock permaneció entre las sombras. Cuando el perro pasó corriendo a su lado, extendió los brazos, le agarró las patas delanteras en mitad de la zancada y lo hizo caer girando vertiginosamente. Luego le dio un golpe bien calculado bajo la oreja y se lo lanzó a Sipsu. Mientras ella lo enganchaba al trineo, él defendió el paso entre los árboles con el hacha, hasta que una marea peluda de dientes blancos y ojos brillantes se abalanzó y pasó por encima de él, lejos de su alcance. Sipsu trabajaba con rapidez. Cuando ella terminó, Hitchcock repitió la operación: detuvo a otro, lo aturdió y se lo lanzó a la chica. Hizo lo mismo hasta que la traílla del trineo quedó compuesta por diez perros que no paraban de gruñir. Entonces dijo: «¡Basta!».

Pero en ese instante, un joven indio de extremidades veloces, el que precedía al resto de la tribu, atizando a derecha e izquierda entre los perros, quiso cruzar a través los árboles. La culata del rifle de Hitchcock lo hizo

venirse abajo de rodillas primero y luego derrumbarse hacia un lado. El hechicero, que corría con fuerza, vio caer el golpe.

Hitchcock le gritó a Sipsu que emprendiera la marcha. Al oír su estridente «¡vamos!», los animales enloquecidos salieron como flechas y el trineo arrancó dando un salto tan exagerado que estuvo a punto de derribarla. Sin duda los poderes estaban enfadados con el hechicero, porque en ese momento lo hicieron caer sobre el camino. El perro guía se enredó en sus raquetas de nieve y lo tiró al suelo, los nueve perros siguientes lo pisotearon y el trineo le pasó por encima. Pero enseguida se puso de pie y la noche podría haber terminado de forma muy distinta, si Sipsu no hubiese lanzado hacia atrás el látigo de los perros y le hubiese propinado un golpe cegador en los ojos. Hitchcock, que corría para alcanzarla, tropezó con él mientras se tambaleaba de dolor en medio del camino. Por eso, cuando aquel teólogo primitivo regresó a la tienda del jefe, su sabiduría había aumentado, pues ya conocía la eficacia del puño del hombre blanco. Así, al orar de inmediato y allí mismo frente a la asamblea, su ira alcanzaba a todos los hombres blancos.

☘

—¡LEVANTAOS, HOLGAZANES! ¡Levantaos! ¡El desayuno estará listo antes de que podáis poneros los mocasines!

Dave Wertz apartó la piel de oso, se sentó y bostezó.

Hawes se estiró, descubrió un músculo dormido en el brazo y se lo masajeó con calma.

—¿Dónde habrá descansado Hitchcock anoche? —preguntó mientras cogía sus mocasines. Estaban tiesos y se acercó a la hoguera para derretirlos, caminando con cuidado calzado solo con los calcetines—. Menos mal que se ha ido —añadió—, a pesar de que era buen trabajador.

—Sí. Demasiado dominante. Ese era su problema. Lo siento por Sipsu. ¿Creéis que la quería de verdad?

—No lo creo. Ha sido una cuestión de principios. Nada más. Le pareció que no estaba bien… y es verdad, no está bien, pero eso no basta para que interfiramos y nos manden al otro mundo antes de tiempo.

—Los principios son los principios y resultan buenos en su lugar, pero cuando alguien pone rumbo a Alaska es mejor dejarlos en casa, ¿no? —Wertz se había acercado a su compañero y ambos intentaban que sus mocasines

congelados volvieran a ser flexibles—. ¿Creéis que deberíamos haberle ayudado?

Sigmund negó con la cabeza. Estaba muy ocupado. En la cafetera subía a toda prisa una espuma del color del chocolate y había que darle la vuelta al beicon. Además, pensaba en la chica de los ojos risueños como el mar en agosto y tarareaba en voz baja.

Sus compañeros se rieron entre dientes y dejaron de hablar. Aunque ya pasaba de las siete, todavía faltaban tres horas para el amanecer. La aurora boreal ya había desaparecido del cielo y el campamento era un oasis de luz en medio de la oscuridad más profunda. Bajo aquella luz, las siluetas de los tres hombres quedaban perfectamente definidas. Envalentonado por el silencio, Sigmund alzó la voz y atacó la última estrofa de la vieja canción:

Dentro de un año, cuando las uvas maduren…

En ese momento, una ráfaga de disparos de rifle cruzó la noche. Hawes suspiró, hizo un esfuerzo por incorporarse y se desplomó. Wertz cayó hacia delante, sobre un hombro, con la cabeza colgando. Se atragantó y un chorro oscuro fluyó de su boca. Sigmund, el rubio, con la canción aún en la garganta, alzó los brazos y cayó de bruces sobre la hoguera.

☘

LOS OJOS DEL HECHICERO aparecían negros como las tinieblas y no estaba de mejor humor: se había peleado con el jefe para ver a quién pertenecía el rifle de Wertz y se había quedado con una parte mayor de la que le correspondía del saco de alubias. También se apropió de la piel de oso, provocando las quejas de los demás miembros de la tribu. Por si fuera poco, intentó matar al perro de Sigmund, el que le había regalado la joven, pero el perro huyó y él se cayó al interior del pozo, dislocándose el hombro con el cubo. Tras saquear por completo el campamento, regresaron a sus tiendas y las mujeres los recibieron con alegría. Además, una manada de alces cruzó la divisoria del Sur y los cazadores lograron matarlos, de manera que el hechicero recibió mayores honores que antes y sus gentes murmuraron que se sentaba en asamblea con los dioses.

Pero más adelante, cuando todos se habían ido, el perro pastor regresó al campamento desierto y lloró a los muertos durante una noche y un día enteros. Después desapareció, aunque no transcurrieron muchos años antes de que los cazadores indios notasen un cambio en la raza de los lobos grises, con pinceladas de colores más claros y manchas jaspeadas que nunca se habían visto en lobo alguno.

[1900]



La gran incógnita

I

CUANDO MENOS, la carrera de la señora Sayther en Dawson fue meteórica. Llegó en primavera, con trineos, perros y *voyageurs* francocanadienses, tuvo un éxito extraordinario durante un mes escaso y partió río arriba en cuanto el hielo se lo permitió. Sin mujeres, Dawson nunca comprendió esa marcha tan precipitada y sus cuatrocientos habitantes se sintieron agraviados y solos hasta que se descubrió la veta de Nome y las emociones antiguas dejaron paso a las nuevas. Porque habían disfrutado de la señora Sayther y la habían recibido con los brazos abiertos. Era hermosa, encantadora y, además, viuda. Debido a todo eso, enseguida tuvo a sus pies a un buen número de reyes de Eldorado, oficiales y aventureros más jóvenes, cuyos oídos anhelaban oír el frufrú de la falda de una mujer.

Los ingenieros de minas veneraban el recuerdo de su esposo, el difunto coronel Sayther, mientras que los representantes de los promotores y los sindicatos hablaban con asombro de sus negocios y manejos, porque en Estados Unidos se le tenía por un gran experto en minas y su fama en Londres era incluso mayor. La gran incógnita era por qué, entre todas las mujeres, acudía su viuda a aquella región. Pero los hombres del Norte eran prácticos y no tenían en cuenta las teorías, aunque sí valoraban los hechos. Para muchos de ellos, Karen Sayther era un hecho de lo más esencial. Que a ella le daba igual todo eso quedó demostrado por la rapidez y habilidad con que proposición y negativa se fueron encadenando durante sus cuatro semanas de estancia. Al irse se llevó consigo el hecho y solo quedó la incógnita.

Para despejarla, la casualidad se dignó a facilitar una pista. Su última víctima, Jack Coughran, tras postrarse a sus pies infructuosamente y ofrecerle su corazón y una concesión de ciento cincuenta metros en Bonanza, celebró su desgracia dedicando toda una noche a caminar con los dioses. En medio de su vigilia se tropezó por causalidad con Pierre Fontaine, que no era otro que el

jefe de los *voyageurs* de Karen. Ese contacto casual les llevó a reconocerse, beber juntos y acabar los dos un tanto perjudicados.

—¿Eh? —balbuceó después Pierre Fontaine con la voz pastosa—. ¿Por qué visita el país *madame* Sayther? Es mejor que hable con ella. Yo no sé nada, excepto que siempre pregunta por el mismo hombre. «Pierre —me dijo—, debe encontrar a este hombre y le daré mucho dinero. Le daré mil dólares si lo encuentra». ¿El hombre? *Oui*. El hombre se llama David Payne. *Oui, monsieur*, David Payne. Ella dice su nombre sin parar. Y yo lo busco sin parar, trabajo mucho, pero no lo encuentro y no me llevo los md dólares, ¡maldita sea!

»¿Eh? *Ah, oui*. En una ocasión, unos hombres que venían de Circle City dijeron que lo conocían, que estaba en el arroyo Birch. ¿Y *madame*? Dijo: "¡Bien!", se puso muy contenta y habló conmigo: "Pierre —me dijo—, enganche los perros. Nos vamos ya. Si encontramos a ese hombre le daré mil dólares más". Yo le dije: "¡*Oui, ya! ¡Allons, madame*!".

»Estaba seguro de que los dos mil dólares ya eran míos. ¡Pero no! Porque llegaron más hombres de Circle City y dijeron que no, que ese hombre, David Payne, había partido hacía poco en dirección a Dawson. Así que *madame* y yo no nos fuimos.

»*Oui, monsieur*. Hoy *madame* me dio quinientos dólares y me dijo: "Pierre, vaya a comprar una barca. Mañana saldremos no arriba". *Ah, oui*, mañana no arriba. Y el maldito Charley *el de Sitka* me ha hecho pagar los quinientos dólares por la barca, hasta el último dólar. ¡Maldita sea!

Así fue cómo —cuando al día siguiente Jack Coughran se desahogó— Dawson se preguntó quién sería el tal David Payne y de qué forma su existencia afectaba a la de Karen Sayther. Pero ese mismo día, tal y como había dicho Pierre Fontaine, la señora Sayther y su salvaje tripulación de *voyageurs* zarparon río arriba por la orilla Este hacia Klondike City, cruzaron a la margen oeste para salvar los riscos y desaparecieron entre el laberinto de islas, hacia el sur.

II

—*OUI, MADAME*, es aquí. Una, dos, tres islas por debajo del río Stuart. Es aquí.

Mientras hablaba, Pierre Fontaine apoyaba su pértiga contra la orilla y mantenía la popa de la barca contra la corriente, así logró que la proa se

adentrase en tierra hasta poder ascender el terraplén de la ribera y encontrar dónde asegurar la amarra.

—Un momento, *madame*, iré a ver.

Un coro de perros acompañó su desaparición tras la orilla, pero un minuto después ya estaba de vuelta:

—*Oui, madame*, ahí está la cabaña. Voy a investigar. No hay nadie en casa, pero no habrá ido lejos ni tardará, porque no habría dejado a los perros. Ya verá como vuelve enseguida.

—Ayúdeme a bajar de aquí, Pierre. Me duele todo por culpa de la barca. Podía haberla adecuado mejor.

Karen Sayther surgió en toda su esbelta belleza de un nido de pieles situado en medio de la embarcación. Pero si parecía frágil y delicada en aquel entorno tan básico, lo desmintió enseguida con la fuerza con la que agarró la mano de Pierre, con el endurecimiento de su bíceps femenino al soportar el peso de su cuerpo, con el esfuerzo espléndido de las extremidades al agarrarse al perpendicular terraplén mientras ascendía. Aunque de estructura sutil y exquisito recubrimiento, su cuerpo era un templo de la fuerza.

Sin embargo, a pesar de la calma despreocupada con la que había llegado a tierra, el color de su rostro era más cálido de lo normal y su corazón latía perceptiblemente más rápido. Se acercó a la cabaña con una curiosidad reverente y el rubor de sus mejillas mostró una dulzura sazonada.

—¡Mire! —Pierre señaló las virutas esparcidas junto al montón de la leña —. Es de hace poco. Dos o tres días. No más.

La señora Sayther asintió con la cabeza. Intentó ver algo a través del ventanuco, pero estaba hecho de pergamino engrasado, que admite el paso de la luz aunque impide la visión. Ante eso, dio la vuelta a la casucha, se dirigió a la puerta y levantó el tosco pestillo para entrar, pero cambió de idea y lo dejó de nuevo en su sitio. De repente, cayó de rodillas y besó el rudimentario umbral. Si Pierre Fontaine lo vio, no dijo nada y jamás compartió ese recuerdo en el futuro. Pero enseguida uno de los barqueros, que encendía su pipa tranquilamente, se sobresaltó ante la dureza inusitada en la voz de su capitán.

—¡Eh, tú! ¡Le Goire! Prepara mejor la barca. Hazla más cómoda —ordenó Pierre—. Pon más pieles de oso, más mantas. ¡Maldita sea!

Al poco tiempo deshicieron de nuevo el nido porque llevaron a tierra la mayor parte de las pieles, donde la señora Sayther se tumbó para esperar más cómodamente. Reclinada sobre un costado miraba hacia el Yukón, extendido a lo lejos. Por encima de las montañas que se elevaban tras la ribera de

enfrente, el cielo aparecía oscuro debido a algún incendio oculto que asolaba el bosque. El sol de la tarde conseguía abrirse paso débilmente entre el humo, aportando a la tierra un resplandor impreciso y formando sombras irreales. La naturaleza inmaculada se expandía hasta el horizonte: islas cubiertas de píceas, aguas oscuras y crestas rocosas marcadas por el hielo. Ni rastro de existencia humana rompía aquella soledad, ni sonidos la calma. La tierra parecía dominada por la irrealidad de lo desconocido, envuelta en el misterio amenazador de los grandes espacios.

Tal vez fuera eso lo que ponía nerviosa a la señora Sayther, porque cambiaba continuamente de postura, ahora para mirar río arriba y luego río abajo, o para observar las oscuras orillas de las bocas medio ocultas de los afluentes. Tras una hora, los barqueros saltaron a tierra para montar el campamento en el que pasar la noche, pero Pierre permaneció vigilando al lado de su jefa.

—¡Ah! Por fin llega —susurró el hombre tras un prolongado silencio, con la vista fija en el extremo de la isla que daba al cauce alto del río.

Una canoa, con un remo destellando a cada costado, se deslizaba corriente abajo. En popa la silueta de un hombre y en proa la de una mujer se balanceaban al ritmo del esfuerzo conjunto. La señora Sayther no se fijó en la mujer hasta que la canoa se acercó más y su extraña belleza despertó su interés. Una camisa ceñida de piel de alce, fabulosamente adornada con abalorios, destacaba la silueta bien formada de su cuerpo, y un pañuelo de seda, de colores brillantes y colocado de forma pintoresca, cubría en parte una impresionante melena de cabello negro azulado. Pero fue el rostro, como tallado en bronce cobrizo, lo que llamó la atención de la señora Sayther. Los ojos grandes y negros, de mirada penetrante, ligeramente rasgados, observaban bajo unas cejas arqueadas y bien delineadas. Las mejillas, de pómulos altos y prominentes pero sin resultar exagerados, descendían hasta alcanzar la boca de labios finos y suaves que indicaban fortaleza. Era un rostro que anunciaba una leve presencia de sangre mongola, una vuelta a la raíz primera tras muchos siglos de itinerancia. Ese efecto se veía realzado por la nariz delicadamente aquilina, de finas aletas y el aspecto de águila en estado salvaje que no solo caracterizaba al rostro sino a toda la criatura. Era el tipo exacto de la raza tártara modificada hasta la idealización: afortunada la tribu india que produce un ejemplar tan exclusivo en muchas generaciones.

Tras varios golpes de remo fuertes y prolongados, la joven, de acuerdo con el hombre, de repente situó la pequeña embarcación contracorriente y la acercó con suavidad a la orilla. Al instante se hallaba de pie sobre el terraplén,

tirando de una cuerda a la que iba atado un cuarto de alce recién cazado. El hombre la siguió y juntos, con un fuerte tirón, sacaron la canoa del agua. Los perros los rodearon gimiendo y, mientras la joven se agachaba entre ellos para acariciarlos, la mirada del hombre se posó en la señora Sayther, que se había puesto de pie. La miró, se froto los ojos sin darse cuenta, como si no se fiara de lo que veía, y volvió a mirarla.

—Karen —dijo, acercándose y extendiendo la mano—. Creí que estaba soñando. Esta primavera la nieve me dejó ciego una temporada y desde entonces los ojos me juegan malas pasadas.

La señora Sayther, más ruborizada que nunca y con el corazón latiendo tan fuerte que hasta le dolía, se había preparado para cualquier cosa excepto aquella mano tendida con tanta frialdad, pero logró contenerse y la estrechó cordialmente.

—Verás, Dave, sé que amenacé muchas veces con venir, y lo habría hecho antes, pero… pero…

—Pero yo no te animé a hacerlo.

David Payne se rio y miró hacia la joven india, que en ese momento entraba en la cabaña.

—Oh, lo comprendo, Dave, y si hubiese estado en tu lugar, probablemente habría hecho lo mismo. Pero ya estoy aquí.

—Pues entra en la cabaña y come algo —dijo amablemente, ignorando o sin captar la femenina súplica presente en su voz—. Además, estarás cansada. ¿Cómo has venido? ¿Río arriba? Entonces habrás pasado el invierno en Dawson o llegaste justo antes del deshielo. ¿Es tu campamento? —Miró a los *voyageurs* que rodeaban la hoguera a cielo abierto y mantuvo abierta la puerta de la cabaña para que ella entrase.

—Yo llegué sobre el hielo desde Circle City el invierno pasado —continuó diciendo— y me he quedado un tiempo en la zona. Busco oro en el arroyo Henderson y, si no lo encuentro, he pensado probar este otoño en el cauce alto del río Stuart.

—No has cambiado mucho —comentó ella, buscando llevar la conversación a un terreno más personal.

—Quizás haya adelgazado un poco y ganado músculo. ¿Te referías a eso?

Pero ella se encogió de hombros y forzó la vista para observar, a la tenue luz, a la joven india, que había encendido el fuego y freía grandes pedazos de carne de alce y varias lonchas de beicon.

—¿Te quedaste mucho tiempo en Dawson? —El hombre tallaba un trozo de abedul para convertirlo en un tosco mango de hacha e hizo la pregunta sin

levantar la mirada.

—Unos días —respondió ella, mientras seguía a la joven con los ojos, casi sin oír lo que él le decía—. ¿Qué me has preguntado? ¿En Dawson? Me quedé un mes y me alegré de irme. El hombre del ártico es muy elemental y de sentimientos vehementes.

—Ha de serlo cuando vive tan apegado a la tierra. Las convenciones las deja en casa, con el colchón de muelles. Pero elegiste bien el momento de partir. Así podrás abandonar la región antes de que lleguen los mosquitos, un privilegio que tu falta de experiencia no te permitirá apreciar.

—Supongo que no. Pero cuéntame de ti, de la vida que llevas. ¿Qué clase de vecinos tienes? Si tienes alguno.

Mientras preguntaba, observaba a la joven, que molía café en un saco pequeño sobre una piedra. Con una habilidad y un ritmo constante, que indicaban un dominio tan primitivo como el método que utilizaba, aplastaba los granos atrapados en el saco con un pesado fragmento de cuarzo. David Payne se fijó en la mirada de su visitante y la sombra de una sonrisa asomó a sus labios.

—Alguno tuve —respondió—. Hombres de Missouri y un par de tipos de Cornualles, pero se fueron a Eldorado para trabajar a sueldo de otros.

La señora Sayther dirigió una mirada especulativa a la joven.

—Pero supongo que habrá indios por la zona.

—Hace mucho que todos se fueron a Dawson. No queda ni un nativo en la región, excepto Winapie, que es de los koyokuk, una tribu que está a más de mil quinientos kilómetros río abajo.

La señora Sayther se sintió mareada de repente y, aunque la sonrisa de interés no desapareció, tuvo la sensación de que el rostro del hombre se alejaba de ella y los troncos de la cabaña giraban a su alrededor. Pero la llamaron a la mesa y durante la cena consiguió recuperarse. Habló poco, sobre todo de la tierra y el clima, mientras el hombre se distrajo realizando una prolija descripción de las diferencias entre las prospecciones más superficiales del verano en las regiones bajas y las más profundas del invierno en las regiones altas.

—¿No me preguntas por qué he venido al Norte? —quiso saber ella—. Aunque supongo que lo imaginarás—. Se habían levantado de la mesa y David Payne volvía a tallar el mango del hacha—. ¿Recibiste mi carta?

—¿Enviaste más? No, creo que no la recibí. Seguramente estará dando vueltas por la región del arroyo Birch o en la cabaña de algún factor del cauce

bajo del río. No sabes lo mal que funciona aquí el correo. No hay orden ni método ni…

—¡No seas tan seco, Dave! ¡Ayúdame! —Lo dijo con dureza, con una autoridad que se asentaba en el pasado—. ¿Por qué no preguntas nada sobre mí? ¿Sobre nuestros conocidos? ¿Ya no te interesa el resto del mundo? ¿Sabes que mi esposo ha muerto?

—¿De verdad? Lo siento. ¿Cuánto hace que…?

—¡David! —Estaba a punto de llorar del disgusto, pero el tono de reproche que imprimió a su voz la tranquilizó—. ¿Recibiste alguna de mis cartas? Tienes que haber recibido alguna, aunque no hayas contestado.

—La última no la recibí, en la que evidentemente me anunciabas la muerte de tu marido, y es probable que varias se perdieran. Pero alguna recibí. Se las leí a Winapie en voz alta como advertencia, ya sabes, para hacerle ver la maldad de sus hermanas blancas. Y creo que le vino bien. ¿No te parece?

Ella no tuvo en cuenta el duro comentario y le dijo:

—En la última carta, la que no recibiste, te comunicaba la muerte del coronel Sayther, como bien has imaginado. Eso fue hace un año. También te decía que si tú no volvías conmigo, yo vendría a buscarte. Como te había prometido varias veces, aquí estoy.

—No sé nada de ninguna promesa.

—En mis cartas anteriores.

—Sí, lo prometiste, pero como nunca te lo pedí ni te contesté, quedó sin confirmar. Por eso no he tenido en cuenta esas promesas. Aunque sí tuve en cuenta otra, que sin duda recordarás. Fue hace mucho tiempo. —Depositó el mango en el suelo y levantó la cabeza—. Fue hace mucho tiempo, pero la recuerdo perfectamente. Recuerdo el día, la hora y cada detalle. Tú y yo estábamos en una rosaleda, la rosaleda de tu madre. Todo brotaba, florecía y la savia de la primavera corría por nuestras venas. Te atraje hacia mí por primera vez y te besé en los labios. ¿No te acuerdas?

—¡No me lo recuerdes, Dave, por favor! Jamás he podido olvidarlo. ¡Y cuánto he llorado! Si supieras lo mucho que he sufrido…

—Entonces me lo prometiste. Sí, mil veces en los dulces días que siguieron. Cada mirada de tus ojos, cada roce de tu mano, cada sílaba que salió de tus labios era una promesa. Pero luego, ¿cómo decirlo?, apareció un hombre. Era mayor, tanto que podría haber sido tu padre, y nada agraciado, pero por lo demás estaba limpio. No había hecho mal alguno, cumplía la ley al pie de la letra y era respetable. Además de todo eso, poseía varias minas

insignificantes… una veintena; no importa, ya lo sé; y unos cuantos kilómetros de tierras, hacía negocios, tenía acciones. Era…

—Pero había otros motivos —interrumpió ella—. Ya te lo dije. La presión, los asuntos económicos, la necesidad, mi familia, los problemas. Tú comprendiste aquella sórdida situación. No pude evitarlo. Yo no lo deseaba. Me sacrificaron… o me sacrifiqué, como prefieras. ¡Dios mío, Dave! ¡Renuncié a ti! ¡Piensa en lo que he tenido que pasar!

—¿Que no lo deseabas? ¿La presión? En el mundo no había nada que te obligase a irte con aquel hombre.

—Pero siempre te amé a ti —imploró ella.

—No estaba acostumbrado a tu forma de valorar el amor. Sigo sin estarlo. No lo comprendo.

—¡Piensa en el presente!

—Hablábamos de ese hombre con el que decidiste casarte. ¿Qué clase de hombre era? ¿Cómo conquistó tu alma? ¿Cuáles eran sus virtudes? Cierto, entendía el dinero, entendía a fondo cómo manejarlo. Sabía amasarlo. Dominaba todas las técnicas. Tenía poca inteligencia y una excelente capacidad para las actuaciones más ruines, de manera que transfería el dinero de otro hombre a su propio bolsillo y el de aquel otro y el del siguiente. Mientras la justicia le sonreía. No lo condenaba y nuestra ética cristiana lo aprobaba. Según la vara de medir social no era un mal hombre. Pero según la tuya, Karen, según la mía, según la nuestra de la rosaleda, ¿qué era?

—Recuerda que ha muerto.

—Eso no cambia nada. ¿Qué era? Un asqueroso materialista, sordo a las canciones, ciego a la belleza, insensible a lo espiritual. Estaba gordo de pura pereza, tenía las mejillas fofas y el diámetro de su estómago indicaba el alcance de su glotonería…

—Pero está muerto. Ahora nos toca a nosotros. ¡A nosotros! ¿Me oyes? Es verdad, fui voluble. Pequé. Sí. Pero ¿no deberías tú también reconocer tu pecado? Si yo rompí mi promesa, ¿no has hecho tú lo mismo? El amor que sentías en la rosaleda era eterno o eso dijiste. ¿Dónde está ahora?

—¡Está aquí! ¡Y ahora! —gritó él, golpeándose el pecho con el puño cerrado—. Siempre ha estado aquí.

—Tú amor era grande, no lo había mayor —continuó ella—, o eso dijiste en la rosaleda. Sin embargo, ¿no es lo bastante grande o fuerte para perdonarme ahora que me tienes llorando a tus pies?

El hombre dudó. Abrió la boca: las palabras trataron en vano de abandonar sus labios. Ella lo había obligado a desnudar su corazón y decir

verdades que se había ocultado a sí mismo. Y estaba tan guapa, allí de pie, dejándose llevar por la pasión, recordando viejas relaciones y una vida más amable. Giró la cabeza para no verla, pero ella dio la vuelta y volvió a enfrentarse a él.

—¡Mírame, Dave! ¡Mírame! Al fin y al cabo soy la misma. Como tú, si te dignas a pensarlo. No hemos cambiado.

Karen apoyó la mano en el hombro de David y él estaba a punto de abrazarla cuando el brusco roce de una cerilla al encenderse lo devolvió a la realidad. Winapie, ajena a la escena, encendía la lenta mecha de la lámpara de sebo. De repente se recortó contra un fondo totalmente negro y la llama, al ir creciendo en potencia, convirtió su belleza broncínea en oro regio.

—Verás, es imposible —gimió él, apartando con delicadeza a la mujer de cabello claro—. Es imposible —repitió—. Es imposible.

—No soy una niña, Dave, con ilusiones infantiles —dijo ella suavemente, aunque sin atreverse a acercarse a él otra vez—. Lo comprendo porque soy una mujer. Los hombres sois hombres. Es costumbre común en la región. No me escandaliza. Lo supe desde el principio. Pero no es más que un matrimonio de la zona, ¿o se trata de un matrimonio de verdad?

—En Alaska no se preguntan esas cosas —protestó él, sin fuerzas.

—Lo sé, pero…

—Pues entonces te diré que solo es un matrimonio de los de aquí, solo eso.

—¿Y tenéis hijos?

—No.

—¿Ni…?

—No, no, nada. Pero es imposible.

—No lo es. —Volvía a estar junto a él, acariciando ligeramente el dorso quemado por el sol de su mano—. Conozco bien las costumbres de la región. Los hombres lo hacen continuamente. No quieren permanecer aquí toda la vida, apartados del resto del mundo, así que dan orden a la compañía P. C. C. para que la aprovisione durante un año, le dejan algún dinero en efectivo, y la joven tan contenta. Al cabo de ese tiempo, el hombre… —Se encogió de hombros—. Lo mismo le ocurrirá a esta joven. Daremos órdenes a la compañía, pero no por un año, sino mientras ella viva. ¿Qué era cuando la encontraste? Una salvaje que comía los alimentos crudos: salmón en verano y alce en invierno; que se hartaba en tiempos abundancia y pasaba hambre en los de escasez. Con tu llegada fue más feliz; con tu partida, teniendo

asegurada una buena vida, sin pasar necesidades, sin duda será más feliz que si no hubiera estado contigo.

—No. No —protestó él—. No es justo.

—Vamos, Dave, tienes que aceptarlo. No es de los tuyos. No existe afinidad racial. Es una aborigen nacida de la tierra, aún apegada a ella y de la que resulta imposible alejarla. Ha nacido salvaje y así morirá. Pero nosotros, tú y yo, somos de una raza evolucionada y dominante, la sal de la tierra y, por lo tanto, sus dueños. Estamos hechos el uno para el otro. Lo más importante es ser iguales y nosotros lo somos. La razón y el corazón lo dicen. Tu propio instinto te lo advierte. No puedes negarlo. No puedes escapar a las generaciones que te precedieron. Tu linaje ha sobrevivido miles de siglos y no debe acabar aquí. No puede. Tu ascendencia no lo permitirá. El instinto es más fuerte que la voluntad. La raza es más fuerte que tú. Venga, Dave, vámonos. Aún somos jóvenes y la vida nos sonríe. Vamos.

Winapie, al salir de la cabaña para alimentar a los perros, llamó la atención del hombre y lo llevó a negar con la cabeza y a rechazar débilmente aquella opción. Pero la mujer le rodeó el cuello con la mano y pegó su mejilla a la de él, que de inmediato fue consciente de lo desoladora que había sido su existencia: la lucha inútil con las despiadadas fuerzas de la naturaleza; los tristes años de helada y hambruna; el contacto inhóspito y áspero con los aspectos más elementales de la vida; el doloroso vacío que no llena una subsistencia meramente animal. Ahora, a su lado tenía a la seducción en persona, que le hablaba de tierras más cálidas y llenas de luz, de música, de alegría y felicidad, que recuperaba los viejos tiempos. Lo imaginó sin ser consciente de ello. Volvió a ver viejos rostros conocidos, atisbo paisajes olvidados, recuerdos de horas felices, acordes de canciones y la vibración de las risas…

—Vamos, Dave, vamos. Tengo de sobra para los dos. Viviremos bien. —Miró a su alrededor, al escaso mobiliario de la cabaña—. Tengo de sobra para los dos. Tenemos el mundo a nuestros pies y seremos muy felices. ¡Vamos! ¡Vamos!

La tenía entre sus brazos, temblorosa, y la abrazó con fuerza. Se puso en pie… pero los gruñidos de los perros hambrientos y los gritos estridentes de Winapie estableciendo la paz entre los combatientes llegaron amortiguados a sus oídos, a través de los troncos. Otra escena se desarrolló ante sus ojos. Una lucha en el bosque, un *grizzly* osado con la pata rota, algo terrible; los gruñidos de los perros y los gritos estridentes de Winapie al empujarlos a atacar, él en medio del lío, sin respiración, jadeante, esforzándose por no

morir; perros con la columna rota o con las entrañas desgarradas aullando angustiados, impotentes, y profanando la nieve; el blanco virginal convertido en escarlata por la sangre de bestias y hombre; el oso feroz, irresistible, lanzando zarpazos sin parar y a punto ya de arrebatarle la vida; y Winapie, al final en medio de aquel revoltijo aterrador, con el cabello suelto y los ojos llameantes —la personificación perfecta de la furia—, clavando una y otra vez su largo cuchillo de caza. El sudor asomó a su frente. Se libró de la mujer que se agarraba a él y retrocedió tambaleándose hasta la pared. Ella, sabiendo que había llegado el momento pero incapaz de adivinar lo que ocurría en el interior de él, sintió que perdía todo cuanto había ganado.

—¡Dave! ¡Dave! —exclamó—. ¡No renunciaré a ti! ¡No renunciaré a ti! Si no quieres venir, me quedaré. Me quedaré contigo. El resto del mundo no me importa como me importas tú. Seré una esposa de la región septentrional: cocinaré para ti, alimentaré a tus perros, abriré camino en la nieve y remaré a tu lado. Puedo hacerlo. Créeme. Soy fuerte.

Él no lo dudaba mientras la miraba y la mantenía apartada de él, pero su rostro se había vuelto gris y severo, y la calidez de su mirada había desaparecido.

—Pagaré a Pierre y a los barqueros y les diré que se vayan. Me quedaré contigo, con sacerdote o sin él, con cura o sin cura. ¡Iré contigo adonde sea! ¡Dave! ¡Dave! ¡Escúchame! Dices que me porté mal contigo en el pasado y es verdad. Permite que te recompense, deja que expíe mi culpa. Si antes no supe valorar el amor, déjame demostrarte que ahora ya he aprendido.

Se dejó caer al suelo y le rodeó las rodillas con los brazos mientras sollozaba.

—Tú me quieres. Sé que me quieres. ¡Piensa en los muchos años que he esperado y sufrido! ¡Ni te lo imaginas!

Él se agachó y la ayudó a levantarse.

—Escucha —ordenó al tiempo que abría la puerta y la sacaba afuera en volandas—: no puede ser. No podemos pensar solo en nosotros. Debes irte. Te deseo buen viaje. Cuando llegues a la zona de Sixty Mile se complicará la cosa, pero cuentas con los mejores barqueros del mundo y no tendrás problemas. ¿Quieres despedirte?

Aunque ya había logrado controlarse, lo miró sin esperanza.

—Y si… si… si Winapie quisiera… —tartamudeó y se detuvo.

Pero él comprendió lo que ella quería decir y respondió:

—Sí, —Aunque al darse cuenta de la atrocidad de aquella idea, dijo—: Es inconcebible. No puede ser. No debemos ni pensarlo.

—Bésame —susurró ella con el rostro iluminado. Luego se dio la vuelta y se marchó.

☘

—LEVANTE EL CAMPAMENTO, Pierre —le dijo al barquero, que era el único que aguardaba despierto su regreso—. Tenemos que irnos.

A la luz de la hoguera, el hombre percibió el dolor en el rostro de la joven, pero recibió la extraordinaria orden como si fuese lo más normal del mundo.

—*Oui, madame* —respondió—. ¿En qué dirección? ¿Dawson?

—No —dijo ella con ánimo—. Curso arriba, hacia el exterior. Hacia Dyea.

Pierre despertó a los *voyageurs* a patadas y gruñidos, los hizo abandonar las mantas y los puso a trabajar, mientras su voz, vibrante de acción, se oía por todo el campamento. En un santiamén recogieron la diminuta tienda de la señora Sayther, reunieron cacerolas y utensilios, enrollaron las mantas y los hombres se dirigieron a la barca tambaleándose bajo el peso de la carga. Allí, en la orilla, la señora Sayther aguardó hasta que el equipaje estuvo a bordo y su nido de mantas bien preparado.

—La remolcaremos hasta el extremo de la isla —explicó Pierre mientras desenroscaba la sirga más larga—. Luego seguiremos por el canal secundario, donde el agua no tiene tanta fuerza y podremos avanzar mejor.

El correteo de unas patas sobre la hierba seca del año anterior llegó a su oído experto y giró la cabeza. La joven india, rodeada por un círculo de lobos con el pelo erizado, se acercaba a ellos. La señora Sayther se fijó en que el rostro de la chica —que durante toda la escena de la cabaña había permanecido apático— ahora parecía colérico e iracundo.

—¿Qué hacer tú a mi hombre? —le preguntó abruptamente a la señora Sayther—. El tumbar en catre y tener cara mala. Yo preguntar: «¿Qué pasar, Dave? ¿Enfermo?». Pero él no decir nada. Después él decir: «Buena chica, Winapie, vete. Esto pasar». ¿Qué hacer a mi hombre? ¿Eh? Creer tú mala mujer.

La señora Sayther miró con curiosidad a la mujer que compartía la vida de aquel hombre mientras ella se iba adentrar sola en la oscuridad de la noche.

—Yo creer tú mala mujer —repitió Winapie, con esa manera lenta y metódica de quien busca las palabras en un idioma que no es el suyo—. Creer

mejor tú marchar. No volver, ¿eh? ¿Qué creer tú? Yo tener un hombre. Yo mujer india. Tú mujer americana. Tú hermosa. Tú encontrar muchos hombres. Tú ojos azules como cielo. Tú piel blanca, suave.

Alargó su índice moreno y presionó con él la suave mejilla de la otra mujer. Habla en favor de Karen Sayther el hecho de que ni siquiera se inmutó. Pierre dudó e hizo ademán de acercarse más, pero ella le indicó con un gesto que no se preocupara, aunque se le llenó el corazón de gratitud ante el gesto del hombre.

—No pasa nada, Pierre —le dijo—. Por favor, váyase.

Él se alejó respetuosamente hasta que las dos quedaron fuera del alcance de su oído, donde permaneció quejándose para sí y midiendo la distancia en saltos.

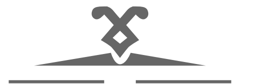
—Blanca, suave, como bebé. —Winapie tocó la otra mejilla y retiró la mano—. Pronto llegar mosquitos. Piel llenar picaduras, hinchar mucho. Doler mucho, mucho. Muchos mosquitos, muchas picaduras. Creer tú mejor ir antes llegar mosquitos. Por ahí —dijo señalando arroyo abajo— ir St. Michael; por ahí —indicando hacia arriba— ir Dyea. Mejor ir Dyea. Adiós.

Lo que hizo entonces la señora Sayther maravilló a Pierre, porque abrazó a la joven india, le dio un beso y rompió a llorar.

—Sé buena con él —le dijo entre lágrimas—. Trátalo bien.

Luego descendió el terraplén, gritó: «Adiós», mirando hacia atrás, y se dejó caer en el centro de la barca. Pierre la siguió y soltó amarras. Colocó en su sitio el remo de dirección y dio la señal. Le Goire atacó una vieja *chanson* francesa; los hombres, como una hilera de fantasmas a la tenue luz de las estrellas, curvaron las espaldas para tirar de la sirga; el remo de dirección dividió en dos la corriente y la barca se adentró en la noche.

[1900]



Acción de Gracias en el arroyo Slav

SE DESPERTÓ SOBRESALTADA. Su esposo hablaba en voz baja con insistencia.

—Vamos —añadió—. Levántate. Arriba, Nella. Rápido, levántate.

—Pero no quiero levantarme —objetó ella, luchando en vano por volver a deslizarse en el sueño.

—Te digo que debes hacerlo. Y no hagas ruido, pero ven conmigo. ¡Date prisa! Venga, date prisa. ¡Si te das prisa cambiará nuestra suerte!

Nella Tichborne ya estaba totalmente despierta debido a la emoción reprimida en los susurros de él y sintió un escalofrío al apoyar los pies en el suelo helado de la cabaña.

—¿Qué ocurre? —preguntó malhumorada—. ¿Qué pasa?

—¡Ssh! No hagas ruido —respondió él—. Silencio. Vístete enseguida.

—Pero ¿qué pasa?

—Cállate, si me quieres, y vístete.

—Mira, George, no me moveré hasta que me digas qué ocurre. —Coronó el ultimátum sentándose más cómodamente en el catre.

El hombre gimió.

—¡La de tiempo valiosísimo que estás perdiendo! ¿No te he dicho que cambiará nuestra suerte? ¡Date prisa! Es información. Nadie lo sabe. Un secreto. Hay una estampida en marcha. ¡Sssh! Ponte ropa de mucho abrigo. Hace mucho frío. El termómetro marca 55 °C bajo cero. Voy a avisar a Ikeesh. Sé que le gustaría participar. Oye, Nella…

—¿Sí?

—Date prisa.

Cruzó hasta el otro extremo de la cabaña, donde una manta partía en dos la estancia, y llamó a Ikeesh. La india ya estaba despierta. Su esposo se encontraba en su concesión del Bonanza y la cabaña era suya, aunque tenía como invitados a George Tichborne y a Nella.

—¿Qué pasa, Tichborne? —preguntó—. ¿Está Nella enferma?

—No. No. Hay una estampida. De las buenas. Hay mucho oro. Date prisa y vístete.

—¿Qué hora es?

—Las doce. Medianoche. No hagas ruido.

Cinco minutos después se abrió la puerta de la cabaña y salieron.

—¡Ssh! —advirtió él.

—¡Oh, George! ¿Has cogido la sartén?

—Sí.

—¿Y la batea? ¿Y el hacha?

—Sí, sí, Nella. ¿Te acordaste tú de la levadura?

Avanzaban con rapidez haciendo crujir la nieve, colina abajo, hacia el Dawson dormido. A la espalda llevaban ligeros equipos de estampida, cada uno con una manta y el mínimo necesario para acampar bajo un frío polar. Sin embargo, Dawson no dormía. La luz destellaba en las ventanas de las cabañas y un murmullo de voces atravesó la oscuridad y llego hasta sus oídos. Los perros empezaban a aullar y las puertas a cerrarse de golpe. Para cuando llegaron al Cuartel, la ciudad entera iba tras ellos. Allí el camino caía abruptamente sobre la ribera y cruzaba el hielo apisonado del Yukón hasta la lejana orilla de enfrente.

George Tichborne dejó escapar un juramento en voz baja y para sí mismo, pero en voz alta dijo:

—Se ha filtrado de alguna forma y todo el mundo lo sabe. Será una estampida de las grandes. Pero daos prisa porque todos van por detrás de nosotros, así que aún podemos conseguirlo.

—¡George!

Un lamento asustado atravesó el aire quedo y se extinguió al perder Nella el equilibrio sobre el hielo y resbalar los seis metros del terraplén abajo para perderse en la negrura del fondo.

—¡Nella! ¡Nella! ¿Dónde estás? —Resbalaba sobre los enormes bloques de hielo y avanzaba tanteando en dirección a ella—. ¿Estás herida? ¿Dónde estás?

—¡Estoy bien! ¡Ya voy! —respondió ella en tono alegre—. Aunque la nieve se me ha metido por la espalda y se derrite. ¡Qué frío!

Acababa de reunirse el trío cuando dos siluetas negras se dejaron caer pesadamente entre ellos desde arriba. Otras las siguieron. Algunas llegaban como era debido, pero la mayoría despreciaba los medios de locomoción tradicionales y peregrinaba sobre cualquier otra parte de su anatomía que no fuese los pies. También llevaban equipos de estampida a la espalda y mucha prisa en el corazón.

«¿Dónde está el camino?», era lo que decían todos. Luego se concentraban en buscar el camino al otro lado del río.

George Tichborne lo encontró por fin y, junto con Nella e Ikeesh, abrió paso. Pero en la oscuridad lo perdían continuamente y resbalaban, tropezaban y se caían sobre el hielo amontonado. Por fin, presa de la desesperación, George encendió una vela y, como no soplaba ni la más mínima brisa, avanzar les resultó mucho más sencillo. Nella miró hacia atrás, hacia los cincuenta corredores de estampidas que los seguían, y se rio medio histérica. Su marido apretó los dientes y se lanzó hacia delante con mayor decisión.

—Al menos vamos en cabeza del grupo, delante de todos —le susurró mientras giraban hacia el sur por el camino más cómodo que corría bajo las sombras de los riscos.

Pero en ese momento, una franja llameante cruzó el cielo y derramó un fuego palpitante sobre el rostro de la noche. El camino quedó entonces iluminado y, hasta donde alcanzaba la vista, iba lleno de siluetas borrosas que se esforzaban por avanzar en la misma dirección. Además, los que iban detrás empezaron a adelantarlos, uno a uno, llevando al límite su empeño.

—¡Nella, date prisa! —La cogió de la mano y tiró de ella para que avanzase—. Es la oportunidad que llevamos tanto tiempo esperando. ¡Piensa lo que será si fracasamos!

—¡Oh! —jadeó y se tambaleó la mujer—. ¡Nunca lo conseguiremos! ¡No, jamás!

Notaba un dolor agudo en el costado y se sentía mareada al avanzar con tanta prisa. Ikeesh la animó con un gruñido y le cogió la otra mano. Pero aun así las siluetas imprecisas que iban detrás continuaron alcanzándolos y adelantándolos.

Transcurrieron varias horas que parecían siglos. Para Nella aquella noche era interminable. Poco a poco fue perdiendo la consciencia y su esencia se redujo a la función mecánica de caminar. Arriba, abajo y otra vez arriba, sus extremidades se habían convertido en péndulos que medían el tiempo; delante y detrás brillaban tenues dos eternidades y entre esas dos eternidades, siempre arriba y abajo, latía ella con su movimiento rítmico y sin fin. Ya no era Nella Tichborne, mujer, sino ritmo: solo era ritmo. A veces percibía claramente las voces de Ikeesh y de su marido, pero en su estado semiinconsciente no oía. Al día siguiente no quedaría constancia de los sonidos, porque un ritmo no es receptivo al sonido. Las estrellas palidecieron y se esfumaron, pero ella no se enteró; la aurora boreal amortajó sus fuegos y la oscuridad del alba cayó sobre la tierra, pero ella no lo supo.

Aunque antes de que cayese la oscuridad, Ikeesh se acercó a Tichborne y le indicó la cima de las montañas que se recortaban sobre la orilla oeste del río.

—¿Es en el arroyo Swede? —le preguntó lacónicamente, señalando hacia donde llevaba el camino.

—No —respondió él—. En el arroyo Slav.

—Eso no es el arroyo Slav. El arroyo Slav… —Se dio la vuelta y señaló en la oscuridad cinco grados al sur—. El arroyo Slav está por ahí.

Él se detuvo de repente. Nella continuó andando, sin hacer caso de los gritos del esposo, hasta que él corrió tras ella y la obligó a parar. Era obediente pero ya no existía como persona: era un ritmo. Las dos eternidades, que ella debía mantener apartadas, se habían unido y Nella no estaba. Así que vagó hasta su hogar de Estados Unidos y se sentó bajo los enormes árboles y disfrutó al calor del sol. Su hogar, la casa hipotecada por la que habían puesto rumbo al hielo en busca de oro. El hogar que tenían intención de recuperar. Pero olvidó todo eso y se rio, parloteó y alargó primero una mano y luego la otra para sentir la luz del sol. ¡Cómo calentaba! ¡Nunca había sentido nada igual!

Tichborne deliberaba con Ikeesh. Ella insistía en que el arroyo Slav quedaba más hacia el sur de lo que él creía.

—Alguien se perdió en la oscuridad —se regocijaba George—, y los demás lo siguieron como borregos. ¡Vamos! ¡Vamos! Llegaremos por delante de todos los que nos adelantaron.

Atrochó cruzando una llanura de ocho kilómetros y dos horas después, cuando el gris del día empezaba a deslizarse sigiloso sobre el paisaje, se adentró en la boca del arroyo Slav, oculta por la arboleda. Los rastros recientes de la estampida eran tantos y tan variados que supo que Ikeesh tenía razón, aunque temía que el error se hubiese producido demasiado avanzada la noche como para desviar un número suficiente de corredores hacia el arroyo Swede.

—Nella —se dirigió a su mujer, que tropezaba tras él, sin ver—, está bien, conseguiremos una concesión. Ha amanecido. Mira a tu alrededor. Esto es el arroyo Slav y mira ¡es Acción de Gracias!

Ella lo miró con un rostro inexpresivo y dijo:

—Sí, cancelaremos la hipoteca, principal e intereses, se lo prometo. George y yo se lo prometemos. Ahora mismo, mañana, saldremos hacia el norte para cancelar la hipoteca.

Tichborne miró impotente a Ikeesh.

—Muy cansada —comentó la india secamente—. Pero con el tiempo mejorará. Cuando montemos el campamento mejorará.

Recorrieron a buen ritmo unos ocho kilómetros más hasta llegar por fin a los primeros árboles marcados en blanco y a las estacas recién clavadas de las nuevas concesiones. Hora tras hora viajaron cauce arriba por el lecho congelado del arroyo, pero las concesiones, estaca tras estaca, continuaban marcadas en una fila sin interrupción ni final. Incluso el hombre y la india se sentían cansados y sin aliento. Ikeesh no dejaba de vigilar el rostro de Nella y cuando se volvía blanco le frotaba con nieve la punta de la nariz y la piel tensa de las mejillas. Dejaron atrás a muchos hombres —los victoriosos— cubiertos con sus mantas junto al camino o cocinando y calentándose en hogueras crepitantes de madera de pícea seca. A las once el sol salió por el sureste y, aunque sus rayos no calentaban, proporcionaba un aspecto más alegre a las cosas.

—¿Hasta dónde llegan las estacas? —preguntó Tichborne a un hombre que venía cojeando por el camino.

—Yo he marcado la concesión 179 —respondió el hombre mientras se detenía para golpearse los músculos doloridos de las piernas—, pero había unas diez más después de la mía, así que imagino que llegarán hasta la 189.

—Ésta es la 107 —calculó Tichborne en voz alta—. Son concesiones de ciento cincuenta metros, seis por kilómetro, así que nos quedan unos trece kilómetros.

—Y eso que sois de los primeros —le aseguró el otro—. Pero será mejor que os deis prisa. La mitad de los corredores se equivocaron y se fueron al arroyo Swede, que es el siguiente a este, pero ya han dado la vuelta y están cruzando la divisoria, por lo que llegan al Slav a la altura de la concesión 180 o más. Aunque lo están pasando fatal —les dijo cuando ya continuaba camino —. Me encontré con el primero que logró cruzar. Me dijo que el camino está bordeado de gente totalmente agotada y que él mismo vio cinco muertos por congelación en la divisoria.

¡Muertos por congelación! La frase consiguió arrancar a Nella de su laberinto de recuerdos. Recuperó los sentidos, aunque levemente, y abrió los ojos sobresaltada. La noche interminable se había ido, aunque no sabía dónde o cómo la había pasado, y el día se abrió frente a ella con un destello cegador. Miró a su alrededor. Todo era extraño, irreal. Sus dos compañeros cojeaban lastimosamente y fue consciente de que a ella también le dolían mucho las piernas. Su marido volvió la cabeza y ella vio que su rostro y su barba se habían convertido en una masa de hielo. La boca de Ikeesh también estaba

rodeada de hielo y las cejas y las pestañas eran blancas y mucho más largas. Nella sintió el peso de sus propias pestañas y lo difícil que le resultaba separarlas otra vez cuando cerraba los ojos. La doble exigencia del camino y la helada habían agotado la energía de su cuerpo, por lo que tenía frío y estaba hambrienta. Soportaba peor el hambre que la agonía de los músculos utilizados en exceso y una náusea se apoderó de ella, las rodillas le temblaron y entrechocaron de debilidad.

De vez en cuando Tichborne se desviaba a un lado u otro en busca de las estacas que delimitaban las concesiones, que no siempre estaban clavadas junto al lecho del arroyo. En esas ocasiones Nella se dejaba caer para descansar, pero Ikeesh la obligaba a levantarse, la sacudía y le daba golpes por todo el cuerpo. Ikeesh sabía de sobra cómo actuaba el frío y que un descanso de cinco minutos sin una hoguera implicaba la muerte. De esa forma Nella vivió varios lapsos de crueles despertares hasta convencerse de que aquello era una pesadilla. A veces los árboles se convertían en sombras balbuceantes y el arroyo Slav era el infierno, en el que su marido hacía las veces de Virgilio y la llevaba de círculo en círculo de condenados. Pero en otros momentos, cuando era levemente consciente, recuperaba con fuerza el recuerdo de su hogar y la hipoteca la ayudaba a seguir adelante.

Mucho, mucho tiempo después —años después, le parecía—, oyó a George gritar con alegría y al mirarlo como si lo hiciera desde muy lejos vio que arrancaba un buen trozo de la corteza de un árbol y en la parte blanca que había dejado al descubierto escribía algo con un lápiz. ¡Por fin! Se dejó caer sobre la nieve, pero Ikeesh le propinó un buen golpe en la boca. Nella se puso de pie muy enfadada e Ikeesh la empujó y la obligó a recoger leña seca.

Transcurrió otro lapso prolongado de tiempo durante el que trabajó de forma mecánica y sin saber lo que hacía. Cuando volvió a ser consciente se encontraba entre mantas, al lado de un buen fuego, Ikeesh preparaba masa con harina y agua y hacía café. Para su sorpresa, Nella se sentía mucho mejor tras el descanso y pudo mirar a su alrededor. George llegó corriendo con una batea llena de grava que había sacado del fondo del arroyo a través de un respiradero y se calentó las manos junto al fuego. Tras lavarla le llevó la muestra. La franja de arena negra del fondo estaba moteada con granos amarillos de un oro reluciente y además había varias pepitas. A pesar de lo cansado que estaba, empezó a saltar y a bailar como si fuera un niño.

—¡Por fin hemos tenido suerte, Nella! —gritó—. ¡Hemos salvado la casa! Si eso es lo que sale en superficie, ¡imagínate lo que habrá en el fondo!

—Oíd una cosa…

Todos giraron las cabezas, sorprendidos. Un hombre se había arrastrado hasta la hoguera sin que se dieran cuenta, debido a la emoción.

—Oíd una cosa —dijo rebosando orgullo—, es el arroyo más rico de Alaska y todo el noroeste. ¡No hay duda! —Se sentó sin que lo invitasen e intentó desatarse los mocasines cubiertos de hielo—. Oíd, un poco más arriba atravesé el hielo y se me mojaron los pies. Creo que se me están congelando.

Ikeesh dejó de cocinar, Tichborne la ayudó y entre los dos cortaron los mocasines y los calcetines del recién llegado y le frotaron los pies, ya blancos, hasta que recuperaron el rojo de la vida.

—Oíd una cosa —continuó el enfermo sin preocuparse mientras los otros cuidaban de él—, según todos los indicios, estáis situados en la zona más rica del arroyo. ¡Sin duda! Pero yo también lo he conseguido, ¡apostad lo que queráis! También me perdí, me fui al arroyo Swede y crucé la divisoria. No sabéis cuántos muertos por congelación vi en el camino. Pero yo lo conseguí, ¡lo conseguí!

—Un verdadero día de Acción de Gracias, Nella.

George Tichborne le pasó un plato de tortitas nadando en grasa de beicon y una taza enorme de café solo y muy caliente. Ella le cogió la mano de forma impulsiva y se la apretó, mientras sus ojos se dulcificaban e iluminaban.

—Oíd una cosa —oyó que el recién llegado empezaba a decir de nuevo, pero una imagen de su hogar, cálido bajo el sol, se apoderó de sus ojos y se quedó dormida sin oír qué era la cosa.

[1900]



Un milagro del Norte

ESTA ES LA HISTORIA de algo que ocurrió de verdad y que demuestra que en los corazones de todos los hombres existe un núcleo eterno de Bertram Cornell era un mal hombre y un fracasado. En una casucha inglesa allende los mares habían sufrido y derramado lágrimas en vano por su bienestar espiritual y terrenal. Era malo, malo de verdad. De eso no había duda. Desconsiderado, descuidado e insensible eran términos suaves con los que dar nombre a sus defectos.

Incluso en su juventud solo había tenido fuerzas para el mal. Las palabras amables y las súplicas no ejercían efecto sobre él y se había insensibilizado a las lágrimas de su madre y hermanas y a las advertencias más severas, aunque no menos amables, del padre. Así que no resulta de extrañar que —cuando aún era muy joven— huyese precipitadamente de su hogar en Inglaterra llevándose algo que, de haber tenido conciencia, habría pesado sobre ella, y dejando tras de sí su nombre mancillado y a su familia para soportar la situación. De esa forma quienes lo conocieron hablaron de él con amargura y tristeza hasta que el tiempo borró su recuerdo. Jamás oyeron hablar de otros males cometidos por él ni nadie tuvo noticias de su fin. En su hora final expió y limpió por completo la hoja mancillada de su vida. Pero eso lo hizo en un país lejano donde las noticias viajan despacio y se pierden por el camino y donde los hombres suelen morir antes de contar cómo murieron otros. Así eran las cosas. Físicamente fuerte e insensible, se había reído de la mano dura del mundo y siempre había hecho, no lo que él mundo exigía, sino lo que Bertram Cornell deseaba. Por eso a las palabras duras había respondido con otras más duras aún y a los golpes con otros más fuertes. Había trabajado de marinero en muchos mares, de pastor en los prados australianos, de vaquero entre los ganaderos de Dakota y de soldado raso alistado en la Policía Montada del Territorio Noroeste. De ese puesto había desertado al descubrirse oro en el Klondike y se había abierto camino hasta la costa de Alaska. Allí, debido a su experiencia en la frontera, enseguida encontró sitio en un grupo formado por otros tres hombres.

Ese grupo iba rumbo al Klondike, pero había planeado abandonar el camino conocido y adentrarse en la región siguiendo una ruta nueva y sin explorar. Con una reata de muchos caballos (mustangs de montaña del este de Oregón), los cuatro hombres partieron hacia el este y se internaron en el desolador desierto que se extiende más allá del monte San Elías y luego se dirigieron al norte, cruzando las tierras altas en las que fluyen las cabeceras de los ríos White y Tanana. Se trataba de una zona sin explorar, poco presente en los mapas y que ningún hombre blanco había pisado. Era tan grande y deprimente que incluso la vida animal escaseaba y las diminutas tribus indias eran pocas y estaban muy alejadas entre sí. A veces cabalgaban durante días cruzando el bosque silencioso o bordeando lagos solitarios sin ver nada vivo y sin oír más que los suspiros del viento y los sollozos del agua. Una gran solemnidad envolvía aquellas tierras y el silencio era tan profundo que acabaron por bajar el tono de sus voces y desperdiciar pocas palabras en charlas innecesarias.

Mientras viajaban buscaban oro, tanteando los charcos helados de los torrentes y lavando arena a la sombra de los impresionantes glaciares. Una vez se encontraron con una masa de cobre puro que parecía una montaña, pero solo pudieron encogerse de hombros y pasar de largo. La comida para los caballos escaseaba y a menudo era venenosa, y los pacientes animales fueron muriendo uno a uno en la extraña senda por la que sus amos los habían llevado. Al cruzar una divisoria muy elevada, el grupo se vio rodeado por una tormenta de aguanieve, común en esas alturas, y cuando por fin lograron descender a la calidez del valle habían dejado atrás al último de los caballos.

Pero allí, en el valle protegido, John Thornton arrancó el musgo y de entre sus raíces cayeron destellantes partículas de oro amarillo. Bertram Cornell estaba a su lado en ese momento y esa noche los dos volvieron al campamento con una cantidad de pepitas que, tras pesarlas en la balanza, valoraron en mil dólares. Decidieron hacer un alto y al cabo de un mes los cuatro habían reunido un tesoro mucho mayor del que podían transportar. Pero su provisión de alimentos había ido menguando sin descanso hasta que cupo en la espalda de un solo hombre.

Entre la desolación de la zona y que se acercaba el otoño empezaba a ser hora de continuar la marcha. Sabían que el Klondike y la región del Yukón estaban en algún punto hacia el Noreste. Lo que no sabían era a qué distancia, aunque pensaban que no sería más de ciento cincuenta kilómetros. Así que cada uno cogió cinco libras de oro —o mil dólares— y pusieron a salvo el resto del tesoro, bien oculto hasta su vuelta. Porque pensaban regresar en

cuanto consiguieran más provisiones. Como ya se habían quedado sin munición dejaron los rifles con el oro y solo cargaron con el equipo de acampada y la escasa comida disponible.

Estaban tan seguros de que llegarían enseguida a la zona de prospecciones que comieron sin escatimar recursos y al décimo día solo contaban con unos pocos kilos. Pero frente a ellos, como un oleaje de altura, cordillera tras cordillera, se alzaban las montañas enormes y sombrías. Entonces llegaron las dudas, el miedo se apoderó de ellos y Bill Hines empezó a racionar las provisiones.

Dejaron de comer a mediodía y por la mañana y por la noche dividía en cuatro míseras raciones lo correspondiente al día. Lo repartía equitativamente pero era muy poco, lo justo para mantener cuerpo y alma unidos, aunque no bastaba para aportar la energía que necesitaban unos hombres saludables obligados a realizar enormes esfuerzos. Los rostros se volvieron macilentos y demacrados, y cada día recorrían menos camino. A menudo les sobrevenía la náusea del estómago vacío, las rodillas les temblaban de debilidad, se tambaleaban y caían. Y siempre, tras arrastrarse jadeando hasta la cima de un escarpado paso de montaña y mirar a lo lejos, les aguardaba otra montaña más. La misma calma desasosegante cubría la tierra y únicamente había soledad y silencio infinitos.

Uno a uno fueron dejando atrás mantas y ropas de repuesto. Abandonaron las hachas en el camino y los utensilios de cocina que no necesitaban. Incluso los sacos de polvo de oro, hasta que al final caminaron medio desnudos y llevando solo la escasa comida que les quedaba. Jan Jensen, el danés, la había dividido en cuatro raciones iguales para distribuir la carga con justicia. Cada hombre, cumpliendo con los compromisos sagrados —aunque no escritos ni mencionados— del compañerismo, respetaba la parte que llevaba a la espalda. Los pequeños paquetes de comida no se abrían jamás si no era junto a la hoguera, donde todos podían ver cómo se repartían justamente.

Tenían un pedazo de beicon de kilo y medio que llevaba John Thornton, junto con unas pocas tazas de harina. Ese pedazo lo guardaban para el final, cuando la necesidad apretase más, y evitaban tocarlo con resolución. Pero Bertram Cornell le lanzaba miradas hambrientas y le dedicaba pensamientos famélicos. Una noche, mientras sus compañeros dormían exhaustos, abrió la mochila de John Thornton y robó el beicon, y durante las horas que restaban hasta el amanecer, con cuidado de que su estómago no rechazase el alimento por falta de costumbre, lo mordió, lo masticó y se lo tragó hasta no dejar ni rastro.

Al día siguiente tuvo cuidado de ocultar la nueva fuerza que había acumulado durante la noche e incluso simuló estar más débil que los demás. Lúe un día muy duro. John Thornton se quedó atrás varias veces para descansar, pero cuando llegó la noche habían pasado otra montaña y vieron que ante ellos se abría un valle con un pequeño torrente que fluía hacia el este. ¡Hacia el este, donde se encontraba el Klondike y la salvación! En unos pocos días más, si lograban sobrevivir, estarían entre hombres blancos con provisiones de sobra.

Los hombres hambrientos se acurrucaron junto al fuego y observaron con ansia mientras Bill Hines abría la mochila de Thornton para sacar la harina. Al instante todos se dieron cuenta de que faltaba el beicon. Thornton se quedó horrorizado y Hines dejó caer la mochila entre sollozos. Pero Jan Jensen sacó el cuchillo de caza y habló en voz baja y áspera que casi era un susurro, aunque cada palabra que salió despacio de sus labios se entendió perfectamente.

—Compañeros, esto es asesinato. Este hombre ha dormido entre nosotros y compartido con justicia. Cuando dividimos las provisiones según el peso, cada uno llevábamos a nuestra espalda la vida de los demás. El también llevaba a la espalda nuestras vidas. Era una responsabilidad, una gran responsabilidad, una responsabilidad sagrada que él no ha respetado. Hoy, cuando se quedaba atrás, pensábamos que estaba cansado. Nos equivocábamos. ¡Mirad! Se ha comido lo que era de todos, aquello de lo que dependían nuestras vidas. No podemos llamarlo de otra forma: es asesinato. Y el asesinato solo merece un castigo, no existe otro. ¿Tengo razón, compañeros?

—¡Sí! —gritó Bill Hines. Sin embargo, Bertram Cornell guardó silencio. No se esperaba aquello.

Jan Jensen levantó el cuchillo para asestar el golpe mortal pero Cornell lo agarró por la muñeca.

—Déjame hablar —exigió.

Thornton se puso en pie como pudo y dijo:

—No es justo que deba morir. Yo no me comí el beicon. Tampoco he podido perderlo. No sé lo que ha pasado. Pero juro solemnemente por el Dios que está en las alturas que ni he tocado ni he probado el beicon.

—Si has sido capaz de traicionarnos y comértelo, sin duda también serás capaz de mentir al respecto —acusó Jensen, toqueteando el cuchillo con impaciencia.

—Os digo que lo dejéis en paz —amenazó Cornell—. No sabemos si se lo comió él. No sabemos nada de lo que ocurrió. Y os lo advierto, no me cruzaré de brazos para ver cómo lo asesináis. Existe la posibilidad de que no sea culpable. No la echéis en saco roto. No lo castiguéis sin estar totalmente seguros.

El danés, muy enfadado, guardó el cuchillo en la funda, pero una hora después, cuando Thornton le habló, le dio la espalda. Bill Hines también se negó a hablar con el hombre abatido. Cornell, avergonzado por el bien que se agitaba en su interior (el primero en muchos años) tampoco quiso relacionarse con él.

Por la mañana, Bill Hines juntó el resto de las escasas provisiones y lo volvió a dividir en cuatro partes. De la ración de Thornton restó el equivalente al beicon y lo repartió entre los otros tres montones. Lo hizo sin decir una palabra: el acto en sí era lo bastante significativo y no necesitaba explicación.

—Que lleve únicamente sus propias provisiones —gruñó Jensen—. Si quiere comérselas de una vez, allá él.

Lo que John Thornton sufrió en los días que siguieron solo él lo sabe. Sus compañeros no se limitaron a alejarse de él con cara de aborrecerlo, sino que lo juzgaron culpable del crimen más cobarde y deplorable: la traición. Además, aunque comía menos que los otros se veía obligado a mantener su ritmo para no perecer. Cuando se le acabaron las provisiones, a los demás les quedaban para dos días. Entonces cortó el cuero de la parte de arriba de sus mocasines, lo hirvió y se lo comió. De día masticaba la corteza de los pequeños sauces que encontraba hasta que el dolor de la boca hinchada e inflamada lo hacía enloquecer. Pero continuó adelante, tambaleándose, cayendo y arrastrándose, a menudo entre delirios.

Llegó el día en que los otros tres tuvieron que recurrir también a los mocasines y a los brotes tiernos de los árboles jóvenes. Para entonces habían seguido el cauce del torrente hasta que se había convertido en un río pequeño y discutían desesperados si deberían intentar reunir los troncos que pasaban a la deriva para hacer una balsa. De repente, sin esperarlo, se encontraron con una aldea india formada por una docena de tiendas. Pero los indios nunca habían visto hombres blancos y los recibieron con una lluvia de flechas.

—¡Mirad! ¡En el río hay canoas! —gritó Jensen—. ¡Si las alcanzamos estaremos salvados! ¡Tenemos que llegar a ellas!

Corrieron hacia la orilla tambaleándose, mientras los indios los perseguían y ganaban terreno. En ese momento, un guerrero cubierto de pieles salió de detrás de un árbol que se alzaba a un lado. Se detuvo un instante para apuntar

con su enorme lanza de punta de marfil y la arrojó con fuerza. Cortó el aire zumbando y se clavó en la cadera de Thornton. Hines y Jensen, que corrían tras él, se desviaron a derecha e izquierda y lo rebasaron, cada uno por un lado.

Entonces se produjo el milagro. El espíritu de la Bondad se agitó con fuerza en el pecho de Bertram Cornell. Sin pensarlo, obedeciendo al instinto que lo dominaba, dio un salto adelante y agarró a los que huían por los brazos.

—¡Volved! —gritó con la voz ronca—. ¡Llevad a Thornton a las canoas! ¡Yo retendré a los indios hasta que podáis zarpar!

—¡Suéltame! —gritó el danés mientras intentaba sacar el cuchillo—. ¡No tocaría a ese perro ni aunque así me salvara!

—Yo robé el beicon. Yo me lo comí. Volved atrás. —Cornell vio que dudaban—. Por la misericordia que espero recibir el día del Juicio Final, os juro que yo lo robé. —Una lluvia de flechas cayó a su alrededor—. ¡Daos prisa! ¡Yo los retendré!

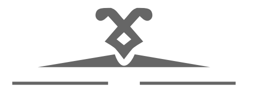
Enseguida corrían hacia las canoas con el herido entre los dos, pero Bertram Cornell se dio la vuelta y permaneció inmóvil. Sorprendidos al verlo, los indios dudaron y se detuvieron. Cornell, comprendiendo que así ganaba tiempo, continuó sin moverse. Entonces volvieron a disparar y las flechas lo rodearon como el granizo.

Media docena de ellas le atravesaron el pecho y las piernas, y una se clavó en su cuello. Pero él permaneció inmóvil, como una estatua. El guerrero que le había arrojado la lanza a Thornton se acercó a él por el costado y los demás formaron una piña. De inmediato se lanzaron sobre él como un río desbordado.

Mientras lo atacaban con las hachas oyó que Jan Jensen gritaba desde el agua y supo que sus compañeros estaban a salvo. Entonces luchó como un poseso: era la primera vez que defendía una buena causa… y la última. Cuando todo acabó, los indios retrocedieron dominados por un asombro supersticioso. Con él habían caído su jefe y seis de sus guerreros.

Aunque había vivido sin honor, moría como un hombre valiente y arrepentido, rectificando el mal que había hecho. Los indios no deshonraron su cuerpo. Sentían respeto por aquel que había luchado con tanta fuerza y había matado a su jefe, por eso le concedieron los honores de un guerrero. Como eran gentes sencillas que nunca habían visto al hombre blanco, a medida que pasó el tiempo acabaron por referirse a él como «el dios desconocido que bajó del cielo para morir».

[1900]



Chris Farrington, marinero de primera



I ESTUVIERAS A BORDO de uno de los buques de mi viejo país, un chaval como tú no sería más que un grumete y te ocuparías de servir a los marineros de primera. Y cuando algún marinero de primera gritase: «¡Chico, la jarra del agua!», tú correrías como el rayo y le llevarías la jarra del agua. Y si otro marinero de primera te dijese: «¡Chaval, mis botas!», tú le acercarías las botas. Y serías amable y dirías: «Sí, señor» o «no, señor». Pero estás en un barco norteamericano y te crees tan bueno como los marineros de primera. Chris, hijo mío, hace veintidós años que soy marino, ¿crees que estás a mi altura? Antes de que tú nacieras yo ya era marinero y cuando tú jugabas con redes y volabas cometas yo tomaba rizos, amarraba y ayustaba.

—¡No eres justo conmigo, Emil! —exclamó Chris Farrington, colorado y dolido. Era un joven de diecisiete años, delgado pero fuerte, con su ascendencia yanqui escrita en la frente.

—¡Ya estamos otra vez! —explotó el marinero sueco—. Para un chiquillo como tú soy el señor Johansen. No puedes llamarme Emil. Es insultante y es culpa del barco norteamericano.

—Pero tú me llamas Chris —respondió el chico en tono de reproche.

—Porque eres un crío.

—Que hace el trabajo de un hombre —replicó Chris—. Y como hago el trabajo de un hombre tengo tanto derecho a tutearte como tú a mí. En este castillo de proa somos todos iguales y tú lo sabes bien. Cuando nos enrolamos en San Francisco lo hicimos como marineros de la *Sophie Sutherland* y sin distinciones entre nosotros. ¿No he cumplido siempre con mi trabajo? ¿He holgazaneado alguna vez? ¿Has tenido tú u otro hombre que coger el timón en mi lugar, ocupar mi puesto de vigía o subir a un mástil por mí?

—Chris tiene razón —intervino un joven marinero inglés—. Ninguno hemos tenido que ocuparnos de su trabajo. Se enroló como cualquiera de nosotros y ha demostrado ser tan bueno como…

—¡Mejor! —interrumpió un hombre de Nueva Escocia—. Es mejor que algunos de nosotros. Cuando alcanzamos los bancos de focas resultó ser uno de los mejores timoneles de bote. Solo lo superó Louis el Francés, que lleva

años en esto. Yo no soy más que un simple remero, y tú también eres un simple remero, Emil Johansen, por mucho que lleves veintidós años en el mar. ¿Por qué no eres timonel de bote?

—Porque es demasiado torpe —se rio el inglés—, y muy lento.

—Nada de eso importa —intervino Jurgensen el Danés, acudiendo en ayuda de su hermano escandinavo—. Emil es un hombre adulto y marinero de primera. El chico no es ninguna de esas dos cosas.

Así continuó la discusión, los suecos, noruegos y daneses, debido a su afinidad, apoyando a Johansen, y los ingleses, canadienses y norteamericanos defendiendo a Chris. Desde un punto de vista objetivo, Chris tenía razón. Como bien había dicho, él hacía el trabajo de un hombre y el mismo que hacían todos los demás. Pero tenían prejuicios —algunos, muchos— y de esa conversación se derivó una disputa permanente que dividió el castillo de proa en dos grupos.

☘

LA *SOPHIE SUTHERLAND* era una goleta que andaba a la caza de focas, matriculada en San Francisco, y que faenaba desde las costas japonesas hasta el Mar de Bering. Los otros buques eran goletas de dos palos, pero la *Sophie* tenía tres masteleros y eso la convertía en la más grande de la flota. Por si fuera poco, era nueva.

Aunque Chris Farrington sabía que tenía razón y que realizaba todas sus tareas con lealtad y exactitud, a veces deseaba en secreto que surgiera alguna urgencia apremiante que le permitiese demostrar ante los marinos escandinavos que él también era un marinero de primera.

Pero una noche de tormenta, debido a un accidente del que él no fue responsable en absoluto, al revisar una cadena de ancla de repuesto se machacó los dedos de la mano izquierda. Sus esperanzas se truncaron al mismo tiempo, porque no pudo salir a cazar en los botes y se vio obligado a permanecer ocioso a bordo hasta curarse. Sin embargo, aunque él no lo imaginaba, ese accidente iba a darle la oportunidad que tanto ansiaba.

Una tarde de finales de mayo la *Sophie Sutherland* se balanceaba lentamente en medio de una calma chicha. Las focas abundaban, la caza iba bien y todos los botes habían salido y no se les veía. En ellos estaban casi

todos los miembros de la tripulación. Además de Chris, a bordo solo quedaban el capitán, el patrón y el cocinero chino.

El capitán lo era solo por cortesía. Se trataba de un anciano de más de ochenta, felizmente ignorante de cómo se las traía el mar; pero era el dueño de la goleta: de ahí el título honorífico. Por supuesto, el patrón, que hacía las veces de capitán, era un marino experimentado. El segundo, cuyo deber era permanecer a bordo, había salido con los botes porque ocupaba temporalmente el lugar de Chris como timonel de bote.

Cuando el buen tiempo y la buena caza se aliaban, los botes solían dispersarse a lo largo y ancho y a menudo no regresaban a la goleta hasta bien entrada la noche. Pero, aunque el día era perfecto, Chris percibió que el patrón estaba cada vez más ansioso. Caminaba nervioso de un extremo al otro de la cubierta y constantemente oteaba el horizonte con el catalejo. No había ni un solo bote a la vista. Al atardecer incluso ordenó a Chris que subiera al palo de mesana, pero tampoco los divisó. Era imposible que estuvieran de vuelta antes de la medianoche.

El barómetro había empezado a bajar desde el mediodía a una velocidad asombrosa y todo indicaba que se desataría una gran tormenta. Ni siquiera el patrón se atrevía a vaticinar cuál sería su alcance. Chris y él empezaron a prepararse para recibirla. Pusieron tomadores de tormenta en las gavias recogidas, arriaron y estibaron el trinquete y la cangreja, y desmontaron los dos foques interiores. En el foque que quedaba tomaron un solo rizo y otro en la mayor.

Antes de que terminaran ya había caído la noche, que trajo consigo la tormenta. Un gemido sordo barrió la superficie del mar y el viento tumbó a la *Sophie Sutherland*. Pero se enderezó enseguida y, con el patrón al timón, situó la proa en ángulo con el viento. Trabajando como podía con la mano vendada y la poca ayuda del cocinero chino, Chris llevó el foque a barlovento. Eso, junto con la mayor plana permitió que la goleta se pusiera al pairo.

—¡Que Dios ayude a los botes! ¡No es una tormenta cualquiera! ¡Es un tifón! —le gritó a Chris el patrón a las once—. ¡Demasiado velamen! ¡Tenemos que tomar dos rizos más en la mayor! ¡Y sin entretenernos! —Miró al viejo capitán, que tiritaba dentro de un traje de aguas, en la bitácora, esforzándose en mantenerse con vida—. Estamos solos, Chris, tú y yo… y el cocinero. ¡Aunque para lo que nos sirve!

A fin de tomar los rizos tenía que arriar la mayor y la retirada de esa presión de popa podía hacer que la goleta volviese a quedar a merced del viento y el mar, debido a la presión delantera del foque.

—¡Toma el timón! —ordenó el patrón—. Cuando te avise, todo a barlovento. Cuando la tengas en posición, estabilízala y mantenía así. Volveremos a ponernos al pairo tan pronto tome los rizos.

Agarrando con fuerza los radios del timón, que parecían estar vivos, Chris vio como el patrón y el reacio cocinero se adentraban en la violenta oscuridad. La *Sophie Sutherland* se zambullía en las gigantescas olas y se revolcaba entre ellas de una forma aterradora, mientras los tensos estays de acero y las tirantes jarcias canturreaban como arpas al viento. A sus oídos llegó un grito zarandeado y sintió que la proa de la goleta se movía por su cuenta. ¡Habían arriado la mayor!

Se concentró en el timón, pendiente de cualquier cambio de dirección del viento en su rostro y del balanceo del barco. Ese era el momento crucial. Para conseguir lo que quería, la goleta tendría que pasar de costado al oleaje antes de poder superarlo. El viento soplaba sobre su mejilla derecha cuando sintió que la *Sophie Sutherland* se inclinaba y empezaba a subir hacia el cielo, arriba, más arriba, en una distancia infinita. ¿Lograría superar la cresta de la gigantesca ola?

Seguía sin ver, pero presintió —y supo— que un muro de agua ascendía y se curvaba por encima de él a lo largo del costado de barlovento. Hubo un instante de calma y la pared de agua se interpuso y cortó el viento. La goleta se enderezó y durante ese momento pareció que iba a quedarse inmóvil. Luego se balanceó para recibir la avalancha que caía sobre ella.

Chris le gritó al capitán que se agarrase y se preparó para el golpe. Pero no ha nacido hombre capaz de soportar algo así. Un océano entero de agua golpeó la espalda de Chris y sus manos se soltaron del timón como si fueran de papel. Aturdido, impotente, como una paja arrastrada por una catarata, el mar lo lanzó hacia delante, sin saber adónde. Pasó junto a la esquina de la cámara y recorrió unos treinta metros a lo largo de la cubierta hasta golpearse violentamente contra la base del palo de trinquete. Una segunda ola se desplomó sobre la goleta, lo envió de vuelta por donde había ido y lo dejó medio ahogado donde deberían haber estado los escalones de la toldilla.

Magullado y sangrando, apenas consciente, tanteó en busca de la barandilla y se puso en pie como pudo. Sabía que, si no conseguía hacer algo, había llegado el momento final. Al mirar hacia la toldilla, el viento se coló en su boca con una fuerza asfixiante. Eso le hizo recuperar el sentido, sobresaltado. ¡El viento soplaba de popa! ¡La goleta había salido del seno de las olas y superado la situación! Pero la fuerza de las olas volvería a ponerla

en peligro. Avanzando con esfuerzo, consiguió llegar al timón justo a tiempo de evitarlo. La luz de la bitácora permanecía encendida. ¡Estaban a salvo!

Bueno, estaban a salvo él y la goleta. No sabía en qué situación se encontraban sus tres compañeros y no se atrevía a abandonar el timón para comprobarlo, porque mantener el rumbo del barco exigía hasta el último segundo de toda su atención. La más mínima distracción y la fuerza del mar lo arrastraría de nuevo al seno de las olas. Así que aquel chaval de sesenta y tres kilos se concentró en el hercúleo trabajo de guiar las doscientas toneladas del buque entre el caos desatado por la impresionante tormenta.

Media hora después, gimiendo y sollozando, el capitán llegó arrastrándose hasta los pies de Chris. Entre lamentos le dijo que todo estaba perdido. Él había recibido tantos golpes que iba a morir. La cocina se había ido por la borda, igual que la mayor y el aparejo, el cocinero, ¡todo!

—¿Dónde está el patrón? —preguntó Chris cuando recuperó el aliento tras estabilizar un fuerte bandazo de la goleta. No era un juego de niños gobernar un barco con un foque de un solo rizo en medio de un tifón.

—En proa —respondió el anciano—. Atrapado en el extremo de proa, pero aún respira. Dice que tiene los brazos rotos y no sabe cuántas costillas. Está malherido.

—Pues se ahogará, tal y como entra el agua por los escobenes. ¡Vaya a proa! —ordenó Chris, tomando el mando definitivamente—. Dígale que no se preocupe y que se ayude… —Se interrumpió para girar el timón a estribor y una ola enorme se alzó bajo la popa y llevó la goleta a babor—… y que se ayude a sí mismo. Desarme la escotilla del castillo de proa, bájelo y déjelo en una litera. Luego vuelva a armar la escotilla.

El capitán miró hacia proa y titubeó asustado. El combés del barco estaba lleno de agua hasta las bordas. Acababa de cruzarlo y sabía que la muerte acechaba en cada centímetro del camino.

—¡Dese prisa! —gritó Chris, sin clemencia. Cuando vio que el hombre muerto de miedo echaba a andar, añadió—: ¡Y busque al cocinero!

Dos horas después regresó el capitán, más muerto que vivo. Había obedecido las órdenes. El patrón no podía hacer nada pero se encontraba a salvo en una litera. El cocinero había desaparecido. Chris envió al capitán abajo, al camarote, para que se cambiara de ropa.

Tras varias horas de esfuerzo infinito, amaneció un día frío y gris. Chris miró a su alrededor. La *Sophie Sutherland* corría por delante del tifón como una posesa. No llovía, pero el viento lanzaba hacia arriba el rocío del mar, que lo oscurecía todo, excepto el entorno más inmediato.

Chris solo veía dos olas a la vez, la que lo precedía y la que iba por detrás. ¡Qué pequeña e insignificante parecía la goleta entre el oleaje del Pacífico! Tras ascender una montaña exasperante, se posaba como una cáscara de nuez sobre la vertiginosa cresta, agotada y tambaleándose, daba un salto adelante y descendía hacia el enorme abismo para sepultarse entre la espuma asfixiante del fondo. Luego se recuperaba y otra montaña, otro ascenso agotador, otro segundo de recuperar el equilibrio y otra caída estruendosa. A su altura, suspendido por la banda de estribor como un fantasma de la tormenta, Chris vio el cuerpo del cocinero moverse al ritmo de la goleta. Evidentemente, cuando el mar lo arrastró, se había agarrado a las drizas que colgaban y se había quedado enredado en ellas.

Durante tres horas más, junto con su espeluznante compañero, Chris mantuvo la *Sophie Sutherland* por delante del viento y el oleaje. Hacía mucho que se había olvidado de sus dedos lesionados. Las vendas se habían rasgado y el agua fría y salada había corroído las heridas a medio cicatrizar hasta entumecerlas de modo que ya no le dolían. Tampoco tenía frío. El terrible esfuerzo de gobernar la nave lo hacía sudar por cada poro de su piel. Sin embargo, se sentía débil debido al hambre y el agotamiento, por lo que se alegró al ver que el capitán volvía a cubierta y lo alimentaba con una pastilla de chocolate que le devolvió las fuerzas de inmediato.

Ordenó al capitán que cortase la driza de la que colgaba el cuerpo del cocinero y que luego fuese a proa para cortar la driza y la escota del foque. Tras hacerlo, el foque se agitó un momento como un pañuelo y después se arrancó de las relingas y desapareció. La *Sophie Sutherland* navegaba a palo seco.

A mediodía la tormenta había amainado y a las seis de la tarde las olas habían disminuido lo bastante como para permitir que Chris abandonase el timón. Casi resultaba inútil soñar con que los pequeños botes hubiesen logrado capear el tifón, pero nunca ha de perderse la esperanza de salvar alguna vida y Chris de inmediato se volcó en retroceder siguiendo el mismo rumbo que había cubierto. Consiguió tomar un rizo en uno de los foques interiores y dos en la cangreja y luego, con la ayuda del polipasto, izarlas para aprovechar la fuerte brisa que aún soplaba. Toda la noche deshizo lo andado, largando velas en la medida en que el viento se lo permitió.

El patrón herido había empezado a delirar y, entre cuidar de él y echar una mano con el barco, Chris mantuvo ocupado al capitán, quien más tarde diría: «Aprendí más navegación con él que en toda la travesía». Pero al alba el débil cuerpo del anciano sucumbió y se durmió, exhausto, en la toldilla de popa.

Chris, que ya había podido amarrar el timón, bajó a coger mantas, tapó al pobre hombre y se dedicó a buscar algo de comer en los pañoles. Sin embargo, a media mañana se vio obligado a desistir y terminó por dormitar junto al timón, despertándose de vez en cuando para echar un ojo a la situación.

La tarde del tercer día avistó una goleta desarbolada y en mal estado. Al acercarse, arrastrado por el viento, vio que una tripulación excepcionalmente numerosa se apiñaba en sus cubiertas y, al aproximarse aún más, distinguió entre otros rostros los de sus compañeros perdidos. Justo a tiempo, además, porque achicaban agua con las bombas en una lucha imposible de ganar. Una hora después todos ellos, junto con la tripulación del buque que se hundía, se encontraban a bordo de la *Sophie Sutherland*.

Al haberse alejado tanto de su propia nave, se habían refugiado en la otra goleta justo antes de que estallase la tormenta. Era un buque canadiense que había salido a la caza de focas por primera y última vez.

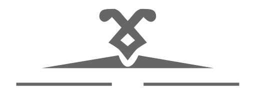
El capitán de la *Sophie Sutherland* tenía mucho que contar y lo hizo muy bien; tan bien que, cuando todos se reunieron en cubierta durante la guardia de cuartillo, Emil Johansen se acercó a Chris y le estrechó la mano.

—Chris —dijo en voz lo bastante alta para que todos pudieran oírlo—. Chris, te doy la razón. Eres tan buen marinero, como yo. Eres un buen marinero de primera y estoy muy orgulloso de ti.

Cuando ya se alejaba, se dio la vuelta como si hubiese olvidado algo, y le gritó:

—¡Y Chris, de ahora en adelante puedes tutearme y llamarme Emil, nada de señor Johansen!

[1900]



Los sueños de Hoockla-Heen

HOOCKLA-HEEN se mantenía entre agachado y arrodillado en medio de la hierba alta y húmeda. No hacía ni el más mínimo movimiento, a pesar de que llevaba allí una hora, una hora muy larga. En las manos sostenía un arco ligero con una flecha de punta de hueso preparada para el disparo y habría parecido de piedra de no ser por el gesto alerta del rostro, como el de un águila. De hecho, nunca había estado más vivo que en aquel instante. Sus orificios nasales le ofrecían un informe completo de todas las hierbas y plantas que crecían, de los brotes en los sauces y álamos temblones de la orilla, de las enormes frambuesas que tachonaban los arbustos a su espalda y, a la derecha, a una docena de metros de distancia y bien oculto, tenía que haber un matojo de viborera, de colores vivos pero venenosa.

Sus sentidos le decían muchas cosas. Sentía la humedad de la hierba trepando lentamente y empapando sus pantalones de piel de alce, helándole las rodillas y, por el roce contra su frente, sabía que la leve brisa se arrastraba despacio tras la pálida estela de la luna. Del rumor sutil que ascendía de la tierra, sus oídos distinguían cada componente: el crujido de las hojas y la hierba, las llamadas de pájaros y ardillas y aves silvestres, y los infinitos ruidos de la gran cantidad de insectos.

Pero por encima de todos destacaba un sonido que le tensaba el rostro de expectación. Frente a él, una maraña de ramas y palos toscamente amontonados embalsaba el riachuelo pantanoso y formaba un charco profundo. El agua borboteaba a través de un hueco de la presa. Sin embargo, ese no era el ruido que le interesaba. Desde arriba oyó el golpe ligero y agudo de un objeto sobre la tierra, seguido por la zambullida de un cuerpo en el agua. Luego volvió el silencio y él se concentró en mirar fijamente el hueco por el que se escapaba el agua.

Pero mientras aguardaba, percibió un nuevo sonido inquietante. A lo lejos y desde abajo le llegó el gemido suave de un perro y el crujido de una ramita rota. Aunque eso lo enfadó, no dio muestras de ello y centró toda su concentración en el sentido del oído. Desde arriba percibió una salpicadura, más próxima que la de antes, y desde abajo el crujido de otra ramita al

romperse, también más cercano. Era como si los sonidos que se acercaban participasen en una carrera y él deseaba que ganase el del agua. Así fue: una ondulación rompió la superficie del charco y un pequeño tronco flotó en el hueco de la presa. Empujándolo, distinguió una cabeza alargada, similar a la de una rata, con las pequeñas orejas redondeadas echadas hacia atrás y casi cubiertas de pelo.

Hoockla-Heen inclinó el arco sin hacer ruido y esperó. El animal impulsaba y empujaba el tronco en un intento por bloquear el hueco. Al no lograrlo, trepó con cuidado por encima de la presa, dejando al descubierto un metro de su cuerpo, cubierto de un espeso pelaje castaño oscuro. Desde abajo llegó un crujido de ramitas y el animal se incorporó sobre las patas traseras para escuchar, desconfiado. Entonces Hoockla-Heen sintió la emoción del éxito y fue consciente de haberlo hecho bien, mientras la flecha cruzaba veloz la luz de la luna, cantando su melodía sibilante, y atravesaba al animal, que en el sonido reconoció su fin.

El niño —porque Hoockla-Heen solo tenía doce años— se puso de pie de un salto y gritó alegre. Desde abajo se oyó como respuesta un estruendo de maleza pisoteada. Y mientras se agachaba y cogía al castor por la ancha cola aplastada otro niño salió de entre los arbustos y se abrió camino entre la hierba hacia él.

—¿Has cazado por fin al bueno de morro gris? —preguntó nervioso el recién llegado.

—Sí —respondió Hoockla-Heen con frialdad, ocultando su júbilo bajo una máscara impasible—. Sí, es morro gris. Aunque no ha sido gracias a ti, Klanik, que pisoteas la tierra como un alce ciego y haces mucho ruido.

—Pues he venido con cuidado —contestó el otro niño, un poco molesto por la crítica.

—Sí, con un perro que lloriquea.

—Diente Roto se empeñó en seguirme, pero le obligué a volver —dijo Klanik—. ¿Sabías que la tribu —continuó con ansia— ha decidido viajar río abajo para ver a los hombres blancos del Yukón?

Al oírlo, Hoockla-Heen se puso a bailar de contento. Klanik lo agarró de las manos y empezaron a dar vueltas hasta que el exceso de alegría convirtió la danza en un combate que ambos querían ganar, jadeantes por el esfuerzo. En un momento dado, Klanik resbaló al pisar la cola del castor y Hoockla-Heen, aprovechando la ventaja, lo hizo caer hacia atrás y le apretó los hombros contra el suelo mojado. Luego se levantaron, riéndose, y pusieron rumbo al campamento, llevando al castor entre los dos.

Por el camino Klanik contó lo que había ocurrido durante el consejo. Kootznaloo, uno de sus cazadores más valientes, se había marchado el otoño anterior y, tras una larga ausencia, había regresado contando historias increíbles sobre los hombres blancos. Había descendido el cauce del río White y llegado a lugares donde la tribu nunca había estado. Había ido al gran Yukón y a la prodigiosa ciudad de Dawson. Ante el consejo habló de las muchas pieles que la tribu poseía y de lo mucho que las valoraban los hombres blancos y de su plan para que la tribu viajase hasta Dawson y cambiase las pieles por un tesoro enorme de armas, mantas y paños escarlata.

Pero Ya-Koo, el hechicero, se oponía. Como todos sabían, él también había estado entre los blancos hacía ya mucho tiempo y podía asegurarles que los blancos eran muy malos. Kootznaloo lo negó: los blancos eran muy buenos, ¿acaso no lo demostraba el hecho de que él hubiese vuelto con un arma nueva?

Así continuó la discusión. Muchos de los que nunca habían visto a los blancos estaban de acuerdo con Kootznaloo y todos deseaban poseer armas nuevas como la suya. El padre de Hoockla-Heen, Kow-Whi, que era el jefe, también apoyó el proyecto de Kootznaloo, y Ya-Koo, a pesar de ser el hechicero de la tribu, se vio obligado a ceder. Habían decidido que en el plazo de dos días, ahora que llegaba el verano y los ríos fluían en libertad, toda la tribu —hombres, mujeres y niños— cargarían las canoas y partirían hacia la ciudad prodigiosa.

Cuando Klanik acabó de contar lo ocurrido durante el consejo, los niños permanecieron un rato en silencio. Luego Klanik volvió a hablar y dijo, muy serio:

—Parece increíble que esos hombres sean blancos por todas partes, la cara, las manos, todo.

—Sí —respondió Hoockla-Heen en tono ausente—. Y tienen los ojos del color del cielo en verano, cuando no hay nubes.

Klanik lo miró con curiosidad, porque Klanik sabía muchas cosas extrañas relacionadas con Hoockla-Heen que el propio Hoockla-Heen ignoraba. Cosas de las que Kow-Whi y Ya-Koo le habían ordenado no hablar jamás.

Pero Hoockla-Heen continuó:

—Y sus mujeres son hermosas y dulces y tienen el pelo amarillo, muy amarillo, y a menudo recuerdo…

Se calló de repente y miró a los ojos curiosos de su amigo.

—¿Qué recuerdas? —preguntó Klanik con cuidado—. Tú nunca has visto a los hombres blancos o a sus mujeres.

—Recuerdo…

—En verdad eres Hoockla-Heen, *el Soñador*.

—Sí, sueño. —Hoockla-Heen hizo un gesto triste con la cabeza—. Sin duda son sueños.

Alargó la mano como si buscase disipar alguna visión y después ya no volvieron a hablar hasta que llegaron al campamento. Pero cuando Hoockla-Heen se acostó sobre sus pieles y se tapó con la de oso, no pudo cerrar los ojos y fue incapaz de dormir. Su vieja enfermedad, *com-ta-nitch-i-wyan*, volvía a apoderarse de él: la enfermedad del sueño que creía haber superado. Cuando era pequeño, esa enfermedad hacía que los niños se apartaran de él con miedo y las lágrimas asomasen a los ojos de las mujeres. ¡La enfermedad del sueño le había amargado la infancia!

Claro que todos los hombres soñaban, e incluso los perros lobo, pero lo hacían con los ojos cerrados, cuando dormían, y él soñaba con los ojos abiertos y totalmente despierto. Además, los otros soñaban con lo que conocían, con la caza y la pesca, pero él soñaba con lo que no conocía y de lo que nadie más sabía. Lo asaltaban recuerdos de cosas que no podía expresar y le parecía que todo se aclararía si conseguía hacer memoria, pero no lo lograba por mucho que se esforzase.

En esos momentos se sentía como cuando tuvo la fiebre del río y sufría vértigos, los ojos le lloraban y temblaban, se le hinchaban los dedos y todo se volvía borroso. Ah, eso era, esa era la palabra: borroso. Cuando intentaba hacer memoria todo se volvía borroso.

La enfermedad del sueño lo había abandonado al ir creciendo y olvidándose de ella. Ya-Koo, el hechicero, había conjurado en público a los malos espíritus para que lo abandonasen y en privado le dijo que dejase de hacer memoria, de lo contrario la desgracia podría caer sobre él. Obedeció y la enfermedad se había ido. Pero ahora volvía. ¿Podía haber un niño más infeliz que él? Cerró los puños con fuerza y durante horas permaneció mirando fijamente la negra oscuridad que lo envolvía.

☘

LA CANOA DEL JEFE Kow-Whi abría la procesión de la tribu y con él iban Hoockla-Heen y Klanik. Llevaban todo el día descendiendo el Yukón, tomando una enorme curva tras otra, pero sin bajar a tierra. Por la mañana,

temprano, habían pasado por un desembarcadero donde unos hombres exaltados —hombres blancos— disparaban sus rifles. Kootznaloo remó hasta situarse al costado de la canoa de Kow-Whi y le explicó que aquello podía ser una costumbre de los blancos, aunque él nunca había visto algo así durante el tiempo que pasó entre ellos. Tras deliberarlo, al no estar seguros de que solo fuese una costumbre, decidieron no arriesgarse y continuar camino a Dawson.

Hoockla-Heen había padecido la enfermedad del sueño durante todo el día, pero cuando observó desde lejos a los hombres blancos disparando sufrió un ataque especialmente grave. Las imágenes borrosas lo abrumaron. También tuvo la sensación de que iba a ocurrir algo, aunque no sabía qué podía ser.

Quiso contárselo a Klanik, pero el otro le había respondido: «No seas niño, no te pasará nada». Después de eso guardó silencio, aunque estaba seguro de que no tenía miedo. Todo lo contrario: estaba deseando que ocurriera lo que tuviese que ocurrir.

A mediodía la flotilla atravesó una serie de riscos muy grandes y rodeó una curva abrupta y pronunciada. Allí el Klondike vaciaba su crecido caudal en el Yukón y allí, de repente y sin previo aviso, Dawson apareció ante sus asombrados ojos.

Hasta donde alcazaba la vista, desde la orilla del río hasta la ladera de la montaña, se extendía un mar de cabañas y tiendas. Y ese mar de viviendas se derramaba sobre la ribera y llegaba al agua, donde una hilera de embarcaciones ocupaba más de dos kilómetros de orilla. Descansaban en filas de a tres y a cuatro y había barcazas, lanchas, canoas y balsas enormes, todas cargadas con las provisiones y los bienes de los hombres. Lo repentino de aquella aparición y su inmensidad dejaron al jefe Kow-Whi sin aliento y solo fue capaz de mirar asombrado, sin habla.

Los sueños borrosos atacaron a Hoockla-Heen de tal forma que el niño sintió que se ahogaba. Se puso de pie de repente y se agarró la cabeza con las manos. ¡Si pudiese entenderlo! ¿Qué significaba?

Klanik le gritó porque había dejado de usar el remo y, haciendo un esfuerzo enorme, Hoockla-Heen logró controlarse. Se acercaron a la orilla junto al Cuartel de la Policía Montada del Territorio Noroeste, donde ondeaba la bandera británica.

Hoockla-Heen la señaló y dijo:

—Eso es una bandera.

—¿Cómo lo sabes, *Soñador*? —quiso saber Klanik.

Pero Hoockla-Heen no lo oyó. En ese momento pasaban al lado de una barcaza cargada con unos animales muy grandes, tanto como los alces. Las mujeres se asustaron y varias canoas se desviaron hacia el canal central para evitarla.

—¿Y qué clase de animal es ese? —pregunto Klanik en tono travieso.

—Eso es… —Hoockla-Heen dudó un momento y luego continuó, ya seguro—: Eso es un caballo.

—Cierto —convino Kootznaloo—, esos son caballos. Ya los había visto antes y sé que son inofensivos. ¿Pero cómo lo sabías tú, Hoockla-Heen?

Hoockla-Heen negó con la cabeza y se concentró en remar porque las canoas viraban para desembarcar. Tras amarrarlas bien, subieron la empinada orilla y salieron a un espacio abierto entre las casas. Por todas partes había banderas, pero eran distintas a la que ondeaba en el Cuartel, y todo estaba lleno de hombres que disparaban rifles y revólveres al aire como locos.

Una gran multitud ocupó el espacio abierto y mientras los indios, con los ojos como platos, se detenían, cesó el ruido en los alrededores y en el centro un hombre se subió a una pila de madera y empezó a hablarles. A menudo señalaba una bandera que ondeaba sobre su cabeza y a cada poco lo interrumpían con aplausos, gritos y disparos. Entonces se detenía y bebía agua de un vaso que estaba sobre una caja, a su lado.

—¡Oh! ¡Oh! —gritó Hoockla-Heen mientras intentaba atrapar a los fantasmas que se agitaban en su cabeza.

—Curioso aspecto el de ese niño, para ser indio —comentó un hombre que llevaba un chaquetón sucio y mojado y que de vez en cuando sacaba un bloc y tomaba notas.

Hoockla-Heen le dirigió una rápida mirada, aunque no entendía lo que había dicho, pero al mirarlo la enfermedad del sueño se apoderó de él con fuerza.

El compañero de aquel hombre, ataviado con el uniforme de teniente de la Policía Montada, se sacó el cigarro de la boca y exclamó:

—¡Por Dios! No es…

Pero en ese momento, un chaval pelirrojo acercó una yesca encendida a un cordel que unía cientos de pequeños tubos rojos y los tiró al suelo. De inmediato se produjeron destellos, chisporroteos y explosiones, y los indios, con Ya-Koo a la cabeza, retrocedieron asustados.

Solo Hoockla-Heen permaneció donde estaba. Sintió una claridad repentina, como cuando la niebla se levanta y todo brilla y refulge a la luz del sol. Dejó de ver las cosas borrosas.

—¡Petardos! —gritó, bailando entre los estallidos—. ¡Petardos! ¡Es 4 de julio! ¡Hurra! ¡Hurra!

Cuando el último petardo se apagó, recuperó el control, asombrado y sonrojándose bajo la piel bronceada. Miró tímidamente a su alrededor. Los miembros de su tribu se habían vuelto a acercar y lo miraban con curiosidad. Sin embargo, Kow-Whi tenía la mirada perdida en la distancia y una expresión triste en el rostro. Pero el teniente y el hombre que tomaba notas se habían acercado a él.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el teniente mientras lo agarraba por el brazo.

—Jimmy —respondió él como si fuese lo más normal del mundo. Pero la sensación de ver borroso volvió a él y se preguntó por qué había pronunciado esa palabra desconocida. No sabía qué había dicho el hombre. ¿Y qué significaba eso de Jimmy? ¿Por qué lo había dicho?

—¿Jimmy qué? —inquirió el teniente.

Hoockla-Heen negó con la cabeza. No entendía la lengua del hombre blanco. Además, los de su tribu se apelotonaban nerviosos a su alrededor y Ya-Koo le tiraba de la manga para indicarle que debían irse.

—¿Cuántos años tienes?

Volvió a negar con la cabeza, pero esta vez añadió: «Río White», como si sirviera de algo.

—Sí, río White —intervino Kootznaloo, contento de poder hacer de intérprete—. Río White, mucho arriba.

—Así que del río White —repitió el teniente, sorprendido. Luego le dijo a su compañero—. ¿Cuántos años crees que tendrá, Dawes?

Dawes se lo pensó.

—Yo diría que doce o trece.

El teniente reflexionó en voz alta:

—Verano del 91, invierno del 92, verano del 92… Cuatro años más ocho suman doce… —Se interrumpió de repente y luego exclamo—: ¡Dawes! ¡Dawes! ¡Es el chico! ¡Estoy seguro! ¡Sujétalo! ¡Te pido por favor que no lo sueltes!

Antes de que Hoockla-Heen pudiera darse cuenta de lo que ocurría, el teniente había abierto de un tirón su camisa de piel de ardilla y el suave cuero se había desgarrado. Ya-Koo quiso interponerse, pero el teniente lo apartó de un empujón. Los de la tribu murmuraban y gruñían, los cuchillos brillaron al abandonar sus fundas y los rifles oxidados chasquearon. Pero Kow-Whi, con una sola palabra, les ordenó calmarse.

—¡Míralo! Es blanco. —El teniente señalaba el pecho desnudo de Hoockla-Heen.

Dawes miró con atención y negó con la cabeza.

—Yo lo veo muy oscuro.

—¡Pero eso es por el sol! —exclamó el teniente con impaciencia mientras continuaba desgarrando la camisa— ¡Mira bajo los brazos! Bajo los brazos, donde no le ha dado el sol.

—¡Sí que es blanco! —gritó Dawes, ya sin ninguna duda—. ¿Y ahora qué hacemos?

—¿Qué hacemos? Ya verás. —El teniente le hizo un gesto al pelirrojo, que miraba muy interesado—. ¡Eh, tú, chico! Ve corriendo a avisar a Jim McDermott. Está ahí, entre ese grupo de hombres. No hace ni cinco minutos que lo vi.

El pelirrojo salió pitando y Hoockla-Heen lo observó, preguntándose a qué vendría todo aquello y, al mismo tiempo, consciente, aunque como en una nube, de que lo que iba a ocurrir estaba ocurriendo.

Kootznaloo parloteaba nervioso con el teniente, quien asentía a lo que el otro decía e intercalaba preguntas breves en tono seco.

—Pero, oye, amigo, dime, ¿qué ocurre? —interrumpió Dawes, sacando el bloc de notas y preparando el lápiz.

—¡McDermott! ¡Jim McDermott! —respondió con prisa el teniente—. Un veterano de la región. Un rey del Bonanza que vale como poco dos millones. Antes era factor de la compañía P. P. C. Llegó en el 94 con su hijo y un grupo procedente de la costa oeste de Alaska. Su mujer llegaría al año siguiente por el camino habitual. Era una región desconocida. Fueron los primeros blancos que la cruzaron, y los últimos. Lo pasaron muy mal. Estuvieron a punto de morir de hambre. De hecho, dos de ellos murieron. Como eran los más débiles, los dejaron a cargo del niño de McDermott mientras McDermott y los otros intentaban cazar algo. Le oí contar una sola vez cómo, después de tres días, cuando consiguió cazar un alce, regresó al campamento y encontró muertos a los dos hombres. El niño no estaba.

—¿El niño no estaba? —El lápiz de Dawes quedó suspendido en el aire.

—Sí. No estaba. No encontraron ni rastro de él. El campamento se encontraba a la ribera del río y McDermott pensó que el niño debió acercarse a la orilla y caerse al agua. Pero parece que algún indio debió llegar en canoa y, al ver a los dos hombres muertos, se llevó con él al niño superviviente. Claro que a McDermott ni se le ocurrió soñar con semejante posibilidad… pero aquí está ya.

Hoockla-Heen miró hacia donde miraba el teniente y vio a un hombre alto de barba oscura. ¡Maravilla de maravillas! ¡Uno de los fantasmas de sus sueños, que ahora era de carne y hueso! Otra vez volvió a sentirse despejado y la sensación de verlo todo borroso se alejó de él.

—¡Papá! —exclamó—. ¡Oh, papá! —Y se arrojó a los brazos del hombre.

Siguieron diez minutos de confusión durante los que todos hablaban al mismo tiempo. Hoockla-Heen solo recordaba que el hombre al que había llamado papá se había inclinado en una o dos ocasiones para besarlo y que le agarraba la mano con más fuerza cada vez. Luego el hombre le dijo algo y empezó a llevárselo de allí, sin soltarle la mano. Pero Hoockla-Heen no entendía y se detuvo.

El hombre habló con Kootznaloo, quien le dijo a Hoockla-Heen:

—Ese hombre te lleva a ver a una mujer. Una mujer blanca.

—Pregúntale si tiene el pelo amarillo —ordenó Hoockla-Heen.

Cuando Kootznaloo tradujo la pregunta, el rostro del hombre se iluminó de alegría y volvió a inclinarse para besar a Hoockla-Heen una y otra vez.

Kow-Whi se mantenía apartado, en silencio, con los ojos fijos al frente, como si no viese nada de lo que ocurría. Su porte indicaba nobleza y dignidad, pero también una tristeza que hasta el más lento podía reconocer sin esfuerzo.

Hoockla-Heen volvió la cabeza y retrocedió corriendo hacia él, con los ojos llenos de lágrimas. Allí se detuvo, sin saber qué hacer, mirando primero a un hombre y luego al otro.

—Dile a él y a toda la tribu que volverán a ver al chico —le ordenó McDermott a Kootznaloo—. Diles que el chico siempre los recordará y que siempre habrá un sitio para ellos junto a mi hoguera y a la de mi hijo. Además, que recibirán la recompensa que merecen, una gran recompensa.

Lo que iba a ocurrir había ocurrido. A Hoockla-Heen le pareció muy bien ascender la colina de la mano de aquel hombre alto y de barba oscura. Porque sabía que iba a ver a esa mujer hermosa y dulce, la mujer a la que a menudo recordaba y que tenía el pelo amarillo.

[1901]



Keesh, hijo de Keesh

ASÍ ENTREGARÉ SEIS MANTAS, dobles y de abrigo; seis limas, duras y grandes; seis cuchillos de la bahía de Hudson, largos y de buen filo; dos canoas, obra de Mogum, *el Hacedor de Cosas*; diez perros, fuertes y buenos para el arnés; y tres rifles, uno de ellos con el gatillo roto, pero es un buen rifle y sin duda puede arreglarse.

Keesh se detuvo y paseó la mirada sobre el círculo de rostros concentrados. Era la temporada de la Gran Pesca y le estaba haciendo una oferta a Gnob por su hija Su-Su. Se encontraban en la misión de St. George, junto al Yukón y las tribus se habían reunido, algunas llegadas desde varios cientos de kilómetros de distancia. Venían del norte, del sur, este y oeste, incluso desde lugares tan alejados como los campamentos de Tozikakat y Tanana.

—Además, Gnob, tú eres el jefe de los tananas y yo, Keesh, hijo de Keesh, soy jefe de los thlungets. Por eso, cuando mi simiente brote de las entrañas de tu hija, habrá amistad entre las tribus, una gran amistad, y los tananas y los thlungets serán hermanos de sangre en tiempos venideros. Haré lo que he dicho, lo haré. ¿Qué dices tú, Gnob, de este asunto?

Gnob asintió con la cabeza, muy serio, su rostro nudoso y retorcido por la edad enmascaraba de forma inescrutable el alma que se ocultaba tras él. Sus ojos rasgados brillaban como carbones gemelos tras los párpados entrecerrados al decir en voz aflautada y cascada:

—Pero eso no es todo.

—¿Qué más? —quiso saber Keesh—. ¿Es que no he ofrecido el mayor precio? ¿Ha existido alguna joven tanana que alcanzase un precio tan alto? ¡Dime quién!

Los del círculo dejaron que se oyeran sus risitas burlonas y Keesh supo que se había puesto en ridículo delante de aquella gente.

—No, no, buen Keesh, no lo entiendes. —Gnob hizo un gesto suave, sosegado—. El precio es justo. Es un buen precio. Tampoco cuestiono el gatillo roto. Pero eso no es todo. ¿Qué pasa con el hombre?

—Eso, ¿qué pasa con el hombre? —gruñó el círculo.

—Se dice —continuó la voz estridente de Gnob—, se dice que Keesh no sigue la senda de sus antepasados. Se dice que se ha internado en la oscuridad, tras dioses desconocidos, y que tiene miedo.

El rostro de Keesh se oscureció.

—¡Es mentira! —atronó—. ¡Keesh no teme a ningún hombre!

—Se dice —se volvió a oír el tono agudo— que ha escuchado lo que dice el hombre blanco de la Casa Grande e inclina la cabeza ante el dios de los blancos y, por si fuera poco, que la sangre disgusta a ese dios.

Keesh bajó la mirada y apretó los puños con fuerza. El círculo de salvajes se rio con sorna y Madwan, el chamán, supremo sacerdote y hechicero de la tribu, habló al oído de Gnob.

El chamán tanteó entre las sombras que rodeaban la hoguera e hizo levantar a un niño delgado al que situó cara a cara con Keesh. En la mano de Keesh introdujo un cuchillo.

Gnob se inclinó hacia delante:

—¡Keesh! ¡Oh, Keesh! ¿Te atreves a matar a un hombre? ¡Mira! Éste es Kitz-noo, un esclavo. ¡Golpea, Keesh! ¡Golpea con toda la fuerza de tu brazo!

El niño tembló y esperó el golpe. Keesh lo miró y en su mente surgieron pensamientos cargados de la moralidad del señor Brown, mucho más elevada, y vio claramente las llamas saltarinas que constituían el infierno del señor Brown. El cuchillo cayó al suelo y el niño suspiró y se retiró más allá de la hoguera con las rodillas temblorosas. A los pies de Gnob descansaba un perro lobo que enseñó los dientes dispuesto a saltar sobre el niño. Pero el chamán le asestó una patada al animal y, al hacerlo, le dio una idea a Gnob.

—¿Qué harías tú, Keesh, si un hombre te hiciera esto? —Mientras hablaba, Gnob acercó una tira de salmón a Colmillo Blanco y, cuando el animal intentó cogerla, le pegó con fuerza en el morro con un palo—. Después, Keesh, ¿te comportarías así? Colmillo Blanco se rebajaba ante Gnob y lamía su mano, adulándolo.

—¡Escucha! —Apoyándose en el brazo de Madwan, Gnob se había puesto de pie—. Soy muy viejo y por eso te cuento esto: Tu padre, Keesh, era un hombre poderoso y amaba el sonido del arco en la batalla y estos ojos lo vieron atravesar el cuerpo de un hombre con una lanza hasta hacerla asomar por detrás. Pero tú no eres como él. Desde que abandonaste al Cuervo para adorar al Lobo la sangre te da miedo y haces que tu pueblo se asuste. Eso no es bueno. Porque cuando yo era niño, como lo es Kitz-noo, no había hombres blancos en la tierra. Pero llegaron, uno a uno, y ahora son muchos. Y son una raza inquieta: no se contentan con descansar junto al fuego con la barriga

llena y dejar que el mañana traiga más carne. Parece que una maldición ha caído sobre ellos y por eso deben esforzarse duramente para obtenerla.

Keesh se sobresaltó. Recordó un relato confuso que el señor Brown había contado sobre un tal Adán, de antaño, y le pareció que el señor Brown había dicho la verdad.

—Por eso los hombres blancos se apoderan de todo lo que ven y van a todas partes y lo ven todo. Cada vez vienen más y, si no hacemos algo, se quedarán con toda la tierra y ya no habrá espacio para las tribus del Cuervo. Por eso debemos luchar contra ellos hasta que no quede ni uno, entonces poseeremos los pasos y la tierra y puede que nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos crezcan con vigor y engorden. Cuando el Cuervo y el Lobo se enfrenten, la lucha será grande, pero Keesh no luchará, ni dejará luchar a su gente. Por eso no es bueno que se lleve a mi hija. Yo, Gnob, jefe de los tananas, he hablado.

—Pero los hombres blancos son buenos y fuertes —respondió Keesh—. Nos han enseñado muchas cosas. Nos han dado mantas y cuchillos y rifles que nosotros nunca hemos hecho y nunca podremos hacer. Recuerdo cómo vivíamos antes de que llegasen. No había nacido entonces, pero lo sé por mi padre. Cuando íbamos de caza debíamos acercarnos al alce hasta poder matarlo con una lanza. Ahora usamos los rifles de los blancos y matamos desde tan lejos que ni el grito de un niño podría oírse. Comíamos pescado, carne y bayas, no había nada más para comer, y lo hacíamos sin sal. ¿Cuántos, entre vosotros, estarían dispuestos a volver a comer pescado y carne sin sal?

Los habría convencido si Madwan no se hubiese puesto en pie de un salto antes de que se hiciera el silencio.

—Quiero hacerte una pregunta, Keesh. El blanco de la Casa Grande te dice que matar está mal. Pero ¿acaso no sabemos que los hombres blancos matan? ¿Hemos olvidado la gran batalla de Koyokuk? ¿0 la de Nuklukyeto, donde tres blancos mataron a veinte tozikakat? ¿Crees que ya no recordamos a los tres tananas a los que mató el blanco Macklewrath? Dime, Keesh, ¿por qué el chamán Brown te enseña que está mal luchar cuando sus hermanos lo hacen?

—No, no, no es necesario responder —dijo la voz aflautada de Gnob mientras Keesh se esforzaba por desentrañar la paradoja—. Es muy sencillo: el buen hombre Brown quiere sujetar al Cuervo para que sus hermanos lo desplumen. —Elevó la voz—. Pero mientras quede un tanana capaz de pelear, o una doncella que dé hijos a un hombre, ¡nadie desplumará al Cuervo!

Gnob se dirigió a un joven fornido, situado al otro lado de la hoguera:

—¿Qué dices tú, Makamuk, hermano de Su-Su?

Makamuk se puso en pie. Una cicatriz le cruzaba el rostro y convertía su labio superior en una sonrisa perpetua que contradecía el brillo feroz de sus ojos.

—Hace unos días —empezó a decir como si no fuera al caso—, pasé junto a la cabaña del tratante Macklewrath. En la puerta vi a un niño que se reía bajo el sol. El niño me miró con los ojos del tratante Macklewrath y tuvo miedo. La madre corrió hacia él y lo calmó. La madre era Ziska, la mujer thlunget.

Un gruñido de ira se alzó y ahogó su voz, pero él lo acalló al volverse hacia Keesh con el brazo estirado y un dedo acusador.

—Así que, ¿los thlungets dejáis marchar a vuestras mujeres y luego venís a buscar a las de los tananas? Pero nosotros necesitamos a nuestras mujeres, Keesh, porque debemos criar hombres, muchos hombres, para el día en que el Cuervo se enfrente con el Lobo.

A pesar de los aplausos, se oyó la voz aguda de Gnob:

—¿Y tú, Nossabok, que eres su hermano preferido?

El joven era delgado y grácil, con la fuerte nariz aquilina y las cejas altas de los suyos, pero debido a algún padecimiento nervioso un párpado se le cerraba de vez en cuando como si lo guiñase. Mientras se levantaba, el párpado cayó un instante sobre su mejilla. Sin embargo, en esta ocasión no lo acompañaron las risas que solía provocar. Todos estaban muy serios.

—Yo también pasé junto a la cabaña del tratante Macklewrath —murmuró con voz suave y tonos femeninos, que indicaban su juventud y su parecido con la hermana—. Y vi indios con la frente llena de sudor que les entraba en los ojos y a los que les temblaban las rodillas de cansancio. Vi indios gemir bajo el peso de los troncos para el almacén que el tratante Macklewrath va a construir. Con mis propios ojos los vi cortar madera para mantener caliente la Casa Grande del chamán Brown durante la helada de las noches largas. Ese es trabajo de mujer. Los tananas nunca lo haremos. Seremos hermanos de sangre de los hombres, no de las mujeres. Y los thlungets sois mujeres.

Se hizo un silencio profundo y todas las miradas cayeron sobre Keesh. Miró a su alrededor despacio, deliberadamente, deteniéndose en los rostros de cada hombre adulto.

—Sea —dijo sin pasión. Y repitió—: Sea.

Luego, sin más palabras se dio la vuelta y se perdió en la oscuridad.

Abriéndose camino entre bebés acostados y perros lobo enfurecidos, cruzó el enorme campamento y en sus afueras se encontró con una mujer que trabajaba a la luz de una hoguera. Con tiras de corteza arrancadas a las largas raíces de las plantas trepadoras, trenzaba cuerdas para la pesca. Durante un rato, sin hablar, observó cómo sus manos hábiles ponían orden en la maraña de fibras enroscadas. Daba gusto mirarla, concentrada en su tarea, con sus extremidades fuertes, ancha de pecho y unas caderas hechas para ser madre. El bronce de su rostro se volvía dorado al resplandor oscilante del fuego, el cabello negro azulado y los ojos como el azabache.

—Su-Su —dijo por fin—, tú has sido amable conmigo en los días pasados y hasta ahora…

—He sido amable contigo porque eras el jefe de los thlungets —respondió ella enseguida—, y porque eras grande y fuerte.

—Sí.

—Pero eso fue en los días pasados de la pesca —añadió con prisa—, antes de que el chamán Brown llegara y te enseñara cosas malas y te guiara por sendas desconocidas.

—Pero yo te digo que…

La joven alzó una mano en un gesto que le recordó a su padre.

—No. Ya conozco las palabras que salen de tu garganta, Keesh, y te daré mi respuesta. Los peces del agua y las bestias del bosque engendran a los suyos. Eso es bueno. Lo mismo ocurre con las mujeres. Ellas deben dar a luz a los suyos e incluso las doncellas, mientras lo son, sienten la llamada del parto, el dolor en el pecho y las manitas al cuello. Cuando esa sensación es más fuerte, cada doncella mira a su alrededor en busca de un hombre, del hombre adecuado para darle hijos. Eso es lo que yo he sentido. Eso sentí al mirarte y verte grande y fuerte, luchador y cazador de bestias y hombres, capaz de conseguir carne cuando yo tuviese que comer por dos, capaz de mantener alejado el peligro cuando me encontrase indefensa. Pero eso fue antes de que el chamán Brown llegara y te enseñara…

—Pero eso no es bueno, Su-Su. Yo sé muy bien que…

—Que no es bueno matar. Ya sé lo que vas a decir. Pues vive tú como los tuyos, como los que no matan. Pero no busques eso en los tananas. Porque se dice que llegará el momento en que el Cuervo se enfrentará al Lobo. Eso no lo sé porque es cosa de los hombres, pero sí sé que yo debo parir hombres para cuando llegue ese momento.

—Su-Su —interrumpió Keesh—, tienes que escucharme…

—Un hombre me golpearía con un palo para obligarme a escuchar —se burló ella—, pero tú… ¡Toma! —Le entregó un puñado de corteza—. No puedo entregarme a ti, pero esto sí puedo dártelo. Es lo que mereces. Es trabajo de mujer, así que ponte a trenzar.

Él arrojó las cortezas y la ira hizo que la sangre oscureciera su piel de bronce.

—Una cosa más —dijo la joven—. Hay una vieja costumbre que tu padre y el mío no desconocen: cuando un hombre cae en la batalla, se le arranca la cabellera como prueba. Muy bien. Pero tú, que has renunciado al Cuervo, debes hacer más. Debes traerme no las cabelleras, sino las cabezas, dos cabezas; entonces no te daré cortezas: te daré un cinturón adornado con abalorios, una funda de cuchillo y un cuchillo ruso. Entonces volveré a ser amable contigo y todo será como debe ser.

—Sea —reflexionó el hombre—. Sea.

Luego se dio la vuelta, cruzó la zona iluminada y desapareció.

—No, Keesh —gritó ella—. Dos cabezas no, que sean al menos tres.

☘

PERO KEESH permaneció fiel a su conversión, vivió rectamente e hizo que su tribu obedeciera el Evangelio según lo expuesto por el reverendo Jackson Brown. Durante toda la temporada de pesca no hizo caso de los tananas ni escuchó las maldades que decían ni prestó atención a las risas de las mujeres de todas las tribus. Tras la pesca, Gnob y los suyos —con una buena reserva de salmón, secado al sol y ahumado, partieron para cazar en los promontorios de la cabecera del Tanana. Keesh los vio marchar, pero no dejó de asistir a los oficios de la misión, donde rezaba y encabezaba los cánticos con su profunda voz de bajo.

El reverendo Jackson Brown disfrutaba con aquella voz grave y, debido a sus excelentes cualidades, tenía a Keesh por el converso más prometedor. Macklewrath lo dudaba. No creía en la eficacia de convertir a los paganos y no dejaba nunca de expresar su opinión. Pero el señor Brown era un gran hombre —a su manera— y una larga noche de otoño argumentó de forma tan convincente que el tratante, harto de tanta discusión, acabó por decir:

—Me convertiré yo mismo, Brown, o podrás colgarme de los pulgares, si Keesh logra mantenerse en sus trece durante dos años.

El señor Brown nunca perdía una oportunidad, así que zanjó el asunto con un apretón de manos viril y a partir de ese momento la conducta de Keesh pasó a determinar cuál sería la última morada del alma de Macklewrath.

Pero un día, después de que la escarcha del invierno se hubiese endurecido lo bastante para permitir viajar, llegaron noticias. Un tanana se presentó en la misión de St. George en busca de munición y contó que Su-Su se había fijado en Nee-Koo, un joven y valiente cazador que había realizado una magnífica oferta por ella ante la hoguera del anciano Gnob. Más o menos por entonces el reverendo Jackson Brown se encontró a Keesh en el sendero del bosque que lleva al río. Keesh había enganchado a sus mejores perros y bajo las correas del trineo asomaba su mejor par de raquetas, las más grandes.

—¿A dónde vas, Keesh? ¿De caza? —preguntó el señor Brown.

Keesh lo miró fijamente a los ojos durante un minuto entero y luego ordenó marchar a sus perros. Después, dirigiendo otra vez su reflexiva mirada hacia el misionero, respondió:

—No. Me voy al infierno.

☘

EN UN ESPACIO ABIERTO, esforzándose por acurrucarse entre la nieve como buscando refugio de un entorno tan inhóspito, se apiñaban tres tiendas deprimentes. A una docena de pasos las rodeaba el sombrío bosque. Por encima de ellas no se abría un cielo azul y despejado porque una cortina neblinosa e imprecisa, preñada de nieve, se interponía. No soplaba la brisa ni se oía sonido alguno: todo era nieve y silencio. En el campamento no se percibía el más mínimo rastro de vida porque los cazadores habían corrido flanqueando la manada de caribúes y habían matado a muchos. Así, tras el período de ayuno llegó la plenitud del festín y por eso, a plena luz del día, dormían profundamente bajo sus techos de piel de alce.

Cerca de una hoguera situada frente a una de las tiendas, cinco pares de raquetas descansaban clavadas en la nieve y junto al fuego se sentaba Su-Su. La capucha de su parka de piel de ardilla le cubría el cabello y le protegía el cuello, pero se había quitado las manoplas y trabajaba concentrada con la aguja y los tendones, completando un motivo impresionante sobre un cinturón de cuero forrado de paño escarlata. Un perro, desde la parte de atrás de una de las tiendas, soltó un ladrido breve y agudo que cesó tan repentinamente como

había comenzado. Una vez su padre, en la tienda gruñó a su espalda y se quejó en sueños. «Tiene una pesadilla —pensó ella y sonrió—. Se hace viejo y este último esfuerzo ha sido demasiado para él».

Puso en su sitio el último abalorio, hizo un nudo en el tendón y echó más leña al fuego. Luego, tras permanecer un buen rato con la mirada perdida en las llamas, alzó la vista cuando oyó el crujido de un pie calzado con mocasines al pisar los duros gránulos de nieve. Keesh apareció junto a ella, ligeramente inclinado por el peso de la carga que llevaba a la espalda. Iba envuelta sin apretar en una piel de alce poco curtida, la dejó caer sin miramientos sobre la nieve y se sentó. Se miraron durante mucho tiempo, sin hablar.

—Hay mucha distancia, Keesh, hay mucha distancia desde la misión de St. George junto al Yukón.

—Sí —respondió él como ausente, con la mirada fija en el cinto y calculando su contorno—. Pero ¿dónde está el cuchillo? —quiso saber.

—Aquí. —Lo extrajo del interior de su parka y su hoja desnuda brilló a la luz de la hoguera—. Es un buen cuchillo.

—Dámelo —ordenó él.

—No, Keesh —se rio ella—. Es posible que no hayas nacido para llevarlo.

—Dámelo —insistió él sin cambiar de tono—. Sí nací para eso.

Pero los ojos de ella, al mirar con coquetería hacia la piel de alce, vieron que la nieve que la rodeaba se enrojecía poco a poco.

—¿Es sangre, Keesh? —preguntó.

—Sí. Es sangre. Pero dame el cinturón y el cuchillo ruso.

Ella sintió miedo de repente, aunque se emocionó cuando él le quitó el cinturón a la fuerza. La emocionó su brusquedad. Lo miró con ternura y le pareció sentir un dolor en el pecho y que unas manitas se agarraban a su cuello.

—Lo has hecho para un hombre más pequeño —se quejó, ceñudo, inspirando y abrochando la hebilla en el primer agujero.

Su-Su sonrió y sus ojos reflejaron mayor ternura. Volvió a sentir las manitas agarradas a su cuello. Daba gusto mirarlo; sí, sin duda el cinturón le quedaba pequeño; lo había hecho para un hombre más pequeño, aunque ¿qué importaba eso? Ya le haría más cinturones.

—Pero ¿y la sangre? —preguntó empujada por una esperanza nueva y cada vez mayor—. ¿La sangre, Keesh? ¿Es… son… son cabezas?

—Sí.

—Pues deben de ser muy recientes o la sangre se habría congelado.

—Sí, aún no están frías. Son recientes, muy recientes.

—¡Oh, Keesh! —El afecto iluminó el rostro de ella—. ¿Son para mí?

—Sí, son para ti.

Keesh agarró una esquina de la piel, tiró de ella para levantarla y dejó que las cabezas rodaran ante ella.

—Tres —susurró él con crueldad—. No, al menos cuatro.

Pero ella permanecía paralizada. Allí estaban los rasgos suaves de Nee-Koo; el rostro viejo y nudoso de Gnob; Makamuk, sonriendo con su labio superior levantado; y por último Nossabok, con el párpado haciendo de las suyas, caído sobre su mejilla de niña como si le guiñase el ojo. Allí yacían mientras las llamas jugaban a iluminar sus cabezas y un círculo escarlata cada vez mayor se formaba alrededor de ellas.

Derretida por el fuego, la capa de escarcha bajo la cabeza de Gnob cedió y la envió rodando, como si estuviese viva, hasta los pies de Su-Su. Pero ella no se movió. Keesh también permanecía inmóvil, sin pestañear y sin dejar de mirarla.

En un momento dado, un pino sobrecargado de nieve se liberó del exceso y el eco del estruendo reverberó forzado por todo el desfiladero. Pero no se inmutaron.

☘

EL BREVE DÍA declinaba rápidamente y la oscuridad empezaba a envolver el campamento cuando Colmillo Blanco se acercó trotando en dirección a la hoguera. Se detuvo para hacer un reconocimiento, pero al ver que nadie lo obligaba a retroceder se acercó más. Al instante, su morro se desvió hacia un lado —los orificios nasales temblando y el pelo del lomo erizado— y sin dudar lo más mínimo siguió el rastro de la cabeza de su amo. Al principio la olisqueó con cautela y lamió su frente con la lengua roja y colgante. Luego se sentó sobre los cuartos traseros, alzó el morro a la primera estrella desdibujada aún y aulló prolongadamente, como hacen los lobos.

Eso hizo volver en sí a Su-Su. Miró a Keesh, que había sacado el cuchillo ruso de su funda y la observaba fijamente. Su rostro reflejaba firmeza y determinación y en él la joven leyó la ley. Echó hacia atrás la capucha de su parka, dejó el cuello al descubierto y se puso de pie. Se detuvo un momento,

miró con calma a su alrededor —al bosque que la rodeaba, a las remotas estrellas, al campamento, a las raquetas clavadas en la nieve—: una última mirada, prolongada y completa, a la vida. Una brisa ligera agitó su cabello desde un lateral y, mientras inspiraba profundamente, giró la cabeza y la siguió hasta que le dio de lleno en el rostro.

Luego pensó en sus hijos aún por nacer, se acercó a Keesh y le dijo:

—Ya estoy preparada.

[1901]



Nam-Bok, el Mentiroso

—Es una *bidarka*[30], ¿no? Mira, ¡una *bidarka* y un hombre que no maneja bien el remo!

La anciana Bask-Wah-Wan se incorporó hasta ponerse de rodillas con esfuerzo, temblando de debilidad y ansia, y miró hacia el mar.

—Nam-Bok nunca manejó bien el remo —evocó con nostalgia, protegiéndose los ojos del sol y observando el agua como plata derramada—. Nam-Bok era torpe. Recuerdo…

Las mujeres y los niños se rieron con fuerza —en sus risas se apreciaba una burla moderada— y la voz de la anciana se redujo hasta que sus labios se movieron sin sonido.

Koogah levantó su cabeza entrecana del marfil que estaba tallando y siguió la mirada de la mujer. Excepto cuando las anchas guiñadas la apartaban de su curso, una *bidarka* se dirigía hacia la playa. Su ocupante utilizaba el remo con más fuerza que destreza y se acercaba siguiendo la línea zigzagueante que ofrecía mayor resistencia. La cabeza de Koogah volvió a caer sobre su trabajo y en el colmillo de marfil que sujetaba entre las piernas raspó la aleta dorsal de un pez cuyo igual nunca ha surcado las aguas.

—Sin duda es el hombre de la aldea vecina —dijo por fin—, que viene a consultarme sobre cómo se talla el marfil. Pero es torpe y nunca aprenderá.

—Es Nam-Bok —insistió la anciana Bask-Wah-Wan—. ¿Cómo no voy a conocer a mi hijo? —preguntó con voz estridente—. Te digo, y te lo repito, que es Nam-Bok.

—Llevas muchos veranos diciendo eso mismo —la regañó suavemente una de las mujeres—. En cuanto el hielo desaparece del mar, te pasas el día sentada observando y a cada canoa que ves llegar dices: «Ese es Nam-Bok». Nam-Bok está muerto, Bask-Wah-Wan, y los muertos no vuelven. Los muertos no pueden volver.

—¡Nam-Bok! —gritó la anciana con tanta fuerza y claridad que toda la aldea se sobresaltó y la miró.

Se puso en pie como pudo y avanzó tambaleándose sobre la arena. Tropezó con un bebé al que habían tumbado al sol y su madre lo consoló y le

dijo varias palabras duras a la anciana, que no hizo caso. Los niños corrieron playa abajo por delante de ella y, cuando el hombre de la *bidarka* se acercó, a punto de volcar debido al mal uso del remo, las mujeres los siguieron. Koogah dejó el colmillo de morsa y se acercó también, apoyado en su bastón. Tras él aparecieron los hombres, en grupos de dos y de tres.

La *bidarka* se puso de lado y las olas amenazaron con tragársela, pero un niño desnudo se metió en el agua y arrastró la proa hasta la arena. El hombre se levantó y miró hacia la hilera de aldeanos como si buscase algo. Un jersey de muchos colores, sucio y desgastado de tanto uso, colgaba holgado de sus anchos hombros y al cuello llevaba atado un pañuelo de algodón rojo, como los marineros. En la cabeza, de cabello muy corto, una boina escocesa de pescador y, para completar su atuendo, pantalones de peto y pesadas botas de trabajo.

No obstante, se trataba de un personaje sorprendente para aquellos pescadores sencillos del gran delta del Yukón que llevaban toda la vida observando el mar de Bering y en ese tiempo solo habían visto dos hombres blancos: el censista y un jesuita que se había perdido. Eran un pueblo pobre que no tenía oro en la tierra ni pieles valiosas a mano, por lo que los blancos no se habían acercado a ellos. Además, durante miles de años, el Yukón había ido rellenando esa parte del mar con los detritus de Alaska hasta que los barcos encallaban mucho antes de ver tierra. De esa forma, los barcos de los hombres evitaban la costa empapada, con sus cursos de agua que se adentraban mucho en tierra y sus enormes archipiélagos de barro, y los pescadores no sabían de su existencia.

Koogah, el Tallador de Marfil, retrocedió de repente, tropezó con su bastón y se cayó al suelo.

—¡Nam-Bok! —gritó, mientras luchaba por ponerse en pie—. ¡Ha vuelto Nam-Bok, al que el viento arrastró mar adentro!

Los hombres y las mujeres se encogieron de miedo y se alejaron y los niños se escabulleron entre sus piernas. Solo Opee-Kwan se mostró valiente, como correspondía al jefe de la aldea. Caminó hacia delante y observó durante un buen rato, muy serio, al recién llegado.

—Sí que es Nam-Bok —dijo por fin. Al oír la seguridad presente en su voz, las mujeres gimieron con aprensión y se alejaron aún más.

Los labios del extranjero se movían con indecisión y su garganta morena se retorcía y luchaba con las palabras no dichas.

—Sí, es Nam-Bok —gruñó Bask-Wah-Wan, mirando hacia arriba para ver mejor aquel rostro—. Yo siempre dije que Nam-Bok regresaría.

—Sí, Nam-Bok ha regresado. —Esa vez era Nam-Bok quien hablaba, mientras pasaba una pierna por encima del costado de la *bidarka* y permanecía con un pie en la embarcación y el otro en la orilla. Su garganta volvió a encogerse y a luchar a la vez que forcejeaba con las palabras olvidadas mucho tiempo atrás. Cuando por fin salieron, sonaban extrañas y los sonidos guturales iban acompañados de un leve rastro de saliva. —Saludos, hermanos —dijo—. Hermanos de tiempo atrás, de antes de que el viento terral me alejase mar adentro.

Pisó la arena con ambos pies y Opee-Kwan le hizo señas para que retrocediera.

—Estás muerto, Nam-Bok —dijo.

Nam-Bok se rio.

—Estoy gordo.

—Los muertos no están gordos —confesó Opee-Kwan—. A ti te ha ido bien, aunque no sea lo normal. Ningún hombre puede unirse al viento terral y regresar al cabo de muchos años.

—Yo he regresado —respondió Nam-Bok con sencillez.

—Entonces puede que seas una sombra, una sombra pasajera del Nam-Bok que fue. Las sombras vuelven.

—Tengo hambre. Las sombras no comen.

Pero Opee-Kwan dudó y se pasó la mano por la frente, totalmente perplejo. Nam-Bok también estaba desconcertado y, al recorrer la hilera con la mirada, no encontró señales de bienvenida en los ojos de los pescadores. Los hombres y las mujeres murmuraban entre ellos. Los niños retrocedían tímidamente entre sus mayores y los perros, con el lomo erizado, se acercaban a él y lo olisqueaban con suspicacia.

—Yo te traje al mundo, Nam-Bok, y te di de mamar cuando eras pequeño —lloriqueó Bask-Wah-Wan mientras se acercaba—, y ya seas una sombra o no, también te daré de comer ahora.

Nam-Bok hizo ademán de acercarse a ella, pero un gruñido de miedo, amenazante, le obligó a quedarse donde estaba. Dijo algo en un idioma desconocido que sonaba a «maldita sea» y luego añadió:

—No soy una sombra, soy un hombre.

—¿Quién puede saber de estas cosas tan misteriosas? —preguntó Opee-Kwan, en parte a sí mismo y en parte a su tribu—. Somos y, en un suspiro, dejamos de ser. Si un hombre puede convertirse en sombra, ¿no puede la sombra convertirse en hombre? Nam-Bok fue pero ya no es. Eso lo sabemos, lo que no sabemos es si este es Nam-Bok o la sombra de Nam-Bok.

Nam-Bok se aclaró la garganta y respondió:

—Hace mucho, mucho tiempo, el padre de tu padre, Opee-Kwan, se marchó y regresó al cabo de muchos años. Nadie le negó un lugar junto a la hoguera. Se dice… —Hizo una pausa llena de significado y logró que todos permaneciesen pendientes de sus palabras—. Se dice —repitió, terminando con calma la frase— que Sipsip, su mujer, le dio dos hijos tras su regreso.

—Pero él no tuvo tratos con los vientos terrales —respondió Opee-Kwan —. Se marchó tierra adentro y que un hombre se interne en la tierra es algo natural.

—Lo mismo ocurre con el mar. Es lo mismo. Se dice… que el padre de tu padre contó extraños relatos de lo que vio.

—Sí, contó cosas extrañas.

—Yo también tengo cosas curiosas que contar —afirmó Nam-Bok insidiosamente. Y, al ver que titubeaban, añadió—: Y traigo regalos.

De la *bidarka* sacó un chal de textura y color maravillosos y se lo echó a su madre sobre los hombros. Las mujeres dejaron escapar un suspiro de admiración colectivo y la anciana Bask-Wah-Wan acarició el hermoso tejido, dio palmaditas y canturreó alegre como una niña.

—Tiene cosas que contar —murmuró Koogah.

—Y trae regalos —secundó una mujer.

Opee-Kwan supo que su gente sentía interés y comprendió que a él también le picaba la curiosidad por oír lo que el otro tenía que contar.

—La pesca ha sido buena —dijo juiciosamente— y tenemos aceite de sobra. Así que, ven Nam-Bok, vamos a festejarlo.

Dos de los hombres auparon la *bidarka* y la acercaron a hombros hasta la hoguera. Nam-Bok caminaba junto a Opee-Kwan y los aldeanos los seguían, excepto algunas mujeres que se quedaron atrás para acariciar el chal.

No se habló demasiado mientras duró el festín, aunque el hijo de Bask-Wah-Wan recibió muchas miradas curiosas. Eso lo cohibía, pero no porque fuese modesto de espíritu, sino porque el tufo a aceite de foca le había quitado el apetito y deseaba ocultar sus sentimientos al respecto.

—Come. Tienes hambre —ordenó Opee-Kwan, y Nam-Bok cerró los ojos y metió el puño en la enorme cacerola llena de pescado pútrido.

—No te avergüences. Este año ha habido muchas focas y los hombres fuertes siempre tienen hambre. —Y Bask-Wah-Wan mojó un pedazo de salmón especialmente repugnante en el aceite y encantada se lo pasó, chorreando, a su hijo.

Desesperado, cuando los síntomas premonitorios le advirtieron que su estómago ya no era tan fuerte como antes, lleno su pipa y empezó a fumar. La gente comía haciendo ruido y observándolo. Pocos podían presumir de mantener una relación íntima con tan preciada hierba, aunque de vez en cuando se obtenían pequeñas cantidades de abominable calidad al comerciar con los esquimales del Norte. Koogah, sentado a su lado, le indicó que no le importaría dar una calada y, entre dos bocados, con los labios empapados en aceite, chupó el tubo de ámbar. Después, Nam-Bok se llevó una mano temblorosa al estómago y no quiso recuperar la pipa. Le dijo a Koogah que podía quedársela, pues desde el principio había sido su intención honrarlo con aquel regalo. Los demás se chuparon los dedos y aprobaron su generosidad.

Opee-Kwan se puso en pie.

—Y ahora que ha terminado el festín, Nam-Bok, nos gustaría oír las cosas extrañas que has visto.

Los pescadores aplaudieron, se rodearon de los distintos utensilios para hacer sus trabajos y se dispusieron a escuchar. Los hombres se entretenían elaborando lanzas y tallando marfil, mientras las mujeres rascaban la grasa de las pieles de foca para hacerlas flexibles o cosían *muclucs* con hilo de tendón. Los ojos de Nam-Bok recorrieron la escena, pero en ella no encontraron el encanto que sus recuerdos lo empujaban a esperar. Durante los años que había pasado vagando por ahí, siempre había deseado volver a contemplar aquella escena y ahora que la tenía delante se sentía decepcionado. Se trataba de una vida precaria y pobre, sin comparación con aquella a la que él se había acostumbrado. Pero podría abrirles un poco los ojos y la idea hizo que los suyos brillaran.

—Hermano —comenzó con la autocomplacencia petulante de quien va a relatar sus grandes hazañas—, yo zarpé a finales de verano de muchos veranos atrás, con el tiempo propio de la estación. Todos recordaréis aquel día, cuando las gaviotas volaban bajo y el viento soplaba con fuerza desde tierra, tanto que no pude oponerme a él con mi *bidarka*. Até a mi cuerpo la cubierta de la embarcación para que no entrase agua y toda la noche luché contra la tormenta. Por la mañana no había tierra, solo mar, y el viento terral continuaba envolviéndome en sus brazos y arrastrándome con él. Así tres noches clarearon para convertirse en mañana, pero seguía sin haber tierra y el viento terral no me dejaba marchar.

»Cuando llegó el cuarto día, yo estaba como loco. No podía mover el remo por la falta de comida y la cabeza me daba vueltas de tanta sed. Pero el

mar ya no parecía enfadado, soplaba una suave brisa del sur y al mirar a mi alrededor lo que vi me hizo pensar que en verdad me había vuelto loco.

Nam-Bok se detuvo para quitarse de entre los dientes un trocito de salmón y los hombres y mujeres aguardaron con las manos quietas y las cabezas echadas hacia delante.

—Era una canoa, una canoa grande. Si todas las canoas que he visto en mi vida se unieran para formar una sola, no sería tan grande como aquella.

Se oyeron exclamaciones de duda y Koogah, que tenía muchos años, negó con la cabeza.

—Si cada *bidarka* fuese un grano de arena —continuó desafiante Nam-Bok—, y si hubiese tantas *bidarkas* como granos de arena en esta playa, seguirían sin formar una canoa tan grande como la que vi la mañana del cuarto día. Era una canoa enorme y la llamaban goleta. Vi esa maravilla, esa gran goleta venir hacia mí y encima de ella había hombres…

—¡Alto, Nam-Bok! —interrumpió Opee-Kwan—. ¿Qué clase de hombres eran? ¿Hombres grandes?

—No, eran hombres como tú y yo.

—¿Se acercaba veloz la goleta?

—Sí.

—Los costados eran altos y los hombres bajos. —Opee-Kwan expuso las premisas con convicción—. ¿Y esos hombres utilizaban remos largos?

Nam-Bok sonrió.

—No había remos —dijo.

Las bocas se quedaron abiertas y reinó el silencio. Opee-Kwan cogió prestada la pipa de Koogah para darle dos caladas contemplativas. Una de las mujeres más jóvenes soltó una risita nerviosa y consiguió que todos la miraran enfadados.

—¿No había remos? —preguntó Opee-Kwan suavemente mientras devolvía la pipa.

—La empujaba el viento del sur —explicó Nam-Bok.

—Pero así se avanza muy despacio.

—La goleta tenía alas… así.

Trazó un diagrama de mástiles y velas en la arena y los hombres se acercaron para estudiarlo. El viento soplaba con fuerza en aquel momento y para aclararlo de una forma más gráfica agarró el chal de su madre por las esquinas y lo desplegó hasta que se hinchó como una vela. Bask-Wah-Wan se quejó y se resistió, pero acabó arrastrada playa abajo varios metros y terminó varando jadeante sobre un montón de madera de deriva. Los hombres

emitieron sabios gruñidos de comprensión, pero Koogah de repente echó hacia atrás su cabeza llena de canas.

—¡Ja, ja, ja! —se rio—. Vaya tontería lo de esa canoa tan grande. ¡Una gran tontería! ¡El juguete del viento! Adonde vaya el viento, ella va también. Nadie que viaje en ella podrá saber a qué playa llegará porque siempre irá donde lo lleve el viento y el viento va a todas partes, pero nadie sabe a dónde.

—Así es —añadió Opee-Kwan muy serio—. Es fácil avanzar con el viento a favor, pero con el viento en contra hay que esforzarse mucho y si esos hombres de la canoa grande no tenían remos es que no se esforzaban en absoluto.

—No necesitan hacerlo —gritó Nam-Bok, enfadado—. La goleta también avanzaba con el viento en contra.

—¿Y qué es lo que hacía avanzar a la g… go… goleta? —preguntó Koogah, tropezando con la palabra desconocida.

—El viento —fue la respuesta impaciente.

—Así que el viento hacía a la goleta avanzar contra el viento. —El anciano Koogah le lanzó una mirada maliciosa a Opee-Kwan y, tras provocar la risa a su alrededor, continuó diciendo—: El viento sopla del sur y empuja la goleta hacia el sur. El viento sopla en contra del viento. El viento sopla de un lado y del otro al mismo tiempo. Es muy sencillo. Lo entendemos, Nam-Bok. Lo entendemos claramente.

—¡Eres un idiota!

—La verdad sale de tus labios —respondió Koogah dócilmente—. Tardé demasiado en comprender, con lo sencillo que era.

Pero el rostro de Nam-Bok se había oscurecido y pronunciaba rápidas palabras que ellos no habían oído nunca. Volvieron a ocuparse de los colmillos y las pieles, sin embargo, él cerró la boca con fuerza y no parecía que fuese a seguir hablando.

—Esa g… go… goleta —preguntó Koogah, imperturbable—, ¿estaba hecha de un árbol grande?

—Estaba hecha de muchos árboles —espetó Nam-Bok—. Era muy grande.

Volvió a guardar silencio y Opee-Kwan le dio un leve codazo a Koogah, que movió la cabeza en señal de asombro y murmuró:

—Es tan extraño.

Nam-Bok se tragó el anzuelo.

—Eso no es nada —dijo, más animado—, deberíais ver el barco de vapor. Como el grano de arena es a la *bidarka*, como la *bidarka* es a la goleta, la

goleta es al vapor. Además, el vapor está hecho de hierro. Es todo de hierro.

—No, no, Nam-Bok —gritó el jefe—. ¿Cómo puede ser? El hierro se hunde. Mira, el jefe de la aldea vecina me pagó una vez con un cuchillo de hierro y ayer el cuchillo de hierro resbaló de mi mano y se hundió, se fue al fondo del mar. Todo tiene su ley. No existe nada que pueda salirse de su ley. Eso lo sabemos. También sabemos que todas las cosas iguales tienen la misma ley y que todo el hierro responde a la misma ley. Así que retira lo dicho, Nam-Bok, para que podamos tratarte con honor.

—Es así —insistió Nam-Bok—. El vapor es de hierro y no se hunde.

—No, no. No puede ser.

—Lo he visto con mis propios ojos.

—No está en la naturaleza de las cosas.

—Pero dime, Nam-Bok —interrumpió Koogah, por miedo a que el otro no continuase contando—, dime cómo encuentran esos hombres su ruta en el mar cuando no hay tierra a la vista por la que guiarse.

—El sol les señala el camino.

—Pero ¿cómo?

—A mediodía, el jefe de la goleta coge una cosa a través de la que mira al sol y hace que el sol baje del cielo al borde de la tierra.

—¡Eso es magia mala! —exclamó Opee-Kwan, horrorizado por semejante sacrilegio. Los hombres levantaron las manos, espantados, y las mujeres sollozaron—. Eso es magia malvada. No es bueno engañar al gran sol que ahuyenta la noche y nos da la foca, el salmón y el tiempo cálido.

—¿Y qué importa que sea magia mala? —preguntó Nam-Bok con agresividad—. Yo también he mirado al sol a través de esa cosa y lo he hecho bajar del cielo.

Los que estaban más cerca de él se apartaron rápidamente y una mujer tapó el rostro de un niño que llevaba al pecho para que la mirada de Nam-Bok no cayese sobre él.

—¿Y qué ocurrió la mañana del cuarto día, Nam-Bok? —Koogah quiso volver a la historia—. La mañana del cuarto día, cuando la go… goleta se dirigía hacia ti.

—Me quedaban pocas fuerzas y no podía escapar. Así que me subieron a bordo, me obligaron a beber y me dieron buena comida. Hermanos, dos veces habéis visto a un hombre blanco. Aquellos hombres eran todos blancos y tantos como dedos tengo en las manos y en los pies. Cuando vi que estaban llenos de bondad, me animé y decidí que debía recordar todo lo que veía para

contarlo después. Me enseñaron el trabajo que ellos hacían, me dieron una comida muy buena y un sitio donde dormir.

»Día tras día cruzábamos el mar y cada día el jefe hacía bajar al sol del cielo para decirle dónde estábamos. Cuando las olas se portaban bien, cazábamos focas, y yo me maravillaba porque siempre tiraban la carne y la grasa y solo se quedaban con la piel.

La boca de Opee-Kwan se contrajo con violencia y estaba a punto de quejarse ante semejante desperdicio cuando Koogah le dio una patada para que guardase silencio.

—Cuando estábamos muy cansados, el sol ya se había ido y la helada se notaba en el aire, el jefe apuntó el morro de la goleta hacia el sur. Viajamos día tras día al sur y al este, sin ver tierra, y estábamos cerca de la aldea de la que eran los hombres…

—¿Cómo sabían que estaban cerca? —quiso saber Opee-Kwan, incapaz de contenerse más tiempo—. No había tierra a la vista.

Nam-Bok le dedicó una sonrisa iracunda.

—¿No he dicho ya que el jefe hacía bajar al sol del cielo?

Koogah intervino y Nam-Bok continuó.

—Como he dicho, ya cerca de la aldea se desató una gran tormenta y por la noche estábamos indefensos y no sabíamos dónde nos encontrábamos…

—Acabas de decir que el jefe sabía…

—¡Por favor, Opee-Kwan! Eres un necio y no entiendes. Como he dicho, de noche estábamos indefensos, cuando, por encima del rugido de la tormenta, oí el ruido del mar en la playa. Enseguida nos estrellamos con gran estruendo y me encontré en el agua, nadando. Era una costa llena de rocas con un solo tramo de playa en muchos kilómetros y la ley quiso que yo pudiese enterrar las manos en la arena y alejarme del peligro de las olas. Los demás hombres debieron golpearse contra las rocas porque ninguno de ellos llegó a tierra, excepto el jefe, al que solo reconocí por el anillo que llevaba.

»Cuando llegó el día, al no ver ni rastro de la goleta, miré hacia tierra y me adentré en ella, en busca de comida y para ver la cara de la gente. Al llegar a una casa, me hicieron pasar y me dieron de comer, porque había aprendido su lengua y los hombres blancos son muy buenos. Era una casa más grande que todas las construidas por nosotros y nuestros padres.

—Pues ya era grande —dijo Koogah, ocultando su incredulidad con asombro.

—Y se usaron muchos árboles para hacer una casa así —añadió Opee-Kwan, siguiendo su ejemplo.

—Eso no es nada —Nam-Bok se encogió de hombros para quitarle importancia—. Como nuestras casas son a esa casa, esa casa es a otras casas que vería después.

—¿Y no son hombres grandes?

—No, son como tú y yo —respondió Nam-Bok—. Me hice un bastón para caminar mejor y, recordando que debía contaros todo lo que viera, hermanos, hice una muesca en el bastón por cada persona que vivía en aquella casa. Allí me quedé muchos días y trabajé, por lo que me dieron dinero, una cosa de la que no sabéis nada pero que es muy buena.

»Y un día partí de aquel lugar para adentrarme más en la tierra. Mientras caminaba me encontré con mucha gente y fui haciendo muescas cada vez más pequeñas en el bastón, para que quedase sitio para todas. Entonces me tropecé con algo muy raro: en el suelo, frente a mí, había acostada una barra de hierro del grosor de mi brazo y a un paso largo de distancia, a su lado, había otra barra de hierro…

—Entonces eres un hombre rico —afirmó Opee-Kwan—, porque el hierro vale más que cualquier otra cosa del mundo. Con eso podrían hacerse muchos cuchillos.

—No. No era mío.

—Lo encontraste. La ley permite quedarse lo que se encuentra.

—No, porque los hombres blancos lo habían puesto allí. Además, las barras eran tan largas que ningún hombre podría llevárselas. Eran tan largas que, hasta donde me alcanzaba la vista, no veía el final.

—Nam-Bok, eso es mucho hierro —advirtió Opee-Kwan.

—Sí, a mí me costó creerlo y eso que lo veía con mis propios ojos, pero no podía negar lo que tenía delante. Mientras miraba oí… —Se giró de repente hacia el jefe—. Opee-Kwan, tú has oído bramar al león marino enfadado. Piensa en tantos leones marinos como olas hay en el mar e imagina que todos esos leones marinos se convierten en uno solo; pues como bramaría ese león marino bramaba la cosa que yo oí.

Los pescadores gritaron asombrados y Opee-Kwan abrió la boca y se olvidó de cerrarla.

—A lo lejos vi un monstruo como mil ballenas. Tenía un solo ojo, vomitaba humo y resoplaba con una fuerza y un ruido impresionantes. Tuve miedo y corrí con las piernas temblorosas a lo largo del sendero que marcaban las barras de hierro. Pero el monstruo se acercaba a la velocidad del viento y salté por encima de las barras con su aliento caliente ya en el rostro…

Opee-Kwan recuperó el control de su mandíbula.

—¿Y… y qué ocurrió entonces, Nam-Bok?

—Pasó por encima de las barras y no me hizo daño. Cuando las piernas pudieron volver a sostenerme, ya no estaba a la vista. Es algo muy común en aquella región. Las mujeres y los niños no les tienen miedo. Los hombres obligan a esos monstruos a trabajar.

—¿Como nosotros obligamos a nuestros perros a trabajar? —preguntó Koogah con un brillo escéptico en la mirada.

—Sí, como nosotros obligamos a nuestros perros a trabajar.

—¿Y cómo crían a esas… esas cosas? —preguntó Opee-Kwan.

—No las crían. Los hombres las fabrican con hierro, las alimentan con piedras y les dan agua para beber. La piedra se convierte en fuego, el agua se convierte en vapor y el vapor del agua es el aliento de sus orificios nasales y…

—Para, para, Nam-Bok —interrumpió Opee-Kwan—. Cuéntanos otras maravillas. Nos hemos cansado de estas que no entendemos.

—¿No lo entendéis? —preguntó Nam-Bok desesperado.

—No, no lo entendemos —se lamentaron los hombres y las mujeres—. No entendemos nada.

Nam-Bok pensó en la cosechadora combinada, en las máquinas en las que se podían ver imágenes de hombres vivos y en las máquinas de las que salían voces de hombres y supo que su gente nunca podría comprenderlo.

—¿Me atreveré a decir que monté en ese monstruo de hierro? —preguntó con amargura.

Opee-Kwan levantó las manos, con las palmas hacia fuera en un gesto de incredulidad absoluta.

—Cuéntalo. Cuenta lo que sea. Te escuchamos.

—Pues monté en el monstruo de hierro y di dinero para hacerlo…

—Dijiste que lo alimentaban con piedras.

—También dije, tonto, que el dinero es algo de lo que no sabéis nada. Como iba diciendo, monté en el monstruo y crucé muchas aldeas, hasta llegar a una muy grande en un brazo salado del mar. Los tejados de las casas llegaban hasta las estrellas del cielo y las nubes pasaban junto a ellos y había humo por todas partes. El rugido de la aldea era como el rugido del mar cuando hay tormenta y había tanta gente que dejé el bastón a un lado y me olvidé de hacer las muescas.

—Si las hubieras hecho más pequeñas podrías habernos traído la muestra —recriminó Koogah.

Nam-Bok se giró enfadado hacia él.

—¡Si las hubiera hecho más pequeñas! ¡Oye, Koogah, Tallador de Marfil! Aunque hubiese hecho muescas más pequeñas ni ese bastón, ni veinte bastones más, habrían bastado. No, ni toda la madera de. deriva que llegue a las playas entre nuestra aldea y la siguiente. Y si todos vosotros, mujeres y niños también, fueseis veinte veces más y tuvieseis veinte manos cada uno y en cada mano un bastón y un cuchillo tampoco bastarían las muescas que haríais para contar a toda la gente que vi, tantos eran y tan rápido iban y venían.

—No puede haber tanta gente en el mundo —objetó Opee-Kwan porque se sentía aturdido y su mente no comprendía semejante magnitud numérica.

—¿Qué sabes del mundo y de lo grande que es? —preguntó Nam-Bok.

—Pero no puede haber tanta gente en un solo lugar.

—¿Quién eres tú para decir lo que puede haber o no puede haber?

—Está claro que no puede haber tanta gente en un solo sitio. Sus canoas llenarían el mar hasta no dejar espacio y cada día lo vaciarían de pescado y no podrían comer todos.

—Eso podría parecer —respondió Nam-Bok—, pero así era. Lo vi con mis propios ojos, por eso me olvidé del bastón. —Bostezó con fuerza y se puso de pie—. He remado mucho. Ha sido un día muy largo y estoy cansado. Ahora me voy a dormir y mañana seguiremos hablando de las cosas que he visto.

Bask-Wah-Wan, cojeando mucho pero orgullosa e impresionada por su maravilloso hijo, lo precedió hasta su iglú y le hizo sitio entre las pieles grasientas y apestosas. Pero los hombres permanecieron junto al fuego y celebraron un consejo en el que se murmuró mucho y se discutió en voz baja.

Pasó una hora y luego otra; Nam-Bok dormía y la conversación continuaba. El sol de la tarde descendió hacia el noroeste y a las once de la noche ya casi estaba en el norte. Entonces el jefe y el Tallador de Marfil se alejaron del consejo y despertaron a Nam-Bok. Él los miró, parpadeó y se dio la vuelta para seguir durmiendo. Opee-Kwan lo agarró por el brazo y lo zarandeó con amabilidad y firmeza hasta que consiguió despertarlo por completo.

—¡Vamos, Nam-Bok, levanta! —ordenó—. Es hora.

—¿Otro festín? —preguntó Nam-Bok—. No. No tengo hambre. Comed vosotros y dejadme dormir.

—¡Es hora de que te vayas! —vociferó Koogah.

Pero Opee-Kwan habló más suavemente:

—Tú fuiste mi compañero de *bidarka* cuando éramos niños —dijo—. Juntos cazamos focas por primera vez y retiramos los salmones de las trampas. Y tú me devolviste a la vida, Nam-Bok, cuando el mar se cerró sobre mí y me arrastró a las rocas negras. Juntos pasamos hambre y soportamos el frío de la helada y juntos nos cubrimos con una sola manta y compartimos el calor. Por todas esas cosas y el cariño que siento por ti me duele mucho que hayas vuelto convertido en semejante mentiroso. No comprendemos y nuestras cabezas no paran de dar vueltas con las cosas que has contado. No es bueno y hemos hablado mucho en el consejo. Hemos decidido expulsarte para que nuestras cabezas recuperen la claridad y la fuerza y no se preocupen de cosas inexplicables.

—Esas cosas de las que hablaste son sombras —continuó Koogah—. Las has traído desde el mundo de las sombras y a ese mundo debes devolverlas. Tu *bidarka* está preparada y la tribu espera. No dormirán hasta que te hayas ido.

Nam-Bok estaba perplejo, pero prestó atención a la voz del jefe.

—Si eres Nam-Bok —decía Opee-Kwan—, eres un mentiroso tremendo, increíble; si eres la sombra de Nam-Bok, entonces has hablado de sombras y no es bueno que los hombres vivos sepan esas cosas. Esa aldea enorme de la que has hablado nos parece la aldea de las sombras, a la que acuden las almas de los muertos, pues los muertos son muchos y los vivos pocos. Los muertos no regresan. Nunca han regresado los muertos, excepto tú, con tus cuentos increíbles. No es bueno que los muertos regresen y, si lo permitimos, tendremos graves problemas.

Nam-Bok conocía bien a su pueblo y sabía que la voz del consejo era suprema. Así que permitió que lo condujeran hasta la orilla, donde lo subieron a la *bidarka* y le pusieron el remo en las manos. Un ave silvestre graznó desde el mar y las olas rompían débilmente en la arena. Un leve crepúsculo se cernía sobre la tierra y el agua, y al norte ardía el rescoldo del sol, borroso e inquieto, que lo llenaba todo de una neblina roja como la sangre. Las gaviotas volaban bajo. El viento terral soplaba frío y cortante y las nubes negras que venían tras él prometían mal tiempo.

—Llegaste del mar —salmodió Opee-Kwan como un oráculo— y al mar regresas. Así recuperamos el equilibrio y todo vuelve a ser según la ley.

Bask-Wah-Wan se acercó cojeando hasta la marca que dejaba la espuma y gritó:

—Yo te bendigo, Nam-Bok, porque te has acordado de mí.

Pero Koogah, que empujaba a Nam-Bok para alejarlo de la playa, le arrancó el chal de los hombros y lo lanzó al interior de la *bidarka*.

—Las noches largas son frías —se quejó ella—, y la helada afecta a los huesos viejos.

—Esa cosa es una sombra —respondió el Tallador de Marfil—, y las sombras no dan calor.

Nam-Bok se puso de pie para que su voz se oyera mejor.

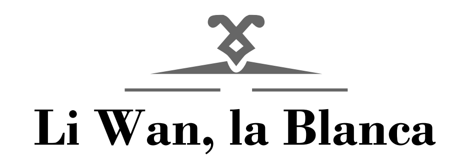
—¡Bask-Wah-Wan, madre que me trajo al mundo! —gritó—. Escucha las palabras de Nam-Bok, tu hijo. En esta *bidarka* hay sitio para dos y él desea que lo acompañes. Porque este viaje nos lleva adonde hay peces y aceite en abundancia. Allí no hay helada, la vida es fácil y las cosas de hierro hacen el trabajo de los hombres. ¿Quieres venir, Bask-Wah-Wan?

Ella se lo pensó un momento, mientras la *bidarka* se alejaba. Luego alzó la voz, aguda y temblorosa:

—Soy vieja, Nam-Bok, y pronto estaré entre las sombras. Pero no deseo irme antes de tiempo. Soy vieja, Nam-Bok, y tengo miedo.

Un rayo de luz cruzó el mar poco iluminado y envolvió al hombre y su barca en un esplendor de rojo y oro. Se hizo el silencio entre la tribu de pescadores y solo se oyó el lamento del viento terral y los chillidos de las gaviotas que volaban bajo.

[1901]



Li Wan, la Blanca

EL SOL SE OCULTA, Canim, y el calor del día se ha ido.

Así avisó Li Wan al hombre cuya cabeza quedaba oculta bajo la prenda de piel de ardilla, pero lo hizo con suavidad, como indecisa entre el deber de despertarlo y el miedo de verlo despierto. Porque aquel marido tan grande, distinto a todos los hombres que había conocido, le daba miedo.

La carne de alce crepitaba inquieta y Li Wan apartó la sartén de las brasas. Al hacerlo miró con desconfianza a los dos perros de la bahía de Hudson, cuyas lenguas rojas babeaban, y que seguían todos sus movimientos. Eran animales enormes y peludos, agazapados a sotavento bajo la delgada estela de humo del fuego para huir de los enjambres de mosquitos. Mientras Li Wan miraba hacia abajo, donde el Klondike lanzaba su cauce crecido entre las colinas, uno de los perros se arrastró hacia delante como un gusano y con un golpe de pata diestro y gatuno sacó un pedazo de carne de la sartén y lo arrojó al suelo. Pero Li Wan lo vio por el rabillo del ojo y el animal retrocedió gruñendo e intentando morder cuando ella le dio en el morro con un pedazo de leña.

—No, Olo —se rio, mientras recuperaba la carne sin dejar de mirarlo—. Siempre tienes hambre y por eso tu hocico te causa problemas.

Pero el compañero de Olo se unió a él y juntos desafiaron a la mujer. El pelo de sus lomos se erizó en oleadas recurrentes de ira, y los finos labios se retorcieron y levantaron, formando feas arrugas y dejando a la vista los colmillos desgarradores de carne, crueles y amenazantes. La pasión animal hacía temblar los morros fruncidos y gruñían como los lobos, con el odio y la maldad de la raza empujándolos a saltar sobre la mujer y derribarla.

—También tú, Bash, fiero como tu amo y nunca en paz con la mano que te alimenta. Por meterte donde no te llaman, toma ¡y toma!

Mientras gritaba, intentaba darles con la leña, pero ellos evitaban los golpes y se negaban a retroceder. Se separaron y se acercaron a ella cada uno por un lado, agazapados y gruñendo. Li Wan había luchado para dominar al perro lobo desde que daba sus primeros pasos entre los fardos de pieles de los tipis y supo que se acercaba una crisis. Bash se había detenido con los

músculos tensos y rígidos para el salto; 01o aún se movía sigiloso hasta situarse a una distancia adecuada para saltar.

Agarró dos palos en llamas por el extremo carbonizado y se enfrentó a las bestias. Uno retrocedió, pero Bash saltó y ella lo golpeó en pleno salto con la madera ardiente. Se oyeron aullidos de dolor y olió a pelo y carne quemada mientras el perro rodaba sobre la tierra y la mujer aplastaba contra su morro las brasas candentes. Sin parar de abrir y cerrar la boca, se lanzó a un lado, lejos del alcance de Li Wan y, muerto de miedo, luchó por ponerse a salvo. 01o, del otro lado, había empezado la retirada cuando la joven le recordó su primacía arrojándole a las costillas un pesado trozo de madera. Los dos retrocedieron bajo una lluvia de leña y, al borde del campamento, se tumbaron para lamerse las heridas, gimoteando y gruñendo por turnos.

Li Wan sopló sobre la carne para limpiarla de la ceniza y se sentó. Su corazón latía al mismo ritmo de siempre y ya había olvidado el incidente, que formaba parte de su rutina. Canim no se había movido durante el desorden y ahora roncaba con fuerza.

—¡Vamos, Canim! —llamó—. El calor del día se ha ido y el camino espera nuestros pasos.

Un brazo moreno agitó y apartó a un lado la prenda de piel de ardilla. Luego los párpados del hombre se abrieron para volver a cerrarse.

«Lleva una carga muy pesada —pensó ella— y está cansado del trabajo de la mañana».

Un mosquito le picó en el cuello y Li Wan embadurnó la zona desprotegida con arcilla húmeda de un montón que siempre llevaba a mano. Durante toda la mañana, en medio del esfuerzo de ascender la divisoria y envueltos en una nube de mosquitos, el hombre y la mujer se habían cubierto con el barro pegajoso que, al secarse al sol, cubría sus rostros con una máscara de arcilla. Esas máscaras se rompían por diversos sitios debido al movimiento de los músculos faciales y era necesario renovarlas continuamente, de manera que el depósito presentaba un grosor irregular y un aspecto muy curioso.

Li Wan sacudió a Canim despacio pero con insistencia, hasta que él se despertó y se sentó. Lo primero que hizo fue mirar al sol y, tras consultar el reloj celestial, se inclinó sobre el fuego y atacó la carne con hambre canina. Era un indio muy grande, de un metro ochenta de estatura, ancho de pecho y muy musculoso, de mirada más aguda y una capacidad mental mayor que la media de los de su raza. En el rostro se marcaban profundas líneas que indicaban su fuerza de voluntad y eso, junto con un aire duro y primitivo,

anunciaba el carácter indómito del nativo, inquebrantable en su propósito y capaz de una crueldad huraña cuando se veía frustrado.

—Mañana, Li Wan, celebraremos un festín. —Succionó un hueso de caña, lo dejó limpio y se lo lanzó a los perros—. Tomaremos tortitas fritas en grasa de beicon y azúcar, que son más sabrosas.

—¿Tortitas? —preguntó ella, pronunciando la palabra de una forma curiosa.

—Sí —respondió Canim con superioridad—. Y te enseñaré a cocinar cosas nuevas. Tú ignoras esas cosas de las que te hablo, como ignoras muchas más. Has vivido en un pequeño rincón de la tierra y no sabes nada. Pero yo… —se estiró y la miró con orgullo—, yo soy un gran viajero y he estado en todas partes, incluso entre los blancos, y conozco sus costumbres y las de muchos pueblos. No soy un árbol que nace para permanecer siempre en un sitio, sin saber lo que hay al otro lado de la colina; porque soy Canim, la Canoa, hecho para ir de aquí allá, para viajar y recorrer todo el ancho y largo del mundo.

Ella inclinó la cabeza con humildad.

—Es cierto. Yo he comido pescado, carne y bayas toda mi vida y vivido en un pequeño rincón de la tierra. No soñaba con que el mundo fuese tan grande hasta que tú me robaste de entre los míos y cociné y cargué para ti en los caminos sin fin. —De repente levantó la cabeza y lo miró—. Dime, Canim, ¿termina alguna vez este camino?

—No —respondió él—. Mi camino es como el mundo: nunca se acaba. Mi camino es el mundo y he viajado por él desde que las piernas me lograron sostener, y así viajaré hasta que muera. Puede que mi padre y mi madre hayan muerto, pero hace mucho que no los veo y no me importa. Mi tribu es como la tuya. Permanece en un sitio, que está lejos de aquí, pero a mí no me importa mi tribu, porque soy Canim, la Canoa.

—¿Y yo, Li Wan, que estoy cansada, debo viajar siempre por tu camino hasta que me muera?

—Tú, Li Wan, eres mi mujer y la mujer recorre el camino del hombre lleve a donde lleve. Es la ley. Y si no fuese la ley, sería la ley de Canim, que hace la ley para sí mismo y para los suyos.

Ella volvió a inclinar la cabeza, porque no conocía más ley que la que decía que el hombre era el amo de la mujer.

—No tengas prisa —advirtió Canim al verla atar los pocos utensilios del campamento a su mochila—. El sol aún calienta, el camino desciende y es fácil de recorrer.

Ella dejó lo que hacía, obediente, y se sentó otra vez.

Canim la miró con interés especulativo.

—No te sientas en cuclillas como hacen las demás mujeres —comentó.

—No —respondió ella—. No me resulta fácil. Estoy incómoda y no descanso.

—¿Y por qué tus pies no apuntan en línea recta frente a ti?

—No lo sé. Solo sé que no son como los de las demás mujeres.

Un brillo de satisfacción iluminó los ojos del hombre, pero no dejó entrever más indicios.

—Tu cabello es negro, como el de las otras mujeres, pero ¿nunca te has fijado en que es suave y fino, más suave y fino que el de las demás?

—Me he fijado —respondió brevemente porque no le gustaba aquel análisis frío de sus deficiencias.

—Ya hace un año que te aparté de tu gente —continuó Canim—, y eres casi tan tímida y me temes casi igual que cuando te vi por primera vez. ¿Por qué?

Li Wan negó con la cabeza.

—Tengo miedo de ti, Canim, porque eres muy grande y extraño. Además, antes de que me miraras, todos los hombres jóvenes me daban miedo. No sé. No puedo explicarlo. Pero me parecía que no debía ser para ellos, como si…

—Sigue —la animó él, impaciente al verla dudar.

—Como si no fueran de mi raza.

—¿Como si no fueran de tu raza? —repitió él despacio—. Entonces, ¿cuál es tu raza?

—No lo sé. No… —Sacudió la cabeza, desconcertada—. No sé explicar lo que sentía. Había algo extraño en mí. No era como las otras doncellas, que buscan a los jóvenes con malicia. Yo no miraba a los jóvenes de esa forma. Me parecía que estaba mal y no debía hacerlo.

—¿Qué es lo primero que recuerdas? —Canim preguntó de repente, sin venir al caso.

—A Pow-Wah-Kaan, mi madre.

—¿Nada más, antes de Pow-Wah-Kaan?

—Nada más.

Pero Canim, mirándola fijamente a los ojos, examinó su alma secreta y la vio titubear.

—¡Esfuérzate y piensa, Li Wan! —amenazó.

Ella tartamudeó y sus ojos suplicaron, llenos de pena, pero la voluntad del hombre la dominó y arrancó de sus labios las palabras que no deseaban salir.

—No eran más que sueños, Canim, pesadillas de la infancia, sombras de cosas no reales, visiones como las que ven los perros cuando duermen al sol y gimen para espantarlas.

—Cuéntame —ordenó él— las cosas de antes de Pow-Wah-Kaan, tu madre.

—Son recuerdos olvidados —protestó ella—. De niña soñaba despierta, con los ojos abiertos, y cuando contaba las cosas extrañas que veía se reían de mí y los otros niños tenían miedo y me dejaban sola. Cuando le contaba a Pow-Wah-Kaan las cosas que veía, me mandaba callar y me decía que eran malas. También me pegaba. Creo que era una enfermedad, como la que ataca a los ancianos. Con el tiempo mejoré y dejé de soñar. Ahora ya no recuerdo. —Se llevó la mano a la frente, en un gesto que indicaba su confusión—. Están ahí pero no puedo encontrarlos. Solo…

—Solo… —repitió Canim para ayudarla.

—Solo una cosa. Pero te reirás de su estupidez. No es real.

—No, Li Wan. Los sueños son sueños. Pueden ser recuerdos de otras vidas que hemos vivido. Yo fui un alce. Estoy convencido de que fui un alce por las cosas que he visto y oído en sueños.

Por mucho que intentaba ocultarlo, una ansiedad cada vez mayor se despertaba en él, pero Li Wan buscaba torpemente las palabras que necesitaba para su relato y no se daba prisa.

—Veo un espacio de nieve pisoteada —empezó a decir la joven— y al otro lado de la nieve la huella de un hombre que se ha arrastrado a cuatro patas. También veo al hombre en la nieve y, cuando miro, me parece que estoy muy cerca de él. No es como los hombres reales porque tiene pelo en la cara, mucho pelo; y el pelo de la cabeza y de la cara es amarillo, como el pelaje de verano de la comadreja. Tiene los ojos cerrados, pero se abren y buscan a su alrededor. Son azules como el cielo, miran a los míos y dejan de buscar. Su mano se mueve despacio, como si estuviese débil, y yo siento…

—Sí —susurró Canim con la voz ronca—. ¿Qué sientes?

—¡No! ¡No! —se apresuró a gritar Li Wan—. No siento nada. ¿Dije «siento»? No quería decir eso. No puede ser que quisiera decir eso. Veo, solo veo, y no veo más que eso: un hombre en la nieve, con los ojos como el cielo y el pelo como el de la comadreja. Lo he visto muchas veces y siempre es igual: un hombre en la nieve…

—¿Y te ves a ti misma? —preguntó él, inclinándose hacia delante y mirándola fijamente—. ¿Te ves alguna vez con el hombre en la nieve…

—¿Por qué me iba a ver? ¿Acaso no soy real?

Los músculos de Canim se relajaron y se echó hacia atrás, con los ojos exultantes de satisfacción. Dejó de mirarla para que ella no se diera cuenta.

—Te lo explicaré, Li Wan —dijo con decisión—. En una vida anterior fuiste un pajarito, un pájaro muy pequeño; entonces viste esas cosas y el recuerdo permanece contigo. No es raro. Yo fui un alce y el padre de mi padre se convirtió luego en un oso. Eso dijo el chamán y el chamán no miente. Así, en el camino de los dioses pasamos de vida en vida y solo los dioses lo saben y lo comprenden. Los sueños y las sombras de los sueños son recuerdos, nada más, y el perro que gime dormido al sol sin duda ve y recuerda cosas que ya ocurrieron. Bash fue un guerrero. Estoy firmemente convencido de que fue un guerrero.

—Estas pieles alcanzarán buen precio —dijo Canim después, mientras se ajustaba el mecapal y levantaba la carga del suelo—. Un buen precio. Los blancos pagan bien esas cosas porque no tienen tiempo para cazar y el frío les afecta. Pronto nos daremos un festín, Li Wan, comeremos como nunca has comido en todas las vidas que hayas vivido.

Ella gruñó para dar a entender que había comprendido y como agradecimiento por la condescendencia de su amo, se ajustó el arnés y se inclinó hacia delante para llevar mejor la carga.

—La próxima vez que nazca, naceré hombre blanco —añadió él y echó a andar por la senda que descendía hacia la garganta, a sus pies.

Los perros iban detrás de él y Li Wan cerraba la marcha. Pero sus pensamientos estaban muy lejos, más allá de las montañas de hielo, al este, en el pequeño rincón de la tierra donde había pasado su niñez. Recordaba que ya de niña la tenían por rara, por alguien que sufría algún mal. Cierto era que había soñado despierta y que le reñían y pegaban por las visiones insólitas que veía hasta que, al cabo de un tiempo, creció y dejó de tenerlas. Aunque no del todo. Ya no la molestaban cuando estaba despierta, pero acudían a ella en sueños, a pesar de que ya era una mujer adulta, y más de una noche había pasado entre pesadillas llenas de sombras que se agitaban, borrosas y sin sentido. La charla con Canim la había puesto nerviosa y mientras descendía la inclinación llena de curvas de la divisoria no dejaba de recordar las fantasías burlonas de sus sueños.

—Descansemos un rato —dijo Canim cuando habían cruzado la mitad del cauce del río principal.

Apoyó su mochila sobre una roca que sobresalía, soltó la correa que la sujetaba a su cabeza y se sentó. Li Wan se unió a él y los perros se tumbaron en el suelo junto a los dos, jadeando. A sus pies se extendía el goteo glacial de

las colinas, pero parecía turbio y teñido, como si lo manchara algún desorden ocurrido en la tierra.

—¿Por qué está así? —preguntó Li Wan.

—Debido a los blancos que trabajan en la tierra. ¡Escucha! —Levantó la mano y oyeron el ruido del pico y la pala y el sonido de las voces de los hombres—. El oro los vuelve locos y trabajan sin descanso para encontrarlo. ¿El oro? Es amarillo y sale de la tierra y le dan mucho valor. También lo usan para medir los precios.

Pero Li Wan ya no lo miraba porque otra cosa había llamado su atención. A varios metros por debajo de ellos y en parte ocultos por un grupo de píceas jóvenes se alzaban los troncos escalonados de una cabaña, cubiertos por un tejado de tierra que sobresalía. Se estremeció y todos los fantasmas de sus sueños se despertaron y se revolvieron inquietos.

—Canim —susurró con angustia y aprensión—. Canim, ¿qué es eso?

—El tipi del hombre blanco, en el que come y duerme.

Li Wan miró con nostalgia, captando sus virtudes de un solo vistazo y estremeciéndose otra vez con las sensaciones inexplicables que despertaba en ella.

—Debe ser muy cálido cuando hiela —dijo en voz alta, aunque sentía que debía expresar sonidos extraños con los labios.

Se sintió empujada a emitirlos, pero no lo hizo y al instante siguiente Canim dijo:

—Se llama cabaña.

A la joven le dio un vuelco el corazón. ¡Los sonidos! ¡Eran esos sonidos! Miró a su alrededor con miedo. ¿Cómo podía saber una palabra tan rara antes de haberla oído. ¿Qué le pasaba? Luego, con un escalofrío de miedo y placer, comprendió que por primera vez en su vida los dictados de sus sueños tenían sentido y reflejaban cordura.

«Cabaña», repitió para sus adentros. «Cabaña». Un flujo incoherente de imágenes oníricas se desbordó en su interior hasta que la cabeza le dio vueltas y el corazón parecía a punto de estallar. Sombras, siluetas amenazantes y asociaciones ininteligibles se agitaban y se arremolinaban mientras ella intentaba en vano comprenderlas y controlarlas con la mente. Porque sentía que allí, en aquel aluvión de recuerdos, se encontraba la clave del misterio. Si lograba comprenderlo y controlarlo, lo vería todo claro…

¡Canim! ¡Pow-Wah-Kaan! ¿Qué eran aquellas sombras y siluetas?

Se volvió hacia Canim, sin poder hablar, temblando, las imágenes oníricas desbocadas e irrefrenables. Estaba mareada y se sentía a punto de desmayarse

y solo podía oír los sonidos cautivadores que salían de la cabaña con un ritmo asombroso.

—Sí, violín —se dignó a responder Canim.

Sin embargo, ella no lo oyó porque en medio del éxtasis que experimentaba le pareció que por fin todo iba a aclararse. ¡Ahora! ¡Ahora!, pensó. Los ojos se le humedecieron y las lágrimas rodaron por sus mejillas. El misterio se resolvía, pero el mareo se apoderaba de ella. ¡Si lograra retrasarlo lo bastante! ¡Si lograra…! Pero el paisaje cedió y se derrumbó y las colinas se balancearon hacia delante y hacia atrás en el cielo cuando ella se levantó de un salto y gritó: «¡Papá! ¡Papá!». Luego el sol desapareció, la oscuridad la invadió y se desmayó entre las rocas.

Canim comprobó que la pesada carga no le hubiese roto el cuello, emitió un gruñido de satisfacción y le echó agua del arroyo en la cara. Ella recuperó la consciencia poco a poco, entre sollozos, y se sentó.

—No es bueno tanto sol en la cabeza —comentó él.

Y ella respondió:

—No, no es bueno. Y llevar tanto peso me ha cansado.

—Acamparemos pronto para que duermas mucho y recuperes fuerzas —dijo Canim con dulzura—. Si nos vamos ya, antes podremos dormir.

Li Wan no dijo nada, se puso en pie obediente e hizo levantarse a los perros. Siguió el ritmo del hombre mecánicamente y pasó junto a la cabaña casi sin atreverse a respirar. Pero ya no salían sonidos, aunque la puerta estaba abierta y del tubo de hierro de la cocina surgía el humo.

En la curva del arroyo se encontraron con un hombre de piel blanca y ojos azules y por un momento Li Wan vio al otro hombre en la nieve. Aunque lo vio borroso porque estaba débil y cansada debido a todo lo que le había ocurrido. Aun así, lo miró con curiosidad y se detuvo junto a Canim para observar cómo trabajaba. Lavaba gravilla en una batea grande y lo hacía con un movimiento circular y ladeado. Mientras miraban, el hombre dejó a la vista, con un hábil meneo, una franja de oro amarillo en el fondo de la batea.

—Este arroyo es muy rico —le dijo Canim a Li Wan cuando partieron—. Un día yo encontraré un arroyo así y seré un gran hombre.

Las cabañas y los hombres fueron aumentando en abundancia hasta que llegaron a un punto donde pudieron ver la parte principal del arroyo. Era el escenario de una gran devastación. La tierra estaba abierta y rasgada por todas partes, como si allí hubiese tenido lugar una lucha de titanes. Donde no había montículos de gravilla se abrían trincheras, agujeros enormes y-simas donde la espesa capa de tierra había sido arrancada hasta dejar el lecho rocoso al

descubierto. Ya no había canal erosionado para el arroyo y sus aguas, embalsadas y desviadas, se lanzaban desde toboganes muy altos, se derramaban sobre depresiones y lugares más bajos y se utilizaban una y otra vez, mil veces, elevadas por ruedas hidráulicas. Habían arrancado todos los árboles de las colinas y corneado y perforado las laderas desnudas con grandes toboganes de madera y agujeros de prospección. Por encima de todo eso, como una raza monstruosa de hormigas, campaba a sus anchas un ejército de hombres —hombres desaliñados, sucios, cubiertos de barro— que se arrastraban dentro y fuera de sus excavaciones, se deslizaban como bichos por sus toboganes y se afanaban sudorosos en los montones de grava sin detenerse jamás. Hasta donde alcanzaba la vista, incluso en las cimas, había hombres cavando, arrancando y erosionando el rostro de la naturaleza.

Li Wan se quedó horrorizada ante semejante catástrofe.

—Esos hombres están locos —le dijo a Canim.

—Es normal. El oro que buscan es algo muy bueno —contestó—. Es lo mejor del mundo.

Durante horas avanzaron sorteando aquel caos de avaricia, Canim ansioso, decidido, y Li Wan débil y desanimada. Sabía que había estado a punto de hacer un descubrimiento y aún se sentía a punto de hacerlo, pero la tensión nerviosa que había sufrido la había dejado tan agotada que ahora esperaba pasivamente a que eso, lo que fuera, ocurriese. Los sentidos se le escapaban de las manos y le transmitían innumerables impresiones, cada una de las cuales estimulaba vagamente su imaginación ya saturada. En algún lugar de su interior había notas receptivas que respondían a lo que veía fuera, se renovaban relaciones olvidadas e inimaginables y ella se preocupaba y se daba cuenta de todo, pero con indiferencia, y no alcanzaba la euforia mental necesaria para transmutarlo y comprender. Así que continuó caminando con esfuerzo tras los pasos de su amo, contentándose con esperar a que eso que ella sabía ocurriese de alguna forma, en algún lugar.

Tras soportar la esclavitud absurda a la que lo sometía el hombre, el arroyo volvía por fin a su cauce de siempre, manchado y mancillado por el esfuerzo, y zigzagueaba despacio entre las llanuras y los bosques donde el valle se extendía hasta la desembocadura. Allí ya no había grandes filones y los hombres eran reacios a entretenerse: el ansia de oro los llevaba más lejos. Y fue allí, al detenerse Li Wan para espolear a 01o con su bastón, cuando oyó la risa delicada y argentina de una mujer.

Delante de una cabaña se sentaba una mujer, de piel clara y rosada como la de un niño, sonriendo encantada a las palabras que otra mujer le decía

desde el umbral. En un momento dado, la que estaba sentada sacudió su impresionante melena de cabello oscuro y mojado para que se secara a la cálida caricia del sol.

Li Wan se quedó paralizada un instante. Luego sintió un destello cegador y un chasquido, como si algo cediera: la mujer de la cabaña desapareció, junto con la cabaña, el bosque de píceas y el escarpado horizonte, y Li Wan vio a otra mujer, a la luz de otro sol, cepillándose una impresionante mata de cabello negro y cantando mientras lo hacía. Li Wan oyó las palabras de la canción, comprendió y volvió a ser niña. Se apoderó de ella una visión en la que emergían todos los sueños molestos y se convertían en uno, y las siluetas y las sombras ocupaban su lugar correspondiente y todo quedó claro, evidente, real. Las imágenes se abrían paso: escenas desconocidas, árboles, flores y personas. Las vio y las reconoció.

—Cuando eras un pajarito, un pájaro muy pequeño… —dijo Canim mientras la taladraba con los ojos.

—Cuando era un pajarito… —susurró ella, tan bajo que casi no la oyó. Pero, al inclinar la cabeza bajo el peso de la carga y echar a andar, ya sabía que estaba mintiendo.

Tan extraño le resultaba todo que lo real se convirtió en irreal. La caminata y el campamento a la orilla del arroyo le parecieron elementos de una pesadilla. Cocinó, dio de comer a los perros y desató el cargamento como si viviera un sueño y no volvió en sí hasta que Canim empezó a esbozar su siguiente viaje.

El Klondike desemboca en el Yukón —le decía—, un río poderoso, más que el Mackenzie, al que ya conoces. Tú y yo bajaremos hasta Fort Yukón. Con perros, en invierno, está a veinte sueños. Luego seguiremos el Yukón hacia el Oeste, cien sueños o doscientos, no lo sé con seguridad. Está muy lejos. Así llegaremos al mar. Tú no sabes nada del mar, pero yo te lo contaré. Como el lago es a la isla, el mar es a la tierra. Los ríos desembocan en él y no tiene fin. Yo lo vi en la Bahía de Hudson. Aún no lo he visto en Alaska. Luego podremos salir al mar en una gran canoa, tú y yo, Li Wan, o podremos seguir por tierra hacia el sur durante muchos cientos de sueños. Después ya no sé. Solo sé que soy Canim, *la Canoa*, viajero y caminante del mundo.

Li Wan permaneció sentada, escuchando, y el miedo se apoderó de ella al pensar en sumergirse en aquel elemento salvaje e ilimitado.

—Es un camino agotador fue lo único que dijo, con la cabeza inclinada hacia las rodillas, resignada.

Entonces se le ocurrió una idea increíble y el asombro que le produjo la animó. Se acercó al arroyo y se lavó la arcilla seca de la cara. Cuando el agua recuperó la quietud, observó los rasgos que se reflejaban en ella, pero el sol y el clima habían hecho de las suyas y su piel era áspera y color bronce, no suave y con hoyuelos como la de un niño. Sin embargo, la idea le seguía pareciendo increíble y no perdió el ánimo al acostarse junto a su marido bajo la manta.

Permaneció despierta, mirando el azul del cielo y esperando a que Canim durmiera profundamente. Luego se apartó de él despacio, lo arropó y se puso de pie. Cuando dio el segundo paso, Bash gruñó como una fiera. Ella susurró para tranquilizarlo y miró al hombre: Canim continuaba roncando. Le dio la espalda y con pasos rápidos y silenciosos desanduvo veloz el camino andado.

☘

LA SEÑORA VAN WYCK —Evelyn— se preparaba para acostarse. Aburrida de los deberes que le imponía la sociedad, su riqueza y la dicha de la viudez, había viajado hasta la región septentrional y se alojaba en una acogedora cabaña algo apartada de las prospecciones. Allí, ayudada y respaldada por su amiga y compañera Myrtle Giddings, jugaba a vivir en plena naturaleza y cultivaba lo primitivo con refinado abandono.

Buscaba alejarse de las muchas generaciones de selección cultural y social para sentir la llamada de la tierra a la que sus antepasados habían renunciado. También se provocaba a sí misma estados mentales que creía cercanos a los de la Edad de Piedra y en aquel mismo momento, mientras se recogía el pelo para dormir, disfrutaba imaginándose un cortejo paleolítico. Los detalles consistían sobre todo en cuevas y huesos de caña machacados, intercalados con carnívoros feroces, mamuts peludos y combates con hachas de pedernal toscamente talladas; pero la sensación que aquello le producía era deliciosa. Y mientras Evelyn Van Wyck huía por los oscuros senderos de los bosques de las ardientes insinuaciones de su pretendiente de frente inclinada y cubierto con pieles, se abrió la puerta de la cabaña sin una sola llamada de cortesía y entró una mujer cubierta con pieles, salvaje y primitiva.

—¡Cielos!

Con un salto propio de una mujer de las cavernas, la señorita Giddings aterrizó a salvo tras la mesa. Pero la señora Van Wyck defendió el terreno.

Percibió que la intrusa luchaba por controlar su nerviosismo y echó una rápida mirada hacia atrás para asegurarse de que tenía el camino libre hasta el catre, donde el enorme Colt descansaba bajo la almohada.

—Saludos, mujer del pelo maravilloso —dijo Li Wan.

Pero lo dijo en su propia lengua, la que solo se hablaba en un pequeño rincón de la tierra, y las mujeres no la entendieron.

—¿Voy a pedir ayuda? —tembló la señorita Giddings.

—Creo que la pobre criatura es inofensiva —contestó la señora Van Wyck—. Mira su ropa: está raída y gastada de tanto viajar y demás. Son unas prendas únicas. Se las compraré para mi colección. Por favor, Myrtle, trae mi bolsa del oro y la balanza.

Li Wan seguía los movimientos de los labios, pero las palabras le resultaban ininteligibles. Entonces, por primera vez comprendió, en un momento de incertidumbre e indecisión, que no existía una forma de comunicarse.

Y la pasión de su incapacidad para expresarse la hizo gritar con los brazos abiertos:

—¡Mujer, eres mi hermana!

Las lágrimas resbalaban por sus mejillas en su ansia por acercarse a ellas y el tono roto de su voz transmitió la pena que no podía expresar de otra forma. Pero la señorita Giddings estaba temblando e incluso la señora Van Wyck se conmovió.

—Viviré como tú. Mis costumbres son las tuyas y serán una sola. Mi esposo es Canim, la Canoa, un hombre grande y extraño y yo tengo miedo. Su camino le lleva por todo el mundo y no tiene fin y yo estoy cansada. Mi madre era como tú, su pelo era el tuyo y sus ojos. Entonces la vida era fácil para mí y el sol calentaba.

Se arrodilló humildemente e inclinó la cabeza a los pies de la señora Van Wyck, que retrocedió asustada por su vehemencia.

Li Wan se puso en pie, jadeando al intentar hablar. Sus labios inútiles no lograban articular la conciencia de clase que la dominaba.

—¿Comerciar? ¿Tú comerciar? —preguntó la señora Van Wyck, pasando a la lengua simplificada que solían utilizar los pueblos superiores.

Tocó la ropa de piel raída de Li Wan para indicar lo que deseaba y vertió el oro en el platillo. Removió el polvo dorado y lo dejó caer entre sus dedos de un modo tentador. Pero Li Wan solo veía los dedos, blancos como la leche y bien formados, que se estrechaban con delicadeza hasta las uñas rosadas,

como joyas. Puso su mano al lado, llena de callos y estropeada por el trabajo, y lloró.

La señora Van Wyck no lo entendió.

—Oro —quiso animarla—. ¡Oro bueno! ¿Comerciar? ¿Cambiar? —Y volvió a tocar la ropa de piel de Li Wan—. ¿Cuánto? ¿Vender? ¿Cuánto? —insistió, pasando la mano a contrapelo para asegurarse de que las costuras estaban hechas con hilo de tendón.

Pero Li Wan también estaba sorda y lo que decía la mujer no tenía significado para ella. Se sintió consternada por su fracaso. ¿Cómo podía identificarse con aquellas mujeres? Porque sabía que pertenecían a una misma raza, que eran hermanas de sangre entre los hombres y sus mujeres. Sus ojos registraron el interior y se fijaron en las suaves cortinas, las prendas femeninas, el espejo oval y los delicados accesorios de aseo situados bajo él. Esas cosas la atrajeron porque las había visto antes y, mientras las miraba, involuntariamente sus labios formaron sonidos que hicieron temblar su garganta en su esfuerzo por emitirlos. La asaltó un pensamiento que la hizo reunir fuerzas. Debía calmarse. Debía controlarse porque esa vez no podía haber malentendidos, de lo contrario… El esfuerzo por sofocar las lágrimas la hizo estremecerse y luego volvió a recuperarse.

Apoyó la mano sobre la mesa.

—Mesa —pronunció con claridad—. Mesa —repitió.

Miró a la señora Van Wyck, quien asintió para mostrar su aprobación. Li Wan se emocionó, pero controló su voluntad y se mantuvo serena.

—Cocina —continuó—. Cocina.

Cada señal de asentimiento de la señora Van Wyck hacía aumentar la emoción de Li Wan. Trastabillando, interrumpiéndose y otra vez con prisa, siguiendo el ritmo al que recuperaba las palabras olvidadas, se movió por la cabaña, nombrando artículo tras artículo. Cuando por fin se detuvo lo hizo triunfante, con el cuerpo erguido y la cabeza hacia atrás, expectante, aguardando.

—Masa —pronunció la señora Van Wyck como si estuviera en un jardín de infancia, riéndose—. La-ma-sa-es-tá-en-la-me-sa.

Li Wan asintió son la cabeza, muy seria. Por fin empezaban a comprenderla. Al pensarlo, se sonrojó y su piel bronce se volvió más oscura; luego sonrió y asintió con más fuerza.

La señora Van Wyck le dijo a su compañera:

—Creo que en alguna parte le dieron nociones de educación misionera y ha venido para presumir de ello.

—Por supuesto. —La señorita Giddings dejó escapar una risa tonta—. ¡Que boba! Su vanidad no nos dejará dormir.

—Pero yo quiero esa chaqueta. Es vieja, está bien hecha y es un ejemplar excelente. —Se volvió hacia su visita—. ¿Cambiar? ¡Tú! ¿Cambiar? ¿Cuánto? ¿Eh? ¿Cuánto? ¡Tú! Tal vez prefiera un vestido o algo así —sugirió la señorita Giddings.

La señora Van Wyck se acercó a Li Wan y por señas le dijo que le cambiaba su bata por la chaqueta. Para animarla a la transacción, cogió la mano de Li Wan, la posó entre las puntillas y los lazos de la pechera suelta y le hizo mover los dedos de un lado a otro para que apreciara la textura. Pero la mariposa enjoyada que sujetaba el pliegue no estaba bien cerrada y la parte delantera de la bata resbaló hacia un lado, dejando a la vista un pecho firme y blanco que nunca había dado de mamar a un niño.

La señora Van Wyck reparó el problema sin inmutarse, pero Li Wan dejó escapar un grito y desgarró su camisa de piel para abrirla y mostrar su propio pecho, tan firme y tan blanco como el de Evelyn Van Wyck. Luego, entre sonidos sin articular y gestos veloces, intentó dejar clara su afinidad.

—Es una mestiza —comentó la señora Van Wyck—. Me lo pareció por su pelo.

La señorita Giddings hizo un gesto de fastidio.

—Orgullosa de la piel blanca de su padre. ¡Qué horror! Dale algo, Evelyn, y dile que se marche.

Pero la otra suspiró.

—Pobre criatura, ojalá pudiera hacer algo por ella.

Un pie pesado hizo crujir la grava en el exterior. Luego la puerta de la cabaña se abrió de par en par y entró Canim. La señorita Giddings vislumbró una muerte repentina y gritó. Pero la señora Van Wyck lo miró sin perder la serenidad.

—¿Qué quieres? —preguntó.

—¿Cómo estar? —respondió Canim con cortesía y de inmediato señaló a Li Wan—. Ella mi mujer.

Hizo ademán de agarrarla, pero Li Wan lo detuvo.

—¡Habla, Canim! Diles que soy…

—¿La hija de Pow-Wah-Kaan? No, ¿por qué iba a importarles eso? Mejor les digo que eres una mala esposa, que abandonas el lecho de tu marido cuando el sueño se apodera de sus ojos.

Intentó agarrarla de nuevo, pero ella huyó hacia la señora Van Wyck, a cuyos pies suplicó como loca y cuyas rodillas quiso rodear con los brazos. Sin

embargo, la mujer retrocedió y le dio permiso a Canim con la mirada. Él agarró a Li Wan por las axilas y la obligó a ponerse de pie. La joven luchó con su marido, desesperada, mientras se tambaleaban por la habitación, hasta que él acabó jadeando del esfuerzo.

—Suéltame, Canim —rogó ella entre sollozos.

Pero Canim le retorció la muñeca hasta que dejó de luchar.

—Los recuerdos del pajarito son muy fuertes y causan problemas —empezó a decir él.

—¡Lo sé! ¡Ahora lo sé! —interrumpió Li Wan—. Veo al hombre en la nieve, lo veo arrastrarse a cuatro patas con más claridad que nunca. Y yo, que soy una niña pequeña, voy subida a su espalda. Eso ocurrió antes de Pow-Wah-Kaan y del tiempo en que fui a vivir a un pequeño rincón de la tierra.

—Lo sabes —respondió él, obligándola a moverse hacia la puerta—, pero vendrás conmigo Yukón abajo y lo olvidarás.

—¡Jamás lo olvidaré! ¡Mientras mi piel sea blanca lo recordaré!

Se agarró desesperada a la jamba de la puerta y lanzó una última mirada de súplica a Evelyn Van Wyck.

—Entonces yo te enseñaré a olvidar. ¡Yo, Canim, la Canoa!

Mientras lo decía, soltó los dedos de Li Wan y salió con ella al camino.

[1901]



Los de la Tierra del Sol

MANDELL ES UNA ALDEA oscura al borde del océano Ártico. No es grande y la gente es pacífica, incluso más que la de las tribus adyacentes. En Mandell hay pocos hombres y muchas mujeres, por lo que se practica una poligamia feliz y necesaria; las mujeres tienen hijos con fervor y el nacimiento de cada varón se celebra y se aclama. Luego está Aab-Waak, cuya cabeza descansa siempre sobre un hombro, como si en algún momento el cuello se hubiese agotado y se negara a continuar cumpliendo con su deber.

La causa de todas estas cosas —el carácter pacífico, la poligamia y el cuello cansado de Aab-Waak— se remonta a la época en la que la goleta Search echó el ancla en la bahía de Mandell y Tyee, jefe de la tribu, imaginó un plan para obtener una riqueza repentina. Hasta hoy, los habitantes de Mandell, que son primos del Pueblo Hambriento que vive al oeste, recuerda y comenta lo ocurrido conteniendo el aliento. Los niños se apiñan cuando se cuenta la historia y se asombran sabiamente por la necedad de aquellos que podrían haber sido sus antepasados de no haber provocado a los de la Tierra del Sol y encontrado un final amargo.

Todo comenzó cuando seis hombres de la Search bajaron a tierra muy bien pertrechados, como si fueran a quedarse allí, y se alojaron en el iglú de Neegah. Aunque pagaron bien en harina y azúcar, Neegah se sentía agraviado porque Mesahchie, su hija, había elegido jugársela y compartir comida y manta con Bill-Man, que era el líder del grupo de hombres blancos.

—Ella vale un precio —se quejó Neegah un día ante los reunidos alrededor de la hoguera del consejo cuando los seis blancos se quedaron dormidos—. Vale un precio porque tenemos más hombres que mujeres y los hombres pujarían alto por ella. El cazador Ounenk me ofreció un kayak nuevo y un rifle que consiguió comerciando con el Pueblo Hambriento. Eso fue lo que me ofreció, pero ahora ella se ha ido y yo no tengo nada.

—Yo también hice una oferta por Mesahchie —gruñó una voz no del todo triste y Peelo acercó su rostro jovial de mejillas anchas a la luz durante un momento.

—Tú también —afirmó Neegah—. Y hubo otros. ¿Por qué son tan impacientes los de la Tierra del Sol? —preguntó de mal humor—. ¿Por qué no se quedan en sus casas? Los Pueblos de la Nieve no viajan hasta donde habitan los de la Tierra del Sol.

—Mejor sería preguntar por qué vienen —comentó una voz desde la oscuridad y Aab-Waak se abrió camino hacia delante.

—Eso, ¿por qué vienen? —protestaron varias voces y Aab-Waak hizo un gesto con la mano para pedir silencio.

—Cuando los hombres excavan la tierra es por algo —empezó diciendo —. Y estoy pensando en el Pueblo de la Ballena, que también es de la Tierra del Sol, y que perdió su barco en el hielo. Todos recordáis al Pueblo de la Ballena, que llegó a nosotros en sus botes inservibles y se marchó hacia el sur con perros y trineos cuando llegó la helada y la nieve cubría la tierra. Y recordáis que, mientras esperaban al hielo, uno de ellos excavó la tierra y luego fueron dos y tres y todos, muy emocionados y con gran revuelo. No sabemos lo que sacaron de allí porque nos echaron para que no lo viéramos. Pero después, cuando se fueron, miramos y no vimos nada. Sin embargo, allí hay mucha tierra y no la excavaron toda.

—¡Sí, Aab-Waak! ¡Sí! —gritaron admirados los demás.

—Por eso se me ocurre —concluyó— que uno de los de la Tierra del Sol se lo contó a otro y que alguien se lo contó a estos de ahora que han venido a excavar la tierra.

—Pero ¿cómo puede ser que Bill-Man hable nuestra lengua? —quiso saber un anciano cazador, pequeño y arrugado—. Bill-Man, al que nunca habíamos visto antes.

—Bill-Man ha estado otras veces en la Tierra de la Nieve —respondió Aab-Waak—, o no hablaría la lengua del Pueblo del Oso, que es como la del Pueblo Hambriento, que se parece mucho a la de los mandelles. Porque ha habido muchos de los de la Tierra del Sol entre los del Oso, pocos entre el Pueblo Hambriento y ninguno entre los mandelles, excepto los de la Ballena y los que ahora duermen en el iglú de Neegah.

—Su azúcar es muy bueno —comentó Neegah— y su harina.

—Tienen grandes riquezas —añadió Ounenk—. Ayer estuve en su barco y vi herramientas de hierro muy ingeniosas y cuchillos y rifles, y harina y azúcar y muchos alimentos desconocidos.

—¡Así es, hermanos! —Tyee se puso en pie y se regocijó al ver el respeto y el silencio que su pueblo le concedía—. Serán muy ricos, los de la Tierra del Sol, pero también son muy tontos. Porque, ¡mirad!, vienen a nosotros con

audacia, ciegamente, y sin pensar en su gran riqueza. Ahora mismo están roncando y nosotros somos muchos y no tenemos miedo.

—Puede que ellos tampoco tengan miedo, ya que son grandes guerreros —objetó el anciano cazador, pequeño y arrugado.

Pero Tyee lo miró enfadado.

—No. No lo parece. Viven al sur, bajo el camino del sol, y son débiles como lo son sus perros. ¿Recordáis el perro de los de la Ballena? Nuestros perros se lo comieron al segundo día porque era débil y no sabía luchar. El sol calienta y la vida es fácil en la Tierra del Sol, y los hombres son como mujeres y las mujeres como niños.

Las cabezas asintieron en señal de aprobación y las mujeres estiraron los cuellos hacia delante para oír mejor.

—Se dice que son buenos con sus mujeres, a las que no les gusta trabajar —se rio nerviosa Likeeta, una joven sana y de caderas anchas, hija de Tyee.

—Te gustaría seguir los pasos de Mesahchie, ¿eh? —gritó su padre enfadado. Luego se dirigió a los hombres de la tribu—. Oíd, hermanos, así se portan los de la Tierra del Sol. Miran a nuestras mujeres y se las llevan una a una. Como se ha ido Mesahchie, estafando a Neegah su precio, también se irá Likeeta, se irán todas y nos estafarán. He hablado con un cazador del Pueblo del Oso y lo sé. Hay miembros del Pueblo Hambriento entre nosotros, que hablen y digan si mis palabras son ciertas.

Los seis cazadores del Pueblo Hambriento dieron fe de que decía la verdad y cada uno contó al vecino que tenía al lado las costumbres y comportamientos de los de la Tierra del Sol. Se oyeron murmullos de los hombres más jóvenes, que debían buscar esposa, y de los mayores, que tenían hijas por las que lograr un precio, y el zumbido airado fue haciéndose cada vez más audible.

—Son muy ricos, tienen ingeniosas herramientas de hierro y cuchillos y rifles sin fin —sugirió Tyee ladinamente, mientras su sueño de alcanzar una riqueza repentina empezaba a tomar forma.

—Yo me quedaré con el rifle de Bill-Man —proclamó Aab-Waak de pronto.

—No, será mío —gritó Neegah—, pues debemos tener en cuenta el precio por Mesahchie.

—¡Paz, hermanos! —Tyee extendió las manos hacia la asamblea—. Que las mujeres y niños se vayan a sus iglús. Esto es una conversación para hombres: que solo la oigan los hombres.

—Habrá rifles de sobra para todos —dijo cuando las mujeres y los niños se retiraron de mala gana—. Creo que incluso habrá dos rifles para cada uno, además de harina, azúcar y otras cosas. Y es fácil. Esta noche mataremos mientras duermen a los seis de la Tierra del Sol que ocupan el iglú de Neegah. Mañana iremos a negociar al barco en son de paz y allí, cuando surja el momento adecuado, mataremos a todos sus hermanos. Mañana por la noche lo festejaremos con alegría y dividiremos la riqueza. Hasta el último de los hombres poseerá más de lo que antes tenía el mejor. ¿Os parece sensato lo que os he dicho, hermanos?

Recibió como respuesta un prolongado aullido de aprobación y enseguida empezaron a preparar el ataque. Los seis del Pueblo Hambriento, como correspondía a los miembros de una tribu más rica, iban armados con rifles y bien provistos de municiones. Pero solo algún que otro mandell poseía un rifle y muchos estaban rotos, además de escasear entre ellos la pólvora y las balas. Sin embargo, esa falta de armas de fuego se veía compensada por miríadas de flechas con punta de hueso y lanzas para atacar a distancia, además de cuchillos de metal rusos y yanquis para la lucha cuerpo a cuerpo.

—No hagamos ruido —dio instrucciones Tyee—, pero que haya muchos hombres a cada lado del iglú y cerca, para que los de la Tierra del Sol no puedan escapar. Luego tú, Neegah, seguido por seis de los jóvenes, entras hasta donde ellos duermen. No llevéis armas de fuego, que pueden dispararse cuando menos se espera, mejor es que contagiéis a los cuchillos la fuerza de vuestros brazos.

—Y que os quede claro que no podéis hacerle daño a Mesahchie, que vale su precio —susurró Neegah con la voz ronca.

Pegados al suelo, los miembros del pequeño ejército se concentraron alrededor del iglú y detrás, expectantes y encantados, se acuclillaron muchas mujeres y niños que habían salido para presenciar la matanza. La breve noche de agosto se terminaba ya y a la luz gris del alba se distinguían las siluetas sigilosas de Neegah y los jóvenes. Sin pausa, entraron a cuatro patas en el alargado pasillo y desaparecieron. Tyee se puso de pie y se frotó las manos. Todo iba bien. Las cabezas que formaban el gran círculo se fueron levantando y esperaron. Cada uno se imaginaba la escena según su propio carácter: los hombres dormidos, los cuchillos al caer y la muerte súbita en la oscuridad.

El grito de uno de los de la Tierra del Sol rasgó el silencio y se oyó un disparo. Luego se armó un gran alboroto dentro del iglú. Sin premeditación, el círculo se adentró en el pasillo. En el interior, media docena de rifles de repetición empezaron a hablar y los mandelles, atrapados en aquel reducido

espacio, no pudieron hacer nada. Los que iban delante luchaban por alejarse de las armas que les disparaban a bocajarro y los de atrás empujaban hacia delante para atacar. Las balas de los enormes rifles del calibre 45-90 atravesaban media docena de hombres a cada disparo, y el pasillo, lleno de hombres indefensos, se convirtió en un calvario. Los rifles acribillaban la masa humana sin siquiera apuntar, aplastándola como una ametralladora: contra semejante oleada continua de muerte ningún hombre lograba avanzar.

—¡Jamás he visto cosa igual! —dijo jadeando uno de los del Pueblo Hambriento—. He echado un vistazo y los muertos están apilados como focas sobre el hielo tras una matanza.

—¿No dije yo que podían ser grandes guerreros? —cacareó el cazador anciano y arrugado.

—Era de esperar —respondió con firmeza Aab-Waak—. Luchamos en una trampa que nosotros mismos creamos.

—¡Necios! —se enfadó Tyee—. ¡Sois unos necios! Lo que habéis hecho no estaba planeado. Solo debían entrar Neegah y los seis jóvenes. Mi astucia es superior a la de los de la Tierra del Sol, pero habéis desperdiciado la ventaja y me habéis despojado de su fuerza, lo que es peor que no tener astucia alguna.

Nadie respondió y todas las miradas se centraron en el iglú[31], que se recortaba borroso y enorme contra la claridad del Noreste. A través de un agujero en el techo, el humo de los rifles se elevaba despacio en el aire quedo y de vez en cuando un hombre herido se arrastraba envuelto en la luz gris.

—Pasad la voz a los del pasillo para saber qué ocurre con Neegah y los seis jóvenes —ordenó Tyee.

Al cabo de un rato llegó la respuesta:

—Neegah y los seis jóvenes ya no son.

—¡Y muchos más ya no son! —lloró una mujer desde la retaguardia.

—Más riqueza para los que quedan —la consoló Tyee con decisión. Luego le dijo a Aab-Waak—: Vete y reúne tantas pieles de foca rellenas de aceite como puedas. Que los cazadores las vacíen en la madera exterior del iglú y del pasillo y luego les prendan fuego, antes de que los de la Tierra del Sol hagan agujeros en el iglú para dispararnos con sus armas.

Pero mientras hablaba, alguien hizo un agujero en la tierra que cubría los huecos entre los troncos, por el que surgió el cañón de un rifle y uno de los del Pueblo Hambriento se llevó la mano a un costado y saltó por los aires. Un segundo disparo, que le atravesó los pulmones, lo hizo caer al suelo. Tyee y los demás se apartaron a ambos lados para no quedar a tiro y Aab-Waak

ordenó a los hombres que se apresuraran con las pieles. Evitando las troneras que surgían a cada lado del iglú, vaciaron las pieles sobre los troncos secos de deriva que el río Mandell les había llevado desde los bosques del sur. Ounenk se acercó con una antorcha y las llamas crecieron. Transcurrieron muchos minutos sin que pasara nada y mantuvieron las armas preparadas a medida que el fuego avanzaba.

Tyee se frotó las manos, contento, al ver que la estructura seca se quemaba y crujía.

—Ya los tenemos, hermanos. Están atrapados.

—Y nadie me negará el rifle de Bill-Man —anunció Aab-Waak.

—Excepto Bill-Man —chilló el anciano cazador—. ¡Mirad, ahí viene!

Cubierto con una manta chamuscada y ennegrecida, el gran hombre blanco sorteó la entrada en llamas de un salto y tras él, igualmente protegidos, salieron Mesahchie y los otros cinco de la Tierra del Sol. Los del Pueblo Hambriento intentaron evitar la huida con una ráfaga de disparos mal apuntada, mientras los mandelles arrojaban una nube de lanzas y flechas. Pero los de la Tierra del Sol se deshicieron de las mantas en llamas mientras corrían y los otros vieron que cada uno llevaba una pequeña carga de munición sobre los hombros. De todas sus posesiones, eso era lo que habían preferido salvar. Veloces y decididos, atravesaron el círculo y se dirigieron al gran risco que se alzaba oscuro a la luz más clara del día y a ochocientos metros por detrás de la aldea.

Tyee echó una rodilla a tierra y apuntó al último de los de la Tierra del Sol con la mira de su rifle. Todos gritaron cuando apretó el gatillo y el hombre cayó hacia delante, consiguió incorporarse un poco y volvió a caer. Sin tener en cuenta la lluvia de flechas, uno de sus compañeros retrocedió, se inclinó sobre él y lo levantó por los hombros. Pero los lanceros mandelles se habían acercado más a ellos y una lanza arrojada con fuerza atravesó al herido. Gritó y empezó a cojear mientras su compañero lo dejaba otra vez en tierra. Entretanto, Bill-Man y los otros tres se detuvieron y dispararon contra los lanceros que avanzaban. El quinto se inclinó sobre su compañero derribado, le tocó el corazón y luego, fríamente, cortó las tiras que aseguraban la carga y se incorporó con la munición y el fusil del otro en la mano.

—¡Será necio! —gritó Tyee, dando un salto mientras corría para esquivar el cuerpo que se retorcía de uno de los del Pueblo Hambriento.

Su rifle se había atascado y no podía utilizarlo, por lo que ordenó a gritos que alguien derribase con una lanza al de la Tierra del Sol, que se había dado

la vuelta y corría en busca de refugio protegido por el fuego de los suyos. El anciano cazador colocó una punta de lanza en el lanzador y la arrojó

—¡Por el cuerpo del Lobo, ha sido un gran lanzamiento! —exclamó Tyee al ver tambalearse al que huía, con la lanza clavada entre los hombros, moviéndose despacio hacia delante y hacia atrás.

El anciano pequeño y arrugado tosió y se sentó. Un chorro rojo asomó a sus labios y se convirtió en un flujo de sangre. Volvió a toser y se oyó un extraño silbido que iba y venía al respirar.

—Ellos tampoco tienen miedo porque son grandes guerreros —dijo con la voz entrecortada, moviendo las manos sin propósito alguno—. ¡Mira, ahí viene Bill-Man!

Tyee miró. Cuatro mandelles y uno del Pueblo Hambriento se habían precipitado hacia el herido y lo habían derribado a golpe de lanza. En un abrir y cerrar de ojos, Tyee vio a cuatro de los hombres caer bajo las balas de los de la Tierra del Sol. El quinto, ileso de momento, cogió los dos rifles, pero al levantarse para volver, el impacto de una bala en el brazo lo hizo girar hacia un lado, una segunda bala lo estabilizó y la tercera lo derribó. Bill-Man llegó al instante, cortó las tiras de los cargamentos y se hizo con los rifles.

Tyee vio todo eso —y también a su gente caer mientras avanzaba desordenadamente—, comprendió que la duda se apoderaba de ellos y decidió permanecer tumbado donde estaba para ver más. Por algún motivo inexplicable, Mesahchie corría al encuentro de Bill-Man, pero antes de que lo alcanzara, Tyee vio correr a Peelo y rodearla con sus brazos. Intentó echársela al hombro, pero ella se defendió, arañándole la cara. Luego le puso la zancadilla y ambos cayeron al suelo. Cuando se levantaron, Peelo la tenía bien agarrada: le había pasado un brazo bajo la barbilla y con la muñeca le apretaba la garganta, estrangulándola. El hombre enterró el rostro en el pecho de ella para amortiguar los golpes con su espesa mata de pelo y empezó a alejarla despacio del campo de batalla. En ese momento, en plena retirada con las armas de sus compañeros caídos, Bill-Man llegó hasta ellos. Cuando Mesahchie lo vio, se dio la vuelta para que Peelo quedase indefenso delante de ella. Bill-Man balanceó el rifle de la mano derecha y, casi sin aflojar el paso, asestó el golpe. Tyee vio a Peelo caer al suelo como si fuera un saco, mientras el de la Tierra del Sol y la hija de Neegah huían uno junto al otro.

Un grupo de mandell, encabezados por uno de los del Pueblo Hambriento, intentó en vano un ataque que se fundió sobre el suelo ante las balas enemigas.

Tyee contuvo el aliento y murmuró:

—Como la escarcha bajo el sol de la mañana.

—Ya he dicho que son grandes guerreros —susurró débilmente el anciano cazador, casi vencido por la hemorragia—. Lo sé. Lo he oído. Son ladrones del mar y cazadores de focas; y disparan rápido y bien porque ese es su modo de vida y el trabajo de sus manos.

—Como la escarcha bajo el sol de la mañana —repitió Tyee, agazapado en busca de refugio tras el moribundo y mirando de vez en cuando a su alrededor.

Aquello ya no era una batalla porque ningún mandell se atrevía a avanzar y, además, se encontraban demasiado cerca de los de la Tierra del Sol como para retroceder. Tres lo intentaron, dispersándose y correteando como conejos, pero uno cayó con una pierna rota, al otro una bala le atravesó el pecho y el tercero, entre giros inesperados y regateando, se derrumbó al borde de la aldea. De manera que los demás se agazapaban en los huecos y excavaban la tierra para protegerse en los espacios abiertos, mientras las balas del enemigo barrían la llanura.

—No te muevas —rogó Tyee al ver que Aab-Waak se acercaba a él arrastrándose sobre la tierra como un gusano—. No te muevas, buen Aab-Waak, o atraerás la muerte sobre nosotros.

—La muerte se ha sentado ya sobre muchos —se rio Aab-Waak—, por eso, como tú has dicho, nos repartiremos más riqueza. Mi padre respira su último aliento tras aquella roca grande y más allá yace mi hermano, retorcido como un nudo. Pero lo que les tocaba a ellos pasará a ser mío y eso es bueno.

Como dices, buen Aab-Waak, y como yo he dicho, pero antes de dividir debemos conseguir algo para dividir y los de la Tierra del Sol aún no están muertos.

Una bala destelló desde una roca frente a ellos y, silbando de manera estridente, pasó cerca de sus cabezas en su raudo vuelo. Tyee se agachó y tembló, pero Aab-Waak sonrió e intentó en vano seguirla con la mirada.

—Son tan rápidas que no se las ve —comentó.

—Pero muchos de los nuestros han muerto —dijo Tyee.

—Y aún quedan muchos —fue la respuesta—. Todos se mantienen pegados al suelo porque han aprendido a luchar. Además, están enfadados. Y cuando hayamos matado a los de la Tierra del Sol que están en el barco solo quedarán cuatro en tierra. A esos puede que tardemos más en matarlos, pero al final lo haremos.

—¿Cómo vamos a acercarnos al barco si no podemos movernos ni a un lado ni al otro? —preguntó Tyee.

—Bill-Man y sus hombres están en un mal sitio —explicó Aab-Waak—. Podríamos acercarnos a ellos desde cualquier dirección y eso no es bueno, así que intentarán situarse de espaldas al risco y esperar hasta que sus hermanos del barco acudan en su ayuda.

—¡Sus hermanos nunca saldrán del barco!, he dicho.

Tyee empezaba a recuperar el valor y, cuando los de la Tierra del Sol confirmaron la predicción retirándose al risco, se sintió tan alegre como siempre.

—¡Solo quedamos tres! —se quejó uno de los del Pueblo Hambriento cuando se reunieron para celebrar consejo.

—Por eso, en vez de dos rifles cada uno, recibiréis cuatro —replicó Tyee.

—Luchamos bien.

—Sí. Y si ocurriera que solo quedaseis dos, entonces cada uno recibiría seis rifles. Así que, luchad bien.

—¿Y si no quedase ninguno? —susurró Aab-Waak con astucia.

—Los rifles serían para ti y para mí —respondió Tyee en voz muy baja.

Sin embargo, para ganarse a los del Pueblo Hambriento, nombró a uno de ellos líder de la expedición al barco. El grupo estaba formado por dos tercios de los hombres que quedaban y partieron hacia la costa, a veinte kilómetros de distancia, cargados con pieles y otros objetos para comerciar. El resto de los hombres se situó formando un medio círculo a lo largo del parapeto que Bill-Man y sus hombres habían empezado a levantar. Tyee detectaba enseguida las virtudes de cada cosa y ordenó a sus hombres que cavaran trincheras poco profundas.

—El tiempo pasará antes de que se den cuenta —explicó a Aab-Waak— y como estarán ocupados pensando en otras cosas no se preocuparán por los que ya están muertos. Pero, amparados en la oscuridad de la noche, podremos arrastrarnos despacio hacia ellos y, cuando los de la Tierra del Sol miren de nuevo a la luz del día, nos encontrarán muy cerca.

Al calor del mediodía los hombres dejaron de trabajar y comieron pescado fresco y aceite de foca que les habían llevado las mujeres. Algunos demandaron los alimentos que los de la Tierra del Sol habían dejado en el iglú de Neegah, pero Tyee se negó a dividirlos hasta que volviera el grupo del barco. En medio de las especulaciones sobre cómo les iría oyeron un estruendo lejano que derivaba hacia tierra desde el mar. Los que tenían buena vista distinguieron una densa nube de humo que desapareció enseguida y que, según aseveraron, estaba situada justo encima del barco de los de la Tierra del Sol. Tyee opinaba que procedía de un arma de fuego enorme. Aab-Waak no

sabía, pero pensaba que podía tratarse de una señal de algún tipo. Dijo que, en cualquier caso, ya era hora de que ocurriese algo.

Cinco o seis horas después divisaron a un solo hombre que cruzaba la llanura desde el mar y las mujeres y los niños corrieron en grupo hacia él. Se trataba de Ounenk que venía desnudo, sin respiración y herido. La sangre que brotaba de un corte profundo en la frente le bañaba el rostro. El brazo izquierdo, destrozado, le colgaba sin vida al costado. Pero lo que más llamaba la atención era el brillo salvaje de los ojos, que presagiaba algo que las mujeres no supieron definir.

—¿Dónde está Peshack? —preguntó con brusquedad una anciana.

—¿Y Olitlie? ¿Y Polak? ¿Y Mah-Kook? —gritaron varias voces a la vez.

Pero él no dijo nada y se abrió camino entre la masa vociferante, dirigiendo sus pasos tambaleantes hacia Tyee. La anciana elevó el tono de sus gemidos y, una a una, las mujeres se unieron a ella mientras seguían a Ounenk. Los hombres salieron de las trincheras y corrieron a reunirse alrededor de Tyee. Incluso los de la Tierra del Sol asomaron tras la barricada para ver qué ocurría.

Ounenk se detuvo, se limpió la sangre de los ojos y miró a su alrededor. Intentó hablar, pero tenía los labios secos y pegados. Likeeta le ofreció agua y él bebió, gruñó y volvió a beber.

—¿Habéis luchado? —preguntó Tyee por fin—. ¿Ha sido una buena lucha?

—¡Jo, jo, jo! —Ounenk se rio de una forma tan inesperada y feroz que todos se callaron—. ¡Jamás ha habido una lucha así! Lo digo yo, Ounenk, que he luchado con hombres y bestias. Antes de que lo olvide, permitid que os hable con palabras sensatas y prudentes. Luchando, los de la Tierra del Sol nos enseñarán a los mandelles a luchar. Si luchamos lo bastante, seremos grandes guerreros, como los de la Tierra del Sol, o moriremos. ¡Jo, jo, jo! ¡Eso sí que ha sido luchar!

—¿Dónde están tus hermanos? —Tyee lo sacudió hasta que se quejó del dolor que le provocaban las heridas.

Ounenk se tranquilizó.

—¿Mis hermanos? Ya no están.

—¿Y Pome-Lee? —gritó uno de los dos del Pueblo Hambriento que quedaban—. Pome-Lee, el hijo de mi madre.

—Pome-Lee no está —respondió Ounenk con voz monótona.

—¿Y los de la Tierra del Sol? —se oyó a Aab-Waak.

—Los de la Tierra del Sol no están.

—¿Y su barco, su riqueza, sus armas y todo lo demás? —quiso saber Tyee.

—Ni el barco, ni su riqueza, sus armas y demás —fue la respuesta invariable—. No están. Nada está. Solo estoy yo.

—Y tú eres un necio.

—Puede ser —contestó Ounenk, imperturbable—. Lo que he visto bien puede hacer de mí un necio.

Tyee se contuvo y todos aguardaron a que Ounenk contase la historia a su manera.

—No llevamos rifles, Tyee —empezó por fin—. No llevamos rifles, hermanos, solo cuchillos, lanzas y arcos de caza. Nos acercamos al barco en nuestros kayaks, en grupos de dos y de tres. Los de la Tierra del Sol se alegraron de vernos, extendimos las pieles, ellos sacaron sus artículos para comerciar y todo iba bien. Pome-Lee esperó; esperó hasta que el sol estuvo muy por encima de nosotros y ellos se sentaron a comer. Entonces dio la orden y nos lanzamos sobre ellos. Jamás he visto una batalla como esa, ni guerreros parecidos. Matamos a la mitad debido a la sorpresa, pero la otra mitad de supervivientes se convirtieron en demonios, se multiplicaron y por todas partes luchaban como demonios. Tres se pusieron de espaldas al mástil del barco y los cuerpos muertos de los nuestros los rodearon apilados antes de morir ellos también. Algunos tenían rifles y disparaban con los dos ojos abiertos, rápidos y seguros. Uno tenía un rifle muy grande que disparaba muchas balas pequeñas a la vez. ¡Mirad!

Ounenk señaló su oreja, casi perforada por un perdigón.

—Pero yo, Ounenk, lo atravesé con la lanza por la espalda. De esa forma, no sé bien cómo, los matamos a todos, a todos menos al jefe. Muchos lo rodeábamos y él estaba solo. En ese momento dio un grito terrible, se abrió paso entre nosotros, aunque cinco o seis lo agarraron para retenerlo, y corrió al interior del barco. Entonces, cuando la riqueza del barco era nuestra y solo quedaba abajo el jefe, al que pensábamos matar enseguida… entonces se oyó un sonido como el de todos los rifles del mundo disparados a la vez, ¡un sonido impresionante! Me elevé en el aire como un pájaro y los mandelles vivos, los de la Tierra del Sol muertos, los pequeños kayaks, la riqueza, todo salió por los aires. Eso lo afirmo yo, Ounenk, que lo vi y soy el único que queda.

El silencio se apoderó de los reunidos. Tyee miró a Aab-Waak con los ojos abiertos como platos, pero se abstuvo de hablar. Las mujeres estaban tan asombradas que incluso dejaron de llorar a sus muertos.

Ounenk miró a su alrededor con orgullo.

—Solo quedo yo —repitió.

En ese instante, un rifle disparó desde la barricada de Bill-Man y del pecho de Ounenk salieron gotas de sangre y un golpe sordo. Él se tambaleó hacia atrás, luego otra vez hacia delante, y un gesto de sorpresa asomó a su rostro. Quiso hablar y sus labios se retorcieron en una sonrisa desoladora. Sus hombros se encogieron a la vez que sus rodillas cedían. Se agitó tembloroso, como quien se ahoga, y después logró enderezarse. Pero de nuevo tembló y volvió a encogerse. Muy despacio, poco a poco, cayó al suelo.

Más de un kilómetro y medio los separaban del hoyo donde se ocultaban los enemigos y la muerte se había adueñado de él. Se oyó un grito de ira que contenía una buena parte de venganza y otra de la ferocidad irracional de la bestia. Tyee y Aab-Waak intentaron contener a los mandelles, pero estos los echaron a un lado y solo pudieron darse la vuelta y observar la rabiosa embestida. Sin embargo, los de la Tierra del Sol no dispararon y, antes de haber cubierto la mitad de la distancia, muchos se detuvieron y esperaron, asustados por el misterioso silencio de la barricada. Los más enfurecidos continuaron y cuando habían recorrido la mitad del trecho restante los del hoyo seguían sin dar señales de vida. A doscientos metros redujeron la marcha y se apiñaron. A los cien, se detuvieron, desconfiados —serían unos veinte—, y deliberaron.

Entonces una espiral de humo coronó la barricada y ellos se dispersaron como un puñado de guijarros lanzados al azar. Cayeron cuatro, y cuatro más. Continuaron cayendo rápidamente, de uno en uno o de dos en dos, hasta que solo quedó uno, que huyó con la muerte silbando en sus oídos. Era Nok, un cazador joven, alto y de piernas largas que corrió como nunca en su vida. Tanto que rozaba el suelo del llano como un ave, planeando, deslizándose y trazando curvas de un lado al otro. Los rifles atronaban y no dejaban de disparar, lanzando proyectiles en sucesión irregular, pero Nok se elevaba con cada zancada, descendía y volvía a alzarse ileso. Se produjo un momento de calma, como si los de la Tierra del Sol se hubiesen rendido y Nok empezó a describir menos curvas, hasta que acabó huyendo en línea recta. Entonces, en medio de uno de sus saltos, un único rifle ladró desde el hoyo y él se dobló en el aire, cayó al suelo encogido y, como una pelota, botó debido al impacto y acabó tirado como un muñeco roto.

—¿Quién puede ser tan rápido como el plomo? —reflexionó Aab-Waak.

Tyee gruñó y se alejó. Debían olvidar aquel incidente y ocuparse de asuntos más urgentes. Solo quedaban un hombre del Pueblo Hambriento y

cuarenta guerreros, algunos heridos, y aún debían vérselas con cuatro de los de la Tierra del Sol.

—No permitiremos que salgan de su hoyo junto al risco —dijo—, y cuando el hambre los domine, los mataremos como a niños.

—Pero ¿para qué luchar? —preguntó Oloof, uno de los hombres más jóvenes—. La riqueza de los de la Tierra del Sol ya no está, solo queda lo que hay en el iglú de Neegah, una cantidad miserable, y…Se interrumpió de repente cuando el aire junto a su oído silbó con fuerza al paso de una bala.

Tyee se rio con desdén.

—Ya tienes la respuesta. ¿Qué más podemos hacer con esa raza loca de los de la Tierra del Sol que no quieren morir?¡Cuánta necedad! —se quejó Oloof, alerta por si llegaban más balas—. No es bueno que luchen de esa forma. ¿Por qué no se resignan a morir? Son unos necios si no saben que ya están muertos… y nos causan muchos problemas.

—Antes luchamos por conseguir riquezas; ahora luchamos para seguir vivos —resumió Aab-Waak.

Esa noche hubo enfrentamientos en las trincheras y se intercambiaron disparos. Por la mañana, las posesiones de los de la Tierra del Sol ya no estaban en el iglú de Neegah. Se las habían llevado ellos porque a la luz del sol se veía el rastro que habían dejado. Oloof subió a la cima del risco para lanzar piedras al interior del hoyo que los otros ocupaban, pero el risco terminaba en un saliente que protegía el hoyo y solo pudo lanzar insultos y prometer torturas sin fin. Bill-Man se burló de él en la lengua de los del Oso y Tyee, cuando sacó la cabeza de la trinchera para ver, recibió el arañazo de una bala en un hombro.

En los deprimentes días que siguieron y en las noches de locura, en las que acercaban más las trincheras a la barricada, discutieron muchas veces sobre lo acertado de dejar marchar a los de la Tierra del Sol. Pero les daba miedo y las mujeres lloraban solo de pensarlo. Habían visto de lo que eran capaces y no querían ver más. Durante todo ese tiempo las balas continuaron silbando y gimiendo, y la lista de muertos aumentaba. Bajo el dorado del amanecer se percibía el lejano disparo de un rifle y una mujer caía herida en el límite de la aldea; al calor del mediodía los hombres de las trincheras oían el estridente lamento y sabían que había más muertos; y, a la luz gris del crepúsculo o del atardecer, las balas levantaban terrones de tierra junto a las hogueras titilantes. El «wah-hoo-ha-a, wah-hoo-ha-a» con el que las mujeres expresaban su dolor se oía durante toda la noche.

Tal y como Tyee había prometido, al final el hambre hizo presa en los de la Tierra del Sol. Hasta el punto de que, aprovechando la llegada de un temporal de principios de otoño, uno de ellos se arrastró en la oscuridad más allá de las trincheras y robó una buena provisión de pescado seco. Pero no le dio tiempo a regresar y el sol del día lo descubrió intentando ocultarse inútilmente en la aldea. Así que presentó batalla él solo, acabó rodeado por los mandelles, mató a cuatro con su revólver y, antes de que pudieran ponerle las manos encima para torturarlo, se disparó a sí mismo y murió.

Eso los dejo abatidos. Oloof preguntó:

—Si tanto nos ha costado acabar con un solo hombre, ¿cuánto nos costará acabar con los tres que quedan?

Entonces Mesahchie se puso en pie tras la barricada y llamó por su nombre a tres perros que se habían acercado hasta allí —carne y supervivencia para ellos—, lo que retrasó aún más la hora de la verdad y llenó de desesperación los corazones de los mandelles. Sobre Mesahchie cayeron maldiciones para toda una generación.

Fueron pasando los días. El sol se apresuraba hacia el sur, las noches eran cada vez más largas y en el aire empezaba a notarse la helada. Pero los de la Tierra del Sol continuaban defendiendo su hoyo. Los mandelles se desmoronaban bajo la tensión eterna y Tyee se concentraba en pensar. Dio la orden de que reunieran todas las pieles y cueros de la tribu. Con ellas mandó hacer enormes fardos cilíndricos y tras cada uno situó a un hombre.

Cuando terminaron, el breve día casi había llegado a su fin y el trabajo de empujar hacia delante los fardos, metro a metro, resultó largo y tedioso. Las balas de los de la Tierra del Sol golpearon contra ellos, pero no lograron atravesarlos y los hombres aullaron de felicidad. Sin embargo, la oscuridad se acercaba y Tyee, seguro de su éxito, ordenó que los fardos regresaran a las trincheras.

Por la mañana, frente al silencio sobrenatural del hoyo, dio comienzo el verdadero avance. Al principio, entre largos intervalos, los fardos fueron convergiendo poco a poco, a medida que el círculo se estrechaba. A cien metros de la barricada ya estaban lo bastante juntos como para que la orden de detenerse, emitida por Tyee, se transmitiera en voz baja. Los del hoyo no daban señales de vida. Permanecieron mucho tiempo observando, pero nada se movía. Continuaron avanzando y repitieron la maniobra al llegar a los cincuenta metros. Ni rastro de movimiento, ni un sonido. Tyee negó con la cabeza e incluso Aab-Waak tuvo dudas. Pero dieron la orden de seguir y eso

hicieron hasta que los fardos se unieron por completo y una sólida muralla de pieles se acercó casi al límite del hoyo.

Tyee echó la vista atrás y vio a las mujeres y a los niños apiñados en las desiertas trincheras. Miró hacia el hoyo silencioso. Los hombres se retorcían nerviosos y ordenó avanzar a la segunda hilera de fardos. La doble línea se aproximó hasta unirse a la anterior. Entonces Aab-Waak, voluntariamente, empujó hacia delante un solo fardo. Cuando tocó la barricada aguardó un buen rato. Después lanzó piedras al hoyo, sin obtener respuesta, y por último se puso de pie con cuidado y miró al interior. Vio una alfombra de cartuchos vacíos, unos pocos huesos de perro limpios de carne y un terreno empapado donde el agua goteaba de una grieta. Los de la Tierra del Sol se habían ido.

Hubo murmullos que hablaban de brujería, algunas quejas y miradas siniestras que a Tyee le parecieron presagio de las cosas sobrecogedoras que aún podrían pasar y respiró mejor cuando Aab-Waak empezó a ascender el sendero que bordeaba la base del risco.

—¡La cueva! —gritó Tyee—. ¡Adivinaron mi idea de los fardos de pieles y han huido al interior de la cueva!

El interior del risco era un laberinto de pasajes subterráneos con una abertura a medio camino entre el hoyo y el punto donde la trinchera interceptaba el muro. Entre exclamaciones los hombres de la tribu siguieron a Aab-Waak y al llegar vieron claramente dónde los de la Tierra del Sol habían escalado hasta la entrada, a unos seis o siete metros de altura.

—Esto está hecho —dijo Tyee, frotándose las manos—. Ya podemos alegrarnos porque los tenemos en una trampa. Estos hombres han caído en la trampa. Los jóvenes escalarán y taparán la entrada a la cueva con piedras, para que Bill-Man, sus hermanos y Mesahchie se conviertan en sombras y mueran de hambre, maldiciendo en el silencio y la oscuridad.

Al oírlo, los demás gritaron de alivio y contento, y Howgah, el último del Pueblo Hambriento, trepó por la pendiente y se agazapó sobre el borde de la entrada. Pero en el momento mismo en que se agachaba se oyó una explosión amortiguada y, mientras se agarraba desesperado a la resbaladiza orilla, una segunda. Débilmente y sin querer, se soltó y cayó a los pies de Tyee, se estremeció un instante como una gelatina gigantesca y se quedó inmóvil.

—¿Cómo iba yo a saber que eran grandes guerreros y no tenían miedo a nada? —preguntó Tyee, obligado a defenderse por las miradas siniestras y las quejas.

—Éramos muchos y felices —afirmó uno de los hombres con valentía. Otro toqueteó su lanza con gesto desafiante.

Pero Oloof les gritó que se detuvieran.

—¡Oíd, hermanos! ¡Hay otra entrada! La descubrí cuando de niño jugaba en la escarpadura. Está oculta entre las rocas y no hay motivo para ir hasta allí, por lo que es secreta y nadie la conoce. Es una entrada muy pequeña y hay que reptar boca abajo durante un buen rato antes de llegar a la cueva. Esta noche avanzaremos así, sin hacer ruido, boca abajo, y alcanzaremos a los de la Tierra del Sol por detrás. Mañana viviremos en paz y nunca más lucharemos con los de las Tierras del Sol, por muchos años que pasen.

—¡Nunca más! —gritaron a coro los hombres, agotados—. ¡Nunca más! —Y Tyee se unió a ellos.

Esa noche, con el recuerdo de sus muertos en los corazones y en las manos piedras, lanzas y cuchillos, la horda de mujeres y niños se reunió bajo la entrada conocida de la cueva. Ningún hombre podía soñar con descender los peligrosos seis o siete metros y sobrevivir. En la aldea solo se quedaron los heridos, y todos los que estaban en condiciones —treinta en total— siguieron a Oloof hasta la entrada secreta. Treinta metros de salientes rotos y rocas amontonadas de manera insegura la separaban del suelo y debido a las rocas, que podían desplazarse con el simple roce de una mano o un pie, tenían que ascender de uno en uno. Oloof fue el primero, avisó en voz baja al siguiente para que subiera y desapareció en el interior. Un hombre lo siguió, luego otro y otro más hasta que solo quedó Tyee. Recibió el aviso del último hombre, pero una duda repentina lo asaltó y se detuvo a pensar. Media hora más tarde subió a la entrada y miró al interior. Tanteó la estrechez del pasaje y la oscuridad que se abría ante él le pareció algo sólido. El miedo a terminar enterrado vivo lo estremeció y no fue capaz de entrar. Todos los que habían muerto —desde Neegah, el primero de los mandelles, hasta Howgah, el último de los del Pueblo Hambriento— acudieron a sentarse con él, pero prefirió el terror de su compañía a enfrentarse al horror que presentía oculto tras aquellas espesas tinieblas. Llevaba mucho tiempo sentado cuando algo suave y frío rozó levemente su mejilla y supo que caía la primera nieve del invierno. Llegó el tenue amanecer y luego la luz del día. Fue entonces cuando oyó sollozos guturales y apagados que iban y venían a intervalos por el pasaje y que cada vez se acercaban más y se hacían más claros. Se deslizó por encima del borde, apoyó los pies en el primer saliente y esperó.

El ser que sollozaba avanzaba muy despacio pero por fin, tras detenerse muchas veces, llegó hasta él y supo que ninguno de los de la Tierra del Sol emitía ese sonido. Así que introdujo una mano en el pasaje y, donde debería haber una cabeza, tocó los hombros de un hombre apoyado sobre los brazos

doblados. La cabeza la encontró después, pero no erguida, sino colgando hacia abajo de manera que la coronilla descansaba sobre el suelo del pasaje.

—¿Eres tú, Tyee? —dijo la cabeza—. Porque yo soy Aab-Waak, indefenso y roto como una lanza mal arrojada. Mi cabeza roza la tierra y no podré descender sin ayuda.

Tyee trepó hacia dentro y tiró de él para incorporarlo, con la espalda pegada a la pared, pero la cabeza colgaba sobre el pecho, sin dejar de sollozar y gemir.

—¡Ai-oo-o, ai-oo-o! —decía—. Oloof olvidó que Mesahchie también conocía el secreto. Se lo enseñó a los de la Tierra del Sol, de lo contrario no habrían estado esperando al final del estrecho pasaje. Por eso yo estoy roto e indefenso. ¡Ai-oo-o, ai-oo-o!

—¿Y murieron esos malditos hombres de la Tierra del Sol al final del pasaje estrecho? —quiso saber Tyee.

—¿Cómo iba yo a saber que esperaban allí? —balbuceó Aab-Waak—. Porque muchos de mis hermanos me precedieron y no se oyó ni un solo sonido de lucha. ¿Cómo iba a saber por qué no se oía luchar? Antes de poder saberlo, dos manos me agarraron del cuello para que no pudiese gritar y advertir a los hermanos que venían detrás. Dos manos más me cogieron por la cabeza y otras dos por los pies. Así me sujetaron los tres de la Tierra del Sol. Y mientras unas manos mantenían la cabeza en un sitio, las de los pies hicieron girar mi cuerpo como nosotros retorcemos el cuello de los patos de las marismas. Así me retorcieron el cuello.

»Pero no había llegado mi hora —continuó con un vestigio de orgullo en la voz—. Solo quedo yo. Oloof y los demás yacen boca arriba en hilera, con los rostros girados a un lado o al otro, algunos incluso están donde deberían estar los cogotes. No es una imagen agradable. Cuando recuperé la vida los vi así a todos, a la luz de una antorcha que dejaron los de la Tierra del Sol. Yo también formaba parte de la hilera.

—Sí. Sí —musitó Tyee, demasiado afectado para decir algo más.

De repente se sobresaltó y se estremeció porque la voz de Bill-Man le hablaba desde el pasaje.

—Qué bien —decía—. Vengo en busca del hombre que se arrastra con el cuello roto y me encuentro a Tyee. Arroja tu arma al vacío, Tyee, para que pueda oír cómo se rompe contra las rocas.

Tyee obedeció sin resistirse y Bill-Man salió a la luz. Tyee lo miró con curiosidad. Estaba demacrado, agotado y sucio, y los ojos parecían carbones ardiendo en las cuencas hundidas.

—Tengo hambre, Tyee —dijo—. Mucha hambre.

—Y yo soy la tierra que pisas —respondió Tyee—. Tu palabra es mi ley. Es más, ordené a mi pueblo que no se enfrentara a ti. Aconsejé que…

Pero Bill-Man se había dado la vuelta y hablaba hacia el interior del pasaje:

—¡Eh, Charley, Jim! ¡Traed a la mujer y venid!

—Ahora vamos a comer —dijo cuando sus compañeros y Mesahchie se unieron a él.

Tyee se frotó las manos con desprecio.

—Tenemos poco, pero es vuestro.

—Después iremos hacia el sur sobre la nieve —continuó Bill-Man.

—Que no sufráis penalidades y el camino os resulte fácil.

—Es un viaje largo. Necesitaremos perros y comida en cantidad.

—Elegid vosotros los perros y la comida que puedan llevar.

Bill-Man se deslizó hacia el borde y se preparó para descender.

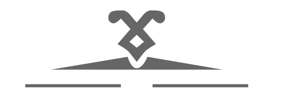
—Pero volveremos, Tyee. Volveremos y permaneceremos muchos días en esta tierra.

Así partieron Bill-Man, sus hermanos y Mesahchie hacia el sur sin caminos. Y al año siguiente, la Search Number Two fondeó en la bahía de Mandell. Los pocos mandelles que quedaban, y que habían sobrevivido porque sus heridas no les permitieron subir a la cueva, trabajaron a las órdenes de los de la Tierra del Sol, excavando la tierra. No han vuelto a cazar ni a pescar, pero reciben una paga diaria con la que compran harina, azúcar, percal y demás mercancía que la Search Number Two les lleva en su viaje anual desde la Tierra del Sol.

Esa mina se trabaja en secreto, como ha ocurrido con muchas otras minas de la región septentrional, y ningún otro hombre, excepto los de la compañía que forman Bill-Man, Jim y Charley, conoce la situación de Mandell, al borde del océano Ártico. Aab-Waak aún lleva la cabeza sobre el hombro, se ha convertido en oráculo y predica la paz entre los miembros de la generación más joven, por lo que la compañía le paga una pensión. Tyee es el capataz de la mina. Pero ha desarrollado una nueva teoría sobre los de la Tierra del Sol.

—Los que viven bajo el camino del sol no son débiles —dice, mientras fuma su pipa y observa al turno de día dejar paso al turno de noche—, porque el sol se les mete en la sangre y los quema con un fuego terrible hasta llenarlos de ansia y pasión. Siempre arden, por eso no saben cuándo se les vence. Además, dentro llevan una inquietud que es un demonio, y llegan a la tierra para sufrir, esforzarse y luchar sin descanso. Yo lo sé. Yo, Tyee.

[1901]



El maestro del misterio

EN LA ALDEA había motivo de queja. Las mujeres charlaban con voces agudas y estridentes. Los hombres parecían abatidos e indecisos, y hasta los perros vagaban recelosos, alarmados por la inquietud que reinaba en el campamento y dispuestos a echarse a los bosques tan pronto comenzasen los problemas. Se respiraba la sospecha. Nadie confiaba en su vecino y todos eran conscientes de despertar inseguridad en el prójimo. Incluso los niños se sentían oprimidos y se mostraban serios, mientras que el pequeño Di Ya, la causa de todo, había recibido una buena paliza, primero de Hooniah, su madre, y luego de su padre, Bawn, y ahora se encontraba lloriqueando y mirando al mundo con pesimismo desde el refugio que le ofrecía la gran canoa dada la vuelta sobre la playa.

Para empeorar las cosas, Scundoo, el chamán, había caído en desgracia y no podían recurrir a su magia para ir en busca del malhechor. Y es que, un mes atrás, había prometido que soplaría el viento del sur para que la tribu pudiese acudir al *potlatch* de Tonkin, donde Taku Jim iba a repartir los ahorros de veinte años; pero cuando llegó el día sopló un fuerte viento del norte y, de las tres canoas que se atrevieron a zarpar, a una se la tragaron las olas y las otras dos se estrellaron contra las rocas, y un niño murió ahogado. Les explicó que había cometido un error. Pero el pueblo se negó a escuchar, las ofrendas de carne, pescado y pieles dejaron de llegar a su puerta, y él permaneció dentro enfurruñado —o eso creían—, ayunando como penitencia. En realidad, comía en abundancia gracias a su despensa bien surtida y meditaba sobre la inconstancia de la gente corriente.

Las mantas de Hooniah habían desaparecido. Eras mantas muy buenas, de un espesor increíble y de mucho abrigo, y el hecho de haberlas logrado a un precio muy bajo hacía que su dueña se sintiera aún más orgullosa de poseerlas. Ty-Kwan, que vivía a dos tirado de la cuerda de la bolsa equivocada, que había aldeas de distancia, había sido un necio al deshacerse de ellas. Pero claro, ella no sabía que eran las mantas del inglés asesinado, debido a cuya desaparición un guardacostas de Estados Unidos había husmeado por la zona durante un tiempo mientras sus lanchas echaban humo

y resoplaban entre las ensenadas secretas. Al no saber que Ty-Kwan las había vendido con prisa para que su pueblo no tuviese que rendir cuentas ante el Gobierno, el orgullo de Hooniah permanecía inalterable. Y como las demás mujeres la envidiaban, ese orgullo se volvió infinito e ilimitado, hasta inundar la aldea y derramarse a lo largo de la costa de Alaska, desde Dutch Harbor hasta St. Mary's. Su tótem se celebraba merecidamente y su nombre se pronunciaba dondequiera que los hombres se reuniesen para cazar y festejar, porque era dueña de unas mantas de espesor sorprendente y de mucho abrigo. La forma en que desaparecieron fue un suceso de lo más misterioso.

—Yo me limité a extenderlas al sol en el lateral de la casa —explicó Hooniah por enésima vez a sus hermanas thlinget—. Las extendí y me di la vuelta porque Di Ya, gran ladrón de masa y comedor de harina cruda, había metido la cabeza en la gran cacerola de hierro, se había quedado atrapado y agitaba las piernas como ramas al viento. Solo me entretuve en sacarlo, golpearle la cabeza dos veces contra la puerta como escarmiento, ¡y las mantas ya no estaban!

—¡Las mantas ya no estaban! —repetían las mujeres en susurros, sobrecogidas.

—Qué gran pérdida —añadió una.

Y una segunda:

—Nunca ha habido mantas como esas.

Y una tercera:

—Sentimos mucho tu pérdida, Hooniah.

Pero en el fondo todas se alegraban de que aquellas mantas odiosas, caldo de cultivo de la discordia, hubiesen desaparecido.

—Yo solo las extendí al sol —empezó Hooniah de nuevo, por enésima vez más una.

—Sí, sí —intervino Bawn, aburrido de oírla—. Pero en la aldea no había gente de otros lugares. Así que está claro que uno de los nuestros se ha quedado con unas mantas que no le pertenecen.

—¿Cómo es posible, Bawn? —comentaron a coro las mujeres, indignadas—. ¿Quién podría hacer una cosa así?

—O será brujería —continuó Bawn, imperturbable, pero mirándolas con malicia.

¡Brujería! Al oír la temida palabra bajaron el tono y empezaron a mirarse con miedo entre ellas.

—Sí —afirmó Hooniah y la maldad latente en su naturaleza asomó, jubilosa, un instante—. Han mandado aviso a Klok-No-Ton con los mejores

remeros. Sin duda llegará con la marea de la tarde.

Los pequeños grupos se dispersaron y el miedo se apoderó de la aldea. De todas las desgracias la brujería era la más espantosa. Solo los chamanes podían hacer frente a las cosas intangibles e invisibles y, hasta el momento de la ordalía, ningún hombre, mujer o niño podía saber si algún demonio poseía su alma o no. Y de todos los chamanes Klok-No-Ton, que vivía en la aldea vecina, era el más terrible. Nadie encontraba más espíritus malignos que él, nadie infligía a sus víctimas peores torturas. Incluso en una ocasión había descubierto a un demonio que habitaba el cuerpo de un bebé de tres meses; un demonio obstinado que solo logró expulsar después de que el bebé hubiese yacido durante una semana sobre espinas y zarzas. Luego arrojaron el cuerpo al mar, pero las olas lo devolvían una y otra vez como una maldición sobre la aldea y no se marchó hasta que estacaron a dos hombres fuertes en marea baja y dejaron que se ahogaran.

Y Hooniah había llamado a Klok-No-Ton. Mejor hubiese sido que Scundoo, su propio chamán, no hubiera caído en desgracia, porque siempre era más amable y había expulsado dos demonios del cuerpo de un hombre que después tuvo siete hijos sanos. ¡Pero Klok-No-Ton! Temblaban de desasosiego con solo pensar en él y todos se sentían el centro de las miradas delatadoras y miraban acusadoramente a los demás, a todos y cada uno de ellos, excepto Sime, pero Sime era un burlón que iba a acabar mal por mucho éxito que lograse; de eso estaban todos seguros.

—¡Jo, jo! —se rio—. ¡Demonios y Klok-No-Ton! Él es el mayor demonio que puede encontrarse en la tierra de los thlinket.

—¡Necio! Vendrá con sus hechizos y su magia, así que ten cuidado con lo que dices, no vaya a ser que el mal caiga sobre ti y tus días en la tierra se acorten.

Eso dijo La-Lah, también conocido como *el Tramposo*, y Sime se rio con desprecio.

—Yo soy Sime, no acostumbrado a temer, sin miedo a la oscuridad. Soy un hombre fuerte, como antes lo fue mi padre, y tengo las ideas claras. Ni tú ni yo hemos visto con nuestros propios ojos las cosas malas invisibles…

—Pero Scundoo sí —respondió La-Lah—. Y también Klok-No-Ton. Eso lo sabemos.

—¿Cómo lo sabes, hijo de necio? —atronó Sime, con su cuello ancho de toro oscurecido por la cólera.

—Por lo que ellos han dicho, por eso.

Sime bufó.

—Un chamán no es más que un hombre. ¿Acaso sus palabras no pueden ser deshonestas, como las tuyas o las mías? ¡Bah, bah y bah! ¡Esto para tus chamanes y los demonios de tus chamanes! ¡Y esto! ¡Y esto!

Mientras chasqueaba los dedos a derecha e izquierda, Sime cruzó entre los curiosos, que le dejaron pasar asustados y sin oponer resistencia.

—Buen pescador y cazador valiente, pero mal hombre —dijo uno.

—Aunque le va muy bien —comentó otro.

—Pues sé malo para que te vaya bien —replicó Sime por encima del hombro—. Si todos fuésemos malos no necesitaríamos chamanes. ¡Bah! ¡Sois como niños que temen la oscuridad!

Cuando Klok-No-Ton llegó con la marea de la tarde, la risa desafiante de Sime no disminuyó; tampoco se abstuvo de hacer un chiste cuando el chamán tropezó en la arena al desembarcar. Klok-No-Ton le dedicó una mirada agria y, sin saludar, caminó muy erguido entre la gente en dirección a la casa de Scundoo.

De lo ocurrido en su encuentro con Scundoo ningún miembro de la tribu se enteró, porque se apiñaron con respeto en la distancia y hablaron en susurros mientras los maestros del misterio permanecieron reunidos.

—¡Saludos, Scundoo! —rugió Klok-No-Ton, sensiblemente titubeante porque dudaba de cómo iba a ser recibido.

Era un gigante, mucho más alto que el pequeño Scundoo, cuya voz apagada ascendió como el chirrido áspero y lejano de un grillo.

—Saludos, Klok-No-Ton —respondió—. El día mejora con tu llegada.

—Pero parece… —Klok-No-Ton dudó.

—Sí, sí —intervino impaciente el pequeño chamán—, que son malos tiempos para mí, o no te agradecería que hagas mi trabajo.

—Me aflige, amigo Scundoo…

—No, yo me alegro, Klok-No-Ton.

—-Pero te daré la mitad de lo que me den a mí.

—No es necesario, buen Klok-No-Ton —murmuró Scundoo, gesticulando con la mano para quitarle importancia al asunto—. Soy tu esclavo y siempre desearé ser tu amigo.

—Como yo…

—Como tú deseas ser mi amigo.

—Siendo así, ¿es un asunto grave, el de las mantas de Hooniah?

El chamán grande cometió el error de titubear al preguntar por el caso y Scundoo le dedicó una sonrisa lánguida y desmayada, porque estaba

acostumbrado a adivinar los pensamientos de los demás y todos los hombres le parecían muy pequeños.

—Tú sabes tratar con hechizos graves —respondió—. Sin duda muy pronto descubrirás al malhechor.

—Sí, lo descubriré en cuanto lo vea. —Klok-No-Ton volvió a dudar—. ¿Ha venido gente de otros lugares? —preguntó.

Scundoo negó con la cabeza.

—¡Mira! ¿No te parece un *mucluc* excelente?

Levantó un pie cubierto de piel de foca y cuero de morsa y su visitante lo examinó con gran interés.

—Llegó a mí por un asunto llevado en secreto.

Klok-No-Ton asintió, muy atento.

—Me lo dio La-Lah. Es un hombre extraordinario y a menudo he pensado…

—¿Qué? —preguntó Klok-No-Ton, impaciente.

—A menudo he pensado —concluyó Scundoo, bajando el tono hasta hacer una pausa—. Hoy es un buen día y tu magia tendrá fuerza, Klok-No-Ton.

El rostro de Klok-No-Ton se iluminó.

—Eres un gran hombre, Scundoo, chamán de chamanes. Ahora me voy. Siempre te recordaré. Y La-Lah, como tú dices, es un hombre extraordinario.

Scundoo le dedicó una sonrisa aún más lánguida y desmayada que la anterior, cerró la puerta nada más salir su visita y la atrancó con todo cuanto encontró a mano.

Cuando Klok-No-Ton bajó a la playa, Sime se encontraba reparando su canoa. Al verlo, dejó el trabajo el tiempo suficiente para cargar su rifle con ostentación y colocarlo cerca de él.

El chamán se dio cuenta del gesto y gritó:

—¡Que todo el pueblo se reúna en este lugar! ¡Es la palabra de Klok-No-Ton, buscador de malhechores y quien expulsa a los demonios!

Había pensado reunirlos en casa de Hooniah. Sin embargo, era necesario que todos estuviesen presentes, pero dudaba de la obediencia de Sime y no quería problemas. Le parecía que a Sime era mejor dejarlo en paz porque podía resultar perjudicial para la salud de cualquier chamán.

—Que traigan a Hooniah —ordenó Klok-No-Ton, lanzando una mirada de furia a los reunidos y logrando que todos sintieran escalofríos.

Hooniah se adelantó con paso torpe, la cabeza gacha y la mirada desviada.

—¿Dónde están tus mantas?

—¡Me limité a extenderlas al sol y desaparecieron! —se quejó ella.

—¿Y?

—Fue por culpa de Di Ya.

—¿Y?

—Ha recibido una paliza y recibirá más, por habernos causado problemas, siendo pobres como somos.

—¡Las mantas! —vociferó Klok-No-Ton con la voz ronca, previendo que la mujer deseaba rebajar el precio que debía pagarle—. ¡Las mantas, mujer! Tu riqueza es bien conocida.

—Yo solo las extendí al sol —gimoteó ella—, y somos pobres y no tenemos nada.

El chamán se puso rígido de repente, el rostro horriblemente distorsionado, y Hooniah retrocedió. Pero él saltó hacia delante con tal rapidez, con los globos oculares hacia dentro y la mandíbula floja, que ella tropezó y cayó, servil, a sus pies. Él movió las manos, flagelando el aire sin control, mientras su cuerpo se retorcía y se encogía como si lo torturasen. Parecía sufrir un ataque de epilepsia. Una espuma blanca le salpicó los labios y su cuerpo se convulsionó entre temblores y escalofríos.

Las mujeres entonaron un cántico lastimero, balanceándose hacia delante y hacia atrás, desvalidas, y los hombres fueron sucumbiendo uno a uno a la emoción hasta que solo quedó Sime. Éste, subido a su canoa, observaba con gesto de burla; sin embargo, la sangre de sus antepasados acabó por vencer y pronunció los juramentos más fuertes para demostrar su valor. Era horrible contemplar a Klok-No-Ton. Se había quitado la manta y arrancado la ropa, de manera que estaba desnudo a excepción de un cinto de garras de águila en los muslos. Entre gritos y alaridos, con el cabello largo y negro al vuelo como un fragmento de noche, saltaba frenéticamente de un lado al otro del círculo. Cierto ritmo rudimentario caracterizaba su frenesí y, cuando todos estuvieron bajo su yugo, balanceando sus cuerpos de acuerdo con el suyo y gritando al unísono, se sentó muy derecho, con un brazo estirado y un dedo largo, como una garra, extendido. El gesto iba acompañado por un lamento triste y la gente se encogía con las rodillas temblorosas a medida que el dedo sobrecogedor iba pasando lentamente y los dejaba atrás. Porque con él iba la muerte y la vida permanecía en aquellos que lo veían alejarse. Tras verse libres, observaban con mayor interés.

Por fin, y con un grito escalofriante, el dedo acusador se detuvo en La-Lah. El hombre se estremeció como un álamo temblón, porque ya se veía muerto, sus bienes repartidos y su viuda casada con su hermano. Quiso

hablar, negar, pero la lengua se le pegaba a la boca, la garganta parecía llena de arena y sentía una sed intolerable. Ahora que había hecho su trabajo, daba la impresión de que Klok-No-Ton estaba medio desmayado, pero aguardó con los ojos cerrados, a la espera de oír el grito en demanda de sangre, el gran grito vengador que su oído conocía de otros mil conjuros, cuando los de la tribu se arrojan como lobos sobre la víctima temblorosa. Pero solo había silencio. Luego se oyó una risita nerviosa que no procedía de ningún sitio concreto y que se fue extendiendo hasta acabar en una carcajada general que ascendió hasta el cielo

—¿Por qué? —gritó.

—¡No! ¡No! —La gente se reía—. Tu magia está mal, Klok-No-Ton.

—Todos saben —balbuceó La-Lah— que he pasado ocho meses agotadores entre los cazadores de focas siwashs, muy lejos de aquí, y que he vuelto hoy mismo, cuando las mantas de Hooniah ya habían desaparecido.

—¡Es verdad! —gritaron todos a coro—. ¡Las mantas de Hooniah ya habían desaparecido cuando él llegó!

—Y no recibirás nada a cambio de tu magia, que no sirve —anunció Hooniah, otra vez de pie y resentida por haber hecho el ridículo.

Pero Klok-No-Ton solo veía el rostro de Scundoo y su sonrisa lánguida y desmayada, y únicamente oía el chirrido áspero y lejano del grillo decir: «Me lo dio La-Lah y a menudo he pensado…» y «hoy es un buen día y tu magia tendrá fuerza».

Pasó raudo junto a Hooniah y el círculo se abrió para dejarle camino. Sime lo abucheó desde lo alto de la canoa, las mujeres se reían en su cara y al pasar todos se burlaban de él, pero no hizo caso y continuó hacia casa de Scundoo. Aporreó la puerta, le dio patadas, la golpeó con los puños y lanzó violentas imprecaciones. Pero no obtuvo respuesta, aunque en los períodos de calma la voz de Scundoo se oía sobrecogedora, pronunciando conjuros. Klok-No-Ton, hecho una furia, se movía de un lado a otro como un loco, pero cuando intentó derribar la puerta con una piedra enorme, los hombres y las mujeres empezaron a murmurar. Y él, Klok-No-Ton, supo que le habían arrebatado su fuerza y autoridad ante una tribu que no era la suya. Vio que uno de los hombres se agachaba para coger una piedra, seguido de otro más, y el miedo se apoderó de él.

—¡No le hagas daño a Scundoo, que es un maestro! —gritó una mujer.

—Es mejor que regreses a tu aldea —aconsejó un hombre en tono amenazador.

Klok-No-Ton se dio la vuelta y bajó a la playa, entre ellos, con el corazón dominado por una ira amarga y la cabeza, por la aprensión que le producía su indefensión al darles la espalda. Sin embargo, no le tiraron piedras. Los niños lo rodeaban burlándose y por todas partes se oían risas y bromas, pero nada más. Aunque no respiró tranquilo hasta que la canoa se alejó bastante de la playa; entonces se puso en pie y lanzó una maldición inútil sobre la aldea y sus habitantes, sin olvidar referirse a Scundoo, que se había burlado de él.

En la orilla todos llamaban a Scundoo y acudieron en tropel a su puerta, suplicando e implorando en confusa algarabía hasta que salió y levantó la mano.

—Porque sois mis hijos os perdono libremente —dijo—. Pero nunca más. Es la última vez que vuestra necedad queda sin castigo. Os concederé lo que deseáis porque sabré la respuesta. Esta noche, cuando la luna se haya ocultado tras el mundo para mirar a los poderosos muertos, todos nos reuniremos en la oscuridad frente a la casa de Hooniah. Entonces el malhechor dará un paso al frente y recibirá lo que merece. He dicho.

—¡Será la muerte! —vociferó Bawn—. Porque ha hecho que la preocupación nos domine y caiga la deshonra sobre todos.

—Sea —respondió Scundoo y cerró la puerta.

—Ahora todo se aclarará y volveremos a estar satisfechos —declamó La-Lah como un oráculo.

—Gracias a Scundoo, el hombre pequeño —se burló Sime.

—Gracias a la magia de Scundoo, el hombre pequeño —le corrigió La-Lah.

—¡Estos thlinket son hijos de la necedad! —Sime se dio una sonora palmada en el muslo—. No hay quien entienda que las mujeres adultas y los hombres fuertes se rebajen de esa forma ante los sueños y las historias fantásticas.

—Yo he viajado —respondió La-Lah—. He viajado sobre los mares profundos y visto señales y maravillas y sé que esas cosas son así. Yo soy La-Lah…

—*El Tramposo*.

—Así llamado, pero también conocido, más adecuadamente, como el Que Viaja Lejos.

—Yo no he viajado tanto… —empezó Sime.

—Entonces cierra la boca —interrumpió Bawn y se separaron enfadados.

Cuando la última luz plateada de la luna desapareció más allá del mundo, Scundoo se unió a la gente agrupada frente a la casa de Hooniah. Caminaba

con paso rápido y alerta y, quienes lo vieron a la luz de la lámpara de grasa de Hooniah, observaron que no llevaba nada en las manos —ni matracas, ni máscaras ni otra parafernalia propia del chamán—, excepto un cuervo grande y adormilado bajo el brazo.

—¿Tenéis leña para encender una hoguera de forma que todos podáis ver el resultado de mi trabajo? —preguntó.

—Sí —respondió Bawn—. Hay leña de sobra.

—Entonces oíd, porque hablaré poco. He traído conmigo a Jelchs, el Cuervo, adivinador de misterios y vidente. A él, que es totalmente negro, lo situaré bajo la cacerola grande y negra de Hooniah, en el rincón más oscuro de la casa. La lámpara de grasa dejará de iluminar y las tinieblas lo dominarán todo. Es muy sencillo. Entraréis en la casa de uno en uno, posaréis la mano sobre la cacerola durante el tiempo que os lleve inspirar profundamente y luego la retiraréis. Jelchs gritará cuando la mano del malhechor esté cerca de él. Aunque podría manifestar su sabiduría de alguna otra forma. ¿Estáis preparados?

—Sí —respondieron a coro.

—Entonces os iré llamando por vuestros nombres, de uno en uno, hasta llegar al final.

La-Lah fue el primer elegido y entró enseguida. Todos escuchaban con atención y en medio del silencio oyeron el crujir de sus pasos sobre el suelo desvencijado. Pero nada más. Jelchs no gritó, ni dio señal alguna. Bawn fue el siguiente, porque bien podía ser que un hombre robase sus propias mantas con la intención de deshonrar a sus propios vecinos. Luego fue Hooniah y otras mujeres y niños, pero sin resultado.

—¡Sime! —llamó Scundoo.

—¡Sime! —repitió.

Pero Sime permaneció inmóvil.

—¿Te da miedo la oscuridad? —preguntó furioso La-Lah, ahora que su integridad había quedado demostrada.

Sime se rio.

—Me rio de todo porque es una estupidez. Sin embargo, entraré, pero no porque crea en estas cosas, sino para demostrar que no tengo miedo.

Entró con descaro y salió burlándose.

—Un día morirás de repente —susurró La-Lah, muy indignado.

—No lo dudo —respondió a la ligera el bromista—. Pocos de nosotros morimos en la cama, por culpa de los chamanes y del mar profundo.

Cuando la mitad de los habitantes de la aldea había superado la ordalía, el nerviosismo reprimido era ya muy elevado. Cuando ya habían pasado dos tercios, una mujer joven a punto de parir su primer hijo se derrumbó y rompió a reír a carcajadas, empujada por el terror que sentía.

Por fin le tocó entrar al último, sin que nada hubiese ocurrido. El último era Di Ya. Sin duda, él era el malhechor. Hooniah lanzó su lamento a las estrellas mientras los demás se apartaban del desdichado niño. Casi no oía debido al miedo, le temblaban las piernas, tropezó en el umbral y estuvo a punto de caer. Scundoo lo empujó adentro y cerró la puerta. Pasó un buen rato, durante el que solo se oyó el llanto del niño. Después, muy despacio, sonaron sus pasos en dirección al rincón más apartado, se produjo una pausa y se oyeron los pasos de vuelta. Se abrió la puerta y salió. Nada había ocurrido y él era el último.

—Encended la hoguera —ordenó Scundoo.

Las llamas radiantes se alzaron y dejaron a la vista unos rostros en los que aún se percibía el miedo, pero también la duda.

—Esto ha sido un fracaso —susurró Hooniah con la voz ronca.

—Sí —respondió Bawn, contento—. Scundoo se ha hecho mayor y necesitamos un nuevo chamán.

—¿Dónde está ahora la sabiduría de Jelchs? —se rio Sime al oído de La-Lah.

La-Lah frunció el ceño, desconcertado, y no respondió.

Sime sacó pecho con arrogancia y se pavoneó ante el pequeño chamán.

—¡Jo, jo! Tal y como dije, no ha servido de nada.

—Eso parece, eso parece —contestó Scundoo, muy dócil—. Lo que podría resultar extraño para quienes no saben de misterios.

—¿Como tú? —se atrevió a preguntar Sime.

—Puede ser —Scundoo hablaba con voz suave, mientras los párpados se le iban cerrando poco a poco, hasta ocultar los ojos casi por completo—. Por eso debo hacer otra prueba. Que cada hombre, mujer y niño, ahora mismo y a la vez, levante las manos por encima de la cabeza.

Tan inesperada fue la orden y tan categórica que la obedecieron sin cuestionarla. Todas las manos quedaron alzadas.

—Mirad primero las manos de los demás y luego las vuestras —ordenó Scundoo—, para que…

Pero una carcajada, que más bien era de cólera, ahogó sus palabras. Todas las miradas se centraron en Sime. Todas las manos, excepto la suya, estaban negras de hollín: la suya no había sido mancillada por la cacerola de Hooniah.

Una piedra cruzó el aire y le dio en la mejilla.

—¡Es mentira! —gritó—. ¡Mentira! ¡Yo no sé nada de las mantas de Hooniah!

Una segunda piedra le abrió una brecha en la frente, la tercera pasó silbando junto a su cabeza, se oyó el grito de venganza que exigía sangre y todos se agacharon en busca de misiles. Él se tambaleó y estuvo a punto de desplomarse.

—¡Fue una broma! ¡Solo fue una broma! —chilló—. ¡Las cogí para gastaros una broma!

—¿Dónde las has escondido? —la voz aguda y chirriante de Scundoo atravesó el tumulto como un cuchillo.

—Entre el fardo de pieles grandes que tengo en casa, el que cuelga junto a la cumbrera —fue la respuesta—. Pero solo era una broma, yo solo…

Scundoo asintió con la cabeza y el aire se llenó de piedras. La mujer de Sime lloraba en silencio con la cabeza inclinada sobre las rodillas, pero su hijito, entre carcajadas, lanzaba piedras como los demás.

Hooniah regresó con las valiosas mantas. Scundoo la detuvo.

—Somos pobres y tenemos pocas cosas —lloriqueó la mujer—. No seas duro con nosotros, Scundoo.

Los demás dejaron de lanzar piedras al montón tembloroso que se había acumulado y observaron lo que ocurría.

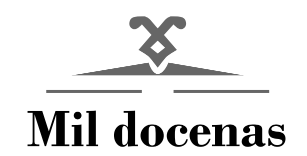
—No, nunca he sido así, buena Hooniah —respondió Scundoo, echando mano a las mantas—. Para que veas que no soy duro, solo me quedaré con las mantas.

—Hijos míos, ¿no os parece prudente? —preguntó luego a los demás.

—Eres prudente y sabio, Scundoo —contestaron al unísono.

Scundoo se internó en la oscuridad, cubierto con las mantas y con Jelchs dormitando bajo el brazo.

[1901]



Mil docenas

DAVID RASMUNSEN era una persona dinámica y, al igual que muchos hombres singulares, era hombre de una sola idea. Por eso, cuando la llamada inequívoca del Norte llegó a sus oídos, imaginó la aventura de comerciar con huevos y dedicó toda su energía a sacarla adelante. En poco tiempo hizo cálculos y la empresa le pareció espléndida, iridiscente. Trabajó basándose en la premisa prudente de que los huevos se venderían a cinco dólares la docena en Dawson. Por lo que resultaba indiscutible que mil docenas le proporcionarían cinco mil dólares en la metrópoli del oro.

Por otro lado, debía tener en cuenta los gastos, cosa que hizo con atención porque era sensato, muy práctico, de cabeza dura y un corazón que la imaginación nunca lograba enardecer. A quince céntimos la docena, el coste inicial de las mil docenas sumaría ciento cincuenta dólares, una simple bagatela a la vista del enorme beneficio. Y suponiendo —solo suponiendo, para ser terriblemente extravagante por una vez— que su transporte y el de los huevos ascendiera a ochocientos cincuenta más, aún le quedarían cuatro mil dólares de beneficio neto cuando hubiese vendido el último huevo y guardado el oro en su saco.

—Ya lo ves, Alma —le dijo a su mujer, en el acogedor comedor sumergido en un mar de mapas, estudios topográficos, guías e itinerarios por Alaska—. Mira, los gastos no son gran cosa hasta llegar a Dyea: bastarán cincuenta dólares, incluido el pasaje en primera. Desde Dyea al lago Lindeman los porteadores indios llevan la carga por veinticuatro céntimos el kilo, veinticuatro dólares cien kilos o doscientos cuarenta, mil kilos. Digamos que yo llevo setecientos cincuenta kilos: me costará ciento ochenta dólares. Pongamos doscientos para estar seguros. Uno que acaba de volver del Klondike me ha dicho, y puedo fiarme de él, que podré comprar un barco por trescientos. Pero ese mismo hombre afirma que sin duda conseguiré un par de pasajeros y que cada uno pagará ciento cincuenta dólares, así que el barco me saldrá gratis y, además, me ayudarán a tripularlo y… Eso es todo. En Dawson bajaré los huevos a tierra. Veamos, ¿a cuánto asciende el total?

—Cincuenta dólares de San Francisco a Dyea, doscientos de Dyea a Lindeman, los pasajeros cubren el gasto del barco, así que todo suma doscientos cincuenta dólares —resumió ella enseguida.

—Y cien para mi ropa y equipo personal —continuó él, encantado—, lo que me deja un margen de quinientos dólares para emergencias. ¿Y qué emergencias podrían surgir?

Alma se encogió de hombros y elevó las cejas. Si la enorme región septentrional era capaz de tragarse a un hombre y mil docenas de huevos, sin duda quedaría espacio de sobra para cualquier otra cosa que él pudiera poseer. Eso pensó Alma, pero no dijo nada. Conocía demasiado bien a David Rasmunsen para llevarle la contraria.

—Aun doblando el tiempo por los posibles retrasos, haría el viaje en dos meses. ¡Piénsalo, Alma! ¡Cuatro mil dólares en dos meses! Mucho más que los miserables cien dólares que gano ahora. Podríamos construir en las afueras para tener más espacio, con gas en todas las habitaciones y con vistas, y el alquiler de la cabaña cubrirá los impuestos, el seguro, el agua y aún nos sobrará algo. Por si fuera poco, existe la posibilidad de que encuentre oro y regrese millonario. Dime, Alma, ¿no crees que estoy siendo muy moderado?

¡Cómo iba Alma a pensar lo contrario! Además, ¿acaso su propio primo —aunque primo lejano, la oveja negra, el alocado, el bueno para nada de la familia— no había vuelto del misterioso Norte con cien mil dólares en polvo de oro? Eso sin hablar de que era dueño de la mitad del agujero del que había salido el oro.

El tendero de David Rasmunsen se quedó muy sorprendido cuando lo vio pesar huevos en la balanza situada al extremo del mostrador, aunque Rasmunsen se quedó más sorprendido aún al descubrir que una docena de huevos pesaba setecientos cincuenta gramos, ¡así que sus mil docenas pesarían setecientos cincuenta kilos! El total del peso que había calculado, contando con la ropa, mantas y utensilios de cocina, sin hablar de la comida que debía consumir por el camino. Desestimó sus cálculos y se disponía a rehacerlos cuando se le ocurrió la idea de pesar huevos más pequeños. «Porque ya sean grandes o pequeños, una docena de huevos es una docena de huevos», pensó sabiamente. Descubrió que una docena de huevos pequeños pesaba seiscientos veinticinco gramos. Por eso la ciudad de San Francisco se vio infestada de emisarios ansiosos, y los comisionistas y asociaciones de granjeros se sobresaltaron por la repentina demanda de huevos que no pesaran más de seiscientos gramos por docena.

Rasmunsen hipotecó su pequeña cabaña por mil dólares, organizó una estancia prolongada de su mujer con su familia, abandonó su empleo y puso rumbo al Norte. Para mantenerse dentro del presupuesto se conformó con un pasaje de segunda que, debido a la avalancha de viajeros, era peor que ir en tercera. A finales de verano, pálido y tambaleante, desembarcó con sus huevos en la playa de Dyea. Pero no tardó en recuperar fuerzas y apetito. Su primer encuentro con los porteadores de Chilkoot le hizo cambiar de actitud y lo volvió aún más tenaz. Le pidieron ochenta centavos por kilo por un porteo de cuarenta y cinco kilómetros, y mientras recuperaba el aliento y tragaba, el precio subió a ochenta y seis. Quince indios musculosos se echaron sus bultos a la espalda por noventa centavos, pero los volvieron a dejar al recibir una oferta por noventa y cuatro de un Creso de Skagway —con la camisa rota y un peto andrajoso— que había perdido sus caballos en el paso White y ahora intentaba desesperadamente cruzar por Chilkoot.

Pero Rasmunsen era puro coraje y encontró porteadores a un dólar que dos días después dejaron sus mil docenas intactas en Lindeman. Sin embargo, un dólar por kilo era igual que mil dólares la tonelada y sus setecientos cincuenta kilos habían agotado su fondo para emergencias y lo dejaron atrapado en una situación como la de Tántalo, en la que todos los días veía botes recién construidos zarpar hacia Dawson. Además, en el campamento en el que se construían los botes reinaba la ansiedad. Los hombres trabajaban frenéticamente, desde muy temprano y hasta muy tarde, al límite de sus fuerzas, calafateando, clavando y embreando con una prisa que tenía su explicación. Cada día la cota de nieve se deslizaba hacia abajo con sigilo desde las cumbres desoladas y rocosas, y llegaba vendaval tras vendaval, con aguanieve, granizo y nieve, y en los remolinos y remansos se formaba hielo nuevo que se espesaba según transcurrían las horas. Cada mañana, los hombres agotados volvían sus rostros macilentos hacia el lago para ver si ya había empezado a congelarse. Porque ese hielo anunciaba la muerte de sus esperanzas: poder flotar río abajo antes de que la navegación quedase cerrada en la cadena de lagos.

Para mayor angustia de Rasmunsen, descubrió que tenía tres competidores en el negocio de los huevos. Cierto era que uno de ellos, un alemán bajito, se había arruinado y se ocupaba él mismo de transportar su carga yendo y viniendo; pero los otros dos tenían los botes casi acabados y a diario suplicaban al dios de los mercaderes y comerciantes que sujetase al invierno con mano de hierro una jomada más. Sin embargo, la mano de hierro se cerró sobre la tierra. Los hombres se helaban en la ventisca que azotaba Chilkoot y,

cuando quiso darse cuenta, Rasmunsen tenía los dedos de los pies congelados. Le surgió la oportunidad de subir con su carga, como pasajero, a bordo de un bote que zarpaba de inmediato, pero necesitaba doscientos dólares en efectivo y no tenía dinero.

—Te agradecería que esperaras un poco más —dijo el carpintero de ribera sueco que había descubierto su mina de oro allí mismo y era lo bastante listo como para darse cuenta—. Dame un poco más de tiempo y te haré un esquife estupendo.

A Rasmunsen eso le pareció una promesa de que podría seguir adelante, así que regresó hasta el lago Cráter, donde se encontró con dos corresponsales de prensa cuyo equipaje estaba esparcido desde Stone House, más allá del paso, hasta Happy House.

—Sí —les dijo, dándose importancia—, tengo mil docenas de huevos en Lindeman y están acabando de calafatear la última juntura de mi bote. He tenido mucha suerte al conseguirlo. Los botes están muy cotizados y es casi imposible hacerse con uno.

Inmediatamente, y casi con violencia física, los corresponsales clamaron que les permitiera ir con él, mientras agitaban los billetes ante sus ojos y pasaban las monedas doradas de mano en mano. Él no quiso ni oír hablar del asunto, pero insistieron y acabaron por convencerlo. Al final, de mala gana aceptó llevarlos por trescientos dólares cada uno. Por si fuera poco, se empeñaron en pagarle por adelantado. Y mientras escribían a sus respectivos periódicos sobre el buen samaritano de las mil docenas de huevos, el buen samaritano corría de vuelta a Lindeman para ver al sueco.

—¡Oye! ¡Dame ese bote! —dijo a modo de saludo mientras hacía tintinear las monedas de oro de los corresponsales y miraba con avidez la embarcación ya terminada.

El sueco lo observó, imperturbable, y negó con la cabeza.

—¿Cuánto te paga el otro? ¿Trescientos? Pues yo te doy cuatrocientos. Toma.

Intentó obligarle a coger el dinero, pero el otro retrocedió.

—No. Le dije que tendría el bote. Tú espera un poco y…

—Te doy seiscientos. Última oportunidad. Lo tomas o lo dejas. Dile al otro que te entendió mal.

El sueco titubeó.

—Sí —dijo por fin, y la última vez que Rasmunsen lo vio intentaba en vano explicarle al otro hombre el error cometido.

El alemán resbaló y se rompió el tobillo en el escarpado risco que se asoma sobre Deep Lake, vendió sus existencias a un dólar la docena y con las ganancias contrató a unos porteadores indios para que lo llevasen a Dyea. Pero la misma mañana en la que Rasmunsen zarpó con sus corresponsales, sus dos rivales lo siguieron.

—¿Cuántos llevas? —preguntó a gritos uno de ellos, un nativo de Nueva Inglaterra delgado y pequeño.

—Mil docenas —contestó orgulloso Rasmunsen.

—¡Ja! Te apuesto lo que quieras a que llego yo antes con mis ochocientas docenas.

Los corresponsales se ofrecieron a prestarle el dinero, pero Rasmunsen rehusó y el yanqui cerró el trato con el otro rival, un hijo del mar musculoso y marino de navíos y hombres que prometió enseñarles a todos un truquillo o dos cuando llegase el momento de correr. Y vaya si corrió, con una vela cuadrada de lona impermeable que a cada salto hacía que la proa se hundiese casi por completo. Fue el primero en alejarse de Lindeman, pero no quiso recurrir al porteo y lanzó el bote y la carga entre las rocas de los rápidos. Rasmunsen y el yanqui, quien también llevaba dos pasajeros, transportaron la carga a sus espaldas y después, con las embarcaciones ya vacías, bordearon los rápidos hasta Bennett.

Bennett era un lago estrecho y profundo que medía veinticinco millas náuticas de largo: un embudo entre montañas en el que las tormentas siempre se entretenían. Rasmunsen acampó en la playa de arena de su cabecera, donde había muchos hombres y embarcaciones que se dirigían al norte a pesar del invierno ártico. Al despertarse por la mañana aullaba y silbaba un vendaval del sur que atrapaba el frío de los picos nevados y los valles glaciares y soplaba tan helado como el viento del norte. Pero estaba despejado y vio que el yanqui pasaba junto al primer promontorio con todo el trapo desplegado. Bote tras bote se ponían en marcha y los corresponsales se lanzaron manos a la obra con entusiasmo.

—Lo pillaremos antes de Caribou Crossing —le aseguraron a Rasmunsen mientras desplegaban la vela y el *Alma* recibía el primer roción helado en la proa.

Rasmunsen siempre había tendido a portarse con cobardía en el agua, pero ahora agarraba el enfurecido timón de espadilla con gesto decidido y la mandíbula apretada. Sus mil docenas estaban en el bote, a la vista, a salvo bajo el equipaje de los corresponsales y le parecía que al mirarlas veía también su pequeña cabaña y la hipoteca de mil dólares.

Hacía un frío terrible. De vez en cuando subía la pala del timón a bordo y metía una nueva en el agua, mientras sus compañeros troceaban el hielo que la cubría para dejarla limpia. Cuando saltaba algún roción enseguida se convertía en escarcha y el botalón de la cebadera, al hundirse, pronto quedó cubierto de carámbanos. El *Alma* cruzaba a todo trapo y con mucho esfuerzo las enormes olas hasta el punto de que las junturas empezaron a abrirse, pero en lugar de achicar lo que los corresponsales hacían era picar el hielo a hachazos y arrojarlo por la borda. No había tregua. La desesperada carrera contra el invierno había comenzado y los botes avanzaban rasgando el hielo en una hilera apremiante.

—Si queremos salvarnos no podemos detenernos —dijo uno de los corresponsales. Los dientes le castañeteaban de frío, no de miedo.

—¡Eso es! ¡Mantenlo en el centro del cauce, amigo! —animó el otro.

Rasmunsen respondió con una sonrisa idiota. Las rígidas orillas estaban recubiertas de una capa de hielo que parecía espuma e incluso en el centro la única salvación era continuar huyendo de las olas gigantescas. Arriar la vela significaría permitir que los alcanzaran e inundaran. De vez en cuando pasaban junto a otros botes destrozados entre las rocas e incluso vieron uno al borde de los cachones y a punto de estrellarse. Una embarcación pequeña que iba tras ellos con dos hombres a bordo volcó y se quedó dada la vuelta.

—¡Cuidado, amigo! —gritó el hombre al que le castañeteaban los dientes.

Rasmunsen sonrió y agarró con más fuerza el timón. Muchas veces la fuerza del agua golpeaba contra la gran popa cuadrada del *Alma* y lo desviaba hasta que el grátil de la cebadera flameaba y resonaba, y solo empleando todas sus fuerzas conseguía enderezar el rumbo. Para entonces su sonrisa ya era inmutable y los corresponsales se sentían inquietos al mirarlo.

Pasaron veloces junto a una roca aislada que emergía a cien metros de la orilla. En su cima inundada por las olas un hombre gritaba de tal forma que logró, durante un instante, atravesar la tormenta con su voz. Pero al minuto siguiente el *Alma* había pasado de largo y la roca se convertía en un punto negro en medio de la espuma.

—¡Ahí se queda el yanqui! ¿Dónde está el marino? —gritó uno de los pasajeros.

Rasmunsen echó una ojeada por encima del hombro a una vela negra y cuadrada. La había visto surgir a barlovento entre el gris del día y, desde hacía una hora, la veía crecer al acercarse. Sin duda, el marino había reparado los daños sufridos en los rápidos y quería recuperar el tiempo perdido.

—¡Ahí viene!

Los dos pasajeros dejaron de picar el hielo para mirar. Habían recorrido ya veinte millas del lago Bennett y en ese espacio enorme las olas parecían montañas que ascendían hacia el cielo. Hundiéndose y alzándose otra vez entre ellas como un dios de la tormenta, el marino los adelantó. La enorme vela parecía agarrar con fuerza la embarcación para arrancarla de las crestas de las olas, sacarla en volandas del agua y arrojarla luego, ahogándola y estrellándola, a los profundos senos.

—¡Las olas nunca podrán con él!

—¡Pero será él quien sumerja la proa por completo!

En ese momento la negra lona impermeable quedó oculta tras una ola gigantesca. La siguiente rompió sobre aquel punto, y también la siguiente, pero la embarcación no reapareció. El *Alma* pasó veloz junto a la zona. Vieron un rifirrafe de remos y cajas. Un brazo se alzó y una cabeza peluda salió a la superficie a unos veinte metros de distancia.

Durante un rato reinó el silencio. Cuando por fin pudieron avistar el final del lago, las olas empezaron a saltar a bordo con tanta frecuencia que los corresponsales dejaron de picar hielo y se concentraron en achicar el agua con los cubos. Pero no bastaba y, tras consultarlo a gritos con Rasmunsen, atacaron el equipaje. Harina, beicon, alubias, mantas, cocina, cuerdas, esto y lo otro y todo cuanto encontraron se fue por la borda. El bote lo agradeció enseguida, entró menos agua y flotó mejor.

—¡Ya es suficiente! —gritó Rasmunsen, muy serio, al ver que habían llegado a las primeras cajas de huevos.

—¡De eso nada! —respondió furioso el que no paraba de temblar. A excepción de sus notas, carretes y cámaras, ellos habían sacrificado todas sus posesiones. Se agachó, cogió una caja de huevos y empezó a tirar de ella para librarla de las correas que la sujetaban.

—¡Déjala! ¡Te digo que la dejes!

Rasmunsen había conseguido desenfundar su revólver y, con el brazo doblado alrededor del timón, intentaba apuntar. El corresponsal se encontraba de pie sobre la bancada, balanceándose adelante y atrás, con el rostro retorcido de miedo e ira.

—¡Dios mío! —gritó el otro corresponsal y se arrojó, boca abajo, al fondo del bote.

El *Alma*, al no prestarle Rasmunsen toda su atención, había caído en las garras de una masa enorme de agua y giraba vertiginosamente. El grátil se ahuecó, la vela perdió el viento y el botalón barrió la cubierta con una fuerza aterradora, llevándose por delante al corresponsal enfadado, que cayó al agua

con la espalda rota. El palo y la vela también desaparecieron por la borda. Una ola rompió sobre ellos, la embarcación dejó de avanzar y Rasmunsen corrió a ocuparse del cubo de achique.

Durante la siguiente media hora los adelantaron varios botes: embarcaciones pequeñas, como la de ellos, con miedo, incapaces de hacer otra cosa que no fuera correr hacia delante enloquecidamente. Entonces una barcaza de diez toneladas —en peligro inminente de acabar destruida— recogió velas a barlovento y avanzó pesadamente hacia ellos.

—¡Atrás! ¡Atrás! —gritó Rasmunsen.

Pero su borda baja rechinó al rozar la pesada embarcación y el corresponsal que quedaba trepó a bordo. Rasmunsen se lanzó a los huevos como un gato y en la proa del *Alma* luchó, con los dedos entumecidos por asegurar bien los cabos de transporte.

—¡Vamos! —le gritó un hombre de patillas rojas.

—Aquí tengo mil docenas de huevos —le devolvió el grito—. ¡Remólqueme! ¡Le pagaré!

—¡Vamos! —aullaron a coro todos los de arriba.

Una ola enorme rompió por detrás de ellos, atravesó la barcaza de extremo a extremo y casi se tragó al *Alma*. Los hombres soltaron amarras, maldiciéndolo mientras izaban la vela. Rasmunsen los maldijo a su vez y se puso a achicar. El mástil y la vela, como un ancla, aún sujetos por las drizas, mantenían la embarcación de frente al viento y a las olas y eso le daba una oportunidad de pelearse con el agua.

Tres horas después, entumecido, exhausto y parloteando como un lunático desembarcó en una playa cubierta de hielo cerca de Caribou Crossing. Dos hombres, un correo del gobierno y un *voyageur* mestizo, lo sacaron de las rompientes. Pusieron a salvo su carga y llevaron el *Alma* a la playa. Abandonaban la región en una canoa Peterborough y le permitieron pasar la noche en su campamento inmovilizado por el mal tiempo. Ellos partieron a la mañana siguiente, pero Rasmunsen prefirió quedarse allí con los huevos. A partir de entonces, el nombre y la fama del hombre de las mil docenas de huevos empezó a extenderse por la región. Los buscadores de oro que lograron entrar antes de la ola de frío llevaron la noticia de su llegada. Al oír mencionar su nombre, los canosos más traqueteados de Forty Mile y Circle City, los veteranos de mandíbula curtida y estómagos encallecidos por las alubias, visualizaban sus lejanos recuerdos de gallinas y productos verdes. Dyea y Skagway empezaron a interesarse por su estado y preguntaban por sus progresos a cada hombre que cruzaba los pasos, mientras que Dawson —la

Dawson color de oro pero en la que no había tortillas— se ponía nerviosa y se preocupaba, y abordaba a cualquiera que llegase para interesarse por él.

Pero Rasmunsen no sabía nada de eso. Al día siguiente del naufragio, reparó el *Alma* y zarpó. Un viento del este cruel le soplaba en la cara desde Tagish, sin embargo sacó los remos y se enfrentó a él con valentía, aunque a veces se veía impulsado hacia atrás y tenía que pararse a picar el hielo de las palas. Según la costumbre de la zona se vio empujado a tierra en Windy Arm; en Tagish vieron tres veces cómo se lo tragaban las olas y luego llegaba a la playa; y el lago Marsh lo retuvo al congelarse por completo. El *Alma* se vio estrujado entre el atasco de témpanos, pero los huevos estaban intactos. Se los llevó haciendo varios viajes a lo largo de los más de tres kilómetros de hielo que lo separaban de la orilla, donde construyó una despensa que se mantuvo en pie muchos años después y sobre la que los hombres que sabían la historia llamaban la atención a los demás.

Entre Dawson y él se extendían más de ochocientos kilómetros y la vía fluvial estaba cerrada. Pero Rasmunsen, con un gesto tenso y peculiar en el rostro, emprendió el camino de regreso por los lagos a pie. Lo que sufrió en su viaje solitario, con solo una manta, un hacha y un puñado de alubias, jamás podrán saberlo los mortales corrientes y molientes. Eso únicamente puede comprenderlo el aventurero del ártico. Baste decir que una ventisca lo sorprendió en Chilkoot y tuvo que dejarle dos dedos del pie al cirujano de Sheep Camp. Pero se puso en pie de nuevo y fregó platos y cazuelas en la trascocina del Pawona, rumbo al estrecho de Puget y desde allí se encargó de alimentar con carbón las calderas de un vapor que se dirigía a San Francisco.

El hombre que entró cojeando y cruzó el suelo brillante del banco para solicitar una segunda hipoteca era un hombre descuidado y demacrado. Los huecos de las mejillas se percibían tras la barba desaseada y los ojos parecían haberse ocultado en las profundas cavernas, donde ardían con un fuego frío. Tenía las manos granulosas y cortadas por el frío y el trabajo duro, y las uñas ribeteadas de suciedad y polvo de carbón. Habló vagamente de huevos y témpanos de hielo, vientos y mareas; pero cuando aceptaron concederle solo otros mil dólares más, su conversación se tornó incoherente y se centró en el precio de los perros, la comida para perros y cosas como raquetas de nieve, mocasines y caminos en invierno. Le prestaron mil quinientos, que era más de lo que garantizaba la cabaña, y respiraron tranquilos cuando garabateó su firma y salió del banco.

Dos semanas después pasó Chilkoot con tres trineos, cada uno tirado por cinco perros. Él guiaba uno de los equipos y los dos indios que lo

acompañaban se ocupaban de los otros. En el lago Marsh abrieron la despensa y cargaron los trineos. Pero no había camino. Él era el primero en cruzar el hielo y le tocó el esfuerzo de aplastar la nieve y abrirse camino entre las duras barreras de hielo del río. A menudo observaba, por detrás de él, el humo de una hoguera de campamento ascender en medio de la calma, y se preguntaba por qué aquella gente no lo adelantaba. Porque no tenía experiencia en aquellas regiones y no comprendía a qué se debía aquello. Tampoco entendía a sus indios cuando intentaban explicárselo. A ellos les parecía un sufrimiento innecesario, pero cuando se echaban atrás y se negaban a levantar el campamento por las mañanas él los obligaba a punta de pistola.

Cuando un puente de hielo se abrió cerca de White Horse y se le congeló el pie, aún delicado y sensible tras la anterior congelación, los indios esperaron que descansara unos días. Pero sacrificó una manta y, con el pie encerrado en un mocasín enorme, tanto como un cubo de agua, continuó cumpliendo con sus turnos en el trineo que iba en cabeza. Ése era el trabajo más cruel y los indios lo respetaban, aunque a sus espaldas se golpeaban la frente con los nudillos y negaban con la cabeza. Una noche intentaron huir pero el silbido de las balas en la nieve los obligó a regresar y lo hicieron convencidos, aunque gruñendo. Después, como no eran más que salvajes chilkats, decidieron concentrarse en matarlo; pero Rasmunsen dormía como un gato y no se les presentó la oportunidad, ni dormido ni despierto. A menudo intentaban explicarle el significado del rastro de humo que los seguía, pero no lograba entenderlos y empezó a sospechar de ellos. Cuando holgazaneaban o se mostraban hoscos, hacía el gesto de dispararles entre los ojos, y calmaba sus ánimos con solo mostrarles el revólver.

Y así continuó, entre hombres rebeldes, perros salvajes y un camino descorazonador. Luchaba con los hombres para que no lo abandonasen, luchaba con los perros para mantenerlos alejados de los huevos, luchaba con el hielo, el frío y el dolor del pie, que no se curaba. En cuanto el tejido se renovaba, la helada lo quemaba y penetraba en él, de manera que se convirtió en una llaga supurante en la que casi cabía un puño. Por las mañanas, la primera vez que lo apoyaba, la cabeza le daba vueltas y estaba a punto de desmayarse de dolor; pero a medida que el día avanzaba se le entumecía, aunque volvía a doler cuando se metía entre las mantas e intentaba dormir. Sin embargo él, que había sido oficinista y se pasaba los días sentado ante un escritorio, trabajaba arduamente hasta que los indios acababan exhaustos e incluso superaba en esfuerzo a los perros. No era capaz de ponderar la dureza de su esfuerzo y lo mucho que sufría. Al ser hombre de una sola idea, ahora

que la tenía, esta lo dominaba. En primer plano para él siempre estaba Dawson y en segundo plano, sus mil docenas de huevos; y a medio camino, entre los dos, oscilaba su ego, siempre luchando por unirlos en un punto lleno de oro resplandeciente. Ese punto eran los cinco mil dólares, la consumación de su idea y punto de partida de cualquier otra idea nueva que pudiera ocurrírsele. Para todo lo demás, era un simple autómata. No se percataba de ninguna otra cosa, las veía como a través de un cristal opaco y no se paraba a pensar en ellas. Trabajaba con las manos de forma mecánica y lo mismo hacía con la mente. Así, el gesto de su rostro llegó a expresar tanta tensión que hasta los indios le tenían miedo y se asombraban ante aquel hombre blanco que los había esclavizado y les obligaba a trabajar de aquella forma.

En el lago Le Barge sufrieron una ola de frío, de esas en las que el frío del espacio exterior azota la cima del planeta y la temperatura llega a alcanzar -55 °C. Allí, mientras trabajaba con la boca abierta para poder respirar mejor, se congeló los pulmones y, durante el resto del viaje sufrió una tos seca, perruna, que lo atacaba sobre todo junto al humo de la hoguera, cuando la presión era mayor o cuando se esforzaba en exceso. En el río Thirty Mile encontró un buen tramo de aguas abiertas, cruzadas por puentes de hielo precarios y bordeadas por un estrecho cerco de hielo, tramposo e inestable. Resultaba imposible fiarse de aquel cerco de hielo, pero se lanzó sin pensarlo, echando mano del revólver cuando los indios pusieron reparos. Sin embargo, al llegar a los puentes de hielo, aunque estaban cubiertos de nieve, decidió tomar precauciones. Los cruzaron calzados con las raquetas de nieve y unas varas largas sujetas transversalmente a las que agarrarse en caso de accidente. En uno de esos puentes, donde la ausencia de hielo en el centro quedaba oculta bajo la nieve, uno de los indios encontró su final. Cayó tan limpia y rápidamente como un cuchillo atraviesa una capa de nata, y la corriente se lo llevó enseguida bajo la capa de hielo del resto del río.

Esa noche su compañero huyó a la pálida luz de la luna mientras Rasmunsen perforaba el silencio con su revólver, que utilizaba con más prisa que inteligencia. Treinta y seis horas después el indio llegó a un campamento de la Policía en el río Big Salmón.

—Ah, ah, hombre raro, ¿cómo llamar? Con la cabeza perdida —explicó un intérprete a un capitán perplejo—. ¿Eh? Sí, loco. Hombre loco. Huevos, huevos, solo huevos, ¿entender? Solo avanzar.

Rasmunsen tardó varios días en llegar, con los tres trineos unidos por correas y todos los perros en la misma traílla. Resultaba muy incómodo, y donde el camino era más difícil se veía obligado a desandarlo y recorrerlo

trineo a trineo, aunque la mayor parte del tiempo conseguía, gracias a un esfuerzo hercúleo, hacerlos avanzar a la vez. Ni se inmutó cuando el capitán de la Policía le dijo que su indio ya iba hacia Dawson y que, para entonces, probablemente estaría a mitad de camino, entre Selkirk y Stewart. Tampoco pareció interesado cuando le informó de que la Policía había abierto el camino hasta Pelly, porque había alcanzado un punto en el que aceptaba con fatalismo cualquier designio de la naturaleza, ya fuese bueno o malo. Pero cuando le contaron que Dawson estaba dominada por una hambruna feroz, sonrió, enganchó los perros y partió.

En la siguiente parada comprendió el misterio del humo que lo seguía. Al conocer en Big Salmón la noticia de que el camino estaba abierto hasta Pelly, los demás ya no necesitaron seguir su estela y Rasmunsen, agazapado sobre su hoguera solitaria, presenció cómo lo adelantaba una abigarrada hilera de trineos. Primero pasaron el correo y el mestizo que lo habían sacado del lago Bennett, luego los correos que iban a Circle City —dos trineos—, y un grupo heterogéneo de hombres que iban al Klondike. Los perros y los hombres estaban descansados y gordos, mientras que el esfuerzo y el agotamiento habían dejado a Rasmunsen y sus animales en los huesos. Los de la columna de humo habían viajado un día de cada tres, descansando y reservando fuerzas para avanzar con prisa cuando llegasen a la zona donde el camino estaba abierto, mientras él caía y progresaba con dificultad, desmoralizando a sus perros y dejándolos sin energías.

Pero él era inquebrantable. Aquellos hombres gordos y descansados le agradecieron amablemente sus esfuerzos en favor de ellos, le dieron las gracias con enormes sonrisas y carcajadas procaces; entonces, aunque ya lo comprendía, no respondió. Tampoco se encerró en un silencio resentido. Era algo inmaterial. La idea —el hecho oculto tras la idea— no había cambiado. Él estaba allí con sus mil docenas y Dawson estaba allá: el problema permanecía igual.

En el río Little Salmón, al escasear la comida de los perros, los bichos se apropiaron de la suya y desde allí hasta Selkirk sobrevivió a base de alubias: alubias marrones y ásperas, enormes, muy nutritivas, que le machacaban el estómago y lo obligaban a detenerse cada dos horas. Pero el factor de Selkirk había colgado una nota en la puerta de su puesto en la que advertía que ningún vapor había circulado Yukón arriba desde hacía dos años y que por lo tanto el precio de la comida estaba por las nubes. Sin embargo, se ofreció a hacer un intercambio: una taza de harina por un huevo, pero Rasmunsen negó con la cabeza y siguió adelante. Pasado el puesto consiguió comprar piel de

caballo congelada para los perros, procedente de los caballos que los chilkats habían matado y cuyos restos los indios solían conservar. Él también probó la piel, pero el pelo se metía en las llagas que tenía en la boca, provocadas por las alubias, y el dolor resultaba insoportable.

Allí, en Selkirk, se encontró con la avanzadilla del éxodo de hambrientos que huía de Dawson y desde entonces se los fue cruzando por el camino, todos en muy mal estado. «¡No hay comida!», era lo que repetían. «No hay comida y tuve que irme». «Todos hacen acopio porque en primavera subirá más el precio». «La harina está a tres dólares el kilo y nadie vende».

—¿Los huevos? —respondió uno de ellos—. A dólar la pieza, pero ya no hay.

Rasmunsen hizo un cálculo rápido.

—Doce mil dólares —dijo en voz alta.

—¿Qué? —preguntó el hombre.

—Nada —contestó y azuzó a los perros para que avanzasen más rápido.

Cuando llegó al río Stewart, a ciento doce kilómetros de Dawson, había perdido cinco de los perros y los demás caían bajo los tirantes del arnés. Él también se había puesto el arnés y tiraba con la poca fuerza que aún tenía. Aun así conseguía avanzar quince kilómetros diarios. Los pómulos y la nariz, congelados una y otra vez, tenían un aspecto horrible, negros y sanguinolentos. El pulgar, separado del resto de los dedos por la vara para impulsar el trineo también se había helado y lo atormentaba. El mocasín gigantesco aún le envolvía el pie y unos dolores muy raros empezaban a torturarle la pierna. En Sixty Miles se le terminaron las alubias, que ya llevaba tiempo racionando, pero se negó rotundamente a comer ni un solo huevo. No lograba convencerse de que tenía derecho a hacerlo y continuó tambaleándose y cayéndose hasta llegar al río Indian. Allí, un alce recién cazado y un veterano generoso dieron nuevas fuerzas a él y a sus perros y, en el arroyo de Ainslie, se sintió recompensado por todo lo sufrido cuando los miembros de una estampida que había salido de Dawson cinco horas antes le dijeron que sin duda conseguiría un dólar y cuarto por cada uno de los huevos que llevaba.

Ascendió el empinado terraplén junto al cuartel de Dawson con el corazón palpitante y las rodillas temblorosas. Los perros estaban tan débiles que se vio obligado a dejarlos descansar y, mientras esperaba, se apoyó sin fuerzas en la vara. Un hombre de aspecto muy decoroso se acercó con aire despreocupado, envuelto en un enorme abrigo de piel de oso. Miró a Rasmunsen con

curiosidad, se detuvo y observó especulativamente los perros y los tres trineos cargados.

—¿Qué trae? —preguntó.

—Huevos —respondió Rasmunsen con voz ronca que se quedó en un susurro.

—¡Huevos! ¡Viva! ¡Viva! —Dio un salto en el aire, seguido de una vuelta sobre sí mismo y terminó con una docena de zancadas que lo acercaron más —. ¿De verdad? ¿Todo eso?

—Todo.

—Entonces debe de ser el huevero. —Lo rodeó y miró a Rasmunsen desde el otro lado—. Venga, dígame, ¿es el huevero?

Rasmunsen no lo sabía, pero imaginó que sí y el hombre se tranquilizó un poco.

—¿A cuánto piensa venderlos? —preguntó con cautela.

Rasmunsen se dejó llevar por la audacia.

—Un dólar y medio —dijo.

—¡Hecho! —El hombre se marchó y regresó enseguida—. Deme una docena.

—Me refería a dólar y medio la pieza —Rasmunsen explicó con vacilación.

—Claro. Ya le oí antes. Que sean dos docenas. Aquí tengo el oro.

El hombre le mostró un saco de oro rebosante, del tamaño de una salchicha pequeña, y lo golpeó despreocupadamente contra la vara del trineo. Rasmunsen sintió un extraño temblor en la boca del estómago, un cosquilleo en la nariz y un deseo casi insoportable de sentarse y echarse a llorar. Pero empezó a llegar una multitud curiosa, asombrada, y hombre tras hombre quería comprar huevos. Como Rasmunsen no tenía balanza, el hombre del abrigo de piel de oso fue a buscar una y se ocupó de pesar el polvo de oro mientras él repartía los huevos. Enseguida hubo empujones, golpes, codazos y un clamor enorme. Todos querían comprar y ser atendidos antes que el resto. A medida que aumentaba el revuelo, Rasmunsen se iba calmando. Aquello no iba bien. Tenía que haber un motivo por el que todos compraban con tanta ansia. Sería más sensato descansar primero y tantear el mercado. Tal vez los huevos costasen dos dólares cada uno. Pero, en cualquier caso, cuando desease vender, tenía asegurado hacerlo a un dólar y medio.

—¡Alto! —gritó cuando ya había vendido un par de cientos—. Se acabó. Estoy agotado. Primero he de encontrar una cabaña y luego podréis venir a verme.

Recibieron sus palabras con un gemido, pero el del abrigo de piel de oso estuvo de acuerdo. En sus amplios bolsillos tintineaban veinticuatro de los huevos congelados y le daba igual si el resto de la ciudad comía o no. Además, no le quedaba duda de que Rasmunsen estaba en las últimas.

—Hay una cabaña al pasar la segunda esquina desde el Monte Cario —le dijo—, la que tiene la ventana hecha con botellas de soda. No es mía, pero estoy encargado de ella. Se alquila por diez al día y es barata. Instálese allí y yo iré a verle más tarde. No se olvide del detalle de la ventana.

—¡Tra la la! —gritó un minuto después—. Me voy colina arriba a comer huevos y soñar con mi hogar.

Camino de la cabaña, Rasmunsen se dio cuenta de que tenía hambre y compró una pequeña cantidad de provisiones en el almacén de la N.A.T & T., además de un filete en la carnicería y salmón seco para los perros. Encontró la cabaña sin problemas y dejó los perros con el arnés puesto mientras encendía el fuego y empezaba a hacer café.

—Un dólar y medio cada uno, mil docenas, ¡dieciocho mil dólares! —murmuraba una y otra vez mientras iba trabajando.

En el momento en que dejaba caer el filete en la sartén se abrió la puerta. Se giró. Era el hombre del abrigo de piel de oso. Parecía venir muy decidido, como si lo llevase hasta allí algo muy concreto, pero al mirar a Rasmunsen a su rostro asomó una expresión de perplejidad.

—Oiga… verá… —empezó a decir y se detuvo.

Rasmunsen se preguntó si querría cobrar el alquiler.

—Oiga, maldita sea, verá, los huevos están podridos.

Rasmunsen se tambaleó. Se sentía como si le hubiesen asestado un golpe demoledor entre los ojos. Las paredes de la cabaña empezaron a dar vueltas y a inclinarse. Extendió la mano para recuperar el equilibrio y la apoyó en la cocina. El dolor agudo y el olor a carne quemada le hicieron recuperar el sentido.

—Entiendo —dijo despacio mientras metía la mano en el bolsillo en busca del saco—. Quiere recuperar su dinero.

—No se trata del dinero —dijo el hombre—. ¿No tiene algún huevo que esté bien?

Rasmunsen negó con la cabeza.

—Será mejor que coja el dinero.

Pero el hombre se negó y retrocedió.

—Volveré —dijo—, cuando haya comprobado sus reservas, a ver si hay suerte.

Rasmunsen llevó el tajo al interior de la cabaña y luego metió dentro todos los huevos. Lo hizo sin perder la calma. Cogió el hacha de mano y, uno a uno, partió los huevos por la mitad. Examinaba con cuidado cada parte y luego las arrojaba al suelo. Al principio tomó muestras de cada caja, pero después se dedicó a vaciar caja por caja. El montón del suelo crecía. El café rebosó y el humo del filete quemado llenaba la cabaña. Él siguió partiendo con firmeza y regularidad monótona hasta que vació la última caja.

Alguien llamó a la puerta, volvió a llamar y luego entró.

—¡Qué desastre! —comentó mientras observaba la escena.

Los huevos partidos empezaban a derretirse con el calor de la cocina y el tufo irrespirable era cada vez más fuerte.

—Debieron estropearse durante el viaje en el vapor —sugirió.

Rasmunsen lo miró un buen rato, sin comprender.

—Soy Murray, Jim Murray, el Grande. Todo el mundo me conoce —se presentó el hombre—. Me he enterado de que sus huevos se han podrido y le ofrezco doscientos dólares por todo el lote. No son tan buenos como el salmón, pero no están mal para los perros.

Rasmunsen parecía haberse convertido en piedra. No se movía.

—Váyase al infierno —dijo sin pasión alguna.

—Piénselo. Creo que es un buen precio por semejante desastre. Y, desde luego, es menos que nada. Doscientos dólares. ¿Qué me dice?

—Váyase al infierno —repitió Rasmunsen con voz suave—, y salga de aquí.

Murray se quedó con la boca abierta, muy asombrado, y luego salió con cuidado, de espaldas y sin dejar de mirar al rostro del otro.

Rasmunsen salió tras él y soltó a los perros. Les lanzó todo el salmón que había comprado y enroscó en su mano una de las correas de sujeción del trineo. Luego entró otra vez en la cabaña y echó el pestillo. El humo del filete carbonizado hizo que le picaran los ojos. Se puso de pie sobre el catre, pasó la correa por encima de la cumbrera y calculó a ojo el balanceo. No debió de convencerlo porque puso el taburete sobre el catre. Hizo un nudo corredizo en el extremo de la correa y metió la cabeza. Aseguró con fuerza el otro extremo. Luego le dio una patada al taburete.

[1901]



La historia de Keesh

KEESH VIVIÓ hace mucho tiempo al borde del océano Ártico, fue el jefe de su tribu durante muchos y prósperos años, y murió entre honores, su nombre en boca de todos. Vivió hace tanto que ahora solo los ancianos recuerdan su nombre; su nombre y su historia, que oyeron contar a los ancianos que los precedieron y que los ancianos que vendrán contarán a sus hijos y a los hijos de sus hijos hasta el final de los tiempos. La oscuridad del invierno, cuando los vendavales del norte barren sin descanso la masa compacta de hielo, el aire se llena de copos voladores y ningún hombre puede partir, es el momento elegido para contar cómo Keesh pasó de vivir en el iglú más pobre de la aldea a ostentar el poder y situarse por encima de todos.

Era un chico inteligente —según cuenta la historia—, fuerte y saludable, y ya había visto trece soles, según la forma que ellos tienen de calcular el paso del tiempo; porque cada invierno el sol abandona la tierra, dejándola a oscuras, y al año siguiente un sol nuevo regresa para que puedan volver a entrar en calor y verse las caras. El padre de Keesh había sido un hombre muy valiente, pero murió en una época de hambruna al intentar salvar las vidas de los suyos matando un enorme oso polar. En su afán por lograrlo llegó a forcejear con el oso y así acabó con los huesos aplastados. Pero aquel oso tenía tanta carne que su tribu se salvó. Keesh era su único hijo, por lo que a partir de entonces vivió solo con su madre. Sin embargo, la gente tiende a olvidar y la tribu olvidó la hazaña de su padre; y como él no era más que un niño y su madre una mujer, enseguida se olvidaron también de ellos, de modo que acabaron viviendo en el más pobre y peor de los iglús.

Una noche, durante un consejo celebrado en el enorme iglú de Klosh-Kwan, el jefe, Keesh puso de manifiesto la sangre que corría por sus venas y la hombría que lo llevaba a andar erguido. Con la dignidad de un anciano, se puso en pie y esperó a que se hiciera el silencio.

—Es verdad que a mí y los míos se nos proporciona carne —dijo—. Pero a menudo es carne vieja y dura que, además, tiene una cantidad excesiva de huesos.

Los cazadores, tanto los veteranos y canosos como los vigorosos y jóvenes, se quedaron horrorizados. Jamás se había visto cosa igual. ¡Un niño que hablaba como un adulto y se dirigía a ellos en términos tan duros!

Pero, muy serio y decidido, Keesh continuó:

—Digo esto porque sé que Bok, mi padre, era un gran cazador. Se dice que Bok traía a casa más carne que los dos mejores cazadores juntos, que con sus propias manos se ocupaba de repartirla, que con sus propios ojos se preocupaba de que la más anciana de las mujeres y el más anciano de los hombres recibiesen una parte justa.

—¡No! ¡No! —gritaron los hombres—. ¡Que se calle el niño! ¡Que se vaya a dormir! ¡No es hombre para dirigirse de esa forma a los hombres y a los ancianos!

Keesh aguardó con calma hasta que remitió el alboroto.

—Tú tienes esposa, Ugh-Gluk —dijo—, y hablas por ella. Tú también, Massuk, y tienes madre, y hablas en nombre de las dos. Mi madre solo me tiene a mí, por eso hablo. Como decía, ya que Bok murió por cazar con demasiado empeño, es justo que yo, que soy su hijo, y que Ikeega, que es mi madre y fue su esposa, tengamos carne en cantidad siempre que haya carne en cantidad en la aldea. Yo, Keesh, hijo de Bok, he dicho.

Se sentó, muy atento a la avalancha de protestas e indignación que sus palabras provocaron.

—¡Que un niño hable en el consejo! —mascullaba el anciano Ugh-Gluk.

—¿Acaso los niños de pecho van a decirnos a nosotros, que somos hombres, lo que debemos hacer? —preguntó Massuk en voz alta—. Yo, un hombre adulto, ¿voy a permitir que cada niño que llora pidiendo carne se burle de mí?

Montaron en cólera. Lo mandaron a la cama, lo amenazaron con dejarlo sin carne y le prometieron terribles palizas por su osadía. Los ojos de Keesh llamearon y la sangre oscureció su piel. En medio de los insultos, se puso en pie de un salto.

—¡Oídme, hombres! —gritó—. No volveré a hablar en el consejo, nunca más hasta que los hombres acudan a mí y me digan: «Está bien que hables, Keesh; está bien y así lo deseamos». Así que escuchad mis últimas palabras. Bok, mi padre, fue un gran cazador. Yo, su hijo, saldré también a cazar la carne que coma. Y sabed desde ahora que la repartiré de forma justa. Ninguna viuda ni persona débil llorará de noche porque no tenga carne mientras los hombres fuertes se quejan de dolor por haber comido demasiado. En los días

por venir, la vergüenza caerá sobre los hombres fuertes que comen de más. ¡Yo, Keesh, he dicho!

Salió del iglú perseguido por las burlas y las carcajadas despectivas, pero conservo el gesto decidido y continuó hacia delante, sin mirar a izquierda o derecha.

Al día siguiente siguió la línea de la costa, donde el hielo y la tierra se encuentran. Quienes lo vieron marchar se fijaron en que llevaba su arco, con una buena provisión de flechas, y que del hombro colgaba la enorme lanza de su padre. Aquello provocó muchas risas y comentarios. Era un suceso sin precedentes. Jamás un niño tan joven había salido a cazar y mucho menos solo. También hubo muchos que negaron con la cabeza y murmuraron profecías, mientras las mujeres miraban compasivas a Ikeega, de rostro serio y triste.

—Volverá muy pronto —le dijeron para animarla.

—Que se vaya, así aprenderá la lección —comentaron los cazadores—. Enseguida regresará y nos hablará con modestia y humildad.

Pero transcurrió un día, y otro, al tercero sopló un vendaval muy violento y Keesh no regresó. Ikeega se mesó los cabellos y se cubrió el rostro con hollín de aceite de foca para mostrar su dolor; las mujeres dirigieron palabras muy agrias a los hombres por haber maltratado al niño y enviarlo a morir; y los hombres no respondieron, pero se prepararon para salir en busca del cuerpo en cuanto amainase la tormenta.

Sin embargo, a la mañana siguiente, muy temprano, Keesh volvió a la aldea. Pero no llegó avergonzado. Sobre los hombros llevaba una carga de carne fresca. Se daba aires al andar y habló con arrogancia.

—Hombres, salid con los perros y los trineos y seguid mi rastro durante casi un día —dijo—. Hay mucha carne sobre el hielo: una osa y dos oseznos casi adultos.

Ikeega se dejó dominar por la emoción, pero él recibió sus muestras de cariño como un hombre y dijo:

—Ven, Ikeega, vamos a comer. Después dormiré porque estoy cansado.

Entró en su iglú y comió cuanto quiso. Luego durmió durante veinte horas seguidas.

Al principio hubo muchas dudas, muchas dudas y discusiones. Matar a un oso polar es algo muy peligroso, pero tres veces más peligroso, y tres veces tres, lo es matar a una osa con sus oseznos. Los hombres no lograban creer que Keesh, un niño, sin ayuda, hubiese conseguido realizar semejante maravilla. Pero las mujeres hablaron de la carne fresca que había traído a la

espalda y eso constituyó un argumento irrefutable contra su escepticismo. Así que al final partieron, gruñendo porque, con toda probabilidad, si era cierto, sin duda el chico habría dejado los animales muertos sin despiezar. En el Norte es muy importante despiezar al animal tan pronto muere. De lo contrario la carne se congela de tal forma que ni el cuchillo más afilado la penetra y no resulta sencillo cargar en el trineo y arrastrar sobre el hielo accidentado a un oso de ciento cuarenta kilos, duro como una piedra. Pero al llegar al lugar indicado, no solo encontraron a los animales —cosa que habían dudado—, sino que descubrieron que Keesh los había despiezado como el más experto de los cazadores y había retirado las entrañas.

Así dio comienzo el misterio de Keesh, un misterio que fue intensificándose con el paso de los días. Cuando volvió a salir mató a un oso joven, casi adulto, y en el siguiente viaje se cobró un macho grande y su hembra. Solía ausentarse durante tres o cuatro días, aunque no era raro que pasara una semana perdido en la extensión helada. Nunca aceptaba que lo acompañasen durante sus expediciones y la gente se maravillaba. «¿Cómo lo hace?», se preguntaban los unos a los otros. «Nunca se lleva un solo perro, y los perros son de gran ayuda».

—¿Por qué solo cazas osos? —se atrevió a preguntarle un día Klosh-Kwan.

Keesh le dio una buena respuesta:

—Todo el mundo sabe que los osos tienen más carne.

Pero en la aldea también se hablaba de brujería.

—Caza con los espíritus malignos —afirmaban algunos—, por eso siempre se ve recompensado. ¿Cómo puede ser de otra forma, si no caza con los espíritus malignos?

—Puede que los espíritus no sean malignos, sino buenos —decían otros—. Todos sabemos que su padre fue un cazador muy poderoso. ¿No es posible que su padre cace con él para que alcance experiencia, paciencia y comprensión? ¿Quién sabe?

De todas maneras, Keesh siguió teniendo éxito y los cazadores menos experimentados tuvieron que dedicarse a acarrear la carne que él conseguía. Fue justo al repartirla. Tal y como había hecho su padre, se ocupó de que la más anciana de las mujeres y el más anciano de los hombres recibiesen una parte justa y solo guardaba para él la cantidad que sus necesidades requerían. Debido a eso y a su mérito como cazador empezaron a mirarlo con respeto e incluso con temor reverencial. Llegó a hablarse de nombrarlo jefe tras el anciano Klosh-Kwan. Debido a todo lo que había hecho, esperaban que

volviese a aparecer en el consejo, pero él nunca iba y a ellos les daba vergüenza pedírselo.

—Estoy pensando en construirme un iglú —dijo un día ante Klosh-Kwan y cierto número de cazadores—. Será un iglú grande, en el que Ikeega y yo podamos vivir cómodamente.

—Sí —asintieron todos, muy serios.

—Pero no tengo tiempo. Lo mío es la caza y a ella dedico todo mi tiempo. Por eso me parece justo que los hombres y mujeres de la aldea que comen mi carne construyan mi iglú.

Y le construyeron el iglú, tan amplio que su tamaño excedía incluso al de Klosh-Kwan. Keesh y su madre se mudaron. Era la primera vez que Ikeega disfrutaba de comodidades desde que Bok había muerto. Pero su mejora no fue solo en lo material porque, debido a su maravilloso hijo y la posición que este le había procurado, empezaron a tratarla como si fuese la primera mujer de la aldea: las demás la visitaban, le pedían consejo y citaban sus sensatos comentarios cuando surgían discusiones entre ellas mismas o con los hombres.

Sin embargo, el misterio que rodeaba la sorprendente forma de cazar de Keesh continuaba preocupándolos a todos. Y un día Ugh-Gluk lo acusó directamente de brujería.

—Se te acusa —dijo Ugh-Gluk, amenazador— de tratar con espíritus malignos. Por eso tu caza se ve recompensada.

—¿No es buena la carne? —respondió Keesh—. ¿Ha enfermado algún miembro de la tribu por comerla? ¿Cómo sabes que es cosa de brujería? ¿O solo lo supones debido a la envidia que te corroe?

Ugh-Gluk se retiró incómodo mientras las mujeres se reían de él al pasar. Pero una noche de consejo, tras una larga deliberación, se decidió ponerle espías cuando saliese a cazar para conocer sus métodos. Así, en su siguiente viaje, Bim y Bawn, dos jóvenes y muy buenos cazadores, lo siguieron con cuidado de no ser vistos. Regresaron a los cinco días, los ojos desorbitados y las lenguas temblorosas por contar lo que habían visto. Enseguida se reunió el consejo en el iglú de Klosh-Kwan y Bim empezó a narrar.

—¡Hermanos! Como ordenasteis, seguimos el rastro de Keesh con gran cuidado para que no nos descubriese. Hacia la mitad del primer día se encontró con un oso grande. Era enorme.

—No lo hay mayor —corroboró Bawn, que continuó el relato—. Pero el oso no tenía ganas de luchar, porque se dio la vuelta y se marchó despacio, cruzando la extensión de hielo. Eso lo vimos desde las rocas de la orilla. El

oso venía hacia nosotros y Keesh iba tras él, sin miedo. Le gritó palabras muy duras al oso mientras movía los brazos y hacía mucho ruido. Entonces el animal se enfadó, se irguió sobre los cuartos traseros y gruñó. Pero Keesh continuó andando hacia él.

—Sí —intervino Bim—. Keesh caminaba en dirección al oso. Entonces el animal se lanzó hacia él y Keesh huyó. Pero mientras corría, dejó caer sobre el hielo una bolita pequeña. El oso se detuvo, la olió y se la tragó. Keesh siguió corriendo y dejando caer bolitas que el oso se iba tragando.

Empezaron a oírse exclamaciones y gritos de duda, y Ugh-Gluk expresó su escepticismo abiertamente.

—Lo vimos con nuestros propios ojos —afirmó Bim.

Y Bawn:

—Sí, con nuestros propios ojos. Así siguió la cosa hasta que el oso se irguió de repente y gritó de dolor mientras agitaba con violencia las garras delanteras. Keesh continuó alejándose sobre el hielo hasta situarse a una distancia segura. Pero el oso no le hacía caso, ocupado por la desgracia que las bolitas habían provocado en su interior.

—Sí, en su interior —interrumpió Bim—. Porque se daba zarpazos a sí mismo y saltaba sobre el hielo como un cachorro juguetón, aunque por cómo gruñía y se quejaba estaba claro que no lo hacía por jugar, sino porque le dolía. ¡Jamás he visto cosa igual!

—No, nunca se ha visto cosa igual —tomó la palabra Bawn—. Sobre todo porque era un oso enorme.

—Brujería —sugirió Ugh-Gluk.

—No sé —respondió Bawn—. Yo solo cuento lo que vieron mis ojos. Al cabo de un tiempo el oso estaba débil y cansado, porque pesaba mucho y había saltado sin parar, y se alejó siguiendo el hielo de la orilla mientras meneaba la cabeza despacio, de un lado al otro, y de vez en cuando se sentaba para quejarse y llorar. Keesh lo seguía y nosotros seguíamos a Keesh. Lo seguimos durante ese día y tres días más. El oso estaba cada vez más débil y nunca dejó de llorar por el dolor.

—¡Fue un hechizo! —exclamó Ugh-Gluk—. ¡Seguro que usó un hechizo!

—Puede ser.

Y Bim relevó a Bawn.

—El oso andaba sin rumbo, ahora hacia allí y luego hacia allá, retrocedía, avanzaba y se movía en círculos, de manera que al final acabó cerca del lugar donde se había encontrado con Keesh la primera vez. Para entonces ya estaba

muy enfermo y no podía moverse, así que Keesh se acercó y lo alanceó hasta matarlo.

—¿Y luego? —quiso saber Klosh-Kwan.

—Dejamos a Keesh desollando al oso y vinimos corriendo para contar lo ocurrido.

La tarde de aquel mismo día, las mujeres acarrearon la carne del oso mientras los hombres permanecían sentados en consejo. Cuando llegó Keesh le enviaron un mensajero, invitándolo a presentarse ante ellos. Pero respondió diciendo que tenía hambre y estaba cansado; además dijo que su iglú era grande y cómodo y podía albergar a muchos hombres.

La curiosidad que sentían era tal que el consejo en pleno, con Klosh-Kwan al frente, se dirigió al iglú de Keesh. Lo encontraron comiendo, pero los recibió con respeto y los sentó de acuerdo con su rango. Ikeega se sentía orgullosa y azorada por turnos, sin embargo Keesh se mostraba sereno.

Klosh-Kwan recitó la información ofrecida por Bim y Bawn, y al terminar dijo en tono severo:

—Necesitamos que expliques, Keesh, tu modo de cazar. ¿Tiene que ver con la brujería?

Keesh levantó la mirada y sonrió.

—No, Klosh-Kwan. Los niños no saben de brujerías, y yo tampoco. Pero he encontrado la forma de matar al oso de los hielos con facilidad. No es más que eso. Es cuestión de usar la cabeza, no la brujería.

—¿Y puede hacerlo cualquiera?

—Cualquiera.

Se hizo un silencio prolongado. Los hombres se miraban y Keesh continuaba comiendo.

—Y… y… ¿nos lo contarás, Keesh? —preguntó al fin Klosh-Kwan con voz trémula.

—Sí, os lo contaré. —Keesh terminó de succionar un hueso de caña y se puso en pie—. Es muy sencillo. ¡Mirad!

Cogió una tira muy fina de barba de ballena y la mostró. Los extremos eran penetrantes como agujas. Enrolló con cuidado la tira hasta hacerla desaparecer en su mano. Luego abrió la mano de repente, la tira saltó como un resorte y recuperó su forma original. A continuación cogió un pedazo de grasa de ballena.

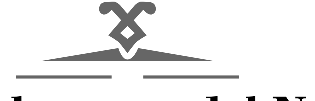
—Se trata de coger un trozo pequeño de grasa de ballena —dijo—, y así, de esta forma, hacer un hueco en su interior, en el que se mete la barba bien enrollada. Luego se cubre el hueco con otro pedazo de grasa. Después se deja

a la intemperie para que se congele. El oso se come la bolita, la grasa se derrite, la barba afilada se estira y sobresale, el oso enferma y, cuando está muy mal, se le mata con la lanza. Es muy sencillo.

Ugh-Gluk dijo: «¡Oh!», Klosh-Kwan dijo: «¡Ah!». Todos dijeron algo a su manera y todos comprendieron.

Ésta es la historia de Keesh, que vivió hace mucho tiempo al borde del océano Ártico. Como usó la cabeza en vez de la brujería, pasó de vivir en el iglú más pobre a ser el jefe de la aldea y se cuenta que durante los muchos años que vivió su tribu prosperó y no hubo viuda ni persona débil que llorase de noche por falta de carne.

[1901]



En los bosques del Norte

TRAS UN AGOTADOR VIAJE más allá de los últimos matorrales y sotos dispersos, en lo más profundo de los páramos donde el mísero Norte reniega del planeta, se encuentran grandes extensiones de bosque y franjas de tierra sonriente. Sin embargo, el resto del mundo empieza a saberlo ahora. Algunos grandes exploradores lo han sabido, pero hasta la fecha ninguno ha regresado para contarlo.

Los páramos son lo que su nombre indica: las tierras yermas del Ártico, los desiertos del Círculo Polar, hogar desolado y desapacible del buey almizclero y el lobo de las llanuras. Así los encontró Avery van Brunt, tristes y sin árboles, escasamente cubiertos de musgo y líquenes y, en definitiva, inhóspitos. Al menos eso fue lo que vio hasta que se adentró en los espacios en blanco del mapa y se tropezó con inimaginables bosques de píceas muy poblados y tribus esquimales de las que no había constancia. Había sido su intención (y su forma de buscar la fama) poner fin a aquellos espacios en blanco y rellenarlos con los trazos en negro de las cordilleras, depresiones y cuencas, por eso empezó a especular, con gran placer, sobre las posibilidades que ofrecían aquellos bosques maderables y aldeas nativas.

Avery van Brunt o, según le correspondía, el profesor A. van Brunt del Servicio Geológico, era el segundo al mando de la expedición y jefe de la subexpedición a la que guiaba en un recorrido secundario de ochocientos kilómetros cauce arriba por uno de los afluentes del Thelon y a la que ahora conducía hasta una de sus aldeas ignoradas. Tras él caminaban ocho hombres, de los cuales dos eran *voyageurs* francocanadienses y el resto fornidos indios crees de la zona de Manitoba. Él era el único sajón de pura raza y su sangre latía con fuerza al presentir que iba a poder seguir las tradiciones de los suyos. Clive y Hastings, Drake y Raleigh, Hengest y Horsa caminaban con él. Iba a ser el primero de su raza en llegar a aquella solitaria aldea de la región septentrional y, al pensarlo, se dejó invadir por el júbilo y el entusiasmo, y quienes lo seguían se dieron cuenta de que el cansancio lo había abandonado y apretaba el paso sin ser consciente de ello.

La aldea se vació y una heterogénea multitud salió a recibirlo, los hombres al frente, con arcos y lanzas agarrados de forma amenazadora, y las mujeres y los niños titubeando detrás. Van Brunt levantó el brazo derecho e hizo el signo universal de la paz, signo que todos los pueblos conocen, y los aldeanos contestaron del mismo modo. Pero para su disgusto, un hombre cubierto de pieles se acercó corriendo y le tendió la mano con un familiar «hola». Aquel hombre tenía barba y las mejillas y la frente cobrizas por el sol. Van Brunt reconoció a su propia raza en él.

—¿Quién eres? —preguntó mientras estrechaba la mano tendida—. ¿Andrée?

—¿Quién es Andrée? —inquirió a su vez el hombre.

Van Brunt lo miró con más detenimiento.

—Caramba, creo que llevas aquí mucho tiempo.

—Cinco años —respondió el otro con un atisbo de orgullo en la mirada—. Ven, vamos a charlar.

—Que acampen junto a mí —añadió al percatarse de la mirada que Van Brunt dedicaba a su grupo—. El anciano Tantlatch se ocupará de ellos. Ven.

Echó a andar con grandes zancadas y Van Brunt lo siguió por toda la aldea. Sin respetar pauta alguna, las tiendas de piel de alce se erguían donde lo permitía el terreno. Van Brunt las miró con ojo experto y calculó.

—Doscientos, sin contar a los pequeños —comentó.

El hombre asintió con la cabeza.

—Casi. Pero yo vivo aquí, apartado de la zona más poblada, así tengo mayor privacidad. Siéntate. Comeré contigo cuando tus hombres hayan cocinado. He olvidado el sabor del té. Hace cinco años que ni lo huelo ni lo pruebo. ¿Tienes tabaco? Gracias. ¿Y pipa? Qué bien. Ahora solo me falta una cerilla para comprobar si el tabaco me sigue gustando.

Rascó la cerilla con el cuidado de un leñador, protegió la llama naciente como si no hubiese otra en el mundo y aspiró la primera bocanada de humo. Lo retuvo pensativamente un rato y luego lo dejó salir despacio, como una caricia, entre los labios fruncidos. El gesto de su rostro se suavizó mientras se echaba hacia atrás y se le empañaban los ojos. Suspiró profundamente, feliz, con una alegría inmensa y de repente dijo:

—¡Dios! ¡Qué bien sabe!

Van Brunt asintió con la cabeza, comprensivo.

—¿Cinco años, has dicho?

—Cinco años. —El hombre suspiró otra vez—. Y supongo que querrás que te lo cuente, porque serás curioso por naturaleza y esta situación resulta lo

bastante extraña. Pero no es gran cosa. Llegué desde Edmonton para cazar bueyes almizcleros y, como Pike y los demás, tuve mala suerte, solo que yo perdí a mi grupo y mi equipo. Hambre, sufrimiento, la historia de siempre, ya te imaginas, único superviviente y todo eso, hasta que llegué aquí, la aldea de Tantlatch, a cuatro patas.

Cinco años —murmuró Van Brunt, pensativo, como si intentara recuperar algo del pasado.

Cinco años hizo en febrero. Crucé el Gran Lago de los Esclavos en mayo…

—Entonces, ¿eres Fairfax? —preguntó Van Brunt.

El hombre asintió.

—Espera… John, creo que es, John Fairfax.

—¿Cómo lo has sabido? —inquirió Fairfax sin apresurarse, concentrado en lanzar espirales de humo hacia arriba.

—Los periódicos se hicieron eco de todo en su momento. Prevanche…

—¡Prevanche! —Fairfax se enderezó, alerta de repente—. Se perdió en las montañas Smoke.

—Sí, pero logró salir y regresó.

Fairfax volvió a echarse hacia atrás y continuó haciendo espirales de humo.

—Me alegro —afirmó con aire reflexivo—. Prevanche podía abusar mucho cuando se trataba de repartir el peso de la carga, el muy condenado. ¿Así que logró salir? Pues me alegro.

Cinco años. Van Brunt no dejaba de darle vueltas a la cifra en su cabeza y, de repente, en ella surgió y tomó forma el rostro de Emily Southwaithe. Cinco años. Una cuña de aves salvajes graznó sobre ellos y al ver el campamento cambió rápidamente de dirección rumbo al norte y se adentró en el ardiente sol. Van Brunt no logró seguirlas. Sacó el reloj. Pasaba una hora de la medianoche. Las nubes que se dirigían al norte se sonrojaban, sangrientas, y los rayos rojo oscuro disparaban hacia el sur, encendiendo los sombríos bosques con un resplandor deslumbrante. La calma del aire era total, ni una sola aguja se movía, y el más mínimo sonido procedente del campamento resultaba claro y nítido como un toque de trompeta. Los indios crees y los *voyageurs* sentían aquella atmósfera especial y hablaban en voz baja y soñadora, y el cocinero controlaba inconscientemente el ruido de las cacerolas y los platos. En algún lugar lloraba un niño y desde lo más profundo del bosque, como un hilo de plata, se oyó una voz de mujer entregada a un canto fúnebre:

—O-o-o-o-o-o-a-haa-ha-a-ha-aa-a-a, o-o-o-o-o-o-a-ha-a-ha-a.

Van Brunt se estremeció y se frotó las manos con energía.

—¿Así que me dieron por muerto? —preguntó despacio su compañero.

—Bueno, nunca regresaste y tus amigos…

—Pronto se olvidaron de mí. —Fairfax se rio con dureza, desafiante.

—¿Por qué no volviste?

—En parte por falta de interés, supongo, y en parte debido a circunstancias que escapaban a mi control. Verás, cuando conocí a Tantlatch, el hombre tenía una pierna rota. Se trataba de una fractura muy fea, pero yo conseguí reducirla y que volviese a andar. Me quedé un tiempo para recuperar fuerzas. Yo era el primer blanco al que veía: le parecí un sabio y le enseñé un sinfín de cosas a su pueblo. Entre otras, los entrené en tácticas militares, de manera que conquistaron a las otras cuatro aldeas rivales, que tú aún no has visto, y dominaron la zona. Lógicamente, me tenían en gran estima, tanta que cuando decidí marcharme no quisieron ni oír hablar del asunto. Fueron de lo más hospitalarios: llegaron a ponerme un par de guardias que me vigilaban día y noche. Luego Tantlatch me ofreció incentivos, por decirlo de alguna forma, y como tanto me daba una cosa que otra me hice a la idea de quedarme.

—Conocí a tu hermano en Friburgo. Soy Van Brunt.

Fairfax se incorporó de forma impulsiva y le estrechó la mano.

—No me digas que tú eres el amigo de Billy. ¡Pobre Billy! Solía hablar de ti. Vaya sitio más raro para encontrarnos —añadió mientras barría con la mirada aquel paisaje primigenio y se detenía un momento a escuchar el tono lúgubre de la mujer—. Un oso le echó la zarpa a su marido y ella lo lleva mal.

—¡Qué vida tan cruel! —Van Brunt hizo una mueca de repulsa—. Supongo que tras cinco años así, la civilización te parecerá agradable. ¿No dices nada?

Fairfax permaneció impasible.

—No sé. Por lo menos esta gente es honesta y vive según su criterio. Resultan de lo más sencillo. No hay nada complejo en ellos, sin mil y una ramificaciones por cada emoción que experimentan. Aman, temen, odian, se enfadan o son felices de una forma corriente, normal y sin equívocos. Puede que aquí la vida sea cruel, pero es fácil vivir. No hay líos amorosos ni coqueteos. Si una mujer se fija en ti, no dudará en decírtelo. Si te odia, también te lo dirá y luego, si te apetece, puedes pegarle, pero lo importante es que sabe exactamente lo que quieres y tú sabes exactamente lo que quiere ella. Sin errores ni malentendidos. Tiene su encanto, tras haber experimentado

la liebre intermitente de la civilización. ¿Lo entiendes? Es una vida bastante decente —continuó tras una pausa—. A mí me vale y quiero seguir disfrutando de ella.

Van Brunt inclinó la cabeza, pensativo, y una sonrisa imperceptible asomó a sus labios. Sin líos amorosos ni coqueteos ni malentendidos. Pensó que Fairfax también llevaba mal que un oso le hubiese echado la zarpa a Emily Southwaithe. Y Carlton Southwaithe no era mal oso.

—Pero tienes que regresar conmigo —dijo Van Brunt con calma.

—No, no pienso volver.

—Yo creo que sí.

—Ya te he dicho que aquí es fácil vivir —dijo Fairfax, muy decidido—. Lo entiendo todo y me entienden. El verano y el invierno se alternan como una luz que atraviesa una cerca de estacas, las estaciones son una sucesión de luces y sombras, y el tiempo pasa, el tiempo pasa y luego… un lamento en el bosque y la oscuridad. ¡Escucha!

Levantó la mano y el hilo de plata que era el lamento de la mujer atravesó el silencio y la calma. Fairfax se unió a ella en voz baja.

—O-o-o-o-o-o-a-haa-ha-a-ha-aa-a-a, o-o-o-o-o-o-a-ha-a-ha-a —cantó—. ¿Lo oyes? ¿Lo ves? Las mujeres lamentándose. El cántico funerario. Mi cabello lleno de canas, como un patriarca. Rodeado de pieles en todo mi rudimentario esplendor. Junto a mí, mi lanza. ¿Quién puede decir que no es algo bueno?

Van Brunt no perdió la serenidad.

—Fairfax, eres un insensato. Cinco años así bastan para acabar con cualquiera y tú no estás bien. Además, Carlton Southwaithe ha muerto.

Van Brunt llenó la pipa y la encendió mientras observaba al otro con disimulo y con un interés casi profesional. Los ojos de Fairfax se iluminaron al instante, cerró los puños y se incorporó a medias, luego sus músculos se relajaron y se quedó pensativo. Michael, el cocinero, hizo una seña para indicar que ya estaba lista la comida, pero Van Brunt, también por señas, le pidió que esperase. El silencio era total y se dedicó a analizar los aromas del bosque, los olores penetrantes a moho y vegetación podrida, la esencia resinosa de las piñas y agujas de las píceas, los efluvios aromáticos de las hogueras del campamento. Fairfax levantó la mirada dos veces, sin decir nada, y de repente:

—¿Y… Emily?

—Hace tres años que es viuda. Y lo sigue siendo.

Volvió a instalarse un silencio prolongado que Fairfax rompió, al fin, con una sonrisa ingenua:

—Creo que tienes razón, Van Brunt. Me iré contigo.

—Lo sabía. —Van Brunt apoyó la mano en el hombro de Fairfax—. Nunca se sabe, pero supongo que, teniendo en cuenta la posición de Emily, habrá recibido ofertas…

—¿Cuándo partirás? —interrumpió Fairfax.

—Cuando mis hombres hayan dormido un poco. Lo que me recuerda que Michael empieza a enfadarse, así que vamos a comer.

Tras la cena, cuando los indios crees y los *voyageurs* ya roncaban entre las mantas, los dos permanecieron junto a la hoguera. Tenían mucho que hablar —guerras, política, exploraciones, hazañas y acontecimientos, amigos mutuos, bodas, decesos—, cinco años de historia que Fairfax deseaba conocer.

—Y la flota española fue contenida en Santiago de Cuba —estaba diciendo Van Brunt cuando una joven se acercó sin hacer ruido y se quedó de pie junto a Fairfax. Echó una rápida ojeada a su rostro y luego miró a Van Brunt, preocupada.

—Es la hija del jefe Tantlatch, una especie de princesa —explicó Fairfax, sonrojándose—. Uno de los incentivos para que me quedase. Thom, éste es Van Brunt, mi amigo.

Van Brunt le tendió la mano, pero la mujer permaneció sin moverse, rígida. Ni una sola línea de su rostro se suavizó, no relajó ni un rasgo. Lo miraba a los ojos y lo atravesaba con los suyos, buscando algo, preguntando.

—No entiende gran cosa —se rio Fairfax—. Es la primera vez que le presento a alguien. Pero me estabas contando lo de la flota española en Santiago de Cuba.

Thom se acuclilló junto a su marido, inmóvil como una estatua de bronce. Solo sus ojos se movían de un rostro al otro, buscando sin descanso. Avery van Brunt empezó a sentirse nervioso bajo aquella mirada, mientras continuaba hablando. En medio de sus gráficas descripciones de la batalla, de repente sentía aquellos ojos negros clavados en él y se interrumpía una y otra vez hasta que era capaz de recuperar el hilo y continuar. Fairfax, con las manos rodeando las rodillas y la pipa en la boca, absorto, lo espoleaba para que siguiera y volvía a imaginarse aquel mundo que creía ya olvidado.

Transcurrió una hora, y dos, y Fairfax se puso en pie de mala gana.

—Así que acorralaron a Cronje, el general bóer, ¿no? Bueno, espera un momento que voy a ver a Tantlatch. Querrá recibirte y lo arreglaré con él para

que lo veas mañana, después de desayunar. ¿Te parece bien?

Se alejó entre los pinos y Van Brunt se encontró mirando a los ojos vehementes de Thom. «Cinco años, pensó, y no creo que ahora tenga más de veinte. Una criatura extraordinaria. Al ser esquimal, debería tener una nariz pequeña y chata, pero ni es ancha ni chata, sino aquilina, de orificios delicados y bien formados, como los de cualquier dama de una raza más blanca. Tiene un toque indio, no lo dudes, Avery van Brunt. Avery van Brunt, no te pongas nervioso, no te comerá. No es más que una mujer y, por si fuera poco, atractiva. Más oriental que aborigen. Tiene los ojos grandes y separados, con el leve toque oblicuo de los mongoles. Thom, eres una anomalía. Estás fuera de lugar entre estos esquimales, aunque tu padre sea uno de ellos. ¿De dónde procedía tu madre? ¿0 tu abuela? Thom, querida Thom, eres una belleza, una belleza helada y fría por cuyas venas corre lava de Alaska. Por favor, no me mires así».

Se rio y se puso de pie. Aquella mirada insistente lo desconcertaba. Un perro merodeaba entre los sacos de provisiones. Se ocuparía de echarlo de allí y poner la comida a salvo mientras esperaba el regreso de Fairfax. Pero Thom extendió la mano para detenerlo y se levantó, frente a él.

—¿Tú? —dijo en esa lengua del Ártico que varía muy poco desde Groenlandia hasta Punta Barrow—. ¿Tú?

Y la expresión de su rostro indicaba que con aquel «tú» le preguntaba el motivo de su existencia, de su presencia allí y su relación con su esposo. Todo.

—Hermano —respondió él en la misma lengua, con un gesto que abarcaba el sur—. Ser hermanos, tu hombre y yo.

Ella negó con la cabeza.

—No ser bueno tú aquí.

—Un sueño y yo ir.

—¿Mi hombre? —quiso saber ella, temblando de ansia.

Van Brunt se encogió de hombros. Sentía una especie de vergüenza secreta, una vergüenza impersonal hacia Fairfax. Estaba enfadado. Supo que se había sonrojado al mirar a la joven salvaje. No era más que una mujer. Una simple mujer. La sórdida historia se repetía una vez más, tan antigua como Eva y tan nueva como el amor más reciente.

—¡Mi hombre! ¡Mi hombre! ¡Mi hombre! —repetía ella insistentemente, el rostro oscurecido por la pasión y la ternura inquebrantable de la mujer eterna, de la hembra, mirándolo desde sus ojos.

—Thom —dijo él, muy serio, en inglés—. Naciste en los bosques del Norte, has comido pescado y carne, luchado contra el hielo y la hambruna y vivido de forma sencilla durante toda tu existencia. Hay muchas cosas, nada sencillas, que no conoces y que nunca entenderás. No sabes lo que es echar de menos el alimento de otros mundos ni puedes comprender lo que es desear ver el rostro de una mujer blanca. Y esa mujer es hermosa, Thom, muy hermosa y muy blanca. Has sido la esposa de este hombre y lo has sido siendo tú misma. Pero lo que tú eres es poco, es sencillo. Demasiado poco y demasiado sencillo, y él es extranjero. Nunca lo has conocido y jamás lo conocerás. Así son las cosas. Lo has tenido en tus brazos pero nunca serás la dueña de su corazón, del corazón de ese hombre que habla de estaciones sucesivas y sueña con un final propio de salvajes. Sueños y fantasías, eso ha sido él para ti. Quisiste agarrarte a algo sólido y atrapaste una sombra, te entregaste a un hombre y te uniste a su espectro, como en el pasado hicieron las hijas de los hombres a las que los dioses eligieron. Thom, Thom, escucha, no me gustaría ser John Fairfax en las noches en vela de los años futuros, en las noches en vela que pasará cuando sus ojos no vean el cabello dorado como el sol de la mujer que yazca a su lado, sino los mechones negros de la compañera traicionada en los bosques del Norte.

Aunque no lo entendía, lo escuchó con una atención intensa, como si la vida dependiera de lo que él decía. Pero comprendió el nombre de su marido y gritó en lengua esquimal:

—¡Sí! ¡Sí! ¡Fairfax! ¡Mi hombre!

—Pobre criatura, ¿cómo puedes pensar que es tuyo?

Sin embargo, como no entendía el inglés del otro, creyó que estaba jugando con ella. La ira muda y desbocada de la hembra iluminó su rostro y a Van Brunt le pareció que se disponía a saltar como una pantera.

Se maldijo a sí mismo en voz baja y aguardó a que el fuego abandonara el rostro de ella, dando paso al resplandor luminoso y dulce de la mujer que suplica, de la mujer que renuncia a la fuerza y prefiere recurrir a otros métodos en su debilidad.

—Ser mi hombre —dijo con delicadeza—. Nunca conocer otro. No poder conocer otro. Él no poder ir.

—¿Quién decir que él ir? —preguntó Van Brunt, entre exasperado e impotente.

—Tú decir a él que no ir —respondió ella suavemente, reteniendo un sollozo.

Van Brunt dio una patada a las brasas de la hoguera y se sentó.

—Tú decir a él. Él mi hombre. No más mujer, él mi hombre. Tú ser grande, fuerte. Yo débil. Estar a tus pies. Tú cuidar de mí. Tú.

—¡Arriba! —La agarró para levantarla y él también se puso en pie—. Tú ser mujer. El suelo no ser lugar para ti, ni los pies del hombre.

—Ser mi hombre.

—¡Pues que Dios se apiade de los hombres! —exclamó Van Brunt, dejándose llevar por la pasión.

—Ser mi hombre —repitió la joven en tono de súplica.

—Ser mi hermano —respondió él.

—Mi padre ser jefe Tantlatch. Mandar cinco aldeas. Tú elegir mujer en cinco aldeas, para quedar aquí con hermano y vivir bien.

—Un sueño y yo ir.

—¿Mi hombre?

—Tu hombre venir ahora. ¡Mira!

La voz cantarina de Fairfax se oyó entre la oscuridad de las píceas. Como la bruma que sube del mar enfría el día, aquella canción apagó la luz del rostro de la joven.

—Ser lengua de su gente —dijo—. Lengua de su gente.

Se dio la vuelta como un animal ágil y joven y se internó en el bosque.

—Solucionado —dijo Fairfax al acercarse—. Su alteza real te recibirá después del desayuno.

—¿Se lo has dicho?

—No. No se lo diré hasta que estemos a punto de partir.

Van Brunt observó de mal humor las siluetas de sus hombres dormidos.

—Me alegraré cuando nos encontremos a cien leguas de aquí.

☘

THOM LEVANTÓ LA PUERTA de piel de la tienda de su padre. Lo acompañaban dos hombres y los tres la miraron con interés. Pero su rostro no presagiaba nada al entrar y sentarse con calma, sin hablar. Tantlatch golpeaba con los nudillos el astil de una lanza que descansaba sobre sus rodillas y observaba un rayo de sol que entraba por uno de los agujeros de sujeción y rompía la oscuridad de la tienda con su senda de luz. A su izquierda, tras su hombro, se acuclillaba Chugungatte, el chamán. Ambos eran ancianos y el cansancio de los años anidaba en sus ojos. Pero frente a ellos se sentaba Keen, un joven

respetado por toda la tribu. Era despierto y rápido de movimientos, y sus ojos negros pasaban de rostro en rostro, desafiantes, siempre observando.

Allí reinaba el silencio. De vez en cuando les llegaba algún ruido del campamento y a lo lejos, difuminadas y tenues como si fueran sombras de voces, se oían las peleas de los niños. Un perro asomó la cabeza y parpadeó un instante al verlos, con la baba goteando en los colmillos blancos como el marfil. Al cabo de un rato gruñó, no muy seguro de la situación, y luego, temeroso por la inmovilidad de aquellas siluetas humanas, bajó la cabeza y retrocedió arrastrándose. Tantlatch miró a su hija con indiferencia.

—¿Y tu hombre? ¿Qué os pasa?

—Canta canciones extrañas —respondió Thom—, y en su rostro hay algo nuevo.

—¿Ha hablado?

—No, pero en su rostro hay algo nuevo, y una luz nueva en sus ojos. Se sienta junto a la hoguera con el recién llegado y hablan sin parar. No dejan nunca de hablar.

Chugungatte susurró algo al oído de su jefe y Keen inclinó el torso hacia delante.

—Es como si algo lo llamase desde lejos —continuó la joven—, y él se sentase a escuchar y respondiese cantando en la lengua de los suyos.

Chugungatte volvió a susurrar y Keen se inclinó de nuevo. Thom guardó silencio hasta que su padre le indicó con un gesto que podía continuar.

—Tú ya sabes, Tantlatch, que el ganso silvestre, el cisne y el pato nacen aquí, en las tierras bajas. Sabes que parten hacia lugares desconocidos antes de que llegue el hielo. Y también sabes que siempre vuelven cuando el sol regresa a la tierra y los ríos fluyen en libertad. Siempre vuelven al lugar donde nacieron para crear nuevas vidas. La tierra los llama y ellos vienen. Ahora es otra tierra la que llama, y llama a mi hombre, la tierra en la que nació, y él ha pensado responder a esa llamada. Pero es mi hombre. Ante las demás mujeres, es mi hombre.

—¿Eso está bien, Tantlatch? ¿Eso está bien? —preguntó Chugungatte con un leve tono de amenaza en la voz.

—Sí, está bien —se atrevió a decir Keen—. La tierra llama a sus hijos y todas las tierras llaman a sus hijos para que regresen al hogar. Como llama al ganso, al cisne y al pato silvestre, también llama al extraño que se ha quedado con nosotros y que ahora debe marcharse. Además, está la llamada de la raza. El ganso se empareja con el ganso y un cisne nunca debería emparejarse con un pato. Tampoco es bueno que los extraños se emparejen con las mujeres de

nuestras aldeas. Por eso yo digo que el hombre debe irse con los suyos, a su tierra.

—Es mi hombre —respondió Thom—. Y es un buen hombre.

—Sí, es un buen hombre. —Chugungatte levantó la cabeza con un gesto que le hizo recuperar levemente su vigor de juventud—. Es un gran hombre que dio fuerza a tu brazo, Tantlatch, te dio poder e hizo que tu nombre fuese temido en esta tierra, temido y respetado. Es sabio y su sabiduría nos beneficia. A él le debemos muchas cosas: astucia en la guerra, los secretos para defender la aldea y para atacar en el bosque; la forma de discutir en los consejos y de ganar a los enemigos con palabras y promesas firmes; la manera de cazar, de hacer trampas y de conservar los alimentos; los métodos para curar enfermedades y sanar las heridas del camino y de la lucha. Tú, Tantlatch, serías ahora un anciano cojo si el Extraño no hubiese llegado para curarte. Siempre, cuando surgían cuestiones complicadas, acudíamos a él para que con su sabiduría las aclarase y él siempre lo hizo. Surgirán más cuestiones y necesitaremos su sabiduría, por eso no podemos permitir que se marche. No es bueno que lo dejemos partir.

Tantlatch continuaba golpeando la lanza con los nudillos, sin dar muestras de haber oído. Thom observaba en vano su rostro y Chugungatte se encogió de nuevo cuando el peso de los años volvió a caer sobre él.

—Nadie caza por mí. —Keen se dio un golpe en el pecho—. Yo cazo mi carne. Cuando cazo, me alegro de vivir. Cuando me arrastro sobre la nieve para acercarme al gran alce, soy feliz. Y cuando tenso el arco con fuerza y la flecha, rápida y potente, atraviesa su corazón, me alegro. La carne que cazan los demás no me sabe tan bien como la que yo cazo. Me alegro de vivir, me alegro de mi propia astucia y fuerza, me alegro de hacer cosas y de hacerlas por mí mismo. ¿Qué otro motivo hay para vivir? ¿Para qué vivir si no disfruto por mí mismo y con las cosas que hago? Salgo a cazar y a pescar porque me alegro y soy feliz; y cada vez soy más fuerte y más astuto porque salgo a cazar y a pescar. El hombre que se queda en su tienda junto al fuego no gana en astucia o en fuerza. Comer lo que yo cazo no lo hace feliz, ni se alegra de vivir. No vive. Por eso digo que el Extraño debe irse. Su sabiduría no nos hace sabios. Si él es astuto, nosotros no necesitamos serlo. Cuando lo necesitamos, acudimos a su astucia. Comemos la carne que él caza y no nos sabe bien. Aprovechamos su fuerza y eso no nos alegra. No vivimos si él vive por nosotros. Engordamos y nos convertimos en mujeres, tenemos miedo de trabajar y olvidamos cómo se hacen las cosas. Deja que el hombre se marche,

Tantlatch, para que seamos hombres. ¡Yo soy Keen, soy un hombre, y nadie caza por mí!

Tantlatch le dedicó una mirada que parecía contener el vacío de la eternidad. Keen aguardaba expectante su decisión, pero los labios no se movieron y el anciano jefe se volvió hacia su hija.

—Lo que se da no se quita —estalló ella—. Yo solo era una niña cuando ese Extraño, que es mi hombre, llegó a nosotros. Yo no conocía a los hombres ni sus costumbres y mi corazón era el de una niña pequeña cuando tú, Tantlatch, tú y nadie más, me llamaste a tu presencia y me entregaste al Extraño. Tú y nadie más, Tantlatch. Pero al hacerlo, también me lo diste a él, a mí, me lo diste. Es mi hombre. Ha dormido en mis brazos y nadie podrá arrancarlo de ellos.

—Es bueno, Tantlatch —dijo Keen enseguida, mirando significativamente a Thom—, es bueno recordar que aquello que se da no se puede quitar.

Chugungatte se enderezó.

—Es tu juventud la que habla por ti, Keen. Nosotros, Tantlatch, somos ancianos y comprendemos. También nosotros hemos mirado a los ojos de una mujer y sentido el calor en la sangre producido por extraños deseos. Pero los años nos han enfriado, hemos aprendido la sabiduría del consejo, la astucia de la cabeza fría y la mano tranquila, y sabemos que un corazón caliente puede acalorarse demasiado y empujar a la precipitación. Sabemos que Keen gozaba de tu favor. Sabemos que, en tiempos pasados, cuando Thom era una niña, se le prometió que sería para él. Y sabemos que llegaron otros tiempos, que con ellos llegó el Extraño y que nuestra sabiduría y deseo de vivir mejor provocaron que Keen perdiera a Thom y se rompiera la promesa.

El chamán hizo una pausa y miró al joven.

—Quiero que sepas que yo, Chugungatte, aconsejé que la promesa se rompiera.

—Pero yo no he llevado a otra mujer a mi lecho —intervino Keen—. He hecho mi propia hoguera, cocinado mis alimentos y apretado los dientes en soledad.

Chugungatte hizo un gesto con la mano para indicar que no había terminado.

—Soy anciano y hablo porque comprendo. Es bueno ser fuerte y buscar el poder. Pero es mejor renunciar al poder si de ello se desprende el bien. En los viejos tiempos yo me sentaba junto a tu hombro, Tantlatch, mi voz se oía en el consejo por encima de las demás y mi opinión se tenía en cuenta. Yo era fuerte y tenía poder. Era el más importante después de Tantlatch. Entonces

llegó el Extraño y vi que era astuto y sabio y grande. Como era más sabio y más grande que yo, comprendí que nos beneficiaríamos más con él que conmigo. Tú me hiciste caso, Tantlatch, escuchaste mis palabras y diste al Extraño poder, un puesto y a tu hija, Thom. La tribu prosperó bajo las nuevas leyes de los nuevos tiempos y continuará prosperando si el Extraño se queda con nosotros. Somos ancianos, los dos, Tantlatch, tú y yo, y en este asunto debe mandar la cabeza, no el corazón. ¡Oye mis palabras, Tantlatch! ¡Escucha mis palabras! ¡El hombre se queda!

Se produjo un largo silencio. El anciano jefe meditaba con la profunda certeza de un dios y Chugungatte parecía envuelto en la bruma de una gran antigüedad. Keen miraba con deseo a la mujer y ella, sin darse cuenta, examinaba atentamente el rostro de su padre. El perro lobo volvió a apartar la piel de la entrada, el silencio le dio valor y se arrastró hacia delante, pegado al suelo. Olisqueó curioso la mano inmóvil de Thom, levantó las orejas con gesto desafiante ante Chugungatte y se sentó frente a Tantlatch. La lanza cayó al suelo y el perro dejó escapar un grito de miedo y saltó hacia un lado, mientras intentaba morder el aire. Con el segundo salto logró salir de la tienda.

Tantlatch los miró de uno en uno, deteniéndose un buen rato en observarlos. Luego levantó la mano como un rey rudimentario y emitió su juicio en tono frío y mesurado.

—El hombre se queda. Que vengan los cazadores. Enviad a un corredor a la aldea vecina y que vuelva acompañado de todos sus guerreros. No recibiré al recién llegado. Chugungatte, tú hablarás con él. Dile que puede irse de inmediato si lo hace en paz. Y si hay que luchar los mataremos a todos. Pero que los nuestros sepan que no quiero que el mal caiga sobre nuestro hombre, el hombre con el que mi hija se casó. He dicho.

Chugungatte se levantó y salió tambaleante. Thom lo siguió. Pero cuando Keen se encorvaba en la entrada para salir, la voz de Tantlatch lo detuvo.

—Keen, deseo que oigas bien mis palabras: el hombre se queda. No quiero que sufra daños.

☘

DEBIDO A LAS INSTRUCCIONES de Fairfax sobre el arte de la guerra, los hombres de la tribu no se lanzaron a la lucha con audacia y griterío, sino que fueron

comedidos y serenos, y se contentaron con avanzar en silencio, deslizándose y arrastrándose con sigilo de refugio en refugio. Los indios crees y los *voyageurs* se agachaban junto al terraplén de la orilla, en parte protegidos por una estrecha franja de terreno despejado. No veían nada y oían muy poco, pero sentían la emoción de la vida que recorría el bosque, el movimiento impreciso e indefinible de la hueste que avanzaba.

—Malditos sean —murmuró Fairfax—. Nunca se habían enfrentado a la pólvora, pero yo les enseñé el truco.

Avery van Brunt se rio, vació la cazoleta de su pipa, la guardó con cuidado en la petaca y aflojó la funda del cuchillo que llevaba a la cadera.

—Espera —dijo—. Aplastaremos a los primeros y los dejaremos desconcertados.

—Si recuerdan mis enseñanzas, se dispersarán corriendo.

—Que corran. Los rifles con cargador están hechos para acribillar. Bueno, ¡bien! ¡Primer blanco! ¡Ración extra de tabaco, Loon!

Loon, un indio cree, había localizado un hombro al descubierto y advertido al propietario de su descubrimiento con una bala despiadada.

—Si pudiésemos engañarlos para que se lanzasen hacia nosotros —murmuró Fairfax—. Si fuésemos capaces de engañarlos de alguna forma…

Van Brunt vio asomar una cabeza tras un tronco lejano, disparó y el hombre cayó al suelo, luchando con la muerte. Michael derribó al tercero y Fairfax y los otros le ayudaron, disparando a cualquier indicio que surgiera tras la maleza en movimiento. Al cruzar una pequeña zanja, cinco hombres de la tribu quedaron al descubierto y cayeron enseguida y, a la izquierda, donde las zonas de protección escaseaban, derribaron a otros doce. Pero aceptaban el castigo imperturbables, huraños, y continuaban aproximándose con cuidado, despacio, sin prisa pero sin pausa.

Diez minutos después, cuando ya estaban bastante cerca, los movimientos cesaron, el avance se detuvo por completo y el silencio resultó premonitorio, amenazador. Solo se veía el verde y el dorado de los bosques y la maleza, estremeciéndose y temblando al recibir los primeros soplos de la brisa que anunciaba el día. El pálido sol blanco de la mañana veteaba la tierra de sombras alargadas y rayos de luz. Un hombre herido asomó la cabeza y se arrastró como pudo fuera de la zanja, mientras Michael lo seguía con el rifle, pero sin disparar. Un silbido recorrió la línea invisible de izquierda a derecha y una lluvia de flechas cruzó el aire.

—Preparados —ordenó Van Brunt con un deje nuevo y metálico en la voz —. ¡Ya!

Abandonaron el refugio a la vez. El bosque palpitó de vida súbitamente. Se oyó un aullido intenso y los rifles respondieron desafiantes. Los hombres de la tribu morían en pleno salto y, al caer, sus hermanos los sobrepasaban como una ola irresistible, rugiente. Al frente de la avalancha, con el pelo ondeando al viento y los brazos en movimiento, corriendo entre los árboles y saltando sobre los troncos caídos, avanzaba Thom. Fairfax apuntó y casi apretó el gatillo antes de reconocerla.

—¡La mujer! ¡No le disparéis! —gritó—. ¡Mirad! ¡No va armada!

Los indios crees no lo oyeron, ni Michael, ni su hermano *voyageur*, ni Van Brunt, que disparaba sin respiro. Pero Thom continuaba avanzado, desarmada, tras los pasos de un cazador cubierto de pieles que había Surgido por un lado y se había puesto delante de ella, Fairfax vació su cargador sobre los hombres a derecha e izquierda de la joven y giró el rifle para ocuparse del cazador. Pero el hombre, que pareció reconocerlo, se desvió de repente hacia un lado y atravesó el cuerpo de Michael con su lanza. Al instante, Thom pasó un brazo alrededor del cuello de su marido, dio media vuelta y, con la voz y los gestos, empezó a apartar a la masa de guerreros en plena embestida. Una veintena de hombres los sobrepasaron a cada lado y Fairfax, durante un instante muy breve, se quedó allí de pie mirándola y viendo su belleza broncínea, emocionado, exultante, conmovido hasta la médula, viendo extrañas visiones, soñando… soñando imperecederamente. Fragmentos y retazos de la filosofía del viejo mundo y de la ética del nuevo cruzaron su mente, junto con otras cosas increíblemente concretas y tristemente incongruentes: escenas de caza, zonas de bosque sombrío, la inmensidad de la nieve silenciosa, el resplandor de las luces en un salón de baile, grandes galerías y salas de conferencias, el brillo trémulo y fugaz de los tubos de ensayo, largas hileras de estanterías repletas de libros, el zumbido de la maquinaria y el rugir del tráfico, un fragmento de una canción olvidada, los rostros de mujeres amadas y viejos amigos, un cauce solitario entre cumbres elevadas, una embarcación destrozada sobre una playa de guijarros, campos silenciosos a la luz de la luna, fértiles valles, el olor del heno…

Un cazador recibió una bala en la frente, cayó hacia delante sin vida y, con el impulso de la embestida, se deslizó sobre el suelo. Fairfax recuperó la conciencia. Sus compañeros —los que quedaban— se habían visto obligados a retroceder hacia los árboles. Oyó los gritos violentos de los cazadores al acorralarlos, mientras clavaban y hundían en sus cuerpos las armas de hueso y marfil. Los gritos de los moribundos le dolían en el alma. Supo que la lucha había terminado, que había perdido la batalla, pero las tradiciones de su raza y

la lealtad que le debía lo empujaron hacia aquel maremágnum para al menos morir con los suyos.

—¡Marido! ¡Marido! —grito Thom—. ¡Estás a salvo!

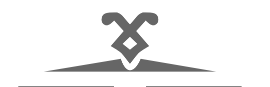
Él intentó avanzar, pero el peso muerto de ella lo atascaba.

—¡No es necesario! ¡Están muertos y viviremos tranquilos!

Se agarró con fuerza a su cuello y metió las piernas entre las de él, hasta hacerlo tropezar y trastabillar. Fairfax se tambaleó violentamente para recuperar el equilibrio, volvió a tropezar y cayó de espaldas al suelo. Se golpeó la cabeza con una raíz que sobresalía y se quedó aturdido, casi sin fuerzas para luchar. Al caer, la joven había oído el silbido de una flecha que pasaba zumbando y cubrió su cuerpo con el de ella, como si fuera un escudo, abrazándolo con fuerza, el rostro y los labios pegados a su cuello.

En ese momento, Keen se puso de pie tras un matorral que se encontraba a seis metros de distancia. Miró a su alrededor detenidamente. La batalla se había alejado de ellos y los gritos del último hombre se desvanecían ya. No había testigos. Colocó una flecha en la cuerda del arco y miró hacia el hombre y la mujer. Entre el pecho y el brazo de ella asomaba la carne blanca del costado del hombre. Keen inclinó el arco y tiró de la flecha hacia atrás. Lo hizo dos veces con calma, para asegurarse, y luego disparó su misil de afilada punta y dio de lleno en aquella carne blanca, más blanca aún debido al color broncíneo del pecho y el brazo que la rodeaban.

[1901]



Para repeler un abordaje

—NO, LO DIGO EN SERIO, BOB, creo que nací demasiado tarde. El siglo XX no es lugar para mí. Si hubiese podido elegir…

—Habrías nacido en el XVI —interrumpí yo, riéndome—, con Drake, con Hawkins, con Raleigh y el resto de los reyes del mar.

—¡Eso es! —afirmó Paul. Se dio la vuelta y se quedó boca arriba sobre la pequeña cubierta de popa y dejó escapar un largo suspiro de insatisfacción.

Pasaba poco de la medianoche y, con el viento casi a popa, corríamos a lo largo de la parte interna de la bahía de San Francisco hacia la isla Bay Farm. Paul Fairfax y yo íbamos a la misma escuela, éramos vecinos y además amigos. Ahorrando dinero, ganando más y renunciando ambos a recibir una bicicleta por nuestros respectivos cumpleaños habíamos reunido lo que costaba el *Mist*, un balandro de veintiocho pies, con una gavia pequeña y orza de sable. El padre de Paul también era regatista y se había ocupado de gestionar la operación, rebuscando, revisando, clavando la navaja en las cuadernas y comprobando el estado de la tablazón con el mayor de los cuidados. De hecho, había sido en su goleta, la *Whim*, donde Paul y yo habíamos aprendido lo que sabíamos sobre navegación a vela y, ahora que el *Mist* era nuestro, nos esmerábamos en mejorar nuestros conocimientos.

El *Mist*, al ser ancho, resultaba cómodo y espacioso. Era posible estar de pie en la cabina y, como tenía cocina, utensilios de todo tipo y literas, podíamos navegar incluso durante una semana entera. En aquel momento zarpábamos para realizar la primera de esas travesías largas y, debido a que era la primera, navegábamos de noche. Habíamos salido de Oakland al atardecer y ahora pasábamos junto a la desembocadura del arroyo de la Alameda, un gran estuario de agua salada que llena y vacía la bahía de San Leandro.

—En esos tiempos sí que se vivía —dijo Paul, tan de repente que me sobresaltó al arrancarme de mis propios pensamientos—. Me refiero a los tiempos de los reyes del mar —explicó.

Yo dije «ya» con indulgencia y empecé a silbar La balada del capitán Kidd.

—Aunque yo tengo mis propias ideas —continuó Paul—. La gente habla de romances y aventuras, pero yo digo que el romance y la aventura están muertos. Somos demasiado civilizados. En el siglo XX ya no corremos aventuras. Vamos al circo…

—Pero… —quise interrumpir, aunque no me hizo caso.

—Oye, Bob —dijo—, desde que somos amigos, ¿cuántas aventuras hemos corrido? Sí, una vez salimos a la montaña y no volvimos hasta muy entrada la noche, volvimos bien y con hambre, pero ni siquiera nos perdimos. Todo el rato supimos dónde estábamos. Solo era cuestión de caminar. Lo que quiero decir es que nunca hemos tenido que luchar por nuestras vidas. ¿Me entiendes? Nunca nos han disparado con una pistola o con un cañón, ni han blandido una espada sobre nuestras cabezas ni… ni nada.

—Será mejor que aflojes un poco la mayor —añadió luego, sin esperanza, como si no importase demasiado—. El viento sigue cambiando de dirección.

—En los viejos tiempos, salir a navegar era una aventura constante, magnífica —continuó al rato—. Un chico dejaba la escuela, se hacía guardiamarina y a las pocas semanas ya perseguía galeones españoles o luchaba encarnizadamente con un corsario francés o… hacía montones de cosas.

—Bueno, hoy aún se pueden correr aventuras —objeté.

Pero Paul continuó como si yo no hubiese hablado:

—Hoy salimos de la escuela y pasamos a secundaria y luego a la universidad, para acabar trabajando en una oficina o ser médicos o cosas parecidas, y solo tenemos contacto con las aventuras que leemos en los libros. Mira, tan seguro como que ahora estoy sentado en la popa del balandro *Mist*, lo estoy de que no sabríamos qué hacer si se nos presentase una aventura de verdad. ¿Tú crees que sabríamos?

—No sé —respondí para no comprometerme.

—Pero no serías un cobarde, ¿verdad? —preguntó.

Yo estaba seguro de que no y se lo dije.

—Aunque no hay que ser un cobarde para perder la cabeza, ¿no?

Estuve de acuerdo en que a veces los valientes se alteran.

—Entonces —resumió Paul con un deje de tristeza en la voz—, es probable que desperdiciásemos la aventura. Es una pena, no puedo decir más.

—Pero aún no se nos ha presentado ninguna aventura —respondí, porque no me gustaba verlo deprimido por nada. Paul era un tipo peculiar para algunas cosas y yo lo conocía muy bien. Leía mucho, tenía mucha imaginación y de vez en cuando se ponía triste, como ahora. Por eso dije—:

No se nos ha presentado la aventura y no tiene sentido preocuparse por si la desperdiciamos o no. También podría salir estupendamente.

Paul guardó silencio un rato y yo ya pensaba que se había olvidado del asunto cuando dijo de repente:

—Imagina, Bob Kellog, que ahora mientras navegamos, ahora mismo, y no te pares a buscarle un motivo, un barco se abalanza sobre nosotros, con hombres armados a bordo. ¿Qué harías para repeler el abordaje? ¿Crees que estarías a la altura?

—¿Qué harías tú? —pregunté con toda la intención—. No olvides que a bordo no llevamos armas de fuego.

—Entonces, ¿te rendirías? —quiso saber, enfadado—. ¿Y si fueran a matarte?

—No sé lo que haría —respondí con frialdad. Yo también empezaba a enfadarme—. Pero te he preguntado qué harías tú, sin armas.

—Buscaría alguna salida —contestó. Su respuesta me pareció brusca.

Me reí.

—En ese caso no desperdiciaríamos la aventura, ¿no crees? Y tú no has dicho más que bobadas.

Paul encendió una cerilla, miró su reloj y comentó que ya casi era la una. Esa era su forma de cambiar de tema cuando una discusión se le torcía. Aunque ahora nuestras peleas nunca llegaban a más: ya nos habíamos peleado bastante en los primeros tiempos de nuestra amistad. Acababa de ver una pequeña luz blanca por delante de nosotros cuando Paul volvió a hablar.

—Una luz de fondeo —dijo—. Vaya sitio más raro para fondear. Podría ser una gabarra, así que déjale margen.

Varié el rumbo del *Mist*, el viento hinchó las velas, nuestra velocidad aumentó y pasamos junto a la luz con tanto margen que no pudimos divisar la clase de embarcación que señalaba. De repente, el *Mist* aflojó y empezó a avanzar despacio, como si lo hiciera sobre barro blando. Los dos nos sobresaltamos. El viento soplaba con más fuerza que nunca y sin embargo casi nos habíamos detenido.

—¿Aquí hay marismas? ¡Nunca lo había oído!

Eso fue lo que dijo Paul, con un bufido escéptico. Luego cogió un remo, lo metió en el agua y empujó hacia abajo. Descendió hasta que el agua le mojó la mano. ¡No llegaba al fondo! Nos quedamos boquiabiertos. El viento silbaba con energía, pero el *Mist* continuaba avanzando a paso de caracol. Era como si algo se hubiese muerto en el interior de la embarcación y lo único que podía hacer yo, a la caña, era evitar que el viento jugase con ella.

—¡Escucha! —Apoyé la mano en el brazo de Paul. Se oía el ruido de los toletes y vimos que la luz blanca oscilaba arriba y abajo y se encontraba ya muy cerca de nosotros—. Ahí tienes tu barco armado —susurré, divertido—. ¡Toda la tripulación a sus puestos, preparada para repeler el abordaje!

Nos reímos y seguíamos riéndonos cuando un grito de ira salvaje rasgó la oscuridad y la otra embarcación golpeó nuestra popa. A la luz del farol que llevaba vimos claramente a los dos hombres que iban en ella. Tenían aspecto extranjero, el rostro moreno por el sol y llevaban boinas de lana al estilo pescador, bandas de punto de colores brillantes a la cintura y unas botas altas de marinero les cubrían las piernas. Aún recuerdo el escalofrío que me recorrió la espalda al ver los diminutos aros de oro que adornaban la oreja de uno de ellos. Eran como piratas salidos de las páginas de una novela. Y, para completar el cuadro, sus rostros estaban deformados por la ira y cada uno llevaba un cuchillo de hoja larga. Los dos gritaban, con voces agudas, en una jerga extraña que no comprendíamos.

Uno de ellos —el más pequeño de los dos y quizás el de aspecto más cruel— apoyó las manos en la barandilla del *Mist* y empezó a subir a bordo. Rápido como el rayo, Paul hincó el extremo del remo en el pecho del hombre y lo empujó de vuelta a su embarcación. Cayó al suelo, aunque enseguida se levantó, blandiendo el cuchillo y gritando:

—¡Rompisteis mi red! ¡Rompisteis mi red!

Luego volvió chillar en su jerga, su compañero se unió a él y ambos se prepararon para intentar subir de nuevo a bordo del *Mist*.

—Son pescadores italianos —grité, al comprender de repente lo que ocurría—. Hemos pasado sobre su red para pescar eperlanos, que se ha deslizado por la quilla y se ha enredado en nuestro timón. Nos tiene anclados.

—Sí y además tienen pinta de asesinos —dijo Paul, pendiente del remo para mantenerlos a distancia.

—¡Oíd, amigos! —les gritó de inmediato—. Dadnos unos minutos y liberaremos la red. No sabíamos que estaba ahí. No lo hemos hecho a propósito.

—No perderéis nada —añadí yo—. Os pagaremos los daños.

Pero o no entendían lo que les decíamos o no querían entender.

—¡Rompisteis mi red! ¡Rompisteis mi red! —volvió a gritar, furioso, el hombre más pequeño, el de los pendientes—. ¡Me vengaré! ¡Ya lo veréis! ¡Me vengaré!

Esta vez, cuando Paul lo empujó hacia atrás, agarró el remo y su compañero saltó a bordo. Yo apoyé la espalda contra la caña del timón y, tan

pronto puso los pies en cubierta, antes de que recuperase el equilibrio, me enfrenté a él con otro remo y cayó de espaldas a su embarcación. La cosa se ponía seria y, cuando se levantó y agarró mi remo y me di cuenta de la fuerza que tenía, confieso que sentí miedo. Pero, aunque era más fuerte que yo, en lugar de intentar arrastrarme a su barco al tirar del remo, se limitó a usarlo para acercar más su embarcación a la nuestra. Volví a empujar el remo y el barco se alejó. Además, el cuchillo, que continuaba en su mano derecha, le impedía moverse mejor y eso equilibraba la ventaja que su fuerza superior le concedía. Paul y su enemigo se encontraban en la misma situación, una especie de punto muerto que se prolongó durante varios segundos más, pero que no podía durar siempre. Grité varias veces que pagaríamos los daños causados a su red, aunque mis palabras no surtieron efecto.

Entonces mi hombre sujetó el extremo del remo bajo el brazo y empezó a acortar distancias poco a poco, tirando de él con ambas manos. El hombre pequeño hizo lo mismo con Paul. A cada momento los teníamos más cerca y supimos que el final solo era cuestión de tiempo.

—Todo a barlovento, Bob —me dijo Paul en voz baja.

Le eché una rápida mirada y me pareció ver un rostro muy pálido y unos dientes muy apretados.

—¡Bob, todo a barlovento! —suplicó—. ¡Todo a barlovento, Bob!

Entonces comprendí. Sin soltar el remo, moví la caña del timón con la espalda y doblé el cuerpo para mantenerla donde quería. A pesar de tener el viento a favor, el *Mist* no se movía, y esa maniobra lo obligaría a bandear la mayor. Percibí el momento en el que el viento abandonaba la vela y la botavara basculaba hacia arriba. El hombre de Paul había logrado poner un pie en la cubierta, por fuera de la barandilla, y el mío empezaba a subir gateando.

—¡Cuidado! —avisé a Paul—. ¡Ahí viene!

Los dos soltamos los remos y nos lanzamos al interior de la bañera. En ese instante, la enorme botavara y las pesadas pastecas pasaron veloces por encima de nuestras cabezas, la mayor moviéndose como una gran serpiente enroscada, y el *Mist* se escoró con una violenta sacudida. Los otros dieron un salto para protegerse pero, de alguna forma, al pequeño se le enredó el cuchillo o cayó sobre él, porque cuando volvimos a verlo estaba de pie en su embarcación, con los dedos ensangrentados entre las rodillas y el rostro deformado por el dolor y una ira impotente.

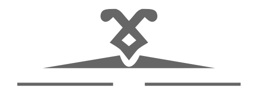
—¡Ésta es la nuestra! —susurró Paul—. ¡Por encima de la barandilla!

A ambos lados de la caña, nos dejamos caer al agua agarrados a la barandilla mientras presionábamos la red hacia abajo con los pies hasta que se soltó con un fuerte tirón. Enseguida saltamos de nuevo a bordo, Paul se ocupó de la mayor, yo de la caña, y el *Mist* cabeceó hacia delante, libre por fin, mientras la luz blanca quedaba a popa y se hacía cada vez más pequeña.

—Ahora que ya has corrido una aventura, ¿te sientes mejor? —recuerdo que le pregunté después de habernos cambiado de ropa, cuando volvíamos estar sentados en la bañera, secos y muy cómodos.

—Bueno, si no tengo pesadillas durante una semana —se detuvo y frunció el ceño, sensato—, será porque no consigo dormir, ¡no te quepa duda!

[1901]



Aventura en el mar superior

Soy capitán retirado del mar superior. Es decir, cuando era más joven (no hace tanto) fui aeronauta y navegué ese océano aéreo que nos rodea y se extiende por encima de nosotros. Por supuesto que se trata de una profesión peligrosa y por eso he vivido muchas experiencias apasionantes, siendo la más apasionante —o al menos la más angustiosa— la que ahora voy a relatar.

Ocurrió antes de dedicarme a los globos de hidrógeno, hechos de seda barnizada de doble capa y forrada, apropiados para efectuar viajes de varios días, en lugar de horas. El globo en el que realizaba ascensiones por entonces era el *Little Nassau* (llamado así en recuerdo del *Great Nassa*u, construido por Charles Green muchos años antes). Era un aeróstato de tamaño considerable, de una sola capa, adecuado para más o menos una hora de vuelo y capaz de alcanzar una altitud de algo más de kilómetro y medio. Cubría perfectamente mis necesidades porque por entonces me dedicaba a realizar saltos en paracaídas desde ochocientos metros de altura en parques públicos y ferias. Me encontraba en Oakland, una ciudad de California, cumpliendo con un contrato veraniego que había firmado con una compañía de tranvías. La compañía poseía un parque enorme a las afueras y le interesaba proporcionar atracciones que empujasen a los ciudadanos a utilizar su línea para salir a respirar el aire del campo. Mi contrato estipulaba que debía realizar dos ascensos a la semana y mi número resultaba muy atrayente, porque cuando yo actuaba aquello se llenaba de visitantes.

Para que puedan comprender lo ocurrido, antes debo explicar las características de los aeróstatos que se utilizan para los saltos en paracaídas. Si alguna vez han presenciado uno de esos saltos, recordarán que, en el momento en que el paracaídas se soltaba, el globo se daba la vuelta, se vaciaba de humo y aire caliente, se aplanaba y caía, llegando antes al suelo que el paracaídas. Así no era necesario buscar un globo abandonado que podía acabar a muchos kilómetros de allí y se ahorraban tiempo y problemas. Esa maniobra se consigue sujetando un peso a la parte superior del globo, asegurado a un extremo de una cuerda larga. El aeronauta, con su paracaídas

y su trapecio, cuelga de la parte inferior del globo y, al pesar más, lo mantiene en posición. Pero cuando salta, el peso sujeto a la parte superior tira de él y le obliga a darse la vuelta, de manera que la parte inferior —la boca abierta del globo— se sitúa arriba y el aire caliente se escapa. El peso que usaba con ese propósito en el *Little Nass*au era un saco de arena.

Aquel día en concreto había asistido una multitud extraordinariamente numerosa y los policías se veían desbordados para conseguir que la gente no se acercase en exceso. Todos se empujaban y se daban codazos, y las cuerdas de retención se hinchaban hacia dentro debido a la presión de hombres, mujeres y niños. Al salir del camerino me fijé en dos niñas de unos catorce y dieciséis años que estaban tras las cuerdas y en un niño de unos ocho o nueve que se encontraba ya fuera de ellas. Las chicas lo agarraban de las manos y él luchaba por librarse, alterado y riéndose. En ese momento no le di importancia, me pareció que solo era una chiquillada, pero lo que ocurrió después hizo que la imagen se quedara grabada en mi cabeza para siempre.

—¡Haz que retrocedan, George! —le pedí a mi ayudante—. No queremos que se produzcan accidentes.

—Sí, no te preocupes, Charley —respondió.

George Guppy me había ayudado en muchos de mis ascensos y debido a su serenidad, su buen juicio y absoluta responsabilidad me había acostumbrado a poner mi vida en sus manos con total confianza. Él se ocupaba del proceso de hinchado del globo y de que todo lo relativo al paracaídas funcionase a la perfección.

El *Little Nassau* ya estaba inflado y tiraba de los vientos que lo sujetaban. El paracaídas se encontraba estirado sobre el suelo y, tras él, se veía el trapecio. Me quité el abrigo, ocupé mi puesto y di la señal de soltar amarras. Como sabrán, el primer tirón hacia arriba resulta muy repentino y en aquella ocasión el globo, al enfrentarse al viento, se escoró mucho y tardó más que otras veces en enderezarse. Contemplé la imagen familiar del mundo alejándose veloz de mí. Había miles de personas, todas con los rostros levantados, en silencio. Aquel silencio me sorprendió porque ese era siempre el momento en el que la multitud respiraba por fin y aplaudía. Pero no se oyeron ni aplausos, ni silbidos, ni gritos de ánimo. Solo había silencio. Entonces, nítida y muy clara, sin el más mínimo temblor o duda, se oyó la voz de George a través del megáfono:

—Hazlo descender, Charley. ¡Haz descender el globo!

¿Qué había ocurrido? Hice un gesto con la mano para indicar que lo había oído y empecé a pensar. ¿Había salido algo mal con el paracaídas? ¿Por qué

tenía que hacer descender el globo en lugar de realizar el salto que aquellos miles de personas querían ver? ¿Qué ocurría? Mientras pensaba, volví a sorprenderme porque, aunque la tierra quedaba a trescientos metros por debajo de mí, oía a un niño llorar en voz baja, muy cerca. Y a pesar de que el *Little Nassau* ascendía como un cohete, el llanto no se iba haciendo más débil hasta desaparecer. Confieso que casi empezaba a sentir miedo cuando, al mirar hacia arriba de forma inconsciente, siguiendo la estela del llanto, vi a un niño sentado a horcajadas sobre el saco de arena que debía llevar a tierra al *Little Nassau*. Se trataba del niño que había visto luchando por librarse de las dos crías: sus hermanas, como supe después.

Allí estaba, subido al saco de arena y agarrado a la cuerda para salvar la vida. Una ráfaga de viento escoró ligeramente el globo y él niño se balanceó en el espacio unos tres metros o más y regresó a su lugar, golpeándose contra la lona tirante con un ruido sordo que me hizo temblar a mí, a pesar de encontrarme a nueve metros o más por debajo de él. Creí que se soltaría, pero continuó agarrado y lloriqueando. Después me contaron que, en el momento en que cortaban las amarras del globo, el niño logró desasirse de sus hermanas, pasó por debajo de la cuerda y deliberadamente se subió a horcajadas en el saco de arena. Siempre me sorprendió que no hubiese salido despedido en el primer tirón.

Al verlo allí arriba sentí que me mareaba y comprendí por qué el globo había tardado más en enderezarse y porqué George me había pedido que descendiera. Si me soltaba con el paracaídas, el globo se daría la vuelta de inmediato, se vaciaría y emprendería su rápido descenso. Solo me quedaba hacerlo bajar y esperar que el chico no se soltara, porque me resultaba imposible llegar hasta él. Nadie podía escalar por la delgada hilera que era el paracaídas cerrado y, aunque lo lograse y alcanzara la boca del globo, ¿qué hacer? El niño colgaba a más de cuatro metros de distancia, en su peligrosa atalaya, y no había nada a lo que agarrarse para continuar ascendiendo.

Pensé mucho más rápido de lo que se tarda en contarlo y al instante comprendí que debía distraer al niño del peligro que corría. Echando mano de todo el autocontrol que poseía e intentando parecer tranquilo, le dije, muy animado:

—Hola, el de ahí arriba, ¿quién eres?

Miró hacia abajo, hacia mí, se tragó las lágrimas y se animó, pero en ese momento el globo entró en una zona de contracorrientes, describió medio giro y se detuvo. Eso hizo que el niño se balancease de nuevo y se diese otro golpe contra la lona. Entonces volvieron los llantos.

—¿A que es impresionante? —pregunté efusivamente, como si no hubiese situación más divertida que aquella en el mundo. Luego, sin esperar respuesta—: ¿Cómo te llamas?

—Tommy Dermott —respondió.

—Me alegro de conocerte, Tommy Dermott —continué—. Pero me gustaría saber quién te dijo que podías subir conmigo.

Se rio y dijo que se le había ocurrido subirse para pasárselo bien. Así continuamos charlando, yo muerto de miedo por él y estrujándome el cerebro para mantener la conversación. Sabía que no podía hacer más y que su vida dependía de mi habilidad para lograr que no pensara en el peligro que corría. Le señalé el hermoso panorama que se extendía hacia el horizonte, a mil doscientos metros por debajo de nosotros. La bahía de San Francisco parecía un lago enorme y apacible, la nube de humo sobre la ciudad, el Golden Gate, el cerco de niebla marina a lo lejos y, por encima de todo, el monte Tamalpais, que se recortaba claramente contra el cielo. Justo por debajo de nosotros se veía una calesa que parecía avanzar muy despacio, aunque yo sabía por experiencia que los hombres que la guiaban fustigaban a los caballos tras nuestra estela.

Pero el niño se cansó de mirar a su alrededor y me di cuenta de que empezaba a asustarse.

—¿Qué te parecería dedicarte a esto? —le pregunté.

Se animó de inmediato e inquirió:

—¿Pagan bien?

Pero el *Little Nassau*, enfriándose ya, había empezado su largo descenso y volvió a entrar en una zona de contracorrientes que lo zarandeaba, por lo que el niño se balanceaba con fuerza y se golpeaba contra la lona, una de las veces con más violencia que nunca. El labio empezó a temblarle y se puso a llorar otra vez. Intenté bromear con él y hacerlo reír, pero fue en vano. Perdía el coraje poco a poco y yo pensaba que en cualquier momento lo vería caer al vacío.

Estaba desesperado. Entonces, de repente, recordé que un susto puede hacernos superar otro, así que lo miré con el ceño fruncido y le grité, muy serio:

—¡Agárrate bien a la cuerda! Si no lo haces, cuando aterricemos te daré una paliza como la que no te han dado en la vida. ¿Entendido?

—S… s… sí, señor —lloriqueó y vi que mi táctica había funcionado. Yo estaba más cerca de él que la tierra y me tenía más miedo a mí que a caerse.

—Es muy fácil ir sentado ahí arriba, sobre ese saco blando —parloteé—. Sí, la barra en la que yo voy es dura y estrecha, y duele sentarse en ella.

Entonces se le ocurrió una idea y se olvidó de lo mucho que le dolían los dedos.

—¿Cuándo va a saltar? —preguntó—. Para eso me subí, para verlo saltar.

Le dije que sentía decepcionarlo pero que no pensaba saltar. Sin embargo, el chico se quejó:

—Pues lo dicen los periódicos —respondió.

—Me da igual. Hoy no tengo ganas de trabajar y voy a hacer descender el aeróstato. El globo es mío y puedo hacer con él lo que quiera. Además, ya casi hemos llegado abajo.

Era cierto y, por si fuera poco, descendíamos a toda prisa. Justo en aquel momento, el crío se puso a discutir conmigo sobre si tenía derecho a decepcionar a la gente y a insistir en que todos se quejarían. Yo me defendí encantado y me justifiqué de mil maneras distintas, hasta que pasamos, veloces, sobre un bosquecillo de eucaliptos y nos dispusimos a caer al suelo.

—¡Agárrate fuerte! —grité mientras me colgaba del trapecio por las manos para aterrizar con los pies.

Pasamos pegados a un granero, evitamos un entramado de tendales, asustamos a las gallinas de un corral y volvimos a ascender lo justo para pasar sobre un almiar. Todo esto más rápido de lo que se tarda en contarlo. Luego descendimos sobre un huerto y, en cuanto puse los pies en el suelo, con un par de giros del trapecio, sujeté el globo alrededor de un manzano.

He vivido que el globo se incendiase en pleno vuelo, me he quedado colgado de la cornisa de un edificio de diez pisos, he descendido como una bala durante doscientos metros cuando el paracaídas tardó en abrirse, pero nunca me había sentido tan débil, mareado y enfermo como cuando me acerqué tambaleante al niño ileso y lo agarré del brazo.

—Tommy Dermott —dije tras recuperar un poco la sangre fría—. Tommy Dermott, te voy a tumbar en mis rodillas y te daré la mayor azotaina que haya recibido un niño en la historia del mundo.

—No, de eso nada —respondió mientras me esquivaba—. Dijo que no lo haría si me agarraba bien.

—Es verdad, pero lo voy a hacer igual. Los que subimos en globo somos hombres malos y sin principios, así que voy a darte una lección para que te alejes de ellos y también de los globos.

Le di la azotaina y, aunque no sería la peor del mundo, sí que fue la peor que él recibió en su vida.

Pero esa experiencia me dejó sin valor y con los nervios destrozados. Cancelé el contrato con la compañía de tranvías y luego me pasé al hidrógeno. El hidrógeno es mucho más seguro.

[1901]



Color local

NO VEO POR QUÉ no se beneficia de semejante cantidad de información inusual —le dije—. A diferencia de la mayoría de los hombres provistos de un conocimiento similar, usted tiene expresión. Su estilo es…

—¿Lo bastante periodístico? —me interrumpió, afable.

—¡Exacto! Podría ganar una buena cifra.

Pero entrelazó los dedos, pensativo, se encogió de hombros y descartó el asunto.

—Lo he intentado. No merece la pena. Me pagaron y lo publicaron —añadió tras una pausa—. Y también tuve el honor de pasar sesenta días en el *Hobo*.

—¿El *Hobo*? —pregunté.

—El *Hobo*… —Fijó la vista en mi librería y revisó los títulos mientras daba forma a su definición—. El *Hobo*, querido amigo, es el nombre que recibe un lugar de reclusión concreto en una ciudad y en las cárceles del condado, en el que se reúnen vagabundos, borrachos, mendigos y demás gentuza acusada de delitos menores. La palabra es bonita y tiene su historia. Viene del francés *hautbois*. *Haut* significa alto, agudo y *bois*, madera. En inglés derivó en hautboy, que designa un instrumento musical de madera, creo que de unos sesenta centímetros de largo, que se toca con una lengüeta doble, es decir, un oboe. Recordará que en Enrique IV se dice:

> La funda de un oboe soprano
> era para él una mansión, un palacio.

»De ahí a ho-boy no hay más que un paso y por eso en inglés se usaron los dos términos indistintamente. Pero, y fíjese que en realidad el salto es de tal calibre que paraliza a cualquiera, tras cruzar el océano Atlántico, en la ciudad de Nueva York, *hautboy* o *ho-boy* se convierte en la palabra por la que se conoce al que rebusca por las noches entre la basura. En cierto modo se podría pensar que ocurre debido al desprecio con el que se mira a los músicos ambulantes y gentes similares. ¡Pero fíjese también en la belleza del asunto!

¡Qué forma de marcarlos! El que rebusca por las noches entre la basura, el paria, el miserable, el despreciado, el hombre sin casta. Y en la siguiente encarnación, con toda lógica, la palabra designa al marginado de América del Norte, es decir, al vagabundo. Entonces, tal y como otros han mutilado su sentido, el vagabundo mutila su forma y *ho-bo*y se convierte en hobo. De ahí que las grandes celdas de piedra y ladrillo en las que se alinean literas de dos y tres camas y en las que la Policía acostumbra a encarcelarlo, sean para él el *Hobo*. ¿No le parece interesante?

Me recosté en mi asiento y en secreto me maravillé de la mente enciclopédica de aquel hombre, de aquel Leith Clay-Randolph, de aquel vagabundo que se sentía como en casa en mi sala de estar, deleitaba a aquellos de mis amigos que se reunían alrededor de mi pequeña mesa, me eclipsaba con su genialidad y sus modales, gastaba mi dinero, fumaba mis mejores puros y escogía entre mis corbatas y gemelos con ojo cultivado y entendido.

Distraído, se acercó a los estantes y examinó *La base económica de la sociedad*, de Achille Loria.

—Me gusta hablar con usted —comentó—. No ha sido educado con indiferencia. Ha leído y su interpretación económica de la historia, como usted prefiere llamarla (esto dicho con una mueca desdeñosa), sin duda lo capacitan para tener una visión intelectual de la vida. Pero sus juicios sociológicos se ven menoscabados por su falta de conocimiento práctico. Yo, que conozco los libros, y espero que me disculpe, mejor que usted, también conozco la vida. La he vivido desnudo, la he tomado con ambas manos para mirarla, la he probado en todos sus aspectos y, al ser estrictamente intelectual, no me he dejado influenciar ni por la pasión ni por el prejuicio. Todo lo cual resulta necesario si se quieren tener claros los conceptos, y eso es precisamente lo que a usted le falta. ¡Ah! ¡Qué pasaje tan ingenioso! ¡Oiga!

Y leyó en alto, con ese estilo suyo tan admirable, acompañando el texto con críticas y comentarios constantes, expuestos con lucidez y períodos más lentos, arrojando luz desde todos los ángulos sobre el tema, introduciendo cuestiones que el autor había pasado por alto y objeciones que había ignorado, atando cabos sueltos, convirtiendo un contraste en una paradoja y reduciéndola luego a una verdad coherente y sucintamente expuesta, en resumen, alumbrando con su luminosa genialidad —en una apoteosis de luz— páginas antes aburridas, pesadas y sin vida.

Hace tiempo que Leith Clay-Randolph (fíjense en el apellido compuesto) llamó a la puerta trasera de Idlewild y derritió el corazón de Gunda. Gunda

era fría como sus colinas noruegas, aunque en sus momentos menos gélidos era capaz de permitir que algún vagabundo —sobre todo si resultaba atractivo— se sentase en el porche de atrás a devorar panes solitarios y chuletas abandonadas y desamparadas. Pero que un desharrapado de la noche invadiese el santuario que era el reino de su cocina y le llevase a retrasar la hora de la cena mientras le servía un plato en el rincón más cálido de la estancia, parecía un asunto de tal importancia que *el Girasol* quiso ir a ver qué ocurría. ¡Ah, *el Girasol*, mujer de corazón bondadoso y tan comprensiva! Leith Clay-Randolph la envolvió con su encanto durante quince largos minutos, mientras yo fumaba pensativo, y luego regresó revoloteando entre palabras imprecisas y la sugerencia de que sin duda tenía algún traje usado que no volvería a ponerme ni echar de menos.

—Por supuesto que no lo echaré de menos —dije, pensando en el traje gris oscuro que tenía los bolsillos deformados por haber cargado en ellos tantos libros; unos libros que lo habían estropeado más que un solo día de pesca—. Sin embargo, creo que antes deberías arreglar los bolsillos.

Pero el rostro del *Girasol* se entristeció.

—No —dijo—, el negro.

—¡El negro! —Dijo esto en un tono incrédulo, explosivo—. Lo uso muy a menudo. Pensaba ponérmelo esta noche.

—Tienes otros dos que son mejores y sabes que a mí nunca me ha gustado, querido. —*El Girasol* no quería perder tiempo—. Además, tiene brillos y…

—¡Brillos!

—Pronto los tendrá, que es lo mismo, y ese hombre es estimable. Resulta amable, refinado y estoy segura de que…

—Ha visto tiempos mejores.

—Sí. Además, hace un tiempo horrible y su ropa está muy raída. Y tú tienes muchos trajes.

—Cinco —corregí—, y eso contando con el traje de pesca gris oscuro que tiene los bolsillos deformados.

—Él no tiene ninguno, ni hogar, ni nada.

—Ni tiene un Girasol —la rodeé con el brazo—, por lo que se merece todo lo demás. Dale el traje negro, querida. No, dale el mejor, dale mi mejor traje. El cielo ha de compensar semejante carencia.

—¡Eres un encanto! —*El Girasol* se dirigió hacia la puerta y desde allí me dedicó una mirada seductora—. Eres el mayor de los encantos.

Me asombraba que me dijera esas cosas después de siete años juntos. Entonces regresó, tímida y pesarosa.

—Le he dado una de tus camisas blancas. Llevaba una horrible de algodón y sabía que quedaría ridícula con el traje. Además, tenía los zapatos tan gastados que le di un par de los tuyos, esos viejos de tacón estrecho…

—¡Viejos!

—Bueno, te apretaban mucho y lo sabes.

Así era como *el Girasol* lo justificaba todo.

Y así fue como Leith Clay-Randolph llegó a Idlewild para quedarse, lo que yo no imaginaba era por cuánto tiempo. Tampoco sabía la asiduidad con la que iba a aparecer, porque era como un cometa errante. Llegaba descansado, limpio y bien aseado, procedente del hogar de familias importantes que eran amigas suyas, como lo era yo, aunque otras veces llegaba despacio, entre los escaramujos del sendero, agotado y deslucido, desde Montana o desde México. Y sin una palabra, cuando su espíritu viajero se apoderaba de él, desaparecía en aquel submundo misterioso que él llamaba «El Camino».

—No podía permitirme partir sin haberle agradecido la generosidad de su mano y de su corazón —me dijo la noche que se enfundó mi buen traje negro.

Confieso que me sobresalté cuando miré por encima del periódico y me encontré con un caballero de aspecto sumamente respetable y frente despejada que sin duda se sentía como en su casa. *El Girasol* estaba en lo cierto. Tenía que haber visto tiempos mejores para que un traje negro y una camisa blanca pudiesen lograr semejante transformación. Sin quererlo me puse en pie, dispuesto a recibirlo en igualdad de condiciones. Fue entonces cuando el encanto de Clay-Randolph me envolvió también a mí. Esa noche durmió en Idlewild, y la noche siguiente, y muchas otras noches. Era fácil apreciarlo. El *Hijo de Anak* —también conocido como *Rufus Ojos Azules* y, más ordinariamente, como *Tots*— jugaba con él en el sendero de escaramujos y en el manzanal más alejado, le cortaba la cabellera en el henar y, una vez, con farisaico fervor, estuvo a punto de crucificarlo bajo las vigas del ático. *El Girasol* lo habría apreciado por el bien del *Hijo de Anak*, si no lo apreciara ya por sí mismo. En cuanto a mí, pongo al *Girasol* como testigo, en las épocas en que él decidía desaparecer, de lo a menudo que yo me preguntaba cuándo volvería Leith, Leith el Encantador.

Sin embargo, era un hombre del que no sabíamos nada. Aparte del hecho de que había nacido en Kentucky, su pasado era una hoja en blanco. Jamás hablaba de él. Se enorgullecía de haber logrado separar por completo la razón

de la emoción. Para él, el mundo se componía de problemas. En una ocasión lo acusé de dejarse llevar por la emoción mientras vociferaba alrededor de la cueva con el *Hijo de Anak* a caballito. Mantuvo que no era así. ¿Acaso no podía albergar un placer por los sentidos en beneficio del problema?

Se mostraba esquivo. Mezclaba la jerga más infame con términos técnicos y polisilábicos, y a veces parecía el mayor de los criminales, por su forma de hablar, su rostro, su expresión, todo; pero en otras ocasiones era un caballero culto y refinado, filósofo y científico. Aunque en medio de todo algo brillaba tenuemente, algo que nunca entendí: atisbos de sinceridad, de auténtico sentimiento, pensaba yo, que desaparecían antes de que lograse aprehenderlos; posiblemente ecos del hombre que había sido o indicios del que se ocultaba tras la máscara. Pero jamás se quitaba la máscara y nunca conocimos al hombre auténtico.

—Hábleme de los sesenta días con los que recompensaron su artículo periodístico —pedí—. Olvídese de Loria. Cuéntemelo.

—Si se empeña. —Se rio brevemente mientras cruzaba las piernas—. En una ciudad que permanecerá en el anonimato —empezó—, una ciudad de cincuenta mil habitantes, una ciudad agradable y hermosa en la que los hombres se esclavizan por los dólares y las mujeres por los vestidos, se me ocurrió una idea. Yo tenía un aspecto atractivo, teniendo en cuenta la media, y los bolsillos vacíos. Recordé la idea, que había considerado en una ocasión, de escribir una reconciliación entre Kant y Spencer. Ya sé que no son reconciliables, pero daba lugar a la sátira científica y…

Hice un gesto impaciente con la mano y se interrumpió.

—Me limitaba a reconstruir mi estado mental para mostrarle la génesis de la acción —explicó—. Así surgió la idea. ¿Y si los diarios publicasen el artículo de un vagabundo? Por ejemplo, «La imposibilidad de reconciliar al policía con el vagabundo». Así que me lancé a la pista (la pista, amigo mío, no es más que la calle), o a los santuarios paganos si así lo prefiere, en busca de las oficinas de un periódico. El ascensor me trasladó rápidamente a las alturas y Cerbero, bajo la apariencia de un chico de los recados anémico, guardaba la puerta. Una mirada bastaba para diagnosticar su tisis; su valor, irlandés, era colosal; no había duda de su tenacidad, pero moriría en el plazo de un año.

»—Joven pálido —fueron mis palabras—, ruego me conduzca al sanctasanctórum, ante el pez más grande del lugar.

»Se dignó mirarme con desdén y un cansancio infinito.

»—Baje y hable con el conserje. Yo no sé nada de peces ni encargos de comestibles.

»—No, joven blanco como la nieve, me refiero al director.

»—¿Cuál de ellos? —ladraba como un cachorro de bull terrier—. ¿Espectáculos? ¿Deportes? ¿Sociedad? ¿Dominical? ¿Semanal? ¿Diario? ¿Telégrafo? ¿Local? ¿Actualidad? ¿Opinión? ¿Cuál?

»—No sé cuál. El director —proclamé, insistente—. El único director.

»—Ah, Spargo —dijo con desdén.

»—Spargo, por supuesto —respondí—. ¿Quién, si no?

»—Deme su tarjeta —dijo.

»—¿Mi qué?

»—Su tarjeta. Oiga, ¿para qué quiere verlo?

»Y el Cerbero anémico me miró con tanta insolencia que me acerqué y lo levanté de la silla. Golpeé su magro pecho con uno de mis nudillos y le arranqué una tosecilla débil y ahogada, pero continuó mirándome sin inmutarse, como un gorrión desafiante al que se tiene preso en la mano.

»—Soy el Tiempo, encuestador del censo —bramé en tono sepulcral—. Tenga cuidado o golpearé con más fuerza.

»—No me diga —se burló.

»Entonces le di un golpe seco y él se atragantó y se puso morado.

»—A ver, ¿qué es lo que quiere? —dijo con voz entrecortada al recuperar el aliento.

»—Ver a Spargo, el único Spargo.

»—Espere aquí mientras voy a preguntar.

»—No, de eso nada, joven blanco como la nieve —dije mientras lo agarraba del cuello de la camisa con más fuerza—. No me venga con historias, iré con usted.

Leith observó, como en sueños, la alargada ceniza de su puro y luego se dirigió a mí.

—¿Sabe, Anak, que no se puede apreciar la alegría de ser un bufón aunque se sea un payaso? No se puede aunque se quiera. Lo evitan el miserable convencionalismo y las petulantes presunciones de decencia. Para liberar el alma a cualquier capricho, para hacer el tonto sin miedo a las consecuencias, no se puede ser propietario ni ciudadano respetuoso de la ley.

»Sin embargo, como iba diciendo, vi a Spargo. Se trataba de un personaje grande, fornido, colorado, mofletudo y con doble papada, que sudaba sentado a su escritorio, en mangas de camisa. Estábamos en agosto. Hablaba por

teléfono cuando entré, o más bien debería decir que despotricaba, sin dejar de estudiarme atentamente. Al colgar me miró con aire expectante.

»—Es usted un hombre muy ocupado —dije.

»Asintió con la cabeza y aguardó.

»—Pero ¿vale la pena? —continué—. ¿La vida es tan importante como para hacerle sudar? ¿Cómo justifica su sudor? Míreme a mí, yo no trabajo arduamente, como tampoco…

»—¿Quién es usted? ¿Qué es usted? —vociferó tan de repente que resultó grosero, desgarrando las palabras como un perro con un hueso.

»—Ésa es una pregunta muy pertinente, señor —reconocí—. En primer lugar, soy un hombre, y después un ciudadano norteamericano oprimido. Me persigue la maldición de no tener trabajo, oficio o expectativas. Como Esaú, carezco de potaje. Resido en todas partes, el cielo es mi colcha. Soy uno de los desposeídos, un sans-culotte, un proletario o, con una fraseología más sencilla que facilitará su comprensión, un vagabundo.

»—Pero ¿qué demonios…?

»—No, buen hombre, un vagabundo, un hombre de costumbres dudosas y alojamientos extraños, además de múltiples…

»—¡Basta! —gritó—. ¿Qué es lo que quiere?

»—Dinero.

»Se sobresaltó y alargó la mano hacia un cajón abierto en el que seguramente guardaba un revólver, pero se lo pensó mejor y masculló—: “Esto no es un banco”.

»—Ni yo traigo cheques para cobrar. Pero sí tengo una idea que, con su permiso y amable ayuda, transmutaré en dinero. ¿Qué le parecería un artículo sobre vagabundos, escrito por un vagabundo de verdad? ¿Le resulta interesante? ¿Cree que sus lectores desearían leerlo? ¿Que ansiarían disfrutarlo? ¿Podrían ser felices sin él?

»Por un momento creí que iba a sufrir una apoplejía, pero sofocó la rebeldía de su sangre y dijo que le gustaba mi cara dura. Le di las gracias y le aseguré que a mí él me resultaba agradable. Luego me ofreció un puro y dijo que creía que haría negocios conmigo.

»—Pero tenga en cuenta —dijo al entregarme un montón de hojas y un lápiz que sacó del bolsillo de su chaleco—, no lo olvide, que no quiero nada elevado y filosófico, y percibo que tiene usted tendencia a ello. Incluya color local a paladas y quizás una pizca de sentimiento, pero nada de comentarios desagradables sobre economía política, estamentos sociales o cosas parecidas.

Sea concreto, vaya al grano, con brío, ímpetu y vida, sea conciso, chispeante e interesante, ¿entiende?

»Yo entendí y le pedí prestado un dólar.

»—¡No se olvide del color local! —me gritó cuando ya salía.

»Y fue el color local, Anak, lo que acabó conmigo.

»El Cerbero anémico sonrió cuando me vio entrar en el ascensor.

»—Le han dado la patada, ¿eh?

»—No, joven pálido blanco como la nieve —me reí con placer mientras agitaba los papeles—. No me han dado la patada, me han encargado un artículo. En el plazo de tres meses seré redactor jefe de local y entonces me encargaré de usted.

»Mientras el ascensor se detenía un piso más abajo para dejar entrar a un par de doncellas, él se acercó al hueco y, sin florituras ni verborrea, me envió, junto con mi artículo, a la perdición del averno. Sin embargo, me agradaba. Tenía coraje, no se dejaba amedrentar y sabía, tan bien como yo, que la muerte lo rondaba.

—Pero ¿cómo fue capaz, Leith? —La imagen del joven tísico me atenazaba—. ¿Cómo pudo tratarlo de una forma tan poco civilizada?

Leith se rio con indiferencia.

—Querido amigo, ¿con cuánta asiduidad debo explicarle sus confusiones? El sentimiento ortodoxo y la emoción estereotipada lo dominan. ¡Además de su temperamento! Es incapaz de emitir juicios racionales. ¿Cerbero? ¡Pamplinas! Un destello que expira, una chispa que se desvanece, un organismo que late tenue, moribundo, ¡puf! Un chasquido con los dedos, un soplo de aire, ¿qué más? Un peón en el juego de la vida. Sin un solo problema. No hay problemas en el niño que nace muerto ni en el niño que muere. Tampoco en Cerbero. El problema auténtico es…

—¿Y el color local? —lo espoleé.

—Eso es —contestó—, no permita que abandone mi senda. Pues me llevé el papel al depósito del ferrocarril (por lo del color local), me senté con las piernas colgando hacia afuera en la puerta de un Pullman, que es otra forma de llamar a un vagón de mercancías, y empecé a escribir. Por supuesto que lo hice con ingenio y de forma brillante, con mis dardos incontestables al Estado y mis paradojas sociales, pero concreté lo bastante como para no satisfacer al ciudadano medio. Desde el punto de vista del vagabundo, el cuerpo de Policía de la ciudad estaba especialmente corrompido y procedí a abrir los ojos de la buena gente. Se puede demostrar matemáticamente que a la comunidad le cuesta más arrestar, condenar y encerrar en la cárcel a sus vagabundos que

enviarlos como huéspedes al mejor hotel durante períodos de tiempo iguales. Eso fue lo que expuse, aportando datos, las dietas y remuneración policial y los gastos del juzgado y la cárcel. Resultaba convincente y era verdad. Además, lo hice con un estilo ligeramente humorístico que arrancaba una carcajada y dejaba escozor. Alegaba que la mayor objeción al sistema era cómo se estafaba y robaba al vagabundo. El dinero que la comunidad aportaba para él bastaba para permitirle nadar en el lujo, en lugar de pudrirse en una mazmorra. Incluso ajusté los números hasta el punto de demostrar que no solo podía vivir en el mejor hotel, sino también fumar dos puros de veinticinco centavos y beber un vaso de licor casero de diez centavos al día, sin costar al contribuyente tanto como estaba acostumbrado a pagar por su juicio y estancia en la cárcel. Eso hizo que el contribuyente se estremeciera, como demostraron los hechos posteriores.

»Describí vívidamente a uno de los policías, sin olvidarme de un tal Sol Glenhart, el juez de guardia más corrupto de la tierra. Lo digo por propia y vasta experiencia. Aunque era famoso en el reino de los vagabundos locales, sus pecados cívicos no solo eran desconocidos por los ciudadanos, sino que además constituían una verdadera deshonra para ellos. Por supuesto que me abstuve de mencionar nombres o entornos y me limité a narrar de forma impersonal y colectiva lo que sin embargo no ocultó a ojos de nadie la fidelidad del color local.

»Naturalmente, al ser yo un vagabundo, el tono del artículo era de protesta contra el maltrato al mendigo. Cuando se toca de ese modo el bolsillo del contribuyente, este es más propenso a dejarse llevar por los sentimientos, así que introduje una buena cantidad de sentimiento. Créame, lo hice excelentemente. ¡Y qué retórica! Espere, oiga el final de mi perorata:

> »Así, mientras gorroneamos pista adelante, atentos por si aparecen los polizontes, no podemos evitar recordar que no se nos tolera, que nuestras costumbres no son las de ellos y que la ley nos trata de forma distinta al resto de los hombres. Pobres almas perdidas que gimen pidiendo pan en la oscuridad, somos conscientes de nuestra indefensión e ignominia. Bien podemos repetir la frase de un hermano afligido en el extranjero: “Nuestro orgullo es no conocer el acicate del orgullo”[32]. La humanidad se ha olvidado de nosotros; Dios se ha olvidado de nosotros; de nosotros solo se acuerdan las arpías de la justicia, que viven a costa de nuestro sufrimiento y convierten nuestros suspiros y lágrimas en monedas brillantes y relucientes.

»Por cierto, la descripción que hice de Sol Glenhart, el juez de guardia, era buena. El parecido resultaba notable e inconfundible, trufado de frases como estas: “Esta arpía de cuerpo grueso y nariz ganchuda”; “este pecador cívico, este bandolero judicial”; “con los principios que rigen en los barrios donde imperan el vicio y la corrupción y una honra muy inferior a la de los ladrones”; “que capitula ante los picapleitos corruptos y como expiación condena injustamente a los desgraciados y menesterosos a pudrirse en una celda”, etcétera, etcétera, con un estilo inmaduro y carente de la dignidad y el tono que emplearía en una disertación sobre plusvalía o las falacias del marxismo, pero que al querido público le gusta mucho.

»—Vaya —gruñó Spargo cuando le entregué la copia—, gasta usted un buen ritmo.

»Yo fijé mi mirada hipnótica en el bolsillo de su chaleco y me pasó uno de sus excelentes puros, que encendí mientras él leía el documento. En dos o tres ocasiones me dedicó una mirada escrutadora por encima del papel, pero no dijo nada hasta que terminó.

»—¿Dónde ha trabajado antes como chupatintas? —preguntó.

»—Éste es mi primer artículo —sonreí con afectación y me rasqué un pie ligeramente para simular que me sentía turbado.

»—¿El primero? ¡Imposible! ¿Qué sueldo quiere cobrar?

»—No, no —respondí—. Nada de sueldo, aunque se lo agradezco en el alma. Soy un ciudadano norteamericano oprimido y libre, por lo que nadie podrá decir que mi tiempo es suyo.

»—Excepto la ley —se rio entre dientes.

»—Excepto la ley —repetí.

»—¿Cómo sabía que yo estaba en contra del departamento de Policía? —preguntó de repente.

»—No lo sabía, pero imaginé que así era —respondí—. Ayer por la mañana una mujer con tendencia a la caridad me regaló tres galletas, un pedazo de queso y un trozo grande de tarta de chocolate, todo ello envuelto en el último número del *Clarion*, donde percibí un regocijo infame porque el candidato del *Cowbell* a jefe de Policía había sido rechazado. Asimismo me enteré de que faltaba poco para las elecciones municipales y sumé dos y dos. Otro alcalde, uno adecuado, significa que habrá nuevos comisarios de Policía; si hay nuevos comisarios de Policía, habrá un jefe de Policía nuevo; y un jefe de Policía nuevo significa el candidato del *Cowbell*; ergo, usted entra en juego.

»Se levantó, me estrechó la mano y se vació el pletórico bolsillo del chaleco. Me guardé los puros y seguí fumándome el de antes.

»—Lo hará muy bien —dijo exultante de alegría—. Esto (dando golpecitos en mi artículo) es el pistoletazo de salida de la campaña. Pero disparará muchos más antes de que acabemos. Llevo años buscando a alguien como usted. Entre a formar parte del equipo.

»Yo negué con la cabeza.

»—¡Vamos, hombre! —me reprendió enfadado—. ¡Déjese de historias! El *Cowbell* lo necesita. Desea contar con usted, ansia disfrutar de sus artículos, no será feliz hasta que lo consiga. ¿Qué me contesta?

»Resumiendo: peleó por mí, pero yo no quise ceder y al cabo de media hora Spargo se rindió.

»—Recuerde —dijo— que si cambia de idea, aquí me tiene. Esté donde esté, envíeme un telegrama y yo le mandaré la guita para que venga corriendo.

»Le di las gracias y le pedí que me pagase el artículo. Él lo llamaba informe.

»—Oh, aquí tenemos una rutina —me dijo—. Cobrará el primer jueves después de su publicación.

»—Entonces tendré que pedirle que me adelante algo hasta que…

»Me miró y sonrió.

»—Será mejor que apoquine, ¿no?

»—Sí. Y para que nadie me identifique, debería ser en efectivo.

»Me pagó en efectivo, treinta fichas (una ficha es un dólar, mi querido Anak), y me subí al mercancías… ¿eh? Oh, que partí.

»—Joven pálido —le dije a Cerbero—, me han dado la patada. (Sonrío con alegría macilenta). Y como muestra del aprecio sincero que siento por usted, acepte este pequeño… (Sus ojos llamearon y levantó una mano para protegerse la cabeza del golpe que esperaba recibir) … este pequeño recuerdo.

»Tenía la intención de deslizarle una moneda de cinco dólares en la mano, pero a pesar de la sorpresa que sentía fue demasiado rápido para mí.

»—Llévese sus porquerías —gruñó.

»—Así aún le aprecio más —dije, añadiendo otra moneda de cinco—. Se perfecciona. Pero quiero que lo acepte.

»Retrocedió gruñendo, aunque lo agarré por el cuello, conseguí dejarlo otra vez sin respiración y lo abandoné allí doblado en dos, con las monedas en el bolsillo. Sin embargo, nada más ponerse en marcha el ascensor, las dos

monedas tintinearon sobre el techo y cayeron entre la cabina y el hueco. Por suerte la puerta no estaba cerrada, así que saqué la mano y las cogí. Al ascensorista se le salían los ojos de las órbitas.

»—Es un don que tengo —dije mientras me las guardaba en el bolsillo.

»—Se le han caído a alguien por el hueco —susurró, impresionado por la situación.

»—Tiene lógica —respondí.

»—Yo me haré cargo de ellas —se ofreció voluntario.

»—¡Tonterías!

»—Ya puede ir dándomelas —me amenazó—, o paro el ascensor.

»—¡Pamplinas!

»Lo detuvo entre dos pisos.

»—Joven —dije—, ¿tiene usted madre? (Parecía serio, como si lamentase lo que había hecho, y para impresionarlo aún más, empecé a remangarme el brazo derecho con el mayor de los cuidados). ¿Está dispuesto a morir? (Me había agazapado sigilosamente y me deslizaba hacia delante como un gato). Porque un minuto, un breve minuto, se interpone entre usted y la eternidad. (En ese momento moví la mano derecha como si fuese una garra y adelanté el otro pie). Joven, joven —pregoné—, en treinta segundos arrancaré su corazón sanguinolento de su pecho y me encorvaré para oírle gritar desde el infierno.

»Fue suficiente. Dio un alarido, la cabina descendió y salí a la pista. Verá, Anak, tengo la costumbre, de la que no consigo librarme, de dejar tras de mí una impresión muy vivida. Nadie me olvida.

»Aún no había llegado a la esquina cuando oí que una voz conocida hablaba junto a mi hombro.

»—¡Hola, *Carbonilla*! ¿Por dónde tiras?

»Era *el Fideo* de Chicago, que había estado conmigo una vez, cuando me arrojaron de un mercancías en Jacksonville. “No lo veía por la carbonilla”, fue lo que él dijo al contarlo, y me quedé con el apodo. Todos los vagabundos tenemos nuestro apodo.

»—Al Sur —respondí—. ¿Cómo te va, *Fideo*?

»—De cola. Los toros andan bravos.

»—¿Y la tropa?

»—En el cuartel. Te daré la clave.

»—¿Quién es el general?

»—Yo, y no lo olvides.

La jerga abandonaba veloz los labios de Leith, pero me vi obligado a detenerlo.

—Por favor, traduzca. Recuerde que soy extranjero.

—Por supuesto —respondió encantado—. Al *Fideo* no le van bien las cosas. Un toro es un policía y él me dice que la Policía es hostil. Yo le preguntó por la tropa, que es el grupo con el que viaja. Cuando dice que me dará la clave quiere decir que me indicará dónde se reúne su grupo. El general es el jefe o cabecilla del grupo. *El Fideo* reclama para sí dicha distinción.

»*El Fideo* y yo nos dimos una caminata hasta una franja de bosque que quedaba más allá de la ciudad y allí estaba la tropa, una veintena de vagabundos fortachones encantadoramente ubicados en la orilla de un arroyo zigzagueante.

»—¡Vamos, tropa! —les dijo *el Fideo*—. ¡En pie! Aquí está *Carbonilla* y queremos darle lo suyo.

»Lo que significa que los vagabundos debían salir a mendigar con insistencia a fin de conseguir lo necesario para celebrar mi regreso al grupo tras un año de separación. Pero les enseñé mi dinero y *el Fideo* envío a varios de los más jóvenes a comprar el alcohol. Créame, Anak, aquel atracón aún se recuerda hoy en el reino de los vagabundos. Es increíble la cantidad de bebida que se puede comprar con treinta dólares, como increíble resulta también la cantidad de bebida que veinte mendigos pueden conseguir aparte. Cerveza y vino barato componían el menú, con cierta cantidad de alcohol más fuerte para los mendigos de clase alta. Fue impresionante, una orgía a cielo abierto, una competición de hombres que bebían como esponjas, el material perfecto para estudiar la bestialidad más primitiva. Un hombre bebido a mí siempre me resulta fascinante y si fuera rector de una universidad instituiría cursos prácticos de borrachera para el postgraduado en psicología. Sería mejor que estudiarlo en los libros y competiría con las prácticas de laboratorio.

»Todo lo cual no viene al caso porque, tras dieciséis horas de juerga, a la mañana siguiente, la tropa se vio rodeada por un impresionante despliegue de agentes que la envió a la cárcel. Después de desayunar, sobre las diez, nos hicieron subir a los veinte, en fila india, extenuados y sin ánimos, a la sala del tribunal. Allí, bajo su panoplia morada, con la nariz ganchuda como un águila napoleónica y los ojos resplandecientes y de mirada fija, se sentaba Sol Glenhart.

»¡John Ambrose! —llamó el oficial y *el Fideo* de Chicago se puso en pie con la calma que da la experiencia.

»—Vagabundeo, señoría —informó el alguacil.

»Y su señoría, sin siquiera mirar al prisionero, ladró:

»—Diez días.

»*El Fideo* de Chicago se sentó. Así continuó la cosa, con la monotonía de un mecanismo de relojería, quince segundos por cada hombre, cuatro hombres por minuto, los tipos levantándose y sentándose por turnos, como marionetas. El oficial decía el nombre, el alguacil el delito, el juez la condena y el hombre se sentaba. Eso era todo. Sencillo, ¿eh? ¡Soberbio!

»*El Fideo* de Chicago me dio un codazo.

»—Échale el rollo, *Carbonilla*. Tú puedes.

»Negué con la cabeza.

»—Vamos —insistió—. Cuéntale un cuento. A los nuestros les parecerá bien. Y podrás conseguirnos tabaco a todos hasta que salgamos.

»—L. C. Randolph —llamó el oficial.

»Me puse de pie, pero el procedimiento se vio interrumpido. El oficial susurró algo al juez y el alguacil sonrió.

»—Tengo entendido que es usted periodista, señor Randolph —observó muy amable su señoría

»Me tomó por sorpresa porque me había olvidado del *Cowbell* debido a la emoción de todo lo ocurrido después, y ahora me encontraba al borde del hoyo que yo mismo había cavado.

»—Ahí tienes tu oportunidad. Dale —me provocó *el Fideo*.

»—Como no me ponga a gritar… —me quejé, pero *el Fideo*, que no sabía lo del artículo, se quedó desconcertado.

»—Señoría —respondí—, cuando consigo trabajo, a eso es a lo que me dedico.

»—Veo que le interesan mucho los asuntos locales. (En ese momento, su señoría cogió el *Cowbell* de aquella mañana y echó un vistazo a una columna que, sin duda, era la mía). No está mal el color —comentó con un brillo de reconocimiento en la mirada—, la exposición es excelente, detallada por unas generalidades que definen bien a los sargentos. Y este… este juez que ha descrito… supongo que estará basado en alguna figura real.

»—Casi nunca se hace eso, señoría —respondí—. Se usa una mezcla de muchas cosas, de ideales, de tipos…

»—Pues aquí hay color, sin duda hay color —continuó.

»—Eso se añade después —expliqué

»—Entonces, ¿este juez no está basado en un personaje real, como podría pensarse?

»—No, señoría.

»—Así que responde a un tipo de maldad judicial.

»—No, más bien, señoría, a un ideal —dije con audacia.

»—Al que luego se añade color local. ¡Ja! ¡Muy bueno! ¿Y permite que le pregunte cuánto le pagaron por Este artículo?

»—Treinta dólares, señoría.

»—Vaya, no está mal. —Su tono cambió bruscamente—. Joven, el color local es perjudicial. Le declaro culpable de ese delito y lo condeno a treinta días de cárcel o, si lo prefiere, le impongo una multa de treinta dólares.

»—Desgraciadamente —respondí—, me he gastado los treinta dólares en alterar el orden público.

»—Y treinta días más por derrochar sus caudales.

»—¡Siguiente caso! —dijo enseguida su señoría al oficial.

»*El Fideo* se había quedado de piedra

»—¡Anda! —susurró—. ¡Anda! A la tropa le caen diez días y a ti sesenta. ¡Anda que…!

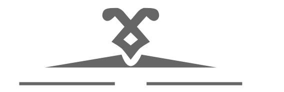
☘

LEITH ENCENDIÓ UNA CERILLA, la acercó al puro, que se le había apagado, y abrió el libro que descansaba sobre sus rodillas.

—Y volviendo a nuestra conversación del principio, ¿no le parece, Anak, que aunque Loria maneja la bipartición de los ingresos con un cuidado escrupuloso, sin embargo omite un factor importante, a saber…

—Sí —respondí en tono ausente—. Sí.

[1901]



Encender una hoguera (I)

PARA VIAJAR recorriendo mundo, ya sea por tierra o por mar, siempre es conveniente contar con un compañero. En el Klondike, como descubrió Tom Vincent, ese compañero resulta absolutamente esencial. Aunque él lo supo no por hacer caso de la norma, sino a través de una amarga experiencia.

«Nunca viajes solo» es una de las reglas del Norte. Él la había oído muchas veces y se había reído porque era un joven fornido, de huesos anchos y enormes músculos, con fe en sí mismo y en la fuerza de su cabeza y de sus manos.

Fue un desapacible día de enero cuando vivió la experiencia que le enseñó a respetar el frío y la sabiduría de los hombres que habían luchado contra él.

Había salido del campamento Calumet, en el Yukón, con una ligera carga a la espalda, para ascender por el arroyo Paul hasta la divisoria entre este y el arroyo Cherry, donde su grupo buscaba oro y cazaba alces.

El termómetro marcaba -50 °C y debía recorrer casi cincuenta kilómetros de camino solitario, pero eso le daba igual. En realidad, le apetecía lo de avanzar a buen ritmo en medio del silencio, la sangre latiéndole en las venas y transmitiendo el calor a su cuerpo, con la mente despreocupada y feliz. Porque sus compañeros y él estaban seguros de que habían encontrado un buen filón en la divisoria del arroyo Cherry. Además, regresaba desde Dawson para reunirse con ellos y les llevaba las cartas alegres que les enviaban desde sus hogares en Estados Unidos.

A las siete, cuando dejó atrás Calumet, aún era noche cerrada y a las nueve y media, cuando amaneció, había recorrido el atajo de seis kilómetros y medio que cruza el llano y ascendido diez kilómetros por el arroyo Paul. El camino, poco transitado, seguía el cauce del arroyo, por lo que no existía la posibilidad de perderse. En el viaje de ida a Dawson había seguido el arroyo Cherry y el río Indian, de manera que el arroyo Paul era nuevo y desconocido para él. A las once y media se encontraba en el horcajo, que le habían descrito bien, y supo que había recorrido veinticuatro kilómetros, la mitad del camino. Sabía que lo más probable era que el camino empeorase a partir de allí y

pensó que, teniendo en cuenta el buen ritmo al que había avanzado, se merecía almorzar. Tras librarse de la carga y tomar asiento sobre un tronco caído, se quitó el guante de la mano derecha, la introdujo bajo la ropa, junto a la piel, y sacó un par de panecillos con varias lonchas de beicon en el medio, envueltos en un pañuelo: la única forma de transportarlos sin que se congelaran por completo.

Empezaba a masticar el primer bocado cuando el entumecimiento de los dedos le advirtió que debía ponerse de nuevo el guante. Lo hizo, sorprendido por la rapidez glacial con la que atacaba el frío. Pensó que, sin duda, aquella era la ola de frío más intensa que había vivido jamás.

Escupió sobre la nieve —un truco que a los de la región septentrional les encanta— y el nítido crujido de la saliva congelada al instante lo sobresaltó. El termómetro de alcohol de Calumet marcaba -50 °C cuando se marchó, pero estaba seguro de que ahora hacía mucho más frío, aunque no podía imaginar cuánto más.

Aún no había terminado la mitad del primer panecillo, y ya empezaba a sentir que el frío se apoderaba de él, algo que no solía ocurrirle. Decidió que era mejor ponerse en marcha, se echó la carga a la espalda, se puso en pie de un salto y corrió con brío camino arriba.

A los pocos minutos volvió a entrar en calor, redujo el paso a un ritmo más normal y continuó mordisqueando los panecillos mientras avanzaba. La humedad que exhalaba al respirar cubrió de hielo colgante sus labios y su bigote y en su barbilla se formó un glaciar en miniatura. De vez en cuando perdía la sensibilidad en la nariz y las mejillas, entonces se las frotaba hasta que ardían al lograr que la sangre volviera a ellas.

Casi todo el mundo usaba tiras para proteger la nariz, también sus compañeros, pero él se reía de esos «artilugios femeninos» y hasta aquel momento nunca había experimentado la necesidad de utilizarlas. Ahora sí, porque no paraba de frotarse la cara.

A pesar de todo se sentía alegre, eufórico. Lo que hacía era importante, iba a lograr algo, dominaba los elementos. Se rio en voz alta de pura fuerza vital y con el puño bien apretado desafió a la helada. Él era el amo y señor. Todo lo que hacía lo hacía a pesar del frío. El hielo no podía detenerlo. Iba a continuar hasta la divisoria del arroyo Cherry.

Por muy fuertes que fueran los elementos, él lo era más. En ocasiones como aquella los animales se refugiaban en sus madrigueras y en ellas se quedaban, ocultos. Pero él no se escondía. Permanecía a la intemperie,

enfrentándose al frío, luchando contra él. Era un hombre, el amo de todas las cosas.

De esa forma continuó avanzando, orgulloso y alegre. Después de media hora tomó una curva, donde el arroyo corría próximo a la ladera de la montaña, y salió a uno de los peligros de aspecto más insignificante, aunque más formidables, del viaje por las tierras del Norte.

El arroyo estaba totalmente congelado hasta el lecho rocoso, pero de la montaña llegaban los restos de varios manantiales. Esos manantiales nunca se congelaban y el único efecto que las olas de frío más intensas ejercían sobre ellos era que hacían disminuir sus emisiones. Protegida de la helada por la capa de nieve, el agua de los manantiales se filtraba hasta el arroyo y formaba charcas poco profundas sobre el hielo que lo cubría.

Sobre la superficie de esas charcas se formaba una capa de hielo que cada vez era más espesa, hasta que el agua corría por encima de ella y formaba una segunda charca recubierta de hielo sobre la primera.

De manera que en el fondo permanecía el hielo sólido del arroyo, luego probablemente entre quince y veinte centímetros de agua, después una fina capa de hielo, otros quince o veinte centímetros de agua y otra capa de hielo. Para completar la trampa, sobre esa última capa descansaban un par de centímetros de nieve virgen y en polvo.

Aquella superficie de nieve sin pisar no advirtió a Tom Vincent del peligro que acechaba bajo ella. Como la capa era más densa en los bordes, se encontraba casi en el centro antes de romperla.

En sí mismo se trataba de un contratiempo insignificante —nadie se ahoga en treinta centímetros de agua—, pero sus consecuencias lo convertían en el peor accidente que podía haber sufrido.

En el mismo instante en que atravesó la capa de hielo sintió que el agua helada cubría sus pies y sus tobillos, y con media docena de embestidas logró llegar a la orilla. Conservó la calma y la serenidad. Lo que debía hacer, lo único que podía hacer, era encender una hoguera. Porque otra de las normas del Norte dice: «Viaja con los calcetines húmedos hasta -30 °C, más allá de eso, enciende una hoguera». El termómetro marcaba más del doble de frío y él lo sabía.

También sabía que debía tener mucho cuidado; que, si fracasaba en el primer intento, aumentaban las probabilidades de que también fallase en el segundo. Es decir: sabía que no podía permitirse ni un solo error. Quien un momento antes era un hombre exultante y fuerte, orgulloso de su dominio sobre los elementos, ahora luchaba contra esos mismos elementos para

conservar la vida: esa es la diferencia que provoca la introducción de un litro de agua en los cálculos de quien viaja por la región septentrional.

Las crecidas de la primavera habían depositado una buena cantidad de palitos y ramas pequeñas junto a un grupo de pinos que se alzaban en la orilla del arroyo. Completamente secas por el sol del verano, ahora solo había que acercarles una cerilla.

Resulta imposible preparar una hoguera con las manos envueltas en las pesadas manoplas necesarias en Alaska, así que Vincent se quitó las suyas, reunió un número suficiente de ramitas, les sacudió la nieve que las cubría y se arrodilló para encender el fuego. De un bolsillo interior sacó las cerillas y una tira de corteza de abedul. Las cerillas eran de las que se usaban en el Klondike: de azufre y en manojos de cien.

Se fijó en la rapidez con la que se le helaban los dedos al separar una cerilla de las demás y frotarla sobre sus pantalones. La corteza de abedul, como el más seco de los papeles, ardió con una llama prometedora que él alimentó cuidadosamente con las ramitas más pequeñas y escogidas, siempre pendiente del fuego. Precipitarse no serviría de nada y él lo sabía muy bien, por eso, aunque ya tenía los dedos totalmente entumecidos, no se dio prisa.

Tras la primera sensación de frío, rápida y penetrante, sintió un dolor sordo y pesado en los pies, que ahora se le agarrotaban rápidamente. Pero la hoguera, aunque muy pequeña aún, ya prometía y él sabía que un poco de nieve, frotada con energía, era el remedio más eficaz.

Sin embargo, en el momento en que añadía las primeras ramas gruesas a la hoguera, sucedió algo grave. Las ramas de pino sobre su cabeza sostenían la nieve de cuatro meses y la carga de cada una estaba tan bien ajustada que el mínimo movimiento efectuado al recoger las ramitas había bastado para afectar a su equilibrio.

La primera en caer fue la nieve de la rama más alta, que golpeó y desplazó la nieve de las ramas más bajas. Y toda esa nieve, que se iba acumulando al caer, cubrió la cabeza y hombros de Tom Vincent y tapó por completo su hoguera.

Aun así conservó la calma, porque sabía bien que corría un grave peligro. Enseguida se dispuso a preparar de nuevo la hoguera, pero ahora tenía los dedos tan entumecidos que no podía doblarlos, por lo que se vio obligado a sujetar cada ramita y astilla de madera entre las puntas de los dedos de las dos manos.

Cuando llegó al momento de encender la cerilla, le resultó muy difícil separar una del resto del montón. Sin embargo, tras un esfuerzo enorme, logró

sujetarla entre el pulgar y el índice. Pero al rascarla, se le cayó entre la nieve y ya no pudo recogerla.

Se levantó, desesperado. Ni siquiera sentía su peso sobre los pies, aunque los tobillos le dolían terriblemente. Se puso los guantes, se apartó un poco para que la nieve no volviese a caer sobre la nueva hoguera y golpeó las manos con violencia contra el tronco de un árbol.

Eso le permitió separar y encender una segunda cerilla y lograr que ardiese el fragmento restante de corteza de abedul. Pero el cuerpo empezaba ya a enfriarse y a sufrir escalofríos, de manera que cuando intentó añadir las primeras ramitas, le tembló la mano y la llama se apagó.

El frío lo había vencido. No podía utilizar las manos. Sin embargo, fue lo bastante precavido como para dejar caer las cerillas restantes en el bolsillo exterior, que tenía la boca muy ancha, antes de ponerse los guantes, desesperado, y echar a correr camino adelante. A -50 °C no es posible evitar que unos pies mojados se congelen. No tardó en descubrir queda temperatura era incluso inferior.

Alcanzó una curva pronunciada del arroyo, desde la que podía ver una extensión de más de kilómetro y medio. Pero no había ayuda, ni rastro de ella, solo árboles blancos, colinas blancas, el frío callado y el silencio insolente. ¡Si tuviese un compañero al que no se le congelasen los pies!, pensó, ¡un compañero así podría encender la hoguera y salvarlo!

Se fijó por casualidad en otra pila de ramitas depositada por la crecida del río. Si lograba encender una cerilla, tal vez todo iría bien. Con los dedos tan entumecidos que no conseguía doblarlos, sacó un montón de cerillas, pero comprendió que no era capaz de separarlas.

Se sentó y arrastró torpemente el manojo de cerillas sobre sus rodillas hasta que terminó por descansar bajo su palma con los extremos sulfúreos hacia abajo, como sobresaldría la hoja de un cuchillo de caza al sujetarlo con el puño para asestar una puñalada.

Pero sus dedos permanecían tiesos. No podían agarrar nada. Superó el problema presionando los dedos de una mano con la muñeca de la otra para obligarlos a cerrarse sobre el manojo. Sujetándolo de ese modo, una y otra vez lo frotó contra su pierna y al fin logró encenderlo. Pero la llama le quemó la mano y, sin quererlo, relajó la fuerza con la que apretaba. El manojo de cerillas cayó al suelo y, mientras intentaba en vano recogerlo, crepitó y se apagó.

Volvió a correr, ya muy asustado. No tenía sensación alguna en los pies. Sabía qué la nariz y las mejillas estaban congeladas, pero le daba igual. Serían

las manos y los pies los que podrían salvarlo, si es que se salvaba.

Recordó que le habían hablado de un campamento de cazadores de alces situado en algún lugar por encima del horcajo del arroyo Paul. Debía de estar cerca —pensó— y si lo encontraba aún podría salvarse. Llegó a él cinco minutos más tarde y lo halló solo y abandonado. Incluso había nieve en el interior del refugio de ramas de pino donde habían dormido los cazadores. Se dejó caer, sollozando. Todo había terminado y, a aquella temperatura, como mucho en cuestión de una hora no sería más que un cadáver congelado.

Pero la fuerza del amor que sentía por la vida lo hizo ponerse en pie de un salto. Se concentró en pensar. ¿Y qué importaba que las cerillas le quemasen las manos? Mejor era tener las manos quemadas que muertas. Incluso era mejor quedarse sin manos a rendirse a la muerte. A trancas y barrancas avanzó por el camino y llegó hasta otra pila de restos abandonados por el agua. Había ramitas, ramas más grandes, hojas y hierba, todo ello seco, a la espera de que alguien le acercase una cerilla.

Se sentó de nuevo y arrastró otro manojo de cerillas sobre las rodillas hasta que quedó bajo su palma, con la muñeca de la otra mano obligó a los dedos a rodear el manojo y, también con la muñeca, apretó con fuerza para que no lo soltaran. Al segundo intento el manojo se encendió y supo que se salvaría si lograba soportar el dolor. Se ahogó con el humo del azufre y la llama azul lamió la carne de sus manos.

Al principio no sintió nada, pero el fuego enseguida derritió la superficie congelada. El olor a carne quemada, su propia carne, le llegaba con fuerza. Se retorcía de dolor, pero aguantó. Apretó los dientes y se meció adelante y atrás hasta que surgió la llama blanca que indicaba la buena combustión de las cerillas y hasta que acercó dicha llama al montón de hojas y hierba.

Luego esperó durante cinco minutos interminables, pero la hoguera fue creciendo a buen ritmo. Después empezó a trabajar para salvarse. Tal era su debilidad que necesitaba tomar medidas heroicas, y las tomó.

Frotándose las manos con nieve y luego metiéndolas en la hoguera, por turnos, y de vez en cuando golpeándolas contra los troncos de los árboles, recuperó la circulación lo bastante como para poder utilizarlas. Con el cuchillo de caza cortó las correas con las que sujetaba la carga, desenrolló la manta y cogió calcetines secos y calzado de repuesto.

Luego seccionó los mocasines y desnudó los pies. Pero, aunque con las manos se había tomado muchas libertades, mantuvo los pies alejados de la hoguera y se los frotó con nieve. Frotaba hasta que las manos se le

entumecían, entonces se tapaba los pies con la manta, se calentaba las manos en la hoguera y volvía a frotar.

Trabajó durante tres horas hasta que logró contrarrestar los peores efectos de la congelación. Permaneció toda la noche junto a la hoguera y al día siguiente, ya tarde, llegó cojeando al campamento situado en la divisoria del arroyo Cherry.

Al cabo de un mes pudo volver a andar, aunque a partir de entonces los dedos de los pies fueron excesivamente sensibles al frío. Pero sabe bien que las cicatrices de las manos se las llevará con él a la tumba. Y ahora es el primero en repetir la norma «¡Nunca viajes solo!», que rige en el Norte.

[1901]



Pendiente arriba

CUANDO CLAY DILHAM salió de la tienda de campaña para llenar un trineo de leña esperaba regresar en media hora. Eso le dijo a Swanson, quien se ocupaba de cocinar la cena. Swanson y él pertenecían a equipos distintos, situados a unos treinta kilómetros de distancia uno del otro en el río Stuart, pero se habían convertido en compañeros durante un viaje Yukón abajo hacia Dawson para recoger el correo.

Swanson se rio cuando Clay le dijo que volvería en media hora. Lo lógico sería, comentó Swanson, que no resultase fácil encontrar leña seca y de buena calidad tan cerca de Dawson; que la leña que pudiera haber en un principio se habría recogido y usado mucho tiempo atrás; y que la leña no se vendería a cuarenta dólares la cuerda si cualquiera pudiese salir, llenar un trineo y volver en el plazo de tiempo que esperaba hacerlo Clay.

Entonces le tocó reír a Clay, mientras saltaba al trineo y ordenaba a los perros seguir el camino del río. Y es que el día anterior, al subir desde la aldea india, se había fijado en un pequeño pino muerto en un punto apartado del camino, lo que había evitado que otros, carentes de una vista tan buena como la suya, lo hubiesen descubierto. Sus ojos eran jóvenes y muy agudos porque acababa de cumplir diecisiete años.

Una carrera de diez minutos sobre el hielo lo llevó al lugar exacto y, suponiendo que tardaría diez minutos en hacerse con el árbol y otros diez en regresar, se convenció a sí mismo de que la cena de Swanson no llegaría a enfriarse.

Pasado Dawson y surgiendo del propio Yukón se alzaba el enorme monte Moosehide, al que el teniente Schwatka puso nombre mucho antes de que el Klondike se hiciera famoso. A la orilla del río, la montaña aparecía marcada con barrancos y taludes. Precisamente sobre uno de esos taludes había divisado Clay el árbol.

Allí detuvo a los perros, sobre el hielo del río, miró hacia arriba y, tras buscarlo, volvió a descubrirlo. Al estar muerto, su tono gris se mezclaba con el gris de la pared de roca de tal forma que mil hombres podrían pasar por su lado sin llegar a verlo nunca. Había echado raíces en una rendija, en la que

creció, agotó la poca tierra de la que disponía y se murió. Bajo el árbol la ladera caía, muy empinada, cien metros hacia el río. Bastaba con hundir el hacha en el tronco seco una docena de veces y seguramente se haría pedazos. Eso era lo que Clay esperaba cuando había limitado a media hora la duración de su viaje.

Estudió el precipicio con atención antes de intentar escalarlo. Por lo que a él le parecía, el camino más largo era la forma más rápida de llegar al árbol. Seis metros de una subida casi perpendicular lo llevarían a un talud en el que la inclinación de la pendiente era más suave. Si ascendía ese talud realizando un largo zigzag llegaría al pino.

Se cruzó el hacha sobre los hombros para que no le molestase al moverse y ascendió agarrándose a las grietas de la roca con manos y pies, como un gato, hasta superar los seis metros y recuperar el aliento sobre el borde del talud.

El talud era pronunciado y su superficie cubierta de nieve resultaba resbaladiza. Además, las suelas de cuero de morsa, sin talón, de sus *muclucs* estaban gastadas y pulidas de tanto viajar sobre el hielo, y al segundo paso comprendió que poco agarre le iban a ofrecer durante el ascenso. Un resbalón en aquel punto implicaba precipitarse por encima del borde y soportar una caída de seis metros hasta el hielo. Si avanzaba treinta metros más en zigzag, la caída sería de quince metros.

Introdujo la mano enguantada entre la nieve hasta alcanzar la tierra para afianzarse y continuó. Pero se veía obligado a hacerlo con tanto cuidado que tardó cinco minutos en recorrer el primer tramo del zigzag. Luego, al cruzar la superficie del talud en dirección contraria hacia el pino se encontró con una dificultad inesperada: la pendiente se empinaba considerablemente, lo que impedía que se acumulase mucha nieve y, bajo la fina capa, se aplastaban las hierbas secas del año anterior.

Formaban una superficie tan lisa como la de sus *muclucs* y, cuando ambas superficies entraron en contacto, resbaló y cayó de bruces, deslizándose hacia abajo mientras intentaba agarrarse a algo que le permitiera estabilizarse.

Consiguió hacerlo, aunque permaneció sin moverse un par de minutos para recuperar la sangre fría. Se habría quitado los *muclucs* a fin de continuar en calcetines, pero había -35 °C y a esa temperatura los pies se le congelarían enseguida. Por eso continuó avanzando y, tras diez minutos de mucho esfuerzo y peligros, llegó al tramo seguro de roca maciza donde se alzaba el pino.

Unos pocos golpes de hacha lo hicieron caer al abismo. Echó la cabeza por encima del borde y se rio del sobresalto de los perros. Estaban a punto de salir huyendo cuando los llamó en voz alta y logró tranquilizarlos.

Luego se dio la vuelta para emprender el regreso. Sabía que el descenso sería más peligroso que la subida, pero no comprendió cuánto hasta que hubo resbalado media docena de veces, en cada ocasión salvándose de milagro. Una y otra vez intentó avanzar talud abajo, pero siempre fracasaba al llegar a la hierba.

Se sentó y observó la pendiente traicionera y cubierta de nieve. Tenía muy claro que le resultaría imposible superarla de una pieza y no deseaba llegar al final en pedacitos, como el pino.

Pero mientras permanecía sentado e inmóvil, el frío empezó a invadirlo poco a poco y fue consciente de que no podía retrasarse más. Debía hacer algo para mantener activa la circulación de la sangre. Si no podía bajar descendiendo, solo le quedaba bajar ascendiendo. Sería una tarea hercúlea pero era la única forma de salir de aquel aprieto.

Desde donde estaba no veía la parte superior de la ladera, sin embargo imaginó que el barranco, en el que se encontraba el talud, avanzaría cada vez más hacia el interior a medida que se acercase a la parte alta. Por lo poco que veía, el barranco manifestaba esa tendencia. Además, también se fijó en que el talud se extendía más de cien metros hacia arriba y que, donde terminaba, la piedra se veía rota y discontinua, lo que le facilitaría la escalada. Aquí y allá, a intervalos amplios, pequeños grupos de rocas asomaban entre la nieve del talud, lo que prometía garantizar estabilidad suficiente como para atreverse a intentarlo.

Así que, en lugar de descender siguiendo el camino en zigzag por el que había subido, siguió uno nuevo que ascendía cruzando el talud en un ángulo de treinta grados. La hierba le daba muchos problemas y le hacía desear que la suela de sus mocasines fuese de piel poco curtida y blanda, lo que le permitiría agarrarse como si tuviese un segundo par de manos.

Pronto descubrió que meter la mano entre la nieve a fin de sujetarse a las raíces de la hierba no resultaba tan seguro como creía. Los guantes eran demasiado gruesos para garantizar el agarre y se los quitó. Pero eso supuso nuevos problemas: cada vez que se aferraba a un puñado de raíces la nieve se derretía al entrar en contacto con su mano desnuda, de manera que las manos y los puños de su camisa de lana goteaban. El frío enseguida atacaba esas gotas de agua por lo que los dedos se entumecían y resultaban inútiles.

Entonces se vio obligado a buscar un buen lugar donde apoyar los pies para mantenerse sobre ellos sin la ayuda de las manos, mientras se ponía los guantes y se las frotaba contra los costados a fin de recuperar el calor y la circulación.

Ese entumecimiento constante de los dedos lo obligaba a avanzar muy despacio, pero por fin llegó al final del primer tramo de zigzag, donde el borde del talud quedaba reforzado por una especie de muro de contención perpendicular formado por rocas, se dio la vuelta y atacó la segunda etapa del serpenteante ascenso. Al ir subiendo descubrió que el talud tenía forma de cuña y que, al acercarse al extremo más alto, los muros de contención lo estrechaban cada vez más. Cada paso que daba hacía aumentar el abismo que se abría a sus pies, a la espera de tragárselo.

Mientras golpeaba las manos contra los costados se giró para observar cómo descendía la prolongada y resbaladiza ladera e imaginó que, en caso de deslizarse hacia abajo, alcanzaría la velocidad de un tren expreso antes de zambullirse definitivamente en el lecho helado del Yukón.

Rebasó el primer afloramiento de rocas, luego el segundo y tras una hora se encontró por encima del tercero y a ciento cincuenta metros sobre el río. Allí, a sesenta metros del extremo superior, el grado de inclinación del talud aumentaba.

Cada paso se volvía más difícil y peligroso y empezaba a sentir el efecto del cansancio y la falta de la cena de Swanson. En tres o cuatro ocasiones resbaló ligeramente y se recuperó, pero, cada vez más descuidado debido al agotamiento y la prolongada tensión de los nervios, intentó continuar con demasiada prisa y se vio recompensado por un resbalón de los dos pies al mismo tiempo que lo llevó a soltarse y a deslizarse ladera abajo.

Debido a lo escarpado del talud había poca nieve, pero esa poca cantidad se vio desplazada por su cuerpo hasta convertirse en el centro de un principio de avalancha. Intentaba agarrarse a algo desesperadamente, pero no había mucho a lo que sujetarse y continuaba descendiendo a una velocidad cada vez mayor.

Por debajo de él quedaban los dos primeros afloramientos, pero sabía que el primero no estaba alineado del todo con la trayectoria que seguía y cifraba todas sus esperanzas en el segundo. Sin embargo, el primero se encontraba lo bastante cerca como para que el impacto al tropezar en él uno de sus pies le diese una vuelta y lo dejara boca arriba y con la cabeza por delante.

Por si el susto no había sido lo bastante grave, la nieve lo cubrió con una capa cegadora y exasperante que no le impidió concentrarse en pensar, sin

perder un segundo, en lo que ocurriría si llegaba al segundo afloramiento con la cabeza por delante. Giró la cintura tanto como pudo, extendió ambas manos hacia el mismo lado y las apoyó con fuerza contra la superficie que pasaba volando a su lado.

La maniobra surtió el mismo efecto que un freno y arrastró cabeza y hombros a un lado. En esa posición dio un par de vueltas completas y después, con un rápido tirón en el momento adecuado, consiguió girar el resto del cuerpo.

Justo a tiempo, además, porque al instante siguiente sus pies chocaron contra el afloramiento, las piernas se flexionaron y se detuvo de una forma tan abrupta que se quedó sin respiración.

Le había entrado mucha nieve por el cuello y las mangas. Enseguida y sin agobios se la quitó de encima para descubrir, cuando levantó la mirada hacia el punto al que debía ascender de nuevo, que había perdido el valor. Temblaba paralizado y se sentía mareado, presa de una náusea interminable.

Transcurrieron diez minutos antes de que pudiera dominar esas sensaciones y reuniese fuerzas para enfrentarse de nuevo a la agotadora escalada. Le dolían las piernas, no le respondían como antes y era consciente de un dolor molesto en la espalda, donde había caído sobre el hacha.

Al cabo de una hora se encontraba otra vez en el lugar desde el que había resbalado y observaba el talud que se inclinaba de forma tan repentina. Tuvo claro que no podría ascender ayudándose solo de pies y manos y empezaba a perder otra vez el valor cuando se acordó del hacha.

A un paso hacia arriba de distancia apartó la nieve y, entre la gravilla helada y rocas desmenuzadas, preparó a hachazos un hueco poco profundo en el que apoyar el pie. Subió el pie, alargó el brazo hacia delante y repitió la maniobra. Así, paso a paso, punto de apoyo a punto de apoyo, una mota diminuta de vida que se afanaba como una mosca en la impresionante ladera del monte Moosehide fue ascendiendo sin rendirse.

El crepúsculo empezaba a caer cuando llegó a la parte superior del talud y se tumbó sobre el fondo rocoso del barranco. En aquel punto el lomo de la montaña retrocedía inclinándose hacia la cumbre y, además de ser menos escarpada, las rocas ofrecían mejores puntos de apoyo para manos y pies. ¡Había superado lo peor y tenía lo mejor por delante!

El barranco se abría a una cuenca en miniatura en la que se había depositado una capa de tierra de la que a su vez surgía un pinar diminuto. Todos los pinos estaban muertos y secos, ya que hacía mucho tiempo que habían consumido el poco alimento presente en aquella fina capa de tierra.

Clay observó con ojo experimentado aquellos árboles y calculó que de allí saldrían un mínimo de cincuenta cuerdas de leña. Más allá, el barranco volvía a cerrarse y a ser solo roca desnuda. A cada lado lo único que había era piedra estéril, por lo que no era de extrañar que los árboles hubiesen escapado a la vista del hombre. Solo era posible descubrirlos como lo había hecho él: escalando hasta allí.

Continuó ascendiendo y la luna lo saludó cuando llegó a la cima del monte Moosehide. A sus pies, a más de trescientos metros bajo él, destellaban las luces de Dawson.

Pero el descenso por aquella cara resultaba abrupto y peligroso a la incierta luz de la luna y prefirió bajar de la montaña por su cara norte, más suave. En un par de horas llegó al Yukón en la aldea india y siguió el camino del río para regresar al punto donde había dejado a los perros. Allí encontró a Swanson, que había encendido una hoguera y aguardaba a que él descendiese.

Aunque Swanson se rio con ganas de él, una semana más tarde en Dawson se vendieron cincuenta cuerdas de leña a cuarenta dólares la cuerda. Los vendedores fueron él y Swanson.

[1901]



Noche de aficionados

EL ASCENSORISTA SONRIÓ con complicidad. Al llevarla arriba se había fijado en cómo le brillaban los ojos y en el rubor de sus mejillas. Aquella pequeña cabina se había caldeado con el entusiasmo que ella intentaba reprimir. Pero ahora, en el descenso, parecía un glaciar. El brillo y el rubor habían desaparecido. Llevaba el ceño fruncido y lo poco que veía de sus ojos aparecía frío y gris como el acero. Él conocía bien los síntomas. Era un buen observador —también lo sabía— y cuando fuese mayor estaba seguro de que sería periodista. Mientras tanto estudiaba la procesión de la vida en sus subidas y bajadas por aquel rascacielos de dieciocho pisos en el interior de su ascensor. Le abrió la puerta con lástima y la observó salir a la calle con paso ligero y decidido.

En su porte había una robustez que procedía de la tierra, más que del pavimento urbano, pero era robustez en un sentido más delicado de lo acostumbrado —podría llamarse elegancia vigorosa—, que daba una impresión de virilidad que ni su femineidad conseguía eliminar. Hablaba de un legado de buscadores y luchadores, de gentes que trabajaban tenazmente con la cabeza y las manos, de fantasmas que surgían entre las nieblas del pasado para moldearla y convertirla en una mujer dinámica y emprendedora.

Pero se sentía un poco enfadada y muy herida.

—Imagino lo que va a decirme —el director había interrumpido, amable y firme a la vez, el largo preámbulo de la entrevista tanto tiempo esperada que acababa de terminar—, porque ya me ha dicho bastante —continuó (despiadadamente, estaba segura ella al repasar la conversación nada más salir de allí)—. No tiene experiencia periodística. No ha hecho prácticas, no ha aprendido disciplina ni se ha forjado a golpes. Ha ido al instituto y seguramente habrá completado su formación en una escuela normal o en la universidad. Sobresale en lengua y literatura. Todos sus amigos le han dicho que escribe muy bien, que sus textos son preciosos, etcétera, etcétera. Cree que puede trabajar de periodista y quiere que yo apueste por usted. Pues lo siento pero no hay vacantes. Si supiera usted la cantidad de…

—Pero, si no hay vacantes —había interrumpido ella a su vez—, ¿cómo entraron a trabajar los que ya trabajan aquí? ¿Cómo voy a demostrar que existen motivos para contratarme?

—Se convirtieron en indispensables —fue la seca respuesta—. Demuestre que resulta usted indispensable.

—Pero ¿cómo, si no se me ofrece la oportunidad?

—Créese su propia oportunidad.

—Pero ¿cómo? —había insistido ella, mientras pensaba que aquel hombre era muy poco razonable.

—¿Cómo? Eso es problema suyo, no mío —dijo de manera concluyente y se puso de pie para dejar claro que la entrevista había llegado a su fin—. Debo informarle, estimada señorita, que esta semana han pasado por aquí unas dieciocho jóvenes aspirantes más y yo no tengo tiempo para explicarles a todas y cada una de ustedes cómo se hace. Le aseguro que la función que realizo en este periódico no es la de profesor de una escuela de periodismo.

Tomó un autobús que salía del centro y antes de bajarse de él había repasado la conversación una y otra vez. «Pero ¿cómo?», se repetía a sí misma mientras subía los tres pisos de escaleras que llevaban a las habitaciones que su hermana y ella habían alquilado. «Pero ¿cómo?», continuaba preguntándose porque la testaruda sangre escocesa aún pujaba con fuerza en su interior, a pesar de llevar varias generaciones apartada de la tierra nativa. Además, la necesidad la obligaba a hacer lo que fuera por conseguirlo. Su hermana Letty y ella habían llegado a la ciudad desde una población del interior para abrirse camino en la vida. Las tierras de John Wyman no eran fértiles y varias iniciativas comerciales desastrosas habían cargado de deudas sus acres y obligado a sus dos hijas, Edna y Letty, a buscarse la vida por su cuenta. Un año de enseñanza y de estudiar taquigrafía y mecanografía por las noches les había permitido financiar su proyecto en la ciudad y equiparse para la aventura; aventura que resultaba de todo menos fructífera. Parecía que la ciudad estaba llena de mecanógrafas y taquígrafas sin experiencia, y ellas solo podían ofrecer su propia inexperiencia. La ambición secreta de Edna siempre había sido el periodismo, pero sus planes consistían en buscar antes un trabajo de oficina a fin de contar con tiempo y espacio suficientes para decidir dónde y en qué especialidad periodística deseaba embarcarse. Pero el trabajo de oficina no había aparecido, ni para Letty ni para ella, su pequeña reserva de provisiones disminuía día a día y la estufa consumía carbón con una voracidad implacable. Para entonces la reserva ya era mínima.

—Tienes a Max Irwin —dijo Letty cuando lo comentaron—. Es un periodista de fama nacional. Ve a verlo, Ed. Él sabrá cómo y podrá decírtelo.

—Pero no lo conozco —objetó Edna.

—Tampoco conocías al editor al que fuiste a ver hoy.

—Ya —dijo en tono lento y pensativo—. Pero eso es distinto.

—No será distinto a los hombres y mujeres desconocidos a los que entrevistarás cuando sepas cómo hacerlo —la animó Letty.

—No lo había pensado desde ese punto de vista —admitió Edna—. Al fin y al cabo, ¿qué diferencia hay entre entrevistar al señor Irwin por cuenta de un periódico o hacerlo por mi propia cuenta? Así practicaré. Voy a buscar su dirección en la guía.

—Letty, sé que si me dan una oportunidad seré capaz de escribir bien —anunció muy decidida un minuto después—. Presiento que tengo un don, ya me entiendes.

Letty asintió con la cabeza.

—¿Cómo será el señor Irwin? —preguntó con dulzura.

—Me encargaré de averiguarlo —le aseguró Edna—, y te lo contaré en un plazo de cuarenta y ocho horas.

Letty aplaudió.

—¡Bien! ¡Ése es el espíritu del periodista! ¡Hazlo en veinticuatro horas y será perfecto!

☘

—…Y LAMENTO MOLESTARLE —concluyó la exposición de su caso ante Max Irwin, famoso corresponsal de guerra y periodista veterano.

—En absoluto —respondió él con un gesto despectivo de la mano—. Si no habla usted por sí misma, ¿quién va a hacerlo? Comprendo muy bien el conflicto en el que se encuentra. Quiere entrar en el *Intelligencer*, quiere entrar ya y no ha tenido experiencia previa. Entonces, en primer lugar, ¿cuenta con alguna influencia? En la ciudad hay una docena de hombres que con unas líneas podrían abrir cualquier puerta. Después usted destacaría o se hundiría según su propia habilidad. Por ejemplo, el senador Longbridge y Claus Inskeep, el magnate de los tranvías, Lañe y McChesney… —se detuvo con la voz en suspenso.

—Le aseguro que no conozco a ninguno de ellos —respondió la joven con aire abatido.

—No es necesario. ¿Conoce a alguien que los conozca? ¿0 a alguien que conozca a alguien que los conozca?

Edna negó con la cabeza.

—Entonces debemos buscar otra salida —continuó él en tono alegre—. Tendrá que hacer algo por su cuenta. Veamos…

Se calló y se concentró en pensar con los ojos cerrados y la frente arrugada. Ella lo observaba fijamente cuando sus ojos azules se abrieron de repente y el rostro se le iluminó.

—¡Ya lo tengo! Pero, no, espere un momento.

Y durante un minuto le tocó a él observarla a ella. Lo hizo a fondo, hasta que la joven supo que se había ruborizado bajo su mirada.

—Creo que valdrá, aunque está por ver —dijo enigmáticamente—. Nos mostrará de qué material está usted hecha y será una forma de reivindicación ante la gente del *Intelligencer* superior a todas las cartas de recomendación de todos los magnates y senadores del mundo. Lo suyo es hacer la noche de aficionados del Loops.

—No… no comprendo —dijo Edna, porque la sugerencia no tenía significado alguno para ella—. ¿Qué es el Loops? ¿Y qué es la noche de aficionados?

—Olvidé que me había dicho que es del interior. Pero eso es aún mejor, si tiene usted garra periodística. Será una primera impresión y las primeras impresiones siempre resultan imparciales, sin prejuicios, frescas e intensas. El Loops está en las afueras de la ciudad, cerca del parque y es un lugar de diversión. Hay un tren turístico, un tobogán acuático, una banda sinfónica, un teatro, animales salvajes, películas, etcétera, etcétera. La gente corriente acude para ver a los animales y divertirse y el resto va para divertirse viendo cómo se divierte la gente corriente. El Loops es un lugar democrático para disfrutar y respirar aire fresco.

»Pero a usted lo que le importa es el teatro. Es vodevil. Se representa un número tras otro: malabaristas, acróbatas, prodigios de la flexibilidad, artistas del fuego, intérpretes de canciones de negros, cantantes, músicos, hombres que imitan a las mujeres, solistas románticos, etcétera, etcétera. Son profesionales del vodevil. Así se ganan la vida. Muchos están muy bien pagados. Algunos van por libre y hacen un número donde encuentran hueco, en el Obermann, el Orpheus, el Alcatraz, el Louvre, etcétera, etcétera. Otros

siguen un circuito establecido por todo el país. Es una etapa de la vida interesante y pagan lo bastante bien como para atraer a muchos aspirantes.

»La dirección del Loops, en un intento de ganar popularidad, instituyó lo que se llama “noche de aficionados”, lo que equivale a decir que dos noches por semana, cuando los profesionales terminan sus números, el escenario se abre a los aspirantes aficionados. El público se queda para criticarlos. El pueblo se convierte en árbitro del arte —o eso cree, que es lo mismo—, paga su dinero, se siente satisfecho de sí mismo y la noche de aficionados resulta rentable.

»Pero la cuestión de la noche de aficionados, punto importante de este asunto, es que esos aficionados no lo son en realidad. Les pagan por hacer sus números. Lo cierto es que deberíamos llamarlos aficionados profesionales. Es lógico pensar que la dirección no sea capaz de conseguir que alguien se enfrente a una audiencia desenfrenada sin cobrar, porque en esas ocasiones la audiencia se vuelve loca. Les parece muy divertido. Pero lo que usted debe hacer, y le aseguro que se precisa mucho valor, es acercarse hasta allí, concertar dos números (según creo, miércoles y sábado por la noche), hacerlos y escribir su experiencia para el *Sunday Intelligencer*.

—Pero… pero… —tartamudeó la joven—, …yo… yo —y en su voz había un deje de decepción y llanto.

—Entiendo —dijo él con amabilidad—. Esperaba otra cosa, algo distinto, algo mejor. Como todos al principio. Pero recuerde al almirante de la ópera de Gilbert y Sullivan, que barrió el suelo y sacó brillo a la latonería antes de ascender. Debe enfrentarse al trabajo duro y rutinario del aprendizaje o renunciar ahora mismo a todo lo demás. ¿Qué me dice?

La brusquedad con la que quiso saber su decisión la sobresaltó. Mientras titubeaba se dio cuenta de que la decepción empezaba a oscurecer el rostro de Irwin.

—En cierto modo debe considerarlo como una prueba —añadió el periodista para animarla—. Una prueba dura, pero así es mejor. Éste es su momento. ¿Lo hará?

—Lo intentaré —respondió la joven con suavidad, mientras tomaba nota de la prisa, brusquedad y franqueza que caracterizaba a aquellos hombres de ciudad con los que empezaba a tener contacto.

—¡Bien! Mire, cuando yo empecé me tocaron los trabajos más deprimentes y aburridos imaginables. Después, durante un buen tiempo, me ocupé de la Policía y los tribunales especializados en divorcios. Pero al final todo salió bien y me benefició. Usted tiene más suerte si empieza con un

artículo para el dominical. No es gran cosa, pero ¿y qué? Hágalo. Demuéstreles su capacidad y la llamarán para trabajos mejores, con más clase y mejor pagados. Vaya esta tarde al Loops y comprométase a hacer dos números.

—¿Y qué clase de números puedo hacer? —preguntó Edna sin tenerlas todas consigo.

—¿Hacer? No hay problema. ¿Sabe cantar? No importa, no es necesario que sepa. Chille, haga lo que sea, para eso le pagarán, para proporcionar diversión, para actuar mal y permitir que el pueblo la abuchee. Cuando vaya a hacer su número, llévese a alguien de acompañante. No tenga miedo de nadie. Hable con todos. Muévase entre los aficionados que esperan para hacer su número, sonsáqueles, estúdielos, fotografíelos en su mente. Capte el ambiente, el colorido, la idiosincrasia, a montones. Hurgue con las dos manos y saque a la luz la esencia, el espíritu, el significado. ¿Qué evidencia todo eso? Descubra lo que quiere decir. Para eso estará allí. Eso es lo que quieren saber los lectores del *Sunday Intelligencer*.

»Sea concisa al escribir, con frases categóricas, acertadas; sea concreta y atinada en las similitudes. Evite los tópicos y los lugares comunes. Seleccione. Aproveche lo relevante y elimine el resto y tendrá imágenes. Convierta esas imágenes en palabras y los del *Intelligencer* querrán contratarla. Hágase con algunos ejemplares atrasados y estudie los artículos del *Sunday Intelligencer*. Cuéntelo todo en el primer párrafo para anunciar los contenidos y luego desarróllelos. Incluya un resumen al final, de manera que si tienen poco espacio puedan cortar su artículo por donde lo necesiten y adjuntar el resumen sin que el texto pierda sentido. Bueno, ya basta. El resto investíguelo usted.

Ambos se pusieron en pie, Edna contagiada por el entusiasmo de él y sus frases rápidas y bruscas, llenas de cosas que ella quería saber.

—Y recuerde, señorita Wyman, si es usted ambiciosa, que la meta final del periodismo no es el artículo de fondo. Evite estancarse. El artículo de fondo tiene trampa. Domínelo pero no permita que la domine a usted. Aunque debe dominarlo, eso sí, porque si no aprende a escribir bien un artículo, no podrá pretender hacer mejor ninguna otra cosa. En resumen, esfuércese al máximo pero al mismo tiempo siga siendo usted; espero que me comprenda. Buena suerte.

Ya habían llegado a la puerta y se despidieron con un apretón de manos.

—Una cosa más —interrumpió él las frases de agradecimiento de la joven —. Déjeme ver lo que escriba antes de entregarlo. Podría serle de ayuda.

☘

EDNA ENCONTRÓ AL DIRECTOR del Loops —un hombre entrado en carnes, con papada, cejas pobladas y aspecto agresivo—, con el ceño fruncido, gesto distraído y un puro en la boca. Sabía que se llamaba Symes, Ernst Symes.

—¿Qué número me trae? —preguntó antes de escuchar por completo la breve explicación de la joven.

—Solista romántica, soprano —respondió enseguida, al recordar que Irwin le había aconsejado exagerar.

—¿Cómo se llama? —inquirió el señor Symes sin casi dignarse a mirarla.

Ella dudó. Se había precipitado a la aventura con tal rapidez que no había pensado en la cuestión del nombre.

—¿Tiene nombre?, ¿nombre artístico? —vociferó impaciente.

—Nan Bellayne —dijo sin pararse a pensar—. B-e-l-l-a-y-n-e. Sí, eso es.

Él lo apuntó en una libreta.

—Bien. Actuará el miércoles y el sábado.

—¿Cuánto me pagará? —quiso saber Edna.

—Dos y medio por actuación. Dos actuaciones, cinco dólares. Cobrará el lunes siguiente a la segunda actuación.

Y sin la gentileza de un simple adiós, le dio la espalda y se concentró en el periódico que leía cuando ella llegó.

☘

EL MIÉRCOLES EDNA llegó temprano, al atardecer, con Letty de acompañante y su sencillo vestuario en una cesta. Componían su disfraz un chal de cuadros escoceses prestado por la lavandera, una falda de fregar raída prestada por la mujer de la limpieza y una peluca gris alquilada por veinticinco centavos la noche; porque Edna había decidido presentarse como una anciana irlandesa que cantaba con el corazón roto por la distancia que la separaba de su hijo errante.

A pesar de haber llegado pronto, el jaleo era enorme. La representación principal estaba en marcha, la orquesta tocaba y la audiencia aplaudía de vez en cuando. La gran cantidad de aficionados bloqueaba el trabajo entre

bambalinas, atestaba los pasillos, los camerinos y los bastidores y obligaba a todo el mundo a tropezar con los demás. Eso molestaba especialmente a los profesionales, que se comportaban como si pertenecieran a una casta superior y cuyos modales con los parias aficionados resultaban altivos e incluso crueles. Edna, intimidada, atropellada y empujada de un lado a otro, agarrando su cesta desesperada y buscando un camerino, tomaba nota de todo.

Por fin encontró un camerino en el que se apiñaban otras tres aficionadas que se maquillaban entre alborotos, exclamaciones agudas y peleas por el único espejo. El maquillaje de Edna era tan sencillo que enseguida terminó y dejó al trío de damas en plena tregua para poder criticarla mejor. Letty no se apartaba de ella y, con mucha paciencia y empeño, consiguieron hacerse un hueco en uno de los bastidores que disponía de vistas al escenario.

Un hombre pequeño y moreno, pulcro y gallardo, con levita y sombrero de copa, bailaba en el escenario con pasos gráciles y afectados mientras cantaba algo sobre alguien, sin duda triste, con una voz pobre y apagada. Cuando llegaba al final de la canción, una mujer grande, coronada con una impresionante mata de cabello rubio, pasó bruscamente junto a Edna, la pisó sin inmutarse y la empujó a un lado con desprecio. «¡Malditos aficionados!», graznó al alejarse y al instante siguiente estaba sobre el escenario, saludando al público con elegancia mientras el hombrecillo moreno revoloteaba de puntillas.

—¡Hola, chicas!

El saludo, pronunciado con una caricia vocal inimitable en cada sílaba y pegado a su oído, hizo que Edna saltase sobresaltada. Un joven lampiño de cara redonda le dedicaba una sonrisa bondadosa. Su maquillaje era el del típico vagabundo, aunque le faltaban las inevitables patillas.

—Oh, no tardaré ni un minuto en ponérmelas —explicó, adivinando lo que ella buscaba con los ojos y agitando en la mano el adorno en cuestión—. Es que me hacen sudar —continuó. Luego añadió—: ¿Cuál es su número?

—Soprano romántica —respondió ella, intentando parecer natural y tranquila.

—¿Por qué lo hace? —preguntó él sin andarse con rodeos.

—Para divertirme. ¿Para qué, si no? —replicó Edna.

—Eso me pareció nada más verla. No trabajará para un periódico, ¿verdad?

—Solo he conocido a un director de periódico en mi vida —contestó con evasivas—, y yo… él… bueno, no nos llevamos bien.

—¿Fue a pedirle empleo?

Edna asintió con la cabeza sin darle importancia, aunque empezaba a ponerse nerviosa y se devanaba los sesos para encontrar la forma de cambiar de tema.

—¿Y qué le dijo?

—Que esa semana ya habían ido otras dieciocho chicas.

—La echó con cajas destempladas, ¿eh? —El joven de cara redonda se rio y se dio una palmada en los muslos—. Verá, es que no nos fiamos. A los dominicales les encantaría contar la noche de aficionados con pelos y señales, pero el director no está de acuerdo. Se le salen los ojos de las órbitas solo de pensarlo.

—¿Y cuál es su número? —preguntó ella.

—¿Cuál? ¿El mío? Esta noche hago el del vagabundo. Verá, es que soy Charley Welsh.

Le pareció que con solo mencionar su nombre el joven pensaba que todo estaba aclarado, pero ella solo pudo comentar con educación:

—¡Oh! ¡No me diga!

Le entraron ganas de reírse al ver el gesto de decepción que asomó a su rostro, pero consiguió dominarse.

—Vamos —dijo él con brusquedad—, no puede decirme en serio que nunca ha oído hablar de Charley Welsh. Debe de ser usted muy joven. Porque soy un Único, un aficionado Único. Tiene que haberme visto. Estoy en todas partes. Podría ser profesional, pero gano más pasta actuando como aficionado.

—¿Y qué es un único? —preguntó ella—. Quiero aprender.

—Claro —respondió galante Charley Welsh—, yo la pongo al corriente. Un único es alguien sin igual, el que hace un tipo de número mejor que los demás. Ése es un único, ¿entiende?

Edna entendió.

—Si quiere saber cómo es este mundo, fíjese en mí —continuó—. Soy un aficionado único en todos los aspectos. Hoy me toca destrozar el número del vagabundo. Es más difícil destrozarlo que hacerlo bien, pero también es actuar, es de aficionados, es arte. ¿Entiende? Yo lo hago todo, desde monólogos judíos, pasando por canciones deportivas, hasta comedia holandesa. Claro, soy Charley Welsh, Charley Welsh, el Único.

Y de esa forma, mientras el hombrecito moreno y la mujerona rubia trinaban melodiosamente en el escenario y los demás profesionales los seguían en la representación de sus números, Charley Welsh puso a Edna al corriente, aportando mucha información superflua y variada y otras cosas que ella almacenó para el *Sunday Intelligencer*.

—Bueno, ya estamos —dijo de repente—. Ahí viene su alteza a buscarla. Es usted la primera de la lista. No se preocupe por el jaleo que se armará cuando salga. Usted termine su número como una señora.

En ese momento Edna sintió que su ambición periodística la abandonaba y fue consciente de que por encima de todo deseaba estar en cualquier otro sitio. Pero el director, como un ogro, le cortó la retirada. Oía los primeros compases de su canción interpretados por la orquesta y los ruidos del público desvanecerse en un silencio expectante.

—Adelante —susurró Letty, apretándole la mano.

Y desde el otro costado le llegó la voz imperiosa de Charley Welsh:

—¡No meta la pata!

Sin embargo, le pareció que sus pies habían echado raíces allí mismo y se apoyó sin fuerzas en uno de los decorados. La orquesta empezaba de nuevo y una voz aflautada sonó solitaria desde el público, con una claridad asombrosa:

—¡Vaya misterio! ¡Que alguien encuentre a Nannie!

La salida fue recibida a carcajadas y Edna retrocedió aún más, pero la mano fuerte del director descendió sobre su hombro y con un movimiento rápido y enérgico la lanzó al escenario. La mano y el brazo habían quedado a la vista y el público, comprendiendo la situación, vociferó y se rio en consecuencia. La orquesta quedó ahogada por el impresionante alboroto y Edna veía los arcos moverse sobre los violines sin, en apariencia, arrancarles sonido alguno. Así no podía empezar ni seguir el ritmo de la orquesta y, mientras esperaba con los brazos en jarras, esforzándose por oír la música, el público recrudeció el jaleo (uno de sus trucos preferidos —supo ella más tarde— para desconcertar al aficionado: evitar que oyese a la orquesta).

Pero Edna empezaba a recuperar su presencia de ánimo. Fue consciente de que, desde el foso al gallinero, se extendía un amplio mar de rostros sonrientes y distorsionados por la risa, de oleadas de carcajadas que llegaban una tras otra, y entonces su sangre escocesa se enfrió y se enfadó. La orquesta afanada, aunque silenciosa, le dio la entrada y, sin emitir un solo sonido, Edna empezó a mover los labios, a extender los brazos hacia delante y a balancear el cuerpo como si de verdad estuviese cantando. El público redobló sus esfuerzos por ahogar la voz de la joven, pero ella, muy serena, continuó representando su pantomima. La situación parecía eternizarse cuando la audiencia, cansada de su broma y con ganas de escuchar, se calló de repente y descubrió el número mudo que Edna había estado representando. Durante un minuto todo fue silencio, excepto la orquesta, mientras los labios de ella se movían sin emitir sonido alguno. Entonces los asistentes comprendieron que

habían sido engañados y volvieron a armar jaleo, aunque esta vez con aplausos que reconocían la victoria de la joven. Edna eligió ese momento para irse y, con una reverencia y caminando de espaldas, salió del escenario y se dejó caer en brazos de Letty.

Lo peor había pasado y aprovechó el resto de la velada para deambular entre los aficionados y los profesionales, hablando, escuchando, observando, descubriendo lo que significaba cada cosa y tomando nota mental de todo ello. Charley Welsh se nombró a sí mismo su tutor y ángel de la guarda, y representó tan bien la tarea autoasignada que, al terminar, Edna se sintió perfectamente preparada para escribir su artículo. Pero la propuesta consistía en realizar dos números y su valor la empujaba a cumplir con lo pactado. Además, durante los días intermedios, descubrió algunas impresiones fugaces que debía verificar; por eso el sábado regresó al teatro con su cesta y con Letty.

Al parecer el director la estaba buscando y Edna sorprendió una expresión de alivio en sus ojos cuando la vio. Se acercó corriendo, la saludó y se inclinó ante ella con un respeto ridículamente opuesto a su comportamiento anterior, propio de un ogro. Mientras se inclinaba, por encima de sus hombros vio que Charley Welsh le guiñaba un ojo.

Pero las sorpresas no habían hecho más que empezar. El director le pidió que le presentara a su hermana, charló animadamente con las dos y se esforzó por resultar agradable. Incluso llegó al extremo de darle a Edna un camerino para ella sola, ante la tremenda envidia de las otras tres damas aficionadas que había conocido en la ocasión anterior. Edna estaba perpleja y hasta que no se tropezó con Charley Welsh en el pasillo no logró arrojar luz sobre aquel misterio.

—¡Hola! —saludó él—. Todo va bien, ¿eh? No tendrá queja.

Ella sonrió con alegría.

—Seguro que cree que es usted periodista. Casi me parto cuando lo vi deshaciéndose en saludos y zalamerías. Pero, sea sincera conmigo, usted no es periodista, ¿verdad?

—Ya le conté mi única experiencia con el director de un periódico —se protegió ella—. Fui sincera entonces y lo sigo siendo ahora.

Pero Charley Welsh, el Único, negó con la cabeza como si no las tuviese todas consigo.

—No es que a mí me importe —afirmó—. Si lo es, concédame un par de líneas y hágame publicidad, pero de la buena, ya me entiende. Si no lo es, no pasa nada. Lo que está claro es que no es como nosotros.

Después de su número, que esta vez representó con la sangre fría de una vieja veterana, el director volvió a la carga y, tras decir algunas cosas agradables y mostrarse complaciente, fue directo al grano.

—Espero que nos trate bien —dijo en tono insinuante—. Que sea justa y todo eso.

—Oh —respondió ella, de lo más inocente—, jamás conseguirá convencerme para que haga otro número. Sé que al parecer he gustado y que a usted le encantaría que me quedase, pero de verdad que no puedo.

—Ya sabe a qué me refiero —afirmó él, recuperando en parte su actitud intimidante.

—No. Le aseguro que no lo sé —insistió ella—. El vodevil agota los nervios de cualquiera o al menos los míos.

Entonces el hombre pareció desconcertado, como si dudase, y prefirió no continuar con el tema.

Pero el lunes por la mañana, cuando Edna entró en su despecho para cobrar sus dos números, fue él quien la desconcertó a ella.

—Sin duda me ha entendido mal —mintió con facilidad—. Recuerdo que hablé de pagarle los desplazamientos. Eso siempre lo hacemos, claro está, pero nunca pagamos a los aficionados. Eso le quitaría toda la chispa y la gracia. No, Charley Welsh le tomó el pelo. No cobra nada por sus actuaciones. Ningún aficionado cobra. Es una idea ridícula. Pero aquí tiene cincuenta centavos, que cubrirán también los desplazamientos de su hermana. Y —añadió con zalamería— en nombre del Loops, permita que le agradezca la amable y exitosa contribución de sus servicios.

Esa tarde, según la promesa realizada a Max Irwin, dejó en sus manos el artículo mecanografiado. Mientras lo leía, el periodista asentía de vez en cuando con la cabeza y hacía algún que otro comentario elogioso: «¡Bien! ¡Eso es! ¡Bien escrito! ¡Ha captado el matiz psicológico! ¡De eso se trata! ¡Lo ha captado! ¡Excelente! Aquí flojea un poco, pero tiene arreglo. ¡Tiene fuerza! ¡Energía! ¡Intensidad! ¡Las imágenes son muy buenas! ¡Excelente, sí, señor!».

Cuando llegó al final de la última página, le tendió la mano y le dijo:

—Mi querida señorita Wyman, la felicito. Debo decir que ha superado mis expectativas, a pesar de que eran muchas. Es usted una periodista nata. Tiene garra y sin duda podrá dedicarse a esto. El *Intelligencer* lo publicará, de eso estoy seguro y la contratarán. Tienen que contratarla. Y si no lo hacen ellos, lo hará cualquier otro periódico.

—Pero hay un problema —añadió un minuto después, con el rostro serio —. No dice nada sobre lo que cobró por representar sus números y ese es uno de los puntos fuertes del artículo. Recordará que se lo dije expresamente.

—No nos vale —afirmó mientras sacudía la cabeza, preocupado, tras oír las explicaciones de ella—. Tiene que cobrar ese dinero como sea. Veamos. Déjeme que lo piense.

—No se preocupe, señor Irwin —dijo ella—. Ya le he molestado bastante. Pero si me permite usar su teléfono, intentaré hablar otra vez con el señor Symes.

Irwin se levantó de la silla que ocupaba junto al escritorio y Edna cogió el auricular.

—Charley Welsh está enfermo —dijo cuando contestaron—. ¿Cómo? ¡No! No soy Charley Welsh. Charley Welsh está enfermo y su hermana desea saber si puede ir ella esta tarde a cobrar su paga.

—Dígale a la hermana de Charley Welsh que Charley Welsh ha venido esta mañana y ha cobrado su paga en persona —fue la respuesta del director, en su tono seco y grosero de siempre.

—Muy bien —continuó Edna—. Y ahora Nan Bellayne desea saber si ella y su hermana pueden ir esta tarde a cobrar la paga de Nan Bellayne.

—¿Qué ha dicho? ¿Qué le ha dicho? —preguntó Max Irwin, entusiasmado, al ver que la joven colgaba el teléfono.

—Que Nan Bellayne era demasiado para él y que ella y su hermana pueden ir esta tarde a llevarse su paga y, de propina, las llaves del Loops.

—Una cosa más —Irwin la interrumpió cuando le daba las gracias en la puerta, como la vez anterior—. Ahora que ha demostrado lo mucho que vale usted, consideraría un privilegio que me permitiera escribirle una carta de recomendación para los del *Intelligencer*.

[1901]



Cara redonda

John Claverhouse era un hombre de cara redonda como la luna. Ya saben: los pómulos separados, la barbilla y la frente fundidas con las mejillas para completar una circunferencia perfecta y la nariz, ancha y regordeta, equidistante a la circunferencia y aplastada en el centro del rostro, como una bola de masa contra el techo. Tal vez yo lo odiaba por eso. Me resultaba desagradable y creía que su presencia estorbaba en la tierra. Tal vez mi madre fuese supersticiosa y mirase a la luna por encima del hombro equivocado en el momento equivocado.

En cualquier caso yo odiaba a John Claverhouse. No porque me tratase mal o me hubiese hecho lo que la sociedad considera una jugarreta. En absoluto. Lo que yo sentía era mucho más sutil y profundo; tan esquivo e intangible que resultaba imposible analizarlo claramente y explicarlo con palabras. Todos experimentamos algo así en algún momento de nuestras vidas. Vemos a cierto individuo por primera vez, alguien cuya existencia ni siquiera imaginábamos un instante antes; y sin embargo desde el primer momento decimos: «No me gusta este hombre». ¿Por qué no nos gusta? No lo sabemos, solo sabemos que no nos gusta. Nos resulta antipático, sin más. Eso me ocurría a mí con John Claverhouse.

¡Y su risa! Me irritaba, me volvía loco, más que ninguna otra cosa bajo el sol. Me perseguía, se apoderaba de mí y no me soltaba. Era una risa enorme, colosal. Despierto o dormido, siempre me acompañaba, arañando y desbastando mi fibra sensible como una lima gruesa. Al amanecer cruzaba los prados como un grito y estropeaba mi agradable ensoñación matinal. Bajo el resplandor deslumbrante del mediodía, cuando las plantas se marchitaban y las aves se retiraban a lo más profundo del bosque y toda la naturaleza dormitaba, sus intensos «ja, ja» y «jo, jo» se elevaban en el aire y desafiaban al sol. Y en la oscuridad de la noche, desde el solitario cruce de caminos que tomaba al volver de la ciudad a su casa, sus carcajadas molestas y estridentes me despertaban y me retorcía de dolor mientras me clavaba las uñas en las palmas de las manos.

Yo salía por las noches en silencio y soltaba su ganado en sus campos de labranza, pero por la mañana oía sus risotadas mientras sacaba de allí a los animales. «No importa —decía—. Las pobres bestias no tienen la culpa de intentar buscarse un pasto más contundente».

Tenía un perro que se llamaba Marte, un animal grande y magnífico, mezcla de lebrel escocés y de sabueso, con rasgos de ambas razas. Él disfrutaba mucho con Marte y siempre andaban juntos. Pero yo esperé el momento oportuno y un día conseguí atraer al animal y lo liquidé con estricnina y un filete. Sin embargo, John Claverhouse ni se inmutó. Se reía con la misma intensidad y frecuencia de siempre y su rostro continuaba siendo igual de redondo.

Luego prendí fuego a sus almiares y su granero. Pero a la mañana siguiente, que era domingo, lo vi pasar alegre y despreocupado.

—¿A dónde va? —pregunté cuando llegó al cruce de caminos.

—A por truchas —me dijo, sonriendo de placer como una luna llena—. Me encantan las truchas.

¿Podía existir un hombre más insufrible? Había perdido toda la cosecha en el incendio del granero y los almiares. Yo sabía que no estaba asegurado. Y sin embargo, con la hambruna y el rigor del invierno a las puertas, ¡se iba feliz a pescar truchas porque le encantaban! Si un mínimo rastro de tristeza le hubiese hecho fruncir levemente el ceño, o si llevase la cara larga y menos parecida a la luna, o si por una vez hubiese borrado la sonrisa de su rostro, estoy seguro de que lo habría perdonado por existir. Pero no, cuando la desgracia lo perseguía, él se mostraba más alegre.

Lo insulté. Me miró con una sonrisa lenta y sorprendida.

—¿Quiere pelearse conmigo? ¿Por qué? —preguntó despacio. Y luego se rio—. ¡Qué gracioso! ¡Jo, jo! ¡Me matará de risa! ¡Je, je, je! ¡Jo, jo, jo!

¿Qué podía hacer? Aquello era demasiado. ¡Por los clavos de Cristo, cómo lo odiaba! Y además, aquel nombre, ¡Claverhouse! ¡Vaya nombre! ¡Absurdo! ¡Claverhouse! Santo cielo, ¿por qué Claverhouse? Me lo preguntaba una y otra vez. No me habría importado que se apellidase Smith, o Brown, o Jones… ¡pero Claverhouse! Ya me dirán ustedes. Repitan Claverhouse sin descanso. Escuchen lo ridículo que suena. ¡Claverhouse! Yo les pregunto: «¿Tiene derecho a vivir alguien con ese nombre?». «No», me dirán. «No», digo yo también.

Pero me acordé de su hipoteca. Con la cosecha y el granero destruidos, sabía que sería incapaz de hacerle frente. Me ocupé de traspasar su hipoteca a un prestamista agarrado, discreto y astuto. Sin que mi nombre apareciera en la

operación, a través de ese agente forcé la ejecución de la hipoteca y a John Claverhouse se le concedieron unos días (no más, créanme, de los que la ley permitía) para retirar sus bienes del lugar. Luego me acerqué paseando para ver cómo se lo tomaba, porque llevaba viviendo allí más de veinte años. Pero me recibió con un centelleo en los ojos saltones y el rostro iluminado como una luna llena en su punto más alto.

—¡Ja, ja, ja! —se rio—. ¡No sabe que gracioso es el pillastre de mi hijo! No hay otro como él. Se lo contaré. Estaba jugando junto al río cuando un pedazo de orilla cedió y lo salpicó. «Oh, papá —me gritó—, un charco enorme subió volando y me mojó».

Se calló a la espera de que me uniese a él en su infernal regocijo.

—Yo no le veo la gracia —dije secamente y sé que se me avinagró el rostro.

Me miró asombrado y su cara empezó a iluminarse otra vez, según ya he descrito, con ese resplandor horrible, hasta que brilló cálida y apacible, como la luna en verano. Entonces se rio.

—¡Ja, ja! ¡Qué simpático! Así que no le ve la gracia, ¿eh? ¡Je, je! ¡Jo, jo, jo! ¡No le ve la gracia! Verá, ya sabe usted que un charco…

Me di la vuelta y me marché. Era el colmo. No lo soportaba más. «Esto tiene que acabar de una vez por todas —pensé—, ¡maldito sea!». Tenía que librar al mundo de su presencia. Y mientras cruzaba la colina oía sus carcajadas monstruosas retumbar contra el cielo.

Me enorgullezco de hacer siempre las cosas bien y cuando decidí matar a John Claverhouse tenía en mente proceder de tal forma que, al recordarlo, no pudiera avergonzarme. Detesto las chapuzas y la brutalidad. Me repugna el hecho de golpear a un hombre con el puño desnudo. ¡Qué horror! ¡Es nauseabundo! De manera que no me atraía la idea de pegarle un tiro, apuñalar o matar a golpes a John Claverhouse (¡Oh, ese nombre!). No solo me sentía impelido a hacerlo esmerada y artísticamente, sino también de manera que ni la más mínima sospecha recayese sobre mí.

Concentré todo mi intelecto en lograrlo y, tras una semana de profunda incubación, urdí mi plan. Luego puse manos a la obra. Adquirí un cachorro hembra de perro de agua americano que tenía cinco meses y me dediqué por completo a adiestrarlo. Si alguien me hubiese espiado habría afirmado que su preparación consistía en una sola cosa: buscar y recuperar. Enseñé a la perra —a la que llamé Belona— a recuperar los palos que arrojaba al agua; pero no solo a recuperarlos, sino a hacerlo al instante, sin mordisquearlos o jugar con ellos. Quería que no se entretuviera con nada y me devolviera el palo a toda

prisa. La acostumbré a escaparme de ella para que tuviera que perseguirme con el palo en la boca hasta que me alcanzase. Era un animal muy listo y se aplicó al juego con tanto entusiasmo que enseguida lo dominó.

Después, a la primera oportunidad que se me presentó, sin que pareciera un gesto forzado, le regalé la perra a John Claverhouse. Sabía lo que hacía porque era conocedor de sus debilidades y de un pecadillo secreto que cometía con regularidad.

—No —dijo cuando deposité la correa en sus manos—. No, no puede ser.

Abrió mucho la boca y una sonrisa enorme cubrió su maldita cara redonda.

—No sé por qué creí que no me apreciaba —me explicó—. ¡Ya tiene gracia que me equivocara tanto! —Y se dobló de la risa—. ¿Cómo se llama? —logró preguntar entre carcajadas.

—Belona —respondí.

—¡Je, je! —soltó una risilla—. ¡Qué nombre tan gracioso!

Apreté los dientes, porque su alegría afectaba a mis nervios, y casi rechinándolos le dije:

—Era la esposa de Marte.

Esa luz de luna llena bañó su cara redonda y estalló en risas.

—Así se llamaba mi perro. Pues entonces supongo que es viuda. ¡Jo, jo! ¡Je, je! ¡Jo!

No dejaba de escandalizar, así que me di la vuelta y hui colina arriba.

Transcurrió la semana y el sábado por la noche le dije:

—Se marcha el lunes, ¿no es así?

Asintió con la cabeza y sonrió.

—Entonces ya no podrá conseguir una buena tanda de esas truchas que tanto le gustan.

Pero no captó el tono de desprecio.

—Bueno —se rio entre dientes—, mañana pienso intentarlo.

No necesitaba oír nada más, estaba seguro de que lo haría, y me fui a mi casa encantado.

A la mañana siguiente, muy temprano, lo vi pasar con un salabre y un saco de arpillera, y Belona trotando tras él. Sabía adónde iba, así que tomé un atajo por los pastos de atrás y ascendí hasta la cumbre de la colina entre la maleza. Con cuidado de mantenerme oculto, caminé durante tres kilómetros a lo largo de las cimas hasta llegar a un anfiteatro natural que se formaba entre los montes, donde el río corría por un desfiladero y luego se detenía a tomar

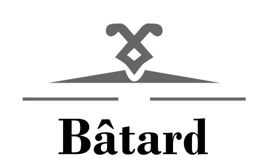
aliento en una poza grande y tranquila, rodeada de rocas. ¡Aquél era el lugar! Me senté en la grupa de la colina, desde donde lo veía todo, y encendí la pipa.

Al poco apareció John Claverhouse, siguiendo despacio el cauce del arroyo. Belona caminaba sin prisa a su alrededor y ambos estaban de un humor excelente: los ladridos impetuosos de la perra se mezclaban con la risa profunda del hombre. Al llegar a la poza, dejó saco y salabre en el suelo y del bolsillo trasero del pantalón extrajo lo que parecía una vela gruesa y larga. Pero yo, sabía que era un cartucho de dinamita, porque ese era el método que empleaba para hacerse con las truchas. Las dinamitaba. Sujetó la mecha envolviendo el cartucho en un trozo de algodón que ajustó con firmeza. Luego encendió la mecha y arrojó el explosivo a la poza.

Como el rayo, Belona se lanzó a la poza tras él. Estuve a punto de gritar de alegría. Claverhouse la llamó en vano. Le lanzó terrones y piedras, pero la perra continuó nadando hasta que consiguió agarrar el cartucho con la boca, tras lo que se dio la vuelta y puso rumbo a la orilla. Entonces Claverhouse fue consciente por primera vez del peligro que lo amenazaba y echó a correr. Como yo ya había previsto, Belona saltó a tierra y lo persiguió. ¡Les aseguro que fue increíble! Ya dije antes que la poza se encontraba situada en una especie de anfiteatro. Por encima y por debajo de ella era posible cruzar el arroyo saltando de piedra en piedra. Claverhouse y Belona daban vuelta tras vuelta, arriba, abajo, de piedra en piedra. Jamás imaginé que un hombre tan torpe fuese capaz de correr tanto y tan rápido. Pero por más que acelerase, Belona le seguía y ganaba terreno. De repente, en el momento en que lo alcanzó, él en plena zancada y ella con el morro a la altura de su rodilla, se produjo un destello, una humareda, una detonación impresionante, y donde un instante antes habían estado hombre y perra ahora solo se veía un agujero enorme en el suelo.

«Muerte accidental mientras pescaba utilizando un método ilícito», fue el veredicto del juez de instrucción. Por eso me enorgullezco del esmero y la maestría con la que liquidé a John Claverhouse. Sin chapuzas y sin brutalidad; sin nada de lo que avergonzarme, como sin duda reconocerán. Su risa infernal ya no retumba entre las colinas y su cara redonda, como la luna, ya no aparece para molestarme. Ahora mis días transcurren en paz y de noche duermo profundamente.

[1902]



Bâtard

BÂTARD ERA UN DEMONIO. Eso se decía en toda la región septentrional. Muchos lo llamaban engendro del infierno, pero su amo, Black Leclère, eligió para él el infamante nombre de Bâtard[33]. Black Leclère también era un demonio, por lo que hacían buena pareja. Dice el refrán que cuando dos demonios se juntan, surgen problemas. Es de esperar, y sin duda era de esperar cuando Bâtard y Leclère se juntaron. La primera vez que se vieron, Bâtard era un cachorro flaco y hambriento de ojos resentidos; e intercambiaron un intento de mordisco y un gruñido, además de mirarse con maldad, porque el labio superior de Leclère tendía a levantarse —como el de un lobo— y dejar a la vista sus dientes blancos y crueles. También se levantó entonces y sus ojos destellaron feroces mientras agarraba a Bâtard y lo separaba a la fuerza del resto de la camada, que intentaba escabullirse. A ciencia cierta, ambos intuyeron cómo era el otro, porque al instante Bâtard clavaba sus colmillos de cachorro en la mano de Leclère y Leclère le apretaba el cuello hasta ahogarlo casi por completo.

—*Sacredam* —dijo el francés en voz baja, limpiándose la sangre de la mordedura y mirando al cachorrillo que se ahogaba y jadeaba sobre la nieve. Leclère se volvió hacia John Hamlin, encargado de la factoría de Sixty Mile.

—Por eso me gusta. ¿Cuánto? ¿eh, *M'sieu*? ¿Cuánto? Lo compro ahora. Lo compro ya.

Porque lo odiaba de una forma encarnizada y excesiva, Leclère compró a Bâtard y le puso ese nombre infamante. Durante cinco años los dos recorrieron la región septentrional, desde St. Michael y el delta del Yukón hasta la cabecera del Pelly e incluso hasta el río Peace, el lago Athabasca y el Gran Lago de los Esclavos. Se hicieron famosos por su crueldad absoluta, sin igual entre los perros o entre los hombres.

Bâtard no conocía a su padre —de ahí su nombre—, aunque John Hamlin sabía que era un enorme lobo gris del Mackenzie. Pero a la madre de Bâtard, según recordaba vagamente, le gustaba gruñir y pelearse, era una husky fornida, obscena, de pecho ancho y fuerte, mirada perversa, con tantas vidas como un gato y un don natural para el engaño y el mal. Imposible confiar o

tener fe en ella. Solo se podía contar con su ingratitud y sus amoríos en lo más profundo de los bosques daban testimonio de su depravación. Los progenitores de Bâtard albergaban mucha fuerza y mucha maldad y él, sangre de su sangre, había heredado ambas cosas. Después llegó Black Leclère para dejar caer el peso de su mano sobre el cachorro palpitante de vida y oprimirlo, maltratarlo y moldearlo hasta convertirlo en una bestia enorme y resentida, con dotes para la traición, rebosante de odio, siniestra, malvada y diabólica. Con un amo adecuado Bâtard podría haber sido un perro de trineo normal y eficiente. Jamás tuvo esa oportunidad: Leclère reafirmó su iniquidad congénita.

La historia de Bâtard y Leclère es la historia de un duro enfrentamiento, de cinco años crueles e implacables, perfectamente resumidos por su primer encuentro. Para empezar, Leclère tuvo la culpa, porque él odiaba comprendiendo lo que hacía, con inteligencia, mientras que el cachorro desgarbado y de patas largas odiaba ciegamente, por instinto, sin método o motivo. Al principio no hubo crueldad refinada (eso llegaría después), sino simples palizas y brutalidad primitiva. En una de ellas, Bâtard recibió una herida en una oreja. Nunca recuperó el control de los músculos desgarrados y desde entonces la oreja caía con laxitud, como recuerdo de su torturador. Y nunca lo olvidó.

Su etapa de cachorro fue un período de rebelión imprudente. Siempre salía derrotado, pero contraatacaba porque lo llevaba en la sangre. Era inconquistable. Aullando de dolor debido al látigo y los palos, siempre se las arreglaba para añadir un gruñido desafiante, la amenaza vindicativa e irreconciliable de su alma, que solo le ocasionaba más golpes y palizas. Pero se agarraba a la vida con la misma fuerza que su madre. Nada podía matarlo. Crecía con vigor en la desgracia, engordaba en plena hambruna y, debido a su desenfrenada lucha por la vida, desarrolló una inteligencia sobrenatural. Tenía el sigilo y la astucia del husky, su madre, y la fiereza y el valor del lobo, su padre.

Posiblemente debido a su padre, nunca lloraba. Sus aullidos de cachorro desaparecieron a la vez que sus patas larguiruchas y desgarbadas, y se convirtió en un perro serio y taciturno, rápido en el ataque, lento en la advertencia. Respondía a los insultos con gruñidos y a los golpes con mordiscos, siempre mostrando su odio implacable; pero nunca jamás, ni en los momentos de agonía más extrema, consiguió Leclère arrancarle un grito de miedo o dolor. Esa imposibilidad de vencerlo solo lograba avivar la ira de Leclère y lo incitaba a ser todavía más cruel.

Cuando Leclère le dio a Bâtard la mitad de un pescado y a sus compañeros uno entero, Bâtard robó la comida de los otros perros. También robó las despensas y realizó mil diabluras, hasta convertirse en el terror de los demás perros, en su amo y señor. Cuando Leclère pegó a Bâtard y acarició a Babette —a Babette, que no trabajaba ni la mitad de lo que trabajaba él—, Bâtard la arrojó sobre la nieve y le rompió las patas traseras con sus poderosas mandíbulas, de manera que Leclère se vio obligado a sacrificarla. Por si fuera poco, tras varias peleas violentas, Bâtard consiguió dominar a todos sus compañeros de traílla, estableció las leyes del camino y la comida y les obligó a respetarlas.

En cinco años solo oyó una palabra amable, solo recibió una caricia de una mano, pero no supo reconocerlas. Saltó como el animal salvaje que era y cerró las mandíbulas a la velocidad del rayo. Fue el misionero de Sunrise, recién llegado a la región, quien pronunció la palabra amable y lo acarició. Después, durante seis meses no pudo escribir a su hogar de Estados Unidos y el cirujano de McQuestion tuvo que recorrer más de trescientos kilómetros sobre el hielo para salvarlo de la septicemia.

Los hombres y los perros miraban a Bâtard con recelo cuando lo veían llegar a sus campamentos o factorías. Los hombres lo recibían con el pie levantado y dispuesto a la patada, los perros con el pelo erizado y enseñando los dientes. En una ocasión, un hombre le dio una patada a Bâtard y Bâtard, con la rapidez del lobo, cerró las fauces como una trampa de acero sobre la pantorrilla del hombre y le rompió el hueso. Entonces el hombre decidió matarlo, pero Black Leclère intervino, con la amenaza en los ojos y el cuchillo de caza en la mano. Matar a Bâtard —¡*ah, sacredam*!— era un placer que Leclère reservaba para sí. Algún día lo conseguiría o podría ser que… ¡bah! ¿Cómo saberlo? El problema acabaría por resolverse.

Porque se habían convertido el uno en el problema del otro. El hecho de que uno respirase constituía un desafío y una amenaza para el otro. El odio los unía como jamás lo habría hecho el amor. Leclère se concentraba en ver llegar el día en que Bâtard desfalleciera y se encogiera gimoteando a sus pies. Y Bâtard… Leclère sabía lo que Bâtard pensaba y más de una vez lo leyó en sus ojos. Lo leyó con tanta claridad que, cuando tenía que darle la espalda a Bâtard, se ocupaba de mirar a menudo por encima del hombro.

Los hombres se asombraban cuando Leclère rechazaba buenas sumas de dinero por el perro.

—Un día lo matarás y ya no valdrá nada —le dijo John Hamlin una vez, cuando Bâtard jadeaba sobre la nieve tras recibir las patadas de Leclère y no

sabían si tenía las costillas rotas, pero nadie se atrevía a comprobarlo.

—Eso —respondió Leclère lacónicamente— es asunto mío, *M'sieu*.

También se asombraban los hombres de que Bâtard no huyese. No lo comprendían. Pero sí lo comprendía Leclère. Era un hombre que vivía mucho al aire libre, en lugares a los que no llegaba la voz humana, y había aprendido a entender lo que decían el viento y la tormenta, el suspiro de la noche, el susurro del alba, el estruendo del día. En un día nublado era capaz de oír crecer los brotes verdes de los árboles, el movimiento de la savia, los capullos al abrirse. Conocía el sutil lenguaje de las cosas que se mueven, del conejo en una trampa, del cuervo malhumorado que bate al aire con sus alas huecas, del *grizzly* osado que avanza despacio a la luz de la luna, del lobo que se desliza como una sombra gris entre el crepúsculo y la oscuridad. Por eso a él Bâtard le hablaba con total claridad. Entendía perfectamente por qué Bâtard no se escapaba y debido a eso miraba más a menudo por encima del hombro.

Cuando estaba enfadado, Bâtard daba miedo y en más de una ocasión había saltado al cuello de Leclère para acabar sobre la nieve, inconsciente y tembloroso, tras recibir el golpe asestado con el mango del látigo, siempre a mano. Así aprendió Bâtard a esperar el momento oportuno. Creyó que había llegado cuando alcanzó el punto álgido de su fuerza y su juventud. Era ancho de pecho y de músculos potentes, más grande de lo normal y su cuello, de la cabeza a los hombros, estaba cubierto por una masa de pelo siempre erizado: un lobo pura sangre, a juzgar por lo visto. Leclère dormía entre sus pieles cuando Bâtard decidió que era el momento de actuar. Se deslizó sigilosamente hacia él, con la cabeza pegada al suelo y una sola oreja levantada, avanzando con la cautela de un felino. Bâtard respiraba despacio, muy despacio, y no levantó la cabeza hasta que se encontró muy cerca. Se detuvo un momento y observó el cuello bronceado y ancho, desnudo y nudoso, que se hinchaba al ritmo de la respiración regular y profunda. Al verlo, la baba goteó de sus colmillos y la lengua quedó al aire, y en ese momento recordó su oreja caída, las incontables palizas y la ingente cantidad de agravios y saltó sin un solo ruido sobre el hombre que dormía.

Leclère se despertó con el dolor de los colmillos en el cuello y, como el animal perfecto que era, se despertó totalmente despejado y consciente de lo que ocurría. Apretó la tráquea de Bâtard con las dos manos y rodó fuera de las mantas para situar todo su peso encima del perro. Pero los miles de antepasados de Bâtard se habían aferrado a las gargantas de innumerables alces y caribúes y habían logrado derribarlos, y el perro llevaba en la sangre la sabiduría de sus ancestros. Cuando el peso de Leclère cayó sobre él, levantó e

impulsó hacia dentro las patas traseras para así arañar pecho y abdomen, desgarrando y rasgando piel y músculos. Cuando sintió que el cuerpo del hombre se retorcía e intentaba apartarse, mordió con más fuerza y sacudió las fauces que sujetaban su cuello. Los otros perros los rodearon, gruñendo, y Bâtard, al que empezaba a faltarle el aliento y se sentía desvanecer, supo que sus dientes lo buscaban a él. Pero eso no importaba; lo que importaba era el hombre, el hombre al que tenía encima, así que desgarró y arañó, sacudió y mordió hasta consumir el último gramo de energía. Pero Leclère lo estrangulaba con las dos manos y llegó un momento en el que el pecho de Bâtard palpitó y se retorció por falta de aire, los ojos se vidriaron y se quedaron inmóviles, las fauces se aflojaron poco a poco y la lengua sobresalió negra e hinchada.

—¿Eh? ¡*Bon*, demonio! —borboteó Leclère, la boca y la garganta obstruidas por su propia sangre, mientras apartaba al perro desmayado.

Pero enseguida Leclère maldijo a los otros perros, al ver que se lanzaban sobre Bâtard. Retrocedieron, rodeándolo en un círculo más amplio y sentándose alerta, sobre sus cuartos traseros, relamiéndose con el pelo erizado.

Bâtard se recuperó enseguida y, al oír la voz de Leclère, se levantó como pudo, balanceándose débilmente hacia delante y hacia atrás.

—¡Ah! ¡Condenado demonio! —farfulló Leclère—. ¡Te vas a enterar! ¡Te vas a enterar de verdad!

Bâtard —el aire irritándole los pulmones como si fuese vino— se lanzó contra el rostro del hombre, pero falló la dentellada y sus fauces se cerraron con un sonido metálico. Rodaron juntos sobre la nieve mientras Leclère le daba puñetazos como un loco. Luego se separaron y quedaron cara a cara, moviéndose en círculos a la espera de ver quién atacaba antes. Leclère podía haber sacado el cuchillo. Tenía el rifle a sus pies. Pero lo dominaba la bestia que había en él. Quería hacerlo con sus propias manos… y con los dientes. Bâtard saltó, pero Leclère lo derribó de un puñetazo, cayó sobre él y enterró los dientes hasta el hueso en el hombro del perro.

Se trataba de un marco primigenio y de una escena primitiva, propios de un mundo joven y salvaje. Un claro en un bosque oscuro, un círculo de perros lobo dispuestos a atacar y en el centro dos bestias enzarzadas en la lucha, mordiendo y gruñendo furiosas, jadeando, sollozando, maldiciendo, forcejeando locas de ira, rabiosas por matar, desgarrando, rasgando y arañando con una brutalidad primaria.

Pero Leclère consiguió darle un puñetazo a Bâtard detrás de la oreja que lo derribó y lo dejó sin sentido un instante. Luego saltó sobre él con los dos pies y empezó a brincar como un poseso, intentando aplastarlo contra el suelo. Antes de que Leclère se detuviese para coger aire, Bâtard tenía rotas las dos patas traseras.

—¡Aaah! ¡Aaah! —gritó, incapaz de hablar, amenazando con el puño al no poder utilizar garganta y laringe.

Pero Bâtard era indomable. Permanecía tumbado, indefenso y cubierto de heridas mientras el labio se retorcía e intentaba levantarse para dejar salir el gruñido que sus fuerzas no le permitían emitir. Leclère le dio una patada y las fauces agotadas se cerraron alrededor del tobillo, aunque ya no logró ni arañar la piel.

Luego Leclère cogió el látigo y empezó a golpearlo hasta casi hacerlo pedazos, mientras a cada latigazo repetía:

—¡Esta vez te domaré! ¿Eh? ¡Te juro que te domaré!

Al final, exhausto, casi desmayado por la pérdida de sangre, se desmoronó junto a su víctima y cuando los otros perros se acercaron para vengarse, antes de perder la conciencia por completo, se arrastró hasta situar su cuerpo sobre el de Bâtard y protegerlo de sus colmillos.

Eso ocurrió no lejos de Sunrise y el misionero, al abrirle la puerta a Leclère varias horas más tarde, se sorprendió al comprobar que Bâtard no se encontraba entre la traílla. Más se sorprendió al ver que Leclère apartaba las mantas que cubrían el trineo, cogía a Bâtard en brazos y cruzaba el umbral trastabillando. Por suerte el cirujano de McQuestion, que siempre andaba de un sitio a otro, había llegado hacía poco y entre los dos se dispusieron a curar a Leclère.

—*Merci, non* —dijo él—. Antes el perro. ¿Morir? Non. No quiero. Antes debo domarlo. Por eso no quiero que muera.

El cirujano dijo que era un prodigio —y el misionero un milagro— que Leclère consiguiese recuperarse. Estaba tan debilitado que al llegar la primavera la fiebre se apoderó de él y tuvo que volver a guardar cama. La situación de Bâtard era incluso peor, pero su forma de agarrarse a la vida prevaleció y los huesos de las patas traseras se soldaron y sus órganos se recompusieron durante las semanas que permaneció sujeto con correas al suelo.

No movió ni un músculo ni se le erizó un solo pelo cuando Leclère se soltó por primera vez del brazo del misionero y, tambaleándose, se sentó despacio y con un cuidado infinito en un taburete de tres patas.

—*Bon*! —dijo—. *Bon*! ¡Al sol!

Estiró las manos atrofiadas y dejó que el calor las envolviese.

Luego su mirada cayó sobre el perro y la luz de antes volvió a brillar en sus ojos. Rozó ligeramente el brazo del misionero.

—*Mon père*, ese Bâtard es un demonio. Tráigame una pistola para poder tomar el sol en paz.

Durante muchos días se sentó al sol en la puerta de la cabaña. Jamás se adormilaba y mantenía la pistola sobre las rodillas. Todos los días Bâtard buscaba el arma en el lugar de siempre. Al verla levantaba ligeramente el labio como muestra de que había entendido y Leclère le respondía con una sonrisa desagradable. En una ocasión, el misionero se fijó en la jugada.

—¡Válgame Dios! —dijo—. Creo que ese animal comprende la situación.

Leclère se rio suavemente.

—Observe, *mon père*. Y verá que cuando hablo él escucha.

Como si quisiera confirmarlo, Bâtard meneó de forma perceptible la oreja para captar mejor el sonido.

—Ahora diré: «Te mataré».

Bâtard soltó un gruñido profundo, se le erizó el pelo del cuello y todos sus músculos se tensaron, expectantes.

—Y levantaré la pistola, así —mientras lo decía, apuntó al perro.

Bâtard, de un solo salto lateral, aterrizó tras la esquina de la cabaña, fuera de su vista.

—¡Válgame Dios! —repetía el misionero de vez en cuando.

Leclère sonreía con orgullo.

—Pero ¿por qué no se escapa?

El francés se encogió de hombros, ese gesto que indica de todo, desde la ignorancia completa a la comprensión infinita.

—¿Y por qué no lo mata usted?

Volvió a encogerse de hombros.

—*Mon père* —dijo tras una pausa—, no ha llegado el momento. Es un demonio. Algo lo voy domando, poco a poco. Algo. *Bon*!

Llegó un día en que Leclère reunió a sus perros y zarpó en un *bateau* rumbo a Forty Mile y de allí a Porcupine, donde aceptó un encargo de la P. C. Company y se dedicó a explorar la mayor parte del año. Después ascendió el Koyokuk hasta la desierta Arctic City y luego regresó, de campamento en campamento, a lo largo del Yukón. Durante esos largos meses Bâtard recibió muchas lecciones. Aprendió muchas torturas, en especial la tortura del hambre, la de la sed, la del fuego y, la peor de todas, la tortura de la música.

Al igual que los demás miembros de su raza, Bâtard no disfrutaba de la música. Le producía una angustia exquisita, lo atormentaba nervio a nervio y destrozaba cada fibra de su ser. Le hacía aullar como los lobos cuando gritan a las estrellas en las noches de helada. Los aullidos se le escapaban, no podía evitarlos. Era su única debilidad en su lucha con Leclère y se avergonzaba de ella. Por su parte, Leclère amaba la música con pasión, tanto como las bebidas fuertes. Y cuando su alma clamaba por expresarse solía hacerlo de una de las dos maneras, más a menudo de las dos a la vez. Cuando estaba borracho, la mente poseída por melodías olvidadas y el demonio que habitaba en él despierto y desenfrenado, su alma encontraba su máxima expresión en torturar a Bâtard.

—Ahora vamos a tocar un poco —decía—. ¿Eh? ¿Qué te parece, Bâtard?

Solo tenía una armónica vieja y deteriorada que atesoraba con cariño y reparaba pacientemente, pero no podía hacerse con otra mejor y de sus lengüetas plateadas extraía melodías extrañas y errantes que nadie había oído jamás. Bâtard, mudo y con los dientes apretados, retrocedía centímetro a centímetro hasta el rincón más alejado de la cabaña. Y Leclère, sin dejar de tocar y con un garrote bajo el brazo, seguía al animal, centímetro a centímetro, paso a paso, hasta que no tenía escapatoria.

Al principio Bâtard se acurrucaba en el hueco más pequeño, muy pegado al suelo, pero a medida que la música se acercaba, se veía obligado a levantarse, con el lomo apretujado entre los troncos y las patas delanteras avivando el aire, como si quisiera apartar de sí la oleada de sonidos. Aún mantenía los dientes apretados, pero unas fuertes contracciones musculares se apoderaban de su cuerpo, que se contraía y se movía a tirones hasta acabar retorciéndose y temblando, sufriendo en silencio. Cuando perdía el control, sus fauces se abrían en medio de un espasmo y dejaban escapar vibraciones profundas y guturales, demasiado graves para que el oído humano pudiese percibirlas. Después, con los orificios nasales hinchados, los ojos dilatados y el pelo erizado de ira, surgía el prolongado aullido de lobo. Ascendía veloz y mal articulado, aumentaba hasta convertirse en una explosión de sonido desgarradora y luego se desvanecía en un lamento de cadencia triste. A continuación ascendía el siguiente aullido, octava tras octava, con el corazón a punto de reventar; tras él la pena y la amargura infinitas, débiles, mortecinas, rindiéndose y desvaneciéndose lentamente.

Era un infierno. Y Leclère, con intuición diabólica, parecía adivinar cómo tocar su fibra sensible y destrozarle los nervios y, con sus notas prolongadas, temblorosas y sollozantes, obligarle a revelar hasta el último rastro de

aflicción. Resultaba aterrador y Bâtard se pasaba las veinticuatro horas siguientes nervioso y trastornado, sobresaltándose ante cualquier sonido común y tropezando con su propia sombra pero, a pesar de ello, despiadado e imponente con sus compañeros de traílla. Tampoco daba muestras de dejarse doblegar. Al contrario, se mostraba más implacable y taciturno, esperando su momento con una paciencia inescrutable que empezaba a desconcertar y agobiar a Leclère. El perro permanecía inmóvil durante horas, a la luz de la hoguera, mirando fijamente a Leclère, el odio asomando a sus ojos implacables.

Al hombre le parecía a menudo que se había rebelado ante la propia esencia de la vida; la esencia inconquistable que hacía al halcón lanzarse en picado desde el cielo como un rayo cubierto de plumas, que llevaba al ganso a emigrar cruzando grandes extensiones, que empujaba al salmón a atravesar más de tres mil kilómetros contracorriente de las tumultuosas aguas del Yukón para desovar. En esos momentos se sentía empujado a expresar su propia esencia invencible y, con la bebida, la música desenfrenada y Bâtard, se entregaba a un desenfreno sin límites, durante el que medía sus pobres fuerzas con cualquier cosa que se le pusiera delante y desafiaba todo cuanto había existido, lo que existía y lo que iba a existir.

—Tiene sentido —afirmaba cuando los caprichos rítmicos de su mente tocaban las fibras sensibles de Bâtard y hacían surgir el aullido prolongado y lúgubre—. Puedo arrancártelo con las dos manos, así. ¡Ja, ja! ¡Qué gracia! ¡Tiene mucha gracia! El sacerdote salmodia, la mujer reza, el hombre despotrica, el pajarito dice pío pío y Bâtard aúlla. Y todo es lo mismo ¡Ja, ja!

El padre Gautier, un sacerdote muy virtuoso, en una ocasión recriminó su conducta y le puso ejemplos concretos de perdición. No volvió a hacerlo.

—Es posible, *mon père* —respondió—, y supongo que iré al infierno de cabeza, sin más opciones. ¿No, *mon père*?

Pero todo lo malo llega a su fin, al igual que lo bueno, y lo mismo le ocurrió a Black Leclère. Aprovechando el cauce bajo del verano partió de McDougall en batea hacia Sunrise. Salió de McDougall en compañía de Timothy Brown y llegó solo a Sunrise. Además, ya se sabía que habían discutido justo antes de irse porque el Lizzie —un jadeante vapor de ruedas de diez toneladas— partió veinticuatro horas después, pero le sacó tres días de ventaja a Leclère. Cuando llegó él, llevaba un agujero de bala limpio en el músculo del hombro y contó una historia de emboscada y asesinato.

En Sunrise habían descubierto oro y la situación había cambiado considerablemente. Con la llegada de varios cientos de buscadores de oro,

mucho whisky y media docena de jugadores profesionales, el misionero había visto cómo se borraba de un plumazo su labor de varios años entre los indios. Cuando las indias empezaron a preocuparse por cocinar alubias y mantener encendida la hoguera de los mineros sin esposa, y los indios por cambiar sus cálidas pieles por botellas negras y relojes estropeados, se metió en la cama, exclamó: «¡Válgame Dios!», varias veces y partió hacia su última morada en una caja tosca y rectangular. Después los jugadores llevaron sus mesas de ruleta y de faro al edificio de la misión y el ruido de las fichas y el tintineo de los vasos se oyó desde el alba hasta el anochecer y desde el anochecer al alba.

Aquellos aventureros del Norte apreciaban mucho a Timothy Brown. Su único defecto era su mal temperamento y su rapidez con el puño: poca cosa que su gran corazón y su mano indulgente subsanaban. En cambio no había nada que reparase los defectos de Black Leclère. Era malo, como atestiguaban muchos de sus actos recordados por todos, por lo que lo odiaban en la misma medida en que apreciaban al otro. De manera que los hombres de Sunrise vendaron su herida y lo llevaron ante un tribunal popular.

Era muy sencillo. Había discutido con Timothy Brown en McDougall. Había partido de McDougall con Timothy Brown. Y había llegado a Sunrise sin Timothy Brown. Teniendo en cuenta su maldad, concluyeron unánimemente que había matado a Timothy Brown. Por su parte, Leclère reconoció los hechos pero cuestionó la conclusión alcanzaba y aportó una explicación. A treinta kilómetros de Sunrise, Timothy Brown y él impulsaban la batea siguiendo la orilla rocosa, de la que salieron dos disparos. Timothy Brown cayó por la borda y se hundió, tiñendo el agua de rojo. Ése fue el final de Timothy Brown. Él, Leclère, se ocultó pegado al fondo de la batea mientras el hombro le escocía. Se mantuvo inmóvil, espiando la orilla. Al cabo de un rato dos indios sacaron la cabeza y se acercaron al borde del agua, llevando entre los dos una canoa de corteza de abedul. En el momento en que la echaban al río y saltaban dentro, Leclère disparó. Le dio a uno, que cayó por la borda igual que Timothy Brown. El otro cayó sobre el fondo de la canoa y las dos embarcaciones —canoa y batea— quedaron a la deriva en la corriente, luchando por salvarse. Luego la corriente las separó y la canoa pasó junto a una isla por un lado y la batea por el otro. No volvió a ver la canoa y llegó a Sunrise. Sí, por la forma en que el indio había caído, estaba seguro de haberlo matado. Eso era todo.

La explicación no les pareció adecuada. Le concedieron diez horas de prórroga mientras el Lizzie retrocedía para investigar. Diez horas después regresó a Sunrise. No había nada que investigar. No habían encontrado

pruebas que apoyasen su declaración. Le dijeron que hiciera testamento porque poseía una participación de cincuenta mil dólares en una concesión de Sunrise y ellos respetaban la ley… además de tomarse la justicia por su mano.

Leclère se encogió de hombros.

—Una cosa —dijo—. Un pequeño favor. Un pequeño favor, eso es. Mis cincuenta mil dólares son para la Iglesia y mi perro, Bâtard, para el diablo. ¿El favor? Primero colgadlo a él y después a mí. ¿Está bien?

Les pareció bien y aceptaron: aquel engendro del infierno abriría camino para su amo en la última divisoria. Tras lo cual el tribunal se desplazó hasta la orilla del río, donde se alzaba solitaria una pícea muy alta. Charley Aguas Muertas hizo un nudo corredizo en el extremo de una sirga, lo pasó por la cabeza de Leclère y lo apretó alrededor de su cuello. Tenía las manos atadas a la espalda y lo ayudaron a subirse a una caja de petardos. Luego pasaron la cuerda por encima de una rama que sobresalía, la tensaron y la sujetaron. Cuando le dieran una patada a la caja, Leclère bailaría en el aire.

—Y ahora, el perro —dijo Webster Shaw, ingeniero de minas ocasional —. Tendrás que atarlo tú, Aguas Muertas.

Leclère sonrió. Aguas Muertas cogió una pizca de tabaco para mascar, preparó otro nudo y, con calma, enroscó la cuerda varias veces en su mano. Se detuvo en dos o tres ocasiones para apartarse del rostro los mosquitos que no paraban de molestar. Todos hacían lo mismo, excepto Leclère, alrededor de cuya cabeza se percibía una pequeña nube de insectos. Incluso Bâtard, que yacía estirado sobre el suelo, apartaba los bichos de sus ojos y su boca con las patas delanteras.

Pero mientras Aguas Muertas esperaba a que Bâtard levantase la cabeza, oyeron que alguien llamaba desde lejos y vieron que un hombre agitaba los brazos y corría cruzando el llano que los separaba de Sunrise. Era el factor.

—Dejadlo, muchachos —jadeó al acercarse—. Acaban de llegar Sandy y Bernadotte —explicó tras recuperar el aliento—. Saltaron a tierra más abajo y siguieron el atajo hasta aquí. Traen al Castor. Lo encontraron en su canoa, atrapado en un remanso, con un par de agujeros de bala. El otro indio era Klok-Kutz, el que molió a palos a su mujer y se largó.

—¿Eh? ¿Qué os dije? ¿Eh? —gritó Leclère, exultante—. ¡Eran esos! Lo sé. Dije la verdad.

—Tenemos que enseñarles modales a esos condenados indios —dijo Webster Shaw—. Están engordando y volviéndose impertinentes, así que nos va a tocar bajarles los humos. Reunir a los indios y colgar al Castor para darles una lección. Ese es el plan. Vamos a ver qué nos cuenta.

—¡Eh, *M'sieu*! —llamó Leclère mientras la multitud se alejaba hacia Sunrise a la luz del crepúsculo—. Me gustaría ver la diversión.

—Te bajaremos a la vuelta —gritó Webster Shaw por encima de su hombro—. Mientras, piensa en tus pecados y en los caminos de la providencia. Te vendrá bien, así que muéstrate agradecido.

Los hombres acostumbrados a correr grandes peligros saben controlar sus nervios y son pacientes. Lo mismo ocurría con Leclère, quien se dispuso a esperar; es decir, que se resignó mentalmente. No era capaz de relajar el cuerpo, porque la cuerda tiraba tanto que lo obligaba a mantenerse muy erguido. La más mínima laxitud en los músculos de las piernas presionaba el nudo de tosca fibra contra su cuello, mientras que la postura erguida le provocaba un terrible dolor en el hombro herido. Echó hacia fuera el labio inferior y expulsó el aire hacia arriba para apartar a los mosquitos de sus ojos. Pero la situación tenía su recompensa. Librarse por los pelos de la muerte bien merecía un poco de sufrimiento físico, aunque le daba pena no ver cómo colgaban al Castor.

Así se entretenía pensando hasta que su mirada cayó sobre Bâtard, dormido con la cabeza entre las patas delanteras. Entonces Leclère dejó de pensar. Estudió con calma al animal, en un esfuerzo por ver si el sueño era real o fingido. Los costados de Bâtard subían y bajaban a un ritmo regular, pero a Leclère le pareció que respiraba ligeramente rápido; además, tenía la sensación de que lo envolvía una actitud vigilante que contradecía el sueño profundo. Habría dado su concesión de Sunrise por tener la seguridad de que el perro no estaba despierto y en una ocasión, cuando una de sus articulaciones crujió, le dedicó una mirada veloz y culpable a Bâtard, para ver si se había despertado. En ese momento no se movió, pero unos minutos después se levantó despacio, con calma, se estiró y miró a su alrededor con atención.

—*Sacredam* —dijo Leclère en un susurro.

Tras asegurarse de que nadie lo veía ni lo oía, Bâtard se sentó, hizo un gesto que casi pareció una sonrisa, miró a Leclère y se relamió.

—Ha llegado mi hora —dijo el hombre y se rio con aire socarrón.

Bâtard se acercó con la oreja inútil bamboleándose y la buena levantada en señal de que comprendía. Ladeó la cabeza, le dedicó al hombre una mirada de duda burlona y avanzó con pasitos cortos y juguetones. Frotó el cuerpo despacio contra la caja hasta que la hizo temblar. Leclère luchaba por mantener el equilibrio.

—Bâtard —dijo con calma—, cuidado. Te mataré.

Bâtard gruñó al oír la palabra y sacudió la caja con más ímpetu. Luego se puso a dos patas y, apoyando las de delante, dejó caer todo su peso contra ella desde más arriba. Leclère le lanzó una patada, pero la soga se clavó en su cuello y tiró de él de forma tan abrupta que estuvo a punto de perder el equilibrio.

—¡Eh! ¡Bicho! ¡Atrás! —gritó.

Bâtard retrocedió unos seis metros con un gesto tan demoníaco que Leclère no tuvo duda. Recordó que el perro solía romper la capa de hielo que se formaba en el bebedero poniéndose a dos patas y dejando caer su peso sobre ella. Al recordarlo, comprendió lo que el bicho estaba pensando. Bâtard miró a su alrededor y se detuvo. Mostró sus dientes blancos en un gruñido al que Leclère respondió con otro y luego salió disparado hacia la caja.

Quince minutos después, Charley Aguas Muertas y Webster Shaw, al regresar, entrevieron un péndulo fantasmagórico que se balanceaba a la tenue luz del anochecer. Al acercarse corriendo, distinguieron el cuerpo inerte del hombre y algo vivo que lo mordía y lo sacudía mientras le clavaba los dientes, imprimiéndole el movimiento pendular.

—¡Eh, tú! ¡Bestia! ¡Engendro del infierno! —gritó Webster Shaw.

Pero Bâtard lo miró y gruñó amenazador sin soltar su presa.

Charley Aguas Muertas sacó el revólver, aunque le tembló la mano, como si hubiese sufrido un escalofrío, y falló.

—Toma, dispara tú —dijo, pasándole el arma al otro.

Webster Shaw se rio, apuntó entre los ojos relucientes y apretó el gatillo. El cuerpo de Bâtard se contrajo como si hubiese recibido una descarga, arañó el suelo entre espasmos durante un momento y luego se inmovilizó. Pero sus dientes no soltaron su presa.

[1902]



La sombra y el destello

CUANDO MIRO ATRÁS, comprendo lo peculiar que era esa amistad. Por un lado, Lloyd Inwood, alto, esbelto y bien formado, inquieto y moreno. Por el otro, Paul Tichlome, alto, esbelto y bien formado, inquieto y rubio. El uno era la réplica del otro en todo menos en el color. Los ojos de Lloyd eran negros, los de Paul azules. Cuando se emocionaban, la sangre tornaba aceitunadas las mejillas de Lloyd y teñía de rojo las de Paul. Pero excepto en el color, en todo lo demás eran como dos gotas de agua. Ambos eran muy nerviosos, propensos a vivir al límite de la resistencia y la tensión y se encontraban en un momento excelente.

Pero implicado en esa amistad excepcional había un tercer elemento: bajo, gordo, pesado y vago que, aunque me cueste decirlo, era yo. Paul y Lloyd parecían haber nacido para rivalizar entre ellos y yo para intentar mantener la paz entre los dos. Los tres crecimos juntos y muchas veces recibí yo los golpes enfadados que uno dirigía al otro. Siempre competían, se esforzaban por superarse entre ellos y cuando se metían de lleno en una de sus luchas ni sus esfuerzos ni sus pasiones conocían límite.

Ese intenso ánimo de rivalidad prevalecía en sus estudios y en sus juegos. Si Paul memorizaba un canto de Marmion, el poema de Walter Scott, Lloyd aprendía dos, Paul atacaba con tres y Lloyd con cuatro, hasta que ambos se sabían de memoria el poema entero. Recuerdo un incidente que tuvo lugar en la charca donde nadábamos, un incidente trágicamente indicativo de hasta dónde llegaba la rivalidad entre ellos. Los chicos jugaban a bucear hasta el fondo de una charca de tres metros de profundidad para agarrarse a las raíces sumergidas a fin de ver quién aguantaba más sin salir. Paul y Lloyd permitieron que los otros se rieran de ellos por sumergirse juntos. Cuando vi sus caras, serias y decididas, desaparecer en el agua mientras descendían rápidamente tuve el presentimiento de que algo espantoso iba a ocurrir. Los minutos pasaron y las ondas desaparecieron, la superficie del agua se tornó tranquila y plácida, y ninguna cabeza morena o rubia salió a la superficie en busca de aire. Arriba empezamos a preocuparnos. Ya habían superado el récord del chico que más había aguantado y seguían sin dar señales. Las

burbujas de aire ascendían despacio, indicando que el aire salía de sus pulmones, pero después dejaron de ascender. Cada segundo parecía interminable e, incapaz de soportar aquel suspense por más tiempo, me lancé al agua.

Los encontré en el fondo, fuertemente agarrados a las raíces, las cabezas a unos treinta centímetros de distancia, los ojos muy abiertos y mirándose fijamente el uno al otro. Sufrían un terrible tormento, encogidos y retorciéndose debido a los calambres de una asfixia voluntaria, porque ninguno quería ceder y darse por vencido. Intenté obligar a Paul a soltar las raíces, pero se resistió con fuerza. Entonces me quedé sin aire y salí a la superficie muy asustado. Rápidamente expliqué la situación y media docena de los presentes bajamos y logramos arrancarlos de allí a la fuerza. Para cuando conseguimos sacarlos, ambos estaban inconscientes y solo recuperaron el sentido después de muchos esfuerzos, friegas y vapuleo. Si nadie los hubiese rescatado se habrían ahogado allí mismo.

Cuando a Paul Tichlorne le llegó el momento de ir a la universidad dejó claro que pensaba estudiar Ciencias Sociales. Lloyd Inwood eligió el mismo curso. Pero Paul siempre había tenido en mente estudiar Ciencias Naturales y especializarse en Química, aunque lo mantenía en secreto, por eso cambió su matrícula en el último momento. A pesar de que Lloyd ya había organizado el trabajo a realizar durante todo el curso y asistido a las primeras clases, enseguida siguió el camino de Paul y se pasó a Ciencias Naturales con especialización en Química. El mundo universitario enseguida se hizo eco de la rivalidad existente entre ambos. Cada uno servía de estímulo al otro y ambos se volcaron de tal forma en la química —mucho más que cualquier otro alumno— que antes de conseguir sus diplomas podrían haber dejado perplejo a cualquier profesor de Química de la institución, excepto al viejo Moss, jefe del departamento, aunque a él lo habían asombrado e instruido en más de una ocasión. El descubrimiento, por parte de Lloyd, del «bacilo de la muerte» del pez sapo y sus experimentos al respecto con cianuro de potasio, hizo sonar su nombre y el de su universidad en todo el mundo. Paul no se quedó atrás en absoluto porque logró producir coloides de laboratorio que realizaban movimientos propios de las amebas y arrojó nuevas luces sobre los procesos de fertilización, gracias a sus asombrosos experimentos con soluciones de magnesio y cloruros de sodio simples sobre las formas de vida marina más pobres.

Sin embargo, fue en sus días de estudiantes universitarios, en medio de sus inmersiones más profundas en los misterios de la química orgánica,

cuando Doris van Benschoten apareció en sus vidas. Lloyd la conoció primero, pero en cuestión de veinticuatro horas Paul consiguió que también se la presentaran. Por supuesto, ambos se enamoraron de ella y la joven se convirtió en lo único por lo que merecía la pena vivir. La cortejaban con igual ardor y pasión, y la lucha por ella se intensificó de tal forma que la mitad del alumnado acabó apostando al respecto con la otra mitad. Incluso el viejo Moss, un día —tras la impresionante demostración que Paul le hizo en su laboratorio privado— acabó por jugarse el salario de un mes a favor de que el joven sería el novio de Doris van Benschoten.

Al final ella resolvió el problema a su manera, para satisfacción de todos menos de Paul y Lloyd. Los reunió y les dijo que no podía escoger entre los dos porque los quería igual y que, como por desgracia la poliandria no estaba permitida en Estados Unidos, se veía obligada a renunciar a la felicidad y el honor de casarse con uno de ellos. Cada uno culpó al otro de tan lamentable resultado y el rencor existente entre los dos se enconó aún más.

Pero las cosas pronto alcanzaron un punto crítico. Fue en mi casa, después de que ambos se licenciaran y se retiraran del mundo, cuando llegó el principio del fin. Los dos eran hombres acaudalados, poco propensos a llevar una vida profesional que no necesitaban en absoluto. Mi amistad y su animosidad mutua eran las dos cosas que los unían. Aunque venían a verme a menudo, tenían mucho cuidado de evitarse el uno al otro durante sus visitas. Sin embargo, dadas las circunstancias, resultaba inevitable que coincidieran en alguna ocasión.

Ese día Paul Tichlorne llevaba toda la mañana en mi estudio, concentrado en el último número de una revista científica. Eso me permitía ocuparme de mis propios asuntos y me encontraba en el jardín, entre mis rosas, cuando llegó Lloyd. Mientras podaba, recortaba y sujetaba las trepadoras del porche, con la boca llena de clavos y Lloyd siguiéndome y echándome una mano de vez en cuando, acabamos por hablar de la raza mítica de gente invisible, ese pueblo extraño y vagabundo cuyas tradiciones han llegado hasta nosotros. Lloyd hablaba cada vez con mayor vehemencia, a su manera nerviosa y entrecortada, y enseguida se puso a indagar las propiedades físicas y las posibilidades de la invisibilidad. Afirmó que un objeto perfectamente negro eludiría y desafiaría a la más aguda de las vistas.

—El color es una sensación —decía—. No tiene realidad objetiva. Sin la luz no vemos ni los colores ni los objetos en sí. Todos los objetos son negros en la oscuridad y en la oscuridad resulta imposible verlos. Si la luz no incide

sobre ellos, no pueden hacerla rebotar y enviársela al ojo, por lo que no tenemos evidencia visual de su existencia.

—Pero vemos objetos negros a la luz del día —objeté.

—Cierto —dijo efusivamente—. Porque no son perfectamente negros. Si fuesen perfectamente negros, absolutamente negros, no podríamos verlos. No, ni a la luz de mil soles. Y yo afirmo que con los pigmentos adecuados y la composición oportuna podría producirse una pintura absolutamente negra que volvería invisible cualquier cosa sobre la que se aplicara.

—Sería un descubrimiento extraordinario —dije con evasivas, porque aquello me parecía tan fantástico que no le encontraba más finalidad que la puramente especulativa.

—¡Extraordinario! —Lloyd me dio una palmadita en el hombro—. Eso creo yo. Amigo mío, cubrirme con esa pintura implicaría tener el mundo a mis pies. Los secretos de los reyes y sus cortes serían míos, las maquinaciones de los diplomáticos y políticos, los manejos de los que juegan a la bolsa, los planes de las compañías y sociedades. Podría controlar el pulso interno de todas las cosas y convertirme en el poder supremo del mundo. Y… —se detuvo un momento y luego añadió—: Bueno, ya he comenzado los experimentos y no me importa decirte que voy camino de lograrlo.

Nos sobresaltamos al oír una carcajada procedente del umbral. Allí estaba Paul Tichlorne, con una sonrisa de burla en los labios.

—Te olvidas de una cosa, mi querido Lloyd —dijo.

—¿De qué?

—Te olvidas —respondió Paul— de la sombra.

Vi cómo cambiaba la expresión de Lloyd, pero consiguió responder burlón:

—Siempre puedo llevar una sombrilla. —Luego se volvió hacia él de repente y le dijo con violencia—. Oye, Paul, si sabes lo que te conviene, no te metas en esto.

La ruptura parecía inminente, pero Paul se rio cordial:

—Jamás tocaría tus sucios pigmentos. Por más que logres superar tus expectativas más optimistas, siempre habrás de enfrentarte a la sombra. No podrás apartarte de ella. Yo probaré con el enfoque opuesto. Precisamente mi propuesta consiste en eliminar la sombra y…

—¡La transparencia! —exclamó Lloyd al instante—. Pero eso no puede lograrse.

—Oh, no. Por supuesto que no.

Paul se encogió de hombros y se alejó paseando por el sendero de los escaramujos.

Ése fue el principio. Ambos atacaron el problema con la tremenda energía por la que eran famosos y con un rencor y una amargura que me hacían temblar pensando en el éxito de cualquiera de ellos. Ambos confiaban en mí y, durante las muchas semanas de experimentos que siguieron a aquel encuentro, los dos contaron conmigo y escuché sus teorías y presencié sus demostraciones. Jamás, con gesto o palabra alguna, transmití a ninguno de ellos la más mínima pista del progreso del otro y ellos me respetaban por la forma en que guardaba el secreto.

Lloyd Inwood, tras una entrega prolongada y continua, cuando la tensión sobre cuerpo y mente se tornaba insoportable, desarrolló una curiosa forma de obtener alivio. Asistía a combates de boxeo. Fue durante una de esas exhibiciones brutales, a la que me había arrastrado para hablarme de los últimos resultados obtenidos, cuando su teoría quedó confirmada de una forma sorprendente.

—¿Ves ese hombre de patillas pelirrojas? —preguntó, señalando al otro extremo del ring, a la quinta fila de asientos frente a nosotros—. ¿Y ves al que está a su lado, el del sombrero blanco? Bien. Entre los dos hay un buen hueco, ¿no crees?

—Sin duda —respondí—. Están separados por un asiento. El hueco lo forma el asiento sin ocupar.

Se inclinó hacia raí y dijo, muy serio:

—Entre el hombre de las patillas pelirrojas y el del sombrero blanco se sienta Ben Wasson. Ya me has oído hablar de él. Es el púgil más hábil de su peso en el país. Además, es un negro del Caribe, de pura raza y el más negro de Estados Unidos. Lleva un abrigo negro abotonado hasta arriba. Yo lo vi entrar y sentarse ahí. Tan pronto se sentó, desapareció. Observa fijamente, es posible que sonría.

Yo quería acercarme hasta allí para comprobarlo, pero él me lo impidió.

—Espera —dijo.

Aguardé y observé hasta que el pelirrojo giró la cabeza como si le hablase al asiento desocupado. Luego, en ese espacio vacío, vi el blanco de un par de ojos y la doble medialuna blanca que formaban dos hileras de dientes, y a partir de ese momento pude distinguir el rostro de un negro. Pero al desvanecerse la sonrisa, dejó de ser visible y el asiento volvió a parecer vacío.

—Si fuese perfectamente negro, podrías sentarte a su lado y no verlo —dijo Lloyd. Confieso que el ejemplo era lo bastante bueno como para

convencerme por completo.

Después de eso visité el laboratorio de Lloyd en varias ocasiones y siempre lo encontré concentrado en buscar el negro absoluto. Sus experimentos abarcaban toda clase de pigmentos, como negro de humo, alquitranes, materias vegetales carbonizadas, hollines de aceites y grasas y distintas sustancias animales carbonizadas.

—La luz blanca se compone de los siete colores primarios —argumentaba—, pero en sí misma, por sí misma, es invisible. Solo al reflejarse en los objetos se vuelve visible y los hace visibles a ellos. Aunque únicamente resulta visible la parte sobre la que se refleja. Por ejemplo, aquí tenemos una tabaquera azul. La luz blanca incide sobre ella y, con una sola excepción, todos los colores que la componen, violeta, índigo, verde, amarillo, naranja y rojo, son absorbidos. La excepción es el azul. No se absorbe, sino que se refleja. Por lo que la tabaquera nos aporta una sensación azul. No vemos los demás colores porque son absorbidos. Solo vemos el azul. Por el mismo motivo la hierba es verde. Las ondas verdes de la luz blanca inciden en nuestros ojos.

—Cuando pintamos nuestras casas no les aplicamos color —dijo en otra ocasión—. Lo que hacemos es aplicar ciertas sustancias que tienen la propiedad de absorber todos los colores de la luz blanca excepto aquellos que queremos para nuestras casas. Cuando una sustancia refleja todos los colores hacia el ojo, nos parece blanca. Cuando absorbe todos los colores, es negra. Pero, como ya he dicho, aún no tenemos un negro perfecto. No se absorben todos los colores. El negro perfecto, el que resiste cualquier intensidad de luz, será total y absolutamente invisible. Mira eso, por ejemplo.

Señaló la paleta que reposaba sobre su mesa de trabajo. En ella se veían distintos tonos de pigmentos negros. Había uno en particular que casi no se veía. Me dio la sensación de que se difuminaba, me froté los ojos y volví a mirar.

—Ése —dijo de forma impactante— es el negro más negro que tú o cualquier mortal hayáis visto jamás. Pero dame tiempo y conseguiré un negro tan negro que ningún mortal podrá ver ¡aunque lo mire!

Por otro lado, a Paul Tichlorne solía encontrarlo igualmente concentrado en el estudio de la polarización, difracción e interferencia de la luz, refracción doble y sencilla y toda clase de extraños compuestos orgánicos.

—Transparencia: estado o cualidad del cuerpo que permite que todos los rayos de luz lo atraviesen —definía—. Eso es lo que busco. Lloyd, en su opacidad perfecta, tropieza con el problema de la sombra. Pero yo me libro de

ella. Un cuerpo transparente no proyecta sombra, como tampoco refleja ondas de luz; bueno, no lo hace la transparencia perfecta. De manera que, evitando la mayor intensidad de luz, no solo ese cuerpo dejará de proyectar sombra sino que, debido a que no refleja la luz, también será invisible.

En otra ocasión nos encontrábamos de pie junto a la ventana. Paul se entretenía en pulir cierto número de lentes que había extendido sobre el alféizar. De repente, tras una pausa en la conversación, dijo:

—¡Oh! Se me ha caído una lente. Saca la cabeza, amigo, y mira a ver dónde ha ido a parar.

Empecé a sacar la cabeza, pero un fuerte golpe en la frente me hizo retroceder. Me froté la frente dolorida y le lancé a Paul una mirada de reproche y curiosidad.

—¿Y bien? —dijo.

—¿Y bien? —repetí yo.

—¿Por qué no investigas? —fue su respuesta.

Investigué. Antes de sacar la cabeza mis sentidos, automáticamente activos, me habían dicho que allí no había nada, que nada se interponía entre mi persona y el aire libre, que el hueco de la ventana se encontraba vacío. Alargué la mano y sentí un objeto duro, suave, frío y plano que mi sentido del tacto y mi experiencia calificaron de cristal. Volví a mirar pero no fui capaz de ver nada.

—Arena de cuarzo blanco, carbonato sódico, cal apagada, calcín, peróxido de manganeso —soltó del tirón Paul—. Ahí la tienes, la mejor hoja de vidrio francesa, fabricada por la gran compañía St. Gobain, que hace el mejor vidrio en planchas del mundo. Y éste es el mejor de todos los que han hecho. Cuesta un dineral, pero ¡míralo!, no puedes verlo. No sabes que está ahí hasta que te das con él.

»Amigo mío, esto no es más que una lección magistral: ciertos elementos son en sí opacos pero están compuestos de manera que el cuerpo resultante es transparente. Podrías decirme que eso es una cuestión de química inorgánica. Y tendrías razón. Pero me atrevo a afirmar, aquí mismo y ahora, que en la orgánica puedo duplicar todo lo que ocurre en la inorgánica. ¡Así!

Sujetó un tubo de ensayo entre la luz y yo y pude ver el líquido turbio o embarrado que contenía. Vació en su interior el contenido de otro tubo de ensayo y casi al instante el líquido se volvió transparente y brillante.

—¡O así!

Con movimientos rápidos y nerviosos entre su surtido de tubos de ensayo, convirtió una solución blanca en otra de color vino y otra de color amarillo

claro en marrón oscuro. Sumergió un pedazo de papel de tornasol en un ácido, por lo que se volvió rojo al instante y, tras meterlo en una solución alcalina, se tornó azul a la misma velocidad.

—El papel de tornasol sigue siendo papel de tornasol —afirmó en el tono formal de quien imparte una conferencia—. No lo he convertido en otra cosa. Entonces, ¿qué he hecho? Solo he cambiado la disposición de sus moléculas. Mientras que al principio absorbía todos los colores de la luz excepto el rojo, su estructura molecular cambió hasta el punto de hacerle absorber el rojo y demás colores, excepto el azul. Y así podemos continuar ad infinitum. Lo que pretendo hacer es lo siguiente. —Guardó silencio un tiempo—. Pretendo buscar, sí y encontrar, los reactivos adecuados que, al actuar sobre el organismo vivo, produzcan unos cambios moleculares análogos a los que acabas de presenciar. Pero esos reactivos, que encontraré y de los que por cierto ya estoy muy cerca, no harán que el cuerpo vivo se vuelva azul o rojo o negro, sino que lo llevarán a la transparencia. Toda la luz pasará a través de él. Será invisible. No proyectará sombra.

Pocas semanas después fui a cazar con Paul. Llevaba un tiempo prometiéndome que tendría el placer de contar con la ayuda de un perro de caza maravilloso, el más impresionante de todos los perros de caza, o eso aseveraba él y continuó aseverándolo hasta que picó mi curiosidad. Pero la mañana en cuestión me sentí decepcionado porque no vi perro alguno.

—No lo veo por aquí —afirmo Paul sin preocuparse en absoluto y nos pusimos en marcha a campo través.

En ese momento no podía imaginar por qué me sentía molesto, pero me daba la sensación de que me rondaba una enfermedad inminente y letal. Tenía los nervios destrozados y, a juzgar por las asombrosas malas pasadas que me gastaban, mis sentidos parecían haberse amotinado. Me perturbaban unos ruidos muy raros. A veces oía el sonido del roce que un cuerpo hace al pasar entre la hierba y en una ocasión el correteo de unos pies en una zona de terreno pedregoso.

—¿Has oído algo, Paul? —pregunté una vez.

Pero él negó con la cabeza y continuó caminando.

Mientras trepaba una valla oí, aunque muy suave, el gemido ansioso de un perro que, según me pareció, debía encontrarse a no más de medio metro de mí. Pero al mirar a mi alrededor no vi nada.

Me dejé caer al suelo sin fuerzas y temblando.

—Paul —dije—, será mejor que volvamos a casa. Temo que voy a enfermar.

—Tonterías, muchacho —respondió—. El sol te ha afectado a la cabeza como si fuese vino. Te pondrás bien. ¡Dichoso tiempo!

Pero, al seguir un sendero estrecho que pasaba entre un bosquecillo de álamos de Virginia, algo rozó mis piernas, tropecé y estuve a punto de caer. Miré a Paul con ansiedad.

—¿Qué ocurre? —preguntó—. ¿Tropiezas contigo mismo?

Me mordí la lengua y seguí adelante, aunque asaz perplejo y absolutamente seguro de que alguna enfermedad misteriosa y grave había atacado mis nervios. Hasta el momento mis ojos se habían librado, pero cuando volvimos a salir a campo abierto también me falló la visión. En el camino, por delante de mí, empezaron a aparecer y desaparecer extraños destellos de luces de muchos colores, como un arcoíris. Aun así, conseguí mantener la calma hasta que las luces multicolores persistieron durante más de veinte segundos, bailando y destellando en una especie de juego ilimitado. Entonces me senté, débil y tembloroso.

—No tengo remedio —jadeé mientras me cubría los ojos con las manos—. Me ha atacado a los ojos. Paul, llévame a casa.

Pero Paul se rio con ganas.

—¿Qué te había dicho? No hay perro más maravilloso. Dime, ¿qué te parece?

Se giró y empezó a silbar. Oí el correteo, el jadeo de un animal acalorado y el inconfundible aullido de un perro. Luego Paul se inclinó hacia delante y en apariencia acarició el aire.

—¡Trae! Dame la mano.

Y la pasó por el hocico húmedo y la quijada de un perro. No cabía duda de que se trataba de un perro, con la forma y la capa de pelo corto y suave de un perdiguero.

Huelga decir que enseguida recuperé el ánimo y el control. Paul le puso un collar al animal y le ató un pañuelo al rabo y así se nos concedió la insólita visión de un collar vacío y un pañuelo ondulante retozando en los campos. Impresionante cuando el collar y el pañuelo detectaron una familia de codornices entre un grupo de falsas acacias y permanecieron rígidos e inamovibles hasta que levantamos las aves.

De vez en cuando el perro emitía los destellos de luz multicolor que ya he mencionado. Según me explicó Paul, era lo único que no había previsto y que dudaba poder superar.

—Forman una gran familia —dijo—, los parhelios, los círculos parhélicos, los arcoíris, los halos y las coronas. Se producen por la refracción

de la luz en cristales minerales y de hielo, en la niebla, la lluvia, el rocío y muchas otras cosas; y me temo que son el castigo que debo aceptar por la transparencia. Me libré de la sombra de Lloyd para acabar enfrentándome al destello multicolor.

Un par de días después me tropecé con un hedor insoportable ante la puerta del laboratorio de Paul. Tan desmesurado resultaba que fue sencillo descubrir la causa: una masa de materia putrefacta situada en el umbral y que, en líneas generales, recordaba a un perro.

Paul se quedó asombrado cuando examinó mi hallazgo. Era su perro invisible o, mejor dicho, lo que había sido su perro invisible porque ahora resultaba perfectamente visible. Unos minutos antes había estado jugueteando, tan fuerte y saludable como siempre. Al examinarlo con más detalle vimos que había recibido un fuerte golpe en el cráneo. Aunque resultaba extraño que el animal hubiese muerto, más inexplicable era que se hubiese descompuesto tan rápidamente.

—Los reactivos que inyecté en su sistema eran inofensivos —explicó Paul—. Sin embargo, también eran muy fuertes y parece que, cuando llega la muerte, provocan una desintegración casi instantánea. ¡Extraordinario! Bueno, pues entonces habrá que evitar morirse. No resultan perjudiciales mientras haya vida. Pero me pregunto quién habrá golpeado de esa forma la cabeza del perro.

No tardó en llegar la respuesta, cuando una doncella asustada nos informó de que Gaffer Bedshaw se había vuelto loco de repente aquella misma mañana —no haría más de una hora— y lo mantenían sujeto con correas en casa, la cabaña del cazador, donde desvariaba sobre la batalla mantenida contra una bestia gigantesca y feroz con la que se había tropezado en los pastos de Tichlorne. Afirmaba que aquella cosa, fuera lo que fuese, era invisible, que con sus propios ojos había visto que era invisible, ante lo que su esposa y sus hijas negaban con la cabeza y lloraban, logrando que él se pusiera más violento y que el jardinero y el cochero le apretaran las correas un poco más.

Pero mientras Paul Tichlorne dominaba con éxito el problema de la invisibilidad, Lloyd Inwood no se quedaba atrás en absoluto. Fui a visitarlo tras recibir un mensaje en el que me pedía que acudiese a ver cómo le iba. Su laboratorio ocupaba un lugar aislado en medio de su inmensa propiedad. Se levantaba en un pequeño claro, muy agradable, estaba rodeado por una densa vegetación y a él se llegaba siguiendo un sendero serpenteante y errático. Pero yo lo había recorrido tantas veces que me lo sabía de memoria. Por eso,

imaginen mi sorpresa cuando llegué al claro y no encontré el laboratorio. La singular estructura, con su chimenea de arenisca roja, ya no estaba. Además, era como si nunca hubiese estado allí: no había ni rastro de ruinas o escombros, nada.

Eché a andar en dirección al lugar que había ocupado. «Aquí —me dije a mí mismo— es donde debía estar el escalón que llevaba a la puerta». No bien acababa de decirlo cuando mi pie tropezó con un obstáculo, caí hacia delante y me golpeé la cabeza contra algo que parecía una puerta. Alargué la mano. Era una puerta. Encontré el pomo y lo giré. Enseguida, al abrirse la puerta hacia dentro, el interior del laboratorio surgió ante mí. Saludé a Lloyd, cerré otra vez y retrocedí varios pasos por el camino de acceso. No se veía el edificio. Al regresar y abrir de nuevo la puerta, los muebles y todos los detalles del interior se hicieron visibles. La repentina transición del vacío a la luz, la forma y el color resultaba asombrosa.

—¿Qué te parece? —preguntó Lloyd mientras me estrujaba la mano—. Ayer por la tarde le apliqué un par de manos de negro absoluto para ver cómo funcionaba. ¿Y la cabeza? Te has dado un buen golpe.

—Deja eso —dijo luego, interrumpiendo mis frases de felicitación—. Quiero que hagas algo mucho mejor.

Mientras hablaba, empezó a quitarse la ropa y, tras desnudarse por completo, me puso un cubo y un pincel en las manos y me dijo:

—Toma, dame una mano de esto.

Era una especie de laca aceitosa que se extendía con rapidez y facilidad sobre la piel y se secaba de inmediato.

—Es una capa preliminar y por precaución —me explicó cuando hube terminado—. Ahora vamos a lo que importa.

Cogí otro cubo que él me indicó y miré dentro pero no vi nada.

—Está vacío —dije.

—Mete el dedo.

Obedecí y sentí algo húmedo y frío. Al retirar la mano miré el dedo índice —el que había metido—, pero había desaparecido. Lo moví y por la oscilación entre tensión y relajación de los músculos supe que lo movía, pero continuaba desafiando a mi sentido de la vista. Parecía que me lo habían cortado. No pude recibir ninguna impresión visual hasta que lo extendí bajo la claraboya y vi su sombra perfectamente dibujada sobre el suelo.

Lloyd se rio.

—Ahora aplícame una capa y mantón los ojos bien abiertos.

Mojé el pincel en el cubo que parecía vacío y le di una buena pincelada sobre el pecho. Al pasar el pincel, la carne viva iba desapareciendo. Cubrí su pierna derecha y se convirtió en un hombre con una sola pierna que desafiaba todas las leyes de la gravedad. Y así, pincelada a pincelada, miembro a miembro, llevé a Lloyd Inwood a formar parte de la nada. Fue una experiencia espeluznante y me alegré cuando solo quedaron a la vista sus ojos negros y apremiantes, que parecían mantenerse en equilibrio en medio del aire, sin apoyo alguno.

—Tengo una solución inocua y sofisticada para ellos —dijo—. Una breve rociada con un aerógrafo y ¡abracadabra!, ya no estoy.

Tras llevarlo a cabo con destreza, dijo:

—Ahora me moveré por ahí y tú me dirás qué sensaciones experimentas.

—En primer lugar, no te veo —respondí mientras oía su risita alegre que salía del centro de la nada—. Por supuesto —continué—, no puedes librarte de tu sombra, aunque eso ya lo esperábamos. Cuando pasas entre mis ojos y un objeto, el objeto desaparece, pero la desaparición resulta tan inusual e incomprensible que tengo la sensación de que se me ha nublado la vista. Cuando te mueves con rapidez, experimento una desconcertante sucesión de imágenes borrosas que hacen que me duelan los ojos y el cerebro se canse.

—¿Alguna otra cosa te advierte de mi presencia? —preguntó.

—No y sí —respondí—. Cuando te acercas a mí tengo una sensación similar a la que producen las bodegas frías y húmedas, las criptas oscuras y las minas profundas. Creo que siento la proximidad de tu cuerpo como los marineros presienten la proximidad a tierra en medio de la noche más oscura. Pero se trata de algo impreciso e intangible.

Mucho hablamos esa última mañana en su laboratorio y, cuando me dispuse a irme, estrechó mi mano con la suya invisible y nerviosa, y dijo:

—¡Ahora conquistaré el mundo!

Fui incapaz de hablarle del éxito de Paul Tichlorne, tan similar al suyo.

Al llegar a casa encontré una nota de Paul en la que me pedía que fuese de inmediato y ya era mediodía cuando accedí a su camino de entrada en mi bici. Paul me llamó desde la pista de tenis, desmonté y me acerqué hasta allí. Sin embargo, la pista estaba vacía. Mientras permanecía asombrado, con la boca abierta, una pelota de tenis me dio en el brazo y, al girarme, otra pasó rozándome la oreja. No veía a mi agresor y era como si las pelotas se lanzaran contra mí desde la nada, acribillándome. Pero cuando las que ya me habían atacado comenzaron a intentar golpearme de nuevo, comprendí la situación. Cogí una raqueta y presté mucha atención. Enseguida vi un destello

multicolor que aparecía y desaparecía mientras corría veloz de un lado a otro. Corrí tras él y, cuando le había propinado media docena de golpes con la raqueta, se oyó la voz de Paul decir:

—¡Basta! ¡Basta! ¡Eh! ¡Para ya! ¡Me estás dando sobre la piel desnuda, sin protección! ¡Ay, ay! ¡Me portaré bien, lo prometo! Solo quería que vieses mi metamorfosis —afirmó con tono arrepentido e imaginé que estaría masajeándose las heridas.

Unos minutos después jugábamos al tenis, lo que suponía una desventaja para mí porque no podía conocer su posición excepto cuando todos los ángulos entre él, el sol y yo se encontraban en la conjunción adecuada. Entonces destellaba, pero solo entonces. Aunque los destellos eran más brillantes que el arcoíris, del azul más puro, el violeta más delicado, el amarillo más vivo y todos los tonos intermedios con el fulgor reluciente de los diamantes, deslumbrante, cegador, irisado.

Pero en medio del partido sentí un escalofrío repentino que me hizo pensar en minas profundas y criptas oscuras, un escalofrío como el que había experimentado aquella misma mañana. De inmediato, junto a la red, vi que una pelota rebotaba en medio del aire y de la nada y, casi al mismo tiempo, a unos seis metros de distancia, Paul Tichlorne emitió un destello multicolor. La pelota no podía haber rebotado en él y con una sensación de pánico atenazadora comprendí que Lloyd Inwood había entrado en escena. Para asegurarme, busqué su sombra. Allí estaba, una mancha informe del contorno de su cuerpo (el sol se encontraba sobre nuestras cabezas) que se movía sobre la pista. Recordé su amenaza y supe que tantos años de rivalidad estaban a punto de culminar en una lucha sorprendente.

Grité para advertir a Paul y oí un gruñido como el de una bestia salvaje que recibió otro gruñido como respuesta. Vi que la mancha oscura cruzaba veloz la pista y un destello de luz multicolor avanzaba con igual rapidez a su encuentro. Entonces sombra y destello se unieron y se oyó el ruido de unos golpes invisibles. La red cayó ante mis ojos asustados. Corrí hacia los contendientes mientras gritaba:

—¡Por el amor de Dios!

Pero sus cuerpos entrelazados me golpearon a la altura de las rodillas y caí al suelo.

—¡No te metas en esto, amigo! —oí decir a la voz de Lloyd Inwood desde el vacío.

Luego fue la voz de Paul la que dijo:

—¡Sí, ya estamos hartos de que siempre intentes mantener la paz entre nosotros!

Por el sonido de sus voces supe que se habían separado. No situaba a Paul, así que me acerqué a la sombra que traicionaba a Lloyd. Pero desde el otro lado recibí un puñetazo en la mandíbula y oí a Paul gritar enfadado:

—¿Ahora te mantendrás alejado por fin?

Volvieron a enzarzarse y por el impacto de los golpes, los gruñidos y jadeos, y los rápidos destellos y el movimiento de la sombra supe que aquella lucha era letal.

Grité pidiendo ayuda y Gaffer Bedshaw llegó corriendo. Al acercarse me di cuenta de que me miraba de forma extraña, pero colisionó con los combatientes y cayó al suelo de cabeza. Con un alarido de desesperación y un grito de: «¡Dios, estoy enfermo!», se puso de pie de un salto y abandonó la pista como un loco.

No podía hacer nada, así que me senté, fascinado e impotente, y observé la pelea. La luz viva y resplandeciente del sol de mediodía caía sobre la pista de tenis vacía. Estaba vacía. Solo veía la mancha de la sombra y los destellos multicolores, el polvo que levantaban los pies invisibles, las huellas que dejaban sobre la tierra al pisar y la malla metálica abombarse en una o dos ocasiones cuando los cuerpos salieron despedidos contra ella. Eso era todo y, al cabo de un tiempo, ya ni eso. Se acabaron los destellos y la sombra se volvió alargada y permaneció inmóvil. Recordé sus rostros infantiles mientras se agarraban con fuerza a las raíces, en la fría profundidad de aquella charca.

Me encontraron una hora después. Los criados se hicieron una vaga idea de lo ocurrido y abandonaron en masa el servicio de los Tichlorne. Gaffer Bedshaw nunca se recuperó de esa segunda conmoción y está internado en un manicomio, sin esperanza alguna de recuperarse. Los secretos de sus maravillosos descubrimientos murieron con Paul y Lloyd, ya que sus parientes, destrozados por el dolor, destruyeron ambos laboratorios. En cuanto a mí, ya no me interesa la investigación química y la ciencia es tema tabú en mi casa. He vuelto a mis rosas. Me basta con los colores de la naturaleza.

[1902]



La muerte de Ligoun

«Sangre por sangre, rango por rango».

CÓDIGO THLINKET

ESCUCHA AHORA cómo murió Ligoun…

El orador se detuvo en plena frase y me echó una mirada de entendimiento. Alcé la botella entre nuestros ojos y el fuego de la hoguera, indiqué con el pulgar hasta donde podía beber y se la pasé. Porque, ¿acaso no se trataba de Palitlum, *el Bebedor*? Me había contado varias historias y yo llevaba mucho tiempo esperando a que aquel escribiente sin escritos me hablase de todo lo relacionado con Ligoun, porque él, entre todos los seres vivos, era quien mejor lo sabía.

Echó hacia atrás la cabeza con un gruñido que enseguida se convirtió en un borboteo y la sombra de un torso humano, monstruoso bajo una enorme botella invertida, osciló y bailó sobre el ceño fruncido del risco que se alzaba a nuestra espalda. Palitlum apartó los labios del vidrio, hizo un ruido de succión tierno como un beso y miró con tristeza hacia la fantasmagórica bóveda celeste donde jugaba la tenue luz blanca de la aurora boreal del verano.

—Es extraño —dijo—. Frío como el agua y caliente como el fuego. Da fuerza al bebedor y también se la arrebata. Vuelve jóvenes a los viejos y viejos a los jóvenes. Al hombre cansado le da fuerzas para seguir y al descansado lo envuelve en el sueño. Mi hermano tenía el corazón de un conejo, pero bebió y mató en el acto a cuatro de sus enemigos. Mi padre era como un gran lobo y mostraba los dientes a todos los hombres, pero bebió y lo mataron por la espalda, mientras huía. Es muy extraño.

—Es Tres Estrellas, mejor que eso con lo que se envenenan los estómagos los de ahí abajo —respondí, haciendo un gesto con la mano que abarcaba el enorme abismo de negrura hasta la zona donde destellaban las hogueras

encendidas en la playa, mucho más abajo, como diminutas llamaradas que aportaban proporción y realidad a la noche.

Palitlum suspiró y negó con la cabeza.

—Por eso estoy aquí contigo.

Y nos envolvió, a la botella y a mí, con una mirada que expresaba su sed desvergonzada con más elocuencia que las palabras.

—No —dije mientras acurrucaba la botella entre las piernas—, ahora habla de Ligoun. Del Tres Estrellas ya hablaremos después.

—Hay de sobra y no estoy cansado —imploró con el mayor de los descaros—. Pero si lo siento en los labios hablaré mejor de Ligoun y sus últimos días.

—Arrebata la fuerza al bebedor —me burlé— y envuelve en el sueño al hombre descansado.

—Eres prudente —replicó sin enfado y sin orgullo—. Como todos tus hermanos, eres prudente. Despiertos o durmiendo, el Tres Estrellas siempre va con vosotros, pero nunca os he visto beber demasiado o durante mucho tiempo. Y, mientras, os lleváis el oro oculto en nuestras montañas y los peces que nadan en nuestros mares. Y Palitlum y sus hermanos excavan el oro para vosotros, capturan los peces y se alegran cuando, en vuestra prudencia y sabiduría, consideráis adecuado que el Tres Estrellas moje nuestros labios.

—Estaba dispuesto a oír hablar de Ligoun —dije con impaciencia—. La noche mengua y mañana nos espera una jornada muy dura.

Bostecé e hice ademán de ponerme en pie, pero Palitlum enseguida mostró su ansiedad y empezó a decir con rapidez:

—Ligoun deseaba en su vejez que reinara la paz entre las tribus. De joven había sido el mejor guerrero y jefe de todos los jefes de las islas y los pasos. Luchaba todos los días. Tenía más cicatrices de marfil, plomo y hierro que cualquier otro hombre. Tuvo tres esposas y de cada una dos hijos, y los hijos, desde el mayor al más pequeño, murieron todos a su lado en la batalla. Inquieto como un *grizzly* osado, llegó hasta muy lejos: por el norte hasta Lnalaska y el mar poco profundo; por el sur hasta el archipiélago de la reina Carlota; sí, incluso se dice que fue con los kakes hasta el lejano estrecho de Puget y mató a vuestros hermanos en sus casas resguardadas.

»Pero, como digo, en su vejez buscaba la paz entre las tribus. No porque tuviese miedo o le gustase demasiado su rincón junto a la hoguera y la cacerola siempre llena, pues mataba con la astucia y la sed de sangre de los más fieros, entregaba su vientre a la hambruna con los más jóvenes y con los más resistentes se enfrentaba al recio mar y al duro camino; sino porque,

debido a sus muchas hazañas y como castigo, un barco de guerra se lo llevó hasta tu país, hombre barbudo de Boston, y tardó muchos años en volver. Yo ya era algo más que un niño y algo menos que un joven. Como Ligoun no tenía hijos que lo acompañaran en su vejez, se ocupó de mí y, como había aprendido sabiduría y prudencia, me las transmitió.

»“Luchar es bueno, Palitlum”, me dijo. No, Barbudo, porque en esos tiempos no me llamaban Palitlum, sino Olo, *el Siempre Hambriento*. La bebida vendría después. “Luchar es bueno, dijo Ligoun, pero también es una imprudencia. En el país del hombre de Boston, según vi con mis propios ojos, no suelen luchar entre ellos y por eso son fuertes. Y gracias a esa fuerza se enfrentan a nosotros en las islas y los pasos, que ante ellos somos como el humo de una hoguera o la bruma. Por eso digo que luchar es bueno, muy bueno, pero también es una imprudencia”.

»Así, aunque siempre había sido el mejor guerrero, Ligoun elevó su voz como nunca en favor de la paz. Y cuando fue muy viejo celebró un *potlatch*, ya que era el más grande de los jefes y el más rico de los hombres. En la orilla del río se alineaban quinientas canoas y en cada una llegaron no menos de diez hombres y mujeres. Acudieron ocho tribus, desde el más anciano y principal al último bebé recién nacido. También había gentes de tribus muy lejanas, grandes viajeros y buscadores que habían oído hablar del *potlatch* de Ligoun. Con su carne y su bebida todos llenaron las barrigas durante siete días seguidos. Les regaló ocho mil mantas y lo sé bien porque ¿quién, sino yo, llevaba la cuenta y repartía según el grado y el rango? Al final Ligoun era un hombre pobre, pero su nombre estaba en boca de todos y otros jefes apretaron los dientes con envidia al ver lo grande que era.

»Debido al peso que tenían sus palabras aconsejaba la paz y viajaba, para defender la paz, a todo *potlatch*, festín y reunión tribal que se celebrase. Así fue como viajamos juntos, Ligoun y yo, al gran festín que celebró Niblack, el jefe de los indios del río Skoot, que no está lejos del río Stickeen. Eso fue en los últimos días, Ligoun era muy viejo y tenía la muerte muy cerca. Tosía con el frío y el humo de las hogueras y a menudo sangraba por la boca, por lo que esperábamos que muriese pronto.

»“No”, dijo una de esas veces, “sería mejor morir cuando la sangre se pega al cuchillo, se oye el ruido de los metales al chocar, huele a pólvora y los hombres gritan por el frío del hierro y la velocidad del plomo”. Ya lo ves, Barbudo, su corazón aún guardaba fuerzas para la batalla.

»Hay mucha distancia desde la región chilkat a la de los skoots y pasamos muchos días en las canoas. Mientras los hombres se ocupaban de los remos,

yo me sentaba a los pies de Ligoun y recibía su Ley. Sé que no necesito explicarte lo que es la Ley, Barbudo, porque eres experto en ella. Sin embargo, yo hablo de la Ley de sangre por sangre, rango por rango. Ligoun profundizó más en el tema al decirme: “Debes saber, Olo, que no hay honor en matar a un hombre inferior a ti. Siempre has de matar a quien sea más grande que tú y entonces tu honor irá de acuerdo con su grandeza. Pero si matas a alguien inferior la deshonra caerá sobre ti y hasta las mujeres podrán despreciarte. Como he dicho, la paz es buena; pero recuerda, Olo, si debes matar, mata según la Ley”.

»Es la costumbre del pueblo thlinket —explicó Palitlum con aire de disculpa.

Recordé a los pistoleros y hombres malos del oeste de mi país, por lo que la costumbre del pueblo thlinket no me dejó perplejo.

—Por fin —continuó Palitlum— llegamos al poblado del jefe Niblack y los skoots. La fiesta fue casi tan grande como el *potlatch* de Ligoun. De los chilkats estábamos nosotros y también había gente de los sitkas y los stickeenes, que son vecinos de los skoots, y los wrangelles y hoonahs. Había sundownes y tahkos de Port Houghton, y sus vecinos los awks de Douglass Channel; la gente del río Naas y los tongas del Norte de Dixon, y los kakes que procedían de la isla de Kupreanof. Luego estaban los siwashs de Vancouver, los cassiares de las montañas del oro, teslines e incluso sticks de territorio Yukón.

»Era un grupo imponente. Pero antes debían reunirse los jefes con Niblack para ahogar en kvas cualquier enemistad. Los rusos nos habían enseñado a hacer kvas, según me contó mi padre. Mi padre, a quien se lo había dicho su padre. Pero Niblack había añadido muchas cosas a su kvas, como azúcar, harina, manzanas secas y lúpulo, de manera que era una bebida de hombres, fuerte y buena. No tanto como el Tres Estrellas, Barbudo, pero era buena.

»Esa fiesta de kvas era para los jefes, solo para ellos, alrededor de veinte. Pero como Ligoun era muy viejo y muy importante se le concedió que yo lo acompañase para que se apoyara en mi hombro y lo ayudase a sentarse y levantarse. Según la costumbre, cada jefe depositó su lanza, rifle o cuchillo en la puerta de la casa de Niblack, que era muy grande y estaba hecha con troncos. Porque como ya sabes, Barbudo, la bebida fuerte estimula y despierta los odios, y la cabeza y la mano se apresuran a actuar. Pero me fijé en que Ligoun llevaba dos cuchillos: uno lo dejó fuera y el otro iba oculto bajo su

manta, al alcance de la mano. Los demás jefes hicieron lo mismo y a mí me preocupaba lo que pudiese ocurrir.

»Los jefes se sentaban formando un gran círculo alrededor de la habitación. Yo estaba de pie junto al codo de Ligoun. En medio se encontraba el barril de kvas y a su lado un esclavo que serviría la bebida. Antes Niblack habló de amistad con buenas palabras. Luego hizo un gesto y el esclavo sacó una calabaza llena de kvas y se la pasó a Ligoun, según era debido porque él ocupaba el rango más alto.

»Ligoun bebió hasta la última gota y yo le presté mi fuerza para ponerse de pie y hacer un discurso, como correspondía. Dirigió palabras amables a todas las tribus, alabó la grandeza de Niblack por celebrar semejante festín, aconsejó la paz según su costumbre y al final dijo que el kvas estaba muy bueno.

»Después bebió Niblack, ya que ocupaba el rango inmediatamente inferior a Ligoun, y tras él los demás jefes, en orden según su jerarquía. Todos hablaron de amistad y dijeron que el kvas era bueno, hasta que al final todos habían bebido. ¿He dicho todos? No, todos no, Barbudo. Porque el último era un hombre delgado y gatuno, de rostro joven y mirada despierta y audaz, que bebió con gesto sombrío, escupió al suelo y no dijo ni una palabra.

»No decir que el kvas estaba bueno era un insulto; escupir al suelo era peor que un insulto. Y precisamente eso fue lo que hizo. Lo único que se sabía de él es que era el jefe de los sticks del Yukón.

»Como he dicho, era un insulto. Pero ten en cuenta una cosa, Barbudo: no era un insulto hacia Niblack, quien celebraba la fiesta, sino hacia el hombre de rango más alto que ocupaba aquel círculo. Y ese era Ligoun. Se hizo el silencio. Todos lo miraban para ver qué hacía. No se movió. Sus labios marchitos no temblaron para hablar; tampoco se estremeció su nariz ni se le cerraron los párpados. Pero yo vi que estaba pálido y gris, como los ancianos en las peores mañanas de hambruna, cuando las mujeres se lamentan y los niños gimen y no hay carne a la vista ni rastro de ella. Ligoun tenía el aspecto de esos ancianos.

»No se oía sonido alguno. Eran como un círculo de muertos, excepto porque cada jefe tanteaba bajo la manta para asegurarse y miraba a derecha e izquierda a sus vecinos para adivinar sus intenciones. Yo era un muchacho y había visto pocas cosas, pero supe que aquel momento era de esos que ocurren una vez en la vida.

»El jefe stick se puso de pie, mientras todas las miradas se fijaban en él, y cruzó la habitación hasta detenerse frente a Ligoun.

»—Soy Opitsah, *el Cuchillo* —dijo.

»Ligoun no dijo nada, ni lo miró, y continuó mirando al suelo sin pestañear.

»—Tú eres Ligoun —dijo Opitsah—. Has matado a muchos hombres. Yo sigo vivo.

»Ligoun continuó en silencio, aunque me hizo una señal y con mi fuerza lo ayudé a levantarse. Era como un pino viejo, desnudo y gris, pero aún capaz de afrontar el frío y las tormentas. Permanecía impasible y parecía no ver a Opitsah, tal y como antes no lo había oído.

»Opitsah estaba loco de ira y bailaba ante él con las piernas rígidas, como hacen los hombres cuando quieren deshonrar a otro. Además, cantaba una canción que hablaba de su propia grandeza y la de su pueblo, llena de malas palabras hacia los chilkats y Ligoun. Mientras bailaba y cantaba, Opitsah se despojó de la manta y con su cuchillo trazó círculos brillantes frente al rostro de Ligoun. La canción que cantaba era La canción del cuchillo.

»No se oía nada más, solo el canto de Opitsah, ya que los jefes del círculo parecían muertos, excepto porque los destellos del cuchillo parecían encender llamaradas en sus ojos. Ligoun tampoco se movía. Aunque sabía que iba a morir no tenía miedo. El cuchillo cantaba cada vez más cerca de su cara, pero él seguía impasible, sin balancearse a derecha o izquierda o moverse de alguna otra forma.

»Opitsah apretó el cuchillo dos veces contra la frente de Ligoun y manó la sangre. Entonces Ligoun me hizo la seña para que soportara su cuerpo con mi juventud y le permitiera andar. Se rio con gran desprecio ante el rostro de Opitsah, *el Cuchillo*, y luego lo apartó a un lado, como se aparta una rama baja en el camino para seguir avanzando.

»Supe lo que ocurría y lo comprendí, porque si mataba a Opitsah ante aquella veintena de jefes superiores solo lograría la deshonra. Recordé la Ley y supe que Ligoun tenía en mente matar según la ley. ¿Y qué otro jefe ocupaba el rango más alto, además de él mismo? Niblack. Hacia Niblack caminaba, apoyado en mi brazo. Pegado al otro brazo y atacando sin parar, llevaba a Opitsah, demasiado inferior para manchar con su sangre las manos de un hombre tan importante. Y aunque el cuchillo de Opitsah se clavaba una y otra vez, Ligoun no lo notaba ni dejaba entrever una mueca de dolor. De esta forma los tres cruzamos la habitación, mientras Niblack permanecía sentado sobre su manta, temeroso de nuestra llegada.

»En ese momento los viejos rencores se avivaron y se recordaron los odios olvidados. Un hermano de Lamuk, un kake, se había ahogado en las

aguas malas del río Stickeen y los stickeenes no habían pagado con mantas la culpa de sus aguas malas, como mandaba la costumbre. Así que Lamuk hundió su cuchillo largo en el corazón de Klok-Kutz, el jefe stickeen. Katchahook recordó una pelea entre el pueblo del río Naas y los tongas del norte de Dixon, de modo que mató al jefe de los tongas con una pistola que hizo mucho ruido. La sed de sangre se apoderó de todos los que ocupaban el círculo y los jefes se mataban entre ellos. También apuñalaban y disparaban a Ligoun, porque quien lo matase ganaría grandes honores y su hazaña nunca sería olvidada. Lo rodeaban como los lobos rodean a un alce, aunque eran tantos que se molestaban los unos a los otros y se mataban entre ellos para hacer sitio. La confusión era enorme.

»Pero Ligoun avanzaba despacio, sin prisa, como si aún le quedaran muchos años de vida por delante. Parecía seguro de poder matar a su manera antes de que lo matasen a él. Como ya dije, se movía despacio mientras los cuchillos lo alcanzaban, por lo que iba cubierto de sangre. Y aunque nadie me buscaba a mí, que solo era un muchacho, los cuchillos me encontraban y las balas me quemaban al rozarme. Pero Ligoun continuaba apoyando su peso en mi juventud mientras Opitsah lo acuchillaba y los tres avanzábamos. Cuando llegamos junto a Niblack, este tuvo miedo y se cubrió la cabeza con la manta. Los skoots siempre han sido unos cobardes.

»Goolzug y Kadishan, uno pescador y otro cazador, se enzarzaron para defender el honor de sus tribus. Tal era su ira y tanto se movían que acabaron tropezando contra las rodillas de Opitsah, quien cayó al suelo y resultó pisoteado. Un cuchillo cruzó el aire silbando y se hundió en la garganta de Skulpin, jefe de los sitkas, que empezó a mover los brazos a ciegas mientras se tambaleaba y me arrastró con él en la caída.

»Desde el suelo vi a Ligoun inclinarse sobre Niblack, apartar la manta que le cubría la cabeza y obligarle a levantar el rostro hacia la luz. Ligoun no tenía prisa. Cegado por su propia sangre, se limpió los ojos con el dorso de la mano para poder ver y asegurarse de lo que hacía. Cuando no tuvo dudas de que el rostro que lo miraba era el de Niblack, hundió el cuchillo en su cuello como quien lo clava en el pescuezo de un ciervo tembloroso. Luego Ligoun se enderezó y empezó a cantar su cántico de la muerte mientras se balanceaba hacia delante y hacia atrás. Skulpin, que me había hecho caer, disparó desde donde se encontraba y Ligoun se derrumbó como un viejo pino que cae ante la fuerza del viento.

Palitlum guardó silencio. Sus ojos reflejaban malhumor y se concentraban en la hoguera; la sangre oscurecía sus mejillas.

—¿Y tú, Palitlum? —pregunté—. ¿Y tú?

—¿Yo? Yo recordé la Ley y maté a Opitsah, *el Cuchillo*, lo que estuvo bien hecho. Luego arranqué el cuchillo de Ligoun del cuello de Niblack y maté a Skulpin, que me había hecho caer. Como no era más que un muchacho, podía matar a cualquier hombre sin deshonrarme. Además, al haber muerto Ligoun, ya no necesitaba de mi juventud, por lo que ataqué a mi alrededor con su cuchillo y elegí al jefe de mayor rango de los que quedaban.

Palitlum tanteó bajo su camisa y sacó una funda adornada con abalorios, de la funda extrajo un cuchillo. Era de forjado casero y toscamente elaborado a partir de una sierra tronzadera; un cuchillo de esos que es fácil encontrar en posesión de los ancianos de cientos de aldeas de Alaska.

—¿Es el cuchillo de Ligoun? —pregunté y Palitlum asintió—. Por el cuchillo de Ligoun te daré diez botellas de Tres Estrellas —añadí.

Pero Palitlum me dedicó una mirada lenta.

—Barbudo, soy débil como el agua y fácil como una mujer. He ensuciado mi estómago con kvas, alcohol casero y Tres Estrellas. Tengo los ojos embotados, mis oídos han perdido agudeza y mi fuerza se ha convertido en grasa. Ahora ya no tengo honor y me llaman Palitlum, *el Bebedor*. Sin embargo, me llevé los honores en el *potlatch* de Niblack, el skoot, y valoro mucho ese recuerdo y el recuerdo de Ligoun. No, aunque convirtieras el mar entero en Tres Estrellas y me lo ofrecieras a cambio del cuchillo, seguiría conservando el cuchillo. ¡Ahora soy Palitlum, *el Bebedor*, pero antes fui Olo, *el Siempre Hambriento*, quien mantuvo en pie a Ligoun con su juventud!

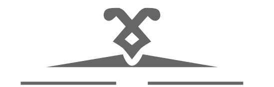
—Eres un gran hombre, Palitlum —dije—. Yo te honro y respeto.

Palitlum alargó la mano.

—Ese Tres Estrellas que guardas entre las piernas es mío por el relato que te he contado —dijo.

Y mientras yo miraba hacia el ceño fruncido del risco a nuestras espaldas, vi la sombra de un torso humano, monstruoso bajo una enorme botella invertida.

[1902]



La enfermedad de Jefe Solitario

ESTA HISTORIA me la contaron dos ancianos. Nos sentábamos bajo el humo de un fumigador de mosquitos al fresco del día, es decir, a medianoche, y de vez en cuando, en medio del relato, aplastábamos con fuerza y determinación los ejemplares de esa plaga alada que encaraban el humo para alimentarse de nuestra sangre. A la derecha y por debajo de nosotros, a seis metros bajo la orilla que se derrumbaba, el Yukón borboteaba perezosamente. A la izquierda, sobre el borde rosado de las bajas colinas, ardían los rescoldos del sol adormilado, al que esa noche no le tocaba dormir ni estaba destinado a hacerlo durante muchas noches más.

Los ancianos que me acompañaban y mataban mosquitos con gran valor eran Jefe Solitario y Mutsak, en otros tiempos compañeros de batalla y ahora arsenales marchitos de tradiciones y sucesos antiguos. Eran los últimos de su generación y no recibían el respeto del grupo de los más jóvenes, que se habían criado en la marginalidad de una civilización minera. ¿Qué importaba la tradición en esos tiempos en los que era posible evocar a los espíritus de las botellas negras y las botellas negras podían conseguirse gracias a la amabilidad de los hombres blancos a cambio de unas pocas horas de trabajo o algunas pieles raídas? ¿Cuál podía ser la fuerza de los espantosos ritos y misterios enmascarados del chamanismo cuando esa maravilla viva que era el barco de vapor resoplaba y renqueaba a diario Yukón arriba y abajo, desafiando todas las leyes, verdadero monstruo comefuego? ¿Y qué valor podía tener el prestigio hereditario cuando ahora quien más madera cortaba o mejor manejaba un vapor de ruedas entre el laberinto de islas era el más respetado por sus compañeros?

Bien cierto era que aquellos dos ancianos, Jefe Solitario y Mutsak, al haber vivido demasiado, atravesaban una mala época y en el nuevo orden no recibían respeto ni tenían un sitio que ocupar. De manera que esperaban aburridos a que les llegase la muerte y, mientras, sus corazones iban sintiendo afecto por aquel hombre blanco desconocido que compartía con ellos los tormentos del fumigador de mosquitos y prestaba oído a sus cuentos de los viejos tiempos, previos a la llegada del barco de vapor.

—Y escogieron una joven para mí —estaba diciendo Jefe Solitario. Su voz, estridente y aguda, de vez en cuando se desplomaba hasta convertirse en un tono grave y ronco, como un estertor y, en el momento en que el oyente se acostumbraba a oírlo, ascendía de nuevo y se convertía en un tiple apagado que alternaba con chirridos como los de un grillo y el croar de una rana toro.

—Y escogieron una joven para mí —decía—. Porque mi padre, que era Kask-taka, *la Nutria*, estaba enfadado debido a que yo no buscaba entre las mujeres. Era viejo y jefe de su tribu. Yo era el último de sus hijos con vida y solo a través de mí podía esperar que su sangre se transmitiera a los que vendrían después y aún no habían nacido. Pero debes saber, Hombre Blanco, que yo estaba muy enfermo y, si no disfrutaba con la caza o la pesca y mi barriga no admitía la carne, ¿cómo iba a prestar atención a las mujeres? ¿0 prepararme para el festín de la boda? ¿0 desear el parloteo y los problemas que traen los niños?

—Sí —interrumpió Mutsak—, porque ¿acaso no había luchado Jefe Solitario con un oso enorme hasta que su cabeza crujió y le salía sangre de los oídos?

Jefe Solitario asintió con la cabeza.

—Mutsak dice la verdad. Después de eso mi cabeza se curó pero no estaba bien. Porque, aunque la herida se cerró y el dolor desapareció, me sentía enfermo por dentro. Al caminar las piernas me temblaban y cuando miraba a la luz se me llenaban los ojos de lágrimas. Cuando abría los ojos, el mundo daba vueltas a mi alrededor y cuando los cerraba, lo que daba vueltas era el interior de mi cabeza y todo lo que había visto giraba por dentro de ella. Además, sentía un fuerte dolor encima de los ojos, como si algo pesado descansara siempre sobre mí o como si llevase una banda demasiado apretada que me provocase un gran suplicio. Hablaba despacio y tenía que esperar mucho para que cada palabra llegase a mi lengua. Si no esperaba todas las palabras salían a la vez y decía tonterías. Estaba muy enfermo y cuando mi padre, *la Nutria*, llevó ante mí a la joven Kasaan…

—Que era una muchacha fuerte e hija de mi hermana —intervino Mutsak—. Kasaan tenía buenas caderas para los hijos, las piernas rectas y los pies ligeros. Hacía mocasines mucho mejor que las demás jóvenes y las cuerdas de corteza que ella trenzaba eran las más resistentes. La sonrisa asomaba a sus ojos y la risa a sus labios. No se precipitaba y sabía que los hombres hacen la ley y las mujeres obedecen.

—Como decía, estaba muy enfermo —continuó Jefe Solitario—. Y cuando mi padre, *la Nutria*, llevó ante mí a Kasaan, le dije que deberían

prepararme para un entierro en vez de para una boda. Al oírlo, el rostro de mi padre se oscureció de ira y dijo que se cumpliría mi deseo, que aunque seguía vivo me prepararían para la muerte como se hace con quien ya ha muerto.

—Algo que no es costumbre entre los nuestros, Hombre Blanco —dijo Mutsak—. Porque las cosas que le hicieron a Jefe Solitario solo se las hacemos a los muertos. Pero *la Nutria* estaba muy enfadado.

—Sí —continuó Jefe Solitario—. Mi padre, *la Nutria*, era un hombre de pocas palabras que actuaba con rapidez. Ordenó que el pueblo se reuniera frente a la choza que yo ocupaba. Cuando todos lo hicieron les mandó llorar la pérdida de su hijo, que estaba muerto.

—Frente a la choza entonaron el canto de la muerte: O-o-o-o-o-o-a-haa-ha-a-ichklu-kuk-ich-klu-kuk —gimió Mutsak, imitándolo tan bien que me subió un escalofrío por la espalda.

—Dentro de la choza —continuó Jefe Solitario—, mi madre se ennegreció el rostro de hollín, se cubrió el pelo con cenizas y lloró mi muerte porque esas eran las órdenes de mi padre. Así Okiakuta, mi madre, lloró haciendo mucho ruido, golpeándose el pecho y tirándose del pelo; lo mismo hicieron Hooniak, mi hermana, y Seenatah, la hermana de mi madre. El ruido que producían me provocó un dolor de cabeza tan fuerte que pensé que me iba a morir de inmediato y sin remedio.

»Los ancianos de la tribu se reunieron a mi alrededor y discutieron el camino que mi alma debía seguir. Uno habló de los bosque densos e interminables donde las almas vagaban llorando y donde yo también podría acabar vagando sin ver nunca el final. Otro habló de los grandes ríos de aguas malas y rápidas donde los espíritus malignos chillaban y alargaban los brazos informes para agarrarnos por la cabellera y hundirnos. Acordaron que para pasar esos ríos debían proporcionarme una canoa. Otro habló de tormentas como las que ningún ser vivo había visto jamás, en las que las estrellas llovían del cielo y la tierra se abría en múltiples grietas y todos los ríos del centro de la tierra salían y entraban con fuerza. Tras lo que, quienes se sentaban junto a mí alzaron los brazos y gimieron en voz muy alta. Cuando los de fuera los oyeron, gritaron aún más. Como para ellos yo estaba muerto, mi propia mente aceptó mi muerte. No sabía cuándo ni cómo, pero estaba seguro de que había muerto.

»Okiakuta, mi madre, extendió mi parka de piel de ardilla a mi lado. También extendió mi parka de piel de caribú y mi impermeable de tripa de foca y mis *muclucs* para la lluvia, de manera que mi alma realizase su largo viaje seca y abrigada. Además se habló de una colina empinada cubierta de

espinos y garrotes del diablo y ella añadió unos mocasines pesados para que mis pies caminasen mejor.

»Cuando los ancianos hablaron de las bestias enormes a las que tendría que matar, los jóvenes dejaron junto a mí mi arco más resistente y las mejores flechas, mi palo arrojadizo, mi lanza y mi cuchillo. Y cuando los ancianos hablaron de la oscuridad y el silencio de los grandes espacios que mi alma debía cruzar, mi madre lloró con más fuerza y se arrojó más cenizas sobre la cabeza.

»La joven Kasaan entró con sigilo, muy tímida y silenciosa, y depositó una bolsita sobre las cosas para mi viaje. Yo sabía que en ella estaban el pedernal, el acero y la yesca seca para las hogueras que mi alma debía encender. Escogieron las mantas en las que iban a envolverme. También eligieron a los esclavos que matarían para que mi alma estuviese acompañada. Sumaban siete, porque mi padre era rico y poderoso y el entierro de su hijo tenía que ser digno de él. Esos esclavos eran prisioneros hechos en la guerra contra los mukumuks, que viven Yukón abajo. Skolka, el chamán, los mataría uno a uno al día siguiente para que sus almas viajasen a lo desconocido con la mía. Entre otras cosas, llevarían mi canoa hasta que llegásemos al gran río de aguas malas y rápidas. Como no habría sitio para ellos, habiendo cumplido ya su misión, no seguirían adelante y permanecerían para siempre aullando en el bosque oscuro y sin fin.

»Mientras miraba mi ropa de abrigo, mis mantas y armas de guerra, y mientras pensaba en los siete esclavos a los que matarían, me sentí orgulloso de mi entierro y supe que sería la envidia de muchos. Durante ese tiempo mi padre, *la Nutria*, permaneció sentado en silencio y enfadado. Todo ese día y esa noche, la gente entonó mi canto de muerte y tocó los tambores hasta que pareció que había muerto de verdad mil veces.

»Pero por la mañana mi padre se puso en pie y habló. Dijo que siempre había sido un guerrero, como bien sabían todos, y que era mayor honor morir luchando en la batalla que sobre pieles blandas junto al fuego. Que como yo iba a morir de todos modos, sería mejor que me enfrentase a los mukumuks para que me matasen. Así conquistaría respeto y alcanzaría la posición de jefe en la morada final de los muertos, y mi padre, que era *la Nutria,* conservaría su honor. Tras lo cual ordenó que un grupo de guerreros se preparara para viajar río abajo y que, cuando nos encontrásemos con los mukumuks, yo avanzase solo, apartado del grupo y dando muestras de ir a luchar, para que me matasen.

—No, pero oye, Hombre Blanco —gritó Mutsak, incapaz de contenerse más—. Skolka, el chamán, susurró durante mucho tiempo al oído de *la Nutria* aquella noche y fue idea suya enviar a Jefe Solitario a morir de esa forma. Porque como *la Nutria* era un anciano y Jefe Solitario el último de sus hijos, Skolka había pensado convertirse él en jefe de la tribu. Al ver que todos lo habían llorado durante un día y una noche pero Jefe Solitario seguía vivo, Skolka tuvo miedo de que no muriese. Por eso fue el consejo de Skolka, entre palabras de respeto y honor, lo que salió de la boca de *la Nutria*.

—Sí —continuó Jefe Solitario—. Yo sabía que era cosa de Skolka, pero estaba tan enfermo que no me importaba. No tenía corazón para la ira ni estómago para palabras valientes y me daban igual una y las otras, solo quería morir y acabar con todo aquello. Y así, Hombre Blanco, se preparó el grupo de guerreros. No había hombres experimentados en la lucha ni ancianos sabios y astutos. Lo formaban cinco veintenas de jóvenes que habían visto muy pocas batallas. Toda la aldea se reunió en la orilla del río para vemos partir. Lo hicimos entre el regocijo y cánticos de alabanza a mí. Incluso tú, Hombre Blanco, te alegrarías al ver a un joven partir hacia la batalla, aunque estuviese condenado a morir.

»Así emprendimos viaje, esas cinco veintenas de jóvenes. Mutsak también venía porque era joven e inexperto. Por orden de mi padre, *la Nutria*, ataron mi canoa por un lado a la de Mutsak y por el otro a la de Kannakut, para que ahorrase fuerzas al no tener que remar y a pesar de estar enfermo pudiese comportarme con valentía en el último momento. Así avanzamos río abajo.

»No te cansaré con el relato del viaje, que no fue largo. Un poco antes de la aldea mukumuk nos encontramos con dos de sus guerreros que iban en canoa y que huyeron al vernos. Entonces, siguiendo las órdenes de mi padre, soltaron mi canoa y dejaron que continuase solo. También había ordenado que los jóvenes fuesen testigos de mi muerte para poder contarla al regresar. En eso habían insistido mucho mi padre, *la Nutria*, y Skolka, el chamán, prometiendo severos castigos si no obedecían.

»Empecé a remar mientras gritaba palabras de desprecio hacia los guerreros que huían. Las cosas horribles que les decía los llevaron a mirar hacia atrás enfadados y vieron que los otros se habían retrasado y que yo me acercaba solo. Entonces, tras haberse situado a una distancia prudente, los guerreros separaron un poco sus canoas y esperaron, uno a cada lado, a que yo pasara entre ellos. Así lo hice, con la lanza en la mano y entonando el cántico de guerra de mi pueblo. Cada uno me arrojó una lanza, pero yo me agaché y pasaron silbando por encima de mi cabeza sin herirme. Después,

cuando ya estábamos los tres juntos, arrojé mi lanza al de la derecha, le atravesó el cuello, cayó hacia atrás y se hundió en el agua.

»Mi sorpresa fue grande porque había matado a un hombre. Me volví hacia el de la izquierda y remé con fuerza para enfrentarme a la muerte cara a cara, pero la segunda lanza del hombre —la última que le quedaba— apenas me hizo una herida superficial en el hombro. Entonces me ocupé de él, aunque en vez de arrojarle la lanza se la clavé directamente en el pecho y la hundí empujando con ambas manos. Y mientras apretaba con todas mis fuerzas, él me golpeó una o dos veces en la cabeza con la pala de su remo.

»Incluso en el momento en que la punta de mi lanza le atravesó la espalda, él me golpeó en la cabeza. Sentí un destello, una especie de luz muy clara, y noté que dentro de mi cabeza algo cedía con un chasquido. Eso es, con un chasquido. El peso que sentía sobre los ojos desde hacía tanto tiempo desapareció y la banda que me apretaba la frente se aflojó. El entusiasmo se apodero de mí y mi corazón cantaba de alegría.

»“Esto tiene que ser la muerte”, pensé. Y luego pensé que la muerte era algo muy bueno. Después vi las dos canoas vacías y supe que no estaba muerto, sino que me había recuperado. Los golpes que el hombre me dio en la cabeza me habían curado. Sabía que había matado y el sabor de la sangre despertó en mí la violencia, así que hundí el remo en el seno del Yukón y lancé la canoa hacia la aldea de los mukumuks. Los jóvenes que me seguían gritaron. Miré hacia atrás y vi que el agua se llenaba de la espuma blanca que provocaban sus remos.

—Sí, nuestros remos la llenaban de espuma —dijo Mutsak— porque recordábamos la orden de *la Nutria* y de Skolka, según la que debíamos ver con nuestros propios ojos cómo moría Jefe Solitario. Un joven mukumuk que iba hacia una de sus trampas para pescar salmones vio llegar a Jefe Solitario y las cinco veintenas de hombres que lo seguían, por lo que se dirigió veloz hacia la aldea para dar la voz de alarma y permitir que se prepararan. Pero Jefe Solitario corrió tras él y nosotros le seguimos para ser testigos de su muerte. Al llegar a la aldea, en el momento en que el joven saltaba a la orilla, Jefe Solitario se puso de pie en la canoa y arrojó la lanza con todas sus fuerzas, que atravesó el cuerpo del muchacho por encima de las caderas y lo hizo caer de bruces.

»Entonces Jefe Solitario saltó a la orilla con la maza de guerra en la mano y un aterrador grito para presentar batalla y salió disparado hacia la aldea. El primer hombre con el que se tropezó era Itwilie, el jefe de los mukumuks, al que Jefe Solitario golpeó en la cabeza con su maza y dejó muerto en el suelo.

Por miedo a no ser testigos de su muerte, las cinco veintenas de jóvenes saltamos también a tierra y seguimos a Jefe Solitario hasta el interior de la aldea. Pero los mukumuks no entendían nuestras intenciones y creyeron que íbamos a pelear, de manera que las cuerdas de sus arcos cantaron y sus flechas silbaron entre nosotros. Entonces olvidamos nuestra misión y caímos sobre ellos armados de lanzas y mazas. Como no estaban preparados, la matanza fue considerable.

—Maté a su chamán con mis propias manos —proclamó Jefe Solitario, su rostro marchito despierto gracias a los recuerdos de aquel día lejano—. Lo maté con mis propias manos aunque era más grande que Skolka, nuestro propio chamán. Cada vez que me enfrentaba a un hombre pensaba: «Ahora me llegará la muerte», pero cada vez mataba al hombre y la muerte no venía. Parecía que el aliento de la vida se agarraba con fuerza a mí y no permitía que muriese.

—Y nosotros seguimos a Jefe Solitario en su camino de ida cruzando la aldea y luego en el de vuelta —continuó Mutsak—. Lo seguíamos como una manada de lobos, de aquí para allá, de un lado a otro, hasta que no quedaron mukumuks dispuestos a luchar. Luego reunimos cinco veintenas de esclavos, el doble de esclavas e incontables niños y prendimos fuego y quemamos todas las chozas y las tiendas, tras lo que partimos. Ése fue el final de los mukumuks.

—Ése fue el final de los mukumuks —repitió Jefe Solitario con gran júbilo—. Cuando llegamos a nuestra aldea todos se asombraron al ver nuestra carga de esclavos y riquezas, pero aún se asombraron más al ver que yo continuaba vivo. Mi padre, *la Nutria*, se acercó temblando de alegría por todo lo que había logrado; y es que él era un anciano y yo el último de sus hijos. Se acercaron todos los guerreros experimentados y los hombres sabios y astutos hasta que todos estuvimos reunidos. Entonces me puse de pie y con una voz como la del trueno ordené a Skolka, el chamán, que diese un paso adelante.

—Sí, Hombre Blanco —exclamó Mutsak—, su voz era como la del trueno e hizo que a todos nos temblaran las rodillas y le tuviésemos miedo.

—Cuando Skolka obedeció —continuó Jefe Solitario—, dije que no tenía intención de morir. También dije que no estaba bien decepcionar a los espíritus malignos que aguardan más allá de la tumba. Por lo que me parecía adecuado que el alma de Skolka viajase a lo desconocido donde sin duda aullaría para siempre en el bosque oscuro y sin fin. Entonces lo maté allí mismo, delante de todos. Yo, Jefe Solitario, también maté a Skolka, el

chamán, con mis propias manos y delante de toda la tribu. Cuando se oyó un murmullo, grité…

—Con una voz como la del trueno —intervino Mutsak.

—Sí, con una voz como la del trueno, grité: «Oídme todos! ¡Yo soy Jefe Solitario, quien ha matado a Skolka, el falso chamán! Nadie más que yo ha cruzado la puerta de la muerte y regresado. Mis ojos han visto las cosas ocultas. Mis oídos han escuchado las palabras secretas. Soy más grande que Skolka, el chamán. Soy más grande que todos los chamanes. Del mismo modo soy un jefe más grande que mi padre, *la Nutria*. Él luchó contra los mukumuks durante toda su vida, pero ¡mirad!, yo los he destruido a todos en un solo día. Los he destruido con el mismo esfuerzo que dedico a respirar. Por lo tanto, como mi padre, *la Nutria*, es un anciano y Skolka, el chamán, está muerto, yo seré jefe y chamán. A partir de ahora seré tanto vuestro jefe como vuestro chamán. ¡Y si alguien cuestiona lo que digo, que dé un paso al frente ahora mismo!».

»Esperé, pero nadie dio un paso al frente. Entonces grité: "¡He probado la sangre! ¡Ahora traedme carne porque tengo hambre! Abrid las despensas, vaciad los secaderos de pescado y celebremos un gran festín. Que haya alegría y cantos, pero no de entierro sino de boda. Por último, traed a la joven Kasaan. ¡Traed a Kasaan, que será la madre de los hijos de Jefe Solitario!".

»Al oír mis palabras y porque era muy viejo, mi padre, *la Nutria*, lloró como una mujer y rodeó mis rodillas con sus brazos. Desde ese día fui jefe y chamán a la vez. Me trataban con el mayor de los respetos y todos me obedecían.

—Hasta que llegó el barco de vapor —interrumpió Mutsak.

—Sí —dijo Jefe Solitario—, hasta que llegó el barco de vapor.

[1902]



La historia de Jees Uck

HAY RENUNCIAS Y RENUNCIAS. Aunque en esencia la renuncia siempre es lo mismo. La paradoja es que hombres y mujeres se privan de lo que más quieren en el mundo por algo aún más querido. Nunca ha sido de otra forma. Ocurrió así cuando Abel hizo ofrenda de los primogénitos de su ganado y de lo mejor de ellos. Los primogénitos y los mejores ejemplares de su ganado eran para él lo más querido del mundo, pero se desprendió de ellos para estar en buenos términos con Dios. Lo mismo ocurrió con Abraham cuando se dispuso a ofrecer a su hijo Isaac sobre una piedra. Quería mucho a Isaac, pero Dios, en sus caminos inescrutables, era incluso más preciado para él. Podría ser que Abraham temiese al Señor. Pero, ya sea eso verdad o no, varios miles de millones de personas han decidido desde entonces que amaba al Señor y deseaba servirlo.

Así, como se ha decidido que amar es servir y ya que renunciar es servir, Jees Uck, una simple mujer de una raza de piel morena, amaba con un amor enorme. No conocía la historia porque solo había aprendido a interpretar las señales del clima y de la caza, por lo que nunca había oído hablar de Abel o de Abraham; tampoco le habían contado —porque se había librado de las buenas hermanas de la Santa Cruz— la historia de Ruth la moabita, que renunció a su propio Dios por el bien de una mujer extraña de una tierra desconocida. Jees Uck solo había aprendido una forma de renunciar: con una maza como factor dinámico, de una forma muy similar a como se obliga a un perro a renunciar a un hueso de caña robado.

De manera que esta es la historia de Jees Uck, que también es la historia de Neil Bonner, de Kitty Bonner y de un par de descendientes de Neil. Jees Uck era de una raza de piel morena, eso es verdad, pero no era india; tampoco esquimal, ni siquiera inuit. Si retrocedemos siguiendo la tradición oral nos encontramos con la figura de un tal Skolkz, un indio toyaat del Yukón, que en su juventud llegó hasta el gran delta donde vivían los intuitos y donde se unió a una mujer recordada por el nombre de Olillie. Olillie era de madre esquimal y padre inuit. De la unión de Skolkz y Olillie nació Halie, que era medio india

toyaat y tenía un cuarto inuit y otro cuarto esquimal. Halie era la abuela de Jees Uck.

Halie, en quien se habían degradado tres estirpes y que no albergaba prejuicio alguno a añadir más ingredientes a la mezcla, se emparejó con un comerciante de pieles ruso llamado Shpack, también conocido en su tiempo como el *Gran Gordo*. Decimos que Shpack es ruso a falta de un término más adecuado, porque el padre de Shpack, un convicto eslavo de las regiones bajas, había escapado de las minas de mercurio hacia el norte de Siberia, donde conoció a Zimba, una mujer del Pueblo del Ciervo que se convirtió en madre de Shpack, abuelo de Jees Uck.

Si el Pueblo del Mar —que vive marginado bordeando el océano Ártico con sus sufrimientos— no hubiese capturado a Shpack cuando no era más que un niño, Este no se habría convertido en el abuelo de Jees Uck y nos habríamos quedado sin historia. Pero el Pueblo del Mar lo capturó y de él huyó en dirección a Kamchatka y desde allí, en un ballenero noruego, hacia el Báltico. Poco después apareció en San Petersburgo y no tardó muchos años en derivar hacia el este siguiendo la misma agotadora senda que su padre había medido con sangre y gemidos medio siglo antes. Pero Shpack era un hombre libre y trabajaba para la gran Compañía de pieles rusa. Así viajó cada vez más hacia el este, hasta cruzar el mar de Bering y llegar a la América rusa; y en Pastolik, que está junto al Gran Delta del Yukón, se convirtió en el marido de Halie, abuela de Jees Uck. De esa unión nació una niña, Tukesan.

Shpack, cumpliendo órdenes de la compañía, realizó un viaje en canoa de varios cientos de kilómetros Yukón arriba hasta la factoría de Nulato. Llevó con él a Halie y a Tukesan, que era un bebé. Eso ocurrió en 1850 y en 1850 fue cuando los indios del río cayeron sobre Nulato y la borraron de la faz de la tierra. Ese fue el fin de Shpack y Halie. Esa noche terrible Tukesan desapareció. Hasta el día de hoy los toyaates aseveran que no tuvieron nada que ver con eso, pero, fuera como fuese, el caso es que Tukesan se crio entre ellos.

Tukesan se casó sucesivamente con dos hermanos toyaates, sin llegar a tener hijos de ninguno de ellos. Debido a eso las otras mujeres negaron con la cabeza y ningún otro hombre toyaat se atrevió a casarse con la viuda sin hijos. Pero por entonces, a muchos cientos de kilómetros cauce arriba, en Fort Yukón, había un hombre llamado Spike O’Brien. Fort Yukón era una factoría de la Compañía de la Bahía de Hudson y Spike O’Brien uno de los empleados de la compañía. Se trataba de un buen empleado, pero llegó a la conclusión de que servir a la compañía no le gustaba y con el tiempo justificó esa opinión

desertando. Volver hasta la factoría de York en la bahía de Hudson siguiendo la serie de factorías suponía un viaje de un año de duración. Además, al tratarse de factorías de la compañía sabía que no iba a poder esquivar sus garras. Solo le quedaba la opción de viajar Yukón abajo. Cierto era que ningún hombre blanco había viajado nunca curso abajo del Yukón, como tampoco ninguno sabía si desembocaba en el océano Ártico o en el Mar de Bering. Pero Spike O'Brien era celta y la promesa de peligros, una tentación a la que nunca se resistía.

Pocas semanas después, un tanto maltratado, bastante hambriento y casi muerto debido a las fiebres del río, encajó el morro de su canoa en la ribera de tierra junto a la aldea de los toyaates y luego se desmayó. En las semanas que siguieron mientras recuperaba fuerzas se fijó en Tukesan y le gustó. Al igual que el padre de Shpack, que vivió hasta una edad muy avanzada entre el Pueblo del Ciervo siberiano, Spike O'Brien podría haber dejado sus ancianos huesos entre los toyaates. Pero la aventura había tocado a fondo su fibra sensible y no le permitió quedarse. Tal y como había viajado desde la factoría de York hasta Fort Yukón también viajaría, el primero entre los hombres, desde Fort Yukón hasta el mar y ganaría los honores de llegar por tierra, antes que nadie, al Paso del Noroeste. Así que partió cauce abajo y ganó unos honores que nadie reconoció ni añadió a las crónicas. En años posteriores regentó una pensión para marineros en San Francisco, donde lo consideraban un mentiroso de primera debido a las verdades como puños que contaba. Pero Tukesan, la estéril, había dado a luz una hija. Y esa hija era Jees Uck. Hemos trazado a fondo su linaje para demostrar que no era india ni esquimal ni inuit ni mucho de cualquier otra cosa, además de para mostrar que todos somos niños abandonados de las generaciones y las extrañas divagaciones de las semillas de las que provenimos.

Con la sangre errante que corría por sus venas y su herencia compuesta de tantas razas, Jees Uck se convirtió en una joven impresionantemente bella. Tal vez fuese una belleza extraña y lo bastante oriental como para desconcertar a cualquier etnólogo que estuviese de paso. Tenía una elegancia ágil y esbelta. Más allá de una forma de entonar que aceleraba la imaginación, la contribución del celta no resultaba visible. Es posible que fuese responsable de la sangre caliente que corría bajo su piel y que rebajaba el tono moreno del rostro y aclaraba el del cuerpo; aunque eso también podría deberse a Shpack, el *Gran Gordo*, que había heredado el color de su padre eslavo. Por último, tenía unos ojos negros enormes y de mirada intensa: los ojos del mestizo, redondos, esféricos y sensuales que indican el choque de las razas de piel

oscura con la de piel clara. Además, esa sangre blanca y el hecho de saber que la llevaba le daban cierto grado de ambición. Aparte de eso, tanto por educación como por visión de la vida era total y completamente una india toyaat.

Un invierno, cuando ya era una mujer joven, llegó a su vida Neil Bonner. Pero lo hizo como había llegado a la región: de cierta mala gana. Incluso podemos decir que Bonner había llegado a la región muy en contra de su voluntad. Entre un padre que se dedicaba a cobrar réditos y a cultivar rosas y una madre a la que le encantaba la rutina social, Neil Bonner había salido bastante rebelde. No era cruel ni malintencionado, pero un hombre con la barriga llena y sin nada que hacer en el mundo necesita gastar sus energías de alguna forma, y Neil Bonner era de esos. Gastó sus energías de tal forma y hasta tal punto que cuando llegó el inevitable punto álgido su padre, también llamado Neil Bonner, abandonó sus rosas, presa del pánico, y le dedicó una mirada pensativa a su hijo. Luego se fue corriendo a ver a un amigo que era su alma gemela y con el que acostumbraba hablar de réditos y rosas, y entre los dos decidieron el destino de Neil Bonner hijo. Debía marcharse, a prueba, para olvidar sus locuras inocentes y así estar a la altura de sus propios y excelentes principios.

Una vez acordado esto y con el joven Neil algo arrepentido y muy avergonzado, el resto fue sencillo. Los dos amigos eran importantes accionistas de la compañía P.C. y la compañía P.C. no solo poseía flotas de vapores fluviales y embarcaciones marítimas, sino que, además de sacarle partido al mar, también explotaba cien mil kilómetros cuadrados de una tierra que en los mapas de los geógrafos suele ocupar los espacios en blanco. Así que la compañía P.C. envío al joven Neil Bonner al Norte, donde se encuentran los espacios en blanco, para que hiciera su trabajo y aprendiese a ser tan bueno como su padre. «Cinco años de sencillez dependiendo de la tierra y lejos de las tentaciones harán de él un hombre», dijo Neil Bonner padre y luego regresó a sus rosas. Neil hijo apretó los dientes, proyectó la mandíbula en el ángulo adecuado y se puso a trabajar. Cumplió bien como subordinado y se ganó una recomendación de sus superiores. Y no porque el trabajo le gustase, sino porque era lo único que evitaba que se volviese loco.

El primer año deseó morir. El segundo maldijo a Dios. El tercero se encontró dividido entre ambas emociones y, en medio de la confusión, discutió con un representante de la autoridad. Él ganó la pelea pero el representante de la autoridad dijo la última palabra y eso envió a Neil Bonner a un exilio que convertía su anterior acantonamiento en un paraíso. Sin

embargo, se fue sin una queja porque el Norte había logrado hacer de él un hombre.

En los espacios en blanco del mapa aquí y allá aparecen unos circulitos como la letra «o» y, adjuntos a ellos, a un lado u otro, nombres como Fort Hamilton, Yanana Station o Twenty Mile que nos llevan a imaginar que los espacios en blanco se encuentran profusamente salpicados de poblaciones y aldeas. Pero de nada sirve imaginar. Twenty Mile, muy similar a las demás factorías, es una construcción hecha con troncos, del tamaño de cualquier tienda de la esquina, que en el piso de arriba tiene habitaciones para alquilar. En el patio trasero hay una despensa situada sobre altos pilotes y un par de anexos. El patio trasero no está vallado y se extiende hasta el horizonte e incluso un poco más allá. No hay más casas a la vista, aunque a veces los toyaates montan un campamento de invierno a un kilómetro o dos Yukón abajo. Eso es. Twenty Mile, uno de los tentáculos de la compañía P.C., que tantos tiene y a tantas partes llega. Aquí el factor y su ayudante practican el trueque con los indios para hacerse con sus pieles y mantienen un comercio irregular con los mineros errantes a cambio de polvo de oro. También aquí el factor y su ayudante se pasan el invierno anhelando la primavera y, cuando llega la primavera, acampan sobre el tejado echando pestes mientras las aguas del Yukón inundan el establecimiento. Para hacerse cargo de aquello llegó hasta allí Neil Bonner en el cuarto año de su estancia.

No desplazaba al factor anterior porque el hombre que dirigía aquello había acabado con su vida «debido a los rigores del lugar», según el ayudante, que permanecía allí; aunque los toyaates contaban otra versión junto a sus hogueras. El ayudante era un hombre de pecho cavernoso, hombros encogidos, rostro cadavérico y mejillas hundidas que la escasa barba negra no lograba ocultar. Tosía mucho, como si la tuberculosis se hubiese apoderado de sus pulmones, mientras que a sus ojos asomaba esa luz afiebrada y enloquecida común a los tísicos en la última etapa de la enfermedad. Se llamaba Pentley, Amos Pentley, y a Bonner no le gustaba, aunque aquel pobre diablo desdichado y sin esperanza le daba pena. No encajaban esos dos hombres que, más que ningún otro, deberían haberse llevado bien, en vista del frío, el silencio y la oscuridad del largo invierno.

Al final Bonner llegó a la conclusión de que Amos estaba loco y lo dejó en paz, por lo que se ocupaba de hacer él todo el trabajo excepto cocinar. Incluso así Amos solo le dedicaba miradas de desprecio y le demostraba un odio que no disimulaba. Eso supuso una gran pérdida para Bonner, porque el rostro sonriente de uno de los suyos, una palabra de ánimo, la simpatía de la

camaradería compartida con las desgracias eran cosas que significaban mucho. El invierno estaba en pañales cuando empezó a comprender los motivos añadidos por los que, con semejante ayudante, el factor anterior había decidido quitarse la vida.

Twenty Mile era un lugar muy solitario. Una inmensidad desoladora se extendía en cualquier dirección hasta el horizonte. La nieve, que ya era hielo, arrojaba su manto sobre la tierra y lo enterraba todo en el silencio de la muerte. Durante días el clima se mantuvo despejado y frío, con el termómetro oscilando entre los 40 y los 45 °C bajo cero. Entonces las cosas cambiaron. La poca humedad que había rezumado a la atmósfera creó unas nubes informes, grises y tristes; el frío atemperó y los termómetros subieron hasta marcar 30 °C bajo cero; y la humedad descendió del cielo en forma de un granizo que siseaba como el azúcar seco o la arena empujada por el viento cuando se pisaba. Después volvieron el frío y el cielo despejado hasta que se amontonó humedad suficiente para cubrir la tierra y protegerla del frío del espacio exterior. Eso fue todo. No ocurrió nada más. Ni tormentas ni lluvias intensas ni bosques destrozados, solo la precipitación mecánica de la humedad acumulada. Posiblemente lo más notable que aconteció durante esas aburridas semanas fue el aumento de las temperaturas hasta los 26 °C bajo cero, algo sin precedentes. Para subsanar ese error, el espacio exterior golpeó a la tierra con su frío hasta que el mercurio se congeló y el termómetro de alcohol permaneció en 57 °C bajo cero durante quince días y entonces estalló. Imposible saber cuánto frío hizo después de eso. Otro suceso, monótono por su regularidad, fue que las noches se hicieron más largas hasta que el día se convirtió en un mero parpadeo de luz entre tinieblas.

Neil Bonner era un animal social. Las locuras por las que hacía penitencia habían surgido de su excesiva sociabilidad. Y allí, en su cuarto año de exilio, se encontraba en compañía —algo que ya era mucho decir— de una criatura hosca y que no hablaba, en cuyos ojos sombríos brillaba un odio tan encarnizado como injustificado. Bonner, para quien la charla y la camaradería eran tan importantes como respirar, andaba de un lado a otro como un fantasma, atormentado por las reuniones sociales de una vida anterior. De día apretaba los labios y mantenía el rostro serio, pero de noche cerraba los puños, se envolvía en las mantas y lloraba como un niño. Se acordaba de cierto representante de la autoridad y lo maldecía. También maldecía a Dios. Pero Dios es comprensivo. No tiene corazón para culpar a los débiles mortales que blasfeman en Alaska.

Y a esa factoría de Twenty Mile acudía Jees Uck en busca de harina, beicon, abalorios y paños de color escarlata para sus labores. Además, y de forma involuntaria, acudía a la factoría de Twenty Mile para hacer que un hombre solitario se sintiera aún más solo y durante el sueño alargara unos brazos que solo abarcaban el vacío. Y es que Neil Bonner no era más que un hombre. La primera vez que ella fue a la factoría, él la miró largamente, como el sediento miraría un manantial. Y ella, con la herencia que Spike O'Brien le había legado, imaginó con audacia y sonrió mirándolo a los ojos, no como las gentes de piel morena deberían sonreír ante las razas regias, sino como una mujer le sonríe a un hombre. Fue inevitable. Aunque él no lo vio y quiso resistirse con tanta fuerza y pasión como en realidad se veía atraído por ella. ¿Y ella? Ella era Jees Uck, por educación una india toyaat, total y completamente.

Iba a menudo a la factoría para comerciar. Solía sentarse junto a la gran estufa y charlaba en su mal inglés con Neil Bonner. Él se acostumbró a aguardar su llegada y los días en que no aparecía, Bonner se sentía preocupado e inquieto. En ocasiones se paraba a pensar y entonces la recibía con frialdad, con una reserva que la dejaba perpleja y molesta y que —de eso estaba convencida— no era sincera. Pero la mayoría de las veces no se atrevía a pensar y entonces todo iba bien e intercambiaban sonrisas y risas. Amos Pentley, jadeando como un pez varado en la playa, su tos cavernosa apestando a tumba, lo observaba todo y sonreía de oreja a oreja. Él, que amaba la vida, no podía vivir y le dolía en el alma que otros sí pudiesen. Por eso odiaba a Bonner, que tan vivo estaba y cuyos ojos se llenaban de alegría al ver a Jees Uck. En cuanto a Amos, solo pensar en la joven bastaba para que su sangre se acelerase de tal forma que podría causarle una hemorragia.

Jees Uck, que tenía una mente sencilla, razonaba de forma elemental y no estaba acostumbrada a sopesar la vida en sus cantidades más sutiles, leía las reacciones de Amos Pentley como si de un libro se tratase. Advirtió a Bonner en pocas palabras, abiertamente y sin rodeos, pero las complicaciones de una existencia superior lo llevaron a percibir la situación de una manera confusa y se rio de la evidente ansiedad de la joven. Para él, Amos era un pobre y miserable diablo que se tambaleaba desesperado hacia la tumba. A Bonner, que tanto había sufrido, le resultaba fácil perdonar.

Pero una mañana, durante una ola de frío, se levantó de la mesa del desayuno y pasó al almacén. Jees Uck ya estaba allí, sonrosada del camino, para comprar un saco de harina. Unos minutos después, él salía entre la nieve para amarrar el saco al trineo de ella. Al inclinarse notó una rigidez en el

cuello y sintió la premonición de una desgracia física inminente. Mientras ataba el último nudo e intentaba enderezarse, un veloz espasmo se apoderó de él y cayó sobre la nieve. Agarrotado y tembloroso, con la cabeza hacia atrás, las extremidades extendidas, la espalda arqueada y la boca torcida y deformada, parecía que lo torturaban miembro a miembro. Sin gritar ni emitir un solo ruido, Jees Uck acudió de inmediato a su lado, pero él agarraba sus muñecas con fuerza y de forma espasmódica, por lo que mientras duraron las convulsiones no pudo hacer nada. A los pocos minutos el espasmo se relajó y él se quedó debilitado y mareado, la frente perlada de sudor y los labios moteados de espuma.

—¡Rápido! —murmuró con voz extraña y ronca—. ¡Rápido! ¡Adentro!

Empezó a gatear, pero ella lo ayudó a levantarse y, apoyado en su brazo, consiguió avanzar más rápido. En el momento en que entró en el almacén el espasmo volvió a apoderarse de él y su cuerpo se retorció sin poder resistirse, alejándose de ella mientras rodaba por el suelo y se contraía. Amos Pentley apareció y se quedó mirando con curiosidad.

—¡Amos! —exclamó ella con la agonía de la aprensión y la impotencia— ¿Él morir? ¿Tú creer?

Pero Amos se encogió de hombros y continuó mirando.

El cuerpo de Bonner se relajó, los tensos músculos se distendieron y una expresión de alivio asomó a su rostro.

—¡Rápido! —dijo como pudo entre dientes, la boca torciéndose ya al acercarse el siguiente espasmo mientras se esforzaba por controlarlo—. ¡Rápido, Jees Uck! ¡Los remedios! ¡No te preocupes! ¡Arrástrame!

Ella sabía dónde estaba la caja de los remedios, al fondo de la habitación, más allá de la estufa y hacia allí arrastró por las piernas al hombre en apuros. Al desaparecer el espasmo, todavía mareado y muy enfermo, empezó a revisar la caja. Había visto morir perros que mostraban síntomas similares a los suyos y sabía lo que tenía que hacer. Alzó un vial de hidrato de doral, pero tenía los dedos demasiado débiles y flojos para destaparlo. Jees Uck lo hizo en su lugar mientras él sufría otra convulsión. Cuando la superó vio que le tendían el frasquito abierto, miró a los grandes ojos negros de la mujer y en ellos leyó lo que los hombres siempre han leído en los ojos de su pareja. Tomó la dosis entera del líquido y se abandonó hasta haber superado otro espasmo. Luego se incorporó débilmente apoyándose en el codo.

—¡Oye, Jees Uck! —dijo despacio, consciente de la necesidad de darse prisa y a la vez con miedo a precipitarse—. Haz lo que te diga. Quédate a mi lado pero no me toques. Aunque me quede muy quieto tú no debes marcharte.

—Empezó a notar la rigidez de la mandíbula y su rostro tembló y se deformó debido a los espasmos, pero tragó saliva y luchó por controlarlos—. No te vayas. Y no dejes que Amos se vaya. ¿Entiendes? Amos debe quedarse aquí.

Ella asintió con la cabeza y él se dejó dominar por la primera de muchas convulsiones, cuya fuerza y frecuencia fueron disminuyendo poco a poco. Jees Uck permaneció a su lado, sin olvidar sus órdenes y sin atreverse a tocarlo. Hubo un momento en el que Amos se mostró inquieto e hizo ademán de entrar en la cocina, pero una rápida mirada ardiente de sus ojos lo llevó a detenerse y después de eso, excepto por su respiración agitada y su tos moribunda, se quedó muy quieto.

Bonner se durmió. La poca luz que indicaba el día desapareció. Amos encendió las lámparas de keroseno mientras los ojos de la mujer vigilaban todos sus movimientos. La tarde siguió su curso. Tras las ventanas que daban al norte, la aurora boreal engalanó el cielo, brillando y destellando hasta fundirse con las tinieblas. Poco después Bonner se despertó. Primero se aseguró de que Amos siguiese allí, luego le dedicó una sonrisa a Jees Uck y se levantó. Tenía los músculos tensos y doloridos y sonrió con tristeza mientras se palpaba para comprobar los estragos sufridos. Después su rostro asumió un gesto serio y eficiente.

—Jees Uck —dijo—, coge una vela. Vete a la cocina. Hay comida sobre la mesa, galletas, alubias y beicon; también hay café en el cazo que está en el fogón. Tráelo todo al mostrador. Trae también vasos, agua y whisky, que encontrarás en el estante de arriba del armario. No te olvides del whisky.

Después de vaciar un vaso de whisky de un solo trago, repasó con calma el contenido de la caja de los remedios, separando de vez en cuando y con decisión determinados frascos y viales. Luego se ocupó de la comida en un intento por analizarla. En sus años de estudiante solía trabajar en el laboratorio y poseía imaginación suficiente para alcanzar resultados a pesar de lo limitado del material con que contaba. Sabía que el tétanos era lo que había provocado sus ataques y eso simplificaba las cosas, por lo que solo tenía que hacer una prueba. En el café no encontró nada, tampoco en las alubias. Dedicó la mayor atención a las galletas. Amos, que no sabía nada de química, observaba sus movimientos con curiosidad. Pero Jees Uck, que tenía una fe ilimitada en la sabiduría del hombre blanco —en especial en la sabiduría de Neil Bonner— y que solo sabía que no sabía nada, miraba su rostro en lugar de sus manos.

Bonner fue eliminando posibilidades paso a paso hasta que llegó a la última prueba. Utilizaba un vial estrecho a modo de tubo de ensayo y lo

sostuvo entre él y la luz para observar la lenta precipitación de una sal a través de la solución que contenía el tubo. No dijo nada pero vio lo que esperaba ver. Jees Uck, que no había apartado los ojos de su rostro, también vio algo que la hizo saltar como una tigresa sobre Amos e inmovilizarlo con una agilidad y una fuerza impresionantes. Sacó el cuchillo de la funda y lo alzó, brillante a la luz de las lámparas. Amos gruñó, pero Bonner intervino antes de que la hoja cayese sobre el otro.

—Has hecho bien, Jees Uck, pero no te molestes. ¡Suéltalo!

La joven obedeció y soltó al hombre, aunque con un claro gesto de protesta en el rostro. Cuando el cuerpo de Amos cayó al suelo, Bonner le dio un empujón con el pie.

—¡Levántate, Amos! —ordenó—. Tienes que preparar tu equipo y echarte al camino.

—¿No querrás decir…? —soltó Amos con violencia.

—Quiero decir que has intentado matarme —continuó Neil en un tono de voz frío y mesurado—. Digo que mataste a Birdsall, aunque en la compañía crean que se suicidó. En mi caso utilizaste estricnina. Sabe Dios con qué te lo cargaste a él. No puedo colgarte y además ya estás casi muerto. Pero Twenty Mile es demasiado pequeño para los dos y debes irte. Tienes trescientos veinte kilómetros hasta la misión de la Santa Cruz. Llegarás si no te fatigas demasiado. Te daré comida, un trineo y tres perros. Estarás tan a salvo como en la cárcel, porque no podrás salir del país. Y te daré una oportunidad. Estás a las puertas de la muerte. Muy bien, esperaré a la primavera para avisar a la compañía. Mientras, lo que tienes que hacer es morirte. ¡Lárgate ya!

—¡Tú ir a la cama! —insistió Jees Uck cuando Amos se perdió en la noche camino de la misión de la Santa Cruz—. Estar enfermo aún, Neil.

—Eres buena, Jees Uck —respondió él—. Eres muy buena. Pero debes irte a casa.

—Yo no gustar a ti —se limitó a decir ella.

Neil sonrió, la ayudó a ponerse la parka y la acompañó a la puerta.

—Demasiado, Jees Uck —susurró—. Me gustas demasiado.

Después de eso, el manto de la noche polar cubrió la tierra con la oscuridad más profunda. Neil Bonner descubrió que había infravalorado incluso la presencia de Amos, con su rostro huraño de asesino golpeado por la muerte. Estaba muy solo en Twenty Mile. «Por el amor de Dios, Prentiss, envíame a un hombre», escribió al factor de Fort Hamilton, a cuatrocientos ochenta kilómetros río arriba. Seis semanas después el mensajero indio le

llevó la respuesta. Muy propia: «Demonios. Tengo los dos pies congelados. Lo necesito aquí. Prentiss».

Para empeorar las cosas, la mayoría de los toyaates se habían retirado al interior, siguiendo un rebaño de caribúes, y Jees Uck iba con ellos. Saberla a distancia la acercaba a él más que nunca y Neil Bonner se pasaba el día imaginando qué haría ella en el campamento y en el camino. No es bueno estar solo. A menudo salía del silencioso almacén sin cubrirse la cabeza, frenético, y alzaba un puño amenazante contra el breve día que asomaba sobre el horizonte del sur. Durante las noches frías y serenas abandonaba el lecho y salía tambaleante al exterior, donde agredía al silencio con toda la fuerza de sus pulmones, como si fuese algo tangible, capaz de sentir, a lo que él pudiese despertar. O gritaba a los perros que dormían hasta hacerlos aullar sin descanso. Se llevó a uno de ellos al interior de la factoría, como si fuese el hombre que Prentiss debía enviarle. Se esforzó por lograr que durmiese bajo las mantas y que se sentara a la mesa para comer como un hombre, pero el animal —un simple lobo domesticado— se rebeló y buscaba los rincones oscuros, gruñía y llegó a morderle una pierna, por lo que acabó pegándole y echándolo de allí.

Entonces el engaño de la personificación se apoderó de Neil Bonner y lo dominó. Todas las fuerzas que lo rodeaban se metamorfosearon en entidades vivas que respiraban y empezaron a vivir con él. Recreó el panteón primitivo: levantó un altar al sol en el que quemaba velas de sebo y grasa de beicon, y en el patio trasero, junto a la despensa, levantó un demonio de hielo del que solía burlarse cuando el mercurio descendía y volvía al bulbo del termómetro. Por supuesto, todo eso era un juego. A sí mismo se decía que era un juego y se lo repetía una y otra vez para asegurarse, sin darse cuenta de que la locura es propensa a expresarse por medio de juegos y fantasías.

Un día, a mediados de invierno, el padre Champreau, misionero jesuita, llegó a Twenty Mile. Bonner se lanzó sobre él, lo arrastró al interior de la factoría, se agarró a él y lloró, hasta que el sacerdote lloró con él por compasión. Luego Bonner se mostró exageradamente alegre y se volcó en atender a su visitante, mientras juraba que no lo dejaría partir. Pero el padre Champreau tenía prisa por llegar a la costa y ocuparse de un asunto relacionado con su orden, por lo que se marchó a la mañana siguiente con la amenaza de ser el responsable de que Bonner perdiese la vida.

Dicha amenaza estaba muy cerca de hacerse real cuando los toyaates regresaron de su larga cacería a su campamento de invierno. Traían muchas pieles y el comercio y la vida regresaron a Twenty Mile. También volvió Jees

Uck a comprar abalorios, paño escarlata y otras cosas, y Bonner empezó a recuperarse. Durante varias semanas luchó por resistirse a la atracción que la joven ejercía sobre él. El final llegó una noche cuando ella se puso en pie para irse. No había olvidado que había sido rechazada y el orgullo que llevó a Spike O'Brien a completar el Paso del Noroeste por tierra era el mismo que albergaba en su interior.

—Irme ahora —dijo—. Buenas noches, Neil.

Pero él fue tras ella.

—No, no está bien —dijo.

Y mientras ella giraba el rostro hacia él con un destello de alegría repentina, Neil se inclinó, despacio y con solemnidad, como si fuera algo sagrado, y la besó en los labios. Los toyaates nunca le habían enseñado el significado de un beso en los labios, pero ella lo entendió y fue feliz.

Con la llegada de Jees Uck todo se animó. La felicidad de la joven era completa y fuente de placeres sin fin. El simple mecanismo de su mente y sus ingenuas costumbres proporcionaban una cantidad inmensa de sorpresas agradables al hombre civilizado en exceso que se había rebajado para aceptarla. No solo constituía el consuelo a su soledad, sino que su primitivismo rejuveneció la mente hastiada de él. Era como si, tras vagar durante mucho tiempo, hubiese regresado para apoyar su cabeza sobre el regazo de la Madre Tierra. Resumiendo: en Jees Uck encontró la juventud del mundo; la juventud, la fuerza y la alegría.

Además, para colmar todas sus necesidades y evitar que pudiesen cansarse uno del otro por verse demasiado, llegó a Twenty Mile un tal Sandy MacPherson, uno de los hombres más sociables que han silbado nunca a lo largo del camino o entonado una balada junto a una hoguera. Un sacerdote jesuita había llegado a su campamento, situado a más de trescientos kilómetros Yukón arriba, a tiempo de decir unas palabras sobre el cuerpo del socio de Sandy. Al marcharse, el sacerdote le había dicho: «Hijo, ahora te sentirás muy solo». Sandy había asentido, muy triste. «En Twenty Mile —añadió el sacerdote— hay un hombre solitario. Os necesitáis el uno al otro, hijo mío».

Así fue como Sandy se convirtió en el tercer habitante de la factoría, hermano del hombre y la mujer que ya residían en ella. Liberó a Bonner del trabajo de cazar alces y de poner las trampas para los lobos y, a cambio, Bonner recuperó un volumen deteriorado y estropeado de tantos viajes y le dio a conocer a Shakespeare, hasta el punto de que Sandy declamaba pentámetros yámbicos a sus perros cuando se amotinaban. En las

interminables tardes jugaban a las cartas y hablaban y discutían sobre el universo, mientras Jees Uck se reclinaba con aires de matrona en una butaca y zurcía sus calcetines y mocasines.

Llegó la primavera. El sol se elevó por el sur. La tierra cambió su manto austero por un atuendo de desenfrenado optimismo. Por todas partes la luz se reía y todo invitaba a vivir. Los días crecieron y se hicieron más cálidos, mientras las noches pasaron de ser un destello de oscuridad a no ser nada. El río desnudó su lecho y los vapores desafiaron a la naturaleza con sus resoplidos. Llegó el bullicio, el movimiento, nuevas caras y noticias frescas. Twenty Mile dio la bienvenida al esperado ayudante y Sandy MacPherson se marchó con un grupo de buscadores de oro para invadir la región del río Koyokuk. También llegaron periódicos, revistas y cartas para Neil Bonner. Jees Uck lo observaba preocupada, porque sabía que los suyos le hablaban desde el otro extremo del mundo.

Sin conmoverse en exceso, se enteró de que su padre había fallecido. Había una cariñosa carta de perdón dictada durante sus últimas horas de vida. También había cartas oficiales de la compañía en las que se le ordenaba con magnanimidad que entregase el mando de la factoría al ayudante y se le permitía partir tan pronto quisiera. Una misiva larga y llena de términos legales enviada por los abogados lo ponía al tanto de una lista interminable de acciones y bonos, bienes inmuebles, rentas y bienes muebles que le pertenecían según el testamento de su padre. Y una delicada epístola, con monograma y sello personal, imploraba el regreso del querido Neil junto a su destrozada y afectuosa madre.

Neil Bonner pensó con rapidez y, cuando el *Yukon Belle* se acercó tosiendo a la orilla camino del mar de Bering, partió. Partió con la vieja mentira, dicha con alegría y despreocupación, de un pronto regreso en los labios.

—Volveré, querida Jees Uck, antes de que caiga la primera nieve —prometió entre los últimos besos, sobre la pasarela.

No solo lo prometió, sino que, como la mayoría de los hombres en las mismas circunstancias, lo creía de verdad. Dio órdenes a John Thompson, el nuevo factor, para que concediese crédito ilimitado a su mujer, Jees Uck. Además, al mirar por última vez desde la cubierta del *Yukon Belle* vio a una docena de hombres trabajando para levantar los troncos que compondrían la casa más confortable en más de mil quinientos kilómetros de ribera: la casa de Jees Uck, que también sería la de Neil Bonner antes de que cayesen las primeras nieves. Porque de verdad y de corazón pensaba volver. Quería a Jees

Uck y el Norte prometía un futuro dorado. Con el dinero de su padre tenía la intención de hacer realidad ese futuro. Un sueño ambicioso lo perseguía. Gracias a sus cuatro años de experiencia y ayudado por la amistosa cooperación de la compañía P.C. regresaría para convertirse en el Cecil Rhodes de Alaska. Volvería, tan rápido como el vapor pudiese llevarlo, en cuanto se ocupase de los asuntos de su padre, al que nunca había conocido bien, y consolase a su madre, a la que había olvidado.

Cuando Neil Bonner regresó del Ártico se armó un buen alboroto. Encendieron las chimeneas y le ofrecieron toda clase de lujos. Él lo aceptó todo y lo agradeció. No solo tenía la piel morena y arrugada, sino que bajo esa piel había un hombre nuevo, capaz de dominar las situaciones y de mostrarse serio y controlado. Sus viejos camaradas se quedaron asombrados cuando rehusó volver a las andadas con ellos, mientras que el amigo de su padre se frotaba las manos con regocijo y se convirtió en una autoridad en el enderezamiento de jóvenes holgazanes y rebeldes.

Durante cuatro años la mente de Neil Bonner había permanecido en barbecho. Pocas cosas nuevas se sumaron a ella, pero había experimentado un proceso de selección. Por decirlo de algún modo, se libró de todo lo que fuera trivial y superfluo. Había vivido con rapidez en el mundo del Sur y en el Norte, en medio de la nada, tuvo tiempo de organizar la confusa masa que formaban sus experiencias. El viento se había llevado por delante sus principios superficiales y otros surgieron sobre unas generalizaciones más amplias y profundas. En cuanto a la civilización, se había marchado defendiendo unos valores y regresó con otros muy distintos. Además, ayudado por las imágenes y los olores de la tierra, había captado el sentido interno de la civilización, lo que le permitía contemplar con claridad sus frivolidades y lo que la movía. Desarrolló una filosofía muy sencilla. La vida sana conducía a la redención. El deber cumplido a la santificación. Era necesario llevar una vida sana y cumplir con el deber para trabajar. El trabajo era la salvación. Y trabajar en defensa de la vida sin descanso era respetar el diseño divino y la voluntad de Dios.

Ante todo, era hombre de ciudad. Su contacto reciente con la tierra y su viril concepción de la humanidad le permitían comprender mejor la civilización y ganarse su favor. Día a día la gente de la ciudad se acercaba más a él y el mundo parecía mucho más grande. Y día a día Alaska se volvía más remota y menos real. Entonces conoció a Kitty Sharon, una mujer de su misma sangre y clase; una mujer que le dio la mano y lo atrajo hacia ella

hasta hacerle olvidar el día, la hora y la época de año en que las primeras nieves caen sobre el Yukón.

Jees Uck se mudó a su magnífica cabaña de troncos y pasó soñando los tres meses de verano. Luego llegó el otoño, precediendo a toda prisa la caída del invierno. El aire se volvió ligero y frío, los días más oscuros y cortos. El río corría despacio y la capa de hielo se iba formando en los remolinos ya sin fuerza. Todas las criaturas migratorias partieron hacia el sur y el silencio se apoderó de la tierra. Llegaron las primeras neviscas y el último vapor que regresaba al hogar se abrió camino desesperado entre el hielo escarchado y blando. Luego llegó el hielo sólido, en bloques y capas, hasta que el Yukón ascendió y quedó al mismo nivel que sus orillas. Terminada esa fase, el río se detuvo y los días cortos se perdieron en las tinieblas.

John Thompson, el nuevo factor, se rio; pero Jees Uck tenía fe en los contratiempos que juegan el mar y el río. Neil Bonner podía encontrarse detenido por el hielo en cualquier punto entre el paso Chilkoot y St. Michael, porque los últimos viajeros del año siempre se quedan atrapados en el hielo y entonces deben cambiar el barco por el trineo y avanzar durante muchas horas tras los perros.

Pero a Twenty Mile no llegaron trineos, ni desde el cauce alto del río ni desde el bajo. John Thompson le dijo a Jees Uck, con cierta alegría mal contenida, que Bonner no volvería jamás. Y no solo eso, sino que crudamente le propuso ocupar su lugar. Jees Uck se rio en su cara y regresó a su gran casa de troncos. Pero a mediados de invierno, cuando la esperanza se va apagando y la vida está en horas bajas, Jees Uck se encontró con que no tenía crédito en el almacén. Era la artimaña de Thompson, que se frotaba las manos, caminaba de un lado a otro, se asomaba a su puerta para mirar en dirección a la casa de Jees Uck y esperaba. Continuó esperando. Ella vendió sus perros a un grupo de mineros y pagó las provisiones en efectivo. Cuando Thompson se negó a aceptar su dinero, los indios toyaates compraban para ella y le llevaban la comida a escondidas, de noche.

En febrero llegó la primera remesa de correo y John Thompson leyó en la columna de sociedad de un periódico publicado cinco meses antes que Neil Bonner se había casado con Kitty Sharon. Jees Uck mantuvo la puerta abierta y a él en el exterior mientras compartía con ella la información. Cuando terminó, se rio con orgullo y no lo creyó. En marzo, parió un niño a solas, una nueva vida que la dejó asombrada. Un año después, en esas fechas, Neil Bonner se sentaba junto a otra cama, asombrado ante otra nueva vida que había llegado al mundo.

La nieve desapareció y el hielo del Yukón se fragmentó. El sol avanzó hacia el norte y luego otra vez hacia el sur. Como ya no le quedaba dinero de la venta de los perros, Jees Uck regresó con su gente. Oche Ish, un astuto cazador, le propuso matar la caza y pescar salmones para ella y su bebé si se casaba con él. Imego, Hah Yo y Wy Nooch, todos ellos jóvenes y fornidos cazadores, le hicieron la misma propuesta. Pero ella prefirió vivir sola y procurar sus propios alimentos. Cosía mocasines, parkas y manoplas, prendas útiles, de abrigo y bonitas porque las adornaba con abalorios y piel de pelo. Se las vendía a los mineros que cada año llegaban en mayor cantidad a la región. No solo ganaba para pagar alimentos buenos y abundantes, sino que también ahorraba y un día se embarcó río abajo en el *Yukon Belle*.

En St. Michael trabajó fregando platos en la cocina de la factoría. Los empleados de la compañía sentían curiosidad por aquella mujer excepcional y su hijo, pero no hicieron preguntas y ella no contó nada. Justo antes de que el mar de Bering se cerrase para el resto del año, compró un pasaje en una goleta que se dedicaba a la caza de focas y que se había desviado momentáneamente de su ruta hacia el sur. Ese invierno cocinó para la familia del capitán Markheim en Unalaska y en primavera continuó rumbo Sur hacia Sitka en un balandro que transportaba whisky. Después apareció en Metlakahtla, cerca de St. Mary's, al final de la estrecha península del Sureste de Alaska, donde trabajó haciendo conservas durante la temporada del salmón. Cuando llegó el otoño y los pescadores siwashs se prepararon para regresar al estrecho de Puget, se embarcó con un par de familias en una gran canoa de cedro y junto a ellos sorteó el peligroso caos que son las costas de Alaska y Canadá, hasta pasar el estrecho de Juan de Fuca y recorrer las calles adoquinadas de Seattle con su hijo de la mano.

Allí, en una esquina expuesta al viento, se encontró con Sandy MacPherson, quien se sorprendió mucho y, tras oír su historia, se enfureció, aunque no tanto como de haber sabido lo de Kitty Sharon; pero Jees Uck no dijo ni una palabra sobre ella porque nunca había creído que fuese verdad. Sandy, que interpretó lo ocurrido como un abandono despreciable y habitual, quiso disuadirla de continuar viaje a San Francisco, donde se suponía que vivía Neil Bonner cuando estaba en casa. Tras esforzarse, se ocupó de que estuviese cómoda, le compró los billetes y fue a despedirla, siempre sonriéndole, aunque murmurando para sí «maldita sea».

Entre estruendos y fragores de día y de noche, cabeceando y dando bandazos de amanecer en amanecer, ascendiendo hacia las nieves del invernó y bajando hasta valles veraniegos, bordeando barrancos, saltando abismos,

cruzando montañas, Jees Uck y su hijo continuaron rumbo al sur. No sintió miedo al ver el caballo de hierro ni se quedó de piedra ante la imponente civilización del pueblo de Neil Bonner. Más bien pareció valorar con claridad el milagro de que un hombre perteneciente a una raza divina la hubiese estrechado en sus brazos. No se sentía confusa ante la mezcla continua de ruidos de San Francisco, la agitación de sus barcos, los movimientos de las fábricas y el tráfico interminable; al contrario, enseguida comprendió la miserable sordidez de Twenty Mile y la aldea toyaat con sus tiendas de piel. Observó al niño que se agarraba a su mano y se maravilló por haberlo parido de semejante padre.

Pagó el precio que le pidió el cochero y subió los escalones de piedra que llevaban a la puerta principal de Neil Bonner. Un japonés de ojos rasgados negoció con ella durante un tiempo infructuoso, luego la dejó entrar y desapareció. Jees Uck permaneció en el vestíbulo, que a su sencilla imaginación le parecía la habitación de invitados, la sala donde se exponían todos los tesoros de la casa con el claro propósito de ostentar y deslumbrar. Las paredes y el techo estaban recubiertos de madera de secuoya tratada con aceite. El suelo brillaba más que el hielo reflectante y decidió permanecer de pie sobre una de las enormes pieles que daban sensación de seguridad a aquella superficie tan bruñida. Una chimenea gigantesca —a ella le pareció extravagante— abría sus fauces en la pared de enfrente. La luz, suavizada por una vidriera de colores, inundaba y cruzaba la habitación y en el extremo más apartado relucía una figura de mármol blanco.

Vio todo eso y más cuando el criado de ojos rasgados la guio a través de otra estancia, que solo pudo observar por encima, para llegar a una tercera; ambas dejaban en nada el espectáculo del vestíbulo. A sus ojos aquella casa impresionante parecía prometer albergar habitaciones similares en número infinito. ¡Eran tan anchas y largas y el techo quedaba tan lejos! Por primera vez desde su llegada a la civilización del hombre blanco se dejó invadir por una sensación de asombro. ¡Neil, su Neil, vivía en esa casa, respiraba el aire que contenía y por las noches se acostaba allí y dormía! Todo lo que veía era hermoso y le agradaba; pero también presintió los conocimientos y el dominio que se ocultaban detrás. Se trataba de la expresión concreta del poder en términos de belleza y era el poder lo que ella intuía de forma infalible.

Entonces apareció una mujer alta y majestuosa, coronada con una mata de pelo como un sol dorado. Se acercaba a Jees Uck igual que una onda de música sobre las aguas de un río en calma; el vestido era en sí una canción y el cuerpo que cubría se movía al ritmo que le marcaba. Jees Uck era de las

que atraía a los hombres. Lo demostraban Oche Ish, Imego, Hah Yo y Wy Nooch, por no hablar de Neil Bonner, John Thompson y otros hombres blancos que la miraron y sintieron su atractivo. Pero observó los grandes ojos azules y la piel blanca y rosada de aquella mujer que avanzaba para recibirla y se midió con ella mirando a través de los ojos de un hombre; aun sabiendo que atraía a los hombres sintió que perdía fuerza y pasaba a ser insignificante frente a aquella criatura radiante y llamativa.

—¿Desea ver a mi marido? —preguntó la mujer y Jees Uck se quedó boquiabierta ante la plata líquida de una voz que nunca había gritado áspera para hacerse oír entre los gruñidos de los perros lobo, ni se había amoldado a una lengua gutural, ni endurecido bajo las tormentas, el frío y el humo de las hogueras.

—No —Jees Uck respondió despacio y buscando las palabras torpemente para hacerle justicia al inglés de la otra—. Vengo a ver a Neil Bonner.

—Que es mi marido —se rio la mujer.

¡Entonces era verdad! John Thompson no había mentido aquel horrible día de febrero, cuando ella se rio con orgullo y le cerró la puerta en las narices. Igual que había saltado sobre Amos, inmovilizándolo para amenazarlo con el cuchillo, también ahora se sintió impulsada a atacar a aquella mujer, dominarla y arrancar la vida que ocupaba tan bello cuerpo. Pero Jees Uck pensó con rapidez y no dio muestras de sus impulsos, y Kitty Bonner nunca imaginó lo cerca que había estado de encontrar una muerte repentina.

Jees Uck asintió con la cabeza para indicar que había entendido y Kitty Bonner le dijo que Neil llegaría en cualquier momento. Luego se sentaron en unas sillas ridículamente cómodas y Kitty intentó entretener a su extraña visitante, mientras Jees Uck se esforzaba por ayudarla.

—¿Conoció a mi esposo en el Norte? —preguntó Kitty en un momento dado.

—Sí. Yo lavar ropa él —respondió Jees Uck en un inglés que de repente se había vuelto espantoso.

—¿Y éste es su hijo? Yo tengo una niña.

Kitty pidió que les llevasen a su hija y mientras los niños se hacían amigos a su manera, las madres charlaron como suelen hacerlo las madres y tomaron té en unas tazas tan frágiles que Jees Uck temía que la suya acabase haciéndose pedazos entre sus dedos. Jamás había visto tazas tan delicadas y exquisitas como aquellas. En su mente las comparó con la mujer que servía el té y como contraste surgieron las calabazas y los cazos pequeños de la aldea

toyaat y las toscas tazas altas de Twenty Mile, con las que se equiparaba. De esa forma y en esos términos se le presentó el problema. La habían vencido. Había otra mujer mejor preparada y más adecuada para parir y educar los hijos de Neil Bonner. Como el pueblo de él superaba al de ella, así eran también mejores sus mujeres. Atraían a los hombres, como sus hombres atraían al resto del mundo. Observó la ternura rosada de la piel de Kitty Bonner y recordó el tono moreno que el sol había dado a la suya. También comparó su mano oscura con la blanca; una marcada por el trabajo y encallecida por el mango del látigo y de la pala para remar, la otra tan libre de esfuerzos y suave como un recién nacido. Pero, a pesar de la suavidad obvia y de la aparente debilidad, Jees Uck miró aquellos ojos azules y vio el dominio que había visto en los de Neil Bonner y en los de su pueblo.

—¡Pero si es Jees Uck! —exclamó Neil Bonner en cuanto entró. Lo dijo con calma e incluso con un tono de cordial alegría, mientras se acercaba a ella y le estrechaba ambas manos, pero mirándola a los ojos con una preocupación en los suyos que ella comprendió.

—Hola, Neil —respondió—. Tú tener buen aspecto.

—Sí, sí, Jees Uck —dijo él de corazón, mientras en secreto observaba a Kitty en busca de una señal que le indicase lo que había ocurrido entre las dos. Sin embargo, conocía demasiado bien a su esposa como para esperar semejante indicio, aunque entre ellas hubiese ocurrido lo peor.

—No te imaginas cuánto me alegro de verte —continuó—. ¿Qué ha pasado? ¿Has encontrado una mina? ¿Y cuándo has llegado?

—Oh, llegar hoy —contestó ella, su voz buscando instintivamente sus notas guturales—. No encontrar mina, Neil. ¿Saber capitán Markheim, Unalaska? Yo cocinar su casa tiempo mucho. No gastar. Con tiempo, mucho dinero. Pensar bueno ir ver tierra hombre blanco. Muy buena, tierra hombre blanco, muy buena —añadió.

Lo desconcertaba oírla hablar tan mal porque Sandy y él habían luchado sin descanso por mejorar su dominio del inglés y ella había demostrado ser una alumna muy lista. Era como si hubiese retrocedido a lo más profundo de su raza. El gesto de su rostro resultaba ingenuo, imperturbablemente ingenuo, y no daba pistas. También lo desconcertaba la expresión tranquila de Kitty. ¿Qué había pasado? ¿Cuánto se habían dicho? ¿Y cuánto imaginado?

Mientras él luchaba contra esas preguntas y Jees Uck se enfrentaba a su problema —nunca lo había visto con tan buen aspecto y tan animado— se hizo el silencio.

—¡Y pensar que conoció a mi esposo en Alaska! —dijo Kitty con voz suave.

¡Conocerlo! Jees Uck no pudo evitar mirar al hijo que le había dado y los ojos de Neil siguieron los suyos, en un gesto mecánico, hasta la ventana donde jugaban los críos. Fue como si una banda de hierro le atenazara la cabeza. Sintió que las rodillas perdían fuerza, el corazón le dio un vuelco y la sorpresa lo dejó sin respiración. ¡Tenía un hijo! ¡Ni siquiera lo había imaginado!

La pequeña Kitty Bonner, como un hada en un césped de gasa con las mejillas más sonrosadas y los ojos más azules y danzarines, los brazos estirados y los labios fruncidos en un gesto suplicante, se esforzaba por besar al niño. Y el niño, delgado y ágil, moreno por el sol, vestido con prendas de piel en las que se apreciaba el desgaste del mar y el duro trabajo, como en los *muclucs* de pelo largo que calzaba, resistía sus insinuaciones con frialdad, el cuerpo erguido y recto con esa capacidad que tienen los niños de los pueblos salvajes para mantenerse derechos. Extraño en una tierra desconocida, impasible y sin miedo, más parecía un animal sin domesticar, silencioso y vigilante, los ojos negros pasando veloces de rostro en rostro, tranquilo mientras durase la calma, pero listo para saltar y luchar, despedazar y arañar a fin de defender su vida tan pronto detectase la primera señal de peligro.

El contraste entre el niño y la niña resultaba sorprendente, pero no lamentable. En el niño había demasiada fuerza como para eso: era el descendiente abandonado de Shpack, Spike O'Brien y Bonner. En sus rasgos, limpiamente trazados como en un camafeo y casi clásicos en su gravedad, se apreciaban el poder y los logros de su padre, de su abuelo y de aquél al que llamaban el *Gran Gordo*, al que capturó el Pueblo del Mar y huyó a Kamchatka.

Neil Bonner luchó contra su emoción, consiguió tragársela y estuvo a punto de atragantarse, aunque su rostro sonrió de buen humor, mostrando la alegría propia de quien se encuentra con un amigo.

—Ése será tu hijo, ¿no, Jees Uck? —comentó. Luego añadió dirigiéndose a Kitty—: ¡Un chico muy guapo! Podría llegar lejos en nuestro mundo con esas manos que tiene.

Kitty asintió con la cabeza.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

El joven salvaje de inmediato enfocó su veloz mirada sobre ella y se quedó observándola un rato, como si buscase el motivo oculto tras la pregunta.

—Neil —respondió con calma cuando dio por terminado el examen.

—Ser lengua india —exclamó Jees Uck, improvisando con labia una explicación—. Ser nombre indio *nee-al*, significar galleta. El pequeño gustar galleta. Él llorar por galleta. Él decir «*nee-al, nee-al*». Todo tiempo él decir «*nee-al*». Y yo decir que ése ser nombre él. Por eso llamar a él siempre *Nee-al*.

Los oídos de Neil Bonner no oyeron jamás sonido más maravilloso que aquella mentira contada por Jees Uck. Ahora sabía que la expresión tranquila de Kitty era auténtica.

—¿Y su padre? —preguntó Kitty—. Debe de ser bien parecido.

—Oh, sí —fue la respuesta—. Padre ser buen parecido. ¡Sí!

—¿Lo conociste, Neil? —quiso saber Kitty.

—¿Que si lo conocí? A fondo —respondió Neil y recordó el horror de Twenty Mile, al hombre solo en medio del silencio y sus pensamientos.

Aquí podría muy bien terminar la historia de Jees Uck, si no fuese por lo que logró con su renuncia. Cuando volvió al Norte para vivir en su enorme casa de troncos, John Thompson descubrió que la compañía P.C. había decidido apañárselas para continuar haciendo sus negocios sin la ayuda de él. Además, el nuevo factor —y los que llegaron después— recibió instrucciones para que Jees Uck percibiera cualquier tipo de bienes o alimentos que deseara, en la cantidad que ordenase, sin que se le cobrase nada. Por si fuera poco, la compañía le pagaba una pensión anual de cinco mil dólares.

Cuando el niño llegó a la edad adecuada, el padre Champreau se hizo cargo de él y Jees Uck no tardó en recibir cartas con regularidad desde el colegio jesuita de Maryland. Más adelante esas cartas llegaron de Italia y luego de Francia. Al final a Alaska regresó un tal padre Neil, hombre volcado en hacer el bien en la tierra, que amaba a su madre y que acabaría ampliando sus intereses y convirtiéndose en una importante autoridad dentro de la orden.

Jees Uck era joven cuando regresó al Norte y los hombres aún la miraban y la deseaban. Pero ella no cedió y su comportamiento nunca recibió más que elogios. Permaneció una temporada con las buenas hermanas de la Santa Cruz, donde aprendió a leer y a escribir y se hizo experta en enfermería y medicina básica. Después regresó a su enorme casa de troncos y reunió a su alrededor a las niñas de la tribu toyaat, para enseñarlas a manejarse sin problemas en el mundo. No es ni protestante ni católica esa escuela en la casa que Neil Bonner construyó para Jees Uck, su mujer, pero los misioneros de todas las creencias la aceptan del mismo buen grado. La puerta siempre está abierta y los cansados buscadores de oro y otros hombres a los que el camino

agota se desvían temporalmente del cauce del río o del sendero helado para descansar allí y entrar en calor frente a su fuego. Mientras, en Estados Unidos, Kitty Bonner se siente satisfecha por el interés que su esposo muestra hacia la educación en Alaska y las enormes sumas que dedica a dicho propósito; y, aunque a menudo sonríe y le toma el pelo, en el fondo y en secreto se siente aún más orgullosa de él.

[1902]



En la bahía de Edo

LA HABÍA PERDIDO en algún punto de Theater Street. Recordaba que lo habían empujado con cierta brusquedad en el puente sobre uno de los canales que cruzaba esa vía tan transitada. Seguramente algún carterista de dedos ligeros y ojos rasgados estaría disfrutando en aquel mismo instante de los cincuenta y pico yenes que llevaba en la cartera. Aunque también podía haberla perdido él mismo por puro descuido.

Desesperado y por enésima vez registró todos sus bolsillos en busca del monedero perdido. No estaba. Su mano se entretuvo en el vacío bolsillo trasero y recordó con pesadumbre al locuaz y vociferante regente del restaurante, que exigía como loco:

—¡Veinticinco sen! ¡Pagar ahora! ¡Veinticinco sen!

—¡Pero ya le he dicho que no tengo la cartera! —se explicó el joven—. La he perdido.

Tras lo cual el del restaurante levantó los brazos indignado y gritó:

—¡Veinticinco sen! ¡Veinticinco sen! ¡Pagar ahora!

Se había juntado una buena multitud y Alf Davis empezaba a sentirse molesto.

Aquello era tan ridículo como insignificante, pensó Alf. ¡Semejante jaleo por nada! Tenía que hacer algo de inmediato. Se imaginó agachándose para huir entre el bosque de piernas, librándose a puñetazos de quien quisiera detenerlo; pero uno de los camareros, como si hubiese adivinado sus intenciones —un tipo bajo y fortachón, un bizco de aspecto siniestro—, lo agarró del brazo.

—¡Pagar ahora! ¡Pagar ahora! ¡Veinticinco sen! —gritó el propietario, ronco de ira.

Alf estaba colorado de vergüenza pero se dispuso a realizar otra exploración sin perder más tiempo. Renunció a encontrar la cartera y depositó toda su esperanza en las monedas sueltas. En el pequeño bolsillo de su chaqueta destinado a guardarlas encontró una de diez sen y otra de cinco y, al recordar que no hacía mucho había echado en falta otra moneda de diez sen, descosió la costura del bolsillo y rescató la moneda de las profundidades del

forro. Tenía en la mano veinticinco sen, la suma que le pedían por la cena que había tomado. Se las entregó al propietario, que las contó, se tranquilizó de inmediato y se inclinó servilmente ante él. De hecho, la multitud entera se inclinó ante él servilmente y desapareció.

Alf Davis era un joven marinero que acababa de cumplir los dieciséis y estaba enrolado en la *Annie Mine*, una goleta estadounidense que había entrado en Yokohama para enviar a Londres las pieles reunidas en toda la temporada. Aquel era su segundo viaje a tierra y empezaba a adivinar, asombrado, los primeros atisbos de la mente oriental. Se rio cuando terminaron de inclinarse y postrarse y se dio la vuelta para enfrentarse a otro problema. ¿Cómo iba a llegar hasta su barco? Eran las once de la noche, por lo que los botes de a bordo ya no estarían en la orilla, y la posibilidad de contratar a un barquero nativo no resultaba demasiado alentadora, teniendo en cuenta que sus bolsillos estaban vacíos.

Empezó a caminar hacia el muelle sin dejar de buscar a alguno de sus compañeros de tripulación. En Yokohama no hay hileras de largos embarcaderos. Los barcos fondean a lo lejos y eso permite que unos cuantos cientos de personas paticortas se ganen la vida llevando pasajeros desde la orilla y viceversa.

Una docena de hombres y niños de los sampanes saludaron a Alf y le ofrecieron sus servicios. Escogió al que le pareció más favorable, un anciano de aspecto caritativo con una pierna atrofiada. Alf entró en su sampán y se sentó. Estaba muy oscuro y no veía lo que hacía el anciano, aunque evidentemente no intentaba alejarse de la orilla y ponerse en marcha. Por fin se acercó cojeando y miró a Alf a la cara.

—Diez sen —dijo.

—Sí, ya sé que son diez sen —respondió Alf con aire despreocupado—. Pero dese prisa. A la goleta norteamericana.

—Diez sen. Pagar ahora —insistió el anciano.

Alf sintió que le hervía la sangre al oír esas odiosas palabras, «pagar ahora».

—Lléveme a la goleta americana y le pagaré —dijo.

Pero el hombre permaneció de pie frente a él, sin perder la paciencia, extendió la mano y dijo:

—Diez sen. Pagar ahora.

Alf intentó explicar su situación. No tenía dinero. Había perdido la cartera. Pero pagaría. En cuanto subiese a bordo de la goleta americana, pagaría. No, no subiría a bordo de la goleta. Llamaría a sus compañeros de

tripulación desde el sampán y pagaría los diez sen. Después subiría a bordo. Así que no había problema.

A todo eso el anciano de aspecto caritativo respondió:

—Pagar ahora. Diez sen.

Para empeorar las cosas, los de los otros sampanes se acomodaron de cuclillas en las escaleras del muelle a fin de oír mejor.

Alf, enfadado y muy molesto, se levantó para volver a tierra. Pero el anciano posó una mano en su manga, con intención de detenerlo.

—Darme camisa ahora. Yo llevar goleta mericana —propuso.

En ese momento, toda la independencia americana de Alf se encendió en su pecho. El anglosajón lleva en la sangre odiar que abusen de él y a Alf aquello le parecía un robo a mano armada. Diez sen equivalían a seis centavos de dólar americano, mientras que su camisa, que era nueva y de buena calidad, le había costado dos dólares.

Le dio la espalda al hombre sin dirigirle una sola palabra y llegó hasta el final del muelle mientras el gentío encantado, riéndose de él, lo seguía de cerca. En su mayoría estaba compuesto por tipos musculosos y fornidos que, como la noche de julio resultaba sofocante, llevaban encima la menor cantidad posible de ropa. Los marineros, pescadores y demás gentes relacionadas con el mar, sea cual sea su raza, son peleones y dados a los desórdenes, y Alf comprendió de repente que encontrarse a media noche en el extremo de un muelle entre semejante pandilla de barqueros, en una gran ciudad japonesa, no resultaba tan seguro como debería.

Un tipo corpulento de pelambrera negra y ojos feroces se acercó a él. Los demás lo siguieron para no perderse la conversación.

—Darme zapatos —dijo el hombre—. Darme zapatos ahora. Yo llevar goleta mericana.

Alf negó con la cabeza y la multitud le gritó que aceptase la propuesta. Sin embargo, el anglosajón está hecho de tal manera que intimidarlo o amenazarlo es la peor forma posible de lograr que haga algo en concreto. Lo hará si así lo desea, pero nunca permitirá que lo obliguen a hacerlo. De manera que aquella intentona de los barqueros por coaccionar a Alf solo logró despertar en él toda la perseverante terquedad de su raza. Él reunía las mismas cualidades de quienes albergan vanas esperanzas; y allí, bajo las estrellas, en aquel muelle solitario, rodeado de aquel grupo que lo empujaba y acorralaba, decidió que moriría antes de someterse a la indignidad de que le robasen una sola puntada de su ropa. Ya no era cuestión de dinero, sino de principios.

Entonces alguien lo empujó con fuerza por detrás. Se dio la vuelta como un rayo, con los ojos lanzando destellos de ira, y el círculo cedió terreno sin quererlo. Pero el gentío alborotaba cada vez más. Uno u otro le exigieron todas y cada una de las prendas que llevaba, gritando a voz en cuello de forma simultánea.

Alf había dejado de responder hacía ya rato, pero sabía que la situación se volvía peligrosa y que solo le quedaba escapar de allí. Firmeza y tenacidad asomaron a su rostro, los ojos brillaron como puntas de acero y el cuerpo reflejó confianza y entereza. Ese aire de determinación impresionó lo bastante a los barqueros como para que le abriesen camino y le cediesen el paso cuando echó a andar hacia el extremo del muelle próximo a la orilla. Pero lo acompañaron, flanqueándolo y siguiéndolo, mientras gritaban y se reían cada vez más alto. Uno de los más jóvenes, más o menos de la estatura y complexión de Alf, tuvo el descaro de arrancarle el gorro de la cabeza pero, antes de que lograra ponérselo, Alf le dio un puñetazo por encima del hombro y lo hizo rodar sobre las piedras.

El gorro salió despedido y desapareció entre la maraña de piernas. Alf pensó con rapidez: su orgullo de marinero no le permitía dejar su gorro en manos de aquellos tipos. Siguió la dirección que había tomado y lo encontró bajo el pie descalzo de un hombre robusto que mantenía todo su peso sobre él. Alf intentó recuperarlo tirando de él repentinamente, aunque fracasó. Empujó la pierna del hombre, pero el otro se limitó a gruñir. Aquello era un desafío en toda regla y Alf lo aceptó. Como el rayo, pasó una pierna por detrás del hombre y golpeó con fuerza su pecho con el hombro. Nada pudo librarlo de la rotunda fuerza de aquel truco y cayó hacia atrás sin remedio.

El gorro volvió de inmediato a la cabeza de Alf, que se protegía con los puños por delante. Se giró de repente para evitar que lo atacasen por detrás y todos los que allí se encontraban salieron huyendo. Eso era lo que quería. Ya no había obstáculos entre él y la orilla. El muelle era estrecho. Continuó la retirada de frente a ellos y amenazando con el puño a quienes intentaban adelantarlo por los flancos. Resultaba emocionante aquello de caminar de espaldas y controlar al mismo tiempo semejante masa de hombres que avanzaban en tropel. Pero en todo el mundo los pueblos de piel oscura han aprendido a respetar el puño del hombre blanco y, más que su propio aspecto belicoso, fueron las peleas sostenidas antes por muchos marineros lo que proporcionó la victoria a Alf.

En el punto donde el muelle se unía a la costa se encontraba la comisaría de la Policía portuaria y Alf entró de espaldas en la oficina iluminada por la

luz eléctrica, para regocijo del pulcro teniente que estaba al mando. Los barqueros, de repente silenciosos y tranquilos, se apiñaron como moscas alrededor de la puerta abierta, a través de la que veían y oían todo lo que pasaba.

Alf explicó su situación en pocas palabras y exigió, como privilegio de un extranjero en tierra extraña, que el teniente lo llevase a bordo en la lancha de la Policía. A su vez el teniente, que se sabía de memoria todas las normas y regulaciones, le explicó que los policías portuarios no eran barqueros y que sus lanchas tenían otras funciones que cumplir, distintas a la de transportar hasta sus barcos a los marineros sin blanca y que llegaban tarde. También dijo que sabía que los hombres de los sampanes eran ladrones por naturaleza, pero que mientras robasen dentro de la ley él no podría hacer nada. Tenían derecho a cobrar por adelantado y, ¿quién era él para ordenarles que aceptasen un pasajero y le cobrasen al final del viaje? Alf reconoció que tenía razón en lo que decía y le sugirió que, aunque no podía dar esa orden, sí estaba en sus manos convencerlos. El teniente aceptó y se acercó a la puerta, desde donde pronunció un discurso a la multitud. Pero ellos también conocían sus derechos y, cuando el oficial terminó de hablar, gritaron a coro su abominable «¡Diez sen! ¡Pagar ahora! ¡Pagar ahora!».

—Ya ve. No puedo hacer nada —dijo el teniente, que por cierto hablaba un inglés impecable—. Pero les he advertido que no le hagan daño ni lo molesten, así que al menos estará a salvo. La noche es cálida y ya ha transcurrido la mitad. Túmbese en algún sitio y duerma. Le permitiría hacerlo aquí, en comisaría, si no fuese en contra de las normas y regulaciones.

Alf le agradeció su cortesía y amabilidad, pero los hombres de los sampanes habían despertado en él todo el orgullo y la tenacidad de su raza, por lo que no podía resolver el problema de esa forma. Quedarse a dormir sobre las piedras era reconocer su derrota.

—¿Los barqueros se niegan a llevarme?

El teniente afirmó con la cabeza.

—¿Y usted se niega a acercarme?

El teniente repitió el gesto.

—Pero no hay norma o regulación que diga que puede usted impedir que me acerque yo mismo, ¿verdad?

El teniente se quedó perplejo.

—No hay lancha —respondió.

—No se trata de eso —afirmó Alf en tono enérgico—. Si me acerco yo solo, ¿todos satisfechos y sin problemas?

—Sí. Lo que dice es verdad —perseveró el teniente asombrado—. Pero usted no puede acercarse a sí mismo.

—Ya verá como sí —fue la respuesta.

Alf dejó caer su gorro al suelo de la oficina. Se quitó un zapato y luego el otro, a los que siguieron los pantalones y la camisa.

—Recuerde que yo, ciudadano de Estados Unidos —dijo con voz altisonante—, hago responsables de estas ropas a usted, a la ciudad de Yokohama y al Gobierno de Japón. Buenas noches.

Cruzó el umbral, dispersando a ambos lados a los asombrados barqueros, y corrió por el muelle. Pero se recuperaron enseguida y corrieron tras él, gritando alegres ante aquella nueva fase de la situación. Fue una noche que aquellos boteros de la ciudad de Yokohama recordaron durante mucho tiempo. Alf corrió hasta el final del muelle y, sin detenerse, se zambulló limpiamente en el agua. Avanzó nadando a crol con fuerza hasta que la curiosidad lo llevo a detenerse un momento. En medio de la oscuridad, desde donde debería estar el muelle, le llegaron las voces que lo llamaban.

Se puso boca arriba, flotando, y oyó.

—¡Vale! ¡Vale! —distinguió en medio de la algarabía—. No pagar ahora. Pagar llegar. ¡Volver! ¡Volver ahora! ¡Pagar llegar!

—No, gracias —respondió—. No pienso pagar nada. Buenas noches.

Se dio la vuelta de nuevo para localizar a la *Annie Mine*. Se encontraba a una milla de distancia, si no era más, y en la oscuridad no resultaba fácil orientarse bien. Primero se fijó en un grupo de luces que solo podían pertenecer a un buque de guerra. Tenía que ser el *Lancaster*, de los Estados Unidos de América. Hacia la izquierda y más atrás estaría el *Annie Mine*. Pero a la izquierda divisó tres luces muy juntas. No podía tratarse de la goleta. Durante un instante se sintió confuso. Volvió a ponerse boca arriba y cerró los ojos para intentar formarse una imagen mental del puerto tal y como lo había visto de día. Recuperó su postura anterior mientras dejaba escapar un gruñido de satisfacción. Sin duda las tres luces pertenecían al enorme carguero inglés, por lo que la goleta tenía que estar en algún punto entre las tres luces y el *Lancaster*. Miró durante mucho tiempo, fijamente, y allí, muy tenue y casi invisible pero en el punto donde él esperaba verla, brillaba una única luz, la luz de fondeo de la *Annie Mine*.

Fue un baño muy agradable a la luz de las estrellas. La temperatura del aire era tan cálida como la del agua y el agua parecía leche templada. En la boca sentía su agradable sabor salado y en las extremidades su cosquilleo. El firme latido de su corazón, pesado y fuerte, le hizo apreciar la alegría de vivir.

Pero además de resultar espléndido, aquel baño transcurrió sin incidentes. Por la derecha dejó atrás al *Lancaster* y sus muchas luces y a la izquierda al carguero inglés; al poco el *Annie Mine* se erguía ante él. Agarró la escalera de cuerda y subió a bordo sin hacer ruido. No había nadie a la vista. Vio una luz en la cocina y supo que el hijo del capitán, que se ocupaba de la guardia de fondeo, estaba haciendo café. Alf siguió camino hasta el castillo de proa. Los hombres roncaban en sus literas y, en aquel espacio tan reducido, el aire le pareció irrespirable. Así que se puso una ligera camisa de algodón y un pantalón de peto vaquero, encajó bajo el brazo manta y almohada, y subió a cubierta, al extremo de la proa.

Acababa de dormirse cuando lo despertó el ruido de una lancha que se detuvo junto a la goleta y desde la que llamaron al guardia. Era la lancha de la Policía y Alf tuvo el placer de disfrutar de la alterada conversación que enseguida se produjo. Sí, el hijo del capitán reconocía aquellas ropas. Pertenecían a Alf Davis, uno de los marineros. ¿Qué había ocurrido? No, Alf Davis no había subido a bordo. Estaba en tierra. ¿Que no estaba en tierra? Pues entonces tenía que haberse ahogado. En ese momento el teniente y el hijo del capitán hablaron a la vez y Alf no entendió lo que dijeron. Luego los oyó acercarse y despertar a la tripulación. Los hombres gruñeron adormilados y dijeron que Alf Davis no estaba en el castillo de proa, tras lo que el hijo del capitán se indignó por la forma de comportarse de la Policía de Yokohama y el teniente citó normas y regulaciones en tono desesperado.

Alf salió del extremo de la proa, extendió la mano y dijo:

—Creo que esa ropa me pertenece. Gracias por traérmela a bordo tan pronto.

—No sé por qué no pudo traerla puesta —comentó el hijo del capitán.

El teniente de la Policía no dijo nada, aunque entregó las prendas a su propietario con gesto avergonzado.

Al día siguiente, cuando Alf se dispuso a volver a tierra, se encontró rodeado de barqueros gritando y gesticulando, aunque de forma respetuosa; todos extraordinariamente ansiosos por tenerlo de pasajero. El elegido tampoco le dijo «pagar ahora» cuando puso el pie en su sampán. Al llegar a puerto, justo antes de bajar al muelle, Alf ofreció al hombre los diez sen acostumbrados. Pero el barquero se detuvo y negó con la cabeza.

—Bien estar —le dijo—. No pagar. Nunca pagar. Chico valiente y estar bien.

Y durante el resto de la estancia en puerto de la *Annie Mi*ne, los hombres de los sampanes se negaron a aceptar el dinero de Alf Davis. Como muestra

de admiración por su coraje e independencia le habían entregado la libertad del puerto.

[1902]



Blanco y amarillo

LA BAHÍA de San Francisco es tan grande que a menudo sus tormentas resultan más desastrosas para las embarcaciones de navegación oceánica que el propio océano en sus momentos más violentos. Las aguas de la bahía contienen toda clase de peces, por lo que su superficie se ve surcada por las quillas de toda clase de barcos de pesca, tripulados por toda clase de pescadores. Se han aprobado muchas leyes acertadas para proteger a los peces de esta heterogénea población flotante y hay una patrulla pesquera encargada de vigilar para que esas leyes se respeten. A la patrulla pesquera le toca vivir tiempos apasionantes: en su historia más de un patrullero muerto ha indicado la derrota, aunque más a menudo son los pescadores muertos entre sus redes ilegales los que indican el éxito.

Los pescadores de gambas chinos son los más violentos y descontrolados. Las gambas tienen por costumbre desplazarse por el fondo del mar en ejércitos gigantescos hasta llegar a agua dulce, momento en el que se dan la vuelta y retroceden de nuevo hasta el agua salada. En los lugares donde se produce el flujo y reflujo de la marea, los chinos hunden hasta el fondo unas bolsas enormes de malla, con bocas muy grandes en las que entran las gambas y desde las que pasan directamente al cocedero de mariscos. Eso en sí no resultaría tan grave, de no ser por lo estrecho de la malla, tanto que ni los peces más pequeños —como los alevines que miden poco más de medio centímetro— pueden librarse de ella. Las hermosas playas de los cabos Pedro y Pablo, donde se asientan las aldeas de los pescadores de gambas, resultan espantosas debido al hedor que desprende el sinnúmero de peces que allí se pudren, y precisamente el deber de la patrulla pesquera siempre ha sido actuar contra una devastación tan indiscriminada.

Cuando era un joven de dieciséis años, buen marinero de balandro y navegante todoterreno de la bahía, mi balandro, el *Reindeer*, fue fletado por la Comisión de Pesca y yo me convertí, de momento, en ayudante de patrullero. Tras mucho trabajo entre los pescadores griegos de los ríos y la zona alta de la bahía, donde los cuchillos brillaban en cuanto surgían los problemas y los hombres no se dejaban hacer prisioneros si no se les hundía un revólver en

pleno rostro, recibimos encantados el encargo de dirigir una expedición en la zona baja de la bahía contra los pescadores de gambas chinos.

Éramos seis en dos barcos y para evitar sospechas nos acercamos de noche y fondeamos bajo un acantilado que sobresale y recibe el nombre de cabo Pinole. Cuando la primera luz del amanecer asomó por el este nos pusimos en marcha de nuevo y nos dejamos llevar por la brisa costera mientras cruzábamos la bahía en dirección a cabo Pedro. Las brumas matutinas se enroscaban y se adherían al agua robándonos la visibilidad, pero nos entreteníamos expulsando el frío de nuestros cuerpos con el calor del café. También teníamos que dedicarnos a la desagradable tarea de achicar, porque por algún motivo incomprensible el *Reindeer* sufría una vía de agua abundante. Habíamos invertido media noche en revisar el lastre y examinar las juntas, pero el esfuerzo no había servido de nada. El agua seguía entrando, por lo que debíamos afanarnos en la bañera para echarla fuera otra vez.

Tras tomar café, tres de los hombres se retiraron a la otra embarcación, un barco salmonero del río Columbia, y en el *Reindeer* quedamos los otros tres. Ambos navíos avanzaron juntos hasta que el sol asomó en el horizonte del este. Sus rayos abrasadores disiparon las insistentes nieblas y ante nuestros ojos, como en un cuadro, surgió la flota que se dedicaba a capturar gambas, desplegada en una medialuna enorme —tres millas náuticas separaban cada uno de los extremos— y cada junco fuertemente amarrado a la boya de una de esas redes especiales. Pero no había movimiento ni señales de vida.

Enseguida comprendimos la situación: mientras aguardaban a la calma entre mareas para alzar sus pesadas redes del lecho de la bahía, los chinos se habían ido abajo a dormir. Estábamos eufóricos y rápidamente dimos forma al plan de batalla.

—Deja a cada uno de tus dos hombres en un junco —me susurró Le Grant desde el salmonero—. Y tú amárrate a un tercero. Nosotros haremos lo mismo y no habrá motivo en el mundo por el que no podamos capturar seis juncos como mínimo.

Luego nos separamos. Cambié de bordada, avancé a sotavento de un junco, hice que la mayor flamease y pasé la popa del junco tan despacio y tan cerca que uno de los patrulleros descendió a bordo rápidamente. Continué, dejé que la mayor se hinchase de nuevo y me dirigí al segundo junco.

Hasta entonces no se había oído ni un ruido, pero en ese momento se armó un alboroto en el primer junco capturado por el salmonero. Percibimos los gritos estridentes de los orientales, un disparo y más gritos.

—Se acabó. Están avisando a los demás —dijo George, el otro patrullero, que estaba a mi lado en la bañera.

Para entonces nos encontrábamos entre lo más denso de la flota y la alarma se propagaba a una velocidad increíble. Las cubiertas empezaban a llenarse de chinos medio despiertos y medio desnudos. Sobre las aguas tranquilas estallaban los gritos y alaridos de advertencia e ira y alguien hacía sonar una caracola con gran éxito. A nuestra derecha vi al capitán de un junco cortar su amarre de un hachazo y salir luego corriendo para ayudar a su tripulación a izar la enorme y extravagante vela al tercio. Pero a la izquierda empezaban a asomar las primeras cabezas en la cubierta de otro junco, por lo que mantuve el *Reindeer* junto a él lo suficiente para que George pudiese saltar a bordo.

Ahora toda la flota estaba en marcha. Además de las velas habían desplegado unos remos largos y los juncos, en su huida, surcaban la bahía en todas direcciones. Yo me encontraba solo en el *Reindeer* e intentaba capturar febrilmente un tercer trofeo. El primer junco tras el que fui resultó imposible de atrapar porque orientó las velas y salió sorprendentemente disparado. Ceñía el viento medio punto más que el *Reindeer* y empecé a sentir respeto por aquella tosca embarcación. Al darme cuenta de lo inútil de la persecución me aparté del viento, largué la mayor y maniobré para caer sobre los juncos que tenía a sotavento, ya que estaban en desventaja.

El que había elegido titubeaba indeciso por delante de mí y, aprovechando que yo ampliaba mi viraje para abordarlo sin problemas, ganó el viento y salió pitando, con los mongoles gritando a un ritmo de locos mientras se inclinaban sobre los remos. Pero yo ya me lo esperaba. Orcé de repente. Puse todo a sotavento, haciendo fuerza con el cuerpo sobre el timón para que no se moviera y cacé la mayor paso a paso mientras avanzaba para conservar tanta potencia de choque como fuese posible. Los dos remos de estribor del junco quedaron aplastados y ambas embarcaciones colisionaron. El bauprés del *Reindeer*, como una mano monstruosa, se adelantó y arrancó el mástil grueso y pesado del junco, con su enorme vela.

Eso provocó un grito de ira de los que hielan la sangre. Un chino enorme, de aspecto notablemente siniestro, con la cabeza envuelta en un pañuelo de seda amarillo y la cara llena de marcas de viruela, apoyó un bichero contra la proa del *Reindeer* y empezó a separar las embarcaciones enredadas. Tras aguardar a que soltara las drizas del foque y en el momento en que el *Reindeer* quedó libre y empezaba a retroceder, salté a bordo del junco con un cabo y lo hice firme. El del pañuelo amarillo y la cara marcada de viruela

vino hacia a mí con gesto amenazador, pero hice ademán de meter la mano en el bolsillo y dudó. Yo iba desarmado, sin embargo los chinos han aprendido a tener cuidado con los bolsillos traseros de los norteamericanos, y de eso dependía yo para mantener a raya a aquel tipo y a su tripulación de salvajes.

Le ordené que echase el ancla a proa del junco, a lo que respondió: «No entendel». La tripulación reaccionó de la misma forma y, aunque me expliqué por señas, se negaron a comprenderme. Me di cuenta de que no tenía sentido discutir el asunto, así que me acerqué, rebasé la línea y solté el ancla.

—Y ahora, que suban cuatro a bordo —dije en voz alta, indicando con los dedos que cuatro de ellos tenían que venir conmigo y el quinto permanecer en el junco.

El del pañuelo amarillo dudó, pero repetí la orden vehementemente (mucho más de lo que me pareció), a la vez que acercaba la mano al bolsillo. Otra vez se mostró amedrentado y, entre miradas ariscas, subió a bordo del *Reindeer* junto con tres de sus hombres. Solté amarras de inmediato y, dejando el foque arriado, puse rumbo al junco de George. Allí las cosas resultaron más sencillas, porque ya éramos dos y George tenía una pistola a la que recurrir en caso necesario. Allí también, como había ocurrido en mi junco, cuatro chinos pasaron al balandro y otro se quedó a bordo de su embarcación.

Nuestra lista de pasajeros aumentó con los cuatro del primer junco. Para entonces el salmonero había recogido a sus doce prisioneros y se hallaba a nuestro costado, con una sobrecarga evidente. Para empeorar la situación, como era una embarcación pequeña, los patrulleros estaban tan apretujados entre los prisioneros que tendrían muy pocas posibilidades en caso de surgir problemas.

—Vas a tener que ayudarnos —dijo Le Grant.

Miré hacia mis prisioneros, que se habían amontonado en el interior de la cabina y encima de ella.

—Puedo hacerme cargo de tres —respondí.

—Que sean cuatro —sugirió—, y me llevo a Bill conmigo. (Bill era el tercer patrullero). Aquí no tenemos sitio para reaccionar y si se produce una reyerta, uno de nosotros por cada dos de ellos será una proporción más que ajustada.

Realizamos el intercambio y el barco salmonera izó la cebadera y se internó en la bahía hacia las marismas de San Rafael. Yo icé el foque y lo seguí con el *Reindeer*. San Rafael, donde debíamos entregar nuestra captura a las autoridades, se comunicaba con la bahía por medio de un barrizal tortuoso

y largo, o estuario pantanoso, que solo podía navegarse cuando la marea estaba alta. Había llegado el momento de la calma entre mareas y, como el reflujo estaba a punto de comenzar, teníamos que darnos prisa si queríamos evitar esperar medio día hasta que subiese la siguiente marea.

Pero la brisa costera había empezado a desvanecerse al salir el sol y ahora solo soplaba de vez en cuando y muy debilitada. El salmonero sacó los remos y pronto nos dejó atrás. Algunos de los chinos permanecían de pie en la parte de la bañera hacia proa, cerca de las puertas de la cabina y en una ocasión, al agacharme por encima de la barandilla de la bañera para tensar la escota del foque, noté que alguien rozaba mi bolsillo trasero. Hice como que no me enteraba, pero por el rabillo del ojo comprobé que Pañuelo Amarillo había descubierto que el bolsillo que hasta entonces lo amedrentaba estaba vacío.

Para empeorar la situación, durante el tiempo empleado en abordar los juncos nadie había achicado el *Reindeer* y el agua empezaba a rezumar sobre el suelo de la bañera. Los pescadores de gambas la señalaron y me miraron inquisitivamente.

—Sí —dije—. Nos iremos a pique muy pronto si no achicáis ya, ¿entendéis?

No, no entendían, o al menos dijeron que no con la cabeza, aunque comentaron la situación entre ellos en su propia jerga. Levanté tres o cuatro de las tablas del suelo, saqué un par de cubos de un armario y por medio de unas señas inequívocas les invité a ponerse manos a la obra. Pero se rieron, algunos se apelotonaron en el interior de la cabina y el resto encima de ella.

Su risa no transmitía nada bueno. Contenía un atisbo de amenaza, una malicia que sus miradas asesinas corroboraban. Pañuelo Amarillo, tras descubrir que mi bolsillo estaba vacío, se mostraba de lo más insolente y se escabullía entre los demás prisioneros, hablándoles con gran formalidad.

Tragándome la rabia que sentía, bajé a la cabina y empecé a achicar. Pero no bien acababa de empezar cuando la botavara osciló, la mayor dio una sacudida al tomar el viento y el *Reindeer* se escoró. Se levantaba la brisa. George no era más que un marinero de agua dulce, así que me vi obligado a dejar de achicar y ocuparme de la caña. El viento soplaba desde cabo Pedro y las altas montañas que se alzaban tras él, por eso llegaba a ráfagas y era inestable: a veces hinchaba las velas y otras las hacía flamear vanamente.

George demostró ser el tipo más inútil que vi en mi vida. Entre otras desventajas, estaba tísico y yo sabía que si lo ponía a achicar podría causarle una hemorragia. Sin embargo, la manera en que ascendía el nivel del agua me advirtió que había que hacer algo. Volví a ordenar a los pescadores de gambas

que echasen una mano con los cubos. Se rieron desafiantes y los que estaban en el interior de la cabina, con el agua por los tobillos, se pusieron a hablar a gritos con los de fuera.

—Será mejor que saques el arma y los obligues a achicar —le dije a George.

Pero negó con la cabeza y demostró claramente que estaba aterrado. Los chinos se dieron tanta cuenta como yo del miedo que sentía y su insolencia se volvió insufrible. Los que estaban en la cabina forzaron los armarios de la comida y los de arriba bajaron y se unieron a ellos en un festín organizado con nuestras galletas y alimentos enlatados.

—¿Qué más nos da? —dijo George sin convicción.

Yo echaba humo del enfado que tenía.

—Si se desmadran, será demasiado tarde para preocuparnos. Lo mejor que puedes hacer es meterlos en cintura ahora mismo.

El nivel del agua no dejaba de subir y las ráfagas de brisa, predecesoras de un viento constante, eran cada vez más fuertes. Entre ráfaga y ráfaga los prisioneros, tras hacerse con comida para una semana, se dedicaron a apelotonarse primero en un costado y luego en el otro hasta que el *Reindeer* acabó balanceándose como un cascarón. Pañuelo Amarillo se acercó a mí y, señalando su aldea en la playa de cabo Pedro, me dio a entender que, si ponía el *Reindeer* en esa dirección y los dejaba en tierra, ellos se ocuparían de achicar. Para entonces el agua en la cabina llegaba hasta las literas y la ropa de cama estaba empapada. En la bañera habría unos treinta centímetros. Sin embargo me negué y por el gesto que puso George me di cuenta de que estaba decepcionado.

—Si no das muestras de valor se impondrán a nosotros y nos arrojarán por la borda —le dije—. Será mejor que me entregues el revólver, si quieres salir ileso de ésta.

—Lo más seguro —dijo el muy cobarde— es llevarlos a tierra. Yo desde luego no quiero ahogarme por culpa de un puñado de chinos asquerosos.

—Y yo no quiero ceder ante un puñado de chinos asquerosos para evitar ahogarme —respondí muy enfadado.

—A este paso hundirás el *Reindeer* —lloriqueó—. Y no entiendo de qué servirá eso.

—Cada cual a su gusto —repliqué.

No contestó pero vi que temblaba lastimosamente. Entre los chinos amenazantes y el agua cada vez más alta estaba muerto de miedo. Yo le tenía más miedo a él y a lo que su pánico lo empujase a hacer que al agua y a los

chinos. Me di cuenta de que miraba con deseo al pequeño esquife que remolcábamos a popa, así que aprovechando la siguiente calma tiré del esquife y lo situé al costado. Mientras lo hacía la esperanza iluminó sus ojos pero, antes de que pudiera adivinar mis intenciones, destrocé el frágil fondo con un hacha de mano y el esquife se hundió hasta la regala.

—O nos hundimos o flotamos juntos —dije—. Si me das tu revólver conseguiré que el *Reindeer* quede achicado en un minuto.

—Son demasiados para nosotros —lloriqueó—. No podemos enfrentarnos a todos.

Le di la espalda asqueado. El salmonero se había perdido de vista hacía un buen rato tras un archipiélago conocido como islas Marín, por lo que no podía esperar ayuda por ese lado. Pañuelo Amarillo se acercó a mí con demasiada confianza y el agua de la bañera golpeando contra sus piernas. No me gustó su gesto. Me pareció que bajo la sonrisa amable que intentaba reflejar en su rostro se escondían sus malas intenciones. Le ordené que retrocediese y lo hice con tal brusquedad que obedeció.

—Mantente a distancia —exigí— y no te acerques más.

—¿Pol qué? —preguntó indignado—. Pensal hablal sel bueno.

—Hablal —dije con resentimiento porque comprendí que había entendido todo lo que George y yo habíamos dicho—. ¿De qué quelel hablar? Tú no sabel hablal.

Me dedicó una sonrisa enfermiza.

—Sí. Yo mucho sabel. Yo chino honlado.

—De acuerdo —respondí—, si sabel hablar, entonces achical agua mucha mucha. Después de eso hablal.

Negó con la cabeza mientras señalaba a sus compinches por encima del hombro.

—No podel. Chinos mucho malos. Mucho malos. Yo pensal…

—¡Atrás! —grité porque vi su mano desaparecer bajo la camisa y su cuerpo prepararse para saltar.

Desconcertado, regresó a la cabina para celebrar una reunión de emergencia, o eso parecía por la forma en que todos parloteaban. El *Reindeer* estaba muy hundido y sus movimientos se habían ralentizado. Si el mar estuviese picado, sin duda se lo habrían tragado las olas; pero el viento, cuando soplaba, lo hacía desde tierra y solo alguna que otra ondulación agitaba la superficie de la bahía.

—Creo que será mejor que pongas rumbo a la playa —dijo George de repente y en un tono que me indicó que su miedo lo había obligado a tomar

una decisión.

—No estoy de acuerdo —me limité a contestar.

—Te lo ordeno —dijo con voz amenazadora.

—Tengo órdenes de llevar estos prisioneros a San Rafael —fue mi respuesta.

Habíamos elevado el tono y el ruido del altercado hizo salir a los chinos de la cabina.

—¿Pondrás ahora rumbo a la playa?

Eso dijo George y me apuntó de cerca con el cañón de su revólver, del revólver que se atrevía a usar contra mí pero con el que su cobardía no le dejaba amenazar a los prisioneros.

Fue como si una clarividencia deslumbrante golpeara mi cerebro. Vi la situación con total lucidez desde todos sus ángulos: la vergüenza de perder a los prisioneros, la inutilidad y cobardía de George, el encuentro con Le Grant y demás patrulleros y la pobre excusa que podría darles; y luego vi lo mucho que me había esforzado y cómo estaban a punto de arrebatarme la victoria justo en el momento en que la creía a mi alcance. Por el rabillo del ojo observé a los chinos agruparse junto a las puertas de la cabina con una sonrisa de triunfo en los rostros. No lo consentiría.

Levanté la mano y bajé la cabeza. Con el primer gesto elevé la boca del cañón y con el segundo aparté la cabeza de la trayectoria de la bala, que pasó silbando muy cerca. Con una mano atenacé la muñeca de George y con la otra el revólver. Pañuelo Amarillo y su pandilla saltaron hacia mí. Concentrando todas mis fuerzas en un acto repentino conseguí darle la vuelta al cuerpo de George para que quedase entre ellos y yo. Luego tiré hacia atrás con la misma rapidez, le arranqué el revólver de los dedos, lo levanté del suelo y lo lancé hacia delante. Dio contra las rodillas de Pañuelo Amarillo, que se tambaleó y ambos cayeron en el hueco para achicar, donde había levantado las tablas de la bañera. Al instante los apuntaba con el revólver y los violentos pescadores de gambas se encogían de miedo y se arrastraban serviles.

Aunque enseguida descubrí que hay una gran diferencia entre disparar contra hombres que atacan a hacerlo contra quienes simplemente se niegan a obedecer. Porque no quisieron obedecer cuando les ordené que achicaran. Los amenacé con el revólver pero se sentaron imperturbables en la cabina inundada y sobre su techo y no quisieron moverse.

Transcurrieron quince minutos, el *Reindeer* se hundía cada vez más mientras la mayor flameaba en medio de la calma. Pero desde la costa de cabo Pedro vi que una línea oscura se formaba sobre el agua y venía hacia

nosotros. Era el viento constante que llevaba tanto tiempo esperando. Llamé a los chinos y lo señalé. Lo recibieron con exclamaciones. Luego señalé la vela y el agua del *Reindeer* y por señas les indiqué que cuando el viento alcanzase la vela, el agua que había a bordo nos haría volcar. Pero se burlaron de mí, desafiantes, porque sabían que en mi mano estaba orzar el timón y soltar la mayor para evitar el viento y no sufrir daños.

Sin embargo, yo ya había decidido. Recogí la mayor unos cincuenta centímetros, la giré, asenté bien los pies y apoyé la espalda en la caña del timón. Así disponía de una mano para manejar la escota y de otra para el revólver. La línea oscura se acercaba y vi que los chinos la miraban, luego me miraban a mí y volvían a ella con una aprensión que no lograban ocultar. Mi mente, mi voluntad y mi capacidad de resistir se enfrentaban a las de ellos y el problema estaba en ver quién aguantaría más tiempo, sin ceder, la tensión de una muerte inminente.

Entonces el viento nos golpeó. La mayor se tensó con el brusco crujido de las pastecas, se alzó la botavara, la vela se hinchó y el *Reindeer* se escoró, más y más, hasta que la barandilla de sotavento se hundió, la cubierta se hundió, las ventanas de la cabina se hundieron y el agua empezó a rebasar la barandilla de la bañera. Había escorado con tanta violencia que los hombres de la cabina cayeron unos encima de los otros sobre la litera de sotavento, donde se retorcían y se contorsionaban mientras el agua los empapaba y estaba a punto de ahogar a los que se encontraban más abajo.

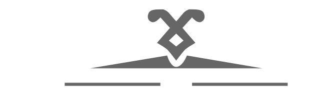
El viento sopló un poco más fuerte y el *Reindeer* se escoró aún más. Por un instante creí que lo había perdido y supe que otra ráfaga como esa significaría el fin. Mientras lo retenía y debatía si ceder o no, los chinos gritaron pidiendo clemencia. Creo que fue el sonido más dulce que he oído en mi vida. Entonces y nunca antes orcé y solté la mayor. El *Reindeer* se enderezó muy despacio, pero cuando se estabilizó estaba tan inundado que dudé de poder salvarlo.

Sin embargo, los chinos salieron como locos a la bañera y empezaron a achicar con cubos, cacerolas, sartenes y todo cuanto encontraron a mano. ¡Qué delicia ver tanta agua salir disparada por la borda! Cuando el *Reindeer* recuperó su orgullosa posición sobre la superficie, salimos disparados con el viento a favor y, en el último momento posible, cruzamos la marisma y nos adentramos en el estuario.

Los chinos habían perdido la moral y se volvieron tan dóciles que, antes de llegar a San Rafael, desembarcaron para hacerse cargo de la sirga y remolcar el balandro, Pañuelo Amarillo a la cabeza de todos. En cuanto a

George, ésa fue su última salida con la patrulla pesquera. Dijo que aquello no era lo suyo y que creía que le iría mejor con un trabajo de oficina en tierra. Nosotros estuvimos de acuerdo.

[1902]



La liga de los ancianos

EN EL CUARTEL iban a juzgar a un hombre que seguramente perdería la vida. Se trataba de un anciano, un nativo del río Whitefish, que desemboca en el Yukón por debajo del lago Le Barge. Todo Dawson se hallaba alterado por el caso, al igual que los demás habitantes del Yukón a lo largo de más de mil quinientos kilómetros cauce arriba y otros tantos cauce abajo. El anglosajón ladrón de tierras y de mares tiene por costumbre imponer sus leyes a los pueblos conquistados y a menudo esas leyes son duras. Pero en el caso de Imber, por una vez parecían inadecuadas y débiles. Según la naturaleza matemática de las cosas, la equidad no residía en el castigo que se le iba a imponer. El castigo se conocía de antemano, de eso no cabía duda; y aunque sería la pena capital, Imber solo poseía una vida, mientras que se había cobrado decenas de ellas.

De hecho, tenía las manos manchadas con la sangre de tantos que resultaba imposible enumerar con precisión los asesinatos que se le atribuían. Mientras fumaban una pipa junto al camino o ganduleaban pegados a la estufa, los hombres intentaban realizar un cálculo aproximado de a cuántos había matado. Todos los pobres asesinados eran blancos y habían muerto de uno en uno, a pares o en grupos. Tan sin sentido y gratuitas habían sido esas muertes que llevaban mucho tiempo siendo un misterio para la Policía Montada, incluso en la época de los capitanes y más tarde, cuando se encontró oro en los arroyos y llegó un gobernador enviado por el Dominio para obligar a la región a pagar por su prosperidad.

Pero más misterioso aún era el hecho de que Imber se hubiese presentado en Dawson para entregarse. A finales de primavera, cuando el Yukón gruñía y se retorcía bajo el hielo, el anciano indio ascendió con gran esfuerzo la orilla, procedente del camino que seguía el cauce del río, y se quedó mirando la calle principal sin dejar de parpadear. Los testigos de su llegada se fijaron en que estaba débil y tambaleante y en que se acercó como pudo a una pila de troncos para construir casas y se sentó. Allí se quedó sentado un día entero, mirando al frente sin descanso, a la incesante marea de hombres blancos que pasaba junto a él. Más de una cabeza se desvió para interceptar su mirada y se

hizo más de un comentario tocante al viejo indio de gesto extraño en el rostro. Muchos recordaron después que tan extraordinaria figura les había llamado la atención y ya para siempre se enorgullecieron de su rápida perspicacia para detectar lo inusual.

Sin embargo, fue a Dickensen, al pequeño Dickensen, a quien le tocó ser el héroe de la ocasión. El pequeño Dickensen había llegado a la región cargado de sueños y el bolsillo lleno de dinero, pero los sueños se desvanecieron con el capital y, para ganarse el pasaje que le permitiría volver a Estados Unidos, había aceptado un puesto de administrativo en la correduría Holbrook and Mason. Frente a la oficina de Holbrook and Mason, al otro lado de la calle, se encontraba la pila de troncos sobre la que se sentaba Imber. Dickensen miró por la ventana hacia él antes de salir a comer; cuando regresó volvió a mirar y el viejo indio continuaba allí.

Dickensen siguió mirando por la ventana y él también se enorgulleció —después y para siempre— de su rápida perspicacia. Era un joven romántico y comparó al viejo pagano inmóvil con el espíritu de la raza india que observaba con mirada tranquila las huestes de sajones invasores. Transcurrieron las horas sin que Imber variara su postura, sin que moviese mínimamente un solo músculo, y Dickensen se acordó de aquel hombre que había permanecido sentado y erguido en un trineo, en la calle principal, mientras la gente pasaba en todas direcciones. Habían pensado que el hombre estaba descansando, pero luego, cuando lo tocaron, descubrieron que estaba frío y tieso, que había muerto congelado en medio de una calle abarrotada. Para estirarlo y poder meterlo en un ataúd tuvieron que arrastrarlo hasta una hoguera y dejar que se descongelara un poco. Dickensen se estremeció al recordarlo.

Más tarde, Dickensen salió a la calle para fumar un puro y desconectar; y un poco después pasó por allí Emily Travis. Emily Travis era grácil, delicada y especial, y ya estuviese en Londres o en el Klondike, ella se vestía como correspondía a la hija de un ingeniero de minas millonario. El pequeño Dickensen depositó su puro sobre el alféizar de una ventana, donde pudiese recuperarlo después, y se quitó el sombrero para saludar.

Charlaron durante unos diez minutos y entonces Emily Travis, mirando por encima del hombro de Dickensen, dejó escapar un gritito de sorpresa. Dickensen se giró para ver y también se sorprendió. Imber había cruzado la calle y se encontraba allí de pie, una sombra demacrada y hambrienta, con la mirada fija en la joven.

—¿Qué quieres? —preguntó el pequeño Dickensen, trémulamente intrépido.

Imber gruñó y se acercó más a Emily Travis. La miró de arriba abajo, con atención y a fondo, hasta el último centímetro cuadrado. Parecía interesarle especialmente su cabello sedoso y castaño y el rubor de sus mejillas, delicado y suave como las manchas aterciopeladas del ala de una mariposa. Caminó a su alrededor, observándola con la mirada calculadora de quien estudia las líneas de un caballo o un barco. En el curso de su recorrido, la estructura rosada de la oreja se interpuso entre sus ojos y el sol que viajaba hacia poniente, y se detuvo a contemplar su transparencia. Luego volvió al rostro y miró sus ojos azules fijamente y durante un buen rato. Gruñó y apoyó una mano en el brazo de la joven, a medio camino entre el hombro y el codo. Con la otra mano levantó el antebrazo de ella y lo echó hacia atrás. A su cara asomaron asco y asombro, y dejó caer el brazo con un gruñido despectivo. Luego musitó unas pocas sílabas guturales, le dio la espalda y se dirigió a Dickensen.

Dickensen no entendió lo que decía y Emily Travis se rio. Imber los miraba frunciendo el ceño, pero los dos negaron con la cabeza. Estaba a punto de irse cuando la joven dijo:

—¡Eh, Jimmy! ¡Ven aquí!

Jimmy llegó desde el otro lado de la calle. Era un indio grande, descomunal, vestido al estilo aprobado por el hombre blanco y con un sombrero de rey de Eldorado en la cabeza. Habló con Imber titubeando, entre espasmos guturales. Jimmy era un sitka y conocía someramente los dialectos del interior.

—Ser hombre de los whitefishs —dijo a Emily Travis—. Yo no saber mucho su lengua. El querer ver jefe hombre blanco.

—El gobernador —sugirió Dickensen.

Jimmy habló un poco más con el whitefish y su rostro adoptó un gesto serio y perplejo.

—Creo que querer ver capitán Alexander —explicó—. Decir que matar hombre blanco, mujer blanca, niño blanco, matar mucha gente blanca. El querer morir.

—Supongo que es un demente —dijo Dickensen.

—¿Eso ser qué? —preguntó Jimmy.

Dickensen se llevó un dedo a la sien y le imprimió un movimiento rotatorio.

—Poder ser, poder ser —dijo Jimmy y se volvió hacia Imber, que continuaba pidiendo ver al jefe del hombre blanco.

Un policía montado (sin montura para servir en el Klondike) se unió al grupo y oyó la repetición del deseo de Imber. Se trataba de un joven robusto, ancho de hombros y de pecho, de piernas bien formadas y amplia zancada y, aunque Imber era muy alto, le llevaba media cabeza. Tenía los ojos grises, de mirada serena e imperturbable, y se comportaba con la peculiar confianza que da el poder implícito en la sangre y la tradición. Su magnífica masculinidad quedaba enfatizada por su excesivo aspecto juvenil —no era más que un muchacho— y sus suaves mejillas prometían sonrojarse tanto como las de una doncella.

Imber se acercó a él de inmediato. Sus ojos llamearon al ver el corte de sable que marcaba una de sus mejillas. Pasó una mano envejecida por la pierna del hombre y acarició el músculo desarrollado. Golpeó el ancho pecho con los nudillos y apretó y toqueteó los densos músculos que cubrían los hombros a modo de coraza. Al grupo se habían unido transeúntes curiosos y fornidos mineros, montañeros y habitantes de la frontera, descendientes de varias generaciones de hombres de piernas largas y anchos de hombros. Imber los fue mirando a todos y luego habló en voz alta, utilizando la lengua de los whitefishs.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Dickensen.

—Decir que ese sí ser un hombre, ese policía —interpretó Jimmy.

El pequeño Dickensen era pequeño y, al estar delante la señorita Travis, se arrepintió de haber preguntado.

El policía se compadeció de él y quiso echarle un cable.

—Es posible que su historia tenga interés. Lo llevaré a ver al capitán. Dile que me acompañe, Jimmy.

Jimmy se entregó a más espasmos guturales e Imber gruñó y pareció satisfecho.

—Pero Jimmy, pregúntale qué dijo y por qué me agarró del brazo —intervino Emily Travis y Jimmy hizo la pregunta y recibió la respuesta.

—Él decir tú no tener miedo —tradujo Jimmy.

Emily Travis se mostró satisfecha.

—Él decir tú no *skookum*, no fuerte, y suave como bebé. El poder romperte en pedazos con sus manos. Hacer gracia y parecer raro que tú poder ser madre de hombres tan grandes, tan fuertes como ese policía.

Emily Travis no bajó la mirada y la mantuvo firme, pero sus mejillas se tiñeron de rojo. El pequeño Dickensen se puso colorado y se sintió muy

incómodo. La sangre joven encendió el rostro del policía.

—Ven conmigo, anda —dijo secamente mientras abría camino entre la multitud.

Así fue como Imber llegó al cuartel, donde confesó de forma voluntaria y completa, y de cuyos límites no volvió a salir.

☘

IMBER PARECÍA MUY CANSADO. Su rostro mostraba la fatiga de la desesperanza y la edad. Sus hombros se encorvaban tristemente y en los ojos faltaba el brillo. El pelo tenía que haber sido blanco, pero el sol y el clima lo habían quemado y maltratado hasta el punto de que colgaba mustio, sin color y sin vida. No le interesaba lo que ocurría a su alrededor. Los hombres de los arroyos y el camino se apiñaban en la sala de justicia, y en los murmullos de sus voces graves había un matiz amenazador que llegaba a los oídos de Imber como el resonar del mar en las cavernas más profundas.

Se hallaba sentado junto a una ventana y su mirada apática se posaba de vez en cuando en el deprimente exterior. El cielo estaba nublado y caía una llovizna gris. Era la época de la crecida del Yukón. El hielo se había derretido y el río había subido hasta la ciudad. Por la calle principal, en una u otra dirección y en canoas y bateas, pasaba la gente que nunca descansaba. A menudo las embarcaciones se desviaban de la calle principal para acceder a la plaza de armas del cuartel, inundada como el resto. A veces desaparecían bajo sus ojos y las oía golpear contra los troncos y a sus ocupantes acceder al edificio por alguna ventana. Después oía el ruido que hacía el agua contra las piernas de los hombres mientras vadeaban la sala de abajo y empezaban a subir las escaleras. Luego aparecían en el umbral, con el sombrero en la mano y las botas de agua empapadas, y se sumaban a la multitud que aguardaba.

Mientras fijaban la vista en él y con macabra expectación disfrutaban del castigo que se le impondría, Imber los miraba y meditaba sobre sus costumbres y sobre su Ley que nunca dormía, sino que seguía adelante sin detenerse, en tiempos buenos y malos, en época de inundaciones y hambruna, entre problemas y el miedo a morir, y que según le parecía a él seguiría adelante siempre, hasta el final de los tiempos.

Un hombre dio varios golpes sobre una mesa y las conversaciones se volvieron silencio. Imber miró al hombre. Parecía tener autoridad, pero el

indio adivinó que el hombre de rostro cuadrado que se sentaba más atrás ante otra mesa era el jefe de todos ellos y del hombre que había golpeado. Otro hombre sentado a la misma mesa se puso de pie y empezó a leer en voz alta un montón de hojas de papel. Al comenzar cada hoja se aclaraba la garganta y al terminar se humedecía los dedos. Imber no comprendía su lengua, pero los demás sí y se daba cuenta de que se enfadaban al oírlo. A veces se enfadaban mucho y hubo un momento en el que un hombre lo maldijo claramente, de una forma hiriente y tensa, hasta que uno de los de la mesa lo hizo callar.

El otro leyó durante un período de tiempo interminable. Su forma de expresarse, monótona y cantarina llevó a Imber a una especie de ensoñación y, cuando el hombre calló por fin, se encontraba soñando profundamente. Una voz se dirigió a él en su propia lengua whitefish y se despertó, sin mostrar sorpresa, para encontrarse cara a cara con el hijo de su hermana, un joven que se había marchado años atrás con la intención de vivir entre los blancos.

—No te acuerdas de mí —dijo a modo de saludo.

—Sí —respondió Imber—. Eres Howkan, el que se marchó. Tu madre ha muerto.

—Era una anciana —dijo Howkan.

Pero Imber no lo oyó y Howkan, poniéndole la mano en el hombro, lo despertó.

—Te diré lo que ha leído el hombre, que es el relato de los problemas que causaste y que has contado, hombre necio, al capitán Alexander. Lo comprenderás y dirás si es verdad o no. Así se te ordena.

Howkan frecuentaba a los de la misión, que le habían enseñado a leer y escribir. Sostenía las muchas hojas que el hombre había leído en voz alta, escritas por un secretario cuando Imber confesó, por boca de Jimmy, ante el capitán Alexander. Howkan empezó a leer. Imber escuchó durante un rato hasta que el asombro dominó su rostro y lo interrumpió.

—Eso es lo que dije, Howkan. Pero de tus labios sale lo que no oyeron tus oídos.

Howkan sonrió con satisfacción. Iba peinado con la raya al medio.

—No, sale del papel, Imber. Mis oídos nunca lo oyeron. Sale del papel a través de mis ojos, pasa a mi cabeza y sale por mi boca para que lo oigas. Así es.

—¿Así es? ¿Está en el papel? —La voz de Imber se convirtió en un murmullo sobrecogido mientras hacía crujir las hojas entre el pulgar y el índice y miraba fijamente los símbolos que contenían—. Es una gran magia, Howkan, y tú eres un hacedor de prodigios.

—No es nada, no es nada —respondió el joven con aire despreocupado y lleno de orgullo. Luego continuó leyendo el documento—: «Ese año, antes de que el hielo se fragmentase, llegaron un anciano y un chico con una herida en un pie. También los maté y el anciano hizo mucho ruido…».

—Es verdad —interrumpió Imber, ansioso—. Hizo mucho ruido y tardó en morir. Pero ¿cómo lo sabes, Howkan? ¿Porque te lo dijo el jefe de los hombres blancos? Nadie me vio hacerlo y solo se lo conté a él.

Howkan, impaciente, negó con la cabeza.

—¿No te he dicho ya que está todo en el papel, necio?

Imber se concentró en la superficie garabateada.—Como el cazador mira la nieve y dice: «Por aquí ayer pasó un conejo y aquí, junto al matorral se detuvo para escuchar, oyó y tuvo miedo; aquí volvió al camino; aquí avanzó veloz, a grandes saltos, y aquí, más veloz y con saltos más grandes, llegó un lince; aquí, donde las garras se clavan en la nieve, el lince dio un salto enorme y aquí golpeó, con el conejo debajo, y se revolcó hasta acabar panza arriba; aquí se alejan las huellas del lince solo, ya no hay conejo». ¿Como el cazador mira las huellas en la nieve y dice todo eso, así miras tú también el papel y dices «éstas son las cosas que hizo el anciano Imber»?

—Así —respondió Howkan—. Y ahora escucha y guarda esa lengua de mujer entre los dientes hasta que se te ordene hablar.

Después y durante un buen rato Howkan le leyó su confesión e Imber permaneció callado y pensativo. Al final, dijo:

—Son mis palabras y son ciertas, pero soy viejo, Howkan, y ahora recuerdo cosas que olvidé y que el jefe debe saber. Primero fue el hombre que llegó del otro lado de las montañas de hielo, con trampas ingeniosas hechas de hierro, en busca del castor de los whitefishs. Lo maté. Y tres hombres que buscaban oro en el río Whitefish hace mucho. También los maté y dejé sus cuerpos para que se los comieran los glotones. En Five Fingers fue un hombre con una balsa y mucha carne.

Cuando Imber se detenía para recordar, Howkan traducía y un secretario tomaba nota de lo dicho. La sala al completo escuchaba imperturbable las tragedias sin adornos, hasta que Imber habló de un hombre pelirrojo y bizco a quien había matado de un disparo a gran distancia.

—Demonios —dijo un hombre que ocupaba las primeras filas de los curiosos. Lo dijo conmovido y lleno de pena. Era pelirrojo—. Demonios —repitió—. Ése era mi hermano Bill.

Y durante toda la sesión, a intervalos diferentes, su solemne «demonios» se oyó en la sala. Ni sus amigos lo contuvieron ni el hombre que daba los

golpes sobre la mesa pidió silencio.

La cabeza de Imber se inclinó una vez más y sus ojos se apagaron como si una película los hubiese cubierto para alejarlos del mundo. Soñó como solo puede soñar la vejez sobre la colosal futilidad de la juventud.

Más tarde Howkan volvió a despertarlo diciendo:

—Ponte de pie, Imber. Se te ordena que digas por qué causaste estos problemas, mataste a tanta gente y al final viniste hasta aquí en busca de la Ley.

Imber se levantó sin fuerzas y tambaleando. Empezó a hablar en voz baja, casi un murmullo, pero Howkan lo interrumpió.

—Este anciano está loco —dijo en inglés al hombre de cara cuadrada—. Dice tonterías propias de un niño.

—Pues escucharemos lo que diga, aunque sea propio de un niño —respondió el hombre de cara cuadrada—. Y lo escucharemos palabra a palabra, tal y como él lo diga. ¿Entendido?

Howkan entendió y los ojos de Imber relampaguearon, porque había presenciado el juego entre el hijo de su hermana y el hombre poderoso. Entonces comenzó a contar su historia, la épica de un patriota de piel broncínea que bien podrían las generaciones futuras cincelar en bronce. La multitud mantuvo un silencio extraño y el juez de cara cuadrada apoyó la cabeza en una mano y meditó sobre su alma y el alma de su raza. Solo se oían los tonos graves de Imber, que se alternaban rítmicamente con la voz estridente del intérprete y, de vez en cuando, como una campana de altar, el «demonios» reflexivo y meditabundo del pelirrojo.

—Soy Imber, del pueblo whitefish. —Así empezó a traducir Howkan, que fue presa de su barbarie inherente y perdió la cultura y la pátina civilizada de la misión al impregnarse del ritmo y sonido salvaje que envolvía el relato del anciano Imber—. Mi padre fue Otsbaok, un hombre fuerte. Cuando yo era niño había alegría en la tierra que el sol calentaba. La gente no pasaba hambre en busca de cosas extrañas ni oía voces nuevas, y sus costumbres eran las de sus antepasados. Las mujeres miraban con buenos ojos a los jóvenes y los jóvenes se contentaban con las mujeres. Los bebés colgaban de los pechos de sus madres, mujeres de caderas anchas para aumentar la tribu. En esos tiempos los hombres eran hombres. Lo eran en tiempos de paz y abundancia tanto como en la guerra y la hambruna.

»Entonces había más peces en el agua que ahora y más carne en el bosque. Nuestros perros eran lobos, de pelaje espeso y duro para soportar heladas y tormentas. Nosotros éramos como nuestros perros y resistíamos a la

helada y las tormentas. Cuando los pellys entraban en nuestra región los matábamos y ellos nos mataban a nosotros. Porque los whitefishs éramos hombres y nuestros padres y los padres de nuestros padres habían luchado contra los pellys y marcado los límites de la región.

»Como digo, así eran nuestros perros y así nosotros. Un día llegó el primer hombre blanco. Vino arrastrándose, a cuatro patas, sobre la nieve. Tenía la piel tensa y se le marcaban los huesos. Nunca habíamos visto un hombre así y nos preguntamos de qué extraña tribu sería y de qué región. Estaba débil, muy débil, como un niño pequeño, así que le hicimos sitio junto a la hoguera, le dimos pieles sobre las que tumbarse y con las que abrigarse y lo alimentamos como se alimenta a un niño.

»Con él venía un perro, grande como tres de los nuestros y muy débil. Tenía el pelaje corto, que no abrigaba, y la cola congelada, que se le cayó. Alimentamos a ese perro extraño, le dimos un lugar junto al fuego y lo protegimos de nuestros perros, que si no lo habrían matado. Gracias a la carne de alce y el salmón secado al sol, el hombre y el perro recuperaron fuerzas; y con las fuerzas se sintieron grandes y sin miedo. El hombre gritaba y se reía de los ancianos y de los jóvenes y miraba con descaro a las doncellas. El perro luchó con nuestros perros y, a pesar del pelaje corto y suave, mató a tres en un solo día.

»Cuando le preguntamos al hombre por su tribu, dijo: "Tengo muchos hermanos" y se rio de una forma que no era buena. Cuando recuperó todas sus fuerzas se marchó y con él se fue Noda, hija del jefe. Después de eso, una de nuestras perras tuvo cachorros. Y nunca vimos una raza igual: cabeza grande, mandíbula marcada, pelo corto e indefensa. Recuerdo bien a mi padre, Otsbaok, un hombre fuerte. La ira oscureció su rostro ante tanta indefensión. Cogió una piedra, así y así, y ya no hubo indefensión. Dos veranos después regresó Noda con un niño en brazos.

»Ése fue el principio. Vino otro hombre blanco con perros de pelaje corto que dejó entre nosotros al irse. Pero se llevó seis de nuestros perros más fuertes, por los que había dado a Koo-So-Tee, hermano de mi madre, una pistola maravillosa que disparaba seis veces con gran rapidez. Koo-So-Tee se sintió muy importante con esa pistola y se rio de nuestros arcos y flechas. Decía que eran "cosas de mujeres" y, con la pistola en la mano, fue a enfrentarse al *grizzly* osado, pero ¿cómo podíamos saberlo? ¿Y cómo podía saberlo Koo-So-Tee? Fue a enfrentarse, muy valiente, al *grizzly* osado y disparó la pistola seis veces con rapidez, pero el *grizzly* osado gruñó y lo aplastó como si fuese un huevo; como gotea la miel de una colmena así cayó

al suelo el cerebro de Koo-So-Tee. Era un buen cazador y su mujer y sus hijos no tenían quien les llevase carne. Nos enfadamos y dijimos: “Lo que es bueno para el hombre blanco no lo es para nosotros”. Era verdad. Hay muchos hombres blancos y gordos, pero sus costumbres han hecho que nosotros seamos menos y más delgados.

»Llegó el tercer hombre blanco, con gran riqueza de comidas y cosas maravillosas. Comerció con nosotros y se llevó veinte de nuestros perros más fuertes. Además, a cambio de regalos y grandes promesas, se llevó con él a diez de nuestros jóvenes guerreros en un viaje que nadie sabía adonde conducía. Dicen que murieron en las nieves de las montañas de hielo, donde el hombre nunca ha llegado, o en las colinas del silencio que están más allá del límite de la tierra. Como sea, el pueblo whitefish no volvió a ver ni a los perros ni a los jóvenes cazadores.

»Con los años llegaron más hombres blancos y siempre, entre pagos y regalos, se llevaban a los jóvenes con ellos. A veces algunos volvían contando extrañas historias de peligros y grandes trabajos en las tierras más allá de la región pelly, pero otras veces no regresaban. Nosotros dijimos: “Si esos blancos no temen a la subsistencia es porque tienen muchas vidas; pero los whitefishs somos pocos y los jóvenes ya no se irán más”. Sin embargo, los jóvenes se fueron y también las mujeres. Estábamos furiosos.

»Cierto, comíamos harina y cerdo salado y bebíamos té, que nos gustaba mucho. Pero cuando no conseguíamos té lo pasábamos mal y la ira nos dominaba. Aprendimos a desear las cosas con las que el hombre blanco comerciaba. ¡Comerciar! ¡Comerciar! ¡Todo era comerciar! Un invierno vendimos nuestra carne a cambio de unos relojes de pared que no funcionaban, relojes de pulsera sin nada dentro, limas ya gastadas y pistolas sin munición que no servían para nada. Entonces llegó la hambruna y no teníamos carne. Dos veintenas murieron antes de la primavera.

»“Ahora estamos débiles —dijimos—, los pellys caerán sobre nosotros y cambiarán los límites de nuestra tierra”. Pero lo que nos había pasado a nosotros les ocurrió también a ellos y estaban demasiado débiles para enfrentarse a nosotros.

»Mi padre, Otsbaok, un hombre fuerte, ya era anciano y muy sabio. Habló con el jefe y le dijo: “Mira, nuestros perros no valen nada. Ya no tienen el pelaje espeso ni son fuertes, por lo que mueren bajo el arnés y la helada. Matémoslos, dejando solo los lobos, y a esos soltémoslos de noche para que se apareen con los lobos salvajes del bosque. Así volveremos a tener perros fuertes de pelaje espeso”.

»Escucharon su palabra y los whitefishs fuimos conocidos por nuestros perros, los mejores de la región. Pero no fuimos conocidos por nosotros mismos. Nuestros mejores jóvenes de ambos sexos se habían ido con el hombre blanco a lugares lejanos siguiendo caminos y ríos. Las mujeres volvían viejas y destrozadas, como Noda, o no volvían. Y los hombres regresaban para sentarse durante un tiempo junto a nuestras hogueras, bebiendo brebajes malignos y jugando durante noches y días, siempre con malestar en los corazones, hasta que les llegaba la llamada del hombre blanco y se marchaban a lugares desconocidos. Volvían sin honor ni respeto, despreciando las costumbres antiguas y riéndose en la cara de jefes y chamanes.

»Como he dicho, los whitefishs nos habíamos convertido en una raza débil. Vendimos nuestras pieles de abrigo y de pelo por tabaco, whisky y tejidos finos de algodón que nos dejaban temblando de frío. Sobre nosotros cayó la enfermedad de los que tosen y los hombres y las mujeres tosían y sudaban durante las largas noches y los cazadores del camino escupían sangre sobre la nieve. Ahora uno y luego otro sangraban por la boca y morían. Las mujeres parían pocos hijos y los que nacían eran débiles y dados a enfermar. Nos llegaron otras enfermedades de los blancos, enfermedades que nunca habíamos visto y que no entendíamos. Viruela, sarampión, así he oído que se llaman; y moríamos a causa de ellas como muere el salmón en los remansos cuando en otoño desova y ya no es necesario que siga viviendo.

»Sin embargo, y esto es lo más raro, el hombre blanco llega como el aliento de la muerte: todas sus costumbres llevan a la muerte, su nariz está llena de muerte, pero él no muere. Suyo es el whisky, el tabaco y los perros de pelo corto; suyas son las muchas enfermedades, la viruela y el sarampión, la tos y la sangre en la boca; suya es la piel blanca y la debilidad frente a la helada y la tormenta; y suyas las pistolas que disparan seis veces con rapidez y no sirven para nada. Pero él engorda a pesar de sus muchas enfermedades y prospera; deja caer su mano con fuerza sobre el resto del mundo y pisotea a sus pueblos. Sus mujeres también son suaves y débiles como bebés, frágiles pero nunca se rompen: madres de hombres. De tanta suavidad, enfermedad y debilidad salen la fuerza, el poder y la autoridad. Es posible que sean dioses o demonios, yo no lo sé. Pero ¿qué puedo saber yo, el anciano Imber de los whitefishs? Solo sé que no hay quien comprenda a los hombres blancos, que viajan hasta muy lejos y luchan en toda la tierra.

»Como digo, cada vez había menos carne en los bosques. Cierto, el rifle del hombre blanco es excelente y mata desde muy lejos, pero ¿de qué sirve si

no hay carne que matar? Cuando yo era niño entre los whitefishs había alces en cada colina y cada año llegaba un número incontable de caribúes. Pero ahora el cazador puede pasar diez días en el camino sin que un solo alce alegre sus ojos, mientras que el caribú ya no viene. De poco sirve el rifle que mata de lejos, digo yo, si no hay nada que matar.

»Yo, Imber, medité sobre esas cosas mientras veía a los whitefishs, los pellys y todas las tribus de la tierra perecer como perecía la carne de los bosque. Medité mucho. Hablé con los chamanes y los ancianos sabios. Me alejé para que los sonidos de la aldea no me molestasen y no comí carne para que la barriga no me afectase ni me volviese lento de ojo y oído. Permanecí mucho tiempo sentado y sin dormir en el bosque, con los ojos abiertos a la espera de la señal, con los oídos atentos y pacientes para oír la palabra que habría de llegar. Vagué solitario en plena noche hasta la orilla del río, donde se oía el gemido del viento y el sollozo del agua, y adonde fui en busca de la sabiduría de los fantasmas de los viejos chamanes ocultos entre los árboles y de los demás muertos.

»Al final, como en una visión, vinieron a mí los odiosos perros de pelo corto y lo vi claro. Gracias a la sabiduría de Otsbaok, mi padre y hombre fuerte, habíamos mantenido limpia la sangre de nuestros perros lobo, que habían conservado su pelaje de abrigo y su fuerza para tirar del trineo. Así que regresé a mi aldea y hablé ante los hombres. “Estos hombres blancos forman una tribu —les dije—. Una tribu muy grande y por eso ya no queda carne en sus tierras y vienen entre nosotros para buscar nuevas tierras. Pero nos debilitan y morimos. Son un pueblo muy hambriento. Ya nos hemos quedado sin carne y sería bueno, si conseguimos vivir, que hagamos con ellos lo que hicimos con nuestros perros”.

»Les dije más cosas y aconsejé luchar. Los hombres whitefish escucharon, algunos dijeron una cosa y otros otra, varios comentaron asuntos sin importancia y ninguno habló con valentía ni pronunció palabras de guerra. Pero mientras los jóvenes eran débiles como el agua y tenían miedo, me fijé en que los ancianos permanecían sentados en silencio, mientras sus ojos llameaban. Más tarde, cuando la aldea dormía y nadie se enteró, me llevé a los ancianos al bosque y les hablé. Entonces sí nos pusimos de acuerdo y recordamos los viejos tiempos de libertad y abundancia, de alegría y sol. Nos llamamos hermanos, juramos guardar el secreto y conspiramos para limpiar la tierra de la raza malvada que la asolaba. Ahora está claro que fuimos unos necios, pero ¿cómo íbamos a saberlo nosotros, los ancianos de los whitefishs?

»Para animar a los demás, fui el primero en actuar. Mantuve la guardia en el Yukón hasta que apareció la primera canoa. En ella iban dos hombres blancos y cuando, de pie sobre la orilla, levanté la mano, ellos cambiaron su curso y se dirigieron hacia mí. El hombre que iba en la proa levantó la cabeza para ver qué quería y mi flecha silbó directa hacia su cuello; así fue cómo lo supo. El segundo hombre, que remaba en la popa, casi había levantado el rifle hasta el hombro cuando le alcanzó la primera de las tres jabalinas que lancé.

»"Esos son los primeros —dije cuando los ancianos se reunieron a mi alrededor—. Después uniremos a nuestra liga a todos los ancianos de todas las tribus y luego a los jóvenes que aún conserven la fuerza; entonces el trabajo será más fácil".

»Lanzamos al río a los dos hombres blancos y con la canoa, que era buena, hicimos una hoguera, en la que quemamos las demás cosas que llevaban. Aunque antes las miramos y había sacos de cuero que abrimos con nuestros cuchillos. Dentro de los sacos vimos muchos papeles, como esos de los que has leído, Howkan, con signos que nos maravillaron y no pudimos entender. Ahora ya sé que son la lengua de los hombres, como tú me has dicho.

Un susurro que luego fue un rumor se extendió por la sala cuando Howkan terminó de traducir el asunto de la canoa y se oyó una voz que, por encima de las demás, dijo:

—Ése fue el correo perdido en el 91, transportado por Peter James y por Delaney, con los que Matthews, en su viaje de vuelta, habló por última vez en Le Barge.

El secretario tomó nota y se añadió un párrafo más a la historia del Norte.

—Poco más hay —continuó despacio Imber— que lo que está en el papel. Éramos ancianos y no comprendíamos. Incluso yo, Imber, no comprendo ahora. Matamos en secreto y seguimos matando porque con los años nos habíamos vuelto astutos y sabíamos que se avanza más si no se tiene prisa. Cuando los hombres blancos llegaron con sus miradas negras y sus palabras duras y se llevaron a seis de los jóvenes aprisionados entre unos hierros que los incapacitaban, supimos que debíamos matar más lejos. Uno a uno los ancianos nos marchamos río arriba y abajo, hacia tierras desconocidas. Éramos viejos y valientes, pero el miedo a los lugares lejanos es un miedo terrible para los ancianos.

»Matamos sin prisa y con astucia. Matamos en el Chilkoot y en el delta, desde los pasos de montaña hasta el mar, dondequiera que el hombre blanco acampaba o se detenía a descansar. Cierto, morían, pero no sirvió de nada.

Continuaron llegando del otro lado de las montañas, continuaron siendo cada vez más, mientras nosotros, al ser viejos, éramos cada vez menos. Recuerdo el campamento de un blanco junto a Caribou Crossing. Era un hombre blanco muy pequeño y tres de los ancianos cayeron sobre él mientras dormía. Yo encontré a los cuatro al día siguiente. Solo respiraba aún el blanco y había en él vida suficiente para maldecirme una vez antes de morir.

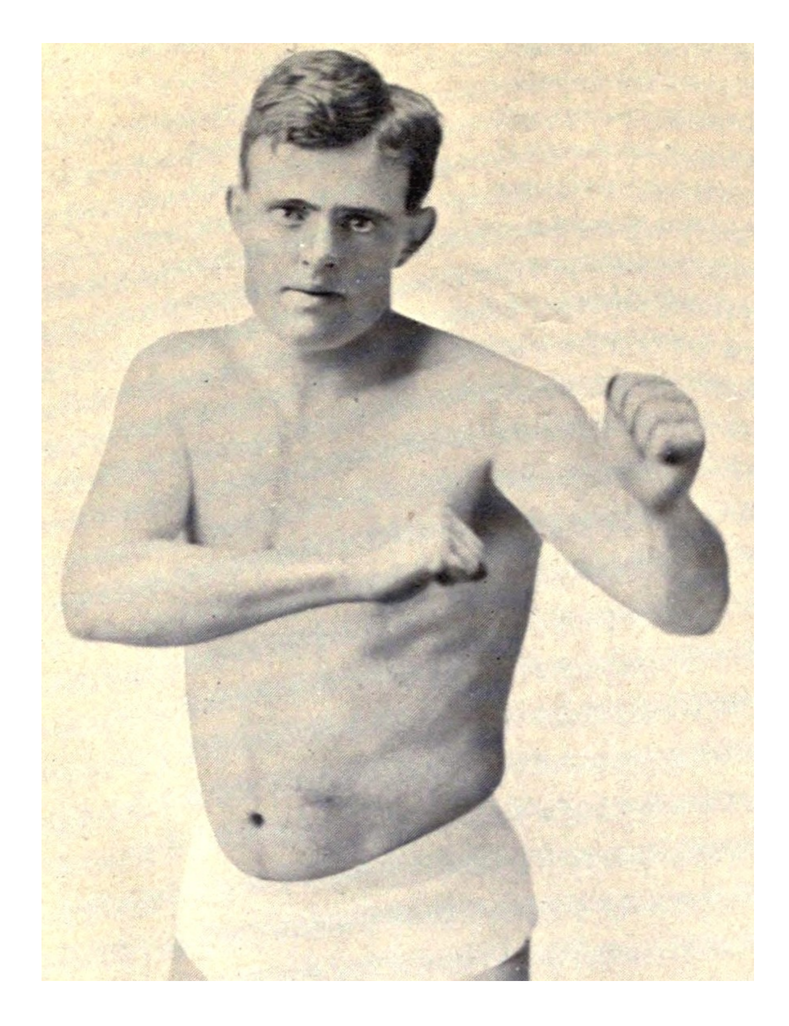
»Así fuimos perdiendo un anciano y luego otro. A veces tardábamos en saber cómo habían muerto y otras no llegamos a enterarnos. Los ancianos de las otras tribus eran débiles, tenían miedo y no quisieron unirse a nosotros. Como he dicho, fueron cayendo uno a uno hasta que solo quedé yo. Yo soy Imber, del pueblo whitefish. Mi padre fue Otsbaok, un hombre fuerte. Ya no quedan whitefishs. Soy el último de los ancianos. Los jóvenes se han ido, algunos para vivir con los pellys, otros con los salmón y la mayoría con los blancos. Ya soy muy viejo, estoy muy cansado y como no sirve de nada luchar contra la Ley, como tú has dicho, Howkan, he venido en busca de la Ley.

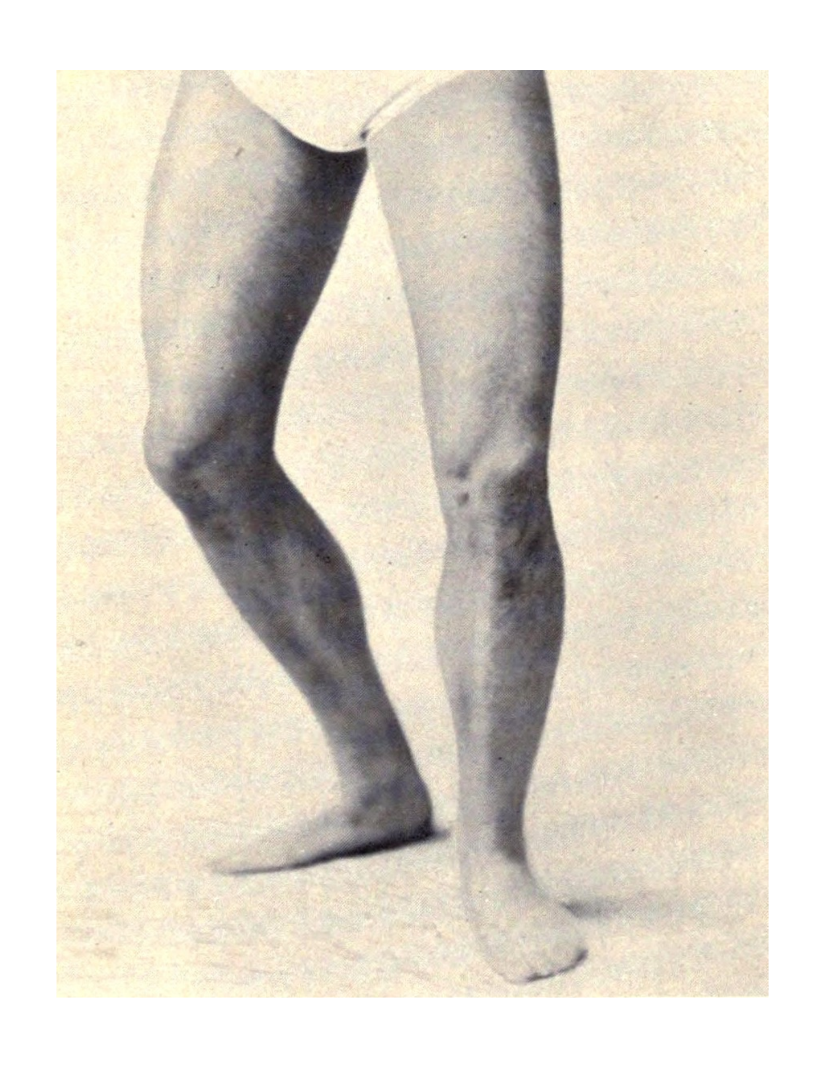
—Oh, Imber, en verdad eres un necio —dijo Howkan.

Pero Imber estaba soñando. El juez de rostro cuadrado también soñaba y su raza entera se alzaba ante sus ojos en una especie de fantasmagoría imponente: su raza cubierta de cota de malla y calzada de acero, la que legisla y construye el mundo entre las familias de los hombres. La vio amanecer, como una luz roja parpadeante sobre los bosques oscuros y los mares sombríos; la vio brillar con fuerza, sangrienta y escarlata, hasta alcanzar la victoria del mediodía; la vio descender la colina entre sombras, mientras las arenas rojas como la sangre se perdían en la noche. Y siempre la Ley, despiadada y contundente, siempre inquebrantable, decretando, más grande que esas motas que eran los hombres que la hacían cumplir o que sufrían su peso; más grande que él, aunque su corazón sintiese la necesidad de ablandarse en aquel momento.

[1902]

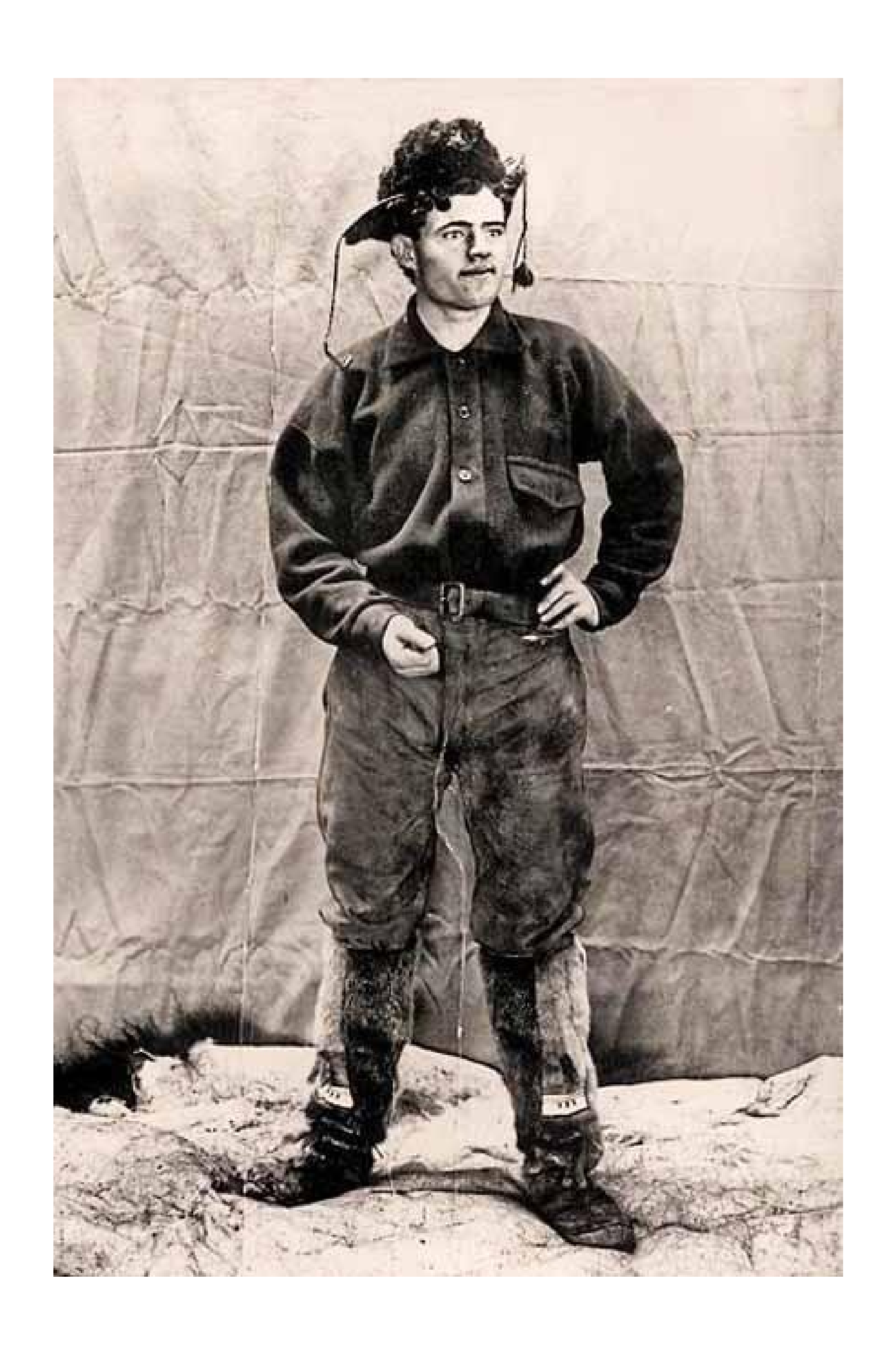






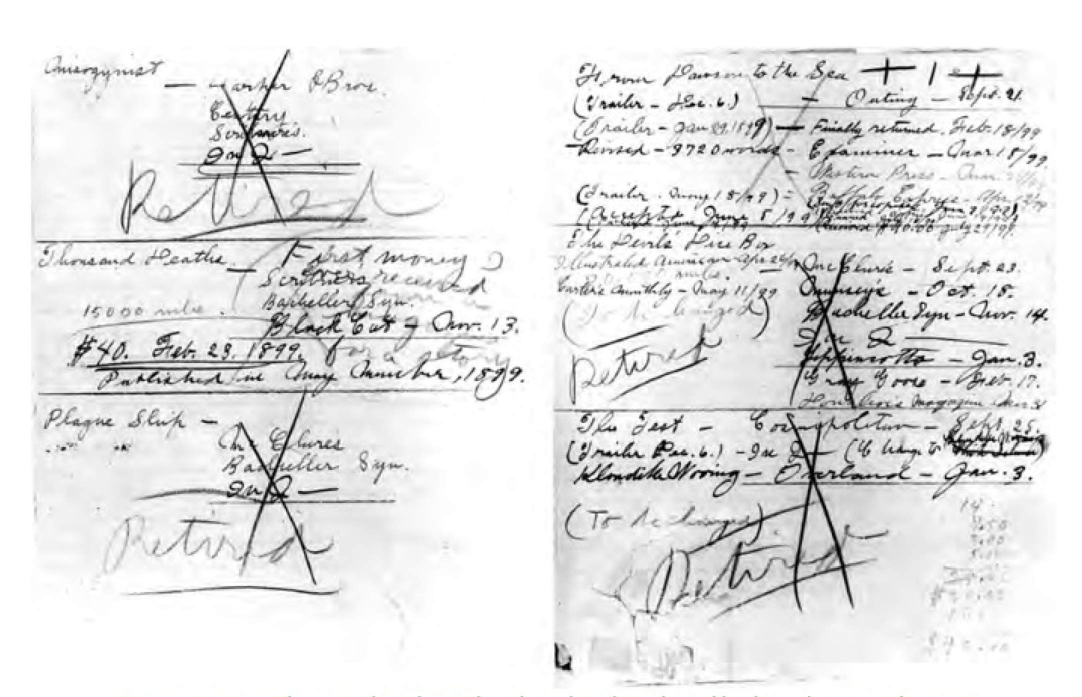






Ilustraciones para «El apuesto grumete», publicado en *The Owl Magazine* en julio de 1899.





Thousand Deaths — First money Scribner's received
15000 words.
Bacheller Syn.
Black Cat — Nov. 13.
$40. Feb. 23. 1899.
Published in May number, 1899.

Plague Ship —
McClure's
Bacheller Syn.

Returned

From Dawson to the Sea
(Trailer — Dec. 6.) — Outing — Sept. 21.
(Trailer — Jan. 29. 1899) — Finally returned. Feb. 18/99
Revised — 9720 words — Examiner — Mar. 18/99
(Trailer . Aug. 18/99) — Buffalo Express

The Devil's Dice Box
McClure — Sept. 23.
Munsey's — Oct. 18.
Bacheller Syn. — Nov. 14.
Lippincott's — Jan. 3.

Returned

The Test — Cosmopolitan — Sept. 25.
(Trailer Dec. 6.)
Klondike Wooing — Overland — Jan. 3.
(To be changed)

Returned

Páginas que recogen las ventas logradas por los relatos de Jack London publicados en las revistas literarias.



Leyendo en público en junio de 1901 en Forestville (California).

To my mother—
—who has trav-
ailed sore with me
in the making of
men & women to
breathe & move &
do things in the
printed pages of
a book.

Jack.

May 22, 1901.

Dedicatoria autógrafa de Jack London a su madre, Flora London, en «El dios de sus antepasados».



THE GOD OF HIS FATHERS
By Jack London

1.

ON every hand stretched the forest primeval—the home of noisy comedy and silent tragedy. Here the struggle for survival continued to wage with all its ancient brutality. Briton and Russian were still to overlap in the Land of the Rainbow's End—and this was the very heart of it—nor had Yankee gold yet purchased its vast domain. The wolf-pack still clung to the flank of the cariboo-herd, singling out the weak and the big with calf, and pulling them down as remorselessly as were it a thousand-thousand generations into the past. The sparse aborigines still acknowledged the rule of their chiefs and medicine men, drove out bad spirits, burned their witches, fought their neighbors, and ate their enemies with a relish which spoke well of their bellies. But it was at the moment when the stone age was drawing to a close. Already, over unknown trails and chartless wildernesses, were the harbingers of the steel arriving—fair-faced, blue-eyed, indomitable men, incarnations of the unrest of their race. By accident or design, single-handed and in twos and threes, they came from no one knew whence, and fought, or died, or passed on, no one knew whither. The priests raged against them, the chiefs called forth their fighting men, and stone clashed with steel; but to little purpose. Like water seeping from some mighty reservoir, they trickled through the dark forests and mountain passes, threading the highways in bark canoes, or with their moccasined feet breaking trail for the wolf-dogs. They came of a great breed, and their mothers were many; but the fur-clad denizens of the Northland had this yet to learn. So many an unsung wanderer fought his last and died under the cold fire of the aurora, as did his brothers in burning sands and reeking jungles, and as they shall continue to do till in the fullness of time the destiny of their race is achieved.

It was near twelve. Along the northern horizon a rosy glow,



Ilustraciones de Ernest L. Blumenschein para «El dios de sus antepasados», relato publicado en *McClure* en mayo de 1901.

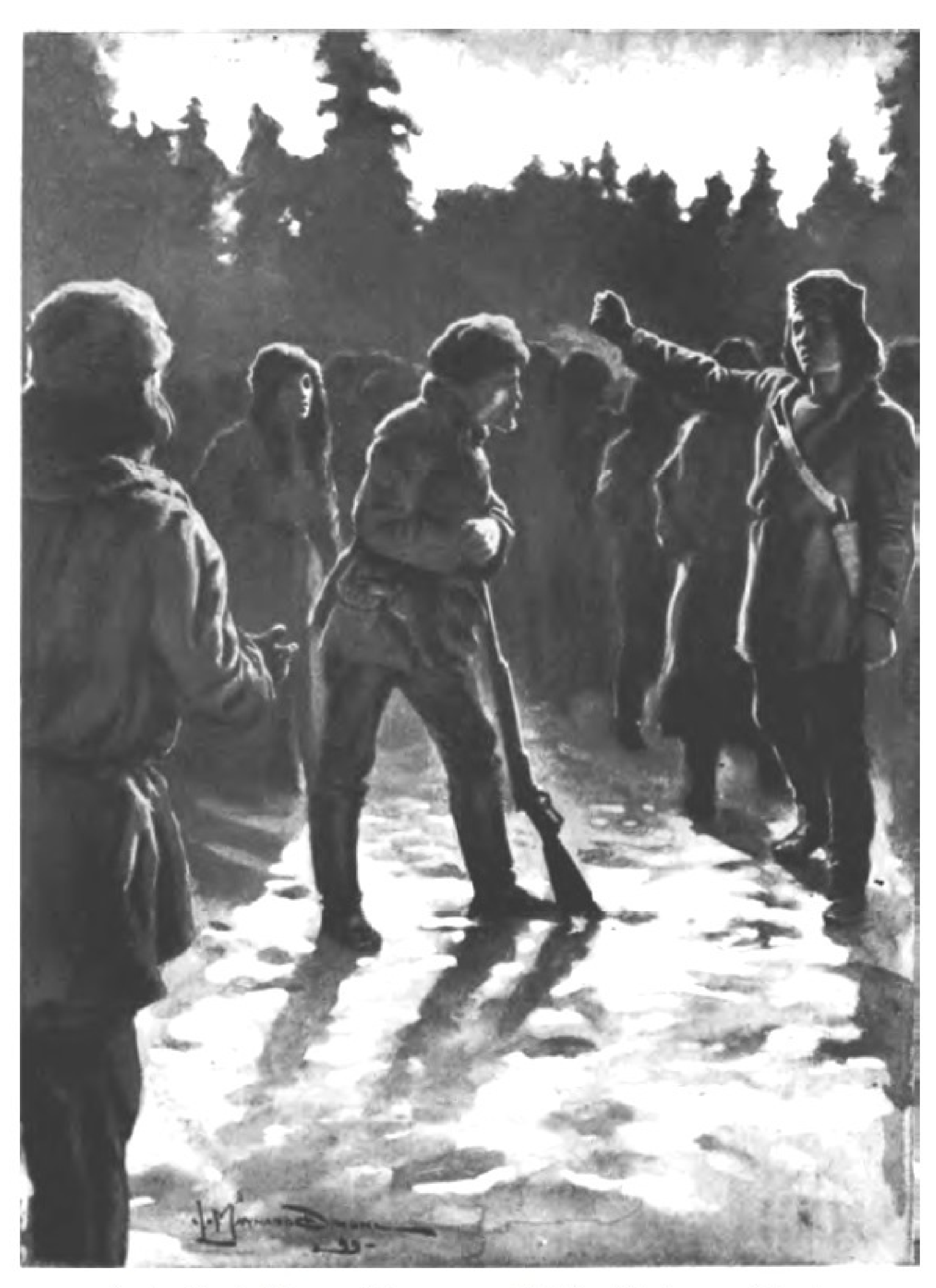
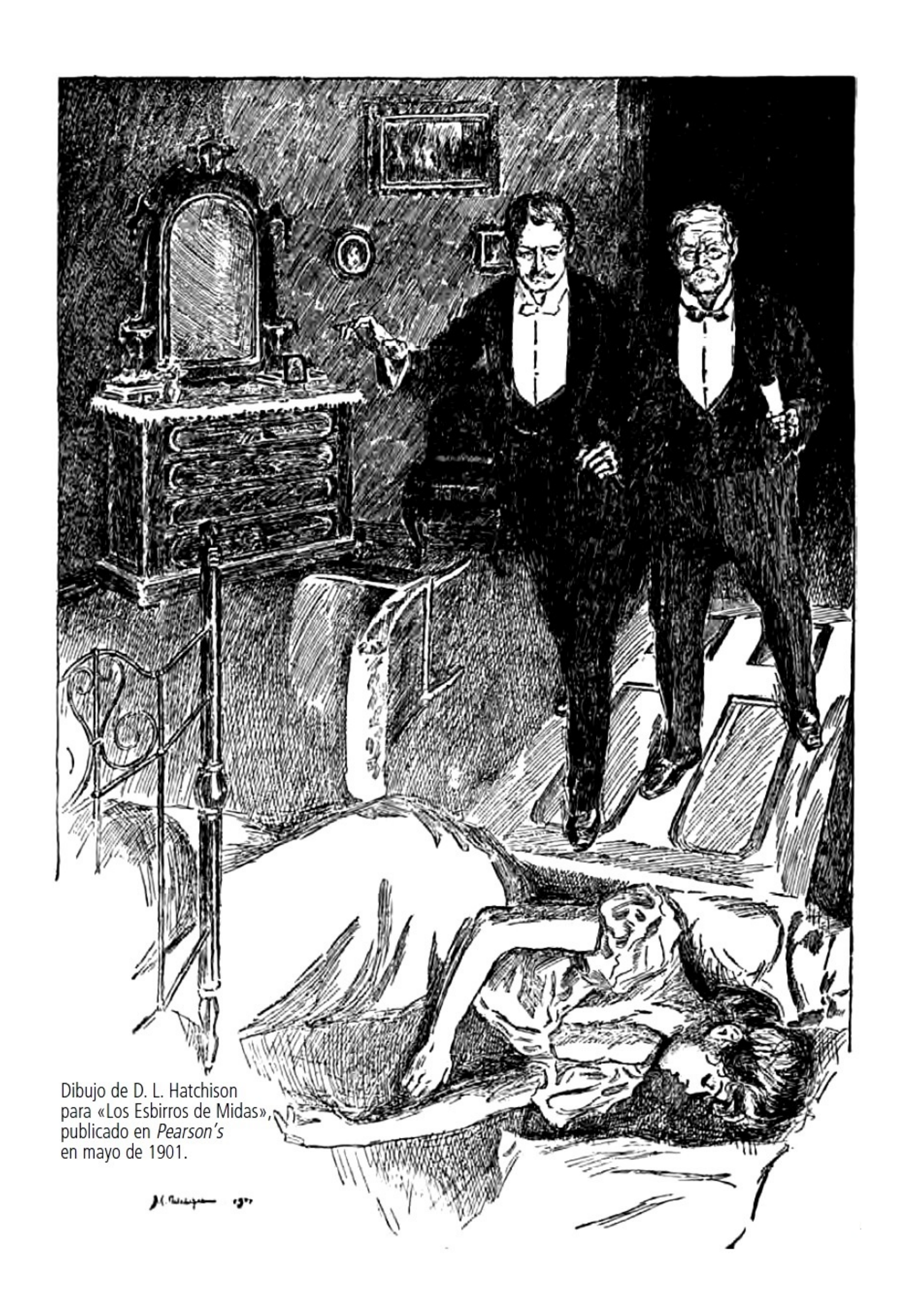


Ilustración de Maynard Dixon para «El Hijo del Lobo», publicado en *Overland Monthly* en abril de 1899.



Ilustración de «Una reliquia del plioceno», cuento publicado en *Collier's Weekly* en enero de 1901.



Dibujo de D. L. Hatchison
para «Los Esbirros de Midas»,
publicado en *Pearson's*
en mayo de 1901.

Make Naas reappear somewhere.

Battle with a Bald-face.

The Lure of the North.

In the Noonday Night.

I must write a powerful tale of a man and a wolf-dog.

Also a wolf-dog(sort of biographical, like a man), indomitable, fearless, ferocious, and unscrupulous. Build for a scene where he faces a score of antagonists, knowing that they shall tear him to shreds.

Apuntes con algunas ideas de trabajo fechados sobre 1899.



Jack London tumbado leyendo en 1900 en Oakland, California.

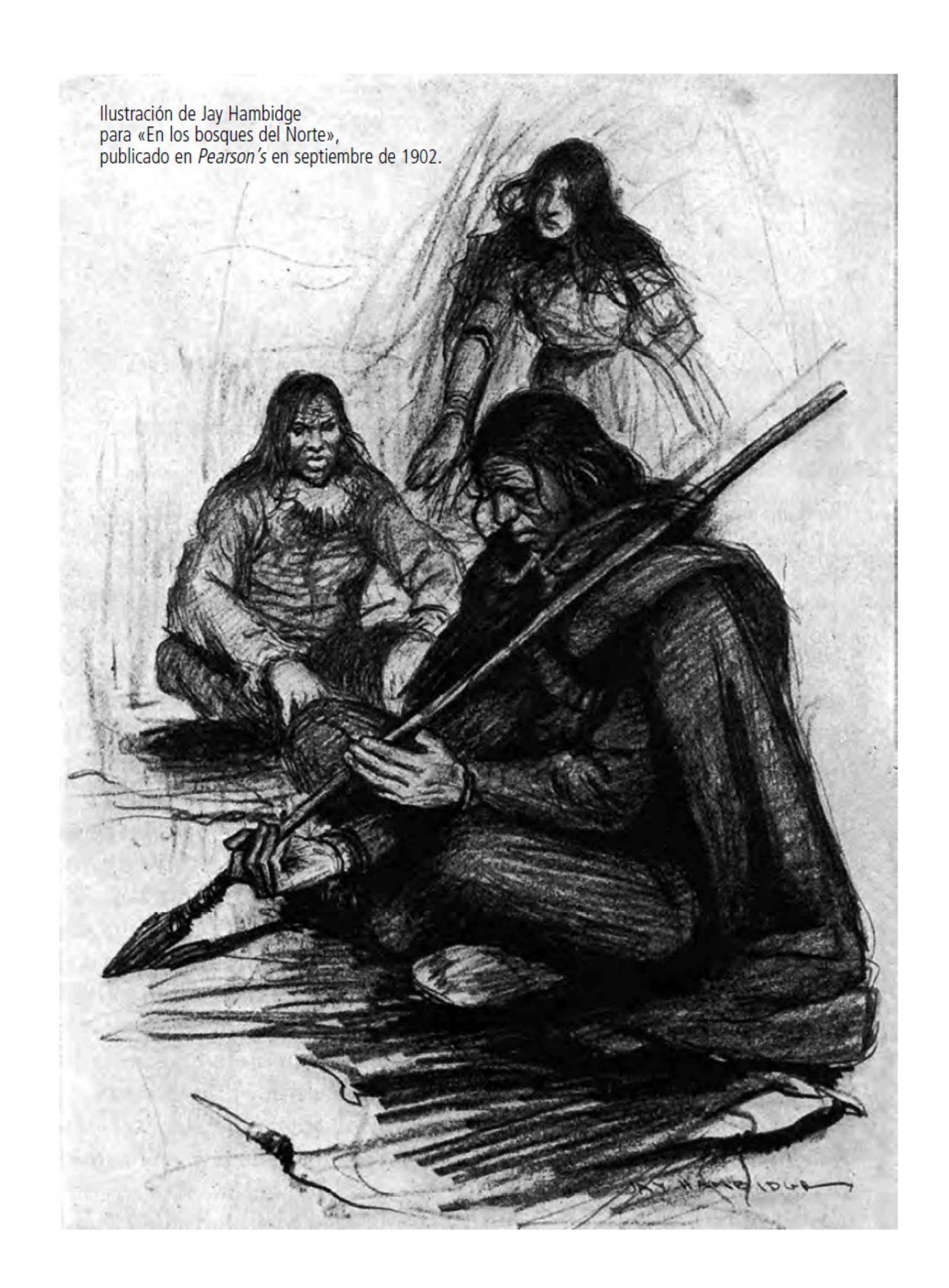
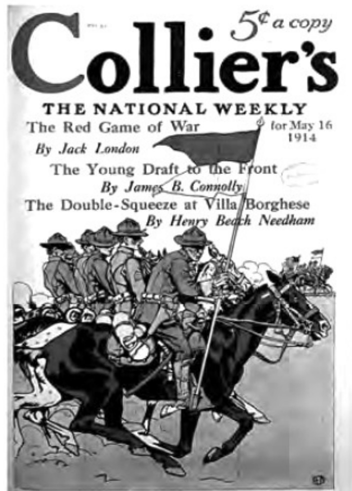


Ilustración de Jay Hambidge
para «En los bosques del Norte»,
publicado en *Pearson's* en septiembre de 1902.



Ilustración para «Valor y persistencia»,
publicada en *Youth's Companion* en enero 1900.







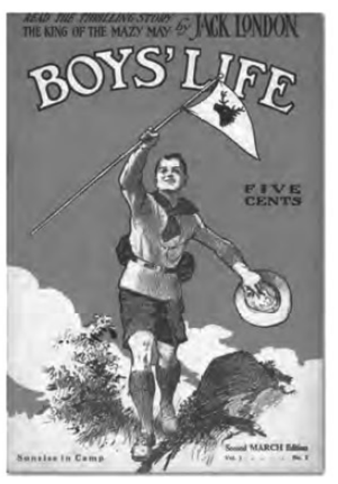
Portadas de números de *The Black Cat*, *Collier's* y *McClure's* Magazine con relatos de Jack London.



Ilustración para «El desprecio de las mujeres», relato publicado en *Overland Monthly* en mayo 1900.

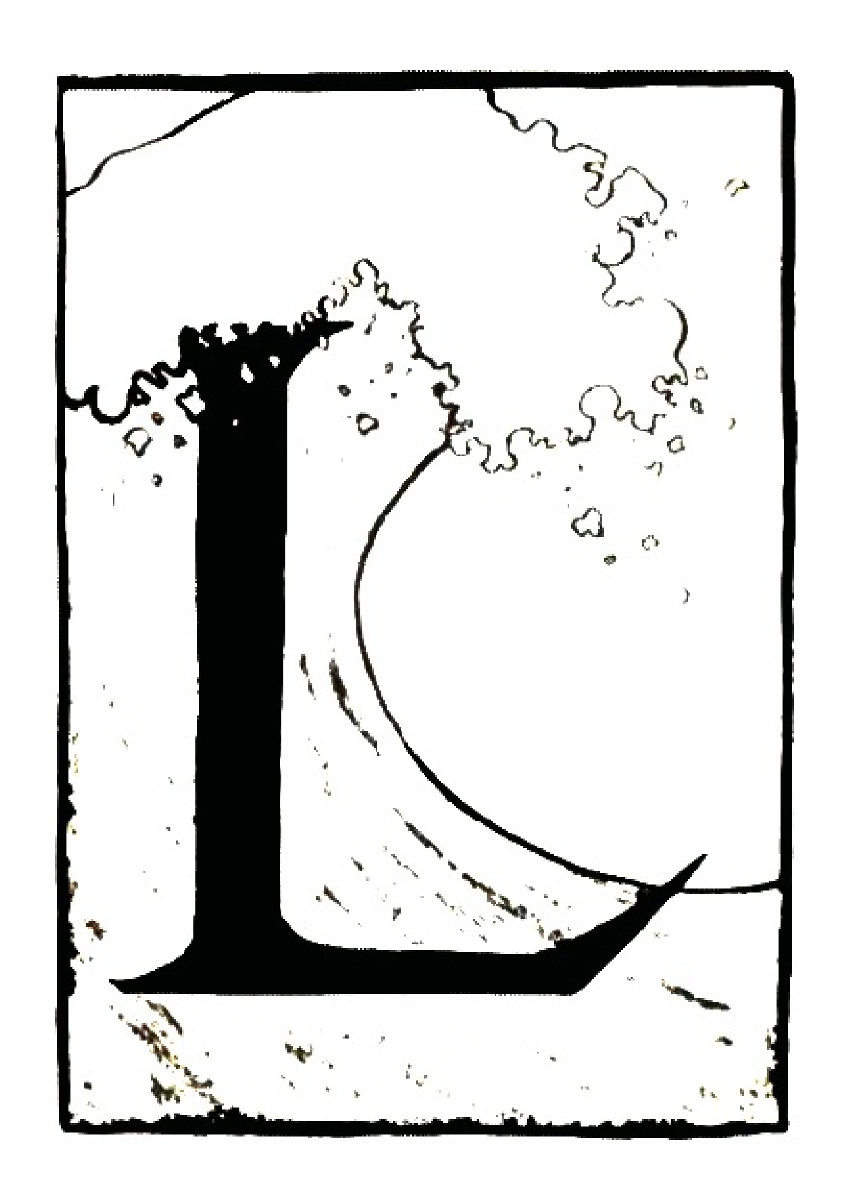






Portadas de números de *The Saturday Evening Post*, *Overland Monthly* y *Boys' Life* con relatos de Jack London.



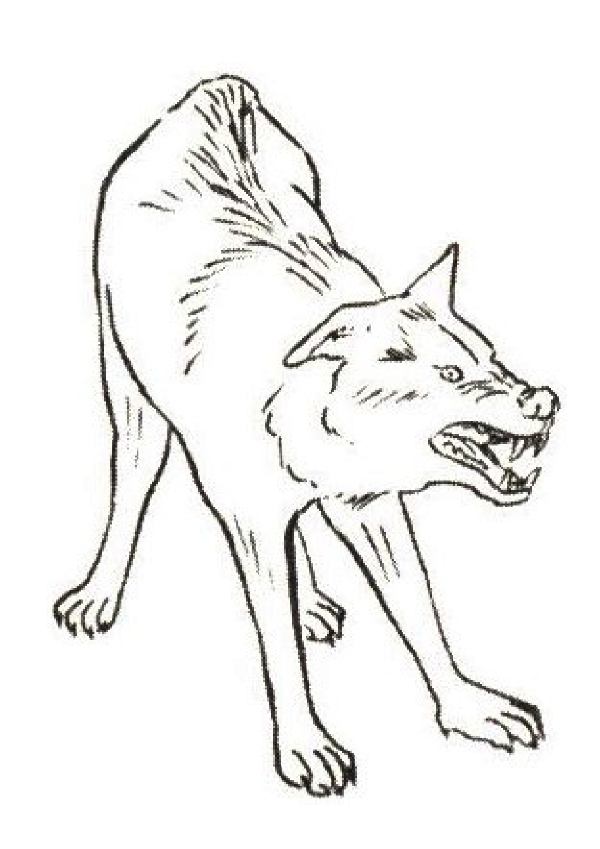








Esta primera edición
en *Reino de Cordelia* de
Cuentos Completos I
de Jack London
se acabó de imprimir
en el otoño
de 2017





JACK LONDON (12 enero 1876, San Francisco, California, EE.UU. - 22 noviembre 1916, Glen Ellen, California, EE.UU.). Escritor estadounidense que combina en su obra el más profundo realismo con los sentimientos humanitarios y el pesimismo.

John Griffith London nació en San Francisco hijo de un astrólogo ambulante, al que no conoció, y de una espiritista que se casó con Yack London meses después del nacimiento de su hijo. Completó sus estudios de bachillerato mientras realizaba diversos trabajos. En 1897 y 1898 viajó a Alaska, empujado por la corriente de la fiebre del oro. Antes había sido marino, pescador, e incluso contrabandista.

De regreso a San Francisco comenzó a relatar sus experiencias. En 1900 publicó una colección de relatos titulada *El hijo del lobo* que le proporcionó un gran éxito popular. Publicó más de 50 libros que le supusieron grandes ingresos pero que dilapidó en viajes y alcohol. Fue corresponsal de guerra y vivió dos matrimonios tormentosos. Se suicidó a la edad de 40 años. De ideas socialistas y siempre del lado de los trabajadores, London fue militante comunista e incluso agitador político. Pero, autodidacta como era, las lecturas del filósofo alemán Nietzsche le llevaron a formular que el individuo debe alzarse frente a las masas y las adversidades. Esta contradicción individualidad-colectividad está presente en su obra. Su tesis general es la de

que el ser humano no es bueno por naturaleza, y sólo los fuertes consiguen alzarse en la vida que es dura; estos seres serán los que pongan los cimientos para una sociedad más justa. Muchos de sus relatos, entre los que destaca su obra maestra, *La llamada de la selva* (1903), hablan de la vuelta de un ser civilizado a su estado primitivo, y la lucha por la supervivencia. Su estilo, brutal, vivo y apasionante, le hizo enormemente famoso fuera de su país. Sus novelas se han traducido a numerosas lenguas.

Entre sus principales obras cabe mencionar *Los de abajo* (1903), sobre la vida de los pobres en Londres; *El lobo de mar* (1904), una novela basada en sus experiencias como cazador de focas; *Colmillo blanco* (1906) un libro pesimista sobre la crueldad, la hegemonía de los más fuertes y la lucha por la libertad; *El talón de hierro* (1908), libro donde más claramente se expresan sus ideas políticas; *John Barleycorn* (1913), un relato autobiográfico sobre su batalla personal contra el alcoholismo, y *El vagabundo de las estrellas* (1915), una serie de historias relacionadas entre sí sobre el tema de la reencarnación.

Notas

[1] Personaje de la novela Signa, de Ouida (seudónimo de Marie Louise Ramé 1839-1908) que desde pequeña vivía para la música y tenía un don especial, como le ocurre al protagonista de este cuento. (Todas las notas son de la traductora). <<

[2] Versos del poema *Christus (The Golden Legend*, Parte II), de Henry Wadsworth Longfellow (1807-1882). **<<**

[3] Personaje de la primera novela escrita por Marie Corelli (1855-1924), *Romance de dos mundos* (1886), basado según algunos en el conde de St. Germain personaje enigmático y relacionado con el ocultismo al que la propia *Madame* Blavatsky (1831-19891) afirmó haber conocido. <<

[4] Unidad de masa perteneciente al sistema inglés, que se utiliza para medir fracciones muy pequeñas y precisas, por ejemplo de medicamentos, pólvora, oro, etc. Se basa en el peso de un grano de cereal. <<

[5] Bota de piel que usan los esquimales y que suele hacerse de piel de foca o reno. <<

[6] Representante del gobierno y principal autoridad judicial y administrativa en cualquier región minera del Canadá de la época.

<<

[7] Ruth, I: 14 <<

[8] Término que en la zona se aplicaba a los recién llegados a Alaska o a la región del Yukón, sobre todo a los llegaban empujados por la fiebre del oro, sin saber hasta qué punto eran extremas las condiciones a las iban a enfrentarse. A los veteranos y conocedores de la zona se les llamaba *sourdoughs* (masa fermentada), debido a las bolsitas de masa madre para hacer pan que llevaban en un cinturón o alrededor del cuello. <<

[9] Cocina de chapa plegable, como una caja cuadrada, que los aventureros y exploradores se llevaban al Norte para usar como cocina y estufa. A pesar de su pequeño tamaño, permitía cocinar y hornear para un gran número de personas. <<

[10] Personaje de *Marmion*, poema épico escrito por Sir Walter Scott en 1808 sobre la batalla de Flodden. <<

[11] Carlos Eduardo Estuardo (1720-1788), último de los Estuardo en reclamar su derecho al trono inglés. Después del levantamiento jacobita de 1745, que obtuvo rápidas e importantes victorias, sus fuerzas acabaron vencidas y dispersas tras la batalla de Culloden (1746). **<<**

[12] En realidad fue Luis XV el rey francés quien ayudó a Carlos Eduardo en su levantamiento jacobita de 1745. Luis XIV ayudó a Jacobo Estuardo, padre de Carlos, en su intento por recuperar el trono inglés en los dos primeros levantamientos jacobitas. <<

[13] Viajeros, en francés. Transportaban en canoa las mercancías con las que abastecían los puestos comerciales para intercambiarlas por las pieles que los nativos les ofrecían y que también se ocupaban de transportar. Al principio eran independientes, pero acabaron trabajando para las grandes compañías, como la Compañía de la Bahía de Hudson. En su mayoría de origen francocanadiense, dominaban casi por completo el transporte en canoa y en ocasiones servían de guías a los exploradores. <<

[14] Se trata de una fiesta ceremonial indígena durante la que se distribuyen propiedades y regalos a fin de reforzar las relaciones jerárquicas. El anfitrión regala sus posesiones para demostrar su importancia y su riqueza, ya que tiene tanto que puede permitirse regalarlo. <<

[15] Eran embarcaciones pequeñas y de poco calado y fondo plano que se usaron en Estados Unidos, sobre todo en la época colonial y para el comercio de pieles. Tanto la popa como la proa solían acabar en punta, pero había gran variedad de tamaños. <<

[16] Se trata de una mezcla concentrada de carne desecada en polvo, grase derretida y bayas secas que los indios norteamericanos utilizaban como alimento de supervivencia por su alta capacidad energética y proteínica. Los europeos que luego se dedicaron al comercio de pieles y a las exploraciones en los polos también adoptaron su uso. <<

[17] Personaje de *La tempestad*, de Shakespeare. Es un esclavo deforme de rasgos animales, un espíritu poco sofisticado o inacabado que representa los aspectos más primarios e instintivos del ser humano. <<

[18] Louis Riel (1844-1885) fue un político canadiense y líder del pueblo métis que encabezó dos rebeliones contra el gobierno canadiense., con las que pretendía defender los derechos y la cultura de los métis. .La primera tuvo lugar en 1869-1870 y la segunda en 1885, por la que fue detenido, acusado de alta traición y ejecutado. El cine le puso cara en la película *Nortwest Mounted Police* [La Policía Montada del Canadá] (1940), el primer filme en technicolor dirigido por Cecil B. DeMille, donde Riel era interpretado por Francis McDonald (1891-1968). <<

[19] En francés, corredores de los bosques. Nombre que recibieron los primeros tramperos y comerciantes de pieles que actuaban por su cuenta en los territorios de la Nueva Francia y que, en su mayoría, descendían de los franceses. <<

[20] Así se llamaba también a los indios métis que participaron en las revueltas junto a Louis Riel. <<

[21] Embarcación abierta propia de los inuit, compuesta por una estructura de madera cubierta de pieles y con varias bancadas, similar al kayak pero mucho más grande, que se usa para el transporte de bienes o pasajeros y que puede albergar hasta treinta personas.

<<

[22] En español en el original. <<

[23] Referencia al Eclesiastés. <<

[24] Asambleas que se celebraban en los campamentos mineros para resolver disputas, establecer leyes e imponer castigos. Se venían realizando de forma regular desde 1849, pero quedaron prohibidas al fundarse los tribunales federales y territoriales. <<

[25] Personaje de *Medida por medida*, obra de William Shakespeare. **<<**

[26] Traducido libremente por Jorge Luis Borges como «Las muertes concéntricas». *(N. del T.)* <<

[27] Versos de *The Rhyme of the Three Sealers*, de Rudyard Kipling. <<

[28] Los melonares de grava de Idaho se formaron durante la gran riada del lago Bonneville. El dique de tierra que contenía el lago cedió y sus aguas se precipitaron por el cauce del río Snake, al sur de Idaho. En las zonas más estrechas, la fuerza del agua arrancó y arrastró enormes rocas de basalto. Al cabo de pocos kilómetros se habían redondeado y adquirido forma de sandía o melón. A ellas hace referencia el personaje de London. <<

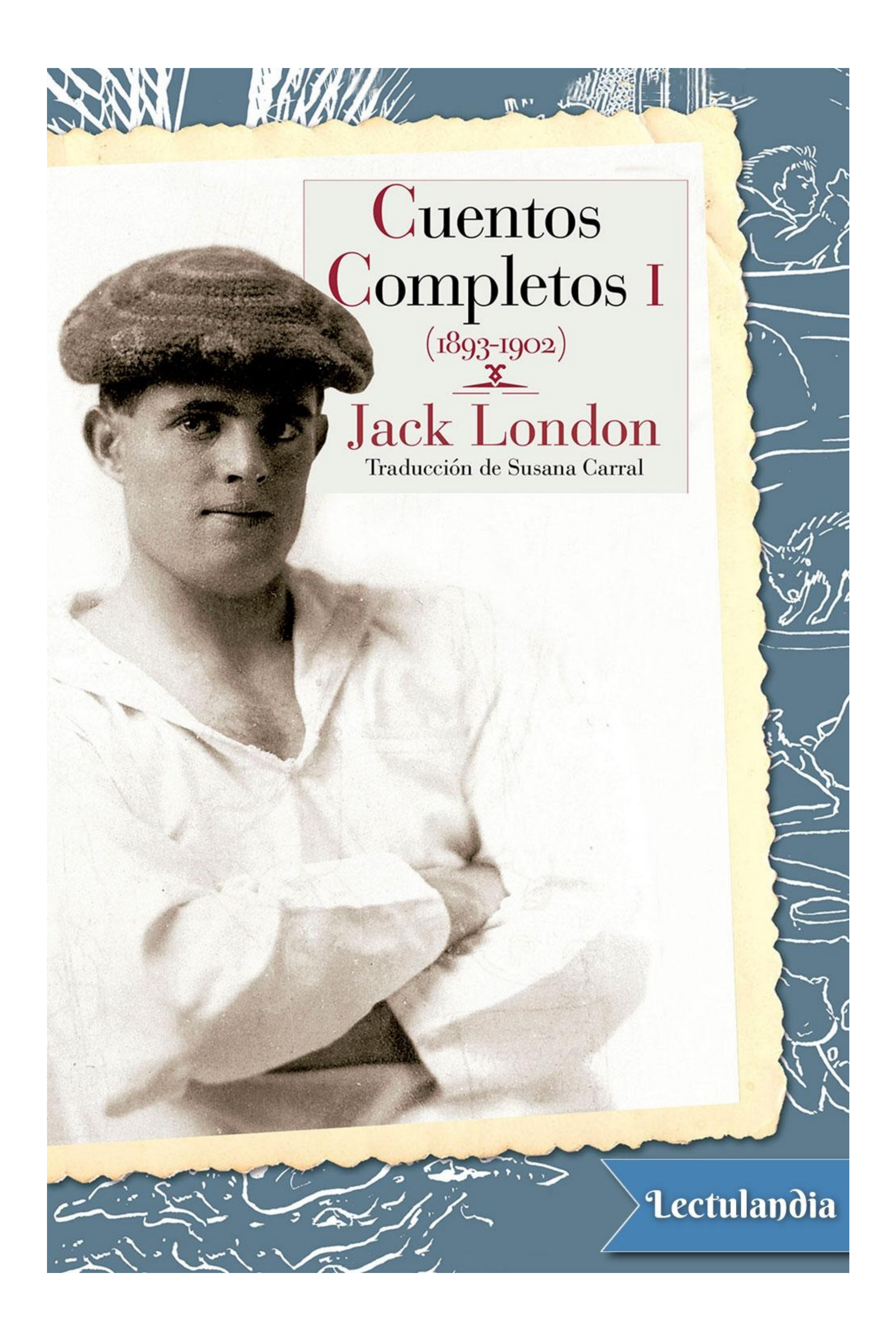
[29] Nombre que reciben las instalaciones portuarias de las islas Amaknak y Unalaska (Aleutianas), territorios conectados mediante un puente. <<

[30] Embarcación portátil compuesta por un armazón cubierto de pieles de foca. Muy utilizada entre los habitantes de las Aleutianas y los nativos de la costa de Alaska. <<

[31] Aunque relacionamos la palabra iglú con una vivienda construida con hielo, una buena parte del pueblo inuit, sobre todo los de la costa, habitaba en verano casas de madera construidas al estilo tradicional, como iglús. Utilizaban madera de deriva que cubrían con tierra para conservar el calor. <<

[32] Verso de *Gentlemen-Rankers,* poema de Rudyard Kipling que hace referencia a los soldados ingleses que se alistaban para luchar lejos del país como soldados rasos a pesar de ser caballeros, probablemente por haber caído en la deshonra y obligados por sus propias familias para alejarlos de la buena sociedad. <<

[33] Bastardo en francés. <<


Cuentos
Completos I
(1893-1902)
Jack London
Traducción de Susana Carral
Lectulandia